

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Prehistoria



TESIS DOCTORAL

La tierra sin límites: territorio, sociedad e identidades en el valle medio del
Tajo (S. IX-I a. C.)

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Jorge de Torres Rodríguez

Directora

Marisa Ruiz-Gálvez Priego

Madrid, 2012

LA TIERRA SIN LÍMITES

Territorio, sociedad e identidades en el
valle medio del Tajo (S. IX – I a.C.)

Tesis doctoral presentada por

Jorge de Torres Rodríguez

Directora

Dra. Marisa Ruiz-Gálvez Priego



Departamento de Prehistoria
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid

Madrid, 2012

A mi padre,
que me enseñó a querer a una tierra muy dura,
y a mi madre,
que nunca se rinde.

Agradecimientos

Hace mucho tiempo que tengo claro que este trabajo no es completamente mío. Yo he buscado la información, la he ordenado y la he puesto por escrito, pero en todo este largo proceso ha habido un montón de personas a mi alrededor sin las cuales esta tesis quizá no se hubiera terminado. Creo que he tenido mucha suerte y en este camino me he encontrado con mucha gente que me ha apoyado, asesorado y facilitado el trabajo, o que simplemente ha estado a mi lado en los momentos complicados y me gustaría agradecerse ahora, cuando este trabajo que también es suyo se acaba.

Sobre todo, quiero darle las gracias a mi familia, especialmente a mis padres y hermanos. Me han apoyado siempre aunque a veces no entendieran del todo el objetivo de este trabajo, han perdonado mis ausencias a lo largo de estos años y no han dejado de confiar en mí. Mi familia, además, me ha permitido conocer un mundo rural que desaparece poco a poco, y quiero creer que también me ha dado – al menos, en parte – una determinada manera de ver la vida, la de las personas que viven de la tierra. Es probable que esta tesis tenga mucho que ver con tardes de cosecha y de vendimia, con atardeceres en llanuras que no se acaban nunca y con la vuelta a casa después de un día de trabajo en el campo, a través de la mirada de un niño al que enseñaron que la tierra en la que vivía era dura, que había que cuidarla para que te devolviera su fruto, y que ni siquiera esos cuidados garantizaban una buena cosecha. Junto a mi familia, mis amigos y Marta, que siempre han estado conmigo, aunque yo no siempre haya estado con ellos.

En segundo lugar, quiero darle las gracias a Marisa. Me ha apoyado cuando ha sido necesario, me ha discutido cuando debía y me ha exigido lo suficiente para espolearme a terminar esta tesis, respetando siempre mis puntos de vista y dándome plena libertad para trabajar. Después de estos años, es para mí más amiga que directora. Junto a ella, muchos de mis profesores y compañeros han influido en mi trabajo, abriéndome puertas, enseñándome, discutiéndome o animándome. Víctor Fernández, Gonzalo Ruiz Zapatero, Almudena Hernando, Alfredo Jimeno, Jesús Álvarez Sanchís, Alfredo González Ruibal y muchos otros me han formado, me han hecho crítico y han cambiado y mejorado mi forma de ver la Arqueología y la vida. El agradecimiento que les debo a estos profesores supera con mucho el ámbito de esta tesis. Junto a ellos, mis compañeros de departamento con los que he compartido ideas, esfuerzo, esperanzas, cansancios y muchas cervezas. Gracias a Paloma de la Peña, Lucía Moragón, Cristina Charro, Nuria Gallego, Carlos Marín y tantos buenos investigadores que pelean por avanzar en un mundo que cada día nos lo pone un poco más difícil.

Desde otro punto de vista, quiero dar las gracias a mis compañeros de trabajo en ARTRA S.L. y de otras empresas en las que he trabajado y con las que he colaborado a lo largo de los años. Gracias a ellos he aprendido a excavar y a documentar correctamente, a ser sistemático y a trabajar en equipo. Mónica Major, José María Ribot, Ana Belén Martínez, María Luisa García, Marian Rosado y Mar Escalante, entre otros, me han ayudado, escuchado y asesorado y aportado un punto de pragmatismo en mis análisis e interpretaciones. También quiero dar las gracias a mis jefes en ARTRA S.L. Juan Sanguino, Pilar Oñate y Eduardo Penedo, que me han

proporcionado muchísima información inédita, me han apoyado y se han interesado siempre por mi trabajo. A Eduardo quiero agradecerle especialmente su confianza en mí, cuando tan sólo era un estudiante de segundo curso en la universidad que empezaba a excavar.

Otra mucha gente me ha ayudado a mejorar esta tesis. Juan Pereira me ha permitido trabajar con absoluta libertad con los materiales de Palomar de Pintado, convirtiendo una simple consulta en una colaboración estupenda, y la gente de su laboratorio me ha acogido y se ha involucrado desde el primer momento en este proyecto. El equipo del Museo de Santa Cruz me ofreció todas las facilidades para estudiar los materiales procedentes del Cerro del Gato, y Víctor Manuel Fernández hizo lo propio con la documentación del Cerro de las Nieves. Blanca Ruiz y José Antonio López-Sáez me aconsejaron en los análisis de paleobotánica y me proporcionaron información inédita. El equipo de la Dirección General de Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid me permitió la consulta íntegra de la Carta Arqueológica de esta comunidad, y lo propio hizo la sección de Carta Arqueológica de la Junta de Comunidades de Castilla – La Mancha para la provincia de Toledo. Andrés, mi informático de referencia, rescató archivos perdidos, aconsejó y dedicó muchas horas a ayudarme a maquetar esta tesis.

Finalmente, me gustaría recordar a Fernando Jiménez de Gregorio y a Salvador Llopis, que accedieron a reunirse conmigo para comentar las excavaciones de Palomar de Velilla y el Cerro del Gato, y que me ayudaron en todo lo que pudieron. Las conversaciones con estos dos investigadores de más de noventa años de edad y su ilusión e interés al discutir y recordar su trabajo han constituido uno de los momentos más bonitos de esta tesis. Desde las dos generaciones que nos separan, me han hecho agradecer la suerte que he tenido al elegir esta profesión e iniciar un viaje que espero – como dice Kavafis – acabe haciéndome como ellos: viejo y sabio.

Los tres elementos son: sol, cielo y tierra, y los tres son despiadados. El sol es una llama viva sobre vuestra cabeza, el cielo un fanal luminoso de cristal azul que reverbera, y la tierra una planicie agrietada que abrasa al contacto. No hay paredes que den sombra, techos o enramadas que dejen descansar los ojos, fuente o arroyo que refresque vuestra garganta.

Arturo Barea. *La llama*

(...) En una ocasión el autor dibujó en el pizarrón de una de nuestras escuelas aldeanas el bosquejo de una choza, como prueba de observación, y preguntó:
“Ahora, niños, ¿qué debemos añadir para hacer una casa de verdad?” “¡Una puerta! ¡Ventanas! ¡Escaleras!” — empezaron a gritar. Pensamos que la casa estaba completa, y nos disponíamos a borrarla cuando una niña exclamó
“No, necesita algo más” “Y ¿qué es eso?”
“Los vecinos”.

Henry Habib Ayrout. *The Egyptian peasant*

(...) el agricultor se sitúa, desazonado, en el umbral de la puerta y oye el diluvio que cae sobre el tejado y observa el granizo rebotar ruidosamente en las piedras del camino. ¿Qué les ocurre a los brotes de cebada primaveral? Sobreviven algunos, como por milagro, que mantienen la cabeza alta. Pero el hombre sabe que esa clemencia no puede durar. Desvía la mirada, obediente a las leyes de Dios, mientras fuera, bajo la tormenta, el rayo final quiebra el firmamento y cae, vencido por la irresistible embestida del cielo.

Steven Pressfield. *Puertas de Fuego*

(...) ésta es la condición de los mortales cuando fallecen: los nervios ya no mantienen unidos la carne y los huesos, pues los consume la viva fuerza de las ardientes llamas tan pronto como la vida desampara la blanca osamenta, y el alma se va volando, como un sueño

Odisea, canto XI

Pienso, impotente:
¿en qué pensaba quien, como yo, estaba ahí,
En lo alto de la colina, hace tres mil años, en este mismo instante fugaz?

Mahmud Darwish. *Estado de sitio*

La tierra sin límites

Territorio, sociedad e identidades en el valle medio del Tajo (S.IX – I a.C.)

Introducción----- 1

Capítulo 1. La tierra ----- 7

1.1. Introducción-----	7
1.2. Los huesos de la tierra: el origen del valle medio del Tajo-----	8
El Sistema Central y los Montes de Toledo-----	10
La cuenca sedimentaria del Tajo-----	13
1.3. Las reglas del mundo: climas, ríos, flora y fauna del valle-----	15
Clima-----	15
Las venas: el agua en el valle del Tajo-----	21
Edafología y recursos mineros-----	24
El medio ambiente: flora y fauna-----	27
1.4. La tierra que fue: una aproximación al paleopaisaje del valle medio del Tajo en el primer milenio a.C.-----	32
El marco climático general-----	32
Tiempos difíciles: el evento 0,85 k-----	35
1.5. El mundo del primer milenio a.C. El hombre en la tierra-----	38

Capítulo 2. El registro y sus tiempos. Una aproximación diferente a la cultura material de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo----- 49

2.1. Introducción-----	49
2.1.1. Objetivos y metodología-----	49
2.1.2. Variables y yacimientos utilizados en el análisis-----	53
2.2. Resultados y discusión-----	59
2.2.1. El análisis de correspondencias-----	60
2.2.2. La Primera Edad del Hierro-----	65
2.2.3. Necrópolis de la Primera Edad del Hierro-----	74
2.2.4. Periodo de transición EHI – EHII-----	80
2.2.5. Necrópolis de la Segunda Edad del Hierro-----	85

2.2.6. La Segunda Edad del Hierro	91
2.2.7. El final de la Edad del Hierro	97
2.3. Conclusiones	100
2.3.1. Análisis multivariante sólo con asentamientos	103
2.3.2. Análisis multivariante sólo con necrópolis	105
2.3.3. Una aproximación a la seriación de la cultura material	106
2.4. Recapitulación	118
Capítulo 3. Una propuesta social	119
3.1. Introducción	119
3.2. Un marco teórico para la sociedad del valle medio del Tajo	124
3.2.1. De la desigualdad	125
3.2.2. Del poder	132
3.2.3. De la resistencia	134
3.3. Salvando puentes: una propuesta de análisis social	136
3.3.1. El ascenso de los jefes	137
3.3.2. Sociedades transigualitarias	138
3.3.3. La búsqueda del rango	143
3.3.4. Capital simbólico, <i>habitus</i> , dominación	147
3.4. Conclusiones	151
Capítulo 4. La primera Edad del Hierro	153
4.1. Sociedades en transformación (S. IX a.C. – S. VIII a.C.)	153
4.1.1. El (un) punto de partida: Cogotas I en la Meseta sur	153
4.1.2. Una propuesta para el cambio	161
Un mundo en equilibrio	162
Tiempos interesantes	169
4.1.3. Tras la tormenta.	180
4.2. Las leyes de un nuevo mundo (S. VIII a.C. – S. V a.C.)	185
4.2.1. Sedentarización, apropiación, dominación. Otra manera de ver el mundo.	185
4.2.2. La ocupación del territorio	189
4.2.2.1. Introducción	189
4.2.2.2. La ocupación del espacio: patrones de poblamiento	192

4.2.2.3. Los asentamientos -----	205
Los comienzos de la Edad del Hierro -----	206
Un mundo heterogéneo: asentamientos entre los siglos VII-V a.C. -----	211
Conclusiones -----	225
4.2.3. La cultura material -----	230
4.2.3.1. La fase antigua de la Primera Edad del Hierro -----	231
4.2.3.2. Las transformaciones del siglo VI a.C. -----	245
4.2.4. La base económica de la Primera Edad del Hierro -----	254
4.2.4.1. Introducción -----	254
4.2.4.2. Ganadería -----	255
4.2.4.3. La agricultura de la Primera Edad del Hierro -----	268
4.2.4.4. Lo que la tierra regala: caza y recolección -----	272
4.2.4.5. Intercambios y acceso a materias primas -----	278
4.2.4.6. Conclusiones: una economía de subsistencia -----	286
4.2.5. Un nuevo marco simbólico: las necrópolis de incineración -----	290
4.2.5.1. El significado de un cambio -----	290
4.2.5.2. Características materiales de las necrópolis -----	294
4.2.5.3. Al otro lado del espejo: ciudades de vida y de muerte -----	302
4.2.6. Conclusiones: la sociedad del valle medio del Tajo durante la Primera Edad del Hierro -----	315
4.2.6.1. Los comienzos de la Edad del Hierro -----	316
4.2.6.2. Las tensiones se explicitan -----	323

Capítulo 5. La transición a la Segunda Edad del Hierro ----- 329

5.1. Introducción -----	329
5.2. Las evidencias del cambio -----	330
5.2.1. La llegada del torno al valle medio del Tajo -----	330
5.2.2. Imitación, competición, adaptación: la cultura material en la primera mitad del siglo V a.C. -----	340
5.2.3. Nuevos materiales, mismas estrategias -----	354
5.3. Los comienzos de la Segunda Edad del Hierro: el valle medio del Tajo entre los siglos V - IV a.C.). -----	358
5.3.1. Introducción -----	358
5.3.2. Los días inmortales: elementos de continuidad durante la Segunda Edad del Hierro -----	362

5.4. Semillas para el cambio -----	383
5.5. La sociedad del valle medio del Tajo a comienzos de la Segunda Edad del Hierro: ¿transición o transformación? -----	415

Capítulo 6. Un mundo en conflicto: El valle medio del Tajo a partir del siglo IV a.C.----- 429

6.1. Introducción -----	429
6.2. Los recintos amurallados del valle medio del Tajo -----	432
6.2.1. El modelo -----	432
6.2.2. El resto del valle medio del Tajo -----	449
6.2.3. Conclusiones -----	467
6.3. Herramientas de poder, ámbitos de conflicto -----	471
6.3.1. Excedentes y almacenamiento -----	471
6.3.2. Comercio e intercambios -----	476
6.3.3. ¿Guerra en el valle medio del Tajo? -----	480
6.3.4. El mundo simbólico: más allá de las necrópolis -----	489
6.3.4.1. Túmulos en la Mancha Toledana -----	491
Palomar de Pintado -----	491
Más allá de Palomar de Pintado: El Vado y las necrópolis conquenses -----	498
6.3.4.2. El núcleo del valle medio del Tajo -----	502
Las Madrigueras -----	503
Cerro Colorado -----	512
Las Esperillas -----	515
Cerro del Gato -----	518
Otras necrópolis -----	524
6.3.4.3. Simbolismo, más allá de las necrópolis -----	526
6.4. Presión, conflicto, resistencia: la estructura social del valle medio del Tajo durante la Segunda Edad del Hierro -----	530
6.4.1. El contexto: recapitulando hechos, contextos, estrategias y herramientas -----	530
6.4.2. La sociedad del valle medio del Tajo -----	534
6.4.3. El sudeste del valle: ¿jefaturas en el valle medio del Tajo? -----	549
6.5. Etnicidad en el valle medio del Tajo: la construcción de la Carpetania -----	554
6.5.1. Introducción -----	554
6.5.2. La mirada clásica: La Carpetania romana -----	559
6.5.3. Señas de identidad: cultura material y etnicidad en la Carpetania -----	564

Cerámica jaspeada-----	564
Verracos: definir por exclusión -----	568
6.5.4. Ecos del pasado: pervivencias del mundo indígena en la Carpetania romana -----	570
6.5.5. Territorios del valle medio del Tajo-----	577
El núcleo del valle: el eje Henares – Jarama - Tajo-----	578
La Mancha toledana: necrópolis tumulares y jerarquización social-----	580
Los Montes de Toledo: ¿vetones en la Carpetania?-----	583
El Sistema Central: un mundo desconocido -----	585
La tierra sin límites: el espacio en el valle medio del Tajo -----	588
 Capítulo 7. Sociedades en colisión: indígenas e imperios en el valle medio del Tajo -----	593
7.1. Introducción -----	593
7.2. Ciclos de violencia: Cartago y Roma en el valle medio del Tajo -----	595
7.3. La vida en el valle medio del Tajo durante los siglos II-I a.C. -----	603
7.3.1. Introducción -----	603
7.3.2. Dinámicas de poblamiento -----	604
7.3.3. Subsistencia, actividades económicas y cultura material -----	620
7.3.4. Herramientas de subversión-----	634
7.4. La mano de Roma: romanización y pervivencias en el valle medio del Tajo-----	640
7.4.1. Las guerras sertorianas -----	640
7.4.2. La romanización de la Carpetania -----	642
7.4.3. Ecos de un mundo perdido: pervivencias indígenas en la Carpetania -----	647
7.5. Conclusiones-----	649
 Conclusiones -----	653
 Bibliografía -----	667
 Índice de figuras -----	715
 Índice de tablas -----	725

Introducción

Si existe un periodo histórico que ha vivido una verdadera explosión de información durante la última década en mitad norte de la Submeseta sur, éste ha sido el de la Edad del Hierro. Durante unos años, el estudio de la Protohistoria de la región se ha plasmado en todos los ámbitos: prospecciones, proyectos de investigación en yacimientos como Llano de la Horca o Dehesa de la Oliva, exposiciones (Quero, S. *et al.* 2005; VV.AA. 2002) jornadas y seminarios dedicados íntegra o parcialmente a este periodo (VV.AA. 2008, 2009, 2010), musealización de yacimientos como Miralrío (Laguna del Capillo) en Rivas – Vaciamadrid, publicación de libros de síntesis (Carrasco, G. (coord.) 2007; Pereira, J. (coord.) 2007) y de monográficos (VV.AA. 2007), etc. El desarrollo urbanístico de la Comunidad de Madrid y del norte de la provincia de Toledo ha permitido un trabajo arqueológico de dimensiones impensables desde el ámbito académico que ha dado lugar a la localización y excavación sistemática de decenas de yacimientos de este periodo. La concienciación y el interés de la mayoría de los arqueólogos de empresa en dar a conocer su trabajo y el apoyo desde las instituciones a la publicación de los resultados a través de jornadas, exposiciones o anuarios han permitido que la inmensa mayoría de yacimientos excavados estos años hayan sido publicados, aun de manera parcial. En realidad, si hoy podemos realizar una aproximación a la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo es, sobre todo, gracias al esfuerzo realizado por estas empresas de arqueología cuyas publicaciones constituyen en gran medida el esqueleto de esta tesis.

Sin embargo, el peso abrumador de las publicaciones procedentes de la arqueología de gestión en la investigación de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo también presenta problemas, uno de tipo técnico y otro, más profundo, relacionado con la postura teórica asumida de manera inconsciente por los arqueólogos que trabajan en la región. El primero hace referencia a la sempiterna falta de publicaciones de las memorias de excavación de los yacimientos, sustituidas por breves artículos en jornadas de difusión o en monográficos. El ingente trabajo que supone la sistematización de los datos, las dificultades existentes para la publicación de monografías y el hecho innegable de que este esfuerzo no está remunerado y que desvía recursos de otros trabajos más urgentes frenan la publicación de las memorias de excavación íntegras, cuya mejor aproximación suelen ser los informes preliminares depositadas en las consejerías de Cultura, aunque este hecho no siempre se produce o adolece de notables retrasos. Demasiado a menudo, el ritmo de trabajo de las empresas de arqueología frena los intentos de redacción de memorias de excavación y de publicaciones de entidad en favor del trabajo de campo fundamental para la supervivencia de las empresas.

El otro problema viene asociado, como hemos dicho, a la postura teórica y metodológica predominante en nuestra región. No vamos a hacer en esta tesis una revisión historiográfica de la investigación en el valle medio del Tajo, algo que hemos realizado en otros trabajos (Torres, J. de 2005, 2006) de manera exhaustiva y que también ha sido abordada recientemente por otros autores (Dávila, A. F. 2007). Baste decir que la aproximación generalizada actual es heredera directa de la renovación metodológica que se produjo en los años 70 en la arqueología española y que llevó a una crisis conforme los viejos modelos interpretativos se enfrentaban al aumento

constante de datos técnicos que rebatían los presupuestos anteriores. La resolución de esta crisis no fue la construcción de un nuevo corpus teórico – metodológico capaz de hacer frente al aumento de la información, sino una especie de huida hacia adelante, en la que el sistema metodológico – conceptual tan sólo se renovó en los aspectos más superficiales, los relacionados con el estudio de la cultura material (Vicent, J. M. 1982: 12).

Esta opción, denominada por J. M. Vicent Reformismo pragmático (1982: 31) es una readaptación del Positivismo Clásico a las nuevas condiciones de aplicación, y constituye de hecho una estrategia de investigación más que un programa metateórico diferenciado del tradicional. Mantiene un concepto histórico de la Prehistoria, pero flexibilizado para introducir conceptos procedentes de la Antropología Cultural o de las ciencias sociales. Entiende la Prehistoria como una Ciencia Natural, construida por hechos materiales cognoscibles cuyo estudio es fundamentalmente descriptivo. La actividad teórica se limita a la lectura del registro empírico, puesto que éste se entiende como un correlato directo de la realidad y ésta será explicada de forma automática a medida que se vayan incorporando datos al registro. El progreso del conocimiento se concibe como acumulación de información, lo que da a esta línea metodológica una fuerte carga empírica. De hecho, sus principales estrategias de actuación serían (Vicent, J. M. 1982: 32-33):

- Adopción de características externas de la praxis de las Ciencias Naturales: trabajo cuidado, documentación meticulosa, proceso sistemático de las fuentes de información, sofisticación técnica.
- Ampliación del horizonte metodológico, con la introducción del análisis cuantitativo. Ensayo de técnicas de proceso de datos.
- Jerarquización de la fiabilidad de la información en función del procedimiento con que ha sido conseguida. Se valoran más los datos procedentes de un proceso técnico que los proporcionados por la observación subjetiva
- Colaboración interdisciplinar con las Ciencias Naturales, entendida más bien como aportación de resultados, de “datos”, que en un nivel teórico.

Estas estrategias, que aparentemente parecen transformar el trabajo arqueológico en una ciencia objetiva, sitúan a la investigación arqueológica en una contradicción permanente que lleva al estancamiento del conocimiento: si se recurre a proposiciones teóricas, éstas no son verificables empíricamente, si no se formulan teorías, la Prehistoria se transforma en Arqueología descriptiva (Vicent, J. M. 1982: 33). Frente a este problema, la opción ha sido seguir adelante con la recopilación de datos, manteniendo latente la contradicción y renunciando a construir una Prehistoria científica *stricto sensu* (Vicent, J. M. 1982: 34). Como defendimos en nuestra memoria de Licenciatura (Torres, J. de 2006: 126), ésta es la postura predominante en los estudios arqueológicos de nuestra región hasta nuestros días, reforzada (salvo algunas excepciones) por el desarrollo de la Arqueología de gestión. El gran número de datos – aun incompletos – proporcionados por las excavaciones de urgencia ha hecho resurgir la esperanza de explicar los procesos históricos a través de la llegada de más información, y aunque esta explicación no termine de aparecer nunca la publicación continua de resultados mantiene una falsa sensación de avance en el conocimiento.

Los dos problemas descritos arriba no son nuevos ni exclusivos de la arqueología de gestión, ya que existían – y existen – también en el mundo académico, donde la publicación de las memorias de excavación es excepcional y donde en los años 80 se fraguaron las posiciones positivistas en las que fueron formados los arqueólogos que hoy dirigen empresas. La arqueología de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo es, hoy por hoy, una arqueología centrada en la presentación de datos antes que en su análisis, con una preocupante ausencia no ya de reflexión teórica sino de simple interpretación histórica, y que ha renunciado – porque dentro de su esquema de construcción del conocimiento no es necesario – a un intento de sintetizar y reconstruir los procesos históricos de la región. Con este panorama, no es extraño que la propuesta de Dionisio Urbina, el único que ha sido capaz de plantear una interpretación global del registro arqueológico de la Segunda Edad del Hierro, haya sido aceptada y asumida por el resto de investigadores como un referente básico para la contextualización histórica de la región. Por otra parte, las carencias descritas arriba son hasta cierto punto excusables en los arqueólogos de gestión, cuyas preocupaciones profesionales diarias están muy alejadas de este tipo de estudios, pero son más incomprensibles en un mundo académico que no ha sido capaz de aprovechar la información disponible para elaborar un discurso histórico consistente sobre el periodo.

Asumiendo estos problemas, cualquier intento de ofrecer una síntesis de la Edad del Hierro en la región debe afrontar dos tareas: por una parte, la sistematización de la información arqueológica disponible, que como hemos dicho ha crecido exponencialmente pero que no deja de estar publicada parcialmente, con grados muy variables de calidad y con diferencias significativas en el volumen de datos dependiendo de la zona del valle estudiada. Por otra, debe tratar de buscar y ofrecer interpretaciones para las transformaciones sociales y económicas que se producen en estos grupos a lo largo de los ocho siglos que abarca aproximadamente nuestro trabajo. Éstos son los dos objetivos centrales de nuestra tesis, que lo que pretenden es, en definitiva, ofrecer una propuesta de cuáles pudieron ser los procesos históricos que tuvieron lugar en la región desde la sedentarización de las poblaciones del Bronce Final hasta la conquista del territorio por los romanos. Tangencialmente, el trabajo va a abordar otros aspectos que han sido históricamente importantes en la historiografía de la región, como el tema de la etnicidad carpetana o una aproximación específica a la cultura material de la Edad del hierro en el valle medio del Tajo.

Los objetivos que perseguimos pueden abordarse de muchas maneras y en este sentido nuestra aproximación al análisis de la cultura material de la Edad del Hierro es fundamental por su complejidad, por el volumen y características de la información y por la ausencia casi absoluta de síntesis previas que faciliten nuestro estudio. En estos momentos es imposible realizar una síntesis tradicional de la cultura material de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo: la ausencia de memorias publicadas, la falta de estratigrafías claras y bien datadas, la dispersión de materiales en almacenes de empresas y museos, la parquedad de los artículos publicados y la ausencia de sistematizaciones previas de los materiales de cada yacimiento hacen que la recopilación, sistematización y procesamiento de esta información sea simplemente inabarcable. Incluso en caso de que lo fuera, no es ése el objetivo final de nuestro trabajo. No obstante, es evidente que sin una sistematización (formal y cronológica) de la cultura material no puede comenzar a ordenarse el corpus de yacimientos de que disponemos para interpretar sus características. La clave reside, por tanto, en la selección de una metodología que nos permita

estructurar la cultura material de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo a partir de la información disponible.

Esta estructuración depende en gran medida de la búsqueda de un equilibrio entre el análisis sistemático de la cultura material, los objetivos y los límites temporales y espaciales de este trabajo. Para ello, hemos recurrido a la técnica del análisis multivariante, una técnica estadística que a través de las relaciones entre los yacimientos y la cultura material documentada en ellos nos ha permitido ordenar cronológica y materialmente la Edad del Hierro de una forma que consideramos muy satisfactoria. Como todos los análisis multivariantes, el de correspondencias no deja de ser una técnica estadística que muestra tendencias, pero el alto grado de correlación alcanzado, el apoyo de las dataciones radiocarbónicas y de otras aproximaciones a la cronología de la región coincidentes con el análisis nos han permitido utilizar la seriación como eje director de nuestro trabajo.

El análisis de correspondencias ha sido la clave para la sistematización de la cultura material de la Edad del Hierro que hemos realizado y reflejado en los Anexos 5 y 7 de esta tesis. No se trata de una construcción tipológica basada en estratigrafías, sino una recopilación de rasgos y materiales localizados en los diferentes momentos cronológicos de la Edad del Hierro que pueden ayudar a determinar la cronología de los yacimientos y establecer paralelos de manera genérica. Esta sistematización de la cultura material – que como hemos dicho no pretende ser exhaustiva – ha sido reforzada con el estudio de los materiales en su mayor parte inéditos o publicados muy parcialmente de diez yacimientos, que hemos estudiado como parte de este trabajo¹ y que hemos utilizado para reforzar los datos procedentes de publicaciones. Algunos de estos datos, como los del Cerro del Gato o Palomar de Pintado han sido incluidos en anexos independientes, mientras que otros han sido simplemente integrados en el texto y en los anexos dedicados a la cultura material. Finalmente, los materiales de algunos yacimientos clásicos, como Las Madrigueras, han sido reexaminados y reinterpretados a partir de sus memorias de excavación.

Junto a los materiales arqueológicos recogidos en los asentamientos, la sistematización de la cultura material pasa también por la recogida y análisis de las dataciones absolutas existentes en la región (hasta el momento, 80 publicadas) y su adecuación o no a los datos procedentes de los materiales y del análisis de correspondencias. Como en el caso de la cultura material, se ha optado por trasladar estos datos y la correspondiente discusión a un anexo (Anexo 3) para no alargar en exceso el texto de la tesis. Algo similar se ha hecho con los datos zooarqueológicos utilizados en nuestro trabajo (Anexo 4). Hemos pretendido, en la medida de lo posible, que los anexos no sean simplemente listados de datos con poca utilidad práctica, sino ampliaciones de la información presentada en la tesis, redactados como capítulos complementarios de la misma y aportando información importante pero que, en caso de estar inserta en el texto principal hubieran alargado excesivamente su extensión.

¹ Nos gustaría agradecer las facilidades y la colaboración a la hora de consultar estos materiales inéditos a la empresa ARTRA S.L., en el caso de los yacimientos de Arroyo Culebro A, C y D, La Cantueña, El Caracol, El Colegio y Laguna del Campillo, a Salvador Llopis y el equipo del Museo de Santa Cruz con los materiales del Cerro del Gato, a Juan Pereira en el caso de Palomar de Pintado y a Víctor M. Fernández con los datos del Cerro de las Nieves.

En cuanto al segundo de los objetivos planteados – detectar las transformaciones sociales, políticas y económicas de las poblaciones del valle medio del Tajo – hemos optado por analizar los cambios detectados en el registro arqueológico desde una perspectiva social. Nuestro interés se centra en las bases y estrategias a través de las cuáles comienzan a aparecer desigualdades en sociedades inicialmente igualitarias, cómo estas desigualdades se consolidan – si lo hacen – y a través de qué mecanismos se justifican. Desde esta perspectiva, se persigue definir y analizar cómo se organizaron las comunidades del valle medio del Tajo, cuál fue su grado de desigualdad interna y cómo se modificaron sus características a lo largo del tiempo. En nuestra opinión, comprender la forma en que se estructuraron estas poblaciones es la clave para entender otro tipo de dinámicas – políticas, económicas, ideológicas – que se documentan en la región.

En cuanto al marco espacial de esta tesis nuestro ámbito geográfico de estudio es el tramo del valle del Tajo que discurre entre las Mesas de Ocaña y Chinchón por el este y el área cercana a Talavera de la Reina por el oeste. Hacia el norte, la zona de los ríos Henares y Jarama y la confluencia de este río con el Tajo definen el que es – por volumen de información – el núcleo de nuestro trabajo. Hacia el noroeste, el límite lo marcaría el Sistema Central, no tanto como barrera natural sino como territorio de características geológicas y ambientales muy diferentes, que hacen del mismo un ámbito geográfico bien diferenciado del valle. Algo similar ocurre con los Montes de Toledo y con el área cercana a Talavera, donde los cambios en las características del suelo – y sus implicaciones económicas marcan la transición entre los dos territorios. Hacia el sudeste esa transición no existe, y los límites del área se han situado, de manera deliberadamente poco precisa, en la región de La Mancha toledana y conquense.

Estos límites han sido tomados de manera muy genérica y en ningún caso son rígidos. Hemos decidido conscientemente ser laxos en la definición del territorio que estudiamos por dos razones. La primera de ellas es conceptual: durante mucho tiempo la definición del territorio carpetano ha constituido una obsesión constante para los investigadores de la protohistoria de la región, perseguida a través de accidentes geográficos y de la dispersión de supuestos indicadores de etnicidad. Estos intentos han fracasado de manera recurrente, y esto se debe, en nuestra opinión, a un punto de partida erróneo: considerar que existe realmente un territorio cuyos límites hay que definir. El rechazo a esta asunción nos permite una mayor libertad a la hora de abordar cómo se estructuró el territorio en el valle medio del Tajo, partiendo de otros criterios como la localización de los asentamientos, la dispersión del poblamiento o las características sociopolíticas de las poblaciones que habitaron la región. La segunda razón es metodológica, puesto que no tiene sentido aplicar una categoría de análisis como el territorio de una supuesta etnia documentada al final de la Segunda Edad del Hierro a un mundo seis o siete siglos anterior. Ésta es también la razón de que hayamos optado por no emplear el término Carpetania hasta finales del siglo III a.C., puesto que, tal y como defiende Dionisio Urbina (1998) éste término es un concepto más geográfico que étnico.

En cuanto al marco temporal, hemos considerado necesario incluir un breve análisis de los momentos finales de la Edad del Bronce para lograr una mejor perspectiva de los nuevos parámetros sobre los que se construye la sociedad de la Edad del Hierro. Pese a algunos problemas cronológicos, este tránsito parece datarse en torno al siglo IX a.C. En su extremo más moderno, aunque la conquista romana se produce en torno al siglo II a.C. las pervivencias indígenas son tan fuertes que al menos hasta el siglo I d.C. no se produce definitivamente la

integración dentro de los parámetros sociales, económicos e ideológicos romanos. El periodo de estudio es, por tanto, de unos nueve siglos.

Sobra decir que cualquier intento de sintetizar el registro arqueológico de casi un milenio de historia e utilizarlo para reconstruir un proceso histórico es, por lógica, incompleto. Nuestro trabajo ha tratado de buscar un equilibrio entre la información arqueológica disponible, la recopilable con nuestros recursos y los límites y el desarrollo de una propuesta de interpretación que consideramos mucho más necesaria que la sistematización de la cultura material. El resultado ha sido una solución de compromiso que en nuestra opinión ha servido para alcanzar los objetivos que nos habíamos propuesto pero que, inevitablemente, ha debido renunciar en algunos casos a toda la exhaustividad que hubiéramos deseado. Los anexos que presentamos con esta tesis son un intento de mejorar esta exhaustividad, pero la verdadera solución reside en la publicación exhaustiva de los resultados de las excavaciones, en la elaboración de otras tesis – en estos momentos nos consta el estado muy avanzado de al menos otras dos, una sobre el poblamiento del valle del Henares y otra sobre la romanización de la región – y en la capacidad de los investigadores para aprovechar el caudal de información que las empresas de arqueología están colocando en nuestras manos, para establecer una discusión crítica y constructiva y para mejorar las herramientas de análisis sobre el registro arqueológico y sobre los procesos históricos de los que es expresión material.

El volumen de información potencial sobre la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo es enorme, y crece incluso según se escriben estas líneas. La excavación de un nuevo sector de la necrópolis de Las Madrigueras, los trabajos asociados a la Autovía de los Viñedos que ahora comienzan a ver la luz o el monográfico de la revista Zona Arqueológica previsto sobre el yacimiento de El Llano de la Horca son ejemplos de la continua ampliación de la base material sobre la que los arqueólogos podemos trabajar. Es probable que algunos de estos datos permitan, en un futuro relativamente cercano, mejorar y corregir nuestras propuestas de sistematización, alcanzando así la precisión y calidad de otras regiones. Sin embargo, creemos que la clave de la mejora de nuestro conocimiento no depende – al menos, de manera relevante – de un aumento de información arqueológica. Este crecimiento lleva produciéndose desde más de una década y, como hemos defendido arriba, desde las propuestas de Dionisio Urbina en su tesis de 1997 y en trabajos posteriores no ha repercutido sustancialmente en una mayor comprensión de la Protohistoria de nuestra región. La clave reside en lograr una aproximación global a los procesos históricos que tuvieron lugar en el valle medio del Tajo durante el primer milenio a.C. Esta aproximación sólo puede realizarse asumiendo la necesidad de superar la falacia positivista de una explicación a través de la simple acumulación de datos y encontrando herramientas que sirvan para construir una interpretación del registro sujeta a crítica y discusión científica. Éste es quizá el objetivo último de esta tesis: ofrecer una mirada muy personal sobre la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo que pueda ser discutida, utilizada, rebatida o apoyada y que sirva para plantear una nueva forma de afrontar la Protohistoria de nuestra región.

Capítulo 1

La tierra

1.1. Introducción

La inclusión en una tesis sobre arqueología de un capítulo en el que se detalle el marco geográfico de estudio, las características físicas del mismo y sus posibles implicaciones económicas, estratégicas o sociales parece en muchos casos un paso obligado previo a otro tipo de propuestas interpretativas, un trámite que cumplir antes de centrar la investigación en el núcleo del trabajo. No es éste el objetivo de este capítulo, que se plantea con unos objetivos muy concretos y que pretende ser uno de los pilares fundamentales sobre el que va a apoyarse nuestra interpretación de los procesos históricos desarrollados en el valle medio del Tajo durante el primer milenio a.C. Sin caer en posiciones deterministas, es evidente que en sociedades preindustriales la adaptación a las características ambientales del entorno es fundamental para comprender muchas de las dinámicas históricas que podemos documentar en el registro arqueológico.

El primer objetivo de este capítulo es ofrecer un marco general del territorio que integre los datos geológicos, geográficos y ambientales para construir un escenario lo más ajustado posible a la realidad física de la región en nuestro periodo de estudio. El segundo objetivo, mucho más importante, es tratar de superar esa visión del territorio como teatro sobre el que actúan los seres humanos – como si luego, acabada la función o el estudio arqueológico, pudieran bajarse del escenario – para tratar de establecer las relaciones entre la tierra y los seres que la habitan y las implicaciones – económicas, sociales, identitarias – que pueden extraerse de esta interacción. En la medida de lo posible, se trata de partir desde el estudio de la tierra – como ente físico – para aproximarse al concepto de mundo – como construcción cultural – de los habitantes del valle medio del Tajo.

Esta aproximación a la geografía del territorio requiere la conjunción de datos procedentes de muchas disciplinas y contempla casi infinitos puntos de vista, desde la importancia de la estructura geomorfológico del valle medio del Tajo hasta la percepción de los hitos del paisaje, pasando por el análisis de los recursos hídricos, el potencial agrícola de los suelos, las implicaciones del medio físico en las comunicaciones y los intercambios o las implicaciones socioeconómicas de la explotación del medio. La recopilación exhaustiva y global de todas estas facetas está fuera de los objetivos de este trabajo, que lo que persigue es una síntesis coherente del entorno en el que se desarrolló la Edad del Hierro y, sobre todo, la búsqueda de relaciones entre las características del territorio, las estrategias de subsistencia de las poblaciones que lo ocupan y la visión que del mismo tendrían sociedades muy alejadas de nuestra lógica actual.

Hemos renunciado conscientemente a que nuestro ámbito de estudio tenga unos límites perfectamente definidos, en parte porque no creemos que estos límites - en caso de que existan - tuvieran mucho que ver con las realidades de las comunidades que habitaron el valle

medio del Tajo. En líneas generales, podemos hablar de una zona nuclear – el curso medio del Tajo – definida por varias regiones de características geomorfológicas, ambientales y climáticas muy diferentes. En la zona oriental el límite estaría en las estribaciones de La Alcarria y su límite occidental, en la región cercana a Talavera de la Reina, donde el cambio no se aprecia tanto en algún elemento estructural como en la diferente composición del edafológica que provoca la aparición de un paisaje completamente diferente al de la zona toledana y que ocupa aproximadamente la mitad occidental de la actual provincia de Toledo. En sus zonas noroeste y sur son dos cordilleras montañosas las que geomorfológicamente delimitan el valle, mientras que en la región del sudeste, la transición hacia La Mancha toledana y conquense es muy sutil, y apreciable tan sólo en el diferente desarrollo de la red hidrográfica aunque su origen es mucho más complejo (Martínez, E. 1977: 126). Es decir, nuestra aproximación al territorio no se basa en una región con límites claros, sino en una zona nuclear en relación con otras áreas geográficas cercanas.

1.2. Los huesos de la tierra: el origen del valle medio del Tajo

La aproximación a una unidad geomorfológica de la entidad del valle del Tajo no puede plantearse simplemente a partir del análisis de su elemento principal. También tiene que tener en cuenta los dos sistemas montañosos – Sistema Central y Montes de Toledo que lo definen y que, de hecho, constituyen elementos estructurales clave en su formación. Estos dos sistemas montañosos han sido tradicionalmente utilizados para definir los límites del territorio asignado a los carpetanos hacia el noroeste y hacia el sur, asumiendo que las divisorias montañosas constituían fronteras naturales entre diferentes etnias. Nuestra visión pretende ser algo más abierta, sin asumir la existencia de unos límites cuya existencia histórica y arqueológica es discutible, y plantear el estudio de los tres contextos como tres áreas de interacción con características geológicas y ambientales muy diferentes pero complementarias.

De hecho, puede considerarse que el Sistema Central y los Montes de Toledo por un lado y la cuenca sedimentaria del Tajo por otro son dos caras de la misma moneda. El punto de partida de su formación es un zócalo hespérico muy antiguo y rígido, afectado por las orogénesis hercinianas de finales de la Era Primaria y orientado genéricamente de noroeste a sudeste. Este zócalo fue erosionado y convertido en una penillanura inclinada hacia el Mediterráneo antes del secundario. Durante las orogénesis alpinas del terciario las presiones provocadas por el acercamiento de las placas euroasiática y africana provocaron una remodelación importante de las características de este zócalo, formándose en sus rebordes las cordilleras Ibérica, Cantábrica y de Sierra Morena, que constituyen el contorno del antiguo macizo hespérico

En el interior, las presiones alpinas fueron determinantes para la formación del relieve tal y como lo conocemos hoy en día. En primer lugar, estas presiones fragmentaron en algunos casos la penillanura previa, provocando elevaciones de bloques fracturados y dando lugar a las cordilleras interiores de la Meseta (Sistema Central y Montes de Toledo). Estos abombamientos facilitaron la creación de depresiones entre las nuevas cordilleras, y de este modo el surgimiento del Sistema Central provocó la aparición de las Submesetas norte y sur, mientras que los Montes de Toledo dividieron a su vez la Submeseta sur en dos depresiones (Tajo y Guadiana). Estas depresiones serían colmatadas posteriormente por sedimentos continentales, procedentes de

estas cordilleras. Finalmente, las presiones alpinas sobre el reborde del antiguo zócalo herciniano provocaron que basculara hacia el Atlántico, cambiando el drenaje de la Península hacia el oeste, tal y como lo conocemos hoy en día (figs. 1.1. y 1.2).

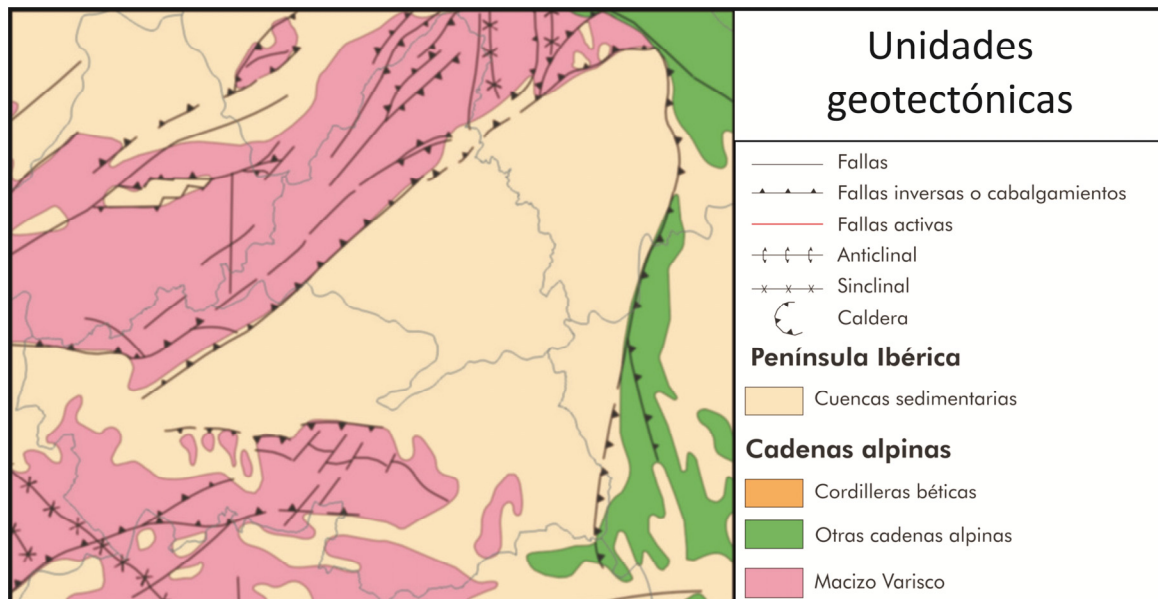


Figura 1.1: unidades geotectónicas del valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

Actualmente, los sedimentos depositados en las depresiones castellanas tras la orogénesis alpina han cubierto grandes sectores del antiguo zócalo herciniano, que sin embargo aún es visible en la mitad occidental de la península, muy arrasado y formando una penillanura. La transición entre las llanuras terciarias castellanas y las peniplanicies más antiguas es difícil de apreciar en el relieve, ya que ambas tienen características formales semejantes. Sin embargo, sus características geológicas son muy diferentes y sus connotaciones ecológicas y socioeconómicas, enormes. Las tierras del zócalo antiguo, constituidas por granitos o pizarras conforman suelos ácidos que retienen mal los nutrientes y facilitan la erosión, construyendo un paisaje en el que predomina la dehesa, los jarales y carrascales muy diferente al de las tierras de las llanuras castellanas, de origen terciario, compuestos por arcillas y más aptas para el cultivo cerealístico. Esta diferenciación que como hemos dicho no es visual sino geológica, afecta de manera parcial a nuestro área de estudio en su zona occidental, y puede ser determinante a la hora de diferenciar enfoques socioeconómicos de ocupación y explotación del medio físico.

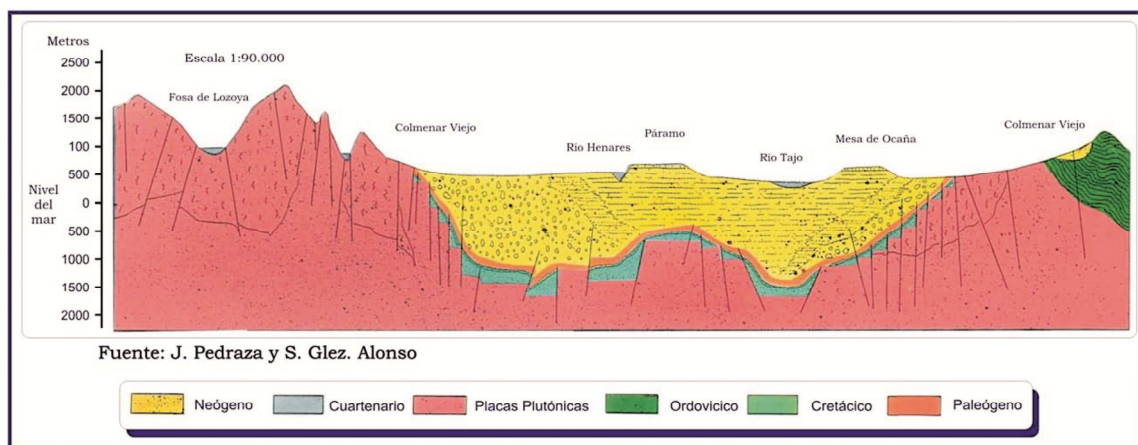


Figura 1.2: perfil geológico del valle medio del Tajo entre el valle del Lozoya y Colmenar Viejo. Adaptado de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

El periodo de orogénesis alpina es por tanto fundamental para comprender cuál es nuestro marco de estudio, y muchas de sus características geográficas y ecológicas. Este momento supone la creación de hecho del valle del Tajo, debido a tres procesos fundamentales: la elevación de dos cordilleras que determinan una depresión interior (mitad norte de la Submeseta sur), la progresiva colmatación de esa depresión por sedimentación procedente de materiales de estas dos cordilleras y la basculación del bloque hacia el Atlántico, que favorece la creación de un sistema hidrográfico en esa dirección que con el tiempo dará lugar a la cuenca del Tajo. Parece bastante lógico por tanto pensar que un estudio del valle medio del Tajo deba incluir las dos cordilleras que estuvieron vinculadas a su formación y que constituyen, de hecho, otra cara del mismo proceso.

El Sistema Central y los Montes de Toledo

Como hemos comentado más arriba, la Cordillera o Sistema Central es un accidente geográfico de época terciaria y constituye una larga alineación de orientación NE-SO que divide en dos la Meseta Central. Está formada por varias sierras dispuestas longitudinalmente – Sierras de Ayllón, Somosierra, Guadarrama, Gredos, Béjar, Peña de Francia y sierra de la Estrella – separadas por depresiones transversales que facilitan la comunicación entre las dos submesetas (Terán, M. de *et al.* 1986: 54), cada uno de ellos organizado en unidades menores que reproducen los caracteres generales (Martínez, E. 1977: 108). Tanto las alineaciones como las dislocaciones menores que han dado lugar a los corredores transversales son de edad alpina, así como algunas fallas longitudinales con dirección este-oeste que han originado valles como los del Lozoya, Tiétar o valle de Amblés.

La altitud de las sierras oscila desde los 1691 metros de la sierra de Ayllón hasta los 2592 metros alcanzados en la sierra de Gredos. Sin embargo, uno de los rasgos morfológicos de la Cordillera Central es el alto grado de arrasamiento de sus cumbres, que presentan extensas superficies de erosión como la Cuerda Larga de Guadarrama o la Paramera de Ávila, lo que facilita la el tránsito entre unas áreas y otras (Terán, M. de *et al.* 1986: 54). La escasa altitud de la sierra impidió la aparición de fenómenos glaciares relevantes, a excepción de glaciares de circo que dieron lugar a pequeñas lagunas como la de Peñalara, hoyos y navas y tan sólo en algún caso (Gredos, valle

del Zézere) glaciares de tipo alpino. La erosión de los materiales antiguos que constituyen la cordillera ha provocado la existencia de una superficie de erosión situada entre los 900 y 1000 metros de altitud y en ocasiones de varios kilómetros de anchura, la rampa o piedemonte, que constituye una zona de pendiente suave que se prolonga hasta el pie de los escarpes de la sierra y que constituye la franja de transición entre el ambiente serrano y el meseteño (Pedraza, J. 1997: 33).

El área de interés para nuestro trabajo es la que corresponde de manera casi exclusiva a las sierras de Somosierra y Guadarrama (fig. 1.3), aunque incluye, en su extremo más occidental, algunas de las últimas estribaciones de la sierra de Gredos como la sierra de San Vicente. Aunque con problemas de delimitación, la Sierra de Guadarrama propiamente dicha termina en el entorno del río Alberche (Pedraza, J. 1992: 118), sin embargo hemos decidido incluir la Sierra de San Vicente en este estudio para facilitar el análisis de las posibles relaciones entre las poblaciones que habitan estas sierras con las que lo hacen en la cuenca media del Tajo propiamente dicho. En cuanto a las sierras de Guadarrama y Somosierra, siguen en líneas generales las características del resto de la Cordillera (Pedraza, J. 1997: 33). Presentan una orografía sencilla con una alineación principal, un perfil suavizado y una altitud media (en torno a los 2000 m), más aún si tenemos en cuenta las alturas relativas de las dos mesetas (en torno a 700 y 600 metros)(Pedraza, J. 1992: 110). Presentan superficies de cumbres alomadas que definen la divisoria principal, de escasa altura (1800-2000 m) con algunos cerros culminantes como Peñalara (2429 m) y planicies intermedias o parameras a una altitud que oscila entre 1200 y 1800 metros, incluyendo alineaciones secundarias como las sierras de Hoyo de Manzanares o la Cabrera (Pedraza, J. 1992: 123). Hacia el sudoeste, el Sistema Central – ya en su parte central de la Sierra de Gredos – gira y las alineaciones centrales de la cordillera no entran en contacto con el valle medio del Tajo debido a la presencia de la fosa del río Tiétar. Es un bloque marginal de la sierra – el denominado Bloque del Piélagos – el que bordea la cuenca del Tajo en este punto. Este bloque es una rampa encajada entre los valles del Tiétar y el Alberche, sobre la que se disponen varias sierras con altitudes superiores a los 1000 metros (Martínez, E. 1977: 130).

Finalmente, el tercer elemento característico son los piedemontes, tanto de los denominados “tipo rampa” como otros que corresponden a depresiones interiores dentro de la sierra, como las del Alto Lozoya o el Paular, o casos mixtos como los de Manzanares el Real, Buitrago, San Martín-El Tiemblo-Cabreras o Robledo de Chavela. Los primeros (VV.AA. 2008: 52-53) constituyen terrenos de transición que rodean el macizo montañoso, de origen tanto tectónico como erosivo aunque en general presentan suelos graníticos o metamórficos poco aptos para la agricultura. Los segundos son áreas estrictamente serranas, vegas interiores dentro de la sierra transformadas por la acción humana en dehesas o praderas, mientras que los bordes exteriores se asemejan más a las llanuras sedimentarias de la cuenca (Pedraza, J. 1992: 124).

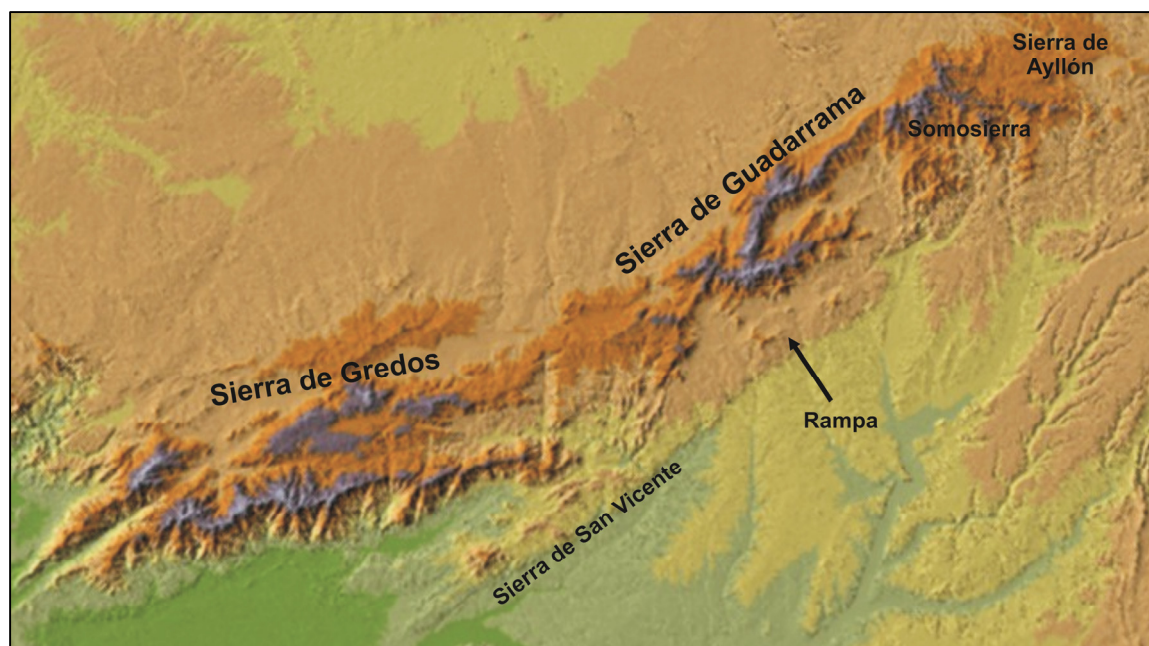


Figura 1.3: principales sierras del Sistema Central limítrofes con la cuenca media del Tajo

Pese a su escasa altitud, la posición y disposición del Sistema Central le convierten en un regulador ambiental fundamental en la climatología de la Meseta, ya que la descarga en él de gran parte de la humedad de las borrascas noratlánticas permite alimentar los cauces fluviales de ambas mesetas, reduciendo la estacionalidad de los ríos y limitando así la continentalidad y aridez de la región. Sin este accidente geográfico, el centro peninsular podría ser caracterizado como una estepa semiárida (Pedraza, J. 1997: 16). Asimismo, contribuyen a la variedad climática regional al aportar elementos subhúmedos y fríos en un entorno mediterráneo seco y caluroso (Pedraza, J. 1992: 110). En este sentido, las características climáticas de la sierra de Guadarrama son el reflejo de varias influencias muy marcadas (González, F. 1992: 97-98): por una parte, el clima general de tipo mediterráneo impone veranos soleados que acarrearán un déficit hídrico en esa época del año. Por otra su localización central le otorga caracteres continentales: fuertes diferencias de temperatura estacionales, peor acceso a masas de aire marítimo que deviene en menores precipitaciones respecto de otras sierras del Sistema Central. Finalmente, y pese a ese déficit, su elevación en la meseta hace que, respecto de éstas, tenga un balance hídrico superior que favorece la existencia de flora y fauna diferenciadas.

Como el Sistema Central, los Montes de Toledo constituyen un abombamiento del antiguo zócalo herciniano producido durante la orogenia alpina, y presentan características similares en su morfología y estructura. En el caso de los Montes de Toledo, el abombamiento fue menor, y las influencias del zócalo de la Meseta son más acusadas, visibles en la dirección de los pliegues y en la resistencia a la erosión de los bloques de cuarcita (Terán, M. de *et al.* 1986: 56). Se trata de una serie de sierras que se disponen de este a oeste a lo largo de un centenar de kilómetros de largo, con una altitud media de 1200 – 1400 metros y que alcanza su altura máxima en la sierra de Guadalupe con 1603 metros. Entre esas sierras se extienden, también en dirección este – oeste, depresiones en las que se sitúan los afluentes de Tajo y Guadiana (VV.AA. 2007: 42).

La estructura morfológica de los Montes de Toledo es, lógicamente, muy similar a la del Sistema Central, existiendo aquí también el ya citado piedemonte o rampa que en esta cordillera se sitúa en torno a los 700 m. de altitud y que en los extremos occidental y oriental acaba confundándose con la llanura por el menor abombamiento de este sistema montañoso (Terán, M. de *et al.* 1986: 56) y las cumbres de las sierras. Los suelos paleozoicos, por otra parte, se prolongan con un relieve ondulado al norte de los Montes de Toledo – hasta la propia ciudad de Toledo, de hecho - en lo que se ha denominado la llanura cristalina de Toledo y La Jara (Martínez, E. 1977: 115). Esta llanura desciende suavemente hasta el valle del Tajo hasta que queda interrumpida por una falla tectónica aprovechada por el río para su circulación en parte de su tramo, aunque no en la ciudad de Toledo, donde el río se introduce en la meseta cristalina creando el llamado “Torno del Tajo” (VV.AA. 2007: 43).

La cuenca sedimentaria del Tajo

Como hemos dicho, la cuenca sedimentaria del Tajo es el resultado de la misma orogenia alpina que elevó los Montes de Toledo y el Sistema Central en el Terciario. Se dispone en una banda de unos 50 km de anchura media con dirección E-W, con un descenso progresivo de altitud media sobre el mar hacia el oeste (unos 750 m en Ocaña frente a 350 m en Oropesa). Su topografía es suave, pero va variando paulatinamente: en la zona oriental predominan las plataformas como las mesas de Ocaña o Chinchón, en su zona central formas alomadas separadas por valles (comarcas de La Sagra y de Torrijos) y en el sector occidental llanuras sin accidentes (Martínez, E. 1977: 110), ya en la región conocida como la cuenca de Oropesa, cercana a Talavera de la Reina. El valle presenta una clara disimetría, con el Tajo desplazado hacia el sur en contacto frecuente con el zócalo granítico de los Montes de Toledo. Esta asimetría influye claramente en la red fluvial del Tajo cuyos principales afluentes – Jarama, Guadarrama, Alberche – lo hacen desde la margen derecha.

Geológicamente esta cuenca de sedimentación presenta dos grandes conjuntos litológicos superpuestos estratigráficamente. El inferior – Burdigaliense-Vindoboniense – ocupa toda la cuenca y podría dividirse en dos sectores, uno margoso constituido por margas y yesos que sólo aparece en el NE de la provincia de Toledo y otro compuesto por arenas y cantos dentro de una matriz arcillosa, que ocupa el resto de la cuenca. En cuanto al conjunto superior, el Pontiniense, tan sólo se conserva en el extremo oriental de la cuenca: mesas de Ocaña y de Chinchón y arranques de las parameras de la Alcarria, ya que en las otras zonas ha sido destruido por la erosión (Martínez, E. 1977). Hacia el sudeste, el valle medio del Tajo enlaza sin solución de continuidad con los llanos de la Mancha Toledana, siendo la topografía y la geología de esta zona muy similares aunque el origen geomorfológico de La Mancha es mucho más complejo que el de la cuenca del Tajo. A nivel estructural, el relieve se adapta al techo calizo Pontense que también localizábamos en las zonas más elevadas de la Cuenca del Tajo, que en esta zona no ha sido erosionado por el menor grado de desarrollo de la red fluvial de la región. Ésta, estructurada en torno al río Cigüela, no ha modelado verdaderos valles ni ha desarrollado un sistema adecuado de drenado, y las escasas elevaciones de la región apenas superan los 850 m.

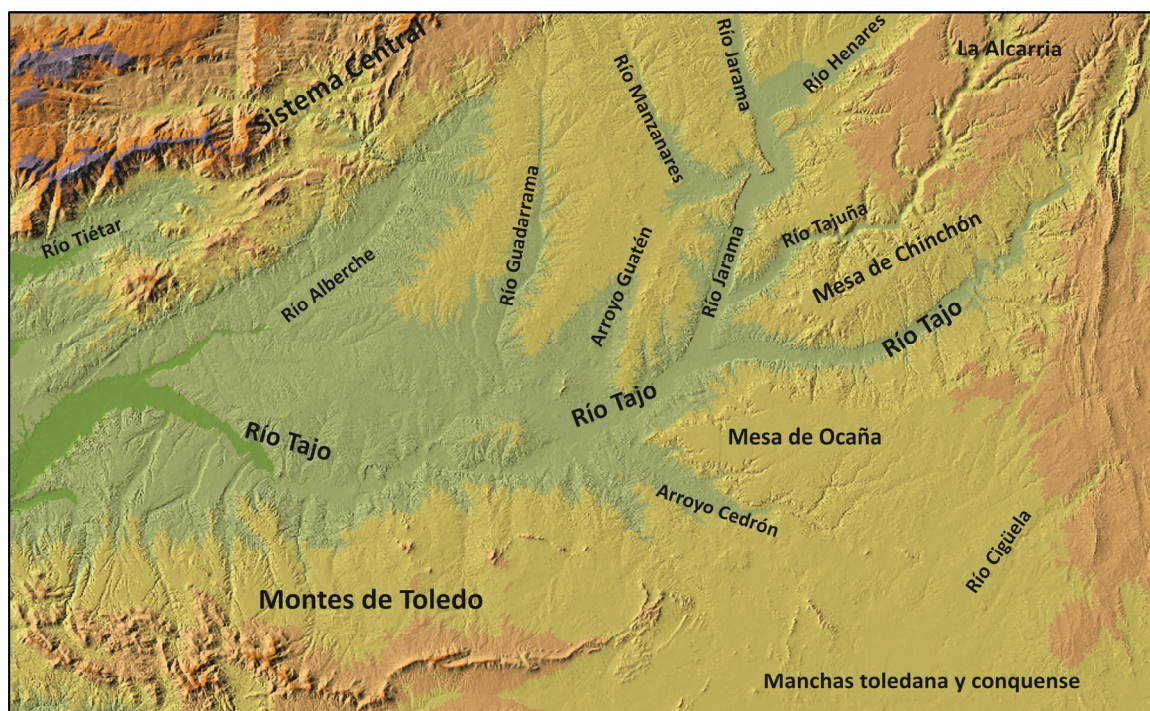


Figura 1.4: principales río y estructuras geomorfológicas del valle medio del Tajo.

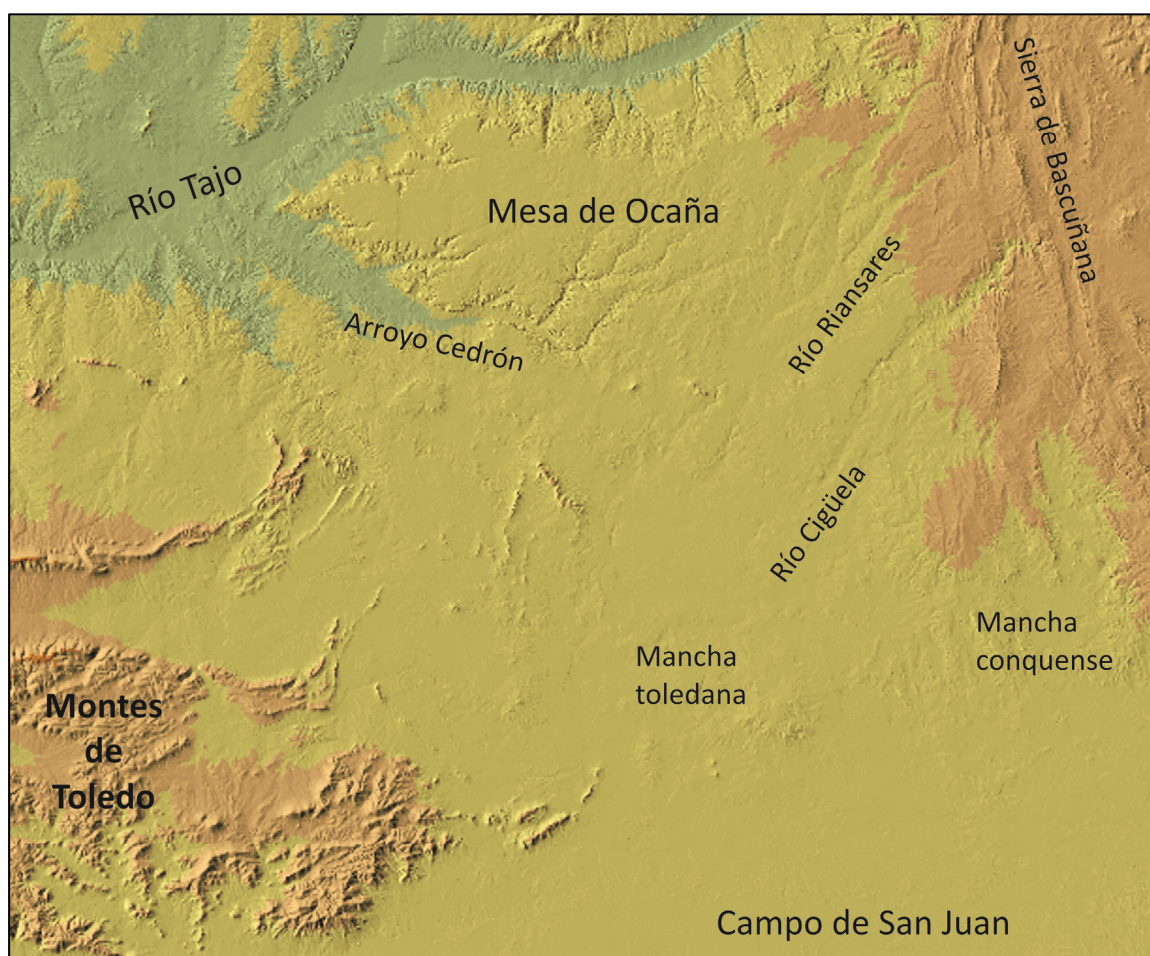


Figura 1.5: principales río y estructuras geomorfológicas de la zona sudoriental del valle medio del Tajo

En definitiva, la orogénesis de la cuenca del Tajo no explica simplemente las causas de la aparición de esta red fluvial. Nos da las pautas para aproximarnos a regiones con características geológicas, climáticas y paisajísticas muy diferentes, incluso dentro de un territorio relativamente homogéneo como el valle del Tajo. La constitución geomorfológica de la región – los huesos de la tierra – es clave para comprender cómo se construyen los paisajes con los que van a interactuar las comunidades de la Edad del Hierro. Como veremos a lo largo de este trabajo, las diferencias entre las zonas de piedemonte de las grandes cordilleras, las grandes plataformas de la zona oriental, el núcleo de la cuenca y la zona sudeste del valle influyen decisivamente en cómo estas poblaciones se relacionan entre ellas y con el entorno.

1.3. Las reglas del mundo: climas, ríos, flora y fauna del valle

Clima

Las características climáticas de la cuenca media del Tajo obedecen a una conjunción de factores derivados tanto de su posición global en el planeta como de las características orográficas concretas de la región. En el primer caso la localización latitudinal de la Submeseta sur la sitúa de manera genérica en los denominados climas mediterráneos templados, a la vez que queda afectada por la corriente en Chorro o *Jet Stream*, causante de los cambios estacionales al variar periódicamente su latitud (VV.AA. 2007: 55). Finalmente, la posición de la Submeseta sur entre dos grandes masas de agua (Océano Atlántico y Mar Mediterráneo) y dos continentes (Europa y África) hace que la región se encuentre sometida a la acción de muchas masas de aire de importancia variable según la época del año. En cuanto al tipo de clima, el valle medio del Tajo se clasifica, de acuerdo con Köppen, como clima Cs, templado mediterráneo de matiz continental, con variaciones Csa y Csb en función de la altitud (VV.AA. 2007: 65, fig. 1.6.).

Además de estos factores de carácter general, existen otros derivados de las características orográficas de la Submeseta sur. En primer lugar, la altitud a la que se sitúa y la disposición de las unidades de relieve hacen que la región se caracterice por una gran continentalidad. Rodeada de sistemas montañosos, el acceso de las masas de aire marino que provocan las precipitaciones tan sólo va a realizarse sin impedimentos desde el oeste, a través de la depresión del Tajo. La continentalidad de la Submeseta sur va a tener una influencia decisiva en el clima, puesto que va a condicionar tanto una gran amplitud térmica anual como una tendencia a la escasez de precipitaciones (VV.AA. 2007: 56-57).

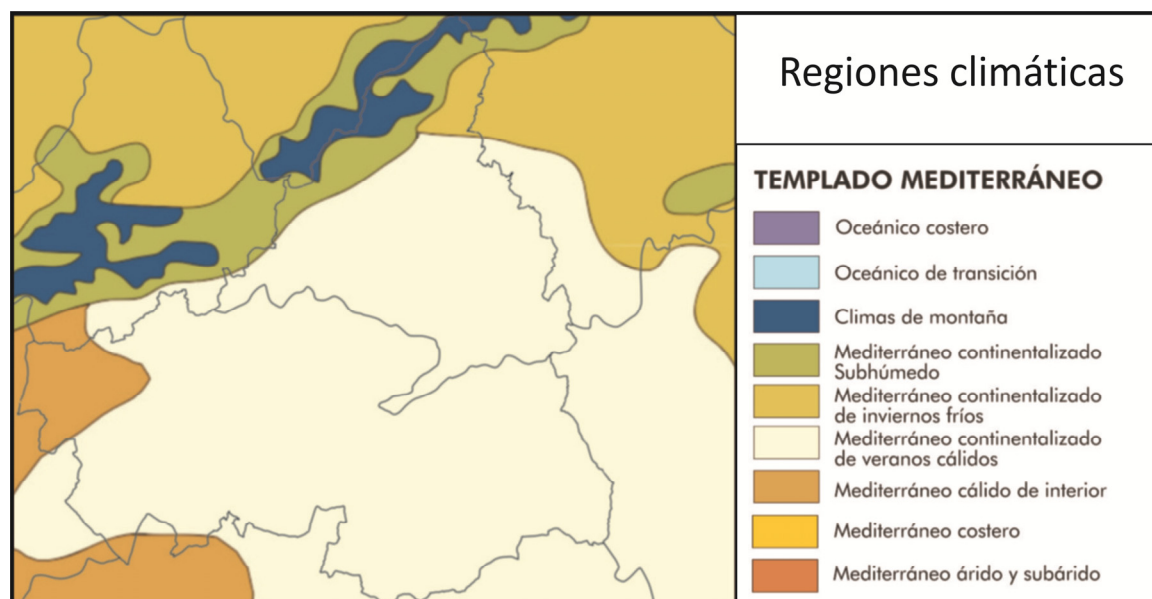


Figura 1.6: regiones climáticas del valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

Estas características resultan imprescindibles para comprender cuál el contexto al que tuvieron que hacer frente las sociedades protohistóricas del valle medio del Tajo y cómo influyó en su ocupación del territorio y en sus estrategias de adaptación al mismo. Condicionantes climáticos y geográficos de la Submeseta sur que se consideran obvios como la estacionalidad o la continentalidad cobran una importancia decisiva dentro de sociedades agrícolas sin industrializar. El primero de ellos es la latitud de la Submeseta sur, responsable de una de las principales características de la zona: el predominio de tiempos anticiclónicos sobre ciclónicos, en una relación 61 a 39% (VV.AA. 2007: 57). En nuestra zona de estudio los tiempos ciclónicos dominan en las estaciones equinocciales (otoño y primavera), aunque pueden manifestarse de manera esporádica en verano a través de situaciones de tormenta. Si tenemos en cuenta que los tiempos ciclónicos se asocian a bajas presiones, inestabilidad y presencia de precipitaciones, es fácil comprender que la región parte de una situación complicada respecto a la disponibilidad de agua, con las consecuencias lógicas para el tipo de vegetación y cultivos potenciales en la zona y para la adaptación de las poblaciones al entorno. Asimismo, el predominio de tiempos anticiclónicos tiene una influencia directa en la radiación solar que recibe la región, bastante elevada tanto en valores medios como absolutos (figs. 1.7 y 1.8).

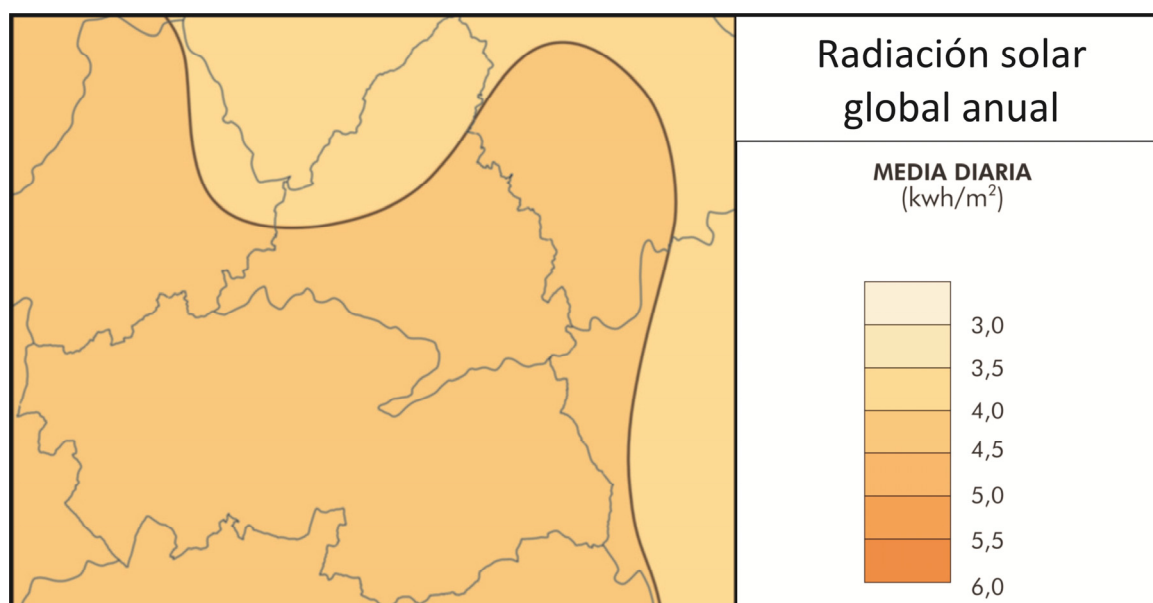


Figura 1.7: radiación solar global anual del valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

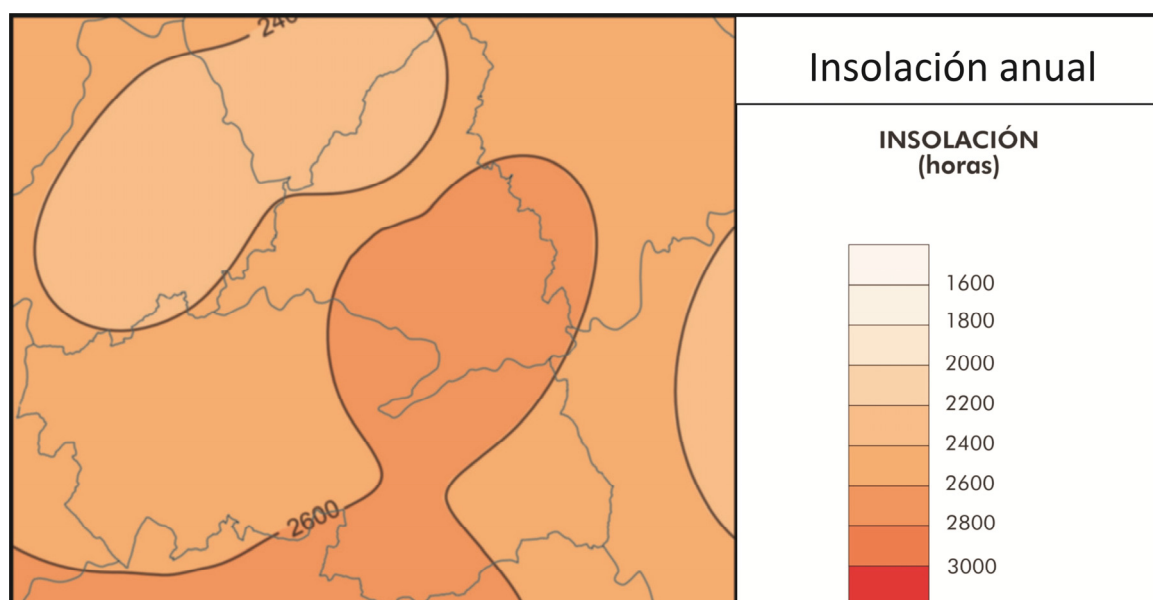


Figura 1.8: insolación anual en el valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

La segunda característica clave de la región es la estacionalidad, derivada de la posición geográfica global de la Península ibérica y que va a condicionar dos de los elementos clave para comprender el clima de la región: las temperaturas y el régimen de precipitaciones. Ambos se caracterizan por su gran variabilidad, con fuertes oscilaciones dependiendo de la época del año, pero también en valores interanuales. En el caso de las precipitaciones, en líneas generales son muy escasas debido a la marcada continentalidad de la Submeseta sur. Rodeada de cordilleras que impiden la entrada de grandes masas de aire húmedo procedente sobre todo del Atlántico, las precipitaciones en la región pueden definirse con dos adjetivos: escasas e irregulares. Aunque en teoría la depresión del Tajo constituye un acceso libre a la entrada de aire atlántico y por tanto, a la llegada de precipitaciones, éstas van disminuyendo progresivamente según penetran en el interior, de manera que la mitad occidental de la provincia de Toledo presenta

unas precipitaciones superiores a las de la cuenca del Tajo en la mitad oriental de la provincia toledana y parte de la región madrileña (fig. 1.9), donde las precipitaciones medias anuales se sitúan entre los 300 y 400 mm por metro cuadrado anuales, lo que permite clasificar a la región como árida (VV.AA. 2007: 58).

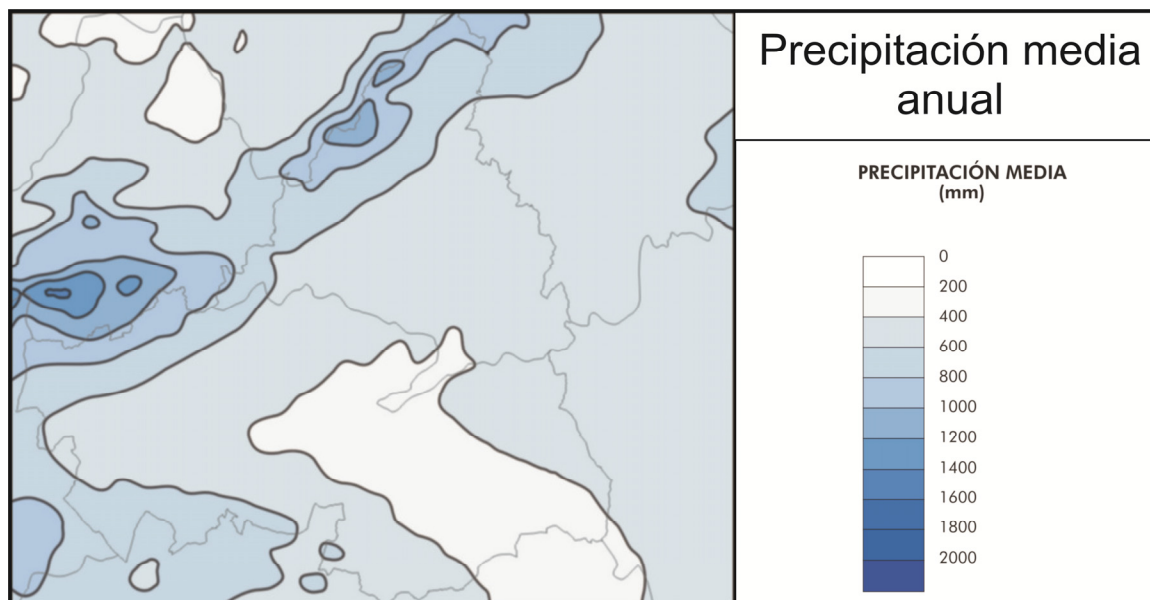


Figura 1.9: precipitaciones medias anuales en el valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

Las precipitaciones no son sólo escasas, sino que también son marcadamente estacionales, con máximos en primavera y otoño, lo que como veremos tiene una gran influencia en el régimen hídrico de la región. La combinación de esta estacionalidad característica del clima mediterráneo, con la escasez de precipitaciones provocada por la disposición de la zona de estudio van a suponer un problema recurrente para la economía de la región, ya que introducen un alto grado de incertidumbre y unas condiciones poco favorables para las prácticas agrícolas. La cuenca media del Tajo va a ser intrínsecamente deficitaria en recursos hídricos, lo que va a condicionar no sólo el tipo de agricultura desarrollada en ella sino las estrategias humanas de adaptación a sus características.

Por supuesto, en este régimen pluviométrico existen excepciones. En primer lugar, la misma posición geográfica que hace de la Submeseta sur tenga unas características marcadamente áridas hace que los dos sistemas montañosos que la rodean (Sistema Central y Montes de Toledo) reciban una cantidad de precipitaciones mucho mayor, que puede llegar a 900 mm por metro cuadrado al año en los Montes de Toledo a cantidades mucho más altas en la Sierra de Guadarrama (hasta 1400 mm en el Puerto de Navacerrada, por ejemplo (fig. 1.10) (González, F. 1992: 97). Las mismas diferencias pueden trazarse para las precipitaciones en forma de nieve, casi anecdóticas en la depresión del Tajo (2-3 días anuales) (García, L. y Reija, A. 1994: 252, 284), escasas en los Montes de Toledo y relativamente abundantes en la Sierra de Guadarrama (García, L. y Reija, A. 1994: 252, fig. 1.11).

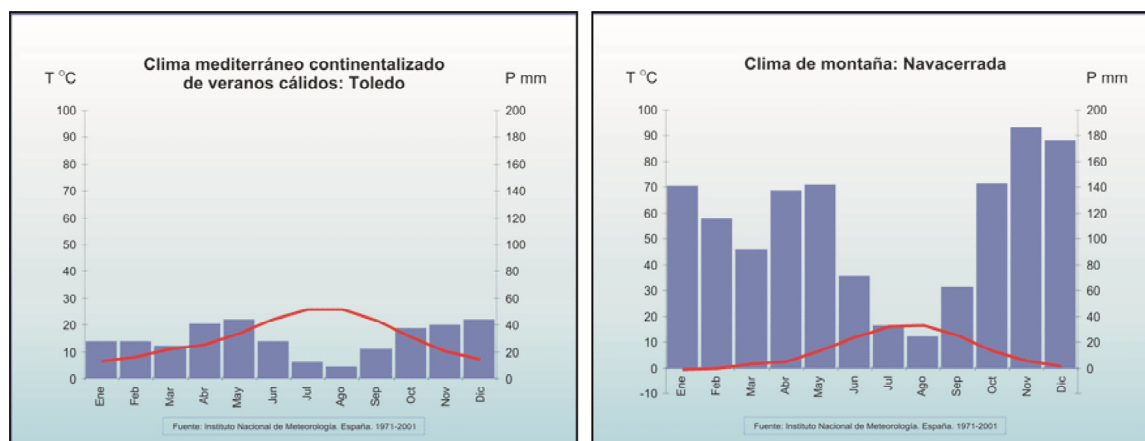


Figura 1.10: diagramas pluviométricos de dos estaciones situadas en pleno valle medio del Tajo (izquierda) y en el Sistema Central (derecha). Cartografía temática del IGN (www.ign.es)

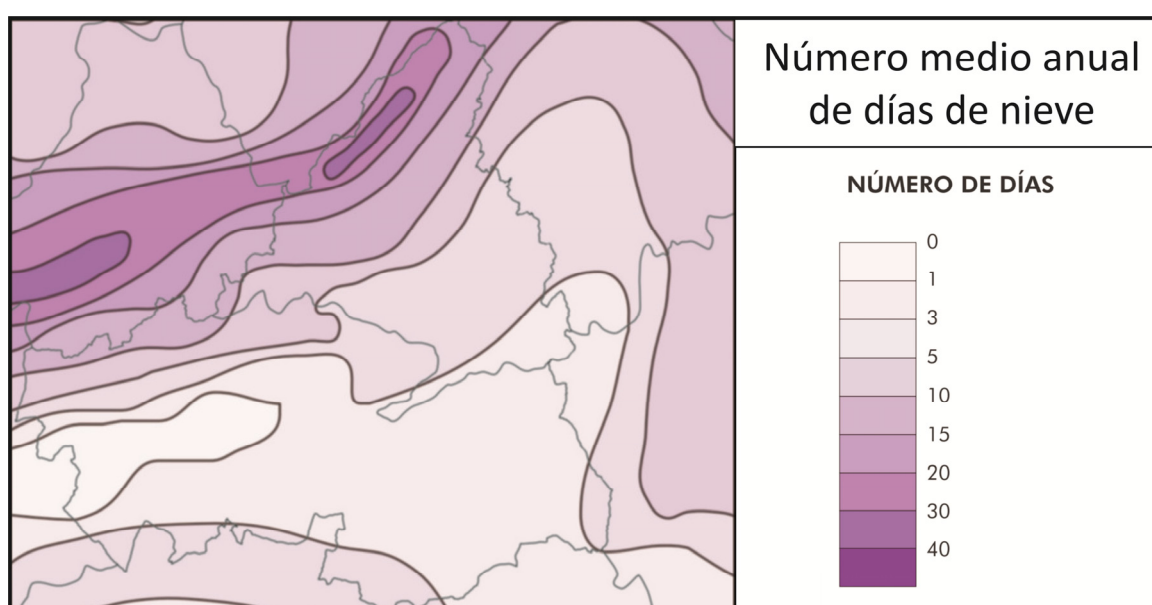


Figura 1.11: número medio anual de días de nieve en el valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

En este sentido, se establece una relación clara entre el aumento de la altitud y el de las precipitaciones, que hace que, dentro de las características de aridez de toda la zona, estos dos accidentes montañosos supongan verdaderos refugios para flora y fauna adaptadas a condiciones climáticas más húmedas, además de permitir la existencia de una red hidrográfica de gran entidad como es la del río Tajo. En el caso de los Montes de Toledo, el aumento de la pluviosidad es muy evidente en la transición entre las zonas de piedemonte cercanas a las sierras, con una evidente disminución de la aridez (Martínez, E. 1977: 120). En estas zonas (Meseta de Toledo, Rañas del sur de Talavera o La Jara) el clima puede caracterizarse de subhúmedo seco, con superávit de agua en invierno y una sequía muy acusada en verano. En las zonas montañosas el clima pasa a ser subhúmedo (húmedo en algunas zonas), mesotérmico y con una gran amplitud del régimen hídrico (Martínez, E. 1977: 120). Estas tendencias son más acusadas para el Sistema Central debido a su mayor altitud, donde se llegan a alcanzar los 2000 mm anuales frente a los 1000 mm anuales de media en la vertiente sur del río Tajo (VV.AA. 1991: 60).

Respecto de las temperaturas, como hemos dicho una de sus características principales es su gran amplitud térmica. No obstante, igual que en el caso de las precipitaciones existen diferencias en relación a las zonas y a la altitud relativa. Así, la pérdida de humedad marina – que actúa como un agente regulador de la temperatura – conforme se avanza hacia el este explica la mayor oscilación térmica de la mitad oriental de la provincia de Toledo y de la provincia de Madrid respecto de zonas en apariencia similares como la mitad occidental de la provincia de Toledo (VV.AA. 2007: 62). En la cuenca media del río Tajo, la amplitud térmica media es de unos 20º C (García, L. y Reija, A. 1994: 253; VV.AA. 2007: 63), aunque la amplitud anual absoluta supera fácilmente los 50º C (Muñoz, J. 1976: 239) y la oscilación térmica diaria ronda los 10-12 °C (fig. 1.12). Respecto de la influencia de la altitud sobre las temperaturas, afecta especialmente al Sistema Central, donde las temperaturas descienden de manera notable aunque la amplitud térmica media es similar (García, L. y Reija, A. 1994: 252). En los Montes de Toledo, sin embargo, su menor altitud hace que no haya descensos tan marcados de temperatura (VV.AA. 2007: 62).

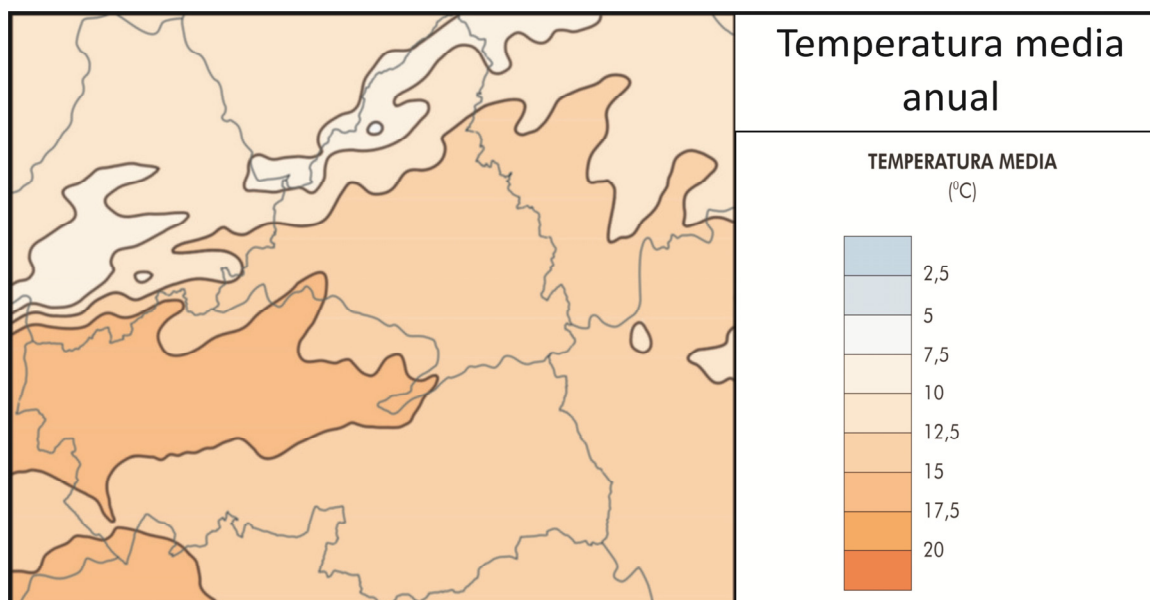


Figura 1.12: temperatura media anual en el valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

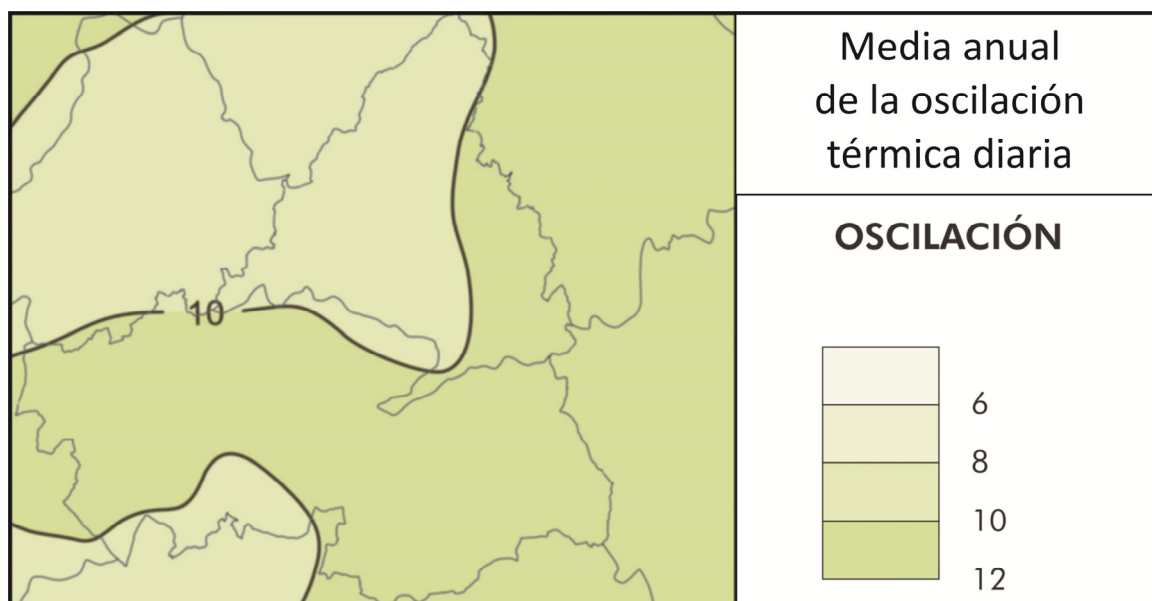


Figura 1.13: media anual de la oscilación térmica diaria en el valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

Las venas: el agua en el valle del Tajo

Dadas las características de la Submeseta sur, lo único que hace que ésta no sea considerada una estepa árida es la existencia de la red hidrográfica del Tajo y sus afluentes, que suple en gran medida la escasez de lluvias y que constituye el verdadero eje sobre el que se articula la región. El río Tajo, sin embargo, no deja de encontrarse sometido a las características geológicas, geográficas y climáticas de la Submeseta sur. Ya dijimos que la cuenca del Tajo posee una enorme disimetría. En su tramo medio se encuentra encajado entre el Sistema Central y los Montes de Toledo, que presentan unas grandes diferencias en cuanto a aporte hídrico. La mayor altitud y número de precipitaciones del Sistema Central hacen que la margen derecha del río presente unos afluentes largos y de gran caudal – el río Jarama y sus afluentes Tajuña, Henares y Manzanares, el Alberche y, en menor medida, el Guadarrama – mientras que en su margen izquierda la cercanía a los Montes de Toledo y el menor número de precipitaciones del mismo dan lugar a afluentes cortos y de escasa entidad, entre los que destacan los ríos Guadalete, Algodor y Pusa (VV.AA. 2007: 71).

En segundo lugar, la cuenca del río Tajo está caracterizada por un régimen pluvial con crecidas en las estaciones de primavera e invierno, y, sobre todo, por un fuerte estiaje no inferior a los cuatro meses, provocado por la acusada variación estacional de la región (VV.AA. 2007: 72) que puede llegar a una reducción del 63% en el mes de menor caudal (VV.AA. 1991: 386). Este estiaje es menos marcado en los afluentes cercanos al Sistema Central, debido a las mayores precipitaciones y a la existencia de un régimen pluvio nival (fig. 1.14), mientras que puede ser muy potente en los afluentes de la margen izquierda, llegando en casos como el de los ríos Amarguillo o Fresnedoso a secarse completamente la mayoría de los años (Muñoz, J. 1976: 405). Finalmente, las características del río Tajo hacen que su aprovechamiento agrícola sea muy limitado, al encontrarse muy encajado en gran parte de su trayecto (VV.AA. 2007: 72), en muchos tramos aprovechando la falla del macizo cristalino de Toledo. En el tramo anterior, en

torno a su confluencia con el río Jarama, donde la vega es mucho más extensa, las características del suelo – muy pesado para la tecnología preindustrial – y las frecuentes inundaciones de la vega hasta el siglo pasado (Muñoz, K. 1998a: 8) hicieron que este tramo del Tajo tampoco fuera un lugar especialmente atractivo para la agricultura prehistórica.

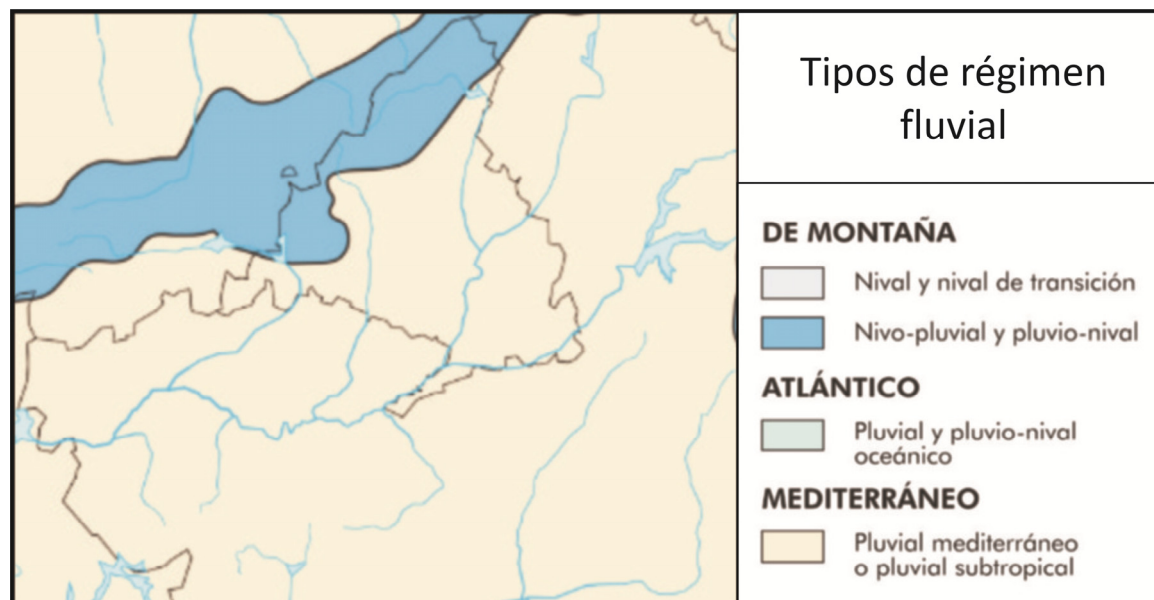


Figura 1.14: tipos de régimen fluvial en el valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

Como hemos dicho, en la cuenca media del Tajo son los afluentes de la margen derecha los que aportan la mayor parte del caudal, los que posibilitan un acceso continuo al agua al amortiguar el estiaje y los que ofrecen por tanto unas mejores condiciones históricas para el establecimiento de la población. Se trata de ríos con un caudal y poder erosivo notables, que ha provocado la aparición de terrazas de gran desarrollo (Arenillas, M. y Sáenz, C. 1987: 183). En esta red destaca sin duda el río Jarama, principal afluente del Tajo que recoge el agua de los ríos Guadalix, Henares, Manzanares y Tajuña y que constituye un eje Norte – Sur clave para comprender la distribución del poblamiento y de la circulación de bienes, personas e influencias a lo largo de la prehistoria, hasta el punto de que en el momento de confluir con el río Tajo lleva más caudal que éste (Muñoz, K. 1998a: 8). De hecho, esta "Y" que forman los ríos Tajo y Jarama va a ser en muchos sentidos la que articula nuestro trabajo tanto por el número de yacimientos que se localizan en ella como por ser donde mejor se detectan algunos de los procesos históricos de la región. Por otra parte, las características geológicas de la zona hacen que los cauces que nacen en la zona oriental, como el Tajo y el Tajuña, reciban aportes significativos de sales procedentes de las formaciones calizas y yesíferas de las Mesas de Ocaña y Chinchón. Aunque esta sal es uno de los recursos estratégicos de la zona, en épocas de fuerte estiaje puede perjudicar a la calidad del agua y en casos extremos llegar a condicionar su potabilidad, especialmente en los cauces secundarios.

Aunque el río Tajo y sus afluentes constituyen el eje hidrográfico de referencia de la región de estudio, hay al menos una zona de interés para nuestro trabajo que pertenece a la cuenca del Guadiana. Se trata de la comarca denominada como La Mancha toledana, situada en el esquina sudeste de la provincia y fronteriza con Cuenca y Ciudad Real y que ha sido incluida

tradicionalmente en los estudios de la protohistoria del valle medio del Tajo. En esta zona el régimen hidrográfico está marcado por los ríos Cigüela, Riansares y Amarguillo, que constituyen parte de la cabecera del Guadiana y están caracterizados por sus desbordamientos y fuertes crecidas estacionales de resultados en ocasiones catastróficos. Aunque actualmente canalizados, las características de estos ríos facilitaron desde siempre la creación de áreas inundables al producirse la confluencia de aguas subterráneas y fluviales o debido a las crecidas estacionales, constituyendo una zona de humedales similar a la de las Tablas de Daimiel (VV.AA. 2007: 78). El régimen fluvial de esta zona, quizá más aún que la región del Tajo, presenta altos niveles de salobridad que en épocas de fuerte estiaje podían afectar a su potabilidad, aunque el agua dulce estaría asegurada en el reborde montañoso gracias a los aportes de los ríos Záncara y Guadiana Alto y de los arroyos en la cabecera del Amarguillo (Rojas, J. M. y Gómez, A. 2010: 4)

Para comprender cómo pudo desarrollarse la ocupación de una zona con un déficit hídrico y un estiaje tan marcado hay que valorar las aportaciones de las aguas subterráneas de los acuíferos de la región, que constituyen un verdadero "salvavidas hídrico" para la región. Como es lógico y puede apreciarse en la figura 1.15, estos acuíferos se concentran en las zonas sedimentarias y son los que en las épocas de mayor estiaje permiten la ocupación del territorio en torno a manantiales que aportan agua de manera permanente. Los trabajos de Dionisio Urbina en la Mesa de Ocaña han demostrado la importancia estratégica de los manantiales en la localización de los asentamientos desde la Prehistoria (Urbina D. 1998: 307). Como ocurría con los ríos, en las zonas calizas y yesíferas de la mitad oriental de la región estos acuíferos presentan unos altos contenidos en sales que hacen que en ocasiones sean escasamente aprovechables para consumo humano aunque sí para el ganado (Muñoz, K. 1998c: 14).

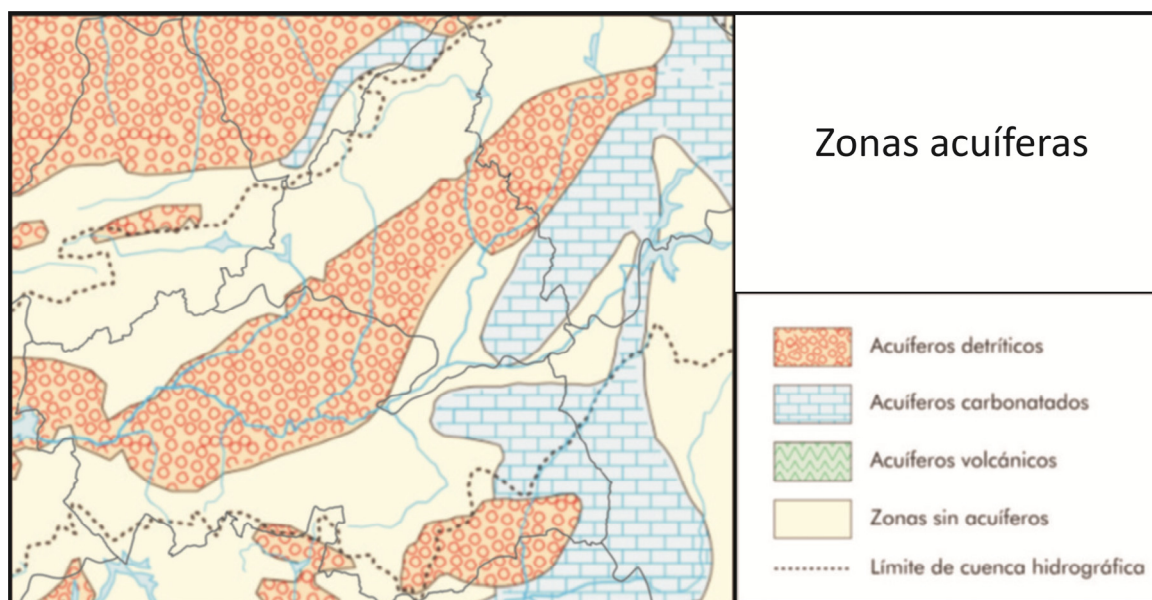


Figura 1.15: zonas acuíferas en el valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

Edafología y recursos mineros

La composición del suelo constituye, junto al tipo de clima y lo que éste implica – precipitaciones, temperatura – clave para comprender tanto el tipo de flora y fauna potenciales de una región como, en gran medida, las posibles estrategias de adaptación de las sociedades humanas a su entorno. La combinación de ambas variables define en gran medida qué tipo de especies pueden desarrollarse en una zona concreta, qué tipos de paisajes van a desarrollar, tanto en su clímax como en sus diferentes fases de degradación debido a la acción antrópica y qué tipo de actividades económicas van a ser más adaptativas al medio.

En el caso del valle medio del Tajo, podemos hablar en líneas generales de cinco tipos de suelos, como puede apreciarse en la figura 1.16. Los fluvisoles asociados a las vegas de los ríos son los que potencialmente podrían reunir las condiciones más aptas para la agricultura por su suave pendiente, el grosor de su suelo, la ausencia de afloramientos rocosos y de salinidad y la abundancia de nutrientes (Muñoz, K. 1998c: 35). Sin embargo y como hemos dicho, éstas son características idóneas para una agricultura industrial, ya que para etapas anteriores a la aparición del arado romano (y en muchas zonas, hasta la llegada del tractor), este tipo de suelos son demasiado pesados para trabajar con técnicas primitivas y, en general, no han sido especialmente apreciados por las poblaciones prehistóricas que han preferido instalarse en zonas cercanas pero ligeramente elevadas, no directamente en las vegas.

El grueso de los suelos de región están formados por una mezcla de cambisoles y luvisoles, suelos pardos en diferentes variedades (meridionales, pardo-calizos forestales, pardos y pardo-rojizos de costra caliza y pardos no cálcicos). Se trata en general de suelos poco desarrollados de tipo A(B)C, aptos para agricultura de secano y especialmente para el cultivo de cereales aunque no se trata de suelos de gran calidad que en ocasiones presentan severas limitaciones para su aprovechamiento agrícola y en general requieren de actividades de conservación para mantener su rendimiento (Monje, L. 1988: 34). En realidad y vistas estas limitaciones, no se trata tanto de que el valle medio del Tajo esté especialmente dotado para la agricultura de secano como que ésta es la única agricultura que puede desarrollarse de manera generalizada dadas las condiciones de sus suelos. Por otra parte, es evidente que las propiedades de este tipo de suelos varían sustancialmente según las características específicas de cada comarca, ya que hay notables diferencias entre los suelos de la Mesa de Ocaña, de la comarca de la Sagra o de la rampa del Sistema Central, considerados todos suelos pardos pero con diferencias edafológicas notables. Todos ellos comparten sin embargo una calidad media que unida a las condiciones climáticas hace de la agricultura de secano la opción prioritaria.

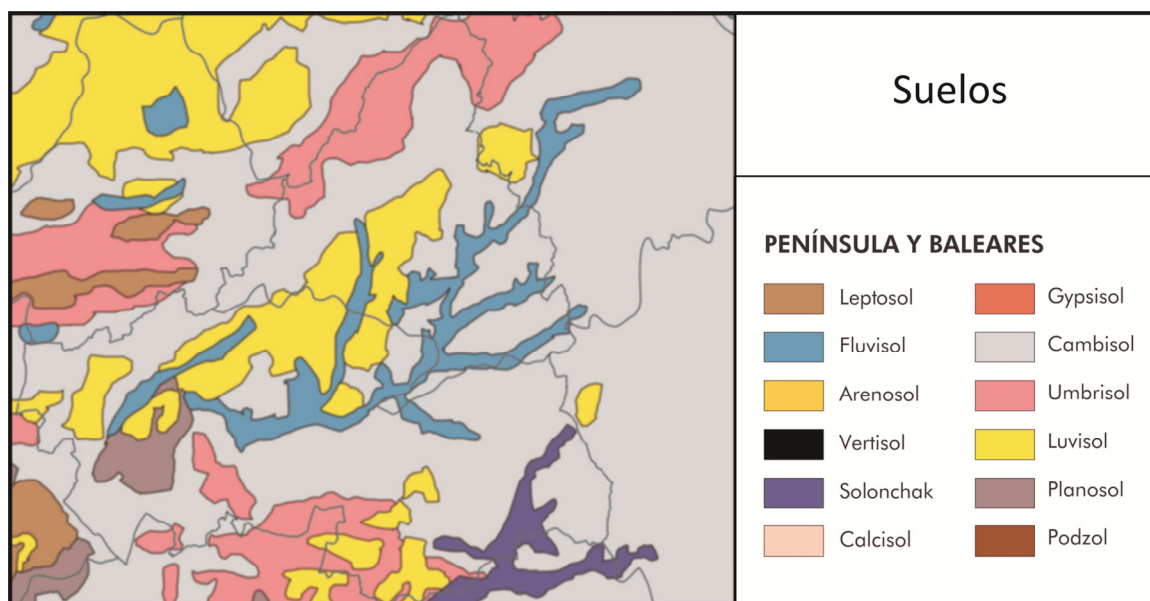


Figura 1.16: tipos de suelo en el valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

En la periferia del valle medio del Tajo y relacionadas directamente con las características geológicas del Sistema Central y de los Montes de Toledo se localizan umbrisoles, suelos asociados a zonas de montaña, zonas sin déficit hídrico, soportando generalmente una vegetación de pastizal y bosque. Finalmente y asociados a las características hídricas de la zona meridional del valle, la Mancha toledana presenta en algunas zonas suelos de tipo Solonchak, caracterizados por un fuerte componente salino y que en nuestra zona aparecen generalmente mezclados con fluvisoles y en torno a las principales lagunas de la región (García, P. y Pérez, M. E. 2003: 13). La combinación de inundaciones periódicas y salinidad haría de muchos de estos suelos zonas agrícolamente improductivas, como ha ocurrido tradicionalmente hasta el comienzo de la canalización de los ríos de la región y la desecación de muchos de estos humedales, especialmente desde el siglo XX para adaptarlos a aprovechamientos agrícolas.

Si el potencial agrícola es aceptable sin ser espectacular, uno de los grandes problemas estratégicos que afronta el valle medio del Tajo debido a su geomorfología sedimentaria es su absoluto déficit respecto de materias primas estratégicas o valiosas por su escasez, especialmente los metales. Un breve vistazo a la distribución de los principales metales utilizados en la Protohistoria (figura 1.17) muestra claramente este vacío, apreciándose una clara oposición entre dos cadenas montañosas donde se documentan minerales de metales y una cuenca fluvial en la que la única materia prima relativamente abundante es la sal. Algunos de los metales, como el hierro, se encuentran aún más lejos, en el extremo occidental de los Montes de Toledo (Urbina, D. *et al.* 1992, 1994) o en zonas de Guadalajara. En cualquiera de los casos, los filones de minerales de metales no son ni abundantes ni de gran calidad, lo que ayuda a potenciar un déficit que evidentemente debió afectar al aprovisionamiento de metales en la Protohistoria. No sólo los metales están ausentes del valle medio: algunas materias primas básicas para la vida diaria como el granito necesario para la molturación de cereales no se encuentran naturalmente en la región, lo que hace evidente que existieron bien desplazamientos, bien intercambios para obtener este material.

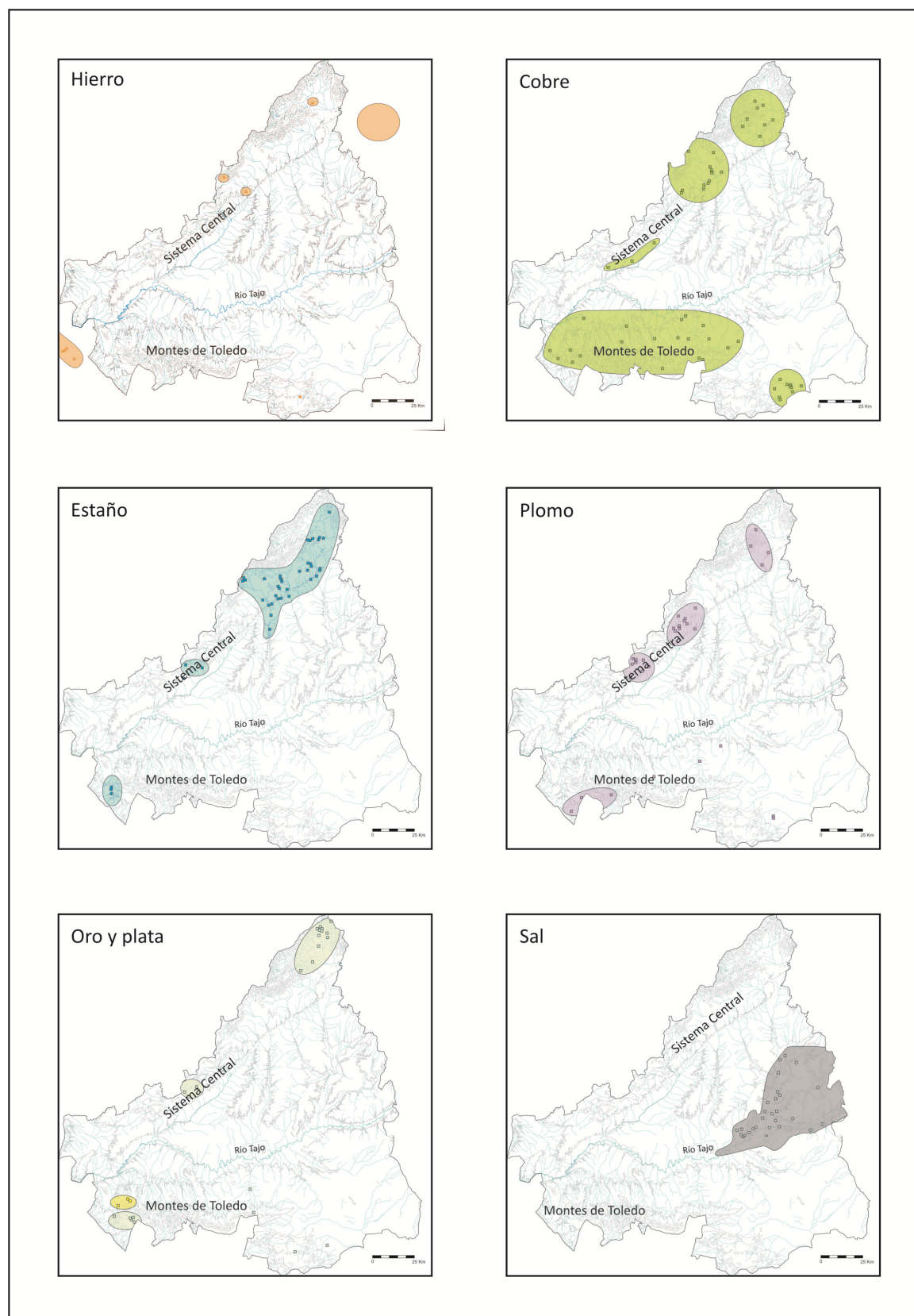


Figura 1.17: distribución de las principales áreas de presencia de materias primas en el valle medio del Tajo. Tomado y modificado a partir de (IGME 1973a, b, c, 1974; Montero, I. *et al.* 1990; Muñoz, K. 1998b)

En realidad, la ausencia de materias primas estratégicas es conocida por todos los autores que trabajan en la región y que, sin embargo, nunca se han valorado las implicaciones que ésta situación supone para las poblaciones que necesitan adquirirlas tanto para la elaboración de objetos de prestigio como para, más adelante, la fabricación de herramientas de hierro. Tan sólo Dionisio Urbina (Urbina, D. *et al.* 1992, 1994) y en menor medida Ignacio Montero (Montero, I. *et al.* 1990) han abordado este tipo de estudios, aunque sin continuidad. Por el contrario, la única materia estratégica de que dispone el valle medio es la sal, especialmente en la confluencia de los valles del Jarama y el Tajo y en la zona de La Mancha toledana (fig. 1.17). Esta complementariedad de recursos es interesante, porque se trata de materias primas imprescindibles para el funcionamiento de estas sociedades y al menos en el caso de los metales y el granito sabemos que efectivamente llegaron al valle. Los mecanismos y las condiciones en que lo hicieron plantean algunas preguntas interesantes acerca de cómo se gestionaron estos intercambios económicos que situaban en una posición de dependencia a las comunidades de la región.

El medio ambiente: flora y fauna

Como hemos comentado más arriba, la conjunción de las características climáticas, geográficas y geológicas determina de manera muy precisa el tipo de flora y fauna que pueden ocupar potencialmente un territorio. Aunque la latitud es sin duda el elemento clave para esta selección, hay que tener en cuenta otros factores como la altitud relativa, que provoca tanto un descenso de la temperatura como un aumento de las precipitaciones permitiendo la aparición de otras especies adaptadas a condiciones de mayor humedad. Se construye así un esquema con pisos bioclimáticos o de vegetación, que reúnen a las especies vegetales mejor adaptadas a esas características climáticas y que constituyen un ecosistema vegetal (Monje, L. 1988:39). El clímax de ese ecosistema sería la situación de estabilidad que alcanza éste cuando se encuentra en armonía con unas condiciones climáticas estables (Monje, L. 1988: 67). Los ecosistemas, en circunstancias normales, se desarrollan en un conjunto de etapas conocidos como series que tienden hacia el clímax, y de manera inversa, la actuación de fenómenos exógenos – como la actividad humana – puede alterar el proceso invirtiéndolo, y haciendo que pase del clímax a etapas más degradadas.

Estos conceptos de clímax y de serie de vegetación son fundamentales para analizar, por una parte, cuáles eran las características potenciales de los diferentes ecosistemas del valle medio del Tajo, a la vez que para analizar su progresiva transformación, tanto por cambios climáticos como por la acción antrópica. En primer lugar y con condiciones edáficas normales, la presencia de precipitaciones superiores a 350 mm conlleva la aparición de un clímax de tipo boscoso (Monje, L. 1988: 67), aunque como es lógico las especies vegetales presentes variarán en cada piso de vegetación. Éste es el caso de nuestra zona de estudio, que aunque de características semiáridas supera los 350 mm de precipitaciones medias anuales. Hay que partir por tanto de la premisa de que toda la zona de nuestro estudio es potencialmente susceptible de ser ocupada por bosque y de que ha sido principalmente la actividad humana la que ha impedido que alcance su clímax, revirtiendo éste a etapas previas más degradadas en las que el elemento boscoso ya no está presente o lo está de manera marginal y tan sólo se localizan las especies seriales

Aunque el clima del valle medio del Tajo se define como mediterráneo, en función de la temperatura se definen varios pisos bioclimáticos: mesomediterráneo (la mayor parte de la cuenca), supramediterráneo (en los Montes de Toledo y Sistema Central) y oromediterráneo (en las zonas más altas de esta última cordillera), además de otras especies asociadas a contextos concretos de humedad o temperatura (como las vegas de los ríos). Cada uno de estos pisos se caracteriza de manera muy clara por las especies que pueden alcanzar el clímax en ellos, al menos potencialmente (fig. 1.18), aunque son frecuentes las zonas de transición y las intrusiones de un piso en otro debido a circunstancias orográficas concretas.

Dentro de la vegetación del valle medio del Tajo la especie arbórea por excelencia es sin duda la encina. Potencialmente es la mejor adaptada al clima mediterráneo, con una gran amplitud ecológica y un buen desarrollo en climas secos, siendo la especie característica del clima mesomediterráneo seco. Generalmente se localiza en un intervalo de altitudes entre 500 y 900 metros, aunque esta situación es variable debido a su capacidad de adaptación. Aparece asociada a coscojas, lentisco, tomillo o romero en ambientes cálidos y quejigos o brezos en los más húmedos, como adelanto del piso de vegetación superior (VV.AA. 2007: 90). Sin duda, el encinar debió ser el bosque más común en toda la Submeseta sur, pero la actividad humana desde época prehistórica ha destruido la inmensa mayoría de los encinares de la región, y actualmente la presencia del encinar en el valle medio del Tajo se reduce a aquellas áreas cercanas a las zonas de sierra en el caso de Madrid (López-Sáez, J. A. 1997: 38) mientras que resiste mejor en mitad occidental de la provincia de Toledo, y es especialmente abundante en los Montes de Toledo (VV.AA. 2007: 90). En el resto de zonas, tan sólo se conservan las etapas seriales de vegetación: coscojares, jaras, cantuesas, etc. en función de la subespecie concreta de encina. En general, actualmente los coscojares han ocupado el territorio que en su día debió ocupar el encinar manchego (López-Sáez, J. A. 1997). Junto a la encina, en situaciones de más humedad y menores oscilaciones térmicas se desarrolla el alcornoque, en torno a los 700-1000 metros de altura. Dados estos requisitos, tan sólo se documenta actualmente en zonas de la sierra de Madrid y los Montes de Toledo.

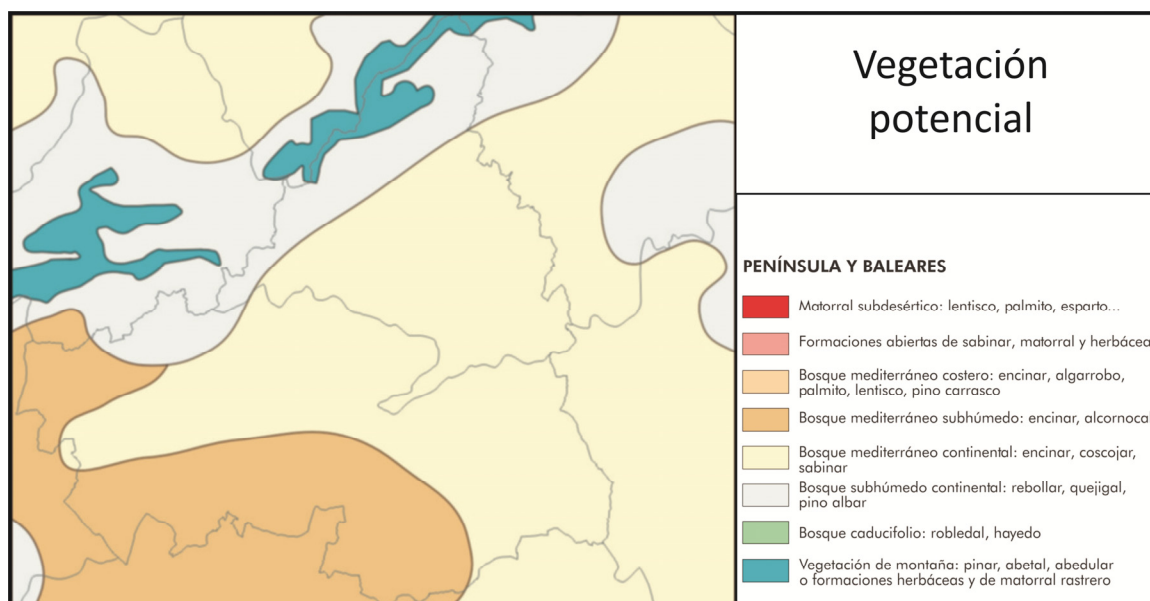


Figura 1.18: vegetación potencial en el valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

El ascenso en altitud hacia el denominado piso supramediterráneo supone la progresiva sustitución de la encina por el roble como tipo de vegetación emblemático. El roble melojo requiere de un aumento sustancial de la pluviosidad (al menos 600 mm), por lo que su distribución relacionada de manera directa con esta característica (López-Sáez, J. A. 1997: 41). En el caso de Madrid, donde por lógica este piso de vegetación sólo aparece en la zona de sierra, el cambio de la encina al roble viene se produce en torno a los 800-900 metros de altitud, cuando la mejora del balance hídrico permite la creación de un verdadero tipo de suelo forestal caracterizado por una mayor presencia de humus de buena calidad y elementos finos, lo que permite la aparición de un mantillo más rico (González, F. 1992: 99). En el caso de la zona de Toledo objeto de nuestro trabajo, se localiza en los Montes de Toledo y la Sierra de San Vicente, de nuevo en zonas de mayor altitud y de umbría (VV.AA. 1991: 365, 412). Junto al roble se documentan también las especies que conforman su serie de vegetación – brezos, madroños, arces, cerezos silvestres, etc.

Además del roble, la otra gran especie arbórea que ocupa el piso supramediterráneo es el quejigo, característico de suelos calcáreos y que en ocasiones aparece junto a encinas y coscojares en la parte superior del piso mesomediterráneo (López-Sáez, J. A. 1997: 43). En general suele ocupar zonas de umbría, siendo sus especies acompañantes una mezcla de las que acompañan a encinas, alcornoques y robles, destacando brezos y madroños (VV.AA. 2007: 91). Asimismo, hay que citar dos tipos de especies que actualmente pueden considerarse relictas pero que en etapas anteriores – tal y como veremos al analizar el paleopaisaje de la región – tuvieron una presencia mucho mayor. Se trata del abedul y del haya. Ambas especies necesitan un grado de humedad muy superior al actual, y se sitúan en zonas con una humedad ambiental intensa. En el caso del abedul, su presencia fue notable hasta el periodo Subboreal (5000 B.P.), cuando los cambios climáticos hacia un clima más cálido de tipo mediterráneo provocaron su paulatina sustitución por árboles mejor adaptados a un clima templado (Ruiz, M. B. *et al.* 1996: 296). Actualmente se considera una especie relictas en el Sistema Central, y se a menudo se localiza en los bordes de arroyos y gargantas (López, J. A. 1997: 47). En cuanto al haya (*Fagus*

sylvatica), tan sólo se localiza en la Sierra de Ayllón, y aunque pudo tener una dispersión mucho mayor en el pasado (López, J. A. 1997: 45), actualmente se encuentra restringido a zonas de clima muy húmedo con lluvias constantes y con una topografía favorable. Como el abedul, se localiza en la transición entre el piso supramediterráneo, y el oromediterráneo (entre 1400 y 1850 m. de altitud) (Rivas-Martínez, S. 1987: 98)

En torno a los 1600 metros las condiciones de temperatura y humedad y la escasez de humus en los suelos y las mayores pendientes frenan el desarrollo del roble, sustituido por el pino como especie principal. Se produce así la transición al denominado piso oromediterráneo, que en nuestra zona de estudio sólo se localiza en el Sistema central y que está caracterizado por la presencia de un estrato arbustivo denso formado por sabinas, piornos y enebros. En las características de vegetación influye decisivamente el predominio de suelos tipo “ránker” – suelos ácidos característicos de zonas de montaña. A partir de los 1600 metros el pino es la única especie arbórea capaz de adaptarse a este tipo de suelos, al menos hasta altitudes de aproximadamente 2000 metros (González, F. 1992: 100). Más allá de esa altura se encuentra el denominado piso criomediterráneo, existente sólo en aquellas cumbres de la Sierra de Guadarrama con alturas superiores a los 2100 metros, en las que debido a las características de temperatura (media anual menor a 4°C) y tipo de suelos (tipo ránker muy deteriorados o directamente litosuelos) no crece ninguna especie arbórea y que está caracterizada por la alternancia de pastizales, prados y vegetaciones asociadas a pedregales (Rivas-Martínez, S. 1987: 94).

Junto a estos cuatro grandes pisos, que definen a grandes rasgos las características vegetales de la región, es necesario tener en cuenta la denominada vegetación azonal, esto es, la vinculada a cursos de agua, lagunas, humedales, etc. en los que la humedad introduce un elemento diferencial respecto de la tendencia general de los pisos bioclimáticos. En el caso de nuestra región y dado el importante sistema hidrográfico que presenta la cuenca media del Tajo, este tipo de vegetación debió ser muy abundante, aunque también debió sufrir desde muy pronto una fuerte presión antrópica (López, J. A. 1997: 54). Entre las especies características deben citarse el sauce, el álamo o chopo, el olmo, el fresno y el arce, cuyas formaciones se encuentran actualmente enormemente degradadas. En general, los sauces se localizan en la primera línea del borde fluvial, quedando chopos, olmos y fresnos más alejados y situados sobre suelos húmedos pero no encharcados. Este tipo de vegetación constituye quizá la más alejada respecto de su fisonomía original en la región, ya que la actividad humana ha dañado de manera irreversible la inmensa mayoría de formaciones arbóreas asociadas a los cursos de agua.

Indisolublemente unido a la flora está el tipo de fauna localizada en el valle medio del Tajo, cuyas características aparecen evidentemente definidas por el contexto climático y geográfico de la región. Aunque en líneas generales el tipo de fauna localizado en la región es el que puede encontrarse hoy en día en las zonas menos afectadas por la actividad humana, no puede hacerse sin más una traslación de las especies documentadas en la actualidad al pasado: algunas de ellas – especialmente los grandes depredadores – han desaparecido completamente de la región debido a la presión humana. Otras especies han sido introducidas de manera artificial, tanto en época reciente como ocurre con el visón americano (Sendarrubia, J. M. 2009: 225), como en época antigua – caso de la gineta, introducida en el siglo VIII a.C. por los árabes (VV.AA. 1991:

84). Asimismo, el aprovechamiento como cotos de caza de muchas zonas de la región, especialmente en los Montes de Toledo y algunas áreas del Sistema Central, ha creado superpoblación de algunas especies como el ciervo y el jabalí, cuyos depredadores naturales han sido eliminados y que han afectado al equilibrio del medio natural desde su otro extremo. Finalmente, hay que tener en cuenta que algunas especies que actualmente son consideradas domésticas, como el caballo, pudieron existir en época protohistórica en libertad y ser consideradas animales salvajes o semisalvajes.

Dejando de lado estas salvedades, lo cierto es que las características bioclimáticas del valle medio del Tajo definen de manera muy precisa el tipo de animales pueden adaptarse de manera eficaz al entorno. En general, la fauna de la región se caracteriza por ser de un tamaño medio – pequeño, con algunas excepciones como el ciervo y el jabalí en las áreas de monte mediterráneo y el corzo y la cabra montesa en zonas más altas del sistema Central y los Montes de Toledo. Como depredadores de gran tamaño, los asociados a nuestro ecosistema son lobos, osos y lince, manteniéndose estas especies hasta hace relativamente poco tiempo en la zona, aun de manera muy marginal (el oso pardo está documentado en los Montes de Toledo hasta el siglo XVIII, y en esa misma zona los lobos se extinguieron a mediados del siglo XX). Todas estas especies se hayan perfectamente documentadas en el registro zooarqueológico (Anexo 4): ciervos y jabalíes son omnipresentes de los yacimientos de la Edad del Hierro, mientras que los corzos aparecen de manera mucho más esporádica asociados a zonas más húmedas y umbrías y en cuanto a la cabra montesa, tan sólo se ha localizado en Cerro Redondo y Arroyo Culebro UAM (Miguel, J. de 1985; Liesau, C. 1998b). En cuanto a los depredadores, aparecen de manera casi testimonial: se han recogido restos de lobo en Las Camas y de oso en el Cerro de San Antonio (Yravedra, J. 2009: 803). Como es lógico, el aprovechamiento cárnico de los herbívoros hacen que éstos aparezcan sobrerrepresentados en los registros faunísticos, y de hecho, conforme avanza la Edad del Hierro se aprecia en ellos una clara desaparición de los depredadores.

Por desgracia, la fauna recogida en los yacimientos presenta un fuerte sesgo hacia los animales de mayor tamaño cuyos restos se conservan mejor, y tan sólo muestra un pálido reflejo de la riqueza faunística de la región que en su gran mayoría presenta un tamaño medio/ pequeño. Dentro de este conjunto de animales la especie por antonomasia de la región es el conejo, perfectamente adaptado a las características de la región y a la convivencia con la actividad agrícola y recurrente en los yacimientos de la Edad del Hierro. El conejo y en menor medida la liebre y otras especies como el lirón, el ratón de campo, la musaraña, la ardilla o el topo presentan una amplia difusión y constituyen la base de la alimentación de un conjunto relativamente numeroso de depredadores de tamaño pequeño como la garduña, el tejón, el gato montés, el meloncillo, el zorro o el turón. Algunos de estos depredadores también han sido documentados zooarqueológicamente: se han recogido huesos de zorro y de gato montés en Las Camas (Yravedra, J. 2009: 803), y de zorro y tejón en La Gavia (Urbina, D. *et al.* 2005: 155). El espectro de mamíferos se completa con algunas especies asociadas a cursos fluviales como la nutria o el desmán ibérico (VV.AA. 1991: 93).

Si el espectro de mamíferos adaptados al monte mediterráneo es – relativamente – limitado, el número de especies de aves – verderón, herrerillo, carbonero, herreruelo, avutarda, etc. – que habitan en la región es numerosísimo (VV.AA. 2007), a los que se unen un gran número de

especies migratorias que atraviesan la región, como la grulla, la golondrina o la cigüeña. Es especialmente destacada la presencia de aves rapaces, con más de una veintena de especies permanentes (VV.AA. 1991: 83) incluidas el águila imperial ibérica y el águila real, y también es relevante el número de especies de buitres – negro, leonado, quebrantahuesos. Por su importancia dentro de los sistemas tróficos, hay que destacar especies como la perdiz y la codorniz. El escenario se completa con un número abundante de especies de reptiles, anfibios, peces y moluscos (VV.AA. 2007), cuya presencia por desgracia es casi imposible de detectar en los asentamientos aunque debieron constituir parte de la dieta habitual de las poblaciones de estos grupos, como podría deducirse de la localización de algunas valvas de moluscos en yacimientos como Puente Largo del Jarama (Liesau, C. 1998a: 622) o Arroyo Culebro UAM (Liesau, C. 1998b: 287).

En resumen, la fauna del valle medio del Tajo presenta las características para constituir un complemento a la alimentación de las comunidades de la región, pero no puede – y así se observa en la proporción de animales salvajes y domésticos de los yacimientos de la Edad del Hierro – ser una fuente estable de alimento. Tan sólo animales como el ciervo o el jabalí aportan una cantidad de carne significativa para el sustento humano, y ya hemos hecho alusión a su escasa representación de este tipo de fauna respecto del total. Parece que la presión sobre las especies naturales de la región no fue excesivamente fuerte, si tenemos en cuenta el reducido área de explotación en torno a los asentamientos que se estima necesario para sostener a las poblaciones protohistóricas incluso en momentos muy avanzados de la Edad del Hierro (Urbina, D. *et al.* 2005: 173). Por supuesto, es probable que muchas especies fueran aprovechadas para fines no estrictamente alimenticios, como el uso de las pieles, o por su simbolismo, pero incluso en estos casos no parece que fuera excesiva, ni que la degradación del medio ambiente fuese tan fuerte (a excepción quizá de los grandes yacimientos del final de la Edad del Hierro) como para alterar sustancialmente los ecosistemas de estas especies.

1.4. La tierra que fue: una aproximación al paleopaisaje del valle medio del Tajo en el primer milenio a.C.

El marco climático general

La dinámica de la investigación protohistórica en el valle medio del Tajo ha dejado de lado – salvo muy contadas excepciones – la reconstrucción ambiental de los contextos arqueológicos excavados. Las escasísimas aproximaciones realizadas (Muñoz, K. 1998a; Ruiz, M. B. *et al.* 1997a) se han centrado en la reconstrucción de los entornos de yacimientos, sin integrarlos dentro de un marco paleoclimático global. La única aproximación de este tipo (VV.AA. 1997), aunque interesante, abarca un periodo cronológico mucho más amplio y apenas plantea un esquema muy general de la evolución del clima en la región madrileña para la Edad del Hierro. Con todo, aporta un corpus de información valiosa que por desgracia ha sido escasamente aprovechada en publicaciones.

Pese a la escasez de datos, hay otros recursos disponibles que permiten plantear una posible reconstrucción paleoclimática de la Cuenca Media del Tajo para nuestro periodo de estudio. El primero de ellos es el marco general de evolución climática mundial, continental y peninsular a

través de sus diferentes periodos – Boreal, Atlántico, Subboreal, Subatlántico – y fluctuaciones menores, cuyas características generales son relativamente bien conocidas y cuyos efectos regionales sobre el clima y el medio ambiente pueden ser deducidos y analizados. El segundo gran grupo de información corresponde a los proyectos de reconstrucción paleoclimática llevados a cabo por biólogos, geólogos y paleontólogos en diferentes áreas de la región objeto de estudio. La mayoría de estos proyectos se centran en análisis palinológicos, pero el gran número de dataciones radiocarbónicas y, sobre todo, la visualización del grado de intervención antrópica en los registros de polen permiten extrapolar datos y relacionarlos con el registro arqueológico. Este tipo de análisis está siendo aplicado cada vez más a yacimientos arqueológicos que, si bien no pertenecen a nuestra etapa de estudio, presentan series que cubren todo el Holoceno reciente y son, por tanto, susceptibles de ser aprovechadas para el registro protohistórico.

Por desgracia, esta línea de trabajos presenta una distribución muy desigual en nuestra zona de estudio. Así, el Sistema Central ha sido ampliamente estudiado en todos sus sectores, especialmente por el equipo de Palinología de la Universidad de Alcalá de Henares desde 1988, lo que ha dado como resultado la publicación de varias Tesis Doctorales y numerosos artículos, tanto dedicados estrictamente a reconstrucciones ambientales (Ruiz, M. B. *et al.* 1996; 1997c; 2006; 2007c) como en relación a yacimientos arqueológicos (Dorado, M. *et al.* 2001; López, J. A. *et al.* 2003; 2009; Ruiz, M. B. *et al.* 2007a; 2007b). La cantidad de información disponible es muy grande, incluso si sólo tuviéramos en cuenta los datos referidos a los sectores central y oriental del Sistema Central – Sierras de Guadarrama y Ayllón.

La información es mucho más escasa para otras zonas de la región madrileña, debido tanto a la ausencia de turberas como a la mucho mayor afección antrópica de la región. En este sentido, el principal conjunto de datos proviene de la síntesis coordinada por Pilar López (VV.AA. 1997), donde se presentan series de trece yacimientos y tres lagunas localizados en la llanura. Por desgracia, la ausencia de dataciones radiocarbónicas limita mucho la utilidad de los datos, que sirven para comparar con los procedentes de otras zonas pero no para valorar la evolución paleoclimática de la región. Sólo algunas series datadas por los materiales arqueológicos resultan interesantes, destacando la del yacimiento del Ecce Homo, uno de los dos yacimientos objeto de un análisis más detallado en el trabajo (Ruiz, M. B. *et al.* 1997a: 150-157). El otro diagrama disponible para la región es el de Puente Largo del Jarama (Mariscal, B. 1998) en Aranjuez, con dataciones también a través de materiales arqueológicos. Si la escasez de datos es grande para la zona correspondiente a la Cuenca del Tajo en la provincia de Madrid, en la zona toledana los estudios son inexistentes. Tan sólo, y de manera genérica, podrían extrapolarse algunos datos de las investigaciones realizadas en las Tablas de Daimiel (Dorado, M. *et al.* 2002) a la zona ocupada por la Mancha Toledana, en la esquina sureste de la provincia. En el resto de áreas – Montes de Toledo, comarcas de la Sagra, etc. – la información es inexistente.

El primer milenio a.C., enmarcado de forma genérica en el Holoceno reciente, no constituye una unidad desde el punto de vista de su evolución climática. Tras el denominado “óptimo climático” del periodo Atlántico (4000-2000 a.C.), la transición al periodo Subboreal a partir del 3000 a.C. se caracteriza por un empeoramiento generalizado de las condiciones climáticas, que se plasma en la Península ibérica una tendencia a una mayor sequedad general y a oscilaciones climáticas

cada vez más severas, aunque se han documentado episodios puntuales de mayor humedad (Font, I. 1988: 48). Es en este momento cuando comienza a configurarse el clima mediterráneo tal y como lo conocemos ahora. A partir de aproximadamente el 1400 a.C. las sequías se intensifican de nuevo, pero a partir del s. IX a.C. se documenta un progresivo aumento de la pluviosidad y descenso de temperaturas que marca la transición hacia un nuevo periodo Subatlántico (Font, I. 1988: 49). Este proceso ha sido documentado en todo el planeta e interpretado como un enfriamiento especialmente fuerte provocado por un declive en la actividad solar, denominado evento 0'85 K y que ha sido datado en torno a 850-760 cal BC (2750-2450 años BP) (López, J. A. *et al.* 2009: 91). Aunque sus características varían según las zonas del planeta (van Geel, B. *et al.* 1998), en la Península Ibérica este proceso conlleva un ligero aumento de la pluviosidad pero también la aparición de sequías extremas ocasionales (Ruiz, M. B. *et al.* 1997a: 133). A partir de la segunda mitad del primer milenio a.C., las características del clima son muy similares a las actuales, aunque con unas temperaturas ligeramente inferiores y un régimen de lluvias más abundante.

Así pues, el marco climático que nos interesa – el primer milenio a.C. – va a corresponder a la etapa final del periodo Subboreal (hasta el 850 a.C., aprox.), a la transición de este periodo hacia el Subatlántico (850-500 a.C.) y los primeros siglos de este nuevo periodo (desde el 500 a.C., aproximadamente). Para su reconstrucción vamos a utilizar como hilo conductor la zona mejor estudiada, el Sistema Central, añadiendo datos de otras zonas cuando sea posible. Los estudios a gran escala realizados sobre la evolución de la vegetación en el Sistema Central (Ruiz, M. B. *et al.* 1996; 1997c) para el Holoceno muestran una progresiva transición hacia un bosque de tipo mediterráneo, apreciable en la sustitución de *Betula* por *Pinus* y de éste por *Quercus* conforme avanzamos en el tiempo (Ruiz, M. B. *et al.* 1996: 296). En el caso del sistema Central oriental (correspondiente a las Sierras de Guadarrama y Ayllón), hacia el 4160 BP la situación es muy similar a la actual, con vegetación de *Pinus* y *Betula* en el piso oromediterráneo y *Quercus* en cotas inferiores (Ruiz, M. B. *et al.* 1997c: 256) aunque el deterioro climático producido en las últimas etapas del Subboreal lleva a la expansión de *Betula* hasta los 2000 metros de altura. Tras una expansión de *Betula* coincidente con la transición entre el Subboreal y el Subatlántico, este tipo de árbol desaparece casi completamente para dar paso a árboles característicos de climas mediterráneos más secos, como *Pinus* y *Quercus* (Ruiz, M. B. *et al.* 1996).

Así pues, en relación a la Edad del Hierro podrían definirse tres momentos (fig. 1.19). El primero de ellos es el inmediatamente anterior, asociado a condiciones de creciente aridez y coincidente con el final del periodo Subboreal. Este periodo da paso a un episodio denominado evento 0,85 K, muy concreto y de fuerte intensidad, caracterizado por un aumento brusco de la humedad y que dura en torno al siglo. El evento 0'85 K da comienzo al nuevo periodo Subatlántico, de condiciones más húmedas y frías que el Subboreal pero no tan radicales como en la transición entre ambos periodos. Progresivamente, las condiciones climáticas irían ajustándose hasta adoptar unas características muy similares a las actuales pero manteniendo un grado de humedad algo mayor. El evento 0,85 K se convierte por tanto en un episodio bisagra no sólo entre dos periodos climáticos, sino que también parece estar relacionado con otro tipo de cambios hasta el punto de que cronológicamente correspondería a la transición entre dos periodos históricos bien definidos arqueológicamente. Es significativo que, desde puntos de

partida muy diferentes, el comienzo de la Edad del Hierro ha venido situándose en torno al 800 a.C.

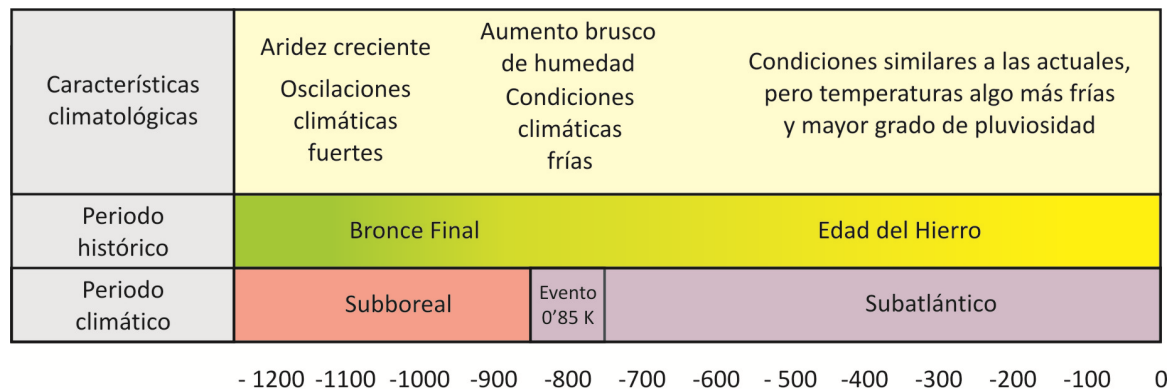


Figura 1.19: relación entre periodos históricos y paleoclimáticos con las características climatológicas en el valle medio del Tajo

Tiempos difíciles: el evento 0,85 k

Como hemos dicho, el final del periodo Subboreal va a caracterizarse, al menos desde el 1400 a.C., por un aumento creciente de la aridez interrumpido por oscilaciones climáticas ocasionales de carácter fuerte. En esta situación relativamente estabilizada aun dentro de condiciones poco favorables va a producirse un evento climático poco común por su carácter brusco y corto, que abre de hecho las puertas al nuevo periodo Subatlántico, caracterizado por condiciones más húmedas y frías. El evento al que nos referimos, calificado como evento 0,85 K por los climatólogos, ha sido datado en torno al 2650 BP, cuya fecha calibrada corresponde al intervalo 850 – 760 a.C. Ha sido detectado a partir de un aumento repentino de la presencia de Carbono 14 en la atmósfera, que a su vez ha sido relacionado con una disminución de la actividad solar (van Geel, B. *et al.* 1998: 539). Este evento de aproximadamente un siglo ha sido documentado en todo el planeta (van Geel, B. *et al.* 1996; 2000; Speranza, A. *et al.* 2002) y pudo ser debido tanto a la reducción del contenido de ozono en la atmósfera como a un incremento del flujo de rayos cósmicos, directamente relacionado con la radiación solar (van Geel, B. *et al.* 1998: 547). Los efectos del evento 0,85 K varían dependiendo de la parte del planeta en que nos hallemos, pero en las zonas templadas y boreales de Europa, América del Norte y del Sur, en Japón y Nueva Zelanda marca una transición a un clima más húmedo y frío (van Geel, B. *et al.* 1998: 547).

Por supuesto, el cambio climático que se produce entre los periodo Subboreal y el Subatlántico era conocido desde muy antiguo a través de otro tipo de evidencias, pero lo que llama la atención de este evento es su intensidad (López, J. A. *et al.* 2009: 91). Esta intensidad y su escasa duración han hecho que se trate de un evento que podría tener consecuencias casi inmediatas en las poblaciones humanas, especialmente en aquellas más sensibles a variaciones en la calidad de sus suelos, y por tanto producir cambios relativamente bruscos en el registro arqueológico, especialmente en los patrones de asentamiento. Así, desde su detección a través del Carbono 14, este evento ha proporcionado un contexto paleoclimático para interpretar las migraciones de poblaciones del Bronce Final en las zonas costeras de los Países Bajos (van Geel, B. *et al.* 1996) o el posible cambio de actividad de los suelos agrícolas en el Reino Unido (Dark, P. 2006).

En fechas recientes, éste evento ha comenzado a ser contextualizado arqueológicamente en la Península Ibérica, a través de los trabajos realizados en el valle de Amblés (López, J. A. y Blanco, A. 2005; López, J. A. *et al.* 2003; 2009), donde se ha puesto en relación con el cambio de patrones de asentamiento de las antiguas poblaciones de Cogotas I y se ha asociado a la subida de niveles freáticos – que provocarían inundaciones y afectarían a los cultivos –, a una creciente erosión por el aumento de lluvias en un paisaje deforestado por las prácticas de ganadería y agricultura extensivas (López, J. A. y Blanco, A. 2005: 244).

Para nuestra zona de estudio, carecemos de datos palinológicos suficientes para definir perfectamente este periodo, pero es lógico asumir que las condiciones generales de cambio climático que afectaron a toda Europa hacia condiciones de mayor humedad y pluviosidad también se dieron en la Meseta sur, y que varios de los procesos que se detectan en el valle de Amblés – como el aumento del nivel freático, el encharcamiento de las zonas más cercanas a los ríos y los procesos de erosión – son efectos de carácter general que suceden en mayor o menor medida en situaciones de mayor pluviosidad. El único estudio que recoge – aun de manera indirecta – estos cambios es el realizado para el yacimiento “El Colegio” (Ruiz, B. y Gil, M. J. 2001). En este yacimiento se tomaron cinco muestras de las que tres no proporcionaron suficientes concentraciones de pólenes como para establecer un histograma polínico, pero otras dos (ELCO-1 y 4) han aportado algunos datos de interés que permiten valorar los cambios sucedidos en el periodo (fig. 1.20).

ELCO-1 corresponde al contexto 1370, un silo de un metro de profundidad a cuyos materiales han sido adscritos a la primera de las dos fases de la Primera Edad del Hierro que han sido detectadas en el yacimiento (Sanguino, J. *et al.* 2007; 2009). ELCO-4 fue recogida en un segundo silo, también de un metro de profundidad y con materiales claramente pertenecientes al Bronce Final. Aunque el polen recogido es escaso, ha sido suficiente como para reconstruir los histogramas polínicos e identificar varias zonas polínicas en cada una de las series, condicionadas por la mayor o menor presencia de humedad y usos del suelo (Ruiz, B. y Gil, M. J. 2001: 4). Aunque no puede afirmarse que estos datos correspondan al evento 0'85 K, sí nos presentarían la situación antes y después del mismo.

Ambos perfiles corresponden, en líneas generales, a un paisaje abierto de carácter mediterráneo, con *Pinus*, *Quercus*-p, *Juniperus* y taxones estépico y xéricos, con variaciones de humedad muy marcadas y disminución progresiva de la variedad de taxonómica. En el caso del Bronce Final (ELCO-4) se documenta una mayor diversidad de taxones de todo tipo (incluidos los arbóreos) a excepción de los correspondientes a especies acuáticas. Se observan claras fluctuaciones en la tasa de humedad, apreciable en la variación de especies como *Alnus* y *Ulmus*. Se detecta la presencia de *Cerealia* y *Fabacea*, así como presencia esporádica de *Vitis*. Asimismo se han detectado tres zonas polínicas, con fluctuaciones en los porcentajes de pólenes, documentándose en los momentos de mayor antigüedad – que corresponden a una relativa mayor humedad (Zona I) – la presencia de taxones nitrófilos (asociados generalmente a presencia de ganado) y algunos taxones arbóreos como el avellano, que serían un indicio de actividades recolectoras. La segunda zona muestra cambios considerables en las tasas de humedad, la desaparición progresiva de la masa arbórea – a excepción de *Pinus* – y la sustitución de taxones asociados a cultivos por aquellos relacionados con actividades ganaderas. La zona

más moderna muestra una recuperación del bosque asociada a mayores tasas de humedad a la vez que se produce una progresiva pérdida de diversidad taxonómica.

A partir de los datos obtenidos en la muestra asociada a la Edad del Hierro I (ELCO-1) se confirma esta pérdida de variedad taxonómica (26 taxones frente a 33 en ELCO-4), definiéndose un paisaje de tipo mediterráneo con el pino como principal taxón arbóreo. Pese a encontrarnos con un clima seco, se aprecia un cierto grado de humedad edáfica y corroborado por la presencia de taxones acuáticos como *Cyperaceae*, *Juncaceae*, etc., que presentan un mayor desarrollo cualitativo y cuantitativo que en el caso del perfil ELCO-4 (Ruiz, B. y Gil, M. J. 2001: 3). Esta mayor humedad no repercute en el aumento de la masa arbórea, que disminuye de manera progresiva y se degrada tanto en variedad como en cantidad de taxones, a excepción del pino. Posteriormente se produce una transición a condiciones más secas, a la vez que el impacto humano parece adquirir una influencia periférica, que es determinante para la recuperación de especies arbóreas (Ruiz, B. y Gil, M. J. 2001: 5)

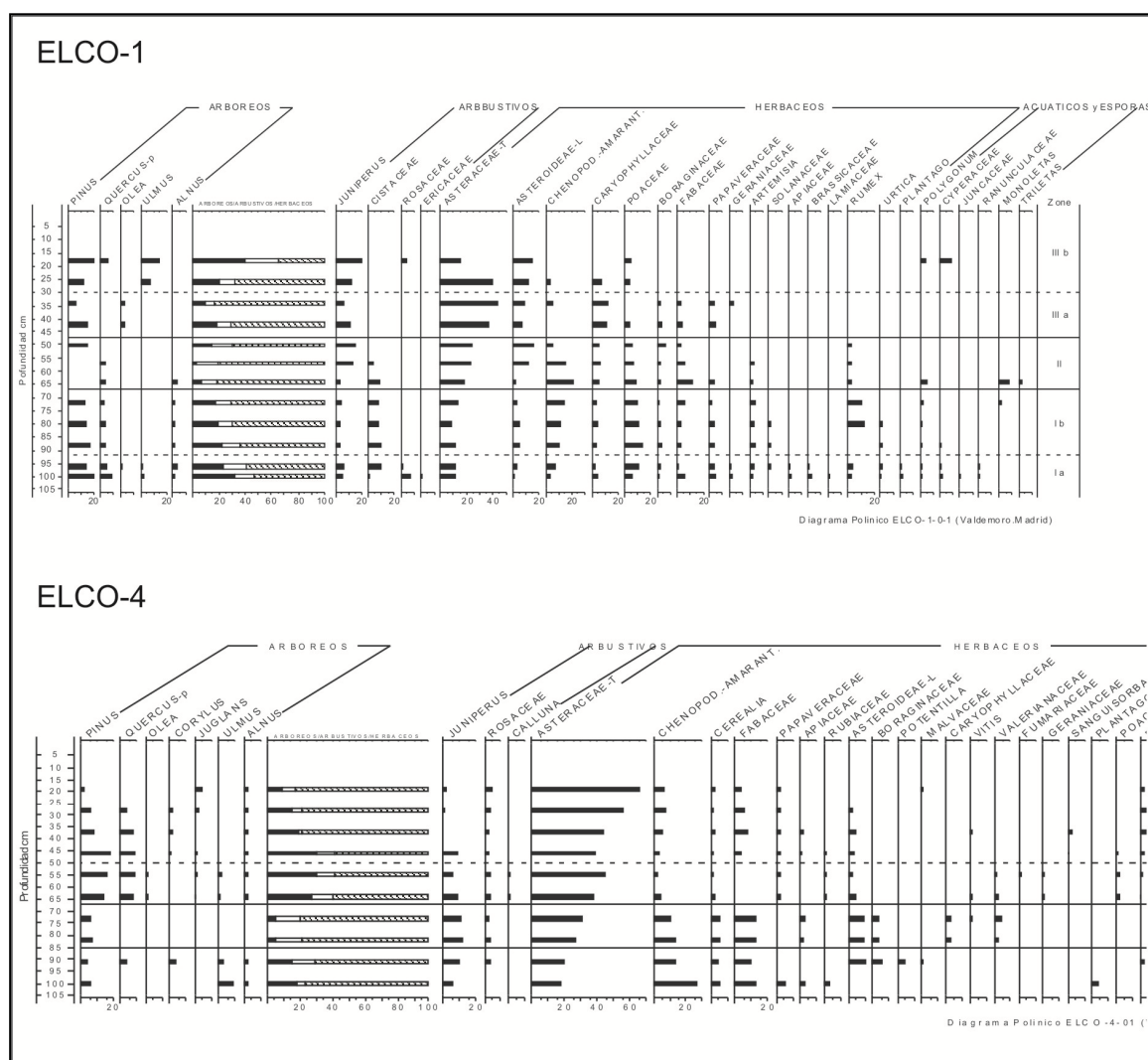


Figura 1.20: diagramas polínicos de El Colegio: ELCO-1 (Primera Edad del Hierro) y ELCO-4 (Bronce Final). Tomados de (Ruiz, B. y Gil, M. J. 2001)

Independientemente de que carezcamos de dataciones absolutas para situar exactamente ambos perfiles, hay algunos elementos que parecen bastante claros y que confirman los datos climáticos generales conocidos para el periodo. Entre ellos, podríamos destacar:

- La confirmación las fuertes fluctuaciones de humedad fruto de la variabilidad climatológica de la Submeseta sur.
- La disminución progresiva de la variedad de especies vegetales desde el segundo milenio a.C.
- La constatación de unas condiciones de mayor sequedad ambiental en el Bronce Final, y de una mayor humedad edáfica en la Primera Edad del Hierro
- La presencia de especies asociadas a actividades de recolección como el avellano o el nogal durante el Bronce Final, que desaparecen en la Edad del Hierro.
- En otro orden de cosas, sorprende el fuerte porcentaje de *Pinus* presente tanto en ELCO-1 como en ELCO-4, que parece confirmar la tendencia detectada en otros yacimientos como Las Camas (López, J. A. y Pérez, S. e.p.: 10) o Ecce Homo (Ruiz, M. B. *et al.* 1997b: 151) que presentan porcentajes muy similares a los de los perfiles aquí reseñados

En realidad, los datos de ELCO-1 son un buen reflejo del tipo de vegetación que debió existir en la región desde la Primera Edad del Hierro tras el evento 0,85 K y que, con ligeras variaciones, debió caracterizó la región durante toda la Edad del Hierro. No hay que olvidar, sin embargo, que estos datos hacen referencia al área cercana al yacimiento, y que dada la presión relativamente baja que las comunidades de la zona debieron ejercer sobre el entorno, es probable que hubiera zonas mucho menos degradadas, especialmente en los espacios entre asentamientos que, como hemos visto arriba, debieron ser relativamente amplios. A esta degradación aún incipiente hay que añadir unas condiciones de mayor humedad y pluviosidad, dentro de los límites semiáridos del valle medio del Tajo. La degradación de este bosque mediterráneo, que evidentemente había comenzado aun de forma muy marginal, se hará más evidente a lo largo del primer milenio a.C. de la mano de una creciente presión demográfica y del aumento de la intensificación agrícola.

1.5. El mundo del primer milenio a.C. El hombre en la tierra

Los anteriores apartados han tratado de plantear las características físicas del medio ambiente con el que se relacionaron los habitantes protohistóricos del valle medio del Tajo. Este apartado pretende ir un poco más allá de la descripción y analizar qué implicaciones tiene ese medio ambiente para los grupos que ocupan el territorio, cómo pudo condicionar sus estrategias de adaptación y, hasta donde sea posible, su percepción del mismo. Se trata de pasar de un concepto de “tierra” – como ente físico – a otro de “mundo”, entendido la construcción cultural que se realiza sobre los condicionantes geográficos de un determinado territorio.

En este sentido, el análisis de los diferentes factores geográficos que hemos repasado en este capítulo muestra una realidad de dos paisajes contrapuestos, con condiciones bioclimáticas y recursos muy diferentes y que condicionan dos modelos muy diferentes de aprovechamiento del territorio. Sin embargo, en nuestra opinión no se trata tanto de que las cadenas montañosas que rodean el del valle medio del Tajo lo limiten y definan un área interior – aunque evidentemente

lo hacen, en un plano estrictamente geográfico. Más bien, estas montañas constituyen espacios en sí mismos, con sus propias dinámicas, que interaccionan con las tierras de la llanura. Los límites no están tanto en el simbolismo de una cordillera vista en el horizonte, sino en otros condicionantes más cercanos y menos explícitos, como la idoneidad del suelo para el trabajo agrícola o la cercanía a grandes cursos de agua.

La fortísima actuación antrópica sobre el medio ambiente del valle medio del Tajo desde época protohistórica e histórica ha construido una visión de un mundo perfectamente controlado, adaptado a las necesidades humanas y en el que, dejando de lado algunos inconvenientes como el fuerte calor estival, la vida es relativamente fácil. Y sin embargo, lo cierto es que si analizamos detalladamente las características de la Submeseta sur, ésta constituye un lugar duro para vivir, lleno de condicionantes climáticos adversos que plantean serios problemas para la ocupación del territorio. Más allá de las visiones románticas – y muy actuales – de campos infinitos donde crecen el trigo o la cebada, la cuenca media del Tajo distó siempre mucho de ser un paraíso agrícola, ni siquiera para el cereal.

Si recapitulamos los datos recogidos a lo largo de este capítulo, la Submeseta sur combina dos grandes enemigos de una producción agrícola constante y abundante: las temperaturas extremas y la escasez de precipitaciones. El territorio de la cuenca media del Tajo puede catalogarse sin ambages como semiárido, con una media de precipitaciones de unos 400 mm (se estima en 570 mm anuales la cantidad de agua necesaria para lograr una cosecha adecuada) y con un déficit hídrico permanente que en ocasiones puede duplicar las necesidades de agua (Juárez, C. y Ponce, G. 1988: 89). Asimismo, las altas temperaturas de la región provocan una fuerte evapotranspiración en toda la zona (figs. 1.21 y 1.22). La zona oriental de Toledo presenta aridez de marzo a noviembre, y en general la media de meses áridos anuales se sitúa en 5 (Juárez, C. y Ponce, G. 1988: 90). Más aún, la aridez se hace más evidente justo en las zonas con mayor potencialidad agrícola, mientras que en la mitad occidental de Toledo, donde llueve mucho más, la calidad de los suelos frena el desarrollo de la agricultura cerealística (Fernández, F. 1988: 74). La sequía y la falta de agua son problemas crónicos en la mitad oriental de la provincia de Toledo y en la llanura madrileña (Fernández, F. 1988: 78).

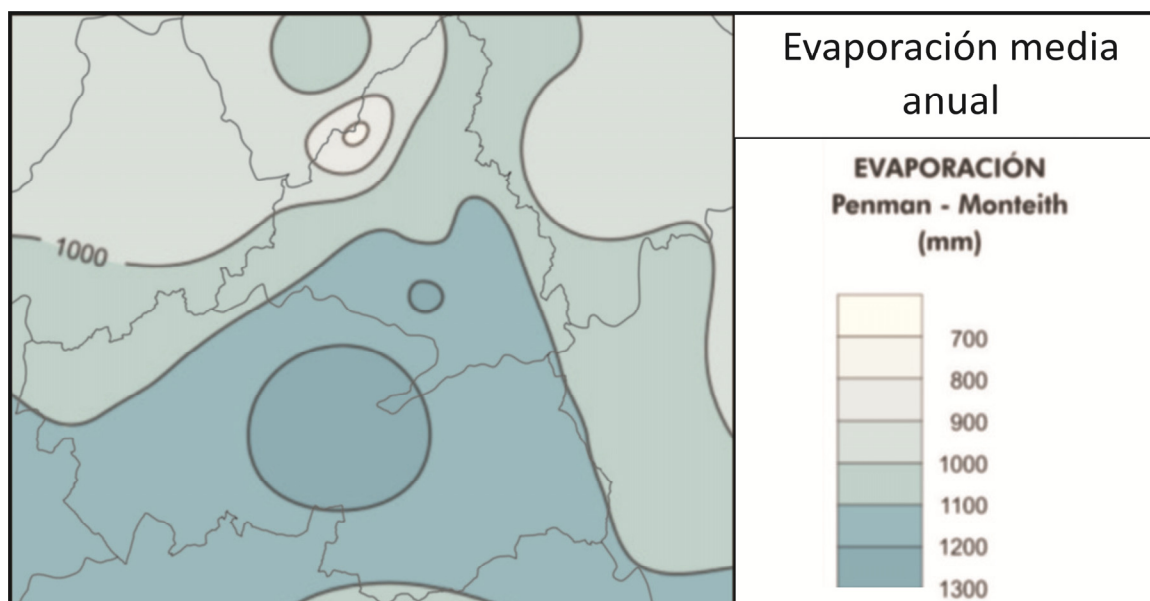


Figura 1.21: evaporación media anual en el valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

Frente a este problema uno de los recursos tradicionales ha sido el uso del regadío para compensar el déficit hídrico, pero en este sentido la cuenca media del Tajo también presenta serios problemas de gestión. En primer lugar, el principal río de la red hidrográfica – el Tajo – presenta un fuerte encajonamiento que hace imposible su aprovechamiento agrícola en gran parte de su recorrido. Además, la distribución de recursos hídricos no coincide en general con las tierras de mejor calidad (Juárez, C. y Ponce, G. 1988: 91), y el fuerte estiaje que presentan los ríos de la cuenca del Tajo en verano hace que su valor compensatorio del déficit hídrico de la región sea limitado. Existen algunos matices, ya que la margen derecha de la cuenca se beneficia de las mayores precipitaciones del sistema Central y resiste mejor el estiaje, mientras que la esquina sudoriental el régimen hídrico es diferente. En esta zona, la presencia de humedales y riadas violentas limita igualmente el aprovechamiento agrícola del territorio. En estas circunstancias, parece bastante lógico – y así lo veremos en algunos ejemplos arqueológicos – considerar el agua como uno de los valores estratégicos de la región.

A esta aridez estructural se une la irregularidad anual de las precipitaciones (Fernández, F. 1988: 75), que impide una planificación adecuada de los recursos agrícolas. Para épocas actuales esta variación era del 22% en la provincia de Toledo, lo que se reflejaba en una oscilación media del 27% en la producción anual de cereales (Fernández, F. 1988: 75-76). Es cierto que se trata de valores actuales, pero la condición fundamental – la irregularidad estacional – es inherente a la región. A la escasez y variabilidad estacional de las lluvias se une la fuerte oscilación térmica que impone el clima continental de la Meseta. Tanto las oscilaciones térmicas diarias como las anuales influyen decisivamente sobre el crecimiento de los cultivos agrícolas, y aunque el balance térmico es en general favorable, está limitado por los excesos térmicos y un periodo frío excesivamente largo (Fernández, F. 1988: 64). Los problemas se agravan por la existencia de altas probabilidades de olas de calor y frío según el momento del año, y con un número medio anual de heladas bastante elevado (Fernández, F. 1988: 67-68).

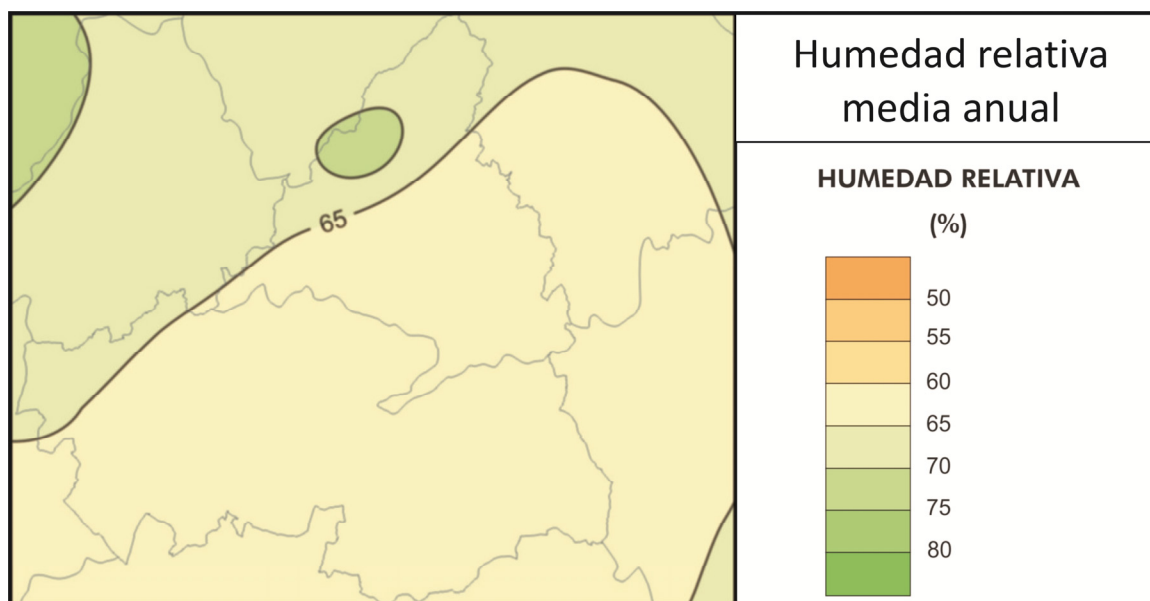


Figura 1.22: humedad relativa media anual en el valle medio del Tajo. Adaptado a partir de la cartografía temática del IGN (www.ign.es)

Dadas estas características, es necesario preguntarse si la vocación cerealística de la cuenca media del Tajo se debe a su potencial intrínseco o, si es más bien al revés: dadas las limitaciones edafológicas y climáticas de la región, tan sólo el cereal y, posteriormente algunos cultivos de secano pueden adaptarse a la zona con ciertas garantías, aunque los rendimientos cerealísticos no sean ni mucho menos espectaculares. Finalmente, y frente a una extendida creencia de que la inmensa mayoría del territorio de meseta es potencialmente apta para el cultivo cerealístico, varias zonas dentro de la cuenca media del Tajo presentaron – algunas de ellas todavía lo hacen – graves obstáculos para el desarrollo de la agricultura, especialmente en etapas previas a la industrialización. Algunos casos son evidentes, como la plataforma yesífera de la Mesa de Ocaña, pero otras lo son menos, como las tierras aluviales pesadas del valle del Tajo o zonas enteras de la denominada llanura cristalina del Tajo. Frente a la idea extendida de las llanuras aluviales como lugares ideales para el cereal, en época prehistórica y sin aperos mecánicos la explotación de esas zonas más fértiles estaría vetada a la agricultura cerealística en extensión (López, J. A. y Pérez, S. e.p.). Incluso las zonas consideradas tradicionalmente como más aptas para el cultivo cerealístico, como la comarca de La Sagra, presentan tan sólo “cierta calidad para el cultivo de secano” (Rodríguez, V. 1983: 154).

Algo parecido ocurre con las especies domésticas: équidos y bóvidos necesitan una calidad de pastos que sólo puede asegurarse en condiciones de humedad relativamente altas, algo muy difícil de conseguir en la región en los meses de verano. Por el contrario, los ovicápridos, además de resistir mucho mejor el calor admiten alimento de peor calidad, lo que hace a esta especie mucho más apta para la zona, algo constatado en el registro faunístico de la región donde se han localizado porcentajes de ovicápridos que superan el 60%. El valle medio del Tajo va a tener una vocación ganadera muy enfocada hacia el ganado ovino, y los bóvidos van a estar destinados generalmente a su uso como fuerza de tiro. Los caballos van a ser muy escasos, y es significativo que cuando a partir de siglo V a.C. se documentan los primeros ejemplares de asno los porcentajes de caballo disminuyen significativamente, probablemente sustituidos por burros o mulos.

La yuxtaposición de todas estas circunstancias compone un escenario de relativa dureza para la ocupación humana, como demuestra que en ningún punto de la región se localicen niveles de confort óptimos (Alonso, J. y Muñoz, J. 1985: 44) y que aunque el clima pueda ser calificado de tolerable para la ocupación humana, tan cuente con sólo uno o dos meses de verdadero confort climático (Alonso, J. y Muñoz, J. 1985: 42, 44). Sobre todo, es un espacio donde la variabilidad climática es muy alta y donde por tanto el grado de incertidumbre respecto de la producción agrícola es también muy grande. Aunque los cambios estacionales son hasta cierto punto predecibles (Halstead, P. y O'Shea, J.1989: 3), las variables manejadas en la cuenca del Tajo hacen que a unas condiciones climáticas duras de por sí se una el factor de riesgo vinculado a procesos extremos – sequías, heladas, etc. Esta situación hace que cobren especial importancia las estrategias de adaptación al entorno para reducir los riesgos de escasez alimentaria, muchas de las cuales pueden ser rastreadas a través del registro arqueológico.

Estas características de la región traen al primer plano un concepto crucial en todas las sociedades campesinas: la incertidumbre derivada de la incapacidad de predecir el comportamiento climatológico y por tanto las posibles variaciones que pueden afectar a las cosechas. Esta incertidumbre es inherente al trabajo agrícola, pero se hace especialmente importante en una zona como el valle medio del Tajo, donde la cantidad de factores que afectan a los cultivos, su variabilidad y su fuerte oscilación hacen muy difícil predecir cuál será el rendimiento de los cultivos. Tradicionalmente las sociedades campesinas han recurrido a diversos métodos para contrarrestar la incertidumbre alimentaria – diversificación, almacenaje, creación de redes sociales de apoyo – muchas de las cuales son claramente perceptibles en el registro arqueológico de las comunidades protohistóricas.

En nuestra opinión, si existió un elemento verdaderamente estratégico para las poblaciones que habitaron el valle medio del Tajo en la Edad del Hierro éste fue el agua, tanto para el consumo humano y animal como para suministrar una humedad mínima en los suelos que permita el crecimiento de los cereales. Esta dependencia del agua se tradujo en una concentración en torno a los cauces principales y en una progresiva colonización de los cursos secundarios, conforme mejoraron las condiciones climáticas, y ayudó a configurar un mundo en el que los ríos eran mucho más que un recurso vital. La localización de los asentamientos alrededor de los cauces fluviales impuso un tipo de relaciones lineales con las comunidades vecinas, construyendo un mundo organizado no en torno a unos límites concretos sino en torno a unos ejes – los ríos – que son los que realmente estructuran el valle medio del Tajo. Si a esto añadimos que los valles son las vías de comunicación naturales más obvias, comprenderemos que la geografía del valle medio del Tajo no puede entenderse como un territorio definido por sus límites, sino por los ejes internos que articulan los asentamientos, los desplazamientos y las relaciones intercomunitarias.

La zona sudeste del valle medio del Tajo presenta algunas diferencias con los grandes valles fluviales. Aunque las características climáticas son similares, la red fluvial tiene una capacidad erosiva mucho menor, dando lugar a frecuentes inundaciones y crecidas a veces muy potentes. Además, la salinidad de las aguas de esta región es mucho más acusada, como lo es la presencia de numerosas áreas palustres, como las de Villafranca y de Alcázar de San Juan (*Laguna de las Yeguas* y *Laguna del Camino*). Estas áreas palustres también presentan una gran variabilidad

estacional y salobridad a través de procesos de decantación natural asociados a la evaporización en momentos de estiaje, y asociadas a ellas aparecen zonas de pasto capaces de mantenerse relativamente verdes en verano.

En general, las características de la región no son especialmente buenas para la agricultura, ya que a los problemas climáticos generales se unen unos suelos mucho más salinos y áreas de dunas o arenales provocados por la acción del viento en una topografía plana (VV.AA. 1991: 464). La casi inexistencia de desniveles ha provocado la formación de una red fluvial mal jerarquizada y con valles sin definir que provoca frecuentes encharcamientos e inundaciones. Esta red fluvial se completa con numerosas lagunas sujetas al régimen de estiaje característico de la Submeseta sur, desecándose durante el estío y parte de la primavera y el otoño. Sin embargo, para densidades bajas de población como fueron las protohistóricas, con unas exigencias agrícolas modestas, la zona presenta algunos atractivos innegables. Por una parte, la existencia de pastos relativamente abundantes y de sal debió permitir una ganadería más desarrollada que en la zona central, mientras que la cercanía a los Montes de Toledo y a sus recursos mineros (aunque fueran modestos) debió constituir un atractivo para las comunidades que se instalaran en la región. En este sentido, la cercanía a las lagunas y humedales debió ser también estratégica en esta zona, aunque buscando un equilibrio cuidadoso entre la cercanía al agua y la necesidad de evitar los suelos más salinos perjudiciales para la agricultura. Por desgracia, nuestro conocimiento arqueológico de la región es mucho más precario que en el área central del valle, pero algunos de los asentamientos mejor conocidos, como el Cerro de las Nieves, están situados justo al lado de las lagunas.

Frente a este mundo de llanuras y cauces de ríos, las regiones montañosas que rodean el valle medio del Tajo han tenido una posición ambigua dentro de los estudios protohistóricos de la región. Por una parte, es evidente estas áreas de montaña constituyen un ámbito geográfico muy diferente al que observamos en la zona nuclear de nuestro trabajo, con unas características topográficas, climáticas y ambientales muy alejadas de las llanuras sedimentarias del valle. Desde ese punto de vista, tanto el Sistema Central como los Montes de Toledo no estarían incluidos *strictu sensu* dentro de la región "carpetana". Por otra parte, si tenemos en cuenta que las divisorias de estas cordilleras han constituido supuestamente los límites territoriales entre etnias diferentes, hemos de concluir que al menos una de las dos vertientes (la vertiente sur en el caso del Sistema Central y la norte en el caso de los Montes de Toledo) correspondían al territorio del valle medio del Tajo. Así se asume implícitamente al discutir la presencia de verracos en las rampas de los Montes de Toledo, o al incluir dentro de la región un asentamiento como Dehesa de la Oliva, en la sierra madrileña.

Y sin embargo, hay tres argumentos que nos deberían llevar a reflexionar sobre el papel que las dos cordilleras han jugado dentro de los procesos históricos de la región. El primero de ellos es de tipo metodológico. La asunción tradicional de la Carpetania como un territorio homogéneo, con límites territoriales similares a los de otros grupos étnicos de la Península ibérica, ha hecho que las interpretaciones sobre el territorio "estiraran" los límites conocidos a través de la arqueología o de las fuentes clásicas hasta que éstos tocaran con los de otros grupos, sin tener la plena seguridad de que todo el territorio incluido dentro de esos límites correspondiera a una única realidad. Esto es especialmente significativo para el valle medio del Tajo, donde los datos

arqueológicos de que disponemos para interpretar la realidad de las zonas de montaña son casi inexistentes hasta la Segunda Edad del Hierro y muy escasos en ese periodo.

Y es que de hecho – y este sería el segundo argumento de reflexión – muchos de los datos arqueológicos de que disponemos parecen apuntar a que las relaciones prioritarias de las zonas de montaña adyacentes al valle medio del Tajo estuvieron más cerca de las poblaciones situadas al otro lado de la sierra –en las provincias de Segovia, Ávila o la mitad oriental de la provincia de Toledo – que de las comunidades situadas en las llanuras en torno al Tajo. Esta vinculación a las poblaciones del territorio de la Submeseta norte es especialmente evidente a partir de la Segunda Edad del Hierro, donde todos los indicios – onomástica, epigrafía, teonimia o elementos de cultura material como los verracos, etc. – apuntan a una relación especialmente fuerte con el mundo vetón. Es decir, parece que el supuesto límite territorial no funcionó como tal, y que habría que considerar estas zonas de montaña como un conjunto territorial en sí mismo, antes que como las divisorias de dos territorios. De hecho, así ha sido históricamente. La divisoria actual entre las comunidades de Madrid y Castilla y León es relativamente moderna, y hasta al menos el siglo XVI la gran mayoría de la sierra de Guadarrama era propiedad de la ciudad de Segovia, que explotó y repobló toda la región durante toda la Edad Media a ambos lados de la línea divisoria de la sierra. En su comunidad de Villa y Tierra se incluyeron poblaciones como Camarena y Móstoles (Rodríguez, J. 2007: 295) dentro de los sexmos de Casarrubielos y Valdemoro. Durante mucho tiempo, el límite de la Tierra de Madrid se encontró en las primeras estribaciones de la Sierra de Guadarrama (VV.AA. 2008: 123).

Y éste es el tercer argumento, el de tipo geográfico-histórico. Lógicamente, ambas vertientes de la sierra mantienen unas características geográficas y climáticas idénticas que condicionan no sólo el tipo de explotación económica del medio, sino las características de los asentamientos y, probablemente, las relaciones entre comunidades. Desde un punto de vista estrictamente ambiental, es evidente que las poblaciones de la región tuvieron mucho más en común con otras poblaciones de la sierra que con los grupos de la llanura del Tajo, aun cuando mantuvieran relaciones más o menos intensas con ellos. En este sentido, hay que tener en cuenta que los suelos del Sistema Central y de los Montes de Toledo son de base granítica y por tanto con un Ph mucho más ácido que los hace poco aptos para la agricultura. A este serio condicionante para la ocupación humana se une el creciente desnivel de los suelos, que perjudica el trabajo de la tierra. Incluso en los piedemonte, más llanas, la calidad de los suelos es muy inferior a la de las zonas inmediatamente adyacentes ya pertenecientes a la cuenca sedimentaria del Tajo. Esta situación ha hecho que estas zonas hayan tenido desde siempre una tradición ganadera mucho más fuerte que el valle medio del Tajo, lo que ha provocado, en primer lugar, el mejor mantenimiento del bosque de tipo mediterráneo que, muy antropizado y transformado en dehesas, aún se mantiene en gran parte de esta región. La agricultura cerealística presenta rendimientos relativamente aceptables tan sólo en los valles interiores como el del Lozoya, aunque en estos casos la altitud y las características de un clima de montaña también afectan al crecimiento de los cereales. Por tanto, puede considerarse que frente a una zona central con características más aptas para la agricultura, la zona de la sierra tiene una clara vocación ganadera, en especial de aquellas especies como bóvidos y équidos que necesitan de pastos de mejor calidad difíciles de conseguir en las llanuras del valle.

Frente a esta desventaja natural que impide el desarrollo de una agricultura cerealística digna de mención, las zonas de sierra presentan otras ventajas: la mayor cantidad de precipitaciones y la mayor altitud media influyen en la creación de un medio ambiente más húmedo y menos afectado por los fuertes estiajes de la zona central, con menos oscilaciones térmicas y una mayor variedad de fauna y flora al abarcar varios pisos de vegetación, desde las rampas hasta las zonas más altas. Asimismo, y aunque no se trata de filones especialmente ricos, es en estas zonas donde se localizan los minerales de estaño, cobre o hierro que debieron abastecer al valle medio del Tajo. También constituyen las dos zonas más cercanas de abastecimiento de granito para molinos, un elemento estratégico para las poblaciones pre y protohistóricas.

El gran problema es que carecemos de suficientes datos para valorar las condiciones en las que se desarrolló la interacción entre ambos mundos. No sabemos si la ausencia de información arqueológica en el Sistema Central y los Montes de Toledo es el resultado de un despoblamiento de la región debido a su menor potencial agrícola, quedando como un territorio a explotar ocasionalmente por las comunidades instaladas en los valles fluviales ; o si el vacío corresponde a un peor conocimiento de la región fruto de la menor actividad arqueológica asociada a la construcción de infraestructuras y a las mayores dificultades para detectar los yacimientos en este tipo de terrenos. En cualquier caso, parece lógico pensar que este territorio constituye una zona muy bien definida por sus características geográficas y que constituye un territorio en sí mismo, complementario económicamente del valle y que debería ser analizado de manera independiente.

El territorio del valle medio del Tajo se construye, en nuestra opinión, sobre tres elementos: una geografía interna basada en ejes fluviales que organizan el territorio y el paisaje y que son fundamentales para contrarrestar las condiciones ambientales adversas de la región. Esta red fluvial impone unas relaciones longitudinales entre las comunidades que se asientan en ellos y que sirven como vías de comunicación para el intercambio de productos, el desplazamiento de personas y de ideas. Los espacios entre las redes fluviales, por el contrario, no están ocupados o lo están en mucha menor medida – en función de las condiciones climáticas – por lo que en nuestra opinión la estructura del valle debería ser concebida, más que como un territorio continuo, como un espacio ramificado (fig. 1.23). En este territorio los principales hitos estarían relacionados con la doble misión de los ríos como seguros frente a la incertidumbre y caminos: vados y confluencias servirían para establecer los mapas mentales que ordenarían un mundo construido en torno a ellos.

El tercer gran elemento de ordenación del territorio lo constituirían las cordilleras que rodean el valle del Tajo y cuyos ecosistemas y recursos complementan las carencias de la región. Bien a través de intercambios con las poblaciones de estas zonas, bien a través de desplazamientos para recoger determinados recursos, el Sistema Central y los Montes de Toledo no limitarían el espacio valle, sino que serían espacios en sí mismos, probablemente concebidos como diferentes por las poblaciones que habitaban el valle y para las que las zonas de montaña, con unas normas y estrategias de explotación diferentes, constituirían un caso de alteridad no física, sino identitaria. Las formas de explotación del medio, la propia idiosincrasia de cada uno de los ecosistemas debió construir formas diferentes de ver el territorio y la vida, hasta el punto de que, como veremos al analizar las sociedades de la Segunda Edad del Hierro, las poblaciones de

cada una de las dos zonas presentan diferencias significativas si no en su cultura material, sí en su sustrato identitario.

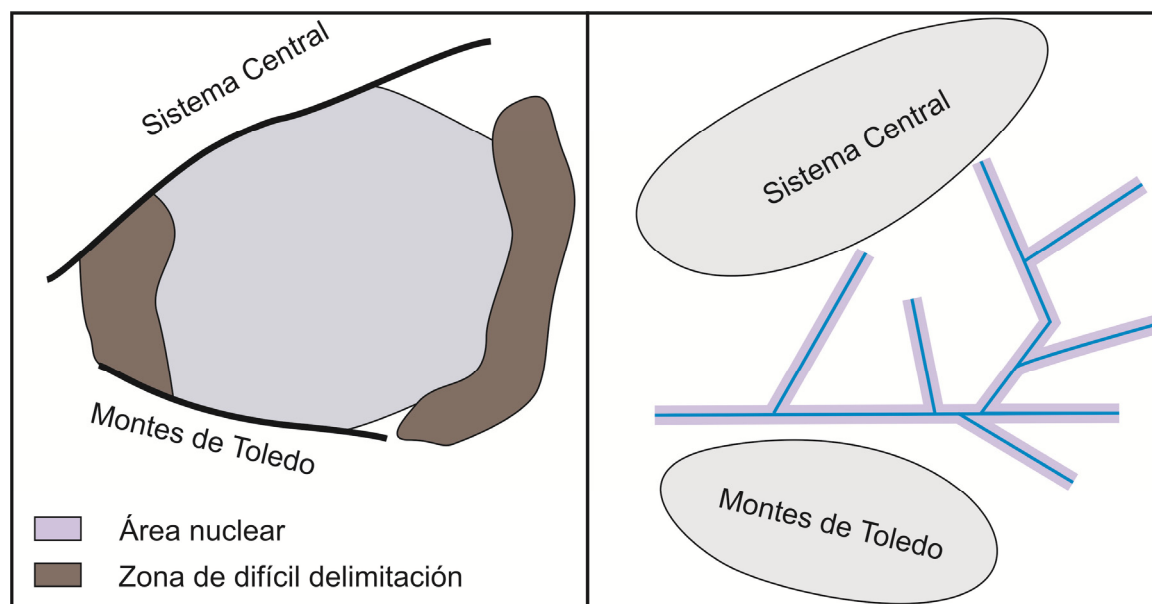


Figura 1.23: esquema interpretativo del valle medio del Tajo. Interpretación tradicional con un territorio continuo delimitado por accidentes geográficos (izquierda) y propuesta alternativa través de ejes fluviales y zonas adyacentes de contacto (derecha)

Por supuesto, las poblaciones de la región vivieron en un mundo mucho más reducido que el que nosotros abordamos en nuestro estudio. En general, las poblaciones campesinas no se desplazan muy lejos de sus lugares de habitación, ni consideran necesario – ni adecuado – ese desplazamiento salvo ocasiones especiales o personas específicas para desarrollar actividades concretas. Podemos considerar que tramos concretos de río o algunos de los valles más pequeños serían los entornos en los que se desarrollaría la vida de estas poblaciones. La dependencia del agua y la inversión diferida que viene asociada a la agricultura debieron fijar cada vez más a las comunidades al terreno, limitando los contactos y creando una visión del mundo reducida al entorno más inmediato, en la que muy pocas personas sobrepasarían los límites conocidos y seguros más cercanos a los asentamientos.

Desde otro punto de vista, las duras características físicas del valle medio del Tajo debieron afectar de forma sustancial a la forma en que estas comunidades afrontaron su vida cotidiana, las relaciones entre sus miembros y frente a otros grupos. En un mundo con un alto grado de incertidumbre climática, la solidaridad dentro del grupo y con los grupos más cercanos es fundamental para asegurar la supervivencia en periodos difíciles. Antropológicamente está bien estudiado cómo en zonas difíciles o en periodos de escasez se refuerza la ética igualitaria dentro de las comunidades, que ven en el mantenimiento de la igualdad un seguro de que los mecanismos de redistribución siguen funcionando (Hayden, B. 1995: 22). Las características de la región debieron provocar el mantenimiento de una fuerte ética igualitaria que trataría de prevenir la acumulación por parte de algunos individuos para asegurar la supervivencia de todo el grupo.

Por supuesto, esta percepción de la incertidumbre es altamente subjetiva, y aunque las características del valle medio del Tajo justifican la continua búsqueda de mecanismos para contrarrestar los problemas potenciales derivados de su dureza, las poblaciones que habitaron la región fueron capaces de adaptarse a través de una gran variedad de estrategias, desde la movilidad de las sociedades de la Edad del Bronce a una creciente tendencia al almacenamiento y a la diversificación de actividades a lo largo de la Edad del Hierro. Lo cierto es que el equilibrio entre población y medio en una región compleja como la nuestra sólo pudo lograrse a base de una buena elección del lugar de localización de los asentamientos, de un cuidadoso aprovechamiento de los recursos existentes, y una demografía baja que permitió el mantenimiento de los mecanismos tradicionales de explotación del territorio durante mucho tiempo. El gran éxito de la adaptación de las comunidades protohistóricas a la zona fue tal que, como veremos, no necesitaron incrementar su producción para hacer frente a un entorno tan complejo como el del valle medio del Tajo. Cuando al fin lo hicieron, la causa no fue tanto climática como sociopolítica, dentro de un proceso en el que la tierra dejó de ser un lugar en el que vivir para transformarse en un recurso que explotar.

El registro y sus tiempos. Una aproximación diferente a la cultura material de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo

2.1. Introducción

2.1.1. Objetivos y metodología

Una de las constantes de la investigación arqueológica de la protohistoria en nuestra área de estudio puesta de manifiesto a lo largo de este trabajo es la contradicción permanente entre el creciente número de datos arqueológicos disponibles y la falta de imbricación de los mismos en un discurso que ordene, sistematice y clarifique las principales características de la secuencia temporal de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo. Esta situación es especialmente grave en el caso de la cultura material, que ha adolecido de una gran indefinición cronológica, especialmente para la Segunda Edad del Hierro. A día de hoy, no contamos en la región con unos criterios mínimos para situar cronológicamente los materiales localizados en las excavaciones de este periodo, si exceptuamos las dataciones aportadas por la cerámica de importación o algunos tipos de fíbulas. La presencia de cerámicas a torno sirve para clasificar los yacimientos en una genérica Segunda Edad del Hierro, cuya mayor o menor antigüedad es valorada subjetivamente en función de criterios como la mayor o menor presencia de cerámica a mano, algunos tipos de cerámicas – campaniense, barniz rojo, etc. – o similitudes con otros yacimientos. La cultura material de la Primera Edad del Hierro ha recibido más atención (Barroso, R. 2002; Blasco, M. C. y Baena, J. 1989; Blasco, M. C. *et al.* 1991; López, L. *et al.* 1999; Muñoz, K. 1998, 1999; Ortiz, J. R. *et al.* 2007), pero también adolece de trabajos específicos dedicados a sistematizar los materiales recogidos y construir una secuencia cronotipológica ajustada.

Los problemas de indefinición se agravan por la falta de asociación entre los materiales recogidos en los yacimientos y el corpus de dataciones absolutas disponible, aspectos que a excepción de nuevo de algunos yacimientos de la Primera Edad del Hierro (Blasco, M. C. *et al.* 1993) jamás han sido valorados conjuntamente. Nos encontramos así con que la valoración cronológica de los yacimientos de la región está apoyada, cuando se trata del análisis de los materiales localizados en los yacimientos, en criterios cuando menos simplistas. A día de hoy – exagerando un poco, pero no demasiado – un yacimiento de la Edad del Hierro es clasificado como perteneciente al Hierro I si toda la cerámica recuperada está realizada a mano, de transición (siglo V a.C., aproximadamente) si en un conjunto de cerámicas mayoritariamente a mano aparecen algunas cerámicas a torno y de la Segunda Edad del Hierro si el conjunto de cerámicas está mayoritariamente realizado a torno, con presencia de las denominadas cerámicas de tipo ibérico, jaspeadas o estampilladas. A partir de aquí, algunos otros criterios – cerámicas de importación, mayor o menor presencia de engobes rojos en piezas realizadas a mano, fíbulas y otros materiales metálicos, etc. – ajustan (de manera generalmente subjetiva) la cronología del yacimiento. Existen por supuesto excepciones a esta situación que serán

valoradas más adelante, pero por desgracia este sistema es el observado mayoritariamente al analizar los criterios utilizados por los arqueólogos para datar sus yacimientos. Sin negar que puedan ser útiles como punto de partida, no puede dejar de parecernos un poco descorazonador que en treinta años de investigación “moderna” de la región no hayamos sido capaces de dotarnos con una herramienta básica de trabajo como es una adecuada secuencia cronológica de la cultura material. Sin ninguna pretensión normativista o historicista, parece evidente que un buen conocimiento de los materiales arqueológicos – sus características principales, su evolución, sustitución o transformación y sobre todo su cronología – es una herramienta básica para poder iniciar otro tipo de estudios de mayor complejidad interpretativa.

¿Por qué nunca se ha abordado a fondo este tema? La respuesta es compleja, y sería injusto decir que no ha habido intentos de estudio y sistematización de los materiales arqueológicos en la región. Pero estos intentos han sido parciales, tanto si se trataba de un periodo, un tipo de materiales o yacimientos o una región concreta, y por tanto nunca han perseguido la creación de una secuencia completa de la Edad del Hierro. Además, exceptuando las síntesis realizadas por M^a Concepción Blasco y otros investigadores de la Universidad Autónoma de Madrid, los trabajos sobre cultura material han sido muy específicos y no han aportado herramientas útiles – en el sentido de una mayor precisión cronológica – para el estudio de la cultura material.

La clave de la falta de interés en la sistematización de la cultura material del valle medio del Tajo descansa en otras variables, de tipo histórico, metodológico e incluso socioeconómico. En primer lugar, es innegable la falta de atractivo de este tipo de trabajos, arduos y poco rentables científicamente, que en muchos casos son despreciados por identificarse con posturas cercanas al normativismo o al historicismo. En segundo lugar, el enorme sesgo positivista de la arqueología desarrollada en la región resta valor – paradójicamente – a este tipo de trabajos, ya que la asunción de que los datos se ordenarán por si solos cuando exista un corpus de información adecuado hace poco rentable una sistematización que se supone se hará explícita de manera automática.

La respuesta al problema planteado es en el fondo bastante simple, y lo lógico después de esta crítica sería plantear y desarrollar una secuencia cronotipológica que estableciera las características y la evolución de la cultura material de la región durante el primer milenio a.C. Sin negar la utilidad de esta propuesta, su desarrollo es inviable dentro de los límites de este trabajo. En primer lugar, porque esta aproximación constituiría una tesis en sí misma, y no encajaría dentro del espíritu ni de los objetivos planteados para nuestro trabajo, que pretende reconstruir procesos históricos y de cambios sociales, económicos e identitarios antes que materiales. En segundo lugar, porque la infraestructura necesaria para este tipo de trabajo – corpus de yacimientos publicados, cronologías y estratigrafías fiables, accesibilidad de materiales, etc. – no es aún adecuada para realizar una secuencia detallada de los cambios de la cultura material durante la Edad del Hierro.

Sin embargo, sí nos parece recomendable – más aún después de nuestra crítica previa – tratar de realizar una aproximación a la secuencia cultural del valle medio del Tajo que tenga en cuenta componentes cronológicos y materiales y que permita sintetizar de manera concisa las características materiales de la ocupación protohistórica de la región. Para ello y dado que la

ejecución de un trabajo exhaustivo tradicional basado en la ordenación tipológica y cronológica de los materiales queda descartado, hemos recurrido a una herramienta que no ha sido nunca utilizada en la arqueología en nuestra región pero que se encuentra plenamente consolidada como herramienta de análisis e interpretación en nuestra disciplina desde al menos los años 80 (VV.AA. 1991). Nos referimos al denominado análisis de correspondencias, probablemente el método de análisis multivariante más utilizado en la actualidad en arqueología.

De forma muy esquemática, el análisis multivariante es una técnica estadística que permite analizar las relaciones existentes entre variables de tipo cualitativo – muy comunes en arqueología – y los casos asociados a estas variables – sean tumbas, estratos, yacimientos, etc., mostrando las relaciones estructurales en función de su similitud relativa. Más aún, ordena estos datos en unos ejes de coordenadas mostrando las distancias relativas entre las diferentes unidades, correspondiendo una mayor distancia a una gran diferencia entre casos/ variables y una mayor cercanía a una mayor relación entre los mismos. Esta mayor cercanía o lejanía entre casos y variables puede tener muchas connotaciones – cronológicas, sociales, materiales, etc. – y corresponde al arqueólogo interpretar la distribución obtenida a través del análisis. Los análisis de correspondencias son actualmente una de las herramientas más potentes de análisis en arqueología, aplicados a todo tipo de supuestos, y a lo largo de este trabajo el método va a ser utilizado para diferentes casos, mostrando las posibilidades de interpretación que se derivan de poder relacionar de manera conjunta un número muy elevado de variables y casos imposible de aprehender de manera tradicional.

Las ventajas del análisis de correspondencias sobre otros métodos de análisis multivariante son enormes. Para empezar, no “fuerza” la organización de grupos como ocurre con el análisis de componentes principales o la seriación, así que no relaciona variables o casos de manera artificial. Además, permite representar juntos casos y variables facilitando la interpretación de las relaciones, o que variables o casos poco significativos aparezcan alejados del resto y puedan ser descartados en sucesivos análisis. Más aún, si el corpus de variables es suficientemente amplio, el análisis de correspondencias permite agrupar casos que, sin poseer alguna de las variables en común, tengan en conjunto similitudes muy fuertes que pueden pasar desapercibidas a simple vista. Finalmente su presentación en dos dimensiones hace que sea visualmente intuitivo a la hora de analizar relaciones y procesos de variación a lo largo de los ejes.

En nuestro caso concreto, vamos a utilizar el análisis de correspondencias para un objetivo ambicioso: tratar de obtener una secuencia temporal que relacione los principales yacimientos estudiados en este trabajo con un conjunto de variables que hemos considerado significativas para agrupar yacimientos similares y ordenarlos cronológicamente¹. En un resultado ideal los

¹ El proceso de selección de las variables ha sido bastante complejo, hasta el punto de que se planteó la inclusión de un anexo en el que se justificara la presencia de cada una de las mismas, algo que finalmente se descartó para evitar que la información incluida en el mismo se solapara con la presentada en otros anexos dedicados a la cultura material de la Edad del Hierro. En líneas generales, las variables podrían clasificarse en tres grupos: las asociadas a las características topográficas y materiales de los asentamientos, elegidas por observación de los yacimientos de la región, las relacionadas con la cerámica de tipo ibérico – decoraciones, tipos, etc. – y fíbulas, para cuya selección nos apoyamos en los trabajos de Ruiz y Molinos (1993), Bonet y Mata (2008), Urbina (1997) y González (1999); y las que

yacimientos estudiados (o más bien, las diferentes fases de los yacimientos) se agruparían de manera coherente de acuerdo a variables similares (materiales asociados a una etapa cultural concreta, por ejemplo) y se distribuirían desde los más antiguos a los más modernos, esto es, desde la transición entre el Bronce Final y el Hierro I hasta el cambio de era. Como hemos dicho antes, el análisis de correspondencias no pone un valor a la distancia o cercanía existente entre dos casos o variables, de manera que la distribución obtenida debe ser contrastada con las dataciones absolutas (C_{14} o TL) existentes y con las cronologías aceptadas para las variables, que de nuevo en un modelo perfecto deberían imbricarse de manera coherente en el orden en que se han colocado los yacimientos representados.

Asimismo, si los resultados son adecuados y coherentes, el análisis realizado tendría otra ventaja: permitiría, a partir del esquema obtenido, ordenar otras variables cuya evolución es más difícil de prever. Esta característica es especialmente importante para el caso de algunos materiales como la cerámica común de tipo ibérico, que actualmente carece del más mínimo estudio tipológico pero que a partir de este análisis podría ser estudiada a partir de criterios más fiables que la simple similitud formal, ya que partiríamos de yacimientos ordenados cronológicamente cuya cultura material podría ser comparada de manera segura. Del mismo modo, algunas variables que muestran dificultades para ser inscritas dentro de la secuencia de manera aislada podrían insertarse de manera adecuada en la serie al analizarse conjuntamente con otras variables más claras.

La clave de un análisis de correspondencias correcto descansa en gran medida en la adecuada selección de las variables a analizar. De igual manera, la idoneidad de los yacimientos seleccionados para el estudio es otro de los puntos que puede ser cuestionado, y la decisión de su inclusión en el análisis será por tanto justificada previamente al mismo. De este modo, la creación de esta secuencia cronológica y material para el valle medio del Tajo va a desarrollarse a partir de cinco puntos principales:

- Elección de las variables seleccionadas
- Elección de los yacimientos arqueológicos seleccionados (y de las fases definidas para cada uno de ellos)
- Análisis y valoración de las dataciones radiocarbónicas y de Termoluminiscencia disponibles para la región.
- Creación de la base de datos, realización e interpretación del análisis de correspondencias junto a las dataciones absolutas
- Sistematización de la información y propuesta de secuencia para el valle medio del Tajo.

En cuanto al programa utilizado para éste y el resto de análisis de esta tesis, ha sido el WinBASP (Bonn Archaeological Statistical Package) versión 5.4.3 desarrollado por la Universidad de Colonia. Se trata de un software gratuito que puede ser descargado en la página www.uni-

corresponden a piezas de importación como la cerámica ática, la de barniz rojo o las cuentas de pasta vítrea. Como es lógico, la selección de las variables tiene un fuerte carácter subjetivo y aunque hemos tratado de que sean variables eficaces como herramientas de análisis estadístico todas ellas están sujetas a discusión. De hecho y como veremos al final del capítulo, algunas de ellas se demostraron poco operativas dentro de nuestro análisis.

koeln.de y que permite realizar, además de análisis de correspondencias, seriaciones, análisis de componentes principales y matrices estratigráficas. Las sucesivas bases de datos utilizadas para la realización de este análisis, así como el conjunto de gráficas obtenidas que por falta de espacio no pueden ser reproducidas aquí se encuentran en los Anexos 1 y 2 del CD-ROM adjunto a este trabajo.

2.1.2. Variables y yacimientos utilizados en el análisis

La selección de qué variables utilizar en el análisis de correspondencias ha requerido de una reflexión intensa. El primer problema al que nos hemos enfrentado es el de la escala del análisis. Dadas las características intrínsecas a la arqueología y secuencia tan amplia que pretendemos estudiar, sería factible incluir cientos de variables basadas en tipos cerámicos, formas y decoraciones – por hablar sólo de la cerámica. Nuestra experiencia previa con este tipo de análisis es que las características de las variables deben adecuarse a los objetivos perseguidos. En este caso, la realización de una base de datos con cientos de variables hubiera dado como resultado una representación gráfica que, incluso en el caso de que hubiese sido correcta sería ilegible. Más aún, muchas de las variables elegidas se solaparían o introducirían ruido en el estudio, dificultando su lectura e interpretación. Nuestro criterio ha sido buscar variables de rango medio, y no lo hemos hecho a riesgo de simplificar, sino buscando precisamente eso: una secuencia simple, esquemática y sintética pero realizada con datos arqueológicamente contrastados. Nuestra aproximación no persigue obtener una secuencia tipológica, sino un marco de características generales a partir del cual sea posible seleccionar fragmentos concretos y aumentar el grado de detalle.

De este modo, la selección de variables se ha apoyado fundamentalmente en tres criterios: representatividad de las mismas, capacidad para caracterizar un determinado periodo y posibilidad de presentar un cierto valor cronológico que permita reforzar el carácter temporal de la serie. En el primer caso, se ha optado por no incluir piezas excepcionales escasamente representadas que pueden distorsionar el análisis. Aunque WinBASP tiene mecanismos para corregir estos sesgos, hemos preferido realizar una selección previa que refuerce el carácter estadístico – y por tanto centrado en tendencias antes que en casos específicos – del estudio. Asimismo, hemos tratado de seleccionar, en la medida de lo posible, variables que puedan tener una utilidad cronológica, dado que ése es el principal objetivo de este análisis, y que puedan ser comparadas con las dataciones absolutas obtenidas por C₁₄ o TL.

Dadas estas premisas, parece lógico que la mayoría de las variables seleccionadas estén relacionadas con los materiales arqueológicos recogidos en las excavaciones, especialmente la cerámica. A fin de cuentas, los objetos cerámicos son el tipo de objeto más abundante en las excavaciones protohistóricas, a la vez que presenta una adecuada variabilidad temporal y grandes posibilidades de seriación y ordenación. Asimismo, para el periodo y la región estudiados la cerámica presenta dos elementos de peso cronológico importantes: la presencia de cerámicas de importación bien estudiadas y un cambio tecnológico significativo como es la aparición de la tecnología del torno. La selección de las variables relativas a la cerámica ha consistido tanto en la presencia o ausencia de determinados tipos de cerámica como de formas o decoraciones dentro de un tipo concreto, siempre buscando elementos que puedan servir

para caracterizar lo mejor posible un determinado momento cronológico. Algo parecido ocurre con piezas metálicas como las fibulas u otros objetos como los cuchillos afalcatados y, en general, con aquellos elementos de la cultura material que hemos considerado útiles para el análisis y que son resumidos más adelante.

Junto a este gran grupo de variables, hemos decidido incluir otras características extraídas de las características topográficas y estructurales de los asentamientos, como la complejidad de las estructuras de habitación, los materiales con que fueron construidas, la existencia de fortificaciones o evidencias de urbanismo, etc. En algunos de estos casos pueden presentarse dudas respecto de la adecuación o no de estas variables, mientras que en otros las características del asentamiento constituyen uno de los elementos clave en su interpretación. Finalmente, es necesario clarificar que como es lógico y salvo casos muy concretos las variables dentro de un grupo no son excluyentes, es decir, un yacimiento puede estar caracterizado por seis formas diferentes de cerámica de tipo ibérico, todas ellas clasificadas dentro del mismo grupo de variables.

Resumen de variables utilizadas en el análisis

Tipo de asentamiento

E.ais (Edificio aislado): Estructura aislada o asociada a otras estructuras de producción (pero no de habitación). Como es lógico, puede haber otras edificaciones similares en las cercanías, pero constituyendo un hábitat disperso

E.sinurb (Conjunto de estructuras de habitación sin evidencias de organización espacial): Agrupación de casas o cabañas que pueden estar asociadas y que pueden compartir espacios e infraestructuras comunes pero que no se han construido a partir de elementos de organización espacial – como calles o muros.

Protourb (Protourbanismo): Agrupación de estructuras de habitación y producción organizadas a partir de elementos de distribución espacial (calles, plazas, muros) que estructuran el espacio del asentamiento.

Características constructivas

E.per (Edificios contruidos con materiales perecederos): Edificios contruidos con madera, denominados genéricamente cabañas.

E.noper (Edificios contruidos con materiales no perecederos): edificios realizados normalmente con zócalos de piedra y paredes de adobe.

Silos: Presencia de estructuras de almacenamiento subterráneas.

Lad.ado (Ladrillos de adobe): documentación de ladrillos de adobe cocido hechos con caja.

Fort (Fortificado): Asentamiento fortificado

No.Fort (No fortificado): Asentamiento sin fortificar

Localización topográfica

Cer.Tes. Cerro testigo

Escarpe: Yacimiento situado sobre un escarpe)

Cerro: yacimiento situado sobre una elevación suave, cerro o loma.

Llano: yacimiento situado en llano o en ladera suave

Terraza: yacimiento situado en una terraza

Complejidad de las estructuras de habitación

Cab.sim (Cabañas simples): estructuras de habitación utilizadas como vivienda, realizadas en materiales perecederos y que presentan un espacio interno diáfano.

Cab.com (Cabañas complejas): estructuras de habitación utilizadas como vivienda, realizadas en materiales perecederos y cuyo espacio interno está compartimentado con ambientes separados para diferentes actividades.

Cas.sim (Casas simples): estructuras de habitación utilizadas como vivienda realizadas en materiales no perecederos con un espacio interno diáfano.

Cas.Com (Casas complejas): estructuras de habitación utilizadas como vivienda realizadas en materiales no perecederos en las que existe una clara diferenciación de los espacios funcionales en el interior

Otros elementos

E.Tum (Estructuras tumulares): existencia de estructuras tumulares consistentes en ladrillos de adobe (en algunos casos, piedras) que crean una plataforma y cubren la fosa.

Fosas: necrópolis caracterizadas por fosas – de todo tipo – excavadas en el suelo o en la roca.

Horno: Hace referencia a un horno o conjunto de hornos cuya producción supera claramente el ámbito doméstico

Cerámica a mano

Boq: presencia de técnica de boquique

Espig: uso de motivos formando espigas

Dien.lob: presencia de la decoración denominada “dientes de lobo”.

Acanal: presencia de decoración usando la técnica de acanaladura

Excisa: presencia de la técnica de la excisión.

Ban.res: presencia de decoración en zigzag con bandas reservadas.

Puntos: presencia de motivos decorativos consistentes en espacios rellenos de puntos.

Car.alta: presencia de vasijas con carena alta.

Cuen.car (cuencos carenados). Cuencos carenados o pseudocarenados con decoración incisa formando frisos, normalmente sobre la carena. Suelen presentar base umbilicada y/o mamelón de perforación horizontal o vertical

Pie.esc: (piezas escobilladas): piezas de factura tosca y tamaño medio cuyas paredes presentan escobillado o cepillado y cuyo borde se encuentra decorado con incisiones, impresiones o ungulaciones.

Postcocc (pintura postcocción), incluyendo cualquier color y los escasos ejemplos de bicromía.

Retic (retículas). Retículas incisas muy profundas y marcadas.

Grafit. Grafitado.

Antrop (antropomorfo). decoración que incluya la representación de seres humanos a través de cualquier técnica (pintura, incisión, etc.)

En.roj (engobe rojo): cerámica realizada a mano, cubierta con un baño de engobe rojo.

V.tronc (vaso troncocónico). Vaso troncocónico de bordes exvasados. Puede ir acompañado o no de un mamelón.

C.hemi (cuenco hemiesférico). cuenco de casquete hemiesférico y bordes rectos. Puede ir o no acompañado de un mamelón.

Car.esf. Piezas con carena alta y cuerpo esférico cuya función pudo haber sido la de fuentes o platos.

C.bentr. Cuencos de borde entrante y forma globular

C.ala. Cuencos de borde vuelto plano o ala.

Bico. Vasijas de perfil bicónico.

Porcentajes de cerámica a mano y cerámica a torno²

Ce0. Proporción del 100% de cerámica a mano

CeI. Porcentaje de cerámica a torno hasta el 15%

Cell. Porcentaje de cerámica a torno entre el 50 y el 80%

CellI. Porcentaje de cerámica a torno superior al 80%

Cerámica a torno de tipo ibérico

Monocro. Monocromía.

Bicromía. Bicromía.

Pint.tot (totalmente pintada). La pintura o el jaspeado se distribuyen a lo largo de toda la pieza (no es necesario que la cubra totalmente)

Pint.par (parcialmente pintada). La pintura o el jaspeado se distribuyen en la parte superior de la pieza (generalmente los dos tercios superiores)

² La selección de los intervalos de porcentajes se hizo a partir de varios análisis estadísticos que desarrollados en detalle en el capítulo 5 de esta tesis

Dec.ban (decoración simple a bandas): la decoración pintada consiste en bandas o líneas horizontales.

Fris.sim (decoración de frisos simples). la decoración combina bandas y uno o dos elementos decorativos formando frisos simples.

Fris.com (decoración de frisos complejos). la decoración es muy barroca, combinando bandas y líneas con más de dos elementos decorativos de manera más libre que en el caso anterior.

Figurada (decoración figurada): Decoración pintada que representa escenas en las que aparecen animales. Vegetales o seres humanos.

Ban.bor (banda plana en borde). Banda de pintura que recubre la parte interna superior del borde.

Cene.bor (cenefas en borde). El borde está decorado con algún tipo de cenefa: triángulos, ondas, trazos simples, etc.

Rombos. Rombos y otros diseños rectangulares.

Estam.to (estampillado cerámica tosca). Estampillados realizados en piezas de almacenamiento tipo *dolia* o cerámicas destinadas a la cocina, de factura tosca

Estam.ib (estampillado cerámica ibérica). Estampillados realizados en piezas de tipo ibérico, que no presenten decoración pintada

Estam.pi (estampillado y pintado) Combinación de pintura y estampillado, en piezas de cerámica de tipo ibérico

Jaspeado Cerámica con tratamiento jaspeado en las paredes.

Jasp.pin (jaspeado y pintado): cerámicas que combinan el jaspeado y la pintura en sus paredes.

Ur.orej. Urna de orejetas.

Chardon (*À chardon*). piezas de cerámica que imitan esta forma, evolucionadas desde las formas *à chardon* antiguas.

Kalathos.

Tonelete.

Copa.pie. copas de pie alto y generalmente moldurado.

Oinochoe. *Oinochoe* o jarra trilobulada

Ánfora

Otras cerámicas

Cer.gris. Cerámica gris ibérica

At.sv. Cerámica ática que puede ser datada entre finales del siglo V a.C. y principios del siglo IV a.C.

At.neg. Cerámica ática datada en pleno siglo IV.

Bar.roj. Cerámica de Barniz rojo.

Camp.A. Cerámica campaniense tipo A.

Camp.B. Cerámica campaniense tipo B.

Camp.ind. Cerámica campaniense indeterminada.

Orient Elementos orientalizantes o de inspiración orientalizante.

Fíbulas

Fib.cod. Fíbula de codo.

Fib.dosi. Fíbula de doble resorte con puente de sección simple.

Fib.doci. Fíbula de doble resorte con puente de cinta.

Fib.doov. Fíbula de doble resorte con puente oval o circular.

Fib.doin. Fíbula de doble resorte indeterminada.

FAH.pfor. Fíbula anular hispánica de puente forjado.

FAH.pfun. Fíbula anular hispánica de puente fundido.

FAH.pfua. Fíbula anular hispánica de puente fundido al anillo.

FAH.indet. Fíbula anular hispánica indeterminada.

Fib.LTI. Fíbula La Tène con pie libre.

Fib.LTII. Fíbula La Tène con pie sujeto.

Fí.LTIII. Fíbula La Tène con pie fundido.

Fí.LTind. Fíbula La Tène indeterminada.

Fib.PVer. Fíbula de pie vertical

Fib.sim. Fíbula simétrica

Fíbula de omega (**Fib.omeg**)

Otros objetos metálicos

C.afalc. Cuchillo afalcado.

Brazalet. Brazaletes de bronce.

Pinzas. Pinzas de bronce.

Otros objetos

C.pvitr. Cuentas de pasta vítrea.

Resumen de yacimientos seleccionados para el análisis multivariante

Código de clasificación

BF»EHI Transición Bronce Final/ Primera Edad del Hierro

EHI Primera Edad del Hierro

EHI»EHII Transición Primera/ Segunda Edad del Hierro

EHII Segunda Edad del Hierro

Yacimiento	Código	Fases
El Colegio	EC	ECol (EHI) EColl (EHI»EHII) ECollI (EHII)
El Caracol	ECar	ECar (EHI»EHII)
Cerro Redondo	CR	CRedI (EHII) CRedII (EHII) CRedIII (EHII)
Laguna del Capillo	LC	LCamI (EHI) LCamII (EHII)
Las Madrigueras	LM	LMadI (EHI) LMadII (EHI) LMadIII (EHII) LMadIV (EHII)
Palomar de Pintado	PP	PPinI (EHI) PPinII (EHII) PPinIII (EHII) PPinIV (EHII) PPinV (EHII)
El Cerrón	ECer	ECerI (EHII) ECerII (EHII) ECerIII (EHII)

La Cantueña	LCan	LCan (BF»EHI)
Arroyo Culebro A	ACuIA	ACuIA (EHI»EHII)
Arroyo Culebro C	ACuIC	ACuIC (EHII)
Ecce Homo	EHo	EHoI (EHI) EHoII (EHII)
La Gavia	LGav	LGavI (EHII) LGavII (EHII) LGavIII (EHII)
Dehesa de la Oliva	DOliv	DOlivI (EHI) DOlivII (EHII)
Las Camas	LCamas	LCamas (BF»EHI)
El Baldío	ElBald	ElBaldI (EHI) ElBaldIII (EHII) ElBaldIV (EHII)
Arroyo Butarque	AButar	AButar (EHI)
Arroyo Culebro D	AcuID	AcuID (EHI)
Llano de la Horca	LLHor	LLHor (EHII)
Cerro Colorado	CCol	CCol (EHII)
El Vado	EVad	EVadI (EHI) EVadI (EHII)
Dehesa de Ahín	DAhín	DAhínI (EHI) DAhínII (EHI) DAhínIII (EHI) DAhínIV (EHI) DAhínV (EHI)

La Alberquilla	LAlber	LAlber (EHII)
Cerro del Gollino	CGolli	CGolli (EHII)
Camino de las Cárcavas	CCarv	CCarcal (EHI) CCarcalII (EHII)
Mojón de Valdezarza	MValde	MValde (EHII)
La Deseada	LDese	LDese (EHI)
Capanegra	Capaneg	Capaneg (BF»EHI)
La Albareja	LAlbar	LAlbar (EHI)
El Malecón	EMalec	EMalec (EHII)
La Ribera	LRibe	LRibe (EHII)
Cerro del Gato	CGato	CGato (EHII)
Plaza de Moros	PMoros	PMoros (EHII)
Los Pinos	LPinos	LPinos (EHI»EHII)
La Capellana	LCape	LCape
Santa María	SMaría	SMaríaI (EHI) SMaríaII (EHII)
Cerro de San Antonio	CSAnto	CSAnto (EHI)
La Cuadrá	LCuad	LCuadI (EHI) LCuadII (EHII)
Cerro de las Nieves	CNiev	CNievI (EHI»EHII) CNievII (EHII)
Fuente de la Mora	FMora	FMora (EHII)
Las Esperillas	LEspe	LEspeI (EHI) LEspell (EHI»EHII)

		LEspell (EHII)
Puente Largo del Jarama	PIJar	PLJar (EHI)
Hoyo de la Serna	HSerna	HSerna (EHII)
Arroyo Culebro UAM	ACuIUAM	ACuIUAM (EHII)
Redueña 5,250	Red5,25	Red5,25 (EHII)
Sector III	SectIII	SectIII (EHI)

2.2. Discusión de los resultados

A la hora de interpretar los resultados obtenidos en el análisis de correspondencias es necesario tener en cuenta varias premisas. La primera de ellas es que como análisis estadístico que es, se basa en una muestra que no es completa, y por tanto la calidad de los resultados obtenidos va a estar condicionada por la calidad de la misma, esto es, por su grado de representatividad respecto del total de población. En nuestro caso, hemos considerado que los yacimientos seleccionados y las fases existentes en cada uno de ellos eran suficientemente representativas del total de yacimientos de este periodo.

La segunda premisa a valorar es que el objetivo de un análisis de correspondencias es mostrar las relaciones ocultas entre casos y variables (en nuestro caso, yacimientos, características físicas de los mismos y cultura material), agrupando aquellos con características similares y separando aquellos que se diferencian. El análisis de correspondencias no explica el porqué de esa agrupación, ésta es la función del arqueólogo. En nuestro caso, puesto que hemos escogido en general variables con un marcado carácter cronológico y yacimientos de diferentes épocas, lo lógico – al menos a priori – es que la agrupación de yacimientos y variables tuviera connotaciones cronológicas. Si esta ordenación es progresiva, puede interpretarse el gráfico obtenido como una seriación, en la que podría observarse la sustitución paulatina de unas variables (es decir, de los diferentes tipos que constituyen la cultura material de un periodo) por otras, hasta tener representado gráficamente – idealmente, al menos – el desarrollo del primer milenio a.C. a través de sus yacimientos y de la cultura material asociada a ellos.

Por otra parte un análisis de correspondencias es, como su nombre indica, una herramienta de análisis y no tan sólo una forma de presentar resultados. Por tanto, no es un ejercicio cerrado, sino que puede - y en nuestra opinión debe – ser modificado para obtener la mejor representación posible de la estructura interna de la seriación. A este respecto se han definido dos posturas muy claras: aquellos que consideran que la modificación de los yacimientos y materiales seleccionados una vez realizado el análisis es una manipulación a posteriori del mismo y aquellos que defienden la necesidad de corregir los postulados iniciales – como la selección de variables y casos – puesto que en algunos casos pueden distorsionar la estructura interna de la seriación (Jensen, C. K. y Nielsen, K. H. 1997: 49). Aunque compartimos la segunda posición, en este trabajo hemos optado por una postura intermedia: vamos a representar los datos “en bruto” y a discutir la calidad de los mismos, analizando después las anomalías existentes y sus posibles causas.

Sin embargo – y como a menudo ocurre en los análisis estadísticos – los primeros análisis proporcionan claves para posteriores correcciones del modelo que deben aportar resultados más ajustados. Este caso no ha sido una excepción y por tanto hemos realizado posteriormente otros análisis en los que sí se ha realizado una selección progresiva (pero justificada) de yacimientos y variables para obtener una seriación lo más ajustada posible. Las causas para realizar esta selección parecen claras y provienen de la calidad de los datos arqueológicos utilizados. En primer lugar, no todos los yacimientos seleccionados están descritos con el mismo detalle, así que aquellos que están definidos por muy pocas variables no encajan correctamente dentro del esquema ya que carecen de información suficiente para ser agrupados junto a otros

mejor descritos. Del mismo modo, aquellas variables que son diacrónicas – es decir, que pueden aparecer en diferentes periodos cronológicos – pueden introducir también distorsiones en el gráfico. Es el caso de muchas variables asociadas a la localización geográfica o a las características estructurales de los asentamientos. Finalmente, algunas variables pueden aparecer de manera excepcional en el registro y ser consideradas como anomalías dentro de la tendencia general. Es el caso – bastante común en Arqueología – de perduración de objetos antiguos que se conservan durante mucho tiempo. En cualquier caso, la supresión de cada una de los casos o variables será justificada en base a criterios arqueológicos y estadísticos.

2.2.1. El análisis de correspondencias

Para el análisis de correspondencias hemos utilizado 75 yacimientos o fases de yacimientos y 99 variables. El total de incidencias (es decir, de yacimientos que tienen una variable concreta asignada y viceversa) ha sido de 1069, es decir, que a cada yacimiento estaría definido de media por 14,25 variables, un número que consideramos muy alto. Sin embargo, hay una evidente distorsión en este modelo, ya que los yacimientos de los que se conoce más información llegan a estar definidos por 18-24 variables, mientras que en otros como la primera fase de La Gavia apenas se han podido definir cinco. Estas diferencias se hacen explícitas en el análisis, con aquellos yacimientos con menos variables presentando problemas de inserción en la serie.

Con todo, teniendo en cuenta las limitaciones que presenta la muestra, los problemas derivados de la escasa información existente para muchos de los yacimientos, la a menudo deficiente información publicada y la discutible presencia de algunas de las variables seleccionadas los resultados del análisis de correspondencias han sido muy sugerentes, presentando en algunas partes del gráfico una distribución casi ideal. Antes de presentar los gráficos y comenzar la discusión, hemos considerado prudente ofrecer una pequeña guía para ayudar a la correcta interpretación de un análisis de correspondencias tipo, basada en los criterios expuestos por Claus K. Jensen y Karen H. Nielsen (1997: 48):

- Si el análisis de correspondencias representa una seriación, ésta se verá reflejada en el gráfico adoptando una forma de parábola. La regularidad de la misma reflejará la mayor o menor perfección de la seriación, y aquellos elementos ajenos a la misma son anomalías que deben ser interpretadas.
- Asumiendo que el resultado es una seriación y que el gráfico tiene una forma similar a la de una parábola, cada uno de los dos extremos de la misma representan los casos más diferentes entre ellos. Esa diferencia no es explicada *per se* y debe ser interpretada por el arqueólogo. Puede tratarse de una oposición entre más antiguo y más moderno, pero también entre pobre/ rico, masculino/ femenino, etc.
- En los extremos las incidencias (casos y variables) suelen separarse del grueso de la serie, sin que signifique necesariamente la existencia de anomalías en la muestra.

- La acumulación de casos y variables indica un cambio lento, mientras que variables y casos muy separados indican cambios rápidos. El significado de estos cambios (cronológico, social, etc.) tiene que ser interpretado por el arqueólogo.
- Los casos definidos por pocas variables tienen tendencia a aparecer separados del cuerpo principal del análisis.

Con estas premisas, vamos a comenzar la discusión sobre los resultados obtenidos. La figura 2.1 muestra el resultado directo del análisis, en el que se aprecia una forma con tendencia parabólica con dos grandes concentraciones de casos y variables en los dos extremos y una zona menos clara en el centro, donde parece haber una concentración en torno al eje X y otra de forma parabólica pero poco regular por debajo del mismo.

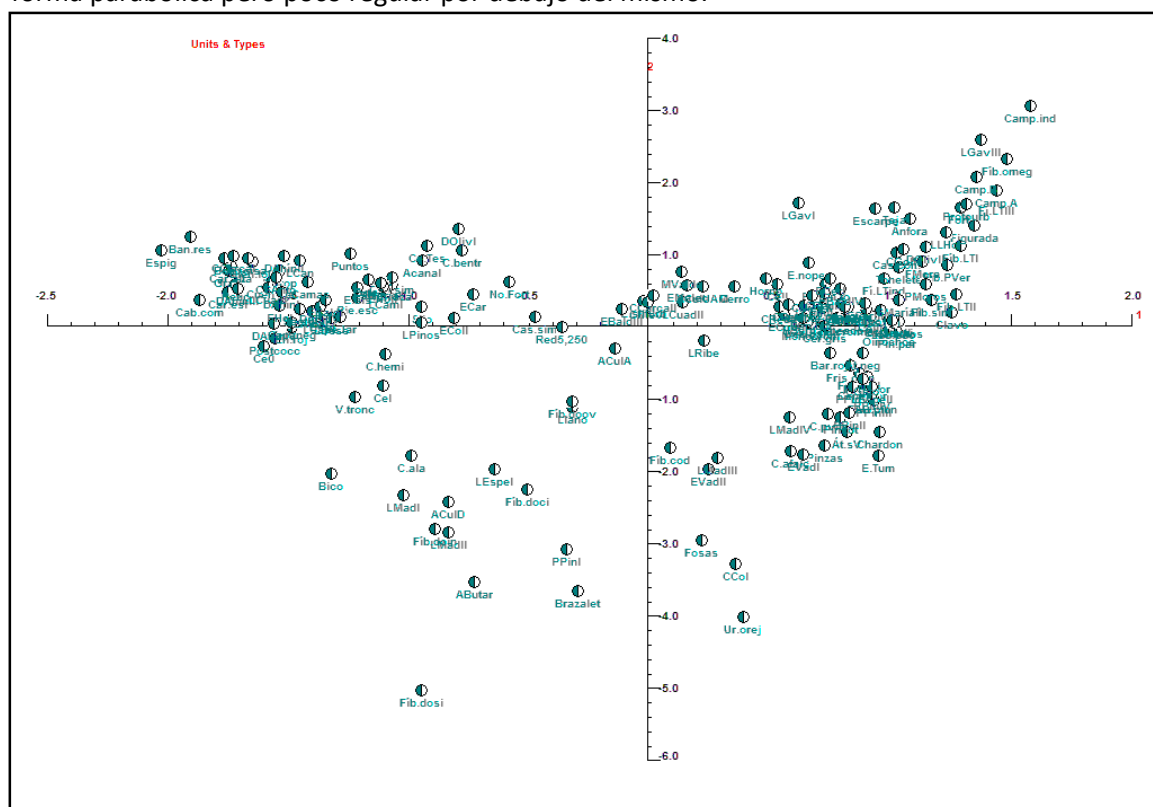


Figura 2.1: resultados básicos del análisis de multivariante. Los ejes se han representado en diferentes escalas

Por lo tanto, aun de forma bastante irregular, parece que puede observarse una cierta seriación en la secuencia, bastante clara en la mitad derecha del gráfico. Sin embargo, la zona central lo está mucho menos, hasta el punto de que se podrían plantear dos posibles parábolas. Además tenemos otro problema, y es que como puede observarse a simple vista los ejes de coordenadas del gráfico proporcionado por WinBASP están distorsionados, de manera que la escala no es la misma en el eje de abscisas que en el de ordenadas. WinBASP realiza esta acción para poder resumir los datos de manera eficaz en un espacio reducido, pero al hacerlo distorsiona la correcta visualización de los datos. En realidad, la visualización correcta del gráfico (con ambos ejes a la misma escala) sería la siguiente (fig. 2.2):

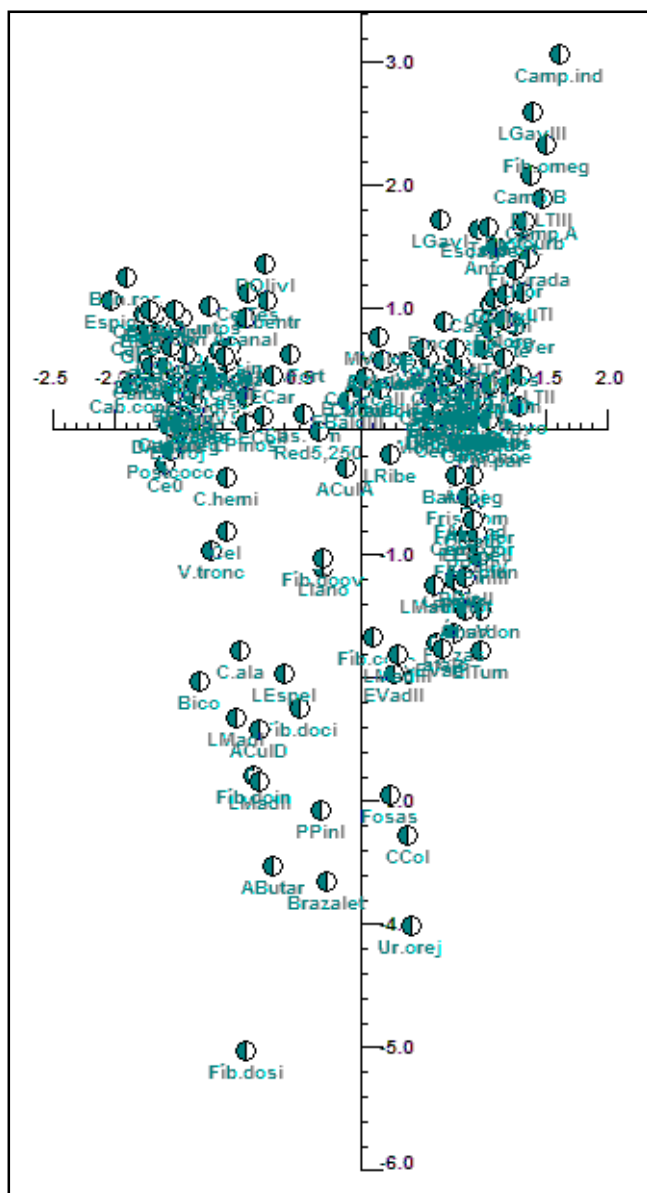


Figura 2.2: resultados básicos del análisis de multivariante, con los ejes representados en la misma escala

En esta nueva representación se apreciaba mucho mejor la forma parabólica (aunque irregular) en la que se disponen los datos. Con estos resultados y de manera provisional decidimos aceptar la existencia de una seriación en la representación obtenida. El siguiente paso fue valorar cuál era el significado de esta seriación, es decir, cuál había sido el criterio de agrupación de casos y variables. El análisis en detalle del gráfico permitió reconocer seis conjuntos muy bien definidos (fig. 2.3) que evidenciaban una seriación cronológica de la muestra, a la vez que mostraban una estructura doble. Por una parte, en el extremo izquierdo se situaban los yacimientos y variables asociadas a la Primera Edad del Hierro, mientras que a la derecha se identificaban los yacimientos de la Segunda Edad del Hierro, con una zona intermedia interpretada como “de transición” en el centro de los ejes. Es decir, la interpretación de la parábola es cronológica, con los casos y variables más antiguos arriba a la izquierda y los más modernos arriba a la derecha. Por otra parte, en la mitad superior del gráfico se disponen los asentamientos (independientemente de su adscripción cronológica), mientras que en la mitad

inferior se han representado las necrópolis. Esta dicotomía es la que hace muy imprecisa la zona centro de la parábola y es la principal anomalía dentro del análisis, pero tiene una explicación relativamente sencilla y muy coherente con la realidad del registro arqueológico.

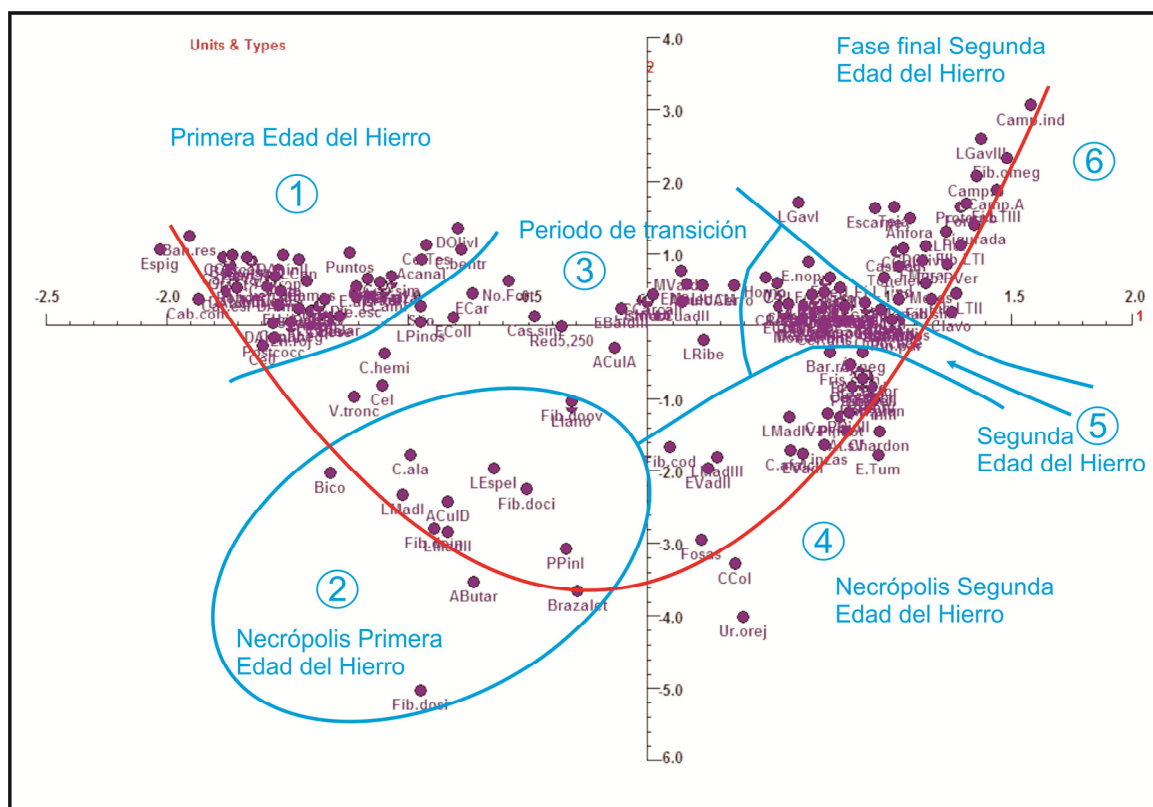


Figura 2.3: Interpretación cronológica del análisis multivariante, con las seis zonas identificadas

Esta explicación se apoya en la constatación de que en los enterramientos se depositan generalmente objetos especiales, bien por su excepcionalidad, bien por su número. Ejemplos muy evidentes en nuestro caso son las fíbulas de doble resorte y anulares o las cuentas de pasta vítrea, aparecidas en mucha mayor medida en contextos funerarios. Esta situación hace que el análisis separe la cultura material de los contextos funerarios de la de los asentamientos, algo que se observa de manera muy clara en las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro (que forman un conjunto muy compacto) y peor en las necrópolis de la Primera Edad del Hierro (más dispersas). Asimismo, esta creación de dos grupos (necrópolis y asentamientos) distorsiona la localización de algunas variables que aparecen a ambos tipos de yacimientos y que quedan así en una especie de “tierra de nadie”. Sin embargo, esta individualización de las necrópolis como grupo no impide su correcta asignación cronológica dentro del gráfico, ya que los yacimientos se encuentran coherentemente dispuestos dentro de la tendencia general de la secuencia. Además, puede tener unas connotaciones interesantes ya que podría ayudar a identificar una cultura material específica de contextos funerarios en el valle medio del Tajo que debe ser valorada en detalle.

La individualización de las necrópolis no supone un problema interpretativo sobre el gráfico, pero sí introduce un gran elemento distorsionante el mismo. Así pues, se plantea la necesidad de, una vez realizada la discusión sobre la seriación general, realizar un nuevo análisis en el que sólo se tengan en cuenta los asentamientos. En cualquier caso, el análisis del efecto distorsionador de las necrópolis va a ser analizado en detalle en cada uno de los grupos definidos.

Como hemos dicho, los gráficos proporcionados por WinBASP presentan algunos problemas de gestión. El más importante es la superposición de símbolos y etiquetas de casos y variables, que puede hacer difícil su lectura, mientras que las ampliaciones realizadas hacen que se pierda cierta perspectiva de conjunto. Para corregir este efecto, hemos creado un gráfico base a partir de los proporcionados por el programa (fig. 2.4), con los ejes proporcionados y en el que, aun a escala pequeña, los símbolos y las etiquetas son legibles. Dado el gran tamaño del mismo, de cara a la discusión sobre las asociaciones planteadas hemos optado por individualizar los grupos definidos anteriormente con objeto de conseguir una mayor inteligibilidad. Es necesario advertir que estos grupos no son estancos y no pretenden formar conjuntos cerrados de yacimientos y variables: simplemente muestran las agrupaciones más evidentes a simple vista. Por tanto, en uno de ellos hemos seleccionado intencionadamente variables cercanas con las que apreciar la evolución cronológica del gráfico. La explicación de cada uno de los conjuntos va a seguir un proceso similar: descripción y contextualización arqueológica de los resultados, valoración de las dataciones absolutas asociadas a los yacimientos (cuya discusión se ha realizado en detalle en el Anexo 3), discusión de las anomalías detectadas y valoración de ese tramo de la secuencia.

2.2.2. La Primera Edad del Hierro

Como hemos indicado antes, las variables y asentamientos asociados tradicionalmente a la Primera Edad del Hierro se localizan en el análisis de correspondencias en el cuadrante superior izquierdo del gráfico (fig. 2.4), en el extremo izquierdo de la parábola. Constituye un grupo bastante compacto de variables y asentamientos entre los que no se encuentra ninguna de las necrópolis adscritas a este periodo, por el efecto diferenciador del registro explicado más arriba. Si analizamos en detalle la distribución interna de los datos (fig. 2.5), vemos que presentan una gran coherencia interna. En la parte superior izquierda del conjunto, es decir, en el comienzo de la secuencia y por tanto la zona supuestamente más antigua de la misma se sitúan aquellas variables características de la transición entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro, especialmente los estilos decorativos: excisión, bandas reservadas decoradas, espigas y dientes de lobo, boquique y piezas con carenas alta. Asociados a estas variables se aparecen tres yacimientos: la primera fase de Camino de las Cárcavas y la segunda de Dehesa de Ahín y en menor medida, ya más cercano a los yacimientos más característicos de la Primera Edad del Hierro, la Cantueña. Cronológicamente, estos yacimientos han sido adscritos a este periodo, aunque la segunda fase de la Dehesa de Ahín fue datada en el siglo VII a.C. Faltan, como veremos, algunos yacimientos considerados de este periodo como Capanegra, Las

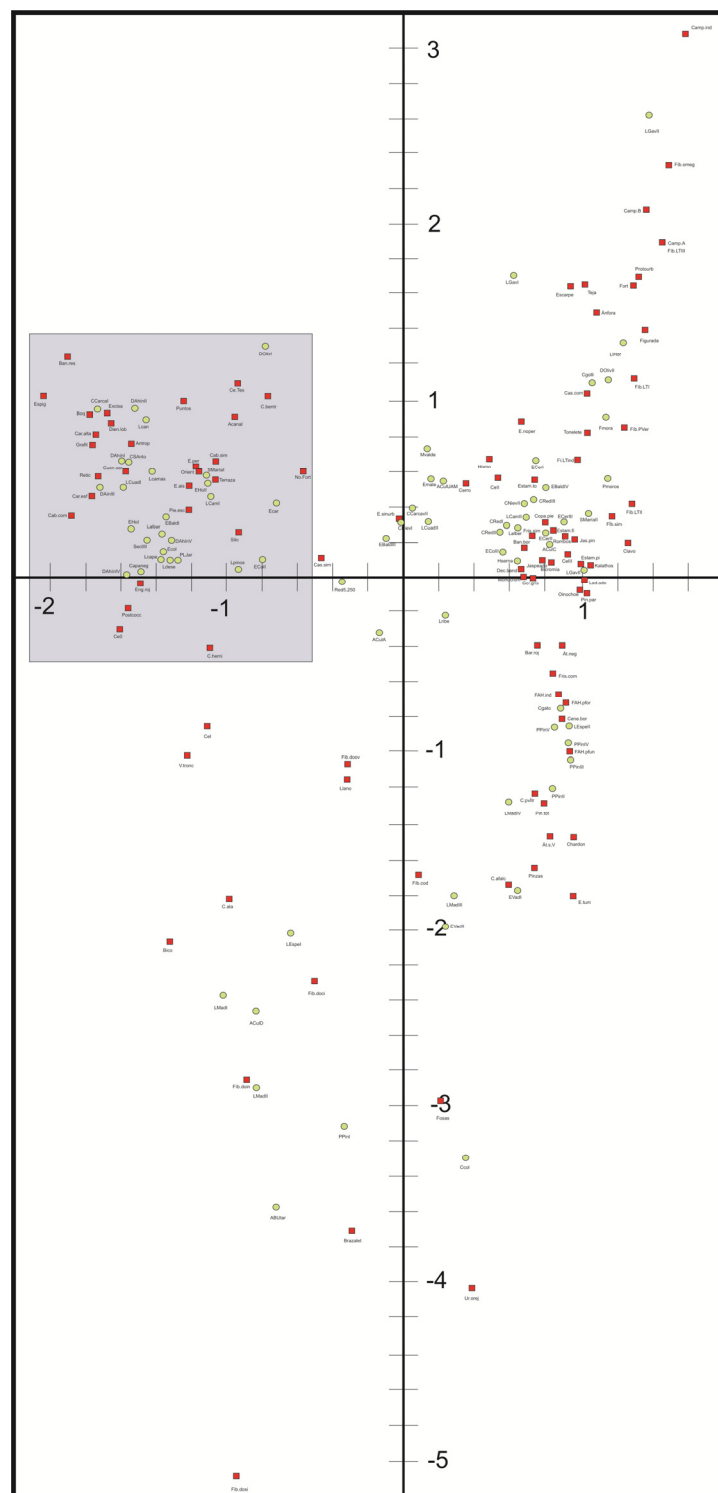


Figura 2.4: zona correspondiente a la Primera Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos

bastante compacto de variables y asentamientos entre los que no se encuentra ninguna de las necrópolis adscritas a este periodo, por el efecto diferenciador del registro explicado más arriba. Si analizamos en detalle la distribución interna de los datos (fig. 2.5), vemos que presentan una gran coherencia interna. En la parte superior izquierda del conjunto, es decir, en el comienzo de la secuencia y por tanto la zona supuestamente más antigua de la misma se sitúan aquellas variables características de la transición entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro, especialmente los estilos decorativos: excisión, bandas reservadas decoradas, espigas y dientes de lobo, boquique y piezas con carenas alta. Asociados a estas variables se aparecen tres yacimientos: la primera fase de Camino de las Cárcavas y la segunda de Dehesa de Ahín y en menor medida, ya más cercano a los yacimientos más característicos de la Primera Edad del Hierro, la Cantueña. Cronológicamente, estos yacimientos han sido adscritos a este periodo, aunque la segunda fase de la Dehesa de Ahín fue datada en el siglo VII a.C. Faltan, como veremos, algunos yacimientos considerados de este periodo como Capanegra, Las

Camas o la primera fase de la Dehesa de Ahín, casos que serán analizados más adelante como posibles anomalías.

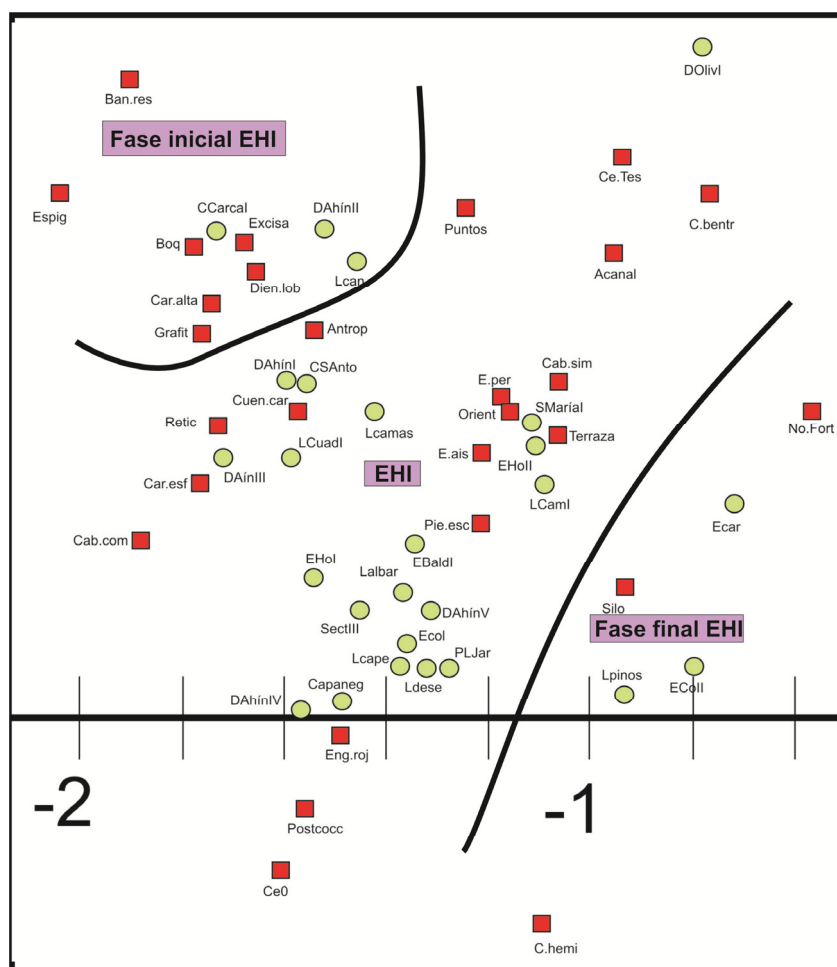


Figura 2.5: interpretación de las diferentes fases de la Primera Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos

La zona central corresponde al periodo pleno de la Primera Edad del Hierro. En este caso, sin embargo, hay un ligero desfase entre las variables y los asentamientos, ya que algunos de las variables más características del periodo, como la pintura postcocción, los cuencos hemiesféricos, el engobe rojo y presencia de cerámica exclusivamente a mano (Ce0) aparezcan un poco alejadas del grueso de los asentamientos del periodo. Esto es debido a que estas cuatro variables aparecen también representadas

de manera recurrente en las necrópolis de periodo, que están

representadas más abajo en el gráfico y que “tiran” de ellas haciendo que se sitúen en el espacio intermedio indicando así su presencia en ambos tipos de yacimientos.

En cuanto a la cronología relativa de los asentamientos, en general parece corresponderse con las propuestas planteadas por muchos de los autores para sus yacimientos. Vamos a centrarnos en el análisis de los yacimientos que parecen confirmar la distribución en el gráfico, para analizar posteriormente las anomalías detectadas en el mismo. En este sentido, es fundamental la posición de los dos yacimientos mejor estudiados y más exhaustivamente publicados de este periodo: Cerro de San Antonio y La Capellana. Según sus excavadores, el primero correspondería al periodo pleno de la Primera Edad del Hierro y se situaría cronológicamente a finales del siglo VII a.C. – comienzos del siglo VI a.C., mientras que el segundo fue considerado más moderno (Blasco, M. C. y Baena, J. 1989: 230) basándose en la presencia muy alta de cerámicas de engobe rojo. Su posición relativa en el análisis de correspondencias parece corroborar esa hipótesis, ya que Cerro de San Antonio se sitúa al principio del conjunto de yacimientos mientras que La Capellana se coloca mucho más avanzada la secuencia (esto es, en un momento cronológico más tardío). Junto a La Capellana se sitúan varios yacimientos que han sido interpretados como

pertenecientes a un periodo avanzado de la Primera Edad del Hierro, como pueden ser la primera fase de El Colegio y las fases IV y V de la Dehesa de Ahín, datadas en el siglo VI a.C. Del resto de yacimientos representados, la mayoría han sido catalogados por sus excavadores como pertenecientes a una Primera Edad del Hierro genérica (Ecce Homo II, La Deseada, primera ocupación de Laguna del Campillo, Santa María, La Cuadrá y El Baldío), por lo que su posición en el análisis de correspondencias sería el primer indicio para una adscripción cronológica más precisa. Otros yacimientos, sin embargo, presentan algunos problemas de interpretación debido a que han sido adscritos a fases más antiguas, como los yacimientos de Capanegra, Las Camas y la Dehesa de Ahín I y van a ser valorados dentro de las posibles anomalías en el análisis.

El final de la Primera Edad del Hierro aparece muy bien representado por tres yacimientos: Los Pinos, El Caracol y El Colegio II, los tres con una pequeña presencia de cerámicas a torno dentro de un conjunto de materiales todavía característico de la Primera Edad del Hierro y que han sido identificados como yacimientos de transición por sus excavadores. Esta posición de transición queda explícita en la ausencia de variables que definan cultura material, ya que los materiales que aparecen en estos yacimientos están mejor representados en los dos momentos plenos de la Edad del Hierro y por tanto se encuentran situados en los dos extremos.

En cuanto a las dataciones absolutas, sólo disponemos de fechas para cuatro yacimientos (Las Camas, Ecce Homo I, Cerro de San Antonio y La Capellana). Se han representado en las figuras 2.6 (en azul las radiocarbónicas, calibradas a 2σ por CalPal, en naranja las de termoluminiscencia) y 2.7. En el caso de las dataciones de C_{14} , éstas presentan una clara incoherencia con la posición de los yacimientos en el gráfico, como se ha discutido en el Anexo 3, debida a su falta de concordancia con la cultura material recuperada en el yacimiento. Esta discordancia es aceptada por sus excavadores, que tratan de conciliar ambas dataciones asumiendo que los materiales recuperados corresponden al momento final de la ocupación que fecharían como muy tarde en el siglo VIII a.C. Es cierto que el yacimiento de Las Camas presenta materiales considerados como arcaicos – cerámica excisa, vasijas con carena alta, bandas reservadas, etc. – pero también elementos considerados como pertenecientes al periodo pleno de la Primera Edad del Hierro (cerámica postcocción, engobe rojo, cuencos carenados con decoración incisa). Con los datos disponibles es imposible dilucidar la dicotomía entre los resultados del C_{14} y las evidencias del registro material. En cuanto a la otra datación disponible, la realizada para Ecce Homo, hay muchas dudas acerca de calidad de la muestra. En este caso además las características de los materiales también presentan problemas, ya que corresponden a las estructuras de las primeras campañas de excavación, en las que se recuperaron muchos materiales revueltos. De este modo, las dataciones radiocarbónicas no aportan ningún elemento de juicio para afinar la cronología relativa ofrecida por el gráfico. Dados los problemas de ambas dataciones, sin embargo, no consideramos que puedan desautorizar la tendencia general marcada por el análisis de correspondencias.

parte, excesivamente antiguas. Con los datos disponibles (la discusión completa se presenta en el Anexo 3) tan sólo puede avanzarse que Cerro de San Antonio parece ser más antiguo que la Capellana – tal y como muestra el análisis multivariante – y que podría enlazar con otros asentamientos aún más antiguos que se situarían en el comienzo de la Edad del Hierro.

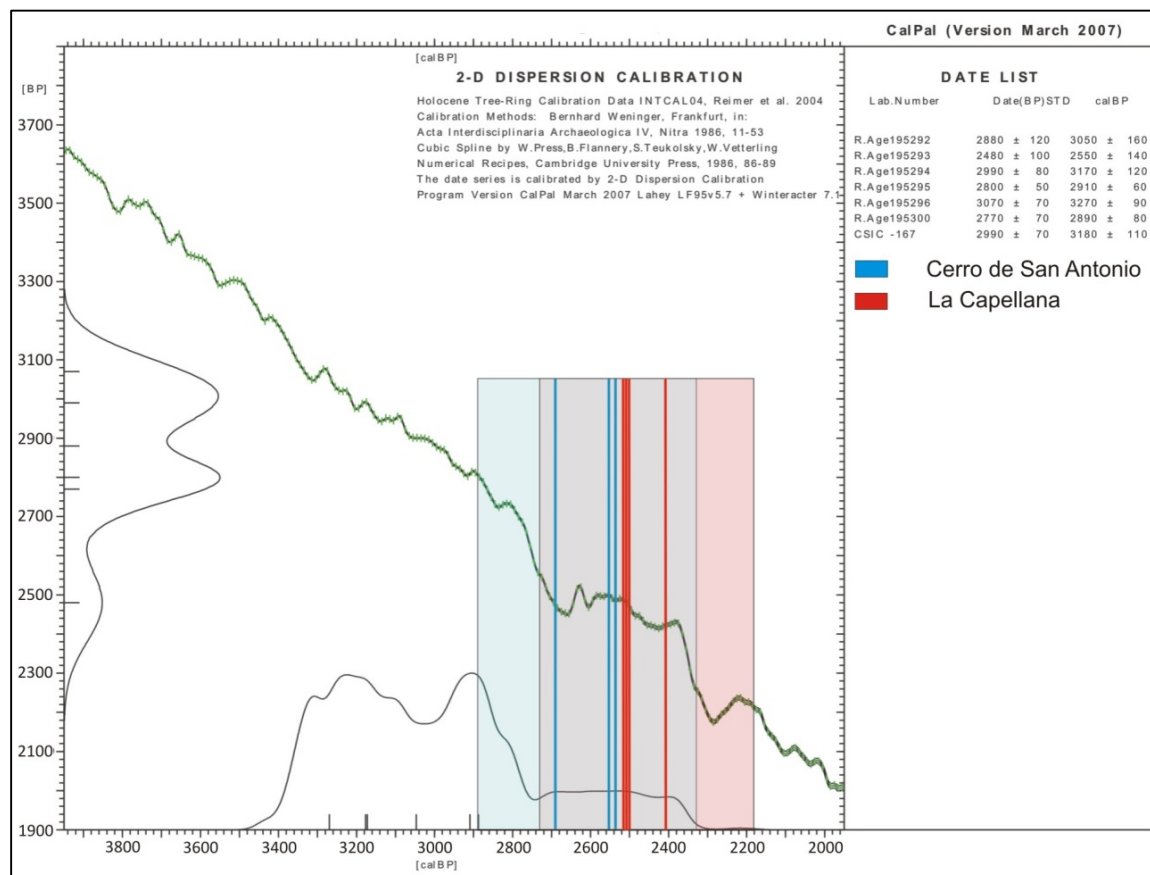


Figura 2.7: dataciones radiocarbónicas (2σ) y de termoluminiscencia (en rojo y azul). Las líneas azules y rojas indican las dataciones, los cuadros transparentes, sus intervalos. En morado, superposición entre los intervalos de ambas series

Respecto de las anomalías detectadas – representadas por círculos de color azul – hay varias muy evidentes. Una de ellas – la que hace alusión a aquellas variables situadas en la parte inferior del conjunto – ya ha sido explicada como efecto de la distorsión producida por las necrópolis de este periodo. Otra anomalía se observa en un conjunto de variables (cerro testigo y cuencos de borde entrante) y yacimientos (Dehesa de la Oliva I) localizados en la parte superior derecha del gráfico, claramente alejados del resto. Esta separación no obedece a una asociación directa entre variables y yacimiento, sino que es resultado de una escasa representación en la muestra: tan sólo se han incluido cuatro yacimientos localizados en cerros testigos y cinco con cuencos de borde entrante, mientras que para el yacimiento de la Dehesa de la Oliva I sólo se pudieron definir cinco variables. Esta escasez de incidencias provoca como hemos comentado antes un efecto estadístico que hace que visualmente se separen de la tendencia general. En realidad, la importancia de la anomalía es menor, ya que estas incidencias están pese a todo, dentro de un contexto cronológico coherente. La conclusión que podría extraerse, sin embargo, es que estas dos variables no son excesivamente representativas y no aportan demasiado al análisis, y que Dehesa de la Oliva I no contaba con elementos de

definición suficientes como para ser incluidos en el estudio. Este tipo de anomalías podría ayudar, por tanto, a realizar análisis posteriores de manera más eficaz.

Otro tipo de anomalía es la posición de los yacimientos de la Dehesa de Ahín I y Capanegra, datados por sus materiales en la transición entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro pero que en el análisis aparecen asociados al conjunto de yacimientos de la Primera Edad del Hierro pleno. En el caso de la Dehesa de Ahín I la situación es aún más anómala puesto que en el gráfico aparece localizado en un momento posterior a la Dehesa de Ahín II. Al tratarse de un yacimiento publicado parcialmente carecemos del conjunto de materiales para completar la información. Sin embargo, es interesante apreciar que las fases I y II de este yacimiento son las difíciles de definir, y que para algunas de los niveles de la fase I del yacimiento se hace mención explícita a la similitud entre los materiales recuperados y los procedentes del Cerro de San Antonio – algo que por otra parte se observa en el gráfico, donde ambos yacimientos aparecen juntos – por lo que la cronología propuesta por los autores (s. VIII – VII a.C.) parece un poco extraña.

La complejidad de para asignar estructuras y materiales de las dos primeras fases de este yacimiento es reconocida por los propios investigadores (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 96). Los niveles asociados a la fase II son muy escasos, hasta el punto de que es difícil correlacionar los rellenos – uno de los niveles de la fase I podría en realidad corresponder a la fase II. En este caso, la escasez de información y la complejidad de las estructuras del yacimiento parecen ser las causantes de la anomalía, aunque a la vista de los materiales definidos en cada fase la localización general en el gráfico es correcta.

Algo más difícil de explicar es la posición del yacimiento de Capanegra en el conjunto, ya que aparece situado en una posición cronológicamente muy avanzada, junto a yacimientos datados en torno al siglo VI a.C., aunque todos los datos apuntan a que se trata de un yacimiento más antiguo, con una cronología más cercana al siglo VIII a.C. Esta anomalía está probablemente causada por la asignación al yacimiento de dos variables (formas bicónicas y vasos troncocónicos) muy abundantes en las necrópolis de este periodo, por lo que su posición real en el gráfico ha sido modificada para representar esa supuesta relación. En el momento en el que se eliminan las necrópolis, Capanegra aparece situado de manera cronológicamente mucho más coherente en el gráfico.

Finalmente, sorprende la posición de una variable como la existencia de cabañas con compartimentación interna compleja en un momento muy antiguo de la Primera Edad del Hierro, cuando *a priori* parecería que este tipo de cabañas deberían corresponder a periodos más avanzados. De hecho – y por esto resulta más extraña su posición – dos los tres asentamientos a los que se asocia esta variable (Dehesa de Ahín IV y El Colegio I) están considerados como pertenecientes al final de la Primera Edad del Hierro. La única explicación que se nos ofrece es que el escaso número de incidencias (tres) haya distorsionado su posición.

Como hemos visto, gran parte de las anomalías detectadas corresponden a dos problemas: la falta de información suficiente y la distorsión ejercida por el conjunto de necrópolis presentes en la muestra. Respecto del primer problema, la solución es la eliminación de aquellas variables o

fases de yacimientos escasamente representados, que introducen distorsiones en el registro. Asimismo, salen a la luz algunos errores en la selección de determinadas variables, que habían sido asumidos con la intención de obtener un conjunto lo más amplio posible. Es el caso de aquellos valores muy comunes que tienen una connotación cronológica muy general, como el tipo de material en que se construyen los edificios (puede haber cabañas hechas con materiales no perecederos en la Segunda Edad del Hierro) o algunas posiciones topográficas de los asentamientos. Aunque ninguna de estas variables está erróneamente situada, realmente no aportan datos de interés (al menos, para este primer tramo). Es decir, el análisis de este primer tramo de la secuencia parece indicar que muchas de las variables asociadas a las características del yacimiento (topografía, materiales constructivos, etc.) podrían eliminarse sin que afectara sustancialmente a la distribución de los yacimientos.

En cuanto a los resultados, en nuestra opinión son bastante satisfactorios, ya que muestran una tendencia general coherente, confirmando en gran medida los datos propuestos desde perspectivas arqueológicas apoyadas exclusivamente en el estudio de los materiales. El principal problema es la datación radiocarbónica de Las Camas – Ecce Homo I no puede ser considerado, en nuestra opinión, fiable – y su falta de adecuación a la cultura material documentada. Es un problema al que sus excavadores no han encontrado solución, y a la vista de los resultados del análisis parece que, independientemente de que el yacimiento pudiera ser ocupado anteriormente, Las Camas debe ser situado, respecto de su cultura material, en un primer momento de la Primera Edad del Hierro. Con los datos discutidos más arriba, creemos que puede ser propuesta una secuencia esquemática de este periodo:

- La secuencia se iniciaría con yacimientos con fuertes reminiscencias de la cultura material del Bronce Final, visibles especialmente en las tradiciones decorativas y en algunas formas cerámicas como los cuencos de carena alta. Los dos yacimientos que parecen representar mejor este momento son Dehesa de Ahín II y Camino de las Cárcavas y, en menor medida, La Cantueña. Cronológicamente el periodo es difícil de situar, ya que no contamos con dataciones absolutas, por lo que las referencias deben buscarse con respecto al periodo central de la Primera Edad del Hierro. En base a la cronología que proponemos para éste, el momento inicial de la Primera Edad del Hierro podría datarse, de manera un poco imprecisa sobre todo en su comienzo, en torno al siglo VIII a.C.
- La fase plena de la Primera Edad del Hierro parece mostrar dos momentos bastante claros, el primero de ellos asociado a yacimientos como Cerro de San Antonio, la Dehesa de Ahín I y Las Camas. La – relativa – distancia entre los yacimientos podría evidenciar una evolución rápida de la cultura material y, por tanto, de los grupos que la utilizan. El principal problema de definición de este momento más antiguo es cronológico, ya que existen algunas fuertes contradicciones entre los datos procedentes de la cultura material, del evento 0,85 K al que hemos relacionado con el comienzo de la Edad del Hierro, las dataciones radiocarbónicas del yacimiento de las Camas y las de termoluminiscencia de Cerro de San Antonio. Por una parte, las similitudes entre la cultura material cerámica de los yacimientos pertenecientes a este horizonte son innegables. Sin embargo, mientras que yacimientos como Dehesa de Ahín o Cerro de San Antonio son encuadrados en torno al siglo VII a.C. por sus autores, las fechas

radiocarbónicas de Las Camas son mucho más antiguas, centradas en torno al cambio de milenio. Estas fechas antiguas son coherentes con algunos rasgos de la cultura material, como las plantas de las grandes cabañas documentadas en el yacimiento o las evidencias metalúrgicas con fuertes reminiscencias del Bronce Final (Urbina, D. *et al.* 2007: 75). La argumentación de los autores de la excavación para justificar las fechas radiocarbónicas presenta algunos problemas – entre ellos, el uso de fechas procedentes del yacimiento de Ecce Homo, que son como mínimo dudosas (Urbina, D. *et al.* 2007: 67) – y finalmente se llega a una fecha en torno al siglo IX a.C. – primera mitad del S. VIII a.C. al asumir que se tratan de muestras de vida larga y que por tanto podrían encuadrarse en el extremo más moderno del intervalo considerado.

Una solución provisional y de compromiso con los datos disponibles sería aceptar que dentro de este periodo Las Camas sería un yacimiento antiguo – en torno al siglo VIII a.C. - en de este primer momento de la Primera Edad del Hierro, mientras que Cerro de San Antonio y Dehesa de Ahín corresponderían a un momento más avanzado, en torno al siglo VII a.C., momento en el que se da la mayor coincidencia de los intervalos de Termoluminiscencia. Así pues, este periodo estaría centrado en torno al evento 0'85 K (850 760 a.C.) y los momentos inmediatamente posteriores ya dentro de la Edad del Hierro, y terminaría en torno al siglo VII a.C.

- El segundo momento dentro de la Primera Edad del Hierro está mucho mejor definido cronológica y materialmente, representado por yacimientos como La Capellana, Dehesa de Ahín IV y V, El Colegio o Puente largo del Jarama. En esta segunda fase los yacimientos se encuentran más agrupados, simbolizando una mayor estabilidad, y se hacen patente el comienzo de las influencias procedentes del mundo del suroeste y mediterráneo en la asociación de variables como los objetos orientalizantes y la cerámica de engobe rojo a este conjunto de asentamientos. Asimismo, puede relacionarse con la aparición de las necrópolis de incineración cuya cronología no supera en ningún caso el siglo VI a.C. Así pues, el horizonte cronológico de este segundo periodo podría datarse entre mediados/ finales del siglo VII a.C. y el siglo VI a.C.
- El final de la Primera Edad del Hierro vendría caracterizado por tres yacimientos: Los Pinos, El Caracol y El Colegio II. El primero de ellos presenta cerámicas a torno dentro de un contexto de cabañas, mientras que los segundos presentan construcciones en materiales no perecederos, si bien de escasa entidad. Parece sin embargo que el elemento que marca el comienzo del cambio (en cuanto a cultura material se refiere, por lo menos, y respecto a los datos que muestra el análisis de correspondencias) es la introducción del torno y no la introducción de estructuras construidas en materiales no perecederos, ya que tanto en La Capellana como Puente Largo del Jarama se han documentado este tipo de estructuras y sin embargo aparecen claramente agrupados como yacimientos de la Primera Edad del Hierro plena. En cuanto a la cronología, por su posición en el gráfico y su cercanía al grupo de La Capellana creemos ajustada una fecha en torno al comienzo del siglo V a.C., algo que, por otra parte, ajusta un poco las propuestas tradicionales que sitúan la entrada de la cerámica a torno en la región en el siglo V a.C. de manera algo genérica (Valiente, S. 1993; Urbina, D. 1997: 533).

La progresión cronológica ha sido resumida en la figura 2.8. Es necesario recordar, en primer lugar, que las separaciones no son estancas – algo que se ha querido visualizar con la presencia de líneas discontinuas – y que el análisis de correspondencias no representa distancias cronológicas, sino sólo similitudes o diferencias, por lo tanto las distancias cronológicas no tienen por qué coincidir con distancias equivalentes en el gráfico. Esto es debido a las propias características del tipo de análisis estadístico, a la forma de visualización (a través de ecuaciones de tipo logarítmico, que distorsionan la representación) y a las características de la muestra. Finalmente, parece obvio remarcar que, como casi siempre en arqueología, las fechas propuestas no son rígidas ya que no existen evoluciones perfectas en la cultura material de ninguna sociedad. Estas fechas no pretenden ser más que un esquema general de la secuencia del registro arqueológico en la región, y como hemos visto presentan algunos problemas de datación respecto de la fase más antigua de la Primera Edad del Hierro.

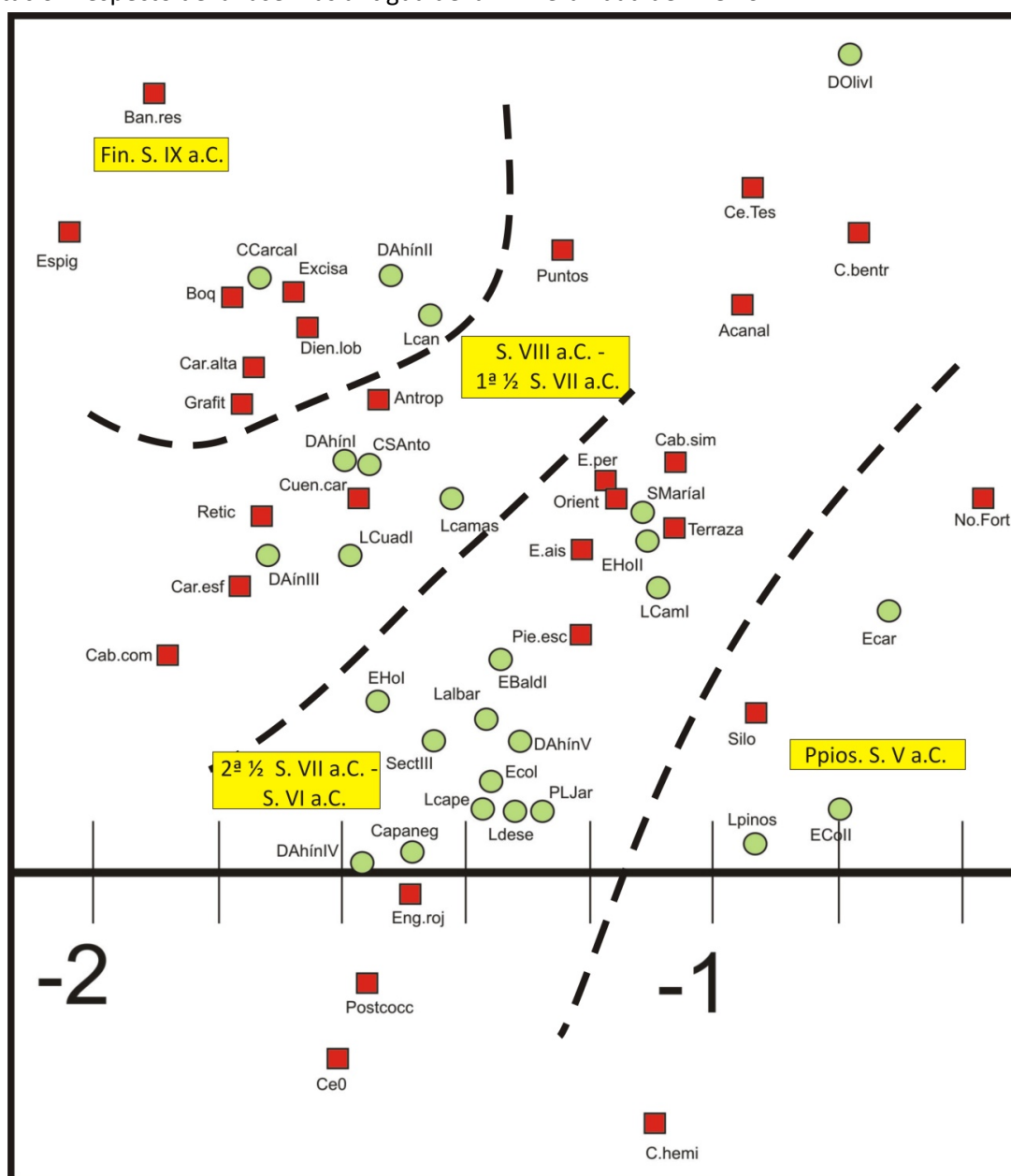


Figura 2.8: interpretación cronológica final de la Primera Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos

En el caso de las variables, las precauciones son las mismas. El que una variable como el engobe rojo aparezca en un periodo concreto de los aquí definidos no implica que esa cerámica tenga, estrictamente, esa cronología. Simplemente indica que es en ese momento donde es más característica, donde se encuentra asociada a un mayor número de asentamientos. No excluye que pueda aparecer – de manera menos destacada, eso sí – en yacimientos de etapas posteriores o anteriores. Como ocurre siempre en estadística (por correctos que sean los análisis, y en este caso consideramos que lo es), lo que se definen son tendencias más o menos fuertes, y con ese espíritu deben ser interpretados tanto los resultados del gráfico como sus asociaciones cronológicas

2.2.3. Necrópolis de la Primera Edad del Hierro

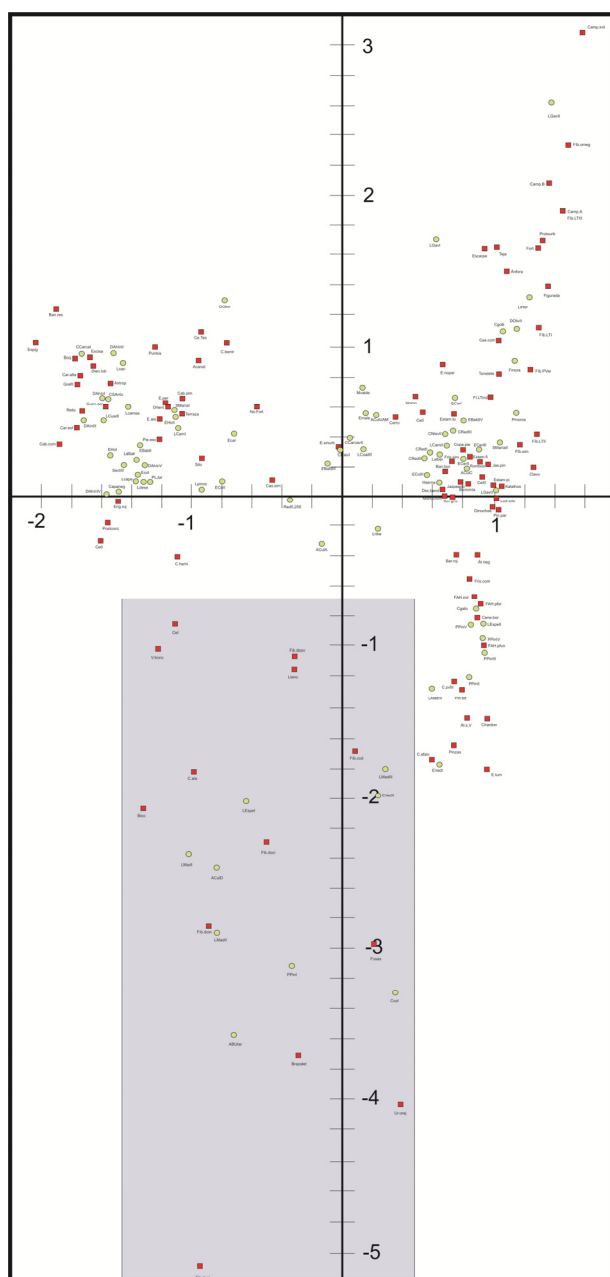


Figura 2.9: zona correspondiente a las necrópolis de la Primera Edad del Hierro

El grupo 2, caracterizado por agrupar a todas las necrópolis de la Primera Edad del Hierro, se sitúa en el cuadrante inferior izquierdo del gráfico (fig. 2.9) y tiene unas características muy diferentes a las de los asentamientos de ese mismo periodo. En primer lugar, es un conjunto mucho menor y presenta una gran dispersión, lo que dificulta la detección de los criterios de ordenación de los yacimientos y sus variables asociadas. En segundo lugar, y al igual que ocurría en el otro grupo, la presencia de objetos del mismo tipo en ambos conjuntos hace que algunas variables se encuentren desplazadas y sea difícil detectar las relaciones entre variables y yacimientos. En este sentido, dentro del cuadro estudiado existen de hecho dos conjuntos (fig. 2.10, superior). El primero de ellos es un conjunto de variables que aparecen en una especie de tierra de nadie y que parecen estar más relacionadas con procesos generales de cambio dentro de la secuencia. Es el caso de la variable que agrupa a los yacimientos en llano o la que valora la aparición de cerámicas a torno (Ce1) en el conjunto. Otros como las fíbulas de doble resorte con puente oval o la aparición de vasos troncocónicos sí parecen obedecer a esa separación asentamientos/necrópolis.

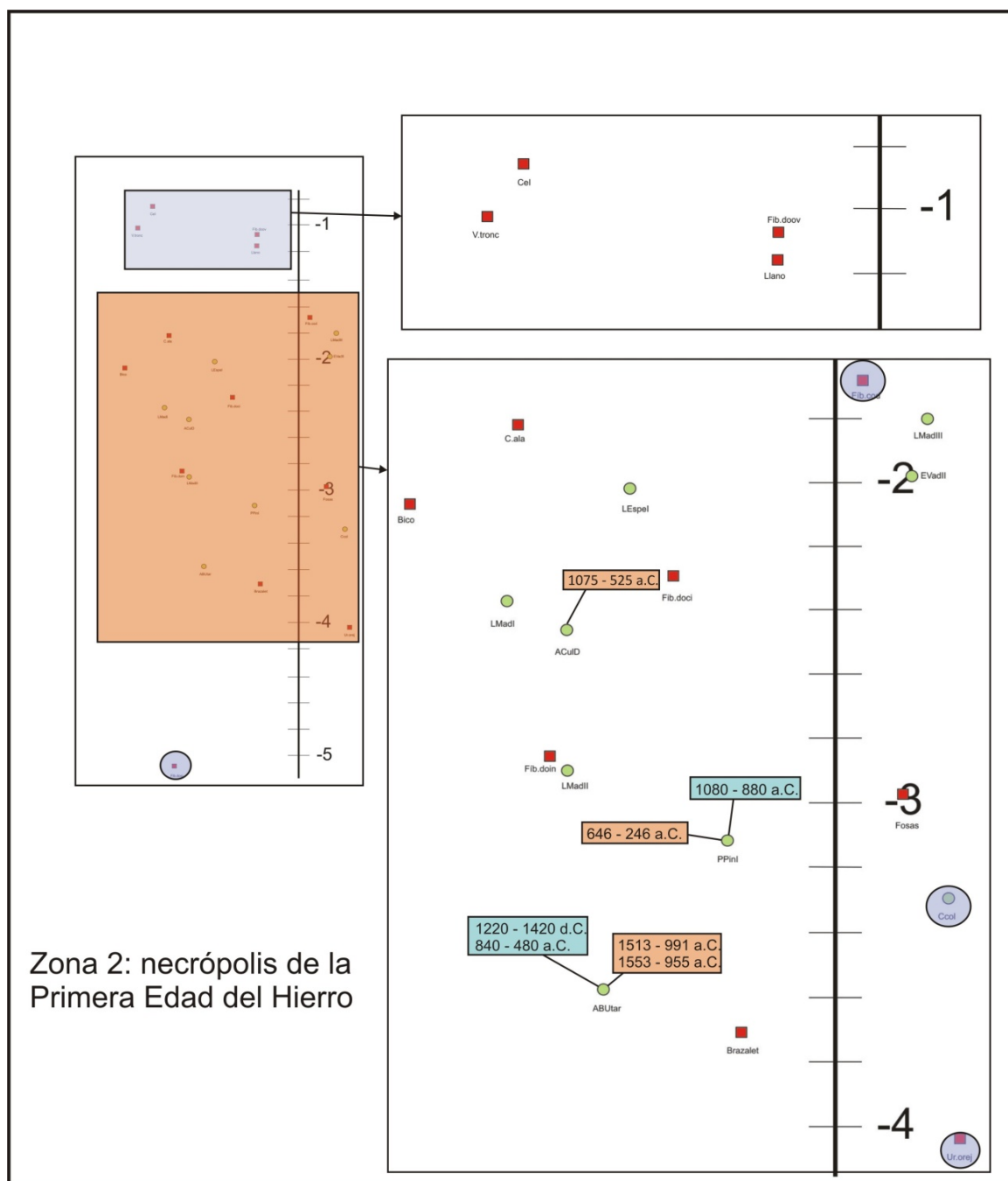


Figura 2.10: dataciones radiocarbónicas (en azul) y de termoluminiscencia (en naranja) y anomalías (círculos malva) en la parte del análisis correspondiente a las necrópolis de la Primera Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos.

La parte donde se concentran las necrópolis (figura 2.10, inferior) ofrece pocos elementos de análisis. Tan sólo hay seis yacimientos que correspondan a esta categoría (Arroyo Culebro D, Las Madrigueras I y II, Arroyo Butarque, Palomar de Pintado I y Las Esperillas I), y las variables a ellos asociadas parecen poco claras. De ellas las más evidentes son las fíbulas de doble resorte, de las que tres tipos están asociados a las necrópolis. Esta situación no hace más que evidenciar la presencia mayoritaria de este tipo de objetos en contextos funerarios. También los cuencos con borde en forma de ala, los brazaletes de bronce y los perfiles bicónicos se asocian a contextos funerarios.

Respecto de la ordenación de los yacimientos, dentro de los problemas que presenta una muestra tan pequeña hay algunos indicadores que parecen apuntar a una correcta ordenación de los mismos. El primero es que la única necrópolis del periodo que presenta una cerámica a torno (Arroyo Butarque) se encuentra al final de la serie, y que las dos necrópolis más cercanas (Palomar de Pintado I y Las Madrigueras II) presentan algunos objetos que insinúan que podrían pertenecer a un momento avanzado del periodo. Así, en Palomar de Pintado I se documentó un cuchillo afalcado, mientras que en Las Madrigueras II se recogieron cuentas de pasta vítrea.

Por el contrario, Arroyo Culebro D y Las Madrigueras I parece presentar características más arcaicas, aunque no parece haber excesivas diferencias cronológicas entre las necrópolis. Arroyo Culebro presenta características muy similares a Arroyo Butarque, incluida la presencia (testimonial) de hierro, pero no presenta piezas a torno y sí una pieza que podría ser clasificada como engobe rojo. En cualquier caso, parece que, siendo ligeramente más antigua que Arroyo Butarque, debe ser situada cronológicamente dentro del siglo VI a.C. Finalmente, el caso de Las Esperillas I, con valores muy dispares, resulta muy dudoso por la falta de claridad en la información disponible de este yacimiento del que tan sólo se conoce la descripción de doce tumbas.

Por desgracia, las dataciones de que disponemos (ver Anexo 3 para una discusión completa de las fechas) no ayudan a afinar el panorama cronológico de la secuencia (figs. 2.10 y 2.11). La datación de TL de Arroyo Culebro D es a todas luces muy elevada y con una desviación estándar muy amplia. Esta desviación es un poco extraña al consistir exactamente en el 10% de la medición, y los materiales (cerámicos y metálicos) no coinciden con los asociados al siglo VIII a.C. Algo parecido ocurre con las dataciones de TL de Arroyo Butarque, claramente erróneas ya que ofrecen fechas centrales en torno al siglo XIII a.C. incompatibles con la presencia de cerámica a torno y fíbulas de doble resorte. Finalmente, la datación de Palomar de Pintado ofrece una fecha central en torno al siglo IV a.C. excesivamente moderna. Tampoco las dataciones radiocarbónicas aportan mucha información, ya que de las tres conocidas una (Arroyo Butarque) está contaminada ofreciendo una fecha de 1220 – 1420 d.C. calibrada a 2σ , mientras que otra (Palomar de Pintado I) presenta muchas dudas al ofrecer una cronología muy alta (1080 – 880 a.C.) que no coincide con la propuesta cronológica realizada a través de los materiales y que arroja unas fechas excesivamente altas (S. X a.C.) para la presencia de objetos de hierro en el valle medio del Tajo. Las dudas se hacen mayores cuando se constata que debajo de la fase I de Palomar de Pintado se ha documentado un asentamiento anterior datado en la transición Bronce Final – Edad del Hierro que pudo haber contaminado la muestra. La segunda datación de Arroyo Butarque sí parece más ajustada (840 – 480 a.C. calibrada a 2σ), pero su coincidencia con la meseta de Halstatt hace que el intervalo sea demasiado extenso como para afinar la cronología. En nuestra opinión, ninguna de las dataciones ofrece garantías suficientes como para afinar la cronología de un periodo tan corto como el que parecen representar los materiales de las necrópolis.

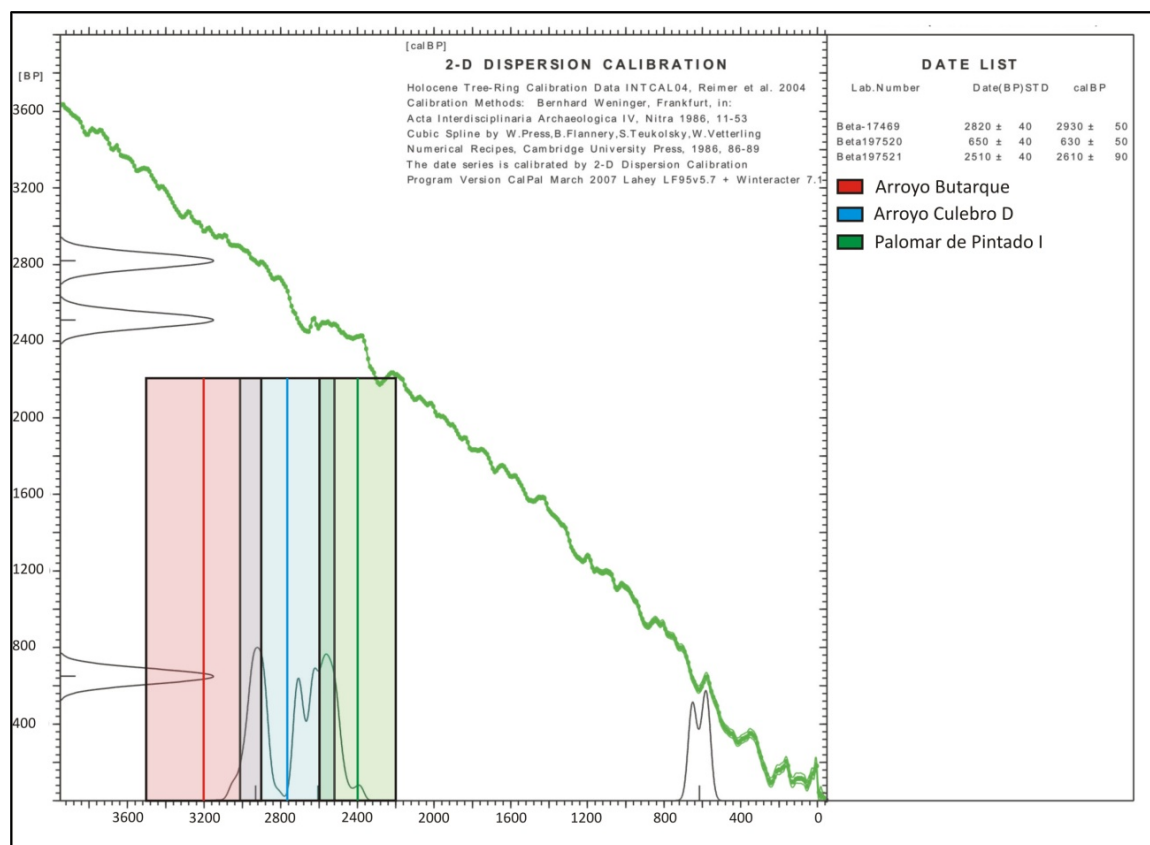


Figura 2.11: dataciones radiocarbónicas (2σ) y de termoluminiscencia (en rojo y azul) de las necrópolis de la Primera Edad del Hierro. Las líneas azules y rojas indican las dataciones, los cuadros transparentes, sus intervalos. En color morado y verde oscuro, superposiciones entre los intervalos de las series

En cuanto a las anomalías, una de ellas es tan evidente que la variable ni siquiera se ha representado en las ampliaciones. Se trata de la que caracteriza a las fíbulas de doble resorte de puente de sección simple, que aparecen completamente alejadas de cualquier otro elemento de valoración (fig. 2.10). Su presencia tiene una explicación muy simple, ya que sólo aparece representada en dos yacimientos. Parece claro que esta variable podría ser eliminada sin que afectara excesivamente a la distribución. Otra anomalía clara es la presencia de fíbulas de codo (las más antiguas de la región) en un contexto muy tardío, asociadas a yacimientos de la Segunda Edad del Hierro. También en este caso ocurre sólo dos asentamientos tienen este tipo de fíbulas, por lo que la muestra es muy escasa para ser fiable, pero además estos dos casos representan un excelente ejemplo de verdaderas "antigüedades" dentro de sus contextos arqueológicos, ya que una de estas fíbulas (datada en torno al siglo VIII a.C.) aparece en la tumba LIX de las Madrigueras junto a cerámica a torno gris, mientras que el otro ejemplar se localizó en el asentamiento de Arroyo Culebro A, datado en un momento de transición entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro, con un conjunto relativamente importante de cerámicas a torno. A la vista de estos datos, parece que la variable no fue correctamente seleccionada.

Otra de las anomalías – relativa – es la localización de la variable Urna de orejetas en lo que podría ser considerado como el fondo de la parábola. Aunque aparece aislada y muy separada del resto de variables y yacimientos, su posición es coherente ya que este tipo de urnas son de las más antiguas en la región y aparecen (al menos en el valle medio del Tajo) en contextos funerarios. Por desgracia, aunque en nuestra opinión se encuentra bien colocada en la

secuencia, sólo aparece representada en dos yacimientos por lo que su capacidad de asociación a otras variables es muy débil. Finalmente, hay que destacar la presencia de un yacimiento como Cerro Colorado en un momento muy antiguo de la secuencia, cuando la información proporcionada por el autor de las publicaciones lleva a pensar que se trata de una necrópolis de la Segunda Edad del Hierro. Su posición tan descontextualizada obedece a varias razones: en primer lugar, se ha considerado que el yacimiento tenía una sola fase cuando una revisión de los escasos datos proporcionados acerca de la cultura material del yacimiento indica una pervivencia bastante larga de la necrópolis. Además se han descrito sólo los materiales más llamativos, y aunque nos consta la existencia de otros muchos materiales (como cerámicas a torno ibéricas), la falta de precisión en la descripción ha hecho que el yacimiento no esté bien definido arqueológicamente para un análisis de este tipo. Éramos conscientes de este hecho cuando seleccionamos el yacimiento para el análisis, pero preferimos valorar su posición antes de decidir su eliminación antes del estudio. A la vista de los resultados, parece que las variables con que se define Cerro Colorado introducen más ruido que información valiosa para la construcción de la secuencia cronológica, y el yacimiento debería ser eliminado de posteriores análisis.

Con los datos aquí presentados y los resultados alcanzados en el análisis las conclusiones que pueden extraerse son poco concluyentes. En nuestra opinión parece clara la existencia de dos momentos arqueológicos muy cercanos en el tiempo pero bien definidos. El primero de ellos está representado por Arroyo Culebro D y las Madrigueras I, con presencia de cuencos hemiesféricos, engobe rojo, vasos troncocónicos y fíbulas de doble resorte con puente de cinta, cuyos paralelos hemos datado en la segunda mitad del siglo VI a.C. en la discusión sobre los asentamientos de la Primera Edad del Hierro. El segundo momento, caracterizado por Arroyo Butarque y Las Madrigueras II y Palomar de Pintado mantiene elementos anteriores pero introduce algunos objetos adscritos claramente a la fase final de la Primera Edad del Hierro, como son los cuencos de ala, las vasijas de perfil bicónico y sobre todo la presencia de los primeros objetos a torno en Arroyo Butarque o de cuentas de pasta vítrea amarilla (consideradas las más antiguas y datadas en torno al siglo VI a.C.)(Ruano, E. 1996) en Las Madrigueras II. Aunque el hierro está presente en los dos momentos, en la primera su presencia es testimonial mientras que en la segunda aparece de manera más abundante. Cronológicamente, consideramos que el primer grupo debe ser situado en pleno siglo VI a.C., y el segundo inmediatamente después – en algunos casos superponiéndose, ya que hay que tener en cuenta que incluso una necrópolis pequeña se utiliza durante un periodo de tiempo relativamente amplio –, en torno al último cuarto del siglo VI y los comienzos del siglo V a.C. Esta cronología es bastante coherente con la propuesta por M^a Concepción Blasco que no descartaba (Blasco, M. C. 2007: 82), la aparición de las necrópolis de incineración a comienzos del siglo VI a.C. Dadas las características de necrópolis como Arroyo Culebro, donde trabajos previos (Torres, J. d. y Penedo, E. 2009) han permitido detectar criterios bien establecidos de organización del espacio en función de posibles grupos familiares y de edad que indican estructuras de gestión del mundo funerario muy consolidadas, la afirmación de M^a Concepción Blasco parece bastante plausible.

En definitiva y pese a los problemas que hemos debatido más arriba, el análisis de correspondencias ha apuntado varios elementos de interés respecto de la secuencia temporal del registro arqueológico de la región:

- Ajuste de las fechas de aparición de las necrópolis de incineración en la Primera Edad del Hierro, que parece seguro desde la mitad del siglo VI a.C. y que probablemente se produzca en fechas inmediatamente anteriores.
- Valoraciones para la aparición de objetos de hierro en el valle medio del Tajo en las necrópolis, en fechas en torno a la mitad del siglo VI a.C.
- Constatación de la cronología tardía de un tipo de piezas cerámicas muy características de la fase final de la Edad del Hierro como son los platos de ala ancha.
- Asociación de la aparición de las necrópolis de incineración al segundo momento de la Primera Edad del Hierro, definido en torno a yacimientos como La Capellana, El Colegio, La Deseada o Puente Largo del Jarama.

Por desgracia, las dataciones absolutas no han aportado más precisiones al estudio, ya que el periodo en el que se sitúan las necrópolis es muy breve y muchas de las dataciones son incorrectas o están afectadas por la meseta de Halstatt. En cuanto a las conclusiones respecto del análisis de correspondencias, se han detectado un gran número de variables con escasa representación en el registro que podrían ser eliminadas en posteriores análisis, así como algunos yacimientos como Cerro Colorado y probablemente Las Esperillas I que no reúnen las condiciones necesarias para ser incluidos en el mismo. Finalmente, es probable que hubiese sido más eficaz unificar todos los tipos de fíbulas de doble resorte en un solo grupo en vez de en cuatro con escasa representación. Aunque esta posibilidad fue valorada se optó por incluir la mayor cantidad de datos posible, ya que la reunificación posterior de los mismos en menos variables es siempre más fácil que su separación.

2.2.4. Periodo de transición EHI – EHII

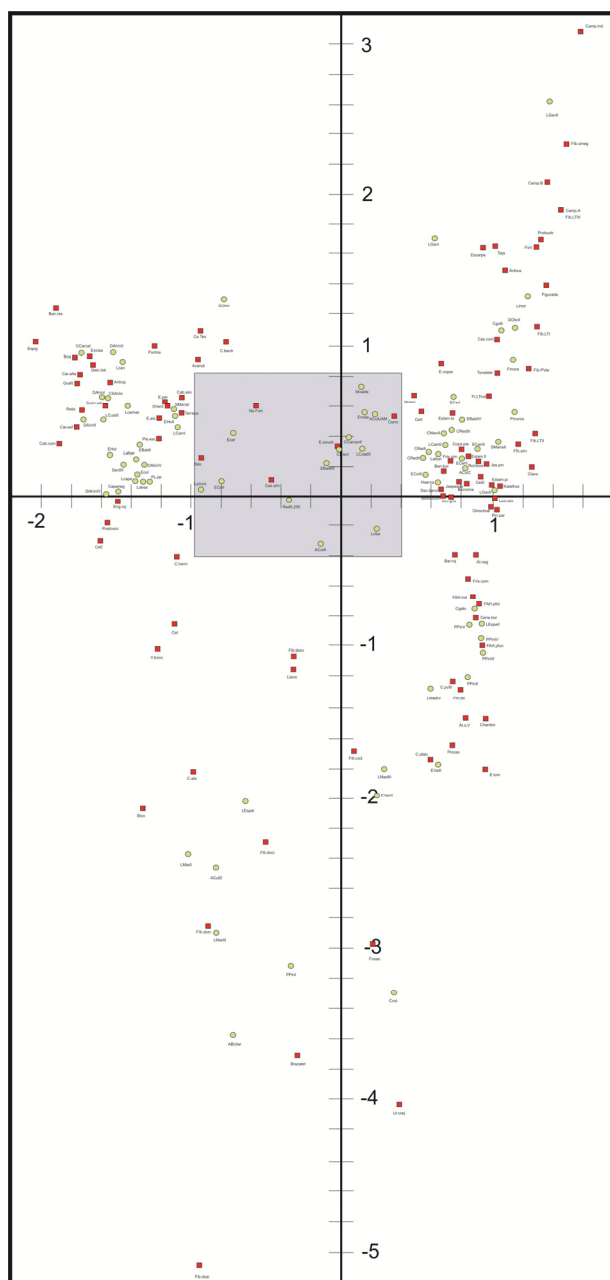


Figura 2.12: zona correspondiente a la transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos.

Como todos los periodos denominados “de transición”, este grupo es uno de los más difíciles de definir, y más en un análisis de este tipo donde dos grupos muy bien representados (Primera y Segunda edades del Hierro) agrupan a las variables más características de los momentos centrales de cada periodo, dejando la zona intermedia huérfana de otras variables que lo singularicen (fig. 2.12). Un primer análisis de las variables y yacimientos que se sitúan en esta especie de tierra de nadie ofrece datos muy significativos (fig. 2.13). Por una parte, las variables que se localizan esta zona son muy generales, que aparecen en los dos extremos de la secuencia de manera recurrente y que por tanto se sitúan a media distancia de los dos focos mejor definidos. Respecto de los yacimientos, no aparecen vinculados a ninguna variable que haga referencia a su cultura material, ya que ésta es un híbrido de las otras dos, y por tanto se sitúan en un punto medio entre ambos extremos. La situación, por tanto, es lógica, pero no facilita la interpretación del tramo. Con todo, contamos con algunos datos de utilidad que nos pueden ayudar a identificar y reconstruir hasta cierto punto el proceso de lo que tradicionalmente se ha considerado la transición entre la Primera y la Segunda edades del Hierro (fig. 2. 12).

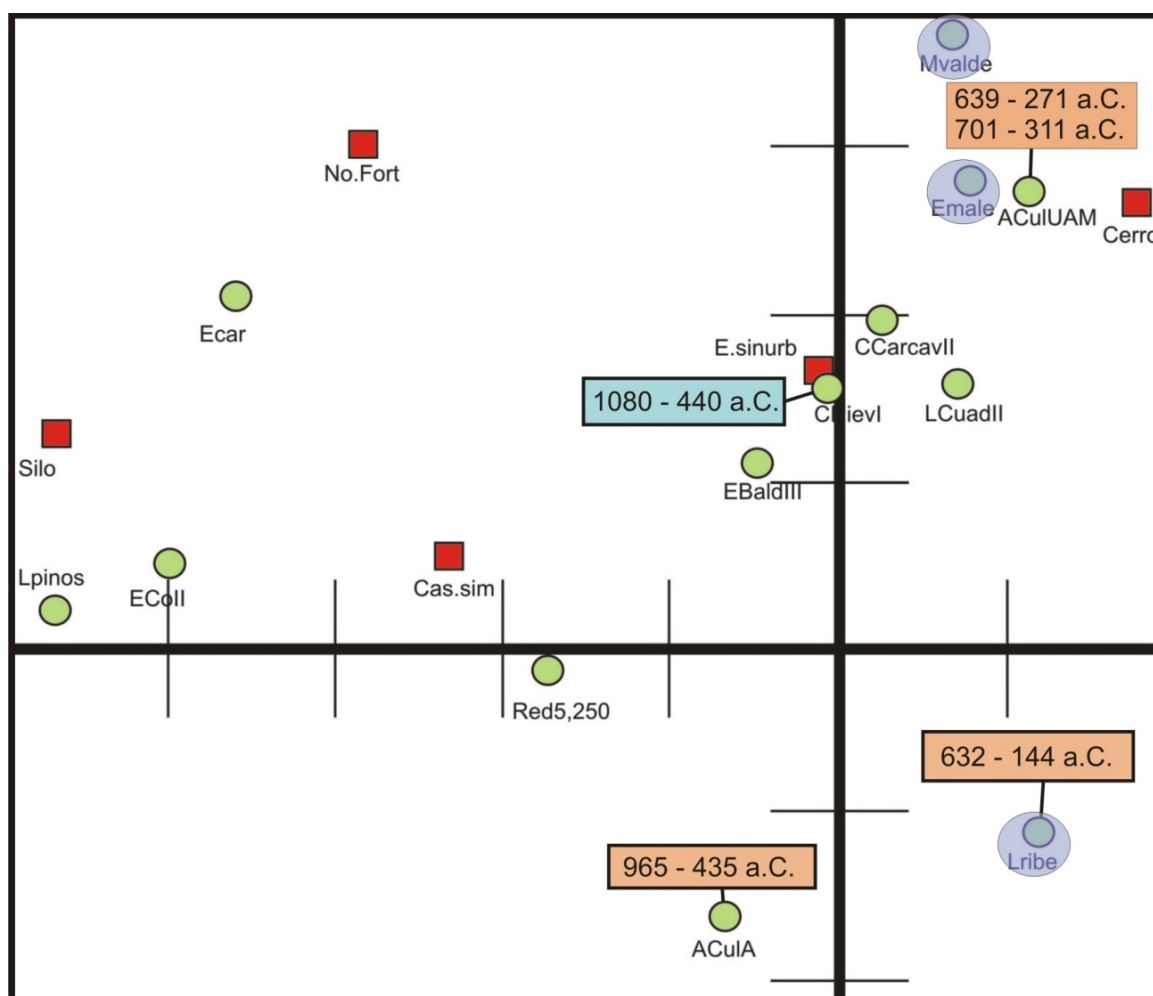


Figura 2.13: dataciones radiocarbónicas (en azul) y de termoluminiscencia (en naranja) y anomalías (círculos malva) en la parte del análisis correspondiente a la transición entre la Primera y la Segunda edades del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos.

La parte izquierda del gráfico fue analizada dentro de la secuencia de la Primera Edad del Hierro y se situó cronológicamente en torno al comienzo del siglo V a.C. Hemos visto también cómo la introducción de técnicas constructivas que utilizan la piedra y el adobe no parecen ser definitorias de ningún cambio, pues ya se habían documentado en yacimientos de la Primera Edad del Hierro. Esta idea parece confirmarse si observamos que los yacimientos incluidos en el tramo, salvo el Cerro de las Nieves I, presentan estructuras realizadas en materiales no perecederos. Por el contrario, la presencia de cerámica a torno parece ser mucho más influyente en el proceso, ya que la mayoría de los yacimientos localizados a la derecha del gráfico – esto es, al final de este periodo de transición – se encuentran cercanos a la variable Cell, que aglutina yacimientos con porcentajes de cerámica a torno superiores al 50% - mientras que los del comienzo del tramo se asociaban a porcentajes menores al 15%. La separación entre los yacimientos del comienzo y del final del tramo es grande, lo que como hemos explicado al principio de este capítulo es un indicador de cambios rápidos, implicando una transición rápida de la Primera a la Segunda Edad del Hierro.

En cuanto a la definición cronológica (fig. 2.13 y 2.14), contamos con cuatro dataciones de TL y una de C_{14} que aportan información desigual. La única datación radiocarbónica, perteneciente al

Cerro de las Nieves ofrece un resultado de 1080 – 440 a.C. calibrada a 2σ , con un intervalo demasiado amplio incluso sin valorar la posición del yacimiento en el análisis de correspondencias, ya que la primera fase del poblado fue datada a través de los materiales recogidos a finales del siglo VI a.C. – siglo V a.C. (Fernández, V. M. *et al.* 1994). La datación podría ser explicada por la recogida de muestras de vida muy larga – vigas de madera – para realizar el análisis.

Respecto de las dataciones por Termoluminiscencia, los resultados han sido muy desiguales. Para Arroyo Culebro A se obtuvo una datación de 2650 ± 265 , que ofrece la misma imprecisión y dudas metodológicas que el resto de dataciones de el conjunto de yacimientos de Arroyo Culebro (Anexo 3) y que parece poco útil tanto por su alto valor central como por su elevada desviación estándar. Otra de las dataciones que presenta algunos problemas es la fecha aportada por La Ribera. Este yacimiento es, de hecho, una de las anomalías que vamos a revisar más adelante, de manera que aquí sólo vamos a adelantar que el valor central de su datación es excesivamente bajo (siglo IV a.C.) y que aunque la desviación es lo suficientemente amplia como para que pudiera localizarse en este tramo, su cultura material es más coherente con el periodo posterior y por tanto consideramos que su presencia en esta zona del gráfico constituye una anomalía a explicar.

Finalmente, las dos fechas obtenidas para el yacimiento de Arroyo Culebro excavado por la UAM son las que aportan mejores elementos de análisis. Presenta una desviación estándar relativamente baja y unos valores centrales de 455 a.C. y 501 a.C. que se ajustan bien tanto a su posición dentro de la secuencia como a esos indicios que apuntan a cambios rápidos en el proceso de cambios materiales que se observa en el gráfico. Parece por tanto que las fechas de Arroyo Culebro (UAM) podrían marcar el momento en que comienza a consolidarse el registro arqueológico que ha sido tradicionalmente utilizado para caracterizar la Segunda Edad del Hierro, fundamentalmente presencia mayoritaria de cerámica a torno y construcciones en materiales no perecederos.

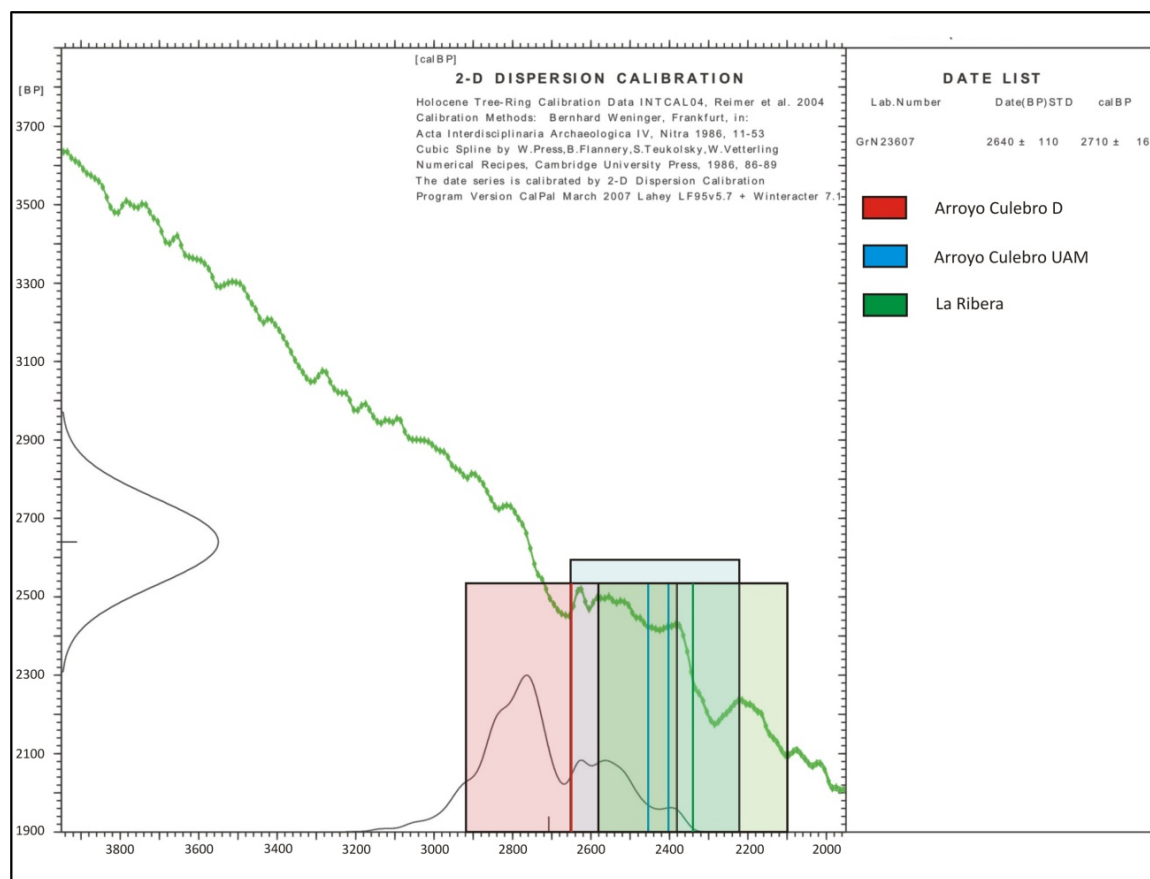


Figura 2.14: dataciones radiocarbónicas (2σ) y de termoluminiscencia (en rojo, azul y verde) de los asentamientos correspondientes a la transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro. Las líneas azules y rojas indican las dataciones, los cuadros transparentes, sus intervalos. Los tonos más oscuros indican zonas de superposición de intervalos.

Incluso asumiendo que el proceso de transición de la Primera a la Segunda Edad del Hierro es muy poco conocido, se han detectado varias anomalías que es necesario discutir. En concreto, hay tres yacimientos (Mojón de Valdezarza, El Malecón y La Ribera) que aparecen representados en esta parte del gráfico y a los que sin embargo se les ha atribuido una cronología mucho más tardía (siglos III – I)(Galindo, L. y Sánchez, V. M. 2007: 288; Pérez, D. y Bueno, M. 2007: 407; Rodríguez, M. 2007: 300). Su localización aquí tiene un origen común: se trata de yacimientos cuya cultura material se inscribe sin dudas en la Segunda Edad del Hierro, pero cuyas características constructivas – materiales perecederos, cabañas simples, presencia de silos, etc. – es más similar a la de periodos anteriores. En el caso de Mojón de Valdezarza, además, la información de que disponemos es muy parcial y no han podido ser incluidos algunos elementos de cultura material, como fragmentos de vidrio, que apuntan claramente a un periodo más tardío.

En el caso de El Malecón la cronología propuesta inicialmente de los siglos III-II a.C. es claramente contradictoria, porque para defenderla se basan en que NO aparecen cerámicas con diseños antropomorfos (característicos precisamente de esas fechas), en un ejemplo muy claro de los problemas existentes para datar yacimientos de la Segunda Edad del Hierro, ya que en las concusiones se le otorga una cronología genérica de los siglos V – III a.C. (Rodríguez, M. 2007: 300). Finalmente, en el caso de La Ribera consideramos que hay algún problema en la asignación cronológica hecha por los excavadores del yacimiento. Éstos proponen una fecha central en

torno al siglo III (Galindo, L. y Sánchez, V. M. 2007: 288), con algunos materiales de siglos anteriores (aunque no especifican cuáles). Sin embargo, algunas de las cerámicas representadas parecen corresponder a una fase mucho más antigua, como evidencia la presencia de un antropomorfo inciso muy similar al de Camino de las Cárcavas I y La Cuadrá I y de cuencos hemiesféricos más propios de la Primera Edad del Hierro. Toda vez que el resto de materiales coinciden en líneas generales con la propuesta de los autores y que la datación de TL también coherente con ésta, pensamos que se ha producido una mezcla de materiales procedentes de etapas diferentes que, unida a las características estructurales de este tipo de yacimientos, ha distorsionado el resultado final del análisis.

La principal conclusión extraída de estas anomalías es la constatación, una vez más, de los problemas que provocan las variables que definen estructuralmente los asentamientos, en especial durante la Segunda Edad del Hierro cuando pueden coexistir diferentes tipos de estructuras dependiendo de la función de las mismas o de la entidad del asentamiento. Los materiales arqueológicos, por el contrario, parecen ajustar mucho mejor la cronología de los yacimientos y esto hace que nos planteemos la posibilidad de realizar un análisis basado estrictamente en variables relacionadas con la cultura material.

Recapitulando los datos discutidos arriba, podemos establecer la siguiente secuencia:

- En el tránsito entre los siglos VI – V a.C. comienzan a detectarse las primeras cerámicas a torno en contextos de la Primera Edad del Hierro. La llegada de estas cerámicas no parece estar vinculada directamente con otro tipo de cambios en la cultura material – constructivos, metalúrgicos – que parecen haberse producido anteriormente y que no se generalizan de inmediato.
- La cerámica a torno, por el contrario, parece haberse difundido rápidamente, ya que a finales del siglo V a.C. representa más del 50% de la cerámica localizada en los yacimientos. Este salto podría ser explicado por la adquisición de la tecnología del torno y por tanto mayores facilidades de producción y adquisición de este tipo de piezas. Si aceptamos que las pequeñas cantidades de cerámica a torno presentes en los yacimientos de principios del siglo V a.C. son producto de importaciones o los primeros intentos de fabricación de este tipo de cerámicas, la adquisición de la tecnología del torno en la región debió producirse a mediados del siglo V a.C., expandiéndose en muy poco tiempo por todos los yacimientos.
- Esta adquisición de la tecnología del torno no supone un cambio sustancial en las características de los yacimientos, que mantienen estructuras de habitación y patrones de asentamiento muy similares a los de siglos anteriores. Tan sólo un yacimiento – Cerro de las Nieves – presenta estructuras mucho más estables, preconizando modelos posteriores. Sin embargo, el hecho de que este yacimiento se encuentre en una zona periférica de la región estudiada y en contacto más directo con influencias meridionales y mediterráneas puede justificar esta asimilación precoz de las nuevas modelos de asentamiento que se generalizarán posteriormente.

2.2.5. Necrópolis de la Segunda Edad del Hierro

La representación de las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en el análisis de correspondencias (fig. 2.15) tiene algunos elementos en común con la ya discutida de la Primera Edad del Hierro, como su localización agrupada y concentrada en los cuadrantes inferiores (en este caso, el derecho), su asociación a materiales más abundantes en contextos funerarios y su influencia sobre la cultura material localizada en los asentamientos. Sin embargo, frente a la

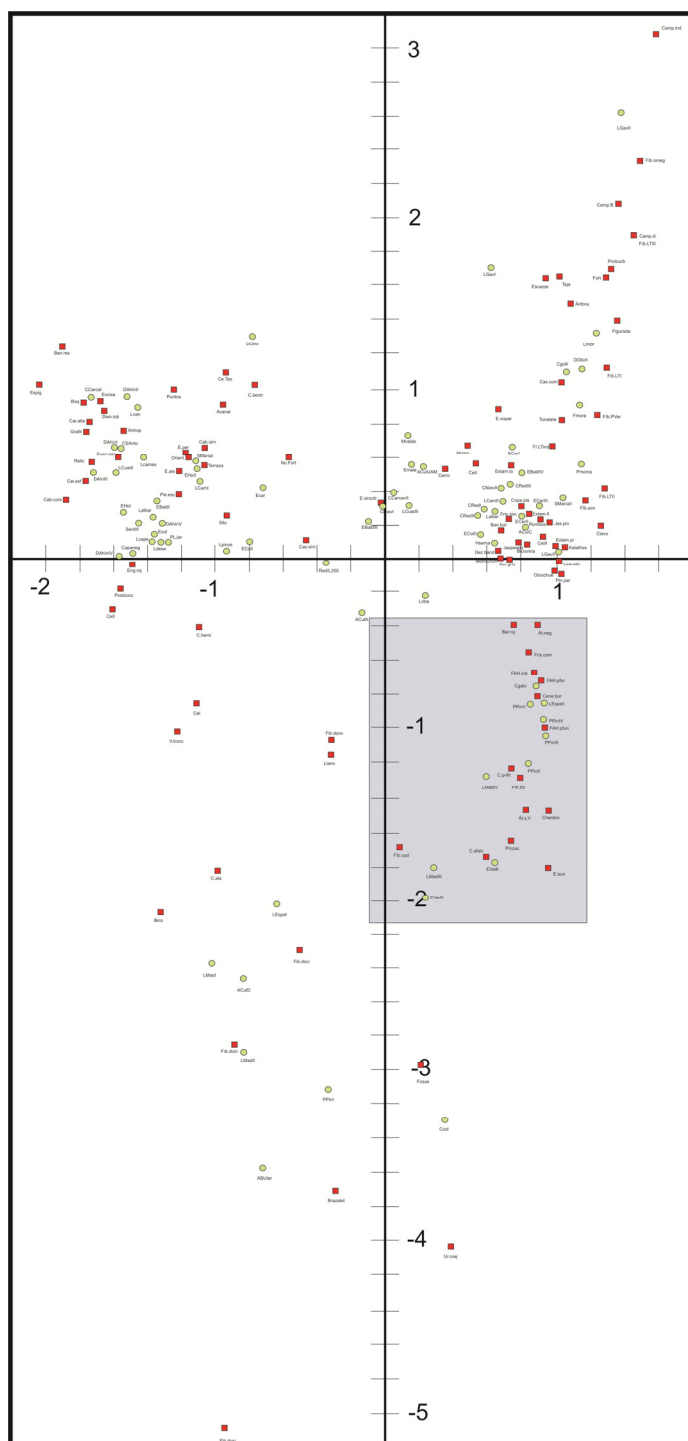


Figura 2.15: zona correspondiente a las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos

dispersión que se observaba en las necrópolis más antiguas, las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro presentan una seriación muy buena, siguiendo quizá la tendencia más clara de toda la secuencia. Esta coherencia es, en nuestra opinión, consecuencia directa de la calidad y la cantidad de información disponible. Contamos para este periodo con dos necrópolis con varias fases de ocupación (Las Madrigueras y Palomar de Pintado) de las que hemos accedido a la información completa bien a través de las memorias de excavación, bien a través del estudio directo de los materiales. Otra de las necrópolis (Cerro del Gato), pese a tener una única fase, ha sido documentada exhaustivamente para esta tesis. Esta conjunción de necrópolis de larga duración, información abundante y bien caracterizada ha hecho que se haya logrado una seriación muy coherente y sin apenas anomalías, tanto en los yacimientos como en las variables. Cuando éstas aparezcan, va a hacerlo en necrópolis como El Vado, en las que la información disponible es muy parcial. Esta seriación se aprecia en cómo las fases de los diferentes yacimientos se distribuyen en un orden perfecto, de

más antiguos a más modernos. Algo similar ocurre con las variables,

observándose cómo – salvo algunas excepciones – las que aparecen en los momentos más antiguos se sitúan en la parte baja del tramo, mientras que las más modernas aparecen arriba.

A través del gráfico, podríamos definir un momento en torno a siglo V a.C., asociadas a unos materiales caracterizados como antiguos como las primeras cerámicas áticas, los vasos que imitan formas *à chardon*, los cuchillos afalcados, decoraciones de bandas que cubren toda la pieza. A estas necrópolis les sustituyen otras datadas en el siglo IV-III a.C., representadas por Palomar de Pintado III y IV, relacionadas de manera muy clara con la aparición de fíbulas anulares hispánicas de puente fundido y también – aunque no aparecen representados en esa zona – las primeras estructuras tumulares. La fase final vendría datada en torno a los siglos III – II a.C. y representada por necrópolis como Palomar de Pintado V, Cerro del Gato y Las Esperillas II.

Por desgracia, este orden observado en el gráfico no está acompañado de un conjunto de dataciones absolutas bien ajustadas. Las nueve dataciones disponibles (seis radiocarbónicas y tres de termoluminiscencia), han sido todas ellas realizadas en tumbas de Palomar de Pintado y presentan algunos problemas de interpretación planteados en el Anexo 3. Respecto de las dataciones radiocarbónicas (fig. 2.16 en azul) y dejando de lado algunas dataciones claramente erróneas, los intervalos son demasiado amplios como para poder afinar en una cronología de tan sólo tres siglos. Cuando son un poco más ajustados, éstos no coinciden bien con las cronologías aceptadas para la cultura material.

En cuanto a las dataciones de termoluminiscencia, las tres presentan dataciones muy homogéneas con un valor centrado en torno al siglo IV a.C. (fig. 2.16 en naranja), lo que coincide bastante bien con las dos fases de Palomar de Pintado en las que se sitúan estas dataciones. Contamos además con una datación radiocarbónica y otra de termoluminiscencia para la misma tumba, la tumba 48 adscrita a la fase III de Palomar de Pintado. La fecha radiocarbónica es de 420 – 140 a.C. calibrada a 2 σ y la de TL 643 - 245 a.C., por lo que quizá podría apuntarse a una cronología de principios del siglo IV a.C. que coincide bastante bien con la cultura material documentada para esta fase. Esta adscripción cronológica es importante porque la fase datada corresponde al comienzo de los enterramientos tumulares en la zona cercana a Cuenca y que ha sido también documentada en necrópolis como El Vado y en menor medida Las Esperillas.

Con estos resultados el estudio cronológico necesita apoyarse necesariamente en la cultura material. En este sentido, los indicadores son mucho más claros para las fases más antiguas, mientras que en la parte que corresponde a los siglos IV – III a.C. los materiales, aun siguiendo un orden bastante lógico, aparece desplazados por la influencia que ejercen los asentamientos donde también se han localizado. Es el caso sobre todo de la cerámica ática negra y la cerámica de barniz rojo, que aparecen tanto en asentamientos como en necrópolis y que en el gráfico se sitúan fuera del lugar que les correspondería si sólo se analizaran las necrópolis. Es un caso idéntico al analizado en el primer tramo de la secuencia respecto de las necrópolis de la Primera Edad del Hierro. Otra anomalía detectada en el gráfico es la posición de las fíbulas anulares hispánicas de puente forjado – las más antiguas – que sin embargo aparecen descontextualizadas y situadas más arriba que las de tipo de puente fundido, más modernas. Esta posición errónea se debe en parte al escaso número de este tipo de fíbulas documentado – tan sólo se han recogido en cuatro yacimientos – y al hecho de que se hayan recogido tanto en

asentamientos como en necrópolis, sufriendo un “efecto de arrastre” similar al de las variables citadas anteriormente.

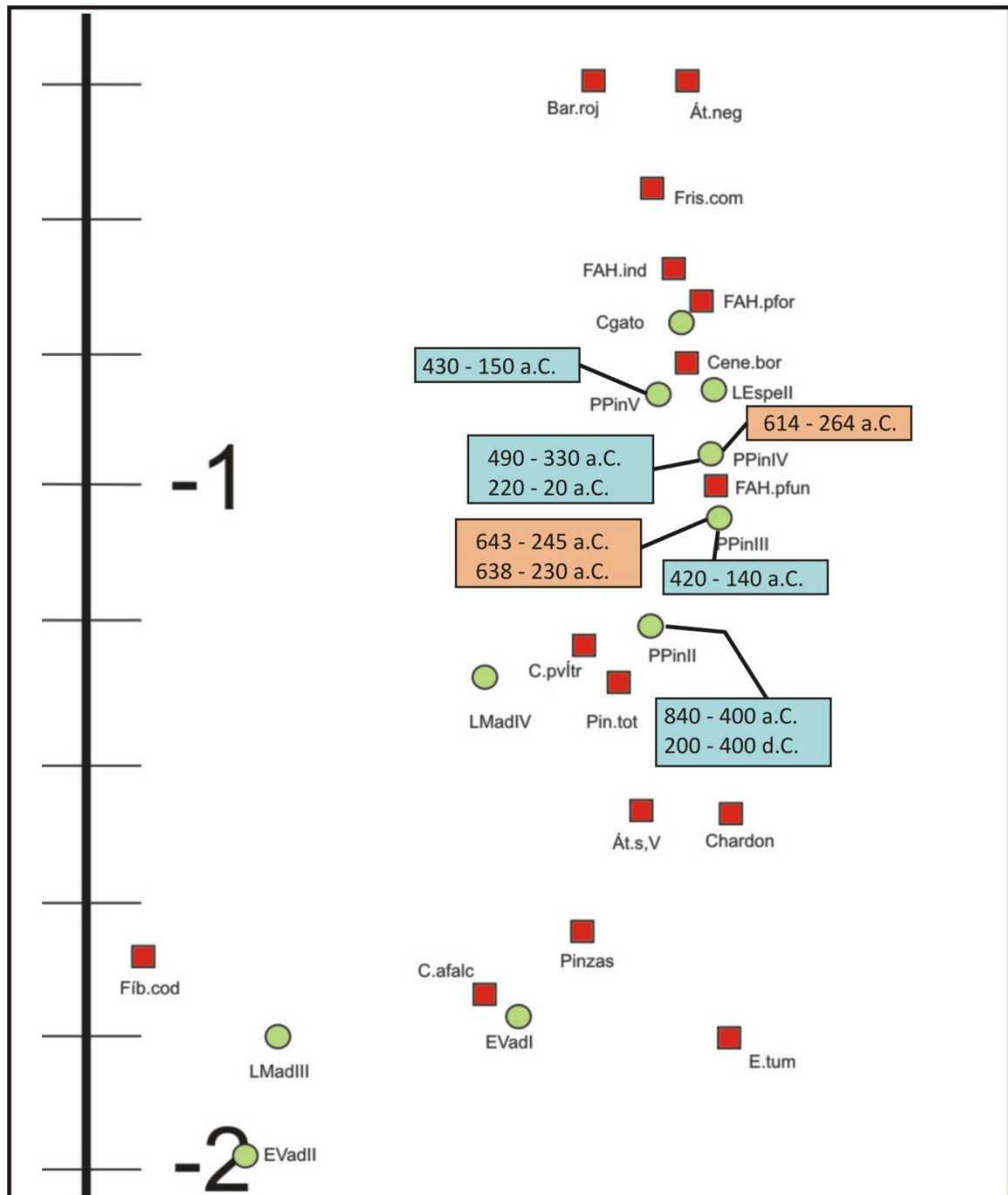


Figura 2.16: dataciones radiocarbónicas (en azul) y de termoluminiscencia (en naranja) en la parte del análisis correspondiente a las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos.

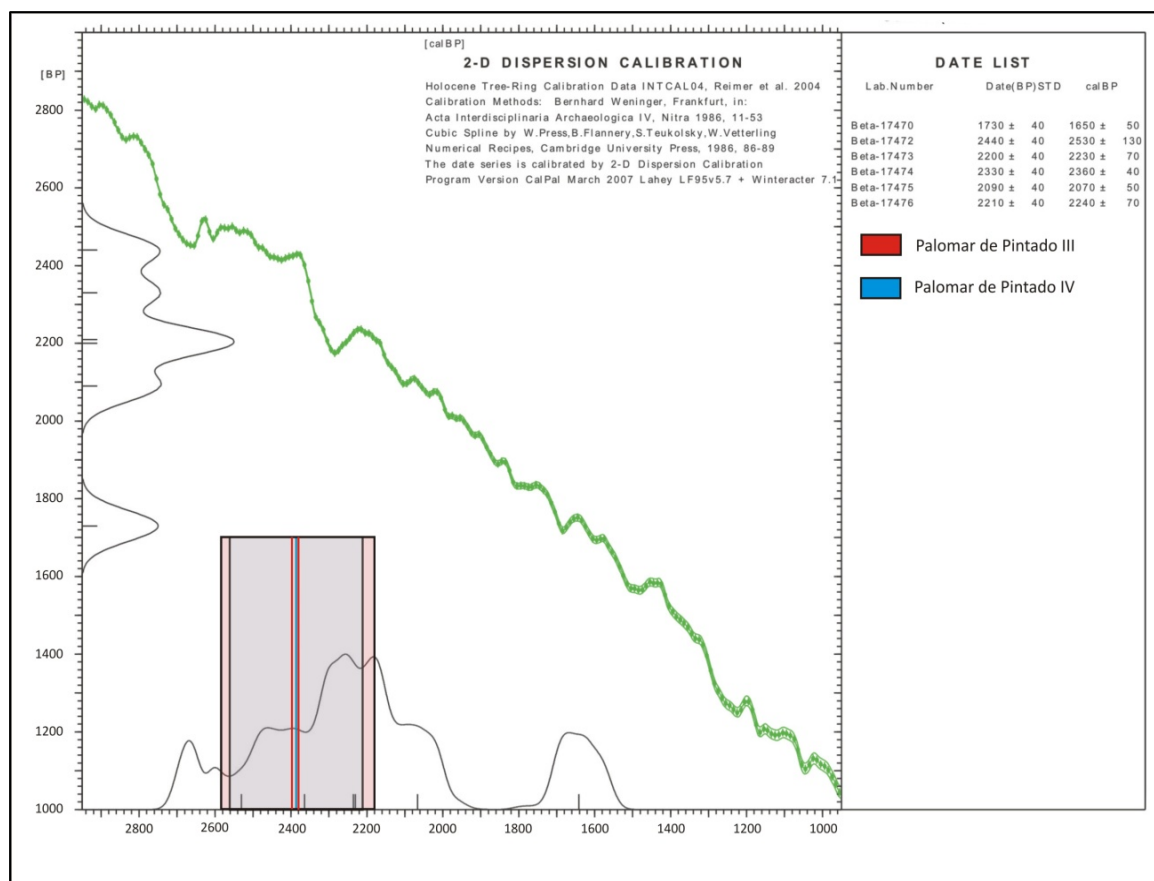


Figura 2.17: dataciones radiocarbónicas (2σ) y de termoluminiscencia (en rojo y azul) de las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro. Las líneas azules y rojas indican las dataciones, los cuadros transparentes, sus intervalos. En morado, zona de superposición de los intervalos de ambas series

Otras dos anomalías detectadas son más difíciles de explicar. La primera de ellas es la posición de la segunda fase de la necrópolis de El Vado, que aparece en una posición invertida respecto de la fase anterior. La explicación más plausible es la escasez de elementos que definan esta fase arqueológica (tan sólo seis). Pese a que cuenta con algunos elementos clave para situarla dentro de las necrópolis del siglo IV a.C., como la existencia de estructuras tumulares realizadas en adobe, el resto de variables son poco concluyentes, y la presencia de algunas de ellas asociadas a fases más antiguas – como los vasos troncocónicos – han situado esta necrópolis en una posición distorsionada. A través de la posición de la fase II de El Vado se constata también el mayor peso que tienen las variables relativas a la cultura material frente a la excesiva generalidad de aquellas asociadas a la situación topográfica de los yacimientos o a sus características estructurales.

De hecho, la posición de El Vado II influye decisivamente en la última anomalía de este tramo: la localización alejada de la variable que marca la existencia de estructuras tumulares. Esta variable debería estar situada más arriba en la secuencia, ya que está asociada a las fases más modernas de las necrópolis – generalmente a partir del siglo IV a.C. – pero la situación de la necrópolis de El Vado II ha afectado a su posición, haciendo que quede descontextualizada respecto de la zona lógica en la que debería situarse. Si la muestra fuera muy amplia la tendencia general hubiese triunfado sobre la posición anómala de El Vado, pero las estructuras tumulares sólo aparecen en seis fases arqueológicas de necrópolis, lo que ha complicado su correcta posición en el análisis.

Con los datos recopilados hasta ahora, el tramo de la secuencia que reúne a las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro podría ser interpretado de la siguiente forma:

- A partir de las cronologías ofrecidas por las necrópolis de la Primera Edad del Hierro, que podrían alcanzar los comienzos del siglo V a.C. parece haber un periodo poco claro de cambios bastante rápidos, que estaría representado solamente por Las Madrigueras III y que correspondería al periodo central del siglo V a.C. A finales de este siglo comienzan a generalizarse objetos de importación como las cuentas de pasta vítrea y las cerámicas áticas más antiguas, como se observa en El Vado I y Las Madrigueras IV.
- A partir del siglo IV a.C., y al menos en la zona sudoriental del valle medio del Tajo, comienzan a aparecer los primeros enterramientos tumulares que conviven con las tumbas más tradicionales en forma de fosas circulares y más excepcionalmente, rectangulares o polilobuladas. La fase II de Palomar de Pintado, con materiales antiguos correspondería al momento de transición, y las fechas centrales de las dataciones de termoluminiscencia de Palomar de Pintado parecen apoyar esta cronología. Este periodo parece prolongarse hasta el siglo III a.C., y está representado por las fases III, IV y V de Palomar de Pintado y El Vado II. Se generalizan objetos que en fases anteriores eran escasos, como las cuentas de pasta vítrea, y aparecen las cerámicas áticas de barniz negro y las cerámicas de barniz rojo ibérico.
- Poseemos pocos datos para valorar la fase final de las necrópolis de incineración desde finales del siglo III a.C. Palomar de Pintado V (en la zona oriental) conserva estructuras tumulares, pero es la única necrópolis de este momento que está bien descrita. Las Esperillas II aparece situada muy cerca de Palomar de Pintado V, y tenemos información de que se documentó al menos una estructura tumular (García, A. A. y Encinas, M. 1987: 52), pero la ausencia de suficiente información acerca de esta necrópolis hace que no podamos que utilizar su posición en el gráfico como un apoyo firme para nuestra interpretación. Algo parecido ocurre con la necrópolis del Cerro del Gato, muy mal documentada aunque se hayan podido estudiar todos los materiales. Según comunicación personal de Salvador Llopis, todas las tumbas eran de fosa, sin que se documentaran otro tipo de estructuras. Esta ausencia de estructuras podría deberse a una diferencia regional frente a las necrópolis de la zona oriental, o bien un rasgo que caracterizase la última etapa de las necrópolis de incineración. Por desgracia, carecemos de otras necrópolis para confirmar o rebatir esta propuesta.

Los principales problemas de inserción dentro de este esquema corresponden – además del caso ya descrito de las necrópolis del periodo final – a la necrópolis de Las Madrigueras, que como ya hemos dicho presenta algunos problemas en la adscripción cronológica de las tumbas en cada una de sus cuatro fases. En el caso de Las Madrigueras IV (la más moderna), las tumbas incluidas en la fase presentan un conjunto de materiales que corresponden tanto a finales del siglo V a.C. como al pleno siglo IV a.C., aunque Martín Almagro sitúa esta fase a finales del siglo IV a.C. –

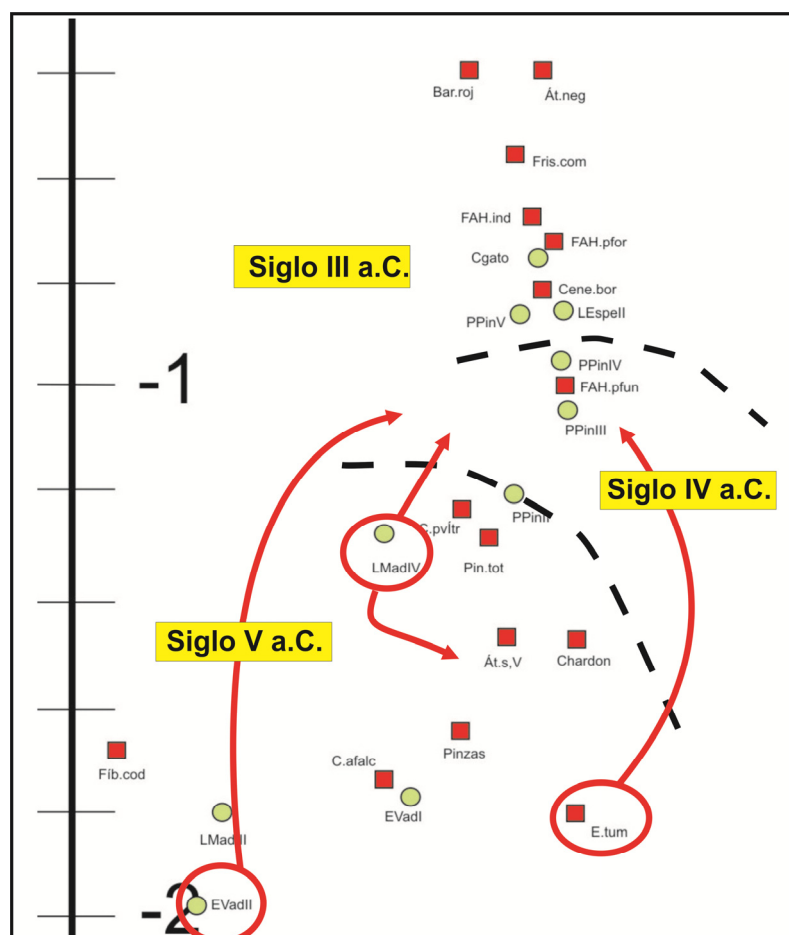
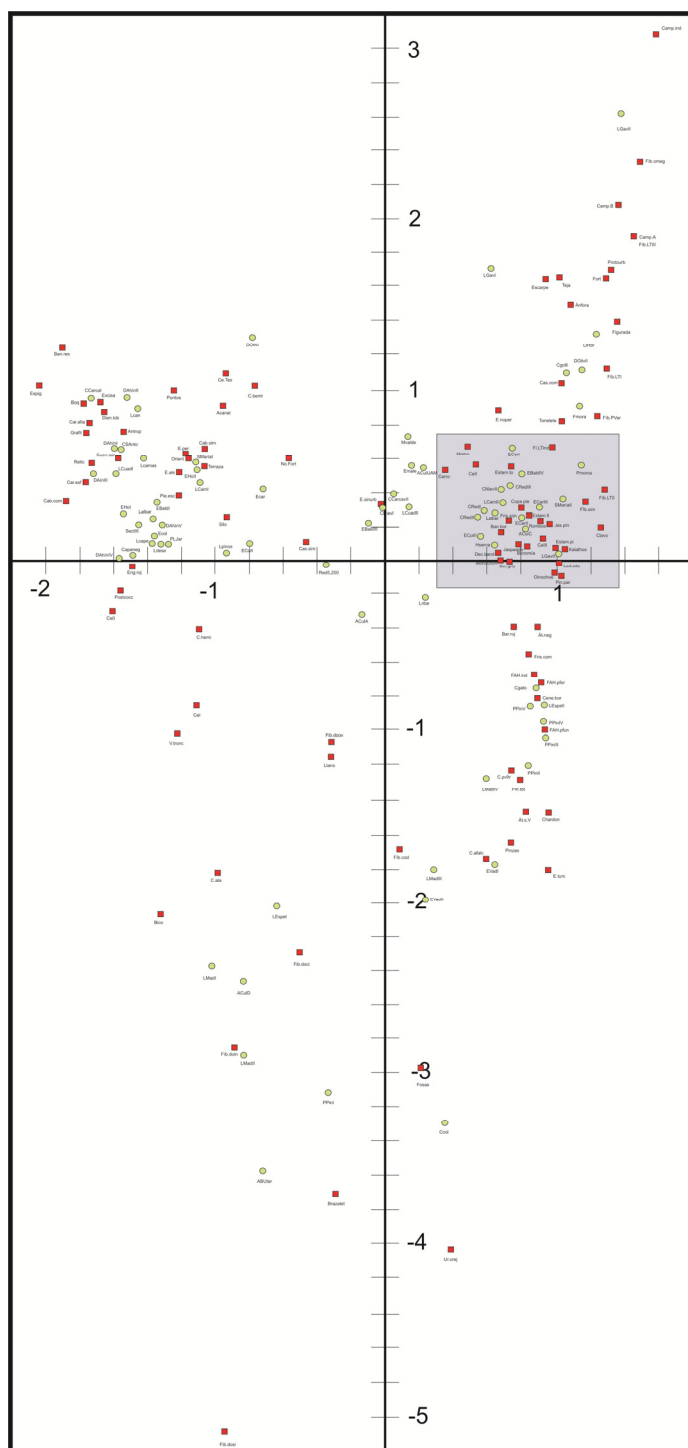


Figura 2.18: interpretación cronológica final de las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos

principios del siglo III a.C. Para esta primera aproximación hemos preferido ceñirnos a las fases definidas por el autor de la memoria, aun asumiendo que existen problemas interpretativos. Cuando realicemos nuestra propuesta de secuencia material del registro, trataremos de afinar la periodización propuesta por el autor, y proponer una interpretación diferente para la adscripción de las tumbas a sus fases respectivas (Anexo 6). Por el momento, hemos representado este problema indicando las zonas a las que correspondería Las Madrigueras IV según sus materiales a través de flechas (fig. 2.18).

2.2.6. La Segunda Edad del Hierro



La zona del gráfico en la que se han representado el conjunto de yacimientos pertenecientes a la etapa plena de la Segunda Edad del Hierro (fig. 2.19) presenta una gran acumulación de asentamientos y variables. Esta acumulación de incidencias nos habla de una etapa de estabilidad en la que los cambios son más lentos que en el periodo anterior, y que podría interpretarse como un periodo de plenitud en el que se consolidan las tendencias apreciadas en el momento de transición que constituía el grupo 3. Como en el grupo que constituía la Primera Edad del Hierro, se aprecia la influencia que ejerce el grupo de las necrópolis sobre la distribución de las variables de este periodo. En líneas generales la distribución del gráfico es bastante coherente con las cronologías propuestas por los materiales, aunque en este caso la acumulación de yacimientos y variables (fig. 2.20) es tanta que es difícil delimitar una evolución cronológica ajustada para el tramo.

Figura 2.19: zona del análisis multivariante correspondiente a la Segunda Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos

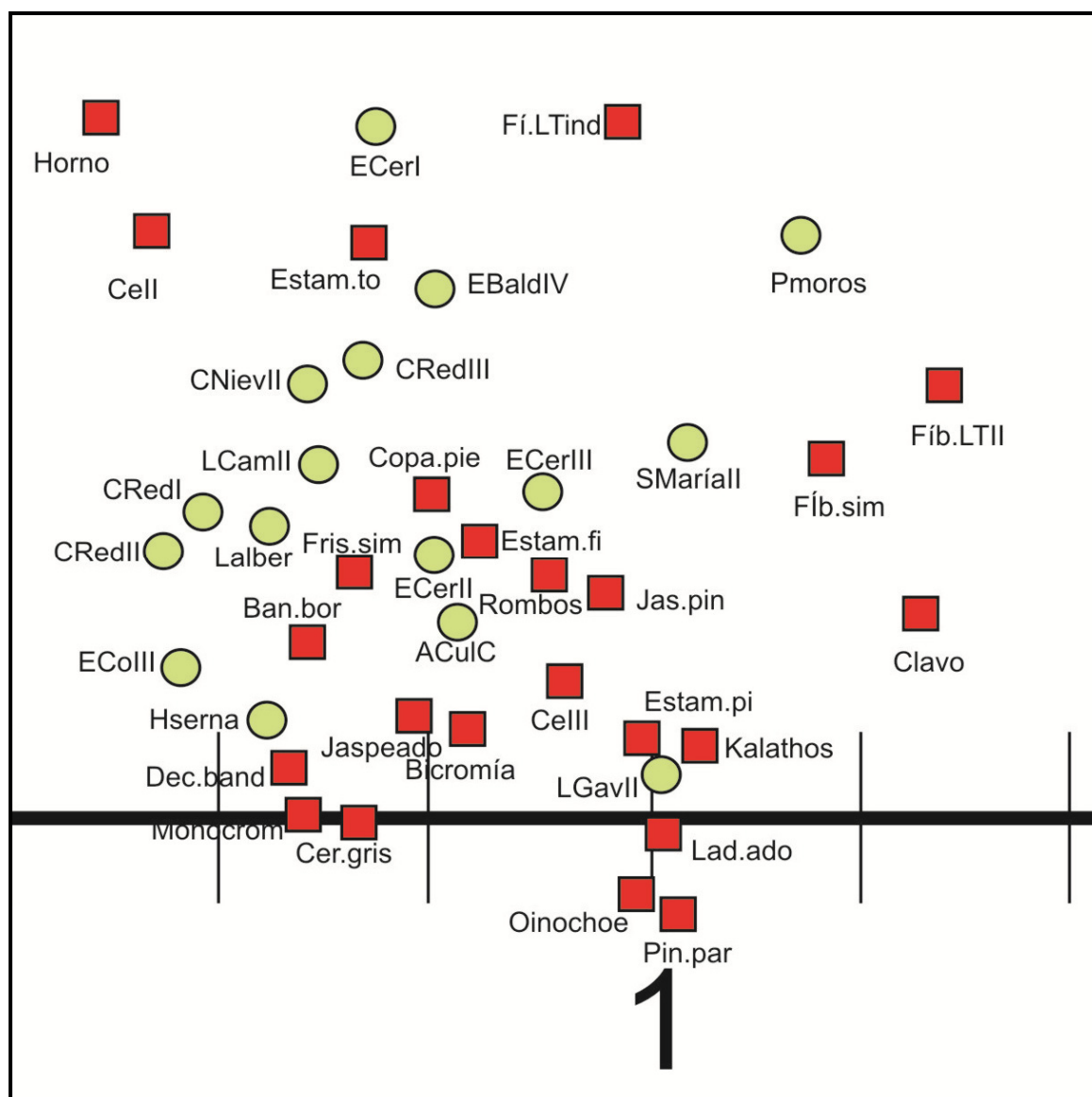


Figura 2.20: distribución de casos y variables correspondientes a los yacimientos de la Segunda Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos

A simple vista puede apreciarse cómo las variables con cronologías más antiguas (estilos decorativos más simples, porcentajes de cerámica a torno más bajos) sitúan en la zona de la izquierda, mientras que aquellos con cronologías más modernas se sitúan más a la derecha, aunque algunos se encuentran desplazados hacia la parte inferior del gráfico ya que también aparecen de forma recurrente en necrópolis. Del mismo modo, el gráfico parece confirmar la propuesta de Dionisio Urbina de la transformación de los patrones de asentamiento hacia un progresivo amurallamiento de los mismos. Los tres asentamientos amurallados (La Gavia, Plaza de Moros y Santa María) se sitúan en la parte derecha del gráfico.

Las dataciones radiocarbónicas (figura 2.21, cuadros azules) no ayudan demasiado a establecer un horizonte preciso, algo hasta cierto punto lógico teniendo en cuenta la enorme concentración de asentamientos y variables en un periodo de tiempo no superior a dos siglos. Salvo excepciones pueden considerarse correctas, ya que engloban bien el periodo estudiado, pero con intervalos demasiado amplios como para ser de utilidad. Es curioso observar cómo varias de

ellas (El Cerrón I y II y La Gavia II) presentan dataciones similares, y se observa también un ligero desplazamiento de las fechas, cuyo límite superior tiende a disminuir conforme nos acercamos al final del tramo. Por desgracia, una de las fechas más ajustada, la de Plaza de Moros, presenta el problema de una contradicción muy grande entre las dos dataciones tomadas de la misma muestra, lo que invalida en gran medida un resultado 340 – 100 a.C. calibrado con CalPal a 2σ que consideramos bastante ajustado.

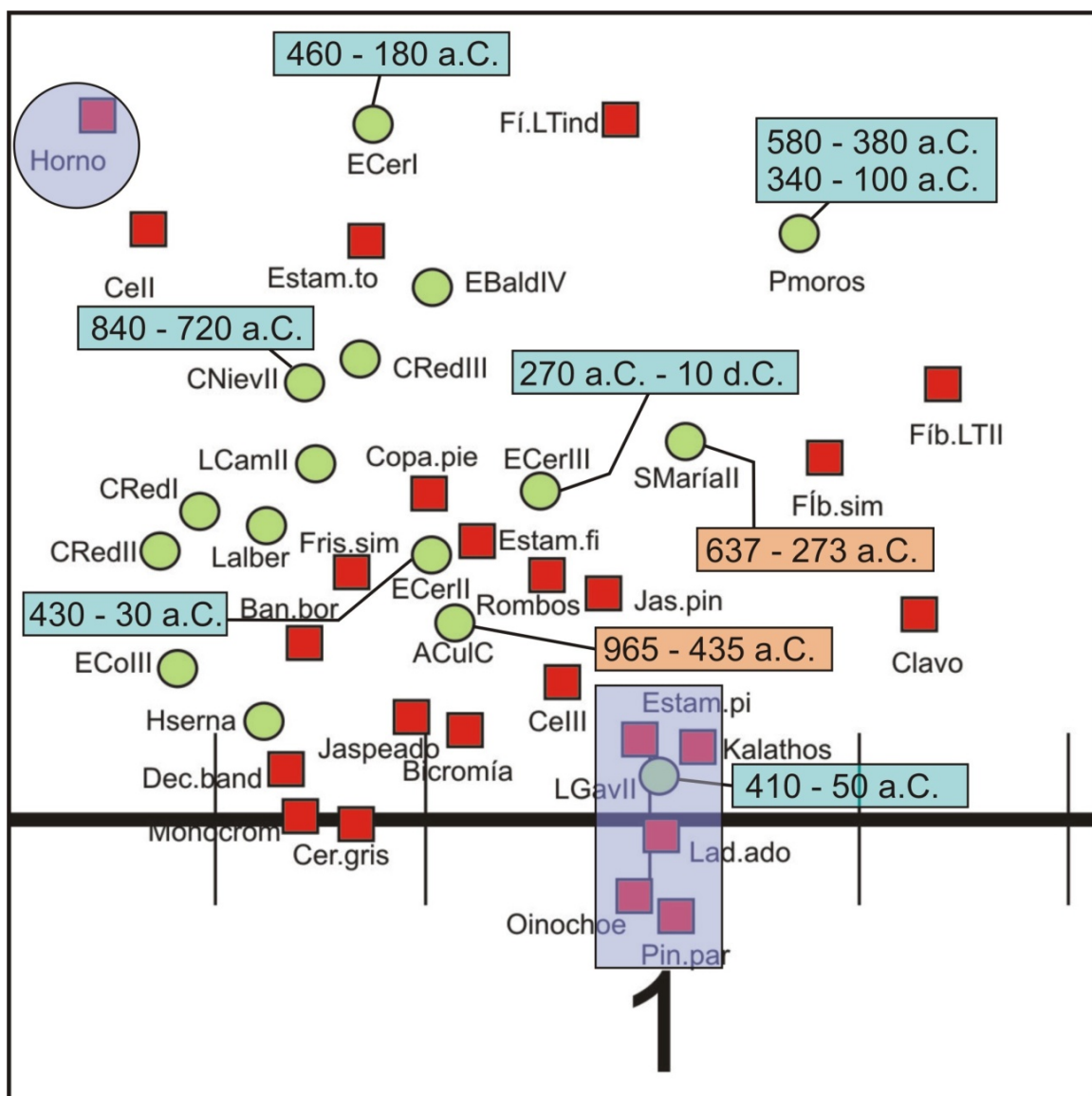


Figura 2.21: dataciones radiocarbónicas (en azul) y de termoluminiscencia (en naranja) y anomalías (círculos malva) en la parte del análisis correspondiente a los yacimientos de la Segunda Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos.

Junto a esta datación, la obtenida para la tercera fase de El Cerrón también parece corresponder bastante bien (al menos, en su límite inferior) a las fechas que proporcionadas por los materiales). Otras dataciones son claramente incorrectas, como la obtenida para la segunda fase del Cerro de las Nieves, que pese a tener un intervalo muy ajustado adolece del mismo problema de excesiva antigüedad que ya discutimos para la datación de la fase I de este yacimiento en el grupo 3. Respecto de las dataciones por TL, la obtenida para Arroyo Culebro C

es a todas luces muy alta, además de presentar las dudas ya establecidas en el capítulo correspondiente. La fecha de Santa María es más aceptable, aunque un poco antigua para la parte del gráfico en que se sitúa.

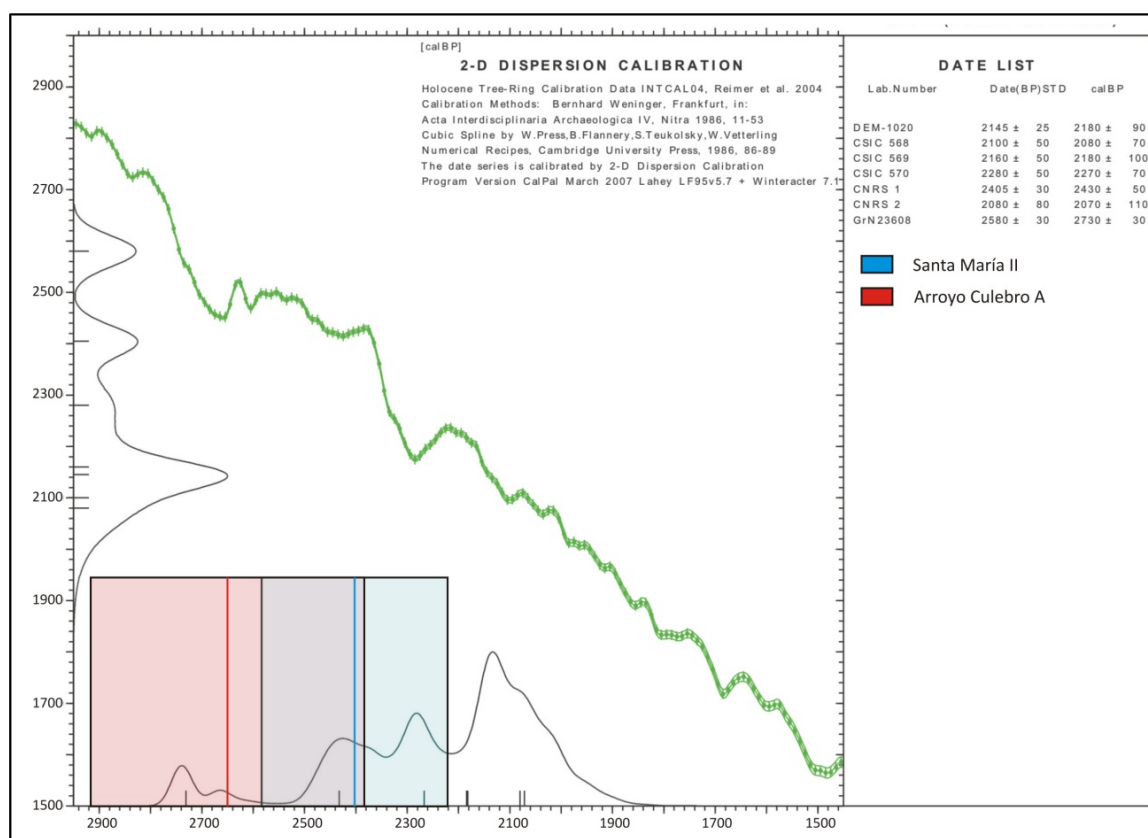


Figura 2.22: dataciones radiocarbónicas (2σ) y de termoluminiscencia (en rojo y azul) correspondientes a los asentamientos de la Segunda Edad del Hierro. Las líneas azules y rojas indican las dataciones, los cuadros transparentes, sus intervalos. En color morado, zona de superposición de los intervalos de ambas series

En cuanto a las distorsiones observadas, parecen de escasa entidad. En primer lugar, se observa cierto desorden en la situación de algunos yacimientos con varias fases. Es el caso de El Cerrón, donde la primera fase se encuentra en una posición alejada y relativamente más moderna que las fases II y III, y Cerro Redondo II, que aparece ligeramente más antiguo que Cerro Redondo I. Son desviaciones de escasa importancia que reflejan el diferente grado de información disponible para cada una de las fases. En este sentido El Cerrón I cuenta con información sensiblemente inferior a las fases posteriores, lo que se refleja en su posición algo alejada del conjunto de yacimientos.

La siguiente anomalía es la presencia de determinadas variables características de un momento tardío (a partir del siglo III a.C.) en una posición alejada de la distribución lógica de la secuencia. Se trata de variables que representan tipos cerámicos como los *kalathos* o los *oinochoe*, o estilos decorativos como la combinación de pintura y estampillado. La explicación ya ha sido avanzada arriba, y es el resultado de representar la existencia de este tipo de piezas en las necrópolis de este periodo (que en el gráfico principal se sitúan justo debajo). La última anomalía detectada es la presencia de la variable que representa a la aparición de hornos cerámicos de tipo industrial en un momento temprano de la serie, aunque si tenemos en cuenta lo dicho acerca de cómo la

adopción de la tecnología del torno parece haberse producido de forma rápida y que esta variable se encuentra asociada a Cell (que marcaría precisamente ese cambio) quizá su posición no sea tan anómala, y esté marcando el momento de la generalización de la cerámica a torno en la región.

La interpretación del tramo de la secuencia, con todos los problemas que conlleva la citada acumulación de yacimientos y variables, podría establecerse de la siguiente manera (fig. 2.23):

- El comienzo del tramo se dataría a finales del siglo V a.C. y principios del siglo IV, representado por yacimientos como Cerro Redondo I, Las Nieves I, Hoyo de la Serna, Laguna del Campillo II y El Colegio III. Son yacimientos situados en llano o sobre suaves lomas, sin fortificaciones. La cerámica a torno es mayoritaria pero aún se documentan porcentajes de cerámica a mano, como ocurre desde mediados del siglo V a.C. El principal cambio respecto de la etapa anterior, considerada de transición, es la generalización de las construcciones realizadas con zócalos de piedra y recrecidos de adobe, o con adobes hechos a caja en el caso de Cerro Redondo. La cultura material que viene asociada en el gráfico muestra tipos y estilos decorativos simples: decoración a bandas simples, frisos sencillos, monocromía, bandas pintadas en la parte interior del borde y aparición del jaspeado.
- La mayoría de estos yacimientos prolongan su existencia durante todo el siglo IV a.C. detectándose en algunos de ellos (Cerro Redondo, El Cerrón) nuevas fases de ocupación y apareciendo algunos nuevos como Arroyo Culebro D. La cultura material no parece variar sustancialmente (aunque hay que tener en cuenta los problemas derivados de la distorsión ejercida en el gráfico por las necrópolis). Aunque aparecen alejados del resto, es el momento de la generalización de las cerámicas de barniz rojo y áticas negras.
- A finales del siglo IV a.C. comenzaría a apreciarse un cambio en el patrón de asentamientos con la aparición de poblados en escarpes y zonas mejor defendidas. Este proceso continúa durante el siglo III a.C., en el que se aprecian cambios en la cultura material con la aparición o generalización visible en el gráfico de tipos como la copas de pie moldurado, los *kalathos* y *oinochoe* y nuevos estilos decorativos como la combinación de pintura y estampillado, los frisos complejos, los diseños de cenefas en el borde de las piezas o la combinación de pintura y estampillado. Los yacimientos más característicos de este periodo son, como hemos dicho, aquellos fortificados como Plaza de Moros, La Gavia o Santa María, aunque otros asentamientos en llano parecen haber seguido existiendo, como El Cerrón III. En este sentido, hay que aclarar que el análisis de correspondencias sitúa a los yacimientos por criterios de mayor o menor cercanía, pero no puede representar la perduración del yacimiento a lo largo del tiempo (a no ser que se disponga de información sobre varias fases). Así, El Cerrón III se ha situado en un punto en torno a finales del siglo IV a.C. – principios del siglo III a.C. donde lo sitúan las características de su cultura material, aunque su perduración cronológica probablemente abarca todo el siglo III a.C. Del mismo modo, se ha defendido una cronología para Plaza de Moros de los siglos IV – III a.C. En el gráfico aparece situado

algo alejado, cerca de variables asociadas el siglo III a.C. Lo importante es la percepción del cambio de modelo, que por otra parte no es inmediata. La conclusión a extraer es que yacimientos como El Cerrón son más característicos de etapas más antiguas, aunque sigan existiendo en siglos posteriores, mientras que yacimientos como Plaza de Moros pueden haber comenzado a aparecer en el siglo IV a.C., pero cuando se hacen verdaderamente representativos del poblamiento de la región es en el siglo III a.C. Esta situación ha querido representarse con flechas, que indican de dónde o hacia dónde se prolongan temporalmente algunos de los yacimientos más representativos

- En la parte final del tramo (a finales del siglo III a.C.) se observa una progresiva separación de variables y yacimientos, comparada con la agrupación anterior. Esto simboliza, como hemos visto en varias ocasiones, el inicio de cambios rápidos en la cultura material. No es éste el lugar para contextualizar históricamente estos cambios, pero es significativo que coincidan cronológicamente con el comienzo de las actividades cartaginesas y poco después romanas en la región. Estos cambios rápidos, como vamos a ver a continuación, van a acentuarse en el tramo final de la secuencia, durante el periodo de conquista y control romano

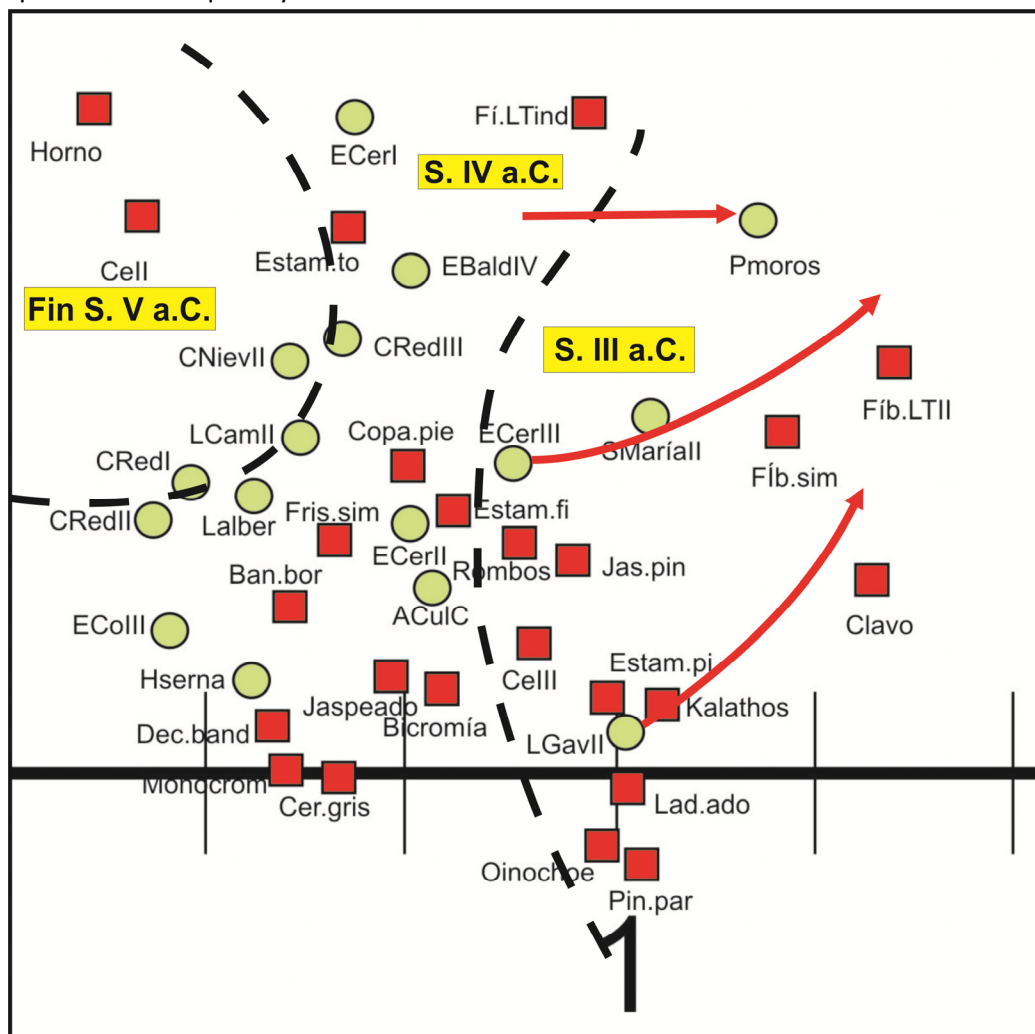


Figura 2.23: Interpretación cronológica final de los asentamientos de la Segunda Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos. Las flechas indican la posición ideal de algunos de los asentamientos

2.2.7. El final de la Edad del Hierro

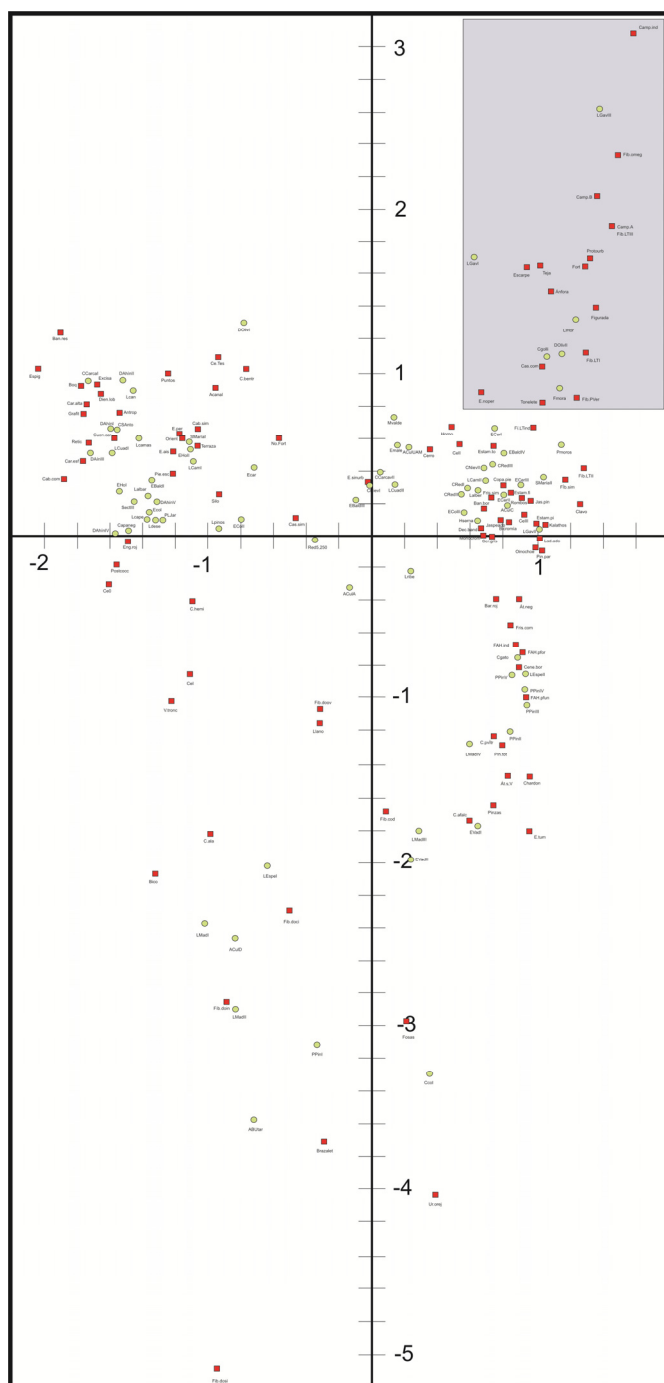


Figura 2.24: zona correspondiente al final de la Segunda Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos

Junto con el grupo que representa a las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro, esta fase final (fig. 2.24) es quizá la que mejor reproduce las características de la parábola tipo a la que idealmente deben tender los análisis de correspondencias cuando están representando una seriación. En este caso, además, se observa muy bien ese efecto progresivo de separación que se produce en los extremos de la misma que hemos comentado al principio. El número de yacimientos y variables es bastante escaso, y se encuentran con alguna excepción en un orden cronológico muy coherente.

Sin embargo (y dejando el efecto de separación característico de los análisis de correspondencias en los extremos de la parábola), se observa entre yacimientos y variables una mayor separación que en el grupo anterior, lo que como comentamos en el apartado anterior podía ser un indicio de cambios rápidos frente a un periodo anterior de mayor estabilidad, y apuntamos que esos cambios podrían estar relacionados con las injerencias provocadas por cartagineses y romanos desde finales del siglo III a.C. Todos los yacimientos situados en este grupo han sido siempre considerados de cronología tardía, entre los siglos II-I a.C. Este hecho no quiere decir que no puedan haber existido en etapas

anteriores, simplemente indica cuál es el momento en que son más característicos.

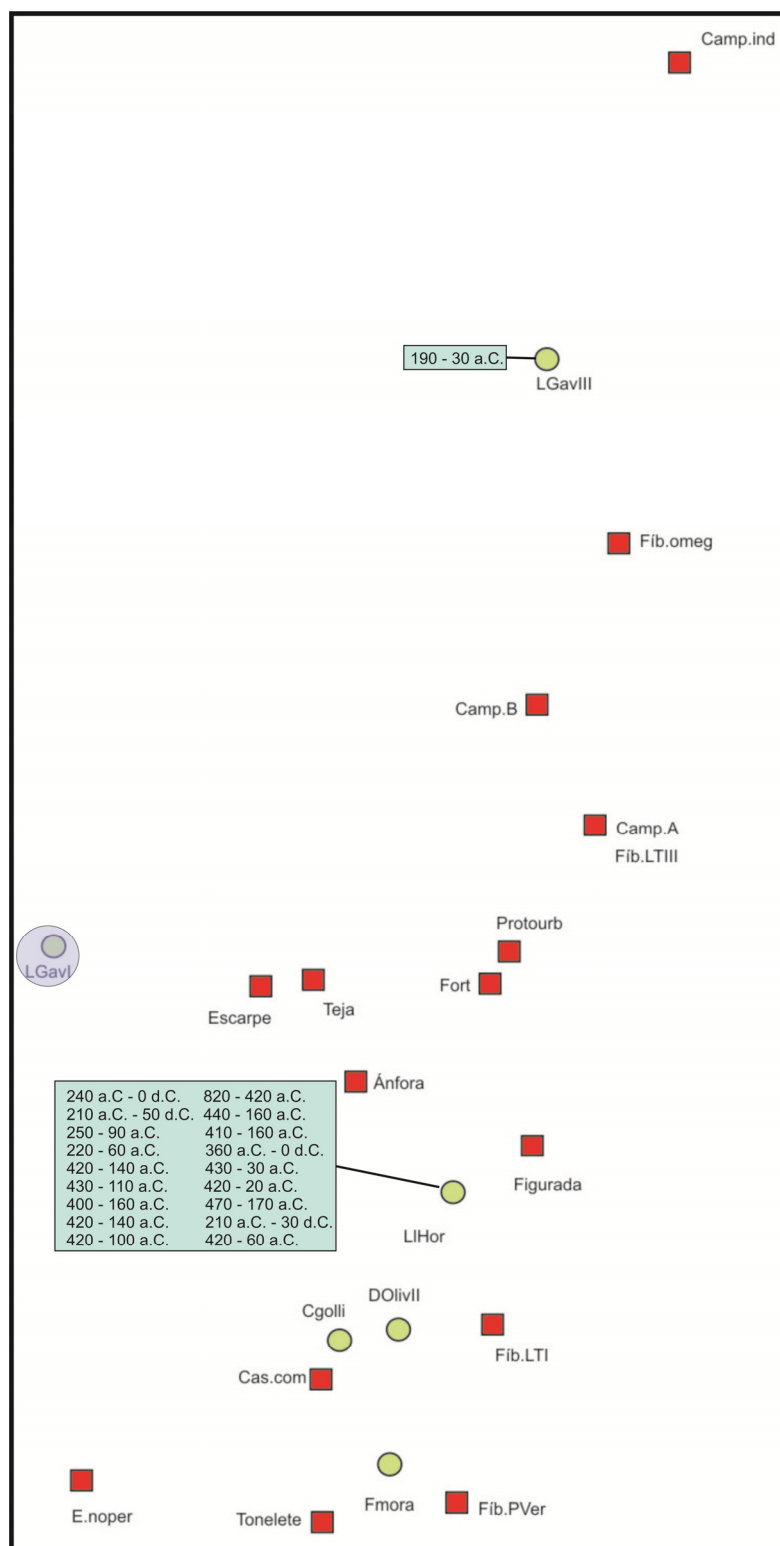


Figura 2.25: dataciones radiocarbónicas (en azul) y anomalías (círculos malva) en la parte del análisis correspondiente al final de la Segunda Edad del Hierro. Los cuadrados rojos corresponden a variables, los círculos verdes, a yacimientos

aparecen otras que caracterizan la cultura material de este periodo final, como pueden ser las fibulas de pie vertical, de omega o La Tène I y III (las fibulas La Tène II también se fechan en este momento tardío, pero han aparecido más relacionadas con las necrópolis y por eso aparecen en otra parte del gráfico), cerámicas con decoración figurada de tipo ibérico o numantino.

El caso más evidente de esta situación se observa en el Llano de la Horca, donde como se aprecia en el análisis de las dataciones radiocarbónicas (Anexo 3) la ocupación podía retrotraerse al siglo IV a.C. Sin embargo, la cultura material recogida en el yacimiento caracteriza al mismo en un momento tardío, sin perjuicio de posibles ocupaciones anteriores. Por lo demás, los yacimientos forman un conjunto muy coherente, bien definido por variables características del periodo. En ese sentido, este tramo de la secuencia es el que menos información novedosa muestra, ya que tanto la cultura material como los asentamientos estaban en general bien estudiados. Los yacimientos, grandes en general, bien protegidos y con las primeras evidencias de protourbanismo y complejidad espacial, presentan muchas evidencias de la presencia romana en la región, como la cerámica campaniense de los tipos A y B, las primeras

ánforas Dressel y elementos constructivos como el uso de tejas. Junto a estas variables

Las dataciones radiocarbónicas del periodo (en recuadros azules en la figura 2.25) son muy coherentes con la cronología que muestran los materiales y con la ordenación general del tramo. En el Anexo 3 se ha discutido de manera detallada de la magnífica serie de dataciones del Llano de la Horca, y en el capítulo 7 hemos planteado una propuesta sobre cómo podrían interpretarse dentro de la evolución del yacimiento, así que sólo haremos referencia a que, atendiendo a estas dataciones, es a partir del siglo II a.C. cuando parece producirse la máxima expansión del poblamiento en el cerro y éste es el periodo al que pertenecen los materiales recogidos en el yacimiento. Esta conclusión es coherente con La Gavia III, que presenta la datación (considerada correcta) más moderna de la serie y cuya fase corresponde a un periodo de ocupación marginal del cerro (Morín, J. *et al.* 2005: 139). Así pues, las dataciones muestran un horizonte totalmente coherente con la cultura material de los yacimientos en torno a los siglos II – I a.C., asumiendo una ocupación anterior desde los siglos IV – III para el Llano de la Horca.

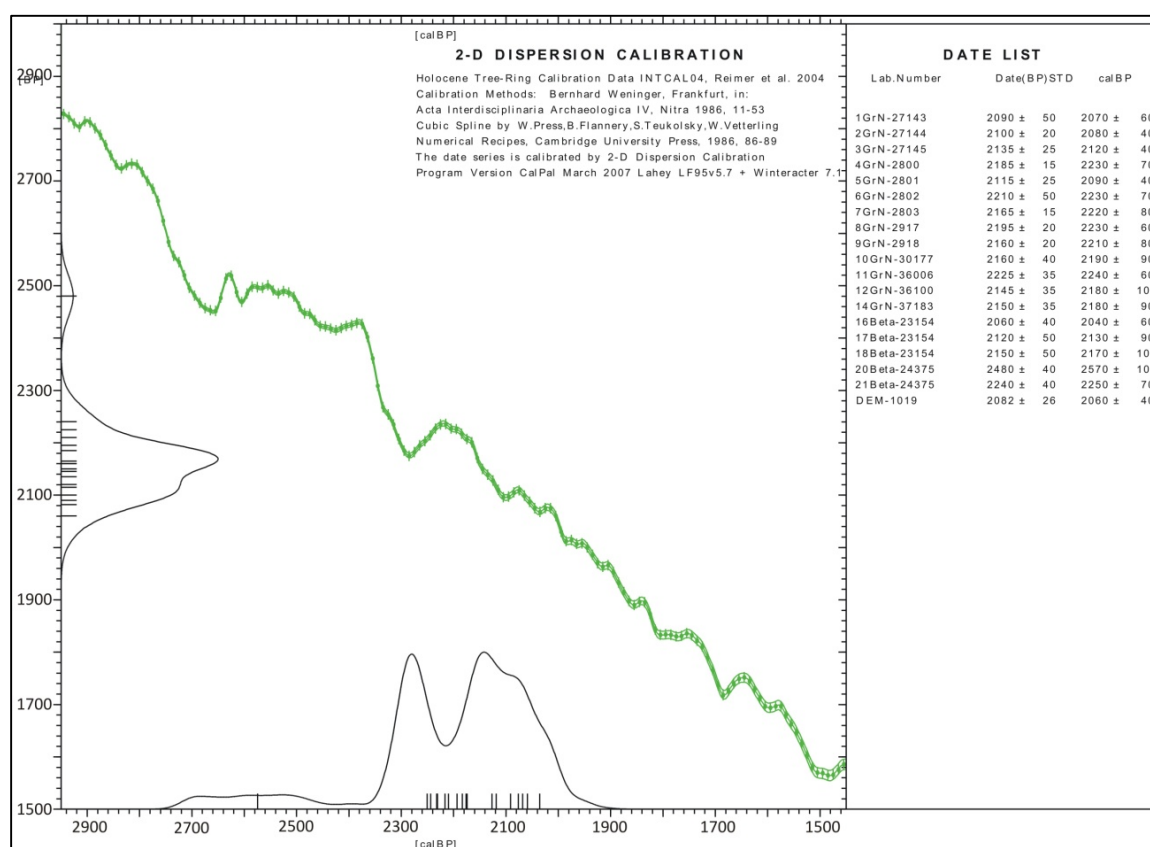


Figura 2.26: dataciones radiocarbónicas (2σ) de los asentamientos del final de la Segunda Edad del Hierro. Las líneas azules y rojas indican las dataciones, los cuadros transparentes, sus intervalos.

El gráfico apenas presenta anomalías. La única reseñable es la posición de la primera fase de La Gavia, muy aislada del resto y en una posición desordenada respecto a La Gavia II. Esta anomalía es fácilmente explicable por la escasa información disponible para este yacimiento, caracterizado tan sólo por cinco variables ninguna de las cuales corresponde a elementos de cultura material que como hemos visto a lo largo del análisis definen mejor a los asentamientos. Esta descontextualización es, por tanto, reflejo de la falta de conocimiento de las características de esta primera fase, admitida por los investigadores que han excavado el yacimiento.

Con estos datos puede proponerse, grosso modo, dos momentos de importancia en este tramo:

- En torno al siglo II a.C. se produce la aparición o crecimiento de un tipo de yacimientos diferentes a los de épocas anteriores: grandes, fortificados y con las primeras evidencias de organización protourbanística. Aunque el proceso es poco conocido, es probable que estos yacimientos existieran en etapas anteriores – algo que parece claro, por lo menos, para el Llano de la Horca y La Gavia. La cultura material es básicamente la anterior, con presencia de materiales muy característicos del periodo como las fíbulas de La Tène y omega o las cerámicas de decoración figurada, junto a las primeras muestras de presencia romana (bien como elementos de importación, bien traídos por las tropas en su conquista de la región).
- El siglo I a.C. marca el fin de la secuencia y de la Edad del Hierro en la región. El único yacimiento claramente adscrito a este periodo es La Gavia III, con una ocupación residual del cerro, mientras que otros yacimientos como el Cerro del Gollino o el Llano de la Horca quedan desocupados. Las causas pueden ser varias: comienzo real de la romanización en la región tras un periodo de simple ocupación militar, reestructuración del sistema de ocupación del territorio, reacciones asociadas a las guerras sertorianas, o más bien una mezcla de todos estos factores. En cualquier caso, parece que el final de la Segunda Edad del Hierro debe situarse más cercano al cambio de era que al momento de la conquista romana a principios del siglo II a.C.

2.3. Conclusiones

En general y pese a algunos problemas de base consideramos que nuestro ejercicio ha tenido bastante éxito. Se ha conseguido el objetivo principal, que era obtener una seriación coherente de yacimientos y variables con implicaciones cronológicas para poder ajustar todos los datos – los existentes en el análisis y los que pueden ser añadidos posteriormente – en una secuencia cronológica apoyada en el registro arqueológico y contrastada con las dataciones absolutas existentes. Esta seriación es, además muy coherente tanto con la inmensa mayoría de cronologías propuestas por los diferentes investigadores que han estudiado los yacimientos y publicado sus resultados. Salvo algunos casos que quizá merecen una discusión individualizada, la secuencia obtenida confirma y parece ajustar las tendencias propuestas a través del registro arqueológico.

Dentro de esta seriación, las características de agrupación o separación de yacimientos y variables, combinadas con el análisis de las dataciones absolutas y algunos indicadores cronológicos muy claros han permitido una periodización bastante ajustada, poco clara hasta ahora. En este sentido, han podido constatar serios problemas de ajuste en muchas dataciones radiocarbónicas, algunas de las cuales ya estaban puestas en duda y que la seriación ha ayudado a contrastar. El análisis parece insinuar una buena correlación entre las fechas centrales obtenidas por dataciones de termoluminiscencia (salvo algunos conjuntos como el de Arroyo Culebro) y su posición relativa en el gráfico. Esta adecuación puede sentar un precedente a la hora de valorar estas dataciones que en nuestra opinión y como defendemos al discutir el conjunto de dataciones (Anexo 3) presentan una desviación estándar demasiado amplia y que de esta forma tendrían un referente para situar cronológicamente los yacimientos.

Junto a esta periodización ajustada, el otro gran éxito del análisis de correspondencias ha sido la asociación, tras la valoración del total de variables, de conjuntos de yacimientos que comparten una cultura material similar, a la que ha podido asociarse con mayor o menor detalle un intervalo temporal. De este modo, yacimientos que hasta ahora estaban clasificados genéricamente – Primera Edad del Hierro, Segunda Edad del Hierro, transición, etc. – ahora pueden ser situados de manera mucho más exacta a través de su cercanía a otros yacimientos mejor conocidos o más extensamente publicados. Más aún, y dando una vuelta de tuerca a este razonamiento, esta agrupación de yacimientos nos permitirá dar un paso más y analizar el grueso de materiales (no sólo los incluidos en el análisis) sabiendo que tienen muchos elementos en común. Se abre de este modo la posibilidad de construir una tipología fiable apoyada en elementos estadísticos de asociación y no sólo en comparaciones subjetivas de materiales similares.

Como tercer gran elemento positivo, el análisis de correspondencias ha permitido aportar información adicional acerca de los procesos de cambio y transformación de la cultura material. A lo largo de toda la discusión se ha planteado cómo las agrupaciones de yacimientos y variables indicaban estabilidad o cambios lentos, mientras que las separaciones indicaban cambios rápidos. En este caso es muy interesante el aporte que el análisis de correspondencias ha hecho al estudio de la transición entre ambas edades del hierro, así como procesos de introducción de nuevas tecnologías como la siderurgia o el torno o cambios en las características estructurales de los asentamientos. Estos cambios y la velocidad relativa a la que se producen deben ser correctamente contextualizados, pero lo cierto es que no hubieran sido evidentes sin el análisis de correspondencias, que abre una puerta a valorar la existencia de diferentes procesos de cambio, cada uno con sus propias normas.

En definitiva y pese a todas las pequeñas anomalías detectadas, consideramos que el análisis de correspondencias realizado abre las puertas al establecimiento de una secuencia completa de la cultura de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo. Sin embargo, es necesario valorar también los principales problemas detectados a lo largo de este trabajo. En realidad, las anomalías pueden resumirse en tres: las distorsiones provocadas por la separación entre necrópolis y asentamientos, las derivadas de yacimientos definidos por pocas variables (o variables representadas en pocos yacimientos) y las provocadas por una mala elección de yacimientos o variables en el proceso inicial.

Respecto de la primera anomalía, ha provocado la modificación en la posición de muchas de las variables, que han resultado difíciles de interpretar al colocarse entre los dos tipos de yacimientos. Se ha perdido información valiosa para ajustar bien la relación entre ambos, y en algunos casos puede dar la impresión de que hay asociaciones unívocas entre variables y yacimientos cuando no es así. Esta anomalía tiene una solución bastante simple, y es realizar análisis individualizados para cada tipo de yacimiento, eliminando así las distorsiones.

La segunda anomalía es típica de cualquier análisis de correspondencias y en muchos casos sólo puede detectarse una vez realizado el mismo. Como comentamos al hablar del programa utilizado, WinBASP exige un nivel mínimo de representación que fuerza a que todo yacimiento esté definido por al menos dos variables y viceversa. A la vista de las continuas anomalías

detectadas, parece que este límite es demasiado débil para crear una seriación ajustada. Nuestro análisis nos ha llevado a la conclusión de que es necesaria una mayor exigencia en la representatividad de la muestra, con al menos cinco criterios de definición. Con este corte desaparecerían del análisis bastantes yacimientos y variables, pero serían aquellos peor definidos y por tanto los que aportan elementos menos fiables a la secuencia.

Finalmente, el estudio ha llegado a la conclusión de que determinados tipos de variables no aportan demasiado a la ordenación de la secuencia. Se trata de variables que son excesivamente generales y pueden mantenerse a lo largo de mucho tiempo, como la posición topográfica del yacimiento, el tipo de estructuras con que se construyen los asentamientos o su complejidad interna. En general, las variables relativas a cultura material (cerámica, objetos de metal, etc.) han resultado ser mucho más eficaces para establecer la seriación. Una de las conclusiones a las que se ha llegado es la posibilidad de realizar un estudio de seriación apoyado únicamente en la cultura material, tanto a través de un análisis de correspondencias como de otros tipos de aproximaciones estadísticas. Del mismo modo, algunos de los yacimientos seleccionados han resultado problemáticos. Generalmente son aquellos que disponían de poca información, pero también algunos en los que no se habían definido con cuidado las posibles fases de ocupación, forzándonos a establecer estas fases de manera artificial. Es el caso, por ejemplo, de las necrópolis de Las Esperillas o de Cerro Colorado.

En realidad, todos estos problemas se remiten a la calidad de la muestra seleccionada – como casi siempre en estadística. La mezcla de yacimientos con diferentes niveles de estudio, de variables con grados de representación muy dispares, de datos muchas veces escasos podía acarrear estos problemas, y a lo largo de todo este trabajo hemos sido conscientes de los errores que podíamos acarrear. Si hemos asumido estos errores es, precisamente, porque la inclusión del mayor número de yacimientos y variables era el único método para contrarrestar las imprecisiones provocadas por una muestra escasa que no mostrara las tendencias principales. Una vez realizado el análisis de correspondencias y comprobado que, pese a todos estos condicionantes, refleja una seriación bastante coherente, podemos individualizar problemas – como acabamos de hacer – y corregir la muestra hasta que llegue a un equilibrio entre su representatividad y la calidad de la información que contiene.

En teoría, esta corrección debería haber sido la presentada como elemento de discusión, es decir, con la representación limpia de variables y yacimientos problemáticos. Sin embargo, hemos considerado más honesto realizar nuestra discusión con el análisis original, aun asumiendo que puede haber más anomalías sujetas a crítica. Esto no quiere decir que no se puedan corregir y mejorar los análisis, que no dejan de ser una herramienta de trabajo para extraer una secuencia interna lo más fuerte posible. Para ello, y una vez realizada la discusión principal sobre el análisis original, vamos a describir brevemente tres ejercicios más específicos en los que se han tenido en cuenta las anomalías descritas anteriormente y sus posibles correcciones. No va a realizarse un análisis exhaustivo como el anterior, pero sí van a describirse los ajustes realizados y las consecuencias que han tenido en el análisis previo (confirmándolo o discutiéndolo) y en la interpretación de la secuencia. Un conjunto detallado de imágenes en las que pueden apreciarse las asociaciones entre variables y yacimientos está incluido en el Anexo 2.

Uno de los criterios que hemos utilizado para valorar la mejora – o no – de la información obtenida en estos nuevos ejercicios es la variación en el coeficiente de correlación – que mide la calidad general de la secuencia – y su desviación estándar. Este coeficiente mejora conforme se acerca a 1, de manera que un aumento en el coeficiente de estos nuevos ejercicios respecto del original supondría un mejor ajuste de la secuencia, y viceversa. Para el análisis inicial el coeficiente de correlación era de 0,825, lo que supone un coeficiente alto pero no espectacular, y simboliza bien todos los problemas que presentaba la muestra y que influían en la misma. El objetivo de los siguientes ejercicios va a tratar de mejorar este índice a través de la corrección de las anomalías detectadas anteriormente.

2.3.1. Análisis multivariante sólo con asentamientos

Como hemos visto, uno de los principales problemas del análisis inicial era la distorsión aparecida entre necrópolis y asentamientos. Este ejercicio va a tratar de solventar esta distorsión analizando los asentamientos por separado, para lo que nos hemos quedado con los 58 yacimientos de este tipo incluidos en el estudio principal. Además, hemos decidido eliminar algunas variables demasiado generales que como hemos visto producían problemas de localización en los yacimientos, como las asociadas a la topografía, a la complejidad interna de las estructuras de habitación, además de las variables que representaban a la presencia de silos y de yacimientos no fortificados. Finalmente, hemos decidido aumentar la exigencia del análisis, representando tan sólo aquellos yacimientos que estén definidos por cinco o más variables. Ésta era otra de las razones por las que algunos yacimientos aparecían muy alejados de las tendencias generales en el anterior gráfico. Con estas nuevas condiciones desaparecen cinco yacimientos del análisis (precisamente muchos de los que presentaban problemas por su situación, como La Gavia III o Dehesa de la Oliva I) y 11 variables, de manera que el nuevo análisis se realiza sobre una muestra de 53 asentamientos y 77 variables. El resultado gráfico aparece reflejado en la figura 2.27.

Como puede observarse, la impresión general es que el gráfico tiene una forma de parábola mucho mejor definida que la del análisis general, lo que corrobora la impresión de que las características especiales de los ajueres localizados en las necrópolis distorsionaban el conjunto. Asimismo, por si quedaba alguna duda, el gráfico confirma que los datos representan una seriación y por tanto pueden utilizarse para ordenar y relacionar yacimientos. Esta mejora apreciable a simple vista se confirma con los datos estadísticos: la correlación sube más de medio punto hasta el 0,888. Aún se observan algunas anomalías como la posición de los cuencos de borde entrante que podrían ser corregidas, pero en nuestra opinión el análisis cumple su objetivo inicial, esto es, confirmar la existencia de una seriación muy clara, clave para poder construir una secuencia temporal.

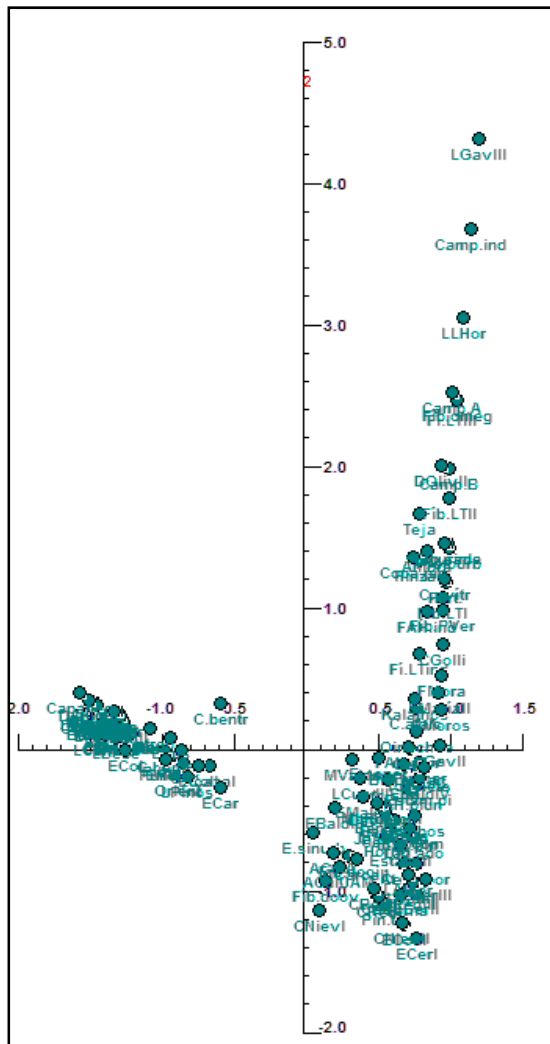


Figura 2.27: distribución del análisis de correspondencias sólo con asentamientos

A nivel interno, hay pocos cambios en la ordenación de los yacimientos y variables, aunque la desaparición de las necrópolis cuyo peso sobre las segundas las desplazaba hace que éstas se hayan distribuido de manera un poco diferente. Se corrige la posición de algunos yacimientos como Capanegra, datado en la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro y que en el primer análisis se situaba en una posición anómala, y aunque algunas variables aparecen un poco distorsionadas, en general se mantienen las tendencias y cronologías definidas. En la zona adscrita a la Segunda Edad del Hierro la ordenación es excelente, muy parecida a la anterior pero con algunas mejoras, como la ordenación relativa de las fases entre yacimientos. Se mantienen algunas anomalías como la posición relativa entre fíbulas de puente forjado y fundido y aparece alguna nueva como la posición de la variable que representa la presencia de cuchillos afalcatados en los yacimientos, que en este nuevo análisis aparecen en contextos más bien modernos, pero las tendencias apuntadas y sus cronologías se mantienen sin ninguna duda,

reforzadas quizá por el aumento de la correlación. En el Anexo 2 se han ampliado las diferentes zonas de la secuencia para observar

en detalle las asociaciones asentamientos/ variables, aunque como hemos dicho no difieren sustancialmente del modelo anterior

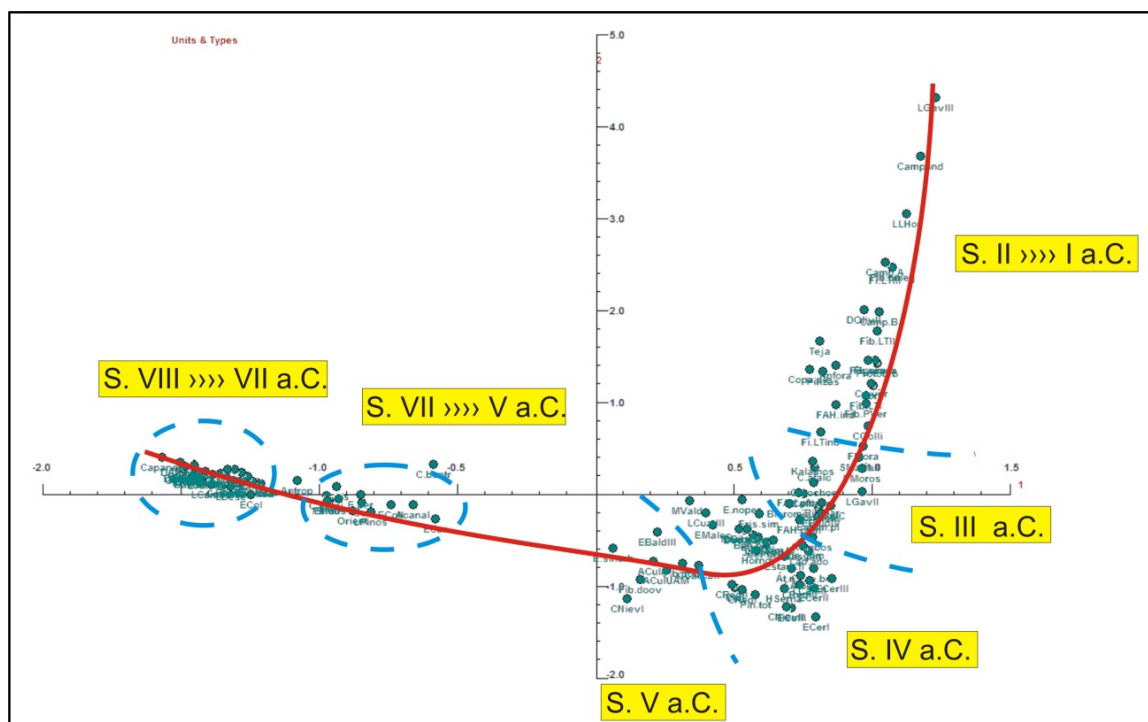


Figura 2.28: interpretación cronológica de la distribución del análisis multivariante una vez corregidos los casos y variables problemáticos

En resumen, el estudio por separado de los yacimientos permite tener una idea más clara de la seriación, afina la organización de la secuencia, su correlación y su disposición general, además de poner en relación con los asentamientos algunas de las variables que aparecían vinculadas a las necrópolis, pero no cambia sustancialmente ni el orden de la secuencia ni sus connotaciones cronológicas y materiales. Puede considerarse, eso sí, un refuerzo de las interpretaciones previas, que parece corroborar.

2.3.2. Análisis multivariante sólo con necrópolis

Siguiendo la lógica del ejercicio anterior, hemos realizado un estudio aislado y corregido de las necrópolis de la Edad del Hierro, para tratar de buscar su estructura interna sin las distorsiones producidas por los asentamientos. Hemos aislado las 17 necrópolis o fases de necrópolis y hemos retirado todas las variables asociadas a la topografía y la variable fosas, que no aporta ninguna información al aparecer en todos los yacimientos. Esto nos dejaba con un conjunto de 17 necrópolis y 93 variables. Hemos introducido el mismo criterio que en el ejercicio anterior, es decir, aumentar a un mínimo de cinco variables por yacimiento la exigencia necesaria para estar representado en el análisis. Una vez hecho esto, la muestra final ha sido de 15 necrópolis y 47 variables. El descenso tan brusco de variables se debe a dos razones. La primera es que muchas de las variables seleccionadas en el primer análisis estaban concebidas exclusivamente para los asentamientos (complejidad estructural, tipos de construcciones, fortificaciones, etc.) y por tanto no están vinculadas a las necrópolis. La segunda es que hay cierto número de materiales, como la cerámica campaniense, que hasta ahora sólo se han documentado en asentamientos. La muestra queda así muy mermada, especialmente en el número de necrópolis, más si tenemos en cuenta que varias de ellas como Cerro Colorado o Las Esperillas no están descritas con gran

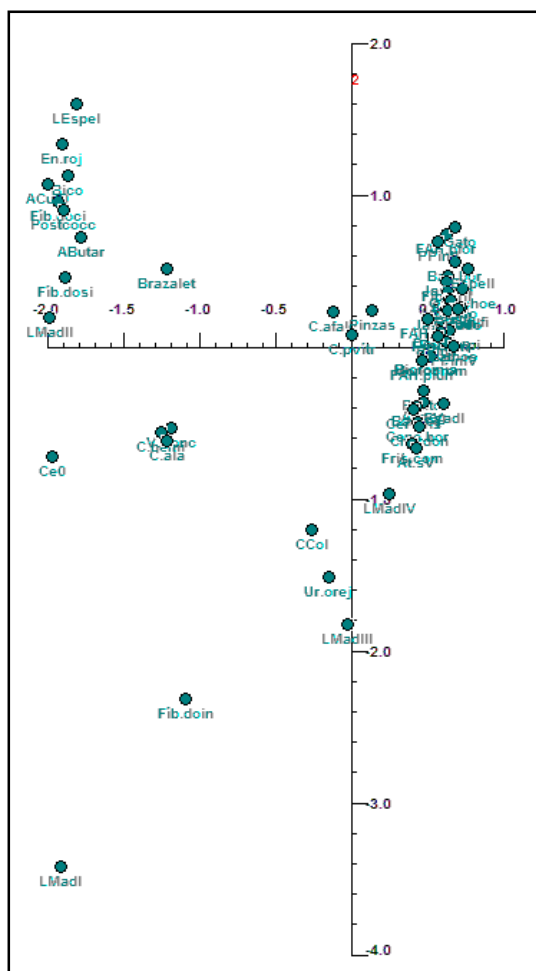


Figura 2.29: distribución del análisis de correspondencias utilizando sólo las necrópolis y sus variables asociadas

precisión. El conjunto, a priori, parece presentar dificultades para una correcta interpretación estadística.

Esto es lo que se observa en el gráfico (fig. 2.28). Como puede observarse, la figura representa vagamente una parábola, un poco mejor de lo que podía observarse en el gráfico original, pero no mucho mejor. Esta tímida mejora se aprecia en la variación del índice de correlación, que aumenta pero de manera muy discreta (0,838). Como en el primer análisis, las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro parecen estar mejor ordenadas que las de la Primera Edad del Hierro, y en general se mantienen las tendencias anteriores con algunas anomalías notables, como la presencia de Las Madrigueras I completamente descontextualizada o Las Madrigueras IV. En el Anexo 2 se han recogido ampliadas todas las asociaciones, donde pueden observarse las escasas variaciones respecto del análisis principal.

Figura 2.29: distribución del análisis de correspondencias utilizando sólo las necrópolis y sus variables asociadas

2.3.3. Una aproximación a la seriación de la cultura material

El tercer ejercicio ha tratado de afrontar la última gran anomalía detectada durante el análisis: la excesiva imprecisión de muchas de las variables vinculadas a las características estructurales, topográficas y constructivas de los yacimientos. En el primer ejercicio pudimos observar cómo mejoraba significativamente el coeficiente de correlación al separar necrópolis y asentamientos, acompañada de la eliminación de algunas de las variables de este tipo. En este tercer ejercicio hemos mantenido unidos todos los asentamientos, eliminando todas las variables asociadas a las características de los asentamientos. Se ha realizado el trabajo por tanto sobre 74 yacimientos y 76 variables. Un yacimiento (La Gavia I) fue eliminado por no cumplir los requisitos mínimos de representación. Asimismo, y en vista de los resultados obtenidos, hemos eliminado también una única variable de cultura material, la asociada a los cuencos de borde entrante, que aparecía

muy singularizada respecto del resto. Su eliminación ha permitido ajustar un poco más la seriación, mejorando los resultados.

Éstos han sido muy buenos, hasta el punto de que representan una seriación con clara forma parabólica (fig. 2.29), aunque mantiene la asimetría entre las dos ramas que ha caracterizado a todos los gráficos. El gráfico ha sido representado sin nombres, para hacerlo inteligible, y aunque reafirma – una vez más – la validez del experimento realizado, lo cierto es que a nivel interno

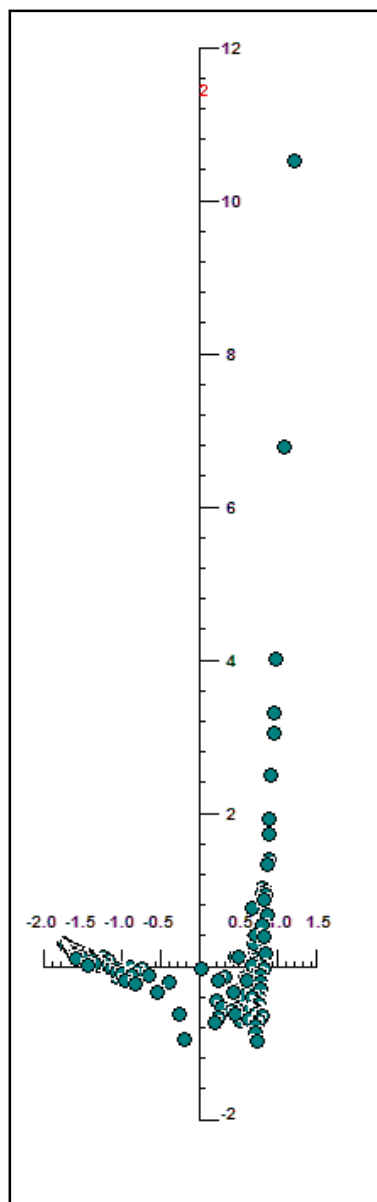


Figura 2.30: distribución del análisis de correspondencias utilizando solamente los asentamientos y sus variables asociadas

apenas muestra diferencias con el inicial. Las asociaciones concretas entre yacimientos y cultura material se encuentran en el Anexo 2, así como las diferentes bases de datos utilizadas. El coeficiente de correlación sube significativamente, hasta el 0,9055, que consideramos muy bueno teniendo en cuenta las características de la muestra.

El ejercicio parece por tanto confirmar la mayor utilidad de las variables asociadas a tipos cerámicos y otros objetos como elementos de ordenación de la secuencia cronológica y material de los asentamientos, y nos ha llevado a plantearnos la posibilidad de realizar otro tipo de análisis estadísticos para extraer el máximo rendimiento a este hecho. Siendo importante, el análisis de correspondencias de este tercer ejercicio no hace sino confirmar y mejorar nuestra secuencia, pero no añade elementos de discusión relevantes ya que la localización de las diferentes variables y yacimientos es básicamente la misma.

Hemos optado por tanto por realizar, de manera excepcional, otro tipo de análisis estadístico que fue nombrado de pasada en la introducción de este capítulo y que fue desechado a favor del análisis de correspondencias. Nos estamos refiriendo a la denominada seriación. Por supuesto, el análisis de correspondencias también puede representar una seriación (como ocurre en nuestro caso), pero esto no tiene por qué ser necesariamente así, y además ofrece como dijimos algunas ventajas interpretativas sobre las seriaciones. Éstas, definidas de manera muy simple, consisten en matrices (conocidas a menudo por la denominación anglosajona de *battleships*) en las que se representan todos los tipos, unidades e incidencias incluidos en el análisis, ordenados en filas de acuerdo a su mayor o menor similitud. Aunque también es un análisis multivariante, esto es, gestiona muchísimas combinaciones de variables y casos, la seriación presenta algunas diferencias clave con el análisis de correspondencias.

En primer lugar, el orden que establece es un orden rígido, ya que si se analizan, por ejemplo, cinco yacimientos completamente diferentes, el análisis los colocará uno debajo del otro sin hacer ninguna alusión a la distancia existente entre ellos. Es decir, la seriación *fuera* el análisis,

por lo que puede ofrecer una visión distorsionada de la realidad ya que (en casos extremos) puede llegar a proponer una secuencia donde no la hay. Asimismo, en la matriz generada por la seriación es más difícil detectar agrupaciones de yacimientos y variables, sus distancias relativas, los periodos rápidos o lentos de transición y las posibles excepciones. Finalmente, y en esto coincide con todos los métodos estadísticos, la seriación ordena las incidencias existentes pero no les confiere un significado. Éste debe ser extraído por el arqueólogo. Estos problemas hicieron que, cuando hubo que elegir un método de aproximación estadística se optase el análisis de correspondencias.

Sin embargo, la seriación puede ofrecer algunos elementos interesantes de análisis de los que carece el método anterior, sobre todo si – como es el caso, una vez que hemos realizado nuestro estudio – sabemos que existe de hecho una seriación en la cultura material. La principal ventaja de la seriación es que refleja en su matriz todas las incidencias (esto es, combinaciones de variables y casos) existentes, por lo que pueden apreciarse mucho mejor las diferentes relaciones existentes y detectarse procesos como la introducción de nuevos tipos, la desaparición de otros y la perduración de algunos objetos a lo largo del tiempo, aspectos más difíciles de apreciar en el análisis de correspondencias porque cada variable aparecía representada una única vez. La seriación nos refleja la estructura interna de la secuencia dato a dato, pero es necesario asegurarse previamente de que dicha secuencia existe para extraer todo el sentido al análisis.

En nuestro caso, hemos realizado la seriación con la misma muestra que en el análisis de correspondencias descrito arriba, 74 yacimientos y 75 variables. El resultado (fig. 2.30), como no podía ser de otra forma, coincide en gran medida con el análisis de correspondencias y con los datos generales defendidos hasta ahora, aunque aparecen algunas pequeñas anomalías que serán explicadas a continuación. Como puede observarse en el gráfico, los yacimientos se distribuyen cronológicamente de arriba debajo de más antiguo a más moderno, siguiendo de manera aproximada una línea diagonal que marca la transformación de la cultura material.

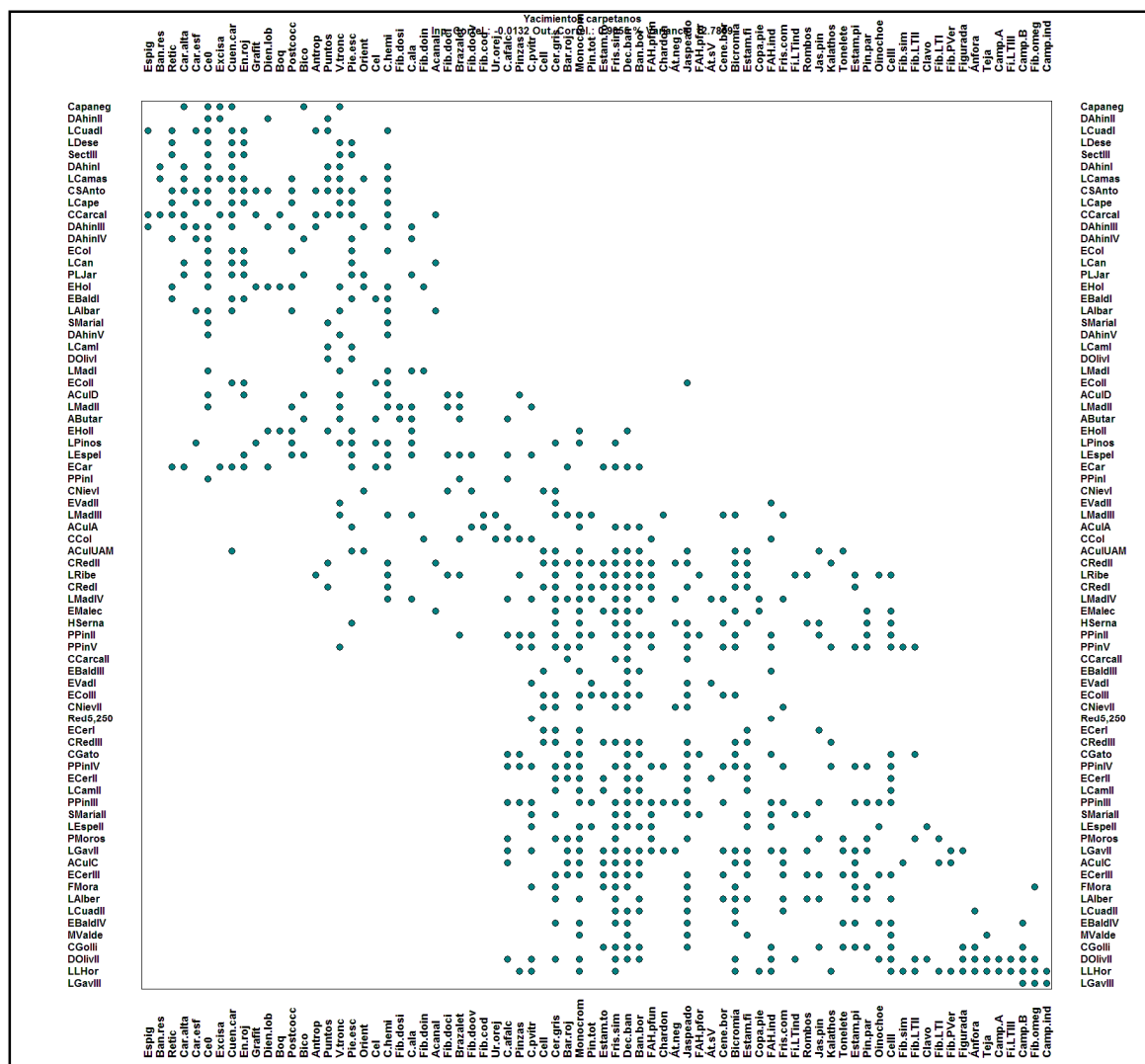


Figura 2.31: seriación de la cultura material de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo

Por supuesto, esta línea diagonal nunca es perfecta, en parte por la calidad de la muestra y en parte porque los procesos de sustitución de objetos nunca son regulares, sino que se ven afectados tanto por perduraciones de objetos más antiguos como por la progresiva introducción de nuevas piezas en el registro arqueológico. Dentro de estos procesos pueden establecerse algunas reglas que nos ayudan a interpretar este tipo de gráficos. Así, bloques de yacimientos que presentan más o menos las mismas variables y que aparecen por tanto unos debajo de los otros reflejan un periodo de relativa estabilidad en el registro arqueológico, un momento “pleno”. Conforme se vaya avanzando cronológicamente en la seriación (en nuestro caso, descendiendo) y aparezcan nuevos yacimientos, algunos de esos elementos característicos irán desapareciendo y otros irán sustituyéndolos, representando la introducción de nuevos objetos. Del mismo modo, algunos yacimientos seguirán teniendo objetos característicos de etapas anteriores de manera minoritaria, representando las lógicas pervivencias de la cultura material. Finalmente, un conjunto de yacimientos con pocos elementos en común y una mezcla de elementos arcaicos y nuevos objetos puede ser interpretado como característico de una etapa de transición, en la que aún no se han fijado los tipos característicos del periodo. Todos estos criterios pueden apreciarse en nuestra seriación, que vamos a analizar de manera un poco más detallada.

De forma general, puede apreciarse una forma irregular que recuerda vagamente a un reloj de arena asimétrico con dos grandes acumulaciones de incidencias en las esquinas superior izquierda (donde se sitúan los yacimientos de la Primera Edad del Hierro) e inferior derecha (que corresponde a los yacimientos de la Segunda Edad del Hierro). Ambas zonas presentan un conjunto de variables repetidas de manera recurrente en los yacimientos, que les otorgan esa sensación de acumulación. Entre medias, donde se unirían las dos mitades del reloj, una zona mucho menos clara y mayor dispersión de variables, que correspondería al periodo de transición entre ambas etapas “plenas”. Cronológicamente, el orden es de arriba hacia abajo en los yacimientos y de izquierda a derecha en las variables. El hecho de que la forma no sea más regular se debe a muchos factores: calidad de la muestra, diferente número de yacimientos para cada etapa, procesos internos históricos de sustitución de objetos, mayor o menor rapidez en esta sustitución, etc.

Como es lógico, se han detectado algunas anomalías en la seriación. Algunas reflejan situaciones ya detectadas en los análisis de correspondencias, mientras que otras son nuevas y deben ser explicadas aquí. Respecto de la disposición de los yacimientos, se han detectado tres anomalías principales: la posición invertida de las fases I y II de El Vado (que también se observaba en análisis anteriores y que estaba explicada por la escasa información acerca de la cultura material de la segunda fase), la posición del yacimiento de La Cantueña, que en la seriación aparece en una zona mucho más moderna de la que le correspondía en el análisis de correspondencias y la posición desordenada de Palomar de Pintado V, que aparece junto a Palomar de Pintado II en un momento mucho más antiguo de la seriación, cuando en el análisis de correspondencias su posición era perfecta. Esta posición es explicable porque algunas de las tumbas de Palomar de Pintado contienen vasos troncocónicos realizados a mano imitando producciones antiguas. En el análisis de correspondencias el resto de variables compensaba este hecho, pero en la seriación todas las incidencias deben ser representadas, forzando la colocación de esta fase en una posición antigua. Respecto de las variables, también se detectan algunos problemas con la aparición de variables asociadas a la fase inicial de la Primera Edad del Hierro en un puesto cronológicamente más moderno, o cambios en el orden cronológico entre los dos tipos de cerámica ática. Todas estas anomalías (marcadas en la figura 2.31) están causadas por un nivel de información escaso: todas ellas están representadas en menos de seis yacimientos. Por suerte, nuestra seriación no persigue una clasificación tipológica al uso, para la que carecemos de suficiente información, sino que pretendemos limitarnos a valorar la evolución de los diferentes elementos que componen la cultura material.

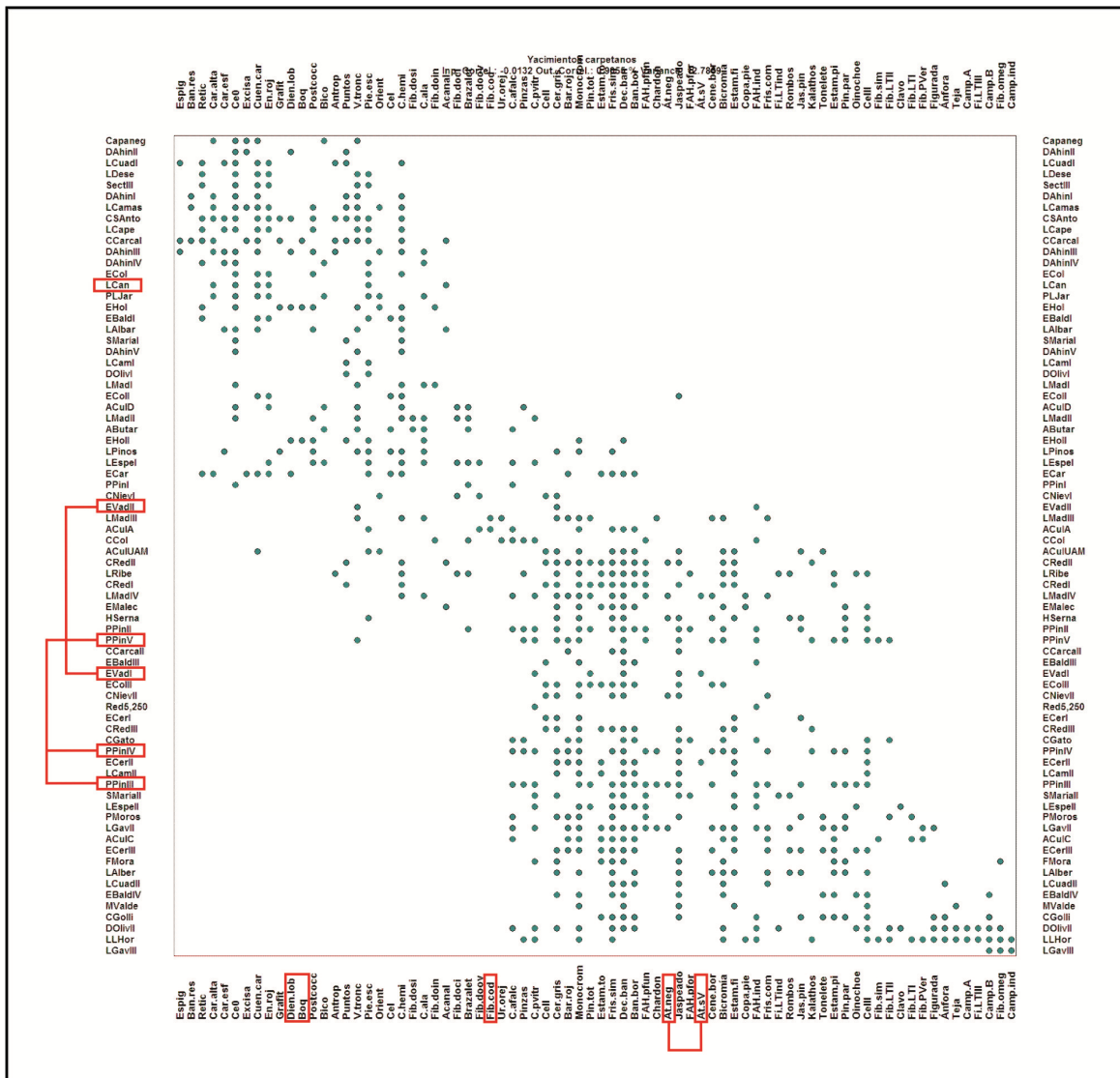


Figura 2.32: principales anomalías detectadas en la seriación

De manera resumida vamos a interpretar la seriación tratando de definir los procesos de introducción, estabilización y desaparición de los diferentes tipos, así como relacionar éstos con los periodos cronológicos en que se insertan. También vamos a tratar de valorar las aportaciones que esta seriación hace al análisis de correspondencias. Para ello hemos preparado una figura que trata de sintetizar estos procesos (figura 2.32) en la que se aprecia cómo en cada una de las fases definidas existe un conjunto de elementos característicos del periodo estudiado (color naranja) pero también algunos elementos que, o bien perduran desde etapas anteriores (color amarillo) bien anticipan características de un periodo posterior (color rojo). Vamos a discutir brevemente los periodos definidos.

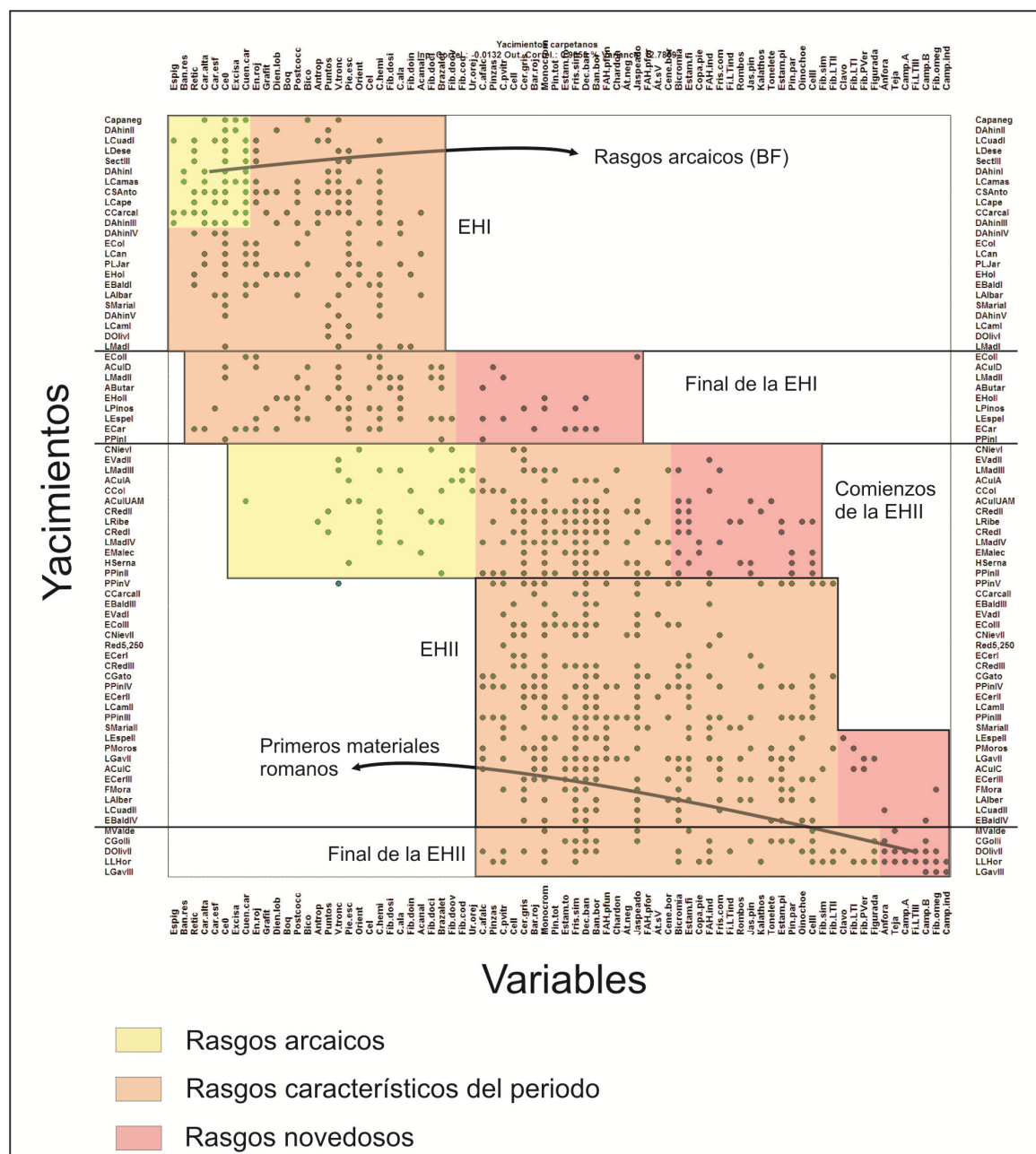


Figura 2.33: interpretación cronológica de la seriación

El primer periodo corresponde de manera genérica a la Primera Edad del Hierro. Habíamos visto en el análisis de correspondencias cómo podía detectarse un momento inicial del periodo, una etapa principal y otro momento final. Los datos proporcionados por la seriación no son tan concluyentes (fig. 2.33), ya que las variables asociadas a este momento inicial aparecen mezcladas con otras típicas de la etapa central de la Primera Edad del Hierro, y del mismo modo algunos yacimientos aparecen bastante descolocados. Sí parece haber una cierta concentración de rasgos arcaicos en la esquina superior izquierda (en amarillo) que podría implicar esa perduración de tipos citada anteriormente, pero lo cierto es que no es concluyente. En nuestra opinión, lo que indica esta mezcla es que el periodo considerado como la fase inicial de la Primera Edad del Hierro no debe ser considerado como una etapa de transición con influencias de ambos periodos, sino que marca simplemente algunos elementos retardatarios dentro de una cultura material consolidada. Esta idea puede venir apoyada por otros datos, como el hecho

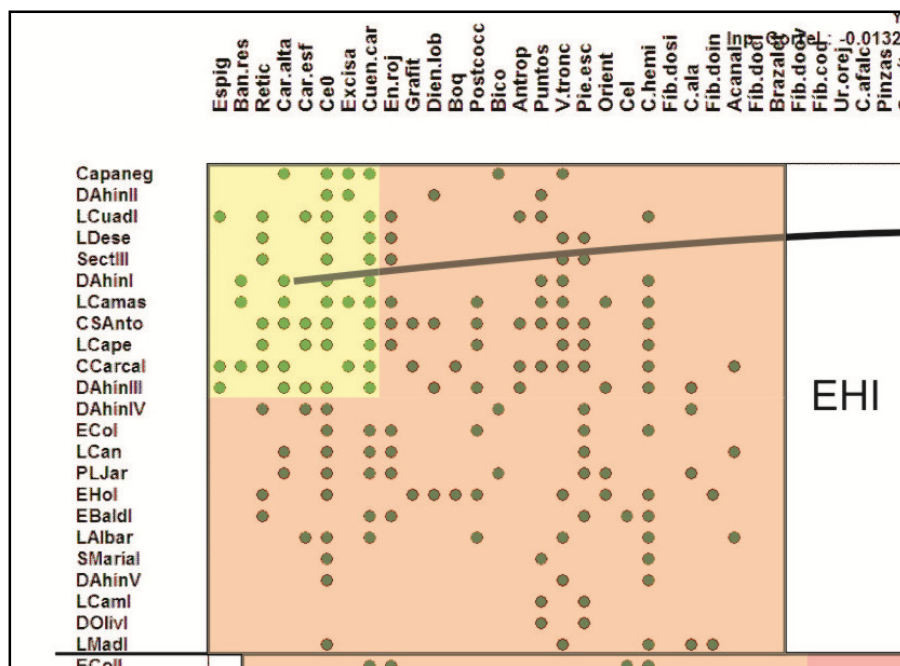


Figura 2.34: detalle de la seriación correspondiente a la Primera Edad del Hierro

de que la rama de la parábola del análisis de correspondencias que representaba a estos yacimientos fuera mucho más corta y agrupada (esto es, implicando menos cambios) que la correspondiente a la Segunda Edad del Hierro; y además tiene algunas connotaciones cronológicas y

arqueológicas interesantes: no es lo mismo valorar este periodo como un momento de transición que como un periodo plena con algunas reminiscencias materiales de etapas anteriores, como parece apuntar el gráfico.

Por lo demás, observando las variables se aprecia como siguen en general el orden cronológico, y cómo, según avanzamos hacia la derecha y hacia abajo, comienzan a aparecer algunos elementos novedosos en la serie (fíbulas de doble resorte, el primer y casi anecdótico ejemplo de cerámica a torno, los cuencos de ala plana). En la siguiente etapa (fig. 2.34) se observa cómo han desaparecido algunos de las variables situadas más a la izquierda, mientras que las que aparecían ocasionalmente en el periodo anterior ahora aparecen en casi todos los yacimientos. Asimismo, a la derecha comienzan a aparecer algunos nuevos elementos novedosos (en rojo) que incluyen las primeras cerámicas a torno. Interpretativamente, este tramo correspondería al final de la Primera Edad del Hierro, en la que, dentro de un ambiente material casi idéntico al del momento pleno del periodo comienza a documentarse muy esporádicamente la cerámica a torno con sus decoraciones más simples, las primeras cuentas de pasta vítrea y ocasionalmente, cerámicas grises. Se trata de un momento en el que empieza a producirse una transición clara, al menos en la cultura material.

Esta transición parece confirmarse en la siguiente figura (2.35), donde apreciamos cómo las variables vinculadas a la cerámica a mano de la Primera Edad del Hierro han casi desaparecido de los yacimientos (tramo amarillo). Por el contrario, aquellas que se documentaban de manera ocasional, como novedades en el registro (en rojo) ahora constituyen el grueso de la serie, estando presentes en casi todos los yacimientos (en naranja). Sin embargo, en este momento también siguen apareciendo otros elementos novedosos, lo que podría indicar un cambio rápido en la cultura material de los yacimientos, en una transición casi continua.

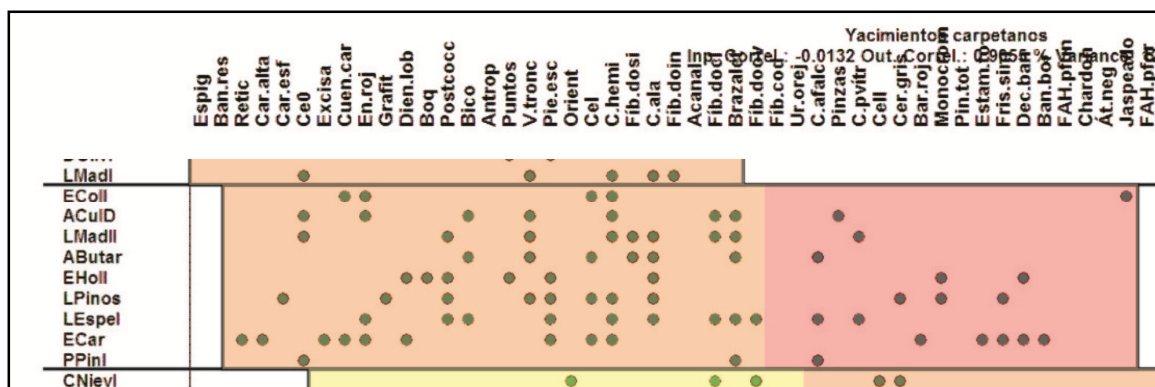


Figura 2.35: detalle de la seriación correspondiente a los comienzos de la transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro

Este periodo, que correspondería a la fase inicial de la Segunda Edad del Hierro, y que como hemos visto podría datarse en torno a la segunda mitad del siglo V a.C. – principios del siglo IV a.C. estaría caracterizado por el aumento sustancial de la presencia de la decoración a torno en los yacimientos, con decoraciones sencillas, la creciente presencia de algunos elementos de importación como la cerámica ática, el barniz rojo o las cuentas de pasta vítrea, algunas formas características como las urnas de orejetas y los vasos *à chardon* evolucionados y el jaspeado. Al final del grupo (es decir, en torno al siglo IV a.C.), comienzan a aparecer elementos novedosos en las decoraciones (que se hacen más complejas, algunas fíbulas y formas como los toneletes.

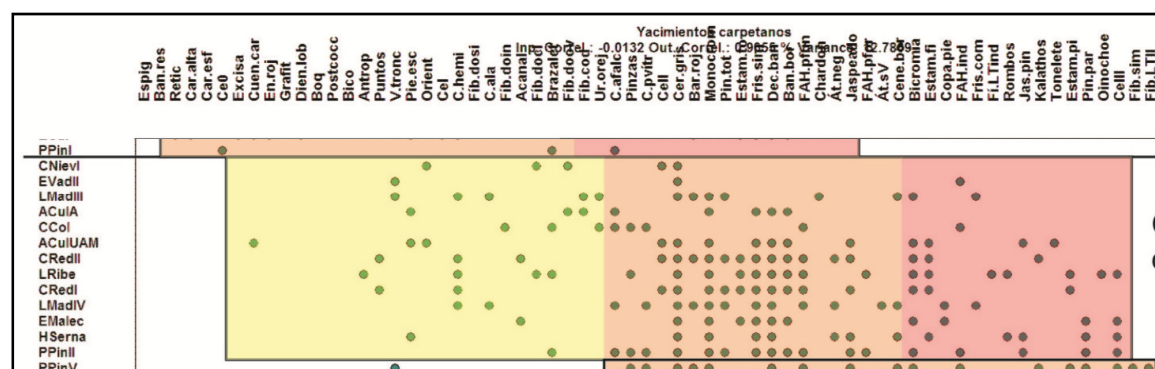


Figura 2.36: detalle de la seriación correspondiente al final de la transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro

En el siguiente grupo podemos observar cómo parece producirse una etapa de estabilidad (fig. 2.36). Los elementos que representaban pervivencias de la etapa anterior (amarillos) han desaparecido. Los característicos del periodo inicial de la Segunda Edad del Hierro siguen presentes y muy abundantes, lo que indica una estabilización de la cultura material. A la vez, elementos que eran novedosos en la fase anterior se han incorporado al conjunto, enriqueciéndolo. Esta estabilidad en la cultura material correspondería a los siglos IV – III a.C., y no tiene por qué – ni debe – ser extrapolada a otros ámbitos como el de los patrones de asentamiento, o las coordenadas sociales, políticas y económicas de los grupos en los que esa cultura material fue utilizada. Del mismo modo que en etapas anteriores donde se apreciaba un cambio rápido en la cultura material éste no tenía por qué corresponder a cambios en sus sociedades, tampoco una estabilidad material es indicio de estabilidad social. De lo que si nos habla este tramo de la seriación es de una fuerte homogeneidad en la cultura material a lo largo

de esos dos siglos. Al final de la serie (finales del siglo III a.C. – principios del siglo II a.C.), como viene siendo común, aparecen algunos elementos novedosos (en rojo).

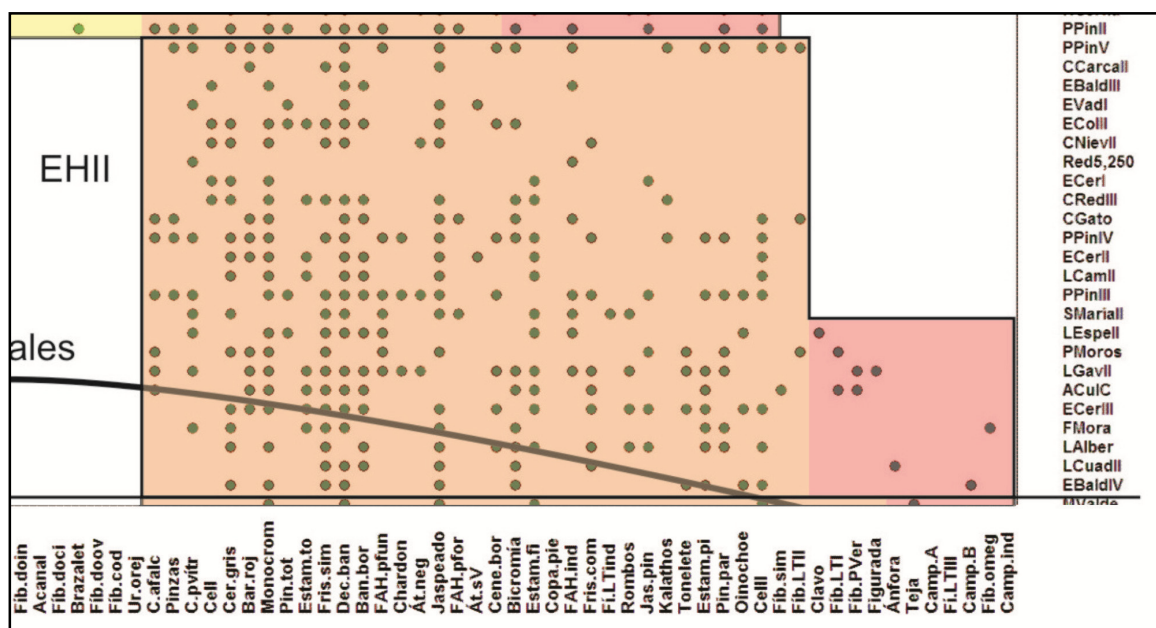


Figura 2.37: detalle de la seriación correspondiente a la Segunda Edad del Hierro

La fase final de la seriación (fig. 2.37) muestra, a grandes rasgos, las mismas variables de cultura material que la etapa anterior, consolidándose los elementos novedosos de la etapa anterior a las que se añaden los primeros elementos característicos del mundo romano. La impresión general es que los cambios son mínimos, aunque contamos con pocos yacimientos para este periodo que cubriría aproximadamente los siglos II – I a.C.

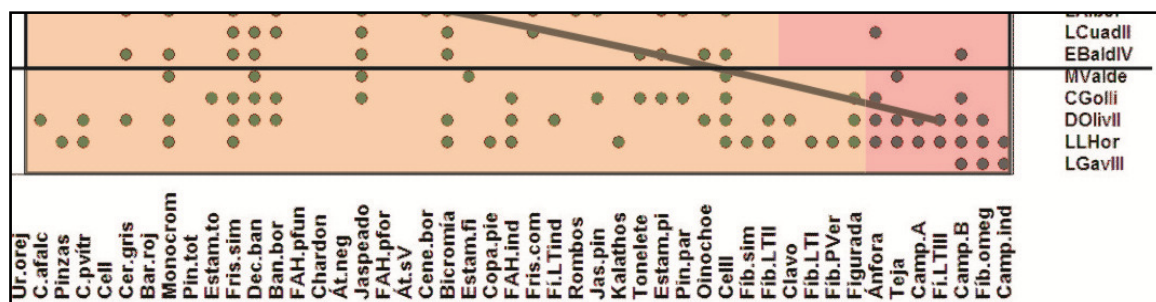


Figura 2.38: detalle de la seriación correspondiente al final de la Edad del Hierro

Aunque descritos muy someramente, creemos que queda patente el interés de este ejercicio para valorar los procesos de cambio dentro de la cultura material. Las posibilidades de detectar – con cierta prudencia – en qué momento y en qué yacimientos se produce la presencia por primera vez de un determinado objeto, cuándo tiene su concentración máxima o cuándo desaparece son evidentemente útiles y van a ser aprovechadas a lo largo de esta tesis. Como ejemplo de las posibilidades “finas” de valoración de los cambios en determinados objetos, hemos analizado la transformación tecnológica de la cerámica, visualizando ese cambio a lo largo de la serie (figura 2.38).

En este gráfico hemos señalado las cuatro variables que hacen referencia a los porcentajes de cerámica a torno sobre el total: Ce0 (0%), Cel (menos del 15%), Cell (50-80%) y CellI (más de 80%). Los criterios para la selección de estos intervalos aparecen detallados en el capítulo 5. Como es lógico, aparecen representados de izquierda a derecha, asumiendo que el porcentaje de cerámica a torno crece a lo largo del tiempo. Como es también lógico, la variable Ce0 aparece representada hasta el final de la Primera Edad del Hierro, aunque se aprecia que, conforme avanzamos en el tiempo cada vez hay menos yacimientos que sólo tengan cerámica a mano. La cerámica a torno aparece de forma esporádica en la fase plena de la Primera Edad del Hierro y se hace más común en la fase final, representando siempre menos del 15% del total. En esta fase final coexisten yacimientos con porcentajes pequeños de cerámica a torno con yacimientos a los que todavía no ha llegado este tipo de material, como parecería razonable asumiendo la entrada progresiva de la cerámica a torno en los contextos arqueológicos.

Sin embargo, el proceso es diferente en la transición entre Cel y Cell, ya que no hay ningún momento en el que yacimientos en los que aparezcan estas dos variables intercaladas. Es decir, una vez que aparece la variable Cell, desaparece absolutamente Cel. Esta desaparición es interpretada como un salto cuantitativo espectacular en los porcentajes de cerámica a torno en los yacimientos, que pasan de un máximo del 15% a un mínimo del 50% sin solución de continuidad. No coexisten yacimientos con porcentajes bajos frente a otros con porcentajes que van creciendo progresivamente es decir, el cambio es rápido y generalizado. Este salto había sido ya detectado en otros análisis, pero en la seriación especialmente expresivo. En nuestra opinión, podría obedecer a diferentes estrategias en la adquisición de la cerámica a torno. Cel marcaría la introducción de las primeras cerámicas a torno producto de importaciones o de los primeros intentos de fabricación, mientras que Cell señalaría la adquisición del *know how*, la tecnología que generalizaría, agilizaría y democratizaría la adquisición de la cerámica a torno en las poblaciones del valle medio del Tajo.

La transición entre Cell y CellI vuelve a ser “razonable”, coexistiendo yacimientos con mayores y menores porcentajes de cerámicas a torno al principio, hasta que todos los yacimientos de los que se tienen datos presentan altos porcentajes de este tipo de cerámicas. Es decir, una vez que la tecnología se ha adquirido, es cuestión de tiempo, de cambio progresivo, el que la cerámica a torno acabe imponiéndose. Cronológicamente la serie es coherente, ya que – en líneas generales – porcentajes más bajos corresponden a etapas más antiguas, y viceversa. De este modo, el análisis concreto de un tipo de variables puede aportar ideas interesantes para la interpretación de los procesos sociales y tecnológicos de la sociedad en la que se han detectado esos cambios.

La introducción de la cerámica a torno es tan sólo unos de los muchos ejemplos que pueden ser utilizados para reconstruir la secuencia material de la Edad del Hierro en nuestra región de estudio. No pretendemos desarrollarlos aquí todos, tan sólo hemos tratado de mostrar las posibilidades de interpretación que se nos ofrecen. Sin embargo, hemos de ser conscientes de que, por buenos resultados que hayamos obtenido tanto en el análisis de correspondencias como en los ejercicios posteriores, éstos resultados no dejan de marcar tendencias generales. El siguiente paso, una vez obtenido una serie que nos permite estructurar cronológica y materialmente la Edad del Hierro, es el más importante y el objetivo final de todo este trabajo:

ahora es necesario completar la serie con todos aquellos datos que, por falta de sistematización, criterios cronológicos fiables o información suficiente no han podido ser incluidos en el análisis. Para que este trabajo sea útil, hay que cerrar el círculo: hemos partido de los datos disponibles (escasos) para demostrar la existencia de una secuencia cronológica. Una vez conocida esta secuencia hay que integrar el resto de datos que antes aparecían descontextualizados, para acabar construyendo una secuencia apoyada en toda la cultura material. En otras palabras, hemos construido un edificio, pero necesitamos amueblarlo

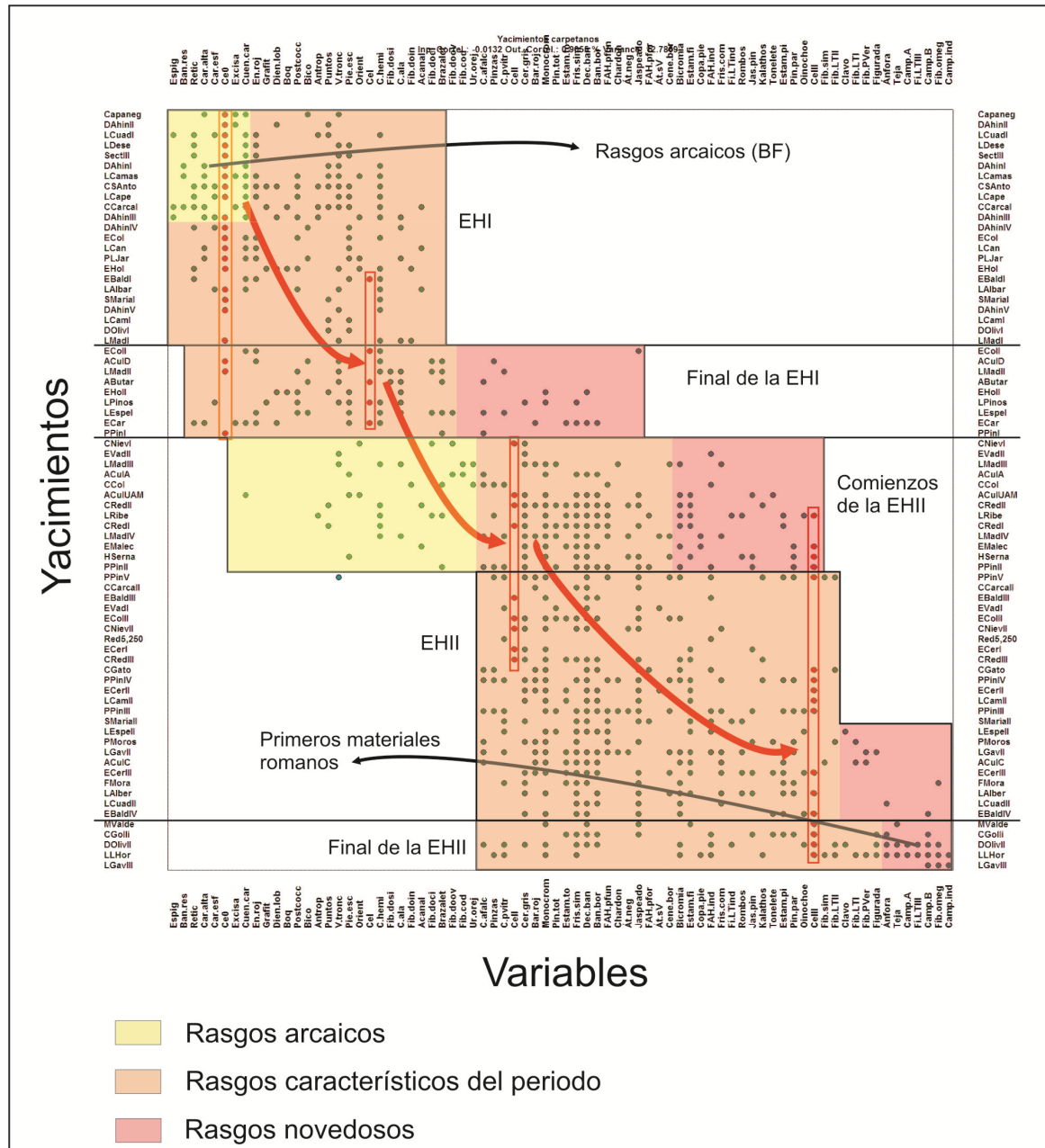


Figura 2.39: análisis del proceso de introducción de la cerámica a torno a partir de los datos de la seriación

2.4. Recapitulación

En nuestra opinión, los análisis realizados han cumplido varios objetivos. El más importante ha sido establecer una secuencia cronológica general para la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo que relaciona asentamientos, características de la cultura material y cronología de manera sistemática. Por supuesto, muchas de las asociaciones que hemos tratado en este capítulo y que aparecen reflejadas en el análisis ya habían sido propuestas en trabajos anteriores, como la existencia de dos momentos cronológicos en la Primera Edad del Hierro, la aparición de las necrópolis de incineración en el siglo VI a.C. o los cambios de poblamiento detectados en torno al siglo IV a.C. La aportación del análisis multivariante en estos casos es la confirmación de muchas de estas propuestas desde una aproximación completamente diferente, basada en métodos más objetivos y con controles estrictamente numéricos. En este sentido, el análisis de correspondencias aporta una ordenación científica que refuerza las interpretaciones realizadas a través de analogías de cultura material o de simple intuición.

Más aún, este tipo de propuestas se realizaban generalmente a partir de los yacimientos mejor estudiados, mientras que nuestro análisis ha permitido situar correctamente muchos yacimientos peor conocidos o sin una asignación cronológica clara. Asimismo, ha generado información sobre el ritmo y secuencia de algunos procesos como la transición entre la Primera y Segunda Edades del Hierro o sobre la existencia de dos momentos cronológicos en las necrópolis de incineración de la Primera Edad del Hierro. En los aspectos negativos hay que destacar la generalizada falta de calidad de las dataciones absolutas (generalmente, por la amplitud de sus intervalos), los problemas de definición cronológica de los comienzos de la Primera Edad del Hierro y la mala elección de las variables relacionadas con la posición topográfica de los asentamientos. Con todo, consideramos que la secuencia propuesta que resumimos abajo permite unificar las aportaciones de otros investigadores, reforzarlas con un mayor número de datos y asentamientos y establecer un esquema básico sobre el que definir periodos históricos y valorar otro tipo de características de corte más interpretativo – sociales, económicas, ideológicas. Sin rechazar que en un futuro el aporte de nuevos datos pueda modificar parcialmente los resultados del análisis (probablemente, para afinarlos), nuestro esquema va a ser el punto de partida del discurso de esta tesis. La discusión en detalle de las características de cada periodo – incluidas todas aquellas que no se encuentran incluidas en el análisis – permitirá completar la información para transformar esta secuencia en un discurso histórico que refleje, en toda su complejidad, la evolución de las comunidades que habitaron la región.

3.1. Introducción

Los arqueólogos, en última instancia, estudiamos sociedades. Por muy técnico que sea nuestro trabajo, por muy centrado que esté en el análisis de la cultura material o por muy alejados que estemos en nuestro día a día de reflexiones en torno a los seres humanos que produjeron, utilizaron y se relacionaron a través de la cultura material que estudiamos, la meta definitiva de cualquier arqueólogo – al menos, de aquellos que como yo consideramos la Arqueología como herramienta para construir un discurso histórico (o prehistórico) – debería ser la integración de los datos obtenidos a través de la Arqueología y de cualquier otra fuente disponible para plantear una propuesta de sociedad coherente con su cultura material y con los procesos históricos que ha afrontado. Sin esta perspectiva de construcción de discurso histórico nuestra disciplina deviene – como ocurre demasiado a menudo – en la enumeración de objetos, patrones de asentamiento, resultados de analíticas de laboratorio o resumen de procesos de sustitución de unos objetos por otros, sin que seamos capaces de proponer modelos que afronten, en la medida de lo posible, la interpretación de las sociedades pasadas. Pese a que se asume implícitamente – no puede ser de otro modo – que el objetivo final de nuestro trabajo es la reconstrucción de las sociedades pre y protohistóricas, el factor humano está ausente de manera recurrente en nuestra disciplina.

Y el factor humano es, en gran medida, el factor social. Es dentro de la sociedad donde los seres humanos interiorizan la mayor parte de la que va a ser su visión del mundo, su percepción de la realidad y de los otros seres humanos y grupos que les rodean. Es dentro de su sociedad donde van a desarrollar sus habilidades personales para vivir, donde va a reproducir los esquemas de valores en los que han crecido y donde van a ser evaluados respecto de su adscripción o no a las normas que la rigen. Es la sociedad que van a tratar de manipular en su favor, o desde la que van a ser espectadores a menudo inconscientes de cambios históricos. Y es dentro de la misma y de acuerdo a sus criterios donde va a producir el registro arqueológico que va a ser posteriormente estudiado por nosotros.

Parecería por tanto que para interpretar un determinado registro arqueológico debería ser un objetivo prioritario, una aproximación, en la medida de lo posible, a los mecanismos de funcionamiento de la sociedad que los produjo. Y así, tanto si se busca explícitamente como si se asume implícitamente, la creación o asunción de modelos de sociedad para interpretar el registro es uno de los objetivos finales de la mayoría de los arqueólogos, especialmente cuando se abordan estudios de carácter regional o síntesis. La discusión de modelos de organización social ha sido uno de los temas clásicos en la arqueología y antropología norteamericanas y en menor medida británicas desde los años 70, siendo su desarrollo más tardío en el resto de Europa, escaso en España e inexistente en nuestra área de estudio.

En el caso de nuestro país, la reflexión respecto a este tema se ha dirigido mayoritariamente hacia la adscripción de una determinada cultura material a uno de los estadios desarrollados en propuestas evolucionistas como los trabajos clásicos de Fried (1967: 13) o Service (1962). Más raro ha sido el planteamiento de verdaderos modelos individualizados en función del registro disponible, o a debates sobre algunos de los temas principales en la estructuración de las sociedades antiguas – la aparición de la complejidad y las desigualdades sociales, los mecanismos de relación entre élites, los mecanismos de control de la población, etc. En el caso de los modelos interpretativos existe una tradición relativamente abundante de propuestas, en general influidas por la investigación desarrollada en el mundo anglosajón, como los trabajos de Chapman (1990) y Gilman en el sureste (1995) o Ruiz-Gálvez para el Bronce Atlántico (1998), por citar algunos de los ejemplos más influyentes para etapas prehistóricas. En general, estos modelos han conseguido incentivar el debate científico, desde diferentes posturas teóricas. En la actualidad, esta línea de trabajos continúa con propuestas como la aplicación del concepto de sociedades *transigualitarias* de Brian Hayden (1995) a los grupos campaniformes de la Meseta (Garrido, R. 2006), y en algunos casos ha llevado a un interesante debate desde modelos muy diferentes, como en el Noroeste de la Península ibérica (González, A. 2006; Parceró, C. 2003; Sastre, I. 2002) y en Asturias (Marín, C. 2011). Con todo, el número de propuestas planteadas y su repercusión en las corrientes interpretativas sigue siendo escaso.

Respecto del debate sobre los problemas clave de la organización social (independiente de áreas o periodos concretos), la reflexión ha sido escasa en nuestro país, debido a una conjunción de factores entre los que cabe destacar la escasa tradición de discusión teórica, el peso de las tradiciones normativistas y de las interpretaciones de tipo histórico-cultural y, sobre todo, la adscripción de la inmensa mayoría de los arqueólogos a la corriente positivista predominante en la arqueología española. A estos factores hay que añadir la disociación entre arqueología y antropología característica de nuestro país, que ha provocado un retraso permanente en la incorporación de modelos teóricos y propuestas alternativas en nuestra disciplina. En lo que respecta a la arqueología social, la vinculación entre Antropología y Arqueología existente en los Estados Unidos y los trabajos de Renfrew, Fleming o Bradley –entre muchos otros– en el Reino Unido ha sido clave para comprender su extraordinario desarrollo, tanto a la hora de rebatir propuestas anteriores como para desarrollar metodologías de aproximación a la interpretación del registro arqueológico.

Más aún, el periodo que nos ocupa presenta otros problemas que afectan directamente a la interpretación social del registro arqueológico. La percepción de la Edad del Hierro como un periodo cercano a nuestra propia sociedad y que por tanto es esencialmente –abstrayendo las diferencias tecnológicas– similar a las sociedades europeas premodernas ha sido repetidamente contestada desde la arqueología británica por autores como J. D. Hill (1994, 1995, 1996; 2005; Hill, J. D. y Cumberpatch, C. G. 1993) y John Collis (1994, 1997, 2005), creando un amplio debate que sin embargo no ha venido acompañado de propuestas metodológicas firmes y que por tanto ha tenido escasas aplicaciones prácticas. Además, la existencia de textos clásicos en los que se describe a estos grupos parece ofrecer un marco explicativo adecuado que haría menos necesaria la aplicación de modelos interpretativos basados en el registro arqueológico.

Así pues, la historia de la arqueología social es esencialmente anglosajona y, sobre todo, estadounidense, y en sus comienzos es sobre todo, una construcción antropológica. Aunque los inicios pueden rastrearse en trabajos regionales desde los años 50 (Feinman, G. M. y Neitzel, J. 1984: 40), el final de los años 60 y la década de los 70 van a ver la aparición y aplicación exhaustiva de los modelos generales procedentes del evolucionismo social con las clasificaciones de Service (banda – tribu – jefatura – estado), Fried (sociedades igualitaria – de rango – estratificada y estatal) y en menor medida, Redman (1978). Poco después aparecieron las primeras aplicaciones arqueológicas (Renfrew, C. 1974).

Aunque su difusión muy rápida, su uso se generalizó y la terminología utilizada (al menos, en el caso de la clasificación de Service) sigue estando presente en gran parte de los modelos interpretativos, las primeras críticas no tardaron en aparecer dirigidas a tres de las líneas fundamentales del modelo evolucionista. La primera de ellas es el propio concepto de evolución social, apoyado en una idea occidental de progreso que considera el aumento de la complejidad social como algo lógico, universal y positivo. Son comunes las propuestas de este modelo presentadas en forma de escalones en los que la meta es la organización estatal, mientras que las sociedades más igualitarias se localizan en el comienzo de un supuesto camino hacia el progreso social. El segundo gran ataque vino de la progresiva constatación de que los datos antropológicos rebatían de manera recurrente las características propuestas para los estadios de las clasificaciones evolucionistas, haciendo muy difícil la asignación de las sociedades estudiadas a alguna de las categorías. En este sentido, el artículo de G. Feinman y J. Neitzel *Prestate societies in the Americas* (1984) constituyó un hito al ejemplificar de manera muy clara cómo las características culturales consideradas para adscribir a las sociedades estudiadas a una de las categorías constituían un *continuum*, antes que conjuntos discretos (Hayden, B. 1995: 17). Finalmente, los trabajos de Timothy .K. Earle desde finales de los años 70 culminaron en una profunda revisión del concepto de jefatura al cuestionar el papel de coordinador del jefe en la redistribución de los bienes, característica que constituía el principal elemento de diagnóstico para detectar este tipo de organización social, iniciando una línea de investigación que se mantiene activa hasta nuestros (1987; 1991; 1997).

Estas tres posturas críticas debilitaron sustancialmente el modelo evolucionista, especialmente en sus grados intermedios (la tribu y la jefatura de Service) ya que los extremos (banda y estado) eran más fácilmente identificables. Esto no quiere decir que se descartasen las categorías propuestas, sino que el debate se centró más en los mecanismos que provocan la transformación de las sociedades, muy influido por las teorías procesuales que en esos momentos dominan la arqueología. Se potencia así el papel de las elites emergentes como gestores que dirigen unos cambios sociales que casi siempre son provocados por desajustes en el conjunto de sistemas que componen la sociedad. En este sentido, las denominadas jefaturas son especialmente importantes ya que constituyen el primer paso hacia una sociedad jerárquica, y por tanto el estudio de su aparición y consolidación es clave para comprender la transición entre ambos tipos de sociedades, y los trabajos de Timothy K. Earle (1987; 1991) son un buen ejemplo de este interés.

Como bien dice A. Gilman (1995: 236), la mayoría de los modelos procesuales son modelos adaptacionistas, que explican los cambios sociales como respuestas a estímulos externos (a menudo ambientales) que modifican el sistema organizativo previo, en los cuales el grupo se beneficia, al menos inicialmente, de los nuevos modelos de gestión de los recursos. Es el caso de propuestas como las de Halstead y O'Shea (1989). Sin entrar en las críticas generales a la arqueología procesual que comienzan a aparecer en los años 80 (Hodder, I. 1985; Shanks, M. y Tilley, C. 1987), y aunque las propuestas procesuales han ido incluyendo cada vez más elementos en su línea de investigación, desde posturas estrictamente económicas y ambientales hasta perspectivas relacionadas con la ideología del poder, no han conseguido algunos de sus principales objetivos, como el establecimiento de teorías generales para analizar los cambios culturales y organizativos de las sociedades que estudian (Gilman, A. 1995: 236; McGuire, R. H. y Saitta, D. J. 1996: 199), ni se han liberado del fuerte componente evolucionista anterior. Los progresos en la contextualización e individualización de las sociedades estudiadas han sido enormes, pero los objetivos finales de la arqueología procesual siguen chocando con la complejidad de las sociedades humanas (McGuire, R. H. y Saitta, D. J. 1996: 199).

Además, y como han hecho notar investigadores desde perspectivas marxistas (Gilman, A. 1995: 237-238), los modelos procesuales y adaptacionistas presentan una cara excesivamente amable del proceso de jerarquización de las sociedades. En estos modelos la asunción de nuevos modelos de organización social se asume como lógica y beneficiosa, y en el papel de las elites como gestoras, coordinadoras de las redes de intercambio y redistribuidoras se obvia a menudo la realidad de las diferencias sociales y la evidencia de un acceso desigual a los resultados del trabajo, por no hablar de los mecanismos de coerción empleados por las elites en el mantenimiento del poder. Desde otro punto de vista, las interpretaciones adaptativas han sido fuertemente cuestionadas por autores de posiciones neodarwinistas (Braun, D. P. 1991), que critican la interpretación de la realidad como un conjunto de problemas – ecológicos, sociales, económicos – y de soluciones a aplicar a los mismos. Para este autor, es imposible que una sociedad elija conscientemente cambiar para adaptarse a una nueva realidad, ya que todas las decisiones que va a tomar frente a esos cambios van a estar predeterminadas por su forma anterior de ver el mundo (Braun, D. P. 1991: 427). Además, aunque pudiera hacerlo, no tendría capacidad para predecir los resultados de sus actos, esto lleva a la segunda crítica del modelo adaptativo: presuponer que las decisiones tomadas son correctas y soluciones óptimas a los problemas (Braun, D. P. 1991: 428), algo implícito en las teorías procesuales que indirectamente han heredado la perspectiva de progreso que arrastran todos los modelos evolucionistas. Ni mucho menos pretendemos defender aquí las posturas de la selección natural aplicadas a las transformaciones de las sociedades, pero creemos que estas críticas son interesantes y ayudan a matizar la idea la organización social como un proceso lógico y positivo *per se*.

A partir de la década de los 90 las tendencias de investigación se han centrado menos en la búsqueda de modelos generales y categorías fijas y más en el análisis de aquellas características que pueden ayudar a definir los mecanismos de funcionamiento de las sociedades, como la desigualdad social y su origen (Helliwell, C. 1995; Price, T. D. y Feinman, G. M. 1995b), el rango (Wason, P. K. 1994) o la resistencia a los procesos de desigualdad social (Boehm, C. 1993; Poyer, L. 1991). Asimismo, se han planteado revisiones de las categorías ya tradicionales como las tribus (Fowles, S. M. 2002; Parkinson, W. A. 2002) o las jefaturas (Earle, T. K. 1997) y, en general,

de las denominadas sociedades “intermedias” situadas entre las estructuras más igualitarias y las estatales (Arnold, J. E. 1996a, b; O’Shea, J. M. y Barker, A. W. 1996). Finalmente, también en este momento comienzan a aparecer las primeras propuestas alternativas a las clasificaciones tradicionales, como las sociedades “transigualitarias” (Hayden, B. 1995), la aplicación del concepto de jerarquías secuenciales o simultáneas de Johnson (Price, T. D. 1995) o el desarrollo del concepto de heterarquía aplicado a la Arqueología y a la Antropología (Brumfield, E. M. 1995; Crumley, C. L. 1995; Rogers, R. J. 1995). En esta línea debe encuadrarse la revisión de las sociedades de la Edad del Hierro desarrollada en Gran Bretaña ya reseñada anteriormente (Moore, T. 2007: 79-80). Finalmente, los últimos años han visto una progresiva diversificación de las tendencias de estudio, que en Europa van desde las propuestas procesuales más tradicionales hasta la aplicación de modelos insertos en las corrientes postprocesuales (Moore, T. 2007), pasando por la aplicación de conceptos ya clásicos procedentes del Marxismo (Parceró, C. 2003), otros desarrollados en la década de los 90 (Garrido, R. 2006; Sastre, I. 2002); o por la apertura de nuevas líneas de investigación como la centrada en el concepto de sociedades de casa propuesto por Lévy-Strauss (Chesson, M. S. 2003; González, A. 2006).

Cuando han sido aplicados a la Edad del Hierro, estos modelos han tendido de manera bastante convergente hacia una “desjerarquización” de los modelos anteriores (que, en líneas generales clasificaban a estas sociedades como jefaturas), a la vez que hacen hincapié en la variabilidad de modelos de organización coexistentes – explicitada en títulos como *Different Iron Ages* (Hill, J. D. y Cumberpatch, C. G. 1995) – y analizan la dialéctica existente en sociedades en transición desde posturas más o menos igualitarias hasta sociedades estatales. Es en esa zona gris donde sitúan las sociedades de la Edad del Hierro, y el contexto en el que debemos analizar la estructura social de los grupos que habitaron el valle medio del Tajo.

Este análisis, si dependiera de una perspectiva estrictamente evolucionista, estaría casi acabado antes de empezar. Dentro de esta tendencia, la Edad del Hierro europea ha sido siempre considerada (implícita o explícitamente) como un periodo dominado por jefaturas, a las que sustituirían las estructuras estatales impuestas por el Imperio romano, o que evolucionarían hasta los primeros estados feudales en el norte de Europa. Y sin embargo, y ciñéndonos tan sólo a la Península ibérica, parece evidente que las estructuras sociales de los grupos protohistóricos que ocuparon el territorio tienen muy poco que ver en su grado de jerarquización, la complejidad de sus instituciones, el grado de poder que ostentaban sus élites o los mecanismos de agregación y gestión de las relaciones intergrupales y, finalmente, en como todos estos elementos se plasman en el registro arqueológico. Por supuesto, la crítica a esa uniformidad en las sociedades definidas como jefaturas puede y debe ampliarse a los estados, las sociedades segmentarias e incluso a las sociedades igualitarias. Simple y llanamente, las sociedades son demasiado variables para ser adscritas a una etiqueta que las defina.

Desde este punto de vista nuestra posición va a tratar de evitar las etiquetas y categorías, centrándose en los elementos clave que conforman la red de relaciones existente en cualquier sociedad y sirven para definirla en relación a su complejidad, su mayor o menor igualdad interna, la gestión de las decisiones, el ejercicio del poder o sus contradicciones internas. Para ello es necesario el desarrollo de un marco teórico propio que sirva para sentar las bases de nuestra interpretación. La abrumadora bibliografía existente, de la que nuestra breve reseña

historiográfica apenas es una muestra, proporciona un gran número de puntos de reflexión, modelos interpretativos y ejemplos aplicados a la arqueología a partir de los cuales hemos construido el conjunto de variables que nos parecen fundamentales para describir nuestro registro arqueológico.

Porque éste es el segundo paso: la selección de un marco de análisis teórico y metodológico que permita inferir un modelo de organización social a partir de los restos materiales con que contamos. Nuestro objetivo no es colgar un cartel con un nombre al lado de los grupos protohistóricos del valle medio del Tajo, sino crear un modelo dinámico apoyado en un conjunto de variables y en el registro arqueológico que sirva para interpretar esta sociedad, sus características económicas y políticas y sus relaciones con el medio, con la cultura material y con los grupos que la rodean. Tiene que ser un modelo dinámico porque – y este es otro punto a favor del rechazo a modelos basados en definiciones categóricas – nuestro análisis abarca un periodo cronológico de ocho siglos. Es necesario por tanto que sirva no sólo para valorar las características sociales de un grupo en un momento dado, sino que sea lo suficientemente flexible como para aceptar variaciones a lo largo del tiempo.

3.2. Un marco teórico para la sociedad del valle medio del Tajo

Como hemos comentado más arriba, la bibliografía en torno a las sociedades humanas es tan amplia que un análisis global de la misma resultaría no sólo fuera de lugar sino probablemente inabarcable. Del mismo modo, la terminología utilizada a lo largo de cuarenta años de investigación puede llegar a confundir, con diferentes expresiones y definiciones que en ocasiones hacen referencia a conceptos muy similares, si no idénticos. Lo que aquí se presenta como marco teórico es el conjunto de categorías y conceptos que hemos considerado operativos para nuestro trabajo, aquellos elementos de discusión que han marcado las directrices interpretativas para la sociedad que estudiamos y que son, en nuestra opinión, fundamentales para el análisis de cualquier sociedad. Son por tanto, conceptos que están sujetos a debate y discusión, desde el punto de vista de su pertinencia o no, de su importancia relativa, de la facilidad para reconocerlos en el registro arqueológico o de su misma existencia. En ningún momento se pretende realizar una revisión sobre diferentes posturas teóricas: salvo que se realice alguna matización concreta, debe asumirse que coincidimos con las propuestas que presentamos a continuación. También vamos a evitar cualquier alusión a tipos de sociedades (tribu, jefatura, sociedad transigularitaria, , etc.), ya que nuestro marco busca ser independiente de esas categorías.

En cuanto a la estructura de discusión, hemos elegido tres grandes conceptos que reúnen tres características básicas: son transversales – esto es, aparecen en todas las sociedades, independientemente de su complejidad –, son dinámicos – varían en cada sociedad y en cada momento histórico – y son susceptibles de ser documentados en el registro arqueológico y analizados a través de la cultura material. Indirectamente, también son conceptos sobre los que ha reflexionado siempre la Humanidad, hasta el punto de que hoy en día también impregnan nuestras vidas, nuestras percepciones de la realidad y nuestra propia definición como seres sociales. Se trata de los conceptos de desigualdad, poder y resistencia.

3.2.1. De la desigualdad

El problema de la desigualdad social supera con mucho el ámbito antropológico y arqueológico de este trabajo. Es una de las características intrínsecas de nuestra sociedad, una realidad dentro de la que hemos crecido y alrededor de cual hemos construido nuestra percepción del mundo y que condiciona, de manera inconsciente, nuestra valoración de la historia, de las sociedades y de los seres humanos. La desigualdad, en sentido amplio (Berreman, G. D. 1981: 4), es tanto un fenómeno de conducta, en el sentido de que los seres humanos actúan en función de su evaluación, un fenómeno de interacción – ya que esas acciones se producen generalmente en el contexto de las relaciones interpersonales – y tiene una dimensión material, ya que las acciones desarrolladas están relacionadas con un acceso diferencial a bienes, servicios y oportunidades. Asimismo, la desigualdad tiene una componente existencial, en la que las personas son conscientes de sus estatus y los experimentan de manera cognitiva y afectiva.

El concepto de desigualdad social y la discusión acerca de su surgimiento y desarrollo han estado presentes desde el comienzo en el estudio de las sociedades humanas. Las propuestas de Service y Fried recogen el concepto explícitamente, convirtiéndolo en eje de su distinción entre sociedades clasificadas como igualitarias o no y creando un punto de partida desde el que se ha construido gran parte de la discusión sobre las sociedades humanas. Las sociedades igualitarias eran caracterizadas como aquellas en que existían tantas posiciones de estatus como individuos, frente a las sociedades desiguales en las que las posiciones de estatus no estaban abiertas a todos los individuos, sino restringidas por nacimiento. Dentro de las primeras se incluían los grupos de cazadores – recolectores y horticultores o agricultores a pequeña escala (las bandas y tribus propuestas por Service), mientras que los tipos más complejos como jefaturas y estados eran considerados sociedades estratificadas o desiguales.

La profunda revisión de los modelos evolucionistas realizada en los años 80 ayudó a matizar esta clasificación, ya que los estudios antropológicos detectaron un número apreciable de sociedades de cazadores – recolectores y horticultores cuya organización era compleja y que presentaban fuertes desigualdades sociales incluida la esclavitud o evidencias de adscripción de estatus por nacimiento. Desde entonces, la discusión se ha centrado no en caracterizar a una sociedad como igualitaria o no, sino en cuáles son los contextos que favorecen el comienzo de las desigualdades sociales, los mecanismos a través de los que se desarrolla y consolida y los resultados finales del proceso.

Quizá el punto de partida de toda la discusión es si la desigualdad es intrínseca a los seres humanos, si es un rasgo estructural en la especie humana. En este sentido, una de las líneas de crítica de los primeros esquemas evolucionistas fue la constatación de la existencia de desigualdades en todas las sociedades, incluso entre las consideradas más igualitarias (Feinman, G. M. 1995: 261; Price, T. D. y Feinman, G. M. 1995a: 4). Esta desigualdad estaría basada en criterios de sexo, edad o habilidad y su reconocimiento llevaría a la asunción de que en todas las sociedades existen niveles de relación tanto igualitarios como jerarquizados. Hay por tanto una asunción implícita (Price, T. D. y Feinman, G. M. 1995a: 4) – en ocasiones explícita (Hayden, B. 1995: 20) – de que la semilla para la desigualdad está presente en todas las sociedades humanas.

El debate sobre la desigualdad como algo natural o una característica adquirida por las sociedades a través de diferentes procesos históricos es muy antiguo en las ciencias sociales y ha sido tratado de manera extensa (una discusión sobre el concepto de desigualdad natural puede encontrarse en Béteille (1981) partiendo de las ideas de Rousseau, Locke y Tocqueville). En nuestro caso y centrándonos en aspectos antropológicos y sin perder la perspectiva de nuestro enfoque arqueológico, creemos que es necesario afinar un poco la afirmación de la presencia de desigualdades dentro de sociedades igualitarias estableciendo diferentes niveles de discusión y, en definitiva, definir qué entendemos por desigualdad.

Es un hecho que, biológicamente, los seres humanos no son iguales. Además de la distinción básica marcada por el sexo, en cualquier momento dado existe en todas las sociedades otro criterio diferenciador, la edad. A estas dos coordenadas básicas se suman otras como las habilidades y destrezas personales, la condición física y la capacidad intelectual, el tipo de conocimientos adquiridos, las dotes de interacción con otros individuos, de organización o gestión, etc. Este conjunto de variables distinguen a unos seres humanos de otros, los individualizan y los colocan en posiciones diferentes dentro de la sociedad en que viven. En sociedades consideradas igualitarias, un individuo dado, en función de sus habilidades, puede resultar elegido para dirigir determinadas actividades comunitarias, sin que esta elección suponga nada más que la elección de la opción que el grupo considera más eficaz para desarrollar una actividad. Estas diferencias no suponen, en nuestra opinión, una verdadera desigualdad, ya que sus efectos sobre la comunidad son mínimos, efímeros, y no afectan a la base económica del grupo (Hayden, B. 1995: 20).

La desigualdad social, por tanto, es otra cosa. Consiste en la apropiación (o la búsqueda de la misma) de parte de los recursos económicos del grupo (generalmente, los denominados excedentes) por parte de un miembro o grupo dentro de la comunidad. Es decir, en un acceso diferencial a la producción que permite desviar parte de los recursos comunales para iniciativas individuales que devienen en un progresivo control sobre el resto del grupo. Esta connotación económica es fundamental para entender el proceso a largo plazo, aunque otras causas como la búsqueda de prestigio o reconocimiento pueden influir en momentos concretos (Hayden, B. 1995: 21). Este acceso diferencial a los recursos económicos puede tener muchas connotaciones materiales – control de los medios de producción, de las rutas de intercambio, de determinados objetos – que a su vez se plasman en otras variables menos tangibles: influencia en la toma de decisiones, dirección de actividades comunitarias, capacidad de representación ante otros grupos, autoridad religiosa, prestigio social... Todas estas variables son, como veremos, susceptibles de ser identificadas en el registro arqueológico con mayor o menor precisión.

Las desigualdades sociales pueden ocurrir de manera coyuntural en muchas sociedades eminentemente igualitarias debido a la existencia de individuos o grupos que traten de apropiarse de parte de los recursos del grupo, o cuando situaciones concretas hagan a la sociedad contemplar esta situación como útil (por ejemplo, en momentos de agresión militar, desviando a determinados individuos de las labores de producción para dirigirlos a la defensa del grupo). Sin embargo, desaparecida la situación o el individuo que motivó los cambios en muchos casos el grupo puede revertir a su posición inicial. Como veremos al analizar el concepto de resistencia, existen dentro de las sociedades igualitarias mecanismos para contrarrestar las

iniciativas que buscan el crecimiento de determinados individuos a costa del resto de la sociedad, y en muchos casos estos “mecanismos de nivelación” consiguen su objetivo.

En otros casos, sin embargo, las sociedades son incapaces de contrarrestar las tendencias interesadas de estos miembros de la comunidad y el control sobre los recursos va desviándose progresivamente hacia determinados individuos, grupos o familias. El punto clave del proceso es, sin duda, el momento en que las desigualdades se institucionalizan, es decir, cuando las diferencias se heredan y se reproducen socialmente a lo largo del tiempo (Price, T. D. y Feinman, G. M. 1995a: 4). Esta institucionalización crea unas diferencias de estatus, una estratificación en la sociedad, a través de conceptos como el parentesco o la clase (Price, T. D. 1995:130). Se produce de este modo una jerarquización en la sociedad, en la que no todos los individuos tienen el mismo acceso a los recursos ni pueden ocupar todos los puestos, ni a menudo tienen completa autonomía para dirigir sus actividades, existiendo medios coercitivos (físicos, religiosos o ideológicos) que sostienen el sistema. Asimismo, y como consecuencia de estos cambios, generalmente se produce un aumento de la complejidad de la sociedad, que ahora presenta un número mayor de puestos que cubrir en los diferentes estratos sociales en que se ha dividido. La ventaja – desde un punto de vista arqueológico – de la existencia de una desigualdad consolidada en una determinada sociedad es que su cultura material va a ser, en mayor o menor medida, reflejo de sus desigualdades, y por tanto un indicador valioso a la hora de realizar aproximaciones a su estructura interna.

El proceso de aparición y consolidación de la desigualdad presenta infinitos matices, reflejo de la variabilidad humana y de sus contextos históricos, geográficos y sociales. Tampoco es un proceso uniforme, con pasos marcados y líneas de meta definidas. Ni siquiera es imperativo, y en ocasiones – aunque pocas – es parcialmente reversible. Pero dentro de este caleidoscopio surgen algunas preguntas básicas que nos pueden ayudar a construir un modelo que ofrezca un marco coherente a nuestro caso de estudio. La primera de ellas es ¿por qué aparecen las desigualdades sociales? Las respuestas más comunes provienen tradicionalmente de posiciones funcionalistas, que justificaban la aparición de la jerarquización y de la complejidad social desde una perspectiva generalmente adaptativa, como respuesta a presiones demográficas, la necesidad de una mejor gestión de los recursos (redistribución), monopolización de tramos de rutas comerciales, amenazas externas, gestión de recursos comunales como obras públicas, edificios religiosos o elementos defensivos, etc. (Hayden, B. 1995: 15-16).

Si buceamos en aguas más profundas, ¿por qué hay algunos individuos dentro de un grupo que son proclives a optar por asumir papeles directores en las decisiones que tiene que tomar una sociedad? Desde nuestro punto de vista y conociendo el final del proceso, la respuesta es obvia, pero desde la posición de partida y asumiendo una visión comunitaria de la realidad, donde los beneficios a largo plazo no son evidentes, la respuesta es más complicada. La asunción de que determinados individuos simplemente poseen una actitud agresiva que trata de imponer sus propios intereses a los de la comunidad, como producto de variabilidad de la psicología humana (Hayden, B. 1995:20) puede tener parte de la explicación, y en ese sentido el concepto de *agency* – entendido como el desarrollo estratégico de planes para alcanzar objetivos concretos, como prestigio o poder (Dobres, M. A. y Robb, J. E. 2000: 9) – cobra una especial importancia como sintetizador de las expectativas, estrategias y actitudes de los miembros de una sociedad

respecto de su conjunto. Junto a esta perspectiva es útil recordar que igualitarismo no supone homogeneidad ni mucho menos sencillez. Dentro de una sociedad igualitaria puede haber – y hay – tensiones, diferencias de riqueza (aun muy relativas y transitorias) y choques de intereses. El predominio de un *ethos* comunitario y en muchos casos la necesidad de unidad del grupo para garantizar su supervivencia en entornos poco favorables hacen que los diferentes intereses personales, familiares o de parentesco queden subsumidos dentro del interés general, pero no significa que no existan. Las sociedades y en eso las denominadas igualitarias no son una excepción, están compuestas por un conjunto de equilibrios dinámico, y en esa continua negociación interna es donde algunos individuos adoptan posiciones que buscan, esencialmente, su propio beneficio.

Por supuesto, no basta con que existan unas determinadas tensiones dentro de un grupo e individuos dispuestos a utilizarlas en su beneficio. Estas situaciones se han producido durante toda la historia de la Humanidad y hasta hace relativamente poco tiempo las sociedades han sido capaces de gestionarlas sin perder su espíritu esencialmente igualitario. Para comprender el inicio de la desigualdad – y de paso, evitar la idea evolucionista comúnmente asumida de la inexorabilidad de su aparición y desarrollo – es necesario evaluar los contextos concretos de las sociedades donde surge. Sin caer en el establecimiento de mecanismos generales al que tendían las posturas funcionalistas, parece que existen algunas normas básicas sin las cuales el desarrollo de la complejidad social y de las desigualdades es poco probable.

En primer lugar hemos dicho que la desigualdad consiste en la apropiación por parte de un individuo o grupo de parte de los recursos del grupo para manipularlos en su propio beneficio (normalmente, acentuando de paso su control sobre el grupo). Esta definición da por hecho que existen unos recursos que pueden ser desviados de aquellos dedicados a la estricta supervivencia, de lo contrario se atacaría a la propia existencia del grupo y o bien éste impediría la aparición de la desigualdad o desaparecería al verse afectado en un nivel estructural. Ésta es la razón de que existan muy pocas sociedades de cazadores – recolectores con desigualdades sociales: simplemente su modo de vida impide la creación de excedente susceptible de ser manipulado, a la vez que las dinámicas que rigen su existencia priman la solidaridad interna.

La clave, por tanto, es la posibilidad de crear un excedente en la producción que pueda ser acumulado, redistribuido o utilizado por determinados individuos para separarse del grupo y afianzarse sobre él. Esta realidad ha hecho que gran parte de los investigadores relacionen directamente el comienzo de la desigualdad social con la aparición y generalización de la agricultura (Price, T. D. 1995; Gilman, A. 1995), dado que presenta tanto la posibilidad de desarrollar excedentes a través de la intensificación de la producción (Price, T. D. y Feinman, G. M. 1995a: 5) como el potencial para estrategias que conlleven la necesidad de dirección y gestión del trabajo comunal (Chapman, J. 1990). Es difícil argumentar en contra de esta propuesta, ya que un simple repaso a la historia muestra cómo es recurrente la asociación entre desigualdad social y una base económica agrícola.

La afirmación requiere sin embargo, matices. En primer lugar, la desigualdad social parece estar asociada generalmente a una base agraria, pero la afirmación no se cumple a la inversa. Esto es, si existen desigualdades sociales en una sociedad, es muy probable que ésta tenga una economía basada principalmente en la agricultura, pero pueden existir sociedades con base

agrícola en las que no se desarrollen tendencias jerárquicas (Plog, S. 1995). Más aún, en algunos casos pueden existir sociedades de cazadores – recolectores u hortícolas con organizaciones sociales muy complejas y estratificadas (el mejor ejemplo es, sin duda, el de las sociedades de la costa Noroeste norteamericana). Asimismo, junto a la base agrícola otros aspectos de la economía como la existencia de rutas de comercio pueden influir decisivamente en la creación de excedentes. Aunque son casos minoritarios hacen que no se pueda hablar de la agricultura como condición *sine qua non* para la aparición de desigualdades (Feinman, G. M. 1995: 257). La clave estaría, por tanto, en la existencia de recursos abundantes – agrícolas o de otro tipo – potencialmente utilizables para crear excedentes. Esta condición elimina aquellos ambientes de mayor riesgo ambiental, donde la incertidumbre respecto de la producción agrícola y la posibilidad de intensificar la producción es nula o muy baja (Price, T. D. y Feinman, G. M. 1995a: 9).

Asociados directamente con la abundancia de recursos y especialmente con la introducción de la agricultura están otras dos variables que influyen decisivamente en la complejidad social: la cuestión demográfica y la sedentarización. Respecto de la primera, se acepta de manera generalizada que a partir de determinado umbral de población la gestión comunal de la sociedad es cada vez más difícil, tanto por la disparidad de intereses cada vez más difíciles de consensuar como por la existencia de más individuos dispuestos a romper el equilibrio igualitario (Hayden, B. 1995: 20). Complejidad social y crecimiento demográfico han ido siempre de la mano, a partir de determinados umbrales de población. La discusión se ha centrado, sobre todo, en las cifras máximas de población que puede gestionar una sociedad igualitaria y a partir de qué niveles de población la gestión se hace demasiado compleja (Feinman, G. M. 1995: 261; Feinman, G. M. y Neitzel, J. 1984: 65-74). Aunque no se ha llegado a ninguna conclusión definitiva, parece que comunidades o grupos de parentesco con más de unos pocos miles de personas tienden a tener una estructura jerarquizada, aunque grupos con patrones de población muy dispersos puedan tener, en conjunto, números superiores (Feinman, G. M. 1995: 260). Por supuesto, y como discutiremos más adelante, es necesario dilucidar si el crecimiento demográfico provoca la necesidad de mecanismos de gestión que sientan las bases para la desigualdad social o si es la intensificación de la producción que promueven algunos individuos la que acaba derivando, indirectamente, en un aumento de la población.

El segundo de los aspectos a considerar es el de la sedentarización. Ésta es evidentemente intrínseca a la adopción de la agricultura, aunque puede combinarse con movimientos estacionales y es muy probable que su adopción fuese progresiva, conforme la inversión de trabajo en las labores agrícolas fue aumentando. La sedentarización tiene un papel fundamental en la progresiva ruptura de la ética igualitaria que caracteriza a los cazadores-recolectores, ya que unida al desarrollo de la producción agrícola sentó las bases para un tipo de control familiar de los recursos, frente a la tendencia a compartir presente en las sociedades igualitarias (Plog, S. 1995: 197). Asimismo, se comienza a modificar la forma en la que se transmite la propiedad de la tierra, dentro de unos parámetros familiares cada vez más restringidos. Al depender – potencialmente – cada familia de su propio trabajo, la sedentarización sienta por tanto las bases para una posible emergencia de desigualdades dentro de la comunidad, aunque esta emergencia no es inevitable.

Todos estos elementos descritos arriba son claves para la aparición de la complejidad social, pero no la hacen ineludible. Una sociedad campesina y sedentaria puede desarrollar una base agrícola manteniendo un conjunto de comunidades autónomas de pequeño tamaño, sin desarrollar marcadas diferencias sociales ni mucho menos estratificación. El punto fundamental del proceso es la aparición de excedentes y su apropiación por parte del grupo, y esta situación sólo se produce en determinados casos.

En este sentido, pueden definirse dos posturas muy claras acerca del origen de la creación de excedentes. La primera es la postura funcionalista y adaptativa tradicional en la que la desigualdad y la complejidad surgen como respuesta a situaciones de estrés sobre los recursos, presión demográfica o necesidad de gestionar posibles amenazas para el grupo. Estos problemas a los que la sociedad da respuesta desarrollando sistemas sociales que abren la puerta a que determinados individuos consoliden su poder y comiencen a promover la creación de excedentes. Para los defensores de esta postura (Arnold, J. E. 1995: 89-90; Earle, T. K. 1987; Halstead, P. y O'Shea, J. 1989), los periodos de estrés crean desequilibrios dentro de la sociedad que representan ventanas naturales para individuos con ambición (Arnold, J. E. 1995: 89).

Sin embargo, esta postura presenta algunas contradicciones muy evidentes con actitudes desarrolladas por grupos igualitarios. En primer lugar, en épocas de crisis las sociedades tienden a ser conservadoras en sus estrategias de supervivencia (Price, T. D. 1995: 144) y es poco probable que en un momento en que la supervivencia del grupo está en juego se produzcan innovaciones en la toma de decisiones y en la explotación del medio: como ya hemos dicho, los seres humanos toman sus decisiones en función de su percepción del mundo y dentro de los esquemas en los que han sido educados (Braun, D. P. 1991: 427). En situaciones de riesgo la respuesta inicial es siempre el recurso a los métodos de gestión tradicionales, no al desarrollo de nuevas estrategias cuyo resultado es, en el momento de tomar la decisión, incierto. Más aún, en sociedades igualitarias las épocas de crisis se caracterizan por un refuerzo del *ethos* comunitario: ante el peligro de desaparición del grupo no se toleran actitudes egoístas o desvío de recursos para fines privados (Hayden, B. 1995: 22). Las explicaciones adaptativas pecan en nuestra opinión, de un evolucionismo latente que considera los cambios hacia una mayor complejidad útiles para el conjunto (al menos, en el primer momento), además de asumir que estos cambios siempre son eficaces y solucionan los problemas ante los que se enfrentan.

La postura opuesta a la tradicional defiende el camino contrario para la aparición de la desigualdad social. Para los defensores de esta postura (Feinman, G. M. 1995: 259; Hayden, B. 1995: 21-25; Plog, S. 1995: 197), la complejidad social aparece en grupos que ya presentan excedentes en la producción o al menos en los que la presión sobre los recursos es escasa. En estas situaciones, con la supervivencia del grupo asegurada, el *ethos* comunitario que obliga a compartir cualquier excedente obtenido se relaja y se permite cierto grado de acumulación. Esta desigualdad incipiente es fácilmente reversible en sus estadios iniciales, como hemos defendido en el párrafo anterior, pero si la situación se mantiene estable y no hay amenazas directas para el grupo, la acumulación diferencial permitida por el grupo comienza a ser manipulada por algunos individuos para incrementar su control sobre el grupo. Este control se produce de manera muy progresiva y es en muchos momentos del proceso es reversible, especialmente en momentos de crisis donde se reclama la vuelta a los mecanismos de solidaridad comunal

(Hayden, B. 1995: 29). Hay un momento, sin embargo, en el que la desigualdad está tan consolidada que es irreversible. Modelos como el de Hayden (1995) ofrecen propuestas detalladas de cómo pudo haberse producido esta transición. La principal crítica al modelo es que tan sólo en situaciones de crisis los miembros de una comunidad igualitaria están dispuestos a ceder parte de su autonomía en función del grupo (Arnold, J. E. 1995: 90). Esta objeción nos parece que presenta un error de fondo, y es que en el modelo descrito ningún miembro cede parte de su autonomía (al principio del proceso), simplemente se tolera cierto grado de acumulación personal dado que no es necesaria para la supervivencia. En el fondo, ambos modelos pueden ser compatibles, ya que las reacciones igualitarias propuestas por el segundo modelo se plantean sólo para los momentos iniciales del proceso de jerarquización, pero no rechaza que más adelante, alcanzado un determinado nivel de desigualdad social, situaciones de estrés o riesgo puedan acelerar el proceso de jerarquización de la sociedad o la competición entre individuos o familias.

Finalmente, es necesario valorar cuáles son los mecanismos y los modos de promover, mantener o justificar las desigualdades sociales dentro de las comunidades con economías preindustriales. Éste tipo de economías se caracterizan por utilizar unas categorías de valor que no pueden ser valoradas adecuadamente desde el punto de vista de la economía de mercado, ya que uno de sus criterios fundamentales es la negación – al menos, explícita – de la existencia del interés económico en sus fines (Bourdieu, P. 2008: 181). Esta especificidad es fundamental para comprender cómo se establecen las desigualdades económicas en los estadios previos a la estratificación social. La clave estaría en el concepto de capital simbólico expuesto por Pierre Bourdieu (2008: 179-193), basado en la negación misma del concepto de capital económico. Este capital simbólico se expresa en el prestigio, la honorabilidad, el respeto o la autoridad, y está apoyado en las redes sociales construidas a partir de relaciones personales, compromisos y vínculos familiares establecidos a lo largo del tiempo. Por supuesto, el capital simbólico tiene una base económica, y de hecho ambos conceptos están entrelazados de manera indisoluble, pero los mecanismos a través de los que se acumula son muy diferentes y pueden llegar a ser ruinosas desde el punto de vista de la racionalidad económica capitalista (Bourdieu, P. 2008: 192).

La obtención de este capital simbólico es por tanto fundamental en las sociedades preindustriales, pero no sólo como mecanismo de dominación sino también como herramienta potencial para dar el paso hacia otro tipo de control más explícito y apoyado en el capital económico. En este sentido, conocer cuáles son las estrategias más comunes de obtención de este prestigio puede ayudarnos a comprender el proceso de aparición de desigualdades sociales y a interpretar aspectos del registro arqueológico. Estas estrategias están centradas especialmente en la construcción de un territorio social que proporciona una base de prestigio, y este territorio se construye a través de los vínculos familiares, el comportamiento personal y familiar y la manipulación de las coyunturas. Puesto que el prestigio se adquiere a través de un comportamiento comunitario impecable, aquellos que desean acrecentarlo se ven obligados a realizar un doble juego: aprovechar todas las posibilidades que les permiten las normas sociales para adquirir un prestigio que sólo se obtiene potenciando los valores comunitarios y recibiendo la sanción del resto del grupo.

3.2.2. Del poder

Cuando en nuestra sociedad pensamos en el poder solemos hacerlo respecto del poder institucionalizado – político, militar, económico, público o privado. Sin embargo, el poder, como la desigualdad, se encuentra presente en todo tipo de sociedades, adquiere numerosas expresiones, emana de fuentes muy diversas y sufre transformaciones notables dependiendo del grado de desigualdad. El poder, asimismo, se integra dentro de otras relaciones de dominación que caracterizan cualquier sociedad. Definido de la manera más general, el poder es la habilidad para alcanzar unos objetivos perseguidos, con o sin el consentimiento del resto de personas afectadas por éstos (Crumley, C. L. 2003: 137). Dentro de esta definición caben sin embargo muchos matices. Uno de ellos es la distinción ya clásica entre “poder para” y “poder sobre” definida por Cobb (en Ames, K. M. 1995: 157) en la que el “poder para” es la capacidad para obtener recursos a través de sus posiciones de prestigio, pertenencia a familias con alto estatus, etc. careciendo de los medios para exigir parte de los recursos de otros. “Poder sobre” implica a capacidad para coaccionar a otros, demandando recursos a través de posiciones de poder institucionalizadas. El mismo concepto puede utilizarse para la organización de actividades, distinguiendo entre poder para organizar y poder sobre la organización. Parece bastante claro que el “poder sobre” incluye el “poder para”, pero la proposición inversa no tiene porqué cumplirse y la relación entre ambos tiene mucho que ver con las características concretas de cada sociedad.

Además de esta distinción conceptual, el poder tiene varios grados de aplicación, como señala Wolf (en Ames, K. M. 1995: 157-158), desde el poder como atributo personal (que todos los seres humanos poseen, en diferentes grados) hasta el poder estructural que controla la economía política y que modela los diferentes campos de conducta, pasando por el poder para imponer la voluntad sobre otras personas o para dirigir y controlar determinadas actividades en contextos concretos. El concepto de poder por tanto, no es absoluto ni se circunscribe a las elites de una sociedad, sino que está presente en todos sus niveles de organización.

Muy vinculado al concepto de poder está el de autoridad, definido por Crumley y Marquardt (Crumley, C. L. 2003: 137) como *“la capacidad de individuos para influenciar eventos como resultado de un conocimiento, prestigio o posición reconocidos”*. La autoridad puede garantizarse a través de la coerción, de la legitimación, o de la competencia y carisma personal, entre otros (Paynter, R. 1989: 383). Aunque muy relacionados y generalmente coexistiendo, puede darse autoridad sin poder en algunas esferas como la del conocimiento, y poder sin autoridad. Ambos conceptos necesitan para ser efectivos la existencia de una legitimación – sanción por costumbre, ley o consenso (Crumley, C. L. 2003: 137) – que existe en todas las sociedades y que es un elemento clave para comprender cómo éstas justifican la existencia de diferencias temporales o desigualdades consolidadas. Los mecanismos de legitimación varían mucho de unas sociedades a otras, y serán analizados en función del grado de complejidad de las mismas. Finalmente, hemos considerado interesante la inclusión del término control, que coordina el poder, la autoridad y la legitimidad para dirigir los valores que subyacen bajo formaciones sociales estables (Crumley, C. L. 2003: 137) y tiene, por tanto, un carácter mucho más global.

Conforme avanzan las desigualdades sociales varían las bases sobre las que se asienta el ejercicio del poder, las estrategias a través de las que se ejerce y su alcance y justificación del mismo. En un *continuum* que pasa de las sociedades igualitarias a las estratificadas, la clave definitiva estaría en el nivel de control económico que algunos individuos o grupos ejercen sobre el resto, y en los modos en que se manifiesta y se justifica esa dominación. En sociedades igualitarias, el poder emana directamente del grupo, que decide en cada momento quién y para qué lo ejerce. Este tipo de “poder para” es en realidad un poder de coordinación, de liderazgo en algunas actividades concretas – como la caza, la defensa del grupo o las relacionadas con el mundo sobrenatural – y cuya influencia se extiende tan sólo a ese ámbito y durante un periodo limitado. Como puede comprenderse fácilmente, en este tipo de sociedades la apropiación de recursos es nula, ya que es la reciprocidad generalizada es la que garantiza la supervivencia del grupo.

En ese tipo de sociedades los encargados de la actividad tienen un grado de autoridad legitimado por el consenso, pero su nivel de poder es muy escaso: en caso de ser desobedecidos tan sólo pueden apelar al apoyo comunal a sus dotes de liderazgo – en caso de tener razón – y pueden ser desautorizados sin consecuencias si tratan de imponer su mando en parcelas ajenas a aquella para la que fueron elegidos. Por supuesto, en ocasiones un individuo puede imponer su voluntad a través de la fuerza bruta o de la coacción ideológica del grupo, como se ha documentado en casos etnográficos muy concretos, pero generalmente las comunidades igualitarias son capaces de neutralizar esos intentos que carecen de legitimidad social. La elección de estos individuos y por tanto las bases de su poder descansan en su propia capacidad individual para llevar a cabo las tareas necesarias. Existe un tipo de prestigio y de estatus en este tipo de sociedades, un prestigio relacionado directamente con la habilidad del individuo en una faceta específica de la vida, pero que no tiene por qué extenderse a otras.

En el otro extremo se sitúan las sociedades estratificadas, en las que sus miembros no tienen idéntico acceso a los recursos. El poder en estos casos es ejercido a través de mecanismos de coerción y depende no de las habilidades personales o del consenso sino de la posición social del individuo, sancionada por un aparato de control institucional – económico, físico, ideológico – que refuerza el control económico sobre el grupo. Aunque en la mayoría de los casos los líderes aún necesitan cierto consentimiento de la comunidad, la capacidad de ésta en influir o frenar la toma de decisiones es muy escasa. La existencia de cargos públicos y posiciones de autoridad está muy consolidada, pero no todos los miembros del grupo tienen acceso a esas posiciones.

Entre medias, como hemos dicho, existe una infinita variedad de situaciones híbridas en las que se mezclan modos de comportamiento igualitarios y estrategias tendentes al control económico explícito. Los diferentes grados de dominación y control dependen de una las características sociales y económicas de las poblaciones, de las estrategias de ascenso social utilizadas por los diferentes agentes, de su capacidad de manipulación de la sociedad en su propio beneficio y de las coyunturas históricas concretas. Existe sin embargo una pauta general en todo el proceso: la erosión de la ética igualitaria inicial en beneficio de otras estructuras sociales más reducidas. Este proceso está generalmente asociado a la sedentarización y desarrollo de la agricultura, que permite la aparición de excedentes y que rompe la solidaridad generalizada restringiéndola a las familias. A lo largo de todo este proceso intermedio, los grupos de parentesco constituyen una

de las herramientas fundamentales en las que se va apoyar la construcción de un poder ajeno al conjunto de la comunidad.

A nuestro entender, la clave del proceso – al menos en sus comienzos – es que la construcción y legitimación del poder debe construirse desde dentro, con los mecanismos existentes dentro de una sociedad igualitaria. Es decir, la dominación debe ejercerse a la vez que se niega su existencia (Bourdieu, P. 2008), ya que es el comportamiento dentro de los parámetros sociales el que paradójicamente, proporciona el prestigio necesario para ejercer el control social. Conforme avanza la desigualdad y el poder deja de disfrazarse de comportamientos igualitarios, es necesaria la aparición de una ideología que justifique las diferencias de riqueza y acceso a los recursos.

Por tanto, en nuestra opinión el estudio del poder y de otros conceptos relacionados con él – prestigio, rango, autoridad, riqueza – debe prestar atención a cuatro variables: las estrategias utilizadas para su construcción, los ámbitos en que se explicita, el grado de control económico alcanzado y las formas en que se justifica y perpetúa. Las diferencias en estas variables dependen en gran medida del contexto histórico, de las iniciativas individuales y colectivas de los diferentes actores y otros factores entre los que se incluye el azar. Además, no hay que olvidar que el poder nunca es absoluto y que las diferencias en el acceso a los recursos y el ejercicio del poder que provoca o consolida las desigualdades pueden ser contrarrestados, pueden ser resistidos.

3.2.3. De la resistencia

El aumento de las desigualdades sociales dentro de una sociedad no es un proceso positivo. Desde nuestra perspectiva dentro de sociedades altamente estratificadas apenas somos conscientes de las consecuencias últimas que tiene el sistema social en el que desarrollamos nuestra vida. Sin embargo, citando a Berreman (1981: 4) *“(...) la estratificación (...) es perniciosa: es humanamente dañina en el sentido de que es dolorosa, agresora e injusta, y de esta manera es vivida por aquellos que son despojados y oprimidos (...). La estratificación es también peligrosa ya que la pobreza, opresión, hambre, miedo y frustración inherentes a ellas devienen en resentimiento entre los desposeídos y ansiedad entre los privilegiados, con el resultado de que (...) el conflicto es inevitable.”* En este sentido, el término de marginación desarrollado por J. E. Arnold (1995: 88) y definido como el *“proceso por el que élites consolidadas y emergentes crean relaciones socioeconómicas de superior frente subordinado/ dependiente a través de manipulaciones del trabajo y de la distribución de los recursos sociales”* ofrece esa connotación negativa que experimenta la mayoría de la población de las sociedades con desigualdades sociales.

Y no obstante, durante mucho tiempo se consideró, en líneas generales, el proceso de transformación social como algo positivo, cuyo objetivo último será la aparición del estado, tomando como modelo el mundo occidental y la idea de progreso que quería representar. Aunque el evolucionismo en su versión más dura ha sido rechazado en los modelos científicos (Paynter, R. 1989: 378), las ideas de la superioridad de la sociedad occidental y de la aparición de las desigualdades sociales como algo lógico e inherente a la especie humana perviven de manera más o menos consciente en el imaginario de muchos historiadores, arqueólogos y antropólogos.

Uno de los principales grupos en oponerse desde un primer momento a la visión positiva de la jerarquización social fue el de los arqueólogos y antropólogos marxistas. Por una parte, se criticó la optimista visión procesual de las elites como responsables del resto del grupo en momentos de crisis – una visión, como bien dice A. Gilman, poco realista (1995: 237) – mientras que desde aproximaciones etnográficas (Earle, T. K. 1987) se cuestionaba la eficacia y bondad de mecanismos como el de la redistribución de recursos. Por otra parte, los estudios marxistas sobre la ideología como forma de control social y sus relaciones con el poder (Bender, B. 1990) han hecho hincapié en su construcción como una entidad monolítica y atemporal, pero también en cómo a determinados niveles puede existir – y de hecho existe – resistencia frente a esa ideología y a las desigualdades que encarna (Bender, B. 1990: 259), aunque para algunos marxistas el desarrollo de desigualdades en la distribución del poder y los recursos es inherente a todos los sistemas culturales (Upham, S. 1990: 10).

El desmantelamiento de las visiones positivas de las elites – su transformación de “élites gestoras” en “élites matonas” (Ames, K. M. 1995: 155-156) – ha derivado parte de la discusión hacia los mecanismos de imposición de la autoridad por parte de las elites, y en menor medida, a las estrategias de resistencia, activas o pasivas, frente a la aparición y consolidación de la desigualdad. Cualquier sociedad presenta fuerzas de cohesión internas que se manifiestan como resistencia a cambios sociales y políticos, especialmente cuando éstos amenazan con crear relaciones de dominio y servidumbre dentro de la población (Upham, S. 1990: 10). Esta resistencia al poder es muy habitual en sociedades igualitarias de pequeño tamaño, y se plasma en la existencia de un claro *ethos* comunitario que impregna todas las facetas de la vida, incluida la económica.

Las sociedades igualitarias han desarrollado por tanto mecanismos denominados “de nivelación” para hacer frente a utilización personalista del poder (Boehm, C. 1993: 228). Estos mecanismos constituyen la denominada “jerarquía de dominación inversa”, en la que son los seguidores los que controlan y marcan los límites del poder del líder. En su investigación sobre 48 sociedades documentadas etnográficamente, Boehm (1993: 230-231) reúne varias estrategias de control de los líderes en sociedades igualitarias, incluyendo muestras de descontento o rechazo, uso de la crítica y ridículo, desobediencia y en los casos más radicales, deposición o asesinato del líder.

Junto a estos mecanismos existen otras estrategias para prevenir la concentración de poder, como existencia de un liderazgo múltiple y con acceso a ámbitos de poder con atribuciones muy bien definidas. Los ejemplos enumerados se localizan no sólo en bandas de cazadores – recolectores, sino que aparecen en mayor e menor medida en todas aquellas sociedades en las que la jerarquización no está todavía consolidada, es decir, donde aún se conserva total o parcialmente el denominado *ethos* igualitario, más o menos asumido por los líderes incluso de sociedades relativamente complejas (Boehm, C. 1993: 237). Por supuesto, no todos los mecanismos de nivelación se encuentran presentes en todas las sociedades, ni son utilizados de la misma manera. Si aceptamos como defiende Boehm (1993: 234) que son universales, entonces han sido tremendamente eficaces al haber evitado durante decenas de miles de años la aparición de desigualdades en las sociedades humanas.

¿Por qué entonces en un momento dado se produce la ruptura de ese comportamiento igualitario que asegura el freno al poder del líder y fallan las estrategias de igualación social? Ya hemos visto al analizar la aparición de la desigualdad social cómo algunas variables como la sedentarización, la relajación social derivada de recursos más abundantes y el crecimiento demográfico minaban las bases de las conductas igualitarias. Para Paynter, la ausencia de desigualdades tiene mucho que ver con la dificultad en esas sociedades para monopolizar recursos estratégicos (Paynter, R. 1989: 381). Junto a estas variables había que tener en cuenta la iniciativa de determinados individuos y su posible atractivo y utilidad inicial para el grupo. La construcción ideológica continuaría siendo la de una sociedad igualitaria, aunque poco a poco ésta sería más una idealización que una realidad (Bender, B. 1990: 251). En este momento, los mecanismos de igualación de Boehm se habrían debilitado hasta perder gran parte de su eficacia, pero no se habría construido todavía la nueva ideología que justificase el acceso diferencial a los recursos. Es un momento en el que la vuelta atrás es posible pero poco probable, ya que el *ethos* igualitario se ha visto distorsionado con la aparición y creciente importancia de los grupos de parentesco, y la dependencia económica respecto de los individuos más ricos está muy acentuada.

En sociedades con jerarquías consolidadas, sanción ideológica de las élites y mecanismos de coerción potentes – militares, religiosos, sociales o económicos – la resistencia a la dominación tiene un sentido muy diferente al de momentos previos. En primer lugar, su aplicación no puede deberse a la existencia de un ideal igualitario que hace mucho tiempo que no existe – es decir, no puede plantearse desde una legitimación social, sino desde la realidad de diferencias económicas y sociales que provocan alienación y frustración respecto de las clases superiores. Aunque algunas formas de resistencia anteriores pueden existir todavía en este momento – como el abandono de un territorio – en general la resistencia toma otras formas de actuación como el sabotaje, la rebelión y el recurso al bandolerismo, el ataque a los símbolos del poder (estatuas, monumentos, etc.) la autoexclusión social, y en los casos más extremos, grandes alzamientos que pueden llegar a amenazar el orden social (Paynter, R. 1989: 386). Es muy significativo respecto de esta alienación que una vez estructurado el nuevo sistema de valores y subsumidas las poblaciones en la nueva ideología de la desigualdad social, sigan siendo necesarios los mecanismos de coerción y la transmisión de un mensaje cultural que ayude a reproducir el sistema social (Paynter, R. 1989: 385). Asimismo, una vez estratificada la sociedad, elementos que paradójicamente fueron trampolines para el asenso de las élites pueden transformarse en herramientas de resistencia, como los grupos de parentesco.

3.3. Salvando puentes: una propuesta de análisis social

La utilización de los restos arqueológicos para tratar de reconstruir las sociedades que los han generado ha sido una constante en la historia de la disciplina, incluso en épocas en las que el marco teórico predominante tenía otras prioridades. Algunas evidencias, como las diferencias de riqueza en tumbas o la presencia de construcciones monumentales, han sido tradicionalmente utilizadas como indicadores de la existencia de desigualdades sociales y de la presencia de élites. Sin embargo, no fue hasta el triunfo de las teorías procesuales cuando se desarrolló un verdadero aparato teórico apoyado en los paralelos etnográficos y la importancia de los indicadores económicos y ecológicos con la intención de establecer reglas universales para los

procesos de creciente complejidad social. Las críticas a las propuestas funcionalistas desde las posiciones postprocesuales han ayudado a desmontar algunas asunciones sobre los límites y posibilidades de la inferencia social a través de los restos arqueológicos, pero en muchos casos han llevado a posturas escépticas radicales que a menudo han provocado una reacción hacia posiciones cada vez más positivistas. Esta situación es especialmente grave en la arqueología social, ya que por sus características precisa un nivel de elaboración teórica que desde posiciones positivistas puede ser fácilmente catalogado de especulativo.

Para ello y sin dejar de tener en cuenta las categorías descritas arriba – desigualdad, poder, resistencia – hemos necesitado definir un marco de análisis algo más concreto dentro del cual interpretar la sociedad de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo. Este marco de análisis está construido fundamentalmente sobre cuatro ejes: los estudios sobre jefaturas de Timothy K. Earle (1997; 1991; 1987), la propuesta de sociedades transigualitarias de Brian Hayden (1995), la aproximación al estudio del rango en arqueología realizada por Paul K. Wason (1994) y los trabajos de Pierre Bourdieu (2008) sobre conceptos como el capital simbólico, el *habitus*, los modos de dominación y la violencia simbólica en sociedades precapitalistas. Es evidente que estos cuatro ejes no son equivalentes: los dos primeros discuten procesos de transformación social, mientras que el tercero se centra en la detección arqueológica del rango y el cuarto se encuadra dentro de la teoría social. Sin embargo, consideramos que la unión de estas cuatro aproximaciones aportan las categorías interpretativas necesarias para construir una interpretación coherente y ajustada de las estructuras sociales de los grupos protohistóricos de la región, de sus características y de las herramientas sociales, económicas y políticas utilizadas en la negociación permanente que es la vida en comunidad.

3.3.1. El ascenso de los jefes

Desde su libro *La evolución de las sociedades humanas* en 1987 junto a Allen W. Johnson (Johnson, A. W. y Earle, T. K. 2003 (1987)), el trabajo de Timothy K. Earle ha sido uno de los referentes de la investigación sobre el surgimiento y consolidación de las desigualdades sociales, especialmente en torno a las sociedades caracterizadas como jefaturas (1987; 1991; 1997). La aproximación de Earle al estudio de las jefaturas es quizá una de las más ampliamente utilizadas en el análisis de sociedades de desigualdad intermedia. En este sentido, su trabajo ha analizado desde las estrategias de adquisición y mantenimiento del poder (Earle, T. K. 1991: 5), las condiciones ambientales en que es factible la consolidación de jerarquías (1991: 10) o las fuentes mismas del poder de las jefaturas (1997: 67-104).

Para Earle la jefatura es una estructura regional con un gobierno institucionalizado y un cierto grado de estratificación social organizando una población variable de miles o decenas de miles de personas (Earle, T. K. 1997: 14). Todos ellos se mantienen a través del ejercicio del poder, aunque las bases sobre las que éste se sustenta varían de un ejemplo a otro. Para Earle, el concepto de poder es entendido como el dominio que un líder ejerce sobre otros, incluso en contra de la voluntad de éstos (1997: 3). La mayor parte de su trabajo gira en torno a esta categoría: cuáles son las fuentes de poder, qué estrategias se desarrollan para alcanzarlas, cómo se implementan en el día a día y cómo su desaparición es causa del colapso de muchas de estas jefaturas.

La aproximación de Earle a los mecanismos de aparición y consolidación de las desigualdades es, según sus propias palabras (1997: 13), evolucionista pero multilinear, rechazando sin embargo la inevitabilidad de la evolución social. También tiene un fuerte sesgo materialista cultural y economicista – el subtítulo de su libro *How chiefs come to power* es "La economía política en la Prehistoria", y aunque asume que las fuentes de poder son muchas en realidad la más importante de ellas es la economía, donde deben estar afianzadas todas las demás (Earle, T. K. 1997: 13). En este sentido, el control de la economía es mantenido a través de una combinación de coerción militar e ideológica.

El gran problema de la aproximación económica de Earle es, en nuestra opinión, que aunque acepta que la economía es insoluble de otras esferas de la vida, en la práctica la analiza por separado y desde una perspectiva demasiado materialista. Además, su posición es muy estática, fruto de su excesiva tendencia a la clasificación, de manera que en general y aunque trate de describir cada uno de los supuestos modelos de organización social de manera dinámica, su propuesta se limita a describir cómo se caracteriza cada uno de estos modelos y qué grado de control – económico y de otro tipo – se ejerce sobre la comunidad. En este sentido, Earle no explica procesos, simplemente describe situaciones.

En nuestro caso, puesto que no partimos de un modelo preconcebido y nos interesa conocer cómo aparece, se desarrolla y en qué grado lo hace la desigualdad social dentro de comunidades inicialmente igualitarias, necesitamos partir de un punto previo, el de sociedades con un escaso o inexistente grado de desigualdad. En este sentido, el trabajo de Earle nos es útil para ayudarnos a identificar mecanismos, estrategias y posibilidades de evolución histórica, pero necesitamos además analizar un escalón inferior, el del largo camino hasta la jerarquización social que evidencian las jefaturas. En nuestro caso, este vacío va a ser cubierto por el trabajo de Brian Hayden y su propuesta de sociedades transigualitarias.

3.3.2. Sociedades transigualitarias

La propuesta de Brian Hayden de sociedades transigualitarias fue presentada en el libro *Foundations of social inequality* (1995), donde desarrolla en detalle su interpretación de las estrategias y dinámicas que llevan a la aparición progresiva de desigualdades y a la transición de sociedades igualitarias a jefaturas estratificadas. Para ello, adopta el término de sociedades "transigualitarias" planteado por J. Clarke y M. Blake y que hace alusión, de manera genérica, a sociedades que no son ni igualitarias ni políticamente estratificadas, incluyendo horticultores simples y cazadores – recolectores complejos además de sociedades agricultoras simples (1995: 18). Puesto que las jefaturas son consideradas estratificadas, el término transigualitario hace referencia al universo de escenarios de relativa desigualdad social en los que no se ha consolidado un mecanismo de control de los recursos. Por supuesto, este universo es tan amplio que es necesaria una mínima clasificación de las diferentes situaciones, clasificación para la que es fundamental el concepto de *aggrandizer*, figura que hace referencia a individuos ambiciosos, emprendedores y agresivos que buscan su engrandecimiento personal y que subsume otras figuras como *Great Men*, *Head Men*, *Big Men*, élites o jefes (1995: 18).

Finalmente, Hayden recoge las categorías planteadas por Feil de *Despot* (asimilable al concepto de *Great Men*), *Reciprocator* (equivalente a *Head Men*) y *Entrepreneur* (similar al *Big Men*)¹. La presencia de tres figuras ejemplificaría el grado de creciente desigualdad social dentro de las sociedades transigualitarias, de manera paralela al aumento potencial de los excedentes (1995: 25). Para Hayden, la clave del proceso estaría en la aparición de excedentes dentro de comunidades igualitarias, y en las estrategias utilizadas por estos *aggrandizers* para controlar e incrementar estos excedentes. Por supuesto, este enfoque requiere asumir, en primer lugar, que en todas las comunidades humanas de un tamaño superior a 50-100 habitantes existen individuos ambiciosos que tratan de promover su propio interés sobre el de la comunidad, y que la clave para alcanzar ese objetivo es controlar los excedentes comunitarios, convenciendo o coaccionando al resto del grupo para ceder parte de los mismos (1995: 20). En cuanto a las estrategias, Hayden propone ocho (1995: 31): conflictos armados, conquista territorial, creación de matrimonios con dote, iniciaciones, inversiones en los hijos, préstamos, fiestas (que pueden enfatizar la solidaridad, la reciprocidad o la competición) y aspectos religiosos y culturales. Estas estrategias varían en los diferentes estadios y no siempre están presentes pero representan el grueso de mecanismos disponibles para ampliar las desigualdades dentro de una comunidad.

El grueso del artículo de Hayden se centra en el análisis de cómo se aplican estas estrategias y en qué grado lo hacen en cada uno de los tres niveles de creciente desigualdad social propuestos, a través de paralelos etnográficos y en equivalencias arqueológicas. Así, por ejemplo, en los primeros momentos (asociados a la figura del *Despot*) la guerra sería una de las herramientas más importantes de manipulación de la comunidad, hasta el punto de que ésta situación podría ser provocada por estos individuos para potenciar su posición dentro del grupo (1995: 34). Más adelante, en comunidades de *Reciprocators* o *Entrepreneurs* según avanzan otros mecanismos de control más sofisticados (basados en las relaciones de reciprocidad, en la construcción de alianzas matrimoniales o en obligaciones económicas) pierde importancia relativa hasta que se hace ocasional. Cuando reaparece es en sociedades con desigualdades plenamente consolidadas, como herramienta no de manipulación del propio grupo, en el que la jerarquización se halla ya institucionalizada, sino como herramienta de imposición a otros. La figura 3.1., basada en un gráfico propuesto por el autor, trata de representar el grado de presencia de determinados rasgos materiales o culturales en sociedades igualitarias, jefaturas y los grados intermedios descritos arriba. En general, pero no siempre, la presencia de estas variables crece conforme aumenta la desigualdad, y algunos de los rasgos, como la jerarquización de los asentamientos, no lo hacen hasta un momento muy avanzado.

Para nuestro análisis, la principal virtud de la propuesta de Hayden reside, sobre todo, en la capacidad sintética de su trabajo y en la clasificación discreta de los diferentes pasos dados en el avance de las desigualdades sociales, ampliando las posibilidades de interpretación en un periodo complejo como el que va desde las sociedades igualitarias a las jefaturas. Asimismo, la evaluación del peso variable de las estrategias de ascenso social a través de los diferentes estadios de desigualdad es sugerente y puede ayudarnos a explicar algunas variaciones del

¹ Hemos optado por mantener los nombres originales de las categorías utilizadas por Hayden dada su falta de traducción correcta a nuestro idioma, que en algunos términos, como *Déspota*, podrían llevar a interpretaciones erróneas de su propuesta.

registro arqueológico en sociedades con jerarquías poco consolidadas. La representación de las variables arqueológicas de Hayden de la figura 3.1, si se utiliza desde una perspectiva abierta, puede ayudarnos a comprender los mecanismos de negociación y transformación de las sociedades ya que hace fácil la interpretación de este proceso como un *continuum*, algo que hemos querido representar por la gradación de colores con la que ha sido representada.

En este sentido, el modelo de Hayden va a constituir un esquema en el que contrastar nuestra interpretación del registro arqueológico, que – al menos a priori – apunta a la existencia de comunidades que se sitúan en la franja estudiada por el autor, ni completamente igualitarias ni jerarquizadas.

El modelo de Hayden presenta también, como es lógico, algunos puntos de crítica. El primero de ellos es que pese a su intento por afinar el análisis de las sociedades transigualitarias y revelar de este modo la complejidad en los modelos de organización social y a su interés por enriquecer la visión de conjunto introduciendo variables como la organización en forma de familias o de grupos de parentesco (Hayden, B. 1995: 18-19), su propuesta no deja de ser marcadamente evolucionista, subdividiendo de hecho el espacio entre las bandas y las jefaturas en tres nuevos estadios. Aunque más complejo que el modelo tradicional, el objetivo final del trabajo de Hayden es proponer un conjunto de características en que permitan etiquetar casos arqueológicos o etnográficos dentro de uno de sus tres tipos propuestos. Por otra parte, su percepción del proceso es estrictamente materialista, utilizando conceptos como, préstamos o inversiones desde una lógica económica muy explícita alejada de la existente en las comunidades preindustriales y utilizando en su discurso una disociación entre capital económico y simbólico que como hemos visto al hablar de la desigualdad, no existe en este tipo de sociedades (Bourdieu, P. 2008: 192).

En algunos de los casos esta disociación hace poner en duda la propia exposición que hace de algunas de sus estrategias, especialmente en dos casos: la guerra y el sistema de matrimonio. En el primer caso, es curioso cómo esta actividad es útil para los aspirantes a líderes tan sólo a través de la gestión de los acuerdos de paz o de la manipulación de la población para iniciar los conflictos, centrándose exclusivamente en la exigencia de reparaciones y sin hacer referencia a una de las fuentes más evidentes de prestigio en las sociedades preindustriales: el conjunto de virtudes asociadas a la figura del guerrero, como el valor, la resistencia o la capacidad de sacrificio. La heroización e idealización del guerrero es un hecho muy documentado tanto en sociedades actuales poco complejas como en el registro arqueológico, y a menudo está en la base de muchos de los procesos de aumento de la desigualdad social como el de la creación de linajes.

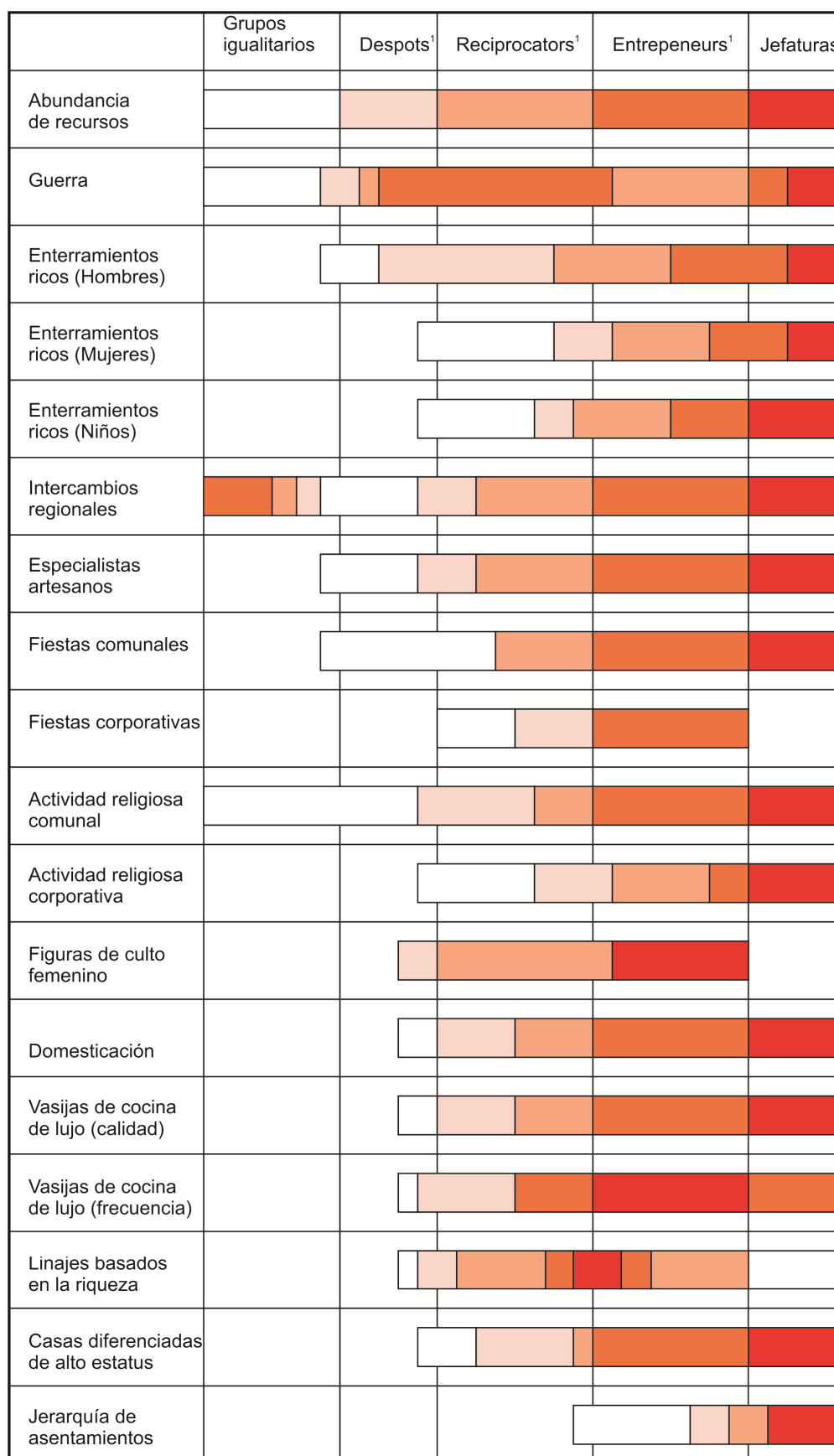


Figura 3.1: adaptación del diagrama sobre sociedades transigalilearias de Hayden (1995: 77), donde se indica el peso de las diferentes variables culturales y materiales utilizadas para mostrar desigualdades sociales, siendo el blanco el peso mínimo y el rojo el máximo.

Más aún, sorprende su afirmación de que la guerra es tan sólo especialmente relevante en los primeros estadios de la aparición de la desigualdad social, disminuyendo conforme aparecen otras formas de control social más efectivas y sobre todo cuando las redes familiares y de intercambios comerciales entre élites se hacen tan densas que la guerra no resulta rentable. Por el contrario, el documentado trabajo de L.H. Keeley (1996) muestra de manera muy evidente no sólo que los conflictos armados existen en cualquier tipo de sociedad, y que a menudo los desarrollados por sociedades preestatales tienen más virulencia que los de estructuras sociales más complejas, sino que éstos conflictos son perfectamente compatibles con el mantenimiento de comercio y de relaciones de tipo sociopolítico como las alianzas matrimoniales. De hecho, a menudo son incumplimientos o modificaciones de estos acuerdos los que desencadenan los conflictos. Por tanto, en el aspecto relativo a la guerra consideramos que la propuesta de Hayden debe ser matizada por otros trabajos más completos.

Mucho más confuso es el planteamiento del autor sobre los sistemas de matrimonio en estas sociedades, ya que en tan sólo plantea la existencia del sistema de pago por la novia. Este sistema es característico de sociedades con tecnologías poco avanzadas de trabajo de la tierra, en las que la mano de obra es fundamental para mejorar la producción. La consecuencia de esta situación es una revalorización de la mujer, por la que se debe pagar para compensar a la familia que la cede, y, entre otras cosas, la posible existencia de la poligamia para aumentar la capacidad de producción. Sin embargo, como ha planteado de manera general Goody (1990; 1976) y en el caso de la Protohistoria europea, Marisa Ruiz-Gálvez (1992; 1998), en sociedades agrarias complejas con tecnologías como el arado, el regadío o la ganadería especializada, la mujer no es tan importante como mano de obra como por los derechos de descendencia que transmite, ya que este tipo de tecnologías permiten la acumulación de patrimonio a través de la posesión de tierras por parte de un linaje (Ruiz-Gálvez, M. L. 1998). El resultado es que el sistema de compra de la novia es sustituido por el de dote, de tipo bilateral y que entre otras cosas conlleva la precepción de la mujer no tanto como mano de obra sino como peón dentro de los juegos de alianzas matrimoniales que permiten unir tierras o ascender en la escala social (Ruiz-Gálvez, M. L. 1998: 41). Esta dinámica influye directamente en una disminución del estatus de la mujer, ya que la descendencia se establece a través de un hijo varón y las hijas – más débiles para el trabajo con el arado y a las que además hay que dotar – comienzan a suponer una carga, especialmente en las familias pobres.

En este punto, la interpretación de Hayden es especialmente confusa, ya que habla siempre de compra de la novia, incluso en estadios muy avanzados de su estudio que poseen claramente tecnologías agrarias complejas, con grandes posibilidades de acumulación. Asimismo, las referencias a alianzas matrimoniales para acrecentar el poder familiar y reforzar lazos entre élites sólo tienen sentido dentro de un sistema de dote en el que la mujer transmite derechos sobre la propiedad de la tierra. En este caso, la propuesta de Hayden no hace referencia alguna a este cambio fundamental en la forma de entender las relaciones sociales, familiares y la relación con la tierra, algo que consideramos que no sólo simplifica sino que introduce una evidente confusión en su propuesta al mezclar ambos conceptos. Para el análisis de las implicaciones entre tipos de matrimonio, sistemas de producción y connotaciones sociales y políticas vamos a optar por utilizar las propuestas de los autores citados arriba, junto a las aportaciones respecto a

este tema que hace Pierre Bourdieu en su capítulo de *El sentido práctico* dedicado a las relaciones de parentesco (2008: 257-315).

En definitiva, el modelo de Hayden debe ser completado con análisis más específicos de algunas de las estrategias propuestas, reforzado especialmente en su vertiente arqueológica ya que los casos propuestos adolecen de escasa contextualización y analizado desde una perspectiva menos actualista en el plano económico. Su principal utilidad es la de plantear un análisis en detalle de un modelo relativamente fluido de complejidad social intermedia que podría asimilar a las comunidades documentadas en el valle medio del Tajo, y en ese enfoque de marco general de análisis va a ser en parte utilizado como guía al analizar el registro arqueológico de la región y sus posibles correspondencias con algunas de las situaciones planteadas por el autor. Con todo, la necesidad de mejorar la capacidad de inferencia social del registro arqueológico nos ha hecho recurrir a un trabajo más centrado en la cultura material y, específicamente, en el análisis del rango a través de la arqueología.

3.3.3. La búsqueda del rango

Como complemento a los dos esquemas expuestos en los apartados anteriores hemos decidido utilizar la metodología de Paul K. Wason (1994) para el análisis del rango en el registro arqueológico. Al contrario que las propuestas anteriores en las que se estudiaban situaciones muy concretas de complejidad social, la aproximación de Wason es más general, tratando de analizar la existencia o no del rango, sus características – adscrito, adquirido, etc. – y las implicaciones que éstas tienen en la interpretación de las sociedades preindustriales. Se trata por tanto de una aproximación más transversal que las anteriores, y con un mayor componente de análisis arqueológico muy útil para extraer todas las posibilidades interpretativas del registro. Asimismo, se trata de uno de los pocos autores que ha tratado de desarrollar un programa metodológico crítico para el estudio arqueológico de la organización social (fig. 3.2), rechazando las posiciones más radicales, como la de Edmund Leach, que defienden la imposibilidad de inferencias sociales a través de los materiales arqueológicos, dado que los arqueólogos apenas observan algunos restos del pasado, la conducta humana es impredecible y los paralelos etnográficos pueden indicar posibilidades, pero no mostrar cuál de ellas fue la más probable. Más allá de analizar los restos materiales, todo lo demás sería especulación (Wason, P. K. 1994: 5). Esta postura maximalista parece a todas luces exagerada: incluso cuando estudiamos sociedades vivas (a través de la etnografía o la antropología social) establecemos modelos para tratar de generalizar acciones concretas. Asimismo, la existencia de varias posibilidades interpretativas para un mismo registro arqueológico no invalida del todo la posibilidad de establecer inferencias, aunque la limite. Un proceso de inferencia de datos no tiene por qué ser necesariamente especulativo, y la forma de afrontar esa variabilidad de interpretaciones sería el desarrollo de metodologías para reducir el número de alternativas posibles (1994: 6-7).

Las principales objeciones a la inferencia de modelos de organización social aplicados a sociedades arqueológicas han sido las planteadas por los arqueólogos postprocesualistas. Desde esta perspectiva, las tipologías que manejamos son construcciones contemporáneas que más que para describir el pasado sirven para apropiárselo (1994: 7). El problema es que llevar este pensamiento hasta el final supone la entrada en un relativismo absoluto respecto de los

mecanismos para conocer el pasado a través de la arqueología. Si bien es cierto que ninguna descripción del pasado puede ser completamente objetiva, si aceptamos que más allá de nuestro subjetivismo existe una realidad que puede ser – aun de forma limitada – analizada entonces es posible tratar de elaborar metodologías específicas para tratar de acercarnos a ella. Ésta es la postura de Wason, para el que es posible compensar un excesivo relativismo limitando el número de descripciones plausibles del pasado, aceptando desde luego que parte de las interpretaciones que realicemos van a ser, en mayor o menor medida, proyecciones de nuestro propio estilo de vida

Otra de las principales críticas postprocesuales a la arqueología previa es su falta de contextualización cultural e histórica y la búsqueda continua de leyes universales que relacionen cultura material y organización social. La cultura material, cargada de significados simbólicos, se presta mal a comparaciones entre culturas alejadas entre sí, y de aquí se deduce una imposibilidad de establecer inferencias directas entre la cultura material y la organización social. De nuevo, Wason acepta las objeciones postprocesuales, pero asumiendo la necesidad de contextualizar correctamente cada cultura, admite la posibilidad de establecer análisis generales y patrones de desarrollo a unos niveles más básicos que los tradicionalmente perseguidos por los arqueólogos procesuales (Wason, P. K. 1994: 12). El modelo de inferencia social de Wason, resumido en la figura 3.2, parte de tres puntos básicos que son aplicados a uno de los elementos clave de la sociedad, el sistema de estatus o rango: importancia de las teorías de alcance medio y la analogía etnográfica como bases de la interpretación de los datos arqueológicos, uso de los modelos de Service, Fried y Johnson y Earle como mecanismo para obtener una base más operativa para el estudio del rango (aceptando la existencia de tipologías pero rechazando cualquier connotación evolucionista) y asunción de que, aceptando gran parte de las objeciones postprocesuales, es posible una aproximación objetiva al Pasado, si no para describirlo completamente sí para limitar el número de posibles interpretaciones del mismo (Wason, P. K. 1994: 12-13).

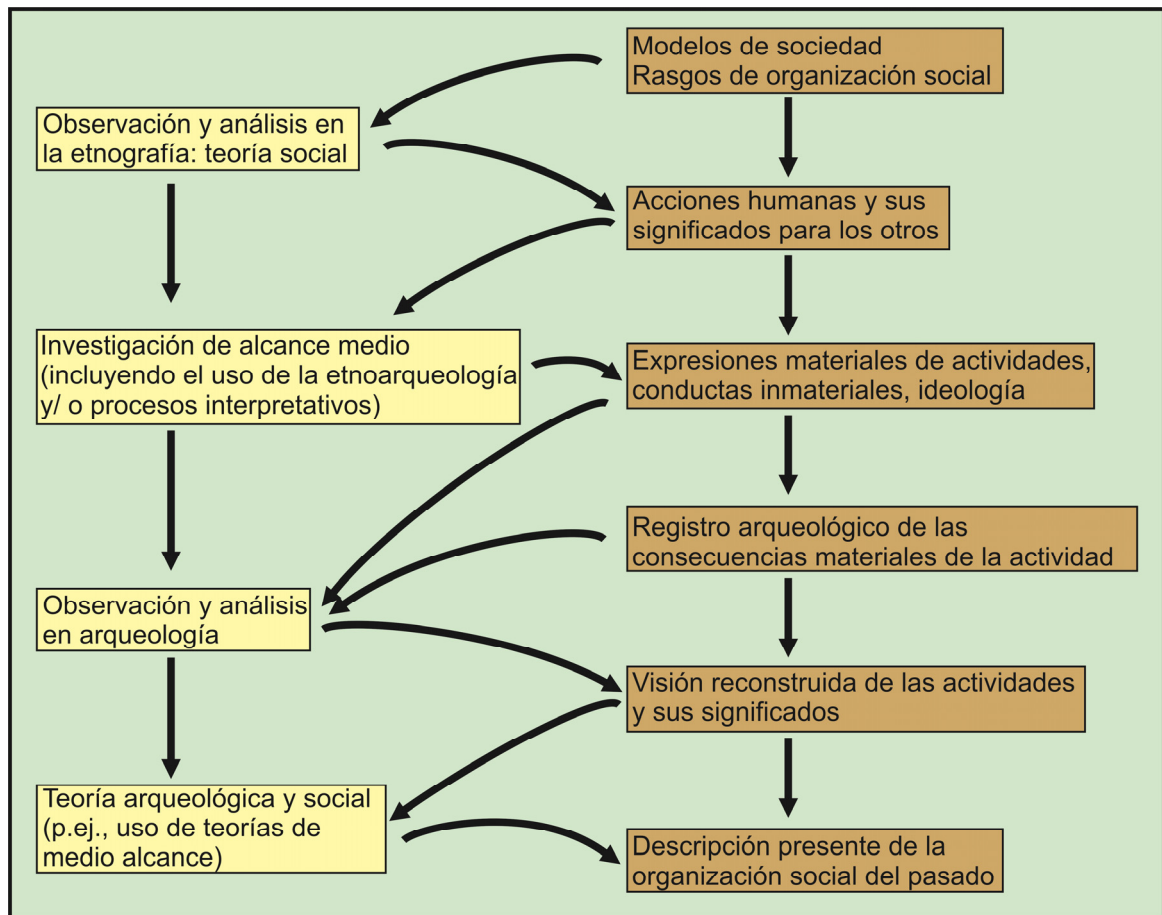


Figura 3.2.: metodología de inferencia social según P.K. Wason (1994)

Dentro del trabajo de Wason los tres conceptos más importantes – y en nuestra opinión, con unas implicaciones interpretativas más interesantes – son los de rango, estatus y riqueza. El concepto de rango desarrollado por Wason (1994) a partir de sistemas procesuales como el de Johnson y Earle es una variable operativa a la hora de interpretar el registro, y en ese sentido hemos considerado que puede sernos útil, despojado de cualquier connotación tipológica o evolutiva. Como dijimos al discutir las características del poder, el rango combina realidades como la autoridad y el poder, la riqueza, el prestigio y el estatus – adquirido y adscrito – y los mecanismos específicos con los que estas realidades se construyen. Para el autor, las sociedades podrían clasificarse *grosso modo* en cuatro niveles – sociedades sin rango, con rango adquirido, con rango adscrito en función de la pertenencia a un grupo de parentesco o una actividad y rango adscrito en función de la riqueza (estratificación). Estos cuatro niveles no son excluyentes, ya que ninguna sociedad presenta caracteres unívocos: en sociedades igualitarias puede existir cierto rango adquirido, en sociedades estratificadas el peso de los grupos de parentesco o la habilidad personal pueden seguir contando (aunque no sean definitivos ni permitan un ascenso social total). En sociedades que se encuentran en transición entre ambas posiciones, la negociación de rangos y sus características (sobre todo, el paso de rango adquirido a rango adscrito) es uno de los elementos fundamentales para valorar las características sociopolíticas del grupo. En nuestro caso, con una sociedad que se transforma durante ocho siglos, esa negociación y su reflejo en el registro arqueológico son fundamentales, a la vez que añaden profundidad a conceptos como el prestigio, que presenta un marco tan amplio de situaciones que inevitablemente acarrearán cierta ambigüedad.

En cuanto a los conceptos de riqueza y estatus consideramos necesario analizarlos en detalle porque pueden ayudarnos a enriquecer y aclarar las interpretaciones del registro arqueológico. La riqueza podría ser definida como *“la capacidad de adquisición de objetos de alto valor si se tienen los recursos necesarios”* (Wason, P. K. 1994: 125). Aunque normalmente las personas de alto rango tienen más recursos económicos y por tanto pueden acceder a objetos de mayor valor, pueden darse casos – y, de hecho, se dan – de individuos que, sin pertenecer a los estratos más altos de la sociedad tengan recursos suficientes para adquirir bienes de prestigio, si éstos no están restringidos. Del mismo modo, individuos poderosos (a través de alianzas, control ideológico, etc.) pueden llegar a empobrecerse en determinados contextos, especialmente dentro de conductas de acumulación de capital simbólico que como vimos podían llegar a plantear actitudes contraproducentes desde el punto de vista económico. En momentos en los que no se ha producido la aparición de sistemas de rango o éstos son inestables, las variaciones en los excedentes obtenidos (esto es, las pequeñas y esporádicas diferencias de riqueza) pueden ayudar a explicar variaciones en el registro arqueológico sin tener que recurrir a la aparición de élites. Por supuesto, y como dice Wason (1994: 125), llega un momento en que determinados niveles de riqueza sólo pueden deberse a un estatus social muy elevado, esto es, a la presencia de estratificación. Arqueológicamente, la presencia de un objeto que aparece ampliamente representado en una comunidad, pero con variaciones numéricas muy marcadas entre diferentes casas podría indicar la diferente riqueza de los habitantes del asentamiento: teóricamente todos pueden adquirir ese objeto, pero en la práctica no todos lo hacen, y unos pueden adquirir muchas más unidades que otros.

El concepto de riqueza tal y como es presentado por Wason tiene un componente actualista, ya que se asimila al de poder adquisitivo, pero sus implicaciones son muy interesantes, ya que nos permiten plantear un tipo de relaciones diferentes al analizar los bienes de prestigio. Éstos se asocian generalmente a la existencia de personajes de alto rango, cuando lo que pueden evidenciar es el uso de excedentes para perseguir ese rango. La reflexión sobre la riqueza es comprendida mejor si nos vamos al caso contrario, el de objetos de escaso valor económico pero que están reservados a determinados grupos por su valor simbólico o religioso. El caso que uniría ambas variables (riqueza y estatus) es el de aquellos objetos que además de ser caros están restringidos a una determinada minoría dentro del grupo, aun cuando otros miembros de la comunidad también tuvieran los recursos necesarios para adquirirlos.

Esta reflexión nos introduce el último término incluido en este grupo, el de estatus. Es también un término ambiguo, asimilado en muchas ocasiones a rango. Sin embargo, creemos que debe ser diferenciado ya que dentro de un rango puede haber personas con diferentes estatus en función de su sexo, su edad, sus afiliaciones familiares concretas e incluso sus habilidades personales o su actividad. Del mismo modo, individuos dentro de sociedades sin rango pueden tener estatus diferentes en función de los criterios expuestos arriba. Desde esa perspectiva, el concepto de estatus cortaría transversalmente las sociedades, y ofrecería, dentro de unos límites, mayor flexibilidad social. En nuestra opinión, tan sólo en el caso de las sociedades caracterizadas por la existencia de un rango adquirido podría producirse confusión entre ambos conceptos.

En cuanto a la metodología de análisis de los indicadores del rango, la propuesta de Wason es bastante clásica, centrada en tres grandes contextos como son el registro funerario, la forma y distribución de artefactos y los asentamientos en sus tres niveles (poblamiento, asentamiento y unidad doméstica). La principal virtud de su aproximación es su carácter sistemático y su perspectiva generalizadora aunque parta de casos arqueológicos y etnográficos concretos. Uno de los casos que mejor ejemplifican su método de trabajo es el cuadro que hace de las posibles interpretaciones en función del tipo de rango existente en una sociedad y las características del ritual (figura 3.3.), planteando todas las combinaciones posibles entre ambas para proporcionar un esquema sencillo, fácil de aplicar y muy sugerente.

3.3.4. Capital simbólico, *habitus*, dominación

Varias de las categorías y conceptos que Pierre Bourdieu, especialmente cuando se aplican a sus experiencias en Argelia, nos han ayudado a interpretar y analizar los mecanismos a través de los que se construye la percepción del mundo en sociedades precapitalistas. Ya hemos hecho referencia a uno de estos conceptos, el de capital simbólico, al hablar de la desigualdad y de las formas de acumulación en este tipo de sociedades. Este concepto es fundamental para evitar la extrapolación del economicismo – en definitiva, una suerte de etnocentrismo (Marqués, I. 2008: 302) – a sociedades en las que conceptos como el ahorro, el cálculo estrictamente económico del beneficio o la utilización de la tierra como fuente de riqueza son no sólo excepcionales sino que constituyen conductas reprobables. Ya hemos criticado esta postura excesivamente presentista en modelos como los de Earle o Hayden, que olvidan que la racionalidad campesina – mucho menos la de agricultores de roza o cazadores recolectores – rechaza instintivamente la creación de excedentes una vez alcanzada la subsistencia (Shanin, T. 1971). En palabras de Bourdieu, *"Todo sucede como si lo propio de la economía "arcaica" residiera en el hecho de que la acción económica no puede reconocerse explícitamente: "la idolatría de la naturaleza" que impide la constitución de la naturaleza como materia prima y al mismo tiempo la constitución de la acción humana como trabajo, es decir, como lucha del hombre contra la naturaleza, se conjuga con la acentuación sistemática del aspecto simbólico de los actos y de las relaciones de producción para impedir la constitución de una economía en cuanto tal, es decir como sistema regido por las leyes del cálculo interesado, de la competencia o de la explotación"* (2008: 181).

En este contexto, la única forma de acumulación de capital posible es el capital simbólico, basado por una parte en el comportamiento individual y familiar de acuerdo a las normas sociales y por otra parte en un conjunto de estrategias que difieren sustancialmente de las practicadas en economías de mercado ya que se apoyan en variables como las relaciones personales, el honor, la palabra o la familia y que pueden incluir acciones económicamente – en el sentido capitalista del término – ruinosas, como la destrucción de riqueza o su reparto dentro de la comunidad. Esta actitud es precisamente una de las mejor documentadas en el registro etnográfico y arqueológico, con ejemplos que van desde los potlatch a la amortización de riqueza en las tumbas. Por supuesto, capital económico y simbólico están unidos de manera inextricable (Bourdieu, P. 2008: 189), ya que no existe ningún intercambio exento de valoración de sus beneficios, y la propia acumulación de capital simbólico atrae beneficios en forma de aliados, mejores posibilidades para el matrimonio y los intercambios comerciales y mayor protagonismo en la toma de decisiones y en la gestión de actividades dentro de la comunidad.

Sistema de rango	Ritual funerario	Posibles interpretaciones
Claramente hereditario	Poco elaborado	<p>1. Sistema de rango bien establecido y estable. Las bases para determinar el rango y los deberes y beneficios asociados están ampliamente asumidos</p> <p>2. Diferencias de rango no muy grandes o apoyadas en la religión antes que en la riqueza o la fuerza</p>
Claramente hereditario	Muy elaborado	<p>1. Si el ritual está relacionado con temas religiosos, o presenta marcadores de estatus, suele indicar una gran importancia de los estatus en un sistema que presenta mucha variedad de ellos.</p> <p>2. Si la elaboración muestra tumbas ricas o con connotaciones militares, aunque haya un rango hereditario pueden existir</p> <ul style="list-style-type: none"> a) reclamaciones ambiguas de derechos hereditarios b) estratificación u otros privilegios no aceptados por toda la población c) liderazgo basado en conquista o el uso de la fuerza siendo necesario otro tipo de factores para legitimar la autoridad
Poca base hereditaria	Poco elaborado	<p>1. Las diferencias de rango no son grandes y/o:</p> <p>2. Un estatus elevado se consigue por medios no relacionados con el control de recursos económicos, y este control no entra dentro de los privilegios del rango en esa sociedad</p>
No se aprecia base hereditaria	Elaborado	Rivalidad entre miembros del grupo por alcanzar un estatus alto, donde el ritual funerario representa uno de los principales escenarios para representar esa competitividad
No está claro si el rango es hereditario	Poco elaborado	<p>1. Si algunos individuos presentan claras señales de estatus, asociación con símbolos de rango o prácticas religiosas importantes socialmente, es probable que haya un componente de estatus estable y hereditario aceptado dentro de la cultura</p> <p>2. Si no se detectan señales de estatus, o el rango no es importante en la sociedad o el rango (adscrito o adquirido) es importante pero no se considera apropiada su exhibición en el ámbito funerario</p>
No está claro si el rango es hereditario	Muy elaborado	<p>1. Si hay tumbas ricas y/o presencia de rangos militares, el rango está basado los logros personales, o se encuentra en un momento de cambio respecto a cómo se determina o los privilegios a él asociados</p> <p>2. Si la elaboración se da respecto a símbolos de rango o religiosos tiene una interpretación más ambigua: necesidad de reforzar el derecho a un rango superior o una muestra de respeto a un rango muy respetado</p>

Figura 3.3: asociaciones entre tipos de rangos, calidad del ritual funerario utilizado y posibles inferencias acerca de la desigualdad social según Wason (1994)

En realidad, podría pensarse que en las frecuentes alusiones en la interpretación arqueológica a ideas como la búsqueda de prestigio estaríamos hablando de capital simbólico. Sin embargo, en nuestra opinión en ese tipo de interpretaciones generalmente se observa la postura economicista citada arriba, en la que el prestigio se entiende generalmente como un mecanismo para alcanzar el control económico, verdadera llave de la desigualdad social., olvidándose de que en estas sociedades acumular capital simbólico es la única forma de tener control económico. Y esta situación introduce una contradicción para aquellos que pretenden ascender dentro de su comunidad, ya que deben realizar este ascenso dentro de una sociedad que aborrece la singularización y valora el comportamiento comunitario (Marqués, I. 2008: 305).

El segundo concepto del trabajo de Bourdieu que hemos considerado interesante para analizar los comportamientos sociales es su conocida definición de *habitus*, entendido como "*un sistema de disposiciones para actuar, sentir y pensar de una determinada manera, interiorizadas e incorporadas por los individuos en el transcurso de su historia*" (Castón, P. 1996: 81). Es decir, que los individuos que han crecido en un mismo entorno y han experimentado unas condiciones de vida similares han interiorizado esquemas mentales análogos que les hacen ver el mundo de una determinada forma, y la repetición continuada de pensamientos y prácticas análogos hacen que esta forma de ver el mundo sea considerada la coherente (Marqués, I. 2008: 281). Es importante tener en cuenta que las prácticas que genera el *habitus* no son conscientes, pero sí condicionan la toma potencial de decisiones: qué hacer o no, cómo comportarse, etc. y en este sentido pueden existir diferentes *habitus*, en función de la clase o incluso dentro de la misma (Marqués, I. 2008: 284), además de variaciones en las experiencias personales que, en cualquier caso, son variantes dentro de ese *habitus* (Bourdieu, P. 2008: 98).

Aunque los estudios de Bourdieu se centraron especialmente en las clases sociales de nuestra época, es evidente que el concepto de *habitus* es aplicable a cualquier grupo y periodo, puesto que todos los seres humanos crecen en una sociedad en la que, a través de la observación, la educación y la repetición de prácticas construyen una forma determinada de ver la realidad que delimita su manera de ser, de ver y de hacer en el mundo. En este sentido, podríamos tratar de valorar cómo se construyó y en qué aspectos pudo reflejarse el *habitus* dentro de las sociedades protohistóricas de la región, como los espacios domésticos, el mundo funerario o la cultura material. Nuestro principal problema es que tal y como es definido el concepto de *habitus* es fundamentalmente inmóvil y resistente al cambio, puesto que crea una manera "correcta" de ver la realidad limitada por las propias prácticas, nuestro enfoque trata de analizar precisamente un cambio – el del surgimiento de las desigualdades – y en este sentido, tal y como propone Alfredo González (2006: 29), el concepto puede ser más interesante en el periodo en el que se documentan más desigualdades sociales que permitan ver diferentes modos de construcción de la realidad a través de las acciones prácticas de los diferentes grupos sociales.

Finalmente, la tercera categoría útil para nuestro trabajo es el concepto de violencia simbólica y los modos de dominación existentes en las sociedades precapitalistas. Dentro del esquema que habíamos planteado arriba en el que la principal acumulación de capital se produce en el ámbito simbólico, pueden producirse disimetrías en las relaciones que pasan desde una reciprocidad perfecta a una creciente desigualdad que acrecienta las contraprestaciones que una parte tiene que prestar a la otra. Estas contraprestaciones son de facto relaciones de dependencia fundadas

económicamente pero disimuladas bajo una moral aceptada por todos (Bourdieu, P. 2008: 196). En este contexto, y de la misma manera que en estas sociedades se niega el interés económico aunque subyazca bajo las formas de relación social, tampoco puede ejercerse una coacción directa y abierta en las relaciones, ya que esa actitud provocaría la pérdida del capital simbólico acumulado por los individuos. Debe recurrirse, por tanto, a una violencia simbólica que sirve para crear y asentar las relaciones de dominación y que para ello se apoya en alianzas, obligaciones, relaciones de confianza, deberes u honor, virtudes que sirven para sustentar relaciones de dependencia bajo la apariencia de moral (Bourdieu, P. 2008: 204-205).

Esta violencia simbólica es fundamental para comprender la complejidad de las relaciones de desigualdad existentes en sociedades sin economías de mercado: la dominación y el control deben construirse y mantenerse desde una ética igualitaria en la que es el propio sistema el que impone el cumplimiento de las relaciones de dependencia, y en el que los que construyen estrategias de dominación tienen que hacerlo desde el discurso contrario, el de la asunción de los valores de la comunidad y de una ética igualitaria que no existe de facto. Asimismo, requiere de un cuidado continuo no sólo para representar los valores del grupo, sino para mantener y establecer relaciones que refuercen los vínculos y por tanto el control. Dicho de otra manera, *"la autoridad personal no puede perpetuarse en forma duradera sino a través de acciones que la reafirman prácticamente por medio de su conformidad con los valores que el grupo reconoce. Los "grandes" pueden permitirse menos que cualquiera el tomarse libertades con las normas oficiales y deben pagar su aumento de valor con un aumento de conformidad a los valores del grupo"*. (Bourdieu, P. 2008: 208-209)

Los conceptos descritos brevemente arriba proporcionan herramientas para comprender cómo se construye una determinada percepción de la realidad a través de la repetición de prácticas – algo muy útil en el caso de la interpretación del registro arqueológico – y qué formas adoptan las relaciones de dependencia, dominación y acumulación en sociedades que no han desarrollado economías de mercado, a la vez que nos permiten corregir el sesgo excesivamente actualista de modelos de transformación social como los planteados por Earle y Hayden. Por otra parte, para otro tipo de aproximaciones como el tipo de estrategias utilizadas para subvertir el orden previo y promocionar la aparición de desigualdades, o las causas de la aparición de las mismas debemos trabajar con modelos más dinámicos que analicen cambios de largo alcance. En este sentido, las categorías y conceptos que tomamos de Bourdieu serán especialmente útiles cuando hayamos comprendido cuáles fueron los criterios en torno a los que se construyó el o los *habitus* de las poblaciones protohistóricas del valle medio del Tajo.

3.4. Conclusiones

Como hemos visto a lo largo del capítulo, las categorías, los enfoques teóricos y metodológicos y las aproximaciones al estudio de la complejidad social son muy numerosos y no siempre compatibles. Nuestra aproximación al estudio de la organización social del valle medio del Tajo durante la Edad del Hierro va a partir, como marco general, de los tres grandes conceptos – desigualdad, poder y resistencia – que han constituido el punto de partida de nuestro trabajo. Sin embargo, en un nivel más concreto la clave va a estar en el análisis de tres variables: el registro arqueológico, los mecanismos a través de los que aparece y se consolida la desigualdad y las formas que esta adquiere. Todo ello dentro de un rango de complejidad social amplio superior al de cazadores – recolectores pero alejado de sociedades estratificadas.

El marco de análisis va a estar apoyado en los trabajos de Earle y Hayden que nos aportan tres líneas de análisis clave: un conjunto de estrategias utilizadas para ascender en la posición social, aumentar la base de poder personal o familiar y romper la ética igualitaria anterior; dos propuestas detalladas de cómo pueden producirse estos cambios e información acerca de los ámbitos del registro arqueológico que pueden ser útiles para inferir desigualdades sociales en las comunidades estudiadas. La aproximación de Hayden es más útil para nuestro trabajo, ya que como hemos dicho aborda el surgimiento de las desigualdades y su progresiva consolidación, mientras que Earle analiza el proceso desde una perspectiva menos dinámica y centrada en su fase final, las jefaturas. Por otra parte, el análisis del registro arqueológico aparece también – y de forma más sistemática – en el trabajo de Wason, pero éste nos sirve para introducir una variable de análisis transversal como es la presencia del rango (y de qué tipo) en nuestro estudio. Además, sus aportaciones respecto de los conceptos de riqueza y estatus van a ayudarnos a matizar e interpretar con más precisión algunos indicadores arqueológicos, especialmente en aquellos momentos en los que la existencia de la desigualdad social no es muy evidente. Finalmente, las categorías del pensamiento de Bourdieu descritas brevemente arriba nos sirven como contrapeso a las posturas excesivamente centradas en la economía de Earle y Hayden, de las que también rechazamos su vertiente excesivamente tipologista y evolucionista.

El objetivo, en última instancia, es tratar de identificar las variables internas que estructuraban la sociedad (o sociedades) del valle medio del Tajo para proponer una interpretación de los procesos de aparición, desarrollo y consolidación de las desigualdades sociales de estos grupos, de los mecanismos a través de los que se produjeron y del grado de complejidad social que alcanzaron. Como hemos repetido a lo largo del capítulo, no se trata de etiquetar la Edad del Hierro en la región, sino de ofrecer un modelo flexible que parta del registro arqueológico para detectar cambios en la estructura social, estrategias para lograr esos cambios y diferencias en el acceso a los recursos. La elección de este modelo de interpretación flexible asume la existencia de cambios en la sociedad de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo a lo largo de sus aproximadamente ocho siglos de duración. Sin embargo, para que el análisis sea completo hay que analizar, aun brevemente, el final del periodo inmediatamente anterior, el Bronce Final. Los cambios en ese momento son fundamentales para comprender las dinámicas económicas, sociales y cosmogónicas en que se desenvuelven los grupos de la región a partir del siglo VIII a.C.

La Primera Edad del Hierro

4.1. Sociedades en transformación (S. IX a.C. – S. VIII a.C.)

4.1.1. El (un) punto de partida: Cogotas I en la Meseta sur

En sus comienzos, esta tesis doctoral se planteó centrada en la Segunda Edad del Hierro. Pronto se hizo evidente, como esperamos demostrar a lo largo de este trabajo, que la división entre Primera y Segunda Edad del Hierro no era operativa para poder analizar las sociedades del valle medio del Tajo, por lo que se modificó el enfoque y la extensión del trabajo para englobar en su conjunto la Edad del Hierro desde ámbitos muy diferentes al cronológico tradicional. De manera similar, se hizo necesaria una aproximación a los parámetros que diferenciaban el periodo de estudio de las etapas anteriores, para poder comprender qué había ocurrido en el paso de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro y si esa distinción cronológica y terminológica obedecía a razones fundamentadas en el registro o constituía, como consideramos que ocurre para las dos edades en que se divide la Edad del Hierro, una división simplemente basada en la tradición.

En este caso, las diferencias en el registro arqueológico y en las interpretaciones económicas y sociales de ambos periodos son muy marcadas y evidencian la existencia de dos sociedades con conceptos del territorio, de las relaciones intergrupales y de la explotación de los recursos muy alejados entre sí, que justifican en nuestra opinión la definición de nuestro límite cronológico inferior de estudio en torno al siglo IX a.C. Como todas las denominadas transiciones, la transformación de las estructuras sociales y económicas de los grupos del Bronce Final es un proceso gradual, poco conocido y mal definido arqueológicamente por tratarse de una etapa de ajuste a nuevos parámetros culturales, económicos y sociales. En el caso del valle medio del río Tajo es además un proceso que no ha sido justificado ni desde el análisis de sus causas ni de sus consecuencias.

No es objetivo de este trabajo el estudio de los grupos del Bronce Final en la región, ni desde el punto de vista de su definición material, temporal o espacial ni desde la perspectiva de la arqueología social que venimos defendiendo. Pero sí que es necesario, en primer lugar, comprender de dónde venimos para conocer las características del cambio, su magnitud y consecuencias. En segundo lugar, es necesario proponer – o al menos intentarlo – una explicación para el mismo. En este sentido, nuestra aproximación a los comienzos de la Primera Edad del Hierro está estructurada en tres partes muy concretas. La primera de ellas analiza de manera muy somera los datos conocidos y aceptados tradicionalmente para el Bronce Final – cronología, distribución, características materiales – y para la denominada transición a la Edad del Hierro, así como las interpretaciones actualmente aceptadas por la comunidad científica. Junto a ésta breve introducción se analizarán las debilidades del modelo y su principal carencia, la falta de una explicación causal para esta transición. La segunda parte va a proponer una

hipótesis que justifique el mismo, basada en características ambientales estructurales de la meseta sur, en cambios paleoclimáticos y – parcialmente – en las propuestas de Halstead y O'Shea (1989: 160) respecto de las respuestas que las sociedades campesinas ofrecen frente a situaciones de incertidumbre. Esta hipótesis será contrastada con los datos arqueológicos de que disponemos para antes, durante y después del cambio. Finalmente, la tercera parte muestra las consecuencias de este cambio y cómo estas devienen en una forma diferente de ver el mundo, las relaciones sociales e incluso la cultura material. El objetivo, en definitiva, es proporcionar un marco coherente para el inicio de la Edad del Hierro, que, si eso es posible en arqueología, defina un punto de partida para nuestro trabajo.

El Bronce Final de la región del valle medio del Tajo fue interpretado desde fechas muy tempranas como perteneciente a la denominada cultura de Cogotas I. La definición e interpretación de este grupo ha sido uno de los grandes temas arqueológicos nacionales desde la excavación del yacimiento epónimo entre 1929 y 1930 por Juan Cabré (ver Fernández - Posse, M. D. 1998 para una completa síntesis del tema), debates que han tenido su reflejo en nuestra zona, incluida su equivocada inserción en la Edad del Hierro en la década de los 30. Como en tantos otros casos de la arqueología de la región, es a partir de los años 70 cuando despegla la investigación y desde entonces se han sucedido excavaciones y síntesis provinciales (Almagro, M. 1987; Blasco, M. C. y Lucas, M. R. 1999 - 2000; Crespo, M. L. y Arenas, J. A. 1998) y sobre todo regionales (Almagro, M. 1988; Blasco, M. C. 1992; Blasco, M. C. y Lucas, M. R. 1999; Pereira, J. 1994, 2007; Ruiz, G. y Lorrio, A. 1988) que abordan el estudio de este periodo en la Meseta Sur. Destaca por su amplitud el trabajo de Kenia Muñoz (López, L. *et al.* 1999; Muñoz, K. 1993, 1998a, 1999, 2000; Muñoz, K. 2001) en relación con su tesis doctoral publicada en 1998.

No pretendemos realizar un estado de cuestión de la investigación, y por suerte en los últimos años se han publicado una serie de artículos y libros que resumen de manera ejemplar la situación y actuales interpretaciones acerca del Bronce Final y su transición a la Edad del Hierro en la región. El primero de estos trabajos y el más completo es la síntesis que hace de su tesis doctoral Rosa María Barroso (2002), abarcando las provincias de Guadalajara y Madrid y que va a ser uno de nuestras fuentes básicas para definir materialmente el periodo, aunque después de su publicación han aparecido publicaciones sobre algunos yacimientos (Blasco, M. C. *et al.* 2007) que han aumentado el corpus de información, especialmente en el caso de las dataciones absolutas. Otra síntesis es la realizada por Pereira (2007) dentro de un volumen más general dedicado a la Prehistoria y Protohistoria de Castilla – La Mancha, aunque por limitaciones de espacio y dada la extensión regional del libro el tema se presenta desde una perspectiva más genérica. Finalmente, vamos a utilizar dos de los artículos publicados en el especial de Zona Arqueológica dedicado a la Edad del Hierro en la Carpetania que abordan el tránsito a la sociedad del Hierro desde una perspectiva general (Ruiz, G. 2007) o centrada en la cuenca del Manzanares (Blasco, M. C. 2007). Estas cuatro aportaciones resumen bien el alcance de la información y las principales tendencias interpretativas existentes hoy en día sobre el periodo que nos ocupa. De manera ocasional haremos alusión a otras publicaciones, y como guía general para este periodo seguiremos teniendo en cuenta la publicación de Fernández – Posse (1998) ya citada anteriormente.

De manera general, parece que los grupos del Bronce Final del valle alto y medio del Tajo reproducen, de manera muy rigurosa, los patrones por los que fue definida la cultura de Cogotas I en su zona nuclear: presencia de las cerámicas excisas y con decoración de boquique que constituyen una de las señas de identidad de estas poblaciones, yacimientos de escasa entidad realizados con materiales perecederos y que apuntan a estancias relativamente cortas de tiempo en un punto concreto y escasa – por no decir casi inexistente – evidencia de enterramientos (Ruiz, G. 2007: 40). La cronología asignada para la región resulta problemática debido a la escasez de dataciones y a los problemas que presentan los contextos donde fueron recogidos (Barroso, R. 2002: 102-104), aunque algunas de las fechas son lo suficientemente antiguas como para defender que esta región sea una de las que mantenga relaciones desde un momento más temprano con el área nuclear de esta cultura (Barroso, R. 2002: 219). Para el final del periodo parece haber sin embargo consenso en considerar el siglo IX a.C. (Barroso, R. 2002: 221; Ruiz, G. 2007: 43) o los comienzos del siglo VIII a.C. (Blasco, M. C. 2007: 71-72) como el momento de desaparición como tal de Cogotas I y de la transición a la Edad del Hierro.

Muy sintéticamente, la interpretación que se da a estos grupos de Cogotas I en el valle medio y alto del Tajo puede resumirse en los siguientes puntos básicos:

- Los grupos Cogotas I se asientan principalmente en el eje Henares – Manzanares – Jarama en la zona de Madrid y Guadalajara (Barroso, R. 2002: 219) y en torno al Tajo en Toledo (Pereira, J. 2007: 128). La densidad de asentamientos es, sin embargo, menor la vertiente sur del río Tajo y en torno al arroyo Guatén (Muñoz, K. 1998a: 348) en un patrón de asentamiento cercano a los ríos pero que cubre desde terrazas a cumbres amesetadas como la del Ecce Homo. No hay por tanto un criterio homogéneo de localización de los yacimientos, aunque sí un predominio de los mismos en las cercanías de los cauces principales.
- Los asentamientos son pequeños y caracterizados por la presencia de numerosos fosos (de variada interpretación, aunque una de las más habituales suele ser la de silos de almacenaje) y estructuras de habitación muy arrasadas o desaparecidas completamente, realizadas en materiales perecederos (Ruiz, G. 2007: 41). Esta escasa inversión en la construcción del hábitat, junto a la generalizada ausencia de estratigrafías verticales, ha llevado a la conclusión de que se trataba de grupos semisedentarios, que se movían a lo largo del tiempo ocupando diferentes emplazamientos dentro de un territorio controlado (Blasco, M. C. 2007: 66; Pereira, J. 2007: 130; Ruiz, G. 2007: 41). El pequeño tamaño de los asentamientos induce a pensar en grupos familiares de tamaño reducido, con un peso demográfico pequeño (Ruiz, G. 2007: 43).
- La economía de estos grupos estaría caracterizada por una combinación de agricultura – más bien horticultura – y ganadería, complementada por caza, pesca y recolección. Definida por Barroso como “economía agraria compensatoria de bajo riesgo” (Barroso, R. 2002: 220), se caracterizaría por la búsqueda de equilibrio entre las diferentes actividades productivas, sin que exista especialización en una de ellas. En función de la temporada del año, del emplazamiento o de circunstancias más concretas puede predominar una u otra actividad, y esto explica en parte la falta de uniformidad del

patrón de asentamientos (Barroso, R. 2002: 220). Se trata de una economía poco exigente – algo visible, por ejemplo, en el predominio de los ovicápridos sobre los bóvidos en los registros faunísticos, característica de sociedades que aún no son completamente sedentarias pero que pueden llegar a permanecer etapas relativamente prolongadas en un emplazamiento (al menos, varios meses, hasta recoger la cosecha) (Blasco, M. C. 2007: 68). El pequeño tamaño de los grupos permitiría el mantenimiento de esta forma de explotación del territorio tan poco especializada.

- El registro funerario de estos grupos consiste en inhumaciones pero es muy escaso, con rituales muy poco definidos o inexistentes, ausencia de necrópolis y frecuentes reutilizaciones de fosas para el enterramiento, pudiendo hablarse también de cierta improvisación. La existencia de restos sin conexión anatómica ha llevado a plantear la existencia de procesos de exposición a la intemperie y enterramientos secundarios (Barroso, R. 2002: 97-99). Asimismo contamos con pocas evidencias de otros aspectos de su mundo simbólico, como ofrendas de animales (Blasco, M. C. 2007: 67). Tan sólo una ínfima parte del total de la población fue inhumada (Muñoz, K. 1998a: 335).
- La presencia de una enorme uniformidad en algunos de los materiales arqueológicos de estos grupos – especialmente en el uso de determinadas técnicas decorativas como el boquique o la excisión – ha sido interpretada como la evidencia de contactos entre los diferentes grupos que se desplazarían a lo largo del territorio – debido al carácter semisedentario de estas poblaciones (Blasco, M. C. 2007: 67). También como muestra de contactos e intercambios se consideran los escasos materiales foráneos localizados en la región. La amplitud cronológica de los motivos decorativos ha sido a menudo interpretada como síntoma de una sociedad conservadora y refractaria a los cambios.
- Hacia el siglo IX a.C. y a lo largo del siglo VIII a.C. comienzan a apreciarse ciertos cambios en el registro arqueológico de estos grupos que apuntan a una mayor inversión de esfuerzo en el acondicionamiento de los hábitat o la disminución o desaparición del número de fosos (Blasco, M. C. 2007: 70), así como el inicio de modificaciones en el estilo decorativo que empieza a perder su uniformidad (Ruiz, G. 2007: 43-44) y a presentar influencias de otros grupos, especialmente de las poblaciones asociadas a los denominados Campos de Urnas. Estas influencias se aprecian especialmente en los motivos decorativos de las cerámicas, que mezclan técnicas y motivos de ambas tradiciones (Ruiz, B. *et al.* 1997b: 47).
- El final del proceso parece producirse con la disgregación de la cultura material uniforme característica de Cogotas I en diferentes tradiciones regionales/ comarcales (Ruiz, G. 2007: 43) denominadas *facies* como la de Pico Buitre, Fuente Estaca o la cuenca baja del Manzanares. Esta regionalización viene acompañada de una sedentarización muy marcada si no definitiva, que sienta las bases de la Edad del Hierro. Aunque en muchos aspectos materiales las diferentes facies locales conservan características similares, en líneas generales van a presentar desde este momento desarrollos diferentes. En este sentido, destaca la continuidad de asentamientos construidos con materiales perecederos en la región del Manzanares (Blasco, M. C. 2007: 68), frente a la rápida

asunción de la piedra en otras áreas hasta entonces muy similares materialmente, como la zona en torno a Molina de Aragón (Barroso, R. 2002: 223-224). El mundo funerario es totalmente desconocido en este momento (Barroso, R. 2002: 143), aunque en algunos grupos como Fuente Estaca se asume la existencia de ritual de incineración (Ruiz, G. 2007: 49).

- En el siglo VII a.C. puede darse por terminada la transición a la Edad del Hierro, que en estos momentos quedaría caracterizada por una ocupación más continuada del espacio y estructuras más estables, que permite la creación de estratigrafías verticales (aun cuando éstas sean pequeñas, con una potencia de no más de 40 cm.), desaparición de las fosas o silos y sustitución por otro tipo de métodos de almacenamiento (Blasco, M. C. 2007: 75); cambios sustanciales en los tipos cerámicos y sus decoraciones (Blasco, M. C. 2007: 78-79) y aparición de las primeras necrópolis de incineración, ya en el siglo VI a.C. (Blasco, M. C. 2007: 82). Asimismo, en la zona en torno al Manzanares se observa un ligero cambio en el patrón de asentamiento, con los yacimientos alejándose algo del cauce principal y buscando las cabeceras de los afluentes, ganando en visibilidad sobre el entorno, aunque área de explotación sería básicamente el mismo (Blasco, M. C. 2007: 74).

Los datos expuestos arriba constituyen la interpretación actual de la Edad del Bronce Final en la región de la cuenca media del Tajo. Arqueológicamente están, en mi opinión, bien fundados y son coherentes con la documentación existente pese a todos los problemas de interpretación derivados del escaso registro arqueológico, las a menudo poco concluyentes dataciones absolutas y la información regional de calidad y cantidad muy desigual. En líneas generales y dejando por un momento de lado las especificidades materiales, desarrollan un modelo clásico de sedentarización de sociedades horticultoras/ ganaderas y su transformación en sociedades agrícolas, proceso que va acompañado de una regionalización de la cultura material y de progresiva complejidad social vinculado a una mayor estabilidad de las poblaciones que, con el tiempo, constituirán el sustrato de los pueblos prerromanos (Ruiz, G. 2007: 43). Aunque esta propuesta parece obedecer a un esquema clásico evolucionista en el que el progreso tecnológico, la agricultura intensiva y la creciente complejidad social sustituyen al estancamiento, la agricultura de roza y la ganadería y a las sociedades igualitarias, y como tal ha sido criticado (Díaz-del-Río, P. 2001: 109-111), lo cierto es que muchos de estos procesos se documentan en el registro. Otra cosa es su significación socioeconómica, especialmente en lo referente al aumento de la complejidad social.

La principal crítica a este modelo proviene de Pedro Díaz – del – Río (2001) en su tesis doctoral, donde critica la postura expuesta arriba – que denomina argumentación “clásica” (2001: 78-83) – en uno de sus principales presupuestos: la movilidad de la población. Para el autor, los indicios expuestos tradicionalmente para defender un carácter semisedentario de la población – ausencia de estratigrafías verticales, agotamiento de la tierra, restos faunísticos, etc. – no son ni mucho menos concluyentes para caracterizar a los grupos del Bronce Final (y de periodos anteriores, ya que el autor analiza el periodo comprendido entre los milenios III y II a.C. como una unidad) como móviles.

Aunque muchas de las críticas de Pedro Díaz-del-Río son pertinentes, especialmente en su énfasis en la necesidad de otorgar un significado real a algunos conceptos utilizados demasiado libremente, como la agricultura de roza o el valor de los silos como almacenes de alimentos, su argumentación presenta en nuestra opinión tres puntos débiles. El primero de ellos es que su crítica se dirige a las posturas más maximalistas de la propuesta clásica, que han sido superadas por los propios defensores de la misma hace tiempo. No tiene mucho sentido criticar ideas como el predominio ganadero o la existencia de trashumancia (Díaz-del-Río, P. 2001: 81), cuando actualmente estas ideas no son defendidas en los ámbitos académicos “tradicionales” (Fernández - Posse, M. D. 1998: 116), que como hemos visto (Barroso, R. 2002: 220) aceptan un equilibrio mucho mayor en los diferentes sectores productivos – agricultor, ganadero, recolector – de los grupos de Cogotas I, y que en general rechazan una movilidad grande de estos grupos a favor de desplazamientos cortos dentro de un territorio bien definido. Del mismo modo, su discusión teórica sobre el concepto de primitivismo y sus principales características se centra en la crítica a un modelo “ideal” (Díaz-del-Río, P. 2001: 110-111) en el que se contraponen los dos extremos del sistema evolutivo. La crítica a ambas posturas maximalistas es por tanto fácil, pero si bien es cierto que el modelo evolutivo sigue subyacente en las interpretaciones académicas, no es menos cierto que las posturas defendidas rara vez coinciden con los dos extremos del proceso.

En segundo lugar, su enfoque crítico se basa en proponer explicaciones alternativas para explicar el registro arqueológico, pero estas propuestas no rebaten las interpretaciones tradicionales, simplemente ofrecen otras posibles explicaciones para la formación del registro. Uno de los casos más claros es el de su crítica a la estratigrafía horizontal de este tipo de yacimientos, indicando que la *“ausencia de yacimientos pluriestratificados podría ser provocada por el leve desplazamiento de las viviendas de madera y barro (...) como parece suceder en las llanuras centroeuropeas durante el Neolítico”* (Díaz-del-Río, P. 2001: 81). En efecto, podría ser así, pero no se aportan evidencias arqueológicas que permitan decantarse por esta interpretación frente a la tradicional de reocupaciones temporales del espacio.

Finalmente, muchas de las bases para criticar la existencia y aplicación del sistema de roza al valle medio del Tajo provienen de los trabajos sobre las llanuras centroeuropeas desarrollados por Bogucki (Díaz-del-Río, P. 2001: 113-114) para el Neolítico. Sin negar que la asunción de la práctica de la agricultura de roza en la Meseta contenga un fuerte componente de apriorismo, cuesta trabajo aceptar que las condiciones del Neolítico centroeuropeo puedan ser aplicables a la Meseta y, en nuestro caso, a la Submeseta sur. Un simple cuadro resumen de algunas características climatológicas y edafológicas muestra de manera patente las dificultades de extrapolación:

	Submeseta sur	Varsovia	Berlín
Altitud sobre el nivel del mar	500 - 600 m	150 m	55 m
Precipitaciones anuales	200 - 500	502	590
Temperatura Max. anual (media)	24°	19,2°	18,4°
Temperatura Mín. anual (media)	5°	-3,5°	-1,1°
Oscilación térmica máxima (media)	20°	22,7°	19,5°
Humedad relativa	32% – 73%	68% - 88%	56%-83%
Balance hídrico anual (precipitaciones menos evapotranspiración)	- 370 mm	+ 100-200 mm	+200-300 mm
Días anuales con nevadas	0 - 5	62,3	97
Días anuales de helada (temperatura inferior a 0°)	40-60	117,4	88
Días anuales con calor fuerte (+ 25°)	90 - 120	5,6	10
Tipo de suelos	BM (Suelos pardos P (Podsoles) mediterráneos)		Gb/P (Podsoles)

Tabla 4.1: diferencias climáticas entre la Submeseta sur y Centroeuropa. Datos tomados de (Dudal, R. *et al.* 1967; Font, I. 2000; Thran, P. y Broekhuizen, S. 1965; VV.AA. 2007; Walten, C. G. e. 1970)

Las diferencias son tan evidentes que la comparación es realmente desafortunada, pero vamos a hacer hincapié la que consideramos fundamental: la conjunción de escasas precipitaciones en la Submeseta sur con un clima mucho más cálido que favorece la evaporación de la humedad relativa – que en los meses más húmedos del año alcanza las cotas de los meses más cálidos de las llanuras centroeuropeas. Esta situación – unida a todas las demás señaladas en el capítulo dedicado al marco geográfico – hace que los parámetros en los que se desarrolla la agricultura en una y otra región no tengan absolutamente nada que ver.

Sobre todo, la aproximación y crítica del autor obvia una de las características fundamentales para valorar la existencia o no de la agricultura de roza: la aridez del suelo. Si el criterio fundamental para explicar la presencia de este tipo de cultivos es el potencial agotamiento de la tierra, las características del suelo deben ser valoradas de manera prioritaria, en ese sentido los suelos de los Submeseta sur son mucho menos ricos – y por tanto más susceptibles de ver reducida su fertilidad – que las tierras centroeuropeas. Tan sólo en las vegas de los ríos (por otra parte, demasiado pesadas para tecnologías antiguas) podría ser compensado el agotamiento de los suelos. Asimismo, otro tipo de factores influyen en la pérdida de calidad de la tierra: oscilaciones térmicas pronunciadas, lluvias tormentosas, erosión pronunciada, sequías, muy habituales en la Meseta y mucho menos en la Europa continental. Sin negar que algunas de las críticas de Díaz-del-Río son acertadas, y sin pretender demostrar la existencia de agricultura de roza en la Submeseta sur, consideramos poco fundada su crítica a partir de modelos centroeuropeos – creemos que el contexto mediterráneo es un ámbito mucho más adecuado para esta discusión – y, ya que en nuestra opinión sus críticas abren posibilidades de interpretación pero no rebaten las anteriores, consideramos válida esta propuesta “tradicional”, al menos en su defensa de una economía semisedentaria basada en la diversificación de

actividades económicas. Coincidimos con el autor en que la existencia de la agricultura de tala y quema no queda suficientemente demostrada, pero desde luego si existió es mucho más plausible que lo hiciera en el clima semiárido del valle medio del Tajo que en las llanuras centroeuropeas.

Creemos por tanto que el modelo tradicional continúa siendo un referente válido – al menos en los puntos expuestos arriba en la definición e interpretación de las características materiales de la cultura de Cogotas I en la Meseta. Presenta más problemas, en nuestra opinión, al abordar el fenómeno de desaparición y transformación del horizonte del Bronce Final, ya que para este periodo deja sin resolver dos preguntas fundamentales: ¿por qué se transforma en un momento determinado? y ¿cómo lo hace? La transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro supone unos cambios muy significativos, hasta el punto de modificar no sólo los parámetros materiales sino también los existenciales (incluida su relación con la muerte) de una sociedad, por lo que deberíamos tratar de plantear razones para explicar por qué una sociedad que durante seis siglos fue capaz de mantenerse sin cambios apreciables en su cultura material lo hizo de manera tan significativa en el plazo máximo de dos siglos. Las sociedades premodernas suelen ser en general refractarias al cambio, por lo que cuando éste se detecta su contextualización debe ser un objetivo prioritario.

La segunda pregunta lógica – pese a su reiterada ausencia de las propuestas existentes – es ¿cómo se produjo el cambio? Los procesos de transformación social no se realizan a través de pasos discretos. Constituyen un periodo de renegociación continua de los múltiples aspectos que conforman la vida comunitaria, y hay que atender a estos momentos para valorar qué estructuras cambian primero, qué elementos perduran, cuáles pudieron ser los mecanismos de transformación, las estrategias de redefinición de la sociedad. A estas dos preguntas cuya respuesta puede plantearse desde el análisis del registro arqueológico y del contexto en que se desenvuelven estos grupos podemos añadir otra ¿qué efectos internos tuvieron estos cambios en las sociedades donde se produjeron? ¿Cómo modificaron su forma de entender la relación con la tierra, con el espacio, con las relaciones con otros grupos y dentro del suyo? Parece evidente que cambios como los detectados en el registro arqueológico, que abarcan desde la explotación del medio hasta el modelo de ritual funerario tienen que tener detrás una modificación equivalente de la forma de entender la realidad. Esta nueva concepción del mundo puede ser rastreada a través de las evidencias materiales, y está intrínsecamente relacionada con el concepto de sociedad existente en cada momento.

Por supuesto, los arqueólogos son conscientes de estas carencias, pero generalmente se han enfrentado a ellas de forma poco decidida, aludiendo de forma poco clara a conceptos vagos como “influjos” procedentes de las tradiciones de Campos de Urnas o de la zona del Sureste mediterráneo (Almagro, M. y Benito, J. E. 2007: 163; Pereira, J. 2007: 142; Ruiz, G. 2007: 43), recurriendo en algunos casos a posturas difusionistas anacrónicas (Barroso, R. 2002: 222-223) o haciendo reiteradas alusiones al agotamiento del modelo de Cogotas (Blasco, M. C. 2007: 70), a su desvanecimiento (Barroso, R. 2002: 130; Ruiz, G. 2007: 43). Solo en algunas ocasiones se nombran algunos factores más concretos relacionados, por ejemplo, con cambios climáticos para explicar el final de Cogotas I (Ruiz, G. y Lorrio, A. 1988: 261) o la variación de los patrones de asentamiento (Blasco, M. C. 2007: 74), sin que se especifiquen ni las características de este

cambio ni en qué aspectos afectaron a las poblaciones de la región. La respuesta a las dos preguntas planteadas anteriormente se hace perentoria si queremos conocer las bases sobre las que se asienta la Edad del Hierro.

4.1.2. Una propuesta para el cambio

Nuestra propuesta va a tratar de responder a las preguntas planteadas arriba a través de un modelo que relaciona el contexto físico y ambiental de la región, su coyuntura específica en torno al periodo en que se produce el supuesto final de Cogotas I y las estrategias más comunes de relación con el entorno utilizadas por los grupos con economías premodernas. Posteriormente contrasta ambas con el registro arqueológico para proponer una hipótesis que justifique – hasta donde es posible – las causas y desarrollo de la transformación de las sociedades a principios del primer milenio a.C.

Nuestra hipótesis tiene tres bases. La primera de ellas es geográfica y paleoambiental. Se apoya en, en primer lugar, las características ambientales de la Meseta sur que han sido descritas en detalle en el capítulo dedicado a la geografía y que incluyen el episodio 0,85K, un cambio paleoclimático muy específico y brusco documentado a nivel planetario y muy conocido por su influencia en las radiaciones de Carbono 14. Este episodio ha sido muy bien datado en torno al 2650 BP, cuya fecha calibrada corresponde al intervalo 850 – 760 a.C. (van Geel, B. 1998; van Geel, B. *et al.* 1996; van Geel, B. *et al.* 1998), fechas coincidentes con las comúnmente aceptadas por la comunidad científica para la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro, y para el que consideramos existen indicios suficientes como para considerar su influencia en los parámetros de ocupación del valle medio del Tajo.

La segunda base tiene un componente socioeconómico y se apoya en estudios realizados sobre las características de gestión del entorno en sociedades premodernas. Parte de un concepto presentado en el capítulo dedicado al medio físico de la región: la idea de incertidumbre aplicada a las características climáticas y ambientales de una zona determinada y por tanto, a nivel de incertidumbre respecto de la producción agraria. La incertidumbre es un concepto clave en las sociedades agrarias, que tratan de limitar su impacto a través de diferentes mecanismos. En este caso, partimos de los estudios clásicos de autores como Halstead, O'Shea o Shanin, entre otros (Halstead, P. 1989; Halstead, P. y O'Shea, J. 1989; O'Shea, J. y Halstead, P. 1989; Shanin, T. 1971; Toledo, V. M. 1993) para tratar de evaluar cuáles son las estrategias más comunes para enfrentarse a los riesgos derivados de una falta considerable de control sobre la producción. Puede alegarse que hace tan sólo unas páginas criticábamos las posturas de Halstead y O'Shea por considerarlas adaptativas y evolucionistas. En realidad, lo que vamos a tomar de sus propuestas son algunas de las estrategias de adaptación, pero como veremos nuestra hipótesis es un ejemplo de una respuesta muy diferente a la defendida por las teorías adaptativas, de resistencia al cambio y de falta de la iniciativa que se presupone en momentos de riesgo. Del mismo modo, el estudio de las reacciones ante situaciones de estrés va a contrastar la propuesta de Hayden respecto de la relación entre recursos y comienzo de desigualdades sociales (Hayden, B. 1995: 23).

La tercera base de la hipótesis es, como es lógico, arqueológica. Sin caer en posturas deterministas, es evidente que las características del medio condicionan bastantes de los elementos de la cultura material de las sociedades y los restos que encontramos nos están hablando de cómo éstas se relacionan con su entorno - natural y cultural. El análisis del registro arqueológico de los grupos del Bronce Final y de los pertenecientes a la Edad del Hierro muestra unas diferencias – y similitudes – que deben ser contrastadas con las propuestas teóricas planteadas arriba. Nuestra hipótesis tiene por tanto, un perfil muy claro: el de la relación de una sociedad con su medio a lo largo del tiempo. No pretendemos interpretar todas las facetas de Cogotas I, sino plantear una hipótesis para las posibles causas de su transformación y los mecanismos a través de los que ésta se produjo.

Un mundo en equilibrio

En sociedades poco desarrolladas tecnológicamente, la producción de alimentos depende de manera decisiva de las características del medio, del tipo de recursos disponibles y de la tecnología empleada para obtenerlos. En este sentido, uno de los objetivos básicos de una sociedad es obtener un acceso estable a determinados recursos básicos que aseguren la supervivencia del grupo y su reproducción. A lo largo de la Historia y a través de todo el planeta, los seres humanos han sido capaces de desarrollar mecanismos para asegurar esos dos objetivos. Para ello, uno de los principales escollos que han tenido que superar es la variabilidad en la disponibilidad de recursos, inherente al medio. Sea por cambios regulares – como las estaciones – o por episodios ocasionales – sequías, inundaciones, heladas, etc. – la variabilidad en los recursos es una constante incluso en aquellos medios con una mayor estabilidad climática, y las sociedades han tenido que enfrentarse a ella para asegurarse su supervivencia. En sociedades con poco control sobre el medio físico, con tecnologías poco desarrolladas y con una limitada capacidad para prevenir eventos climatológicos, esta variabilidad introduce un elemento de incertidumbre estructural que afecta a sus estrategias de producción o adquisición de alimentos. Estas estrategias (figura 4.1) buscan, en definitiva, tratar de amortiguar periodos repentinos de escasez, eventos catastróficos como una sequía o una helada y posibles variaciones sustanciales en la producción de alimentos; y dependen, en gran medida, de las características del entorno y del contexto cultural y social del grupo (Halstead, P. y O’Shea, J. 1989: 3).

Estrategias generales	Condiciones de estrés	
	Baja intensidad (localizadas, tiempo limitado)	Alta intensidad (regionales, tiempo prolongado)
Diversificación	Recursos secundarios de carácter local	Recursos regionales
Movilidad	Mejora de la logística intra-regional	Migración interregional
Almacenamiento	Almacenaje físico (en la comunidad)	Almacenaje "social" (con otras comunidades)
Intercambio	Reciprocidad generalizada Distribución informal dentro del grupo	Reciprocidad pospuesta Comercio formalizado de nivel interregional Reciprocidad negativa

Figura 4.1: estrategias de reducción de la incertidumbre durante periodos de estrés según Halstead, P. y O'Shea, J. (1989: 3)

Es necesario hacer hincapié en la importancia del concepto de incertidumbre. En circunstancias normales, cualquier sociedad ha desarrollado los mecanismos para amortiguar la variabilidad en los recursos inherente a cualquier ecosistema. Pero si las condiciones ambientales cambian, puede comenzar a haber problemas entre las expectativas de disponibilidad de alimentos y la realidad, con la consecuente escasez alimentaria; y la sociedad debe afrontar de algún modo esa nueva situación. Asimismo, hay muchas más diferencias en las estrategias de reducción de la incertidumbre que se documentan en grupos que viven en zonas con una amplia variabilidad en la producción de recursos que en otras en las que las condiciones ambientales – y por tanto, la disponibilidad de alimentos – son estables. La clave del concepto no reside únicamente en si hay abundancia de recursos o no (aunque es evidente que influye) sino en si éstos son estables a lo largo del tiempo, o si la sociedad está preparada para prever y compensar su ausencia potencial. La incertidumbre es en muchos sentidos una estructura psicológica, ya que es independiente de la cantidad de recursos en un momento dado. Se trata de un estado de inseguridad – generalmente latente y poco evidente, pero en ocasiones dramático – frente al futuro.

En este sentido y como hemos visto en el capítulo dedicado al medio ambiente y como resumimos en la tabla 4.1, el valle medio del Tajo no es un sitio cómodo para vivir. Si por algo se caracteriza la región es por una fortísima variabilidad estacional e interanual en varios de los elementos clave para el desarrollo de la economía campesina: variaciones significativas de temperatura incluso dentro del mismo día, abundantes heladas y golpes de calor, escasez de lluvias que además son muy irregulares, fuerte estiaje y aridez generalizada. Estas características estructurales de la región convertían – todavía, en muchos casos, lo hacen – el trabajo agrícola en una ruleta rusa en la que la producción puede oscilar en un 25 – 30% de año en año. Los

problemas potenciales derivados de esta variabilidad se extienden a otros ámbitos de la economía, como la disponibilidad de recursos silvestres o la producción de la cabaña ganadera.

Por supuesto, las características climáticas concretas de la región variaron a lo largo del primer milenio, pero – y este punto es importante – lo que no varió fue su irregularidad. Desde el punto de vista de la incertidumbre la llegada de un periodo más frío y lluvioso – y por tanto más favorable, al menos a priori – es relativamente indiferente, ya que la variabilidad y la imposibilidad de predecir las condiciones climáticas se mantienen. En ese sentido, las condiciones del valle medio del Tajo no pueden cambiar sustancialmente, ya que están definidas por su posición terrestre y por su formación geomorfológica. Los cambios climáticos, por el contrario, pueden aumentar la incertidumbre incluso aunque mejoren las condiciones ambientales, puesto que presentan situaciones inesperadas ante las que las comunidades agrícolas tienen poca capacidad de reacción.

Pero además, es que sabemos que los cambios climáticos a comienzos del primer milenio a.C. no favorecieron especialmente una reducción de la incertidumbre entre los habitantes de la región. El primer siglo y medio se caracterizó por una intensificación de las sequías (López, J. A. y Blanco, A. 2005: 234), y casi inmediatamente después se produjo el episodio paleoclimático 0'85 K al que hemos hecho referencia anteriormente y que duró cerca de un siglo. Este episodio provocó en nuestra zona de estudio un aumento de la pluviosidad, pero también trajo consigo sequías ocasionales mucho más duras. Es decir, a lo largo de los tres primeros siglos del primer milenio a.C. las variaciones climáticas fueron fuertes, en una zona variable de por sí.

Por supuesto, estos cambios fueron difíciles de percibir desde la escala temporal de las generaciones de humanos que habitaban la cuenca media del Tajo. En ese sentido, los grupos definidos como pertenecientes a la cultura de Cogotas I habían desarrollado una serie de estrategias muy eficaces para contrarrestar las variaciones climáticas habituales y extraordinarias a las que se enfrentaban. Si observamos los mecanismos propuestos por Halstead y O'Shea para mitigar la escasez de alimentos (1989: 3-4), vemos que la adaptación de los grupos de Cogotas I se basaba en la combinación de los cuatro métodos básicos descritos por los autores. Éstos serían, por orden de menor a mayor complejidad: movilidad, diversificación, almacenaje e intercambio. Todos ellos fueron utilizados en mayor o menor grado por las poblaciones del Bronce Final.

La movilidad, que ha sido considerada como uno de los rasgos estructurales de Cogotas I, tiene varias formas de expresión. La primera de ellas es estructural, que hace que podamos hablar de estos grupos como semisedentarios. Es la relacionada con el tipo de explotación del territorio que practicaron estos grupos, que les llevaba a ocupar un territorio durante un periodo relativamente corto de tiempo – suficiente al menos para plantar una o quizá varias cosechas – pero desde luego no muy prolongado dadas las características del registro. Una vez se agotaran los recursos disponibles en el entorno (no sólo el suelo, sino también las zonas de pastos fundamentales en una economía como la de Cogotas I y aquellos recursos susceptibles de ser recolectados) el grupo se desplaza a otra zona para reconstruir el patrón de ocupación.

Estos movimientos no parecen haber sido grandes y los grupos se desplazarían por un territorio controlado y conocido, con puntos clave reutilizados de manera recurrente, como indican las reocupaciones documentadas en algunos yacimientos. Se trata de un esquema de movimientos muy desarrollado, que evidencia un buen conocimiento de las posibilidades del territorio y capacidad de previsión y planificación. No es simplemente una respuesta a la escasez huyendo de la misma (Halstead, P. y O'Shea, J. 1989: 3), es un mecanismo básico de regulación y control de la incertidumbre. La permanencia en un sitio concreto sería variable, y dependería de las circunstancias anuales concretas que empeorarían o mejorarían la calidad de los recursos, de la producción agrícola y especialmente de las necesidades de la cabaña ganadera. En este sentido, dentro del territorio explotado por un grupo habría localizaciones con mayor potencial de explotación (por sus características físicas) que otras, y algunos sitios serían explotados tan sólo cuando los de mayor rendimiento se hubieran agotado.

Además de este movimiento derivado de la estructura económica del grupo, habría otros que no tendrían por qué involucrar al conjunto del mismo, como aquellos derivados de la necesidad de aprovechar los pastos frescos para el ganado. Descartada desde hace tiempo la idea de una trashumancia para las poblaciones cogoteñas (Delibes, G. *et al.* 1995: 55), la hipótesis de la trasterminancia e incluso los simples desplazamientos a lo largo de las riberas de los ríos serían movimientos más factibles, aunque no se ha podido documentar arqueológicamente a través de ocupaciones estrictamente estacionales de algunos yacimientos, como en otras zonas (Delibes, G. *et al.* 1995: 54).

Si hemos visto que la movilidad es una de las características de esta sociedad, quizá el factor que mejor defina su estrategia de adaptación es la diversificación en las fuentes de recursos. Es, como la movilidad, una respuesta básica a riesgos asociados a la escasez: ampliando las bases de subsistencia se consigue amortiguar una repentina escasez de un recurso determinado (Halstead, P. y O'Shea, J. 1989: 4). La diversificación asume en los grupos de Cogotas I numerosas facetas. La primera de ellas es la explotación regular de las tres fuentes de recursos básicas: ganadería, agricultura y caza/ recolección, confirmada por los estudios faunísticos y palinológicos realizados en diferentes yacimientos.

Un segundo grado de diversificación se observa en la variedad de especies domesticadas y consumidas, que evidencian estrategias de consumo bien diferenciadas. Los datos recopilados por Barroso acerca de la economía de Cogotas I en el Alto Tajo (Barroso, R. 2002: 120-122) muestran un predominio de la cabaña de ovicápridos (que alcanza un 50% del total), con los bóvidos como segunda especie más representada, constituyendo porcentajes del 25-30%. La proporción de suidos es variable, aunque en la mayoría de los yacimientos se sitúa en torno al 11-17%. La caza tiene una relevancia significativa, entre el 15 y el 18% (Barroso, R. 2002: 120), algo bastante lógico dado que en sociedades ganaderas el consumo de los animales domésticos es la última opción mientras que la proporción de caballos en el conjunto – animales muy exigentes en su cuidado y alimentación – es muy pequeña. Aunque la propia autora acepta que los datos son escasos, las especies representadas hablan claramente de una diversificación de especies domesticadas y de un aporte sustancial de la caza al abastecimiento de comida. Dos de los últimos yacimientos excavados para este periodo, Velilla I (Yravedra, J. 2009: 803) y la Fábrica de Ladrillos (Blasco, M. C. *et al.* 2007: 176) confirman también ese peso significativo de la caza

en el conjunto de fauna representada (un 13,5% y un 30%, respectivamente), aunque los porcentajes de bóvidos y ovicápridos varían significativamente respecto de los otros yacimientos (fig. 4.2). Esta variación puede ser debida a la escasez de la muestra (sólo 52 fragmentos para la fase Cogotas I de la Fábrica de Ladrillos) o a características específicas de cada yacimiento, pero en cualquier caso apuntan a un binomio ovicápridos – bóvidos con escasa representación del resto de especies. También podría interpretarse como un ejemplo de la diversificación aludida, aplicada en este caso al porcentaje de cada especie representada.

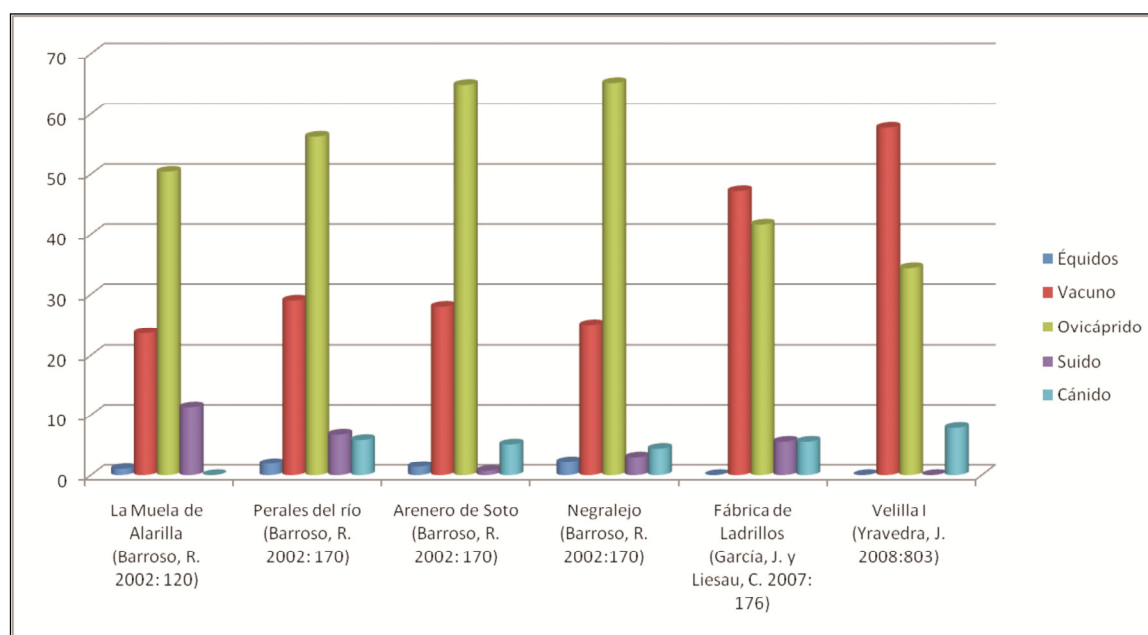


Figura 4.2.: fauna doméstica representada en yacimientos de Cogotas I en el valle medio del Tajo

En cuanto a las especies cultivadas, los análisis palinológicos y carpológicos de yacimientos encuadrados en Cogotas I muestran la presencia de cebada, trigo y leguminosas. En este sentido, es necesario reseñar la escasa proporción de pólenes de *Cerealia* y *Fabacea* en los análisis (Barroso, R. 2002: 124; Díaz-del-Río, P. 2001: 27), hasta el punto de que las evidencias de agricultura están confirmadas principalmente por la Carpología. Los taxones más comunes son *Tritium sp.* *Tritium aestivum-durum*, *Tritium cf. dicocum* y *Hordeum vulgare* (Ruiz, M. B. et al. 1997: 160).

Junto a estas especies más comunes se han documentado otras en cantidades poco concluyentes (Ruiz, B. et al. 1997a: 159, 77), como *Oleaceae* (aunque podría tratarse de alguna especie de jasmín) o *Vitis vinacea* (en proporciones muy pequeñas) en el Caserío de Perales (Díaz-del-Río, P. 2001: 27). Ambos taxones han sido asimismo también documentados de manera esporádica en uno de los silos del yacimiento de El Colegio, adscrito al Bronce Final, en proporciones escasas pero bien contextualizadas (Ruiz, B. y Gil, M. J. 2001: 6), y *Vitis vinacea* ha sido asimismo recogida en la fase de Cogotas I de Ecce Homo (Ruiz, M. B. et al. 1997: 140). Aunque no puede plantearse el cultivo de estas especies a finales del Bronce Final – sobre todo en el caso del olivo (Chapa, T. y Mayoral, V. 2007: 51) – indicarían labores de recolección de las variedades silvestres.

En este sentido, se ha prestado poca atención a los taxones cuyo fruto es susceptible de ser recolectado, para los que apenas contamos con información. El único yacimiento que presenta datos al respecto es El Colegio, donde se han documentado pólenes de *Juglans* (nogal) y *Corylus* (avellano). Estos taxones aparecen de manera esporádica en yacimientos de momentos anteriores como el Bronce Pleno (Ruiz, M. B. *et al.* 1997: 145) o el Calcolítico (Ruiz, M. B. *et al.* 1997: 138). Para el Bronce Final se han documentado pólenes de *Juglans* en Caserío de Perales, donde también se recogieron evidencias esporádicas de *Pistacia* (Ruiz, M. B. *et al.* 1997: 158-159). En este yacimiento llama especialmente la atención la presencia del nogal, y que es interpretado como un cultivo esporádico o una contaminación (Ruiz, M. B. *et al.* 1997: 159) aunque contradictoriamente se plantea luego su carácter autóctono e incluso su cultivo post-neolítico (López, P. *et al.* 1997: 176). A la vista de los datos de El Colegio que confirman la presencia de este taxón en la región, parece que la opción de nogales domésticos no es descartable. En este sentido, en Castillo de Barajas *Juglans* es un taxón relativamente frecuente mientras que *Corylus* es considerado alóctono, interpretándose como un taxón traído desde la sierra madrileña, donde se comportaría como un elemento relicto (López, P. *et al.* 1997: 178). Aunque los datos de Castillo de Barajas son de época Calcolítica, lo que dejan claro es que la presencia de este tipo de pólenes tiene una procedencia alóctona, por lo que su presencia en El Colegio debe interpretarse como fruto de una recolección realizada dentro de un contexto de movilidad periódica del grupo o parte del mismo.

Queda por tanto bastante claro que existe una fuerte diversificación en el conjunto de especies utilizadas para la subsistencia, vegetales y animales, salvajes o domesticadas, con un claro predominio de estas últimas. El tercer elemento de diversificación se aprecia en la localización de los asentamientos. Aunque en líneas generales éstos se localizan en las terrazas cercanas a los grandes ríos, también se han localizado en cerros como Ecce Homo o la Alarilla (Recuero, V. 1996: 52), con unas características topográficas muy diferentes. En líneas generales, puede decirse que las actividades económicas de estos grupos, si bien mantienen unos márgenes comunes, se desarrollan en ambientes nunca exactamente iguales, con diferencias en calidad de suelos, clima, recursos hídricos, etc. (Barroso, R. 2002: 220).

Si la movilidad y la diversificación de recursos son estrategias relativamente simples, el almacenamiento de excedentes necesita de una mayor planificación y logística. En el caso de Cogotas I, el almacenamiento es quizá la actividad que ha dejado restos más evidentes en el registro arqueológico, incluso si aceptamos que parte de los fondos localizados de manera recurrente y abundante en los yacimientos de este periodo pudieran corresponder a otro tipo de actividades (Barroso, R. 2002: 94-97). Como puede deducirse fácilmente, es un tipo de almacenamiento que requiere muy poca inversión, y más operativo que el realizado en tinajas de gran tamaño difícilmente transportables (aunque se han documentado algunas de ellas, incluso dentro de los silos (Barroso, R. 2002: 95), en yacimientos como el Negralejo, La Muela de Alarilla o La Loma del Lomo).

Finalmente, el último de los mecanismos de control de la escasez es el intercambio y las redes de solidaridad con otros grupos cercanos. En este sentido, disponemos de poca información arqueológica, aunque la sorprendente uniformidad de la cultura material de Cogotas I parece apuntar en esa dirección. La baja densidad demográfica aceptada en general para estos grupos

hace de la exogamia una norma común, lo que favorecería las relaciones con otros grupos cercanos. No creemos que deban incluirse en este concepto los escasos objetos foráneos localizados en la región – como las fíbulas de codo de Perales del Río o Perales de Tajuña (Barroso, R. 2002: 116) – tan excepcionales que consideramos no pertenecen al ámbito de la gestión diaria de los recursos y de las relaciones habituales de los grupos que habitaban la región. Sí pueden ser ejemplo de las mismas, sin embargo, la existencia reiterada de molinos y molederas de granito (material ausente en gran parte de la región) en los yacimientos, que muestran claramente la existencia de redes estables de intercambio o la capacidad para atravesar distancias relativamente largas a través del territorio de otros grupos para aprovisionarse de esta materia prima. No es éste el lugar para hablar de la organización social de los grupos de Cogotas, pero la mayoría de los autores los consideran con una organización de tipo familiar, sin gran complejidad aunque no carentes de liderazgo ocasional (Fernández - Posse, M. D. 1998: 120-122). En este tipo de sociedades el concepto de reciprocidad (inmediata o pospuesta, y generalmente equilibrada) está muy extendido, por lo que puede considerarse factible, cuando menos, su presencia.

Este breve repaso a las cuatro líneas de respuesta a la escasez potencial y a la incertidumbre anual que imponen las características geográficas de la cuenca media del Tajo apunta varias cosas. La primera es que los grupos de Cogotas I tenían una estructura económica perfectamente adaptada al medio para garantizar su supervivencia y reproducción. Esta estrategia se basaba fundamentalmente en el concepto de diversificación, aunque parezca predominar una base ganadera: diversificación de actividades, de especies cultivadas, domesticadas o recolectadas, diversificación de asentamientos para compensar las carencias en su capacidad de intensificación de los cultivos. Junto a la diversificación, el almacenamiento y las más difíciles de probar pero seguramente existentes redes de intercambio y alianzas constituían un refuerzo sustancial del sistema. En este sentido, la calificación de Barroso de la economía de los habitantes del Bronce Final como “economía agraria compensatoria de bajo riesgo” (Barroso, R. 2002: 220) aunque un poco larga parece adecuada, ya que el objetivo sería compensar aquellos recursos menos abundantes con otros obtenidos por cualquiera de los mecanismos disponibles para llegar a un idéntico nivel de satisfacción.

La economía de los grupos del Bronce Final podría calificarse como extensiva, careciendo de mecanismos de intensificación de la producción de alimentos. También se encontraba poco especializada en un cultivo o especie doméstica determinada. Y quizá por esto, supo ofrecer la solución flexible que las duras características del medio ambiente demandaban, ajustada a la tecnología existente en el momento y reduciendo de forma significativa la incertidumbre frente a potenciales periodos de escasez. La mejor prueba de su éxito es que fue capaz de perdurar durante seis siglos sin que se detecten modificaciones sustanciales en el registro. La uniformidad y falta de variaciones de la cultura material de los grupos de Cogotas I se ha achacado a su carácter conservador – olvidando que todas las sociedades campesinas lo son – pero en nuestra opinión ejemplifica la capacidad de una sociedad tecnológicamente poco desarrollada para establecer su relación con su entorno de una manera que podríamos catalogar de sofisticada.

Este conjunto de estrategias descritas arriba sólo puede desarrollarse, sin embargo, si se cumplen dos requisitos fundamentales (Fernández - Posse, M. D. 1998: 118). El primero de ellos

es la existencia de un territorio extenso, con recursos diversos y posibilidades de explotación de los mismos. La segunda es una baja densidad demográfica que permita tanto la ausencia de competición por los recursos como la movilidad de los grupos. Ambos requisitos, pese a los problemas derivados del aún insuficiente registro arqueológico, parecen estar presentes en la región del valle medio del Tajo. Finalmente, un modelo económico como el descrito arriba está inscrito en una determinada forma de percibir el mundo, la realidad y la sociedad. La movilidad en el territorio, la falta de especialización, la escasa organización social y el tipo de relaciones establecidos con otros grupos delimitan un tipo concreto de cosmogonía, que no debe olvidarse a la hora de valorar el punto de partida y el de llegada del proceso que estudiamos.

La pregunta es, entonces, ¿qué ocurrió para que una sociedad integrada exitosamente en su marco geográfico, con seis siglos de existencia, comenzara a modificar sus características? Algunas de las principales causas aludidas tradicionalmente para justificar los cambios tienen poca base en nuestro caso. Aquellas derivadas de la necesidad de una mejor gestión de los recursos por la aparición de excedentes o por el crecimiento demográfico no tienen mucho peso aquí, pues ambas situaciones se producen – muy discretamente, además – una vez terminado el proceso. Del mismo modo, tampoco se han documentado situaciones de conflicto – interno o externo – que motivase los cambios. Finalmente y como veremos, la transformación de la sociedad de Cogotas I en el valle medio del Tajo tampoco se produjo como parte de procesos de jerarquización creciente complejidad social como los discutidos en el capítulo anterior. En realidad, la transformación de la sociedad de Cogotas I en el valle medio del Tajo llevaba gestándose durante bastante tiempo, y sólo se hizo evidente materialmente cuando ya se había producido.

Tiempos interesantes

Durante mucho tiempo, se ha considerado las explicaciones de cambios en el registro arqueológico a partir de cambios climáticos como insertas dentro de un determinismo ecológico rechazado en sus posiciones más radicales. Generalmente, la tendencia más extendida ha sido la que ha valorado el impacto de la actividad humana en los cambios paisajísticos y ambientales, a través de procesos de deforestación, intensificación del cultivo o presión sobre los recursos. Menos han sido los trabajos que han recorrido el camino inverso, tratando de asociar – si es que es posible – los cambios en el registro arqueológico con cambios en el clima (López, J. A. *et al.* 2009: 90). Dejando de lado las propuestas maximalistas de tipo catastrófico (VV.AA. 1998) y las posturas deterministas que se apoyan en los cambios climáticos para “explicar” cambios sociales, lo cierto es que en sociedades con un desarrollo tecnológico limitado, la capacidad igualmente limitada de controlar cambios climáticos constituye un factor que no puede desdeñarse a la hora de valorar cómo esas sociedades actuaron sobre el medio para asegurarse su existencia y reproducción social. Desde este punto de vista, el análisis de la evolución paleoclimática de nuestra zona de estudio puede ofrecer un marco que haga más inteligible un registro arqueológico en ocasiones confuso y poco sistematizado. Nuestro objetivo es repasar las condiciones que acompañaron el tránsito del Bronce Final a la Edad del Hierro, valorando cuales fueron las causas del cambio y a través de qué procesos se efectuó el mismo. Para ello, vamos a recuperar parte de los datos utilizados en el capítulo 1 de este trabajo, donde realizamos una aproximación al estudio del paleopaisaje de la región.

Por los datos presentados en ese apartado, sabemos que el tipo de clima que acompañó los momentos finales del Bronce Final no les puso las cosas fáciles a los habitantes del valle medio del Tajo. Los datos existentes coinciden que desde finales del segundo milenio a.C. hasta aproximadamente el 850 a.C. se produjo un progresivo aumento de la aridez y de los episodios de sequías extremas coincidiendo con los momentos finales del periodo Subboreal (López, J. A. y Blanco, A. 2005: 234). No sabemos con seguridad cómo afectó a las poblaciones del Bronce Final en nuestra zona, pero si podemos extraer algunas conclusiones lógicas partiendo de las características del fenómeno y de un hecho arqueológico contrastado: el mantenimiento de las formas de vida típicas de Cogotas I que se evidencia en el registro. Asimismo, contamos con datos procedentes del proyecto realizado en el valle de Amblés (López, J. A. *et al.* 2003; López, J. A. *et al.* 2009; López, J. A. y Blanco, A. 2005), algunos de los cuales son en parte extrapolables a nuestra zona.

En primer lugar, una constatación arqueológica: el registro de que disponemos actualmente no muestra evidencias de transformación a lo largo de los casi cuatro siglos que duró este empeoramiento climático. Debemos por tanto, a la vista de que los yacimientos en torno al cambio de milenio presentan características idénticas a los de periodos anteriores, asumir que las estrategias de aprovechamiento del medio debieron ser esencialmente las mismas, dentro del esquema defendido para estos grupos en el punto anterior. El principal cambio, que analizaremos con detalle más adelante, fue la progresiva concentración de los asentamientos en torno a los grandes ejes fluviales para hacer frente a la mayor aridez del clima. Por lo demás, se mantuvieron las características físicas de los asentamientos, lo que parece indicar que los mecanismos tradicionales utilizados para mitigar los problemas de abastecimiento funcionaron de manera eficaz, asegurando la supervivencia de los grupos que habitaban el territorio. Esto no quiere decir que no se produjeran situaciones de estrés alimentario, pero por desgracia no contamos con datos para estudiar este hecho. La escasez de restos funerarios hace difícil extraer información acerca de carencias alimenticias, y en los pocos casos en que éstas se documentan, como en el niño con evidencias claras de malnutrición de Perales del Río (Muñoz, K. 1998a: 332) no se sabe con certeza si los restos pertenecen a este momento concreto o constituyen un elemento estructural a las poblaciones de la región.

Del mismo modo, es muy difícil calcular un posible descenso demográfico, dadas la uniformidad de la cultura material y la ausencia de estratigrafías verticales. Finalmente, puede que existieran modificaciones en los criterios de relaciones intergrupales para contrarrestar la mayor escasez, pero si existieron no se aprecian en el registro. En este sentido, la única aproximación a una interpretación demográfica de la evolución de la región ha provenido de Kenia Muñoz, que ha planteado un poblamiento escaso e irregular y un brusco descenso demográfico en el Bronce Final achacable a causas climáticas que puede rastrearse en la desaparición del poblamiento en el arroyo Guatén y a otros arroyos pequeños (Muñoz, K. 1998a: 348). Este descenso demográfico y el descenso de humedad potenciarían la concentración de los grupos de Cogotas I a lo largo de los cauces de los cursos fluviales principales (Muñoz, K. 1998a: 341-342).

Asumiendo que existieron dificultades inherentes a un periodo complicado en un entorno de por sí difícil, los grupos de Cogotas I no modificaron sus estrategias de subsistencia de manera apreciable. Este punto es especialmente importante, porque en nuestra opinión ejemplifica muy

bien cuál es la respuesta de una sociedad campesina ante los cambios climáticos – cuando éstos no son catastróficos - y cómo la larga duración de los mismos hace que los individuos que los viven apenas sean conscientes de ellos. Lo que queremos decir es que, ante el progresivo deterioro climático y el aumento de la aridez y del calor, la respuesta de los grupos de que habitaban el valle medio del Tajo fue reproducir los mismos patrones contrastados durante generaciones que les habían garantizado la supervivencia desde tiempos ancestrales. Tanto más cuando el proceso se percibió de forma progresiva, de manera que en los tiempos cortos de una generación lo que parecía un periodo excepcionalmente malo se convirtió paulatinamente en la norma. Ante este cambio, la opción más razonable es la que parece haber ocurrido: el mantenimiento de las estrategias contrastadas para hacer frente a una crisis, tanto más cuando la zona está caracterizada por este tipo de situaciones cíclicas. Es imposible que los habitantes de la región se percataran de que algo estaba cambiando definitivamente en el clima.

De hecho, es probable que colaboraran inconscientemente en el proceso acelerando la deforestación de la región, tal y como muestran los análisis polínicos realizados en diferentes yacimientos y emplazamientos naturales de la Comunidad de Madrid (Díaz-del-Río, P. 2001: 29; Ruiz, B. *et al.* 1997a: 159), donde el polen arbóreo es muy escaso. Las actividades agrícolas (incluyan o no la agricultura de roza) y la ganadería extensiva afecta sustancialmente a la cobertura vegetal, y su repetición durante generaciones debió degradar sustancialmente la región (Fernández - Posse, M. D. 1998: 240; López, J. A. y Blanco, A. 2005: 244), con las consecuencias conocidas de pérdida de nutrientes y mayor efectividad de procesos erosivos. Es curioso, sin embargo, que en varios yacimientos se documenten altos niveles de pólenes de *Pinus* (López, J. A. y Pérez, S. e.p.: 10; Ruiz, B. y Gil, M. J. 2001: 3). La unión de un clima desfavorable y de una intensificación de la actividad antrópica creó una dinámica tendente a la formación de paisajes abiertos que caracterizó el tercer y segundo milenios a.C. (Barroso, R. 2002: 122; Díaz-del-Río, P. 2001: 30), y que se hizo cada vez más evidente a finales de la Edad del Bronce, cuando el clima empeoró sustancialmente.

Pese a que los habitantes de la región no percibieran ni los cambios climáticos ni su propio papel en el deterioro de la región, la tierra estaba cambiando, con consecuencias graves para la subsistencia de los grupos que la habitaban. Aunque no tenemos datos específicos para nuestra región, hay determinados cambios de carácter general que pueden ser aplicados sin problemas a nuestra zona. Al tratarse de un periodo cálido y árido, los recursos hídricos disminuirían sensiblemente y junto a ellos las zonas de pastos, que se reducirían a las cercanías de los ríos principales. El descenso del nivel freático debido a la creciente aridez provocaría que las zonas con suficiente humedad para mantener cultivos cerealísticos y de huerta quedaran restringidas a estos mismos espacios, que por otra parte habían sido desde siempre los lugares con mayor potencial ganadero y agrícola de la región.

Frente a este conjunto de factores negativos, es evidente que las zonas con buenas posibilidades de explotación agropecuaria quedarían progresivamente reducidas a las cercanías de los grandes ríos. Como hemos dicho, esto no significa que los grupos de Cogotas I se sedentarizaran. En un proceso tan largo, los movimientos estacionales se mantendrían como siempre, pero pronto se marcarían diferencias entre los sitios localizados en entornos menos favorables (más lejos de la red hidrográfica principal) y los más rentables. Progresivamente, las estancias en los primeros se

reducirían al agotarse rápidamente la tierra y los pastos, hasta que con el tiempo algunos quedaran descartados por poco rentables. De este modo, poco a poco los movimientos se irían reduciendo a un grupo de localizaciones estratégicas que ofrecieran las mejores alternativas para mantener el estilo de vida tradicional. No hay que olvidar, por otra parte, que ya antes de este periodo de aridez progresiva la tendencia a ocupar localizaciones cercanas a los cauces principales era muy fuerte (Blanco, A. 2008: 118).

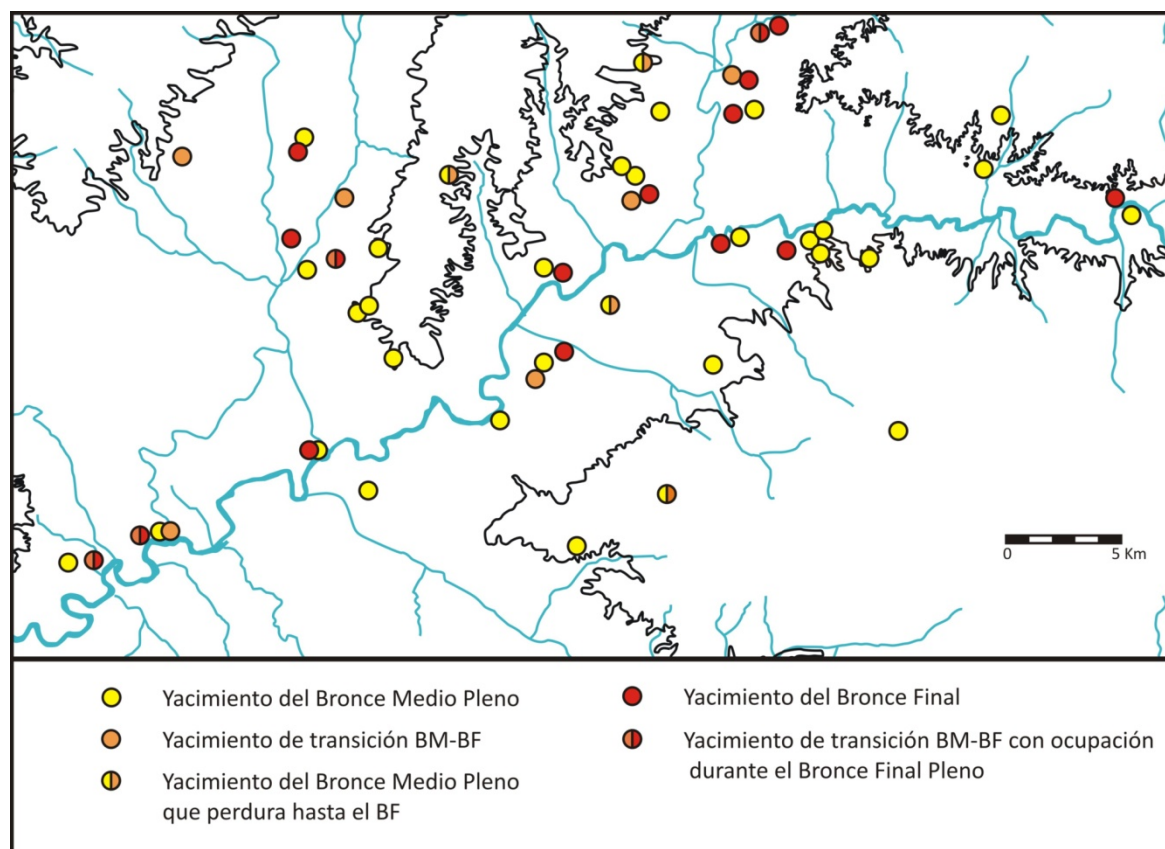


Figura 4.3: evolución del poblamiento en el curso medio del río Tajo durante el Bronce Medio y el Bronce Final según (Muñoz, K. 1998a). Como puede observarse, en el Bronce Final sólo se documentan yacimientos (ya existentes o de nueva planta) en torno a los cauces principales. Adaptado de (Muñoz, K. 1998a, figs. 5.17, 5.21)

El proceso ha sido bien documentado por Kenia Muñoz en sus trabajos sobre el poblamiento del valle medio del Tajo (Muñoz, K. 1998a). Estos trabajos se concentran en el tramo del río Tajo en torno a la Mesa de Ocaña y la cuenca baja del río Jarama y el arroyo Guatén, y muestran de manera muy clara cómo el poblamiento se va acercando a los cauces principales de la zona de estudio a medida que transcurre el Bronce Final (Muñoz, K. 1998a: 325, fig. 4.3). De este modo, los yacimientos que al comienzo del Bronce Final se encuentran en las zonas hídricamente más desfavorables presentan ocupaciones anteriores, del Bronce Medio. Estos yacimientos desaparecen conforme avanza el Bronce Final, y ninguno presenta ocupación asimilable a poblaciones de Cogotas I (Muñoz, K. 1998a: 326). Este abandono de localizaciones que en etapas anteriores eran rentables económicamente y que dejan progresivamente de serlo hasta resultar inhabitables parece estar relacionado de manera directa con el empeoramiento de las condiciones climáticas hacia condiciones de mayor sequedad.

Asumiendo la escasez de datos, consideramos que las dos líneas de razonamiento expuestas arriba – efectos de un periodo de progresiva y marcada aridez sobre una zona de por sí compleja y ausencia de cambios sustanciales en el registro – indican que la respuesta de los grupos de Cogotas I ante una crisis es un buen ejemplo de la reacción de una sociedad premoderna ante un empeoramiento de sus condiciones de vida. La respuesta inicial es mantener el sistema que ha asegurado hasta ese momento la supervivencia. En el caso de las poblaciones del valle medio del Tajo, parece que esta respuesta fue satisfactoria, ya que a lo largo de todo ese periodo árido no fue necesario el desarrollo de estrategias adicionales para asegurar el abastecimiento de alimentos. Tampoco se ha detectado un aumento de conflictos por la mayor escasez alimenticia, que podría apreciarse en el cambio de patrones de asentamiento buscando una mayor protección. Indirectamente, esto es un indicio más de la escasa densidad demográfica de la zona – densidad que como vimos hacía viable el sistema. El panorama al final de la Edad del Bronce sería esencialmente el mismo que a lo largo de la segunda mitad del segundo milenio a.C., aunque los movimientos de los grupos estarían más restringidos a las zonas cercanas a la red hidrográfica principal.

En este contexto relativamente estable pero condicionado por la creciente aridez de la región se produce el evento 0'85 K que analizamos en el capítulo dedicado al medio físico de nuestra zona de estudio. Este evento, que duró menos de un siglo, provocó un súbito cambio climático hacia condiciones de mayores precipitaciones y aumento de la humedad edáfica y debió alterar sustancialmente las estrategias de las poblaciones de la zona. La subida del nivel freático y las inundaciones de las vegas debieron afectar de manera notable tanto a los cereales – que se pudrirían por exceso de agua – como a los silos donde se almacenaba el grano, además de facilitar la aparición de enfermedades como el paludismo, hasta el punto de que las riberas de los ríos principales se convirtieron en lugares con crecientes problemas de ocupación.

El caso del cercano valle de Amblés ejemplifica muy bien esta situación, ya que en él se han podido relacionar datos palinológicos asociados al evento 0'85 K con cambios significativos en el patrón de asentamiento. Se trata de un contexto similar climatológicamente al del valle medio del Tajo, aunque el menor tamaño del valle hace que las zonas de sierra se encuentren más cercanas, ofreciendo una situación ligeramente diferente, con otras posibilidades de respuesta ante el cambio climático que comienza a mediados del siglo IX a.C. En el caso del valle de Amblés, se plantea un panorama casi idéntico al de la región del valle medio del Tajo, con un ambiente degradado por las prácticas agrícolas y ganaderas de la etapa anterior y por la progresiva aridez que caracteriza al final del Subboreal. En este contexto, el evento 0'85 K produjo una verdadera crisis ecológica (López, J. A. y Blanco, A. 2005: 245-246). El aumento de la pluviosidad y por tanto de la humedad ambiental y edáfica provocó el retroceso de algunas especies arbóreas como el pino y la encina y favoreció el avance del bosque caducifolio. Asimismo, las mayores lluvias provocaron un ascenso de la erosión en las cuencas hidrográficas, ya muy afectadas por la pérdida de cobertura vegetal y aumentó el nivel freático haciendo inútiles para la agricultura y la ganadería amplias zonas del fondo de valle. El resultado de este conjunto de circunstancias fue un cambio en los patrones de asentamiento (fig. 4.4) de las poblaciones del valle, que pasan a ocupar las laderas del mismo, en zonas hasta entonces desechadas por su peor rentabilidad económica (López, J. A. *et al.* 2009: 99).

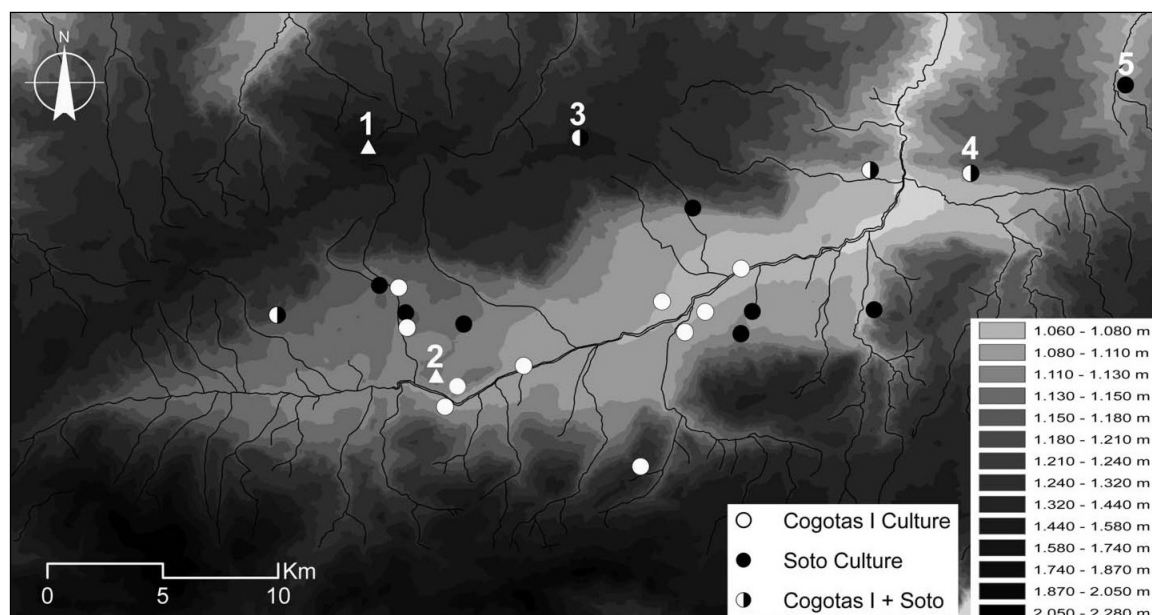


Figura 4.4: patrones de poblamiento en el valle de Amblés en la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro. Adaptado de (López, J. A. *et al.* 2009)

Junto a estos datos, contamos con indicios arqueológicos que nos llevan a pensar que el panorama tan bien documentado en el valle de Amblés tuvo su equivalencia en el valle medio del Tajo. El primero de estos indicios es el cambio en el patrón de asentamiento, detectado en diferentes cuencas fluviales de la región desde a través de varias aproximaciones al poblamiento de la región. Como en el caso del valle de Amblés, a comienzos de la Edad del Hierro se detecta un alejamiento de los asentamientos de la red hidrográfica principal, ocupando terrazas superiores y cauces menores. En ese valle la explicación sería evitar las condiciones de encharcamiento en el fondo del valle, que hacen inviable la agricultura (Blanco, A. 2008: 116) y complican sustancialmente el almacenaje de cereales disminuyendo la eficacia de los silos (Díaz-del-Río, P. 2001: 139).

En la cuenca baja del Manzanares (Blasco, M. C. 2007: 74) este alejamiento es relativo, ya que consiste en unos centenares de metros siendo el territorio de explotación básicamente el mismo. La autora atribuye este desplazamiento a una búsqueda de mayor control visual sobre la vega, buscando un control más directo de las vías de comunicación y del territorio. Sin negar esta posibilidad, consideramos que el objetivo básico en este desplazamiento está motivado por la necesidad de estos grupos de distanciarse ligeramente de cauces a los que en el periodo inmediatamente anterior debían estar pegados. El ascenso hacia zonas más altas no buscaría tanto el control visual – no hay ningún otro indicio al principio de la Edad del Hierro de que este control sea necesario, ya que no parece existir competición entre los grupos – sino el colocarse en cotas menos húmedas a las que no alcanzase el creciente nivel freático y en las que poder cultivar sin alejarse demasiado de las mejores zonas de pasto.

El proceso ha sido analizado a través de un SIG en las cuencas del Manzanares, Jarama y Henares (Recuero, V. 1996, fig. 4.5), detectándose claramente el patrón expuesto anteriormente. El alejamiento de los cauces principales no supone el distanciamiento de los puntos de agua y ha sido interpretado como una búsqueda de suelos más aptos para la agricultura (1996: 59). El

patrón se confirma en el valle del Henares, donde se aprecia un claro alejamiento de los cauces principales durante la transición entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro, que se confirma durante este segundo periodo, en el que además se aprecia un aumento de los yacimientos (Dávila, A. 2007: 120, 128). Los datos procedentes de las prospecciones realizadas en el cauce del río Tajuña, aunque insuficientemente interpretados, parecen ir también en esa dirección. Indirectamente, se aprecia también un crecimiento demográfico al aumentar el número de asentamientos, perceptible claramente en los casos citados. Podría alegarse que es este cambio demográfico y no cambios climáticos lo que fuerza a ocupar zonas periféricas, pero es evidente que si esas zonas no fueran ambientalmente capaces de sostener población no habrían sido reocupadas – de hecho y como hemos visto para el cauce medio del Tajo, fueron abandonadas a lo largo del Bronce Medio. En nuestra opinión, es el cambio climático a condiciones de mayor humedad el que, por una parte, aleja a los asentamientos de la zona ribereña inmediata al río, y por otra, permite la ocupación de cauces secundarios que ahora sí son económicamente más rentables (y cuyos suelos son, además más fáciles de trabajar). Finalmente, este desplazamiento ofrece una última ventaja, ya que permite optimizar las actividades económicas, ya que su cercanía a las vegas hace que los terrenos ribereños, más húmedos pero muy pesados para el trabajo con arado primitivo, puedan seguir siendo utilizados exclusivamente como pastos,

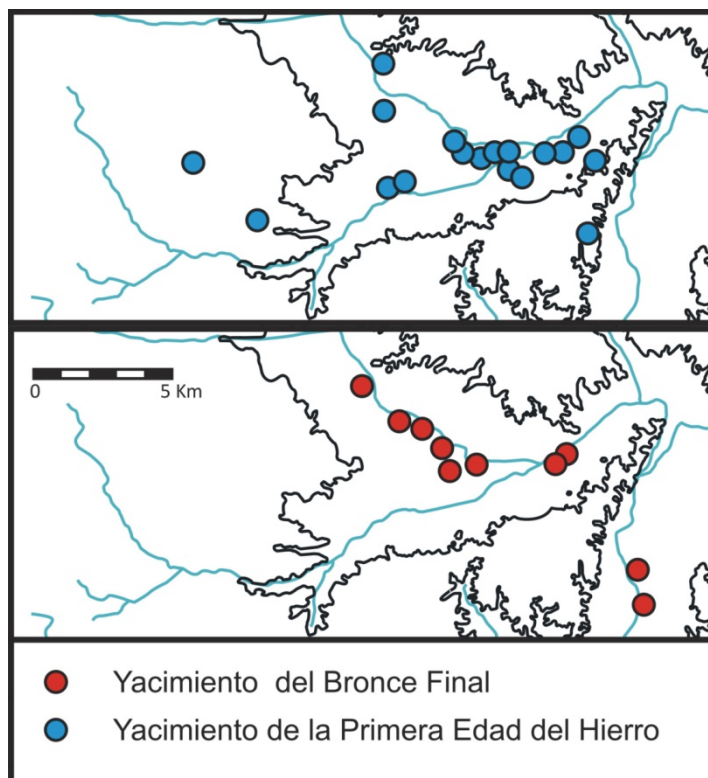


Figura 4.5: distribución de los yacimientos del BF y la EHI en el valle del Manzanares según (Recuero, V. 1996)

mientras que las tierras cercanas, más ligeras, pueden ser cultivadas. Además, estas zonas más húmedas constituyen áreas estratégicas para la caza de aves y la pesca.

En el caso del valle del Manzanares (fig. 4.5) se aprecia claramente este triple criterio de retirada del cauce, ocupación de zonas secundarias y aumento de asentamientos. Durante el Bronce Final el poblamiento se encuentra localizado en las inmediaciones de los cauces principales. En la primera Edad del Hierro esa zona sigue siendo la más ocupada, pero algunos de los yacimientos se encuentran ligeramente alejados, mientras que otros se localizan en áreas donde no hay cauces de importancia, signo evidente de que

las condiciones hídricas eran más favorables en este periodo.

Aunque con algunos problemas dado el escaso número de yacimientos documentados, el valle del Tajuña (fig. 4.6) parece seguir esta dinámica de concentración en el Bronce Final y expansión

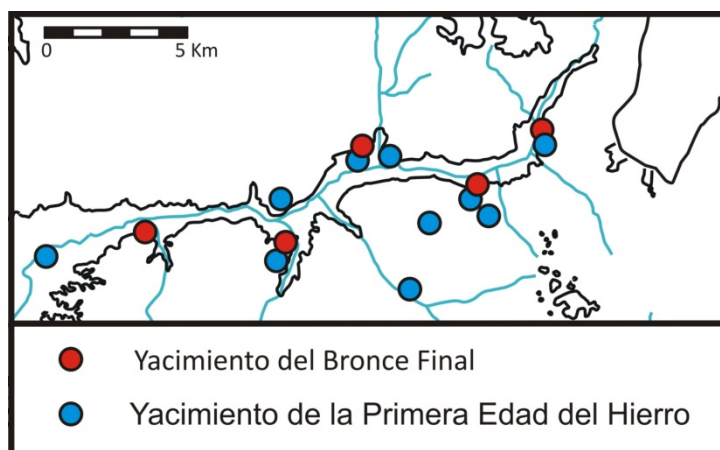


Figura 4.6: distribución de los yacimientos del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el valle del Tajuña. Adaptado de (Almagro, M. y Benito, J. E. 1994)

(demográfica y territorial) en la Primera Edad del Hierro, y algo similar puede apreciarse en el valle del Henares (fig. 4.7) a través de los trabajos de Antonio Dávila ya citados. En un primer momento, todos los yacimientos del Bronce Final a excepción de uno se localizan en la vega del Henares y en la parte baja del arroyo Anchuelo. En los últimos momentos de la Edad del Bronce perduran aquellos más cercanos a la vega del Henares y junto al

Anchuelo, y al llegar la Edad del Hierro y condiciones más húmedas (excesivamente, en un primer momento) se reproduciría de nuevo la ocupación de zonas secundarias y el aumento de asentamientos.

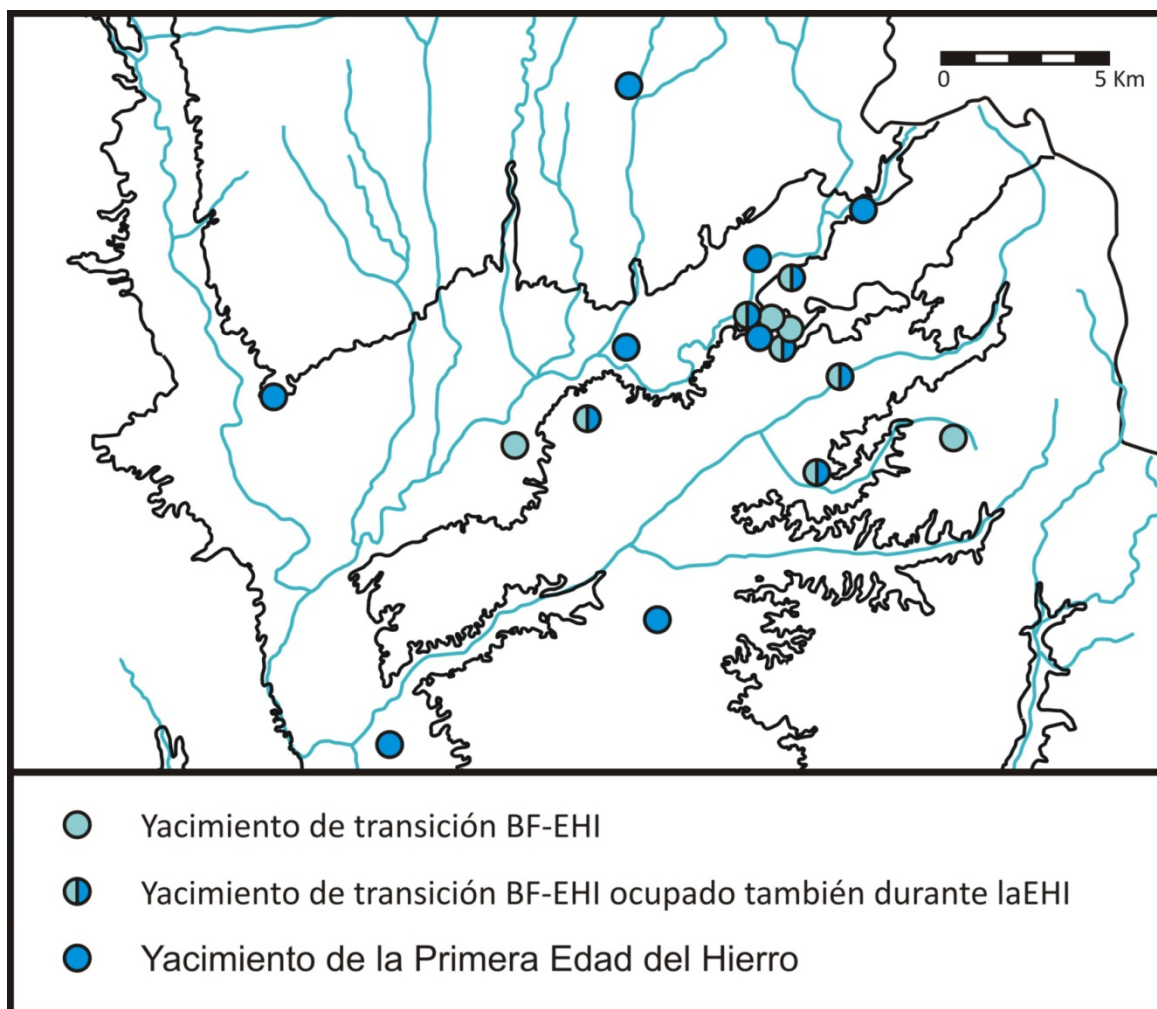


Figura 4.7: distribución de los yacimientos del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el valle del Henares. Tomado de (Dávila, A. 2007)

Finalmente tenemos el caso del poblamiento en el valle medio del Tajo realizado por Kenia Muñoz, especialmente interesante porque ya hemos visto su evolución durante el Bronce Pleno y la transición al Bronce Final, observado cómo se producía un acercamiento a los cauces principales que ha sido interpretado como una búsqueda de las zonas ambientalmente más resistentes a la progresiva sequedad del entorno a finales del periodo Subboreal. En la figura 4.8 tenemos representada la distribución del poblamiento desde el final de la Edad del Bronce. En ese momento y al iniciar la transición, la gran mayoría de los asentamientos se encuentran cercanos a las vegas de los ríos Tajo y Jarama, producto del desplazamiento comentado. Sin embargo, en la Primera Edad del Hierro observamos una tendencia al alejamiento de los cauces, especialmente en los yacimientos de planta nueva que se sitúan sobre las terrazas junto a los ríos. Según los datos recogidos por Kenia Muñoz (1998a: 403), los 23 yacimientos (de un total de 27) documentados cerca de los cauces principales en este periodo se localizan en terrazas a 10-20 m del río, precisamente para evitar las inundaciones periódicas del mismo.

Asumiendo que la mayoría de los datos discutidos arriba provienen de prospecciones y por tanto hay que valorar con cuidado la exactitud de la adscripción cronológica de los yacimientos, parece confirmarse una tendencia recurrente en todas las zonas estudiadas. Ésta apunta en la dirección señalada de alejamiento relativo de los cauces principales y ocupación de áreas secundarias muy coherente con los cambios climáticos que se documentan en la región.

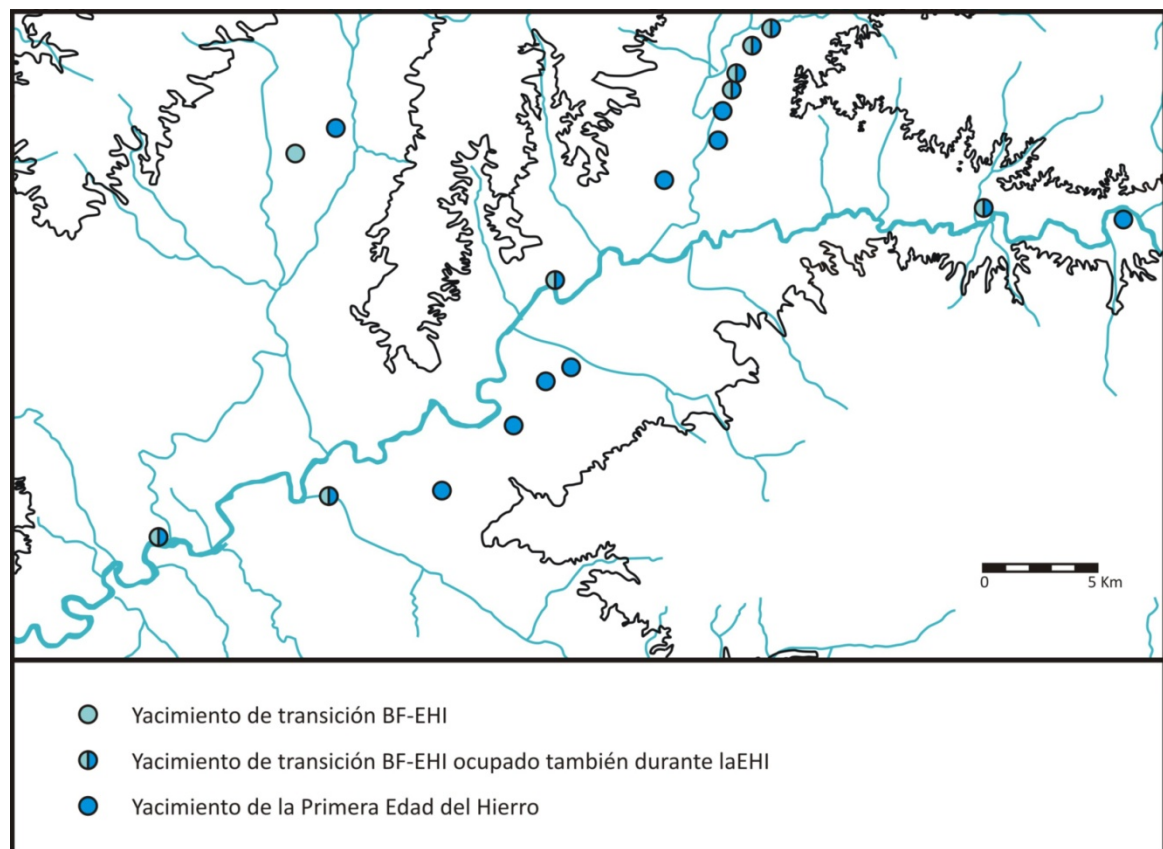


Figura 4.8: distribución de los yacimientos de la transición entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en la confluencia de los valles del Tajo y el Jarama. Modificado a partir de (Muñoz, K. 1998a, figs. 5.48, 5.57).

Junto a estos cambios de patrones de poblamiento, un segundo indicio lo ofrece la desaparición de una de los elementos más característicos de la cultura material del Bronce Final: los fondos. Se ha reflexionado mucho sobre la función de estas estructuras (Barroso, R. 2002: 93-97), pero es indudable que al menos en algunos casos fueron silos de almacenamiento de grano, bellotas u otro tipo de alimentos. En nuestra región el único autor que ha dedicado algo de esfuerzo al análisis en detalle de estas estructuras ha sido Díaz-del-Río (2001: 137-141), a partir de experiencias realizadas en Gran Bretaña. La clave de la utilidad de los silos – especialmente en el caso del cereal – reside en el grado de hermetismo del sellado, y se calcula que la conservación de cereales en este tipo de estructuras puede superar los diez años. Uno de los principales enemigos de este sistema de almacenamiento son, precisamente, las filtraciones de agua, que pueden reducir sustancialmente su calidad, especialmente como simiente (Díaz-del-Río, P. 2001).

Dada su efectividad, la desaparición casi absoluta de los silos del registro material en la Edad del Hierro debe obedecer a alguna causa funcional. El análisis de los yacimientos de Capanegra y La Deseada, entre los ríos Jarama y Manzanares, ha permitido detectar este cambio en los sistemas de almacenamiento de grano, que pasan de silos a recipientes de cerámica y graneros aéreos (Martín, A. 2007; Martín, A. y Virseda, L. 2005). La propuesta de las autoras hace mención explícita al evento 0'85 K. para explicar cómo pudo haberse producido esta transición, argumentando que en un régimen de mayor humedad edáfica, heladas y lluvias, la impermeabilización de los silos resultaría insuficiente para mantener en buen estado los productos almacenados, lo que haría que se buscasen sistemas alternativos para el almacenamiento como graneros aéreos (fig. 4.9), contenedores dentro de las cabañas o incluso habitaciones construidas con ese fin (Martín, A. 2007: 38-39). En los estudios realizados en Gran Bretaña, la temperatura del suelo de los silos y la humedad de las paredes era determinante para la correcta conservación del grano, y aunque la inundación del silo no tenía que ser desastrosa (si no persistía durante mucho tiempo), sí impedía la germinación del trigo y su uso como simiente (Díaz-del-Río, P. 2001: 139). Como es lógico, el uso de contenedores cerámicos (y probablemente de otros realizados en materiales perecederos) para el almacén de grano debió ser frecuente en periodos anteriores, e incluso se han documentado contenedores dentro de silos en la etapa plena de Cogotas I (Barroso, R. 2002: 95). Es decir, no se trata de una innovación adaptativa ante una crisis, sino que se trataría de trasladar progresivamente un mayor peso a un tipo de almacenamiento conocido pero hasta entonces considerado menos eficaz. La sustitución de los silos por otros sistemas de almacenaje con mayor eficacia frente a la humedad y el frío nos hablarían por tanto de este modo indirecto de la existencia de un clima como el definido para el evento 0'85K.

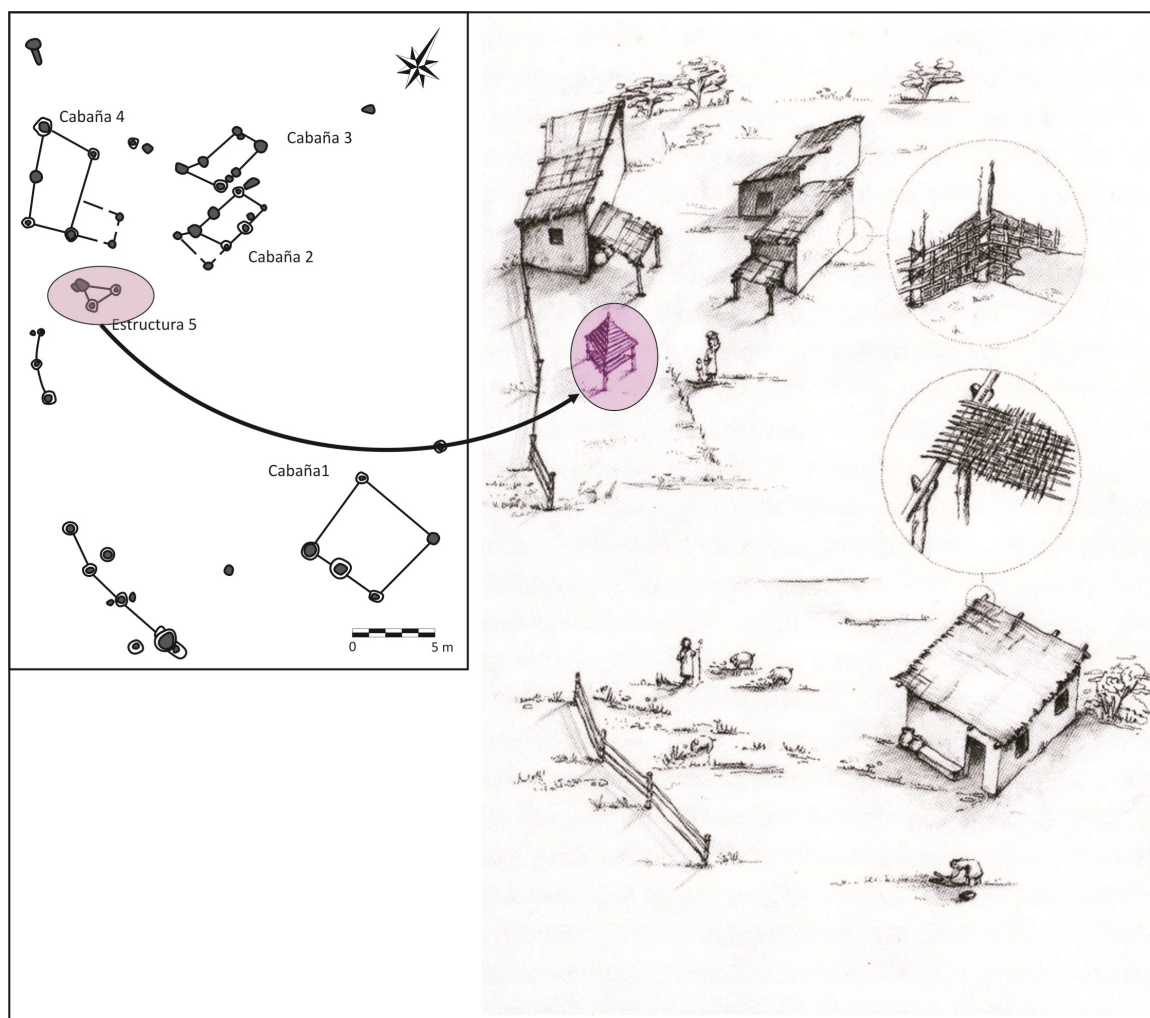


Figura 4.9: planta y reconstrucción del yacimiento de la Deseada. En rojo, estructura interpretada como granero elevado. Adaptado de (Martín, A. 2007, figs. 5 y 7)

Con todo, los cambios detectados en el valle medio del Tajo muestran algunas diferencias sustanciales, con el modelo propuesto para el valle de Amblés. En nuestro caso no se aprecia un cambio radical de hábitat, tan sólo un ligero desplazamiento – en ocasiones, como en los yacimientos de La Deseada y Capanegra o El Colegio, ni siquiera eso – de los hábitats de la Edad del Hierro frente a los del Bronce Final. En segundo lugar, no se producen cambios significativos del registro arqueológico en las características físicas de los asentamientos que, superado el evento 0'85 hacia mediados del siglo VIII a.C. pueden considerarse como pertenecientes a la Primera Edad del Hierro, ya que las técnicas de construcción siguen siendo básicamente las mismas. En este sentido, parece que la mayor extensión del territorio permitió la recolocación de los asentamientos – esta vez, parcialmente en cauces secundarios – sin tener que modificar sustancialmente sus estrategias productivas.

Sin embargo, el proceso continuado de cambios climáticos producido desde finales del segundo milenio afectó de manera definitiva al sistema de vida de estos grupos. Ya hemos dicho que la progresiva aridez y sequedad del clima limitó los movimientos de estos grupos a zonas cercanas a los ríos, y probablemente redujo las localizaciones óptimas para situar los asentamientos temporales. Este efecto tuvo además otra consecuencia: el menor número de sitios susceptibles de ser ocupados provocó un aumento del tiempo de ocupación de cada uno de ellos,

comenzando un proceso – aún tenue – de reducción de la movilidad de los grupos de Cogotas I. Cuando se acaba el periodo árido y da comienzo el evento 0'85 K, la reacción ante los problemas que éste acarrea es inmediata y lógica: el desplazamiento mínimo para evitar las peores consecuencias del mismo y continuar con las estrategias tradicionales de explotación del medio (Blasco, M. C. 2007: 74).

En una tendencia cada vez mayor hacia la sedentarización, la permanencia cada vez mayor – forzosa, no lo olvidemos – en una zona determinada supondría, en primer lugar, el aumento de la energía invertida en mejorar asentamientos que en un primer momento se considerarían temporales. Los cambios detectados en los sistemas de almacenamiento muestran una mayor dedicación de esfuerzo a la construcción de estructuras o fabricación de contenedores capaces de mantener en buen estado la cosecha haría cada vez más complejo y costoso el traslado del grupo – algo que se aprecia claramente en los problemas que acarearía el manejo de piezas de cerámica cada vez más grandes en un momento en que aún no se ha introducido el asno entre el conjunto de animales domésticos y los caballos, aunque existentes, son excepcionales, al menos en los yacimientos documentados.

De acuerdo a los criterios de amortiguación de la incertidumbre que hemos venido defendiendo, el modelo de este momento de transición sería básicamente el mismo que en etapas anteriores, con algunos cambios que en este momento son más formales que estructurales pero que con el tiempo van a consolidarse. La movilidad sigue siendo uno de los factores más importantes, pero como hemos propuesto se reduciría dado el menor número de zonas aprovechables. La diversificación seguiría siendo otro de los pilares de la subsistencia de estos grupos, aunque la permanencia prolongada en algunos de los sitios afectaría a algunos de los recursos, especialmente los de origen salvaje. El almacenamiento sigue manteniendo su importancia, aunque varían las formas de almacenaje. Sobre las relaciones intergrupales poco podemos decir, salvo que debieron mantenerse de manera similar aunque el proceso de reducción de la movilidad debió afectar a la extensión de dichas redes. En definitiva, un panorama similar al de la fase plena de Cogotas I, pero con una movilidad reducida.

4.1.3. Tras la tormenta.

Aunque tratemos con detalle la Edad del Hierro en el siguiente capítulo, hemos creído conveniente continuar con nuestra propuesta incluyendo los momentos finales del proceso. ¿Qué nos encontramos una vez que superamos el evento 0'85 K y la crisis ecológica que provoca? Las interpretaciones tradicionales han resaltado las diferencias entre las poblaciones del Bronce Final y las de la Primera Edad del Hierro. Sin embargo, por los datos disponibles éstas últimas parecen evidenciar una continuación lógica de la ocupación desarrollada durante la transición entre ambos periodos, antes que una ruptura abrupta. En el fondo, el proceso que lleva a la definitiva sedentarización de la población en la Edad del Hierro es consecuencia de los cambios anteriores. En primer lugar, una vez superado el momento de crisis, los sitios ocupados por los grupos seguían siendo los potencialmente más rentables, más ahora que las condiciones de aridez del final del Subboreal habían desaparecido y el proceso de cambio climático del 850 – 760 a.C. se había atenuado. Aun cuando el clima de la región seguía siendo extremadamente variable, las condiciones climáticas eran algo más favorables, lo que permitió reducir la

incertidumbre. Las estancias en cada uno de estos lugares se harían progresivamente más prolongadas.

Las mejores condiciones climáticas y la superación de los peores momentos del evento 0'85 K tuvieron otro efecto que hemos visto al analizar las transformaciones del poblamiento entre el Bronce Final y los comienzos de la Primera Edad del Hierro y que analizaremos con detalle en el siguiente capítulo: la expansión hacia los espacios periféricos desde los grandes cauces fluviales, abandonados progresivamente en los siglos finales de la Edad del Bronce, y que ahora vuelven a ser rentables económicamente. Esta reocupación es indicativa también de un crecimiento demográfico, ya que los antiguos yacimientos en torno a los ríos principales no se abandonan, y es también perceptible en el tamaño medio de los yacimientos de este periodo (Muñoz, K. 1998a: 428).

Además, el desplazamiento del poblamiento, aun reducido, se encontró con una ventaja inesperada: la mayor facilidad que ofrecían las tierras un poco alejadas del curso fluvial para el trabajo agrícola, a lo que se unió la subida del nivel freático que, mientras encharcaba en exceso las zonas inmediatamente anejas a los cursos fluviales, mejoraba la calidad de aquellas un poco más lejanas (Blanco, A. 2008: 120). En los siglos anteriores, las condiciones climáticas habían forzado la agrupación de la población en torno a los cursos principales de agua, dándose prioridad al acceso a los recursos hídricos sobre la calidad de las tierras. Ya hemos comentado en varios lugares que, para sociedades con tecnología agrícola poco desarrollada, las vegas de los ríos principales son excesivamente duras y complicadas de trabajar, pero ofrecen una gran variedad de recursos – pastos, caza, pesca, recolección, etc. - . En un periodo como el del Bronce Final, en el que debería hablarse más de horticultura que de agricultura propiamente dicha, y en el que la base fundamental de la economía era ganadera, la calidad de las tierras junto a los grandes cauces debió ser considerada suficiente.

En el comienzo de la Edad del Hierro el equilibrio entre los diferentes factores que influyen en la producción ha variado con consecuencias que a la postre serán definitivas. En este sentido, un análisis de las cuatro estrategias definidas por Halstead y O'Shea que han constituido uno de los ejes de la discusión muestra diferencias sustanciales respecto a dos siglos antes. Sin duda es la movilidad la estrategia que se vio más afectada, por las razones expuestas anteriormente. Sin embargo, la disminución de su peso en el conjunto de mecanismos de reducción de la incertidumbre no es una decisión tomada objetivamente, sino resultado de las respuestas ofrecidas a las circunstancias ambientales una vez terminado el evento 0'85 K. Los cambios producidos durante el mismo y las condiciones climáticas más favorables disminuyeron su peso como estrategia de amortiguación de periodos de escasez. No obstante, las evidencias arqueológicas no pueden descartar categóricamente cierta movilidad de los grupos durante estos primeros momentos, sea del conjunto del grupo o de parte del mismo, ya que algunos de los elementos alegados para adjudicar un carácter semisedentario a estos grupos – estructuras de habitación hechas con materiales perecederos, baja densidad demográfica, agricultura poco desarrollada – siguen siendo características de los yacimientos de los primeros momentos de la Edad del Hierro. Pero es probable que poco a poco la movilidad quedara restringida a momentos de extrema escasez de alimentos antes que a una estrategia consciente de aprovechamiento del entorno.

Por otra parte, el proceso de sedentarización que observamos en el valle medio del Tajo es generalizado para la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro en toda la Europa atlántica y el Mediterráneo. Está asociado a la introducción y generalización de técnicas que permiten alimentar poblaciones en crecimiento y mantenerlas de manera permanente en puntos concretos del territorio (Ruiz-Gálvez, M. L. 1992: 229). Es el caso del uso de la sal para la conservación de alimentos, de las legumbres y otras especies como el mijo o el trigo espelta, o la generalización de utillaje agrícola que permite un mejor trabajo de la tierra con la correspondiente mejora en los rendimientos (Ruiz-Gálvez, M. L. 1992: 230). En nuestra zona, sin embargo, no se encuentran evidencias de esta revolución agraria, y parece que las poblaciones de los últimos momentos del Bronce Final mantuvieron su economía horticultora con una fuerte base ganadera hasta bien avanzada la Edad del Hierro, como veremos al analizar los parámetros económicos de este periodo. En este contexto, parece que fueron los cambios climáticos y la adaptación (más bien, la resistencia a los mismos) los que, unidos a una escasa demografía, abrieron una vía a la sedentarización de las comunidades del valle medio del Tajo.

En cualquier caso, la reducción de la movilidad acarrea en parte la disminución de otra estrategia: la diversificación, especialmente en lo que a caza, pesca y recolección se refiere. Esta pérdida de diversidad no fue compensada por una ampliación de las especies cultivadas o domesticadas – otro de las posibilidades a las que habíamos aludido –, que son básicamente las mismas que en etapas anteriores. En ese sentido, el análisis de los datos como los de El Colegio parece indicar una economía más variada en el Bronce Final – combinando ganadería, cultivo de cereales y otro tipo de vegetales y recolección – que en la Edad del Hierro, apoyando por tanto esa idea de reducción de la diversidad de fuentes de abastecimiento.

La pérdida de peso de estas dos estrategias debe ser compensada por el aumento del peso específico de otras, y en este sentido la sedentarización de los grupos abre el camino a que la estrategia prioritaria sea el almacenamiento – animal o vegetal. Éste ya no se prolonga unos cuantos años hasta que la tierra muestra síntomas de agotamiento, sino que se convierte en el mecanismo clave para asegurar la supervivencia del grupo, potenciando aún más la fijación al terreno de los grupos de la Edad del Hierro. Además, los fuerza a plantear mecanismos cada vez más intensivos de explotación de la tierra como método de reducción de la incertidumbre medio. Se va produciendo así una paulatina transición de una economía extensiva que combina una agricultura y ganadería poco especializada con actividades de recolección y caza hacia otra economía mucho más especializada en la que estas últimas actividades tienen un carácter marginal. Por supuesto, hablar de agricultura no supone hablar de técnicas excesivamente desarrolladas – como la irrigación –, ni tampoco de grandes explotaciones agropecuarias – la demografía en estos primeros momentos parece haber sido esencialmente la misma que en la Edad del Bronce, esto es, muy baja. Sí podría hablarse, sin embargo, de una explotación racional del territorio tratando de maximizar los resultados a la vez que se permitiese la regeneración de la tierra.

Además del almacenamiento, la cuarta estrategia considerada era la creación de redes de contactos y alianzas entre grupos que permitieran el apoyo mutuo en caso de escasez. Como cuando hablamos de este tema en los momentos finales del Bronce Final, el registro

arqueológico es en este caso difícil de interpretar. En su momento dijimos que la uniformidad de la cultura material asociada a Cogotas I – especialmente en sus estilos decorativos – obedecía a la existencia de este tipo de relaciones intergrupales, asociadas a la movilidad con que se caracteriza a estos grupos. Por el contrario y como veremos más adelante, el comienzo de la Edad del Hierro ha venido caracterizado tradicionalmente por la disgregación del denominado horizonte de Cogotas I en lo que se han considerado grupos o *facies* regionales. Siguiendo la línea del razonamiento esbozado antes, podría interpretarse que las redes de solidaridad se han regionalizado, que en comunidades cada vez más fijadas a la tierra y más inmóviles los mecanismos de apoyo se reducen a los vecinos más inmediatos. El proceso es, por tanto, el de una sociedad que se va sedentarizando queriendo, precisamente, hacer lo contrario: mantener intacto su modo de vida. No hubo nada innovador en las decisiones que toman los grupos del Bronce Final para compensar los problemas ambientales a los que se enfrentaron, y – aunque esto sólo podemos suponerlo – la percepción existencial de cada generación debió ser la de estar desarrollando una vida esencialmente idéntica a la de la anterior. Visto con la perspectiva de casi cuatro siglos el resultado fue demoledor, pero en los tiempos cortos de la existencia humana apenas debió ser perceptible.

Frente a las propuestas que conciben al ser humano como capaz de adaptarse a nuevas situaciones ambientales a través de su capacidad de innovación y de creación de nuevos mecanismos de explotación del medio, hemos defendido arriba que las sociedades de Cogotas I fueron esencialmente conservadoras – como todas las sociedades campesinas (Shanin, T. 1971: 13, 39) y en general, las sociedades premodernas – frente a los retos que se les plantearon. Las decisiones estratégicas para la supervivencia se tomaron de acuerdo a los criterios tradicionales, sin planificación a largo plazo, y los cambios en los mecanismos de explotación del medio se produjeron de manera inconsciente y progresiva. Sabemos que las estrategias que los grupos de la Edad del Hierro utilizaron para relacionarse con su entorno fueron muy diferentes a las de sus ancestros de cuatro siglos atrás. Se sedentarizaron, modificaron su forma de explotar el medio, de relacionarse con él y con los otros grupos que lo habitaban. Y en el camino ellos, como sociedad, también cambiaron.

El medio no es para las sociedades preindustriales – campesinas o no – un concepto aislado del resto de esferas en que se desenvuelve la vida cotidiana de los seres humanos. Economía, territorio, sociedad, creencias e identidad no son disociables en estas sociedades, y componen una cosmogonía que da sentido a aquellos que habitan un espacio físico, que lo explotan, lo interiorizan y lo estructuran social e ideológicamente. Si cambian las reglas de relación con el medio, cambia también la forma en la que los grupos que viven ese proceso perciben la realidad. En nuestra zona y durante el periodo que acabamos de estudiar se producen dos transformaciones radicales en la relación con el medio. Las poblaciones dejan de moverse, se fijan a un punto determinado que interiorizan como propio. Por supuesto, no podemos imaginar a las sociedades de Cogotas I como nómadas. Pero la concepción de una vida móvil – aunque sea en territorios conocidos, acotados y recurrentes – es muy distinta de la vida con un único punto de referencia. El segundo cambio fundamental es el de la relación con la tierra, con el medio físico. La dependencia casi exclusiva de su producción (Shanin, T. 1971: 94) introduce un factor de inestabilidad – psicológica, económica, social y territorial – que modifica para siempre la forma de ver la realidad.

Por supuesto, la esfera ideológica, religiosa e identitaria campesina es aún más conservadora que la económica, y de hecho es muy probable que todas las decisiones tomadas a lo largo del proceso se realizaran desde la perspectiva del mantenimiento de la cosmogonía previa. Un indicio muy claro de esta resistencia ideológica al cambio – incluso después de que éste se haya producido – es la que nos transmite el cambio de patrones de enterramiento. Como hemos visto al analizar la secuencia temporal de la Edad del Hierro en el capítulo 2, las primeras necrópolis de incineración se documentan a partir del siglo VI a.C., dos siglos después del final del evento O'85 K y al menos un siglo después de la sedentarización definitiva de la población. En ese momento es cuando se explicita en la esfera ideológica la nueva forma de ver la realidad de los grupos del valle medio del Tajo, aunque en los ámbitos social y económico estos cambios llevaban implantados mucho más tiempo.

Posteriormente a los cambios en el modelo productivo de estos grupos, pero previamente a los cambios ideológicos e identitarios se produjeron modificaciones en la forma de percibir la sociedad y en las normas de actuación dentro de la misma. En este sentido, es necesario destacar la escasa atención dedicada a la organización social de los grupos de Cogotas I. Si los criterios económicos y ambientales han sido bien ajustados y el análisis de la cultura material ha avanzado sustancialmente, no ha habido una reflexión paralela de importancia sobre el tipo de sociedad que estructuró a estos grupos. Las alusiones generales admiten como probable la existencia de una sociedad poco compleja, sin jerarquizar (Fernández - Posse, M. D. 1998: 120-122), en la que se daría un liderazgo temporal y centrado en actividades concretas, la existencia de élites poco definidas (Delibes, G. *et al.* 1995: 57).

La única reflexión de cierta entidad, realizada desde posturas materialistas y a partir de la aplicación de los modelos de “sociedad tribal segmentaria” de Sahlins y de “sociedad germánica” de Marx (Díaz-del-Río, P. 2001: 10). Desde esta perspectiva, el análisis se basa, como es lógico, en el examen de los medios de producción y su control y en cómo este control puede plasmarse en el mundo funerario, en los patrones de asentamiento y en las redes de intercambio (2001: 289-300), así como de la evidencias de coerción o tensiones entre elites incipientes y el resto de la población. Se parte también desde el uso del modelo neoevolucionista como marco referencial, situando a las sociedades del III y II milenios a.C. dentro de las categorías de tribu o jefatura (2001: 301).

Las conclusiones a las que llega el autor son escasas, achacando la falta de resultados a la pobreza del registro arqueológico (Díaz-del-Río, P. 2001: 311), pero hace hincapié en que éste sugiere una limitada capacidad de acumulación de valor en las unidades domésticas, con diferencias esporádicas en la amortización de objetos en los enterramientos que representan indicadores muy limitados de desigualdad. La interpretación sería la de una sociedad en la que el conflicto de intereses entre grupo y familia es aún reducido, donde la consanguineidad es la clave para detentar algún grado de poder, sin que se desarrollen mecanismos de influencia individual fuera de las líneas de parentesco (Díaz-del-Río, P. 2001).

Con todo, no es el objetivo de este trabajo proponer un modelo social para los grupos de Cogotas I, aunque coincidamos con algunas de las conclusiones de Díaz-del-Río desde otros

presupuestos teóricos. Sin embargo, cuando en el siguiente capítulo se plantee el análisis de la sociedad de la Primera Edad del Hierro no puede dejar de valorarse el binomio agricultura - sedentarización que hemos considerado clave para el desarrollo de procesos de acumulación de recursos y embrión potencial de la aparición de desigualdades sociales. Este binomio (y las consecuencias que como veremos acarrea) sienta sus bases en los procesos de transformación que aparecen en estos momentos, pero hemos optado por analizarlo desde la perspectiva de la Primera Edad del Hierro porque consideramos que es en ese momento cuando comienza a percibirse una ruptura de las estructuras sociales anteriores. Desde este punto de vista, es evidente que las decisiones de los grupos de Cogotas I fueron adaptativas, porque les permitieron sobreponerse a periodos climáticos muy complejos, pero no fueron ni mucho menos innovadoras. Tampoco parece que el complejo final de Cogotas I acarree cambios sociales de relevancia, que no se hacen evidentes hasta bien avanzada la Edad del Hierro. La desaparición de Cogotas I, en nuestra opinión, puede explicarse como una acumulación de decisiones tomadas desde el peso de la experiencia de siglos que fueron modificando progresivamente las condiciones de vida de los grupos que las tomaban, hasta que éstas fueron sustancialmente diferentes a las del punto de partida. En ese momento, todo había cambiado, pero nadie podía darse cuenta.

4.2. Las leyes de un nuevo mundo (S. VIII a.C. – S. V a.C.)

4.2.1. Sedentarización, apropiación, dominación. Otra manera de ver el mundo.

En el apartado anterior hemos valorado las causas y el proceso de transformación de las sociedades de Cogotas I hasta su sedentarización progresiva en torno al siglo VIII a.C. Esta sedentarización ha sido considerada como un proceso desarrollado de manera inconsciente, resultado de las condiciones ambientales y de las decisiones de los grupos que habitaban la región y que como hemos visto tan sólo buscaban prolongar su forma de vida anterior. Que el cambio fuera inconsciente, indeseado e imprevisto no limita el alcance de sus consecuencias. Porque independientemente de causas y ritmos, la situación de los grupos que habitan el valle medio del Tajo a comienzos de la Edad del Hierro presenta claras diferencias con la de etapas anteriores. Estas diferencias no residen tanto en cambios en la cultura material como en la aparición de unos nuevos parámetros económicos, sociales e ideológicos que abren la puerta – al menos, potencialmente – a procesos muy intensos de transformación social. Estas transformaciones tienen como detonante el principal cambio en las estrategias económicas de los grupos de Cogotas I: la sedentarización.

La sedentarización no consiste simplemente una permanencia definitiva en un emplazamiento. Lleva aparejada una serie de cambios económicos, sociales y cognitivos que modifican de manera definitiva la percepción de la realidad, de las relaciones sociales y las actividades económicas de los grupos que la experimentan. Asimismo, frecuentemente – aunque no siempre – sienta las bases para otras transformaciones dentro de la sociedad, como el crecimiento de la complejidad social o la aparición o aumento de las desigualdades internas. Incluso aunque se haya producido de manera muy progresiva, la relación con el entorno de un campesino sedentario es sustancialmente diferente a la de un cazador-recolector, pastor u horticultor.

En primer lugar, y como hemos visto, la sedentarización supone una apuesta decisiva por un tipo muy concreto de estrategias económicas que aseguren la supervivencia del grupo. El abandono de la movilidad, una de las estrategias básicas de reducción de la incertidumbre alimentaria, y la disminución de la diversificación que conlleva el sedentarismo hacen que el peso de la actividad económica se desplace hacia el almacenamiento de productos, y esta situación incentiva el crecimiento de las actividades agropecuarias (mucho más fiables) en detrimento de otras opciones económicas. Asimismo, el desarrollo de nuevas estrategias para compensar el progresivo agotamiento de los suelos permite mantener durante más tiempo la ocupación de los asentamientos, favoreciendo el sedentarismo.

La sedentarización y el desarrollo de una economía campesina no constituyen sólo una opción económica. En realidad, reflejan una percepción de la realidad completamente diferente a la de cazadores – recolectores e incluso horticultores. La capacidad de la agricultura y la ganadería para contrarrestar la incertidumbre de manera más eficaz hace que comience una sensación de control sobre la tierra, de asunción inconsciente de que la supervivencia del grupo no se basa tanto en una naturaleza benévola o una instancia sagrada como en el esfuerzo y el control de determinados recursos (Hernando, A. 2002: 152). Por supuesto, estos procesos se producen de manera muy lenta – todavía hoy en día se sacan algunos santos en procesión para pedir la llegada de la lluvia – pero desde ese momento se abre una puerta a la desacralización de la naturaleza conforme aumenta la sensación de predictibilidad en la consecución de los recursos, favorecida por las características del propio trabajo agrícola. Esta desacralización afectará sustancialmente a las categorías a través de las que se organiza la realidad: tiempo, espacio e identidad, y a la visión que tienen del mundo y de los grupos que viven alrededor.

Esta nueva visión tiene varias consecuencias profundas para las estructuras sociales de estos grupos, que tienen que adaptarse a unos parámetros económicos nuevos. En primer lugar, puesto que la propiedad de la tierra y su percepción como ente que puede ser explotado y controlado es un hecho inédito, hay que crear unas nuevas “leyes” que justifiquen ideológicamente este cambio, y unos mecanismos que apoyen esas reclamaciones que aunque son esencialmente económicas, deben ser disfrazadas de derechos ancestrales. Estas reclamaciones se erigen sobre aspectos intangibles – leyendas, mitos, etc. – que ayudan a la construcción de identidades y que en muchas ocasiones se plasman en el registro arqueológico. Más aún, la sedentarización limita la solidaridad intergrupal paralelamente a la reducción del movimiento, puesto que progresivamente las relaciones más directas se establecen con los vecinos cercanos, mientras que conforme aumenta la distancia aumenta la sensación de alteridad. Asimismo, dentro de las comunidades comienzan a establecerse nuevas normas de solidaridad, puesto que la aparición de rendimientos diferidos y la creciente inversión de trabajo en las actividades económicas y en los asentamientos hacen que desaparezca la reciprocidad generalizada, más característica de grupos cazadores recolectores y aparezca otro tipo de reciprocidad basada en el parentesco. Esta reorganización de la estructura social tiene hondas connotaciones para las reglas sociales, al menos potencialmente, ya que sientan las bases para un acceso diferencial a los recursos en función de la adscripción a uno u otro grupo de parentesco. La identidad igualitaria de los momentos previos se resquebraja y se crean las condiciones para la manipulación de las obligaciones, derechos y relaciones dentro del sistema.

Aunque los procesos descritos someramente arriba están asociados a la adopción del modo de vida campesino, y éste se relaciona con la domesticación de las especies vegetales y animales en el Neolítico, al menos en nuestra región parece que hasta que no se consolida la sedentarización no se aprecian de manera clara estas tendencias. Hasta entonces, el patrón móvil de las poblaciones de la prehistoria reciente en nuestro área de estudio, con economía de base ganadera y horticultora debieron limitar bastante estos cambios, y en ese sentido es significativo que Almudena Hernando defina tanto a cazadores – recolectores como a horticultores como sociedades de reciprocidad generalizada, opuestos por tanto a las sociedades campesinas (Hernando, A. 2002: 132-133). Autores como Pedro Díaz-del-Río, que critican la supuesta movilidad de las poblaciones de la zona durante el segundo y tercer milenios a.C. admiten que incluso a finales de la Edad del Bronce las evidencias de acceso desigual a los recursos o de control de los medios de producción son muy escasas (Díaz-del-Río, P. 2001: 316-317). Los cambios parecen haberse acelerado, como trataremos de demostrar durante este capítulo, algo después de la sedentarización definitiva de las poblaciones en la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro.

Más aún, la sedentarización abre el camino a la aparición de otros procesos, aunque no siempre se den como la posibilidad del aumento de excedentes en la producción, uno de los requisitos fundamentales para la aparición de otras dinámicas como el desarrollo de desigualdades sociales o la complejidad social. Esta aparición de excedentes no es privativa de las sociedades campesinas, pero en general se admite una asociación fuerte entre ambos conceptos. La dependencia de la producción agrícola y la inseguridad que su variabilidad anual motiva la aparición de excedentes en un principio destinados a compensar posibles pérdidas en las cosechas, pero que a menudo acaban siendo desviados a otros fines, creándose una dinámica de incremento progresivo de la producción y favoreciendo procesos de acumulación y enriquecimiento. Esta situación no se da siempre, pero existe potencialmente en todas las sociedades campesinas preindustriales.

Los cambios son tan grandes – al menos, en teoría – que realmente sienta las bases para un mundo con unas normas sustancialmente diferentes a las de etapas anteriores. Aunque sean progresivos y en muchos aspectos parezcan poco relevantes, deberían poder observarse en la cultura material. Este capítulo va, por tanto, a analizar el registro arqueológico de la Primera Edad del Hierro y a sistematizar la información disponible para tratar de presentar una imagen lo más completa posible de cómo fue la cultura material de las comunidades que vivieron este proceso de transformación. Vamos a intentar, en la medida de lo posible, acercarnos a los cambios sociales, económicos y cognitivos de estas poblaciones, para valorar en qué aspectos y en qué grado se transformaron las comunidades del valle medio del Tajo tras su sedentarización, en qué medida se imbricaron en ese nuevo mundo en el que, sin saberlo, habían nacido.

Por otra parte, la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo no es ni mucho menos un periodo uniforme. Tal y como vimos en el análisis multivariante que hemos utilizado para estructurar cronológicamente la Edad del Hierro, se aprecian claramente dos agrupaciones de asentamientos asociados a variables bastante bien definidas, que corresponderían a dos momentos cronológicos diferentes. El primero de ellos corresponde a asentamientos como Las Camas, Cerro de San Antonio o las primeras fases de la Dehesa de Ahín y estaría asociado a los

momentos más antiguos de la Edad del Hierro, mientras que el segundo se estructuraría en torno a yacimientos como La Capellana, Puente Largo del Jarama, El Colegio o La Deseada y correspondería a un momento más avanzado de este periodo. Esta existencia de dos periodos había sido intuida por M^a Concepción Blasco al analizar los yacimientos de Cerro de San Antonio y La Capellana y al tratar de plantear la primera cronología de la Primera Edad del Hierro (Blasco, M. C. *et al.* 1993) y puede relacionarse con cambios significativos en muchos de los ámbitos de la vida cotidiana de las comunidades de la región, incluida la aparición de las necrópolis de incineración.

El principal problema de esta ordenación era de tipo cronológico, como vimos al discutir los resultados del análisis de correspondencias, donde se llegó a la decisión de considerar que el momento más antiguo estaría situado cronológicamente desde el siglo VIII a.C. hasta el siglo VII a.C., coincidiendo con el episodio paleoclimático 0,85 K y con la sedentarización definitiva de las poblaciones que habitaban la región en los primeros momentos de la Edad del Hierro. Dentro de este periodo Las Camas podría haber estado ocupado desde un momento más antiguo, aunque los materiales corresponderían al momento del abandono del asentamiento, mientras que Cerro de San Antonio sería un yacimiento de la parte final del periodo, algo que casa bien con las dataciones de termoluminiscencia obtenidas y con algunos datos como la disminución del tamaño de sus estructuras de habitación, una pauta que se hace común conforme avanza la Edad del Hierro.

A partir del siglo VII a.C. comienzan a manifestarse unos cambios cada vez más evidentes en el registro arqueológico que afectan a la mayoría de los ámbitos de la cultura material, a la relación de las comunidades con el medio y, en menor medida, a la base económica que los sustenta. Estos cambios se hacen especialmente explícitos a comienzos del siglo VI a.C. con la aparición de las necrópolis de incineración y son el reflejo material de los cambios que implica la sedentarización y a los que hemos aludido al comienzo de este capítulo, que han sido finalmente asumidos y empiezan a articularse a través de la cultura material. Es el momento correspondiente al segundo periodo documentado, definido por yacimientos como La Capellana, El Colegio o La Deseada. Por tanto, la Primera Edad del Hierro no sólo no es un periodo uniforme materialmente, sino que los cambios en el registro nos hablan del avance de la interiorización de las consecuencias económicas, sociales e identitarias que conlleva la sedentarización.

4.2.2. La ocupación del territorio

4.2.2.1. Introducción

Si hay un ámbito en el que la sedentarización se explicita de manera más evidente éste es, desde luego, la forma en que se sitúan las poblaciones en el territorio y cuáles son las características de sus asentamientos. Es evidente que la falta de movilidad debe compensarse con la selección de lugares estratégicos para actividades económicas que ahora van a aumentar su peso, a la vez que la existencia permanente de grupos cercanos obliga a reestructurar de manera más rígida el espacio disponible. Si a la sedentarización se une una mejora climática que permite la colonización de nuevos espacios anteriormente poco adecuados debido a su déficit hídrico, se abre la puerta a una potencial redistribución de los asentamientos en el territorio. Finalmente, no puede obviarse la relación recurrente entre sedentarización, agricultura y aumento de la producción, que en la mayoría de los casos tiene como resultado un crecimiento demográfico de la población. Todos estos factores influyen en las estrategias de ocupación del territorio y en el tipo de asentamientos que caracterizan a la Primera Edad del Hierro. En el capítulo anterior vimos cuál era la tendencia de los yacimientos de la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro en diferentes zonas del valle medio del Tajo, pero ¿qué ocurre durante la Primera Edad del Hierro?

En primer lugar es necesario realizar una valoración crítica de los datos de que disponemos para realizar este estudio, y asumir que un análisis global de los parámetros en los que se desenvuelve la ocupación del territorio durante la Primera Edad del Hierro es francamente difícil. Sobre el papel, conocemos alrededor de 150 yacimientos de la Primera Edad del Hierro en las provincias de Madrid y Toledo. La realidad es, sin embargo bastante distinta, ya que la información disponible para cada uno de ellos es enormemente variable y hace que cualquier interpretación del registro deba ser analizada con mucho cuidado. Hay que tener en cuenta, en primer lugar, la diversidad en el origen de la información. El número total de yacimientos se ha obtenido principalmente a través de los datos recogidos en consultas de Cartas Arqueológicas y publicaciones científicas. La calidad de la información es muy variable, ya que incluye tanto yacimientos totalmente excavados y extensamente publicados como breves descripciones realizadas a partir de prospecciones.

Esta diversidad de origen de la información afecta decisivamente a la capacidad de análisis del conjunto. La mayoría de los asentamientos localizados lo han sido a partir de prospecciones, lo que dificulta su identificación en dos aspectos fundamentales: la extensión del yacimiento (que normalmente se mide a través de la dispersión de sus restos materiales) y la adscripción cronológica, mucho más indeterminada al realizarse a través de materiales de superficie. En el caso de las prospecciones, además, se aprecian notables diferencias entre los diferentes equipos de prospección dependiendo de sus conocimientos de la cultura material localizada o incluso de la época en que fueron realizadas las prospecciones. Estos problemas no son exclusivos de nuestra zona, sino que son inherentes a casi cualquier análisis espacial que en general tiene que depender de información recogida en superficie, pero hacen que tengamos que manejar con mucho cuidado nuestros datos.

Asimismo existen diferencias territoriales en el volumen de información disponible. Existe un desequilibrio enorme entre Toledo y Madrid, fruto de las diferentes condiciones científicas, sociales, políticas y económicas que han modelado los estudios protohistóricos en ambas provincias. El desarrollo urbanístico que ha afectado a la zona sur de Madrid y que ha sacado a la luz muchos yacimientos de este periodo se ha limitado a la región de La Sagra y las cercanías de Toledo en el caso de esta segunda provincia, siendo muy escasa la información disponible para otras comarcas. Asimismo, las Cartas Arqueológicas de los municipios de Toledo proporcionan muy poca información sobre yacimientos de la Primera Edad del Hierro y no ha habido proyectos de investigación intensivos como el realizado por Kenia Muñoz en la confluencia de Tajo y Jarama. Así pues, contamos con una información relativamente buena para el noreste de la provincia, y muy escasa para el centro y sureste de la misma.

Las diferencias no acaban aquí. Dentro de la Comunidad de Madrid es significativa la ausencia de asentamientos en su mitad oeste. Si bien su ausencia en la zona de sierra podría ser debida a razones geográficas (aunque algunos yacimientos como el localizado en la Dehesa de la Oliva (Montero, I. *et al.* 2007) parecen apuntar en otra dirección), la falta de información de yacimientos en torno a los ríos Alberche y Guadarrama parece deberse a sesgos en la recogida de la información. En definitiva, desconocemos si los vacíos regionales que se aprecian en la dispersión de los yacimientos obedecen a pautas de ocupación del territorio o a falta de datos. La presencia masiva de asentamientos en las zonas más sometidas a presión urbanística así como los trabajos científicos desarrollados sobre marcos geográficos concretos apuntan en esa dirección, creando un mapa que desvirtúa la posibilidad de analizar el poblamiento en su conjunto.

En el caso de la organización interna de los asentamientos y a otra escala ocurre algo parecido: yacimientos completamente excavados frente a pequeñas intervenciones de unos pocos metro cuadrados, desbroces de áreas extensas frente a catas reducidas y calidad de la información muy variable, lo que condiciona las posibilidades de detectar tendencias en la estructura interna de los asentamientos. Nos encontramos por tanto ante la duda de si es posible realizar una aproximación al territorio y a los asentamientos de la Primera Edad del Hierro en la región que supere el carácter meramente descriptivo o enumerativo o si las carencias son tan grandes que ese trabajo quedaría en mera especulación. En nuestra opinión, la respuesta viene de valorar la escala a la que vamos a realizar nuestra interpretación. Si pretendemos realizar un análisis exhaustivo desde presupuestos de la Arqueología espacial del poblamiento de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo, ese propósito es, a día de hoy, inviable. Pero sí creemos que, de una manera más general, podemos proponer unas tendencias en la evolución del poblamiento para aquellas zonas de que disponemos de datos suficientes, planteando hipótesis que pueden ser posteriormente contrastadas conforme aumente la información disponible en otras áreas ahora menos conocidas. Con nuestro grado de conocimiento es muy difícil que seamos capaces de detectar diferencias regionales dentro de nuestra zona de estudio, pero sí procesos más generales – en caso de que existan – que pueden constituir una base de discusión para aproximaciones posteriores.

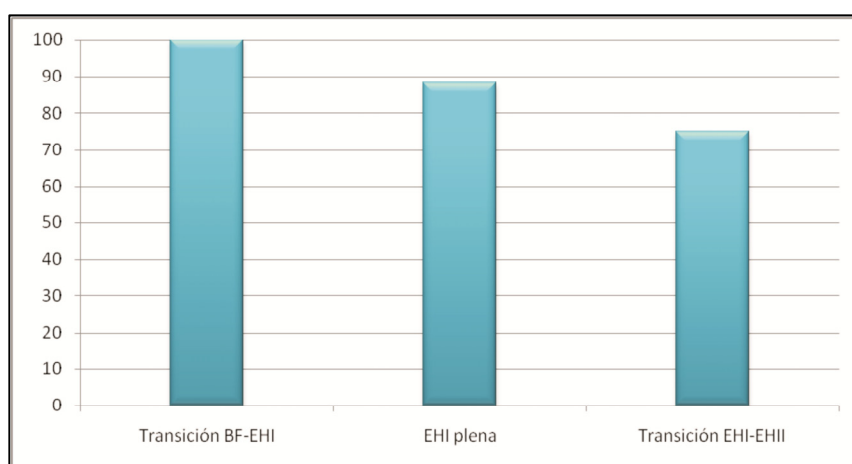
Además, para algunas zonas sí que contamos con información relevante y trabajos en ocasiones exhaustivos. Nos referimos al eje que conforman los ríos Henares, Jarama y Tajo, que han sido como vimos en el anterior capítulo estudiados de manera bastante sistemática. Dentro de los trabajos realizados (Blasco, M. C. 2007; Blasco, M. C. y Baena, J. 1996; Blasco, M. C. y Lucas, M. R. 1999 - 2000; Dávila, A. 2007, 2009; Muñoz, K. 1998c, b; Recuero, V. 1996) son de especial utilidad los análisis de la confluencia entre Tajo y Jarama y el del valle del Henares realizados por Kenia Muñoz y Antonio F. Dávila porque aportan catálogos descriptivos de los yacimientos, incluidas otras posibles cronologías, la localización topográfica y, cuando es posible, la extensión superficial de los restos. Desde el punto de vista del análisis interno de los asentamientos, sus problemas específicos serán discutidos más adelante pero es importante señalar el crecimiento sustancial de la información disponible, especialmente a partir de la publicación en 2007 del volumen de Zona Arqueológica dedicado a la Edad del Hierro en la región.

Para aproximarnos al primer punto vamos a partir del análisis de la información más sistematizada (los trabajos por Kenia Muñoz y Antonio F. Dávila) para valorar sus propuestas y extraer las tendencias generales del poblamiento en sus zonas respectivas. A partir de esta información vamos a contrastar sus conclusiones con otras áreas para las que disponemos de datos y, sobre todo, con las características de los yacimientos más conocidos y que fueron incluidos en el análisis multivariante, muchos de los cuales se encuentran cerca pero fuera de estas dos zonas de estudio. La evaluación de estos yacimientos permitirá apoyar o matizar las hipótesis de estos dos autores. De manera más general, se tratará de ampliar las conclusiones a otras áreas cercanas del valle medio del Tajo, aunque en este caso la falta de información es tan grande que las hipótesis son por fuerza débiles. Tenemos que asumir desde el principio que nuestro trabajo tiene un fuerte sesgo hacia el ya citado eje Henares – Jarama – Tajo, donde se concentra el grueso de nuestra información.

Respecto de los asentamientos, va a realizarse un estudio detallado de sus características físicas y funcionales, tratando de localizar asociaciones entre éstas y la cronología de los mismos. El eje de discusión va a ser la ordenación cronológica que obtuvimos a través del análisis de correspondencias y que va a constituir nuestra línea de exposición a lo largo de toda esta tesis. Finalmente hemos renunciado a tratar de realizar una valoración de las tendencias demográficas de la zona de estudio a partir de datos como la evolución del poblamiento, del tamaño de los restos en superficie en algunos de los asentamientos mejor conocidos o de estructuras excavadas. Los datos disponibles son demasiado dispersos, demasiado escasos y con dificultades añadidas a las ya de por sí problemáticas interpretaciones paleodemográficas. Tampoco pueden contrastarse con datos procedentes de necrópolis ya que no se han excavado un poblado con su necrópolis asociada. El objetivo final es ofrecer un panorama de la evolución de las comunidades de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo a través de su distribución en el territorio y su organización espacial interna e inferir en la medida de lo posible qué parámetros económicos y sociales pueden asociarse a éstas.

4.2.2.2. La ocupación del espacio: patrones de poblamiento

Como ya hemos dicho contamos con bastantes trabajos que han abordado el estudio de los patrones de asentamiento en la región, pero tan sólo dos de ellos han proporcionado la información suficiente acerca de los yacimientos incluidos en sus análisis. En este sentido, la aproximación más completa al modelo de ocupación de la región (al menos, en la confluencia de los ríos Jarama y Tajo) ha sido realizada por Kenia Muñoz en su tesis doctoral (1998b). En el apartado anterior vimos parcialmente su propuesta (fig. 4.8), en la que se producía un progresivo crecimiento del número de yacimientos a la vez que se documentaba una expansión del poblamiento desde los cauces principales hacia zonas secundarias. Aunque el discurso utilizado para presentar los datos es poco claro y no ayuda a comprender la distribución y evolución del poblamiento, siguiendo su análisis las vegas de los principales cauces fluviales (Tajo, Jarama y Guatén) constituyen el eje sobre el que se vertebra la ocupación del territorio (81,8% de los yacimientos)(Muñoz, K. 1998b: 402). El peso de estos ríos va disminuyendo conforme se expande el poblamiento, como puede verse en la fig. 4.10. Esta pérdida no implica



que la población se vaya de esos ejes principales, sino que se produce un aumento de los yacimientos en zonas consideradas secundarias. De hecho, los yacimientos más grandes se localizan en las márgenes de los

Figura 4.10: disminución del número de asentamientos localizados en las márgenes de los ríos Tajo, Jarama y del arroyo Guatén a lo largo de la Primera Edad del Hierro según (Muñoz, K. 1998b:402)

Dentro de los grandes ríos la autora propone cuatro localizaciones diferentes para los yacimientos – terrazas, elevaciones, márgenes y cabeceras de barrancos y rebordes de la Mesa de Ocaña – para analizar por separado el tipo de yacimientos, su cronología y los recursos disponibles en el entorno. Las principales conclusiones se extraen de la relación entre tamaño, cronología y localización, siendo la relación con los recursos algo menos clara. Así, en las márgenes de los grandes ríos como el Tajo o el Jarama se localiza el mayor número de yacimientos, los de cronología más antigua y mayor duración (desde el Bronce Final), todos los considerados grandes y el 60% de los medianos (Muñoz, K. 1998b: 402, 404). Es decir, – y como por otra parte parecería lógico – debido a los cambios climáticos ocurridos a finales de la Edad del Bronce el poblamiento de Cogotas I se concentra en las zonas con mejores recursos hídricos. En la Edad del Hierro estos yacimientos no desaparecen ya que se encuentran en las mejores zonas, sino que van aumentando de tamaño, mientras que las mejoras climáticas permiten la ocupación de zonas secundarias que ahora sí son habitables, en las que se sitúan asentamientos de menor tamaño y nueva fundación.

Completando esta tendencia principal, Kenia Muñoz distingue otros tres patrones de ocupación del territorio. Así, durante la Edad del Hierro Plena comienza a producirse la ya mencionada ocupación de lo que ella denomina “interior de las elevaciones terciarias y las terrazas altas”, donde se localizan fundamentalmente asentamientos de tamaño mediano y pequeño (Muñoz, K. 1998b: 407-408). A través de los datos de que dispone, Muñoz sugiere la ocupación de estas zonas en un momento tardío de la Primera Edad del Hierro, perdurando muchos de estos yacimientos hasta la Segunda Edad del Hierro (1998b: 408). Otro de los patrones de ocupación que podría calificarse de secundario es el de asentamientos en cerros semiaislandos con una marcada diferencia de altitud (hasta 60 metros) sobre las vegas. Se trata de sitios con un buen control visual sobre zonas de paso o recursos económicos, y aunque no conocemos su extensión, los datos cronológicos de que disponemos apuntan a una ocupación tardía, en la transición entre la Primera y Segunda Edades del Hierro, lo que sirve a la autora del estudio para proponer una creciente necesidad de control sobre los recursos a finales de la Primera Edad del Hierro (1998b: 406). Finalmente, se ha documentado un único yacimiento sobre los rebordes de la Mesa de Ocaña, con una cronología tardía que se relaciona con el caso anterior (1998b: 408).

Por lo tanto, a través de los datos proporcionados por la autora parece establecerse un patrón muy claro de evolución del poblamiento en la zona, partiendo de la concentración en torno al Tajo y Jarama durante el Bronce Final. Durante la Edad del Hierro Plena se producen dos cambios fundamentales: el aumento de asentamientos en zonas secundarias y el crecimiento de los que existían ya desde el final de la Edad del Bronce. En este momento de la Primera Edad del Hierro la autora propone (fig. 4.11) una jerarquización del hábitat basada en cuatro criterios (1998b: 434-435): antigüedad, perduración y tamaño de los yacimientos (factores que indicarían la idoneidad de su emplazamiento y por tanto posibilidad de mantener a mayor población), disposición regular de estos asentamientos cada 11-13 km., presencia de objetos de origen foráneo asociables a posiciones de estatus y control de zonas con mayor potencial económico o vías de comunicación privilegiadas. Como ejemplo de las primeras zonas económicamente más interesantes la autora propone salinas o confluencias de ríos que constituyen tramos de vega especialmente amplios, mientras que respecto a las vías de comunicación hace hincapié en vados o valles fluviales como ejes de desplazamiento entre regiones (1998b: 435). Evidentemente, las confluencias de ríos unirían los dos criterios (interés económico y posición estratégica dentro de las vías de comunicación, convirtiéndose en puntos clave de la organización del territorio. Durante este periodo la autora defiende un crecimiento demográfico apoyándose en la concentración de yacimientos de la Primera Edad del Hierro en un periodo de algo más de un siglo frente a un número similar de yacimientos del Bronce Final con un marco cronológico de cuatro. Asimismo, no existen yacimientos de tamaño muy grande o grande en el Bronce Final, frente a 8 y 3 de cada tipo documentados en la Primera Edad del Hierro (1998b: 436).

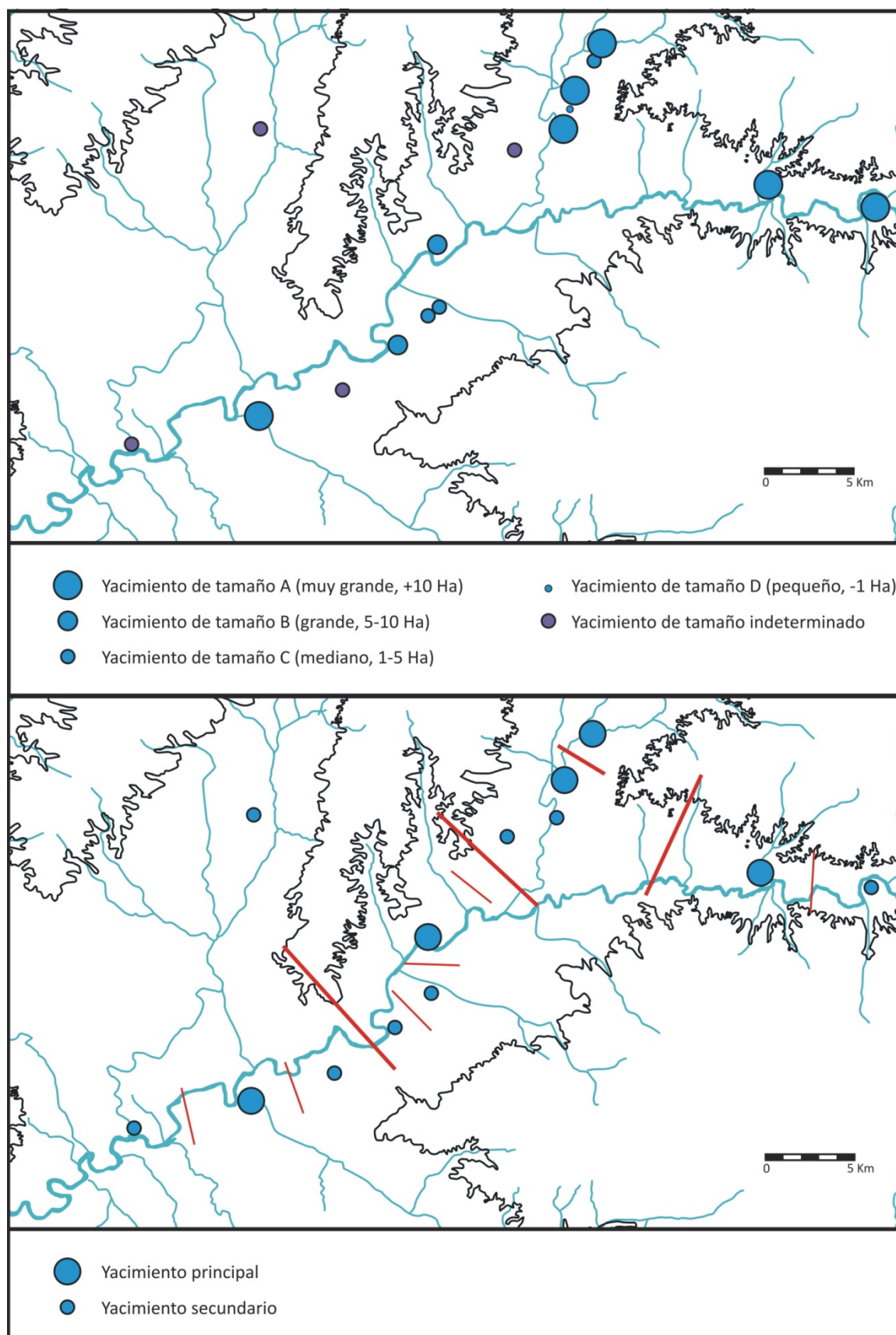


Figura 4.11: distribución del poblamiento y densidad demográfica durante la Primera Edad del Hierro en la confluencia entre los ríos Tajo y Jarama (arriba) e interpretación de la jerarquización del poblamiento (abajo). Modificado a partir de (Muñoz, K. 1998b, figs.5.57 y 5.86)

A finales de la Primera Edad del Hierro (fig. 4.12) comienzan a producirse algunos cambios. Aunque los yacimientos en las márgenes de los grandes ríos y en las áreas secundarias se mantienen, comienzan a aparecer otros asentamientos cuya posición no obedece tanto a razones de explotación económica como a criterios de control visual del territorio o de los recursos o de ocupación de zonas marginales y menos rentables económicamente. Estos cambios podrían adelantar algunos de los procesos inmediatamente posteriores, como la aparición de poblados fortificados de la Mesa de Ocaña estudiada por Dionisio Urbina (1998), y podrían ser indicio de la aparición de las primeras tensiones relacionadas con el control de los recursos y con cambios en las estructuras sociales de estos grupos. Económicamente, no parece haber diferencias cualitativas entre los yacimientos localizados en los grandes ríos o en áreas secundarias. En ambos casos parece buscarse una diversificación de recursos abarcando zonas con características geológicas y edafológicas diferentes, tratando de controlar nichos ecológicos que se complementen y, cuando es posible, otro tipo de recursos como la sal (Muñoz, K. 1998b: 421). En general, la autora aprecia un creciente peso de la actividad agrícola en la región a medida que avanza la Primera Edad del Hierro (1998b: 429).

Aunque menos exhaustivo que el trabajo de Kenia Muñoz, el análisis del poblamiento en el bajo valle del Henares realizado por Dávila (2007, 2009) aporta datos interesantes en parte coincidentes con los de la zona del Tajo - Jarama. En primer lugar, ya vimos al analizar el poblamiento durante la transición a la Edad del Hierro cómo se repetía ese patrón de aumento de yacimientos y desplazamiento a áreas secundarias (Dávila, A. 2007: 120) generalizado para ese periodo. Aquí, como en el caso de la zona del Tajo – Jarama, también se aprecia un aumento de yacimientos (fig. 4.13) constante desde los comienzos de la Edad del Hierro (Dávila, A. 2007: 116). En este caso, sin embargo, se manifiestan algunas diferencias en los parámetros de localización de los asentamientos. Así, y aunque la cercanía al río Henares es en este momento el criterio de mayor peso para su localización, se aprecia una clara dicotomía entre yacimientos situados en llano y en alto, los primeros en zonas cercanas al borde de las terrazas para evitar inundaciones, los segundos en cimas con zonas llanas próximas y accidentes geográficos relevantes (Dávila, A. 2007: 121, fig. 6 arriba).

Esta dicotomía en el poblamiento se mantiene durante la Primera Edad del Hierro (fig. 4.15, abajo) y es en parte explicable por el perfil del río Henares, disimétrico y que presenta escarpes muy marcados en su margen izquierda y una vega más llana en la margen derecha. Junto a estos yacimientos mayoritarios, se mantienen algunos existentes en cerros testigo muy visibles (Dávila, A. 2007: 121). En estos momentos, sin embargo, se documenta la presencia de los primeros asentamientos en zonas cercanas al río Jarama, al arroyo Camarenilla o una recolocación de asentamientos en el valle del Anchuelo, prefiriéndose en todos estos casos asentamientos en llano. Esta tendencia continuaría durante la Segunda Edad del Hierro, aunque parecen abandonarse muchos más yacimientos del periodo anterior en lo que podría interpretarse como una modificación de las estrategias de ocupación del territorio (2007: 121). Respecto de la distribución territorial de los asentamientos, el autor subraya los problemas de interpretación dadas las diferencias cualitativas y cuantitativas de la información disponible, pero apunta a una distribución lineal para la Primera Edad del Hierro siguiendo los cauces del Henares, el Pantueña y el Anchuelo, distribución mucho más explícita durante la Segunda Edad del Hierro (2007: 123).

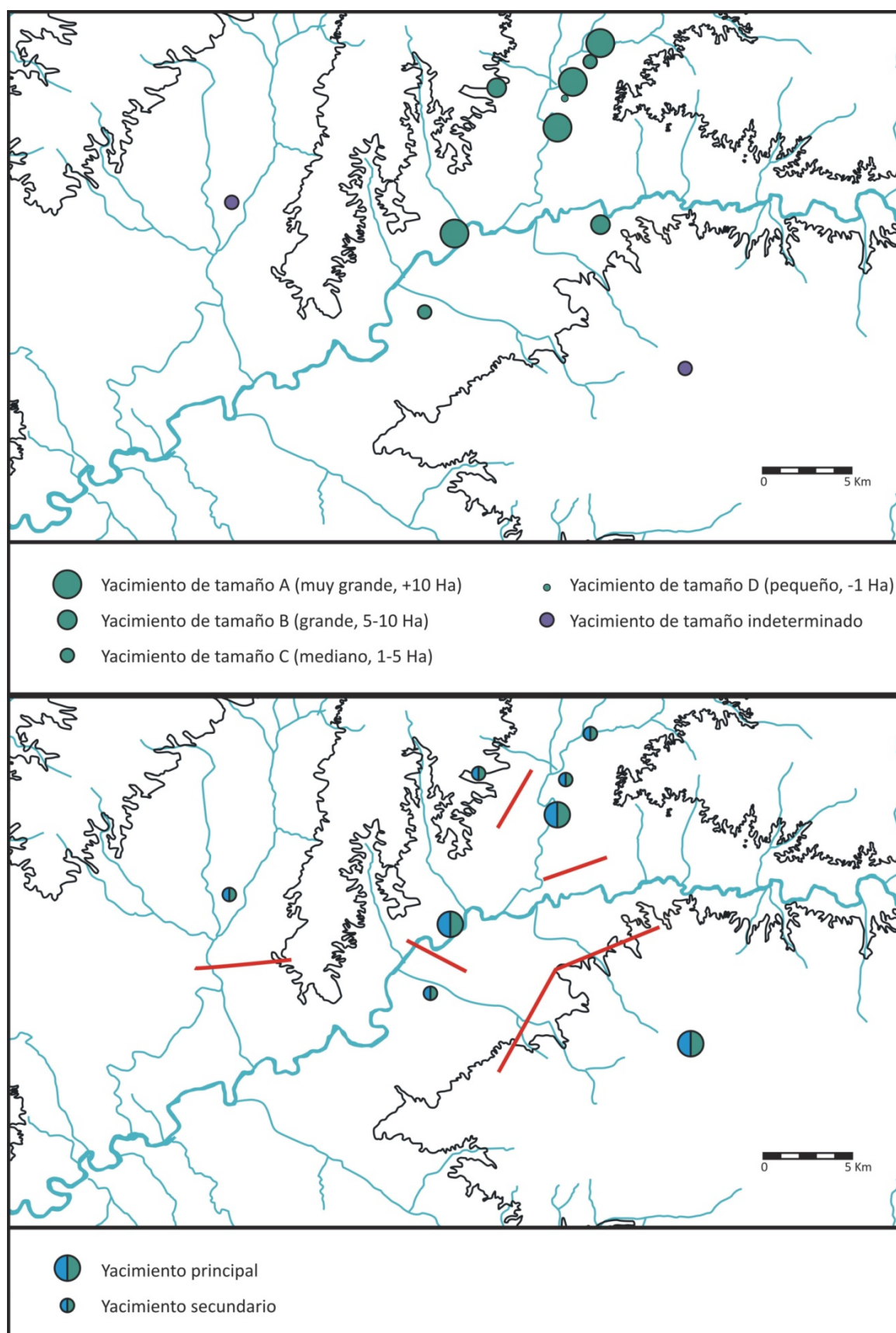


Figura 4.12: distribución del poblamiento y densidad demográfica durante la Primera Edad del Hierro en la confluencia entre los ríos Tajo y Jarama (arriba) e interpretación de la jerarquización del poblamiento (abajo). Modificado a partir de (Muñoz, K. 1998b, figs.5.63 y 5.86)

El modelo de documentado por Antonio F. Dávila coincide a grandes rasgos con las líneas generales de transformación del poblamiento documentadas por otros autores y que hemos expuesto aquí. Sin embargo, muestra una diferencia muy clara con otras zonas como la confluencia del Jarama y el Henares o el Jarama y el Tajo: la dualidad entre yacimientos en alto y llano. En otras zonas esta dualidad parece tener una significación cronológica (siendo los yacimientos en alto más modernos) que no parece justificarse en el caso del valle del Henares (Dávila, A. 2007: 123). En este sentido, el autor se decanta por una explicación funcional para la presencia de yacimientos en alto basándose en su larga perduración temporal, aunque admita la escasez de la información disponible (Dávila, A. 2007: 124).

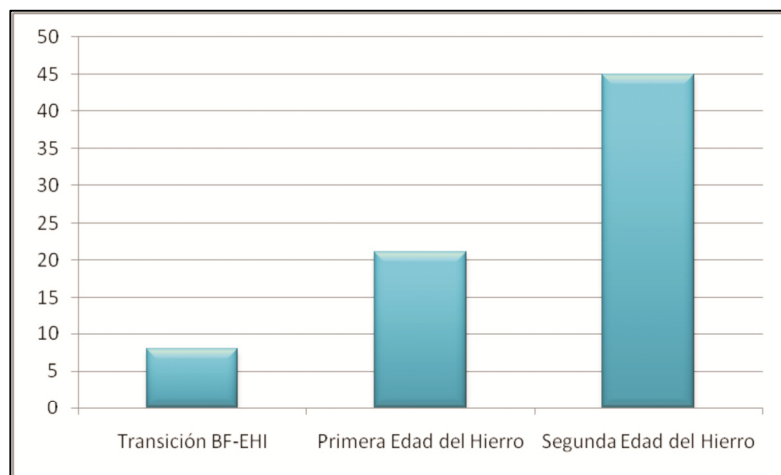


Figura 4.13: evolución del número de yacimientos en el valle del Henares a lo largo de la Edad del Hierro. Datos tomados de (Dávila, A. 2007)

Aunque el trabajo de A. Dávila es interesante tanto por confirmar la tendencia generalizada en la Edad del Hierro como por llamar la atención sobre algunas diferencias interesantes en el patrón de asentamiento, en nuestra opinión podría haber ido un poco más lejos en la interpretación de los datos. En primer lugar apenas hay valoración de los recursos que rodean los yacimientos, algo que quizá

podría haber mejorado la interpretación de los parámetros de localización de los mismos. En segundo lugar, rechaza utilizar los datos de que dispone acerca del tamaño de los asentamientos para tratar de buscar asociaciones entre tamaño, cronología y localización. Ya hemos hecho referencia a los problemas que conlleva la valoración del tamaño de un yacimiento en función de la dispersión de restos en superficie, pero resulta extraño no tratar de extraer algún tipo de conclusiones de una información que se ha tenido el cuidado de recopilar.

En este sentido, hemos decidido aprovechar estos datos que nos aportaba el autor y hemos clasificado los asentamientos que aparecen en la figura 4.15 – donde se representa el poblamiento en el valle del Henares a lo largo de la Edad del Hierro – según los resultados obtenidos en una clasificación de conglomerados jerárquicos, un tipo de análisis estadístico que agrupa los casos (en este caso, los asentamientos) de acuerdo su mayor o menor similitud respecto a las variables elegidas – en este caso, el tamaño. El programa utilizado para esta aproximación ha sido el *Statistical Package for Social Sciences* (SPSS), versión 11.5. Se han retirado aquellos asentamientos de extensión indeterminada o muy grande que distorsionarían el conjunto, y el resultado ha sido la aparición de dos grupos principales subdivididos en tres y dos subgrupos respectivamente. A efectos de claridad en la representación se han utilizado los dos grupos principales a los que se les ha asignado la categoría de yacimientos pequeños y medianos, y se les ha añadido un tercer grupo no incluido en el análisis por ser considerados demasiado grandes o indeterminados.

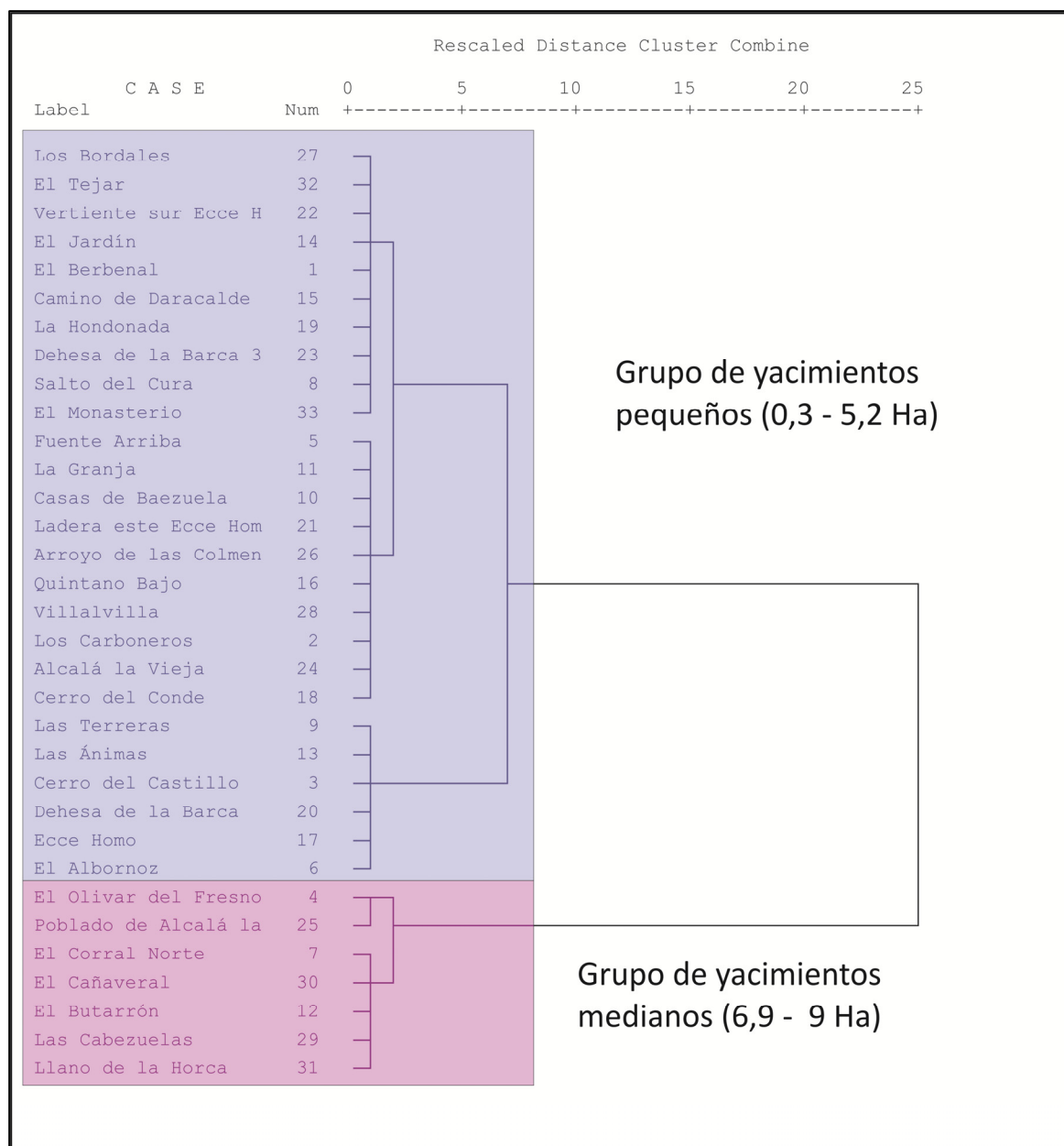


Figura 4.14: Clasificación de los asentamientos de la Edad del Hierro en el valle del Henares. Elaboración propia a partir de (Dávila, A. 2007). Se han eliminado del análisis aquellos yacimientos muy grandes como *Complutum* para evitar distorsiones en el conjunto

Los resultados de este análisis (fig. 4.14) no han sido sin embargo muy esclarecedores, ya que aparte de mostrar de manera algo más explícita las tendencias expuestas por el autor no proporcionan elementos ni para valorar la dicotomía entre yacimientos en alto y en llano ni para extraer conclusiones acerca de una posible jerarquización del territorio en la Primera Edad del Hierro. Las causas de esta poca claridad en la visualización de de los parámetros que rigen el poblamiento pueden ser variadas, pero como el propio autor admite (Dávila, A. 2007: 93) tienen mucho que ver con la calidad de la información recogida, procedente de fuentes diversas y generalmente asociada a prospecciones. Las diferencias con los resultados de la cuenca media del Tajo, donde sí se ha podido esbozar una propuesta de organización territorial, son notables y en nuestra opinión achacables a la existencia en este segundo caso de una prospección sistemática.

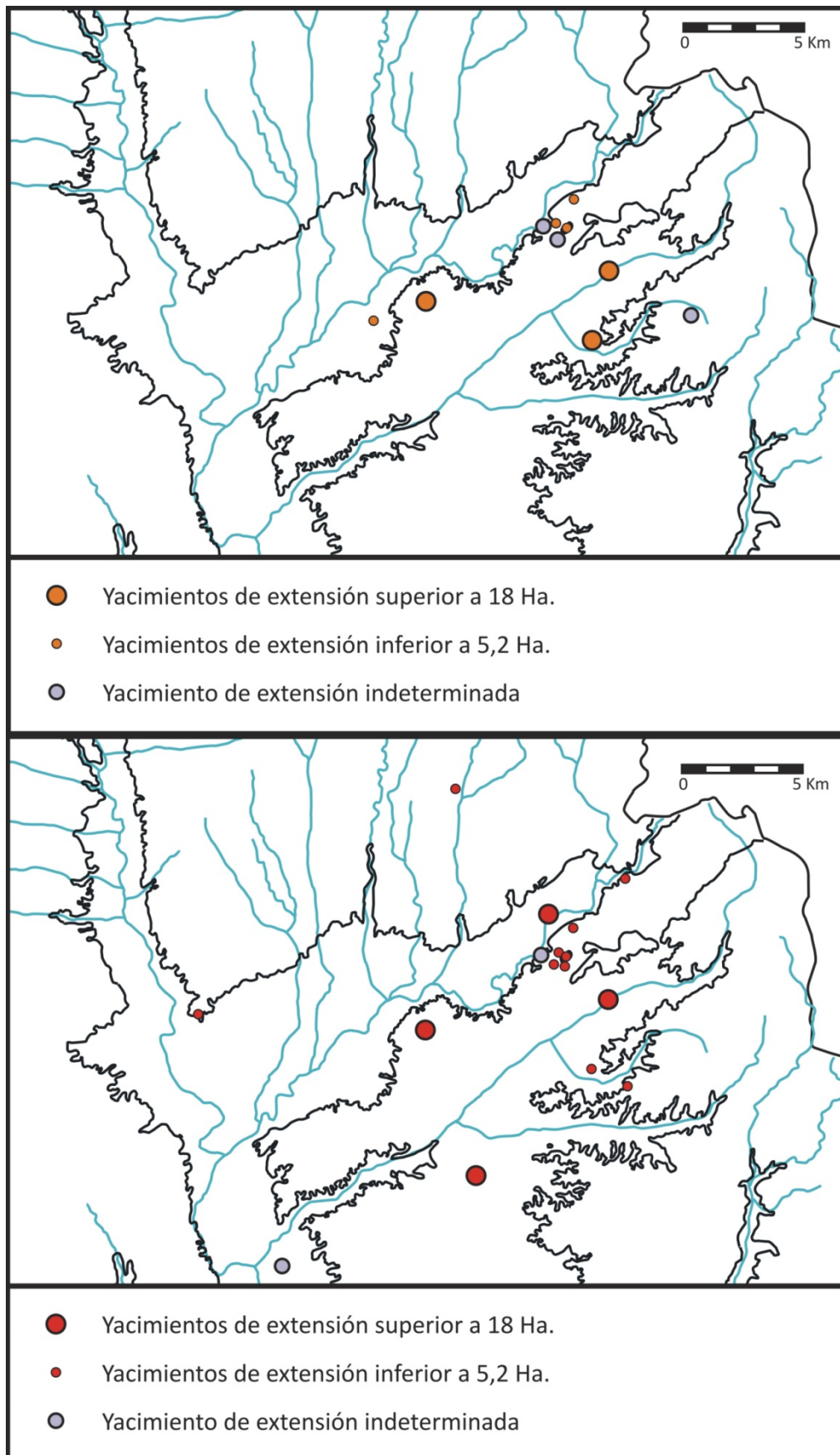


Figura 4.15: distribución de asentamientos de la transición Bronce Final – Primera Edad del Hierro (arriba) y de la Primera Edad del Hierro (abajo). Datos a partir de (Dávila, A. 2007, fig. 4 y 5). Tamaños de los asentamientos a partir de los datos obtenidos en el análisis de conglomerados jerárquicos (figura 4.14)

En definitiva los criterios de que disponemos para valorar el poblamiento en la región son, fundamentalmente, los ya citados para la confluencia de los ríos Jarama y Tajo y para el Henares: expansión a zonas secundarias durante la Primera Edad del Hierro junto a un crecimiento de los asentamientos localizados en los cauces fluviales (más antiguos y situados en lugares más rentables y estratégicos) y modificación, al final de la Primera Edad del Hierro de algunos patrones de asentamiento en lo que parece una búsqueda de lugares con cierto control estratégico sobre los recursos o de ocupación de sitios con peores condiciones como la Mesa de Ocaña. En el caso del valle del Henares se produce además una dicotomía de asentamientos en alto y llano insuficientemente estudiada que podría ser debida a las características físicas del valle. Si asumimos como válidas las conclusiones expuestas arriba, debería haber una tendencia en toda la región a que los yacimientos de la Primera Edad del Hierro más antiguos se situaran en torno a los cauces principales, mientras que aquellos más modernos podrían mantener esta posición pero aparecer también en zonas secundarias explicitando la expansión a lo largo de la Edad del Hierro. Lo que en principio debería ser poco probable es la aparición de yacimientos de cronología muy antigua en cauces fluviales secundarios. La evolución del poblamiento en la zona quedaría resumida, de forma esquemática, en la figura 4.16:

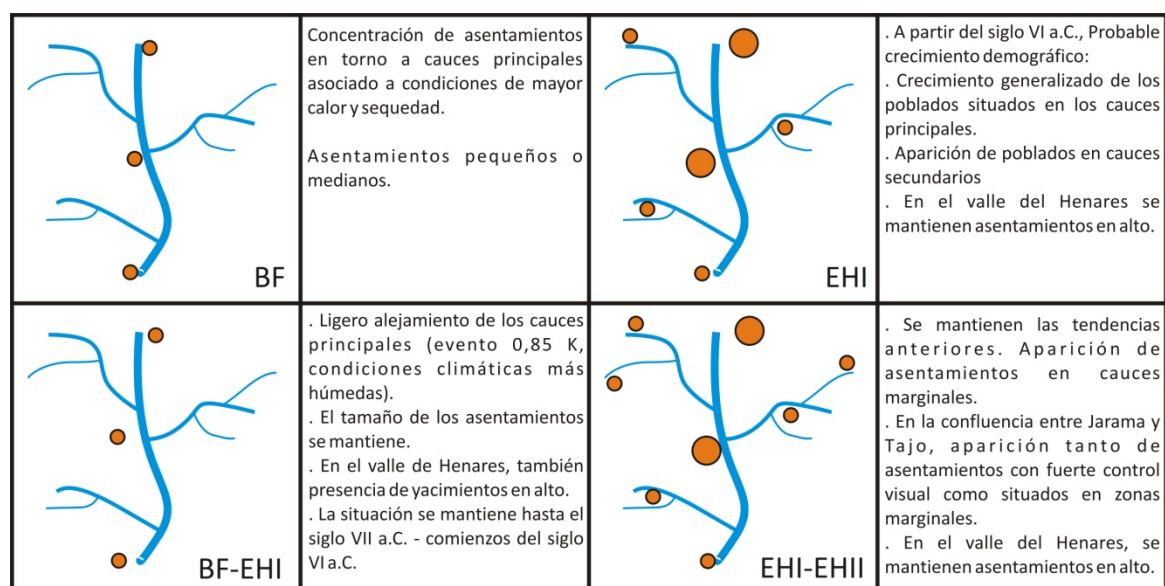


Figura 4.16: esquema de evolución del poblamiento en el eje Henares – Jarama - Tajo

¿Se cumple esta propuesta? Hemos analizado la localización de los 17 asentamientos de la Primera Edad del Hierro estudiados de manera exhaustiva en este trabajo para tratar de comprobar si los criterios defendidos por Kenia Muñoz para su zona de estudio son aplicables a estos yacimientos. Para apoyar la visualización de la posición de cada yacimiento hemos utilizado un modelo digital del terreno (mdt) muy sencillo proporcionado por la Carta Digital Militar de España 2.0, que ofrece un nivel de detalle adecuado para nuestro nivel de estudio. Vamos a examinar brevemente los yacimientos y valorar su coherencia con las líneas expuestas arriba.

El caso de Capanegra y La Deseada (fig. 4.17), por ejemplo, constituye un caso muy claro de las tendencias de poblamiento en torno a los grandes ríos. Capanegra es un yacimiento muy antiguo, adscrito a la transición BF – EHI, y confirma la tendencia de ese periodo a la concentración en



Figura 4.17: localización de Capanegra y La Deseada

torno a recursos hídricos importantes (en este caso, la confluencia entre dos ríos). La Deseada, datado en el siglo VI a.C., se sitúa muy cerca, manteniendo el poblamiento en una zona ecológicamente muy rentable. Ambos yacimientos se sitúan ligeramente sobre la vega de los

ríos, evitando las zonas inundables y aquellos sitios donde el nivel freático es demasiado superficial como para permitir el cultivo de cereales y su almacenamiento con silos

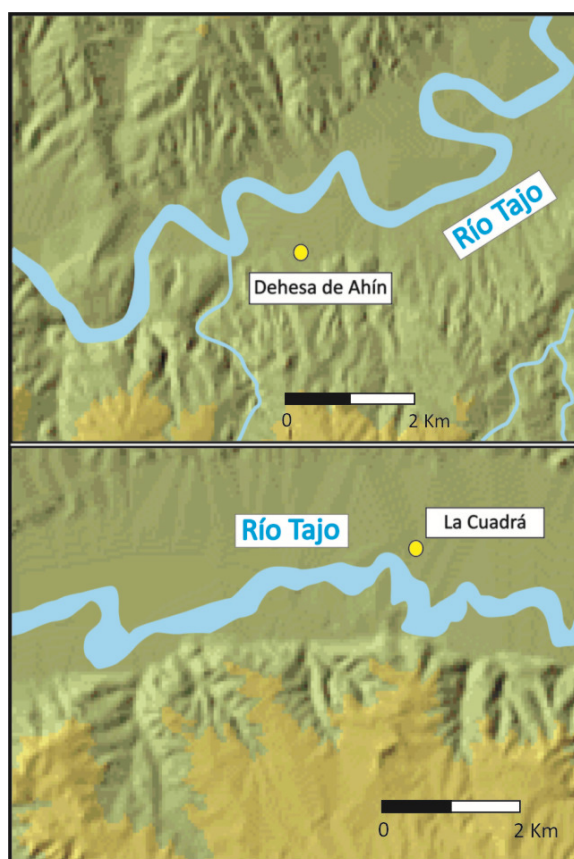


Figura 4.18: localización de los yacimientos de Dehesa de Ahín y La Cuadrá

Algo similar ocurre con Dehesa de Ahín (fig. 4.18, arriba), un yacimiento antiguo y con una ocupación prolongada, confirmando esta hipótesis de cómo los yacimientos más antiguos se concentran en las vegas de los ríos principales. El patrón se repite con La Cuadrá (fig. 4.18, abajo), otro yacimiento de cronología antigua dentro de la Primera Edad del Hierro. La Cuadrá se localiza dentro del área de estudio de Kenia Muñoz, pero Dehesa de Ahín está situado mucho más lejos curso abajo, en las cercanías de Toledo, lo que apoyaría la hipótesis de un mismo patrón de asentamiento a lo largo de todo el cauce medio del Tajo. Los mismos parámetros se documentan para yacimientos de cronología antigua – además, muy similares en su cultura material como Las Camas y Cerro de San Antonio en las cercanías del Manzanares (fig. 4.19). En todos los casos – quizá la excepción sea La Cuadrá – los yacimientos se colocan ligeramente alejados de los cauces y en pequeñas elevaciones. No todos los asentamientos parecen perdurar hasta la

Segunda Edad del Hierro, sin embargo. Dehesa de Ahín y La Cuadrá presentan ocupación en este periodo mientras que Las Camas y Cerro de San Antonio tan sólo tienen ocupación documentada en la Primera Edad del Hierro, sin que sepamos las razones para el final de la ocupación de dos yacimientos localizados en una zona potencialmente rica en recursos.

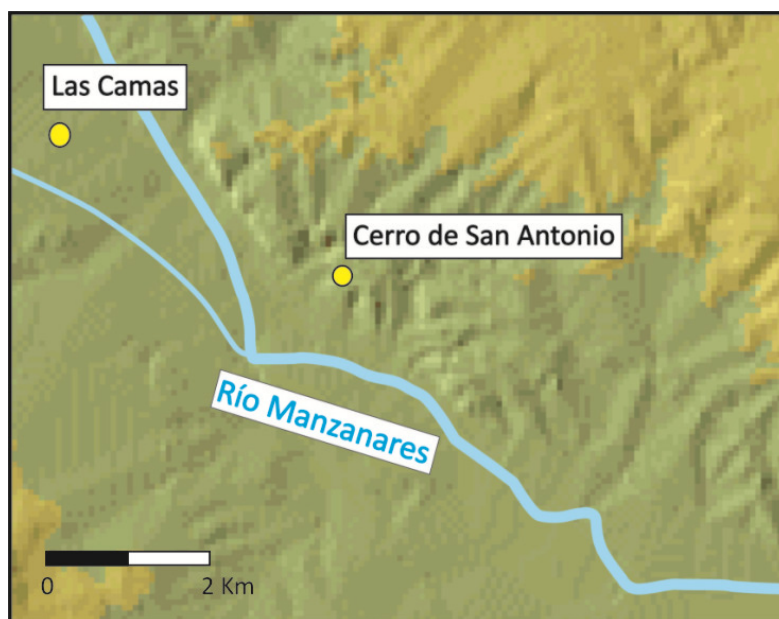


Figura 4.19: localización de los yacimientos de Las Camas y Cerro de San Antonio

La continuidad de los yacimientos sí se mantiene en Camino de las Cárcavas y Puente Largo del Jarama (fig. 4.20), dos de los asentamientos estudiados por Kenia Muñoz y que cumplen de manera muy precisa su hipótesis: localización junto a un cauce primario, antigüedad, tamaño grande y cercanía a algunos recursos estratégicos (en este caso, un vado y el eje Tajo – Jarama).

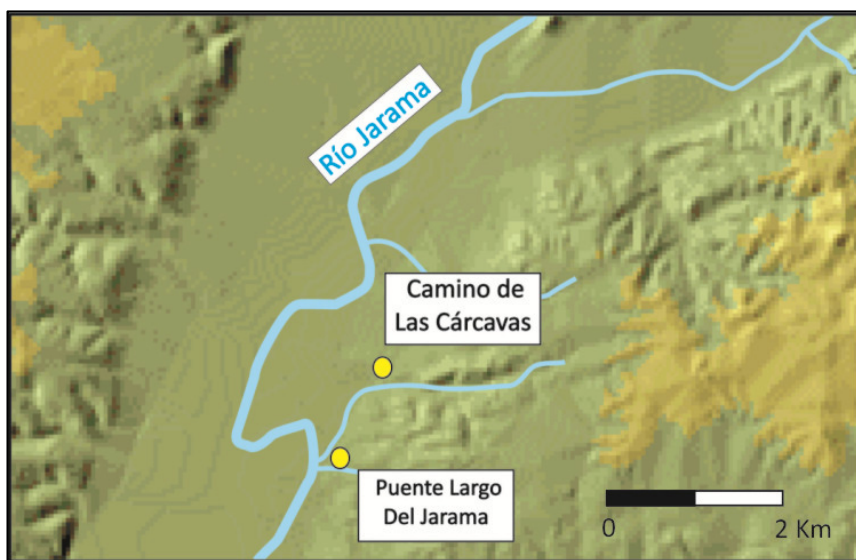


Figura 4.20: localización de los yacimientos de Camino de las Cárcavas y Puente Largo del Jarama

En el valle del Henares, sin embargo, se constatan las diferencias de poblamiento descritas por Dávila en su trabajo. Se aprecia esa dicotomía entre yacimientos como Los Pinos y Ecce Homo (fig. 4.21), ambos con ocupación de la Primera y Segunda Edad del Hierro lo que podría apuntar a parámetros diferentes

en el poblamiento o ser simplemente resultado de los condicionantes geográficos de esta zona concreta.

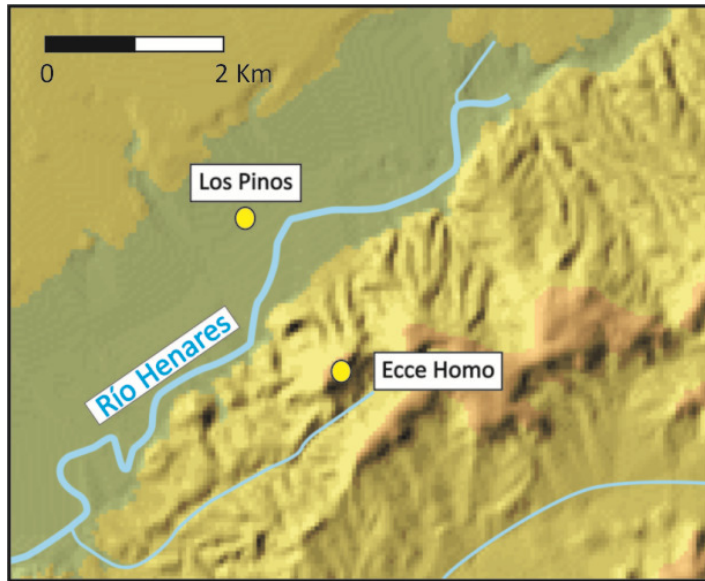


Figura 4.21: localización de los yacimientos de Ecce Homo y Los Pinos

Hasta ahora, todos los yacimientos citados son yacimientos de cronología antigua o mantienen su ocupación hasta la Segunda Edad del Hierro. ¿Dónde se localizan los asentamientos de la Primera Edad del Hierro datados en torno al siglo VI a.C.? El análisis de los yacimientos de este periodo es muy significativo, ya que parece confirmarse esa tendencia a ocupar cauces secundarios de la red hidrográfica analizada en detalle por Kenia Muñoz y por otros trabajos menos exhaustivos (Blasco, M. C. 2007; Blasco, M. C. y

Baena, J. 1996; Blasco, M. C. *et al.* 1988; Recuero, V. 1996). Un vistazo a un cauce secundario como el Arroyo Culebro muestra claramente este nuevo patrón (fig. 4.22), en el que tres de los cuatro asentamientos (junto a una necrópolis y otros yacimientos del siglo V a.C. que no han sido representados) están datados a mediados del siglo VI a.C. La excepción es el yacimiento de La Cantueña, considerado de transición entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro y situado sobre un cerro amesetado con muy buena visibilidad.



Figura 4.22: Localización de los yacimientos de La Cantueña, La Capellana, La Albareja y Sector III de Getafe

Un patrón idéntico se repite en los yacimientos de El Colegio y El Caracol. El primero de ellos tiene una ocupación que va desde el siglo VI a.C. a la Segunda Edad del Hierro, mientras que el segundo es más moderno adscribiéndose cronológicamente a la transición entre la Primera y

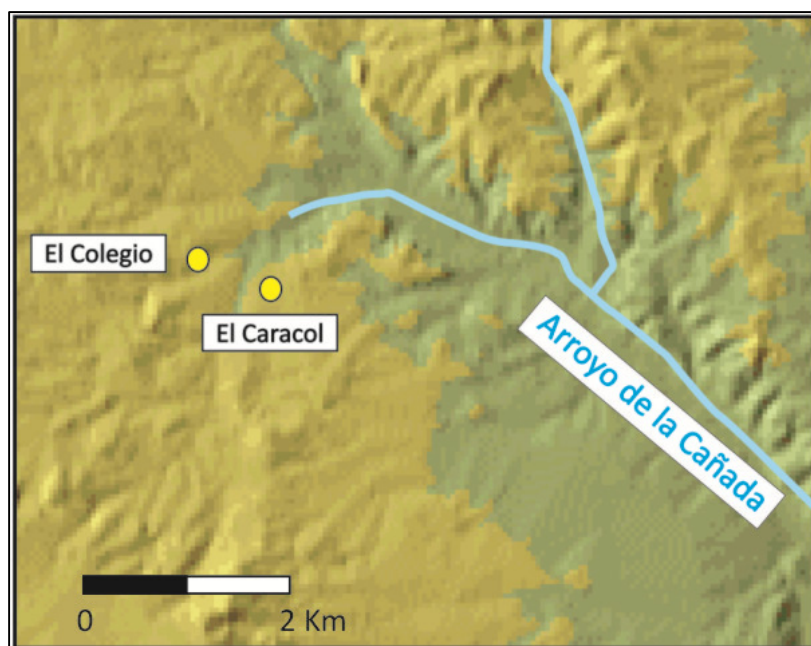


Figura 4.23: localización de los yacimientos de El Colegio y el Caracol

Segunda edades del Hierro. Ambos se localizan en una zona absolutamente secundaria de la red fluvial, junto a un pequeño arroyo secundario (fig. 4.23)

Aunque analizados de manera muy somera, esta revisión de los asentamientos estudiados parece apoyar las tendencias descritas más arriba, y, aun asumiendo la parcialidad de los datos disponibles y algunas

excepciones como La Cantueña, permite plantear unas tendencias generales para el poblamiento de la región durante la Primera Edad del Hierro (fig. 4.24) que confirmarían la

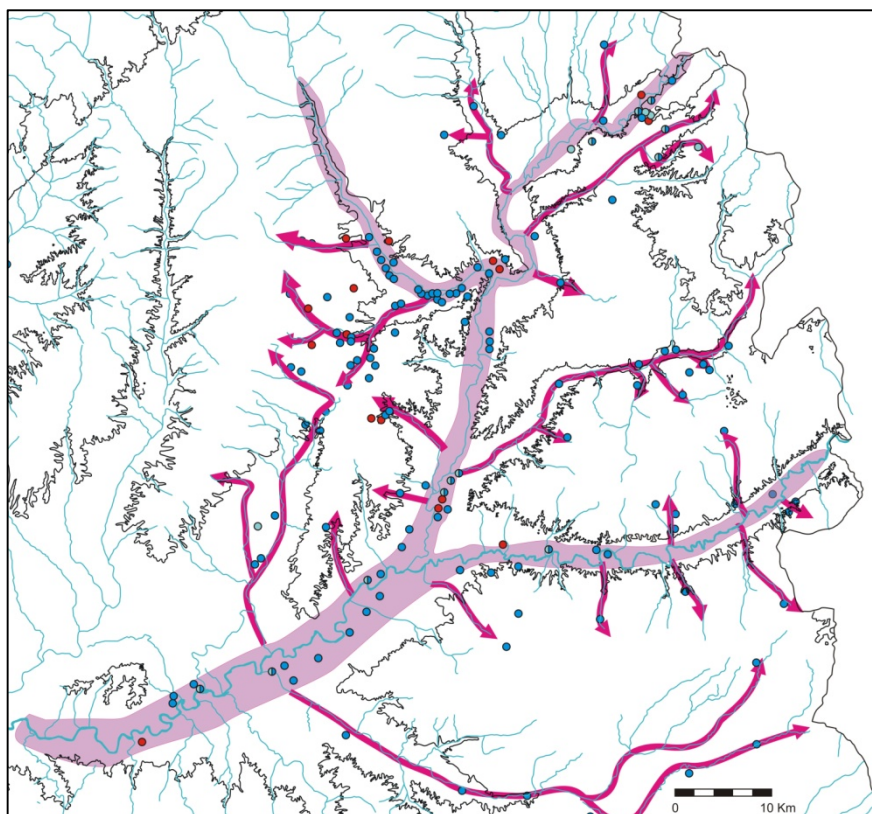


Figura 4.24: posible expansión del poblamiento de la Primera Edad del Hierro a partir de las vegas de los cauces fluviales principales

expansión del poblamiento a partir de los cauces principales, con las lógicas variaciones locales derivadas de la topografía – valle de Henares, ocupación de la Mesa de Ocaña, etc. – y la escasa información de que disponemos para la Primera Edad del Hierro en gran parte de la mitad oriental de la provincia de Toledo.

4.2.2.3. Los asentamientos

Hasta hace pocos años, la caracterización material de los asentamientos de la Primera Edad del Hierro se apoyaba en media docena de yacimientos excavados parcialmente y sobre todo, en la reiterada falta de evidencias constructivas de entidad. Estos parámetros servían para caracterizar los asentamientos de este periodo como tan sólo ligeramente más estables que los del Bronce Final. Las cabañas eran de tamaño pequeño y estaban construidas con materiales perecederos, con un ligero rehundido del suelo que serviría para dar una mayor estabilidad a la construcción. Sin embargo, incluso con una muestra tan escasa los yacimientos presentaban notables diferencias entre ellos: desde los fondos de cabaña de Cerro de San Antonio, Los Pinos y el Sector III de Getafe a la compleja cabaña de Ecce Homo, pasando por yacimientos que mostraban ya evidencias de construcción en piedra y adobe, como Puente Largo del Jarama o La Capellana. Con estos datos las conclusiones extraídas eran escasas más allá del carácter disperso del poblamiento, el uso predominante de materiales perecederos y las pocas diferencias con la etapa anterior. Estas interpretaciones venían a menudo lastradas por la pequeña extensión de las excavaciones, que a veces ni siquiera abarcaban la totalidad de la estructura y que impedían apreciar la existencia de otras cabañas cercanas, de la organización del espacio del asentamiento o de otras estructuras con funciones diferentes a la estrictamente habitacional.

El enorme aumento de datos que ha aportado la denominada arqueología de gestión durante los últimos años, ha corregido en parte la escasez de información acerca de las características de los asentamientos de los primeros momentos de la Edad del Hierro, aunque este enriquecimiento ha supuesto también un aumento de los problemas interpretativos de las dinámicas de transformación del poblamiento a lo largo de este periodo. El cambio metodológico que supuso la apertura de grandes extensiones de terreno asociado a la construcción de grandes infraestructuras ha demostrado ser especialmente eficaz para el descubrimiento de un modelo de hábitat disperso como el existente en la región. Yacimientos como Las Camas, La Deseada o El Colegio muestran una complejidad que supera con mucho la de simples cabañas aisladas continuadoras de las tradiciones de Cogotas I, abriendo nuevas líneas de interpretación para el poblamiento de la región y de la sociedad que las construyó y habitó.

Actualmente poseemos información de quince yacimientos, algunos de ellos con varias fases de ocupación. Pese a este aumento notable, lo cierto es que su valoración no está exenta de problemas ya que a simple vista se aprecian muchas diferencias entre los mismos: tamaños, materiales constructivos y estructura interna se combinan para dificultar una propuesta sencilla de clasificación basada en patrones constantes. Asimismo es evidente que no todos corresponden al mismo momento cronológico. La interpretación que aquí se ofrece se apoya en los resultados del análisis de correspondencias realizado en esta tesis, en el análisis del conjunto de materiales documentados en cada asentamiento y en las similitudes estructurales entre algunos de los mismos. No puede ser una propuesta concluyente de las transformaciones de los asentamientos en los primeros siglos del primer milenio, pero sí que puede, en nuestra opinión, apuntar unas tendencias coherentes para las mismas.

Los comienzos de la Edad del Hierro

Independientemente del enriquecimiento que ha supuesto el aumento de datos de los últimos años, hay algunas características del poblamiento del comienzo de la Edad del Hierro que no pueden ser discutidas, como son el uso de materiales perecederos para construir viviendas u otras estructuras o el carácter disperso del poblamiento. Dejando de lado el yacimiento de Las Camas, que será discutido más adelante, los yacimientos considerados más antiguos muestran restos estructurales muy escasos: en La Cantueña tan sólo se han detectado evidencias de una zona de combustión (Sanguino, J. *et al.* 2007b: 110), mientras que los niveles más antiguos de Dehesa de Ahín muestran un pequeño murete de barro y hogares, aunque la superficie excavada hace difícil valorar si su escasa entidad se debe a la poca superficie excavada o es indicativa de una presencia menos estable que en etapas posteriores (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 104). En el caso de Camino de las Cárcavas, considerado uno de los yacimientos más antiguos con fuertes reminiscencias de Cogotas I en sus materiales de la Primera Edad del Hierro (Ortiz, J. R. *et al.* 2007: 48), el grado de destrucción del yacimiento es tan grande que no han podido documentarse restos de estructuras. Finalmente, la información publicada sobre el yacimiento de Capanegra (fig. 4.25), donde sí se han documentado estos restos, muestra cabañas de pequeño tamaño asociadas a una fosa de forma irregular de función indeterminada (Martín, A. 2007: 30-31). Es muy difícil analizar las posibles funciones de estas cabañas, aunque para el mejor documentado, Capanegra, se ha propuesto una multifuncionalidad para la Estructura 1 (con 20m² de superficie estimada), mientras que para la Estructura 5, una cabaña de esquinas redondeadas y superficie aproximada de 5 m² se ha planteado una función estrictamente residencial.

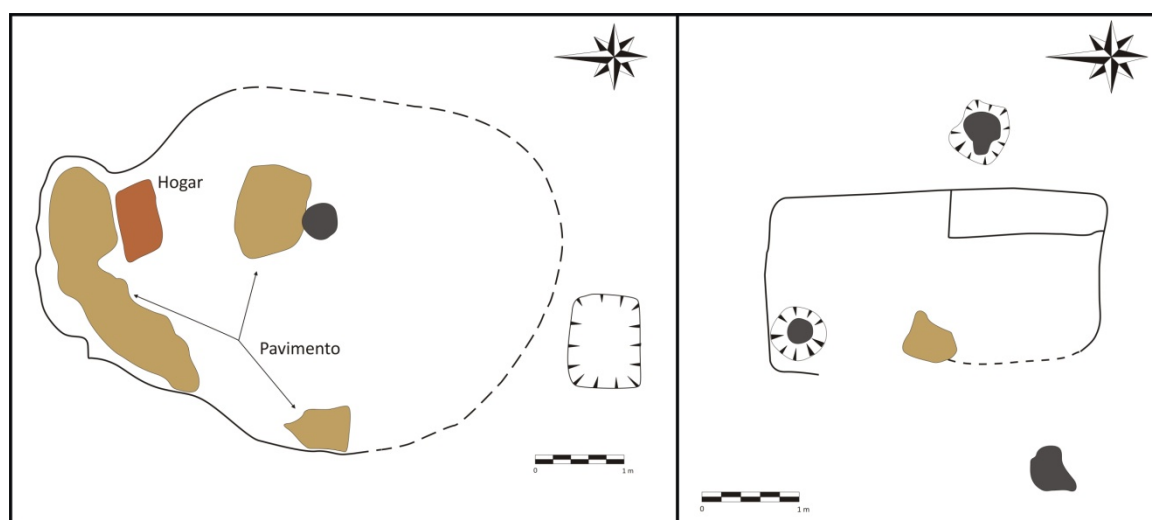


Figura 4.25: estructuras 1 (izquierda) y 5 (derecha) del yacimiento de Capanegra. Adaptado de (Martín, A. 2007, fig. 3)

Dentro ya de la Primera Edad del Hierro y siguiendo nuestra propuesta a partir de los datos del análisis de correspondencias, entre la segunda mitad del siglo VIII a.C. y la primera mitad del siglo VII a.C. se situaba un primer conjunto de yacimientos como Cerro de San Antonio, Dehesa de Ahín, La Cuadrá o Las Camas. Estructuralmente esta clasificación presenta algunos problemas, y es necesario ahondar en las características de las estructuras localizadas en cada uno de los

yacimientos. La principal objeción viene, de nuevo, por los problemas de contextualización del yacimiento de Las Camas.

En este yacimiento (figs. 17-19) se han documentado dos cabañas de gran tamaño (unos 200 m² para la Cabaña 1 y 144 m² para la Cabaña 2) con forma alargada, extremo absidal y tejado a dos aguas. Asociados a ellas se han documentado basureros y un conjunto de seis hornos. Ya hemos discutido en el capítulo de análisis de correspondencias y en el Anexo 3 la cronología del

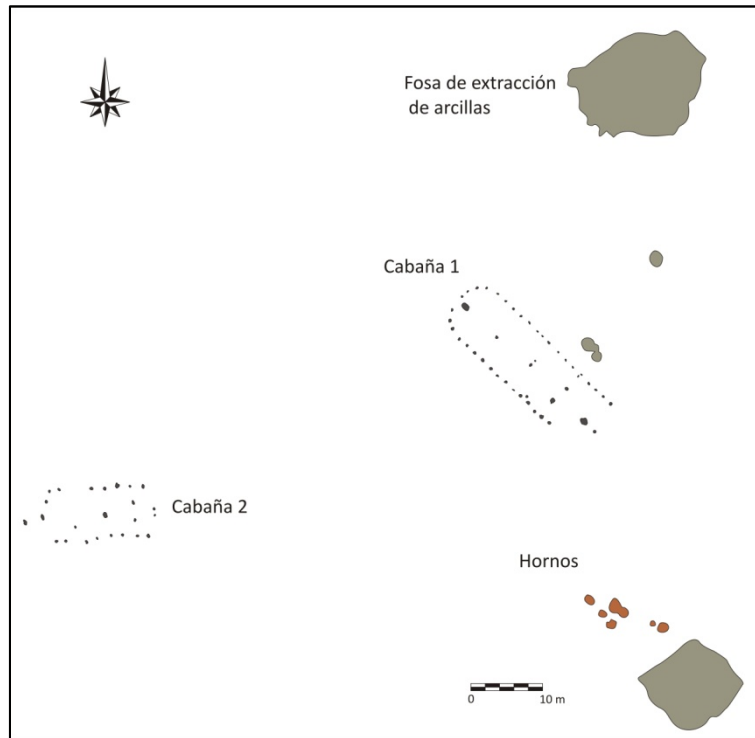


Figura 4.26: yacimiento de Las Camas con la localización de las cabañas y resto de estructuras. Adaptado de (Agustí, E. *et al.* 2007:15)

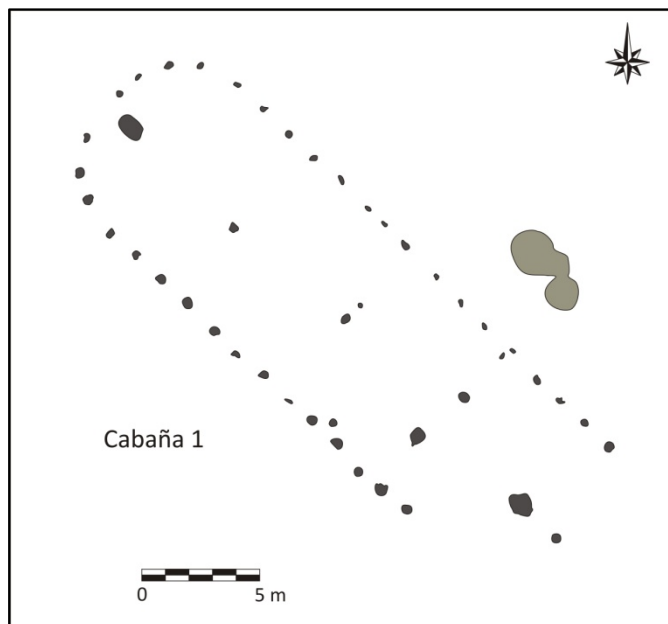


Figura 4.27: planta de la cabaña 1 de Las Camas. Adaptado de (Agustí, E. *et al.* 2007, fig. 4)

yacimiento, asignándole una fecha en torno al siglo VIII a.C., aunque es cierto que algunos materiales arqueológicos recuperados en el yacimiento muestran una cronología más moderna. Piezas como las fíbulas de doble resorte no encajan en el valle medio del Tajo en un horizonte del siglo VIII – los propios autores no citan ningún ejemplo anterior al siglo VII a.C. Tampoco la cerámica, que los autores reconocen muy similar a la del Cerro de San Antonio (Urbina, D. *et al.* 2007: 61) y en la que destacan sus pocas reminiscencias de Cogotas I, incluso en su fase más tardía (2007: 59). Por otra parte, algunos argumentos aportados a favor de la reconsideración de una mayor antigüedad para la presencia de elementos como el hierro (Urbina, D. *et al.* 2007: 70) en la región – e indirectamente, como prueba de la necesidad de una reelaboración cronológica de la Primera Edad del Hierro – han sido rechazados metodológicamente por uno de los autores en artículos anteriores (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 252). Los datos de tecnología metalúrgica y los análisis arqueometalúrgicos coinciden también en presentar un horizonte cronológico a partir del siglo

VIII-VII a.C. para la región sevillana (Urbina, D. *et al.* 2007: 73) – algo posterior para el interior de la Meseta, como es lógico. Finalmente, y como ya dijimos, las muestras recogidas pertenecen a materiales de vida larga (los postes de madera que sustentaban la cabaña), con los problemas que este tipo de muestras conllevan y los propios autores admiten (Urbina, D. *et al.* 2007: 69). Sería interesante valorar las dataciones de Termoluminiscencia realizadas, pero no han sido publicadas aún.

La forma de enlazar ambas posiciones es asignar las fechas más antiguas (radiocarbónicas) al momento de construcción de las cabañas (Siglos XI-X a.C.), la fecha radiocarbónica más moderna a un momento de reparación de la cabaña (S.VIII a.C.) y los materiales arqueológicos al

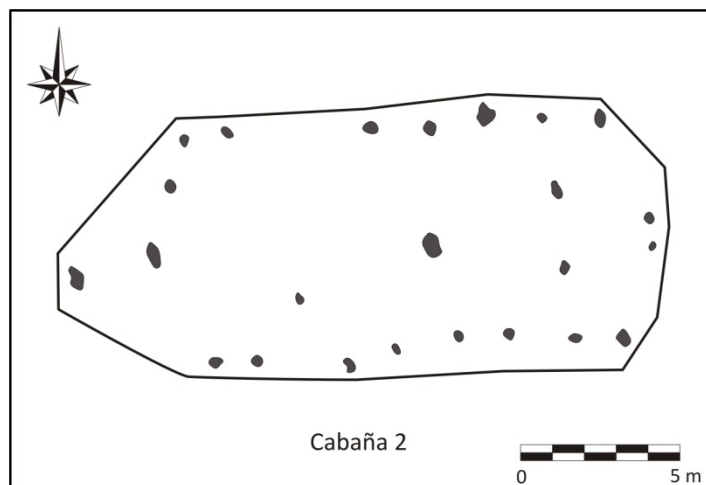


Figura 4.28: planta de la cabaña 2 de Las Camas. Adaptado de (Agustí, E. *et al.* 2007, fig. 6)

momento de abandono de la misma (Urbina, D. *et al.* 2007: 69-70). Aunque tantos años nos parecen demasiados sin remodelaciones más sustanciales del asentamiento, lo cierto es que dejando a un lado sus contradicciones temporales hay varios elementos que pueden ayudarnos a contextualizar el periodo en que se sitúa Las Camas. Y es que independientemente del mayor o menor arco temporal aceptado, lo cierto es que el yacimiento de Las Camas se sitúa en

un contexto muy claro: el la definitiva sedentarización de los grupos del Bronce Final y la constitución de un nuevo modelo de ocupación y explotación del territorio con profundas connotaciones sociales. En ese sentido y como hemos defendido en el capítulo anterior, los cambios ambientales que se producen desde mediados del siglo IX a.C. son definitivos para forzar esa transformación de las estructuras de poblamiento. Las Camas es por tanto un ejemplo del periodo más antiguo de la Edad del Hierro, en el que la ocupación muestra una sedentarización recientemente consolidada (quizá el término de estabilización sería más correcto), y en ese sentido su análisis es muy interesante porque establece un punto de partida para establecer comparaciones posteriores.

Las grandes estructuras de Las Camas muestran un tipo de organización muy simple, en la que no se han detectado divisiones internas ni diferencias funcionales en áreas concretas de las cabañas, ni tampoco divisiones que puedan insinuar la existencia de varias familias simples. Sus autores, apoyados en estos datos y en paralelos arqueológicos y etnográficos, proponen su ocupación comunal por familias extensas que constituirían un grupo autosuficiente (Urbina, D. *et al.* 2007: 78), como muestran las evidencias de actividad alfarera y metalúrgica documentadas en torno al poblado y la presencia de algunos silos de almacenaje. Asimismo – en nuestra opinión correctamente – descartan un posible uso cultual o religioso para las cabañas. Dentro de éstas no existe ninguna ordenación del espacio y es probable que sirvieran de centro de varias actividades: procesado de alimentos, almacenaje, funciones residenciales...

En el caso de la Dehesa de Ahín, cuyos materiales de la fase A3 (fig. 4.29) han sido también relacionados con los del Cerro de San Antonio, los problemas derivados de las características de la intervención arqueológica han limitado seriamente las posibilidades de interpretación de las estructuras descubiertas. En este caso, se trata de una cabaña con muros de adobe o barro y postes para sujetar la cubierta, excavada parcialmente y muy afectada por construcciones posteriores que ha sido datada en el siglo VII a.C. (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 88). Aunque la imposibilidad de excavar la estructura completa y el nivel de destrucción de la misma hacen imposible el cálculo del área total, las dimensiones documentadas son de 10 m de largo por 6,5 m de ancho (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 89), lo que constituye un tamaño considerable sin llegar a las dimensiones de las cabañas de Las Camas. En este caso, los restos apuntan a un uso diferenciado del espacio dentro de la cabaña compartimentando el espacio con postes.

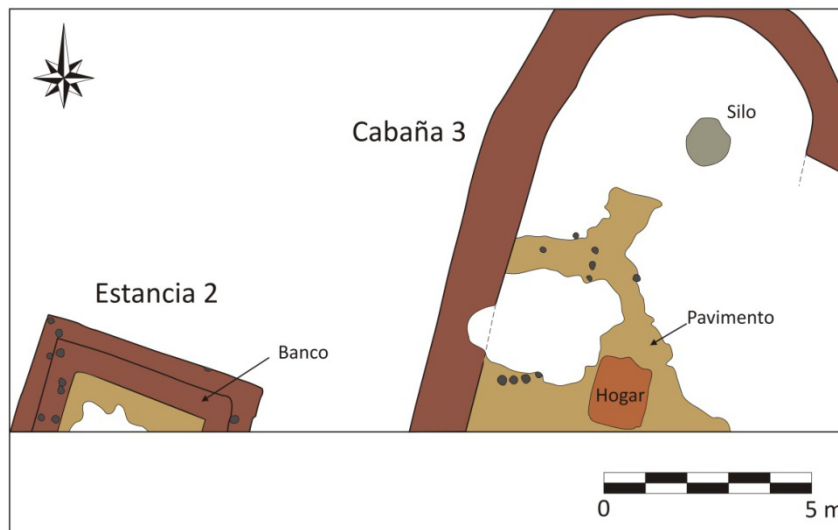


Figura 4.29: Fase III de Dehesa de Ahín. Adaptado de (Rojas, J. M. *et al.* 2007, fig. 24)

Asimismo se ha documentado un silo – significativamente, con una gran cerámica de almacenaje dentro – que muestra de nuevo la multifuncionalidad de estos edificios. Junto a esta cabaña se documentó muy parcialmente otro edificio más pequeño de función desconocida, con un banco corrido en los

tres lados excavados de forma cuadrada y enlucidos con en rojo. En las dos estructuras el suelo era muy similar, compuesto por arcilla muy compactada y bien nivelada, en algunos casos con hasta diez cm. de espesor (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 89).

Frente a estas cabañas de gran entidad, los otros yacimientos muestran estructuras mucho más pequeñas y menos claras. En el caso de La Cuadrá, las restricciones en la intervención arqueológica (limitada a una zanja de 4 metros de ancho) han hecho que los resultados sean necesariamente parciales. Se han documentado al menos dos estructuras negativas irregulares que por su tamaño y disposición podrían corresponder a estructuras de habitación, aunque es difícil extraer conclusiones dado lo escaso del área excavada. El caso más llamativo es el del propio Cerro de San Antonio (fig. 4.30), paradigma de este momento y en el que se han documentado agujeros de poste que definirían dos cabañas de tendencia circular u ovalada cuya superficie excavada es de 4,7 y 4 m² respectivamente. Junto a estas estructuras se han documentado restos de superficies preparadas como suelos, superficies con evidencias de combustión y cubetas de interpretación indeterminada (Blasco, M. C. *et al.* 1991: 23-26). En algunos lugares se documentaron restos de manteados de barro con una superficie bien alisada y un grosor regular de en torno a 1,5 cm (Blasco, M. C. *et al.* 1991: 24).

Estas diferencias en el tamaño de los yacimientos pueden tener que ver con problemas de escala. Como bien señalan los arqueólogos responsables de Las Camas, la superficie total excavada en el yacimiento del Cerro de San Antonio equivale a un cuarto del área de la mayor de las cabañas documentadas en Las Camas (Urbina, D. *et al.* 2007: 57). En el estado actual de información es imposible saber si las cabañas más pequeñas tienen una función habitacional o si en ellas se realizaban otras actividades subsidiarias, como se ha propuesto para yacimientos cronológicamente posteriores como La Albareja (Consuegra, S. y Díaz del Río, P. 2007: 150). Lo cierto es que este tipo de cabañas de pequeño tamaño sigue apareciendo durante toda la Primera e incluso la Segunda Edad del Hierro, y en estos casos la interpretación funcional ha sido la más generalizada. Con todos los problemas que implica una muestra tan escasa, Las Camas y Dehesa de Ahín parecen presentar un modelo de asentamiento basado en grandes edificios ocupados por familias extensas, en los que se produce una escasa separación entre las diferentes actividades cotidianas, apreciable en la escasa compartimentación de las estructuras

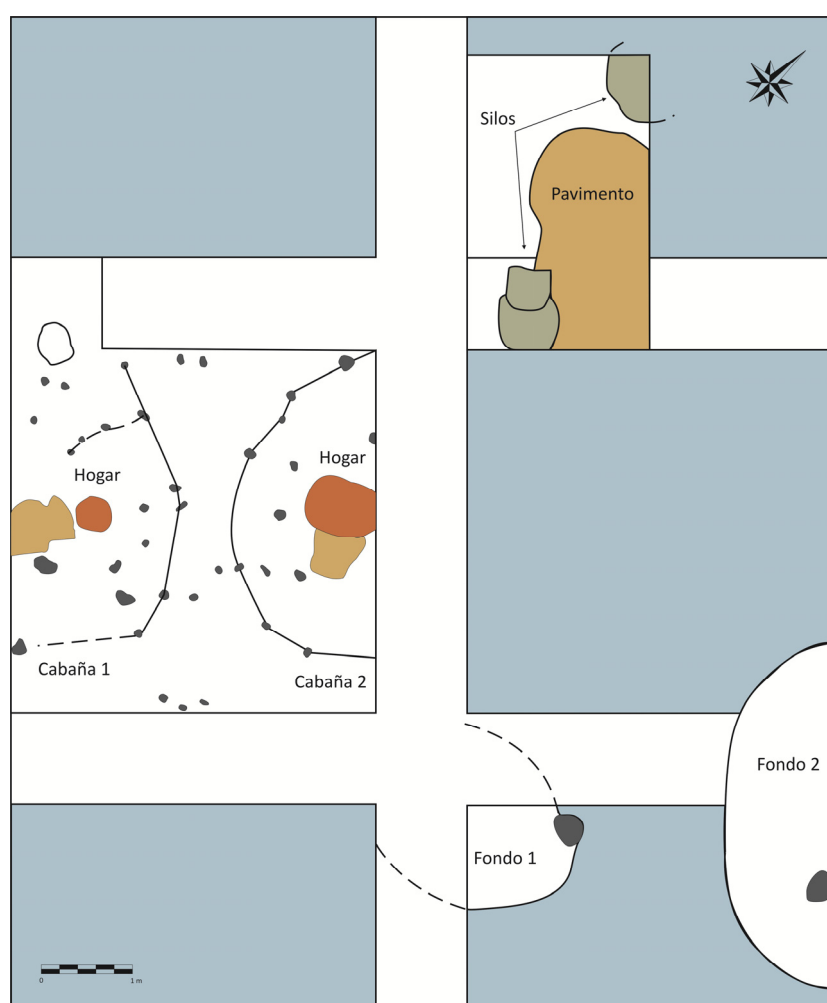


Figura 4.30: planta del yacimiento de Cerro de San Antonio. En azul, áreas sin excavar. Adaptado a partir de (Blasco, M. C. *et al.* 1991, figs. 3, 6 y 9)

y la casi inmediata accesibilidad visual a todo el espacio habitado. Tan sólo algunas actividades como la cocción de cerámica y el trabajo relacionado con la metalurgia se realizan – por razones obvias – en áreas diferenciadas. Estas características hablan de una sociedad con una estructura igualitaria y comunitaria fuerte, perfectamente compatible con las propuestas de organización social realizadas para los grupos de Cogotas I, que ahora se han sedentarizado. Puesto que la sedentarización (asociada a otras características como la explotación más intensiva del medio) es causa y no efecto de

determinados cambios sociales, parece muy lógico que en los primeros momentos de la Edad del Hierro las estructuras familiares y sociales fuesen muy similares a las anteriores y sólo en momentos posteriores se produjesen cambios en la constitución interna de estos grupos.

Un mundo heterogéneo: asentamientos entre los siglos VII-V a.C.

Precisamente, eso es lo que parece apreciarse en momentos más avanzados del periodo. Desde el siglo VII a.C. se van produciendo cambios sustanciales en las características estructurales de los asentamientos. Estos cambios apuntan dos tendencias: la progresiva compartimentación de los espacios que comienzan a definirse de acuerdo a funciones específicas, y la esporádica

aparición de materiales no perecederos como parte de los elementos constructivos de las estructuras. En este sentido, para el siglo VI a.C. contamos con un mayor número de yacimientos conocidos, y aunque la variedad de tipos es grande, en nuestra opinión pueden apreciarse cuatro tipos diferentes de yacimientos:

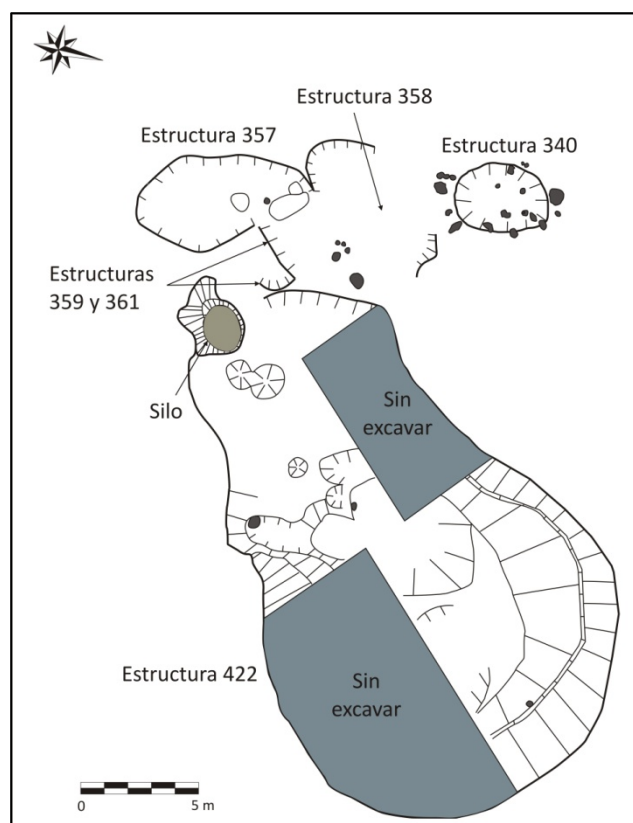


Figura 4.31: planta de las cabañas de La Albareja. Adaptado de (Consuegra, S. y Díaz del Río, P. 2007, fig. 3)

Por una parte, yacimientos como La Albareja o la Dehesa de Ahín, que continúan las tradiciones anteriores de cabañas de gran tamaño con escasa compartimentación. En el caso del primer yacimiento (fig. 4.31), se trata de una gran estructura oval y varias cabañas de menor tamaño asociadas y consideradas como subsidiarias a la primera. La estructura principal presenta una profundidad de hasta dos metros y un corredor que asciende progresivamente hasta la superficie. Las

dimensiones de la cabaña son de unos 24 metros de largo por 16 de ancho en la zona más ancha (entre 5 y 9 en el corredor). La superficie total de la estructura alcanzaría los 260 m², aunque hemos estimado la superficie habitable en torno a los 175 m², dados los fuertes taludes que presentan las paredes. En cualquier caso, suponen unas dimensiones muy similares a los 144 y 200 m² de las cabañas de Las Camas. Se diferencia sin embargo en algunos elementos clave, el más evidente el que se trate de una estructura en gran medida subterránea, algo que supuso el nada desdeñable esfuerzo de remoción de unos 420 m³ de sedimento (Consuegra, S. y Díaz del Río, P. 2007: 150). Asimismo, en una fase de remodelación posterior se ha documentado la presencia de tabiques de adobe interiores compartimentando el espacio (Consuegra, S. y Díaz del Río, P. 2007: 140). Junto a esta gran estructura se han documentado hasta cinco cabañas de menor tamaño, cuyas superficies – en los casos en que han podido ser calculadas o estimadas – abarcarían desde los 20 m² de la estructura 357 o los 18 m² de la estructura 358 a los casi 10 m² de la estructura 340. A la vista de los datos parece lógica la asunción de los autores de la excavación de considerar las cabañas menores como lugares donde se desarrollaría actividades subsidiarias (Consuegra, S. y Díaz del Río, P. 2007: 150).

En cuanto a Dehesa de Ahín, las fases A1 y A2 (denominadas en nuestro análisis Dehesa de Ahín IV y V) que los autores sitúan en torno al siglo VI a.C. muestran unas características similares a las de la fase A3 (fig. 4.32). Justo después de esta fase constructiva que presentaba materiales muy similares a los de Cerro de San Antonio se producen algunos cambios significativos en la reordenación del espacio de las cabañas (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 83-84) que suponen un aumento considerable de la superficie habitacional (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 81). Sobre la cabaña documentada en la anterior fase se construye una nueva de similares características pero mucho más consistente, con muros de adobe de hasta 1,25 metros de espesor y una superficie documentada de 11,5 x 7 metros (lo que supone al menos 80 m² de área). Hay evidencias de posibles compartimentaciones internas a partir de los agujeros de poste documentados, aunque no son concluyentes. El suelo está bien preparado, con placas de arcilla endurecidas por calor, destacando un hogar con dos niveles de uso, el inferior de los cuales presenta una decoración de impresiones circulares realizadas cuando el barro estaba aún fresco (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 84-85).

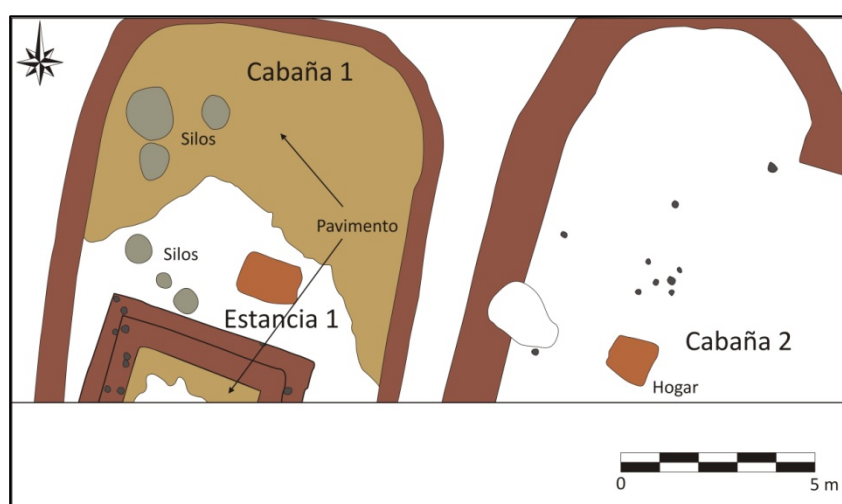


Figura 4.32: planta de la fase IV de la Dehesa de Ahín. Adaptado de (Rojas, J. M. *et al.* 2007, fig. 15)

Junto a esta cabaña se situaba en la fase anterior una estancia de forma rectangular o cuadrada caracterizada por un banco corrido enlucido de rojo. Esta estructura se mantiene en la fase A3, pero es además rodeada por un muro de barro que define una nueva habitación de aproximadamente 10 x 9 metros

(documentados) con dos espacios internos: uno cubierto correspondiente a la habitación ya existente y otro que parece haber estado abierto y diáfano. Las características de la excavación de este yacimiento no permiten apuntar la función de la habitación rectangular, pero nos parece significativo el hecho de que en la zona abierta se hayan localizado cinco posibles silos y una estructura de adobe con evidencias claras de combustión. Asimismo, esta zona abierta presenta menores cantidades de cerámica respecto de la Cabaña 1 y la estancia rectangular, lo que ha sido considerado como otro indicio para la existencia de actividades diferenciadas en cada espacio (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 82).

La Fase A1 (Dehesa de Ahín V) parece, por el contrario, corresponder a un momento de decadencia del asentamiento, además de encontrarse muy arrasada por las labores agrícolas (fig. 4.33). Tan sólo muestra una cabaña (la Cabaña 1, que en la fase anterior estaba dividida en dos áreas) constituida como un espacio diáfano en el que no obstante se han definido dos zonas: una a cielo abierto en el centro del recinto y otra conformando un pórtico alrededor de la primera, sostenida por hileras de postes (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 79). Como en los casos

anteriores los muros son de adobe y el suelo de arcilla endurecida bien preparada. Las dimensiones de esta cabaña (9,5 m x 10,3 m documentados) proporcionan un área mínima de 98 m². Por sus características, ha sido interpretada como un espacio para el desarrollo de actividades colectivas (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 81-82).

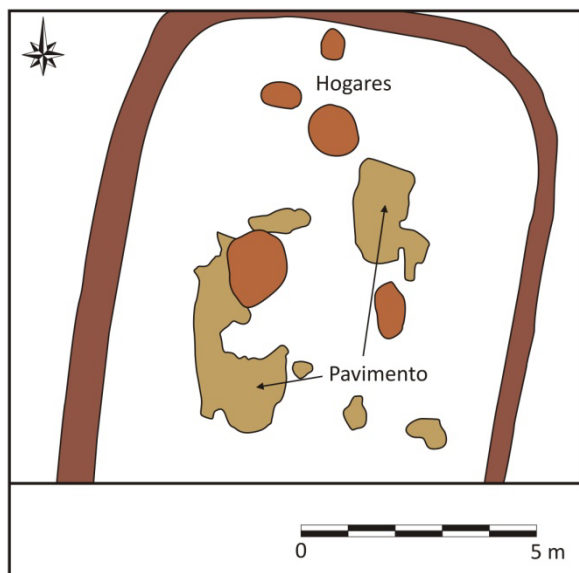


Figura 4.33: planta de la Fase I de la Dehesa de Ahín.
Adaptado de (Rojas, J. M. *et al.* 2007, fig. 10)

Constructivamente los dos yacimientos citados arriba son muy diferentes, pero lo cierto es que conceptualmente presentan puntos en común y, sobre todo, diferencias significativas con un yacimiento como Las Camas, especialmente respecto de la concepción del espacio dentro de las cabañas y en el conjunto del yacimiento. Es una tendencia perceptible hacia una cada vez mayor delimitación de diferentes áreas de actividad, bien a través de compartimentaciones internas como parece haber en los casos de La Albareja o la Cabaña 2 de Dehesa de Ahín IV, bien a través de la propia concepción de la estructura – la presencia de un corredor previo al área central de la estructura 422 de La Albareja,

bien a través de la construcción de estructuras anejas dedicadas a funciones específicas. Puede alegarse que Las Camas también presentaba zonas específicas para actividades alfareras y metalúrgicas, pero es que este tipo de trabajos es difícilmente compatible con estructuras realizadas en materiales perecederos y con lugares de habitación.

Esta tendencia se hace mucho más explícita en otros tres yacimientos que parecen avanzar en esta especialización funcional a la vez que evidencian una progresiva organización del espacio interior de los asentamientos. Se trata de los yacimientos de La Deseada, El Colegio y El Baldío, en los que se aprecian varias características comunes: disminución significativa del tamaño de las habitaciones, especialización funcional de las mismas y aparición, por primera vez, de estructuras delimitadoras del asentamiento.

En el caso de El Colegio (fig. 4.34), se han localizado tres cabañas bien definidas y restos de otras muy perdidas o afectadas por edificios de la Segunda Edad del Hierro. Presentan una forma alargada con uno de los extremos curvo, y en el caso de la mayor, subdivisiones internas muy claras. Los agujeros de poste miden entre 30 y 50 cm., y en el caso de los mayores no es rara la presencia de piedras usadas como calzos. La cabaña más pequeña, con unas dimensiones de aproximadamente 6 m x 2,5 m y un área aproximada de 13,4 m², aparece aislada – aunque muy cerca del resto – con un hogar asociado y puede interpretarse como una estructura de habitación. Asimismo, se han encontrado alineaciones de agujeros de poste en otras zonas que podrían corresponder a otras cabañas exentas a ambos lados de las dos cabañas mayores. Estas alineaciones, especialmente las situadas inmediatamente al oeste tienen también un extremo

curvo, pero su peor definición, sin agujeros de poste internos que den pistas acerca de la sustentación de la cabaña y la distribución de su espacio interno, la ausencia de hogares u otros elementos que permitan confirmar la presencia de una estructura de habitación y la menor cantidad de materiales documentados hacen que hayan sido descartadas para este estudio (Sanguino, J. *et al.* 2007a: 158).

En cuanto a las dos estructuras situadas más al norte (fig. 4.34) son sin duda las que presentan mayor interés. Se encuentran unidas creando un espacio abierto pero techado y sustentado por dos agujeros de poste. En ambas el extremo curvo, claramente cerrado, aparece orientado al norte, mientras que el extremo sur no presenta un cierre tan definido y sería el lugar donde se localizaría la entrada. Finalmente, se ha documentado una hilera de agujeros de poste junto a la cabaña mayor, paralelos a sus paredes y que se prolonga unos 13 m más allá de la longitud definida por las cabañas. Los postes pertenecen sin duda a una sola fase, puesto que ninguna de las líneas principales que definen las estructuras de las cabañas se corta con otra, y las superposiciones y agrupaciones observadas mantienen las alineaciones previas.

El tamaño de los tres recintos definidos por las dos cabañas muestra claramente la reducción del espacio defendida más arriba: la primera cabaña mide aproximadamente 10,6 m x 4,5 m, ocupando un área de aproximadamente 43,5 m² y la menor, unos 8 m x 5 m en el centro, ofreciendo un área de unos 34,5 m². En cuanto al espacio intermedio, tiene unas dimensiones aproximadas de 7 por 4 m, con un área estimada de 25,5 m². Por su parte, la línea de postes paralela a la cabaña mayor tiene una longitud aproximada de 25 m. En conjunto (ya que los tres recintos están indudablemente conectados) el área de esta cabaña sumaría unos 103 m². La interpretación propuesta para este conjunto de estructuras (Sanguino, J. *et al.* 2007a: 159) es la de una unidad de habitación que supera la idea de cabaña simple para definir un espacio dividido en varias estancias (tres en este caso, una de ellas abierta pero techada y a la que se accedería desde la cabaña situada más al oeste, como parece indicar un espacio entre postes muy superior al del resto en esa zona del contorno de las estructuras). La línea de postes exterior marcaría el cierre del conjunto de cabañas, aunque se encuentra perdida en la zona sur (Sanguino, J. *et al.* 2007a: 159).

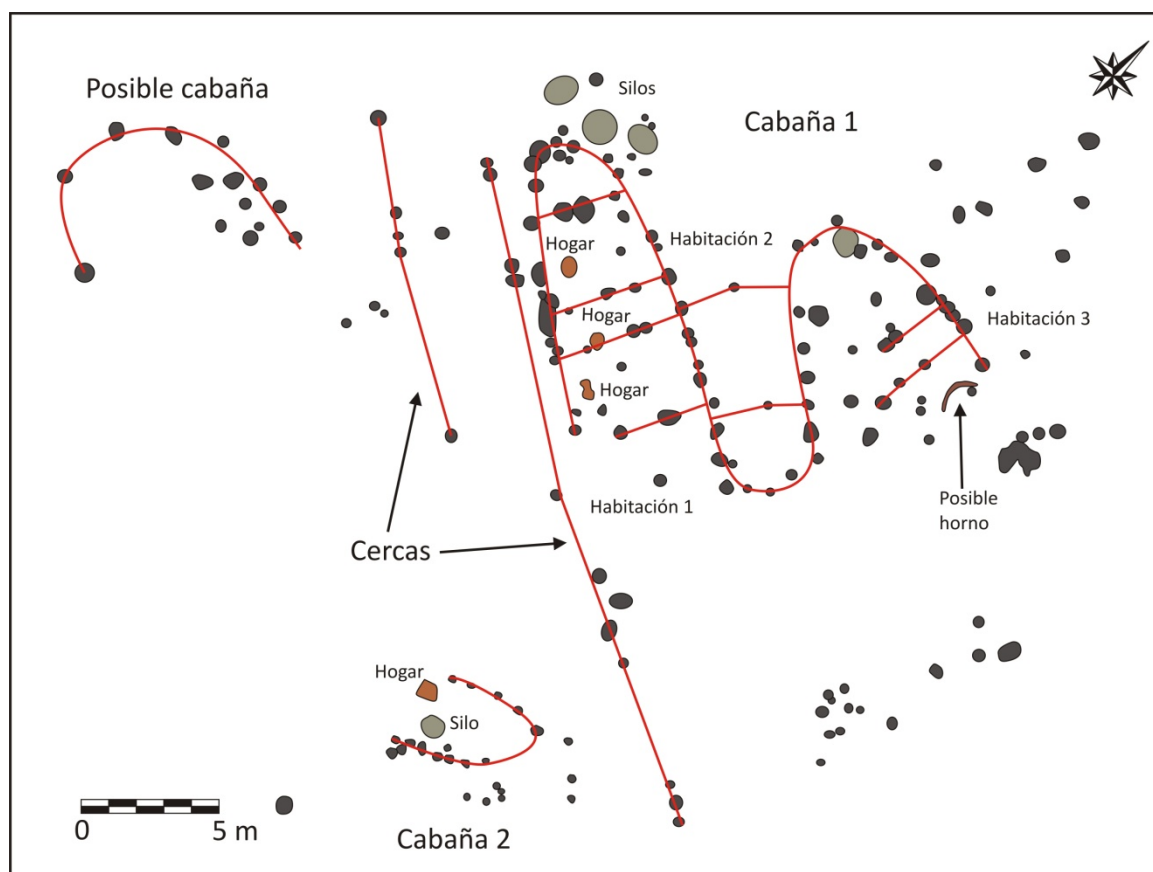


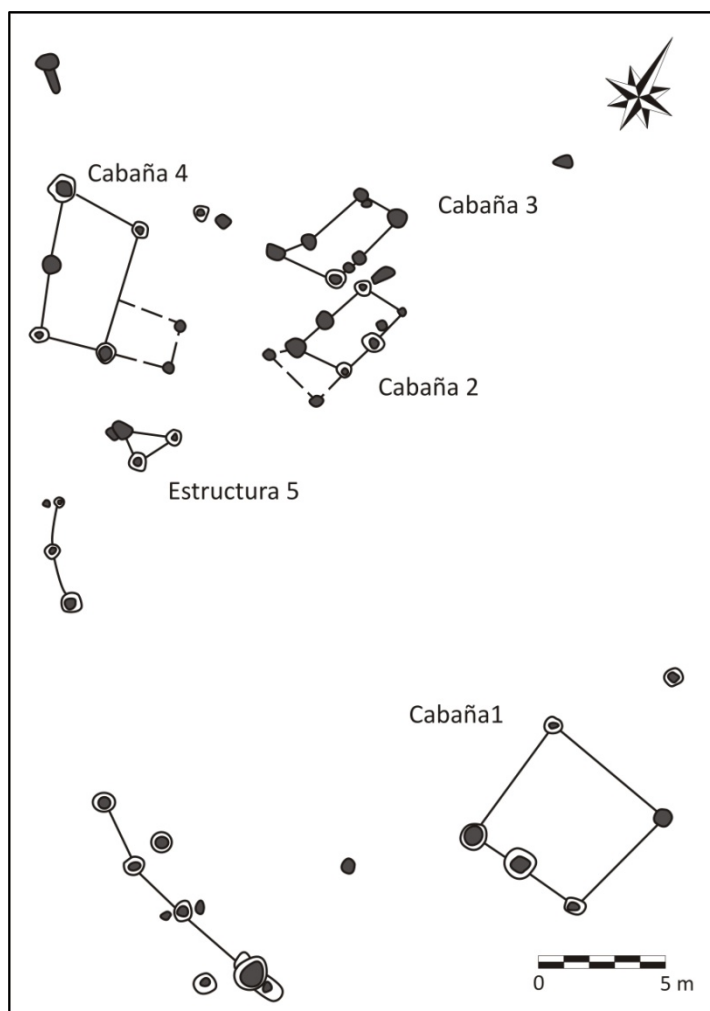
Figura 4.34: planta y posible interpretación de la primera fase de la Primera Edad del Hierro de El Colegio. Adaptado de (Sanguino, J. *et al.* 2007a, fig. 2)

Respecto a la distribución del espacio interior, el nivel de destrucción de las estructuras permite sacar pocas conclusiones a partir de los escasos restos conservados en el interior de las cabañas. Sin embargo, se considera significativa la presencia de tres hogares en el suelo de la cabaña oeste alineados cerca de la pared occidental de la misma, mientras que no se ha documentado ninguna estructura similar en la habitación situada al este. Podría interpretarse por tanto la diferenciación entre un área de habitación (la cabaña más grande) y otro dedicado a actividades productivas (la más pequeña). El espacio intermedio podría interpretarse como un pórtico techado para la realización de trabajos al aire libre. La localización de dos posibles hornos en las inmediaciones del conjunto de cabañas, de los que sólo se conserva la solera, confirmaría esa idea de espacios cada vez más especializados para la realización de diferentes actividades económicas (Sanguino, J. *et al.* 2007a: 160). En cuanto al periodo de ocupación de las cabañas, es evidente que se produjeron varias remodelaciones consistentes en la sustitución de postes, apreciables en las superposiciones de agujeros muy cercanos. No puede hablarse sin embargo de diferentes fases constructivas, sino que se trataría de simples arreglos de la estructura principal (Sanguino, J. *et al.* 2007a: 160).

En El Colegio se hacen patentes las tres características que hemos enumerado más arriba: la disminución del tamaño de los recintos (aunque algunos tengan áreas suficientemente grandes como para constituir casas en sí mismas), especialización de espacios y aparición de estructuras que sirven para delimitar zonas dentro del asentamiento. Este último elemento es

especialmente importante, porque supone no sólo una medida de carácter económico, sino que es también un paso en la apropiación simbólica del espacio ocupado, que ahora es limitado y explicitado frente a otros grupos o familias.

El caso de La Deseada (Martín, A. 2007, fig. 26; Martín, A. y Virseda, L. 2005, fig. 4.35) es muy similar al de El Colegio, aunque en este caso las cabañas interpretadas como estructuras de



habitación son significativamente más pequeñas – 25 y 19,5 m² – y aparecen exentas. Junto a ellas se han documentado otros dos recintos de menor tamaño (12 y 9 m²) interpretadas como graneros. Una quinta estructura de planta triangular ha sido interpretada como un granero aéreo o secadero (Martín, A. 2007: 35). Asimismo, otros agujeros de poste han sido interpretados como elementos de sustentación de pórticos, de manera similar al interpretado para El Colegio. Los paralelos se acumulan al detectarse de nuevo una hilera de postes que serviría de cierre al conjunto de edificios que como en El Colegio no rodea completamente el área ocupada por el asentamiento. Por otra parte, en La Deseada las plantas son cuadradas o trapezoidales, que facilitan la unión y compartimentación del espacio.

Figura 4.35: planta de La Deseada. Adaptado de (Martín, A. 2007, fig. 5)

Finalmente, los restos de El Baldío (fig. 4.36) son menos concluyentes, pero apuntan en la misma dirección que los anteriores. En el sector C, que ha proporcionado los restos más importantes para este periodo (Martín, A. y Walid, S. 2007: 200), se documentaron los restos de una cabaña de planta rectangular construida con una zanja perimetral y con una hilera de postes centrales que sustentarían la techumbre. La cabaña se encontraba muy deteriorada y sus dimensiones completas no han podido ser reconstruidas, pero la superficie conservada tenía al menos 18 m² y la mínima estimada (asumiendo que la hilera de postes dividía en dos partes iguales la cabaña) sería de 24 m². En la parte exterior de la cabaña se documentaron otros agujeros de poste de interpretación más compleja, aunque para cuatro de ellos se apunta la posibilidad de que constituyeran una valla (Martín, A. y Walid, S. 2007: 201). Junto a estos restos, se ha detectado la presencia esporádica de estructuras de la Primera Edad del Hierro tanto en otras áreas de este

sector como en los sectores A y B que apuntan a un aumento y diversificación de los edificios que incluye una reducción del tamaño de los recintos.

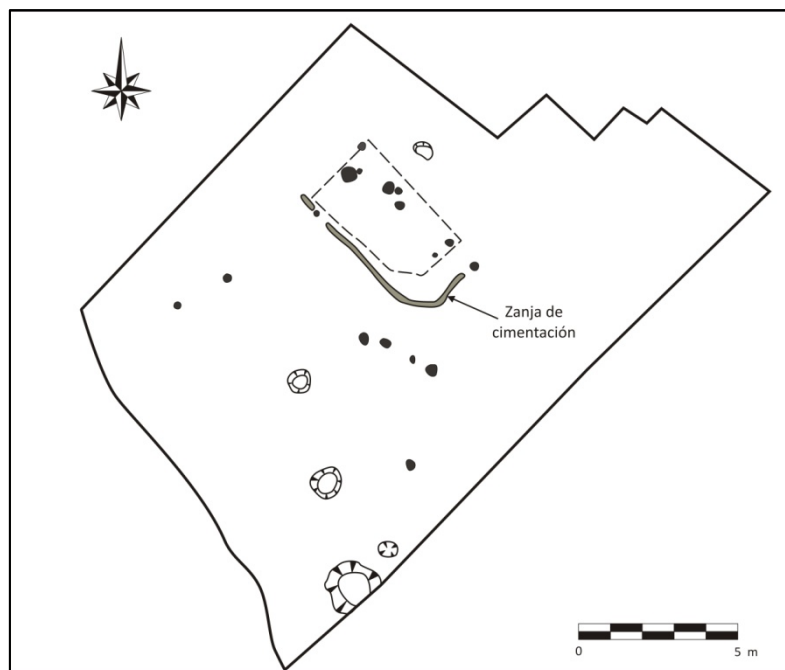


Figura 4.36: planta de El Baldío. Adaptada de (Martín, A. y Walid, S. 2007, fig. 5)

Precisamente en el caso de El Baldío se ha realizado el único análisis espacial del interior de una vivienda para tratar de establecer una jerarquización del espacio interno y valorarlo partiendo de la premisa de que la complejidad relativa de mismo tendría una interpretación de tipo social, siguiendo las propuestas de Hiller y Hanson (1984). El análisis ha partido de las tres posibles entradas a la vivienda, realizando análisis sintácticos del espacio a través de los posibles

recorridos internos. Aunque los resultados están condicionados por la mala conservación de las estructuras y por la presencia de agujeros de postes como únicos indicadores de posibles compartimentaciones internas, la conclusión a la que llegan los autores del estudio es que, con ligeras variaciones relacionadas con la entrada elegida, siempre se documentan dos espacios A y B con grados diferenciados de privacidad – mucho mayor en el caso de la propuesta C (Martín, A. y Walid, S. 2007: 208-209). Aunque se trata de un estudio aislado, lo cierto es que apunta en la misma dirección que los otros indicadores analizados anteriormente, evidenciando un conjunto de cambios estructurales – el más claro, la ya citada adopción de la planta cuadrada o rectangular – en que suponen un aumento progresivo de la complejidad de los asentamientos, y que es evidentemente un síntoma de otros cambios que se están produciendo en las esferas económica, social e ideológica.

Junto a estos asentamientos bien contextualizados, se sitúan algunos ya clásicos que por desgracia no han sido excavados tan extensamente y por tanto proporcionan una información más limitada. Es el caso del Sector III de Getafe (Blasco, M. C. y Barrio, J. 1986: 107-109), donde se documentó un fondo de cabaña de forma ovalada irregular y tamaño medio (5 x 3,80 m) que ocupaba un área de aproximadamente 13 m² (fig. 4.37). Se localizaron ocho agujeros de poste, dos de los cuales sustentaban la cubierta de la cabaña y una cubeta de función indeterminada. Las condiciones en que se realizó la intervención limitaron la excavación a la estructura localizada en un primer momento, careciendo por tanto de datos acerca de otras posibles estructuras cercanas. Con estos datos es poco lo que puede decirse de este yacimiento, salvo que incluso en un momento en el que la reducción del tamaño de los recintos es generalizada, la cabaña del Sector III pertenece al conjunto de cabañas más pequeñas y es poco probable que

tuviese una función residencial – algo que parece confirmar la ausencia de hogares dentro de la estructura.

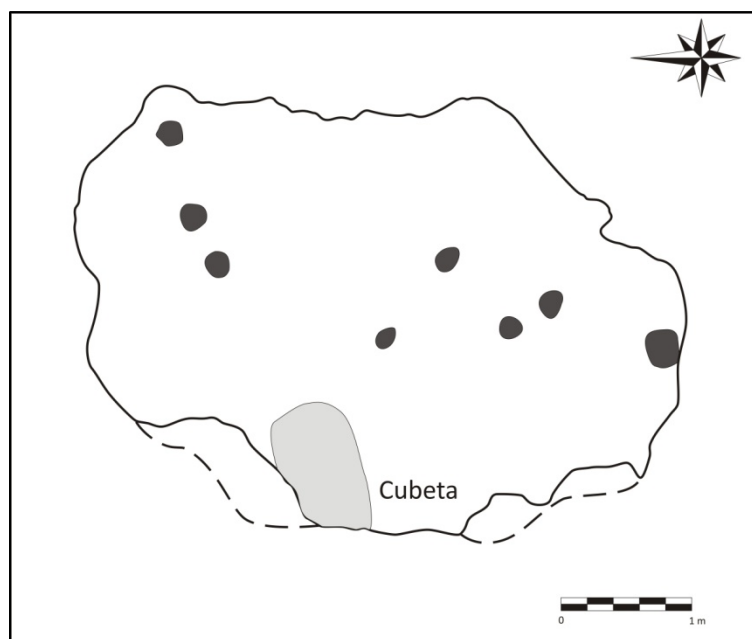


Figura 4.37: planta de la cabaña del Sector III de Getafe. Adaptado de (Blasco, M. C. y Barrio, J. 1986, figs. 21-5)

El otro ejemplo clásico de este periodo es la conocida cabaña localizada en el cerro del Ecce Homo en Alcalá de Henares (Almagro, M. y Dávila, A. 1988: 363), hasta hace pocos años el ejemplo más completo de casa de la Primera Edad del Hierro (fig. 4.38). Se trata de una cabaña muy bien delimitada por agujeros de poste excavados en la roca y por un rebaje de la misma a lo largo de toda la cabaña definiendo un espacio interior de unos 20 m². La cabaña es alargada y de forma trapezoidal, con unas dimensiones aproximadas de 10 x 2-4 m, ensanchándose

progresivamente hacia el NO y terminando con forma vagamente absidal (Almagro, M. y Dávila, A. 1988: 362). No se localizó ningún suelo preparado, sugiriéndose la existencia de uno de tipo orgánico o con tierra para evitar las irregularidades de la roca (1988: 365-366). El análisis de los agujeros de poste interiores permitió a los autores proponer la existencia de tres ámbitos diferenciados de creciente privacidad (1988: 367). Posteriormente la cabaña sufrió una modificación sustancial con la ampliación de la misma hacia el NO manteniendo la forma trapezoidal, pero alcanzando unas dimensiones de más de 30 m².

El interés de la información recogida acerca de la cabaña 86/6 de Ecce Homo – que en su día revolucionó los datos acerca de los asentamientos de la Edad del Hierro en la región – y la falta de la memoria definitiva de la excavación han hecho que generalmente se la presente como un ente individualizado y aislado. Y sin embargo, los directores de la excavación citan al menos cuatro estructuras más en su entorno inmediato que modifican sustancialmente la percepción de la cabaña. M. Almagro y A. Dávila (1989) localizaron dos estructuras tipo silo de gran tamaño (entre 180 y 208 cm), mientras que justo al lado de la cabaña se localizó otro fondo de cabaña de unos dos metros de diámetro con tres postes asociados y dispuestos simétricamente que servirían para sostener la cubierta de la estructura. Finalmente, en el ángulo este de la excavación se documentó otra fosa de 2 metros de diámetro rellena de cenizas y evidencias de combustión interpretada como un hogar – lo que explicaría su ausencia dentro de la cabaña grande. Por desgracia la falta de la memoria del yacimiento impide contrastar la coetaneidad o no de las estructuras – en algún caso podría haber casos de diacronía entre ellas –, por lo que por el momento sólo puede señalarse como posible existencia de actividades diferenciadas en el yacimiento.

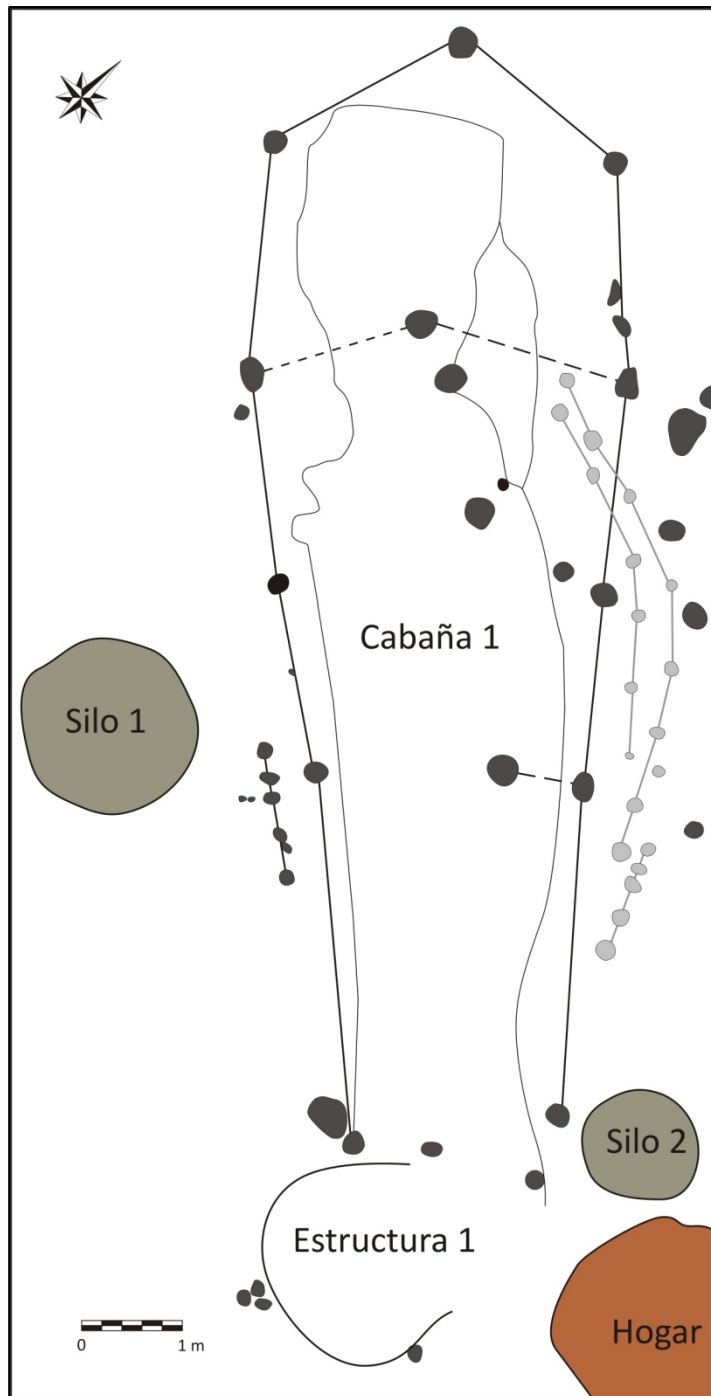


Figura 4.38: planta de la Cabaña 86/6 del yacimiento de Ecce Homo y estructuras asociadas. En gris, la ampliación. Adaptado de (Almagro, M. y Dávila, A. 1988, fig. 1)

Hasta ahora, y asumiendo la enorme heterogeneidad formal – no tanto en el plano conceptual – que suponen los yacimientos analizados, los materiales de construcción son perecederos, característicos de la Primera Edad del Hierro. Sin embargo, existen algunos yacimientos de este periodo en los que se aprecia la sustitución de estos materiales por otros no perecederos, algo que se ha considerado un indicio para señalar la transición entre la Primera y la Segunda edades del Hierro. Como veremos más adelante al analizar esta “transición”, la aparición de la arquitectura “en duro” no sólo no es indicativa de cambios relevantes en la sociedad del valle medio del Tajo, sino que lleva unos ritmos completamente ajenos a los otros procesos con los que se ha vinculado tradicionalmente y que marcarían una nueva etapa cronocultural en la región. Estos yacimientos son La Capellana y Puente largo del Jarama, ambos indudablemente adscritos a la Primera Edad del Hierro. Fueron excavados a finales de los años 80 y mediados de los 90 y por tanto presentan algunos

problemas derivados de la escasa extensión de terreno excavado – unos 40 m² en el caso de la primera excavación y unos 35 m² en el caso

de la segunda. Además, arquitectónicamente son muy diferentes, siendo mucho más claros los restos de Puente Largo del Jarama.

En el caso de La Capellana (fig. 4.39), se abrieron cinco catas de 4 m² que no proporcionaron restos de estructuras, y una sexta de unos 20 m² en la que se documentaron, muy arrasadas, varias alineaciones de bloques de sílex hincados sobre el suelo geológico. Se trata de tres muretes de 1,8; 1,6 y 3,35 metros, paralelos y separados 1,5 y 0,4 metros, presentando el

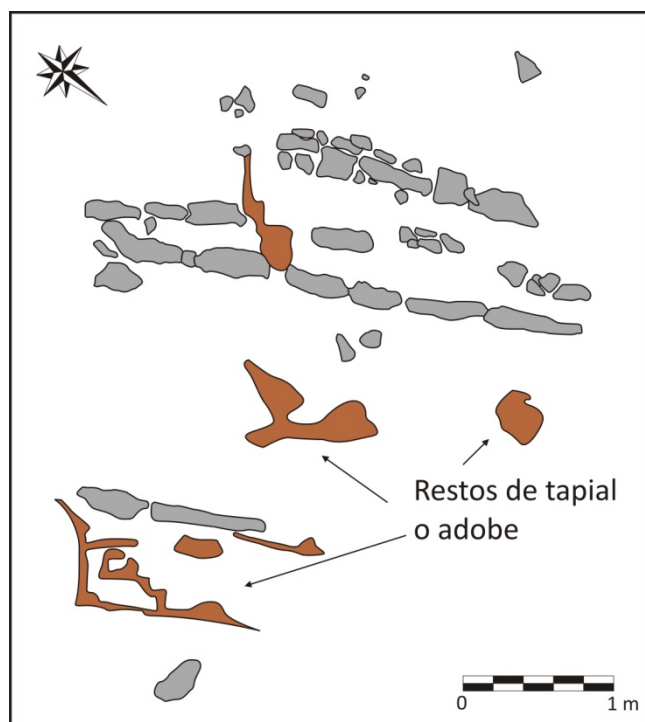


Figura 4.39: planta de La Capellana. Adaptado de (Blasco, M. C. y Baena, J. 1989, fig. 3)

central una hilada doble de piedras y los exteriores hilada simple. Son interpretados como zócalos de estructuras construidas con adobe o tapial (Blasco, M. C. y Baena, J. 1989: 216), a partir de los restos de manteados localizados en los alrededores. El grado de destrucción del yacimiento hacía que no pudiesen extraerse más conclusiones acerca de estas estructuras más allá de su uso. Asimismo, se justificaba la utilización de sílex, poco adecuado para el trabajo de cantería, por ser el único tipo de piedra disponible en la zona (Muñoz, K. 1998b: 313).

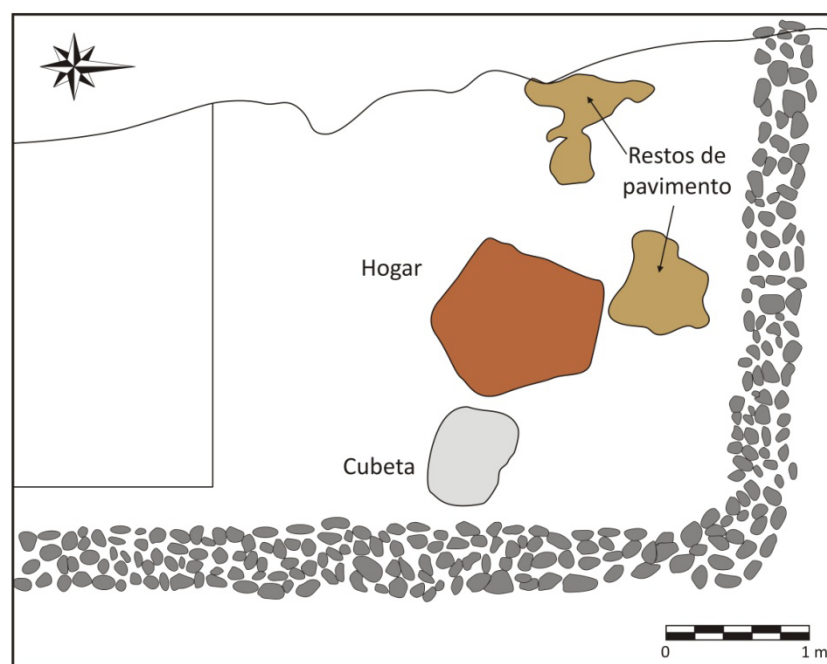


Figura 4.40: planta del yacimiento de Puente Largo del Jarama. Adaptado de (Muñoz, K. y Ortega, J. 1997, fig. 6)

El caso de Puente Largo del Jarama es mucho más claro. En esta excavación (fig. 4.40) se documentó un cuadrante de una habitación de forma rectangular con las esquinas redondeadas con zócalo de cantos y paredes de adobe derrumbadas en las que aún se podía observar el entramado de madera que las sostenía y el enlucido blanco que las recubría.

Las dimensiones documentadas de esta habitación, que no fue excavada en su totalidad, son de 5,5 m x 3,7 metros, con un área excavada de unos 14 m². Si tenemos en cuenta las dimensiones de la estructura, la superficie de la habitación debió de superar los 20 m². El zócalo de piedras presentaba al menos dos hiladas de altura y una anchura de entre 35 y 55 cm, apreciándose en el mismo las improntas de los postes de madera. Dentro de la habitación se localizó un hogar construido con fragmentos de cerámica amortizados y

restos de un suelo de arcilla apisonada y endurecida por el calor. La presencia del hogar y de una cubeta rellena de cenizas anexa, así como el tipo de cerámicas recogidas hicieron a la responsable de la excavación proponer la función de cocina para esta habitación (Muñoz, K. y Ortega, J. 1997: 151). Por desgracia, la escasa entidad de la excavación hace muy difícil extraer más información acerca de las características de las estructuras, y aunque el conjunto de materiales orientalizantes recuperados en la excavación ha hecho proponer una simbología especial para este edificio (Muñoz, K. y Ortega, J. 1997: 144), lo cierto es que los materiales documentados bajo el derrumbe y las características de la habitación no parecen apoyar esta hipótesis, más allá de la constatación de zócalos de piedra en un yacimiento que cronológicamente se ha relacionado con La Capellana (Muñoz, K. y Ortega, J. 1997: 146).

Como puede apreciarse, lo poco que puede hacerse con la aparición de materiales no perecederos en la construcción de estructuras de habitación es constatar su presencia, sin que los edificios construidos con estos materiales marquen diferencia alguna en cuanto a tamaño o función de los mismos. Es cierto que el uso de materiales no perecederos supone una inversión extra de esfuerzo, pero dada la entidad de los restos ésta no parece haber sido excesiva, sobre todo si la comparamos con el esfuerzo realizado para vaciar la gran estructura de La Albareja o excavar en la roca el rebaje documentado en la cabaña 86/6 del Ecce Homo. El uso de materiales no perecederos parece haber sido una estrategia más dentro de las posibilidades constructivas de estos grupos, y como veremos parece que podría estar más relacionada con una ausencia de cánones constructivos bien asentados en los grupos de la Primera Edad del Hierro que con un cambio consciente de estrategias edilicias.

De hecho, cuando comienzan a aparecer las primeras cerámicas a torno – otro de los indicadores tradicionales de la transición Primera/ Segunda Edad del Hierro – los yacimientos en los que se documentan muestran la misma heterogeneidad que en los momentos anteriores. Como vimos en el análisis de correspondencias, esta fase final de la Primera Edad del Hierro podía datarse a comienzos del siglo V a.C. y se había documentado en los yacimientos de El Caracol, Los Pinos y la segunda fase de El Colegio. Los tres, por desgracia, presentan problemas de interpretación debido a la poca entidad de los restos documentados o a su alto grado de destrucción.

El yacimiento de los Pinos (fig. 4.41) ha sido considerado tradicionalmente como uno de los ejemplos más claros de la introducción de la cerámica a torno en la región. Localizado en Alcalá de Henares y excavado en 1990 debido a la construcción de un polígono industrial, en él se documentaron varias estructuras de la Primera y Segunda Edad del Hierro. Debido a la destrucción intencionada del yacimiento por la empresa constructora del polígono tan sólo pudieron documentarse dos cabañas de pequeño tamaño que fueron objeto de una breve publicación en 1996 (Muñoz, K. y Ortega, J. 1996: 32). La primera de ellas (cabaña “V”) era una cabaña de estructura oval irregular de 3 x 2,60 m. excavada en el suelo (unos 6 m² de área total) con una suave rampa en su extremo sur que facilitaría el acceso a la misma. A lo largo del perímetro de la cabaña (dentro y fuera de la misma) se localizaron cinco agujeros de poste que sustentarían la estructura. En cuanto a las paredes, eran de adobe como pudo constatarse en el interior de la cabaña, donde se localizaron numerosos fragmentos en ocasiones conservando aún la impronta de los troncos a los que iban adheridos (1996: 32). En el interior de la estructura se documentaron restos de un hogar y abundante material arqueológico.

La cabaña “M” es aún más pequeña que la anterior (1,90 x 1,2 m.) ocupando un área de tan poco más de 2 m². De forma ovalada, presenta dos momentos de ocupación: uno exclusivamente con cerámicas a mano y otro con cerámicas a torno muy toscas que corresponden a una pequeña ampliación de la cabaña en su lado norte. Junto a ella fue localizado asimismo un silo enlucido. La destrucción del yacimiento impidió la documentación completa de esta cabaña, por lo que se desconoce la existencia o no de agujeros de poste cercanos, del posible suelo de ocupación o de la posible función de la misma.

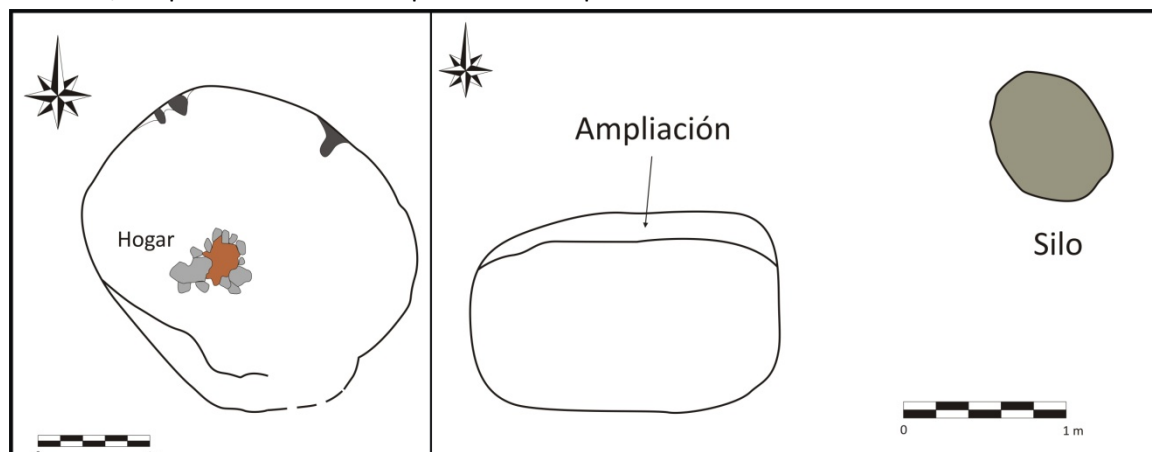


Figura 4.41: plantas de las cabañas “V” (izquierda) y “M” (derecha) del yacimiento de Los Pinos. Adaptadas de (Muñoz, K. y Ortega, J. 1996, fig. 1)

Las dimensiones tan reducidas de las dos cabañas de Los Pinos (especialmente la cabaña M) plantean dudas sobre su función como estructuras de habitación. Por desgracia, los materiales arqueológicos recuperados y la destrucción del yacimiento impiden sacar alguna conclusión, aunque el tamaño de las cabañas lleva a pensar en ellas como estructuras subsidiarias de otras mayores. En cuanto a las técnicas constructivas, es destacable la continuidad respecto a momentos anteriores, incluso cuando como hemos visto ya se habían ensayado otros métodos de edificación. Las características del suelo y del hogar documentados en la cabaña “V” muestran también esta continuidad a principios del siglo V a.C. en la región.

En el caso de El Caracol, se documentó un conjunto de estructuras muy arrasadas de las que tres fueron consideradas como posibles estructuras de habitación (fig. 4.42). Asociadas a ellas se documentaron varios hogares y restos de otras estructuras de muy difícil interpretación. La primera de ellas fue definida a partir de un derrumbe de adobes bajo el cual se documentó un posible suelo de ocupación construido con cerámicas fragmentadas y un hogar (Oñate, P. *et al.* 2007: 178). Las dimensiones estimadas para esta estructura, muy aproximadas dado su nivel de destrucción, serían de unos 4 x 2,7 m. ocupando un área aproximada de unos 12 m². Más clara era la segunda estructura, que pese a estar también muy destruida conservaba parte del zócalo de piedra construido con dos hileras de piedras calizas de tamaño grande y una anchura media de 40 cm. Sus dimensiones – también aproximadas – son de 5,8 x 4,5 m., con un área estimada de 27 m². Dentro de la misma se documentaron los restos de un hogar situado en la esquina SE de la habitación. En este caso no se documentaron ni suelo de ocupación ni evidencias del alzado y la cubierta de la estructura, aunque es muy probable que fueran idénticos a los de la primera estructura.

Junto a estas dos estructuras que pueden interpretarse como habitaciones o cabañas, la estructura 4 es más dudosa. Se trata de un muro muy arrasado de 9 metros de longitud y unos 30 cm. de ancho, formado por un zócalo de piedras que alterna piedras grandes con doble hilera de piedras más pequeñas. No se ha documentado ninguno de los tres lados que cerrarían el edificio, así que su consideración como tal se hizo basándose en un posible suelo de ocupación que proporcionó abundantes materiales de la Primera Edad del Hierro (Oñate, P. *et al.* 2007: 178-179). Sin embargo, las características del muro podrían llevar a considerarlo como una cerca de cierre del área ocupada por el yacimiento, similar a las localizadas en El Colegio o La Deseada pero realizada con materiales más firmes. El resto de estructuras corresponden a dos pequeñas alineaciones paralelas de piedras – similares a las localizadas en La Capellana – y hogares al aire libre, en alguno de los casos formando alineaciones con la misma orientación de las estructuras principales. Por toda el área se han localizado además restos de posibles zócalos de piedra completamente arrasados y acumulaciones de adobes.

Con todos los problemas que presenta la interpretación de los restos de El Caracol, hay varios elementos de interés en la información que aporta. En primer lugar, continúa claramente la línea de disminución del tamaño de los edificios de etapas anteriores, a la vez que, con las lógicas reservas, parece mostrar también una diversificación de los espacios funcionales – es especialmente clara la continuidad de los hogares en el exterior a lo largo del tiempo. La novedad es que en esta tradición – El Caracol parece presentar características muy similares a La Deseada – se incluyen algunos cambios en los materiales constructivos, sin que varíe sustancialmente el tipo de yacimiento. La otra novedad es la aparición de una cierta ordenación del espacio del yacimiento, apreciable en la orientación N-S (aproximada) de las unidades estructurales 1, 2 y 4 y de los hogares situados en el exterior. Esta característica diferencia a El Caracol de otros yacimientos más antiguos, y podría considerarse – de nuevo con las debidas reservas – como un paso más en la concepción del espacio ocupado por el grupo, que empezaría a adquirir unos patrones más claros de organización.

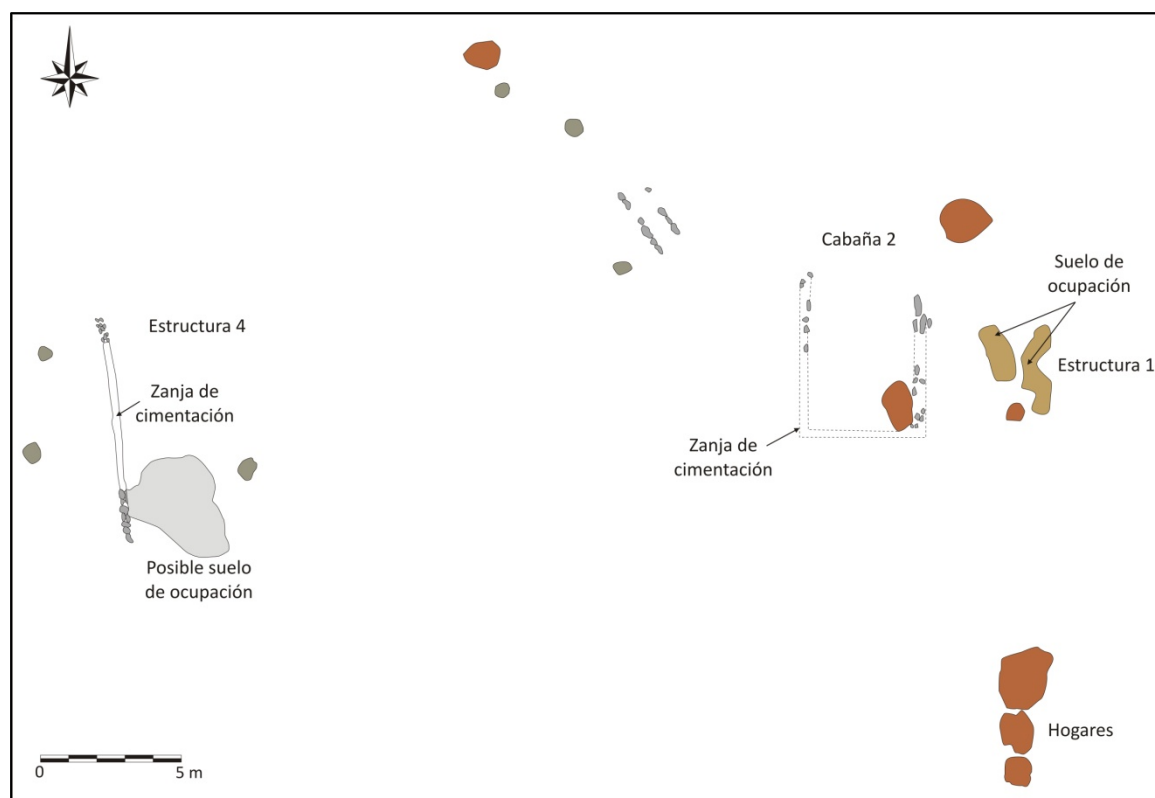


Figura 4.42: planta del yacimiento de El Caracol. Adaptada de (Oñate, P. *et al.* 2007, fig. 2)

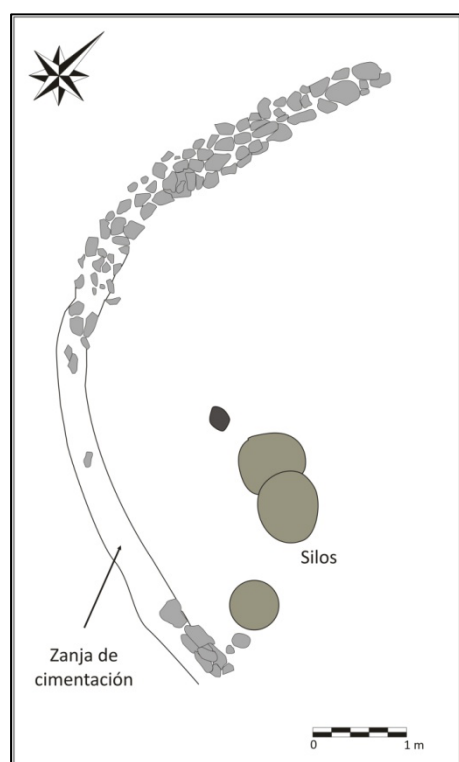


Figura 4.43: planta de la segunda fase de la Primera Edad del Hierro del yacimiento de El Colegio. Adaptada de (Sanguino, J. *et al.* 2007a, fig. 9)

Frente a los restos de El Caracol, abundantes pero muy destruidos, la segunda fase de la Primera Edad del Hierro de El Colegio presenta la situación contraria: un buen grado de conservación pero una superficie muy pequeña (fig. 4.43). Los restos localizados corresponden a una estructura de forma circular o rectangular con las esquinas redondeadas de la que sólo se conserva la esquina SO y que mantiene la orientación de las cabañas de la primera fase. Las dimensiones conocidas son de 4,4 x 4,3 m, con un área mínima de 22 m². La estructura presenta un zócalo de piedras de pequeño tamaño muy arrasado de entre 40 y 50 cm. de ancho. Sobre este zócalo se levantó un muro de adobes cuyo derrumbe sellaba el interior de la habitación. Dentro de la misma se documentó un suelo preparado con pequeñas piedras con un hogar y un silo asociados al mismo. Aunque el espacio conservado de esta estructura – destruida por la construcción de una calle – es pequeño, aunque se reiteran algunas características ya conocidas: habitaciones de tamaño medio/ pequeño, zócalo poco consistente de piedras pequeñas y ausencia de diferencias significativas en la distribución y concepción del espacio respecto de los asentamientos realizados en materiales perecederos.

En definitiva y pese a lo poco concluyente de los datos, el periodo final de la denominada Primera Edad del Hierro parece haber estado caracterizado por el mantenimiento de una cierta heterogeneidad en las dimensiones y técnicas constructivas empleadas en la construcción de los asentamientos. Aunque parece consolidarse progresivamente el uso de la piedra para la construcción de los zócalos sobre los que se levantan los muros, los ejemplos no son muy numerosos y conviven con las técnicas de construcción tradicionales. Por lo demás, no se aprecian modificaciones sustanciales en lo que a la distribución y concepción interna de los asentamientos se refiere. A pesar de las carencias de nuestra información, no parece que el creciente uso de materiales no perecederos fuera el reflejo de cambios significativos en otros aspectos de la organización de los asentamientos, indicativos de transformaciones dentro de las comunidades que habitaban la zona. Tampoco se ha documentado la aparición de edificios de mayor tamaño o que presenten una calidad superior a la media que pudiesen apuntar a diferencias dentro de estos grupos.

Conclusiones

A la vista de los datos enumerados más arriba, si hay una palabra que pueda definir a los asentamientos del valle medio del Tajo entre los siglos VIII y V a.C. es la heterogeneidad. Es casi imposible encontrar dos yacimientos con características similares que permitan identificar un patrón constructivo en la región. Pese a que esta variabilidad puede ser achacada en parte a deficiencias en el registro arqueológico – en la calidad y cantidad de información recogida, en la extensión de las excavaciones y la metodología utilizadas – consideramos que esta ausencia de modelos de asentamiento bien definidos puede ser, de hecho, una característica en sí misma. La variabilidad de tamaños, plantas, materiales y técnicas constructivas de los yacimientos del valle medio del Tajo impide realizar una aproximación “clásica” basada en las similitudes formales de los asentamientos, pero en nuestra opinión no obedece tan sólo a una información arqueológica deficiente. Es una situación que debería ser interpretada en términos socioeconómicos y contextualizada dentro de los procesos históricos que vivieron estos grupos. Para ello es imprescindible valorar aspectos diferentes a los estrictamente materiales, y realizar una aproximación a qué modificaciones surgen en la concepción del espacio en estos yacimientos. En este sentido sí podemos apreciar algunas tendencias en el uso del espacio que tienen connotaciones sociales muy claras.

En primer lugar, hay algunos hechos incontestables. Los yacimientos de la denominada Primera Edad del Hierro se distribuyen en un patrón disperso de ocupación del territorio. No existe ninguna evidencia de agrupación de edificios que pueda ser considerada como un poblado, y aunque algunos yacimientos pudieran albergar una población respetable, hasta el momento no se ha documentado ningún caso de concentración de poblamiento. Como hemos visto al valorar la distribución del poblamiento en la región, la tónica parece ser la dispersión por el territorio de asentamientos de pequeño tamaño, autosuficientes y con los datos disponibles, sin jerarquización. En este aspecto el modelo mantiene las características del poblamiento del Bronce Final, en este caso con una sedentarización definitiva.

En segundo lugar, las técnicas constructivas continúan la tradición de momentos anteriores pero potenciando aquellos elementos que mejoren la estabilidad de edificios que ahora son

concebidos como permanentes. Predomina el uso de materiales perecederos aunque se aprecia flexibilidad a la hora de adaptarse a las características concretas del entorno o a las necesidades del grupo. El esfuerzo dedicado a las viviendas es apreciable en la preparación de suelos y hogares en yacimientos como Dehesa de Ahín o Capanegra, en la sustitución de postes documentada en El Colegio, las remodelaciones de los espacios que se aprecian en Ecce Homo y Los Pinos o la presencia de enlucidos en Dehesa de Ahín, La Capellana o Puente Largo del Jarama.

Finalmente, se aprecia una progresiva introducción de elementos no perecederos en la arquitectura de los edificios. Esta incorporación no es, sin embargo, ni generalizada ni homogénea ni constituye un hito temporal relevante. Parece haberse realizado como una estrategia más dentro del abanico de opciones técnicas disponibles, como pudieran ser la excavación de fosas para dar mayor estabilidad a las estructuras en Los Pinos o La Albareja o el uso de paredes de barro en la Dehesa de Ahín. Tampoco marcó un cambio técnico ni fue indicio de ninguna transición cultural a un nuevo periodo, como ha querido verse durante mucho tiempo. Las primeras evidencias de estructuras con zócalos de piedra no parecen anticipar los modelos considerados característicos de la Segunda Edad del Hierro, sino que parecen ser simplemente aplicaciones de esta técnica en yacimientos de etapas anteriores. Por otra parte e independientemente de las características materiales de las estructuras de habitación, en los yacimientos del periodo estudiado se aprecian una serie de tendencias bastante claras. La primera de ellas es, como hemos visto, la reducción del tamaño medio de los recintos.

Paralelamente se produce una creciente compartimentación del espacio que no sigue un patrón homogéneo pero que tiene implicaciones sociales muy profundas. Esta compartimentación se percibe físicamente en varios ámbitos: aparición de cabañas o áreas dedicadas a actividades económicas concretas, construcción de cabañas con varias habitaciones, definición de espacios diferenciados dentro de los edificios a través de tabiques, etc. Aunque las opciones elegidas varíen, el resultado es el mismo y puesto que las actividades económicas son básicamente las mismas que en etapas anteriores, la redistribución de los espacios debe tener otra explicación. En nuestra opinión y siguiendo a B. Hillier y J. Hanson (en Plog, S. 1995: 197), los cambios en la concepción del espacio están vinculados a cambios en la estructura de las sociedades que los realizan, y no sólo a condicionantes culturales y a estilos de vida. En este sentido, el cambio que apreciamos en la gestión del espacio dentro de los edificios y en los yacimientos apunta a una creciente separación entre las esferas comunitaria y familiar. Esta separación estaría asociada a una progresiva fractura de la solidaridad comunitaria global frente a los intereses particulares de las familias, una de las características típicas del desarrollo de economías campesinas (Hillier, B. y Hanson, J. 1984: 176).

En el siguiente gráfico (fig. 4.44) hemos tratado de escenificar esta tendencia a la disminución del espacio por habitación – no necesariamente el espacio total – representando todas las plantas de estructuras conocidas que han sido descritas en las páginas anteriores. Se han representado en un gráfico en tres dimensiones en el que quedan reflejados ancho, largo y área de cada una de estas estructuras. Aquellas de las que se conocen los datos con exactitud se han representado con un círculo, mientras que aquellas que no han sido excavadas completamente y por tanto su superficie real debe ser superior a la conocida se han representado con cuadrados.

En cuanto a los colores, los yacimientos más antiguos han sido representados en amarillo, aquellos situados a finales del siglo VIII a.C. y la primera mitad del siglo VII a.C. (como Cerro de San Antonio) aparecen en color verde, los adscritos al siglo VI a.C. en rojo y finalmente aquellos más tardíos como Los Pinos, El Caracol o el Colegio II lo hacen en azul claro.

Aunque los datos son difíciles de interpretar pueden señalarse algunas conclusiones. Las cabañas más antiguas tienden a ser pequeñas, siguiendo la tradición de cabañas de la Edad del Bronce. A comienzos de la Edad del Hierro, sin embargo, se observa una fuerte dicotomía entre cabañas de gran tamaño como las de Las Camas o Dehesa de Ahín III (que debería estar situada más arriba puesto que no ha sido excavada en su totalidad) y otras de pequeño tamaño como las documentadas en Cerro de San Antonio. Esta dicotomía se mantiene a lo largo de la Edad del Hierro, pero se observa una tendencia a la desaparición de las cabañas más grandes. Puede apreciarse cómo en los yacimientos representados en rojo las estructuras de tamaño medio y pequeño se hacen mayoritarias, frente a los dos únicos casos de La Albareja y Dehesa de Ahín. Finalmente, en los momentos tardíos de la Primera Edad del Hierro (color azul) no se documentan grandes superficies, y todas las estructuras que conocemos son de tamaño medio o pequeño. Asumiendo que disponemos de una información parcial, parece que se observa una tendencia a la disminución del tamaño de las estructuras a lo largo de la Edad del Hierro que podría ser contrastada conforme vayan apareciendo nuevos yacimientos.

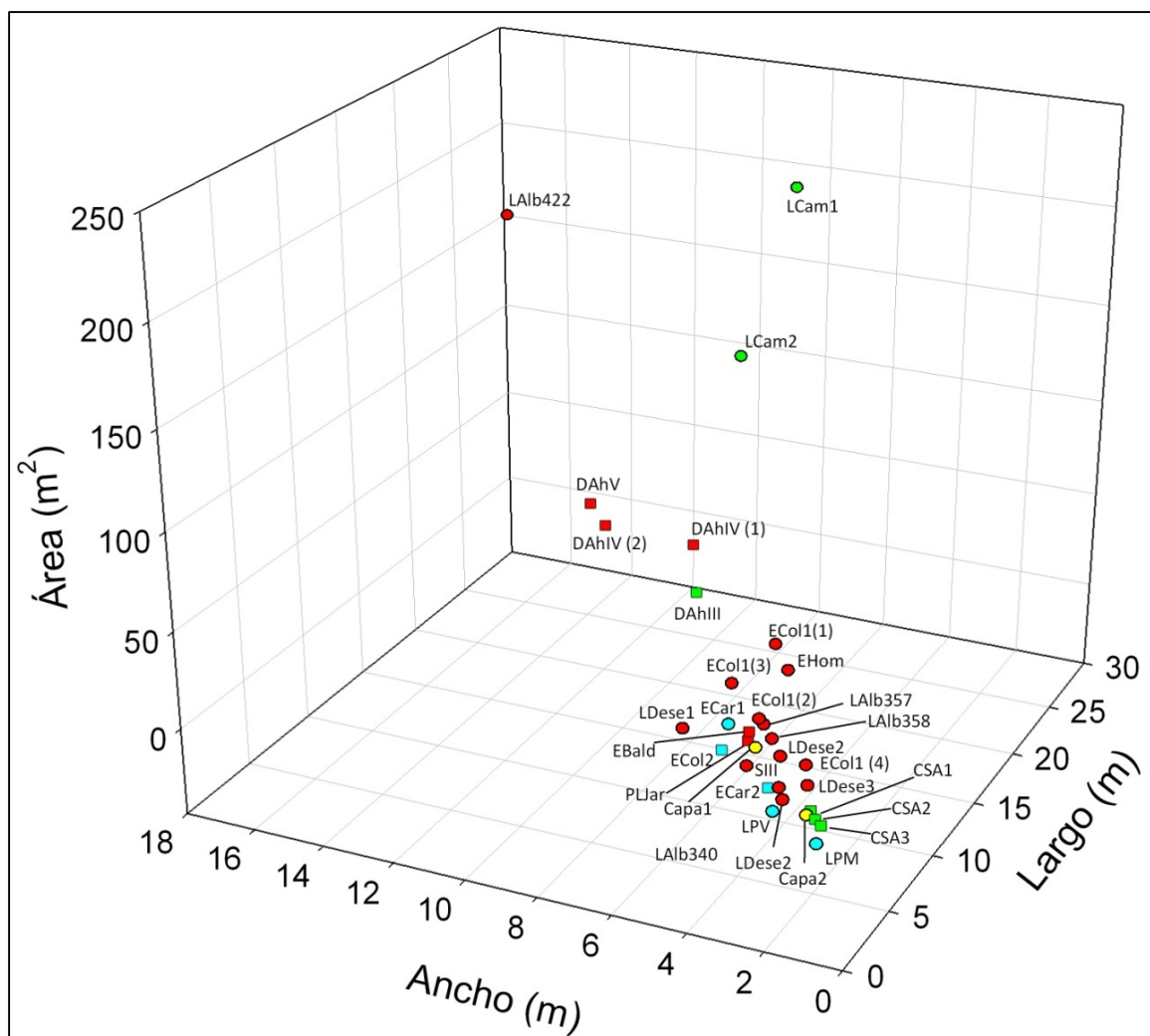


Figura 4.44: distribución de las diferentes estructuras de los asentamientos de la Primera Edad del Hierro según sus dimensiones y área. Amarillo: transición BF-EHI; verde: 2ª mitad siglo VII – 1ª mitad siglo VI a.C.; rojo (2ª mitad siglo VI a.C.; azul: transición EHI-EHII. Círculo: cabaña completa. Cuadrado: cabaña incompleta

Esta evolución no significa que disminuya el tamaño de los asentamientos, sino que las estructuras que los componen son redefinidas por sus habitantes para hacer frente a nuevas necesidades económicas y sociales. En este sentido, yacimientos como Las Camas muestran diferencias sustanciales con otros como El Colegio. El primero corresponde a lo que B. Hillier y J. Hanson han denominado edificio elemental (en Martín, A. y Walid, S. 2007: 208-209) en el que existen tan sólo dos ámbitos de interacción (dentro y fuera del edificio), mientras que el segundo muestra una relación más compleja en la que las interacciones pueden darse en tres habitaciones diferentes y en el espacio que las rodea. Estas diferencias no son aleatorias: están hablando de cambios en la concepción de la comunidad y hasta cierto punto, de la propiedad. Incluso edificios pequeños como el de El Baldío muestran estas diferencias (Martín, A. y Walid, S. 2007: 208-209). La tendencia a la especialización de los espacios explicita por tanto el comienzo de varias diferenciaciones: entre ámbito público y ámbito privado, entre diferentes actividades – productivas o de otro tipo – y entre el grupo y el individuo o familia. Por supuesto que en etapas anteriores pudo existir una diversificación de espacios para la realización de diferentes actividades en los yacimientos. La clave de este momento es que la definición de estos espacios concretos se hace más rígida, comienza a institucionalizarse.

Una de las consecuencias lógicas de la aparición de zonas con diferente accesibilidad es que no todo el mundo tiene permitida la entrada a todos los lugares. Aunque en estos primeros momentos esta diferencia es casi imperceptible, lo cierto es que apunta a una ruptura en la concepción previa de la sociedad. Bien es cierto que como hemos dicho no existen sociedades igualitarias puras, pero el hecho de que las diferencias comiencen a plasmarse en los asentamientos – es decir, comiencen a explicitarse – nos parece significativo. Pese a esta situación, a través de los asentamientos de la Primera Edad del Hierro no puede hablarse de diferencias marcadas en la sociedad de este periodo. No hay ni evidencias de edificios singulares que puedan ser interpretados como destinados a usos diferentes del residencial o productivo, ni diferencias significativas en la calidad de los materiales utilizados para la construcción de los edificios, ni otras inversiones de esfuerzo que puedan evidenciar la existencia de desigualdades – siquiera incipientes – en los asentamientos. Incluso las construcciones realizadas en piedra muestran una gran simplicidad en su ejecución y diseño, y creemos que pueden descartarse tanto la presencia de especialistas como la necesidad de recursos excepcionales para su construcción.

De hecho – y éste es un punto importante en nuestra argumentación – la variabilidad aludida tantas veces es, en nuestra opinión, una evidencia de que estos cambios se encuentran en un estado incipiente de desarrollo y que aún no han sido interiorizados completamente por la sociedad ni mucho menos explicitados en un patrón generalizado y aceptado universalmente. La heterogeneidad de los yacimientos de la Primera Edad del Hierro nos mostraría así el comienzo de un proceso de transformación social realizado de manera inconsciente que asume aspectos formales muy diferentes pero que apunta hacia la misma dirección: la consolidación una nueva identidad que ya no es del todo igualitaria. Las diferencias que observamos en los asentamientos corresponden a las correspondientes estrategias de redefinición social que persiguen la afirmación de un tipo de sociedad cada vez más restringido. En ese sentido, la aparición de cercas que rodean los yacimientos – muchas veces no completamente – parece adquirir un valor especial, pues todo muro constituye a la vez una barrera física y simbólica que divide a los habitantes del asentamiento y los ajenos al mismo. Es interesante que esos cambios coincidan temporalmente con la documentación de las primeras necrópolis en la región.

Pese a lo significativo del proceso, es necesario no sobredimensionar sus consecuencias. Que los yacimientos de los primeros siglos de la Edad del Hierro parezcan evidenciar una creciente complejidad basada en la diferenciación no implica que esta desigualdad se consolide, ni mucho menos que devenga en una jerarquización social. Tan sólo nos habla de una sociedad que se está transformando y buscando de manera inconsciente mecanismos para institucionalizar socialmente ese cambio. Lo que creemos es que la evolución del poblamiento en la región muestra el tipo de asociación más común entre sedentarización, posibilidad de incremento de excedentes – pues como hemos visto en el análisis de los patrones de asentamiento parece que la demografía era muy baja – y aumento de complejidad que hemos analizado en el capítulo dedicado al estudio de la organización social. La presencia de estas condiciones abría la puerta – aunque no de manera ineludible – a la aparición de desigualdades y progresivamente de jerarquización social. En estos momentos no se percibe ese proceso en los asentamientos del valle medio del Tajo, pero si indicios claros de cambios internos en la sociedad.

4.2.3. La cultura material

Sin duda, una de las cuentas pendientes de la arqueología de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo es el estudio sistemático de la cultura material recuperada en los yacimientos. Sí se han realizado algunas aproximaciones a partir de algunos yacimientos o de trabajos de prospección, pero éstas no han sido exhaustivas ni han estado apoyadas por una recopilación suficiente de materiales como para establecer unos criterios relativamente ajustados de clasificación. Tampoco ha existido una interpretación de esta cultura material, más allá de la búsqueda de influencias exógenas al valle que puedan apreciarse en la misma. Por tanto, uno de los objetivos de esta tesis era tratar de sintetizar la información disponible y ofrecer un esquema claro de un registro arqueológico que ha crecido exponencialmente en la última década. En el caso de la cultura material, se trata de ordenar un corpus de información abundante aunque desigual, con problemas de adscripción cronológica y con carencias notables en el campo de la recopilación, sistematización y publicación de materiales. Este apartado no pretende establecer un cuadro cronotipológico para los materiales de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo, sino presentar unas tendencias lo más específicas posibles que ayuden a contextualizar cronológicamente los materiales y a valorar sus posibles implicaciones sociales y económicas.

Y sin embargo, esta contextualización cronológica y formal que, hemos desarrollado de manera más extensa en el Anexo 5 de este trabajo, no deja de ser un paso necesario – obligatorio más bien, dada la ausencia de aproximaciones a la cultura material de este periodo en nuestra región – para valor el papel jugado por la cultura material en la sociedad del valle medio del Tajo en estos siglos. En definitiva, qué información puede transmitirnos el repertorio cerámico, lítico o metálico sobre la sociedad que lo utilizó, gestionó, manipuló o desechó. Por supuesto, las cerámicas protohistóricas del valle medio del Tajo no son la sociedad del valle medio del Tajo, y cualquier aproximación a una propuesta de reconstrucción de esta sociedad debe apoyarse en un conjunto de evidencias o tendencias que abarque todos los ámbitos de la realidad reconocibles arqueológicamente, pero hay algunos elementos en la evolución de la cultura material de los siglos VIII y VII a.C. que pueden ayudarnos a comprender cuáles fueron los procesos de cambio desencadenados por la sedentarización de las comunidades que habitaron la región.

La pervivencia de algunos objetos, tipos o decoraciones, su progresiva sustitución por otros, la amortización – práctica o ideológica – de algunas piezas y la aparición de otras, la emulación de objetos escasos o la presencia de piezas exóticas y valiosas son procesos que han sido documentados al analizar la cultura material de los siglos VIII a VI a.C. y que están relacionados con la forma en que sus usuarios la comprendieron, utilizaron o desearon. Asimismo, pueden analizarse otro tipo de problemas como el grado de desarrollo tecnológico alcanzado en la fabricación de los objetos, la existencia o no de especialistas, la presencia de redes de intercambio estables – o no – y a qué escala, el grado de riqueza (y la igualdad o desigualdad de su distribución) a la hora de acceder a determinados productos, el posible uso ideológico de los mismos, etc. En definitiva, todos estos elementos nos pueden aportar datos clave para valorar el grado de complejidad social, los parámetros en que ésta se desenvuelve, la presencia o no de desigualdades, sus características y sus evidencias arqueológicas y las posibles transformaciones en la sociedad a lo largo de un periodo superior a los dos siglos. Hemos decidido trasladar los

aspectos más técnicos del análisis de la cultura material al Anexo 5 con objeto de evitar una exposición demasiado extensa y técnica, y centrarnos en las tendencias generales observadas y sus implicaciones socioeconómicas. El Anexo 5, por tanto, recopila el conjunto de la información, incluidos muchas imágenes y gráficas que apoyan la información que presentamos aquí y que no se han incluido para no alargar excesivamente este capítulo.

4.2.3.1. La fase antigua de la Primera Edad del Hierro

El proceso comienza en torno al siglo VIII a.C., en medio de ya discutido proceso de disolución del horizonte Cogotas I y la aparición de las denominadas fases regionales – de las que Pico Buitre es sin duda la más conocida y mejor definida. En realidad, la aparición de estas facies, definidas principalmente a través de los materiales recuperados en los yacimientos, es una consecuencia lógica del progresivo proceso de sedentarización de los grupos de Cogotas I que ocurre durante los siglos IX – VIII a.C. La limitación de los movimientos de estos grupos ligados cada vez más a la tierra y la reducción de la frecuencia e intensidad de contactos con los grupos más lejanos llevaron a la ruptura de la uniformidad de la cultura material previa, que progresivamente se fue modificando para reflejar tradiciones más locales.

Es importante recordar, aunque sea obvio, que la cultura material es en mayor o menor medida reflejo de la sociedad que la produce. Y si tenemos esto claro, parece haber una correspondencia bastante directa entre el proceso de sedentarización y adaptación a unas condiciones climáticas diferentes planteado a partir del siglo IX a.C. y algunos de los patrones decorativos y formales observados en la cultura material de yacimientos como Camino de las Cárcavas, La Cantueña o las fases más antiguas de Dehesa de Ahín. La sociedad que surgió tras el final de Cogotas I en el Valle medio del Tajo probablemente consideraba que su modo de vida era esencialmente idéntico al de sus antecesores, aunque sabemos por los patrones de asentamiento y otras evidencias arqueológicas que no era así. La cerámica, en este momento especialmente, muestra esta misma contradicción, con formas y decoraciones que mantienen el recuerdo de las realizadas en Cogotas I, pero que ya no son exactamente iguales. Las largas discusiones acerca del origen de un determinado motivo y de las influencias de fenómenos como los Campos de Urnas o Cogotas I no dejan de ser circunloquios que dejan de lado el núcleo del problema: la redefinición de la cultura material en una sociedad en transformación. Lo importante no es, en nuestra opinión, el origen de una u otra forma, técnica decorativa o motivo. Lo importante es analizar el proceso por el que una determinada sociedad asume estas nuevas influencias y desecha o modifica las antiguas. En nuestro caso de estudio, parece claro que la variabilidad y la falta de cánones es la norma, lo que puede asociarse con la situación de una sociedad que se encuentra en pleno proceso de adaptación a una nueva realidad económica, social e incluso cognitiva.

Esta falta de cánones se aprecia especialmente en el carácter híbrido de los conjuntos cerámicos en los que puede hablarse de formas que continúan tradiciones anteriores, como piezas de carena alta y tendencia hemiesférica o troncocónica, de borde exvasado y cuerpo bitroncocónico o acampanado, cuencos de borde entrante y algunas piezas de borde exvasado y apuntado y paredes rectas (fig. 4.45). Junto a estos materiales aparecen otros que parecen avanzar tipos característicos de momentos posteriores, especialmente algunos cuencos

pequeños y de carena muy marcada que son característicos de la fase más antigua de la Primera Edad del Hierro. La principal diferencia con los localizados en yacimientos como el Cerro de San Antonio es el patrón decorativo, que en los modelos más antiguos carece de decoración o si existe entronca con modelos propios de Cogotas I, mientras que en momentos posteriores está caracterizado por frisos incisos metopados desarrollados sobre la carena. El conjunto se completaría con piezas comunes a lo largo de todo el periodo, como cuencos hemiesféricos y piezas de borde recto y plano y paredes rectas, a menudo con decoraciones digitadas en la parte superior del borde.

Tradicionalmente, es en la decoración de las cerámicas (fig. 4.46) donde se ha creído detectar mejor la fusión de los elementos de tradición de Cogotas I con las influencias de Campos de Urnas (Ortiz, J. R. *et al.* 2007: 48; Ruiz, G. 2007: 46-8). Decoraciones como el boquique, la excisión o los dientes de lobo y espinas de pez aparecen, en mayor o menor medida en los yacimientos del comienzo de la Edad del Hierro, combinadas principalmente con incisiones y formando diseños muy diferentes a los documentados en Cogotas I, aunque es muy difícil valorar hasta qué punto estos cambios en las técnicas decorativas obedecen a influencias culturales – y en qué grado y con qué intensidad se producen – y si son reflejo de otras transformaciones más importantes o simples reminiscencias de las tradiciones decorativas previas. Sí es importante, por su simbolismo, la aparición de un antropomorfo esquemático tocado con un sombrero (Almagro, M. *et al.* 1996; López, L. *et al.* 1999; Ortiz, J. R. *et al.* 2007: 50) que durante mucho tiempo fue considerado una pieza excepcional pero que en estos momentos presenta al menos tres paralelos en Cerro de San Antonio, Dehesa de Ahín III (ambos pintados) y La Cuadrá, realizado con incisión y muy similar pero que representa claramente a una figura femenina, todos ellos datados en la fase más antigua de la Primera Edad del Hierro. En cuanto al tratamiento de las paredes, comienza a plantearse una dicotomía muy clara entre piezas que reciben un acabado muy cuidado – espatulado o bruñido –, generalmente de pequeño tamaño y piezas con acabados más bastos – simples alisados, tamaño medio o grande. Esta dicotomía va a extenderse a los tipos de decoraciones, reservándose algunos tipos muy específicos para las piezas más comunes y reservando la mayoría de técnicas y diseños para las cerámicas de mejor calidad.

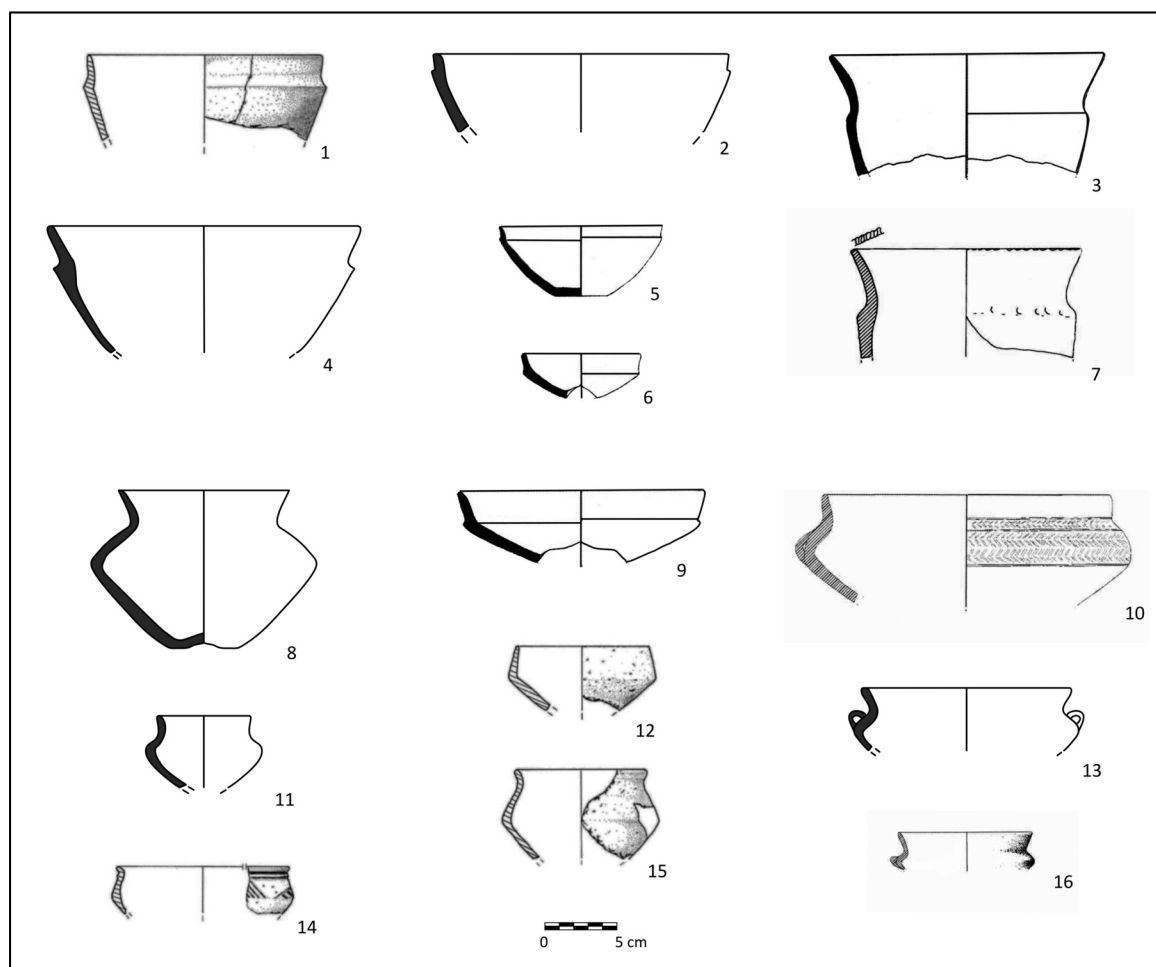


Figura 4.45: materiales de la transición entre las edades del Bronce y del Hierro. 1, 12, 14-15 La Cantueña, 7, 10, 16 Camino de las Cárcavas, 2-3, 5-6 Dehesa de Ahín, 4, 8-9, 11, 13 Capanegra

En cuanto al material lítico, aunque ha sido dejado de lado en la mayoría de trabajos, los datos aportados por Camino de las Cárcavas (Ortiz, J. R. *et al.* 2007: 57-60), La Cantueña (Sanguino, J. *et al.* 2007b: 114-115) y en menor medida Dehesa de Ahín (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 97) permiten plantear un horizonte relativamente bien definido, una de cuyas principales características sería el uso generalizado de lascas, siendo muy escasa la industria realizada sobre soportes laminares. Este predominio es evidente en Camino de las Cárcavas (Ortiz, J. R. *et al.* 2007: 57), Dehesa de Ahín (Rojas, J. M. *et al.* 2007: 97) y La Cantueña (Sanguino, J. *et al.* 2007b: 114), donde el 86% de los útiles se han realizado sobre este soporte, y es característico de finales de Cogotas I y la Edad del Hierro, sustituyendo a las industrias laminares características de periodos más antiguos (Ortiz, J. R. *et al.* 2007: 60). El tipo más frecuente son los denticulados con morfologías cuadradas o rectangulares y secciones triangulares o trapezoidales, que constituyen el tipo más abundante en Camino de las Cárcavas y La Cantueña y el único en Dehesa de Ahín. Ocasionalmente se han recogido algunas hojitas y cuchillos de dorso realizado sobre una lasca (Sanguino, J. *et al.* 2007b: 114). La alta representatividad de este tipo de útiles denticulados en los yacimientos, asimilados comúnmente a dientes de hoz, se justifica por ser el último elemento de la industria lítica en ser sustituido por herramientas metálicas (Ortiz, J. R. *et al.* 2007: 60).

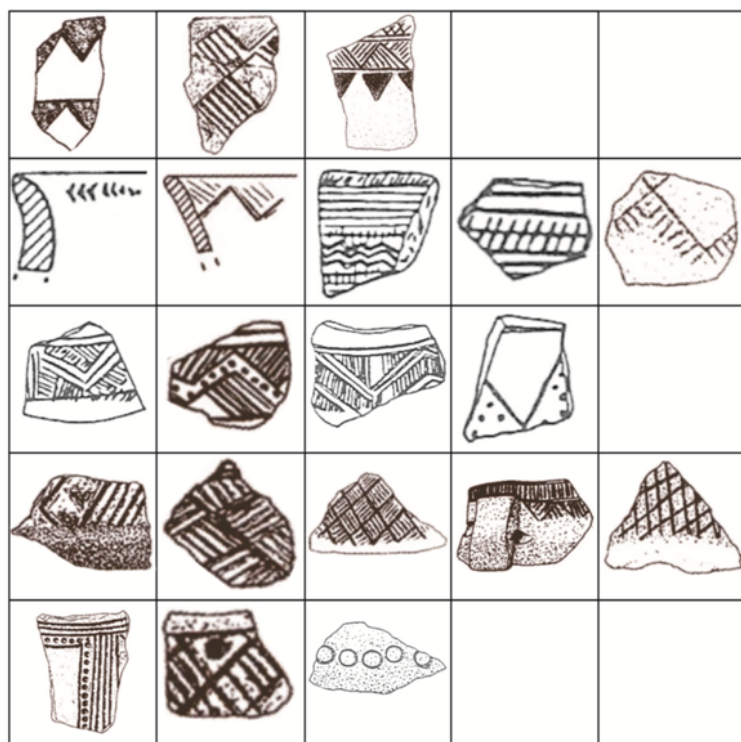


Figura 4.46: decoraciones características de la transición entre las edades del Bronce y del Hierro documentadas en Camino de las Cárcavas

En general y dejando de lado los denticulados, la industria es poco elaborada y parece haber estado condicionada por un aprovechamiento rápido, enfocada a determinados útiles muy concretos sujetos a un fuerte desgaste y continua renovación, que no necesitan de una elaboración cuidadosa para cumplir su función. Esta escasa especialización se confirma con la poca preparación de los soportes y el uso de otras materias primas alternativas cuando el sílex no está disponible. Las características de la industria

lítica de este periodo estarían mostrando, por tanto, las consecuencias de su progresiva

marginalización frente otros materiales, aunque en estos primeros momentos esta marginación presenta algunos problemas interpretativos ya que no se aprecia herramientas como los cuchillos o raspadores sean sustituidos por piezas metálicas. En este sentido, la ausencia de metales en estos momentos es especialmente llamativa en esta región, hasta el punto de que tan sólo se han documentado dos piezas relativamente bien contextualizadas arqueológicamente. Se trata del fragmento de placa de sección plana rectangular y del colgante subtriangular de bronce localizados en Camino de las Cárcavas (Ortiz, J. R. *et al.* 2007: 52-53).

Tras este periodo de cambios y hacia la mitad del siglo VIII a.C. se aprecia una tendencia progresiva al establecimiento de un conjunto de formas y tipos estandarizados y regularizados – dejando de lado variaciones en los motivos decorativos – cuya máximo desarrollo coincide con la evidencia arqueológica de asentamientos como Las Camas, Cerro de San Antonio o Dehesa de Ahín III. Estos yacimientos más antiguos han sido interpretados como los primeros de la Edad del Hierro propiamente dicha, y a ellos se asocia un conjunto de materiales muy estandarizados. De nuevo parece haber un paralelismo entre sociedad y cultura material, en este caso con tendencia hacia la estabilización, terminando de adaptarse a una nueva realidad la primera y uniformizándose la segunda. Esta cultura material estandarizada – como lo era la asociada a Cogotas I – apunta un tipo de sociedad estable, en la que se ha instaurado una forma canónica de habitar y concebir el mundo que tiene su eco en una cultura material muy específica. En esta estructuración de la cultura material pueden rastrearse fundamentalmente cuatro aspectos: repetición sistemática de determinadas formas y decoraciones en los yacimientos, normas muy claras de asociación entre determinados modelos cerámicos, su función y las técnicas decorativas empleadas en su fabricación; ampliación de los repertorios cerámicos con una tendencia marcada a un mayor individualismo en el consumo de alimentos y aparición en

pequeñas cantidades pero de manera recurrente de piezas de características singulares y calidad muy por encima de la media.

Formalmente, se aprecia una clara reducción de la presencia de piezas características de etapas anteriores, como las piezas con carena alta y formas troncocónicas o hemiesféricas y las formas globulares con borde entrante. Por el contrario, se aprecia un progresivo desplazamiento de la carena hasta la mitad de la pieza y una disminución del tamaño de muchas de estas piezas carenadas que da lugar a una de las piezas más características de estos momentos: los pequeños cuencos carenados y bruñidos, con carena muy marcada, borde con diámetro inferior o igual al de la carena y decoración incisa en forma de metopa sobre la carena (fig. 4.49). En general se trata de piezas de muy buena calidad que probablemente se utilizaran en ocasiones especiales y dado su pequeño tamaño, para consumo individualizado, lo que parece confirmar una tendencia a la disminución de tamaño de las vajillas desde la Edad del Bronce que apunta a la sustitución de pautas comunales de alimentación por otras más cerradas (Ruiz, G. 2007: 55). La amplia dispersión de estas cerámicas y su relativa abundancia parecen descartar un uso exclusivo por posibles élites, pero sí cierta restricción asociada quizá al rango y a posiciones individuales de prestigio en la comunidad, algo que como veremos parece rastrearse en otras evidencias del registro arqueológico. Junto a estas piezas se multiplican los cuencos, tanto hemiesféricos como troncocónicos y las fuentes carenadas de tendencia hemiesférica (fig. 4.49).



Figura 4.47: decoración escobillada. Fotografía ARTRA S.L.

La estandarización cerámica se amplía a técnicas decorativas, tratamientos de paredes y formas cerámicas en función del uso de las piezas. Así, las cerámicas de factura más tosca destinadas a almacenar, procesar y cocinar alimentos muestran de manera recurrente tratamientos de escobillado en sus paredes combinados con ungulaciones o digitaciones sobre el borde (fig. 4.47), hasta el punto de que esta combinación es tan característica de la Primera

Edad del Hierro en el valle medio del Tajo como los cuencos carenados descritos arriba. Junto a estas dos técnicas, la cerámica tosca concentra otro tipo de decoraciones menos abundantes como las aplicaciones plásticas, las acanaladuras o los reticulados incisos toscos y profundos. Por el contrario, las cerámicas de mejor calidad presentan superficies bruñidas o cuidadosamente alisadas, y la decoración más habitual es la incisión fina realizando una enorme variedad de motivos (fig. 4.48), combinada en algunos casos ya muy minoritarios con punteados romos, excisiones y otros motivos de la tradición de Cogotas I. En algunos casos las incisiones presentan incrustaciones de pintura blanca o roja aplicada después de la cocción, o aparecen combinadas con motivos pintados.

Otra de las características de este periodo es la evidencia de relaciones con otras regiones peninsulares, que se plasma en la adopción de técnicas decorativas y más raramente en la presencia de objetos de importación. En el caso de la cerámica, éstas influencias se plasman



Figura 4.48: decoraciones incisas de cuencos carenados característicos del horizonte Cerro de San Antonio. Fotografía ARTRA S.L.

fundamentalmente en la aparición de la pintura postcocción y de la cerámica con tratamiento de engobe rojo como técnicas decorativas, reinterpretadas en piezas y diseños locales, y que, al menos en el segundo caso obedece a la emulación de piezas de origen fenicio o al menos meridional (Blasco, M. C. y Baena, J. 1989: 228). Esta influencia del mundo mediterráneo vendría apoyada por la aparición de piezas como el grafito fenicio documentado en Las Camas, que apuntan a influencias orientalizantes que serán mucho más explícitas en momentos posteriores.

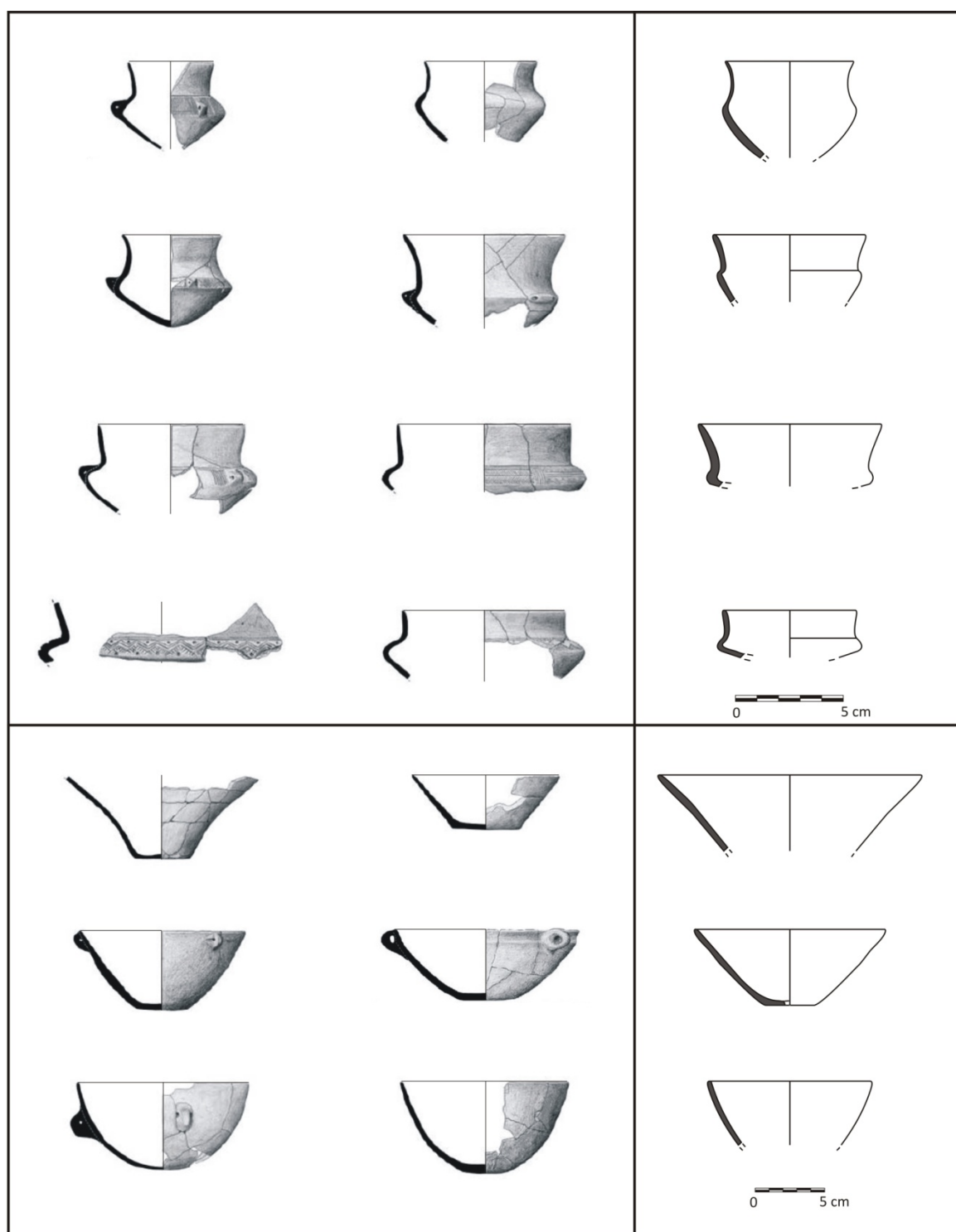


Figura 4.49: formas características de los comienzos de la Primera Edad del Hierro. Izquierda, Las Camas (sin escala en el original). Derecha, Cerro de San Antonio.

La pintura postcocción ha sido localizada en una decena de yacimientos de la región y su introducción en la región podría plantearse alrededor del siglo VIII a.C., siendo característica del momento más antiguo de la Primera Edad del Hierro y perdurando de manera muy minoritaria hasta fechas tan tardías como el siglo V a.C. Los colores más utilizados son el amarillo y el rojo y en menor medida el amarillo, en ocasiones combinados aunque predomina la monocromía. En cuanto a los diseños, son generalmente bandas y líneas simples y formas geométricas –

espiguillas, rombos, retículas, e incluso imitaciones de dientes de lobo 1 – y al menos en tres casos, figuras esquemáticas. En cuanto a las formas cerámicas donde se documenta este tipo de decoración, son generalmente piezas características de este periodo, sin que se haya detectado hasta ahora una asociación exclusiva entre determinados tipos cerámicos y esta técnica.

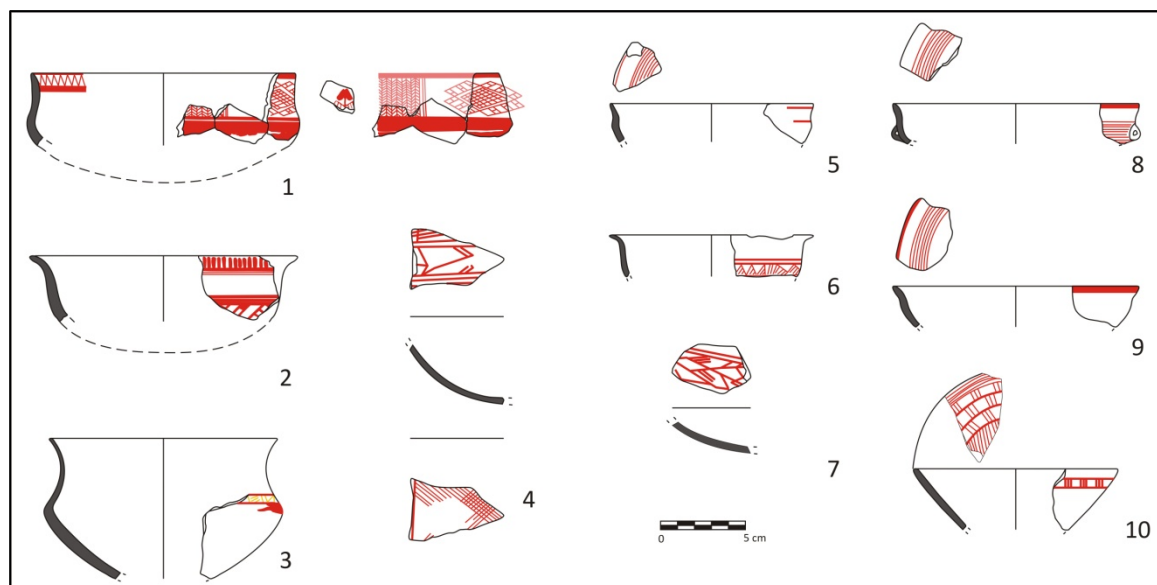


Figura 4.50: cerámicas con pintura postcocción. 1-3 Cerro de San Antonio. 4-10 Dehesa de Ahín III. Adaptado de (Blasco, M. C. *et al.* 1991, fig. 60) y (Rojas, J. M. *et al.* 2007, fig. 35)

Este tipo de pintura es probablemente uno de los más difíciles de contextualizar dada su amplia dispersión por toda la Península ibérica y la posibilidad de que existan diferentes grupos geográficos en función de las influencias recibidas. Un vistazo a los diferentes grupos propuestos (Cáceres, Y. 1997: 127-129) muestra los problemas de análisis de este tipo de cerámicas que, en cualquier caso, parecen tener su origen último en el Mediterráneo Oriental y adscribirse a la transición del Bronce Final – Edad del Hierro. Aunque los materiales del valle medio del Tajo han sido poco estudiados, tradicionalmente han sido datados en una etapa relativamente tardía (s. VII a.C.) que vistos los datos de yacimientos como Las Camas y los resultados de nuestro análisis multivariante deberían retrasarse al menos hasta el siglo VIII a.C., aunque las fechas del siglo IX a.C. que proponen los responsables del yacimiento de Las Camas nos parecen excesivas y asociadas a una presencia fenicia en ese momento (Urbina, D. *et al.* 2007: 66) que no está confirmada. Lo que sí está claro es la larga perduración de estas cerámicas durante toda la Primera Edad del Hierro, disminuyendo progresivamente en nuestra zona hasta su amortización en contextos funerarios en épocas tan tardías como el siglo VI a.C. en el caso de la necrópolis de Las Madrigueras.



Figura 4.51: cerámica de engobe rojo. Fotografía ARTRA S.L.

Junto a la pintura postcocción, comienzan a aparecer cerámicas con engobe de color rojizo o castaño que fueron denominadas inicialmente cerámicas “a la almagra”, aunque poco a poco esta denominación ha sido sustituida por la de cerámicas de engobe rojo, que creemos más adecuada ya que evita la confusión con las cerámicas neolíticas que también reciben ese nombre. Se trata de piezas con paredes de color rojizo – castaño procedente de una imprimación rica en hierro que se

aplica sobre ambas caras de la pieza (Blasco, M. C. *et al.* 1991: 113) y que puede ser un engobe de cierta densidad aplicado bañando la pieza o usando un pincel. En las piezas de mejor calidad la aplicación del pigmento fue combinada con la técnica del bruñido, sin que generalmente presenten otro tipo de decoración más allá del engobe. Como en el caso de las cerámicas decoradas con pintura postcocción, no hay un tipo cerámico específico que reciba este tipo de tratamiento, aunque en general suelen ser piezas de tamaño medio o pequeño. En el caso de Las Camas predominan las de casquete esférico con pequeñas curvaturas bajo los bordes vueltos y redondeados, que marcan el hombro de la vasija (Urbina, D. *et al.* 2007: 65), aunque también aparecen en vasos troncocónicos o cazuelas de base puntiaguda. En Cerro de San Antonio aparecen sobre todo en cuencos carenados, ollas de borde acampanado y cuencos hemiesféricos.

La interpretación más habitual de este tipo de cerámicas fue propuesta a partir de los datos de Cerro de San Antonio, como ejemplo de las influencias procedentes del Mediterráneo oriental (Blasco, M. C. *et al.* 1991: 149), aunque luego fue matizada, especialmente tras la excavación de La Capellana, para ser puesta en relación con la presencia fenicia en la Península ibérica. Las cerámicas de engobe rojo obedecerían por tanto a una emulación de las piezas de barniz rojo fenicias (Blasco, M. C. y Baena, J. 1989). Esta propuesta ha sido admitida para otros yacimientos como Las Camas (Urbina, D. *et al.* 2007: 65) basándose además en similitudes formales de las cerámicas. En general, sin embargo, la cerámica de engobe rojo aparece de forma minoritaria en este momento y se hace más abundante en momentos posteriores, durante los siglos VII a.C. y especialmente durante el siglo VI a.C. En la misma línea interpretativa que señala influencias exógenas en la cultura material del valle medio del Tajo estarían algunas piezas excepcionales relacionadas con el mundo orientalizante localizadas en el yacimiento de Las Camas, como el grafito interpretado como la letra fenicia *het* (Urbina, D. *et al.* 2007: 76), un fragmento de brazalete de marfil y un soporte de carrete con baquetón circular cuyos paralelos más cercanos han sido localizados en modelos de inspiración “tartésica” como el del Cerro de las Ánimas (Granada), con una cronología amplia entre los siglos VII-VI a.C. (Gassul, P. 1982: 77) y que es similar al localizado en Puente Largo del Jarama (Muñoz, K. y Ortega, J. 1997: 145, 161). La presencia de estos materiales entra de nuevo en contradicción con la cronología muy antigua defendida para el yacimiento en torno al siglo IX a.C., y son más coherentes con un momento

avanzado de este primer periodo, a finales del siglo VIII o comienzos del siglo VII a.C. cuando se debió abandonar definitivamente el yacimiento.

La uniformidad que defendemos para los momentos más antiguos de la Primera Edad del Hierro corresponde no sólo a determinadas preferencias estilísticas o funcionales. Para cualquier sociedad, la cultura material no es sino un ámbito más a través del que se construye una determinada concepción del mundo. Los objetos utilizados se convierten así en expresiones de un orden en apariencia inmutable, simbolizando una manera – la correcta – de fabricarlos y utilizarlos. Por eso, más allá de valores cronotipológicos, nos está hablando de un conjunto de poblaciones que mantienen una concepción común de su cultura material, e indirectamente esta uniformidad también estaría apuntando hacia un concepto también similar de sociedad e identidad.

En ese sentido, la estandarización de decoraciones y tratamientos técnicos asociados a determinadas piezas – con funciones muy determinadas – apunta a una creciente complejidad de la cultura material, que comienza a adquirir normas canónicas de elaboración dependiendo del tipo de pieza fabricado. Estas diferencias existían hasta cierto punto en etapas anteriores, pero en la Primera Edad del Hierro parecen acentuarse y volverse cada vez más rígidas, de manera que la función de una pieza determina en gran medida no sólo la calidad de la misma – algo hasta cierto punto lógico – sino que también condiciona el tipo de tratamiento de paredes o las decoraciones empleadas. Ya hemos visto el caso de los pequeños cuencos carenados; en el otro extremo podrían situarse las piezas de tamaño medio o grande y factura tosca, asociadas de manera recurrente al escobillado de sus paredes y a la presencia de ungulaciones o digitaciones en el borde. Esta diversidad se acentúa por otras dos tendencias ya analizadas en apartados anteriores: la ampliación sustancial de los repertorios cerámicos – que apunta a una progresiva especialización de las actividades de procesado y consumo de alimentos – y las crecientes diferencias en la calidad de los objetos, apareciendo piezas de excelente factura para las que podría suponerse un uso asociado a ocasiones especiales.

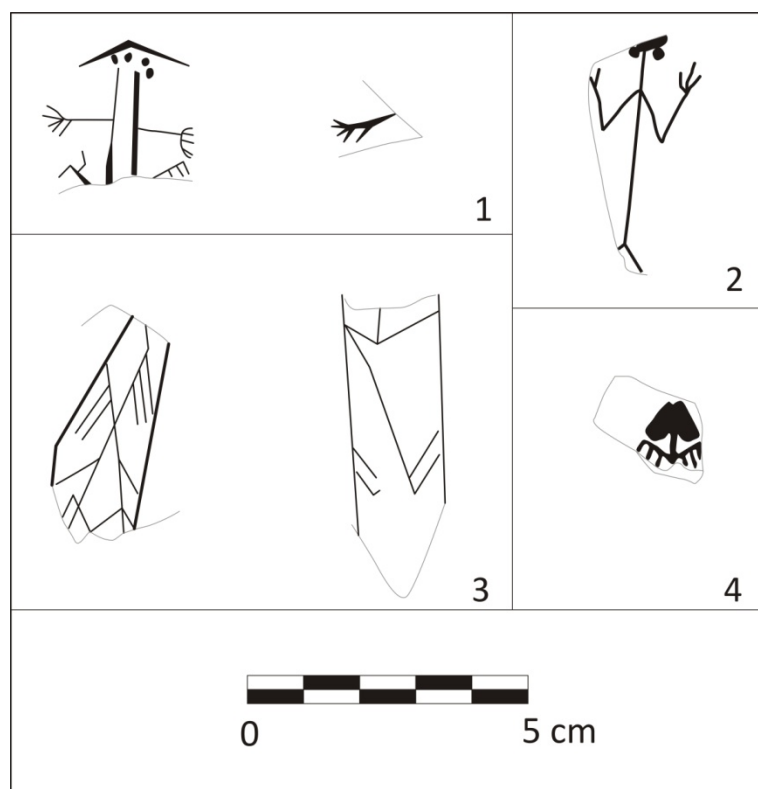
Esta creciente complejidad de la cultura material es reflejo de una sociedad que tiende a una cada redefinición social en la que no todos los objetos tienen el mismo valor y probablemente no son utilizados por las mismas personas. Aunque es difícil valorar hasta que punto algunas piezas presentaban una distribución restringida dentro del grupo, un vistazo a los repertorios de cerámicas de Cogotas I y la Primera Edad del Hierro apunta a la desaparición progresiva de piezas de gran tamaño asociadas al consumo comunitario de alimentos, tradicionalmente relacionado con la percepción de los grupos del Bronce Final como sociedades con escasa diferenciación social.

Es precisamente esa tendencia al individualismo en el consumo de los alimentos y bebidas una de las características más resaltadas por aquellos autores que se han ocupado de la evolución de los tipos cerámicos en la región y de sus posibles connotaciones sociales (Ruiz 2007: 55). De nuevo el mejor ejemplo lo constituyen los pequeños cuencos carenados de evidente uso individual, lo que unido a su superior calidad podría insinuar la existencia de un tipo de objetos restringido a individuos destacados dentro del grupo. Unido a otros indicadores como la progresiva aparición de piezas excepcionales – metálicas o cerámicas – importadas o imitadas, la

tendencia al individualismo podría insinuar el debilitamiento de la percepción igualitaria del grupo y la aparición de las primeras diferencias en el acceso y uso de determinados objetos.

El individualismo no se plasma tan sólo en las características intrínsecas de la cultura material, sino que puede rastrearse en otros ámbitos de carácter más simbólico, que nos hablan de un reconocimiento progresivo de los individuos dentro de la sociedad. Uno de los elementos más interesante es la aparición de representaciones de figuras humanas en la cerámica de este periodo, que ha pasado de ser excepcional a relativamente frecuente (fig. 4.52). Independientemente del significado de estas figuras – cosmogónico, mitológico o asociado a procesos de reafirmación de determinados individuos o linajes frente al resto del grupo – lo importante es el reconocimiento del ser humano como diferenciado del resto de la realidad que lo rodea, de la Naturaleza en la que se ha insertado desde nuestro comienzo como especie.

En nuestra opinión, es imposible que en estos momentos iniciales del proceso de surgimiento de las diferencias sociales un determinado individuo se concibiese así mismo aislado del resto de su comunidad, puesto que supondría un proceso de autorreconocimiento individual muy complejo y que históricamente ha venido acompañado de evidencias arqueológicas muy claras – grandes diferencias en el acceso y distribución de los recursos, alta especialización de las funciones sociales, religiosas o económicas, etc. – que no se detectan en el valle medio del Tajo en este periodo. Lo que sí pueden simbolizar estas figuras humanas es un paso intermedio que fue analizado al plantear nuestra metodología de interpretación social: la aparición de las primeras



divisiones identitarias dentro de la concepción unitaria original de la sociedad. Por una parte, como hemos dicho, la individualización de la figura humana supone una ruptura dramática con la anterior percepción de la realidad, en la que ser humano y naturaleza son de hecho uno. Puesto que como hemos dicho es inasumible en estos momentos la existencia de una individualidad tal y como es entendida actualmente, estos antropomorfos podrían representar más bien un arquetipo, bien sea un ser divino o heroico, un ancestro mitológico de un grupo determinado o el propio grupo.

Figura 4.52: representaciones antropomorfas de la Primera Edad del Hierro. 1. Camino de las Cárcavas 2. La Cuadrá. 3. Dehesa de Ahín 4. Cerro de San Antonio. 1 y 2 incisas, 3 y 4 pintadas. Adaptado a partir de (ARTRA 2010: 90; Lucas, M. R. y Alonso, M. A. 1989, fig. 2; Ortiz, J. R. *et al.* 2007, fig. 4; Rojas, J. M. *et al.* 2007, fig. 35)

Como vimos al hablar de las teorías sobre el surgimiento de las desigualdades sociales, uno de los pasos en los que estas se consolidan es en la aparición de linajes míticos que identifican a grupos de parentesco y que configuran clanes que rompen de hecho la estructura igualitaria anterior. La aparición de estas representaciones antropomorfas sería un indicio muy explícito de un proceso de progresivo distanciamiento entre ser humano y naturaleza, al que aludimos al comienzo de este capítulo al valorar los cambios conceptuales que provoca la sedentarización. Este distanciamiento entre ser humano y medio no dejaría de ser el inicio de un proceso más largo, puesto que una vez diferenciados Naturaleza y ser humano, se abre la puerta a este mismo proceso entre grupos, linajes, parentescos y, finalmente, individuos.

Junto a esta evidencia de carácter más simbólico, en este periodo se han documentado otras que apuntan a este creciente individualismo en determinadas figuras del grupo. Es el caso de la aparición de las primeras pinzas de depilar en yacimientos como Las Camas (Urbina, D. *et al.* 2007: 72). El simbolismo de estos objetos ha sido ampliamente discutido (Treherne, P. 1995) y de nuevo apunta a cambios en la autoconciencia corporal y en la modificación de las identidades que progresivamente se hacen más individuales. Aunque para nuestro ejemplar no tenemos datos, en general este tipo de piezas se asocian a individuos masculinos adultos, que serían los que iniciarían antes el proceso de individualización (Hernando, A. 2002: 132)

Como vemos, por tanto parece haber en la cultura material de los primeros yacimientos de la Primera Edad del Hierro una tendencia a la disgregación del *ethos* comunitario anterior, en un proceso similar al documentado en otras áreas. Estos cambios, como hemos visto se basan en algunos elementos poco numerosos pero que apuntan de manera bastante explícita hacia una nueva forma de percibir el mundo y las relaciones intragrupalas vienen reforzados por la aparición de nuevo escasa – pero de nuevo recurrente – de objetos con un fuerte valor añadido bien por su exotismo, bien por estar realizados con una tecnología desconocida o poco utilizada en la región, bien por el trabajo adicional que representa su fabricación y que evidentemente no estaban al alcance de todos los miembros del grupo.

Dentro del segundo tipo de objetos destacan especialmente los realizados en bronce (fig. 4.53). Tan sólo en Las Camas se han documentado evidencias de actividad metalúrgica durante la Primera Edad del Hierro y la producción y distribución de los objetos fabricados en bronce parece haber sido bastante limitada. En líneas generales, los objetos metálicos de este periodo son a piezas destinadas al adorno personal como las fíbulas, o a herramientas de pequeño tamaño, como puntas de flecha, punzones o escoplos, con una cronología que apunta a un horizonte del siglo VII a.C. Sin embargo, las características técnicas de los objetos muestran en general rasgos arcaicos más propios de la Edad del Bronce, como los bajísimos porcentajes de plomo en la composición de las piezas (Blasco, M. C. *et al.* 1991: 187; Montero, I. 2001: 289; Urbina, D. *et al.* 2007: 75), característicos de la transición del Bronce Final a la Edad del Hierro, la documentación de la co-reducción de los minerales, o la tipología circular de las toberas documentadas en las Camas apunta a un momento antiguo más cercano al Bronce final que al a la Primera Edad del Hierro.

Aunque los datos son incompletos, la escasez de objetos de bronce en la región parece un hecho, lo que sin duda debió promocionar el valor de las escasas piezas disponibles haciendo

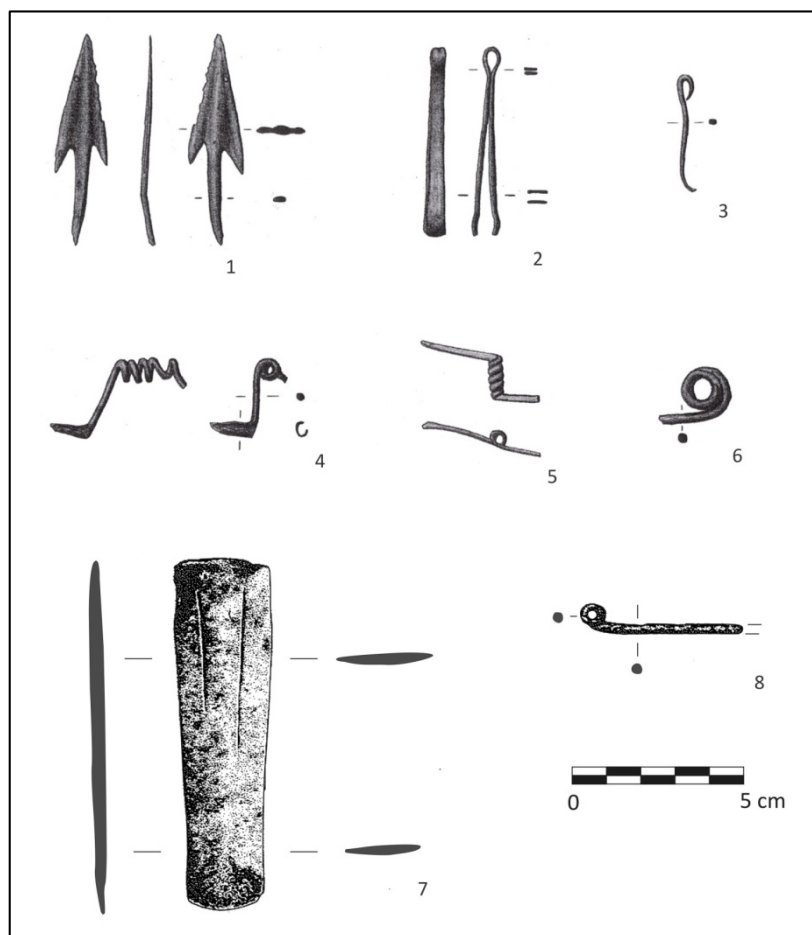


Figura 4.53: objetos metálicos procedentes de Las Camas (1-6) (Urbina, D. *et al.* 2007, fig. 21) y Cerro de San Antonio (Blasco, M. C. *et al.* 1991, fig. 67). 1-6 sin escala en el original.

difícil su obtención. Es evidente que poca gente dentro de los grupos del valle medio del Tajo podía permitirse la posesión de una fíbula de doble resorte, lo que nos lleva a plantear la existencia de diferencias de riqueza dentro de los grupos, que propiciarían un acceso diferencial a este tipo de objetos. Indirectamente, su escasez explicaría la larga pervivencia de algunos tipos de fíbulas, el solapamiento de fíbulas de diferentes tipos (como las de doble resorte de puente de sección circular y puente de cinta) e incluso desfases como el de la fíbula de codo de la necrópolis de Las Madrigueras. Algo

parecido ocurre con los escasos objetos de influencia u origen orientalizante localizados en la región en este periodo. A su origen y diseño exóticos se une en algunos casos su gran calidad técnica, como el brazalete de Las Camas, y apuntan de nuevo a la existencia de personas con recursos suficientes dentro del grupo como para adquirir este tipo de objetos. Indirectamente, la aparición de las primeras piezas de engobe rojo, que según las interpretaciones más aceptadas imitan los modelos fenicios y serían también un reflejo del gusto por objetos exóticos desconocidos en la región.

¿Son estos objetos una evidencia clara de la existencia de desigualdades sociales dentro de los grupos del valle medio del Tajo? Esta respuesta no puede hacerse sin una valoración global de todos los ámbitos de análisis, pero sí parece evidente es que hay diferencias de riqueza, aun mínimas, entre los miembros de estas comunidades. Hasta qué punto estas diferencias en la riqueza obedecen a desigualdades sociales – y hasta qué punto éstas se encuentran consolidadas – es otra cuestión muy diferente. Como vimos en nuestra propuesta teórica, las diferencias en riqueza pueden existir en sociedades esencialmente igualitarias, fluctuando en función de elementos coyunturales (buenas cosechas, alianzas, inundaciones, etc.) sin que tengan necesariamente que consolidarse como desigualdades sociales. En una sociedad como la del valle medio del Tajo, con una alta incertidumbre sobre los recursos, es poco probable que una acumulación temporal deviniese en poco tiempo en una desigualdad evidente, y que

provocase un acceso diferencial continuado a los recursos. Por otra parte, si la desigualdad estuviera consolidada, estos objetos marcarían un rango (adquirido o adscrito) de parte del grupo. Pero para que un objeto sea indicativo de rango social debe ser a la vez escaso (para que no todo el mundo tenga acceso a él) y estandarizado (para que sea socialmente reconocido como símbolo de rango). En el caso de los objetos de bronce o aquellos de influencia orientalizante, se trata de piezas excepcionales, que evidencian la riqueza de determinados individuos pero que no constituyen un indicativo de rango consolidado. Por supuesto, la posesión de este tipo de objetos conllevaría un determinado capital simbólico, y es evidente que la disponibilidad de mayores recursos otorga un mayor peso a la hora de influir en las decisiones del grupo, pero estos objetos parecen indicar, más que la existencia de un grupo privilegiado con acceso diferencial a determinados objetos de prestigio, los intentos de determinados individuos por adquirir el prestigio necesario para constituir ese grupo.

Más dudas plantea uno de los elementos más característicos de este periodo: la cerámica decorada con pintura postcocción. Este tipo de cerámicas sí que cumple los dos requisitos necesarios para constituir un elemento de rango: escasez y representatividad. Aunque en proporciones muy pequeñas, las cerámicas con pintura postcocción aparecen en la mayoría de yacimientos de este periodo. Es significativo, además, que el tipo de piezas en las que aparece es precisamente pequeñas formas carenadas o abiertas, destinadas evidentemente al consumo individual (algo que también ocurre con las escasas piezas de engobe rojo). También es significativo que de las cinco representaciones de antropomorfos conocidas para este periodo, tres estén realizadas con esta técnica. Este tipo de cerámicas por tanto sí podrían estar marcando la existencia de un conjunto de personas dentro del grupo con un acceso diferencial a determinados objetos y presente en todos los asentamientos, y para los cuales la pintura postcocción podría indicar un cierto rango. Otra cosa es valorar las características de ese rango (adquirido o adscrito), algo que debe hacerse en relación con el acceso diferencial a los recursos.

Desde nuestra perspectiva, por tanto, en la cultura material de los comienzos de la Primera Edad del Hierro parecen confluir tres tendencias: creciente complejidad, diferencias económicas – aunque sean esporádicas – y evidencias de cambios en la percepción del grupo que llevan a la creación de un lenguaje material más individualista y en el que comienzan a aparecer elementos de separación dentro de la sociedad. En nuestra opinión, estos últimos cambios se fraguan principalmente dentro del desarrollo interno de la sociedad de la Primera Edad del Hierro del valle medio del Tajo, pues es sintomático que las piezas con decoración excepcional (como las decoradas con pintura postcocción o engobe rojo) se adapten a un canon establecido por piezas de fabricación local como son los cuencos carenados. Es decir, no se copia una pieza de origen foráneo sino que sus características se aplican a una concepción previa de un tipo de forma concreta (en algunos casos, combinando la decoración foránea y las incisiones tradicionales). Por el contrario, aquellas piezas que por su materia prima, su carácter alóctono o por la complejidad de la tecnología empleada son más difíciles de adaptar (objetos metálicos, piezas de influencia orientalizante, etc.) serían indicadores de las diferencias de riqueza ya apuntadas.

4.2.3.2. Las transformaciones del siglo VI a.C.

A partir del siglos VI a.C. comienzan a documentarse en la cultura material una serie de cambios paralelos a las transformaciones observadas en otros ámbitos como los asentamientos y que pueden resumirse en tres grandes ideas: modificaciones sustanciales de los tipos más característicos de la región, destacando la desaparición progresiva de la decoración de las piezas (incluidos los cuencos carenados), aumento constante cuantitativo y cualitativo de las influencias meridionales y levantinas y aparición de un nuevo espacio simbólico – las necrópolis – donde la cultura material puede ser vehículo de expresión de las nuevas dinámicas de la sociedad.

La desaparición progresiva de la decoración en las cerámicas fue detectada hace tiempo por Kenia Muñoz (1998b: 389) y es muy evidente en la etapa final de la Primera Edad del Hierro. Este empobrecimiento decorativo también afecta al tipo de técnicas empleadas, que a partir de ahora se limita a la incisión, siendo muy escasas otras técnicas como el puntillado o la excisión. Las retículas incisas tienden también a aparecer únicamente en piezas carenadas, frente a la etapa anterior donde se encontraban más generalizadas, aunque no disminuye la calidad de las piezas. Esta disminución de los motivos decorativos se aprecia también en la cerámica tosca, donde disminuyen tanto el escobillado como las ungulaciones y digitaciones en la parte superior del borde. Se generaliza (sin llegar a ser abundante) un tipo de retículas incisas muy profundas y poco cuidadas. Otras piezas como las de carena alta y forma hemiesférica, cuyas influencias podían rastrearse desde el Bronce Final y que eran relativamente abundantes a comienzos del siglo VI a.C. son ahora muy escasas, casi excepcionales.

En cuanto a la cerámica postcocción, se aprecia una clara disminución de esta técnica decorativa que sin embargo no llega a desaparecer del todo, compensada por el aumento significativo de cerámicas de engobe rojo (fig. 4.54) presentes en los yacimientos y que es muy claro al analizar el porcentaje de cerámicas de este tipo presentes en Cerro de San Antonio (1%) y La Capellana (10%) (Blasco, M. C. *et al.* 1993: 57). Este engobe sigue aplicándose a piezas de tipos muy variados, que además ganan en calidad y en ocasiones aparecen combinadas con decoraciones incisas. También aumenta el número de objetos orientalizantes o imitaciones de los mismos documentados en la región, siendo especialmente significativo el caso de Puente Largo del Jarama, donde durante la excavación de una habitación cuadrada con zócalo de piedras se descubrieron varios objetos de este tipo (Muñoz, K. y Ortega, J. 1997). En general, en estos momentos se trata más de imitaciones que de piezas originales como las decoraciones incisas que imitan flores de loto localizadas en varios yacimientos. No parece sin embargo que estas piezas – muy escasas – tuvieran un significado asimilable al de los lugares de origen, y es más probable que fueran reinterpretadas dentro de los contextos locales como objetos de prestigio dentro de dinámicas de adquisición de capital simbólico aún muy poco complejas. En este sentido, las diferencias con yacimientos de regiones cercanas como El Carpio, donde se percibe una clara utilización de los objetos de influencia orientalizante en un contexto muy simbólico, muestra las diferencias de interiorización de la carga ideológica de este tipo de objetos en ambas regiones.

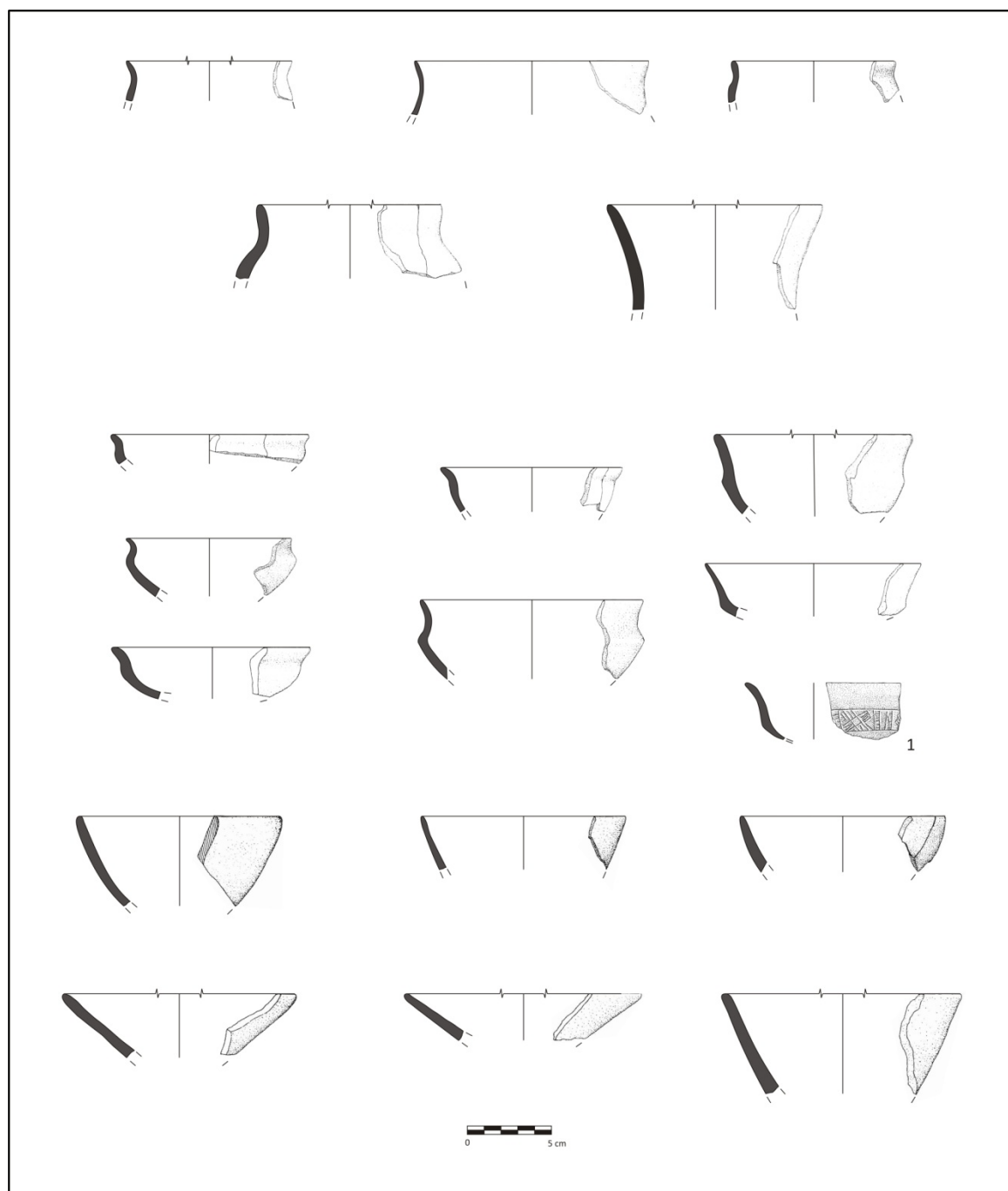


Figura 4.54: materiales de La Capellana. 1 pieza de engobe rojo

¿Qué implicaciones sociales pueden tener estos cambios para los grupos del valle medio del Tajo? En el esquema general – y asumiendo una vez más que tan sólo estamos observando una parte de la información – nos encontramos ante una situación similar a la anterior, con indicios de desigualdad en el reparto de los recursos que permiten a algunos individuos/ familias adquirir objetos escasos y por tanto valiosos; y con otros objetos que pueden apuntar hacia la existencia de un rango incipiente dentro del grupo. Hay sin embargo dos diferencias fundamentales que van a afectar a esta posición de partida esbozada más arriba: el incremento de las influencias procedentes de áreas mediterráneas y la aparición y consolidación de las necrópolis de incineración en la región. Ambos fenómenos van a incentivar cambios sustanciales en la manera de utilizar e interpretar la cultura material, y van a ser claves en una nueva situación en la que

las desigualdades incipientes que se insinuaban en la etapa anterior van a acelerarse y adquirir una perspectiva mucho más competitiva en búsqueda de prestigio y poder.

Las influencias meridionales y levantinas pueden percibirse en la cultura material a través de dos fenómenos de muy interesantes asociados a la existencia de bienes de prestigio de origen exótico. El primero de ellos, muy bien conocido, es la utilización de este tipo de objetos como herramienta para ganar prestigio y autoridad sobre el resto del grupo como paso previo a la manipulación del mismo. El segundo, mucho menos estudiado, es la denominada emulación, a través de la cual grupos o individuos con menor poder adquisitivo copian o imitan productos de prestigio a los que en circunstancias normales no pueden acceder, buscando aunque sea a través de imitaciones parte del prestigio que aportan estos objetos. Ambos procesos se entremezclan en el valle medio del Tajo, puesto que incluso los objetos considerados como especiales (cerámicas de engobe rojo, muchas piezas de influencias orientalizantes) son en realidad imitaciones de piezas originales que sólo en contadas ocasiones llegan a la región. Esta situación es fundamental para entender algunas de los procesos que se documentan a finales de la Primera Edad del Hierro y en el tránsito a la Segunda Edad del Hierro.

La ausencia – salvo notables excepciones – de piezas de importación originales no quiere decir que los objetos exóticos no fueran valorados: la enorme distribución y en algunos casos altos porcentajes de cerámicas de engobe rojo muestran la demanda por objetos foráneos, aunque fuesen imitaciones. Del mismo modo, las imitaciones de decoraciones de flores de loto o soportes cerámicos muestran una clara tendencia a la obtención y uso de este tipo de objetos. Sin embargo, el alto grado de distribución de estos objetos hizo disminuir el valor añadido de los originales y de las primeras copias, lo que probablemente redujo su interés como objetos de prestigio. La inexistencia de objetos originales apunta a una situación en la que las diferencias en el acceso a la riqueza son muy tenues, probablemente coyunturales. En esta situación, tan sólo en contadas ocasiones pueden adquirirse objetos originales, que no dejan de ser una excepción y que aumentan el prestigio de sus poseedores tan sólo de manera temporal. Por el contrario, al existir una distribución de riquezas más equitativa, muchos individuos o familias pueden adquirir imitaciones de objetos de lujo, lo que a la larga deviene en que esos objetos son identificados como símbolo de riqueza, pero no de un estatus especial. Así pues, no parece que la llegada de influencias sudorientales modificara – al menos, desde la perspectiva de la cultura material – las estructuras sociales de los grupos de la región, y su efecto parece haber estado más vinculado a la existencia de excedentes que a la adquisición de estatus social dentro del grupo. Tan sólo algunos elementos orientalizantes parecen haber constituido verdaderos bienes de prestigio, pero una simple comparación entre los materiales de la tumba de El Carpio y las piezas localizadas en Puente Largo del Jarama muestra las diferencias entre una sociedad que ha integrado determinados objetos como símbolo de un rango social y otra en la que los bienes de prestigio son todavía herramientas de negociación. Las similitudes en los conjuntos de materiales localizados en los yacimientos nos hablan de una sociedad con un reparto de los bienes relativamente equitativo, aunque la demanda de objetos de importación o imitaciones está indicando claramente una cierta competitividad entre diferentes miembros de la comunidad que pretenden utilizar este tipo de objetos dentro de sus estrategias de ascenso social. Esta interpretación no pretende reducir el peso de las influencias mediterráneas sobre la región. Al contrario, consideramos que son fundamentales para comprender la evolución de las

poblaciones del valle medio del Tajo a partir del siglo V a.C. En nuestra opinión estas influencias no tuvieron un reflejo espectacular en la cultura material de la zona, pero sí ofrecieron unas herramientas – y probablemente también unas pautas – para el uso de la cultura material como herramienta de manipulación social. La vinculación a los influjos mediterráneos tendrá una plasmación material cada vez más evidente a lo largo de los siglos V – IV a.C., hasta el punto de modificar sustancialmente las características de amplias zonas del valle medio del Tajo.

Y si hay un verdadero campo de batalla donde se plasma esta competición a través de la cultura material – incluso en un mundo tan igualitario como parece el de la Primera Edad del Hierro del valle medio del Tajo – es en el mundo funerario. En nuestra opinión y como defenderemos más adelante en detalle, no es casualidad que la aparición de las necrópolis de incineración se produzca casi un siglo después de la estabilización de la sociedad de la Primera Edad del Hierro. El ámbito ideológico es con mucho el más refractario a los cambios, y la aparición de un nuevo ritual de enterramiento lleva aparejados unos cambios cosmogónicos muy complejas que incluyen la percepción de la muerte, la relación entre vivos y muertos y entre ambos y el espacio físico que les rodea, además de un conjunto de rituales y creencias elaborados. En concreto, la aparición de las necrópolis supone la constatación definitiva de la muerte del modelo itinerante de Cogotas I, tres siglos después del comienzo de los cambios en esta sociedad y unos dos siglos después de la estabilización de los grupos de la Primera Edad del Hierro. La construcción de una necrópolis ejemplifica de manera explícita la apropiación de un territorio y la justificación de su propiedad a través de los antepasados.

Cronológicamente, la aparición de las necrópolis de incineración en el valle medio del Tajo podría datarse a comienzos de siglo VI a.C., es decir, asociada a un momento avanzado de la Primera Edad del Hierro (Blasco, M. C. 2007: 82). El aumento de la información ha sido sustancial en los últimos años, hasta el punto de que actualmente contamos con información acerca de cinco yacimientos (Arroyo Culebro D, Arroyo Butarque, Las Madrigueras, Las Esperillas y Palomar de Pintado) excavados de manera relativamente exhaustiva y varios conjuntos de materiales más descontextualizados que nos permiten reconstruir de manera bastante completa la evolución de la cultura material y los procesos de transformación social a ella asociados.

El análisis de los materiales y sus implicaciones cronológicas están detallados en el Anexo 5 de esta tesis, donde se plantea una hipótesis de evolución material de las necrópolis de este periodo. Como vimos en el análisis multivariante, puede detectarse un momento más antiguo a comienzos del siglo VI a.C. que corresponde a la necrópolis de Arroyo Culebro D y a las tumbas más antiguas de Las Madrigueras. En este momento las principales cerámicas serían (fig. 4.55) piezas de perfil globular o bicónicas con bordes ligeramente exvasados, generalmente sin decoración. Los ajuares funerarios son bastante uniformes y consisten sobre todo en vasos troncocónicos con base plana y cuencos hemiesféricos con base umbilicada. De manera ocasional pueden aparecer piezas con carenas marcadas pero sin decoración metopada sobre ellas. La pintura postcocción está presente de manera ocasional en los conjuntos, mientras que no se ha documentado engobe rojo en los enterramientos a excepción de una referencia poco clara en Las Madrigueras (Almagro, M. 1969: 57). Las piezas metálicas corresponden – salvo un caso dudoso en la tumba 32 de Arroyo Culebro D – son objetos realizados en bronce, destacando los brazaletes simples de sección circular y, en menor medida, las fíbulas de doble

resorte. Ocasionalmente aparecen otro tipo de objetos como pinzas de depilar, hebillas de cinturón o anillas, a veces en números importantes como en la tumba 32 de Arroyo Culebro D donde se documentaron hasta 20 brazaletes (Penedo, E. *et al.* 2002: 59). Este tipo de ajuar es completado con otro tipo de objetos como pequeños prismas líticos o piezas de hueso en ocasiones perforadas.

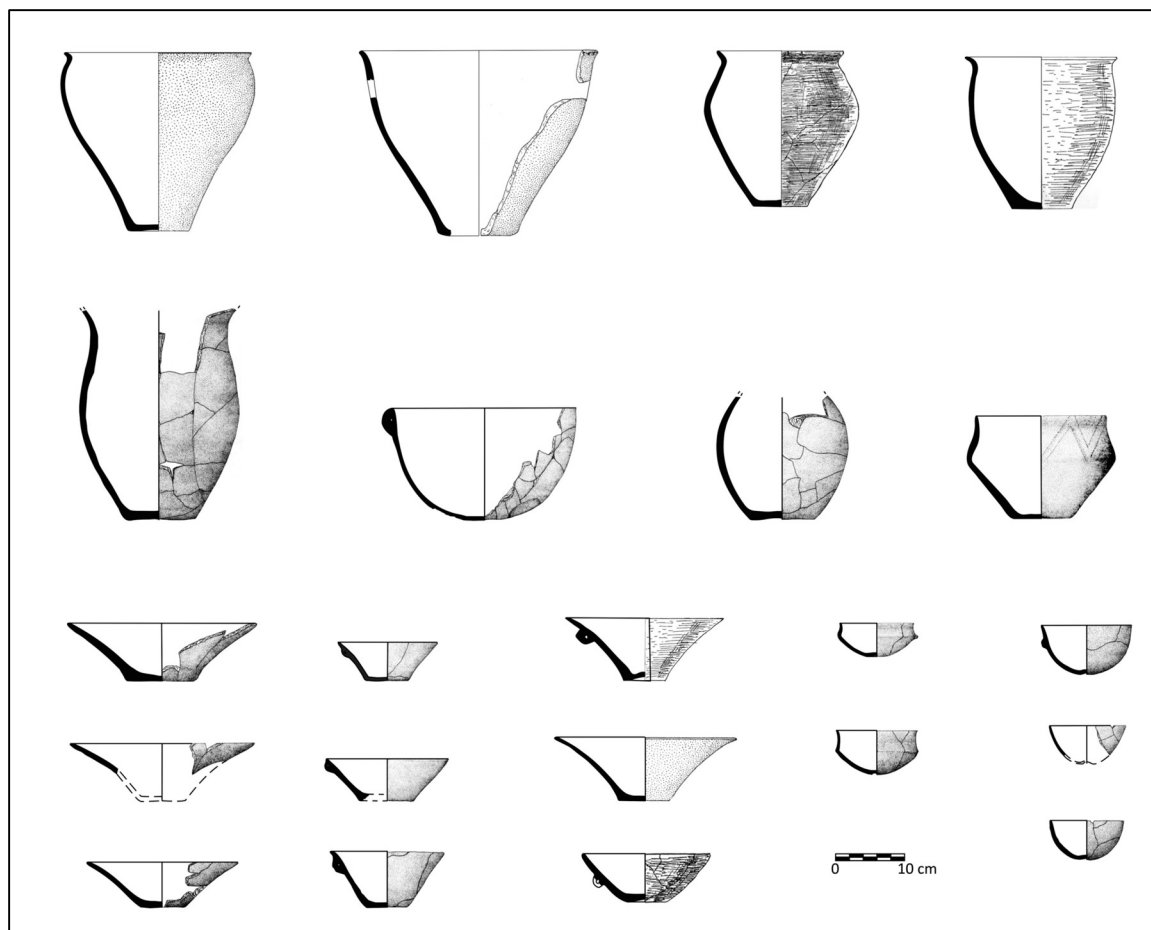


Figura 4.55: urnas y vasos de ajuar de las necrópolis más antiguas de la Primera Edad del Hierro

Un segundo momento correspondería a necrópolis como Arroyo Butarque, a las fases más modernas de la Primera Edad del Hierro de Las Madrigueras y a los materiales de Palomar de Pintado, Las Esperillas o Haza del Harca. En este momento, que se dataría a partir de la segunda mitad del siglo VI a.C., se produce un significativo aumento de la variedad de objetos depositados en las tumbas, a la vez que comienzan a aparecer piezas nuevas, como algunas con perfiles en “S” que recuerdan modelos posteriores realizados a torno y cuencos de base anular (fig. 4.56 y 4.58). Las carenas se documentan en pequeños cuencos y son muy suaves, con la parte superior de la pieza casi recta. Como en el momento anterior y coincidiendo con la información proporcionada por los asentamientos las decoraciones son muy escasas, aunque se constata una mayor presencia de piezas con pintura postcocción que podría estar relacionada con la definitiva amortización de estas piezas en un momento en el que comienzan a aparecer las primeras piezas pintadas de tipo ibérico. En este momento se produce la progresiva aparición de cerámicas a torno en las necrópolis, testimonial en Arroyo Butarque pero relevante en Las Madrigueras la mayoría de estas primeras piezas son cerámicas a torno grises que también se

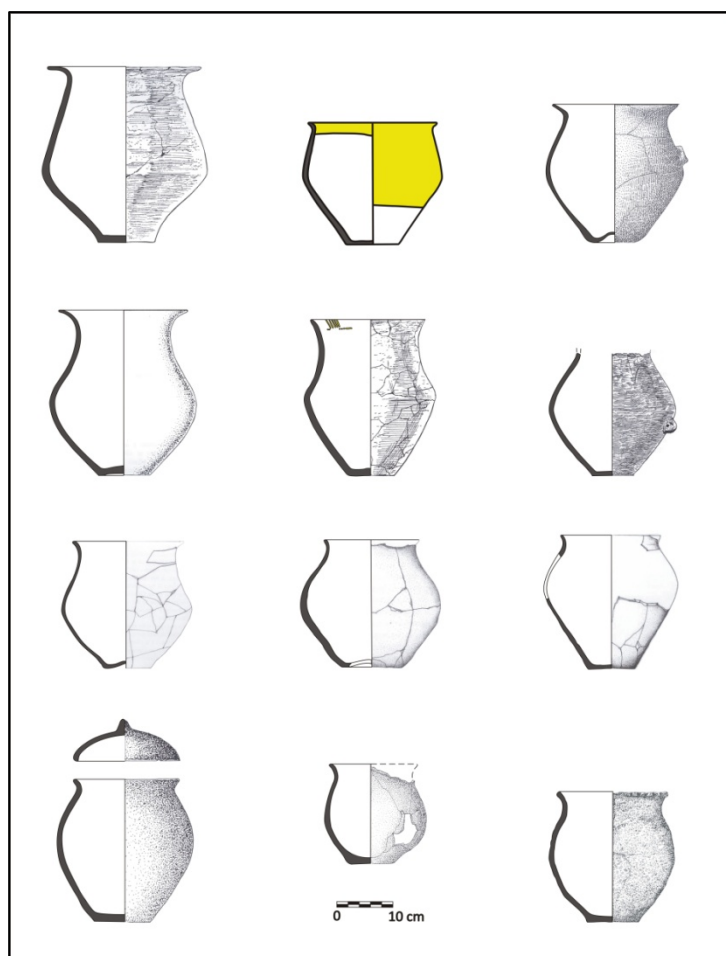


Figura 4.56: urnas de mediados del siglo VI – comienzos del siglo V a.C.

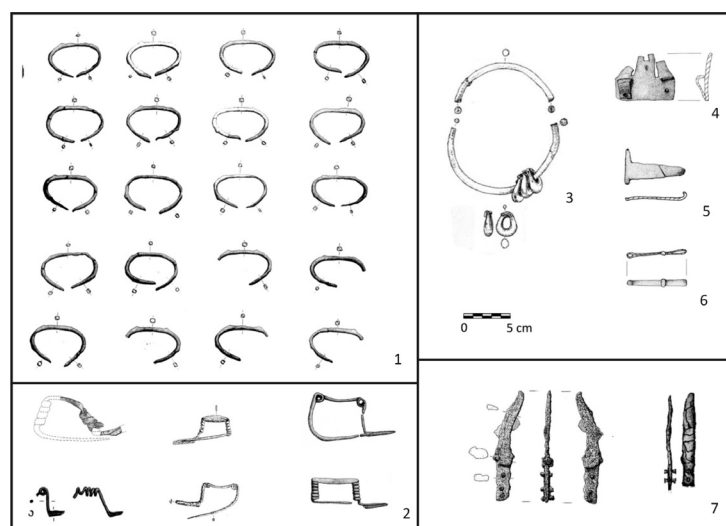


Figura 4.57: ajuarés metálicos de las necrópolis de la Primera Edad del Hierro. 1 brazaletes de bronce. 2 fíbulas de doble resorte. 3 collar de colgantes amorcillados, 4-5 hebillas de cinturón, 6 pinzas de depilar, 7 cuchillos afalcados de hierro

han localizado en asentamientos considerados de transición como Los Pinos (Muñoz, K. y Ortega, J. 1996). Algunos de los materiales a mano parecen mostrar unas similitudes formales con estas cerámicas a torno grises, apuntando a un proceso de emulación de este nuevo tipo de materiales que aparecen en la región.

La ampliación de los repertorios cerámicos viene acompañada de un aumento de objetos metálicos (fig. 4.57) – brazaletes de bronce simples o en algunos casos con extremos engrosados, fíbulas de doble resorte de puente circular o de cinta y piezas menos comunes como el collar de colgantes amorcillados localizado en Arroyo Butarque. Junto a ellos comienzan a aparecer los primeros cuchillos afalcados, la primera pieza de hierro que se generaliza en el interior peninsular y cuya presencia es común a partir del siglo VII a.C. (Lorrio, A. J. 1997: 225) y especialmente en torno al siglo VI a.C. También aparecen, en un momento avanzado, las primeras cuentas de pasta vítrea de color amarillo. La presencia recurrente de objetos metálicos en las necrópolis contrasta con su casi absoluta ausencia en los asentamientos, lo que implica un alto valor simbólico de este tipo de piezas en un momento tan avanzado como el final del siglo VI a.C.

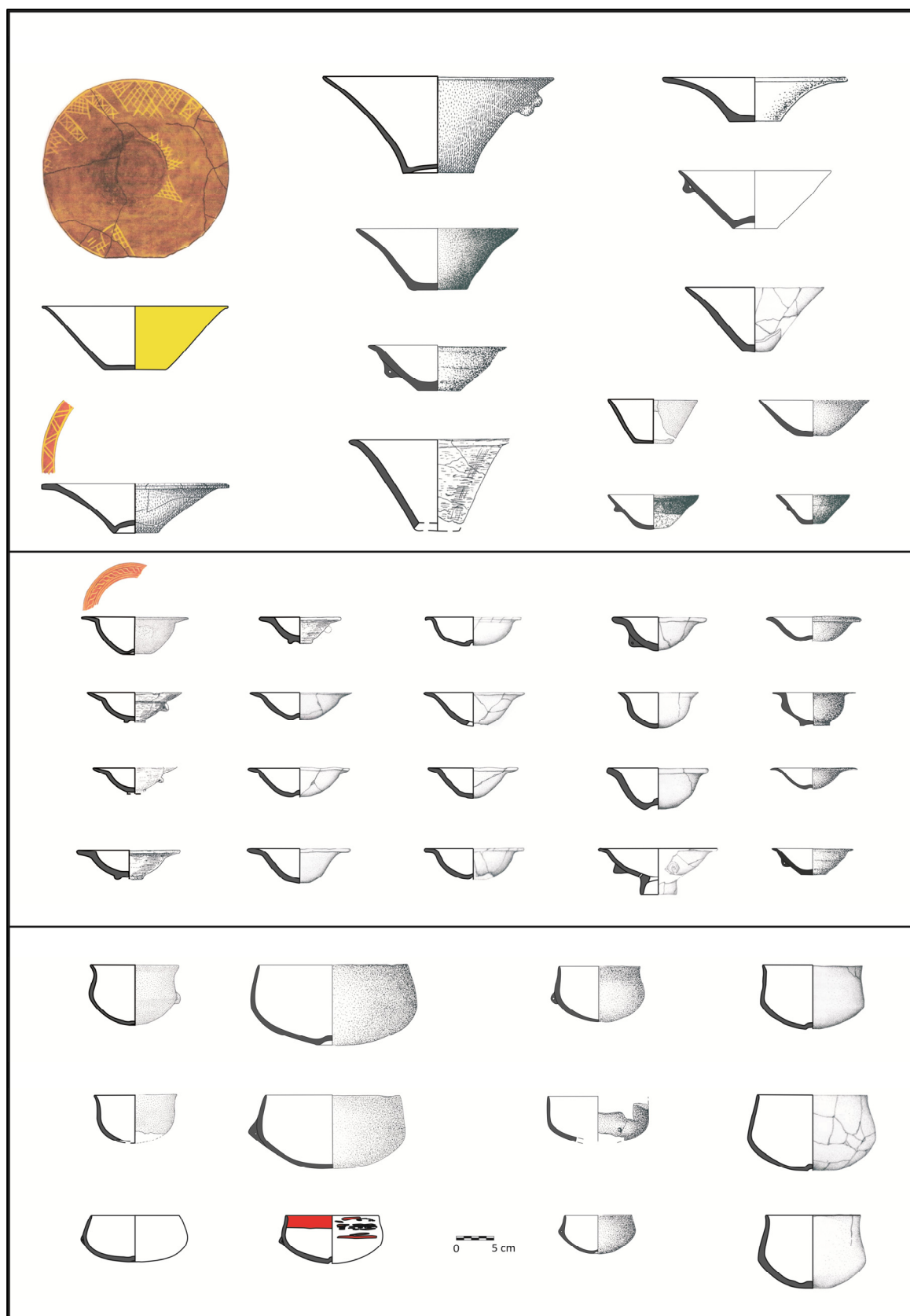


Figura 4.58: ajuares cerámicos de las necrópolis de mediados del siglo VI a.C. Arriba, vasos troncocónicos. Centro, cuencos de ala ancha. Abajo, cuencos de carena suave

Desde un punto de vista social, la cultura material de las primeras necrópolis de incineración muestra dos elementos de análisis significativos. El primero de ellos es la relación entre la cultura material de los asentamientos y la documentada en las necrópolis. El segundo es el estudio de las relaciones existentes en la cultura material de los diferentes enterramientos. Respecto del primero, parece apreciarse unas diferencias claras entre la cultura material de ambos tipos de yacimientos. Si atendemos exclusivamente a la cerámica, en las necrópolis se aprecia una clara reducción de tipos que tienden hacia la estandarización, especialmente en el caso de los vasos de ajuar. En segundo lugar, la tendencia al predominio de piezas lisas es muy fuerte, incluso en las necrópolis más antiguas como Arroyo Culebro D. Las piezas que podían constituir símbolos de rango en la etapa previa, como la pintura postcocción, comienzan a aparecer en las necrópolis, mientras que otras como el engobe rojo (que acabamos de asociar al concepto de riqueza, pero no al de rango) están ausentes. La impresión general que traducen los materiales depositados en las tumbas es la de una búsqueda de una estandarización – que refleje una concepción determinada de la sociedad que entierra a sus muertos – y una cierta presión para que esa estandarización incluya elementos de desigualdad social que son mucho menos claros en los yacimientos. En nuestra opinión y como veremos en detalle al analizar su estructura interna, las necrópolis de incineración pasan a constituir el escenario simbólico donde se escenifican unas tensiones sociales poco perceptibles en los asentamientos.

Estas tensiones sociales se observan en una fuerte inversión económica en algunos ajuares, especialmente visible en la deposición de gran número de objetos de bronce y en menor medida de cerámica en algunas tumbas, mientras que otras no presentan ajuar. Sin embargo, es significativo que mientras las piezas de cerámica – baratas y accesibles a todos los miembros del grupo – están muy estandarizadas, las piezas más lujosas son mucho más variadas (a excepción de los brazaletes de bronce), lo que podría insinuar la ausencia de un consenso básico acerca de qué objetos determinan el rango de los difuntos más ricos. El mundo funerario es también en el que aparecen documentadas arqueológicamente de manera más clara las novedades que aparecen en la cultura material – los primeros objetos de hierro o cuentas de pasta vítrea, las primeras cerámicas a torno, etc.

Los materiales documentados en las necrópolis muestran evidentes diferencias de riqueza, mucho más claras que las perceptibles a través de la cultura material de los asentamientos. Sin embargo, la falta de estandarización en los materiales, unida a otras evidencias de indeterminación en los criterios funerarios hacen pensar en un mundo en transición, con incipientes desigualdades sociales, donde la riqueza es todavía coyuntural, los rangos y el estatus son en gran medida adquiridos y la competición por la preeminencia social se realiza en el plano simbólico a través de la amortización de objetos de prestigio. Esta competición, perceptible en los fenómenos de emulación, la falta de estandarización de los ajuares y el despliegue de riqueza en algunas tumbas es el mejor indicativo de que aún no existe un rango adscrito en la sociedad de la Primera Edad del Hierro, pero sí de que hay una fuerte tendencia a la consecución de ese objetivo. Los conceptos de competición y emulación y su plasmación en la cultura material van a ser fundamentales para comprender la supuesta transición entre la Primera y Segunda edades de Hierro, y para explicar la aparición del fenómeno de amurallamiento de los asentamientos observado a partir del siglo IV a.C. en muchas zonas del valle medio del Tajo, en lo que parece el salto del mundo simbólico al real de la competitividad

entre individuos y grupos. En la última parte de este capítulo vamos a profundizar en esta línea de análisis ya que, como veremos, las necrópolis se transforman en nuestro principal ámbito de interpretación de la sociedad de la fase final de la Primera Edad del Hierro.

En resumen, la evolución de la cultura material durante los siglos VIII – VI a.C. podría plantearse en torno a tres procesos: transformación, estabilización y aceleración, que pueden ser hasta cierto punto reflejo de las transformaciones a las que se vio sometida la sociedad del valle medio del Tajo. Del uso y aparición de determinados objetos puede deducirse que la cultura material, como en todas partes, fue utilizada como herramienta de representación de la sociedad, como elemento de negociación en las relaciones sociales intra e intergrupales y como herramienta de presión dentro de lo que parecen incipientes procesos de tensión social. La tan manida alusión a la pobreza del registro arqueológico de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo no debe llevar a error: las estrategias y los mecanismos para establecer bases de prestigio y poder individual, familiar o comunitario a través de la manipulación de la cultura material parecen básicamente las mismas que en otras zonas, la explicación a las escasas evidencias de desigualdades sociales parecen deberse tanto a factores económicos como a la pervivencia de un *ethos* comunitario que frenó estas tendencias, mucho más evidentes en la segunda mitad del siglo VI a.C.

4.2.4. La base económica de la Primera Edad del Hierro

4.2.4.1. Introducción

En el primer capítulo de su libro *Arqueología del trabajo*, Teresa Chapa y Victorino Mayoral (2007) repasan los diferentes campos de estudio que permiten una aproximación a la economía del mundo ibérico durante la Segunda Edad del Hierro. La realización de un estudio similar para la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo es, con los datos actuales, una utopía. Dejando de lado lugares comunes sobre economías mixtas (¿y qué economía campesina no lo es?), diversificación de actividades, aprovechamiento de recursos estratégicos o generalidades sobre el funcionamiento de sistemas agropecuarios, lo cierto es que conocemos poco acerca de las bases económicas de las poblaciones de la Primera Edad del Hierro en la región.

Un repaso de las evidencias de actividades económicas de las poblaciones de nuestra área de estudio muestra hasta qué punto desconocemos aspectos básicos de la vida cotidiana de los habitantes del valle medio del Tajo. El caso es especialmente claro para la agricultura, donde los datos concretos acerca de los supuestos principales cultivos que se desarrollaban en la región durante la Primera Edad del Hierro son mínimos. Los tres yacimientos que han proporcionado análisis polínicos (Las Camas, El Colegio IA y Ecce Homo) tan sólo han aportado datos genéricos acerca de la existencia de *Cerealia* y *Fabaceae*, sin que se hayan publicado análisis carpológicos que permitan una mayor concreción acerca de las especies cultivadas y sus características. Tampoco se han realizado análisis en molinos, cerámicas o suelos que aporten algo de información al tipo de especies vegetales consumidas. Desde el punto de vista de la fauna la situación es algo más completa, sobre todo gracias a las recientes aportaciones de José Yravedra en el yacimiento de Las Camas (2007, 2009) y en menor medida a los datos previos existentes para Ecce Homo (Almagro, M. y Fernández-Galiano, D. 1980), Cerro de San Antonio (Chaves, P. *et al.* 1991), La Capellana (Liesau, C. 1998b) y Puente Largo del Jarama (Muñoz, K. 1998b), a los que se unen los datos de Arroyo Culebro A (Orri, E. y Nadal, J. 2001), adscrito cronológicamente a la transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro.

Otro ámbito que presenta fuertes carencias es el referido a las evidencias indirectas de las actividades económicas a través del instrumental utilizado en su realización. La ausencia de instrumentos de hierro en estos primeros momentos de la Edad del Hierro ha limitado la documentación de los objetos utilizados en las labores agrícolas, algunos de los cuales, como los molinos, despiertan generalmente poco interés durante el proceso de documentación y descripción de los restos arqueológicos. Tampoco se han realizado estudios sobre la funcionalidad de las diferentes cerámicas a excepción de los efectuados sobre Cerro de San Antonio (Arribas, J. G. *et al.* 1991; Galván, V. 1991) y las alusiones a los resultados obtenidos en Las Camas (Urbina, D. *et al.* 2007: 57). Los datos son especialmente escasos para el ámbito de la captación y manufacturación de materias primas a excepción de las iniciativas de Ignacio Montero (Montero, I. 2001; Montero, I. *et al.* 1990) para el estudio de las fuentes de abastecimiento de cobre en la región.

Asumiendo los problemas que conlleva la parcialidad del registro, hemos querido sintetizar la información existente y tratar de ofrecer algunas pautas para aproximarnos a la estructura

económica de los grupos del valle medio del Tajo durante este periodo. Las conclusiones, como veremos, son limitadas pero nos parecen muy coherentes con las que nos proporcionan otros ámbitos del registro. Más que proponer un modelo económico, hemos tratado de valorar qué podemos decir realmente sobre la economía de la región durante la Primera Edad del Hierro, intentando evitar las posturas apriorísticas que son norma común en los análisis de este tipo de actividades.

4.2.4.2. Ganadería

Dentro de la escasez de datos acerca de las actividades económicas de los grupos que habitaron el valle medio del Tajo, la explotación de los animales domésticos constituye uno de los pocos ámbitos para los que disponemos de información suficiente para realizar una aproximación a las pautas de su gestión, aprovechamiento y consumo. Esta información proviene sobre todo de los análisis zooarqueológicos que se han realizado sobre cinco yacimientos encuadrados en la Primera Edad del Hierro y dos adscritos a la transición entre este periodo y la Segunda Edad del Hierro. Además contamos con un octavo yacimiento, la necrópolis de Arroyo Culebro D, aunque los restos localizados deben ser valorados de manera diferente al corresponder a un contexto funerario.

Los datos, pese a ser relativamente abundantes, no dejan de presentar algunos problemas. El primero de ellos es el de la representatividad de las muestras, que va desde conjuntos excepcionales como el de Las Camas, con 9000 fragmentos recogidos de los cuales han sido identificados casi 3000 a otros como Puente Largo del Jarama, en los que tan sólo puede efectuarse un listado de fragmentos y especies. Tampoco el tipo de análisis es igual de exhaustivo, apreciándose una mayor atención a aspectos como la edad de los animales en el momento de su sacrificio y a las técnicas de descarnado y desarticulación en los informes más modernos, en general más completos. Ni son iguales los criterios de definición de especies presentes o de exposición de la información disponible. Los datos utilizados como base para los gráficos se encuentran en el Anexo 4, que recopila la información faunística utilizada en los diferentes capítulos de esta tesis y resume la metodología utilizada en nuestro análisis.

Como paso previo a la descripción de las características de la fauna doméstica creemos que es necesario valorar su proporción respecto del total de fauna identificada. Esta valoración es por supuesto relativa, ya que hace referencia al porcentaje de restos encontrados, concepto que dificulta la comprensión de la aportación global tanto de la fauna doméstica (trabajo, leche, lana, etc.) como de la salvaje (pieles, cuernas, elementos de adorno o prestigio, etc.) además del componente alimenticio. Con todo, la evolución de los porcentajes de fauna doméstica y salvajes en los seis yacimientos nos parece bastante significativa ya que muestra una clara tendencia a la disminución de la presencia de fauna salvaje en los asentamientos. Para este análisis (fig. 4.59) se ha recurrido a los valores del número de restos encontrados (NR), buscando que la secuencia temporal sea lo más completa posible, ya que La Capellana no proporciona datos de NMI.

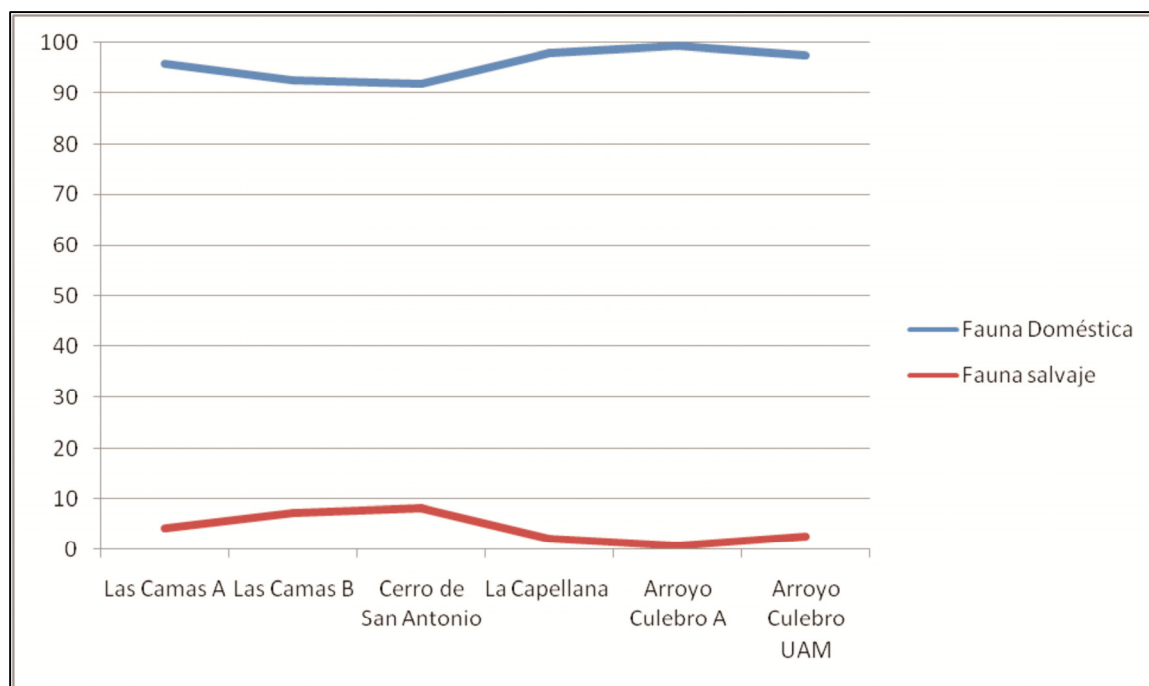


Figura 4.59: porcentajes de fauna doméstica y fauna salvaje en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (NR). Los yacimientos han sido ordenados de más antiguo (Las Camas) a más moderno (Arroyo Culebro UAM)

Aunque la muestra es escasa, se aprecia un predominio casi absoluto de la fauna doméstica sobre la fauna salvaje, que ha quedado reducida a un papel muy secundario dentro de la economía de estos asentamientos – mucho más si tenemos en cuenta que muchos de los animales cazados son depredadores. Y más aún, dentro de esa característica se aprecia una tendencia a la disminución del peso de este recurso, que según los datos de que disponemos se acentuaría a mediados del siglo VI a.C. A tenor de estos datos, a finales de ese siglo y durante la transición a la Segunda Edad del Hierro el peso de la caza en el aporte alimenticio de los habitantes del valle medio del Tajo puede calificarse de marginal. Analizando la gráficas de distribución de especies (figs. 4.60 y 4.61), éstas muestran un panorama muy similar al de otras regiones de la Península ibérica (Urbina, D. *et al.* 2005: 152 - 156), con una clara dicotomía entre bóvidos y ovicápridos que constituyen el grueso de la cabaña ganadera, mientras que suidos y équidos presentan porcentajes significativamente menores y los restos de cánidos pueden considerarse testimoniales.

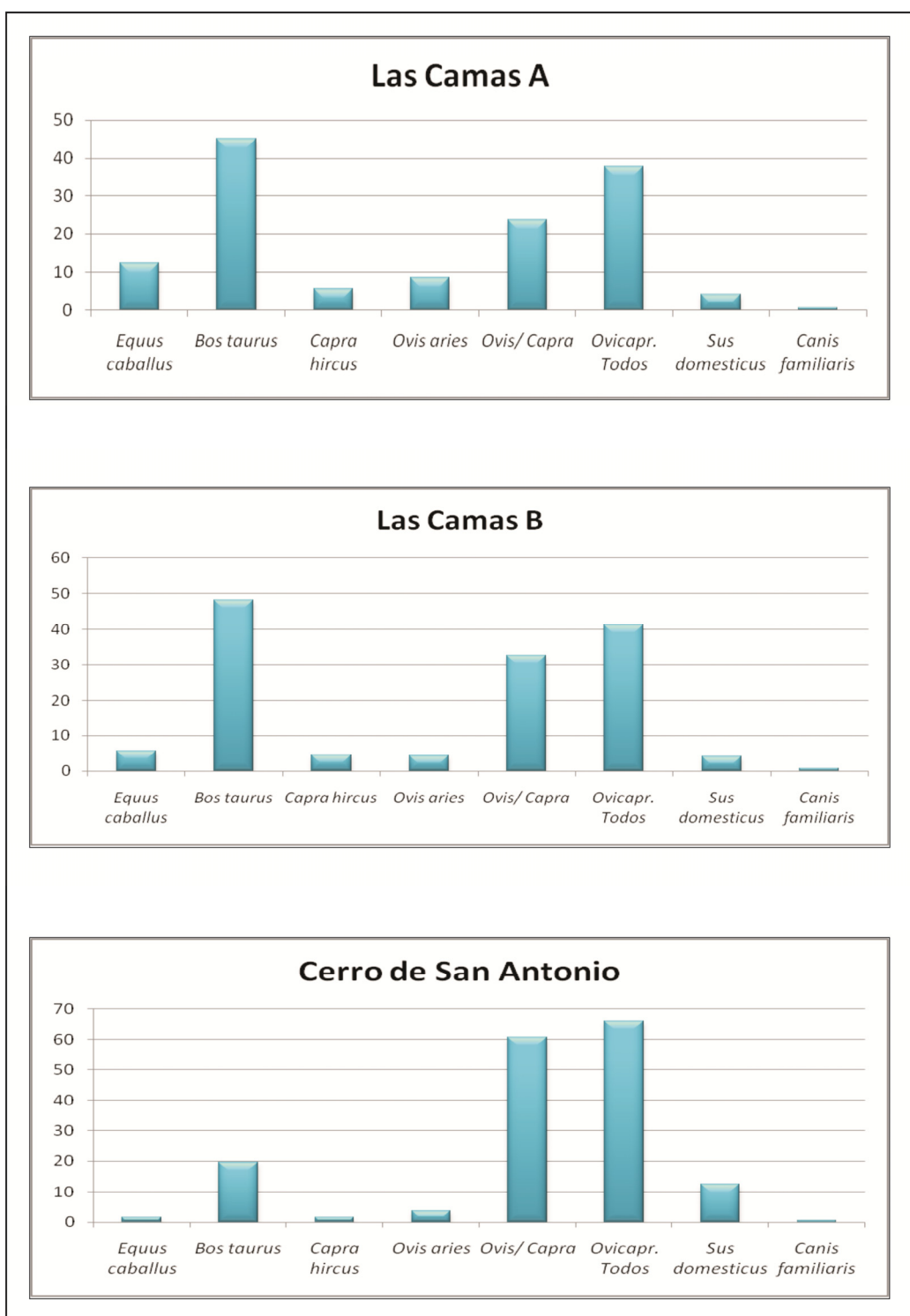


Figura 4.60: distribución de especies domésticas en los yacimientos de las Camas y Cerro de San Antonio (NR)

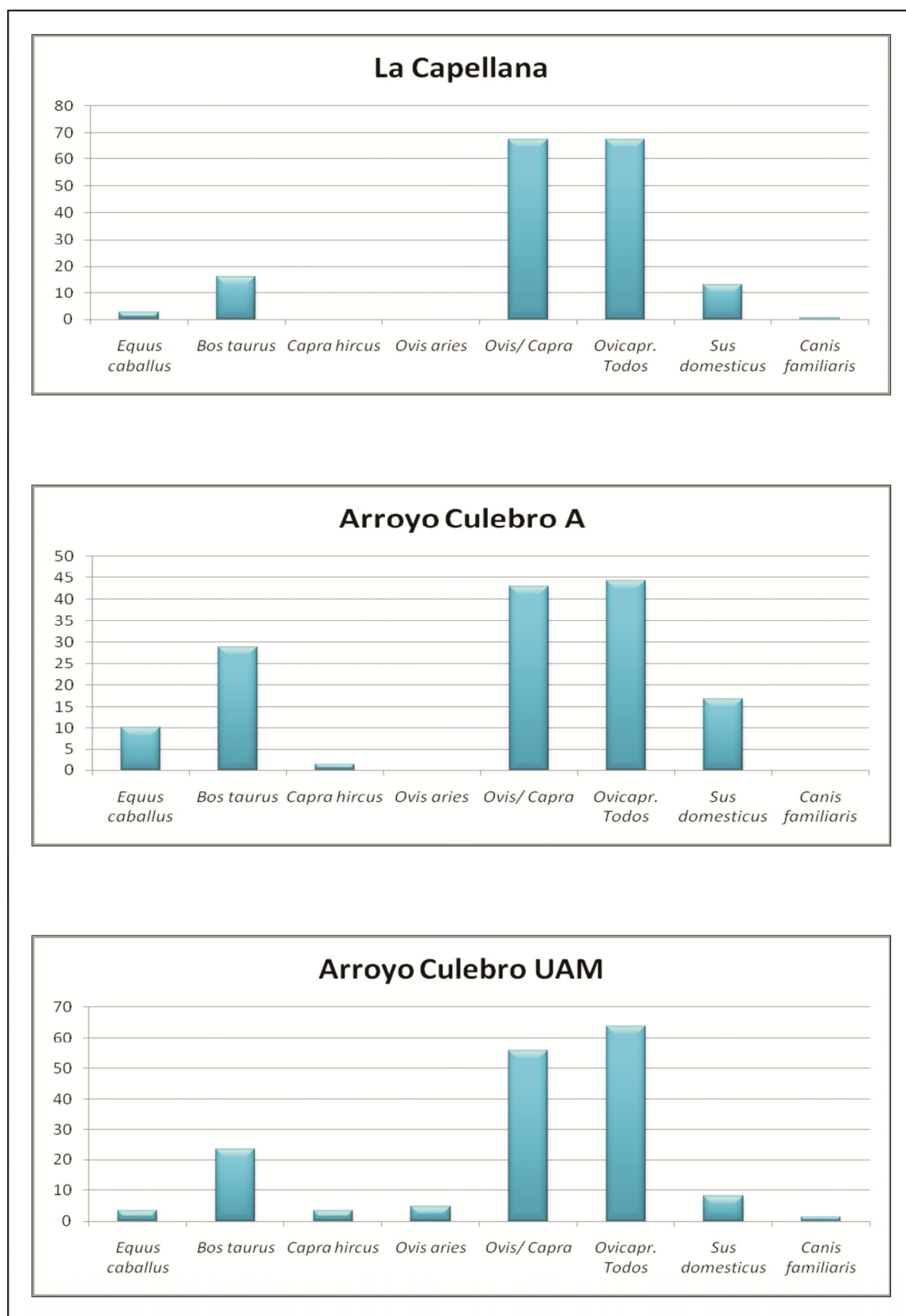


Figura 4.61: distribución de especies domésticas en los yacimientos de La Capellana, Arroyo Culebro A y Arroyo Culebro UAM (NR)

Esta situación general puede constatarse también en nuestros yacimientos, donde se aprecia claramente esta situación. Con todo, las figuras 4.60 y 4.61 muestran algunos elementos anómalos, como el alto porcentaje de restos de bóvidos en el yacimiento de Las Camas, superiores a los de ovicápridos y que contrasta significativamente con la situación de los otros cuatro yacimientos. Esta excepcionalidad es más clara aún si representamos a los ovicápridos agrupados en vez de desglosados por especies (fig. 4.62): Las Camas muestra un patrón diferente al del resto de yacimientos, con un mayor peso de bóvidos sobre el total, un porcentaje significativamente menor de suidos y, por el contrario, mayor proporción de équidos. Dada la gran antigüedad de este yacimiento propuesta por sus excavadores, sería tentador poder asociar la distribución de especies de Las Camas a estrategias económicas diferentes, más próximas a los grupos Cogotas I que a la Primera Edad del Hierro. Sin embargo, hay algunos datos – dejando de lado la cronología del yacimiento, que ya ha sido discutida extensamente en otros capítulos – que apuntan en contra de esta posibilidad. El primero de ellos es ambiental, ya que en las fechas propuestas para el comienzo de este yacimiento (en torno a los siglos X-IX a.C.) las condiciones climatológicas tal y como vimos en el capítulo anterior eran de escasez de lluvias y sequías prolongadas que habrían obligado a las poblaciones a concentrarse en las áreas con mayor humedad. Es por tanto poco probable que en esos momentos se produjese un auge de la cabaña bovina y mucho menos equina, dos tipos de especies muy exigentes en su alimentación y que necesitan de abundante pasto fresco. En este sentido, el análisis de la distribución de especies por yacimientos a partir del NMI muestra claramente los peligros de utilizar únicamente el número de restos en el análisis.

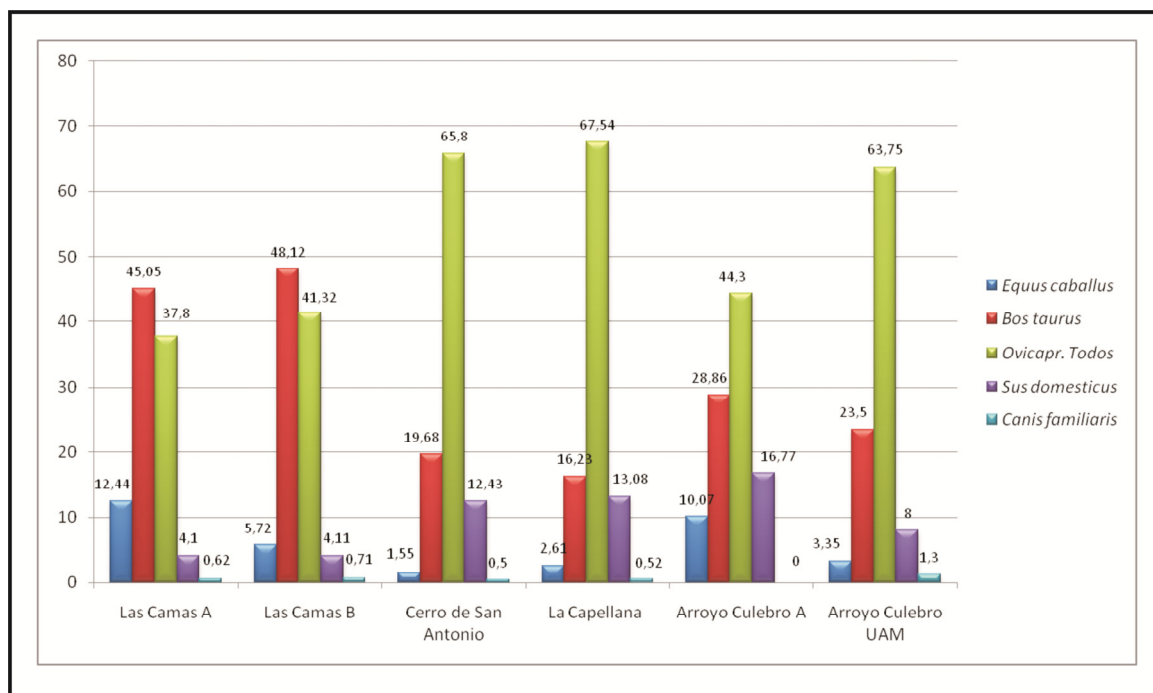


Figura 4.62: distribución de especies domésticas en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (NR)

La distribución de especies a partir del NMI (figs. 4.63 y 4.64) muestra diferencias significativas respecto a la realizada a partir del NR. En primer lugar, desaparecen las diferencias que existían entre Las Camas y el resto de yacimientos, mostrando ahora todos una distribución muy similar que confirma ahora el predominio de los ovicápridos sobre el resto de especies, seguidos de bóvidos, suidos y équidos.

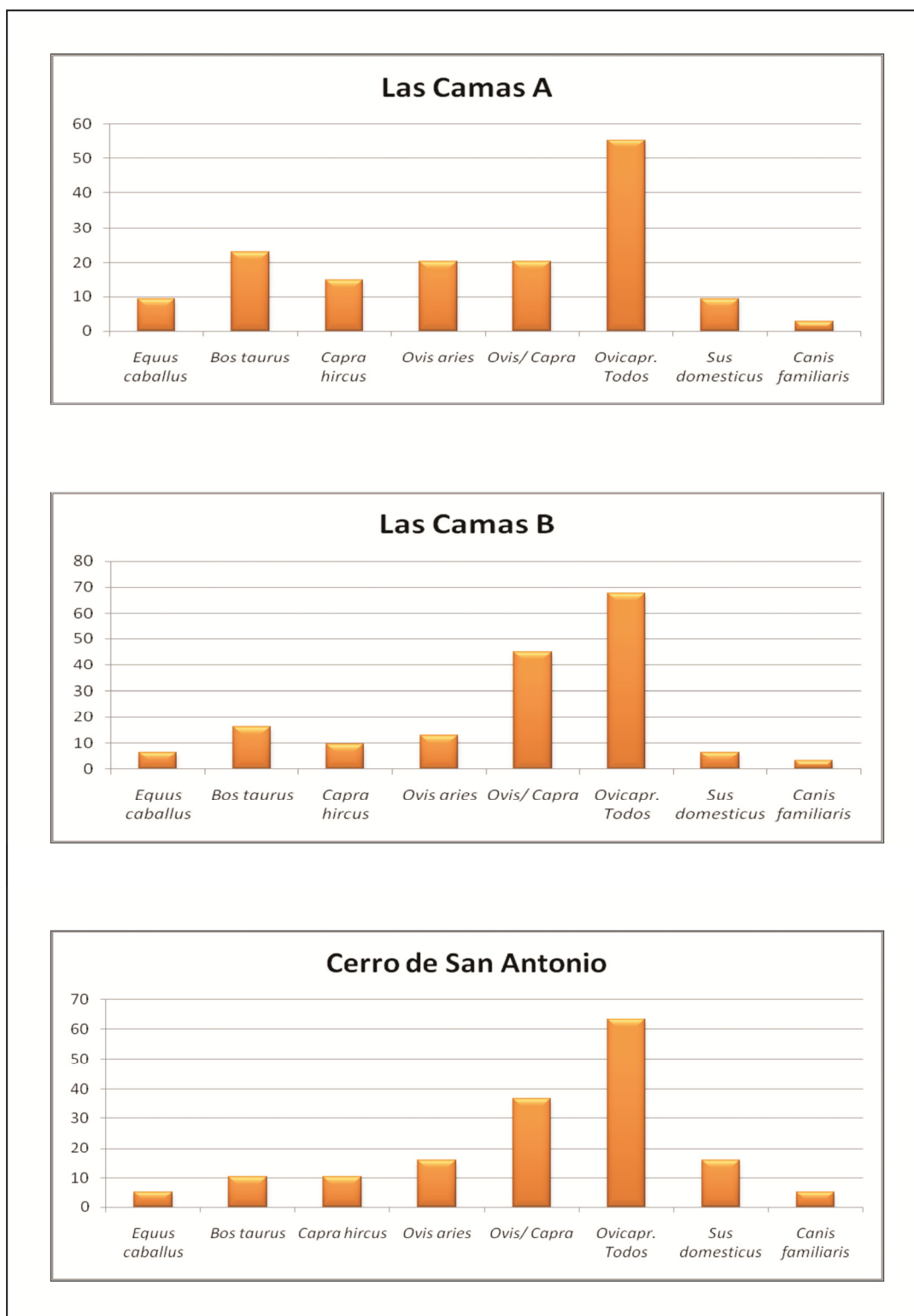


Figura 4.63: distribución de especies domésticas en yacimientos de Las Camas y Cerro de San Antonio (NMI)

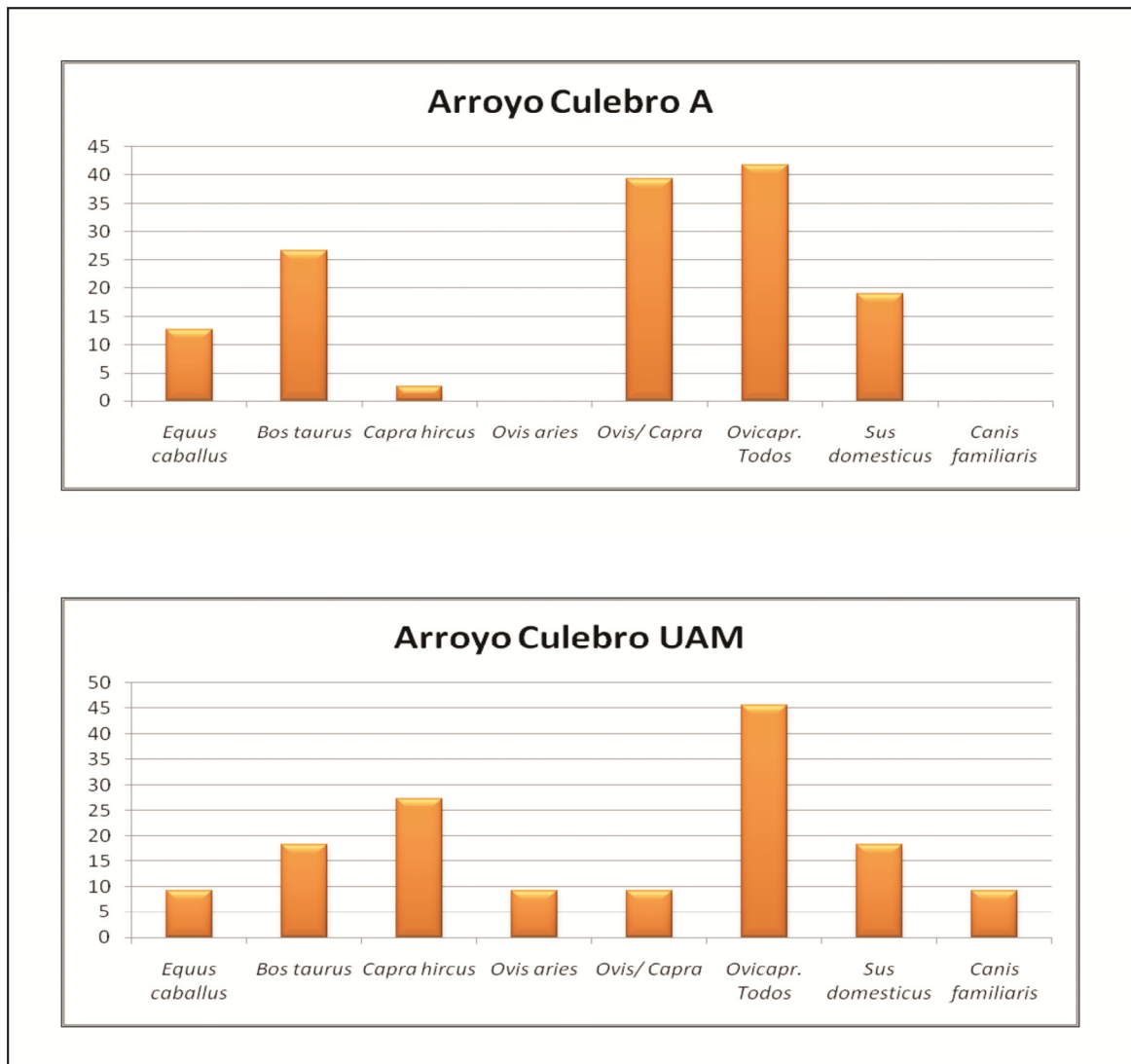


Figura 4.64: distribución de especies domésticas en yacimientos de Arroyo Culebro A y Arroyo Culebro UAM (NMI)

Si valoramos temporalmente la serie (fig. 4.65), parece documentarse un mayor porcentaje de ovejas en los comienzos de la Edad del Hierro, que iría disminuyendo conforme avanza ésta y que podría explicarse por un clima más húmedo que permitiría el aumento de otro tipo de cabañas, por una búsqueda de mayor diversificación económica o que apuntaría al uso de animales de tiro para labrar la tierra, lo que podría constituir una evidencia de aumento de la producción agraria ya que el uso de bueyes permite aumentar significativamente el terreno cultivable. Por desgracia, no disponemos del NMI de La Capellana, que hubiese podido aclarar si esa disminución de los ovicápridos observada en el gráfico corresponde a una transformación progresiva de las cabañas ganaderas o si por el contrario obedece a situaciones específicas de cada yacimiento.

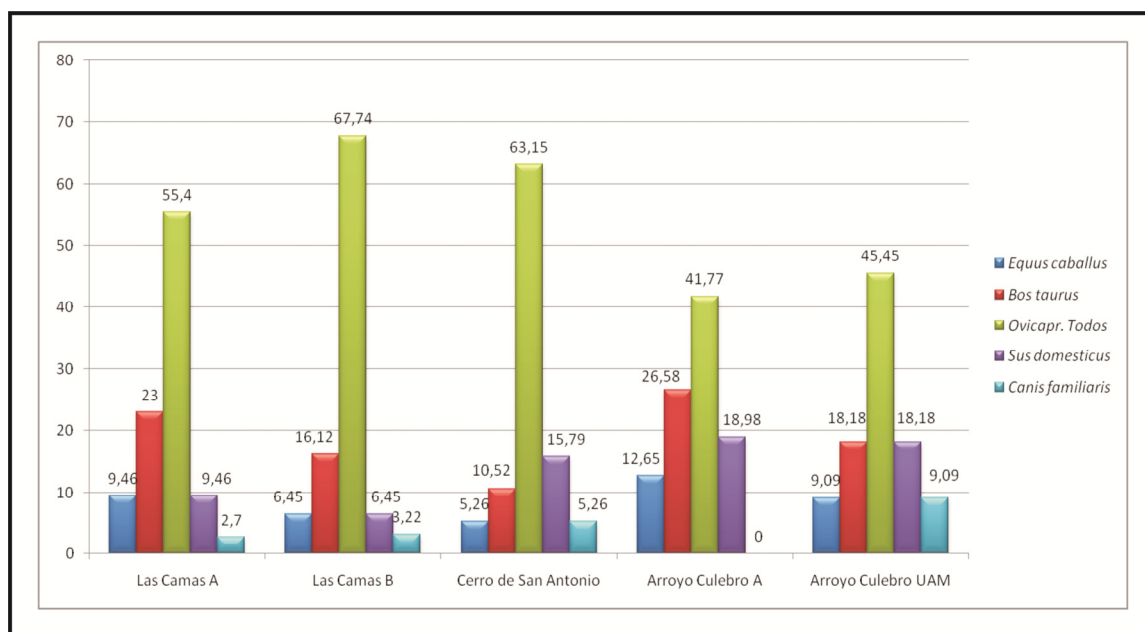


Figura 4.65: distribución de especies de fauna doméstica en yacimientos de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (NMI). La Capellana carece de este dato y por tanto no se ha representado

La otra gran fuente de información proviene del análisis de la edad en la que fueron sacrificados los animales recogidos en los yacimientos, cuya distribución porcentual respecto del NMI y la especie aparece representada en las figuras 4.66 y 4.67. De nuevo, carecemos de información acerca de La Capellana, por lo que son cinco los yacimientos representados. En este caso es necesario ser precavidos con los porcentajes, puesto que si el número de animales de una determinada especie documentados en un yacimiento es muy bajo, pueden darse fácilmente distorsiones en los porcentajes. Con todo, la gráfica proporciona algunos elementos de análisis interesantes.

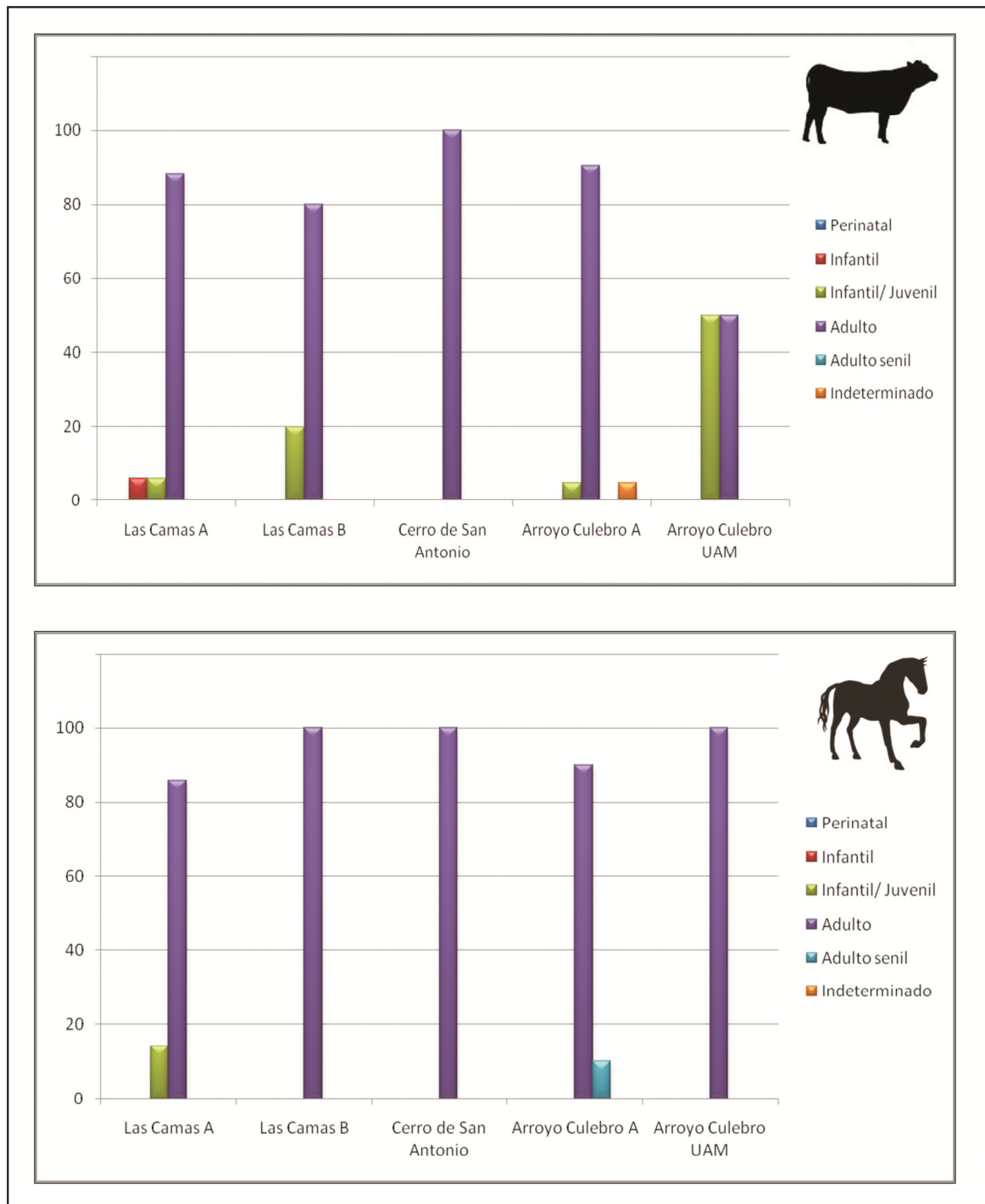


Figura 4.66: distribución de de restos de bóvido (arriba) y équidos (abajo) según su edad. Datos calculados a partir del NMI según el Anexo 4

Como puede observarse a simple vista se observan dos tendencias muy claras en la edad de sacrificio de las cuatro principales especies de animales, evidentemente asociadas al tipo de aprovechamiento de los mismos. Así, bóvidos y équidos se sacrifican casi de manera unánime en la edad adulta. En el caso de los bóvidos es debido a su aprovechamiento intensivo bien como animales de tiro, bien como productores de leche y reproductores, que hace que sólo cuando han agotado su vida útil para esas funciones sean sacrificados y consumidos. En el caso de los caballos es su función como medio de transporte y como elemento de prestigio la que hace que

se prolongue su vida hasta la edad adulta. En nuestra opinión, es sintomático que estas dos especies sean las más exigentes en términos alimentarios, requiriendo una fuerte inversión económica en cantidad y calidad de pastos que hace que se busque su aprovechamiento máximo para rentabilizar la inversión realizada.

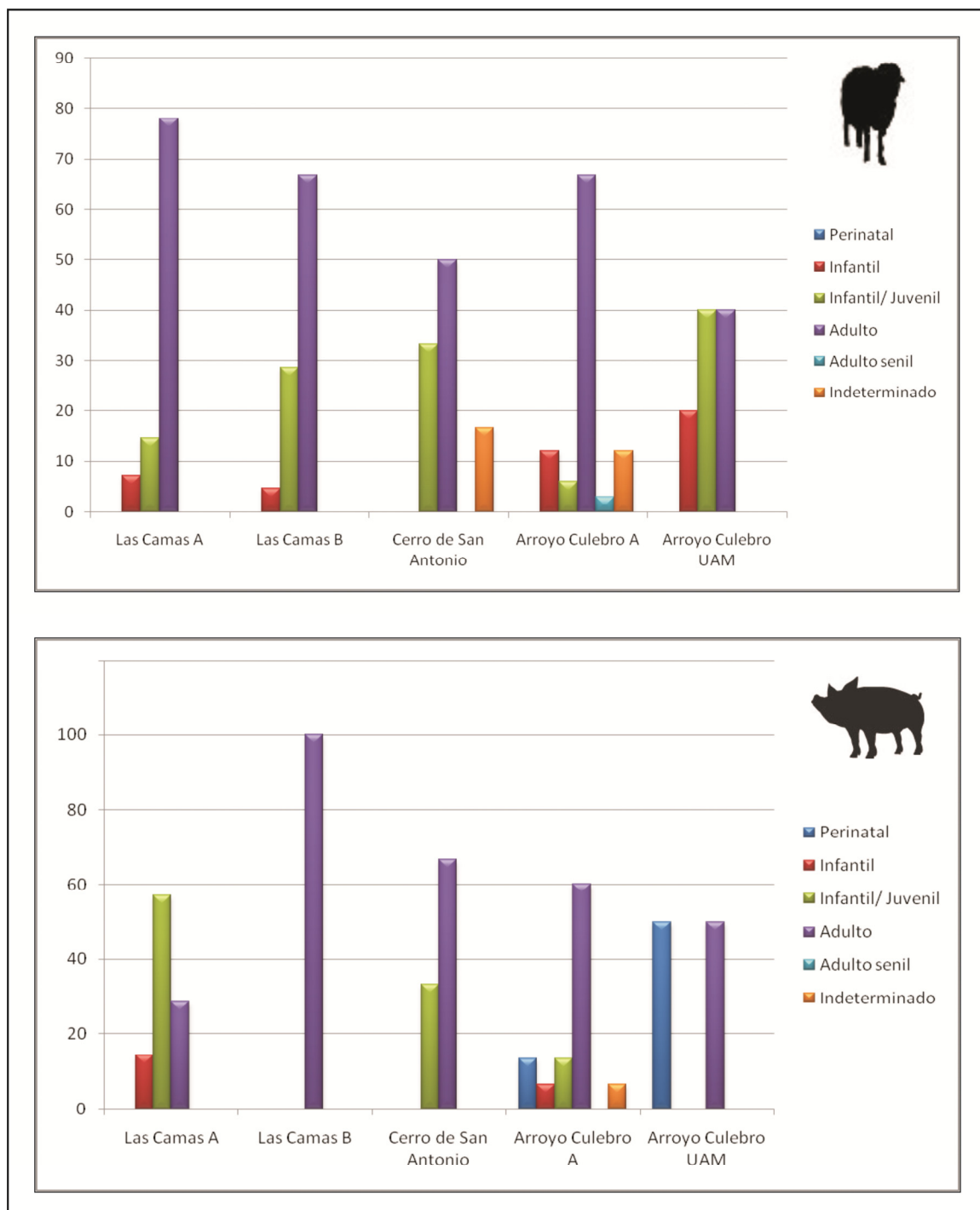


Figura 4.67: distribución de restos de ovicápridos (arriba) y suidos (abajo) según su edad. Datos calculados a partir del NMI según el Anexo 4

Frente a estas dos especies, ovicápridos y suidos presentan una mayor diversidad de edades de sacrificio y consumo, aunque en la muestra siguen predominando los ejemplares adultos. Las razones para el consumo de animales adultos son las mismas que en los casos anteriores. En el caso de las ovejas, se busca prolongar lo máximo posible la vida del animal para aprovechar la producción de lana y leche y el potencial reproductor de las hembras, mientras que en el caso del cerdo, cuyo aporte es estrictamente cárnico, generalmente se sacrifica cuando ha alcanzado su máximo crecimiento, esto es, en edad adulta. Sin embargo, como hemos dicho en estas dos especies el abanico de edades de sacrificio es mayor, incluyendo animales recién nacidos e infantiles en porcentajes pequeños pero recurrentes en todos los asentamientos. Justo al contrario de cómo ocurría con équidos y bóvidos, en este caso la inversión en alimentación y cuidado de los animales, aun siendo alta, es muy inferior a la de las otras especies y por lo tanto y de manera esporádica se puede producir el sacrificio de animales jóvenes. Las ovejas – y mucho más las cabras – son animales mucho menos exigentes en su alimentación que équidos y bóvidos, tanto en la calidad como en la cantidad de alimento necesario. En el caso de los cerdos aún más, pues en general (Torres, J. F. 2003: 175-176; Ruiz-Gálvez, M. L. 1998: 133) se asume un régimen de semilibertad para estos animales, con la consiguiente disminución de esfuerzo en su mantenimiento. Por tanto, son las dos especies animales susceptibles de, en ocasiones probablemente muy especiales, ser sacrificados y consumidos antes de alcanzar la edad adulta. En ese sentido, es significativo que los únicos restos faunísticos documentados en la necrópolis de Arroyo Culebro D y depositados como ofrenda en la tumba 2 sean precisamente de un ovicáprido infantil (Orri, E. y Nadal, J. 2001: 18).

Con estos datos, la ganadería parece haber estado sustentada en el binomio bóvidos – ovicápridos, con una menor proporción de suidos pero importante ya que ofrecerían el principal aporte cárnico de estas poblaciones. El predominio de ovicápridos puede ser indicativo de una ganadería adaptada a un clima seco con problemas para proporcionar pastos verdes durante todo el año necesarios para mantener cabañas de otros animales más exigentes como los bóvidos o équidos. Dentro de los ovicápridos, la oveja parece haber sido más abundante que la cabra a tenor de los porcentajes de ambas especies recuperados en los yacimientos, aunque las dificultades para diferenciar ambas especies hacen que esta proposición no pueda ser afirmada de manera concluyente. Las ovejas proporcionarían toda una gama de productos imprescindibles para la economía de estos grupos – lana y productos lácteos, fundamentalmente – que a tenor de los patrones de edad presentados en este trabajo constituirían el objetivo principal de su cría. La presencia de animales mayoritariamente adultos muestra que se produce un aprovechamiento intensivo del animal hasta que su productividad lechera y reproductora se ha amortizado, momento en el cual es consumido (Yravedra, J. 2009: 795).

Contradictoriamente, tenemos pocas evidencias arqueológicas que evidencien este aprovechamiento de los ovicápridos: apenas se han documentado piezas asociadas al procesado de leche o de lana en los yacimientos. Ciertamente se han localizado queseras en Las Camas, Ecce Homo o en trabajos de prospección (Muñoz, K. 1998b: 141), y que son muy conocidas para etapas anteriores (Yravedra, J. 2009: 802), pero no deja de ser significativa su escasez en el registro arqueológico. Más llamativa aún es la casi total ausencia de fusayolas en el registro de la Edad del Hierro de la región, donde sólo conocemos una de tipo bitroncocónico localizada en La Albareja (Consuegra, S. y Díaz del Río, P. 2007: 143). Es cierto que queseras y fusayolas pueden fabricarse

en otros materiales diferentes de la cerámica, y que hay que descartar el uso de herramientas de hierro para actividades como el esquilado o el cardado, pero aun así sorprende este vacío en la información de unas actividades que debieron ser importantes en la vida cotidiana de estos grupos, si atendemos al porcentaje de ovicápridos en la muestra. En cualquier caso, el patrón de edad de sacrificios no deja lugar a dudas acerca de la vocación económica de la cabaña ovina, aunque como ya hemos expuesto la menor inversión necesaria en la cría y alimento de estos animales conlleve en algunos casos su sacrificio en edad juvenil.

Como hemos expuesto arriba y aun asumiendo los pocos yacimientos con que contamos, parece haber una tendencia a la disminución del peso de los ovicápridos en el conjunto de la cabaña conforme avanza el milenio, aunque en el menor de los casos representan el 45% del total. Esta disminución es compensada con el aumento de los bóvidos y suidos en el conjunto, que podría estar indicando un cambio en las estrategias económicas de estos grupos asociadas a unas condiciones climáticas más húmedas. Los bóvidos son animales que requieren un cuidado mucho mayor ya que además de consumir cantidades muy superiores de alimento requieren pastos de buena calidad. Dejando de lado la producción láctea, el principal aporte de los bóvidos es su capacidad de trabajo en las labores agrícolas. Si tenemos en cuenta las condiciones climatológicas adversas del valle medio del Tajo para el mantenimiento de esta cabaña, su mayor presencia tiene que estar relacionado con un aumento de la exigencia del trabajo agrícola que hiciese rentable el mantenimiento de vacas y bueyes. Dado que la edad de los animales sacrificados es casi invariablemente la madurez, parece claro que su uso como animal de tiro en la zona se potenció a lo largo de la Primera Edad del Hierro. Aunque se han documentado bueyes en yacimientos antiguos como Las Camas (Yravedra, J. 2009: 802), parece que es a finales de la Primera Edad del Hierro cuando se produce una expansión de estos animales. El uso de bueyes en el trabajo agrícola multiplica exponencialmente la extensión potencial de terreno cultivable, y aunque su mantenimiento es como hemos dicho costoso, sienta las bases no sólo para un aumento de los recursos sino también para una incipiente diferenciación económica entre aquellos que pueden mantener tiros de bueyes y los que no (Ruiz-Gálvez, M. L. 1998: 41; Urbina, D. *et al.* 2005: 153).

Paralelo al crecimiento de los bóvidos parece observarse el de cabaña porcina que podría explicarse por una búsqueda de diversificación de las especies animales que sirviera como amortiguación para periodos de escasez, en un contexto de mejores condiciones ambientales. El cerdo, cuyo principal aporte es cárnico, constituye un animal estratégico en la economía campesina puesto que su sacrificio a finales de año coincide con un momento en que son escasos otro tipo de recursos (Urbina, D. *et al.* 2005: 169). Su mayor presencia podría estar apuntando hacia un tipo de ganadería más compleja que trata de compensar sus diferentes cabañas para minimizar la posible incertidumbre en el abastecimiento. El aumento de los équidos en el conjunto conforme avanza la Edad del Hierro parece apoyar esta tendencia, con el añadido de que en el caso del caballo, además de presentar problemas logísticos similares a los de los bóvidos, tiene una serie de usos que no son estrictamente productivos como el transporte o su uso en conflictos armados. Estos usos, a menudo vinculados a ámbitos de prestigio social, hacen de este animal más que cualquier otro una especie rentable tan sólo en circunstancias muy favorables o cuando se ha logrado un equilibrio entre todos los demás elementos productivos que permite un excedente dedicado a su alimentación.

Por desgracia, dejando de lado la información procedente de los análisis zooarqueológicos carecemos de elementos suficientes para valorar cuál sería el peso real de la ganadería en estos grupos. Como veremos, la escasez de datos acerca de la producción agrícola en este periodo puede llevarnos a sobredimensionar el peso de la ganadería. En realidad, no poseemos datos para imbricar correctamente las actividades ganaderas dentro del conjunto de actividades económicas. En algunos casos (López, J. A. y Pérez, S. e.p.: 3; Ruiz, B. *et al.* 1997a: 151-152) los análisis polínicos realizados han aportado evidencias de plantas nitrófilas, cuya aparición se asocia generalmente a la presencia de ganado, aunque también podría corresponder al cultivo de leguminosas. Del mismo modo, la tendencia a la deforestación observada en los yacimientos de la Primera Edad del Hierro podría ser resultado no sólo (o no principalmente) de la intensificación de las labores agrícolas, sino del clareo de zonas para ser aprovechadas como zonas de pasto por el ganado. Con los datos disponibles es imposible resolver estas cuestiones, como tampoco es posible saber si se cultivaron algunas especies de cereales destinadas al consumo animal; o si se producían movimientos estacionales de ganado hacia zonas de mayor altitud conforme se agotaran los pastos en las áreas bajas. Los datos acerca del tamaño de las cabañas ganaderas, aun escasos, apuntan a grupos reducidos, coherentes con el tamaño de los yacimientos y que harían innecesario el desplazamiento a zonas alejadas.

La información relativamente abundante de que disponemos sobre especies y edades no viene acompañada de un análisis similar de los procesos de sacrificio, procesado y aprovechamiento de los animales. En este sentido, tan sólo los trabajos de Yravedra (2007, 2009; Yravedra, J. *et al.* 2009) en el yacimiento de Las Camas tratan de superar ese análisis estrictamente descriptivo para, desde una perspectiva tafonómica, ampliar la interpretación económica de los restos. Su trabajo analizando las evidencias de desarticulación, descarnado y trituración de los huesos de Las Camas y su posterior comparación con experimentos realizados en contextos de tecnología similar (Yravedra, J. *et al.* 2009) le ha llevado a defender el uso de herramientas metálicas utilizadas en el procesado de los restos, lo que supondría también una evidencia indirecta de la existencia de este tipo de objetos que se encuentran ausentes del registro arqueológico de la zona y que se utilizarían junto a otras de sílex (Yravedra, J. *et al.* 2009: 90). Asimismo, se ha detectado un patrón diferencial en la gestión de la carne y los huesos. Así, aunque se ha confirmado un completo proceso de aprovechamiento cárnico, la médula de los huesos sólo fue aprovechada en los huesos largos de bóvidos y équidos, descartándose esta estrategia en los huesos de oveja y cerdo (Yravedra, J. 2009: 795). Esta trituración diferencial y el hecho de que los perros no muestren marcas de corte ha sido interpretada como propia de una sociedad excedentaria (Yravedra, J. *et al.* 2009: 80), puesto que podría renunciar a parte de sus recursos alimenticios potenciales. Sin embargo, consideramos que esta calificación no es acertada, ya que una cosa es tener cubiertas las necesidades alimenticias de manera relativamente holgada y otra muy diferente producir excedentes susceptibles de ser acumulados y utilizados en actividades no dedicadas a la subsistencia. El descarte de determinadas especies o productos puede ser debido a aspectos estrictamente culturales o a que, salvo en épocas de crisis, no era necesario aprovechar al máximo los recursos potenciales.

El conjunto de datos analizados parecen apuntar por tanto a una cabaña propia de una economía de subsistencia, con rebaños pequeños, aprovechamiento intensivo de los animales hasta su amortización por edad avanzada y equilibrio entre las diferentes especies para lograr

una máxima eficiencia frente a riesgos imprevistos. Nos parece relevante la tendencia ya apuntada hacia una mayor diversidad faunística en los yacimientos del siglo V a.C., que indicaría una creciente diversificación agropecuaria. Esta mayor complejidad se repite en otros órdenes de la cultura material de estos grupos y apunta a un mayor interés – y capacidad – para producir más recursos y obtener excedentes susceptibles de ser invertidos en ámbitos no dedicados estrictamente a la subsistencia.

4.2.4.3. La agricultura de la Primera Edad del Hierro

Si los datos acerca de la ganadería de los grupos del valle medio del Tajo a comienzos de la Edad del Hierro son escasos, la información acerca de las prácticas agrícolas en este momento puede calificarse de anecdótica. Carecemos de suficientes datos directos (análisis polínicos o carpológicos) o indirectos (herramientas, estructuras materiales vinculadas a la producción agrícola) como para plantear un sistema de producción agrícola para la zona en este momento. Esta escasez de información es tan abrumadora que lleva a plantearse si es debida a la falta de análisis sobre el tema o reproduce una realidad en la que el peso de la agricultura en la economía de estos grupos aún sería reducido. Los datos disponibles no permiten decantarnos por una de las dos opciones, aunque parece que se mantuvo una fuerte base ganadera y la agricultura de la región se mantuvo – al menos hasta el siglo VI a.C. – más cercana a la horticultura que a la agricultura propiamente dicha. En cualquier caso y como en la inmensa mayoría de las sociedades campesinas, debió predominar un sistema mixto de producción que complementara los diferentes recursos para reducir al mínimo la incertidumbre.

Si nos atenemos a los resultados de los análisis polínicos el cultivo de cereales representaría un papel marginal en la economía de los asentamientos estudiados. Se ha documentado *Cerealia* en los yacimientos de Ecce Homo (Ruiz, B. *et al.* 1997a: 152) y Las Camas (López, J. A. y Pérez, S. e.p.), siempre en porcentajes muy pequeños, estando ausentes en El Colegio. En el caso de Ecce Homo la presencia de *Cerealia* es testimonial, pero en Las Camas los porcentajes superan el 3%, cantidad considerada suficiente para admitir el cultivo de cereales en el entorno del yacimiento (López, J. A. y Pérez, S. e.p.: 3). Respecto a las leguminosas, aparecen de manera más recurrente en los tres análisis, estando confirmadas además por los resultados antracológicos de Ecce Homo (Ruiz, B. *et al.* 1997a: 155). En general, la presencia de *Fabaceae* ha sido asociada a la existencia de cultivos junto a las riberas, mientras que los cereales estarían un poco más alejados del poblado, de ahí su escasez en los diagramas realizados. Se plantea por tanto una coexistencia de ambos conjuntos de especies, aunque con los datos existentes es imposible afirmar si esta coexistencia era simultánea, asociada a un sistema de año y vez para los cereales y una aprovechamiento de las zonas más húmedas para las leguminosas o trienal, con éstas últimas integradas en el ciclo de rotación (Ruiz, B. *et al.* 1997a: 156).

También carecemos de información detallada acerca de las especies de cereal cultivadas, que podría aportar datos muy interesantes acerca de los ciclos agrícolas – largo o combinado con cereales de ciclo corto – y de las características de la producción y de la tecnología utilizada en el procesado de la mies. En función de la variedad de cereal cultivado – vestido o desnudo, cebada y trigo frente a centeno, mijo o avena, etc. – pueden extraerse implicaciones climáticas, tecnológicas y económicas muy interesantes que por el momento son inabordables. Tan sólo

contamos con una pequeña mención a la presencia de cebada vestida y trigo indeterminado en el yacimiento de Las Camas (López, J. A. y Pérez, S. e.p.: 3). En este yacimiento la presencia de trigo es muy escasa, correspondiendo la mayoría del cereal recogido a *Hordeum vulgare* L., un tipo de cebada adaptada a suelos pobres y clima duro. Asimismo, hay mención a un grano de cebada (sin especificar si es vestida o desnuda) localizado en Puente Largo del Jarama (Arnanz, A. M. 1998: 674). Pese a la escasez de información, hemos considerado interesante comparar estos datos con los de dos yacimientos adscritos a los periodos inmediatamente anterior y posterior para valorar las posibles tendencias en el tipo de especies cultivadas. Los datos del periodo del Bronce Final tomados del yacimiento de Perales del Río (Ruiz, B. et al. 1997a: 162) muestran la presencia de *Hordeum vulgare nudum* (cebada desnuda), *Triticum aestivum/durum* (trigo desnudo) y *Triticum dicoccum* (trigo vestido), mientras que en la Segunda Edad del Hierro la información del yacimiento de La Gavia (Urbina, D. et al. 2005: 151) evidencia la presencia de la cebada vestida y la desaparición de *Triticum dicoccum*. Parece por tanto que durante la Primera Edad del Hierro se produjo la sustitución de la cebada desnuda por la vestida, más rentable, y se optó definitivamente por el binomio *Hordeum vulgare* L.- *Triticum aestivum/durum*, al menos hasta época romana cuando se introduce la escanda (*Triticum spelta*).

Parece por tanto que la producción cerealística del valle medio del Tajo se apoyó en el binomio cebada/ trigo. Esta situación no deja de ser lógica si tenemos en cuenta que la cebada presenta una gran resistencia a la aridez de los suelos por la mayor penetración de las raíces y un periodo de maduración más corto que el trigo, lo que permite organizar mejor las tareas agrícolas. Este cereal es relativamente frecuente en Perales del Río, pasando a ser mayoritaria en La Gavia en su variedad vestida, una tendencia que también ha sido observada en el área ibérica donde constituye el cereal más representado en la Segunda Edad del Hierro.

En cuanto al trigo, la variedad más representada es el trigo desnudo (*Triticum aestivum*), característico del Mediterráneo oriental y susceptible de ser procesado en grandes cantidades al carecer de gluma que proteja el grano. Es el cereal más documentado en Perales del Río (Ruiz, M. B. et al. 1997: 162) y el segundo en importancia en La Gavia (Urbina, D. et al. 2005: 151). Junto a esta variedad se han documentado excepcionalmente *Triticum dicoccum* en la Edad del Bronce y *Triticum spelta* en La Gavia, en este último caso asociado a la presencia romana en la fase final del yacimiento, como es habitual en la Península (Chapa, T. y Mayoral, V. 2007: 46). Valorando los datos junto a los aportados por los análisis de Las Camas, parece que durante la Primera Edad del Hierro la cebada (al menos su variedad vestida) y el trigo (muy probablemente el trigo común) constituyeron la base cerealística sobre la que se estructuró el trabajo agrícola en la región. La ausencia de otros cereales como el mijo, el centeno o la avena puede deberse a una simple escasez de datos, aunque es cierto que la avena es más exigente en cuanto a sus necesidades de agua (Torres, J. F. 2003: 228) y por tanto poco apropiada para nuestra zona de estudio y el mijo y el centeno son cereales que generalmente complementan a cebada y trigo y que pueden plantarse de manera ocasional para hacer frente a malas cosechas, ya que ambas especies pueden ser plantadas en un ciclo corto (Torres, J. F. 2003: 228-230). En cualquier caso, son especies que se generalizan en Europa a partir de la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro (Ruiz-Gálvez, M. 1992: 230). Finalmente, es de destacar la ausencia de datos referidos

a leguminosas, aunque hay varias alusiones a plantas nitrófilas que podrían corresponder a este tipo de cultivos.

Como complemento a los pobres datos disponibles acerca de los cereales cultivados durante la Primera Edad del Hierro contamos con algunas evidencias arqueológicas que apoyan la existencia de cultivos cerealísticos en la región. La primera de ellas es la ya citada presencia de ganado bovino en los yacimientos de este periodo. Asumiendo que parte de los bóvidos fueron empleados como animales de tiro – única manera de que este tipo de animales sea rentable en una zona como la Meseta sur – tal y como ha sido documentado en Las Camas (Yravedra, J. 2009: 802), estaríamos ante un indicio de una incipiente intensificación agrícola que sólo puede relacionarse con cultivos cerealísticos. En esa misma dirección apuntaría la presencia recurrente de dientes de hoz en los asentamientos de la Primera Edad del Hierro y los molinos barquiformes recuperados tanto en excavaciones como en prospección. En el caso de los molinos es muy probable que la muestra de piezas se encuentre infrarrepresentada ya que al tratarse de piezas muy comunes y poco atractivas no suelen ser descritas en artículos. Sólo así se explicaría la ausencia de este tipo de piezas en gran parte de las publicaciones sobre yacimientos de este periodo. Los molinos tienen además una vertiente interesante desde el punto de vista de contactos e intercambios entre grupos, ya que el granito, material en el que se fabrican preferentemente, no se encuentra en el valle medio del Tajo.

Junto a los cereales se han documentado otras especies de gran interés económico y con unas importantes connotaciones para la relación entre el ser humano y su medio, como son la vid y el olivo. El cultivo de estas dos especies implica una gran estabilidad en el territorio, ya que tienen un rendimiento diferido de unos diez años en el caso de la vid y hasta 20 en el caso del olivo (Chapa, T. y Mayoral, V. 2007: 50, 52). Asimismo, ambas especies han sido recolectadas en su variedad silvestre desde muy antiguo, por lo que el punto de discusión más importante es la posibilidad de que los restos localizados en los yacimientos sean cultivados o silvestres. Ya discutimos en el apartado dedicado a la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro que los restos de *Vitis vinífera* localizados en los yacimientos de Ecce Homo (Ruiz, M. B. *et al.* 1997: 140) y El Colegio (Ruiz, B. y Gil, M. J. 2001: 6) habían sido identificados como pertenecientes a la variedad cultivada, algo coherente con las cronologías conocidas para las semillas de mayor antigüedad localizadas en la Península ibérica con evidencias de domesticación (Chapa, T. y Mayoral, V. 2007: 50). Su presencia, pese a todo, es poco abundante – testimonial en el caso de Ecce Homo – por lo que en ningún caso hablaríamos de una cultivo sistemático de la vid que en la Península no se produce hasta la Segunda Edad del Hierro. En el caso del olivo, sin embargo, hay que descartar su cultivo. Las muestras disponibles han sido documentadas en El Colegio (Ruiz, B. y Gil, M. J. 2001: 2), pero sin poder asignar a los restos un origen salvaje o cultivado. Asumiendo que la recolección de aceitunas silvestres está atestiguada desde el Mesolítico, el consumo sistemático de aceite es mucho más tardío, llegando al mundo ibérico en torno al siglo IV a.C. (Chapa, T. y Mayoral, V. 2007: 51), por lo parece inverosímil su cultivo sistemático en el valle medio del Tajo en la Primera Edad del Hierro.

Recapitulando la escasa información disponible, parece claro que existió en la Edad del Hierro una agricultura basada en el cultivo de cereal y leguminosas con el probable complemento de productos de huerta (aunque este tipo de vegetales no dejan registro arqueológico). Cebada y

trigo fueron los cereales utilizados preferentemente, sin poder descartarse la presencia de otras especies como el centeno o el mijo. No sabemos el peso real de la agricultura en el conjunto de la economía de estos grupos – aunque los datos apuntan a que fue limitado – ni el sistema de cultivo aunque parece lógico que se aplique una rotación – no sabemos si anual o de otro tipo – para permitir la recuperación de las tierras. Conceptualmente, parece que, al menos al principio de la Edad del Hierro las comunidades de la región estuvieran más cerca de la horticultura que de la agricultura.

Todos los datos disponibles apuntan a que la agricultura del valle medio del Tajo en la Primera Edad del Hierro apenas superó los niveles de la subsistencia y el autoabastecimiento, característicos como hemos dicho de un modelo horticultor. Una serie de datos apoyarían esta propuesta. El primero de ellos es la ausencia de instrumental metálico en el registro arqueológico. Como veremos al analizar la cultura material de este periodo, hasta finales del siglo VI a.C. no se documentan los primeros objetos de hierro, siempre en contextos funerarios. Antes de ese momento, el bronce es escasísimo en la región, y dedicado a fabricar bien a pequeños objetos de trabajo como punzones, bien a objetos suntuarios. Aun asumiendo un continuo reciclaje de las piezas, la mayoría de herramientas de trabajo debieron estar hechas en madera y piedra, limitando severamente la capacidad para arar los suelos y roturar nuevas tierras. Tampoco se han documentado grandes zonas de almacenaje y procesado de alimento, u otros indicios que apuntan a la recolección y almacenaje de grandes cantidades de grano. Las cerámicas asociadas a esta función en este periodo suelen ser de tamaño medio y las dimensiones de las estructuras interpretadas como graneros en yacimientos como La Deseada (Martín, A. 2007: 34-35) apunta a niveles de uso familiar.

Desde otra perspectiva, el estudio del paisaje agrícola en el valle del río Jarama realizado por Mayoral, Bermúdez y Chapa (Mayoral, V. *et al.* 2007) parece confirmar las dificultades tecnológicas de estos grupos para explotar las zonas óptimas desde un punto de vista agrícola. En este trabajo, los yacimientos de la Primera Edad del Hierro aparecen asociados de manera recurrente a suelos definidos como “Clase B”: suelos poco profundos con alta capacidad de uso pero con problemas potenciales de erosión y con limitaciones al trabajo intensivo del suelo debido a sus mayores porcentajes de salinidad (Mayoral, V. *et al.* 2007: 147). Significativamente, los terrenos de Clase A, calificada como óptima para el trabajo agrícola intensivo (fundamentalmente, la vega del Jarama) no son tan importantes en el poblamiento de la Edad del Hierro. La explicación la dan los propios autores al calificar este tipo de suelos como poco aptos para las técnicas agrícolas preindustriales (Mayoral, V. *et al.* 2007: 145), ya que se trata de suelos muy pesados difíciles de arar con animales. Aunque en el artículo no se hace referencia a ello, es probable que el mayor régimen de lluvia y la humedad edáfica de este periodo también influyeran en el alejamiento de las zonas de vega, que serían fácilmente anegables y por tanto afectarían al correcto crecimiento de los cereales. Por otra parte, los autores (Mayoral, V. *et al.* 2007: 145) hacen hincapié en los problemas de aplicar conceptos como la productividad a sociedades agrarias preindustriales. En resumen, los asentamientos de la Primera Edad del Hierro parecen haberse situado en las zonas óptimas de acuerdo a la tecnología disponible en ese momento, zonas que permitían un buen aprovechamiento agrícola y cercanas a pastos aunque no tuvieran unas condiciones edafológicas perfectas.

La definición de la agricultura de la Primera Edad del Hierro como de subsistencia no es ni gratuita ni un lugar común que podría aplicarse a un gran número de sociedades campesinas. De hecho y como hemos dicho, los datos expuestos apuntan a que, al menos hasta el siglo VI a.C. sus características estuvieron más cerca de la horticultura que de la agricultura propiamente dicha. Esta forma de trabajar la tierra impone unas limitaciones muy claras respecto de la capacidad de acumular excedentes, adquirir objetos no funcionales y establecer los primeros pasos para un sistema socioeconómico más desigual. Por supuesto, dentro de una economía de subsistencia pueden darse diferencias esporádicas de riqueza – la sola presencia de bueyes implica que algunos habitantes de los asentamientos tenían un mayor potencial económico que otros – pero es más difícil que estas diferencias se consoliden en desigualdades estructurales. En este sentido, el aumento de ganado bovino a finales de la Primera Edad del Hierro – la mayoría del cual fue probablemente dedicado a labores agrícolas – sería uno de los pocos indicios de que a mediados del siglo VI a.C. y sobre todo desde el siglo V a.C. las condiciones económicas pudieron superar – al menos, potencialmente – este nivel de autoabastecimiento para aumentar la capacidad de producción, acumulación y creación de excedentes, tendencia que se percibe en otros ámbitos de la realidad de estos grupos.

4.2.4.4. Lo que la tierra regala: caza y recolección

Al analizar los datos zooarqueológicos en el apartado dedicado a la ganadería vimos cómo la caza representaba un porcentaje muy escaso del total de restos localizados, y que la tendencia parecía indicar un progresivo descenso conforme avanzaba la Edad del Hierro. Este descenso es generalizado en la Península en época protohistórica (Torres, J. F. 2003: 245) y fue detectado hace tiempo en nuestra región (Liesau, C. 1998b: 288). Desde otra perspectiva, los restos de fauna salvaje recuperados en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo muestran un conjunto de especies muy limitado, con dos grupos muy bien definidos: animales cazados por su aporte cárnico y depredadores que compiten con los humanos en la adquisición de recursos y que pueden atacar a los animales domésticos. En general, la presencia de este segundo tipo es casi anecdótica y carece de sentido hacer un análisis de su distribución en los yacimientos. Los restos corresponden a animales comunes hasta hace relativamente poco tiempo en la región (lobo, zorro, gato salvaje) y aunque la presencia de oso en Cerro de San Antonio pueda parecer extraña, hay que recordar que este animal ha sido relativamente abundante en las zonas de montaña cercanas al valle medio del Tajo – no hay más que recordar el escudo del municipio de Madrid – y que en hasta época moderna se cazaron osos en los Montes de Toledo (Sánchez, R. 2003). Como en el caso de la fauna doméstica, todos los datos utilizados en nuestros análisis se han recogido en el Anexo 4.

Los herbívoros sí presentan porcentajes susceptibles de ser analizados (a excepción de la liebre). Pese a los problemas que presentan siempre los conejos en el registro zooarqueológico (Torres, J. F. 2003: 247), hemos asumido que los ejemplares analizados en los distintos yacimientos han sido contrastados y no corresponden a intrusiones más modernas. Como puede observarse en la figura 4.68, ciervo y conejo son los dos animales con mayor representación en el conjunto. La presencia del primero de ellos en todos los yacimientos está relacionada con el aporte cárnico que proporciona esta especie. La presencia del conejo es también lógica, ya que se trata de un animal muy abundante en el ecosistema del valle medio del Tajo. En cuanto al jabalí y al corzo, el

registro apunta a un consumo menor, algo que sorprende en el caso del jabalí, que debió ser bastante abundante en la región.

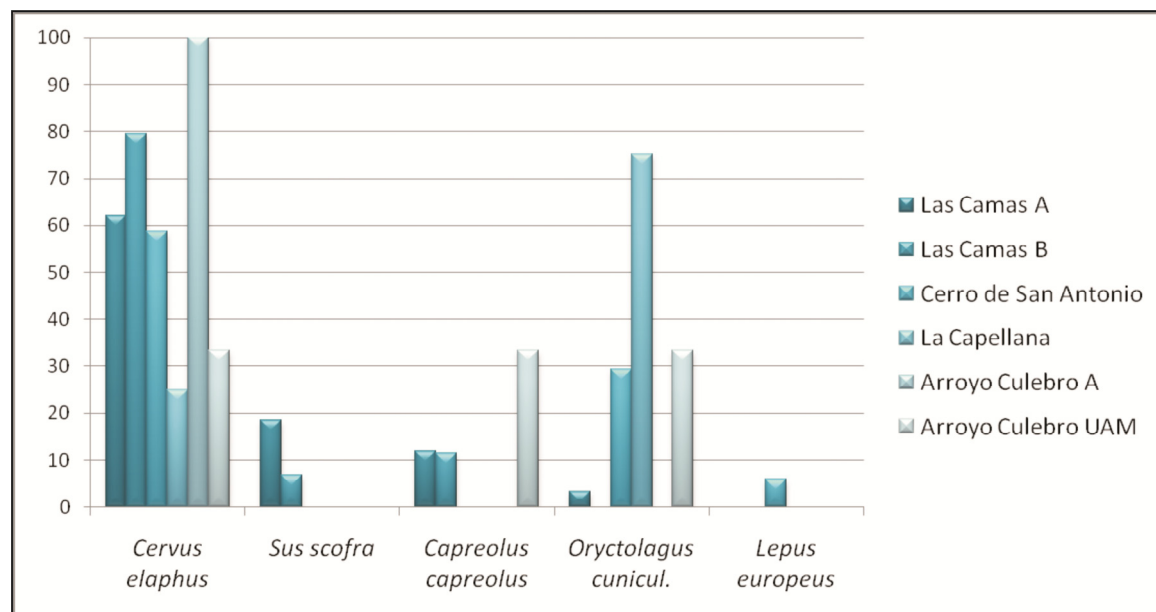


Figura 4.68: distribución de las principales especies salvajes documentadas en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (NR)

La distribución de especies según el número mínimo de individuos (fig. 4.69) confirma esta impresión y aunque puede llevar a error, ya que dado el bajo NMI total la simple presencia de cualquier especie puede introducir distorsiones en la muestra. En este caso se produce una disminución significativa de los porcentajes de cérvido sobre el total, de manera que ciervo y conejo aparecen representados de manera muy similar. Esta distribución obvia, es evidente, el aporte cárnico infinitamente mayor del ciervo y puede confundir la interpretación del peso relativo de cada especie en el aporte cárnico total. En cualquier caso, se confirma la presencia recurrente de *Cervus elaphus* en todos los yacimientos y el carácter más ocasional de otras especies como *Sus scofra* y *Capreolus capreolus*.

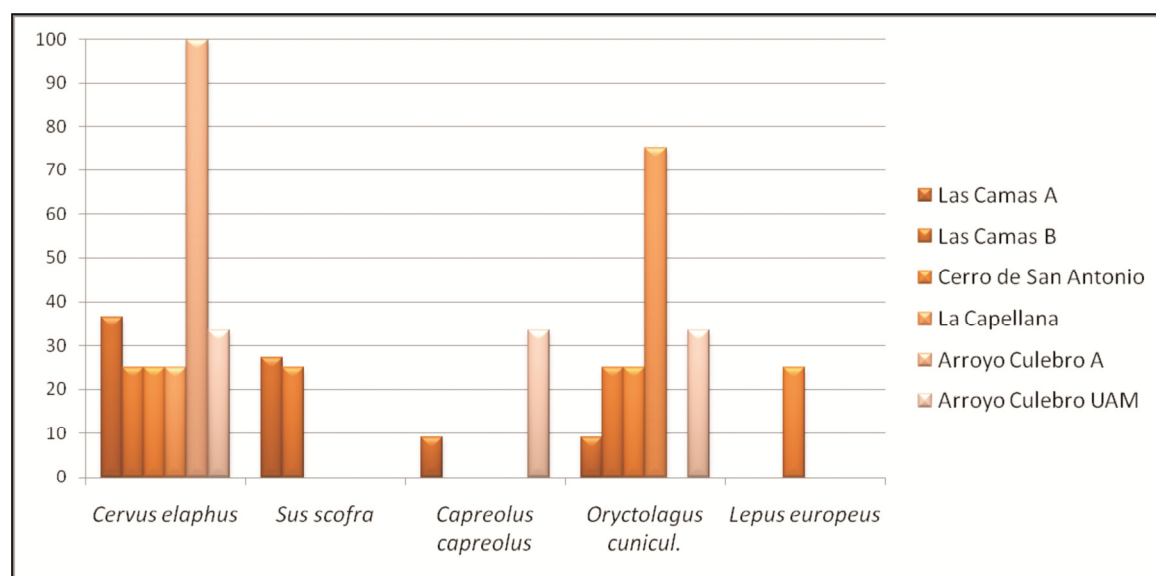


Figura 4.69: distribución de las principales especies salvajes documentadas en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (NMI)

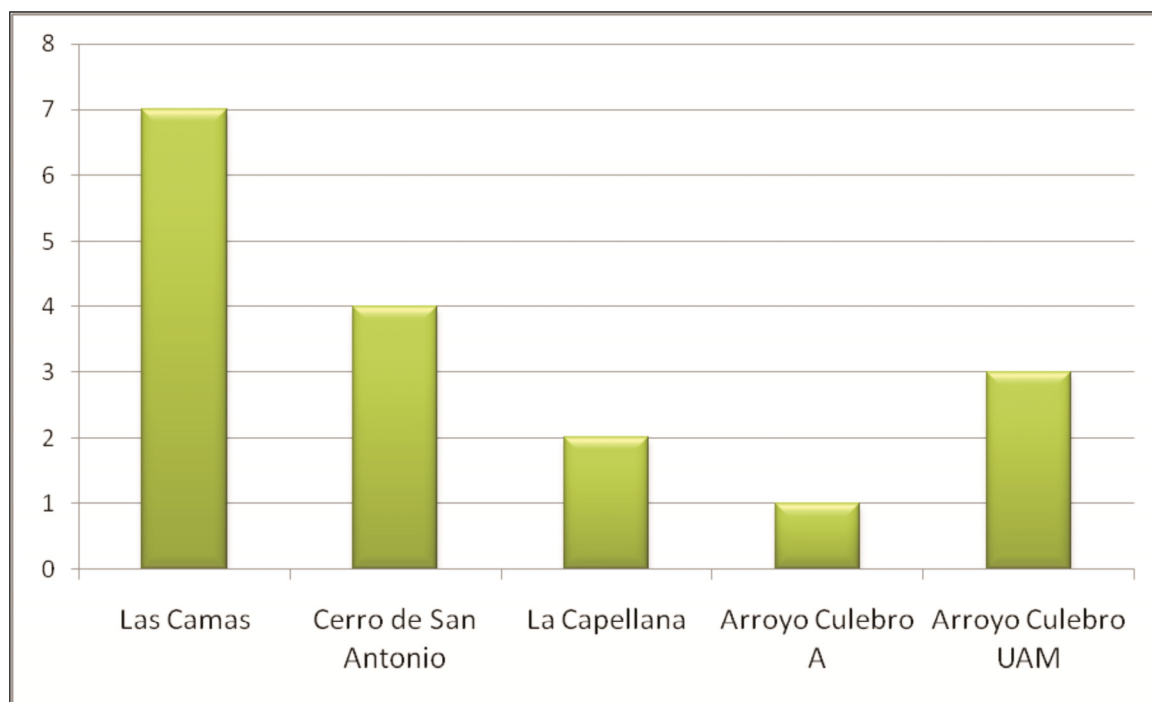


Figura 4.70: número de especies diferentes en yacimientos de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo

La variedad de especies cazadas en el valle medio del Tajo (fig. 4.70) ofrece, como ya señaló Liesau (Liesau, C. 1998b: 292) una gran pobreza no sólo cuantitativa sino cualitativa incluso teniendo en cuenta que otras especies como las aves – que muy probablemente fueran consumidas – suelen estar peor representadas en los registros arqueológicos debido a su mayor facilidad de descomposición o a sesgos en la recogida de los restos. En este sentido, la disminución en el peso de la caza durante la Primera Edad del Hierro tiene su correlato en el empobrecimiento de la diversidad de especies cazadas, como puede apreciarse en la figura 12. Los datos disponibles apuntan por tanto a un empobrecimiento paulatino de la actividad cinegética incluso teniendo en cuenta el peso ya reducido de esta actividad en el Bronce Final (Liesau, C. 1998b: 288).

En cuanto al tipo de aprovechamiento, parece haber sido eminentemente cárnico, aunque es evidente que se produciría un uso total de los recursos que proporcione cada animal – piel, astas, tendones, colmillos, etc. En relación con los patrones de edad, las piezas fueron cazadas casi invariablemente en edad adulta (figs. 4.71 y 4.72) buscando el momento de mayor aporte cárnico de los animales. En el caso de Arroyo Culebro A se ha documentado además la manipulación de astas (Orri, E. y Nadal, J. 2001: 5), probablemente para su uso en herramientas o enmangues.

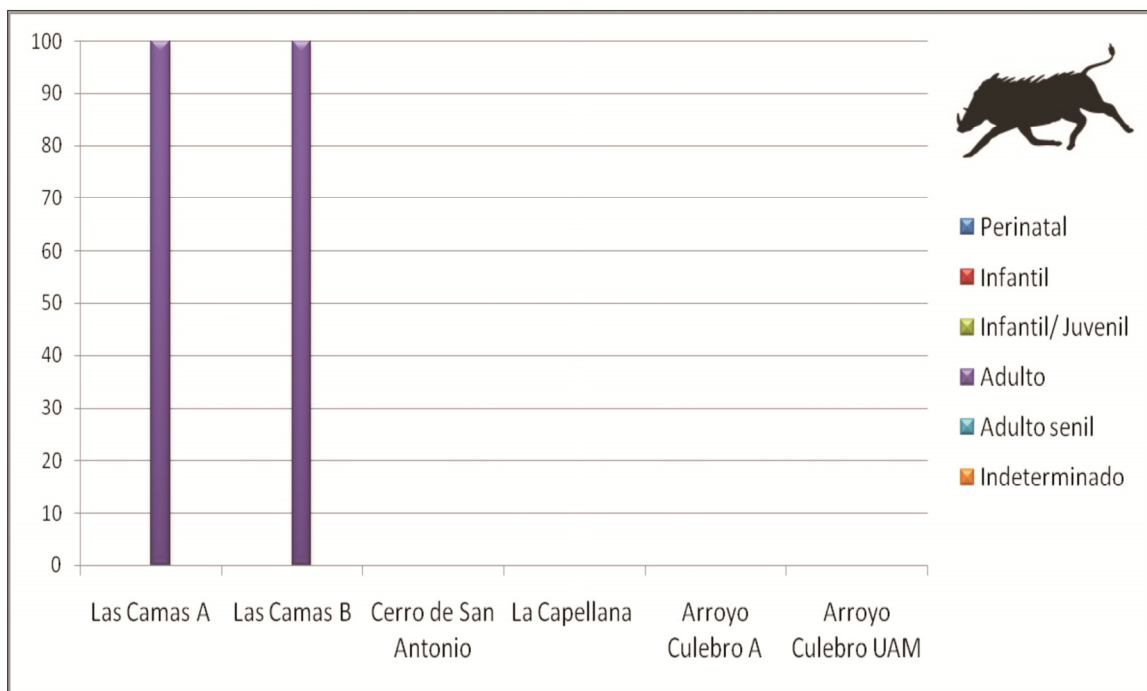
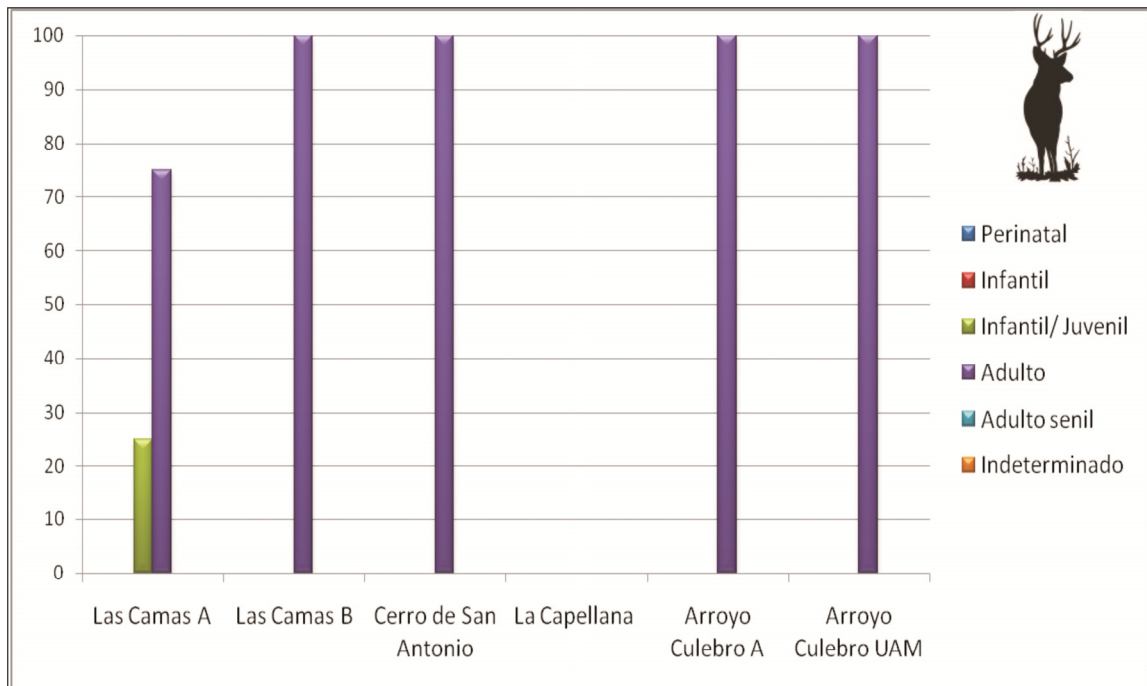


Figura 4.71: distribución por edades de ciervo y jabalí en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (calculados a partir del NMI)

En definitiva, las pautas en que definen la caza en la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo son básicamente dos: disminución de su importancia económica, ya escasa, hasta adquirir un carácter marginal como recurso, salvo en momentos de escasez de los alimentos habituales, como complemento cárnico en determinadas épocas del año o simplemente como capturas aisladas y fortuitas; y pérdida cualitativa de diversidad que se concentra en dos

especies, ciervo y conejo, parámetros similares a los del resto de la Península ibérica en esta época.

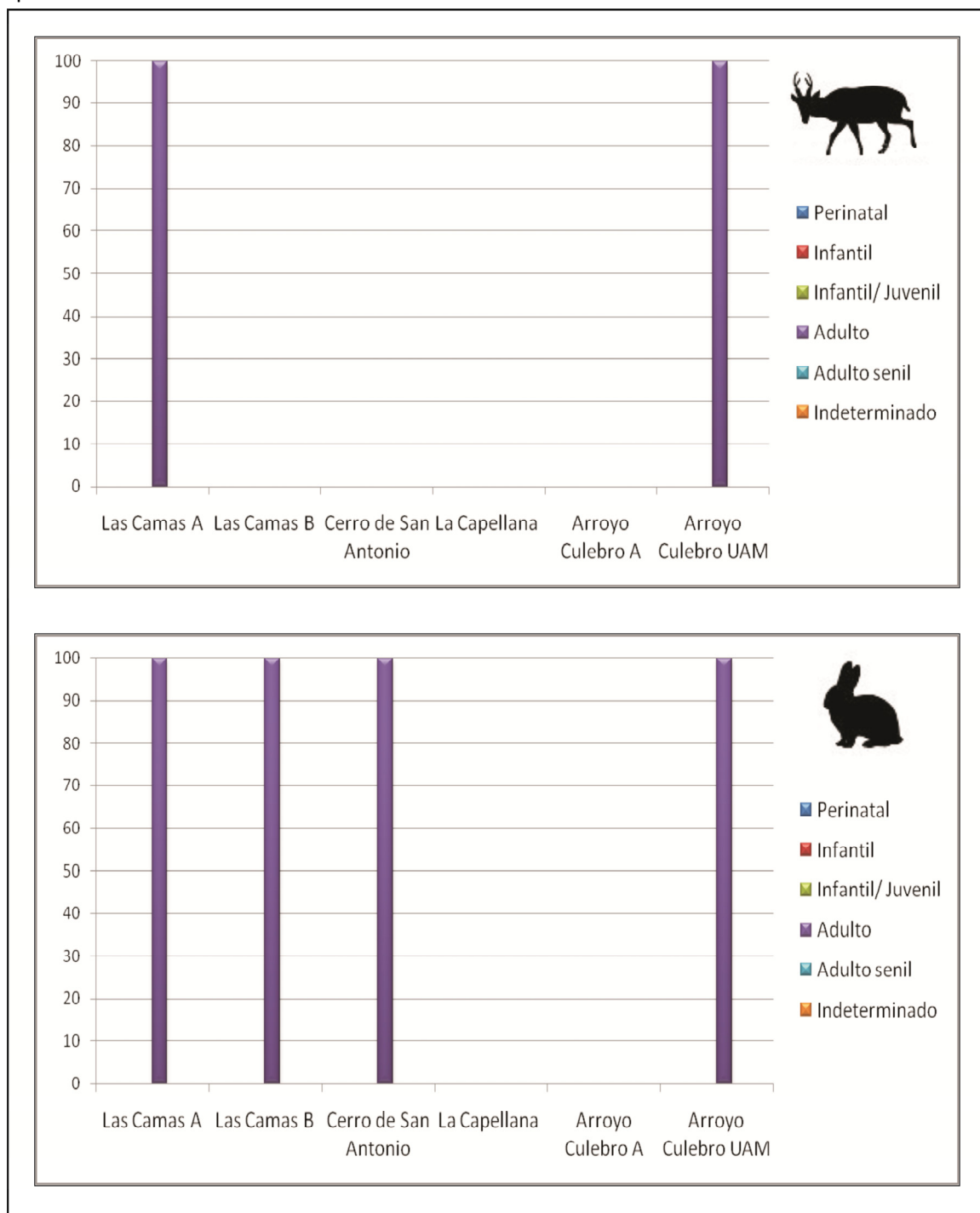


Figura 4.72: distribución por edades de corzo y conejo en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (calculados a partir del NMI)

Si los datos sobre la caza son escasos, los existentes para la pesca son anecdóticos, dadas las dificultades de conservación de los restos de estas especies en el registro. Tan sólo en dos casos hemos podido detectar el consumo de moluscos. En Arroyo Culebro UAM se recogieron tres fragmentos de hemivalva de almeja de río (*Unionidae*) (Liesau, C. 1998b: 287) y otra de especie indeterminada en Puente Largo del Jarama (Liesau, C. 1998a: 622). No se han encontrado evidencias de herramientas para la pesca, algo lógico puesto que la mayoría se elaboran en materiales perecederos que no dejan rastro en el registro arqueológico. Algunos datos más disponemos para las especies vegetales recolectadas en la región. Ya hemos hecho alusión a la presencia de vid y olivo en los registros polínicos de Ecce Homo y El Colegio, aceptando el carácter silvestre del segundo y una posible domesticación de la primera que no impediría su coexistencia con especies salvajes. Como no disponemos de información procedente de la carpología, tenemos que apoyarnos en la información disponible a través de los tres diagramas polínicos de los que disponemos, a los que se suma el listado de taxones realizado para Puente Largo del Jarama, donde la muestra es tan escasa que no pudo realizarse diagrama. Se trata, al menos, de valorar qué especies susceptibles de ser recolectadas se localizaban en las cercanías de los yacimientos y en la región en general, durante la Primera Edad del Hierro.

La primera sorpresa nos la da uno de los frutos secos considerado como estratégico en muchas sociedades de la Edad del Hierro: la bellota. Considerado uno de los recursos más útiles por su productividad, su capacidad para ser almacenada y ser molida para obtener harinas, su presencia en el entorno de los yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo es, como mucho, discreta. Así, el porcentaje de *Quercus* de las Camas apenas llega al 4-5% (López, J. A. y Pérez, S. e.p.: 10), en El Colegio oscila pero nunca llega al 10% (Ruiz, B. y Gil, M. J. 2001), se califica de esporádico y apenas representativo en Ecce Homo (Ruiz, M. B. *et al.* 1997: 153) y no se ha detectado en Puente Largo del Jarama (Mariscal, B. 1998: 657). Sin embargo, hay que tener en cuenta que los análisis polínicos reproducen el entorno directo del asentamiento, que debió estar mucho más deforestado que el resto del territorio, por lo que no puede descartarse un uso de la bellota como fuente de alimento similar al de otras regiones de la Península ibérica. De hecho, análisis de los contenidos de recipientes localizados en un yacimiento tardío como El Llano de la Horca (siglo II a.C.) confirman la presencia de bellota en la dieta de las poblaciones del valle medio del Tajo (Baquedado, E. *et al.* 2007: 391) incluso en el final de la Edad del Hierro,

La presencia de otras especies de frutos secos susceptibles de ser recolectados puede calificarse de testimonial. No se documenta avellano en ninguno de los yacimientos (que sí estaba presente durante el Bronce Final en El Colegio) y el nogal tan sólo está documentado en pequeñas cantidades en Puente Largo del Jarama (Mariscal, B. 1998: 656). De nuevo la ausencia en la cercanía de los yacimientos de árboles cuyo fruto pudiera ser aprovechado no es definitiva, ya que los datos polínicos sólo muestran el área cercana al yacimiento, aunque en el caso de estos dos árboles su presencia en el valle debió ser testimonial, debido a las condiciones climáticas del mismo. No podemos decir nada acerca de otro tipo de frutos silvestres (manzanas, peras, etc.), de bayas y hongos, etc. que generalmente no dejan rastro arqueológico y de las que tan sólo podemos suponer su consumo. En este sentido, muchas de las plantas agrupadas en los diagramas polínicos de los yacimientos estudiados con el nombre genérico de *Chenopodium* y que actualmente no se consideran como alimentos son susceptibles de ser aprovechadas para el

consumo humano. Aunque aplicado a una zona más húmeda y con condiciones ambientales muy diferentes, un repaso al capítulo de J. F. Torres (2003) dedicado a la recolección de frutos silvestres puede ilustrarnos de hasta qué punto son limitadas nuestras percepciones actuales acerca de qué especies silvestres pudieron ser consumidas en el pasado.

Desde otro punto de vista, carecemos de información acerca del uso de especies vegetales no destinadas al consumo, como la obtención de fibras vegetales para la cestería, tintes, usos medicinales, condimentos, etc. Es muy probable que nunca lleguemos a documentar muchas de las especies utilizadas en la vida diaria de las sociedades protohistóricas, pero también es cierto que sólo si se tienen en cuenta las posibilidades que ofrece el mundo vegetal pueden valorarse correctamente los resultados de los análisis polínicos, carpológicos o antracológicos. Como en el resto de actividades económicas en la Primera Edad del Hierro (o incluso más), resulta muy difícil valorar el grado de importancia de las actividades recolectoras en el conjunto de la economía. Sin embargo, no hay ningún dato que sugiera que ocuparan un lugar relevante en su aporte alimentario, y en ese sentido presentan una gran coherencia con los datos de que disponemos para la caza. Este peso reducido de la caza y la recolección no parece haber estado relacionado con una sobreexplotación del territorio, ya que el área ocupada y explotada por los asentamientos parece haber sido pequeña, y por tanto quedarían amplias zonas deshabitadas y salvajes entre los diferentes asentamientos. Parece que se debe más bien a una apuesta clara de los grupos del valle medio del Tajo por la actividad agropecuaria. Incluso sin evidencias de intensificación agrícola que no se producen hasta muy avanzada la Primera Edad del Hierro, la economía de estos grupos parece haber dejado progresivamente de lado la caza y la recolección, al menos como aportación económica relevante.

4.2.4.5. Intercambios y acceso a materias primas

Cuando en Arqueología se habla de intercambios, normalmente se tiene en mente objetos manufacturados que luego son fácilmente rastreables en el registro: cerámicas, objetos de metal, piezas exóticas, etc. que son presentados como el resultado de transacciones a menudo asociadas a contactos entre élites, grupos limítrofes o comerciantes foráneos. Y sin embargo, este tipo de transacciones suponen una parte muy pequeña de los intercambios económicos de las sociedades premodernas, cuya principal característica es el autoabastecimiento y que sólo en contadas ocasiones pueden acumular riqueza suficiente para adquirir un objeto excepcional. Sin embargo, estos trueques ocasionales han recibido mucha más atención que otro tipo de intercambios que debieron ser mucho más comunes y que también pueden ser rastreados en el registro arqueológico. Se trata de aquellos basados en la adquisición de materias primas estratégicas para la vida cotidiana. No queremos realizar una lista exhaustiva de recursos y zonas de abastecimiento, pero sí discutir brevemente acerca de varias materias primas de gran importancia en la economía de los habitantes del valle medio del Tajo y que a buen seguro sirvieron para construir redes de intercambio más estables, activas y numerosas que las ocasionales fíbulas o cerámicas importadas. Se trata de productos como el granito, la sal, el sílex o la arcilla necesarios para actividades económicas fundamentales en el día a día de las sociedades campesinas de la Primera Edad del Hierro, por lo que consideramos importante tratar de aproximarnos a los problemas que presentan su localización, explotación y transformación. A estas materias primas se unen los minerales metalíferos, con menos peso en

la economía diaria de los grupos (al menos, en este momento) pero con un importante valor económico y simbólico. Granito y minerales metalíferos son especialmente importantes porque dadas las características geológicas del valle medio del Tajo no existen en el territorio pero sí en zonas cercanas, por lo que su presencia apunta bien a intercambios con grupos situados en las zonas donde sí existen, bien a desplazamientos en su busca. En el sentido contrario es interesante la sal, muy abundante en la zona central del valle medio del Tajo y poco común en su entorno.

Por desgracia, carecemos de análisis petrológicos, mineralógicos o metalográficos que permitan identificar áreas de captación para los materiales recogidos en los asentamientos, y tampoco disponemos en general de evidencias directas de extracción y procesado de materias primas. La única aproximación que podemos realizar es la que valora las áreas potenciales de captación de recursos, basándonos en las características geomorfológicas de la zona. Por suerte, presentan un carácter excluyente asociado a su diferente orogenia, por lo que puede plantearse una mínima valoración de su accesibilidad y las implicaciones que conlleva. En este sentido, el granito es quizá la materia prima más descuidada y cuya distribución presenta más interés (fig. 4.73). Como ya explicamos al describir el entorno físico del valle medio del Tajo, la gran depresión central que es el escenario de nuestro estudio está compuesta principalmente por margas, arcillas, yesos y por depósitos de aluvión más modernos a lo largo de las vegas de los ríos. Las rocas asociadas a este tipo de sedimentos (cuarcitas, sílex, calizas, etc.) son completamente inútiles para una de las labores de subsistencia más importantes para los grupos de campesinos: la molienda de cereales o cualquier otro vegetal – legumbres, frutos secos – previa a su transformación en alimento. Para ello son necesarias rocas granuladas que permitan desgaste y fricción, especialmente piedras metamórficas como el granito y el gneiss.

Estas rocas constituyen la materia prima con que se fabrican los molinos – en estos momentos, exclusivamente barquiformes – y las manos con los que se realiza la molienda y son un rasgo característico de casi todos los yacimientos desde los comienzos de la agricultura. Su interés no proviene tanto de su excepcionalidad – es quizá el objeto que aparece de manera más sistemática en los yacimientos – como del hecho de ser por fuerza alóctono del valle medio del Tajo. Aunque ya hemos hecho alusión al hablar de las evidencias arqueológicas de la agricultura al problema de documentación asociado a los molinos, precisamente por su abundancia, los datos de que disponemos (Consuegra, S. y Díaz del Río, P. 2007: 149; Martín, A. 2007: 37; Muñoz, K. 1998b: 370, 88, 96; Oñate, P. *et al.* 2007: 178; Sanguino, J. *et al.* 2007b: 115) muestran un predominio de piezas de granito seguidas a mucha más distancia de gneiss. Este tipo de rocas son especialmente abundantes en los dos grandes accidentes geográficos que circundan el valle medio del Tajo (Sistema Central y Montes de Toledo) y corresponden al primitivo zócalo herciniano que todavía constituye la superficie de la mitad oeste de la Península y que estaba formado principalmente por granitos y pizarras. Mientras que en la depresión del Tajo – al menos en su zona centro-oriental – la colmatación progresiva del valle por los fenómenos de erosión ha cubierto el zócalo original con rocas sedimentarias, las elevaciones que lo circundan han mantenido las rocas metamórficas que los conforman en la superficie.

Hay sin embargo algunas diferencias en los tipos de rocas que componen el sector madrileño y toledano del Sistema Central y los Montes de Toledo. Así, mientras el primero está compuesto

principalmente de granitos y gneiss (IGME 1974, 1973) en el caso del segundo predominan rocas cuarcíticas y pizarras (VV.AA. 2007: 43), apareciendo el granito en la denominada “Meseta Cristalina de Toledo”, en las estribaciones de las sierras y a través de fenómenos de erosión iniciados en el Terciario. De este modo, la figura 4.73, que refleja las áreas donde se localiza este tipo de piedras (se han unificado las zonas graníticas con aquellas donde aflora gneiss) coincide grosso modo con el sistema central al noroeste y con los afloramientos de la citada Meseta Cristalina, definiendo de manera muy explícita dos grandes áreas de captación de este tipo de materiales.

Por desgracia, pocas veces se ha reflexionado sobre los procesos de recogida, transporte y manipulación de este material, asumiéndose generalmente su presencia sin más, casi como si hubieran sido adquiridos en un mercado. Y sin embargo, parece evidente que la gestión de grandes piezas de granito a distancias que en muchos casos superan los 40 o 50 kilómetros de distancia no podía ser una actividad espontánea y realizada para conseguir un único molino, sino que debía obedecer a cierta planificación previa, bien para recoger suficientes piedras como para que sea suficientemente rentable, bien para organizar un viaje que duraba varios días. En este sentido, y aunque se trate de un yacimiento del Bronce Final, la Fábrica de Ladrillos (Getafe) (Blasco, M. C. *et al.* 2007) ha proporcionado información interesante para comprender algunos de los problemas logísticos que suponía la adquisición de un material tan pesado y complicado de transportar.

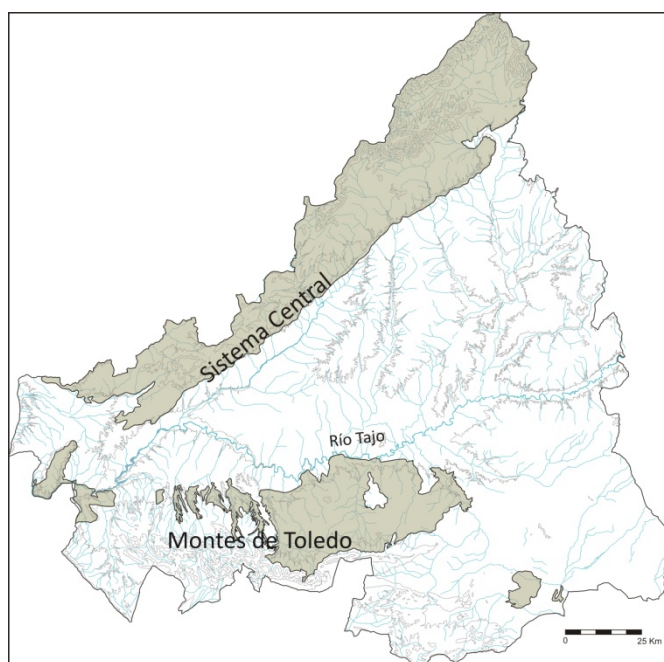


Figura 4.73: zonas con materiales metamórficos – granito y gneiss) en la periferia del valle medio del Tajo. A partir de datos del IGME

En los materiales localizados en las fases de Epicogotas y Cogotas I de la Fábrica de Ladrillos hay varios aspectos importantes a valorar. En primer lugar, el material, que en general se trata de granito de grano grueso, poco apropiado para la molienda por su mayor vulnerabilidad a la erosión y su mayor facilidad para descomponerse e incorporar restos grano a la molienda. Pero es que además del granito se localizaron molinos y manos realizadas en arenisca, una piedra a priori rechazada para la molienda por su mayor debilidad y su rápido desgaste. La única explicación plausible para su uso es la dificultad de aprovisionamiento de granito, que obligaría a recurrir a otras rocas de

peor calidad pero localizadas más cerca (Blasco, M. C. *et al.* 2007: 164). Desde otro punto de vista, se ha interpretado la presencia de molinos en determinadas áreas del yacimiento como una forma de guardar el material para su reutilización en sucesivas ocupaciones, mientras que la ausencia de piezas en el momento final del yacimiento podría indicar que, ante el abandono definitivo del mismo, se recuperarían todos los fragmentos susceptibles de ser usados, ya que su traslado a un nuevo asentamiento, con todos los problemas que acarrearía, sería menos costoso

que la obtención de materia prima (Blasco, M. C. *et al.* 2007: 204-205). En definitiva, los datos procedentes de la Fábrica de Ladrillos muestran un panorama muy distinto al que estamos habituados, en el que se da por hecha la presencia de molinos en los yacimientos. Por el contrario, parece que el granito para fabricar la harina era un producto cuidado y valorado, dados los problemas de abastecimiento que conlleva. Dadas las características geológicas de la región, el granito debió ser a lo largo de la Prehistoria reciente uno de los principales elementos de valor en las poblaciones del valle medio del Tajo, como ha defendido Díaz – del – Río para periodos más antiguos (2001: 180).

Puesto que en ningún momento se interrumpe el aprovisionamiento de este material, debemos suponer que existían mecanismos de acceso al mismo, bien a través del desplazamiento de grupos para extraer el material, bien a través de redes de intercambio. En nuestra opinión, dado el peso y volumen del granito, parece poco probable que fuera objeto de transacciones directas entre grupos, siendo más plausible el acceso a las zonas de extracción a cambio de contrapartidas económicas. La presencia de piezas de granito en bruto en la Fábrica de Ladrillo apuntaría en esta dirección (Blasco, M. C. *et al.* 2007: 204). En cualquier caso, ambas opciones necesitan de la existencia de contactos y redes de intercambio entre los grupos de la región, tanto para desplazarse por el territorio como para extraer la materia prima. Por supuesto, podríamos defenderse un acceso libre al granito dada su abundancia, pero aún así quedaría pendiente el problema logístico que supone el desplazamiento a las zonas de extracción y la necesidad de que éste sea libre a través del territorio. Todo ello remite a la presencia de redes de intercambio y contacto bien establecidas en la región.

Si el aprovisionamiento de granito presenta retos logísticos derivados de su peso y volumen, la adquisición de minerales metalíferos debió ser un problema permanente en la región. Las características geomorfológicas del valle medio del Tajo hacen que este tipo de minerales se encuentren ausentes en su zona central y aparezcan, de nuevo, en las estribaciones montañosas que lo circundan. En este caso además ninguna de ellas se caracteriza por su abundancia, calidad o facilidad de explotación, lo que debió limitar sustancialmente las posibilidades de explotación en época antigua (Montero, I. *et al.* 1990: 13). En el primer capítulo mostrábamos las áreas potenciales de aparición de los metales susceptibles de ser explotados en la Primera Edad del Hierro en nuestra zona, aunque es difícil saber si estos yacimientos fueron efectivamente utilizados por las comunidades del valle ya que muchas de estas explotaciones fueron superficiales, otras han sido destruidas por minas más modernas y muchas probablemente no dejaron nunca registro arqueológico. Por suerte, contamos con algunos trabajos específicos para la provincia de Toledo (Montero, I. *et al.* 1990; Montero, I. 2001) y para la Comunidad de Madrid (Rovira, S. y Montero, I. 1994: 153-159) que pueden ayudarnos a establecer algunos parámetros sobre los que valorar la importancia de la metalurgia en este periodo.

Habría que plantearse, teniendo en cuenta la escasez de materiales metálicos, si existe realmente una tradición metalúrgica en el valle medio del Tajo y hasta qué punto es una actividad importante dentro de la economía de estos grupos. Aunque el sentido común nos lleva a responder afirmativamente, lo cierto es que tan sólo se han encontrado evidencias de instalaciones dedicadas al proceso de fundición y manufactura de los metales en Las Camas, mostrando técnicas similares a las utilizadas en el Bronce Final, con una presencia escasa de

plomo en las aleaciones y co-reducción de los metales (Urbina, D. *et al.* 2007: 75). Aunque esta falta de datos acerca de la producción de piezas de metal puede ser debida a carencias en el registro, otras evidencias como la recurrente escasez de objetos metálicos hasta el siglo VI a.C. o el origen foráneo de muchos de ellos parecen apuntar a una cierta marginalidad de la actividad metalúrgica en el valle medio del Tajo durante la Primera Edad del Hierro. En nuestra opinión la lejanía de las fuentes de abastecimiento debió jugar un papel importante en esta marginalidad, dificultando el acceso a la materia prima o encareciendo su adquisición y limitando por tanto las posibilidades de metalurgia desarrollada a gran escala.

También es importante valorar si todo el proceso de extracción, transformación y producción fue realizado por las mismas personas o por el contrario existió una cierta especialización en las diferentes actividades (VV.AA. 2010: 24-25). En este sentido, pueden plantearse dos posibilidades generales. La primera, que todo el proceso (extracción o recogida del mineral, fundición y fabricación de las piezas) fuese realizado por las mismas personas o que la recogida – y quizá un primer procesado para obtener metal en bruto – fuese realizada por un grupo y la transformación definitiva la llevase a cabo un segundo. En definitiva, se trata de establecer si la minería se encuentra o no desvinculada de la metalurgia y aunque la información es escasa, contamos con varios indicios que apuntan a que esta segunda opción fue la que se dio en el valle medio del Tajo.

El primero de ellos es, lógicamente, la distancia a las fuentes de aprovisionamiento, a lo que se une el tiempo dedicado a la extracción del material. La actividad minera, incluso a pequeña escala, conlleva una logística compleja, tanto más cuando las fuentes de aprovisionamiento se encuentran lejos. Un segundo indicio sería la escasez de objetos metálicos en los primeros momentos de la Primera Edad del Hierro, interpretada tradicionalmente como una evidencia de reciclado continuo del material y que es una de las características más comunes cuando la minería y la metalurgia son realizadas en dos círculos de producción diferentes. En el caso del valle medio del Tajo, además, se produce una perduración de determinados objetos metálicos durante mucho tiempo – en ocasiones, siglos – que apuntan a dificultades de acceso a la materia prima. Finalmente, la localización de posibles lingotes en yacimientos más antiguos como la Fábrica de Ladrillos (Blasco, M. C. *et al.* 2007: 167) apunta de nuevo en esta dirección, puesto que este tipo de piezas suelen aparecer en contextos en los que se produce una separación de las diferentes actividades metalúrgicas (VV.AA. 2010: 25).

Parece por tanto que no se produciría un desplazamiento de los grupos para autoabastecerse de minerales, sino que éstos llegarían a través de intercambios con grupos cercanos a las fuentes de explotación. Esto explicaría la escasez de objetos metálicos en el valle medio del Tajo, su tardía amortización y su probable reciclado, al menos hasta finales del siglo VI a.C. En otro ámbito, justificaría la escasez de evidencias de procesado de metal, aunque esta ausencia puede deberse a un sesgo del registro. A partir del siglo VI a.C. y relacionado con la aparición de las necrópolis de incineración comienza a aumentar de manera exponencial el número de piezas metálicas documentadas. Aunque esto puede ser debido simplemente a las mejores condiciones de preservación de las tumbas, es significativo que ese material se encuentra amortizado y no se recicla, lo que indirectamente remite bien a una mayor riqueza de estos grupos – que pueden permitirse obtener más objetos de este tipo y amortizarlos en las tumbas – bien a una mejora en

las redes de abastecimiento de materias primas y objetos metálicos. Lo que sí parece evidente es que a finales de la Primera Edad del Hierro hay un aumento significativo de objetos de bronce en la región. El problema de abastecimiento de metales continuará durante la Segunda Edad del Hierro: aunque el hierro es mucho más abundante que el cobre, el estaño o el plomo, sus principales fuentes de abastecimiento siguen estando lejos del núcleo del valle medio del Tajo. En nuestra opinión, los problemas para acceder a los metales no obedecen a la inexistencia de redes de intercambio para obtener materia prima o metal procesado, ya que la presencia de metal, aunque escasa, es continua durante toda la Edad del Hierro indicando la existencia de contactos con las áreas productoras. Tendrían que ver más bien con la falta de recursos de las poblaciones del valle medio del Tajo para adquirir estas materias primas que debemos suponer caras debido su lejanía. Los objetos de bronce serían, por tanto, un lujo al alcance de muy pocos, al menos hasta mediados del siglo VI a.C.

Los datos planteados hasta ahora presentan un panorama de fuerte déficit en algunas materias primas relevantes dentro de la economía de los grupos de la Edad del Hierro. Compensando estas carencias, la región cuenta con algunos recursos estratégicos fundamentales para la vida cotidiana de estas sociedades, y con otro recurso del que carecen las áreas limítrofes: la sal. Este mineral ha sido un elemento estratégico de las economías pre y protohistóricas debido a constituir un elemento esencial en la dieta de los animales hervíboros, y por tanto importante en una región con una fuerte presencia ganadera como es el valle medio del Tajo. Hay que tener en cuenta que los vegetales son deficitarios en sales y por tanto bóvidos, équidos y ovicápridos – en menor grado suidos – precisan de aportes complementarios de sal (Ruiz-Gálvez, M. 1988: 197). Más aún, la sal es un elemento fundamental otras muchas actividades económicas: conservación de carne y pescado, curtido de pieles, fijado de tintes, transformación de metales, etc. (Torres, J. F. 2003: 274). El acceso a la sal era por tanto prioritario en cualquier economía de la Primera Edad del Hierro y en este sentido la región del valle medio del Tajo y en especial el área comprendida entre éste y el Jarama es excepcionalmente rica dada su geología que favorece la aparición de manantiales y humedales salobres (fig. 4.74), con evidencias de explotación desde el Calcolítico (Valiente, S. y Ayarzagüena, M. 2005: 67). Aunque las referencias a su explotación en la Edad del Hierro son escasas (Valiente, S. 2007: 250), parece lógico que se explotaran también en este periodo ya que su uso ha perdurado hasta época moderna.

Pese a su indudable interés, la explotación de la sal en época protohistórica no ha recibido mucha atención, lo que unido al impacto de la minería en las salinas en época moderna hace difícil valorar en qué grado fueron utilizados los afloramientos salinos durante la Edad del Hierro. Ha que tener en cuenta que los animales pueden beber directamente el agua o lamer las costras de sal sin dejar huella en el registro, y tampoco se han encontrado evidencias claras de explotación intensiva de este mineral. Sí se han documentado yacimientos de la Edad del Hierro que parecen estar en relación directa a afloramientos salinos (Muñoz, K. 1999: 95). Hasta qué punto la adquisición y gestión de la sal se mantuvo en unos límites domésticos o formó parte de las redes de intercambio de materias primas es algo que desconocemos, aunque desde luego es un recurso escaso en la periferia del valle, por lo que la existencia de estas redes no puede descartarse.

Junto a la sal, otro de los recursos fundamentales es la arcilla, y en este caso puede afirmarse que la región ofrece materia prima de excelente calidad, siendo su abundancia uno de los rasgos característicos de la geología terciaria de la cuenca media del Tajo. En este sentido, sin embargo, todo parece apuntar a un autoabastecimiento de las poblaciones protohistóricas independientemente de la calidad de la arcilla, ya que se trata de un producto ampliamente disponible. Los datos de Las Camas, donde se ha constatado la procedencia local de las arcillas utilizadas para fabricar las cerámicas apuntan en esta dirección, siendo precisamente este yacimiento el único donde se han localizado evidencias de extracción de vetas de arcillas y hornos para fabricar cerámica (Urbina, D. *et al.* 2007: 50). Los análisis mineralógicos de un conjunto de cerámicas de diferentes calidades del Cerro de San Antonio (Arribas, J. G. *et al.* 1991) coinciden con este carácter local de la manufactura cerámica, ya que todas las piezas parecen haber sido realizadas con el mismo tipo de arcilla independientemente de su calidad. Las características de los poblados, la ausencia de hornos que parezcan superar la producción doméstica, la inexistencia (al menos por el momento) de cerámicas características del valle medio del Tajo en contextos alejados o la ausencia de estilos locales definidos llevan a pensar en una autosuficiencia en este sentido, dejando de lado algunas cerámicas consideradas de lujo y que normalmente van asociadas a un cuidado especial de la pasta o a una mayor decoración, pero que no parecen haber requerido infraestructuras que superen el ámbito doméstico.

Otro de los materiales muy abundante en el valle medio del Tajo es el sílex, aunque como mostramos en el Anexo 5 su uso en los yacimientos de este periodo sufre un fuerte retroceso cuantitativo y una palpable regresión técnica. Se trata en general de sílex u ópalos de calidad media que pueden aparecer en nódulos o bloques. En general, todos los estudios realizados (Consuegra, S. y Díaz del Río, P. 2007; Gamazo, M. 1991; López, G. 2007) apuntan a un origen local de las piezas recuperadas en los yacimientos, algo lógico si tenemos en cuenta el tipo de talla realizada, expedita, poco cuidada y que no requiere de una gran selección previa. Del mismo modo, todos los modelos de asentamientos definidos por Kenia Muñoz para la Primera Edad del Hierro están caracterizados por tener en sus cercanías afloramientos de sílex (Muñoz, K. 1998b, figs 5.72-5.74). Parece muy poco probable, dado el carácter marginal de este tipo de instrumentos en las poblaciones de la Edad del Hierro y la poca atención dedicada a su trabajo que se realizara un esfuerzo significativo en la búsqueda de materias primas de calidad como está documentado para etapas anteriores (Muñoz, K. 1999: 94-95).

Somos conscientes de que los datos que presentamos en este apartado son muy escasos y que en muchos casos necesitan de un capítulo sistemático de análisis arqueométricos que en estos momentos es, sencillamente inexistente. Asimismo, puede alegarse que algunas de afirmaciones hechas aquí pueden ser actualistas, aplicando mapas de localización de determinadas materias primas hechos con perspectivas actuales y aplicándolos a explotaciones antiguas. En realidad, no se ha pretendido ofrecer una visión exhaustiva de los intercambios de materias primas durante la Primera Edad del Hierro, sino plantear una situación de base que consideramos válida (la existencia/ inexistencia de determinadas materias primas importantes económicamente en la región), asumir que esas materias primas fueron adquiridas (algo confirmado en el registro arqueológico) y plantear las posibilidades más probables de adquisición de las mismas. Consideramos que, con los datos actuales, es la única aproximación que puede hacerse.

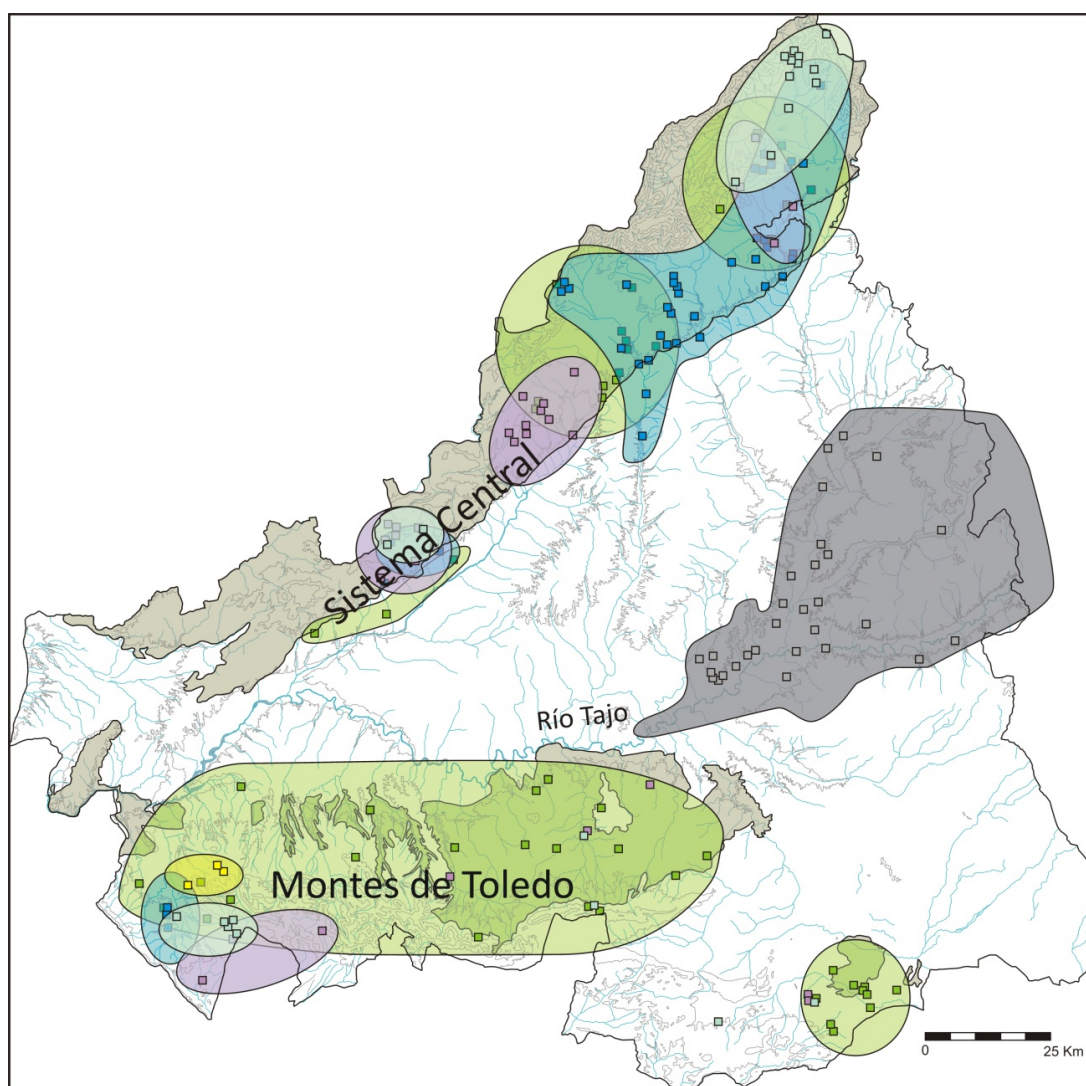


Figura 4.74: distribución de materias primas en el valle medio del Tajo a partir de los mapas de la figura 1.17

Con todo, creemos que pueden extraerse algunas conclusiones. La primera de ellas es obvia: el valle medio del Tajo es deficitario en determinadas materias primas (sobre todo, granito y metales) y rico en otras (sal, sílex, arcilla, etc.). La figura 4.74, en la que se han representado juntos todas aquellas materias primas que no se encuentran de manera generalizada en la región (se han descartado la arcilla, el sílex o la madera) explicita muy bien esta dicotomía en la distribución de los recursos. La segunda conclusión se extrae directamente del registro arqueológico: pese a los problemas derivados de la lejanía de determinadas materias primas, los habitantes del valle medio del Tajo fueron capaces de aprovisionarse de aquellos productos que necesitaban bien para su actividad económica diaria, bien como elementos de adorno o prestigio social. Esta evidencia supone la existencia de unos contactos lo suficientemente estables como para acceder directamente a las zonas de origen del recurso o mantener redes de intercambio lo suficientemente afianzadas como para permitir la circulación de objetos y materias primas. Con todo, parece que la distancia a las zonas de extracción influyó decisivamente en una cierta pobreza material en los yacimientos, especialmente significativa en los metales que, más que en otras zonas, debieron ser muy valorados. Por el contrario, carecemos de información acerca de si los productos más abundantes en la región fueron objeto de intercambios, aunque la abundancia del sílex o la arcilla en toda la región apunta a que

tuvieron únicamente una explotación local. Tan sólo la sal tiene un valor suficiente como para hacer rentable su explotación e intercambio, pero dados los problemas que presenta su registro arqueológico esta opción es por el momento desconocida. En definitiva, los recursos que ofrece el valle medio del Tajo son muy comunes, lo que favorece el autoabastecimiento pero reduce las posibilidades de desarrollo económico y complica las transacciones comerciales con otros grupos. La dependencia de metales que presenta el valle medio del Tajo va a condicionar las estrategias de adquisición y manipulación de este tipo de objetos, que sólo van a aparecer cuando el aumento de la riqueza provocado por la acumulación de excedentes permita superar la posición desventajosa para el comercio de la zona.

4.2.4.6. Conclusiones: una economía de subsistencia

Como hemos visto a lo largo de esta exposición, los datos de que disponemos para hacer una reconstrucción de las bases económicas de la Primera Edad del Hierro son parciales y escasos. En líneas generales, todos ellos apuntan a una economía de subsistencia muy poco desarrollada, basada en la combinación de diferentes estrategias económicas que compensen posibles fallos en alguno de los sectores. En realidad y pese a tratarse de grupos sedentarios, podría hablarse de un modelo más cercano a la horticultura que a la agricultura para estas poblaciones, apoyado por una fuerte base ganadera y por el complemento de la caza y recolección.

En el caso de la agricultura, los datos de que disponemos – evidencias de almacenamiento modesto, porcentajes de pólenes de *Cerealia* escasos, presencia modesta de bóvidos en los asentamientos más antiguos, herramientas para el procesado del cereal – apuntan a unas prácticas poco especializadas, caracterizadas por la combinación de cereales (aún en pequeñas cantidades), productos de huerta y leguminosas. Con los datos de que disponemos, los sistemas de intensificación de la producción asociados a la denominada “tercera revolución agraria” (Ruiz-Gálvez, M. L. 1992: 229) asociada tradicionalmente al Bronce Final y la transición a la Edad del Hierro tuvieron una implantación más lenta en la región, debido probablemente a que las densidades de población eran bajas y el clima relativamente más húmedo de los comienzos de la Edad del Hierro permitieron mantener una agricultura poco intensiva. Muchos de los cambios – al menos, los primeros indicios de ellos – asociados a esta tercera revolución agraria comenzarán a documentarse mucho más adelante, avanzado el siglo VI a.C. En este momento aparecen, indudablemente relacionados, indicios de intensificación en la producción, las primeras necrópolis de incineración, una creciente compartimentación de los espacios en los asentamientos con áreas dedicadas exclusivamente a actividades económicas y mayores evidencias de intercambios y circulación de bienes suntuarios. En los inicios de la Edad del Hierro, sin embargo, y asumiendo la escasez de datos disponibles, el panorama que se aprecia es el de una agricultura de estricta subsistencia.

En cuanto a la ganadería, parece que en los primeros momentos de la Edad del Hierro su peso económico fue superior al de la agricultura. Sin embargo, sus características apuntan también, al menos al comienzo del periodo, hacia una ganadería poco especializada con un fuerte predominio de la cabaña ovina y caprina y un número reducido de ejemplares de las especies más exigentes (bóvidos y équidos). En nuestra opinión, esta distribución podría estar reflejando el tipo de cabaña más eficaz para enfrentarse a las condiciones climáticas de los finales de la

Edad del Bronce, progresivamente más secas y en las que sería más fácil mantener cabezas de ganado ovicaprino, más resistentes al calor, mejor adaptadas a pastos de calidad media y que consumen mucho menos alimento. Nos parece significativo que en un yacimiento considerado de comienzos de la Edad del Hierro como Cerro de San Antonio, las cabras sean proporcionalmente más numerosas que las ovejas, lo que reforzaría esa tendencia de selección de especies poco exigentes en su cuidado y alimentación. Es interesante, como ya dijimos al exponer los datos referidos a la ganadería de la Primera Edad del Hierro, cómo estas proporciones van variando conforme avanza el tiempo, disminuyendo el porcentaje de ovicápridos en detrimento de équidos, bóvidos y suidos. Esta redistribución de los taxones domésticos puede tener una explicación climática, ya que durante la Edad del Hierro el clima fue más lluvioso y húmedo (dentro de los pobres parámetros pluviométricos de la región, por supuesto). Si las cabañas de los comienzos de la Primera Edad del Hierro podrían reflejar el tipo de ganadería más eficaz a finales del Bronce Final (más seco), la nueva distribución de especies a partir del siglo VI a.C. nos estaría informando de cuál sería la cabaña ganadera más rentable en la Edad del Hierro, indicando además indirectamente cómo la mejora del clima en permite la sustitución de unas especies por otras (proceso que lleva tiempo, de ahí el desfase) dentro de nuevas estrategias económicas.

Pese a todo, la ganadería de este periodo no deja de ser propia de comunidades con economía de subsistencia. Las edades de sacrificio de los animales son muy significativas, indicando generalmente una explotación total de los animales hasta que su capacidad productiva y reproductiva se ha agotado. Asimismo, sorprende la ausencia de evidencias de aprovechamiento de los recursos secundarios de los animales, especialmente lácteos y textiles. Si bien es cierto que muchos de los objetos asociados a estas actividades no dejan huella en el registro arqueológico, sorprende la ausencia de queseras y fusayolas en los yacimientos de la Primera Edad del Hierro, sobre todo comparándola con las evidencias documentadas en el Bronce Final (Blasco, M. C. *et al.* 2007: 204), aunque consideramos que evidentemente esa explotación se produjo. Tampoco se documenta (aunque esto puede deberse a problemas en la calidad del registro) un aumento de la explotación de la sal, otro de los indicadores de asociado a la intensificación productiva que se observa en otras zonas durante la transición a la Edad del Hierro (Ruiz-Gálvez, M. L. 1992: 229). De manera similar a la agricultura, parece que los grupos del valle medio del Tajo mantuvieron una ganadería poco especializada, al menos hasta el siglo VI a.C.

El panorama económico de los comienzos de la Edad del Hierro es, por tanto, el de una sociedad con una economía muy poco desarrollada, con mecanismos muy básicos de gestión de la tierra y por tanto con escasas posibilidades de obtención de recursos y acumulación de excedentes. Desconocemos las razones de por qué no se aprecia la intensificación de la actividad productiva que se documenta en otras áreas, pero es probable que obedezca a que, desde una lógica campesina, una vez asegurada la subsistencia y amortiguada la incertidumbre inherente a la economía agropecuaria, normalmente no se tiende a buscar un aumento de la producción sin razón. No se trata tanto de que los grupos del valle medio del Tajo no pudieran intensificar la producción, sino más bien de que no les era necesario, en un contexto de baja (aunque creciente) densidad demográfica y condiciones climáticas relativamente favorables.

Desde otro punto de vista, la gestión de las materias primas es una evidencia más del tipo de economía de este periodo: aprovisionamiento local, autogestión de la mayoría de los objetos localizados en los yacimientos, escasez de objetos foráneos, etc. remarcan la tendencia al autoabastecimiento de estas comunidades. Por supuesto, la presencia de especialistas en el trabajo del metal y sobre todo de la cerámica – dada la calidad de muchas de las piezas de este periodo – parece fuera de toda duda, pero en el primero de los casos el difícil acceso a la materia prima es evidente que limitó la distribución de objetos de bronce en la región, mientras que en el caso de la cerámica no parece que las producciones cerámicas del valle medio superaran los ámbitos locales de distribución dada su ausencia en las regiones circundantes.

El horizonte de estos grupos es, por tanto, el de poblaciones autosuficientes, con técnicas agropecuarias extensivas y muy poco especializadas, con escasa capacidad de aumentar su producción, acumular recursos y desarrollar mecanismos de control económico y social más allá del ámbito local. Las evidencias de redes de intercambio y de especialización son débiles, más allá de los productos básicos necesarios para la subsistencia, como el granito necesario para las actividades de molienda. En este panorama que se presenta muy coherente con los patrones de poblamiento escaso y disperso analizados en el apartado anterior, el crecimiento demográfico se aprecia en el aumento de yacimientos antes que en el crecimiento de los mismos, siendo la reacción más lógica es ocupar el territorio disponible y aún poco poblado, antes que aplicar medidas para intensificar la producción agraria.

Porque como hemos ido defendiendo en varios de los apartados esta intensificación parece comenzar a producirse durante el siglo VI a.C. Ya hemos indicado los cambios más significativos en la agricultura, ganadería, recolección y caza y circulación de materias primas y productos manufacturados. La pregunta más importante es por qué se produce este cambio que queremos reiterar es en cualquier caso muy progresivo. Además no se detecta la introducción de nuevas técnicas de trabajo agrícola, sino que parece obedecer más bien a una redefinición de las existentes. Aunque un progresivo aumento de la población puede haber influido, consideramos que existen otros factores de tipo social que pueden estar detrás de este proceso, especialmente en el caso de la aparición reiterada de productos metálicos suntuarios. Es evidente que este aumento está relacionado directamente con una mejora de la capacidad económica de las comunidades del valle medio del Tajo (al menos, de parte de su población) y que viene unida a un refuerzo de las redes de intercambios que en momentos anteriores parecen muy intermitentes. Como desarrollaremos en las conclusiones de este capítulo, la intensificación de la actividad económica también parece venir asociada a la aparición de las primeras tensiones sociales en estos grupos.

Frente a las evidencias arqueológicas de otras áreas de la Península ibérica y de acuerdo a determinadas posturas interpretativas, la economía el valle medio del Tajo durante gran parte de la Primera Edad del Hierro podría parecer atrasada y poco atractiva. La visión de pequeñas comunidades dispersas por un territorio poco poblado, deficitario en recursos estratégicos, con una fuerte tendencia al autoabastecimiento, una economía extensiva y poco desarrollada y con redes de intercambios regionales discretas podría desplegar una etiqueta peyorativa de mediocridad y atraso sobre este periodo. Sin embargo, en nuestra opinión estas características no son más que el resultado de la permanente búsqueda de equilibrio entre recursos, trabajo y

autosuficiencia en un contexto ambiental complejo. En este sentido las poblaciones del valle medio del Tajo no parece que necesitaran una intensificación de la producción durante mucho tiempo, aprovechando su baja densidad demográfica y las características favorables que en estos momentos les ofrecía el clima. Como defendimos en el capítulo anterior y siguiendo la línea ofrecida por Halstead y O'Shea que nos sirve como elemento de comparación de las diferentes estrategias económicas utilizadas por las sociedades preindustriales, las diferencias entre el modelo económico del Bronce Final y el de la Primera Edad del Hierro son sustancialmente diferentes, como trata de resumir el siguiente cuadro:

	Bronce Final	Primera Edad del Hierro
Movilidad	Estructural, en desplazamientos en torno a un territorio bien definido	Nula o muy escasa, a excepción de episodios catastróficos o desplazamientos temporales muy acotados temporalmente
Diversificación	Amplia: actividades agropecuarias, cazadoras, recolectoras, etc.	Reducida, centrada en torno a las actividades agropecuarias
Almacenamiento	Reducido, en relación directa con una movilidad frecuente	Estructural, asociado a una estabilidad muy grande de los asentamientos
Relaciones integradas	Amplias	Reducidas (grupos cercanos)

Tabla 4.2: resumen de estrategias económicas de los grupos del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro a partir de las propuestas de Halstead y O'Shea (1989: 3)

Es decir, que en contra de la impresión habitual que percibe la agricultura sedentaria como un paso en el progreso de las sociedades humanas, en realidad es – en general – un paso hacia mayores condiciones de estrés y, en general, peor calidad de vida. Las comunidades de la Edad del Hierro estaban en realidad realizando una apuesta arriesgada, ya que el nuevo modelo destruye el equilibrio entre las estrategias de amortiguación de la incertidumbre anterior. Desechada o marginal la movilidad, mermada la diversificación de fuentes de alimento al reducirse el aporte de la caza y la recolección en la dieta, almacenamiento y redes sociales se sitúan como las estrategias primarias para asegurar la subsistencia. Pero debido precisamente a la sedentarización, las redes de alianzas y contactos se vuelven salvo excepciones cada vez más reducidas y locales, y el almacenamiento de vegetales y mantenimiento de la cabaña ganadera se convierte así en la herramienta básica para compensar potenciales altibajos. Como ya hemos dicho, la dependencia casi exclusiva de su producción introduce un factor de inestabilidad – psicológica, económica, social y territorial – en los campesinos que afecta de manera determinante a sus parámetros de relaciones sociales con otros grupos y dentro de la propia comunidad (Shanin, T. 1971: 94). En muchos casos, esta inestabilidad trata de ser compensada con un aumento de la producción que crea excedentes destinados a prevenir carestías pero que a menudo siembran la semilla de potenciales diferencias económicas y sociales. Esto es lo que parece apreciarse de manera bastante evidente en el valle medio del Tajo desde el siglo VI a.C. cuando como hemos visto parece acentuarse la apuesta por una economía estrictamente agropecuaria y sedentaria en la zona. En este sentido, el sistema económico que se implanta en la región, aun siendo poco sofisticado y basado en la autosuficiencia y la mera subsistencia, lleva dentro de sí la posibilidad de una intensificación de la producción agraria, y ésta es la clave para la aparición de desigualdades dentro de la sociedad que comenzarán a hacerse cada vez más explícitas al final de la Primera Edad del Hierro.

4.2.5. Un nuevo marco simbólico: las necrópolis de incineración

4.2.5.1. El significado de un cambio

Si hay un cambio en el registro arqueológico de la Primera Edad reconocido como un hito en la región éste es, sin duda, el fenómeno de las necrópolis de incineración. Aunque hasta hace relativamente poco tiempo eran conocidas a través de hallazgos descontextualizados y tumbas aisladas, las necrópolis de incineración han formado parte del esquema interpretativo de la Edad del Hierro desde los primeros intentos de síntesis en los años 80 (Blasco, M. C. 1985, 1992; Blasco, M. C. *et al.* 1980, 1988, 2007; Blasco, M. C. y Barrio, J. 2001-2002; Blasco, M. C. y Lucas, M. R. 1999 - 2000). De acuerdo a las características generales de la arqueología de la región y al escaso registro disponible, las aproximaciones al tema han consistido generalmente en enumeraciones de yacimientos y descripciones de aquellos elementos del ritual que han sido detectados en las necrópolis (Blasco, M. C. y Barrio, J. 1992; Penedo, E. *et al.* 2001, 2002). La situación para la Primera Edad del Hierro, con mucha menos información sobre este tema, ha limitado de manera determinante las posibilidades de interpretación del registro. Hasta comienzos del siglo XXI, además de las primeras fases de Las Madrigueras, sólo se conocían para este periodo enterramientos aislados como La Torrecilla (Priego, M. C. y Quero, S. 1978), conjuntos de tumbas publicados parcialmente como Palomar de Pintado (Pereira, J. *et al.* 2003) o Las Esperillas (García, A. A. y Encinas, M. 1987) o descontextualizados como el de Haza de Arca (Mena, P. 1984). Tampoco había ningún tipo de análisis antropológico sobre los restos recuperados. En los últimos años, sin embargo, la publicación de las necrópolis de Arroyo Culebro D (Penedo, E. *et al.* 2002) y Arroyo Butarque (Blasco, M. C. *et al.* 2007) ha ampliado de manera significativa la información disponible, hasta el punto de que se han planteado ya los primeros análisis interpretativos de la estructura interna de estas necrópolis y su posible interpretación social (Torres, J. de y Penedo, E. 2009).

En general y dada la escasa información disponible la tendencia ha sido analizar las necrópolis de incineración del valle medio del Tajo como un bloque que incluía tanto las adscritas tanto a la Primera como a la Segunda Edad del Hierro, y esta perspectiva se ha reforzado por el enfoque excesivamente positivista de muchos de los trabajos que han abordado su estudio. Cuando se ha analizado estas necrópolis de la perspectiva de la Primera Edad del Hierro, la discusión se ha centrado en la cronología para su aparición. En este sentido y como avanzamos al examinar la cultura material de las necrópolis, las propuestas varían muy poco coincidiendo en el siglo VI a.C. como el momento en el que empiezan a documentarse este tipo de enterramientos. M^a. C. Blasco, la investigadora que ha abordado de manera más específica esta cuestión (Blasco, M. C. y Barrio, J. 1992, 2001-2002; Blasco, M. C. *et al.* 2007) propone un límite cronológico inferior en torno al siglo VI a.C. aunque no descarta que puedan tener una mayor antigüedad que en todo caso no alcanzaría el siglo VII a.C. (Blasco, M. C. *et al.* 2007: 83). Como hemos debatido al analizar la cultura material de las necrópolis, esta fecha nos parece adecuada considerando el conjunto de materiales presentes en las tumbas, la temprana aparición de cerámica a torno en los contextos funerarios y la posición de las necrópolis más antiguas dentro del análisis de correspondencias que estructura nuestro marco cronológico.

La importancia de la aparición de este tipo de enterramientos, sin embargo, supera con mucho la simple utilidad clasificadora de objetos o un marcador cronológico bien conocido y constituye uno de los elementos fundamentales para comprender los cambios que se producen en torno al siglo VI a.C. en la región. Dejando de lado la enumeración aquellos aspectos más técnicos sobre las posibilidades que proporciona la denominada Arqueología de la muerte y el ritual de la cremación, que han sido sintetizados y expuestos en numerosas publicaciones (Alekshin, V. A. 1983; McKinley, J. I. 1989, 1994; Pereira, J. 1990; Parker, M. 1982, 1993; Ruiz, G. y Chapa, T. 1990), queremos centrarnos en este apartado en las implicaciones sociales y simbólicas que conlleva la aparición y expansión del ritual de incineración y de las primeras necrópolis en el valle medio del Tajo. En nuestra opinión, éstas son básicamente dos: el cambio en la percepción de la realidad que rodea a estas poblaciones y las características del orden social que pretende reflejarse en un mundo de los muertos que ahora se hace mucho más presente.

La presencia un espacio dedicado a los muertos nos está hablando de una concepción diferente del tiempo, o más bien, de cómo a través de la presencia de los antepasados comienza a tenerse conciencia del tiempo como una de las dos variables que estructuran la realidad. Más aún, supone un cambio en la percepción sagrada de la tierra, que ahora comienza a ser ordenada a través de símbolos humanos aunque sigan perteneciendo a la esfera de lo sacro y, finalmente, se asocia el concepto de tierra como ente económico que puede ser explotado a la tierra como lugar sagrado donde residen los antepasados del linaje (Hernando, A. 2002: 154-155). Se completa así un círculo que justifica la propiedad de la tierra y el derecho *exclusivo* a explotarla basándose en la legitimación que ofrecen unos antepasados que, no olvidemos, siguen siendo parte del grupo.

Por tanto, y como defiende Almudena Hernando (2002: 155) la aparición de localizaciones específicas para los muertos es uno de los principales indicios de que se ha consolidado una nueva estructura cognitiva que legitima la vinculación del campesino a la tierra. Este cambio se incluye dentro de un proceso mucho más amplio en el que se modifica sustancialmente la percepción del mundo y que hemos resumido de manera muy breve al hablar de los efectos de la sedentarización. Por tanto, las necrópolis de incineración están mostrando el final de un largo proceso en el que los grupos de la Edad del Hierro han ido consolidando su control sobre la tierra, primero económica (puesto que ocupan la tierra de hecho) y finalmente de manera simbólica a través de la inserción en el paisaje de hitos sagrados que ya no pertenecen estrictamente a la Naturaleza, sino que han sido contruidos por el ser humano. Hemos repetido en otras partes de este capítulo cómo en nuestra zona la aparición de las necrópolis se produce al menos un siglo después de las comunidades se hayan sedentarizado permanentemente, y cómo hemos interpretado este hecho con la dificultad que entraña la interiorización de la percepción de la tierra como un objeto que puede ser controlado y explotado – aunque en realidad esta objetivación venga realizándose desde mucho tiempo antes. Desde este punto de vista, la presencia de las necrópolis constata un cambio crucial en la realidad de estos grupos: la existencia de unos recursos que pueden ser controlados, manipulados, que ya no son de todos por lo que deben ser protegidos y restringidos. Este retraso en la implantación del rito de incineración había sido detectado en el registro (Blasco, M. C. *et al.* 2007: 82), pero no se había interpretado dentro del contexto de la Primera Edad del Hierro.

Por supuesto, este cambio no se produce en la Edad del Hierro sino que comienza en el Neolítico y es inherente a la construcción de la realidad que presentan las sociedades campesinas (entendidas por oposición a cazadores-recolectores y agricultores de roza, no como sociedades con agricultura intensiva). Pero consideramos que la sedentarización definitiva de estos grupos, que sí se produce en el tránsito de la Edad del Hierro, aceleró y consolidó definitivamente esa tendencia en la región. En este sentido la interpretación de Díaz-del-Río del registro funerario de la Prehistoria reciente de nuestra zona de estudio (2001: 292-293), en la que plantea una situación de apropiación progresiva de la producción pero acepta una igualdad entre los inhumados que se mantiene salvo pequeñas diferencias hasta el Bronce Final, es coherente tanto con el proceso descrito a nivel teórico como con nuestra propuesta. La aparición de las necrópolis de incineración continuaría el proceso iniciado con la aparición de las sociedades campesinas, pero haciéndolo más explícito – necrópolis frente a enterramientos individuales, incineraciones muy visibles frente a descomposición oculta – y más agresivo, con expresiones más evidentes de desigualdades en los ajueres y las tumbas.

Otro elemento de interés en el análisis de estas necrópolis es el grado de individualización que presentan. En este caso, la interpretación no viene tanto de los cambios en la percepción de la realidad derivados de la transición a un modo de vida campesino como de cambios en la concepción igualitaria de la sociedad, que siempre se da en sociedades cazadoras – recolectoras y que puede darse dentro de sociedades campesinas en las que no se han producido fenómenos de intensificación. La organización de las necrópolis indicaría una ruptura de esa concepción igualitaria dentro de la comunidad y el ascenso de otras formas de estructura social basadas en el parentesco.

Finalmente, debemos hacer una mención al tipo de ritual utilizado. Los enterramientos de etapas anteriores consisten en inhumaciones generalmente individuales y aisladas. ¿Por qué el cambio hacia la incineración? La respuesta es compleja ya que es difícil tratar de aproximarnos al sentido último de la consunción por el fuego en las sociedades preindustriales, y puede cometerse el error de aplicar concepciones actuales del tratamiento de los muertos a las cremaciones protohistóricas (McKinley, J. I. 2006: 81). Aunque la variedad de explicaciones para elegir la cremación como ritual funerario es enorme, parece existir una recurrencia bien en el concepto de liberación del alma para que pueda alcanzar la otra vida o reencarnarse, bien en el de protección contra espíritus malignos al impedir que habiten el cuerpo (McKinley, J. I. 2006: 86). En cualquiera de los dos casos, se enfatiza la transformación rápida del cuerpo frente a la descomposición lenta de los cadáveres depositados en la tierra.

Podría alegarse que esta transformación rápida y partida del espíritu del difunto contradicen la idea defendida anteriormente de la fijación de los antepasados a la tierra para reclamar derechos sobre ella, pero es interesante recordar algo que por conocido se da por descontado: las necrópolis de incineración implican la existencia de un enterramiento (secundario) de los restos del individuo. Es decir, que el ritual de incineración en realidad tiene dos momentos clave: el de la incineración propiamente dicha en la que se libera el alma del finado – si aceptamos una de las hipótesis más aceptadas – para que pueda emprender su viaje al otro mundo y la deposición de algunos (no todos) los restos del cremado para que descansen en el espacio que la *comunidad* reserva a su linaje o familia. Se mezclan así dos ámbitos, individual y comunitario,

personal y social, y es a través del segundo como se reivindica la unidad comunal o familiar y la posesión de la tierra que antes perteneció a los antepasados, reales o míticos.

Esto respecto del posible significado cosmogónico del ritual de incineración. Pero existe sin embargo un segundo nivel de discusión sobre las implicaciones de la asunción de este rito, y es el que se basa en las posibilidades que tiene de escenario para la competición social y para la expresión de riqueza y desigualdades dentro de la comunidad. Y es que la cremación en época protohistórica, frente a lo que se ha planteado a veces desde posturas muy actualistas (McKinley, J. I. 2006: 81), no es un ritual barato. Las temperaturas alcanzadas a través de combustible vegetal hacen que, invariablemente, el cuerpo deba estar muchas horas sobre la pira hasta lograr su plena cremación incluso aunque ésta no sea absoluta. El volumen de combustible necesario es por tanto grande, y en una zona progresivamente deforestada como el interior, su adquisición debió ser costosa hasta el punto de que las variaciones en el grado de cremación podrían ser interpretadas como un símbolo de la mayor o menor inversión realizada por el grupo familiar en su difunto.

En segundo lugar, la cremación es un tipo de rito con un fuerte contenido visual: frente a las inhumaciones, que ejemplifican un tipo de enterramiento en el que la transformación final del cuerpo está oculta a los ojos de la comunidad, en la incineración todos los miembros del grupo pueden contemplar el paso a la otra vida del difunto, de manera más rápida pero más *pública*. El ritual de la incineración, sobre todo en su primera fase, constituye un escenario perfecto para la exhibición de la riqueza familiar que va a ser destruida en el ritual y para la reivindicación del poder de los antepasados, que de manera retroactiva, fortalece a los descendientes que les honran. Todos los componentes materiales del ritual (desde el tipo y cantidad de combustible utilizado hasta el ajuar depositado junto al difunto o las ofrendas realizadas durante el proceso) constituyen campos en los que puede invertirse riqueza y que pueden ser utilizados para expresar la importancia del difunto – e indirectamente, del familiar que hace la ofrenda.

De este modo, el contexto de la cremación constituye un espacio de competición social susceptible de ser utilizado en la pugna por el poder dentro de la comunidad. Desde una perspectiva más modesta que la planteada para el Mediterráneo oriental o central (Ruiz-Gálvez, M. L. 2007: 186) y en una cronología ligeramente posterior, consideramos que existe una clara relación entre el ritual de incineración y la aparición de unas nuevas reglas para adquirir y mantener el poder dentro de la sociedad. En un mundo conceptualmente muy alejado aún de aquellos héroes de la *Ilíada* o la *Odisea* y sus reclamaciones de origen divino o semidivino, los grupos de la Primera Edad del Hierro del valle medio del Tajo encontraron también en la cremación un mecanismo para explicitar su riqueza, el poder de sus familias e, indirectamente, sus ambiciones.

Este ámbito de competición y expresión social se extiende a las necrópolis, como espacio simbólico en el que se trata de reflejar un orden social que puede reproducir (o no) directamente el de los vivos. En este sentido, no puede olvidarse que son los vivos los que deciden en qué condiciones va a enterrarse los muertos, y que estas condiciones reflejan una mezcla no sólo de realidad sino también de expectativas, y que al tratarse de un mundo con una fuerte carga simbólica cualquier acción realizada dentro del mismo adquiere asimismo una

importante relevancia. Siguiendo la línea de razonamiento expuesta anteriormente, si la necrópolis constituye de facto una reclamación simbólica sobre la propiedad de la tierra (que puede ser efectiva o no), las características de las tumbas nos estarían hablando de qué tipo de reivindicaciones se explicitaban dentro de una sociedad – de nuevo, independientemente de que se consiguieran o no. Por desgracia, los análisis de la estructura social que podrían representar las necrópolis de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo han sido casi inexistentes, en parte por carencias del registro arqueológico pero también por falta de metodologías de análisis adecuadas e incluso de preocupación por el tema.

4.2.5.2. Características materiales de las necrópolis

Es verdad que, como vimos al analizar la cultura material de las necrópolis de la Primera Edad del Hierro, el registro de que disponemos es escaso. Tan sólo se ha excavado completamente una necrópolis (Arroyo Culebro D), otra lo ha sido parcialmente (Las Madrigueras) y para varias de las otras (Palomar de Pintado, Las Esperillas, Arroyo Butarque) sólo conocemos información incompleta o descontextualizada. Para otras necrópolis (Muñoz, K 1998: 415-420) contamos con algunos datos procedentes de prospecciones que deben ser valorados con cuidado. Es por tanto difícil aproximarnos a una visión satisfactoria de las características rituales y materiales del mundo funerario de la Primera Edad del Hierro. Nuestro enfoque va a tratar de sintetizar la información disponible desde tres puntos de vista: el que evalúa la relación de la necrópolis con el territorio, el que analiza las expresiones materiales del ritual y la perspectiva antropológica. En punto posterior se incidirá en la interpretación social de las necrópolis. Respecto del primer punto, la relación entre poblados y necrópolis tan sólo se ha planteado en la tesis doctoral de Kenia Muñoz (1998: 419). Por desgracia, los datos de que disponía eran en el mejor de los casos dudosos, basados en hallazgos aislados o en la existencia de dos zonas bien delimitadas dentro de un mismo yacimiento. Con esta información, que la propia autora reconoce poco fiable (1998: 419) los resultados son lógicamente poco concluyentes (fig. 4.75), sin que pueda definirse ni una posición prioritaria – en caso de que existiera – para la localización de las necrópolis, ni una relación recurrente entre las supuestas necrópolis y los poblados con los que se relacionarían. En las necrópolis confirmadas como tales la información no es mucho mejor. Arroyo Butarque se encuentra localizado en una zona en llano sobre la margen derecha del Manzanares, cerca de la confluencia de éste con el arroyo que da nombre a la necrópolis, y aunque hay varios asentamientos localizados en las cercanías, como Las Camas o Cerro de San Antonio, corresponden a un periodo más antiguo de la Edad del Hierro y no parece que hayan tenido una ocupación coetánea con la necrópolis. Algo parecido ocurre con Arroyo Culebro D (fig. 4.76): el asentamiento de la Edad del Hierro localizado en las cercanías (Arroyo Culebro A) puede adscribirse a los momentos finales de la transición entre la Primera y Segunda Edad del Hierro y es por tanto al menos medio siglo más tardío que la necrópolis, incluyendo una cantidad apreciable de cerámica ibérica a torno y bastantes restos de hierro que, salvo un fragmento de adscripción dudosa, se encuentran ausentes en la necrópolis.

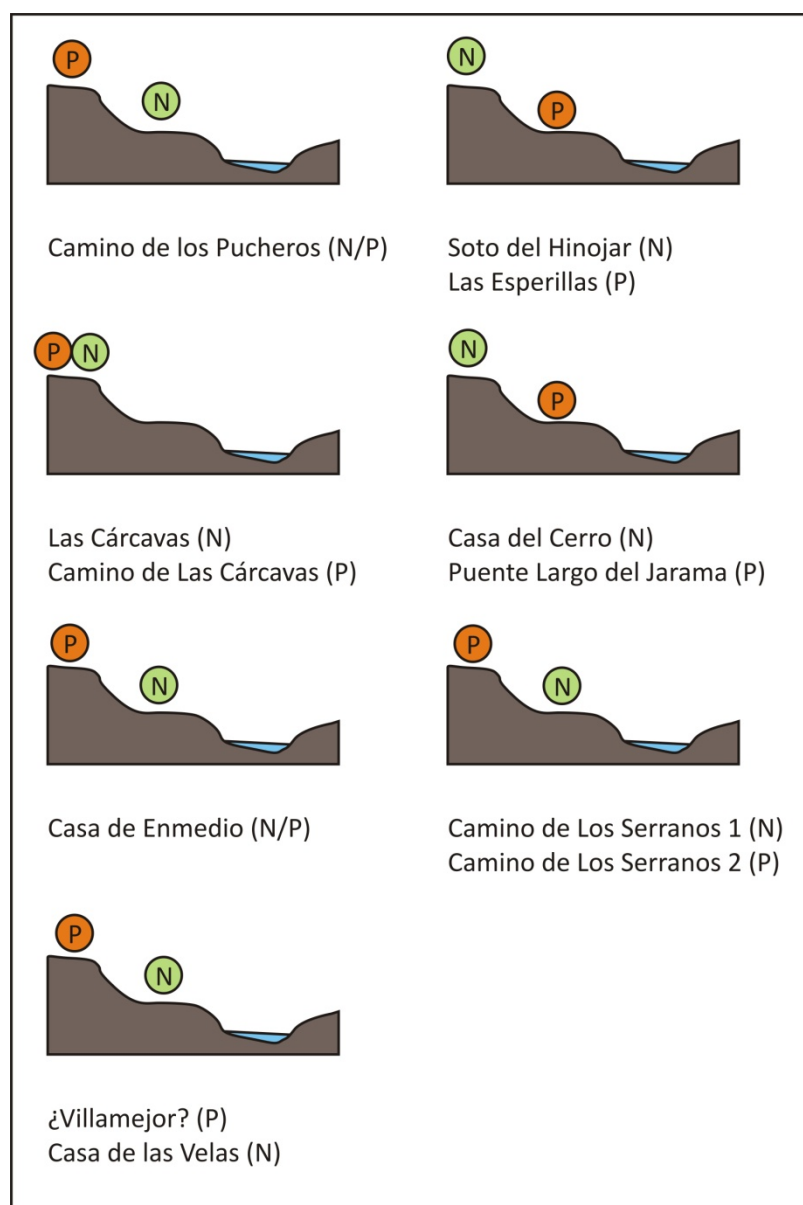


Figura 4.75: relación entre posibles necrópolis y sus correspondientes poblados en la confluencia de los valles Jarama y Tajo. Adaptado de (Muñoz, K. 1998, fig.5.81)

En el caso de Las Esperillas (fig. 4.77, derecha), la necrópolis se encuentra separada del poblado por apenas unas decenas de metros, aprovechando un pequeño cerro y su correspondiente vaguada para diferenciarla espacialmente del poblado (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 249). Para Las Madrigueras (fig. 4.77, izquierda), que se encuentra en un espolón ligeramente elevado sobre el arroyo Valdejudíos, el poblado se supuso inicialmente en un cerro cercano (Almagro, M. 1969: 21), aunque posteriormente se ha localizado al lado de la necrópolis (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 249). En resumen, no contamos con elementos suficientes como para establecer un criterio para la localización de las necrópolis respecto de los poblados, ya que la principal relación parece haber sido, lisa y

llanamente, la de la cercanía. Sí se observa una diferencia básica entre dos tipos de necrópolis: aquellas que como Palomar de Pintado, Las Esperillas o Las Madrigueras continúan en uso a lo largo de la Segunda Edad del Hierro y otras como Arroyo Culebro D y Arroyo Butarque sólo fueron utilizadas durante la Primera Edad del Hierro. La situación podría estar asociada al tipo de patrón de asentamientos, que parece evidenciar una progresiva agrupación de las viviendas desde los hábitats dispersos de la Primera Edad del Hierro a las evidencias de los primeros poblados construidos con piedra y adobe a comienzos de la Segunda Edad del Hierro. En este contexto, algunas necrópolis quedarían abandonadas al concentrarse la población en otras zonas.



Figura 4.76: localización de la necrópolis y el poblado de la Primera Edad del Hierro de Arroyo Culebro D. Adaptado a partir de (Penedo, E. *et al.* 2002: 27)

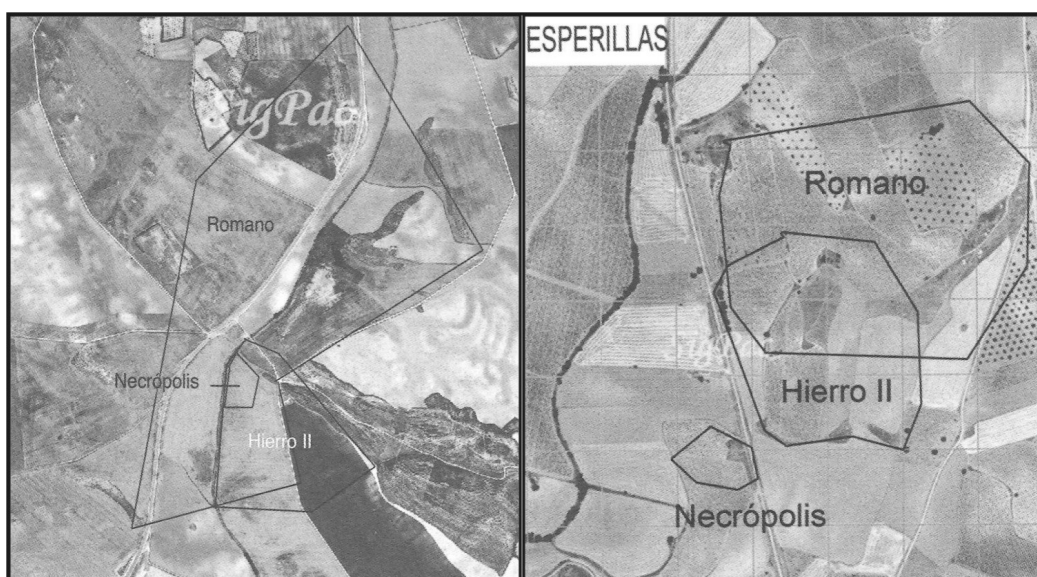


Figura 4.77: localización de las necrópolis y poblados de Las Madrigueras (izquierda) y Las Esperillas (derecha). Adaptado de (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007, figs. 19 y 20)

En este sentido y aun con todos los problemas que suponen los cálculos paleodemográficos, hemos decidido realizar una breve aproximación la demografía potencial de Arroyo Culebro D, la única necrópolis que parece cumplir los requisitos establecidos por Well o Emandi para el estudio de comunidades prehistóricas a partir de los restos funerarios (Ruiz, G. y Chapa, T. 1990: 362). Hemos decidido aplicar dos fórmulas diferentes para comparar los resultados, y dentro de cada una de las propuestas, para las variables menos conocidas se han tomado varios valores para buscar intervalos orientativos antes que valores absolutos. La primera fórmula (Ruiz, G. y Chapa, T. 1990: 363) aplicada ha sido la de Acsádi y Nemeskéri empleada por Wells y que viene definida por:

$$P = \frac{De}{t} + K \quad \text{donde:}$$

P: tamaño de la población media de la comunidad viva

D: número total de muertos en el cementerio

e: esperanza media de vida al nacer

t: número de años de uso del cementerio

K: factor corrector (+10-20%)

De las 33 estructuras excavadas 3 han sido desechadas como tumbas (Torres, J. de y Penedo, E. 2009: 365) y lo que nos deja con un total de 31 enterramientos (una de ellos es doble). En cuanto al periodo de ocupación de la necrópolis, dado que no hay cerámica a torno y que el límite cronológico máximo sería comienzos del siglo VI a.C., parece que la necrópolis pudo ser utilizada entre 50 y 100 años. Respecto de la esperanza de vida al nacer, hemos tomado el valor de 30 años utilizado por (Álvarez-Sanchís, J. A. y Ruiz, G. 2001: 64-65) en su aproximación a la demografía de la población vetona.

		Sin corrección	K=10%	K=20%
	50 años	18,6 (19)	21	22
Periodo de uso:	75 años	12,46 (12)	14	15
	100 años	9,33 (9)	10	11

La otra fórmula utilizada para aproximarnos al tamaño de la comunidad representada en un cementerio se basa en la asunción de un índice de mortalidad estándar para calcular el número de personas que contribuyó a la necrópolis. En este caso la fórmula

$$P = \frac{1000}{(dt/n)} \quad \text{donde}$$

P: tamaño de la población media de la comunidad viva

d: índice de mortalidad

n: número de enterramientos

t: número de años de uso del cementerio

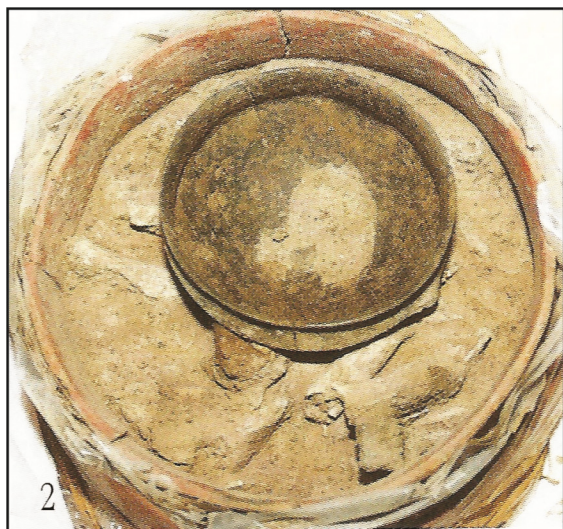
Asumiendo la tasa de mortalidad del 30 por 1000 al año propuesta por Ian Morris (1987: 74) y tomando de nuevo asumiendo tres estimaciones temporales, los resultados serían:

	Resultado	Aproximación
50 años	20,667	21
75 años	13,777	14
100 años	10,333	10

Como puede apreciarse ambos métodos muestran resultados muy similares, lo que apoya la validez de la información utilizada. Incluso asumiendo las condiciones más favorables e incluso la

ausencia de algunos individuos de la necrópolis (aunque la presencia de todos los grupos de edad a excepción de los recién nacidos en el cementerio apunta a lo contrario), la evidencia parece clara: la necrópolis de Arroyo Culebro D fue utilizada por un grupo muy pequeño, de entre 10 - 20 personas que podrían corresponder a un máximo de dos o tres grupos familiares. Esta conclusión concuerda perfectamente con el tipo de poblamiento disperso que hemos visto caracteriza la Primera Edad del Hierro en nuestra región. Sin embargo, como veremos, sería un error relacionar los bajos números de población con una sociedad igualitaria. Como veremos más adelante, incluso dentro de la modestia demográfica de estas poblaciones hay diferencias internas que se explicitan dentro de la necrópolis.

Pequeñas necrópolis asociadas a pequeños asentamientos dispersos consistentes en una o varias familias, quizá separadas espacialmente pero con una necrópolis común a la que se vinculan. Pero, ¿qué sabemos del ritual utilizado, más allá del uso de la cremación? Como en los demás aspectos, es Arroyo Culebro D el yacimiento que aporta más información para el análisis. En este asentamiento se han detectado dos ritos principales de enterramiento – cremación e inhumación (sólo un individuo infantil) – y un gran número de variaciones en la deposición de los restos cremados y el ajuar funerario que incluyen la deposición de los restos en una urna que posteriormente se deposita en una fosa, con o sin cenizas alrededor; la deposición de las cenizas en la fosa para ser cubiertas posteriormente por una pieza de cerámica, o sin cubrir en absoluto. Finalmente, se ha detectado en algunas urnas una alternancia de tierra y arena en capas que rellenan el recipiente (fig. 4.78). Estas variaciones no son inocentes ni producto del azar: más adelante demostraremos que obedecen a patrones concretos asociados a la edad y probablemente también al grupo familiar. Sí parecen mostrar sin embargo cierta ambigüedad en los rituales, algo que sería lógico teniendo en cuenta que Arroyo Culebro es una necrópolis de la primera fase y por tanto los criterios para definir el ritual serían aún un poco vagos.



Figuras 4.78: cuenco depositado dentro de la urna de la tumba 32 de Arroyo Culebro D. Tomado de (Penedo, E. *et al.* 2002: 265)

Esta situación se repite en Las Madrigueras, donde aunque la información acerca de las variaciones en las tumbas es poco precisa se han documentado para esta etapa al menos cuatro tumbas donde se depositaron las cenizas directamente sobre la fosa, una con cenizas alrededor y otra con dos hoyos separados por una piedra, uno de los cuales contenía la urna y otro cenizas procedentes de la cremación (fig. 4.79). Asimismo, en esta necrópolis se detecta por primera vez una característica recurrente en muchas tumbas de la región: un enlucido de yeso que rodea las paredes de la fosa, donde a veces se incrustan las cerámicas y que a veces recubre también la parte superior de las tumbas. No se ha encontrado sin embargo

ningún criterio que permita interpretar esta variabilidad, apareciendo todos los tipos citados en los dos periodos de la Primera Edad del Hierro identificados en la necrópolis.

Otras necrópolis no muestran tantas variaciones en el ritual. En el caso de Arroyo Butarque,

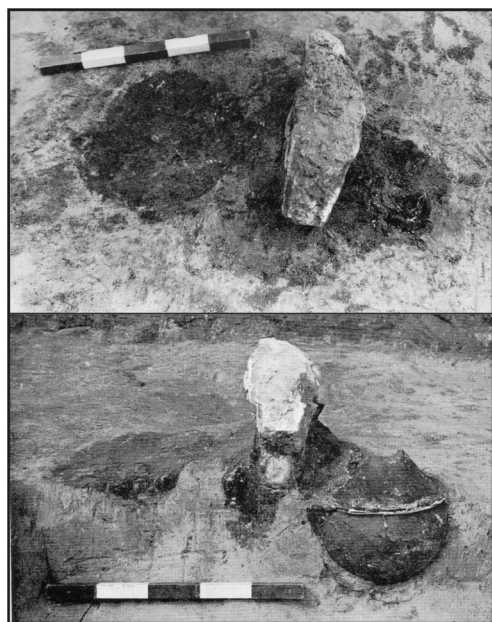


Figura 4.79: doble foso separado por una piedra hincada de la tumba LII de Las Madriguera. A partir de (Almagro, M. 1969, lámina XIII)

aunque la información es parcial y podría haber tipos de ritual no detectados, todas las tumbas estudiadas corresponden a cremaciones siendo mayoritario (81,2%) el uso de urnas cinerarias, mientras que en dos casos se detectó la deposición de los restos directamente sobre la fosa y sin ningún tipo de cubrición (Blasco, M. C. *et al.* 2007: 231). En el caso de Las Esperillas la información es muy escasa y además se presenta conjuntamente para las fases de la Primera Edad del Hierro, pero todas las tumbas descritas pertenecientes a la Primera Edad del Hierro presentan urnas cinerarias. En esta necrópolis se documentaron dos inhumaciones de adultos y un enterramiento con los huesos depositados directamente en la fosa (García, A. A. y Encinas, M. 1987: 45-46), pero no sabemos a qué periodo corresponden. Finalmente, en el caso de de Palomar de Pintado las pocas tumbas de este periodo tienen urnas cinerarias. Directamente relacionado con el



Figura 4.80: vaso con ofrenda no cremada de restos de ovicáprido infantil de la tumba 2 de Arroyo Culebro D. Adaptado de (Penedo, E. *et al.* 2002: 264)

ritual está la deposición de ofrendas – además de los ajuares – en las tumbas. Contamos con un ejemplo muy claro, el de la tumba 2 de Arroyo Culebro D (fig. 4.80) en la que se recuperaron restos de un cordero depositados sobre un plato sin evidencias de haber sido consumidos (Orri, E. y Nadal, J. 2001). Otros ejemplos de posibles ofrendas animales, siempre sin quemar, se han documentado en las tumbas 3 y 17 de esa misma necrópolis, aunque no de manera tan clara (Gómez, E. y Martín, D. 2001: 261).

Respecto de los ajuares susceptibles de haber sido portados por el individuo durante la cremación, en Arroyo Culebro D se hace alusión a las escasas evidencias de acción del fuego sobre estos materiales, generalmente metálicos, lo que es interpretado como un indicio de que se depositaron en la urna conjuntamente con los huesos y cenizas recogidos sin haber sido cremados junto al difunto (Gómez, E. y Martín, D. 2001). De ser así, esos objetos estarían más relacionados con los vivos y con la búsqueda de prestigio familiar a través de la exhibición de riqueza que con el individuo muerto en sí (McKinley, J. I. 2006: 87), remarcando las dos esferas (individual y comunitaria) que tienen este tipo de enterramientos y a la que ya hemos hecho

mención. No hay que perder de vista, sin embargo, que algunos objetos metálicos podrían quedar relativamente libres de los efectos del fuego dependiendo de su composición, de su posición en la pira y de la intensidad del fuego (McKinley, J. I. 2006: 82)

Tan sólo se han documentado piedras señalando las tumbas en el caso de Las Madrigueras, donde aparecen en al menos media docena de tumbas, aunque el nivel de arrasamiento de Arroyo Culebro D y Arroyo Butarque hace que no podamos descartar su presencia en otros yacimientos. En cualquier caso, constituye un elemento importante puesto que explicita la existencia de elementos que señalaban y remarcaban el carácter sacro de la necrópolis y de los miembros del grupo allí enterrados. En Arroyo Culebro D también se han detectado piedras en algunas tumbas (Penedo, E. *et al.* 2002: 51), pero son pequeñas y parecen haber sido empleadas en colocar o sujetar la urna antes que en servir de hitos señalizadores de los enterramientos.



Figura 4.81: necrópolis de Arroyo Culebro D antes y después de la excavación, indicando una de las posibles líneas de organización de la necrópolis y la posición del *ustrinum*. Adaptado de (Penedo, E. *et al.* 2002: 50)

En cuanto a la estructura interna de las necrópolis, en el caso de Arroyo Culebro D se han detectado indicios de ordenación espacial, consistentes en dos líneas de enterramientos más o menos paralelas que parten de las cercanías del *ustrinum* y que parecen indicar una disposición este-oeste de la necrópolis (fig. 4.81). Para Arroyo Butarque se ha llamado la atención sobre una posible agrupación de tumbas (Blasco, M. C. *et al.* 2007: 220) con las dudas que conlleva la información disponible. En el caso de Las Madrigueras podría existir una división del cementerio en dos grupos en este periodo (fig. 4.86), aunque no está del todo clara. Tampoco se ha podido establecer un criterio uniforme para los

ustrina en los casos en que han sido detectados: en Arroyo Culebro se ha detectado uno junto a la necrópolis, cuyos restos consistían en piedras de cuarcita de tamaño medio afectadas por altas temperaturas (Penedo, E. *et al.* 2002: 50) y que parece haber sido utilizado por toda la comunidad. En el caso de las Esperillas se han documentado dos *ustrina* para la necrópolis, lo que parece indicar una situación similar en esta necrópolis. Para Las Madrigueras, sin embargo, algunos indicios podrían apuntar a la existencia de *ustrina* individuales realizados en las cercanías de la fosa de enterramiento, como parece ser el caso de la tumba LIX (Almagro, M. 1969: 83, lámina XV, fig. 4.82).

Finalmente, valorar las conclusiones que pueden extraerse acerca de la intensidad de la cremación a partir del estado de los huesos recuperados. Sólo contamos con un estudio antropológico completo (Gómez, E. y Martín, D. 2001) para Arroyo Culebro D. En esta necrópolis los restos óseos fueron recuperados sin selección previa, mezclando cenizas, carbones y huesos probablemente usando algún tipo de recogedor a juzgar por la forma en que se disponen los huesos (2001: 8). Aunque con variaciones, los restos de Arroyo Culebro D parecen corresponder a cremaciones fuertes y completas predominando los huesos de color blanquecino con las que son habitualmente relacionados, aunque en algunas tumbas existe una gran variabilidad de coloraciones probablemente relacionada con la diferente intensidad de la cremación según la zona de la pira. Asimismo se observa una cierta sobrerrepresentación de

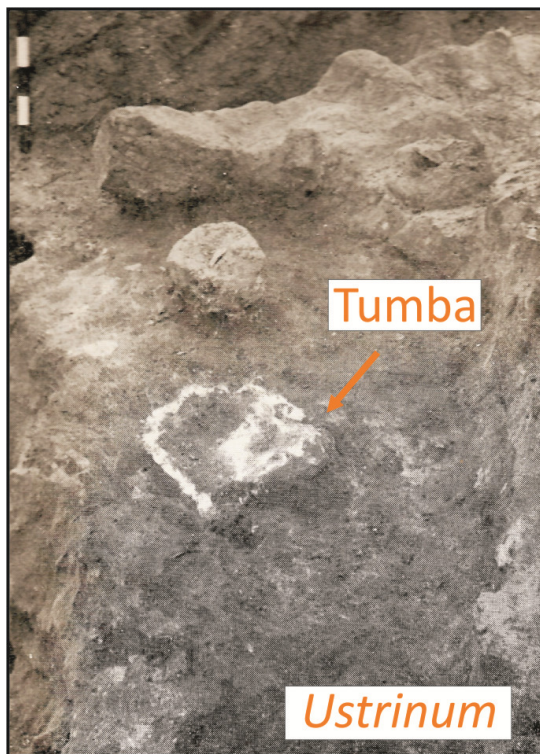


Figura 4.82: tumba LIX de Las Madrigueras y *ustrinum* asociado. Adaptado de (Almagro, M. 1969, lámina XV)

huesos del cráneo, generalmente muy quemados (2001: 13). También se aprecia una cremación muy intensa en el caso de los individuos

infantiles, que por su tamaño pequeño son afectados de manera más completa por el fuego. El único otro ejemplo de que disponemos en otras necrópolis es la información disponible para la tumba 76 del sector 3 de la necrópolis de Palomar de Pintado, donde se recogieron 314 gramos de una cremación de intensidad irregular, de un individuo adulto masculino y cuyos restos habían sido recogidos de manera selectiva (Pereira, J., com. pers.).

Como puede apreciarse, la norma es una gran variabilidad en los rituales y en el tratamiento de los restos. El hecho de que sólo dispongamos de información realmente sistemática de una de las necrópolis introduce un sesgo que hay que tener en cuenta, pero también muestra claramente las posibilidades que ofrece la aún incipiente arqueología de la muerte en nuestra región. Este potencial se va a hacer mucho más explícito cuando tratemos de aproximarnos, en la medida de lo posible, a las estructuras sociales que subyacen tras estos datos.

4.2.5.3. Al otro lado del espejo: ciudades de vida y de muerte

Descartada hace tiempo la idea de que las necrópolis son el fiel reflejo de las sociedades que las construyen y utilizan (Ruiz, G. y Chapa, T. 1990: 364), nuestra aproximación al estudio de los parámetros sociales que pueden entreverse en las necrópolis de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo parte de que, en realidad, los espacios de los muertos no son más que otro de los ámbitos en los que se explicita la vida de una comunidad y de que sólo a través del análisis de la coherencia interna de todos ellos podremos aproximarnos a las pautas que estructuraron esa sociedad. Desde esta perspectiva, vamos a tratar de detectar aquellos elementos del registro funerario que puedan servirnos para inferir aspectos de la estructura social de estas comunidades.

De los yacimientos disponibles, de nuevo el que más información ha aportado es Arroyo Culebro D, que ya hemos analizado desde otras perspectivas y cuyos datos han sido publicados tanto en artículos científicos (Penedo, E. *et al.* 2001) como en el catálogo dedicado al conjunto de la intervención arqueológica de la que este yacimiento formaba parte (Penedo, E. *et al.* 2002; VV.AA. 2002). Además de los datos incluidos en el catálogo se tuvo acceso a los informes antropológicos completos (Gómez, E. y Martín, D. 2001) y se realizó un análisis multivariante para tratar de detectar la posible estructura interna de la necrópolis (Torres, J. de y Penedo, E. 2009).

La necrópolis, de tamaño pequeño (apenas una treintena de tumbas) se caracteriza por una fuerte variabilidad en los tipos de enterramiento, los rituales observados y los ajuares depositados en ellas – se aprecia de manera muy clara una fuerte dicotomía entre tumbas que sólo presentan ajuares metálicos y tumbas que sólo presentan ajuares cerámicos. A partir de cuatro grupos de variables (edad de los individuos enterrados, tipo de tumba, tipo de ritual observado y tipo de ajuar) y realizando test de *chi* cuadrado para valorar la significancia de las relaciones entre estas variables pudo observarse que la variabilidad observada en el registro era lo suficientemente grande como para que no pueda ser provocada por el azar. Esto es, que debajo del aparente caos de posibles combinaciones entre los cuatro tipos de variables existía un orden interno imposible de localizar a simple vista. Para ello se realizó un análisis de correspondencias que distinguió claramente entre tres grupos de tumbas: asociadas a adultos, a individuos infantiles y juveniles e indeterminadas (fig. 4.83).

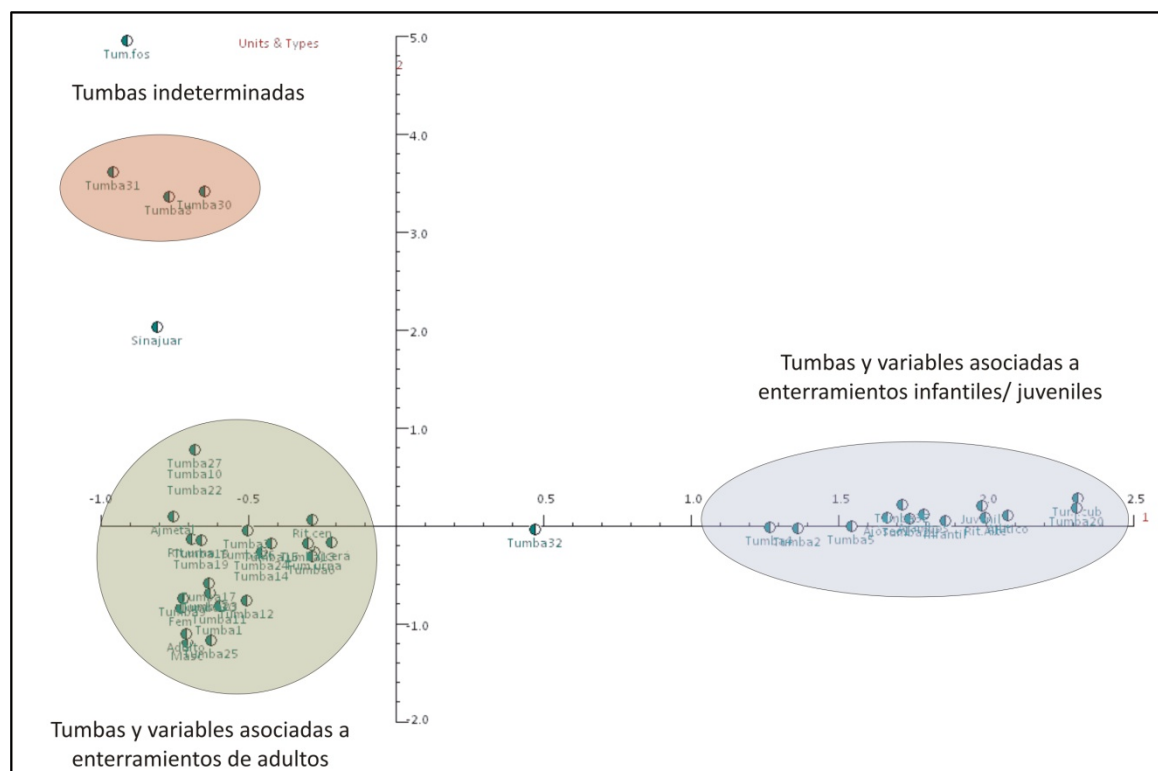


Figura 4.83: análisis multivariante de las tumbas de la necrópolis de Arroyo Culebro D. Elaboración propia a partir de (ARTRA 2001; Gómez, E. y Martín, D. 2001; Penedo, E. *et al.* 2001, 2002; Torres, J. de y Penedo, E. 2009)

A partir de este análisis pudieron determinarse dos “ámbitos” funerarios diferentes (Torres, J. de y Penedo, E. 2009: 370), uno de ellos asociado al concepto de individuo infantil/ juvenil y el otro asociada a la madurez. Cada uno de ellos estaría relacionado con tipos de enterramientos, rituales y ajuar específicos. Una de las conclusiones más interesantes es, sin embargo, que los rituales y las formas de enterramiento no se encuentran estandarizados. Es decir, hay diferentes maneras de enterrar a cada uno de estos grupos – la variabilidad es especialmente marcada en el caso de los niños – adolescentes – pero la combinación de elementos utilizados en su enterramiento los define de manera unívoca como pertenecientes a ese grupo. En nuestra opinión, y es una conclusión importante, estas diferencias en la forma (aunque en el fondo se tenga muy clara la línea que separa niños de adultos) son simplemente la expresión de los problemas iniciales de definición del ritual religioso asociado a la incineración. Arroyo Culebro D es una de las necrópolis más antiguas del conjunto, sin presencia de cerámica a torno y con algunos materiales que la sitúan en los comienzos del fenómeno, como hemos visto al analizar su cultura material. Lo que indicaría esta variabilidad es las dudas de una sociedad ante cómo retratarse a sí misma dentro de una estructura cognitiva completamente nueva, cuando aún no se han fijado de manera absoluta cuáles son los patrones de enterramiento. En este sentido, podría detectarse una segunda fuente de ambigüedad: la que mide en qué momento un miembro juvenil del grupo es considerado parte completa del mismo. Así, uno de los enterramientos juveniles muestra rasgos híbridos entre ambos conjuntos, y aunque su ajuar y el ritual utilizado lo insertan dentro del ámbito infantil, el tipo de tumba (urna depositada en fosa) es característico del ámbito adulto. Si bien es cierto que en las sociedades preindustriales individuos que osteológicamente reconocemos como juveniles son considerados miembros

adultos de pleno derecho, lo cierto es que la ambigüedad reconocida no se limita a la edad, sino que se mantiene en el ritual y enterramiento que se dio al fallecido.

En un segundo nivel, el análisis de correspondencias detectó una posible ordenación dentro del conjunto de adultos, consistente la agrupación de determinadas características asignables a adultos masculinos y femeninos (fig. 4.84). Así, existirían dos características básicas – ser adulto y estar en una urna depositada en una fosa – que compartirían todos los miembros adultos. A partir de ahí, parece haber una relación bastante clara entre sexo femenino, ajuar exclusivamente metálico y la deposición de cenizas alrededor de la urna por una parte y sexo masculino, ajuar exclusivamente cerámico y deposición en fosa simple por otra. Aunque la muestra es muy pequeña y los enterramientos femeninos se encuentran en general infrarrepresentados en las necrópolis (Fitzpatrick, A. P. 1997: 213), el análisis nos parece interesante – y como tal lo hemos incluido aquí – porque nos muestra aun de manera parcial la potencialidad de unos análisis detallados de las necrópolis que hasta la fecha apenas han sido realizados.

Otra de las características más interesantes detectadas en este análisis es la asociación reiterada de individuos infantiles con ajuares tanto metálicos como cerámicos, cuando hemos resaltado arriba que la tónica general es la exclusión entre ambos tipos. Cuatro de los seis individuos en estas categorías de edad muestran esa asociación, y los test de significancia realizados demuestran que la representación es demasiado fuerte como para ser debida al azar: es decir, no sólo hay un tratamiento especial de los menores, sino que de manera recurrente reciben un ajuar que podría calificarse como específico. Desde este punto de vista, la presencia de ajuares en niños podría interpretarse de manera muy directa con la presencia de un rango adscrito, pues es evidente que los niños fallecidos no han tenido posibilidad de adquirir ese rango por sí mismos. De nuevo, la heterogeneidad de los ajuares combinada con la de los tipos de enterramientos y rituales evidencia una cierta indefinición, como si esta adscripción del rango se estuviese reclamando más que afirmando.

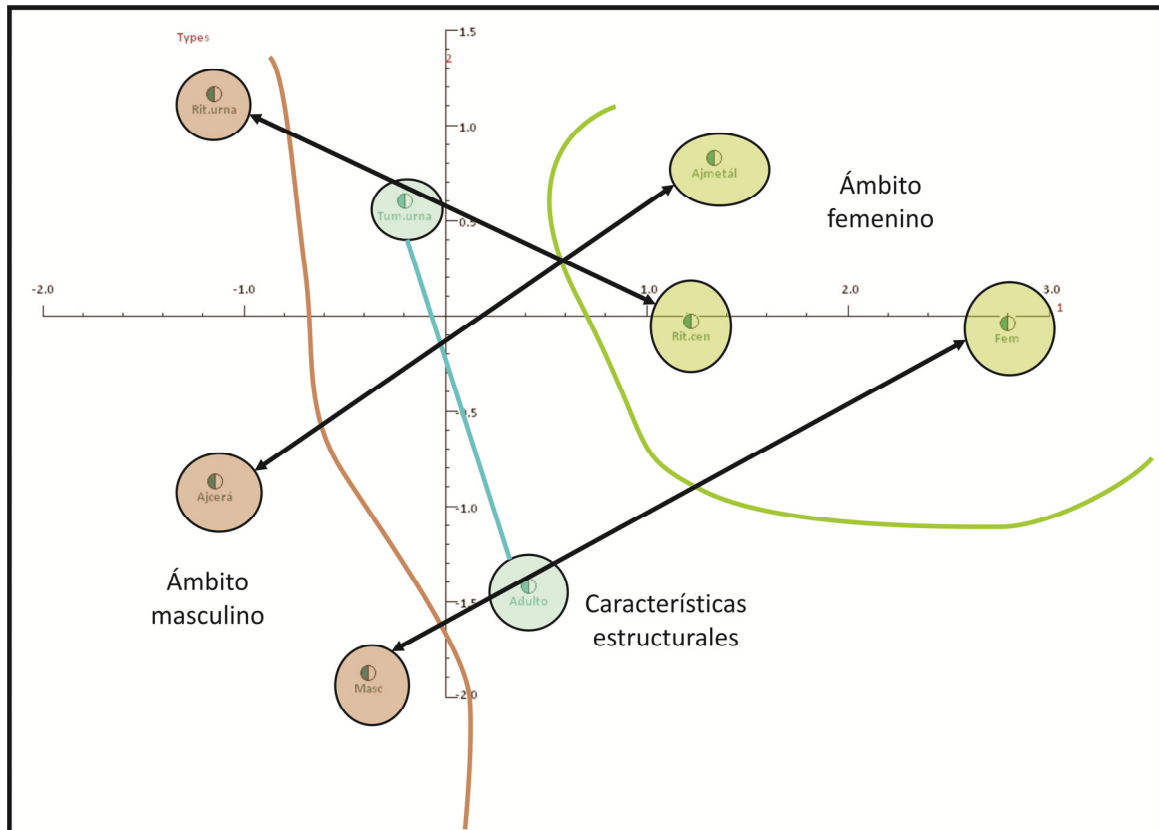


Figura 4.84: interpretación de posibles variables asociadas a los ámbitos masculino y femenino en la necrópolis de Arroyo Culebro D. Elaboración propia a partir de (ARTRA 2001; Gómez, E. y Martín, D. 2001; Penedo, E. *et al.* 2001, 2002; Torres, J. de y Penedo, E. 2009)

El análisis espacial de la necrópolis (fig. 4.85) también ha proporcionado información interesante, ya que ha permitido establecer tres grupos muy bien determinados. Un primero dispuesto en dos líneas en el que predominan los enterramientos con ajuar metálico y en el que las dos tumbas más cercanas al *ustrinum* son las más ricas (significativamente, un hombre y una mujer), un segundo grupo peor ordenado en el que se sitúan tumbas mayoritariamente con ajuar únicamente cerámico y un tercero en el que se concentran cuatro de los seis individuos infantiles y juveniles, la única tumba doble y la única inhumación de la necrópolis. En el caso del primer grupo, el que posee los ajuares más ricos, dentro de las dos líneas en que se organiza se encuentran un enterramiento juvenil y otro infantil. Esta distribución ha sido interpretada como correspondiente a dos grupos familiares (Torres, J. de y Penedo, E. 2009: 370), al menos uno de los cuales – significativamente, el más rico – incluye a individuos juveniles e infantiles en sus filas. El tercer grupo es mucho más difícil de clasificar, pudiendo corresponder a individuos que no estaban plenamente integrados en la comunidad, demasiado jóvenes para ser aceptados en los otros grupos o fallecidos en circunstancias especiales. Finalmente, el hecho de que las dos tumbas más ricas (a excepción de la Nº 32, que se encuentra aislada y alejada de la necrópolis) se encuentren al comienzo del primer grupo, muy cerca del *ustrinum* y que organicen las dos líneas a través de las que se expande ese conjunto podrían indicar una posición preeminente, quizá como miembros de un linaje familiar diferenciado del resto (Torres, J. de y Penedo, E. 2009: 371).

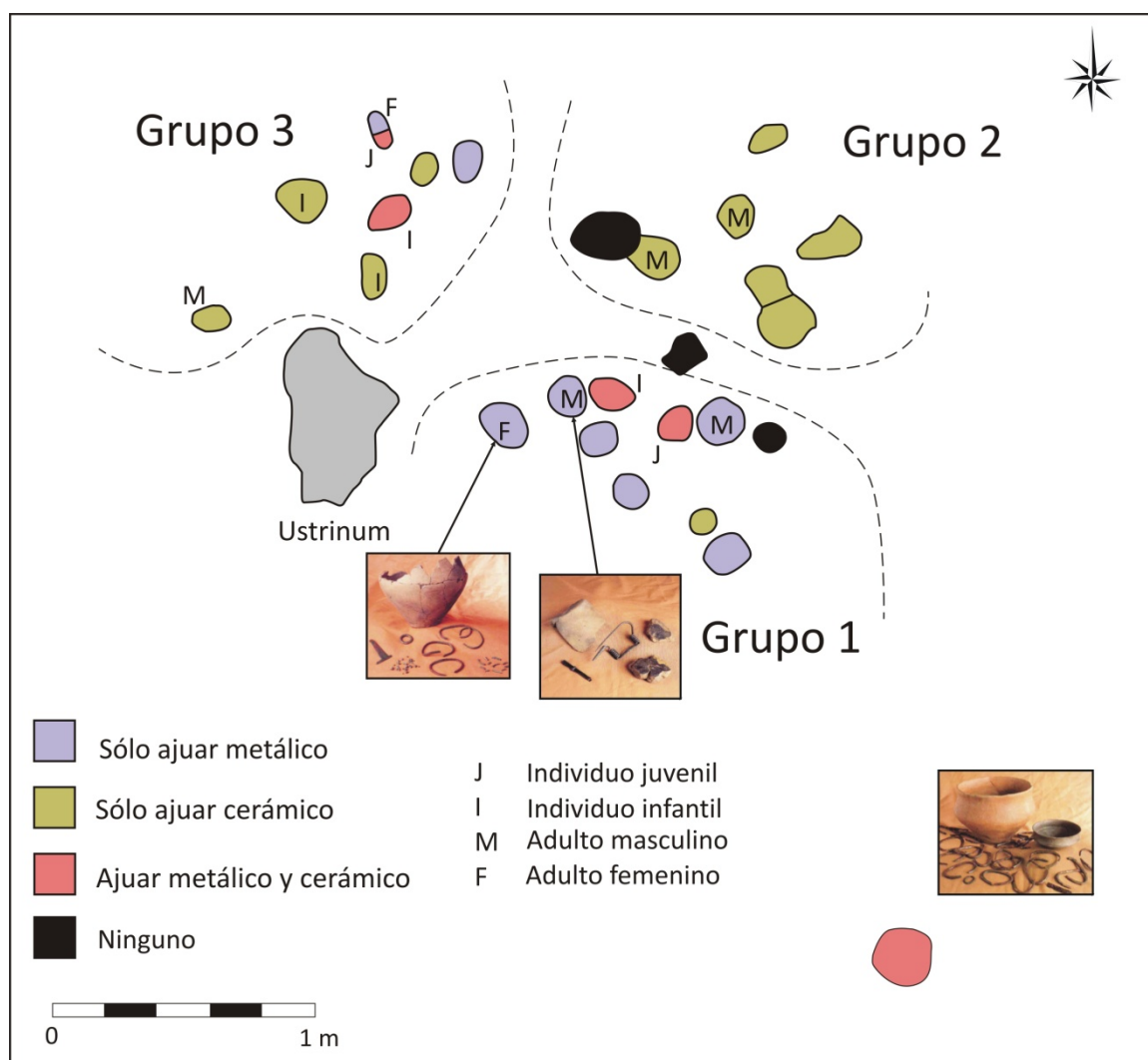


Figura 4.85: interpretación de la necrópolis de Arroyo Culebro D. Elaboración propia, adaptado de (Torres, J. de y Penedo, E. 2009: 371)

Sintetizando la información expuesta, la necrópolis de Arroyo Culebro parece mostrar una sociedad en la que la comunidad se entierra junta pero en la que la adscripción a una u otra familia comienza a cobrar peso en la organización del espacio. Todos los datos analizados apuntan a la existencia de unas reglas muy claras respecto de la posición social de cada uno de los miembros, pero – y esto es lo importante – existe todavía una gran indeterminación en la expresión material de esa posición social. Es decir, se aprecian claras diferencias entre adultos e inmaduros, entre un grupo familiar y otro, pero éstas aún no se han consolidado y por tanto no se han estandarizado materialmente. Nos encontramos por tanto ante los comienzos de un proceso de diferenciación social en el que un grupo (el 1) trata de marcar sus diferencias respecto de los demás a través de varios parámetros: ajuares más ricos, ordenación de las tumbas mucho más marcada, posición destacada de la tumbas más ricas, presencia de individuos inmaduros dentro del grupo... pero estas diferencias aún no se han explicitado en normas rígidas y por tanto hay lugar para la contestación, que se muestra en que este conjunto de tumbas no tiene acceso exclusivo al metal, por ejemplo.

Esta indeterminación se extiende al ya citado caso de los inmaduros, en los que se aprecian los primeros intentos de integrarlos dentro de un grupo familiar diferenciado del resto y las evidencias incipientes de rango adscrito dentro de estas sociedades. La heterogeneidad de enterramientos nos lleva a pensar que nos encontramos ante los comienzos del proceso, en un momento en el que algunas familias dentro de la comunidad está comenzando a reclamar un rango especial para sus hijos, pero este rango adscrito aún no ha sido consolidado: otros niños de la necrópolis presentan enterramientos similares aunque no están adscritos de forma clara a una familia. Lo que estaríamos viendo es por tanto, el inicio de una competición por tratar de establecer la herencia del rango dentro de una sociedad hasta entonces esencialmente igualitaria, y los titubeos asociados a estos primeros pasos hacia un tipo de orden social diferente, basado en la desigualdad.

A esta idea de reglas poco establecidas, de primeros intentos de imposición de diferencias sociales, parece corresponder el tipo de ajuar depositado en la necrópolis, en ocasiones muy rico pero muy diverso, sin que parezca existir un criterio de qué tipo de objetos deben depositarse en cada tumba en función de edad, sexo o rango, más allá de su mayor o menor riqueza. Hay por tanto un tercer grado de indeterminación, el de la cultura material, que se plasma en objetos ricos pero poco estandarizados, y que ha sido interpretado por Wason (1994: 84-85) como característico de sociedades en las que se está produciendo una creciente rivalidad entre miembros del grupo o familias por alcanzar una posición de preeminencia que consolide un estatus diferenciado.

Lo que percibimos a través de la necrópolis de Arroyo Culebro D es por tanto la plasmación de las estrategias iniciales de una parte del grupo por consolidar una situación de desigualdad. Esta estrategia parece desarrollarse desde una base familiar, siendo coherente con las propuestas que defienden un cambio en la percepción del concepto de comunidad asociado al desarrollo del modo de vida campesino, que pasaría a centrarse en un sistema restringido en torno al parentesco y a una familia en la que se incluyen los antepasados (Hernando, A. 2002: 154). Es muy importante recalcar que las diferencias de riqueza en las tumbas no nos hablan de élites ni de jerarquías. Nos hablan de esfuerzos para adquirir el estatus de élite, en un momento en el que ese estatus aún no ha sido completamente definido materialmente ni mucho menos consolidado en otros ámbitos de la sociedad. Indirectamente, también nos habla de tensiones dentro de la sociedad, puesto que en cualquier sociedad campesina las rupturas de la ética igualitaria son mal vistas, y por tanto crean tensiones y rechazo. En este sentido, la presencia de objetos de metal en tumbas que no pertenecen al grupo 1 podría ser una evidencia tanto de contestación por parte de otros miembros del grupo menos ricos pero que también tratan de competir por posiciones de prestigio como del aún escaso control que las familias más ricas ejercen sobre los objetos que marcan este prestigio dentro de la sociedad.

Por desgracia, no disponemos de otras necrópolis con el volumen de información de Arroyo Culebro D. En el caso de Las Madrigueras, la necrópolis no ha sido completamente excavada y carecemos de documentación sistemática acerca de los posibles rituales utilizados en los enterramientos, así como de análisis antropológicos de los restos. La información que podemos extraer está por tanto exclusivamente basada en la distribución espacial de las tumbas y en el tipo de ajuares que contienen. En este sentido, se han representado en la (figura 4.86) las dos

fases de la Primera Edad del Hierro que hemos detectado en la necrópolis. Aunque los datos no son ni mucho menos concluyentes, parece que existen dos agrupaciones de tumbas que se van haciendo más evidentes conforme pasa el tiempo, y que como veremos van a tener su continuidad en etapas posteriores. Hasta que punto estas dos agrupaciones podrían corresponder a dos agrupaciones familiares es algo que no podemos responder, pero nos parece interesante que en ambas zonas aparezcan todos los tipos básicos de ajuares (metal, cerámica, pintura postcocción), aunque en la situada al este aparezcan significativamente mejores ajuares.

Otro de los aspectos interesantes de esta necrópolis es la presencia, en un momento avanzado del siglo VI a.C., de cerámicas con pinturas postcocción, que ahora parecen comenzar a ser amortizadas en las tumbas. Estas cerámicas habían sido interpretadas como una de las posibles objetos indicativos de rango en los momentos iniciales de la Primera Edad del Hierro, y en nuestra opinión su presencia en la tumbas podría estar apuntando a una búsqueda de vinculación con el periodo anterior e, indirectamente, con los antepasados (de alto rango). En las nuevas circunstancias materiales que se documentan en el siglo VI a.C., las piezas orientalizantes, el engobe rojo y el metal comienzan a tener una presencia creciente, pero a excepción del metal no aparecen generalmente asociadas a los enterramientos. Son las pinturas postcocción – que representan, por así decirlo, el pasado – las que comienzan a ser depositadas en las tumbas. En este sentido, la tumba XLII, una de las pocas cuyos restos han sido identificados, muestra doblemente la justificación respecto del pasado y la búsqueda de nuevas normas sociales. Se trata de una tumba cuyo enterramiento fue bastante cuidado (incluida una capa de yeso sellando la fosa) y que corresponde a un individuo infantil junto al que se depositó una o varias piezas de bronce y un cuenco de forma troncocónica decorado con pintura bícroma roja y amarilla con un diseño de zig – zag (Almagro, M. 1969: 66-67).

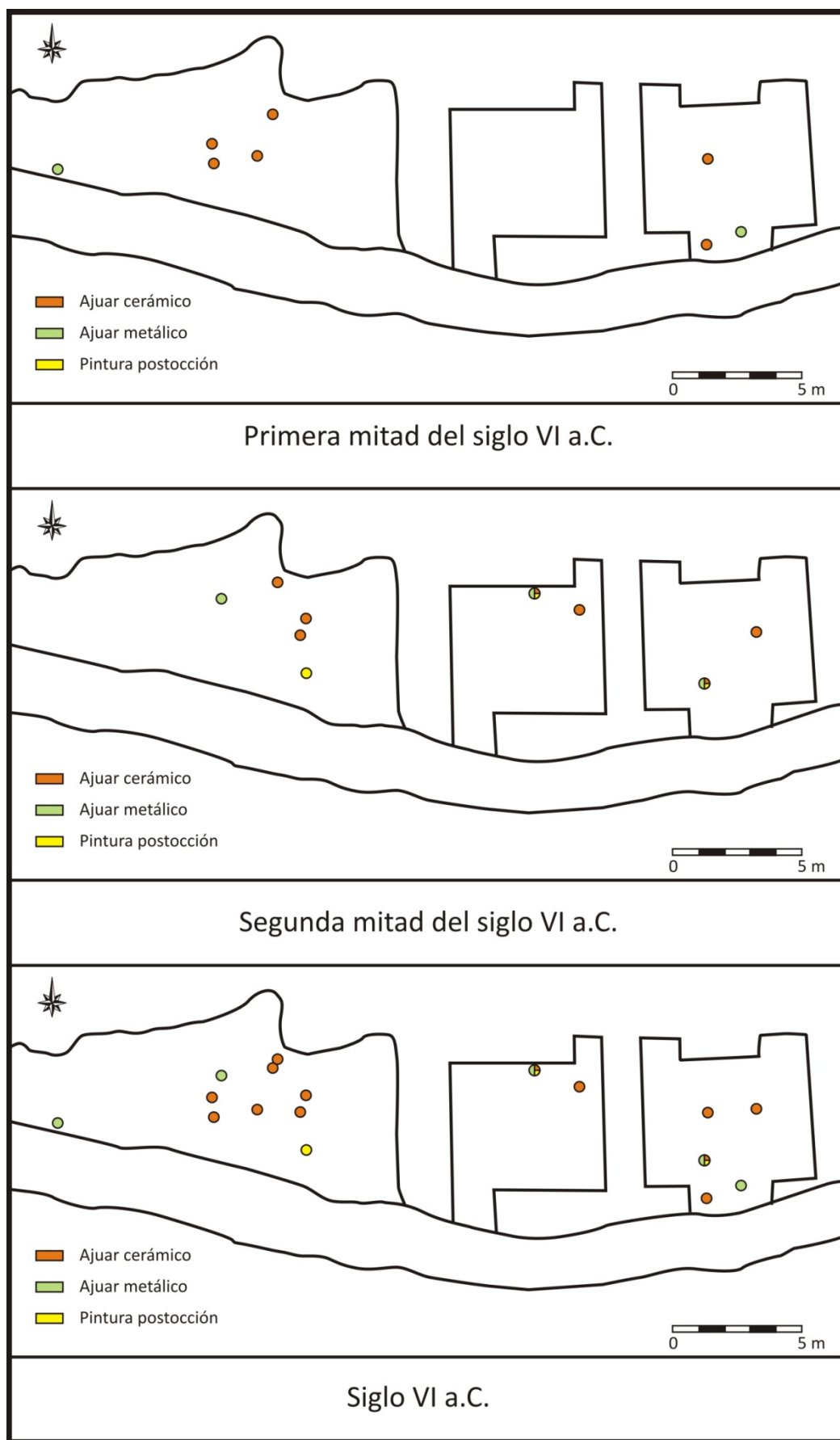


Figura 4.86: distribución de tumbas y ajuares de la Primera Edad del Hierro en la necrópolis de Las Madrigueras. Elaboración propia a partir de (Almagro, M. 1969, fig. 3, cuadro resumen y Anexo 6)

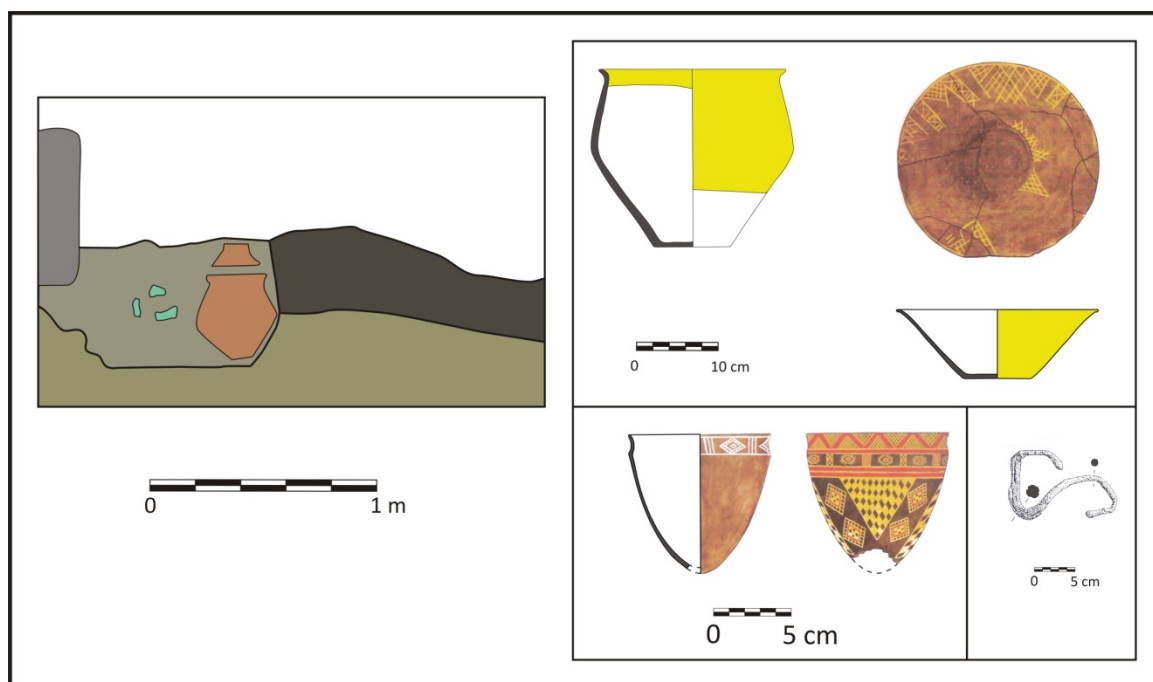


Figura 4.87: sección (izquierda) y ajuar (derecha) de la tumba LIV de Las Madrigueras. Adaptado de (Almagro, M. 1969, figs. 6 y 56 y lám. XXV)

En este caso, no sólo se observa el interés por remarcar el rango de individuos infantiles que ya habíamos visto en Arroyo Culebro D, sino que además ese rango se intenta vincular a tradiciones decorativas pasadas como forma de legitimación social. Otro de los ejemplos, la ya citada tumba LIV (fig. 4.87), es también muy significativo, ya que su ajuar (Almagro, M. 1969: 76-79) combina fragmentos de bronce con cerámicas a mano con pintura postcocción y cuentas de pasta vítrea cilíndricas de color amarillo. La pieza más importante es un cuenco con pintura trícoma – blanca, roja y amarilla – y un perfil más cercano a piezas del Bronce Final que a cerámicas del final de la Primera Edad del Hierro, momento en que se data la tumba. En este caso, podríamos interpretar la tumba como una muestra de dos estrategias de representación del poder: una de ellas que vincula al fallecido a las tradiciones y antepasados del grupo, y la otra que utiliza los objetos exóticos como mecanismo de aumento del prestigio. No en vano, las cuentas de pasta vítrea de esta tumba son las primeras que se documentan en la región. Significativamente también, esta tumba tenía una piedra marcando la fosa, algo que nos confirma esa apropiación simbólica del espacio por miembros de las sociedades campesinas (Hernando, A. 2002: 154).

Vemos por tanto que las características de Las Madrigueras, aun con menos información, apuntan en la misma dirección que las de Arroyo Culebro D: una creciente búsqueda de elementos simbólicos que refuercen las posiciones sociales de determinados individuos y de sus familias a través del uso de la manipulación de objetos indicadores de rango y de riqueza. De nuevo, la falta de estandarización de los ajuares, la dispersión de objetos considerados como indicadores de riqueza, la inexistencia de tumbas especialmente ricas y la uniformidad de otro tipo de actividades relacionadas con el enterramiento (como el tipo de tumba y el esfuerzo dedicado a construirla) parecen remitir a la situación ya citada de comienzo de tensiones sin que se haya producido una consolidación de las desigualdades. Aunque no disponemos de datos completos, a partir de las descripciones y dibujos de tumbas realizadas por Martín Almagro parece inferirse una mayor uniformidad del enterramiento frente los hasta cuatro diferentes

modelos detectados en Arroyo Culebro D, lo que nos estaría hablando de una progresiva concreción de las pautas del ritual funerario. En definitiva, aunque las tumbas de Las Madrigueras muestran un acceso diferencial a la riqueza y una percepción muy clara de la importancia de las líneas familiares – hacia atrás con los antepasados, hacia delante con los descendientes, incluso los fallecidos – no hay elementos de juicio como para defender la existencia de elites dentro de estos grupos, al menos en este momento.

Del resto de necrópolis conocidas apenas disponemos de información, tal y como vimos al analizar la cultura material de este tipo de yacimientos. Descartadas Haza del Arca, Las Esperillas y Palomar de Pintado por presentar muy pocos casos de estudio, y en el caso de las dos primeras carecer de planos u otra información complementaria que analizar, nos queda Arroyo Butarque, que también presenta muchos problemas – excavación incompleta, ausencia de planimetría y de datos complementarios – pero cuyos materiales han sido analizados sistemáticamente por M^a Concepción Blasco (*et al.* 2007) y para los que al menos disponemos de la descripción de las tumbas y de un croquis de localización (fig. 4.88). Se ha planteado la distribución espacial de algunas de las variables utilizadas para el estudio de Arroyo Culebro D – presencia de ajuar cerámico o metálico, tipo de enterramiento, cantidad de piezas de ajuar, y aunque las distribuciones parecen mostrar una importancia recurrente de la tumba 5 y algo menor de las cercanas, lo cierto es que los análisis no pueden ser concluyentes debido a las carencias del registro.

Lo que sí queda claro es que, al igual que en los casos anteriores, hay tumbas significativamente más ricas que el resto, lo que nos remite de nuevo a las estrategias de expresión de la riqueza ya mencionadas. Asimismo, la concentración de tumbas alrededor de una mucho más rica puede apuntar a la existencia de un grupo familiar – independientemente de que existan más grupos de similar riqueza. Además, en esta necrópolis podemos ser testigos de la aparición en un espacio simbólico de las primeras evidencias de dos nuevas tecnologías: el torno y la metalurgia del hierro. Analizaremos la entrada de estas tecnologías en el siguiente capítulo, pero ahora nos interesa remarcar cómo objetos que posteriormente van a ser piezas muy comunes en estos momentos son, debió a su escasez, elementos de fuerte poder simbólico utilizados como objetos de prestigio dentro del grupo.

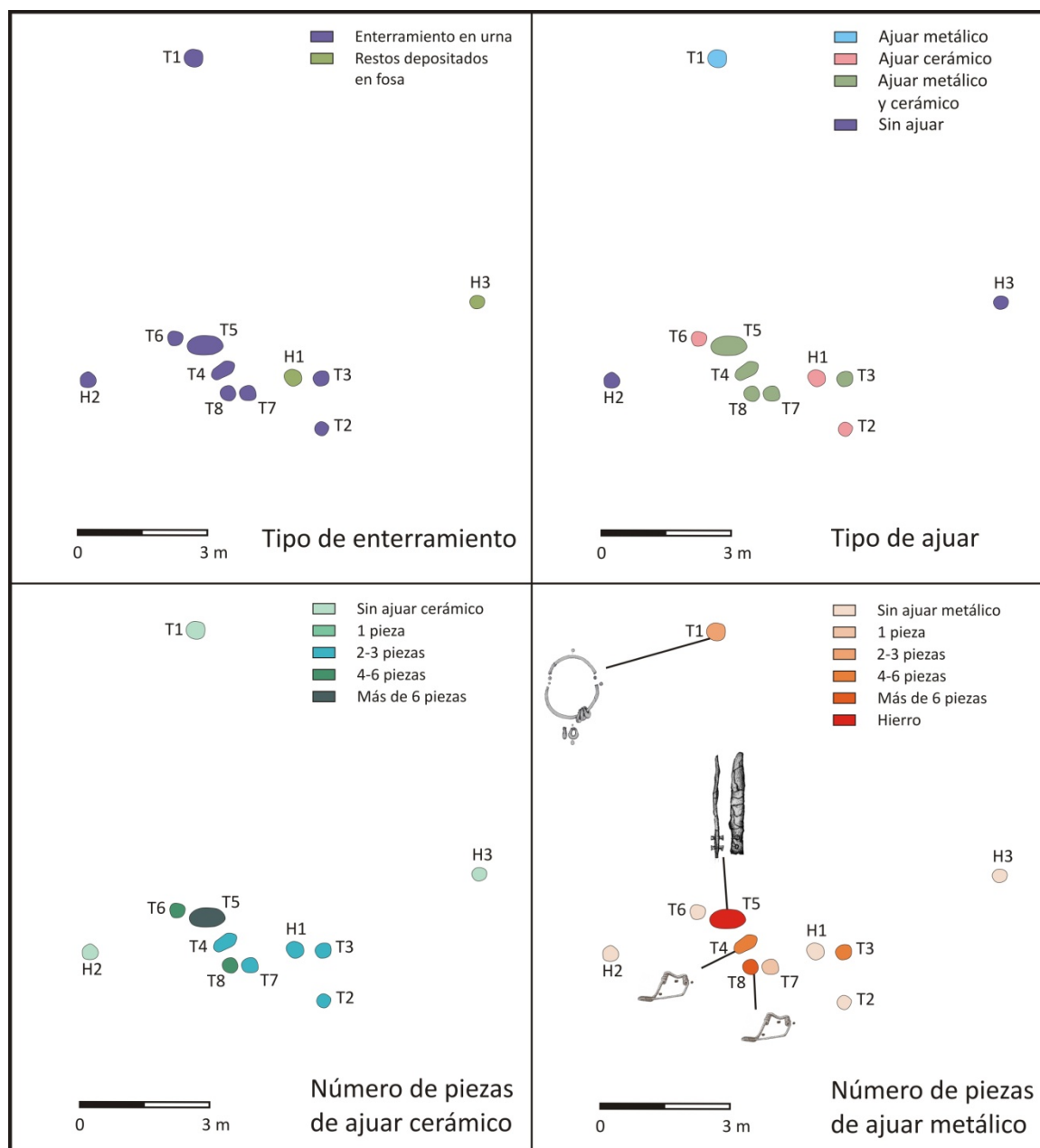


Figura 4.88: croquis de la necrópolis de Arroyo Culebro D, indicando la distribución espacial de algunas de sus variables más importantes. Elaboración propia a partir de (Blasco *et al.* 2007)

Recapitulando la información expuesta, las necrópolis de la Primera Edad del Hierro se caracterizarían por:

- Tamaño pequeño (30 tumbas en Arroyo Culebro D, 20 conocidas para Arroyo Butarque, 16 en Las Madrigueras, etc.)
- Estructura espacial poco rígida, los únicos criterios de ordenación detectado son algunas alineaciones y sobre todo agrupaciones de tumbas.
- Cercanía con el poblado, sin una localización topográfica estándar
- Tumbas simples, con poca elaboración y señalización modesta. Dejando de lado las paredes recubiertas de yeso de muchas tumbas de Las Madrigueras o las frecuentes

piedras utilizadas como calzos, no se aprecia un excesivo trabajo en la construcción de las tumbas.

- Variabilidad en las conductas rituales observadas y en los tipos de deposiciones, aunque en todas las necrópolis la deposición dentro de una urna es el ritual mayoritario. Los análisis de Arroyo Culebro D apuntan a una elección del ritual en función de la edad y quizá también del sexo del individuo, pero los datos de este yacimiento no han podido contrastarse con los de otras necrópolis.
- Frente a la igualdad generalizada de los enterramientos, los ajuares presentan una fuerte variabilidad, desde su ausencia hasta tumbas que pueden considerarse excepcionalmente ricas en relación con el resto (tumbas 17 y 32 de Arroyo Culebro D, Tumbas 1 y 5 de Arroyo Butarque, tumba LIV de Las Madrigueras).
- Amortización de objetos utilizados de calidad en momentos anteriores, especialmente las pinturas postcocción.

En nuestra opinión, el fenómeno y las características de las primeras necrópolis del valle medio del Tajo deben interpretarse desde las dos perspectivas que citamos al comienzo de este apartado: desde la progresiva apropiación de la tierra y sus recursos y desde la aparición de tensiones internas dentro de la que, no obstante, sigue siendo una sociedad esencialmente igualitaria. Ambos procesos están íntimamente unidos entre sí, puesto que es la apropiación de la producción – económica y cognitivamente – la que rompe la unidad ideal de las sociedades cazadoras y recolectoras y la que conlleva un aumento del peso de la familia frente al resto de la comunidad, y además permite disponer de más recursos sobre los que establecer bases de riqueza y de poder. Ambos procesos no son nuevos, ya que como hemos dicho se encuentran implícitos dentro del modo de vida campesino. De hecho y como ya hemos visto, estos síntomas se detectan desde la Prehistoria reciente en la región. La diferencia respecto de las etapas anteriores es, esencialmente, de escala y de velocidad: los procesos de apropiación, competición y las tensiones sociales resultantes suceden más a menudo, más rápido y permean gran parte de los ámbitos de la sociedad. La clave, en nuestra opinión, hay que buscarla en la sedentarización que abrió el paso, al menos potencialmente, a una verdadera intensificación de la producción.

Por supuesto, lo que muestran las necrópolis aquí reseñadas es el comienzo del proceso y por tanto son de esperar contradicciones, elementos híbridos con etapas anteriores y un grado relativamente bajo de tensión. Por ejemplo, el hecho de que las tumbas sean muy similares y realizadas sin un gran esfuerzo pero los ajuares presenten fuertes variaciones cualitativas y cuantitativas nos indica en qué nivel se desarrolla la competición: hay evidentes diferencias de riqueza, pero una vez que se realiza el ritual de incineración y se depositan ajuares y restos en la urna estas diferencias se ocultan a la comunidad, manteniendo las tumbas una apariencia de igualdad externa. Puesto que en una sociedad como la de la Primera Edad del Hierro, todavía con un fuerte poso igualitario, las diferencias son mal toleradas y tratan de ser compensadas sancionando al que trata de romper esa igualdad, probablemente la construcción de una tumba mucho más rica no hubiera sido permitida. Sin embargo, el alarde de riqueza en el momento del entierro (en el ajuar, en la cremación) es mucho más breve y no constituye un recordatorio perpetuo de desigualdad, y por tanto es más susceptible de ser tolerado por el resto de la comunidad.

En cuanto a las estrategias utilizadas por los individuos o las familias para tratar de ganar prestigio, podrían clasificarse dentro de dos tipos. Por una parte, la manipulación de la riqueza a través de la adquisición, manipulación y amortización en las tumbas de objetos escasos y por tanto caros. Esta actividad es la más explícita dentro de los enterramientos, algo lógico pues es uno de los mecanismos más primarios para la expresión del rango y la obtención de capital simbólico en todo tipo de sociedades. En aquellas en las que las desigualdades sociales aún no están consolidadas y por tanto no existe control sobre los recursos, la manipulación de los objetos y de la riqueza se convierte en uno de los principales elementos para subvertir el orden social. En este sentido, creemos que el despliegue de riqueza – dentro de los límites modestos de nuestra zona – es en realidad a continuación de una estrategia desarrollada desde mucho tiempo antes, que ahora comienza a incrementarse cuantitativamente. La aparición de más objetos y más distribuidos dentro del grupo no sólo nos habla de riqueza, sino de competición.



Figura 4.89: brazalete de oro de La Torrecilla. Foto tomada de www.madrid.es

podría estar asociado a una tumba en la que aparecía cerámica a torno (Priego, M. C. y Quero, S. 1978: 19) es coherente con este proceso e indicaría una creciente competitividad a través de piezas cada vez más valiosas.

En este sentido, es interesante comprobar cómo a finales del siglo VI a.C. – comienzos del siglo V a.C. comienzan a aparecer elementos nuevos en las necrópolis – cerámica a torno, objetos de hierro, cuentas de pasta vítrea, etc. – y a partir de entonces la sustitución de unos objetos por otros va a ser cada vez más rápida, en lo que parece una carrera por obtener piezas que no posea el resto del grupo. Aunque descontextualizado del resto de la necrópolis, el hallazgo del brazalete de oro de La Torrecilla (fig. 4.89), que como vimos

El segundo símbolo de legitimación rastreable a partir del registro es la asociación de algunas de las tumbas de finales del siglo VI a.C. a objetos que podrían ser indicativos de rango en periodos anteriores, como las piezas con pintura postcocción en yacimientos como Las Madrigueras. Aunque esta interpretación es más discutible, lo cierto es que es bastante plausible en unos momentos en los que las diferencias son aún muy leves y el peso de la autoridad, del poder y del prestigio aún descansa en gran medida en el grupo y en los valores de igualdad entre sus miembros. La utilización de este tipo de objetos sería una reivindicación de un tiempo pasado más igualitario, pero que no puede obviar que las tumbas en que aparece son especialmente ricas. De nuevo, esta vinculación podría ser una estrategia para relajar las tensiones sociales dentro del grupo a la vez que se trata de consolidar una posición externa al mismo.

Otro tanto ocurre con la propia concepción del grupo familiar. Por supuesto, la ruptura de la percepción comunitaria del grupo comenzó a producirse a la vez que comenzó el proceso de domesticación de plantas y animales y la sociedad campesina. Pero es en este momento cuando se explicita por primera vez la separación de los grupos en unidades familiares, las diferencias entre ellas y su manipulación dentro de los procesos de consolidación de las desigualdades sociales: la aparición de asociaciones de tumbas y, sobre todo, la presencia de tumbas infantiles con ajuares ricos como las detectadas en Arroyo Culebro D o Las Madrigueras evidencia la

consolidación del conflicto entre la idea de comunidad que todavía permea la sociedad y las cada vez más fuertes presiones ejercidas por los grupos e parentesco en que se va dividiendo la comunidad.

Las necrópolis de incineración de la Primera Edad del Hierro son, por tanto, el ámbito en el que mejor se plasman los cambios que han estado teniendo lugar dentro de los grupos que habitaron el valle medio del Tajo. Esto no es irrelevante, ya que dada la inexistencia de desigualdades económicas significativas la búsqueda de la diferencia debe plantearse en el ámbito simbólico, bajo la supuesta máscara de igualdad que muestran estas necrópolis. Éste es quizá el aspecto más interesante, ya que lo que nos muestran es el comienzo de procesos tan conocidos como la consolidación de los grupos de parentesco y la aparición del rango adscrito, la manipulación de la riqueza para ascender socialmente y los límites de estos intentos. En este sentido, es necesario recordar que el mundo funerario no tiene por qué corresponder con la realidad. A menudo es simplemente un reflejo de las expectativas y percepciones que un grupo tiene sobre sí mismo. Para comprender el alcance de esas expectativas, es necesario saber hasta qué punto el mundo que nos muestran los muertos tiene su equivalencia al otro lado del espejo.

4.2.6. Conclusiones: la sociedad del valle medio del Tajo durante la Primera Edad del Hierro

A lo largo de los diferentes apartados de este capítulo hemos analizado algunos de los principales ámbitos de la existencia de las comunidades que habitaron el valle medio del Tajo durante la Primera Edad del Hierro. El análisis de cada uno de ellos ha ofrecido una pauta común: la aparición de cambios significativos durante el siglo VI a.C. Estos cambios incluyen evidencias de crecimiento demográfico, intensificación de la producción, aumento de la complejidad de los asentamientos y de la presencia de objetos de metal, cambios en la cultura material con mayor influencia del Mediterráneo y aparición del fenómeno de las necrópolis de incineración.

La convergencia de estos procesos apunta a una fuerte remodelación de los parámetros en que se desarrollaron los primeros momentos de la Edad del Hierro y a una transformación que debió afectar seriamente a la estructura social de estos grupos hasta el punto de modificar sus concepciones religiosas, probablemente el ámbito más conservador de cualquier sociedad. Este apartado va a tratar de realizar una aproximación a la estructura social de las comunidades que habitaron el valle medio del Tajo, a sus mecanismos de gestión interna e intergrupar y a los procesos de cambio que sufrieron. Para ello como es lógico vamos a utilizar la metodología que desarrollamos en el capítulo 3. A lo largo de este capítulo hemos expuesto el conjunto de la información disponible para contextualizar arqueológicamente nuestro estudio, y ahora vamos recapitular esa información y evaluarla desde el punto de vista de las estructuras sociales que pudieron dar lugar a ese tipo de registro, de los mecanismos de control y poder disponibles (al menos, potencialmente) y de los criterios en que se expresa el prestigio social, la riqueza o el rango.

4.2.6.1. Los comienzos de la Edad del Hierro

Al comienzo de este capítulo hacíamos referencia al importante cambio que suponía la sedentarización de una sociedad y las consecuencias que tenía sobre su manera de percibir el mundo que la rodeaba, los recursos que extraía o sus relaciones con los grupos cercanos. También hemos comentado en varios momentos la relación recurrente entre sedentarización, agricultura e intensificación de la producción como mecanismos *sine qua non* la aparición de desigualdades sociales es poco probable que ocurra. La clave para ello es, como defendimos en el capítulo dedicado a la reflexión acerca de las variables que influyen en la organización social de los seres humanos, la posibilidad de incrementar la producción para destinar parte de ella a actividades no relacionadas con la estricta subsistencia.

En el inicio de la Edad del Hierro, estos tres factores se encuentran por primera vez presentes (al menos, potencialmente) en el valle medio del Tajo. A ellos se unieron unas condiciones climáticas favorables, con situaciones de mayor pluviosidad y humedad. El matiz de la potencialidad es clave en cualquier análisis para el surgimiento de procesos de intensificación de la producción y acumulación de excedentes, ya que en caso contrario se introduce un componente evolucionista que hemos rechazado desde el comienzo de nuestro trabajo y que en el caso de nuestro estudio no se confirma. Que exista una situación favorable para el desarrollo de procesos de creciente complejidad económica no implica necesariamente que éstos se produzcan inevitablemente. En nuestra opinión, son las circunstancias internas de una sociedad las que incentivan o desechan determinadas estrategias en función de su situación económica, social o política concreta, haciendo uso – o no – de los recursos potenciales de que disponen.

Y por los datos de que disponemos y que hemos expuesto en anteriores apartados, la sociedad de los comienzos de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo no aplicó estrategias de intensificación de la producción que condujesen a la aparición de excedentes. Como defendimos al analizar la base económica de estos grupos que sin duda pueden considerarse como sedentarios, la conclusión a la que se llega es a la de comunidades campesinas autosuficientes pero con una economía de estricta subsistencia. Las evidencias de almacenamiento son débiles y de orden familiar, la presencia de especies cultivadas muy modesta, la gestión de las cabañas ganaderas indica un gran cuidado en el rentabilización de los animales, cuyas especies son además seleccionadas por su menor dependencia de cuidados humanos y los intercambios económicos se limitan a materias primas de primera necesidad y, de forma mucho más esporádica, a objetos manufacturados o minerales de metal. Incluso la industria lítica obedece a cadenas de trabajo poco desarrolladas.

¿Por qué en este contexto favorable no se produjo el comienzo de un proceso que parece el desencadenante lógico de este tipo de situaciones? La respuesta es compleja, pero puede apoyarse en explicaciones de tipo económico, social e incluso cognitivo. En cuanto a las primeras, hay que aludir a la densidad de población de la región que sin duda debió ser muy baja a tenor de las características del poblamiento a finales de Cogotas I y que no haría necesario modificar las pautas de trabajo de la tierra para mantener una población creciente, tan sólo su expansión a áreas menos pobladas, como confirma el análisis del poblamiento en la región.

Asimismo, la carencia de metales ponía trabas a las mejoras en el utillaje agrícola que permitirían un aumento de la población.

Pero es que, además, la intensificación dentro de las economías campesinas preindustriales sólo se produce como resultado de los intentos de mitigar las posibles etapas de carestía y como mecanismo psicológico para amortiguar la incertidumbre. No hay, y es necesario recalcarlo, concepción de beneficio y lucro económico en la actividad agropecuaria preindustrial, y cualquier excedente obtenido es, en principio, resultado de un cálculo sobredimensionado de las necesidades de producción o de unas condiciones climáticas mejores de las previstas. Esto no quiere decir que los campesinos de sociedades preindustriales no conozcan y valoren conceptos como la riqueza, el interés o la inversión, ni que no se puedan producir acumulaciones coyunturales de riqueza, pero en principio, la tendencia de las comunidades campesinas se inclina hacia el autoabastecimiento y una vez alcanzado el nivel de subsistencia, cualquier intento de aumentar la producción es generalmente descartado no sólo por irracional, sino a veces por peligroso ya que rompe la ética igualitaria que las conforma. Dejando de lado los excedentes dedicados a compensar posibles problemas y la reserva para la siguiente siembra, la intensificación de la producción, cuando se produce, obedece a menudo a exigencias externas a las comunidades – tributos, crisis o necesidades muy concretas.

Finalmente, es probable que en los primeros momentos de la Edad del Hierro aún se conservara una cierta percepción de la Tierra como ente vivo y sagrado que provee de recursos pero que no es una propiedad que pueda ser controlada, explotada o poseída. Una de los cambios más importantes que se producen con la sedentarización es precisamente éste, la modificación de la relación con el medio. Ya hemos defendido en la introducción al capítulo cómo la movilidad, aun limitada como era en los grupos de Cogotas I, implica una determinada visión del espacio y de la relación con la tierra. Si aceptamos que la esfera ideológica e identitaria es una de las más refractarias al cambio, es muy probable que en los comienzos de la Edad del Hierro aún no se hubiera modificado esa percepción de la realidad que rodeaba a estas comunidades propia de momentos anteriores, y que ejerciera como regulador inconsciente de las relaciones en unos grupos que ya eran sedentarios a todos los efectos pero que aún no habían interiorizado el cambio. En este sentido, nos parece clave la ausencia de necrópolis en estos momentos en el valle medio del Tajo, lo que indica, en primer lugar, que los cambios en la realidad de estas poblaciones aún no se habían explicitado en su vertiente religiosa; y en segundo lugar, que aún no se había ejecutado una reclamación *oficial* (a través de la presencia de los antepasados) de una tierra en que sin embargo llevaba ocupada de forma permanente más de 100 años. En nuestra opinión, muchos de los comportamientos que se intuyen a partir del registro arqueológico anteriores al siglo VII a.C. indican la pervivencia de una racionalidad más cercana a los grupos de Cogotas I que a las supuestas poblaciones campesinas en las que se incluye generalmente a estos grupos.

Asumiendo algunas o una combinación de estas explicaciones, lo cierto es que como hemos dicho la opción de estos grupos fue el mantenimiento de estrategias de subsistencia poco complejas centradas en el autoabastecimiento. Esta ausencia de producción de excedentes debería tener, al menos en teoría, dos consecuencias inmediatas sobre el grupo. La primera sería la ausencia de especialistas a tiempo completo cuya actividad sea compensada por un

incremento de la producción del resto del grupo. La segunda correspondería a la carencia de objetos suntuarios susceptibles de ser adquiridos a través de los excedentes. Ambas situaciones se dan en nuestra zona. En el caso de los especialistas, las evidencias disponibles nos hablan de producciones muy limitadas, con una significativa continuidad con las tradiciones del Bronce Final en el caso de los metales (a lo que se unen las dificultades para obtener materia prima debido a la lejanía de las fuentes de abastecimiento y a los escasos recursos disponibles) y a una producción de tipo local en el caso de la cerámica, como parecen indicar los análisis de pastas cerámicas del Cerro de San Antonio. Es significativo que la cerámica sea la artesanía que alcanza mayor grado de perfección, ya que es la única que aparece de manera abundante y con buena calidad en el territorio, lo que facilitaría el proceso de captación de la materia prima, de producción e incluso aprendizaje de las técnicas necesarias.

Respecto del segundo punto, ya hemos remarcado la escasez de objetos de metal y de piezas manufacturadas foráneas en estos momentos de la Edad del Hierro. Esta ausencia no obedece tanto a la falta de demanda de este tipo de objetos como a la escasez de recursos con qué adquirirlos. En nuestra opinión la región no fue en estos primeros momentos de la Edad del Hierro un lugar propicio para los intercambios de objetos considerados de prestigio por tres razones: ausencia de recursos por parte de las poblaciones locales para adquirirlos, de estructuras sociales que demandaran este tipo de objetos de manera constante y de redes de intercambios establecidas y mantenidas por esta demanda. Como ya hemos expuesto al analizar la cultura material de este momento, los objetos que podrían ser asociados al concepto de prestigio son muy pocos, dispersos y repartidos a lo largo de un siglo.

Con esto no queremos decir que no se valoraran determinados objetos por su escasez, manufactura o simbolismo. Parece evidente que existía una demanda de este tipo de objetos a comienzos de la Primera Edad del Hierro, supuestamente por el prestigio que acarrea la posesión de piezas exóticas a las que otros miembros no tiene acceso y que constituye universalmente uno de los posibles indicadores de existencia de rangos de prestigio en una sociedad. Es en este aspecto en el que tenemos que analizar con más detalle el papel jugado por los objetos denominados de prestigio en la sociedad del valle medio del Tajo en los comienzos de la Edad del Hierro.

Ya hablamos en el capítulo dedicado a la organización social que la presencia de un objeto considerado “excepcional” no tiene por qué marcar necesariamente la existencia de una élite, ni siquiera de estatus. Puede ser indicador simplemente de riqueza. Aunque relacionados a menudo, riqueza y prestigio no tienen por qué ir inexorablemente unidos: el segundo puede provenir de la habilidad personal o de objetos fabricados con materiales poco valiosos pero imbuidos de propiedades especiales, y la primera puede ser debida a situaciones excepcionales y limitadas en el tiempo, no consolidadas. A estos dos conceptos se añadió el de rango, como indicador de la posición de una persona dentro de su sociedad. Como en el caso anterior, rango, riqueza y prestigio no tienen por qué ir siempre unidos: se puede tener un rango alto pero poco prestigio social (por ejemplo, un niño de familia rica), y el rango tampoco tiene por qué ir asociado al uso de objetos caros. Lo que sí es cierto es que riqueza y prestigio ayudan a construir y consolidar posiciones de rango alto, y por tanto es interesante analizar la contextualización de

los objetos susceptibles de ser utilizados en ese proceso para tratar de determinar cuál fue su papel.

Y en este sentido, la escasez de objetos de este tipo en el valle medio del Tajo a comienzos de la Edad del Hierro evidencia en nuestra opinión varias realidades. La primera es evidente: la presencia de una cierta riqueza – muy limitada y coyuntural, eso sí - susceptible de ser utilizada en bienes suntuarios de importación. Debemos suponer que la adquisición de estos bienes conllevaba cierto prestigio social, puesto que por su origen debían ser caros y no se realizaría una inversión de este tipo sin obtener cierto beneficio – en este caso, social – a cambio. Sin embargo, ¿son indicativos de la presencia de unas élites dentro de estos grupos? Nuestra respuesta en este caso es negativa. Para que un objeto sirva como indicador de rango debe estar, en primer lugar, lo suficientemente difundido y conocido para que el resto de la población lo reconozca y lo asocie a una posición determinada. En segundo lugar, debe estar lo suficientemente restringido como para que sólo algunas personas – las que poseen ese determinado rango – accedan a él. En el caso de los objetos de importación detectados en el valle medio del Tajo se cumple la segunda condición, pero no la primera. Las piezas documentadas son demasiado variadas, demasiado diferentes para que puedan ser identificados como un tipo de objeto asociado a un determinado rango. La estandarización, una de las principales evidencias de presencia de objetos asociados al rango, está ausente en este tipo de piezas. En nuestra opinión, los objetos de metal y las piezas orientalizantes nos hablan de episodios de diferencias económicas coyunturales, y desde luego del conocimiento que los habitantes de valle medio del Tajo tenían de cómo utilizar la cultura material para ganar prestigio dentro del grupo, pero nos dicen poco acerca de la existencia de desigualdades sociales consolidadas dentro de sus comunidades.

En este sentido, hay otro tipo de objetos que sí podrían estar hablándonos de rango, como por ejemplo las piezas cerámicas de excelente calidad que constituyen los materiales más reconocibles de la cultura material de este momento. La existencia de unas piezas planificadas para el uso individualizado como los cuencos carenados, que están presentes de manera recurrente pero de forma minoritaria en todos los yacimientos sí cumplirían los requisitos asociados a objetos indicadores de rango social: restricción (ya que parece evidente que no todo el grupo tenía acceso a estas piezas) y a la vez presencia lo suficientemente sistemática como para que fueran reconocidas por el grupo y relacionadas con una posición social. En un contexto de subsistencia como el planteado para este periodo, parece mucho más lógico que los indicadores de rango correspondieran a objetos fabricados dentro de los parámetros locales antes que a objetos muy escasos y sobre cuya adquisición no existe ningún control. Otro tanto podría decirse de las piezas decoradas con pintura postcocción, y en este sentido cabe recordar que todas las representaciones antropomorfas documentadas para la Primera Edad del Hierro corresponden a este periodo, y que muchas de ellas están realizadas sobre este tipo de piezas.

Es necesario aclarar que la existencia de rango no incluye necesariamente desigualdades sociales ni mucho menos acceso diferencial a los recursos. El rango social puede estar relacionado con la experiencia, el sexo, la edad o la capacitación personal, y puede ser adquirido o adscrito. Analizando las características económicas de la zona a finales del siglo VIII a.C. y durante el siglo VII a.C. parece imposible, cuando apenas se supera la economía de subsistencia, que pueda

haber apropiación de excedentes o acceso diferencial a los recursos. Tampoco se detectan ni acumulaciones de riqueza ni diferencias sustanciales entre edificios, unidades domésticas o cualquier otro ámbito de la vida que nos indiquen que una parte del grupo tiene un estilo de vida privilegiado sobre el resto. Por desgracia carecemos de información sobre el mundo funerario, un ámbito que normalmente se presta a la exhibición de desigualdades sociales en caso de existir, pero la ausencia de enterramientos parece apoyar más bien la idea de una sociedad con desigualdades no consolidadas y la ausencia de rangos adscritos. Es verdad que a veces, los enterramientos de las élites pueden ser muy modestos, pero esta situación es debida a una consolidación tan fuerte del poder de esas élites que no necesitan remarcar su posición, situación imposible de defender en nuestro caso donde además se desconoce la forma de enterramiento de la totalidad de la población.

Desde otros puntos de vista, el registro arqueológico apunta también hacia esa falta de jerarquización y predominio del carácter igualitario de estos grupos: el tipo de poblamiento disperso, la escasa complejidad de las estructuras de habitación o la ya citada ausencia de especialistas. Las cabañas de Las Camas o en menor medida las de la Dehesa de Ahín son en ese sentido una expresión muy clara de una concepción comunitaria del espacio que puede asociarse a una percepción igualitaria de la sociedad.

Si recordamos el capítulo que dedicamos a la metodología de análisis de la organización social, podemos apreciar que, en líneas generales, las características del registro arqueológico documentado para los comienzos de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo corresponden casi punto por punto con la definición de una sociedad igualitaria en la que comienzan a aparecer desigualdades sociales (fig. 3.1). Las principales características de este modelo ideal eran (Hayden, B. 1995: 22-33):

- Sociedades cazadoras – recolectoras complejas, horticultoras o en progresiva sedentarización y consolidación de la agricultura.
- Localización con una – relativa – abundancia de recursos, o al menos con la posibilidad de aumentar la producción si se desea.
- Densidades todavía bajas de población.
- Comunidades pequeñas, asentamientos sin ningún tipo de jerarquización
- Animales y plantas domésticos (no es imprescindible).
- Desigualdades sociales muy escasas, basadas en diferencias de riqueza incipientes, rango adquirido y el estatus derivado de factores como el sexo, la edad o la actividad
- Posibilidades de manipulación del grupo limitadas a la creación de pequeños excedentes o a la gestión de conflictos.
- Registro funerario muy igualitario, con diferencias en ajuares y tumbas muy limitadas y que hacen referencia a sexo, edad y probablemente actividad.
- Presencia de objetos exóticos muy escasa, debida a pequeñas variaciones en la riqueza o en las redes de contactos, ya que en estos momentos no se habría desarrollado un sistema restringido de acceso a determinados objetos. La variabilidad en los ajuares sería por tanto debida a situaciones circunstanciales, y los objetos de especial calidad tendrían una aparición excepcional.

- Presencia muy marcada de conflicto con otros grupos, que debería reflejarse en los asentamientos, los ajueres y las evidencias osteológicas.
- Construcciones con tendencia a igualdad en tamaño, calidad de los materiales utilizados para la construcción, grado de decoración y acabado. También tienden a ser iguales en el tipo de funciones que acogen, ya que cada unidad familiar debe ser autosuficiente para asegurarse su subsistencia. Tampoco existen edificios dedicados a funciones no residenciales.
- Evidencias de almacenamiento de excedentes escasas, correspondiendo a medidas de prevención ante posibles momentos de incertidumbre climática o como reserva para la siembra del año siguiente (en caso de que exista actividad agrícola).
- Inexistencia de especialistas a tiempo completo.
- Inexistencia de diferencias significativas en el acceso y posesión de animales de tiro, herramientas de trabajo, etc. que puedan traducirse en posiciones socioeconómicas alejadas entre sí.
- Registro arqueológico muy uniforme tanto en su variedad como en su cantidad. Como en los enterramientos, en estos casos la aparición de piezas de mayor calidad o escasez, o la mayor cantidad de objetos no tiene por qué venir asociada a diferencias sociales, sino a episodios concretos de mayor riqueza familiar.
- En el caso de que un objeto concreto pueda constituir un marcador de estatus, es probable que el objeto tenga un componente no utilitario en algún sentido (objeto de adorno, objeto utilitario pero con mucha decoración, etc.), esté realizado en algún material especial o que constituya una versión más pequeña de un objeto utilitario.

Salvando las diferencias lógicas entre un modelo ideal y planteado desde datos antropológicos como el de Hayden y el problemático registro con que contamos para estos momentos iniciales de la Edad del Hierro, la coherencia entre datos arqueológicos y propuesta teórica es lo suficientemente fuerte como para que consideremos que este modelo pudo ser el que caracterizara a las comunidades del valle medio del Tajo, que en este momento constituirían un tipo de sociedad todavía muy igualitaria, poco compleja y muy homogénea en su cultura material. Las diferencias sociales en este momento deberían calificarse de episódicas, bien desarrolladas a partir de momentos coyunturales de excedentes, bien como resultado de un rango adquirido basado principalmente en las capacidades personales y habilidad para gestionar los conflictos con otros grupos.

Por supuesto, hay algunos puntos del modelo de Hayden que no se documentan en nuestro registro arqueológico. El primero de ellos es el relativo al mundo funerario, aunque en este caso al carecer de registro no podemos comprobar hasta qué punto se ajusta al modelo por él planteado. La segunda objeción es de mayor calado y corresponde al importante papel que Hayden otorga al conflicto armado con otros grupos como mecanismo de manipulación por parte de individuos que desean aumentar su poder. No hay tales evidencias de conflicto en el registro arqueológico de la Primera Edad del hierro en nuestra zona, ni en los asentamientos que se encuentran dispersos por el territorio sin ningún tipo de protección, ni en la presencia de armas o enterramientos de guerreros, entre otras posibles evidencias. Esta ausencia de conflicto podría ser debida en nuestra opinión a la existencia, en estos primeros estadios del proceso, de una fuerte ética igualitaria en los grupos que contrarrestase los intentos de manipulación de

estos individuos. Por otra parte, la carencia de recursos estratégicos del valle medio del Tajo debió pesar a favor de relaciones pacíficas con los grupos que permitieran el aprovisionamiento de materias primas. Finalmente, la escasa demografía debió favorecer respuestas no violentas, como la escisión de desplazamiento de las comunidades, a los problemas derivados de la posible competición entre grupos por los recursos.

En definitiva, lo que podemos apreciar en el horizonte que nos marcan yacimientos como Cerro de San Antonio, Las Camas o las primeras fases de Dehesa de Ahín es un ejemplo de una sociedad esencialmente igualitaria y poco compleja, en la que las desigualdades son muy escasas, coyunturales y en ningún caso asociadas al control de recursos. Por supuesto, existen diferencias de estatus pero éstas se marcan en aspectos como la edad o el sexo, y siempre se trata de estatus adquirido. En este sentido y como hemos dicho, los cuencos carenados con o sin pintura postcocción podrían ser una expresión arqueológica de este estatus. Puesto que este tipo de objetos se encuentran ampliamente representados – aunque de manera restringida – en los asentamientos, no parece que pertenecieran tanto a una élite como a un determinado grupo dentro de la población – hombres adultos, por ejemplo – algo que es coherente con los modelos antropológicos en que se apoyaba Hayden. La homogeneidad de la cultura material nos habla de una sociedad con escasas tensiones internas, centrada en núcleos familiares poco complejos en los que las coordenadas sociales se establecen en torno al sexo, edad y capacitación personal. La existencia de un conjunto de personas con un rango superior – adquirido – representadas en todos los asentamientos indica una cierta organización por encima del simple asentamiento, en la que los portadores de dicho rango se reconocerían como pertenecientes a un mismo grupo, sin que ello constituya una evidencia de jerarquización. En muchos aspectos, nuestro caso de estudio se asemeja más al de una sociedad de tipo segmentario – las clásicas tribus de los modelos evolucionistas – que a las jefaturas en las que supuestamente debería incluirse.

No obstante, que la sociedad de comienzos de la Edad del Hierro tuviese escasos elementos que apunten a desigualdades sociales no significa que no hubiese tensiones internas ni tendencias rupturistas. Ya hemos visto que según el modelo de Hayden estas tendencias se plasmaban bien en la aparición de objetos exóticos aislados que corresponden a creación coyuntural de excedentes, bien a rangos adquiridos en la gestión de problemas internos. En nuestro caso tan sólo detectamos estas tendencias en la presencia de objetos exóticos y – si se acepta la interpretación propuesta – en los objetos que marcan el rango adquirido. Estas evidencias apuntan a la existencia de situaciones de tensión interna y al conocimiento de las estrategias necesarias para obtener prestigio y estatus sobre el resto de la comunidad. En estos momentos esos mecanismos aparecen de manera muy incipiente, casi latente, pero a la vista de los cambios que se producen a partir del siglo VI a.C. parece que las reglas para el ascenso social estaban muy claras desde mucho antes y llevaban tiempo desarrollándose bajo la apariencia de una sociedad casi igualitaria.

4.2.6.2. Las tensiones se explicitan

Como ya hemos dicho en la introducción de este apartado, el siglo VI a.C. contempla el surgimiento de cambios notables en casi todos los niveles del registro arqueológico, de los cuales el más llamativo es sin duda la aparición de las necrópolis de incineración. Estos cambios muestran las primeras evidencias claras del comienzo de tres procesos clave: intensificación de la producción y de la actividad económica, cambios definitivos en la percepción de la tierra y de la sociedad y comienzo de tensiones internas que apuntan a una lucha por el ascenso social de parte del grupo respecto al resto. Aunque la escala a la que se desarrollan es aún muy limitada, sientan las bases de un proceso que va a desembocar en una competición cada vez más acusada entre individuos, familias y grupos y que con el tiempo va a transformar significativamente el mundo en el que se desenvuelven estas comunidades.

En primer lugar, la intensificación de la producción agraria supone un cambio importante no sólo económica sino también conceptualmente. Supone romper una norma intrínseca a las sociedades campesinas y cambiar el modelo anterior, así que esta intensificación debe tener una explicación que la haga lo suficientemente atractiva como para ser afrontada y asimilada. Esta explicación podría ser la necesidad de hacer frente al crecimiento demográfico que se observa en la región en estos momentos, aunque en estos casos siempre hay dudas acerca de qué se produjo antes: ¿fue el crecimiento demográfico el que forzó a una intensificación de la producción, o la intensificación de la producción permitió el crecimiento demográfico? En nuestra opinión, ambas situaciones se retroalimentaron, y los excedentes inicialmente obtenidos como medio de prevenir carestías permitieron crecer a la población e invertir en mejoras que facilitarían el trabajo de los campos (en este sentido, es significativo el ya citado aumento de bóvidos) y que, a su vez, permitieron incrementar la producción aún más. Esta situación fue acompañada además de un contexto climático favorable, que permitió tanto la aparición de excedentes de manera más regular como la alimentación de mayor número de animales como los bueyes, que necesitan de pastos frescos para su correcta alimentación.

Queda por valorar el papel social de esta intensificación: esto es, hasta qué punto algunos individuos potenciaron el proceso de manera consciente para obtener beneficios susceptibles de ser invertidos en objetos exóticos o en mejoras destinadas a aumentar de nuevo la producción. Con los datos disponibles es difícil saberlo, pero el creciente número de objetos exóticos y de otros elementos asociados a funciones no estrictamente productivas (como los caballos, cuyo número también aumenta en estos momentos) apunta en esa dirección, tanto más cuando en estos momentos existen evidencias de que estos objetos comienzan a ser activamente manipulados (en las necrópolis, por ejemplo) para obtener posiciones de preeminencia social.

Desde otra perspectiva, la aparición de cada vez más piezas alóctonas nos habla, del progresivo establecimiento de redes de intercambio en la región, que ahora son posibles porque existe una demanda y unos excedentes con que afrontar el pago. Estas redes de comercio se aprecian, en las materias primas (especialmente metales), en los objetos manufacturados de procedencia mediterránea y en la marcada tendencia a la emulación de objetos procedentes de esa región, tanto piezas orientalizantes como cerámicas de engobe rojo. Todos estos datos apuntan a una situación en la que el aumento de recursos disponibles está empleándose – al menos, en parte –

en la adquisición de objetos que sirven para marcar el prestigio familiar y personal, y también a la ruptura de la homogeneidad que caracterizaba a la sociedad de los momentos anteriores.

Esta ruptura se observa también en los asentamientos. No sólo comienzan a aparecer núcleos de población grandes situados en las zonas más favorables frente a otros más pequeños situados en zonas secundarias, sino que la estructura interna de los asentamientos comienza a cambiar, haciéndose cada vez más complejos, con más divisiones no sólo internas sino con otras que limitan el espacio interior y el exterior. Estas divisiones tienen en algunos casos carácter funcional, delimitando áreas de actividad, pero nos hablan indirectamente de una mayor complejidad y, sobre todo, de cambios en la percepción de la vida comunitaria y familiar, que ahora tiene espacios más delimitados. Esta división del espacio, en definitiva, nos está hablando de un mundo progresivamente más restringido, en el que no toda la comunidad puede acceder a según qué sitios y en el que parece que el grupo familiar comienza a adquirir una mayor presencia como organizador de la sociedad. Una comparación entre los edificios de Las Camas y de El Colegio ejemplifica muy bien esta transformación. Asimismo, la aparición en un momento avanzado del periodo de las primeras construcciones en materiales no perecederos apunta también a la ruptura de esa uniformidad, y en este sentido asentamientos como Puente Largo del Jarama, que aúna un tipo de estructura en piedra con la presencia de varios objetos de influencia orientalizante, podría ser considerado como un ejemplo de estos procesos en los que determinados individuos o familias comienzan a perseguir su separación del resto de la comunidad utilizando como expresión de esa diferencia la cultura material - sean edificios u objetos.

Puede alegarse que los cambios expuestos arriba tienen un alcance arqueológico muy limitado, que realmente las diferencias corresponden a pocos yacimientos y que otros elementos marcan continuidad durante toda la Primera Edad del Hierro. En parte es cierto, pero hay que tener en cuenta que estos cambios lo que marcan es la aparición de formas diferentes de percibir la realidad, la sociedad o los recursos en estos grupos. Ningún cambio de este calibre es inmediato ni ocurre a la vez en todos los ámbitos de la vida, y lo que apreciamos a mediados del siglo VI a.C. es el comienzo de una transformación social que va a pasar por diferentes estadios y que, en realidad, no va a consolidarse hasta entrado el siglo III a.C. Esta mezcla e indeterminación (diferentes conceptos de edificios, de materiales, de técnicas constructivas) en el fondo nos está hablando de una sociedad que ha iniciado un proceso de cambio pero aún no ha conseguido definir los parámetros materiales en los que reconocerse.

Y es que los datos de que disponemos apuntan a un todavía fuerte *ethos* igualitario visible en la escasa entidad de las manifestaciones de creciente complejidad en las poblaciones del valle medio del Tajo a lo largo de la Primera Edad del Hierro y, sobre todo, en la ausencia de indicadores que apunten a un control diferencial sobre los recursos. La única excepción es el registro funerario, lo que ha sido interpretado como una muestra del punto concreto donde se encontraban estos grupos: tratando de afirmar simbólicamente sus posiciones y buscando consolidar bases de poder como la adscripción a un determinado grupo familiar o la aceptación del rango adscrito por parte del resto de la comunidad. Esta tensión, como hemos dicho, se plasma en un mundo con fuerte carga simbólica, pero lo hace de manera sutil y poco agresiva, como si aún no existiera suficiente control como para explicitar las diferencias. Las tumbas ricas

son, por tanto, estructuralmente iguales a las del resto de la población y los ajuares, aunque ricos – “desaparecen” una vez amortizados y por tanto no tensan de manera permanente y explícita las relaciones dentro del grupo. Y es que el que las diferencias se plasmen únicamente en el mundo simbólico indirectamente nos indica que en otros ámbitos estas diferencias no eran tan grandes y que su expresión no era posible (porque eran mínimas) o tolerada (porque el poder del grupo frente al individuo era aún un contrapeso suficiente). Todos los indicios apuntan a una combinación de ambas situaciones, y en este sentido contamos con algunas pistas que pueden hablarnos de los mecanismos de respuesta – de resistencia – ante las posiciones de poder dentro del grupo.

Uno de ellos es la ya citada similitud de los enterramientos. Un segundo ejemplo vendría dado por la relativa amplia distribución de objetos ricos dentro de la sociedad. En Arroyo Culebro D el 51,85% de las tumbas contiene objetos de metal, y en Arroyo Butarque el porcentaje sube al 54,54%. Aunque el porcentaje baja al 25% en Las Madrigueras. En cualquier caso, los datos no parecen hablar de una fuerte restricción de los objetos metálicos en la sociedad o, visto desde otro punto de vista, nos hablan de la incapacidad de los aspirantes a élites de controlar la distribución de objetos de este tipo. Como vimos al plantear las variables asociadas a la resistencia frente a las desigualdades sociales, la emulación es un poderoso mecanismo para bloquear el uso de objetos exóticos como estrategia para consolidar el prestigio social. La presencia de tantos objetos de metal tendría una segunda lectura, y es que, dado que el control sobre estos objetos no es absoluto, existen diferentes familias que compiten por adquirir y utilizar su riqueza para afianzar su posición social. Otro tanto podrá decirse del conjunto de piezas asociadas al fenómeno orientalizador, donde la mayoría corresponden a copias de diseños antes que a piezas originales como en el caso de los diseños en forma de flores de loto. Y el aumento de cerámicas de engobe rojo también nos habla de una relativa facilidad por parte del conjunto de la sociedad para acceder a objetos exóticos, si no originales, sí copias que en un contexto como el del valle medio del Tajo, caracterizado por la escasez de objetos suntuarios, debieron ser igualmente valoradas.

De manera paralela, en el ámbito cotidiano la desaparición progresiva de las cerámicas decoradas y postcocción características de momentos anteriores tiene también un significado muy claro: ya que estas figuras representaban un tipo de rango no adscrito, más cercano a los conceptos igualitarios del mundo del Bronce Final, y poco adecuadas para las nuevas estrategias de competición social. Algunas de ellas, especialmente las cerámicas decoradas con pintura postcocción, mantendrán un cierto valor simbólico y seguirán estando presentes en pequeñas cantidades en los asentamientos y en las necrópolis. Es muy significativa la desaparición casi absoluta de los cuencos carenados con decoración incisa, verdadero “fósil director” de los momentos más antiguos de la Primera Edad del Hierro. En nuestra opinión, su valor en los momentos anteriores como vajilla individual de cierto rango, tal y como sugerimos, quedaría en estos momentos superado tanto en el aspecto simbólico como en su valor económico. En el primer aspecto, su importancia como indicador de un prestigio basado en la edad, el sexo o el rango adquirido y centrado en una asociación intergrupal quedaría desfasada frente a las nuevas pautas de expresión del rango, basadas en la riqueza y en los grupos familiares. Desde la segunda perspectiva, los cuencos carenados, aunque de excelente calidad, son productos locales y por tanto extremadamente fáciles de copiar. Una vez desaparecida la restricción que los

asociaba a un determinado rango social debido al triunfo de otros criterios como el exotismo de las piezas, estas piezas perderían rápidamente su valor. Es significativo comprobar cómo técnicamente las piezas de finales del siglo VI a.C. presentan una calidad muy similar a la del periodo anterior, pero sin ningún tipo de decoración y sin la estandarización anterior. Es decir, la desaparición de este tipo de objetos no se debe a una regresión tecnológica, sino a una pérdida de significado de estos objetos dentro de la cultura.

Asimismo, es interesante recordar que la cultura material de los primeros momentos de la Primera Edad del Hierro presentaba un grado mayor de estandarización mucho mayor que el documentado para momentos posteriores, algo bastante lógico en nuestra opinión ya que los criterios para marcar el rango social, obtener prestigio y ejercer autoridad eran básicamente los mismos que en etapas anteriores, estaban bien definidos – independientemente de los mecanismos concretos utilizados – y representados por una cultura material estandarizada. Por el contrario, los cambios en la forma de expresar el prestigio que se observan en los momentos posteriores apuntan a unas normas sociales no tan claras, en las que el rango social anterior debió seguir pesando pero otros elementos nuevos se entremezclan en la una nueva concepción del ascenso social.

Una conclusión interesante de esta situación es que el combate de los comportamientos disruptores de la igualdad social no se planteó desde una perspectiva de la represión de esos comportamientos para volver al nivel de base igualitario, sino que se enfocó como una competición en la que cada unidad familiar trataba de igualar o al menos aproximarse a la riqueza de las familias o individuos más ricos. Se crea así una dinámica de competición, una especie de huida hacia adelante que va a hacerse más explícita en siglos posteriores y que va a abrir progresivamente una brecha entre aquellos grupos que pueden mantenerse en esta carrera y aquellos que no.

La pregunta que se nos plantea es: ¿por qué este camino, el de la competición, en vez del camino lógico que hubiera sido la represión de las actitudes individualistas detectadas? Desde una perspectiva evolucionista esta pregunta no tiene sentido: éste es el camino lógico para el desarrollo de cualquier sociedad, y la aparición de desigualdades que progresivamente se van consolidando es el resultado final (y deseable) para la inmensa mayoría de sociedades humanas. Incluso desde posturas menos explícitas, este tipo de situaciones son las esperables para las sociedades protohistóricas para las que recurrentemente se asume un grado de desigualdad bastante consolidado.

En nuestra opinión este hecho no es tan claro, y el proceso observado durante el siglo VI a.C. en el valle medio del Tajo obedece a las condiciones específicas en las que se desarrolló la etapa anterior antes que a tendencias generales. En algunos aspectos, parece confirmar la postura de B. Hayden cuando defendía que es en presencia de recursos abundantes o sin excesiva presión sobre los mismos cuando es más probable que se produzca una relajación en el *ethos* comunitario y se permita cierto grado de acumulación (Hayden, B. 1995: 21-25). La combinación de condiciones climáticas favorables y baja demografía que se vincula al comienzo de la Primera Edad del Hierro en nuestra zona de estudio pudo crear unas condiciones en las que, recuperadas de los momentos de crisis, las comunidades de la zona comenzaron a crecer. Esta abundancia de

recursos – relativa, no olvidemos, dada las características de la zona de estudio – debió favorecer un tipo de actitud más permisiva hacia la expresión de riqueza, tanto más cuando gran parte de la población se vio incluida en esa creciente dinámica. No obstante, esa relajación tenía sus límites, relacionados con los ámbitos realmente importantes como el control económico autónomo de la producción que parece que nunca fue cuestionado.

El camino de adquisición de capital simbólico y su uso para afirmar desigualdades emprendido por los habitantes del valle medio del Tajo y la respuesta social dada – el inicio de una competición por el prestigio – parece haber tenido éxito a corto plazo, ya que no hay evidencias de que durante la Primera Edad del Hierro las diferencias observadas se consolidaran. Sin embargo, creó una situación potencialmente muy peligrosa. En primer lugar, esa respuesta supone en el fondo una apuesta por un modelo desigual de sociedad, ya que al final habrá algunas familias que puedan continuar con la competición hasta sus últimas consecuencias y otras no. Pero además hay que tener en cuenta que si la riqueza de algunos miembros del grupo sigue aumentando pero las estructuras sociales se mantienen igualitarias, llega un momento en el que, o bien se alcanza un máximo de riqueza (la obtenible por a través del propio trabajo y las habilidades personales) y se mantiene el sistema social igualitario, lo que inevitablemente devendrá en una nivelación de la riqueza una vez que este individuo fallezca, envejezca o pierda el favor del grupo; o se dan pasos para modificar las normas sociales igualitarias para continuar potenciando la creación de riqueza individual. Esto es lo que parece estar ocurriendo en nuestra zona durante el siglo VI a.C., y las tumbas infantiles con ajuares ricos muestran ese intento de subversión en una de las líneas rojas de cualquier sociedad igualitaria.

El proceso comenzado durante el siglo VI a.C. se limitó a una competición en los ámbitos más simbólicos de la sociedad, sin que afectara – al menos inicialmente – al núcleo duro de la estructura económica y social de estos grupos. Además, coincidió con un periodo favorable con escasa población y recursos si no abundantes, sí suficientes como para soportar esta situación. Sin embargo se abrió un camino de consecuencias imprevisibles, puesto que la estabilidad se mantendría mientras lo hicieran estos condicionantes. A comienzos del siglo V a.C. se observan algunas evidencias de que la excesiva competición en la exhibición de riqueza parece estar desbordando el contexto simbólico para trasladarse a la esfera económica. Ya hemos visto cómo la posición de algunos asentamientos en posiciones de control sobre zonas de recursos – detectados en la confluencia entre el Jarama y el Tajo y de un tipo desconocido – podría estar marcando cierta presión sobre los recursos. El crecimiento demográfico que se observa en este periodo debió afectar a la disponibilidad de los mismos y ejercer presión sobre las normas igualitarias a deterioradas por la permisividad anterior. Asimismo, la aparición de nuevos objetos exóticos – cuentas de pasta vítrea, cerámica a torno, los primeros objetos de hierro – debió constituir una vuelta de tuerca sobre el sistema de obtención de prestigio de estos grupos, estirando las distancias entre aquellos que podían mantener el nivel y aquellos que no.

En definitiva, el recorrido de la sociedad de la Primera Edad del Hierro parece haber sido el de una progresiva subversión de una sociedad que, pese a ser considerada como campesina y por tanto caracterizada por una reciprocidad negativa, conservaba muchos rasgos de igualitarismo. La sedentarización definitiva y la adopción del modo de vida campesino aceleraron los procesos de fragmentación de los grupos a favor de organizaciones de tipo familiar y de parentesco y

territorialidad, a la vez que puso las bases de una potencial intensificación agraria. Ésta no dejó de ser una posibilidad a lo largo del siglo VII y parte del VI a.C., pero a lo largo de este último se explicitan algunos cambios que habían empezado a fraguarse casi dos siglos antes. Es en este momento cuando comienza a apreciarse – aun tímidamente – una intensificación económica que hasta entonces tan sólo había sido plausible y se hace explícita una competición creciente entre grupos e individuos que será escenificada principalmente en el contexto funerario. La respuesta del conjunto de la sociedad, en un panorama relativamente favorable, parece haber mostrado una cierta ambigüedad: algunos de los datos del registro arqueológico muestran contención en la exhibición de riqueza, pero por otra parte es evidente que la sociedad de mediados del siglo VI a.C. tiene, en general, más recursos y los en bienes que impulsan su prestigio. A comienzos del siglo V a.C., esta exhibición comienza a hacerse cada vez más competitiva y probablemente pasa a afectar a otros ámbitos de la sociedad, mientras las desigualdades sociales se iban asumiendo de manera imperceptible.

La primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo ve por tanto el comienzo de la disolución de una sociedad esencialmente igualitaria, que basaba sus formas de prestigio y autoridad en criterios bien definidos como el rango adquirido, la edad y el sexo, hacia una sociedad mucho más imprecisa –más dinámica, quizá , pero con una clara tendencia al desequilibrio – en la que comienza a usarse la expresión de la riqueza como herramienta para romper con el sistema anterior tanto desde el punto de vista organizativo (familia frente a grupo) como social (rango adscrito frente a adquirido). Estos cambios promoverán una competitividad creciente y una progresiva tensión social que se irá explicitando a lo largo del siglo V a.C. Desde ese punto de vista, la supuesta transición a la Segunda Edad del Hierro no constituye una bisagra entre dos momentos históricos, sino la continuación del marco de relaciones socioeconómicas iniciado en el siglo VI a.C. y que continuará hasta que las tensiones sociales inherentes al modelo propuesto, el progresivo desplazamiento de la presión hacia la esfera económica y las crecientes desigualdades sociales lleven a cambios dramáticos en las formas en que los habitantes de la Edad del Hierro concibieron su sociedad.

La transición a la Segunda Edad del Hierro

5.1. Introducción

Generalmente la definición de la cultura material de los periodos denominados "de transición" suele ser problemática. Suelen corresponder a episodios de transformación de la cultura material que presentan características que podríamos denominar "híbridas" entre los dos momentos entre los que se sitúan, y por tanto difíciles de sistematizar. La transición entre la Primera y la Segunda edades del Hierro en el valle medio del Tajo no es una excepción, y su estudio se ha centrado tradicionalmente en la valoración de marcadores muy reconocibles en el registro arqueológico que ejemplificarían este cambio. Puesto que estos marcadores son reconocidos generalmente al principio y al final del proceso de transformación, en general tienden a obviarse los pasos intermedios mucho más difíciles de identificar y valorar. En el caso del valle medio del Tajo, la transición entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro ha sido tradicionalmente definida (Almagro, M. 1999: 36; Blasco, M. C. 1992: 294; Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1983: 124, 126; Blasco, M. C. y Lucas, M. R. 1999 - 2000: 183-184; Blasco, M. C. *et al.* 1980: 50-51) por la aparición de tres indicadores: la cerámica a torno, la metalurgia del hierro y las construcciones realizadas con materiales no perecederos. Estas tres innovaciones – especialmente la cerámica a torno, por su presencia más generalizada en los yacimientos – han constituido un "paquete" de cambios asumidos como caracterizadores del paso a la Segunda Edad del Hierro.

Esta asunción se ha realizado de manera automática, sin ninguna reflexión sobre las implicaciones socioeconómicas, alcance o ritmo de introducción de las tecnologías citadas, ni siquiera sobre si son los marcadores idóneos para definir esa transición. Es evidente que se aprecia una entrada de nuevos objetos y tecnologías en la región, pero esto no implica necesariamente que tengan una incidencia inmediata en las sociedades que los reciben. Tan sólo se han planteado algunas especulaciones acerca de cómo pudo ser la velocidad de introducción del torno en la región, o a la pervivencia de construcciones en madera durante la Segunda Edad del Hierro. La elección de estos cambios materiales como indicadores de otros más profundos que justifiquen el concepto de transición entre dos periodos históricos es comprensible, pero adolece de un punto de partida apriorístico y de falta de reflexión, y acaba asimilando los términos transformación material y transición histórica, en nuestra opinión de una manera peligrosa. Algo parecido ocurre con la cronología propuesta para el cambio, tradicionalmente situada en el siglo V a.C. en relación a la llegada del torno a la región. Aunque la discusión sobre la cronología de la llegada de las diferentes tecnologías ha sido algo mayor que respecto a su valor y pertinencia como evidencias de una transición histórica (Valiente, S. 1993), la fecha del siglo V a.C. que se ha aceptado por consenso se presenta como una especie de hito de referencia que no está debidamente analizado, en el que no convergen los tres elementos citados y que además presenta una sospechosa similitud con el de otras zonas de la Península ibérica, como si, dada la endémica indeterminación cronológica del registro arqueológico del valle medio del

Tajo, se hubiera importado una fecha de referencia consensuada para la transición entre la Primera y la Segunda edades del Hierro.

Con todo, es evidente que la cerámica a torno sustituyó mayoritariamente a la realizada a mano, que las edificaciones tendieron cada vez más a construirse en piedra y que el hierro se generalizó progresivamente en la región. En nuestra opinión estos cambios, más que permitirnos afirmar un paso hacia otro periodo histórico, nos provocan una serie de preguntas que consideramos deberían ser resueltas o al menos discutidas: ¿se producen todos de manera convergente? ¿qué impacto tienen en la economía y en la sociedad de las comunidades que adquieren estas tecnologías? ¿a qué velocidad se generalizan? ¿corresponden a fenómenos exógenos o endógenos? En definitiva, las novedades que observamos en el registro material del valle medio del Tajo ¿implican unos cambios socioeconómicos que justifiquen la definición de un nuevo periódico (proto)histórico? ¿marcan una transición, o simplemente son una transformación de la cultura material? Parece obvio que la introducción de una nueva tecnología siempre afecta a la sociedad que la recibe. La pregunta es si lo hace de manera tan significativa como para modificar las estructuras internas de esta sociedad, y a un ritmo lo suficientemente rápido como para constituir un marcador de esas modificaciones.

Este capítulo busca contestar en la medida de lo posible las preguntas planteadas arriba, y discutir sobre cuales fueron las circunstancias, cronologías, ritmos y efectos de la llegada de nuevas tecnologías a la región y si éstas pueden ser asociadas o no a cambios significativos en sus poblaciones. Partiendo de los indicadores clásicos que en teoría marcan la transición a la Segunda Edad del Hierro, vamos a tratar de valorar los elementos de continuidad y las evidencias de cambio para tratar de identificar en qué se diferenciaba la sociedad de este periodo de la del anterior, y por qué se dio esa transformación.

5.2. Las evidencias del cambio

5.2.1. La llegada del torno al valle medio del Tajo

Si hay un elemento que ha simbolizado la transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro éste es, sin duda, la aparición de la tecnología del torno de alfarero en la región. Esta importancia obedece, a su fácil reconocimiento arqueológico y a su aparición omnipresente en los yacimientos antes que a una valoración detallada de la importancia de esta tecnología y de sus posibles connotaciones socioeconómicas. Más allá del reconocimiento de la presencia de las primeras piezas fabricadas con torno de alfarero, la gran mayoría de valoraciones sobre este tema son en gran parte pura especulación basada en el sentido común: se asume un proceso en el que a la llegada de unas primeras piezas de origen foráneo le sigue la consolidación de la tecnología propiamente dicha y la coexistencia de cerámicas a torno y cerámicas a mano – generalmente, grandes piezas de almacenaje o ejemplares muy toscos dedicados a la cocción de alimentos – hasta el final de la Segunda Edad del Hierro. Se alude a vagas referencias acerca de las influencias procedentes del mundo ibérico, pero en general las aproximaciones al tema se basan más en constatar la presencia de objetos a torno que en tratar de comprender cuáles son los mecanismos de adquisición, aprendizaje y desarrollo de esta tecnología y, sobre todo, que impacto tuvo sobre las poblaciones de la región. Parece más bien como si la llegada del torno al

valle medio del Tajo tan sólo sirviese para constatar la transición a la Segunda Edad del Hierro, dentro de unas coordenadas asumidas a priori.

Es verdad que los datos son escasos y que siguen faltando, al igual que durante la Primera Edad del Hierro, análisis arqueométricos que nos ayuden a comprender algunas de las características de las primeras producciones a torno. Pero sorprende que en ningún momento se haya ido más allá de la descripción de las piezas, algunas alusiones a paralelos de formas y decoraciones en el mundo ibérico y de referencias genéricas acerca de las vías físicas y de entrada de este tipo de cerámicas. En este sentido, el único investigador que ha tratado de realizar una aproximación algo más rigurosa a este proceso ha sido Dionisio Urbina, que en uno de los apartados de su tesis doctoral (Urbina, D. 1997: 515-542) trata de establecer unas pautas para la caracterización de la cultura material del valle medio del Tajo. Como parte de esta propuesta, Urbina analiza los porcentajes de cerámicas a mano y a torno en varios yacimientos de referencia cercanos (Cástulo, Villares, Sisapo) y tres yacimientos de la región o limítrofes: El Cerro de las Nieves, Villar del Horno y Hoyo de la Serna. Entre los siglos VII y VI a.C. sólo aparece cerámica a torno en los tres primeros yacimientos citados, representando aproximadamente un 20-30% del total. Para los siglos VI-V a.C., la proporción cambia rápidamente hasta que la cerámica a torno pasa a ser el 60% del total, incluyendo yacimientos como Cerro de las Nieves y Hoyo de la Serna. A partir del siglo IV a.C. la cerámica a mano desaparece o se mantiene en porcentajes en torno al 10-15% que perduran hasta la implantación de las cerámicas romanas (Urbina, D. 1997: 529-530).

Aun reconociendo la iniciativa del autor y la validez de su aproximación para tratar de delimitar los ritmos de la implantación del torno en nuestra zona de estudio, el uso de tan sólo seis yacimientos – tres de los cuales se localizan fuera de la región, y dos en su periferia – hace que los datos deban ser tomados con cierta prevención. Por supuesto, parte de la culpa de esta precariedad en la información se debe a la sempiterna ausencia de memorias de excavación publicadas, que hace que datos tan específicos como los porcentajes de cerámicas a mano o a torno sean difíciles de conseguir, pero resulta extraño que no se haya recurrido a los datos de las excavaciones de Cerro Redondo y de El Cerrón, cuyos resultados ya habían sido publicados íntegramente cuando se realizó esta tesis doctoral.

Como hemos dicho, pese a los problemas que presenta la propuesta de Dionisio Urbina consideramos que su aproximación es útil para comprender mejor el fenómeno de aparición y consolidación del torno en la región, por lo que hemos retomado su trabajo actualizando la información disponible para tratar de mejorar su interpretación. En este sentido los doce años transcurridos desde su trabajo y el aumento exponencial de excavaciones han jugado a nuestro favor, hasta el punto de que a día de hoy contamos con información de 16 yacimientos y 24 fases arqueológicas con datos de porcentajes de cerámicas a mano y a torno. La información recopilada, acompañada de algunas aclaraciones, es la siguiente:

Yacimiento/ Fase	% Mano	% Torno	Notas
Mojón de Valdezarza	7,4	92,6	Sólo material significativo
Laguna del Campillo	17,22	82,77	Materiales de la excavación realizada por ARTRA entre 1995-1996 pertenecientes a la Segunda Edad del Hierro
La Ribera	19,6	80,4	
La Cuadrá EHII	87,84	12,16	Dato inédito tomado directamente del análisis de los materiales
La Alberquilla	0	100	Horno productor de cerámica a torno (de ahí el porcentaje)
Hoyo de la Serna II	11	89	
Hoyo de la Serna I	41	59	
El Malecón	11,9	88,1	
El Colegio EHII	63,77	26,23	Dato inédito tomado directamente del análisis de los materiales de la excavación
El Colegio EHIB	96,15	3,85	Dato inédito tomado directamente del análisis de los materiales. Hace referencia a la segunda fase de la Primera Edad del Hierro.
El Cerrón III (X)	16,66	83	El primer número hace referencia a la fase arqueológica, el segundo, entre paréntesis hace referencia a la cuadrícula analizada
El Cerrón III (VIIc)	14,28	85,71	Ídem
El Cerrón III (VIIb)	12,23	84,17	Ídem
El Cerrón III (VIIa)	29,41	70,58	Ídem
El Cerrón III (I-III)	12,01	87,99	Ídem
El Cerrón II	10,78	89,21	Ídem
El Cerrón I	17,75	82,25	Ídem
El Caracol	96	4	Dato inédito tomado directamente del análisis de los materiales de la excavación
Dehesa de la Oliva	20,39	79,61	Dato correspondiente a la excavación de 2007/08
Cerro Redondo (EVI)	41,87	58,13	El número entre paréntesis hace referencia al estrato arqueológico
Cerro Redondo (EIV)	46,52	53,48	Ídem
Cerro Redondo (EII)	44,23	55,77	Ídem
Cerro Redondo (EI)	32,64	67,36	Ídem
Cerro de las Nieves II	32,7	67,3	
Cerro de las Nieves I	44,6	55,4	
La Albareja	99,995	0,005	
Ecce Homo	15,84	84,16	

Tabla 5.1: porcentajes de cerámicas a mano y a torno en yacimientos del valle medio del Tajo

Los datos del yacimiento de El Cerrón necesitan una pequeña aclaración. En este yacimiento se excavaron varias catas en las que se documentaron las fases conocidas para el yacimiento, y para cada una de las cuales se proporcionaron los porcentajes de cerámica a mano y a torno. Hemos preferido mantener estos porcentajes por separado (de ahí las diferentes EcelII seguidos de una letra, representando a cada cata) antes que calcular el dato general para cada fase uniendo los valores de las diferentes catas. Consideramos que así, a la vez que ampliamos la muestra, podemos valorar la existencia de contradicciones o no en el registro y la aparición de posibles variaciones dentro del yacimiento. La representación realizada en un histograma de los datos recopilados (fig. 5.1) se ha realizado ordenando los diferentes yacimientos y fases por porcentajes, sin introducir criterios cronológicos. Esta opción asume que pueden darse ciertas contradicciones, entre cronología y posición en el conjunto, pero nos parece más interesante

poder valorar tendencias generales en la variación de la proporción entre cerámicas a mano y a torno en los diferentes yacimientos. Para visualizar mejor estos cambios se han incluido dos líneas de tendencia calculadas a partir de la media de los dos últimos valores y que han sido ligeramente suavizadas en la versión final del gráfico. Finalmente, y para comprender mejor las tendencias en la muestra se han añadido varios yacimientos de la Primera Edad del Hierro en los que el porcentaje de cerámicas a mano es del 100%.

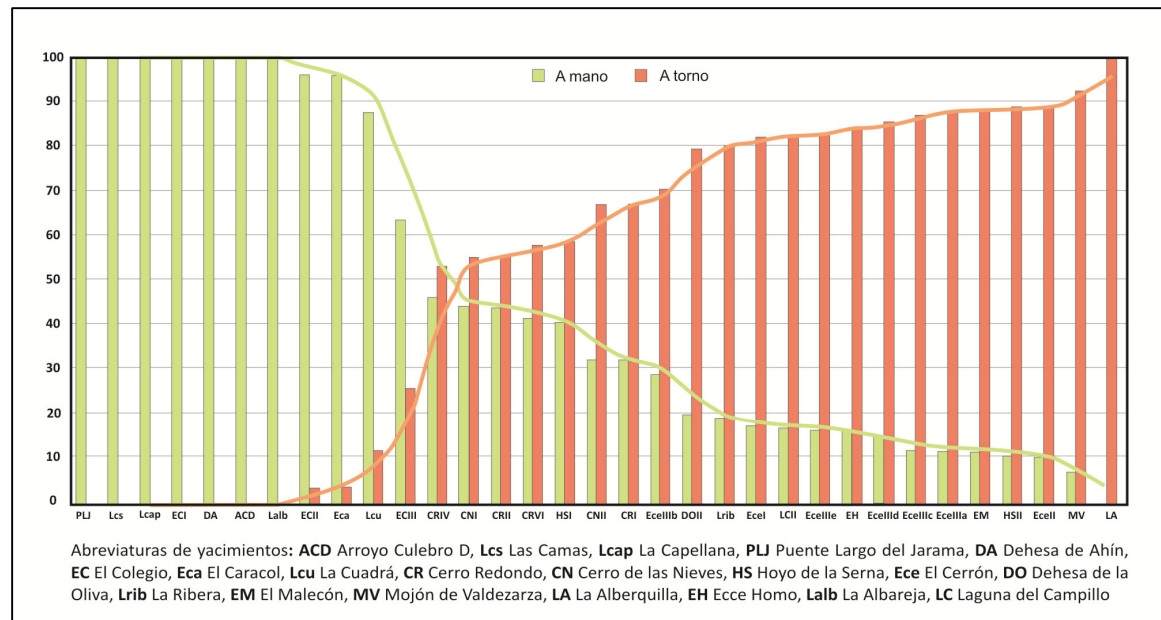


Figura 5.1: variación de los porcentajes de cerámicas a mano y a torno en yacimientos de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo

Como puede observarse, el gráfico parece mostrar un proceso escalonado en cuatro grupos. En el primero de ellos se localizan aquellos yacimientos de la Primera Edad del Hierro en los que no se han documentado cerámicas a torno. En un segundo momento se aprecia un conjunto de yacimientos (La Albareja, El Colegio I, El Caracol y La Cuadrá) con porcentajes muy bajos de cerámicas a torno (hasta un 12%), que crece bruscamente hasta porcentajes del 50-70%, donde se encuentran agrupados yacimientos como Cerro Redondo, y las primeras fases de otros como Cerro de Las Nieves u Hoyo de la Serna. Aunque el porcentaje de cerámicas a torno sigue creciendo de manera más o menos progresiva, parece apreciarse un tercer escalón, que vendría representado por un conjunto de yacimientos con porcentajes de cerámicas a torno cercanos o superiores al 80%.

En esta primera interpretación de los datos se aprecian dos anomalías. La primera de ellas es el porcentaje del 100% de cerámicas a torno del yacimiento de la Alberquilla, fácilmente explicable por tratarse de un horno de producción cerámica especializado en este tipo de cerámicas. La segunda se detecta en el yacimiento de El Colegio, en la fase correspondiente a la Segunda Edad del Hierro pero que sin embargo presenta unos porcentajes muy bajos de cerámica a torno. Dadas las características del yacimiento (estructuras, tipos de cerámicas a torno) que indudablemente corresponden a una etapa posterior, su colocación en esta parte del gráfico parece ser debida a problemas de registro arqueológico antes que a representar un paso intermedio entre el segundo y el tercer grupos definidos.

La visualización de los datos en dos dimensiones (fig. 5.2) parece confirmar la existencia de los grupos descritos arriba. En este caso hemos eliminado los yacimientos de la Primera Edad del Hierro con un 100% de cerámicas a mano, centrándonos en aquellos yacimientos en los que se ha detectado cerámica a torno. Algunos de los puntos se solapan por lo que no se han representado todas las fases y yacimientos, pero el resultado es bastante elocuente. Parece definirse un primer grupo (azul) poco representado con porcentajes muy bajos de cerámicas a torno, y otros dos (2 y 3) con porcentajes de cerámica a mano que oscilan entre el 30-45% y el 8-20%, con un hiato bastante claro entre ambas. Las dos anomalías reseñadas anteriormente también se observan muy bien, especialmente la de El Colegio que queda en una especie de tierra de nadie que mueve a dudas sobre la calidad de los datos utilizados.

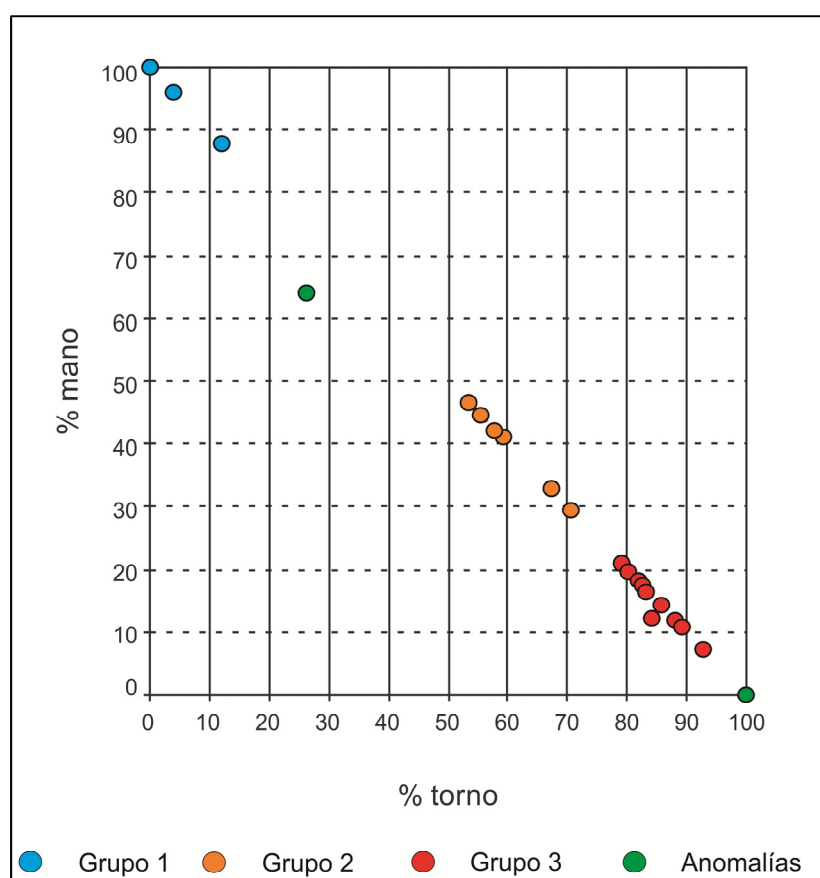


Figura 5.2: distribución de los asentamientos de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo a partir de su proporción entre cerámica a mano y cerámica a torno

Las figuras 3.1 y 3.2 se han limitado a representar los datos disponibles sin realizar ningún tipo de análisis que valore las relaciones entre los asentamientos en función de los porcentajes de cerámicas a torno presentes. Sin embargo, incluso con una aproximación tan sencilla parece evidente que pueden extraerse al menos dos conclusiones. La primera de ellas es que existe, como por otra parte es lógico, un cierto orden cronológico en la distribución de los asentamientos, ya que lo

normal es que los porcentajes de cerámicas a torno más bajos

aparezcan en los yacimientos más antiguos. La excepción la constituye de nuevo El Colegio, que pese a estar adscrito sin ningún género de dudas a la Segunda Edad del Hierro presenta un porcentaje de cerámica a torno muy bajo que muy probablemente se deba a una mala recogida de datos o a la mezcla de materiales de este periodo con los de la fase anterior de la Primera Edad del Hierro.

La segunda conclusión es la existencia de tres grupos de yacimientos (o fases) en función de la proporción entre ambos tipos de cerámicas. Es especialmente significativo el hiato que existe entre yacimientos con porcentajes de cerámicas a torno que llegan hasta el 13% (en azul en la

figura 5.2.) y los siguientes (en naranja), el mínimo de los cuales presenta un 55% de cerámicas realizadas con esta técnica. Aunque menos amplio, también se aprecia un salto de casi un 10% entre los grupos 2 y 3. La pregunta que debemos plantearnos es: ¿esta situación obedece a problemas derivados del registro arqueológico – es decir, a una información escasa o deficiente – o responde a procesos históricos concretos que pueden ser susceptibles de interpretación? Si lo que representan estos gráficos es la entrada y consolidación de la cerámica a torno en el valle medio del Tajo, lo esperable sería un crecimiento progresivo de este tipo de cerámicas conforme se van desechando las cerámicas a mano, hasta acabar prácticamente reducidas a un 15-20% que perdura incluso durante época romana. Incluso si aceptamos que el cambio fuese muy rápido, la transformación debería estar representada gráficamente por una línea continua. Por lo tanto, estos hiatos en los porcentajes nos están hablando bien de parcialidad de los datos disponibles, bien de un proceso que no fue tan regular como se ha esperado tradicionalmente.

Ésta es nuestra conclusión, y para tratar de contrastarla hemos decidido aproximarnos a los datos desde una perspectiva más analítica a través de un análisis de conglomerados jerárquicos. Este tipo de análisis agrupa los casos (en este caso, los yacimientos) en razón de la mayor o menor similitud de las variables escogidas (porcentajes de cerámica a mano y a torno). Este análisis tiene la ventaja de evitar criterios previos de ordenación, aunque no representa “físicamente” las distancias y por tanto no proporciona información acerca de cuán iguales o diferentes son los datos agrupados. Es especialmente interesante el resultado del análisis en los yacimientos de los grupos segundo y tercero. La distancia entre ambos no era muy grande, por lo que el análisis podría haber propuesto una agrupación diferente a la interpretada por nosotros a través de la simple observación de los gráficos.

Los resultados, sin embargo, han sido idénticos a los observados a simple vista (fig. 5.3), incluidas las anomalías, lo que parece confirmar nuestra idea de que los hiatos en la distribución de los porcentajes no obedecen a falta de información, sino que constituyen una característica de los yacimientos representados. Este razonamiento lleva a una conclusión que consideramos relevante: la introducción de la cerámica a torno en el valle medio del Tajo no fue progresiva, sino que se realizó a saltos, en un proceso en el que se pasó de una escasa representación de este tipo de cerámicas a porcentajes altos, de más del 50%. Posteriormente se produce otro salto, en el que la cerámica a torno supera los niveles del 80% en todos los yacimientos, porcentaje considerado habitual en la Segunda Edad del Hierro.

¿Cuál puede ser la causa de estos saltos? En nuestra opinión, la explicación más plausible es que este salto detectado en los porcentajes tenga que ver con la adquisición de la tecnología del torno – que permitiría la producción de las cerámicas en origen y por tanto una expansión mucho más rápida. Es decir, el paso del grupo I al grupo II estaría indicando el momento de transmisión del *know how*, del conocimiento que permite la independencia de las fuentes de importación de este tipo de objetos. Por eso la aparición de la cerámica a torno no sería un proceso lineal: las piezas importadas crecerían progresivamente hasta que se adquiriera la tecnología, y en ese momento se produciría una fuerte expansión de la presencia de piezas de este tipo que comienzan a ser producidas localmente. A partir de ahí sí comenzaría un crecimiento progresivo - tal y como se observa en las gráficas - conforme las cerámicas a mano son sustituidas por las realizadas a torno.

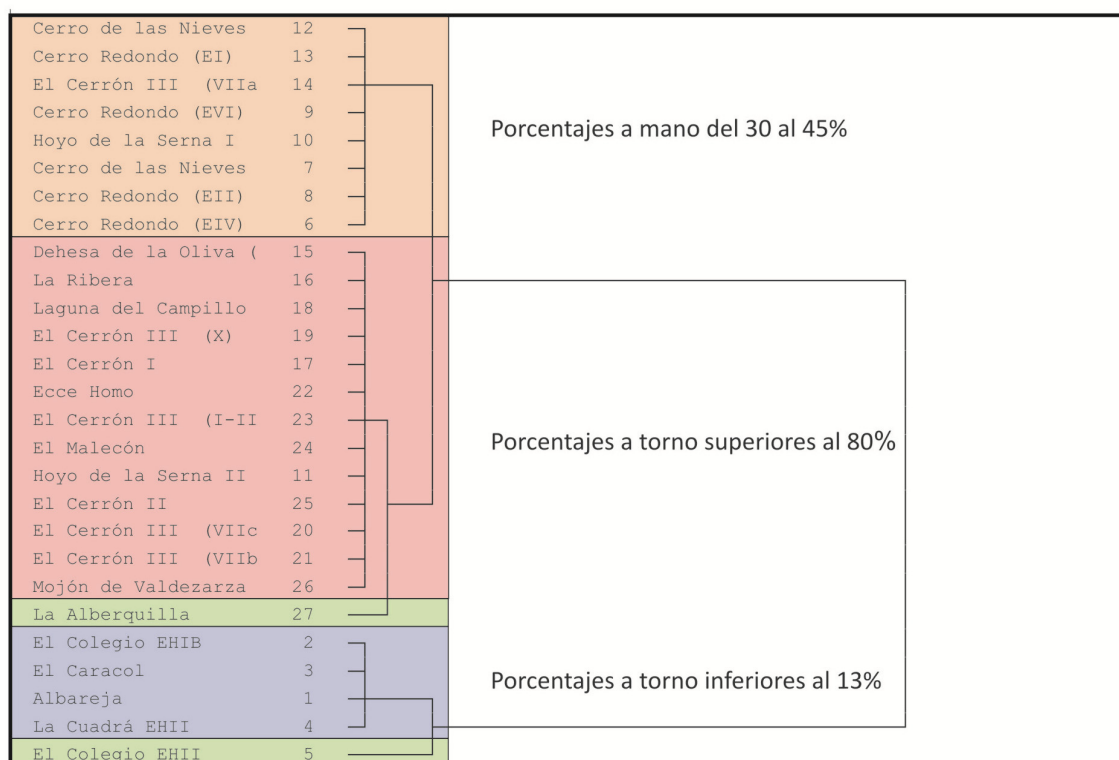


Figura 5.3: dendrograma que representa las agrupaciones de yacimientos en función de la similitud de los porcentajes de cerámicas a torno y a mano

Más difícil de interpretar es la transición entre los grupos II y III. Es interesante comprobar, sin embargo, que salvo escasas excepciones los yacimientos con más del 80% de cerámicas a torno, pertenecientes al grupo III están situados cronológicamente en el siglo IV a.C. o en fechas posteriores. El salto - menos abrupto - podría estar relacionado con la aparición de hornos alfareros de producción industrial como los de La Alberquilla o El Malecón, que permitirían la expansión definitiva de este tipo de cerámicas al facilitar su adquisición y distribución. Aunque no deja de ser una hipótesis, consideramos bastante razonable pensar que la introducción de una tecnología pase por estos dos momentos - importación y asimilación de la tecnología - y que cada una de estas situaciones se plasme de manera diferente en el registro. A falta de más datos que confirmen o refuten nuestra hipótesis (aunque 16 yacimientos y 24 fases arqueológicas nos parecen una muestra suficientemente representativa), nos inclinamos por defender, al menos, la existencia de dos momentos muy claros diferenciados por el dominio o no de la tecnología del torno de alfarero. En realidad, algo parecido había detectado Dionisio Urbina al analizar los yacimientos de su tesis doctoral, donde apreciaba un paso del 20-30% al 60%, aunque probablemente debido a los escasos yacimientos utilizados no se propuso una explicación.

La otra cuestión importante es la cronológica. No sólo la que se refiere al momento de aparición de las primeras cerámicas a torno - la única que generalmente es considerada interesante - sino una que también haga referencia a la duración y ritmo del proceso. En este sentido, las aproximaciones más comunes coinciden en plantear la aparición de las primeras cerámicas a principios del siglo V a.C. y una rápida expansión por la región hasta que a finales del siglo V a.C. a mediados de esta centuria los porcentajes de cerámica a mano ya representarían menos del 30% del total (Blasco, M. C. *et al.* 1998: 259). Esta hipótesis se justifica en función de la

cronología de los yacimientos de la Primera Edad del Hierro que presentan las primeras cerámicas a torno, como Arroyo Butarque o Los Pinos, y en el hecho de que en los yacimientos tempranos de la Segunda Edad del hierro la cerámica a torno ya constituya un 60% del total (Blasco, M. C. *et al.* 1998).

Para nuestra contextualización cronológica vamos a utilizar los resultados del análisis de correspondencias realizado en la primera parte de esta tesis y que está sirviendo de eje organizativo de todo nuestro discurso. Como dijimos en el capítulo correspondiente, este tipo de análisis no sólo podía aportar una seriación que en nuestro caso presenta un evidente significado cronológico, sino que en determinadas ocasiones podía aportar información acerca de la rapidez o lentitud a la que se producen determinados cambios. En este sentido, una acumulación de casos y variables implicaría un cambio lento, mientras que variables y casos separados por una distancia muy grande indicarían un cambio rápido (Jensen, C. K. y Nielsen, K. H. 1997: 48). En nuestro caso, observamos esta segunda situación de manera muy clara en la zona del análisis correspondiente a la transición entre las dos edades del Hierro (fig. 5.4):

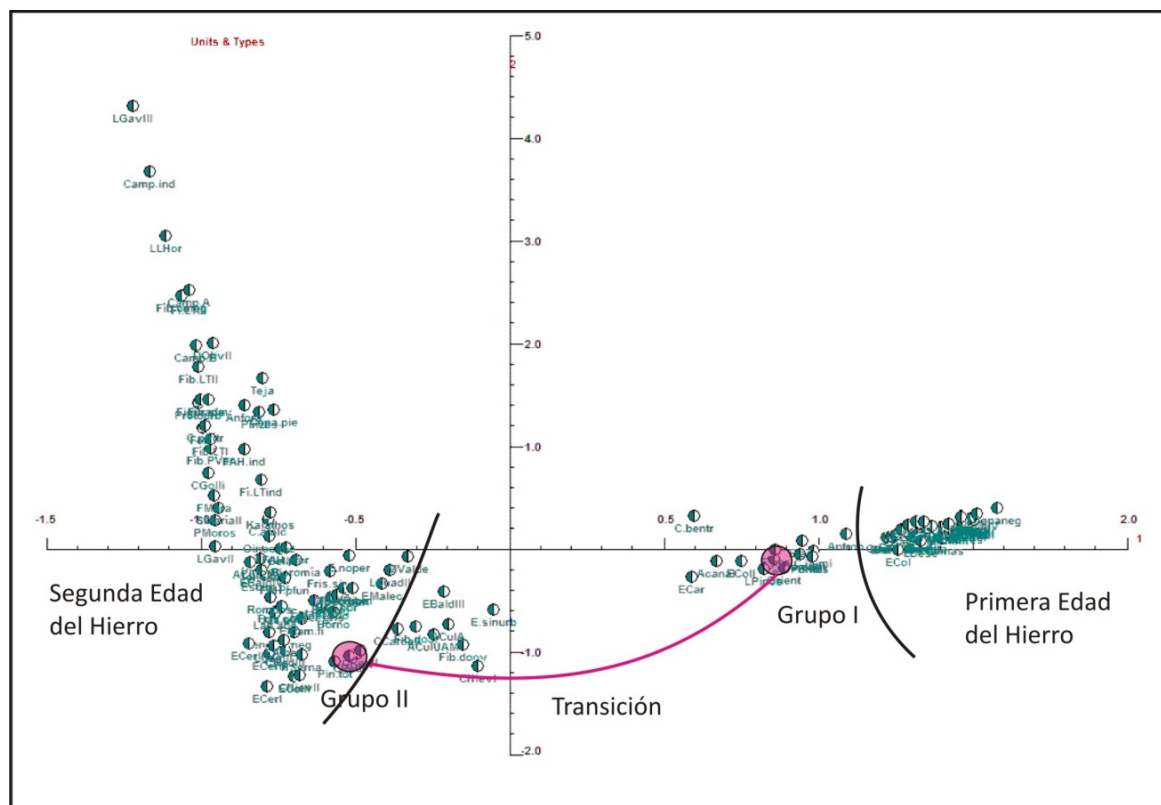


Figura 5.4: localización de los Grupos I y II de porcentajes de cerámicas a torno en el análisis de correspondencias

En esta figura hemos reproducido el análisis de correspondencias limitado a los asentamientos para evitar los problemas de distorsión con las necrópolis que detectamos al realizar el análisis principal. Pueden observarse de manera muy clara dos grandes zonas que corresponden a los dos periodos principales - Primera Edad del Hierro a la derecha y Segunda Edad del Hierro a la izquierda - y un espacio vacío entre ambas. En ese espacio intermedio que corresponde a la transición entre las dos etapas, hemos señalado con un círculo rojo las variables que corresponden a los grupos I y II de asentamientos detectados en los análisis previos. Como puede observarse, el vacío que existe entre ambos extremos es muy llamativo y debe ser

interpretado como indicativo de un cambio rápido entre ambos grupos. Es decir, el vacío entre los asentamientos con porcentajes muy escasos de cerámicas a torno y aquellos con porcentajes significativos de este tipo de cerámicas no indica falta de información o cambios progresivos, sino más bien que el aumento del porcentaje de cerámicas a torno en la región fue casi inmediato, descartando por tanto la idea de una entrada gradual de ese tipo de cerámicas.

Con estos datos y asumiendo por tanto que en lo que a la cerámica a torno se refiere hay dos momentos muy claros, vamos a tratar de reconstruir el proceso atendiendo no sólo los parámetros cronológicos sino a las connotaciones materiales y sociales que puedan detectarse a partir del registro arqueológico. En este sentido, propusimos una cronología de comienzos del siglo V a.C. para yacimientos como Los Pinos, El Colegio IB o El Caracol. En el caso de Arroyo Butarque se planteaba un intervalo de uso de la necrópolis de finales del siglo VI a.C. - comienzos del siglo V a.C., similar al propuesto para la segunda fase de Las Madrigueras. Estos yacimientos serían aquellos en los que empieza a detectarse la presencia de cerámica a torno en la región, presentan porcentajes muy bajos de cerámicas a torno (4% en El Caracol y 3,85 en El Colegio IB), dos o tres piezas en Los Pinos, una única pieza en Arroyo Butarque, etc.. A estos yacimientos hay que añadir La Albareja, donde se localizaron dos piezas realizadas probablemente con torno lento u otro elemento rotatorio (Consuegra, S. y Díaz del Río, P. 2007: 142). Como veremos más adelante, creemos que algunos indicios en la cultura material de la Primera Edad del Hierro apuntarían a una relación con grupos que ya dispusieran de esa tecnología probablemente a finales del siglo VI a.C., coincidente con algunas de las últimas síntesis publicadas (Urbina, D. 2007: 198).

Si atendemos a las proporciones de cerámicas a torno en los yacimientos, parece claro que la tecnología se introdujo desde el área mediterránea, como parecen indicar los datos de Dionisio Urbina para yacimientos como Sisapo donde en el siglo VII a.C. los porcentajes de cerámicas a torno ya alcanzan el 35% (Urbina, D. 1997: 529), o la fuerte presencia de cerámicas de este tipo en yacimientos como el Cerro de las Nieves donde en la primera fase del yacimiento ya alcanzan el 55%. Asimismo, la presencia de cerámicas grises y a torno ibéricas de buena calidad en la necrópolis de Las Madrigueras desde los primeros momentos de la aparición de la cerámica a torno evidencia unos contactos estables con la periferia del ámbito de influencia ibérica. Todos estos yacimientos con consolidación más antigua de las cerámicas a torno se encuentran, significativamente, en el sudeste del valle medio del Tajo, lo que nos indica que la difusión provino de esa dirección. Desconocemos, sin embargo, si la llegada del torno a la zona fue un ejemplo de transmisión exógena de tecnología o si existieron experiencias autóctonas paralelas que desarrollaran de manera independiente tecnologías similares como el torno lento.

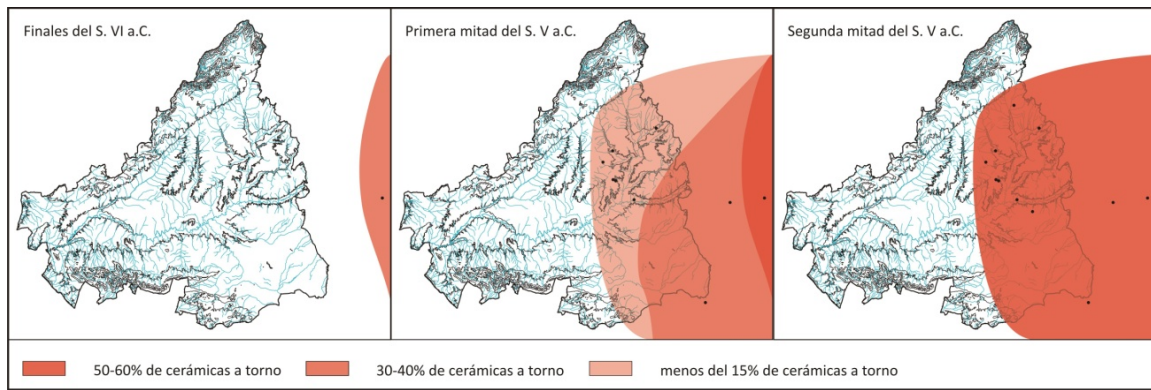


Figura 5.5: expansión de los porcentajes de cerámicas a torno en la región del valle medio del Tajo desde las zonas limítrofes. Elaboración propia a partir de datos de la tabla 5.1

En la figura 5.5 se ha tratado de reproducir ese proceso, y los gráficos obtenidos son bastante significativos: a finales del siglo VI a.C. la cerámica a torno está ausente del valle medio del Tajo, al menos según los datos disponibles. Sin embargo, a comienzos del siglo V a.C. la situación ha cambiado sustancialmente: la periferia del valle tiene porcentajes relativamente altos de cerámicas a torno (en torno al 40%), mientras que en la zona central del valle los porcentajes son muy bajos, menores del 15% y en muchos yacimientos la presencia de cerámica a torno puede considerarse testimonial. Este momento es el que hemos defendido como asociado a la presencia de cerámicas a torno como piezas importadas. Al comienzo de la segunda mitad del siglo V a.C. la situación ha vuelto a cambiar, pero en vez de aumentar progresivamente los porcentajes de cerámicas a torno dependiendo de las zonas, se igualan en toda la región, alcanzando en general valores del 50-60%. Esta situación es la que hemos asociado a la adquisición la tecnología del torno, que aumentaría rápidamente los porcentajes de este tipo de cerámicas. En las zonas que ya había alcanzado esos porcentajes, es significativo que la proporción no crezca significativamente, algo que nosotros hemos asociado a las características económicas de estos grupos, que todavía no habrían alcanzado una capacidad productiva de nivel industrial que permitiera sustituir definitivamente el grueso de las cerámicas a mano.

La gran duda que queda por resolver es el mecanismo de transmisión de la tecnología del torno en la región, si este se produjo a través de la llegada de alfareros itinerantes que se establecieron en el valle medio del Tajo o si por el contrario fueron habitantes del mismo los que se desplazaron a zonas donde ya se conocía el torno. Con los datos actuales es imposible elegir una de las dos opciones, aunque es evidente que la transmisión de este tipo de conocimiento requiere de un contacto estrecho entre aprendiz y maestro y llama la atención la rapidez con que se produjo la asimilación de la técnica y su expansión por el valle, en apenas dos generaciones.

5.2.2. Imitación, competición, adaptación: la cultura material en la primera mitad del siglo V a.C.

Las cerámicas a mano de la primera mitad del siglo V a.C. constituyen la mayoría del conjunto de piezas recuperadas en los yacimientos y muestran en general una gran continuidad con las del periodo inmediatamente anterior, con una gran mayoría de formas lisas sin decoración, ausencia casi absoluta de cerámicas con pintura postcocción y una reducción sustancial de las denominadas cerámicas de engobe rojo. Cuando aparecen las decoraciones, suelen ser retículas incisas muy profundas y poco cuidadas, digitaciones o ungulaciones. Los yacimientos de Los Pinos y El Caracol, ambos de comienzos del siglo V a.C. muestran este tipo de piezas (figs. 5.6 y 5.7), destacando el fuerte aumento de piezas que imitan perfiles en "S", aunque siguen manteniéndose formas carenadas comunes en etapas anteriores e incluso, en el caso de El Caracol algunas con carena alta que recuerdan a tipos mucho más antiguos pero que también hemos visto en tumbas de Las Madrigueras asociadas a cerámica a torno (Almagro, M. 1969, fig. 50). Aunque los yacimientos que se conocen en estos momentos son escasos, no parece haber una dicotomía entre formas a torno y a mano que hable de especialización funcional, pese a que los repertorios de las primeras cerámicas a torno son realmente muy limitados y específicos.

Un análisis de estas primeras piezas a torno muestra, sorprendentemente, una fuerte presencia de cerámicas grises ibéricas, un tipo de cerámica común en el mundo ibérico y posteriormente en el valle medio del Tajo pero siempre en porcentajes discretos frente a las denominadas cerámicas a torno de tipo ibérico. Cerámicas grises han sido documentadas en Los Pinos (Muñoz, K. y Ortega, J. 1996: 34) o en Las Madrigueras, donde son frecuentes en las tumbas de la transición entre la Primera y Segunda Edad del Hierro (ver Anexo 7). Dentro de la endémica falta de definición de la cultura material del valle medio del Tajo, la cerámica gris tiene el dudoso honor de ser probablemente la peor conocida, hasta el punto de que aún no se han generalizado unas pautas mínimas para su clasificación y valoración dentro del conjunto de materiales de la región. La variabilidad de aproximaciones a este tipo de cerámicas es enorme: desde memorias que las individualizan y establecen tipologías detalladas (las menos) hasta simples notas dentro de artículos o ausencia total de información. Asimismo se observa cierta confusión en su identificación, al clasificarse a veces de manera genérica dentro del conjunto de cerámicas reductoras o al incluir en este conjunto piezas que, aunque sean reductoras y presenten cierta calidad de pastas y tratamiento de paredes, no son cerámicas grises ibéricas.

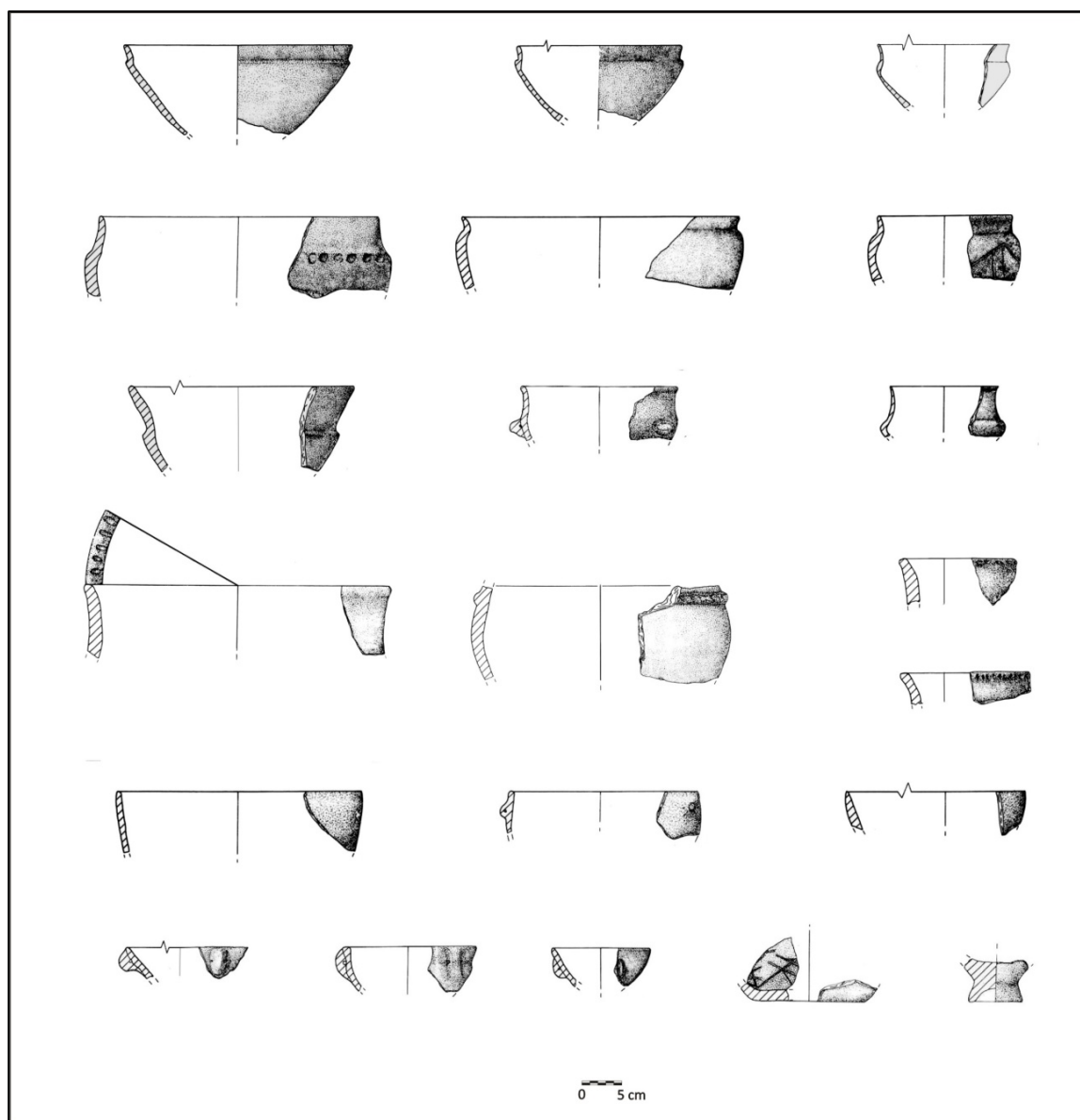


Figura 5.6: cerámicas a mano del yacimiento de El Caracol. Adaptado a partir de (Oñate, P. *et al.* 2007, figs. 12-15)

Dejando de lado las discusiones sobre los diferentes tipos (Hornero, E. 1990: 171-172), las cerámicas grises de la meseta sur deben considerarse, por cronología y localización geográfica exclusivamente de producción indígena. Este grupo es el que presenta mayores problemas de identificación, dada su dispersión y variedad formal, aunque se definieron dos grupos principales (antigua e ibérica), con cronologías que irían del siglo VII al VI a.C. y del finales del siglo V al siglo I a.C., respectivamente (Hornero, E. 1990: 174). El grupo de las cerámicas indígenas, en concreto, presenta una variedad formal escasa, pero sus características y cronología se encuentran muy influidas por el contexto regional en el que aparecen (Hornero, E. 1990: 174).

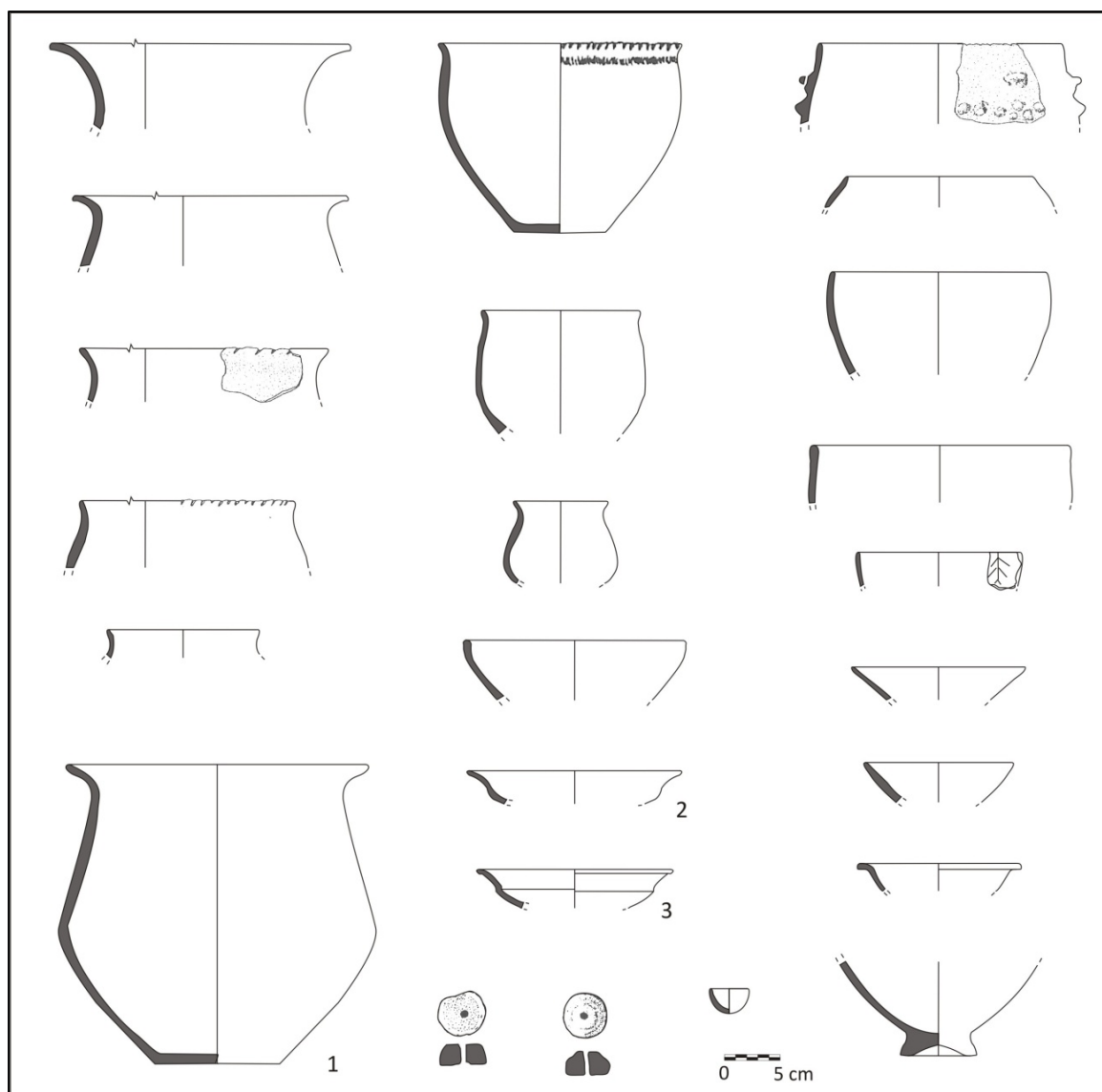


Figura 5.7: repertorio cerámico de Los Pinos. 1-3 cerámicas a torno. Adaptado a partir de (Muñoz, K. y Ortega, J. 1996, figs. 3 y 4)

Respecto de la cronología, las cerámicas grises aparecen de manera relativamente frecuente en yacimientos datados entre los siglos IV – II a.C. como El Cerrón, los estratos I y II de Las Madrigueras, El Baldío, Arroyo Culebro, Palomar de Pintado o Villarejo de Salvanés. Sin embargo, y como hemos visto, hay indicios claros de que su presencia puede ser anterior y que podría estar plenamente consolidada en una época tan temprana como el siglo V a.C. Esta cronología más antigua estaría apoyada no sólo por su aparición en yacimientos considerados de transición como Los Pinos, sino por el resto del conjunto de cerámicas a las que aparecen asociadas. Ya hemos llamado la atención acerca de cómo algunas de las piezas a mano características del final de la Primera Edad del Hierro podrían estar imitando formas de cerámicas grises, especialmente cuencos carenados y de ala ancha (fig. 5.9). Por otra parte, la aparición de cerámicas grises junto a piezas a torno muy antiguas, como una urna de orejetas localizada en la tumba III de Las Madrigueras y con una cronología de finales del siglo VI a.C. y la primera mitad del siglo V a.C. (Almagro, M. 1969: 38-39) y a otras cerámicas de características arcaicas (Almagro, M. 1969: 72-

73, 80) hacen pensar que las cerámicas grises de Las Madrigueras deben bajar su cronología hasta al menos el siglo V a.C.

En cuanto al resto de las cerámicas a torno documentadas en estos primeros momentos (fig. 5.10), constituyen un pequeño conjunto muy uniforme de tinajas con perfil en "s" y formas ovoides o troncocónicas. Un número apreciable de las piezas presente el característico borde de "pico de ánade". Desde el comienzo de la aparición de estas piezas se documentan ejemplares pintados, generalmente con líneas y bandas paralelas que abarcan toda la pieza y que generalmente han sido interpretadas como un rasgo arcaico (Bonet, H. y Mata, C. 2008). La pintura también se distribuye ocasionalmente sobre el borde de la pieza, algo relativamente común en este periodo. En resumen, parece que las primeras piezas de tipo ibérico que aparecieron en la zona fueron relativamente grandes, prefiriéndose otra cerámica (la gris) para piezas más pequeñas. Esta situación irá cambiando rápidamente a lo largo de la primera mitad del siglo V a.C., cuando aumenta paulatinamente la variedad de tipos de cerámicas a torno de tipo ibérico.

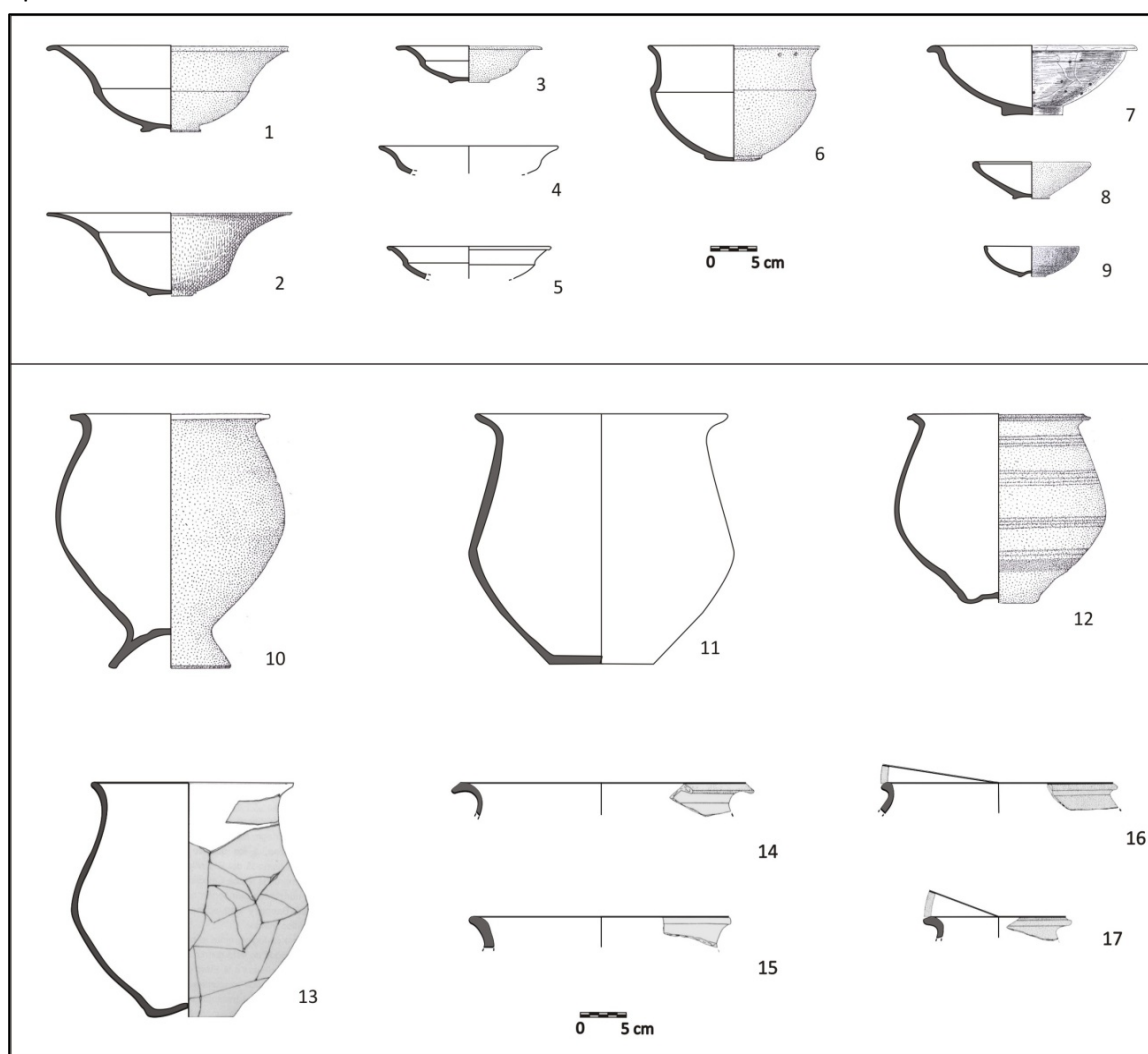


Figura 5.8: primeras cerámicas a torno documentadas en el valle medio del Tajo. 1-9 cerámicas a torno grises, 10-17 cerámicas a torno ibéricas. 1-3, 6-9, 10, 12 Las Madrigueras, 4-5 Los Pinos, 13 Arroyo Butarque, 14-17 El Caracol. Adaptado de (Almagro, M. 1969, tablas VI, X; Blasco, M. C. 1992; Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1983; Blasco, M. C. et al. 2007, fig.3; Muñoz, K. y Ortega, J. 1996, fig. 3 y Oñate, P. et al. 2007: 16). Pieza nº 13 sin escala en el original

Acabamos de hacer referencia al proceso de imitación de cerámicas a torno que se documenta a finales de la Primera Edad del Hierro y al que ya aludimos al analizar la cultura material de ese periodo. Queremos detenernos un poco más detalladamente en él por su doble interés cronológico y social. Respecto del primero, las connotaciones son evidentes: si aceptamos que estas piezas representan imitaciones de cerámicas a torno, es lógico pensar que tuvieron que tener como modelo cerámicas realizadas con esta tecnología, incluso aunque no estén documentadas en algunos yacimientos en los que sólo se han detectado imitaciones. Es decir, que determinados tipos de cerámicas a mano estarían indicando de manera indirecta el comienzo de la aparición de cerámicas a torno. Si aceptamos esta premisa, los yacimientos en los que aparecen cuencos de ala ancha o con carenas suaves y las piezas con perfiles en "s" serían evidencias de que aunque no se hayan localizado, las primeras cerámicas a torno podrían estar ya presentes en la zona. La interpretación en La Albareja, yacimiento que hemos situado cronológicamente en la segunda mitad del siglo VI a.C. de dos piezas realizadas con un elemento giratorio ¿torno lento? podría ser otro indicio de los primeros pasos de esta aparición (Consuegra, S. y Díaz-del-Río, P. 2007: 142).

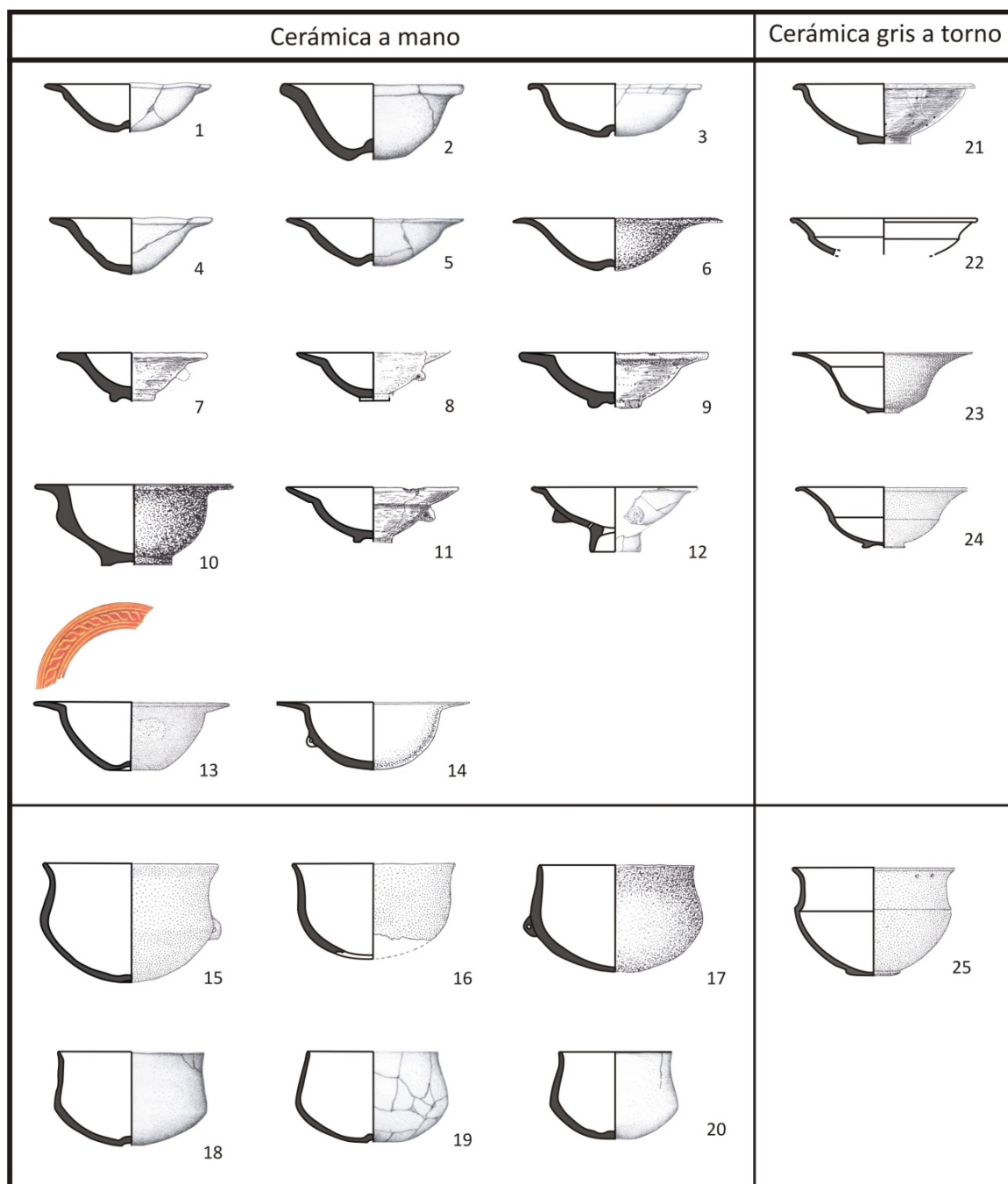


Figura 5.9: posibles imitaciones a mano de piezas de cerámica gris a torno. 1-5, 12, 18-20 Arroyo Butarque; 6, 10, 17 Las Esperillas; 7-11, 13-16, 21, 23-25 Las Madrigueras; 22 Los Pinos. Adaptado de (Almagro, M. 1969, tablas IV y X; Blasco, M. C. *et al.* 2007, figs. 7 y 9; García, A. A. y Encinas, M. 1987, láminas III y IV y Muñoz, K. y Ortega, J. 1996, fig. 3). Diferentes escalas.

En cuanto al significado social de las cerámicas a torno, parece bastante claro que en estos momentos debió formar parte del conjunto de objetos valorados por su escasez y originalidad, y utilizada dentro de los procesos de competición que como vimos comenzaban a aparecer a mediados del siglo VI a.C. En el caso de las necrópolis, es significativo que en Arroyo Butarque la única cerámica a torno aparezca en una de las tumbas más ricas del conjunto, que presenta un collar de colgantes amorcillados único en la región (Blasco, M. C. *et al.* 2007). En cuanto a las cerámicas localizadas en Las Madrigueras, son mucho más abundantes – quizá por la cercanía al mundo ibérico – y parecen insertos en el mismo tipo de contextos. En estos momentos, parece

que la novedad de estas piezas pesa tanto o más que la calidad de las mismas, aunque hay una clara tendencia a la adquisición de cerámicas grises.

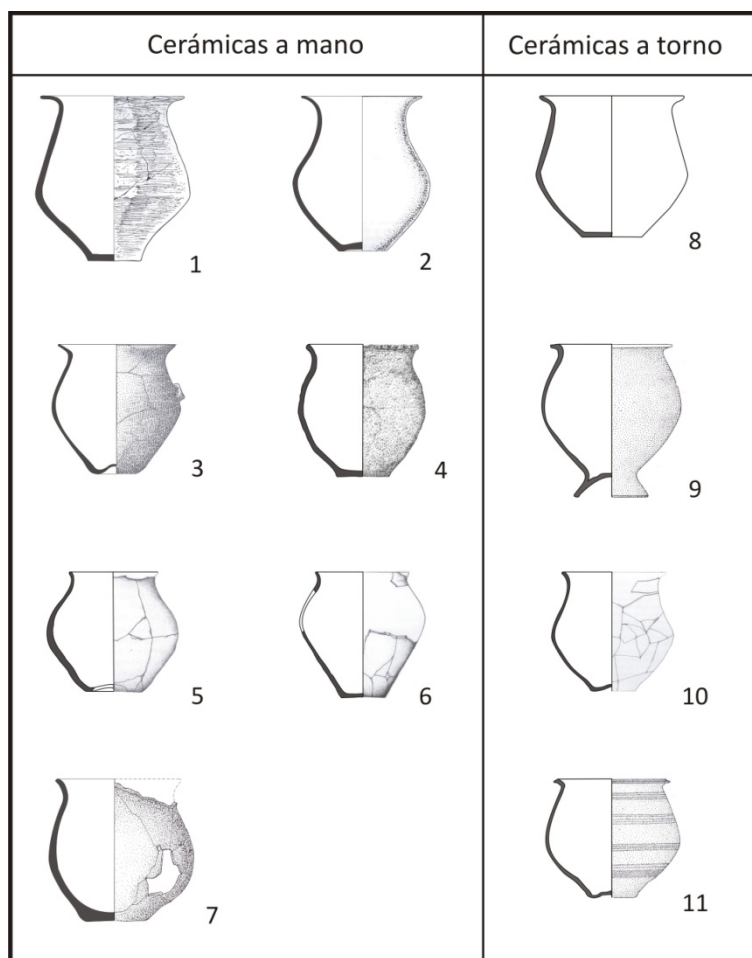


Figura 5.10: cerámicas a torno con perfil en S y posibles imitaciones a mano. 1-3, 9, 11 Las Madrigueras; 4 Palomar de Pintado, 5, 10 Arroyo Butarque, 7 Las Esperillas, 8 Los Pinos. Adaptado de (Almagro, M. 1969, tablas II, VI y XI; Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1983; Blasco, M. C. *et al.* 2007, fig. 4 y 11; García, A. A. y Encinas, M. 1987, lám. I; Muñoz, K. y Ortega, J. 1996, fig. 3 y Pereira, J. *et al.* 2003, fig. 3)

Aunque en otros apartados vamos a analizar la cultura material de estos momentos, podemos trazar un pequeño guión del proceso de transformación de la cultura material. Así, conforme aumentan la presencia de cerámicas a torno importadas a comienzos del siglo V a.C., se va redefiniendo su papel dentro del conjunto de la cultura material. En primer lugar, la existencia de más piezas (aunque siga siendo en porcentajes inferiores al 4%) hace disminuir la existencia de imitaciones que son menos necesarias porque las auténticas son más accesibles. En segundo lugar, no todas las cerámicas a torno van a ser utilizadas ya como símbolos de

prestigio, tan sólo aquellas de mayor calidad o más decoradas. Esta tendencia va a continuar hasta alcanzar porcentajes en torno al 15%

como vimos al analizar la distribución en los gráficos. Finalmente, la adquisición de la tecnología del torno aceleraría de forma sustancial este proceso democratizando su presencia. La respuesta sería la desaparición casi absoluta no sólo de fenómenos de imitación dentro de las cerámicas a mano, sino la paulatina sustitución de este tipo de cerámicas por aquellas realizadas a torno. Asimismo, la expansión del nuevo tipo de cerámicas reforzaría la tendencia marcada anteriormente a una dicotomía entre piezas a torno de calidad media/ baja y piezas de buena calidad, así como a la presencia de piezas de importación foráneas que comienzan a aparecer en el siglo V a.C. como las primeras cerámicas áticas. El proceso ha sido resumido en el siguiente cuadro (fig. 5.11):

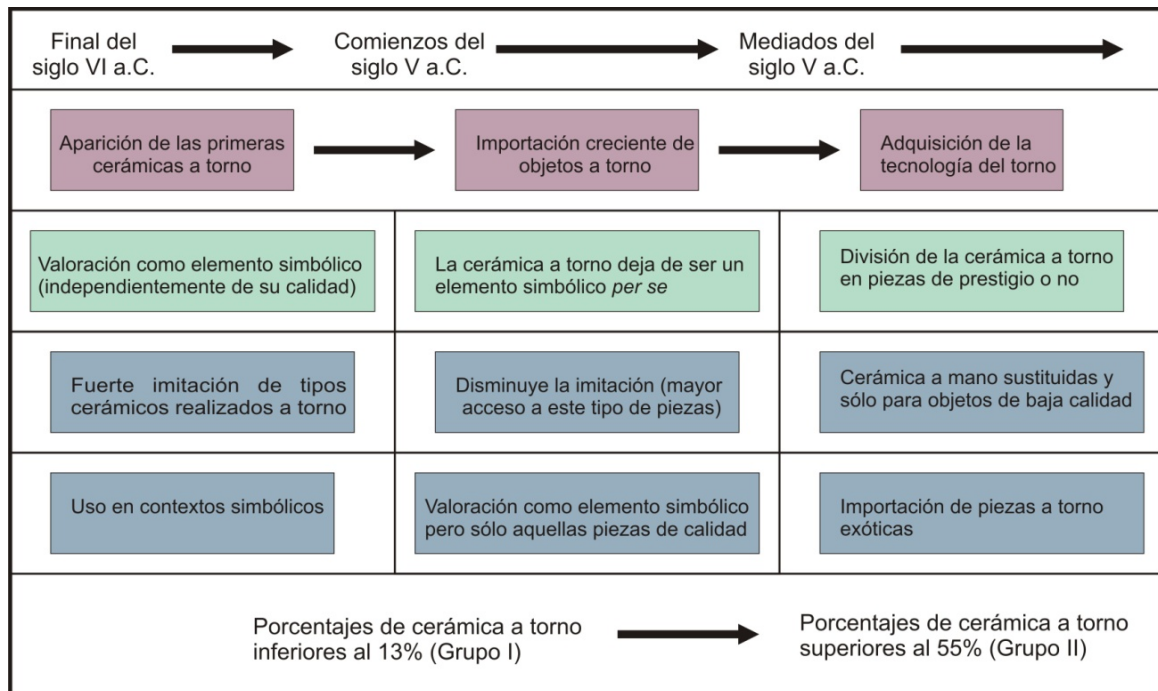


Figura 5.11: proceso de introducción de la cerámica a torno en el valle medio del Tajo y posibles consecuencias en los conjuntos cerámicos y sus connotaciones sociales y simbólicas.

Nos quedaría tratar de definir mejor el momento en que se produce el salto que hemos detectado en los porcentajes de cerámica y que hemos achacado a la adquisición de la tecnología del torno de alfarero. En este sentido y como explicamos en la introducción a este capítulo, tenemos la suerte de contar con el yacimiento de Arroyo Culebro A, que ha sido excavado y publicado sistemáticamente y cuyas características lo sitúan en la transición entre ambos periodos. El yacimiento se localizó muy cerca de la necrópolis de Arroyo Culebro D, a la que se asoció en un primer momento, aunque posteriormente se comprobó que era de cronología posterior. Se trata de un pequeño asentamiento completamente arrasado del que apenas se conservan restos consistentes en algunos hogares de forma oval o circular, algunas fosas de función indeterminada y posibles restos de adobes en la ampliación SW de una de las áreas de excavación (Penedo, E. *et al.* 2002: 77). No se detectaron evidencias de zócalos u otras estructuras en piedra.

El conjunto de materiales está muy alterado por procesos postdeposicionales, pero es bastante homogéneo y tan sólo muestra algunas intrusiones de época medieval y moderna que no fueron incluidas en el estudio. El análisis de los materiales recogidos ha permitido datar el yacimiento como perteneciente al comienzo de la Segunda Edad del Hierro (Penedo, E. *et al.* 2002) ocupado durante cierto tiempo a juzgar por la superposición de hogares y abandonado de forma pacífica. De acuerdo a nuestro análisis, las características materiales del yacimiento apuntan a que esta ocupación debió darse en torno a la mitad del siglo V a.C.

Aunque no contamos con los porcentajes exactos de cerámicas a mano y a torno, éstas últimas aparecen de forma abundante en el yacimiento aunque son minoritarias respecto de las cerámicas a mano. Las características de estas últimas (fig. 5.12) corresponden a las ya descritas para la etapa final de la Primera Edad del Hierro y con características similares a las de Los Pinos:

piezas lisas o con decoraciones escasa (ninguna incisa), cuencos de borde exvasado similares a los de ala ancha y presencia significativa de ollas de borde exvasado de perfil en "s". En cuanto a las cerámicas a torno (fig. 5.13), se documentan tres tipos principales: a torno bastas - destinadas a almacenaje y a preparación de alimentos (Penedo, E. *et al.* 2002: 83) -, cerámicas grises a torno y cerámicas a torno de tipo ibérico con pastas anarajadas y grises, con decoración a bandas y ocasionalmente de círculos concéntricos. También se han documentado piezas con bordes denominados "pico de ánade", muchas de ellas con pintura en el interior o en el borde. El conjunto formal es bastante limitado, consistiendo principalmente en tinajas, vasos y cuencos.

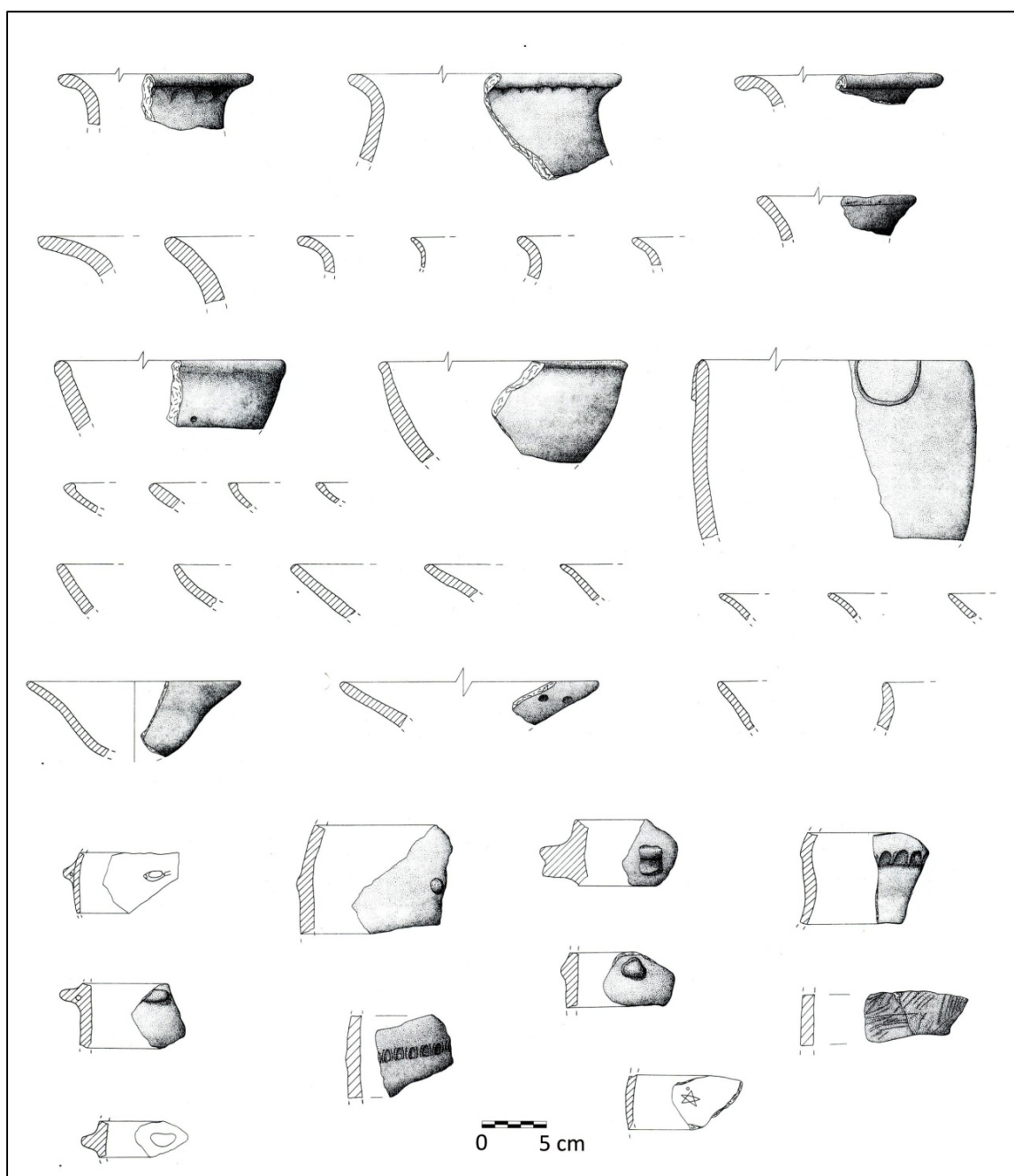


Figura 5.12: cerámica a mano de Arroyo Culebro A. Adaptado a partir de (Penedo, E. *et al.* 2002: 81-82, 85)

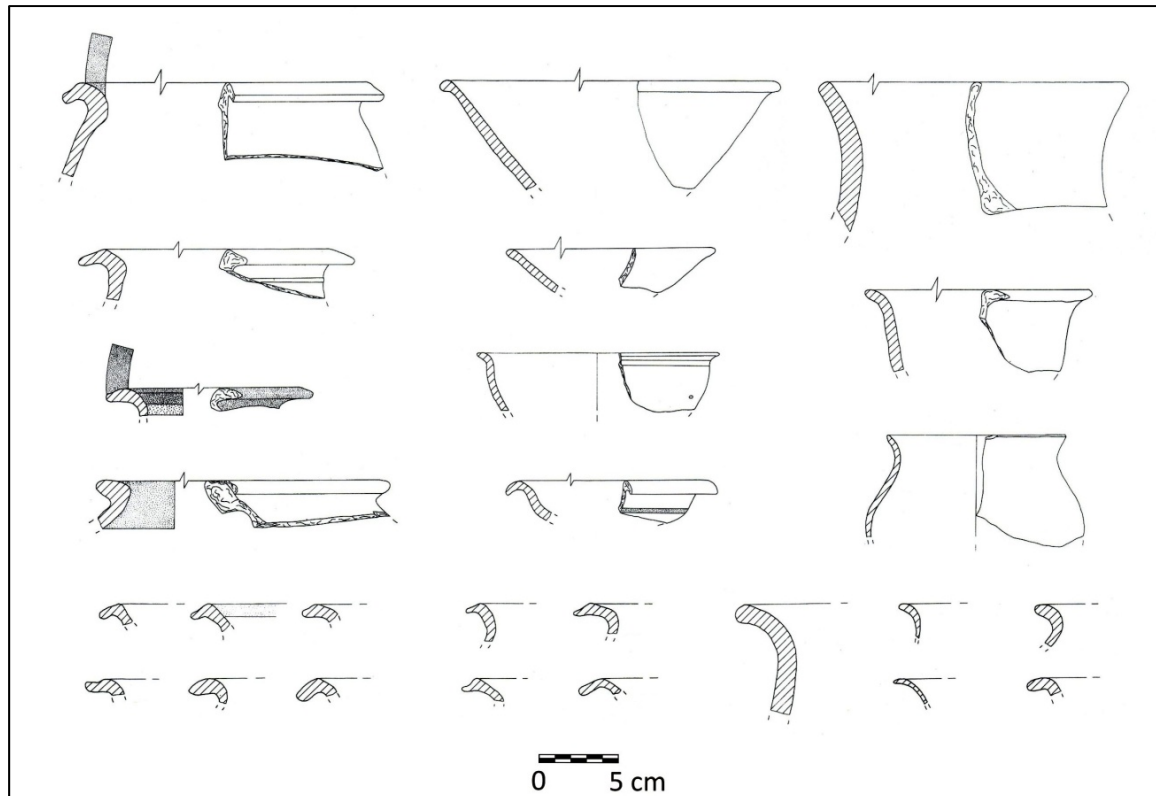


Figura 5.13: cerámica a torno de Arroyo Culebro A. A partir de (Penedo, E. et al. 2002: 85)

Como hemos dicho, los diseños de las cerámicas pintadas son en estos momentos muy simples (fig. 5.14), en su mayor parte combinaciones de líneas y bandas paralelas y de manera más

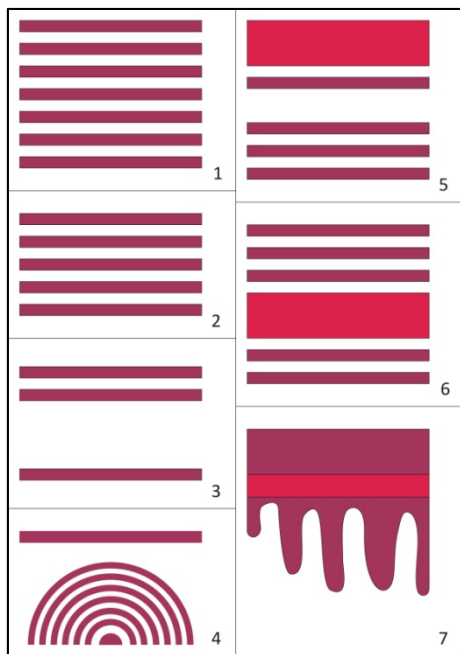


Figura 5.14: patrones decorativos de las cerámicas de tipo ibérico de Arroyo Culebro A. A partir de (Penedo, E. et al. 2002: 86)

minoritaria semicírculos concéntricos y en ocasiones combinaciones con trazos muy simples. Los colores mayoritarios son rojo vinoso, anaranjado, marrón y en menor medida negro y gris. Se ha documentado la bicromía combinando tonos rojizos con negro, aunque de manera muy excepcional. La pintura se dispone también sobre el borde y en la parte superior interior de algunas de las piezas.

En cuanto a los metales (fig. 5.15), se ha recuperado un conjunto bastante significativo que consiste en dos fíbulas de doble resorte, dos cuchillos afalcatados y varios clavos y herramientas de hierro. Es decir, el horizonte que presenta Arroyo Culebro A es el de un yacimiento en el que se han incorporado ya innovaciones tecnológicas como el torno o la siderurgia pero que aún conservan un componente material muy relacionado con la Primera Edad del Hierro. En este sentido, la presencia de fíbulas de doble resorte de

punto oval es muy significativa, ya que se trata de un tipo de fíbula muy escasa en la región - sólo se han documentado tres ejemplares, en la necrópolis de Las Esperillas, en el Cerro de las Nieves y en este yacimiento - y con una cronología bastante precisa muy a finales del siglo VI

a.C. y el siglo V a.C. (González, C. 1999: 56), aunque su periodo de auge se centraría en la mitad de esta centuria (Argente, J. L. 1994: 57). Dado que el porcentaje de cerámica a torno presente en el yacimiento es lo suficientemente alto como para considerar que no puede ser importado, la tecnología del torno debió introducirse poco antes, a mediados del siglo V a.C. Esta cronología no sólo sería coherente con los datos que hemos defendido de una rápida asimilación de la tecnología del torno en la región y con los resultados de nuestro análisis de correspondencias, sino que coincidiría con las conclusiones que han alcanzado otros autores desde líneas de trabajo alternativas.

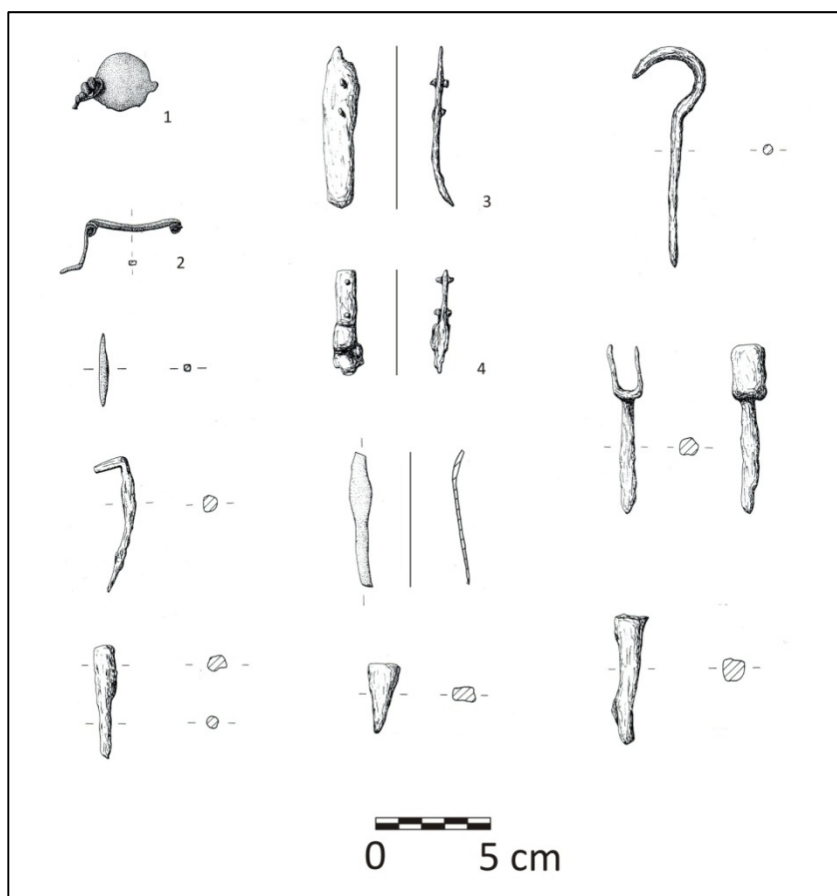


Figura 5.15: objetos de metal de Arroyo Culebro A. 1 fíbula de doble resorte de puente oval. 2 fíbula de doble resorte de puente simple. 3-4 cuchillos afalcatados. 1-2 bronce, resto hierro. A partir de (Penedo, E. *et al.* 2002) e informe inédito ARTRA

Los datos de Arroyo Culebro apuntan a que desde las primeras evidencias de cerámicas a torno importadas hasta la adquisición de la tecnología pasaron escasamente 50 años, dos generaciones. ¿por qué se produjo tan rápido este proceso? En el estado de conocimientos actual no podemos aproximarnos a los mecanismos que favorecieron y agilizaron el aprendizaje de esta tecnología. Pero sí hay un aspecto que pudo facilitar la transmisión del conocimiento para la fabricación de cerámicas a torno, y es que parte de los procesos previos

asociados a esta tecnología - recogida, decantación y preparado de la arcilla, uso de desgrasantes e incluso técnicas de cocción – eran conocidos previamente. En este sentido, parece claro que los alfareros del valle medio del Tajo, con una gran tradición caracterizada por piezas a mano de excelente calidad y con unos recursos naturales muy adecuados para esta actividad, tuvieron bastante avanzado el camino para adaptarse a una nueva forma de trabajar la cerámica.

Que la adquisición de la tecnología del torno fuera rápida y que el uso de este tipo de cerámicas se expandiera igualmente rápido, como todo parece indicar, no significa necesariamente que tuviera unas repercusiones económicas inmediatas en la economía de los grupos que la utilizaron. Los procesos que supuestamente se asocian a la adquisición de este tipo de

tecnologías y que generalmente implican a un aumento de la complejidad social - aparición de especialistas, fabricación a gran escala y aparición de redes de distribución - no se documentan hasta cierto tiempo después, en un proceso que hemos asociado a un segundo salto cuantitativo en el que los porcentajes de cerámicas a torno alcanzan cifras superiores al 80%. No vamos a entrar por tanto aquí en la valoración de las implicaciones económicas que tuvo la cerámica a torno, algo que analizaremos en otro apartado. En estos primeros momentos, tuvo un peso simbólico mucho más fuerte y se insertó dentro de los parámetros previos que caracterizaban la Primera Edad del Hierro, donde al comienzo sólo constituyó otro objeto exótico más utilizado en los procesos de competición social iniciados durante el siglo VI a.C. La expansión de estas cerámicas en momentos posteriores hizo que su presencia adquiriera otro tipo de implicaciones, pero éstas se produjeron en un contexto en el que la tecnología ya se había asimilado completamente dentro de los grupos que habitaban la región.

Junto con el torno, la otra gran tecnología que comienza a implantarse en estos momentos en el valle medio del Tajo es la siderurgia. La implantación a gran escala de la metalurgia del hierro supone un cambio cuantitativo y cualitativo con unas repercusiones económicas y sociales muy profundas. Como en otras novedades del registro material, su aparición en nuestra región tiene varias posibles facetas de análisis y en este caso, aunque los datos son escasos, puede realizarse una breve aproximación a las características e implicaciones de esta tecnología.

Y es que, al contrario de lo que defendimos para el torno de alfarero, la metalurgia del hierro es completamente diferente de la del bronce, lo que dificulta su aprendizaje y expansión. Estos cambios comienzan en las características del metal, que nunca aparece en estado nativo en la naturaleza y que por tanto necesita una serie de procesos previos para ser obtenido, continúan con las características de la fundición (al contrario que el bronce, el hierro nunca llegó a fundirse hasta la Edad Media (Gener, M. 2010: 199) salvo en ocasiones excepcionales) y son especialmente significativas en los métodos de trabajo del metal, mucho más complejos en el caso del hierro y del acero. Las temperaturas - asumiendo que obtener hierro fundido a 1538° C sería generalmente inviable - serían similares a las de los hornos de bronce, en torno a 900 - 1200°. No vamos a discutir aquí los detalles de la tecnología del hierro y del acero, que han sido muy bien sintetizados en publicaciones muy recientes (Gener, M. 2010), pero sí creemos necesario recalcar que la introducción de esta tecnología conlleva un tipo de dificultades muy superiores a las planteadas para el torno.

A este problema estructural se une otro ya planteado al hablar de los recursos económicos de la zona durante la Primera Edad del Hierro: la lejanía de las fuentes de abastecimiento de minerales. En el caso del hierro, salvo algunos afloramientos muy escasos en el Sistema Central el resto de zonas ricas en hierro se encuentran sustancialmente lejos del área central del valle medio del Tajo, lo que hizo a las comunidades que lo habitaban muy dependientes de un material absolutamente estratégico (fig. 5.16). Esta situación debió condicionar no sólo la disponibilidad de objetos de hierro y la capacidad para aprender y desarrollar la tecnología para el trabajo diario, sino también el tipo de relaciones establecidas con los grupos limítrofes situados en las zonas donde aparece este mineral. Finalmente, hay que recordar que la escasa información disponible apunta a que la metalurgia del valle medio del Tajo no tenía un gran desarrollo ni especialización, al menos en los comienzos de la Edad del Hierro donde las

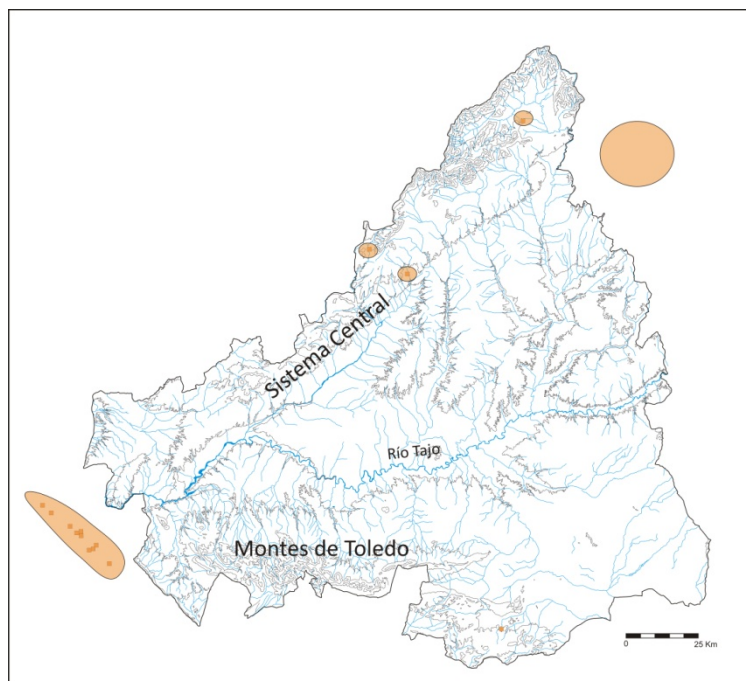


Figura 5.16: áreas con yacimientos de minerales de hierro en la periferia del valle medio del Tajo

características del único yacimiento con instalaciones metalúrgicas conocido estaba caracterizado por una tecnología más cercana al Bronce Final que a la Edad del Hierro (Urbina, D. *et al.* 2007: 59).

Sea por la conjunción de estos factores o por la carencias en la información, lo cierto es que los datos sobre el uso del hierro - no digamos evidencias de actividad metalúrgica - son muy escasos en el valle medio del Tajo en los comienzos del siglo V a.C., aunque es evidente que la mala calidad del registro arqueológico dificulta una

visión de conjunto. En este sentido, las piezas de hierro más antiguas serían los cuchillos afalcatados de Arroyo Butarque y Palomar de Pintado, que ya vimos en anterior capítulo. Arroyo Butarque, donde el cuchillo de hierro aparece en un contexto en el que se ha documentado también la aparición de las primeras cerámicas a torno tendría una cronología de finales del siglo VI a.C. - comienzos del siglo V a.C.

La cronología de la tumba 76 de Palomar de Pintado presenta muchos más problemas ya que viene asociada a una datación radiocarbónica de 1060-880 a.C. calibrada a 2σ , una cifra muy alta que fue aceptada por los directores de la excavación para considerar este cuchillo como uno de los más antiguos de la meseta sur, procedente con total seguridad de intercambios con grupos que dispusieran de esta tecnología (Pereira, J. *et al.* 2003: 164). La fecha presenta algunos problemas de interpretación. En primer lugar, de la fase que podríamos considerar como perteneciente a la Primera Edad del Hierro se conocen muy pocas tumbas, por lo que no pueden compararse los resultados radiocarbónicos con los proporcionados por los materiales. En segundo lugar, algunas de las fechas utilizadas en la discusión, como la datación de Termoluminiscencia de Arroyo Culebro A, con una desviación estándar de 275 años, no sirven para comparar ambos yacimientos. Asimismo, se obvian algunas implicaciones más allá de la antigüedad de la presencia de hierro en la Meseta: si aceptamos la fecha de C14 propuesta por los autores, también tendríamos que asumir la presencia de necrópolis de incineración en la meseta sur en unas fechas tan tempranas como los siglos XI-IX a.C., algo que con los datos de que disponemos parece fuera de lugar. Finalmente hay que destacar también la crítica realizada por Dionisio Urbina (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 252) a la aceptación de una fecha tan antigua, aunque sorprendentemente este autor utilice esta misma fecha para justificar la alta cronología obtenida por radiocarbono en el yacimiento de Las Camas (Urbina, D. *et al.* 2007: 79).

Con los datos de que disponemos, la cronología de Arroyo Butarque parece mucho más ajustada para la llegada de los primeros objetos de hierro. Hay cada vez más evidencias de presencia de objetos de hierro en la Península ibérica en contextos del Bronce Final y con cronologías radiocarbónicas de los siglos XI-IX a.C (Ruiz-Gálvez, M.L. 2009) que además han permitido reexaminar otros materiales como los localizados en El Berrueco (Salamanca) dentro de un contexto correspondiente a Cogotas I y que podrían presentar una cronología en torno al siglo X-IX a.C. (Almagro, M. 1993: 89). Sin embargo, la inmensa mayoría de las referencias a la fundición de hierro provienen de contextos fenicios y orientalizantes o en zonas con presencia o influencia fenicia (Rovira, S. 1993: 57), y los ejemplos más cercanos a nuestra zona, como el de los fragmentos de hierro de El Carpio, se datarían en torno al siglo VII a.C. (Pereira, J. 1994: 282; Pereira, J. y Álvaro, E. de. 1988), con unas características realmente excepcionales y precisamente relacionados directamente con el hinterland tartésico y en un contexto de influencias orientalizantes.

Estos datos nos llevan a mantener las fechas de finales del siglo VI a.C. - comienzos del siglo V a.C. como las más probables para la llegada de las primeras piezas de hierro para nuestra zona. En este sentido, coincidimos con M^a.C. Blasco (2007: 225) y J. Pereira (Pereira, J. *et al.* 2003: 164) en el carácter alóctono de las piezas. En cuanto al momento en el que debió asimilarse la siderurgia, la escasez de información nos impide abordar un análisis similar al realizado con la cerámica a torno. Hay sin embargo, un dato interesante: en el yacimiento de Arroyo Culebro A, que como vimos podría situarse a mediados del siglo V a.C., junto a dos cuchillos curvos se recogieron otros objetos realizados en hierro, entre ellos dos clavos. Estos objetos constituyen las evidencias más antiguas de objetos de uso cotidiano localizados en el valle medio del Tajo, ya que los cuchillos afalcatados, presentes en la mayoría de las necrópolis de la Península ibérica, parecen haber tenido cierto valor simbólico añadido a su función cotidiana. Si aceptamos que es poco probable que los clavos fuesen objeto de importación, los materiales de Arroyo Culebro A podrían estar indicando el comienzo de la producción local de objetos de hierro, que se produciría a mediados del siglo V a.C. y paralelo por tanto al de las cerámicas a torno.

Por desgracia, carecemos de datos arqueométricos que puedan ayudarnos a valorar las características tecnológicas en los comienzos de la metalurgia del hierro en el valle medio del Tajo, por lo que desconocemos si las piezas se realizaron con hierro dulce o presentan algún porcentaje de carbono, si ha sido trabajado en frío como con el bronce (como ocurre a veces cuando se está comenzando a desarrollar la tecnología) o si está forjado, si existen diferencias entre los tipos de piezas, etc. En Arroyo Culebro A parece que ya se ha producido una dicotomía característica de los registros arqueológicos en los que se documenta hierro y bronce: la especialización de objetos según el material de fabricación. Así, todas las fíbulas localizadas están realizadas en bronce, pero no hay ningún objeto utilitario fabricado con esta aleación. Esta situación apuntaría a un momento en el que existe ya una especialización en la elección de la materia prima en función del uso al que estaba destinado cada objeto.

Así pues, aun con la poca información disponible creemos que es posible proponer un proceso de introducción del hierro en la región que tendría algunos paralelos con el de la cerámica a torno. Las primeras piezas son exclusivamente cuchillos afalcatados y llegarían a finales del siglo VI a.C. dentro del contexto de adquisición de bienes de prestigio que caracteriza el final de la

Primera Edad del Hierro, teniendo una función exclusivamente simbólica y apareciendo en general antes en las necrópolis que en los asentamientos (Blasco, M. C. *et al.* 2007: 225). A mediados del siglo V a.C. se documentan los primeros objetos estrictamente funcionales, en general de pequeño tamaño y acompañados de cuchillos afalcatados que ya no están amortizados en las necrópolis. Esta situación podría indicar el momento en el que se ha conseguido aprender la tecnología. Contrariamente a lo ocurrido con la cerámica a torno, no se observa un incremento sustancial de objetos de hierro, puesto que las dificultades para la obtención de la materia prima y la complejidad y seguramente coste de la fabricación de los objetos debieron limitar la generalización de este metal, al menos hasta momentos más avanzados de la Segunda Edad del Hierro. Dado el escaso tamaño y la funcionalidad de las piezas de hierro documentadas, la interpretación más plausible es que la utilización de este material no tuvo unas repercusiones inmediatas en la economía de estos grupos, y que las ventajas del hierro en las diferentes actividades económicas no se hicieron evidentes hasta pasado un tiempo.

5.2.3. Nuevos materiales, mismas estrategias

Si echamos la vista atrás en la exposición anterior, las principales referencias al cambio se han centrado en aspectos estrictamente materiales. La introducción de nuevas tecnologías, la sustitución de unos tipos por otros, la aparición de piezas procedentes del ámbito mediterráneo o la adopción de la construcción en duro han sido los criterios utilizados para justificar la transformación de una sociedad en algo que, desde un punto de vista estrictamente formal y desde el final del proceso, parece completamente diferente. ¿Es realmente así? Por una parte, todos los elementos de cambio discutidos arriba son innegables. Lo que no está tan claro es la forma en que se imbricaron dentro de la sociedad que los acogió. En este sentido, es necesario recordar que las sociedades no asimilan sin más los objetos tal y como vienen del exterior, sino que los reinterpretan y utilizan dentro de sus contextos locales específicos, de manera que la llegada de una determinada tecnología no tiene por qué suponer cambios sustanciales e inmediatos más allá de la sustitución de un tipo de objetos por otros, hasta que no se modifiquen los parámetros socioeconómicos de la sociedad que la utiliza y dicha tecnología se inserte dentro de ella. Puesto que muchas tecnologías conllevan el potencial suficiente como para modificar esos parámetros, hay que prestar atención a la interrelación entre ambas estructuras para valorar adecuadamente los ritmos y el alcance del cambio.

Como hemos visto, en la primera mitad del siglo V a.C. éste cambio es especialmente claro en la cultura material. Ya hemos visto los aspectos más relevantes al analizar la introducción del torno y de la siderurgia en la región, las principales características técnicas, formales y decorativas de los nuevos objetos y los contextos en que aparecen. Pese a la aparente variabilidad de objetos, lo cierto es que existe un conjunto de indicadores bastante uniforme que describe la cultura material de este periodo y que hemos resumido en la figura 5.17.

Principales rasgos de la cultura material del valle medio del Tajo (mediados del siglo V a.C.)	
Cerámica a mano	Cerámica a torno
<p>Mayoritaria pero disminuyendo bruscamente a mediados del siglo V a.C.</p> <p>Predominio absoluto de formas lisas.</p> <p>Decoraciones más características: digitaciones, retículas muy marcadas, impresiones.</p> <p>Tendencia a la desaparición de formas de buena calidad, predominio de formas de tamaño medio, cuencos y ollas.</p> <p>Desaparición casi absoluta de cerámicas de engobe rojo y pintura postcocción.</p> <p>Aumento progresivo de formas con perfiles en S.</p> <p>Disminución progresiva de las imitaciones de piezas a torno.</p>	<p>Presencia significativa de cerámica gris.</p> <p>Repertorio de formas muy limitado: cuencos y platos carenados, caliciformes y cuencos con borde engrosado en cerámica gris, tinajas, tinajillas y excepcionalmente, cuencos en la cerámica a torno ibérica.</p> <p>Piezas más exóticas (variantes de vasos <i>a chardon</i>, urnas de orejetas) sólo en contextos funerarios.</p> <p>Decoraciones muy simples: bandas y líneas que decoran la totalidad de la pieza. También se decora el borde y la parte superior interior de muchas piezas. De forma excepcional, semicírculos concéntricos y otros diseños simples. Predomina la monocromía.</p> <p>Presencia significativa de bordes de pico de ánade.</p>
Metal	
<p>Fíbulas de doble resorte de puente oval o circular (en ocasiones, modelos más antiguos).</p> <p>Reducción muy significativa de objetos de bronce.</p> <p>Cuchillos afalcatados de hierro, en contextos funerarios y domésticos.</p> <p>Aparición (discreta) de las primeras herramientas (además de los cuchillos).</p>	

Figura 5.17: principales características de la cultura material a mediados del siglo V a.C.

Como hemos ido viendo, parece que las transformaciones de la cultura material detectadas no afectaron sustancialmente a la forma en que se concebía el uso de los objetos en las comunidades de la región. Dejando de lado la sustitución de unos objetos por otros, las nuevas piezas aparecen en los mismos contextos y parecen haber tenido el mismo significado de objetos de prestigio asociados a su escasez, exotismo u origen autóctono que las piezas a las que sustituyen. Aunque los yacimientos que se conocen son muy escasos, no se aprecian cambios en otros ámbitos de la sociedad, ni en los patrones de asentamiento ni en la complejidad de los mismos, ni en la base económica de los asentamientos o cualquier otro aspecto de la realidad que pudiera evidenciar cambios estructurales en la realidad de las poblaciones del valle medio del Tajo.

En este sentido, en el caso de las construcciones denominadas "en duro" ya vimos que se habían documentado en yacimientos del siglo VI a.C. como La Capellana o Puente Largo de Jarama y posteriormente en otros de finales de la Primera Edad del Hierro como El Caracol o la fase IB de El Colegio. Sin embargo, al contrario que con la dinámica observada para la asimilación del torno

no parece que este tipo de técnica constructiva se expandiera rápidamente por la región: yacimientos como Arroyo Culebro A y Arroyo Culebro UAM presentan una notable ausencia de estructuras construidas en piedra, y valorando los datos en su conjunto parece que hasta finales del siglo V a.C. no se produce la sustitución definitiva de unos materiales por otros. Sí es cierto que cuando se produce, el conjunto de yacimientos documentados presenta una uniformidad sorprendente que hace que deba plantearse un periodo anterior de transición, pero con los datos actuales no podemos confirmarlo. Durante el siglo V a.C. las características del poblamiento son esencialmente, las mismas que durante los dos siglos anteriores.

Tampoco las necrópolis, que en los momentos anteriores eran uno de los mejores indicadores para detectar los cambios sociales, muestran ahora cambios significativos. Tan sólo se detectan cambios en los ajuares, sin que las tumbas sufran modificaciones. Habíamos interpretado esta dualidad riqueza en los ajuares - homogeneidad en las tumbas como un indicio de los límites sociales impuestos a la competición y exhibición de riquezas. Esta dicotomía se mantiene pese a los cambios en la cultura material. Como ocurría en el caso de los objetos de metal y las

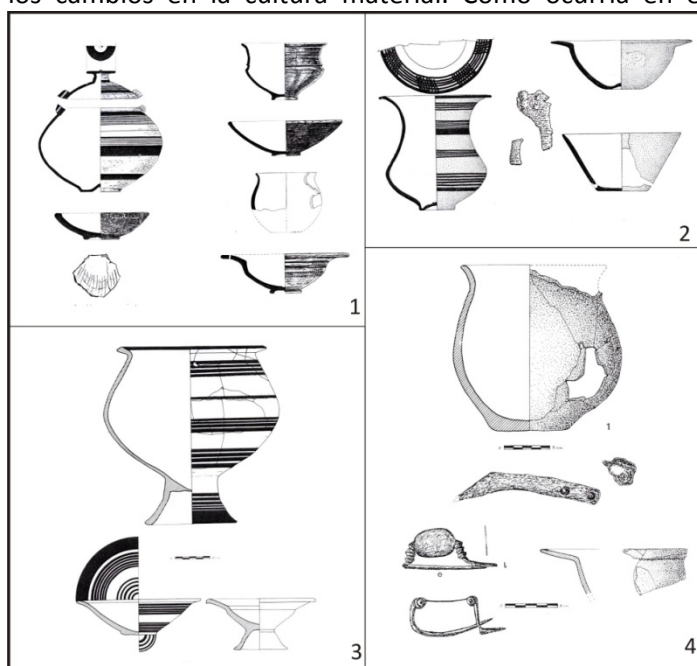


Figura 5.18: tumbas de mediados del siglo V a.C. en las Madrigueras (1-2) y Las Esperillas (3-4). A partir de (Almagro, M. 1969, figs. 12, 47 y García, A. A. y Encinas, M. 1987, láms. I y V).

primeras evidencias del hierro y del torno, es en el ámbito funerario en el que se detecta primero la incorporación del torno a los repertorios materiales, lo que implica que su incorporación inicial es en un contexto simbólico y social antes que económico. Es decir, que la cerámica a torno y el hierro son interpretados dentro de las coordenadas sociales de unas comunidades cuyas estructuras socioeconómicas son aún características del periodo anterior. Ya hemos visto que las primeras tumbas con piezas realizadas a torno presentan sobre todo cerámicas grises y de tipo ibérico. Esta tendencia va a consolidarse a lo largo del siglo V a.C., pero

apreciándose además un incremento cualitativo de las piezas a torno que aparecen en los enterramientos, donde comienzan a aparecer ejemplares muy características del mundo ibérico antiguo, como las urnas de orejetas o adaptaciones de los vasos *a chardòn* (fig. 5.18). Este tipo de piezas son escasas en el valle medio del Tajo, se concentran en las necrópolis y en general en la periferia de la región, en necrópolis como Palomar de Pintado y Las Madrigueras, más cercanas al mundo ibérico del sudeste.

Que los cambios en algunas de las características formales de la cultura material no tuvieran un efecto inmediato sobre la sociedad del valle medio del Tajo no quiere decir que ésta fuera una sociedad inmovilista o conservadora, simplemente que estos cambios fueron incorporados a sus

dinámicas internas y utilizados de acuerdo a ellas. Y si hablamos de estas dinámicas, la realidad es que lo que se aprecia es una fuerte continuidad tanto en las estructuras básicas de las poblaciones como en las estrategias de manipulación y competición social, sin que se perciba que esta última pueda extrapolarse a ámbitos que no sean el de adquisición de prestigio. Como en los momentos anteriores, no hay ninguna evidencia de que estas exhibiciones de riqueza tengan una traslación directa al control de recursos o a que las primeras evidencias de rango adscrito que encontrábamos en etapas inmediatamente anteriores se hayan consolidado.

Sí que hay, en nuestra opinión, algunos ligeros cambios en este proceso. El primero de ellos es una cierta aceleración en la sustitución de unos objetos por otros, como si el deseo de obtener piezas cada vez más exóticas y más difícilmente imitables para consolidar posiciones de prestigio frente a rivales fuese creciente, implicando una mayor tensión interna conforme la competición social se hace más agresiva. En nuestra opinión, no es ajena a este proceso la tendencia a la intensificación económica que apuntamos en el capítulo anterior y que se apreciaba en los cambios en la composición de las cabañas ganaderas, con un ascenso de los bóvidos - implicando un trabajo más intensivo de la tierra - y de los caballos, que constituyen un símbolo de prestigio. Algunos otros elementos son interesantes, como el hecho de que en cuatro yacimientos de este momento de transición se hayan localizado más fusayolas que en todos los yacimientos de la Primera Edad del Hierro. Finalmente, la entrada creciente de objetos a torno - especialmente en los primeros momentos -, así como la aparición de piezas excepcionales como la urna de orejetas de Las Madrigueras implica una relación cada vez más fuerte de las relaciones con el ámbito mediterráneo y con el mundo ibérico, así como la existencia de relaciones cada vez más estables entre ambas regiones, con un flujo constante de objetos que se consolidará a lo largo del siglo V a.C.

Asimismo, y aunque hemos tratado de matizar las connotaciones de la adquisición y asimilación de las tecnologías del torno y de la siderurgia, es evidente que una vez generalizadas presentan unas implicaciones sociales y económicas muy fuertes. Respecto de las primeras, las actividades alfareras y metalúrgicas cada vez más especializadas suelen estar asociadas a la aparición de especialistas cuya actividad queda desligada del trabajo agrícola, y así, la existencia de artesanos ha sido reiteradamente vinculada al aumento de la complejidad social. Por otra parte, las implicaciones económicas del hierro son evidentes, y aunque en los primeros momentos fuese utilizado como un bien social más que por sus aplicaciones en la agricultura u otras actividades domésticas, su potencial debió ser explotado progresivamente y tuvo un efecto positivo en la economía de los grupos del valle medio del Tajo.

En nuestra opinión, la transición entre la Primera y Segunda Edad del Hierro debería ser considerada más bien una transformación desde un punto de vista material. A mediados del siglo V a.C., esta transformación define materialmente un nuevo horizonte asimilado a la denominada Segunda Edad del Hierro, en el que los cambios detectados a comienzos del siglo se habían consolidado dentro de la sociedad pero donde los parámetros socioeconómicos parecen muy similares a los del siglo anterior. Esta transformación material presentaba un fuerte potencial latente capaz de variar algunas de las pautas económicas, sociales y políticas de estos grupos. Hasta qué punto se modificaron es algo que tenemos que valorar al final del proceso, cuando se ha producido la supuesta transición a la Segunda Edad del Hierro.

5.3. Los comienzos de la Segunda Edad del Hierro: el valle medio del Tajo entre los siglos V - IV a.C.).

5.3.1. Introducción

Sin duda, uno de los problemas recurrentes de la arqueología protohistórica del valle medio del Tajo es la ausencia de estudios de síntesis detallados y la falta de precisión cronológica de la mayoría de los materiales arqueológicos. Esta indeterminación cronológica ha llevado a considerar este periodo como una etapa uniforme, definido de manera genérica por sus características materiales más obvias y en el que tan sólo la presencia de algunos objetos de importación sirve como criterio para diferenciar cronológicamente los yacimientos. Aun a riesgo de simplificar, podemos plantear que la cultura material de la Segunda Edad del Hierro en el valle medio del Tajo ha sido durante mucho tiempo una etapa antetemporal y estática, en la que los yacimientos y la cultura material eran esencialmente similares durante todo el periodo hasta la conquista de la región por Roma.

Por supuesto, hay excepciones a esta realidad, destacando especialmente el trabajo de Dionisio Urbina que desde su análisis especial del poblamiento en la Mesa de Ocaña ha criticado en diversas ocasiones la ausencia de periodizaciones afinadas en la Segunda Edad del Hierro en nuestra región y ha realizado propuestas basadas en las cronologías del mundo ibérico para avanzar en ese camino (Urbina, D. 1997: 546), generalmente a partir del estudio de las estrategias de ocupación del territorio, que por desgracia no han tenido eco en otros investigadores. Desde otro punto de vista, se ha aceptado de manera generalizada la aparición tardía de grandes asentamientos en la región, apoyada en la presencia de cerámicas campanienses en muchos de los yacimientos más extensos como Llano de la Horca o Dehesa de la Oliva, en las fuentes clásicas que describen la región y, porqué no decirlo, en una cierta precepción evolucionista de la historia que considera el aumento de complejidad social y material como inherente al devenir histórico.

Dejando de lado estas excepciones, lo cierto es que como ya hemos dicho el periodo permanece caracterizado por la introducción de tres indicadores tecnológicos (torno, siderurgia y construcción en piedra), sin que pueda especificarse mucho más. Sin la presencia de elementos de importación o de algunas piezas susceptibles de ser datadas como las fíbulas, los yacimientos del periodo caen de manera recurrente en una categoría genérica de "Segunda Edad del Hierro" que en realidad no aporta nada aparte de una etiqueta cronocultural. Pero es que además todo apunta a que esta imagen de uniformidad en la Segunda Edad del Hierro (al menos hasta finales del siglo III a.C.) es falsa. No sólo porque haya cambios sustanciales en el poblamiento que corresponden a cambios en las estrategias sociales y económicas de sus habitantes, como ha demostrado Dionisio Urbina en la mesa de Ocaña, sino porque como hemos apuntado en el apartado anterior, la primera parte de la Segunda Edad del Hierro parece mantener las características del periodo previo. Asimismo, tampoco materialmente puede hablarse de una uniformidad total ya que las diferencias entre yacimientos son notables, especialmente al comienzo de la segunda Edad del Hierro. Finalmente, en este momento va a comenzar a insinuarse otra tendencia que va a hacerse más explícita en momentos posteriores: la aparición de diferencias regionales en el poblamiento.

La Segunda Edad del Hierro en el valle medio del Tajo surge así como un periodo contradictorio, al que es muy fácil adscribir de manera genérica yacimientos pero dentro del cual aparecen grandes indeterminaciones cronológicas. Además, dentro del mismo se plantea una dualidad de procesos materiales y socioeconómicos: si en un primer momento se produce una transformación de la cultura material que como hemos comenzado a ver es compatible con el mantenimiento de las estructuras socioeconómicas anteriores, más adelante veremos que dentro de esa supuesta uniformidad van a producirse cambios significativos en la manera de entender la sociedad, la economía y las relaciones intergrupales. Estos cambios se explicitan en el siglo IV a.C. e implican una transformación de los grupos de la región mucho más profunda que la que supusieron la implantación de determinadas tecnologías que, eso sí, son mucho más visibles en el registro arqueológico. Como defenderemos en el siguiente capítulo, es el siglo IV a.C. el que marca cambios entre dos modelos de comprender la sociedad y el contexto en que ésta se desenvuelve.

Por tanto, hemos decidido abordar el estudio de los primeros momentos de la Segunda Edad del Hierro desde esta doble perspectiva de continuidad y cambio en el ámbito de la cultura material y en el contexto social de las comunidades que ocuparon la región durante la segunda mitad del siglo V a.C. y la primera mitad del siglo IV a.C. Para ello es necesario, antes de nada, analizar brevemente el conjunto de yacimientos que pueden ser adscritos a este momento y las características que los definen. El punto de partida es, una vez más, el análisis de correspondencias realizado en la primera parte de esta tesis, y que nos ha servido de eje cronológico a lo largo de todo nuestro trabajo (fig. 5.19). En ella puede apreciarse un conjunto de yacimientos que se situaban a caballo entre los siglos V y IV a.C., asociados a un grupo muy concreto de variables relacionadas con la cultura material y especialmente con la cerámica. Con todos los problemas que un análisis como el realizado puede acarrear, lo cierto es que el horizonte planteado para este periodo es muy uniforme tanto en el tipo de yacimientos como en los materiales localizados en ellos.

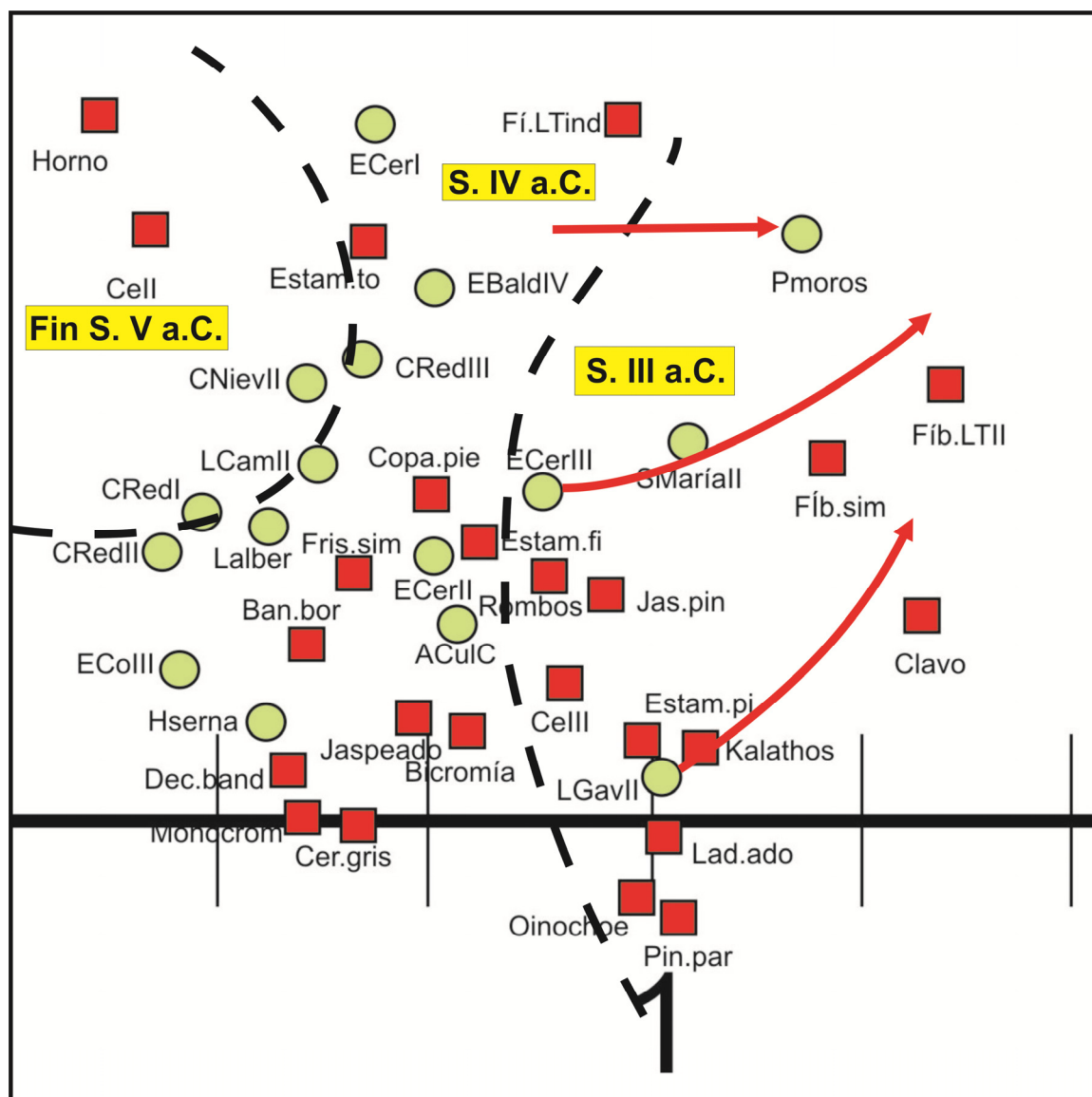


Figura 5.19: detalle del análisis multivariante en el que se localizan los yacimientos y variables asociadas a los siglos V-IV a.C.

Según este análisis, el periodo estaría caracterizado por asentamientos clásicos como Cerro Redondo o la primera fase de El Cerrón de Illescas, acompañados de un conjunto de asentamientos excavados y publicados recientemente como Arroyo Culebro C, Laguna del Campillo, El Colegio, El Baldío o La Alberquilla. Todos ellos tienen unas características comunes muy similares: obedecen a un tipo de poblamiento en llano y que podría calificarse de disperso - aunque en su mayoría están contruidos con materiales no perecederos -, no están protegidos, presentan porcentajes de cerámica a torno superiores al 45% y una cultura material bastante homogénea caracterizada por la presencia relativamente abundante de cerámica gris, decoraciones pintadas simples, estampillados sobre cerámicas toscas y monocromía. También presentan los primeros ejemplos de jaspeado, tipo de decoración asociada tradicionalmente a la Segunda Edad del Hierro en la región. Dentro de este conjunto de asentamientos Cerro Redondo, el Cerro de las Nieves y Hoyo de la Serna podrían ser considerados como pertenecientes a un momento más antiguo, cercano a yacimientos como Arroyo Culebro UAM, mientras que el resto corresponderían al pleno siglo IV a.C. Teniendo en cuenta el análisis

multivariante, las propuestas de los diferentes autores de memorias y artículos y los materiales asociados a los yacimientos, el siguiente cuadro podría resumir el horizonte estudiado:

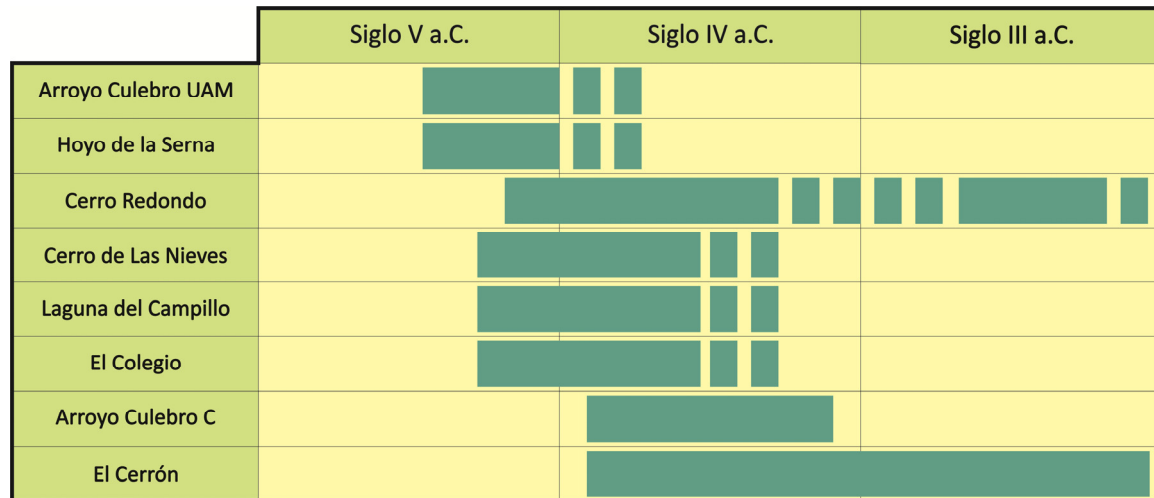


Figura 5.20: principales yacimientos descritos en el texto y cronologías aproximadas de ocupación

Junto a estos yacimientos de cronologías más precisas, otros menos conocidos han sido incluidos en este conjunto, como La Ribera, El Malecón, Mojón de Valdezarza, Las Fronteras o La Alberquilla, cuyos materiales y características coinciden como veremos con los de los yacimientos mejor estudiados. Valorados globalmente, esta docena de yacimientos ofrecen un horizonte que podría equivaler, tal y como propuso Dionisio Urbina, al Ibérico Antiguo de la zona mediterránea (Urbina, D. 1997: 8). Como es lógico, la información disponible para cada uno de estos yacimientos es muy desigual, aunque sustancialmente más abundante que la existente para periodos anteriores. Así, poseemos información muy completa para Cerro Redondo, El Cerrón, Laguna del Campillo, y Arroyo Culebro C, de los que disponemos bien de la memoria completa publicada, bien de los informes finales presentados a la Dirección General de Patrimonio de la Comunidad de Madrid como parte de las intervenciones realizadas por la empresa ARTRA S.L. Para otros yacimientos como el Cerro de las Nieves o El Colegio hemos tenido acceso al conjunto de la información que aún no ha sido publicada íntegramente. El resto de yacimientos ha tenido una publicación mucho más parcial, en su mayoría dentro de la recopilación realizada con motivo del número especial de Zona Arqueológica dedicado a la Edad del Hierro de la Carpetania de 2007.

Hemos decidido no incluir las necrópolis en este análisis de los primeros momentos de la Segunda Edad del Hierro. La razón de esta decisión es que la mayoría de estas necrópolis (Las Madrigueras, Palomar de Pintado, El Vado) están situadas en la zona sudeste de la región y en ellas se documentan de manera muy clara algunos de los cambios más importantes que ocurren en la zona a lo largo de los siglos IV - III a.C. Separar en dos periodos esas necrópolis hubiera provocado, en nuestra opinión, una pérdida de perspectiva sobre el proceso de transformación de las comunidades orientales del valle medio del Tajo, así que hemos optado por analizar la evolución completa de estos asentamientos en el siguiente capítulo.

5.3.2. Los días inmortales: elementos de continuidad durante la Segunda Edad del Hierro

Al analizar el periodo de transición entre las supuestas Primera y Segunda edades del Hierro hemos señalado que, pese a que los cambios acontecidos durante el siglo V a.C. afectaron principalmente a los elementos formales de la sociedad antes que a sus estructuras internas, tan sólo el análisis del final del proceso podría indicarnos hasta qué punto éstas habían sido modificadas. Desde esta perspectiva, el análisis del horizonte más antiguo de la Segunda Edad del Hierro tiene un cierto espíritu gatopardiano, en el que parece que todo ha cambiado sin que se hayan modificado sustancialmente las estructuras territoriales, sociales y económicas en que vivían los habitantes de la región. En este sentido, el aspecto en el que mejor se aprecia esta continuidad es sin duda en las variables asociadas a la ocupación del espacio físico, tanto en los modelos de ocupación del territorio como en la organización del espacio de los asentamientos o el interior de los mismos. Desde una perspectiva territorial, la evaluación de las zonas mejor estudiadas como el valle del Henares, la Mesa de Ocaña o la confluencia entre los valles Jarama y Henares permite valorar hasta qué punto el poblamiento se mantiene estable durante los primeros momentos de la Segunda Edad del Hierro.

El trabajo de Dionisio Urbina sobre la Mesa de Ocaña es sin duda el estudio más completo y el que arroja más luz no sólo sobre este periodo sino sobre las transformaciones posteriores del poblamiento. En su análisis territorial, Urbina constató que doce de los treinta y dos asentamientos de la Segunda Edad del Hierro tenían una ocupación previa de la Primera Edad del hierro. Este dato, que puede parecer muy poco concluyente, adquiere todo su valor si al analizar la evolución del poblamiento en la zona. En ésta se definieron dos tipos de asentamientos: en llano y en alto, siendo estos segundos posteriores cronológicamente y cuyo origen se planteó a finales del siglo IV a.C. Significativamente, todos los yacimientos de la Primera Edad del Hierro se sitúan debajo de yacimientos en llano, más antiguos y situados por el autor en torno al siglo V a.C., mientras que los yacimientos en alto (denominados tipo B en su análisis) son todos contruidos *ex novo*, sin ocupaciones anteriores (Urbina, D. 1997: 543), y arrojarían una cronología más cercana al siglo III a.C que al IV a.C. La figura 5.21, en la que se han representado los yacimientos en llano de la Mesa de Ocaña, muestra claramente una fuerte tendencia a la continuidad en el poblamiento durante el siglo V a.C. en la zona. Indirectamente, también muestra un cierto crecimiento demográfico que se aprecia en la aparición de asentamientos en llano sin ocupación previa de la Primera Edad del Hierro, pero datados en torno al siglo V a.C. - comienzos del siglo IV a.C.

La postura de Urbina respecto de este proceso es muy explícita, hasta el punto de que no duda en afirmar que "*el sistema socioeconómico que definen los yacimientos del tipo A (en llano) en la Mesa de Ocaña, se generó hacia el siglo VIII a.C. (...)*" (Urbina, D. 1997: 549). Esta postura de solución de continuidad es defendida también para la cultura material, que presentaría un eje director basado en el desarrollo de las cerámicas a mano sobre el que se imbrican las diferentes influencias externas (Urbina, D. 1997: 547).

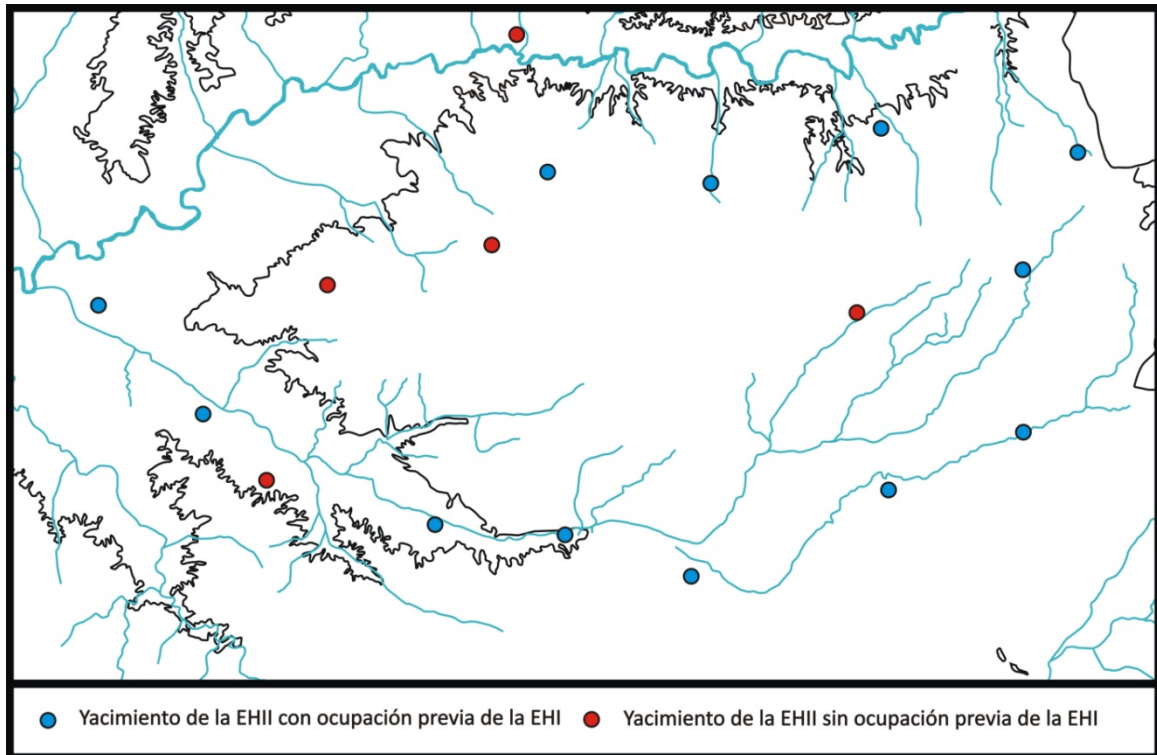


Figura 5.21: yacimientos de comienzos de la Segunda Edad del Hierro en la Mesa de Ocaña

Por desgracia, otras zonas en las que se había analizado en detalle el poblamiento de la Primera Edad del Hierro han sido objeto de una atención mucho menor para las etapas posteriores. Es el caso de la confluencia de los valles del Manzanares y el Tajo, estudiada por Kenia Muñoz y cuyo análisis concluía en la Primera Edad del Hierro. Con todo, y a través del análisis del catálogo de yacimientos publicado como parte de su tesis (Muñoz, K. 1998) pueden extraerse algunas conclusiones interesantes que han sido representadas en la figura 5.22. La primera de ellas es, como ocurre en el caso de la adyacente Mesa de Ocaña, la continuidad del poblamiento entre las ocupaciones de la Primera y Segunda edades del Hierro. De los 39 asentamientos de la Segunda Edad del Hierro en la zona objeto de estudio, 22 (56,4%) tienen una ocupación inmediatamente anterior. La información proporcionada por K. Muñoz no es lo suficientemente detallada como para plantear un modelo de ocupación como el de la Mesa de Ocaña, por lo que no sabemos cuántos de los asentamientos construidos *ex novo* en la zona son tardíos, ni se hace referencia en el catálogo a la existencia de fortificaciones similares a las localizadas en la región estudiada por Urbina. Hay algunos datos, sin embargo, de que podría haber una tendencia similar en la región, ya que frente a los asentamientos casi inexistentes de la Primera Edad del Hierro localizados en lugares fácilmente defendibles, éstos (en verde en el mapa) aumentan durante la Segunda Edad del Hierro. Si asumiésemos que esos asentamientos presentan una cronología tardía similar a la de los localizados en la Mesa de Ocaña, el 65% de los yacimientos en llano presentaría ocupación anterior de la Primera Edad del Hierro. La segunda conclusión que se extrae del trabajo de Kenia Muñoz es mucho más obvia: el aumento de asentamientos en la Segunda Edad del Hierro, que aunque discreto (un 10%) es innegable.

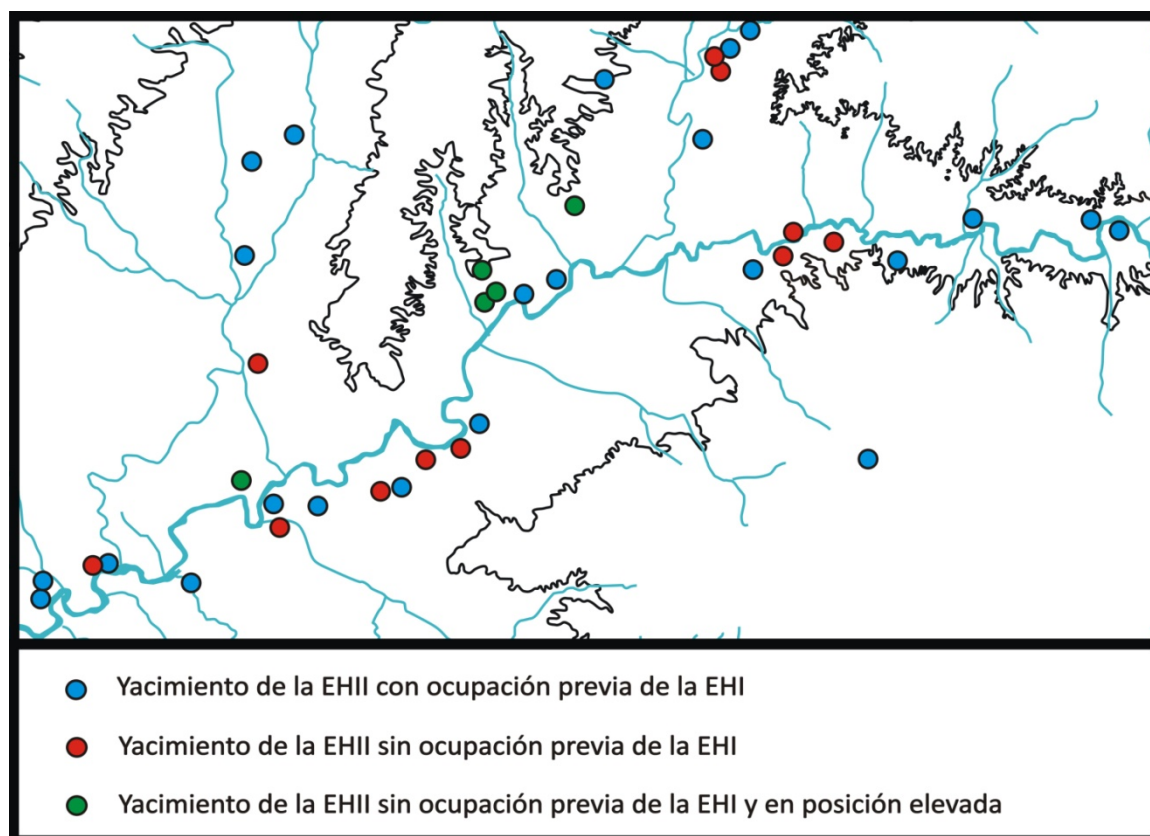


Figura 5.22: continuidad y cambios en el poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en la confluencia de los valles del Manzanares y el río Tajo.

Respecto del estudio del valle del Henares realizado por Antonio Dávila, la información es, como ocurría para la Primera Edad del Hierro, poco clara. En primer lugar, a excepción de algunos asentamientos como el Llano de la Horca con cronologías tardías, carecemos de criterios para organizar el poblamiento a lo largo de la Segunda Edad del Hierro y para valorar si existen cambios similares a los detectados en la Mesa de Ocaña. Según el autor, se mantiene la dicotomía entre asentamientos en llano y en alto que se había detectado en la etapa anterior, pero en este caso no tendría una explicación cronológica sino que sería resultado de las características físicas del valle, que impondría esta dualidad de asentamientos en función del margen del río donde se sitúan (Dávila, A. 2007: 129). Esta diferencia entre zonas parece estar apoyada por las escasas evidencias de poblados fortificados en la región (Dávila, A. 2009: 272), aunque debido al origen de los datos manejados, en su mayoría procedentes de prospecciones, la hipótesis cronológica no pueda ser completamente descartada (Dávila, A. 2007: 129). Si aceptamos que la dualidad entre yacimientos en alto y yacimientos en llano es intrínseca a las características geográficas del valle, lo que se aprecia en el poblamiento es, precisamente, una fuerte continuidad del modelo puesto que ambos tipos de asentamientos continúan existiendo durante la Segunda Edad del Hierro. En cuanto al otro indicador observado, el del crecimiento demográfico, parece que, con las necesarias reservas, fue mucho más marcado en el valle del Henares que en las otras zonas estudiadas, algo que se aprecia fácilmente al observar la figura 5.23 que muestra la continuidad y el aumento de asentamientos en el valle del Henares.

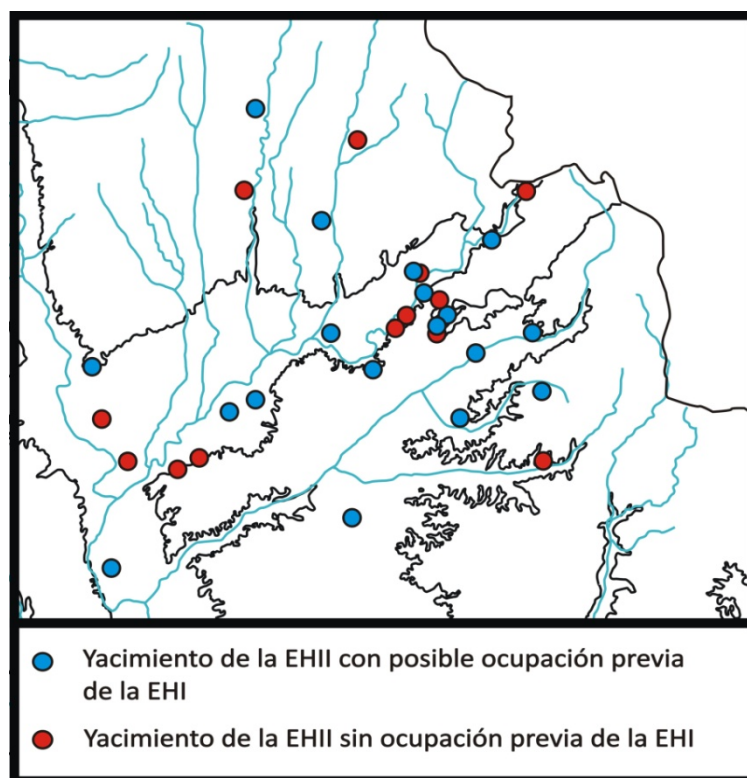


Figura 5.23: continuidad y cambios en el poblamiento en el valle del Henares. Adaptado de (Dávila, A. 2007)

También los yacimientos de este periodo excavados (tabla 5.2.) citados en la figura 5.20 muestra la misma tendencia observada en los estudios territoriales: cinco de los 12 asentamientos presentan ocupaciones previas de la Primera Edad del Hierro. En cuanto a su posición y características generales, todos ellos se caracterizan por estar situados en llano o en suaves cerros y carecer de estructuras defensiva.

Yacimiento	Ocupación previa de la Primera Edad del Hierro
Arroyo Culebro C	A 500 metros del yacimiento de la Segunda Edad del Hierro
Arroyo Culebro UAM	Debajo de la ocupación de la Segunda Edad del Hierro, en uno de los extremos
Cerro Redondo	No se ha documentado
El Baldío	Debajo de la ocupación de la Segunda Edad del Hierro
El Cerrón	No se ha documentado
El Colegio	Debajo de la ocupación de la Segunda Edad del Hierro
El Malecón	No se ha documentado
Hoyo de la Serna	No se ha documentado
La Ribera	No se ha documentado
Laguna del Campillo	Debajo de la ocupación de la Segunda Edad del Hierro
Las Fronteras	No se ha documentado
Las Nieves	No se ha documentado

Tabla 5.2: continuidad de la ocupación en yacimientos de finales del Siglo V a.C. - siglo IV a.C. excavados en el valle medio del Tajo

Recapitulando, y pese a los problemas que plantea la diferente calidad de los datos disponibles y los problemas de una adscripción cronológica poco afinada, parece que en los asentamientos de finales del siglo V a.C. muestran patrones de ocupación del territorio idénticos a los de etapas anteriores, tanto aquellos que se continúan ocupaciones de la Primera Edad del Hierro como en aquellos de nueva planta. En general, la localización de los asentamientos es en llano, en laderas o en cerros suaves, con cercanía a cauces de agua principales o, si son secundarios, de cierta entidad. En el caso del valle del Henares se mantiene una dicotomía entre asentamientos en alto y en llano, que sin embargo es idéntica a la localizada en la etapa anterior.

Junto a esta continuidad en la localización de los yacimientos, hay otra tendencia que también se observaba en la Primera Edad del Hierro: un progresivo crecimiento demográfico que se plasma en el aumento generalizado de asentamientos en la región. Aun asumiendo que resulta arriesgado valorar todos los yacimientos de la Segunda Edad del Hierro en conjunto, un análisis de las diferentes zonas para las que disponemos de datos muestra de manera recurrente un aumento de los asentamientos (tabla 5.3.). En el único caso en el que se ha podido diferenciar entre una etapa inicial y otra plena de la Segunda Edad del Hierro (en la Mesa de Ocaña), este aumento también se produce. La aparición de nuevos yacimientos se documenta tanto en cauces principales como en arroyos secundarios, lo que podría implicar una ocupación cada vez más intensa del territorio.

Zona	Asentamientos EHI	Asentamientos EHII	Variación	Asentamientos de nueva planta EHII
Confluencia valles Tajo y Manzanares	34	38	+ 11%	18 (62%)
Mesa de Ocaña	12	16 ¹	+ 33%	4 (33%)
Valle del Henares	22 ²	29 ³	+ 32%	11 (38%)
Valle del Tajuña	11	24	+ 118%	14 (58%)

Tabla 5.3: aumento de asentamientos en diferentes zonas del valle medio del Tajo. ¹ Sólo asentamientos de comienzos de la Segunda Edad del Hierro. ² Incluye asentamientos cuyos materiales corresponden a la Primera Edad del Hierro, aunque no han sido valorados por el autor. ³ Se han descartado yacimientos claramente tardíos como El Llano de la Horca

Es importante señalar que este crecimiento demográfico está relacionado con el aumento del número de yacimientos y no con el tamaño de los mismos. Los yacimientos de comienzos de la Segunda Edad del Hierro mantienen el carácter de poblamiento disperso de la etapa anterior, sin que se aprecien ni procesos de agrupación y urbanismo ni evidencias concluyentes de asentamientos significativamente más grandes que otros. Por supuesto, las prospecciones realizadas en las diferentes zonas muestran diferencias de tamaño, pero a tenor de las características de los yacimientos que han sido excavados, estas grandes extensiones no tienen por qué corresponder a concentraciones significativas de población, sino que son el resultado del carácter disperso de la ocupación del territorio.

En este sentido, la apertura de grandes extensiones de terreno en los últimos años como resultado de las intervenciones arqueológicas asociadas a la construcción de grandes obras públicas y privadas ha permitido, como en el caso de los yacimientos de la Primera Edad del Hierro, detectar un patrón de poblamiento difícil de localizar a través de las metodologías tradicionales. Tres asentamientos excavados en fechas relativamente recientes dentro de este contexto ejemplifican muy bien las posibilidades de la denominada arqueología de gestión para mejorar nuestra comprensión de contextos caracterizados por un hábitat disperso.

Se trata de los yacimientos de El Baldío, Arroyo Culebro C y El Colegio, en los que se han abierto grandes extensiones de terreno que muestran un tipo de hábitat a base de edificaciones dispersas sin evidencias de planificación urbanística compleja más allá de la especialización funcional de algunos espacios. En el caso del primer yacimiento, el desbroce de 1,5 Ha de terreno ha permitido detectar una ocupación continua pero dispersa con diferentes grados de conservación (fig. 5.24) que incluye un posible muro de delimitación del asentamiento,

conjuntos de estructuras de habitación, un posible taller metalúrgico y varios caminos de tierra batida que sirven para comunicar los diferentes espacios del asentamiento, algo especialmente claro en el sector C de la excavación, donde uno de los caminos pone en contacto las áreas 4630 y 5000.

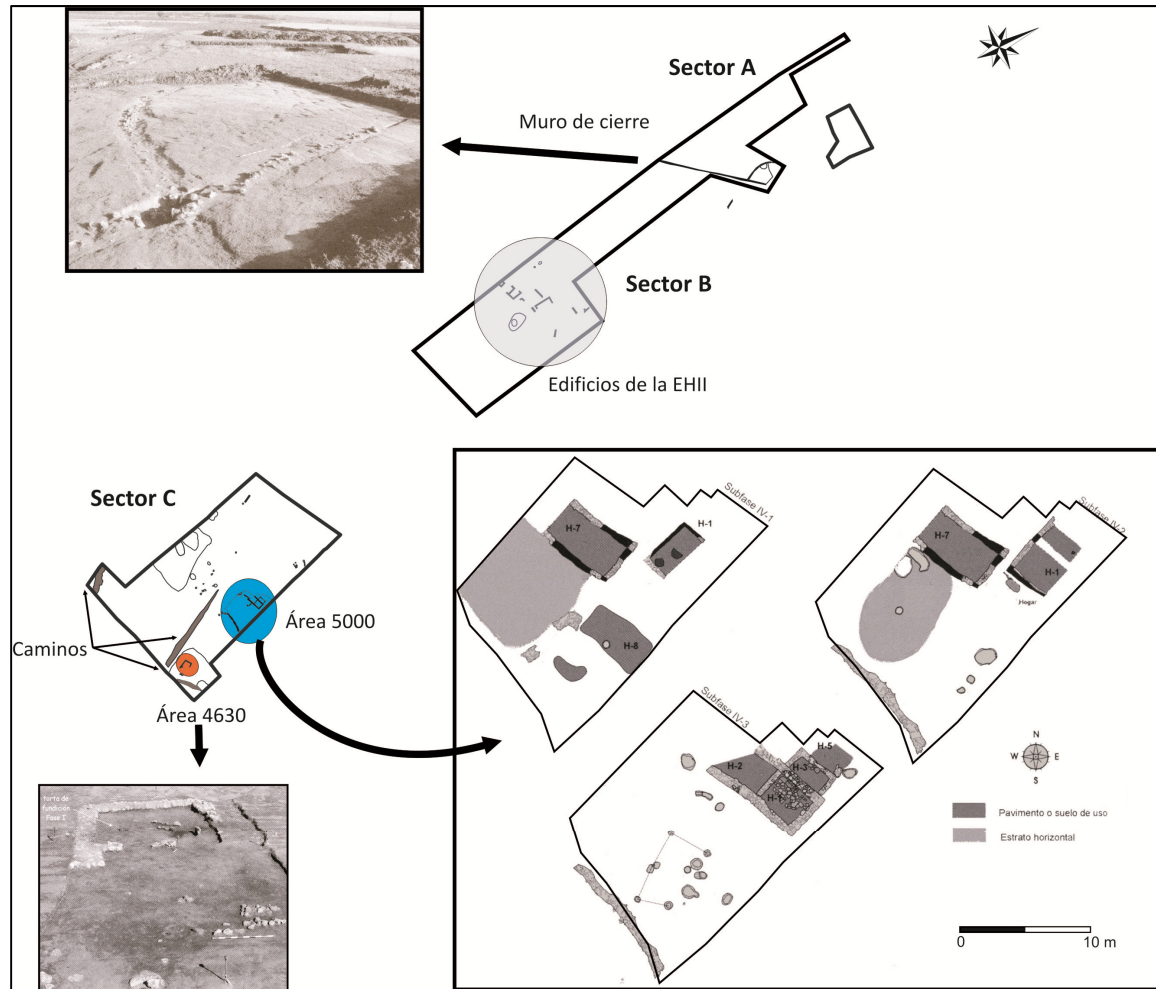


Figura 5.24: plano general y principales áreas de El Baldío. A partir de (Martín, A. y Walid, S. 2007)

Además de su carácter disperso, el yacimiento de El Baldío muestra otras dos características de interés: una más que probable especialización funcional de los espacios y la ya citada continuidad de la ocupación desde la Primera Edad del Hierro, que hemos defendido como el rasgo más sobresaliente de estos primeros momentos del poblamiento de la Segunda Edad del Hierro. Respecto de la primera, la especialización funcional es especialmente evidente en denominado área 4630, consistente en dos estancias rectangulares construidas con zócalos de piedra en las que se documentó medio kilo de escorias de hierro y fragmentos de este metal. La habitación presentaba un nivel de ocupación anterior en el que se recogió una torta de fundición y se localizaron varias estructuras asociadas a procesos de actividad metalúrgica (Martín, A. y Walid, S. 2007: 199). El área ha sido interpretada como un edificio dedicado a la fundición de hierro dentro de unos parámetros estrictamente domésticos, que tendría una continuidad relativamente prolongada dada la existencia de dos fases sucesivas de uso. El área 4630 estaría directamente relacionado con el área 5000, interpretado como una zona de habitación y que como hemos dicho se conectan a través de un camino de tierra batida.

En cuanto al segundo aspecto, ya hemos dicho que se apreciaba claramente en la zona de actividad metalúrgica, pero es mucho más evidente en el área 5000 donde la ocupación de la



Figura 5.25: detalle del área 5000 del Baldío (Martín, A. y Walid, S. 2007)

EHII se superpone directamente a la anterior que ya estudiamos en capítulo 4 de este trabajo (figura 5.25). Más aún, durante la Segunda Edad del Hierro van a producirse varias remodelaciones del espacio interno de este área. También en los sectores A y B, donde los restos se encuentran en peor estado de conservación, se aprecian evidencias muy claras de continuidad en la ocupación del espacio a lo largo de la Edad del Hierro.

(Martín, A. y Walid, S. 2007: 196-197). Pese a estos datos, los directores de la excavación proponen una cronología muy tardía para la fase de la Segunda Edad del Hierro, a la que sitúan en torno al siglo III a.C., sin justificar las razones por las que plantean un hiato de al menos 100 años entre las dos fases protohistóricas del asentamiento, y contradiciéndose al afirmar que las características de la cerámica son las asociadas a yacimientos del siglo IV a.C. (Martín, A. y Walid, S. 2007: 212). Sin descartar que el yacimiento pudiera haber estado ocupado hasta el siglo III a.C., tan sólo algunas piezas como un fragmento de *oinochos* u otro que combina pintura y estampillado podrían estar asociados a una cronología tan tardía. Del mismo modo, la recogida de un fragmento de cerámica Campaniense B (Martín, A. y Walid, S. 2007: 213) no parece excesivamente concluyente para llevar el final de la ocupación del yacimiento hasta el siglo II a.C. En nuestra opinión y de acuerdo al análisis de los materiales de la Segunda Edad del Hierro que hemos realizado en el anexo 7, las características de las cerámicas recogidas y de otros elementos como la única fíbula anular localizada parecen corresponder - como los propios autores reconocen - al siglo IV a.C.

Arroyo Culebro C (Leganés, Madrid) presenta unas características muy similares a las de El Baldío, destacando el carácter disperso y anárquico de las estructuras localizadas. En este caso se excavaron unos 3500 m² divididos en tres sectores, y aunque el estado de conservación del yacimiento es muy malo se localizaron hasta ocho unidades estructurales construidas con zócalos de piedra de 40 a 60 cm de ancho sobre los que se levantaron muros de adobe cuyo derrumbe ha sido localizado en el sector más oriental del yacimiento. Aunque dado el nivel de destrucción del yacimiento no ha sido posible delimitar diferentes áreas funcionales, destaca la acumulación de piedras de molino en el sector B del yacimiento, algunas de ellas localizadas in situ y otras reutilizadas en los muros, y que indirectamente nos hablan de la sustitución de los molinos barquiformes por los giratorios. El análisis de los restos documentados apunta a que el asentamiento fue destruido por un incendio imprevisto sin que se reconstruyera posteriormente, lo que ha sido interpretado como un indicio de un final violento quizá asociado a una acción bélica (Penedo, E. *et al.* 2002: 96). Como en el caso de El Baldío, las características de los materiales recogidos en la excavación apuntan a un horizonte del siglo IV a.C., aunque

algunas piezas, como una fíbula de La Tène de pie libre y cronología entre los siglos V - III a.C. (Argente, J. L. 1994: 95) podrían evidenciar la continuidad del mismo hasta el siglo III a.C. El grado de destrucción del yacimiento impide extraer muchas más conclusiones, aunque algunos muros de longitud superior a la habitual podrían interpretarse como muros de cierre.

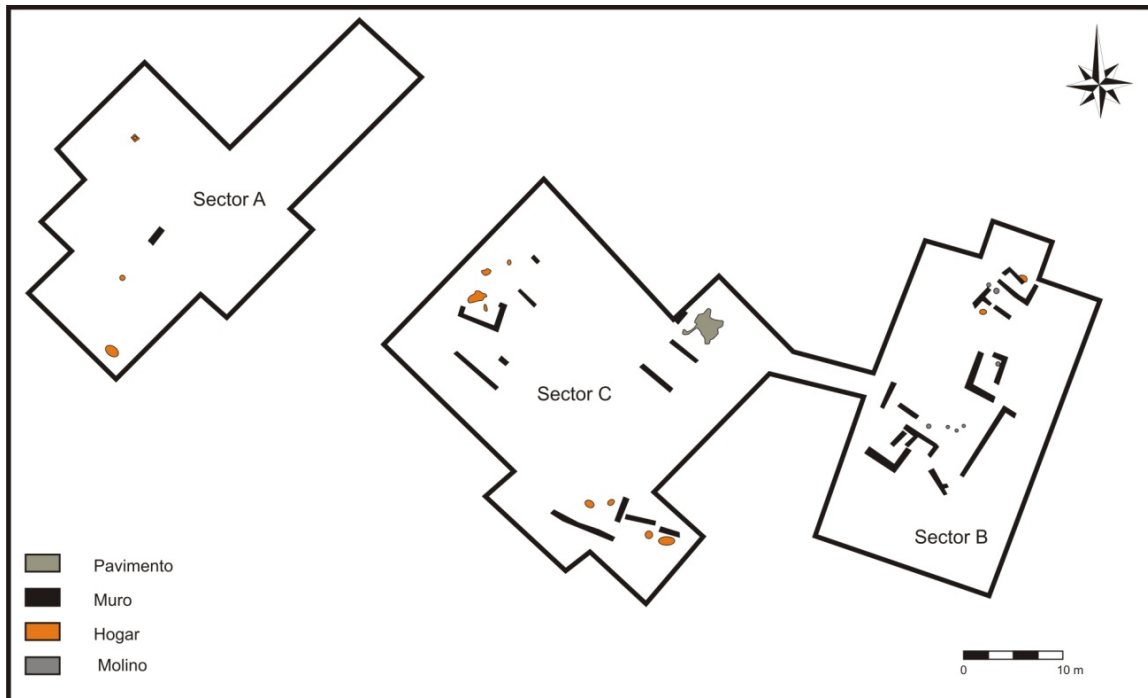


Figura 5.26: esquema de la distribución de las principales estructuras de Arroyo Culebro C. A partir de (Penedo, E. *et al.* 2002)

El sector que más información aporta es el denominado Sector B, en el que parece que se define un patio interior o habitación central de unos 50 m² rodeada de habitaciones más pequeñas, estando todo el entorno rodeado de fragmentos de molinos giratorios, uno de ellos aún *in situ*, lo que podría avalar la idea de un final traumático para el asentamiento ya que de tratarse de un incendio casual las piedras habrían sido recuperadas posteriormente. Como en el caso del Baldío, Arroyo Culebro C muestra una ocupación inmediatamente anterior (Arroyo Culebro A), en este caso adscrita al siglo V a.C. y que se encuentra a escasos metros de distancia. La relación entre ambos yacimientos es innegable, hasta el punto de que se ha propuesto que la ausencia de materiales perecederos en el yacimiento más antiguo podría ser resultado de su expolio para la construcción del segundo. El desplazamiento se realizó acercándose al cauce fluvial, lo que podría estar apuntando a unas condiciones ligeramente más secas en la región a partir del siglo IV a.C. Al contrario que en El Baldío, sin embargo, no se han documentado remodelaciones en las escasas unidades estructurales bien conservadas. Esta ausencia de información podría ser debida al nivel de destrucción del asentamiento o a que los cambios se hicieron construyendo nuevos edificios antes que reformando los antiguos, idea que podría estar apoyada en la diferente orientación de las estructuras en los sectores B y C (Penedo, E. *et al.* 2002: 115), aunque puede descartarse la existencia de dos fases de ocupación durante la Segunda Edad del Hierro.

El tercer asentamiento citado, El Colegio (Valdemoro, Madrid), reproduce de nuevo el patrón de hábitat disperso aunque los restos de la Segunda Edad del Hierro son de menor entidad (fig. 5.27). Se trata de dos estructuras de dos y tres habitaciones respectivamente, mal conservadas y

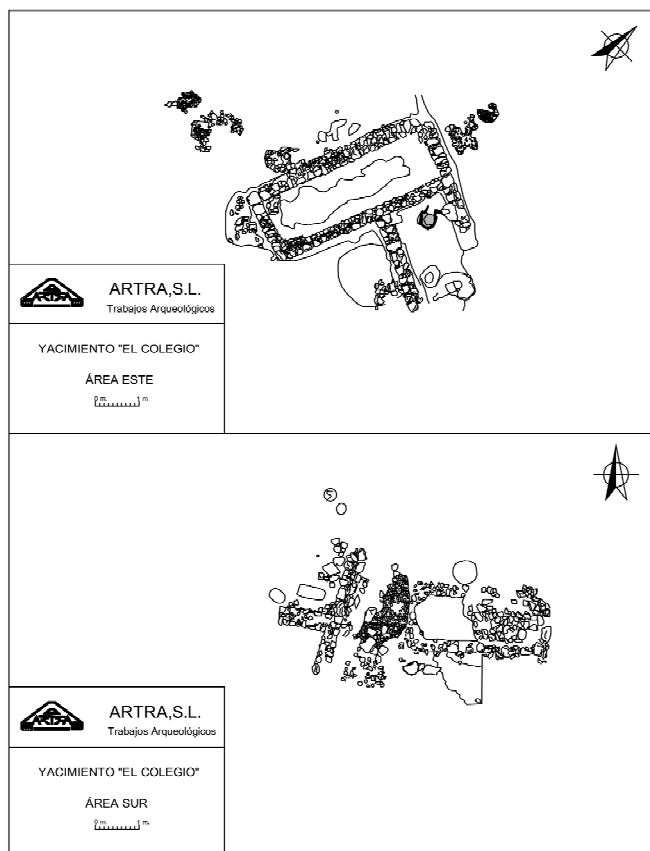


Figura 5.27: estructuras de la Segunda Edad del Hierro de El Colegio. A partir de (Sanguino, J. *et al.* 2007)

en las que tan sólo se ha podido documentar una habitación completa en la zona este de la excavación. Por lo demás, el patrón es idéntico al de los yacimientos anteriores: conjuntos estructurales exentos y separados unos de otros, construcciones con zócalos de piedra y paredes de adobe y continuidad en la ocupación desde la Primera Edad del Hierro. Es precisamente en el caso de El Colegio donde esta continuidad se hace más explícita, ya que no sólo se ha documentado una fase de la Primera Edad del Hierro de una gran complejidad constructiva, sino que además se ha identificado un momento de transición que combina las características de las etapas previa y posterior. Las características de estas

tres fases (fig. 5.28) y su sucesión sin solución de continuidad llevaron a arqueólogos encargados del yacimiento

a proponer la necesidad de matizar el alcance de los cambios asumidos tradicionalmente para la transición entre ambas edades del Hierro, más allá de las transformaciones de la cultura material (Sanguino, J. *et al.* 2007: 172).

Al contrario que en Arroyo Culebro C, en el Colegio sí que se han detectado algunas remodelaciones internas del espacio - principalmente, la construcción de un pequeño horno en una de las habitaciones previas - que apuntan a que la ocupación de la Segunda Edad del Hierro se produjo durante un tiempo relativamente prolongado. En cuanto a los criterios de organización del espacio, El Colegio apenas aporta información dado el grado de destrucción de las estructuras, aunque el tipo de materiales localizados apuntan a un asentamiento de tipo familiar con una economía muy simple. Cronológicamente, los materiales recuperados son muy escasos, pero en general muestran un horizonte similar al de los asentamientos anteriores e incluso un poco más antiguo, si tenemos en cuenta algunas piezas que presentan líneas decorando la totalidad de la pieza, un rasgo característico de las primeras producciones a torno que aparecen en la región (fig. 5.17).

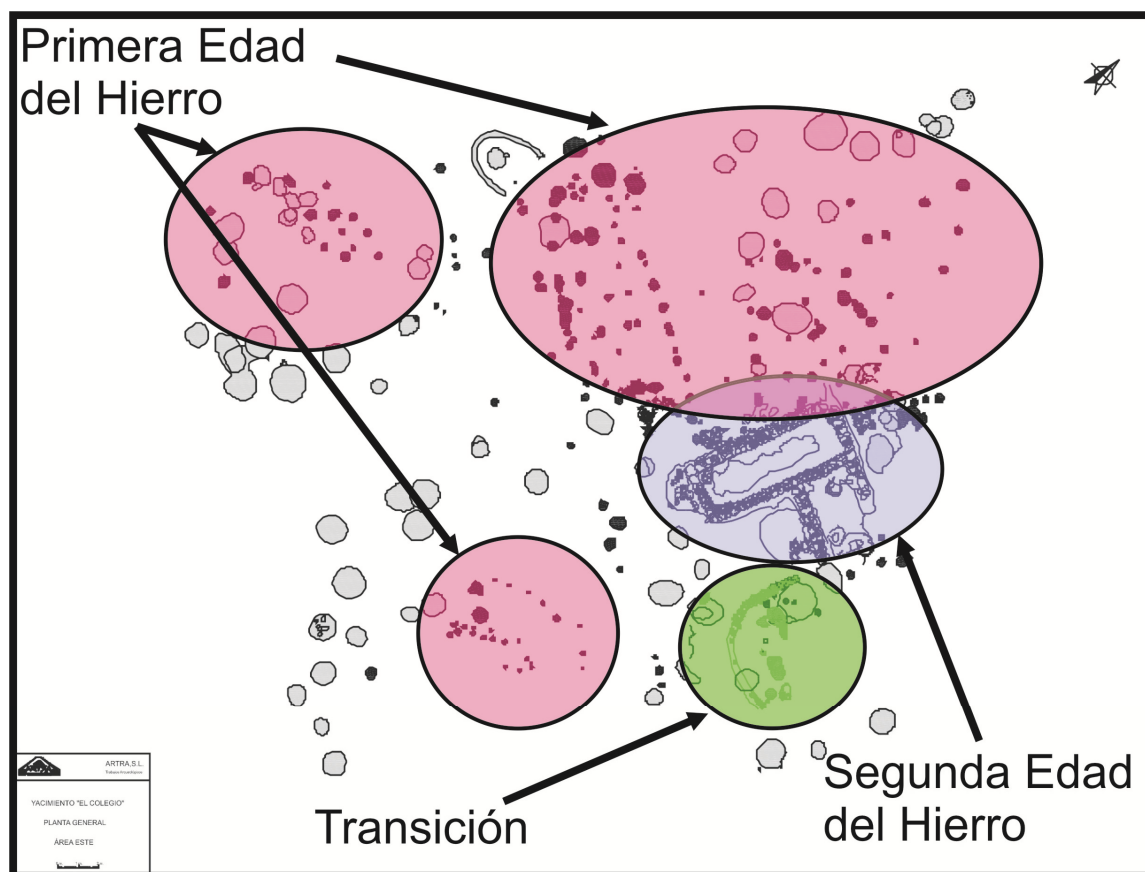


Figura 5.28: superposiciones de estructuras de la Edad del Hierro en área este del yacimiento de El Colegio. A partir de (Sanguino, J. *et al.* 2007)

A estos tres yacimientos en los que se ha abierto una extensión significativa de terreno que ha permitido detectar su carácter disperso pueden unirse otros en los que el área excavada ha sido menor pero que presentan características muy similares. Es el caso de Laguna del Campillo (Rivas-Vaciamadrid, Madrid), yacimiento que ha sido objeto de dos intervenciones y en el que se ha documentado una estructura rectangular con zócalo de piedras y paredes de adobe dividida en dos habitaciones, varios hogares y un muro de cierre similar al localizado en El Baldío (fig. 5.29). La estructura ha sido interpretada como una casa y aunque la superficie excavada no es grande, parece claro el carácter aislado y simple del edificio. La documentación de niveles de la Primera Edad del Hierro debajo de la fase más moderna constituye la enésima prueba del mantenimiento de los parámetros espaciales ya analizados.

Por el contrario, la ocupación del yacimiento de Las Fronteras (Pinto, Madrid) constituye uno de los ejemplos de yacimientos de nueva planta que, sin embargo, mantienen localización y características muy similares a aquellos de vida más prolongada. Este yacimiento, del que tenemos noticias parciales a través del catálogo de una exposición (Geanini, A. 2007), presenta de nuevo el mismo tipo de hábitat disperso de edificios rectangulares construidos con piedra y adobe (fig. 5.30). Como en otros casos, las estructuras se encuentran muy arrasadas pero por lo menos una de ellas (fig. 5.30, 2-3) parece haber sido utilizada como almacén, estando el suelo recubierto por planchas de madera que han dejado su impronta sobre la tierra (Fig. 3.30, 3).

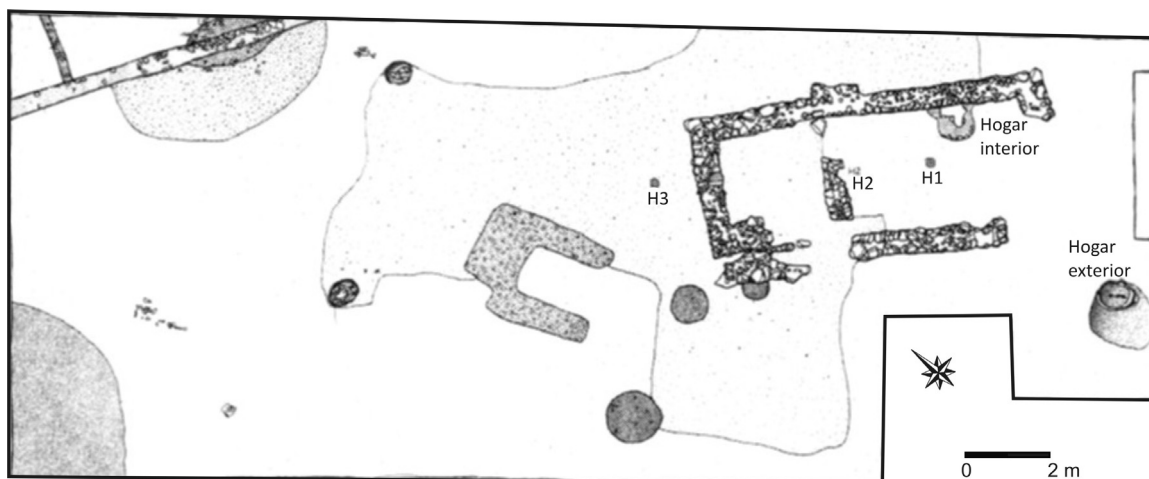


Figura 5.29: plano de Laguna del Campillo (Rivas – Vaciamadrid). A partir de (Penedo, E. et al. 2009)



Figura 5.30: vista general del yacimiento de Las Fronteras (1) y detalles de una de las cabañas antes y después de su excavación (2-3). En la fotografía nº 3 se aprecian claramente las improntas de planchas de madera utilizadas para aislar el suelo. A partir de (Geanini, A. 2007)

Estos yacimientos excavados en extensión parecen definir un tipo muy concreto y bastante consolidado de asentamiento que continúa la tradición anterior de poblamiento disperso en llano, con una diferenciación funcional simple y uso predominante de piedra y adobe para la construcción de edificios. El resto de asentamientos pertenecientes a este horizonte, sin contradecirlo, muestran más problemas de interpretación. Algunos de ellos, como en el caso de Hoyo de la Serna, provienen de una superficie excavada muy limitada y ceñida a condicionantes extracientíficos (Urbina, D. *et al.* 2001: 88) ya que se limitó a una zanja de 0,5 metros de ancho. Aunque apenas se detectaron estructuras, la presencia de un murete, varios ladrillos de adobe, un hogar, numerosas piedras y un posible resto de enlucido apuntan a que las estructuras de habitación de este yacimiento debieron estar realizadas en piedra y adobe. Algo parecido ocurre con el yacimiento de Arroyo Culebro UAM, donde aunque no se documentaron estructuras se recogieron restos de adobe (Blasco, M. C. *et al.* 1998: 249).

Mucho mejor documentados pero sin las ventajas que da la limpieza de grandes extensiones de terreno se sitúan dos de los yacimientos clásicos de la Segunda Edad del Hierro en el valle medio del Tajo: Cerro Redondo (Fuente el Saz del Jarama, Madrid) y El Cerrón (Illescas, Toledo) Ambos fueron objeto de excavaciones durante los años 80 y sus memorias de excavación fueron publicadas íntegramente, por lo que constituyen dos piezas fundamentales en la definición de las características materiales del periodo. Por desgracia, la metodología utilizada en la excavación dificulta la interpretación de los restos, especialmente en el caso de El Cerrón donde la realización de pequeñas catas – a excepción del área central – por todo el cerro no aporta información sustancial y detrajo recursos de la zona más interesante de asentamiento. En este yacimiento, además, tan sólo el nivel más antiguo parece ser contemporáneo de los otros asentamientos estudiados por lo que la información que El Cerrón aporta a los comienzos de la Segunda Edad del Hierro es cuantitativamente escasa aunque, como veremos, simbólicamente importante.

Cerro Redondo, pese a ser excavado en los años 80 con las metodologías vigentes en ese momento sí presenta una superficie relevante, además de una ocupación continuada que se iniciaría a finales del siglo V a.C. y que alcanzaría el siglo III a.C. aunque se desconoce si existen hiatos entre alguna de las tres fases detectadas en el yacimiento. Se trata de un asentamiento de pequeño tamaño sin ningún tipo de protección o trazado urbanístico, que no debió ocupar una superficie superior a los 1000 m², destacando el buen estado de conservación de algunas de las estructuras – todas exentas – más antiguas construidas tras un nivelado previo del terreno. La cronología de la ocupación principal, apoyada en la presencia de piezas de importación áticas y de barniz rojo, estaría centrada en torno al siglo IV a.C.

Durante muchos años el único yacimiento de la Segunda Edad del Hierro de la región publicado íntegramente, el estudio de la estratigrafía del asentamiento permitió diferenciar tres fases de ocupación de las que la primera tan sólo conserva una estructura cuadrangular de 3,40 m de lado y de la que se conserva 1,5 m. de altura, construida con ladrillos de adobe dispuestos sobre una única hilada de cantos de río (fig. 5.31). Los adobes fueron realizados a caja, con unas dimensiones regulares de 0,47 m. de longitud por 0,25 m. de anchura y 0,075 m. de alto, y fueron cubiertos por un revoco conservado de manera desigual. La habitación presenta dos cubetas a ambos lados de la entrada y un hogar central que fue posteriormente destruido para construir encima un suelo de adobes planos y unos pequeños muretes que dividieron en seis cubículos la habitación. Si para el primer momento de uso de la habitación podía plantearse, aun con dudas, la función de vivienda para esta estructura, mucho más difícil es la interpretación del espacio resultante de la remodelación, que podría haber realizado las funciones de almacén o silo, aunque no presenta elementos de aislamiento adecuados (Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1985: 58).

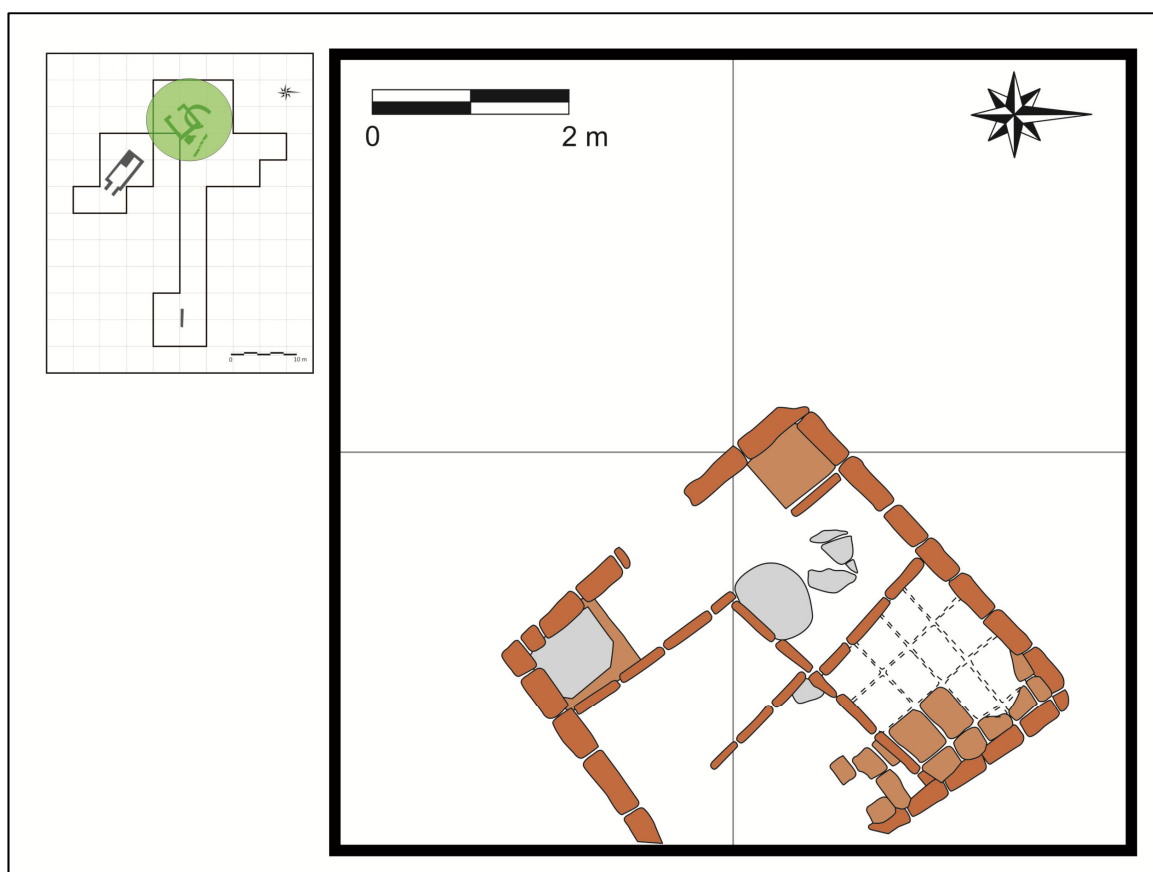


Figura 5.31: Fase I de Cerro Redondo. A partir de (Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1985)

La segunda fase (fig. 5.32) presenta mucho más restos aunque peor conservados, incluyendo tramos de lienzos y hogares descontextualizados. Todos son rectos a excepción de una estructura circular muy deteriorada de función indeterminada situada aproximadamente sobre la estructura anterior. Además de esta estructura se documentó un hogar cuadrado exento, construido sobre una plataforma de adobes y delimitado por ellos. La estructura mejor conservada es, sin embargo, una habitación rectangular de 6 x 2,30 m construida con adobes y sin ningún tipo de zócalo pero con hiladas dobles de adobes en los muros. Su espacio interior,

como ocurría con la habitación de la fase anterior, está parcialmente dividido por unos muretes de escasa altura que definen cuatro compartimentos cuadrangulares. De nuevo la interpretación de esta habitación es muy complicada, ya que es evidente que no se trata de una vivienda y tampoco se encontraron indicios de que los compartimentos se utilizasen como zonas de almacén. Por otra parte, es interesante el hecho de que las tres únicas piezas de importación documentadas en el yacimiento (una cerámica ática y dos piezas de barniz rojo) se recogieran dentro de esta estructura (Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1985: 66), que además sirvieron para datar esta fase en torno al siglo IV a.C. e indirectamente la fase anterior, a la que se le asigna una cronología de finales del siglo V a.C. Finalmente, la tercera fase es la más arrasada, conservándose apenas dos restos de hogares y algunas alineaciones de adobes que podrían ser interpretadas como lienzos derrumbados o pavimentos, en general siguiendo la orientación de los muros anteriores.

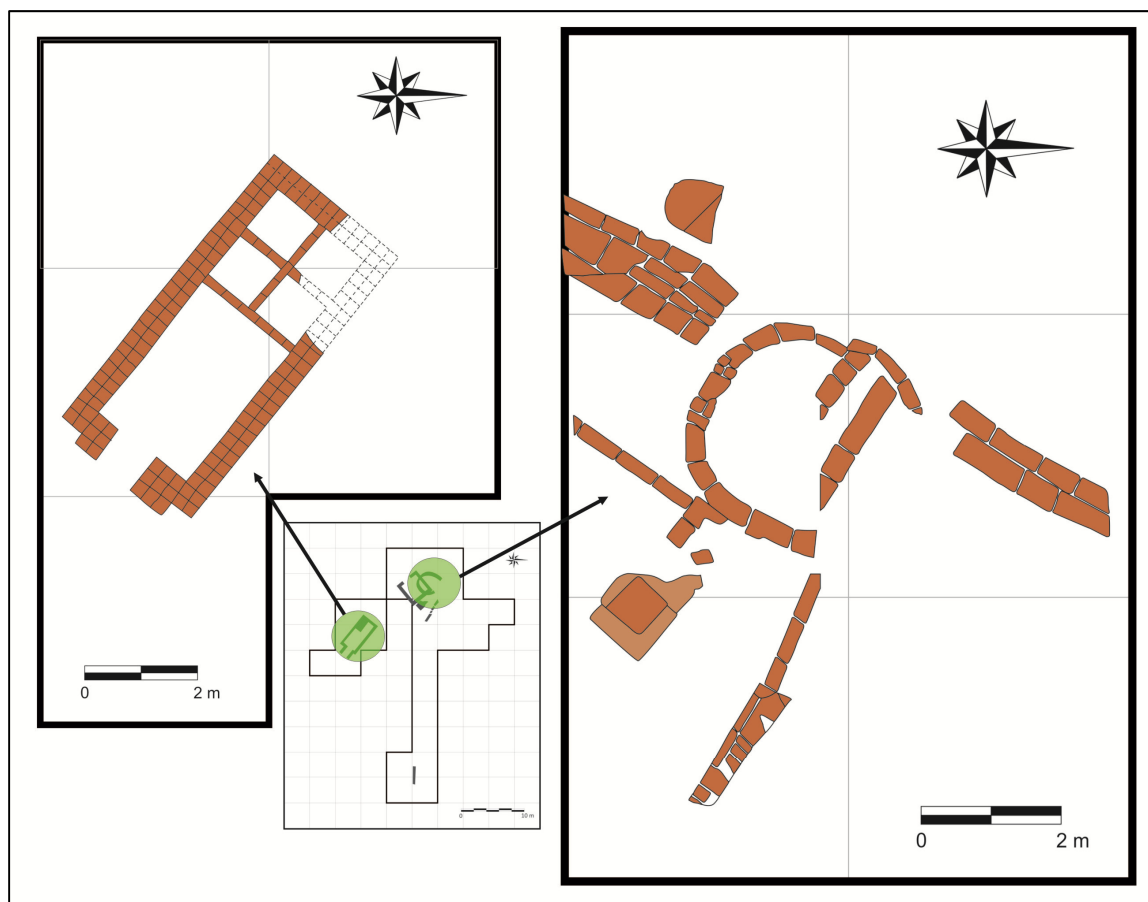


Figura 5.32: Fase II de Cerro Redondo. A partir de (Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1985)

En realidad, Cerro Redondo presenta serios problemas de interpretación, puesto que aunque se ha interpretado como un yacimiento al uso, lo cierto es que ninguna de las estructuras en él documentadas puede asimilarse sin problemas a una vivienda. Cierto que el conjunto de materiales y la fauna documentados en el yacimiento son similares al resto de yacimientos de este periodo, pero hay algunos datos que complican la interpretación del yacimiento: así, sólo se han documentado tres fragmentos de molinos circulares, todos localizados en la primera fase de ocupación. Otros objetos relacionados con las actividades económicas cotidianas, como las fusayolas, aparecen en un número escasísimo, pero todas ellas junto a un huso de hueso en el mismo nivel de ocupación (el segundo) y asociadas a la estructura circular. Parece haber por

tanto cierta especificidad en las actividades realizadas en cada una de las estructuras localizadas, pero sin que se haya documentado una que parezca corresponder a una vivienda. La definición de los edificios de Cerro Redondo como unidades domésticas es un aspecto sobre el que se han planteado algunas dudas, sugiriéndose su posible utilización como centro de agregación de poblaciones cercanas, quizá en la línea de los santuarios de Illescas, afirmación que por el momento no ha podido ser confirmada por el registro arqueológico (Blasco, M. C. y Lucas, M. R. 1999 - 2000: 186).

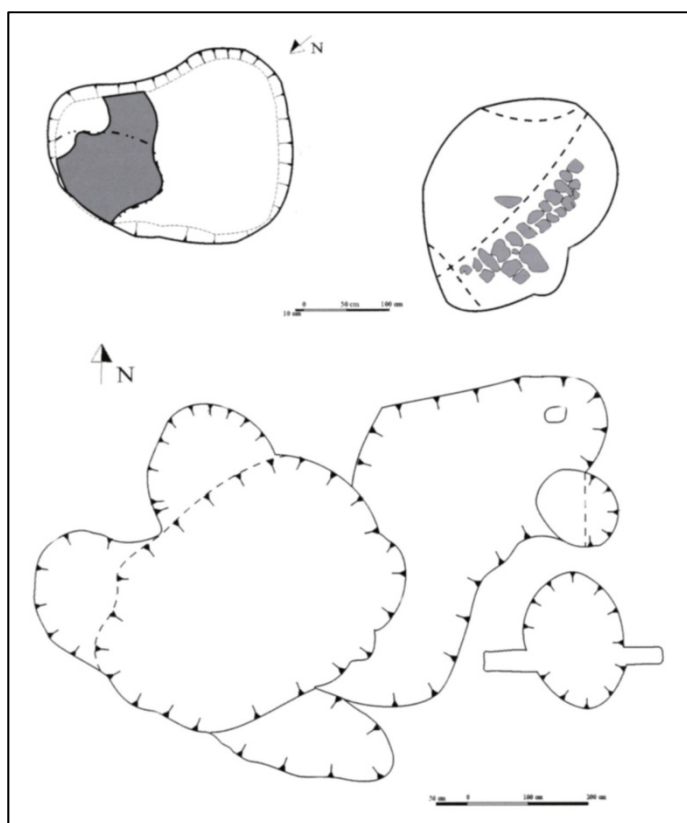


Figura 5.33: estructuras excavadas en el suelo de La Ribera. A partir de (Galindo, L. y Sánchez, V. M. 2007)

Independientemente de los problemas de interpretación de Cerro Redondo, lo que es innegable es la especificidad de las técnicas constructivas utilizadas que desechan la presencia de zócalos de piedra y hacen uso estrictamente de adobes hechos a caja. Hay que tener en cuenta también que la generalización del uso de materiales constructivos no perecederos utilizados en los asentamientos no impide que se mantengan algunos edificios complementarios realizados en materiales perecederos. El caso más claro es el del área 5000 de El Baldío, donde junto a edificios construidos con piedra y adobe se documentaron agujeros de poste de una cabaña rectangular (Martín, A. y Walid, S. 2007: 204). En otros casos, la ocupación consiste exclusivamente en edificios de materiales

perecederos, como ocurre en la Ribera (Barajas, Madrid) donde el tipo de plantas de cabaña recuerda directamente a los asentamientos de etapas anteriores (figura 5.33) aunque los materiales recogidos en su interior estén claramente adscritos a la Segunda Edad del Hierro. Otro posible caso podría ser el de las pequeñas cabañas localizadas en Redueña (Martín, A. 1996), aunque en este caso la adscripción cronológica del yacimiento es más compleja. En cualquier caso, parece lógico que se sigan utilizando este tipo de materiales para edificios con funciones concretas que hagan innecesaria una técnica constructiva más elaborada. Sí que parece, sin embargo, que a finales del siglo V a.C. las estructuras de piedra y adobe estaban ya consolidadas como el tipo más característico de construcción, hasta el punto de que en yacimientos como Cerro Redondo los adobes se fabricaban a caja, lo que indica una existencia de procesos bien engrasados de producción de este tipo de materiales. Todos los datos apuntan a que los otros tipos de edificios habían quedado relegados a actividades económicas muy específicas.

En definitiva y si recapitulamos la información expuesta arriba, no parece haber diferencias sustanciales entre los asentamientos de finales del siglo V a.C. (una vez que se ha producido la supuesta transición a la Segunda Edad del Hierro) y los yacimientos del siglo VI a.C., más allá de la sustitución de unos materiales constructivos por otros. Más bien parecen reforzarse muchas de las tendencias iniciadas en la Primera Edad del Hierro, como la existencia de cercas de cierre (que aparecían en El Colegio o La Deseada y que también se detectan en El Baldío o Laguna del Campillo), la creciente reducción del tamaño de las habitaciones, compensada por su mayor número y la especialización funcional que era cada vez más perceptible a mediados del siglo VI a.C. En este sentido, cabañas tripartitas como la de El Colegio no son sino el trasunto realizado en materiales perecederos de las estructuras consideradas clásicas en la etapa posterior. Del mismo modo, ya avanzamos que la presencia de estructuras realizadas en piedra no era privativa de la Segunda Edad del Hierro, puesto que ese tipo de materiales ya se había empleado en Puente Largo del Jarama o La Capellana. Aunque la discusión sobre la planta circular o rectangular de las estructuras y sus posibles connotaciones cronológicas tuvo algún reflejo en nuestra zona de estudio (Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1986 - 1987), lo cierto es que al menos en los comienzos de la Segunda Edad del Hierro la supuesta ventaja de las habitaciones rectangulares para adosar edificios no se aprovecha, ya que el poblamiento sigue siendo esencialmente exento. Sí es cierto que la planta rectangular favorece una compartimentación del espacio más eficaz, pero los ejemplos de plantas de que disponemos son extraordinariamente simples y además tienen antecedentes muy claros en cabañas como la de El Colegio.

También se observa una fuerte continuidad en la ausencia de edificios en los que se aprecie una dedicación especial de esfuerzo, bien por presentar un tamaño significativamente superior al resto, bien por la calidad de los materiales empleados o por el cuidado dedicado a su decoración. El único ejemplo claro – dejando de lado los problemas interpretativos de Cerro Redondo – de este tipo de objetos es el denominado primer santuario de El Cerrón de Illescas, que va a ser analizado más adelante pero que en cualquier caso, no presenta una construcción y cuidado significativamente diferentes al resto de edificaciones de este periodo. Desde el punto de vista de las posibles diferencias de tamaño entre edificios, en el capítulo dedicado al poblamiento de la Primera Edad del Hierro representamos en un gráfico en tres dimensiones el tamaño de las diferentes estructuras documentadas en ese periodo, detectando una tendencia a la disminución de los espacios internos especialmente clara a lo largo del siglo VI a.C. Hemos realizado un análisis similar en el que incluimos las estructuras documentadas en yacimientos desde el siglo VI a.C. hasta mediados del siglo IV a.C. para valorar si existen diferencias significativas de tamaño entre aquellas adscritas a la Primera o a la Segunda Edad del Hierro

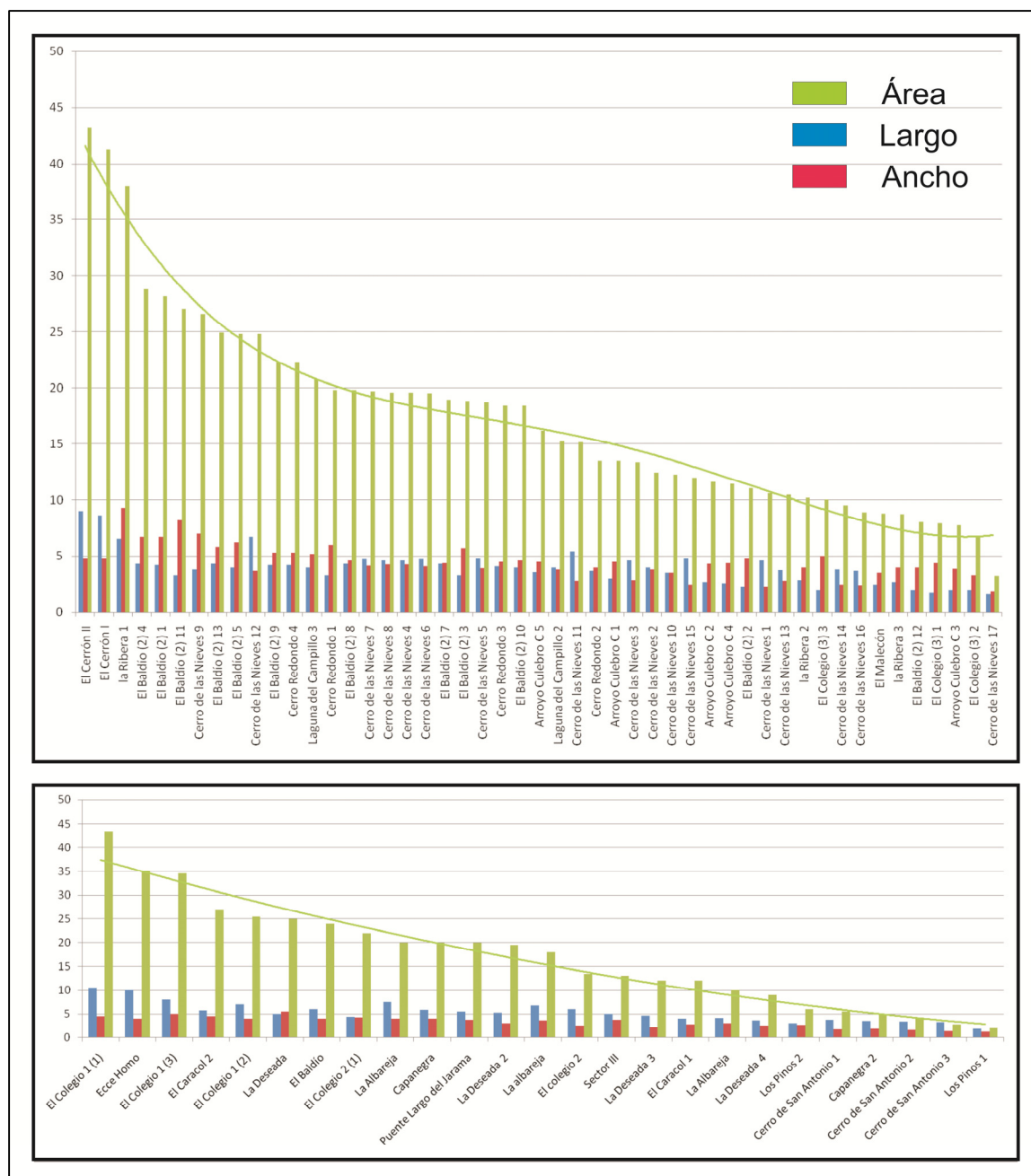


Figura 5.34: distribución de las dimensiones de las estancias en yacimientos de la Segunda (arriba) y Primera (abajo) edades del Hierro

Salvando las diferencias derivadas del mayor número de datos disponibles para la Segunda Edad del Hierro, y descartando las grandes cabañas de Las Camas y Dehesa de Ahín datadas en el momento más antiguo de la Primera Edad del Hierro, la tendencia que observamos es bastante similar ambos periodos, con una mayoría de estancias entre los 10 y 20 m² y otro conjunto menor con menos de 10 m². De forma muy minoritaria se documentan habitaciones con una superficie superior a los 25 m². Significativamente, dos de las habitaciones más grandes de la Segunda Edad del Hierro son las dos estancias consideradas como santuarios de El Cerrón. Independientemente de la interpretación de la variabilidad de tamaños, que podría corresponder a diferentes actividades, lo interesante es que las tendencias entre ambos

periodos son muy parecidas, lo que reforzaría la idea de que las necesidades de espacio de estas comunidades eran muy similares.

El escenario presentado arriba es por tanto el de una continuidad muy clara en el concepto de asentamientos de la Primera y Segunda edades del Hierro, tanto en su nivel macroespacial como desde el punto de vista de la estructura interna del espacio. En este sentido, el único análisis en detalle es realizado en el área 5000 de El Baldío y muestra unos resultados interesantes (figura 5.35). Aunque los datos son menores que en la Fase I del mismo yacimiento, el estudio de las diferentes subfases de este área ha permitido delimitar tres áreas externas en torno a las estructuras de habitación a lo largo de todo el periodo de uso del asentamiento, y una creciente complejidad en la concepción del espacio que sin embargo no tiene por qué ir asociada a un aumento de la complejidad social (Martín, A. y Walid, S. 2007: 211), lo que apoya la tendencia también observada en otros yacimientos desde el siglo VI a.C.

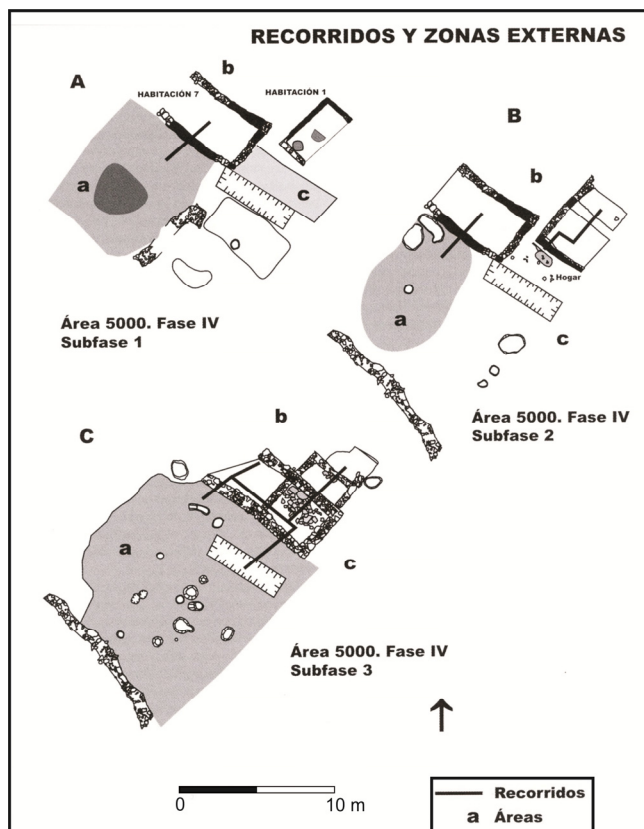


Figura 5.35: análisis de recorridos y de organización del espacio del área 5000 de El Baldío. A partir de (Martín, A. y Walid, S. 2007)

Por supuesto, continuidad no significa necesariamente inmovilidad, y dentro de este paisaje planteado para los asentamientos de comienzos de la Segunda Edad del Hierro se observa la aparición de tres elementos nuevos con connotaciones importantes en etapas posteriores. El primero de ellos es la aparición de hornos cerámicos, que apuntan al comienzo de producción de tipo industrial en la región y estarían relacionados directamente con el aumento sustancial de los porcentajes de este tipo de cerámica que hemos documentado a partir del siglo IV a.C. Cronológicamente, los dos asentamientos que presentan este tipo de estructuras aparecen situados en torno a finales del siglo V a.C. - comienzos del siglo IV a.C. En el caso de La Alberquilla, los responsables del estudio proponen una cronología amplia entre los siglos V - III a.C. aunque se inclinan, aunque con problemas dado

que las producciones cerámicas y las características constructivas del horno son contradictorias, en el extremo más antiguo del intervalo (Gutiérrez, E. *et al.* 2007: 323). En el caso de El Malecón fueron tres los hornos localizados aunque no se ha podido determinar si fueron coetáneos o no (Rodríguez, M. 2007: 301). Para el yacimiento se propone una fecha tan tardía como los siglos III-II a.C. completamente contradictoria con el tipo de materiales documentados, con el tipo de asentamiento y con las propias afirmaciones de los autores que, después de defender que los materiales carecen de los tipos de decoraciones pintadas considerados más tardíos le asignan

precisamente esa cronología al yacimiento (Rodríguez, M. 2007: 300). En nuestra opinión y de acuerdo a los criterios establecidos al analizar las cerámicas de la Segunda Edad del Hierro, los materiales de El Malecón tienen muchas similitudes con los de yacimientos como Laguna del Campillo o Arroyo Culebro A, además de presentar algunas cerámicas a mano que podrían indicar una ocupación más antigua. En cualquier caso, y asumiendo los problemas de datación de ambos yacimientos, creemos que el siglo IV a.C. es el marco más plausible para la actividad de los hornos, sin descartar por supuesto que ésta se prolongase hasta el siglo III a.C. como parecen indicar algunas tipos de decoraciones muy minoritarias presentes en ambos yacimientos.

El segundo elemento constructivo que supone una novedad dentro del panorama general descrito en las páginas anteriores es el ya citado santuario de El Cerrón de Illescas. Se trata de una habitación singular excavada en la parte central del asentamiento de la que, no obstante su importancia, carecemos de planta y descripción adecuadas. Esta primera habitación tendría (fig. 5.36) unas dimensiones 8,60 x 4,80 m, un posible porche de entrada con soportes y un hogar central rectangular muy similar a otros localizados en Hoyo de la Serna, Cerro Redondo o Arroyo Culebro C. La habitación fue interpretada como santuario debido sobre todo a situarse justo debajo de otra habitación donde se localizó el conocido relieve de Illescas que ha hecho famoso

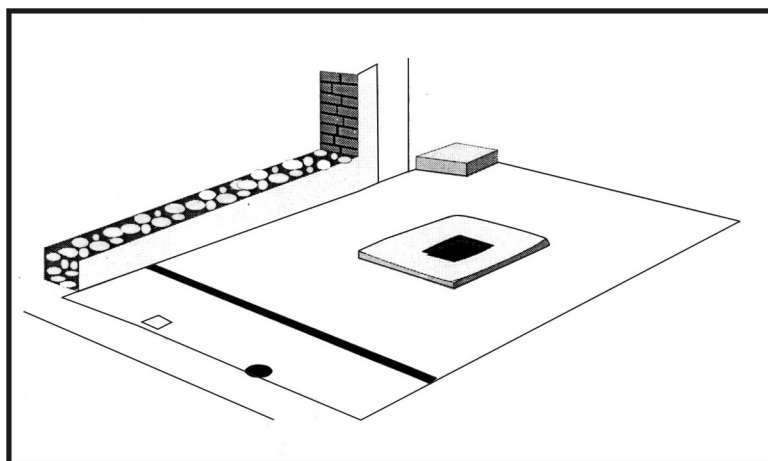


Figura 5.36: levantamiento isométrico del primer santuario de El Cerrón (Illescas). A partir de (Valiente, S. 1994).

el yacimiento y que constituye una de las escasas piezas de arte decorativo de la región. En nuestra opinión, es bastante plausible que la función de esta habitación fuese cultural o al menos tuviese un fuerte carácter simbólico, y en este caso se trataría de la primera edificación de este tipo documentada en el valle medio del Tajo. Analizaremos las connotaciones sociales y

simbólicas de la aparición de este tipo de edificaciones más adelante, sin embargo, es interesante destacar que según la datación de C14 realizada en esta fase del yacimiento la cronología de este primer santuario sería del último tercio del siglo IV a.C. (Valiente, S. 1994: 205), aunque la fecha propuesta por el autor ha tenido que ser corregida por no encontrarse calibrada. El proceso de calibración de la fecha obtenida, que se encuentra en el Anexo 3 de este trabajo, concluía con una propuesta cronológica de los siglos IV-III para el uso de este primer santuario, sin poder especificar más dado el amplio margen obtenido en la calibración a 2σ de la fecha radiocarbónica.

En cualquier caso, es significativo que a partir del siglo IV a.C. comience a producirse la aparición de nuevos tipos de estructuras en los asentamientos, aunque estas sean minoritarias e incluso únicas, ya que reflejan el comienzo de unos cambios internos dentro de la aparente homogeneidad de la sociedad de este periodo, a la vez que tienen unas fuertes connotaciones

socioeconómicas para estos grupos cuyas consecuencias pueden estar relacionadas con los cambios detectados en el valle medio del Tajo precisamente a finales del siglo IV a.C. La aparición de edificios de tipo industrial o cultural es, por una parte, consecuencia lógica de la tendencia a la creciente especialización funcional de los espacios que venía produciéndose desde el siglo VI a.C., pero conceptualmente presenta unas características completamente diferentes a los procesos anteriores, ya que por una parte, en el caso de los hornos, explicita la superación de la economía de subsistencia y autoabastecimiento que había regido a las comunidades de la región hasta entonces, mientras que en el caso del santuario muestra, también por primera vez, el desvío significativo de recursos hacia contextos no productivos. Asimismo, ambos tipos de estructuras apuntan a la aparición de individuos cada vez más especializados y de actividades sociales y económicas cada vez más complejas.

Finalmente, se ha detectado una excepción significativa en el horizonte de asentamientos de comienzos de la Segunda Edad del Hierro en el valle medio del Tajo que en esta ocasión tiene un componente territorial y que será interesante para contrastar la evolución del poblamiento de la región en etapas posteriores. Se trata del yacimiento del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real), situado justo en el límite sudoriental de nuestra zona de estudio y que presenta diferencias radicales con el resto de asentamientos estudiados en torno al río Tajo y a sus principales afluentes. La propia adscripción de Pedro Muñoz al contexto de la Edad del Hierro del valle medio del Tajo es discutida, siendo citado de manera habitual pero sin que la historiografía científica lo haya incluido de manera definitiva dentro del mundo "carpetano". Los propios responsables de la excavación califican el yacimiento de manera genérica como ibérico, sin precisar más. Como defendimos en la introducción de este trabajo, hemos decidido incluirlo no sólo porque el asentamiento es citado y utilizado de manera relativamente recurrente por los investigadores de la región, sino porque constituye uno de los escasísimos ejemplos de hábitat que puede ser puesto en relación con yacimientos cercanos situados más al norte y dentro ya de la provincia de Toledo, consistentes casi exclusivamente en necrópolis como Palomar de Pintado, y aportarnos información a los procesos de transformación del hábitat en la periferia del valle medio del Tajo.

Y lo que se aprecia para este yacimiento a comienzos de la Segunda Edad del Hierro es una dinámica completamente diferente a la descrita para los demás asentamientos. Como ellos, el Cerro de las Nieves no se encuentra fortificado, pero ahí acaba cualquier similitud con el resto de yacimientos estudiados. La principal diferencia es su organización interna concentrada frente al carácter disperso característico del resto (fig. 5.37), que lo acercan más al mundo ibérico que a nuestra zona de estudio. Se trata de un pequeño cerro de unos 2000 m² de extensión del que fue excavado un tercio de la superficie y que presenta una potente estratigrafía de hasta tres metros de potencia, con numerosas remodelaciones y en la que se excavaron casi 40 recintos diferentes que constituirían varias viviendas agrupadas compartiendo muros medianeros y estructurando un verdadero poblado de forma ligeramente circular. Cada una de las viviendas estaría formada por varias habitaciones cuyas posibles funcionalidades fueron analizadas a partir de los restos materiales y de tratamientos estadísticos (Fernández, V. M. y Hornero, E. 1988). El estudio delimitó zonas específicas para la preparación de alimentos, almacenaje e incluso una zona con fuertes connotaciones simbólicas con dos inhumaciones infantiles y decoraciones en las jambas, que muestran una complejidad mucho mayor que la detectada en los yacimientos de

cronología similar descritos arriba. Además, la tendencia desde la fundación del yacimiento fue de un aumento de la complejidad del espacio interno ya que inicialmente todos los recintos, al menos en el área este, presentaban una distribución muy sencilla que fue variando hasta que cada unidad familiar ocupó varios recintos (Fernández, V. M. y Hornero, E. 1988: 176), algo interpretado como un aumento de la población o de la complejidad de los grupos de parentesco.

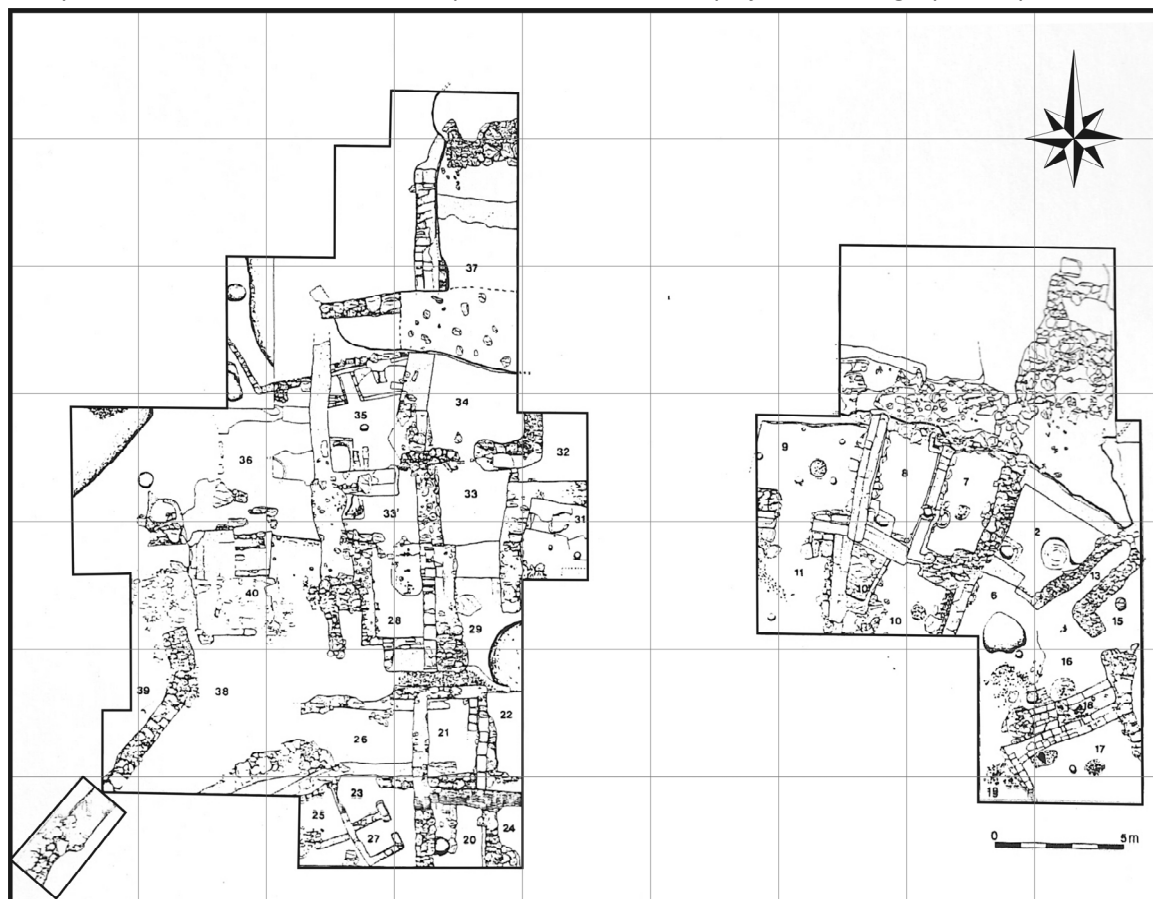


Figura 5.37: planimetría del Cerro de las Nieves (Pedro Muño, Ciudad Real). A partir de (Fernández, V. M. 1988; Fernández, V. M. *et al.* 1994).

Dada la cronología del yacimiento, que según los directores de la excavación se fundó en torno al siglo VI a.C. y fue abandonado a finales del siglo IV a.C. - precisamente cuando se explicitan los procesos de agrupación del hábitat en el valle medio del Tajo - las dinámicas del poblamiento Cerro de las Nieves parecen diferir sustancialmente de las de nuestra región y estar mucho más relacionadas con el mundo ibérico y la región de La Mancha. Sin embargo, adquieren una perspectiva mucho más interesante si las analizamos con el resto de yacimientos de la esquina sudoriental del valle medio del Tajo - casi todos ellos necrópolis - que como veremos al analizar los cambios de finales del siglo IV a.C. muestran desde los comienzos de la Segunda Edad del Hierro una fuerte iberización en su cultura material y cambios estructurales que apuntan a procesos muy explícitos de jerarquización y aumento de la complejidad social. El Cerro de las Nieves sería, en este sentido, el único ejemplo de asentamiento que puede ser paralelizado a los procesos observados en el mundo funerario y que parecen mostrar unas diferencias de comportamiento sustanciales entre la región más cercana al mundo ibérico y el área nuclear del valle medio del Tajo.

5.4. Semillas para el cambio: la economía en los siglos V-IV a.C.

La continuidad de los patrones de asentamiento - salvo las excepciones que acabamos de citar - no es simplemente formal, sino que está íntimamente relacionada con las estrategias de aprovechamiento del medio de los grupos que ocuparon la zona y cuya economía hemos definido como de subsistencia al menos hasta finales del siglo VI a.C. cuando parece observarse una mínima intensificación de la actividad económica. En general y aunque los datos son escasos, parecen continuar las tendencias observadas a partir de este momento y que también hemos detectado en yacimientos de transición como Arroyo Culebro A y Arroyo Culebro UAM. Como hemos dicho, los datos son por desgracia muy escasos, por lo que deben ser analizados con mucho cuidado. Es el caso de la fauna doméstica contamos con información procedente de cuatro yacimientos además de los dos ya citados. Sin embargo, en tres de los casos (Arroyo Culebro C, la segunda fase de Cerro Redondo y la primera de El Cerrón) los fragmentos son tan escasos que no tiene sentido incluirlos en análisis estadísticos. En el caso de El Malecón los datos aparecen únicamente como porcentajes, lo que limita sustancialmente las posibilidades de interpretación. En los otros casos los porcentajes son pequeños, pero al menos permiten porcentajes mínimamente contrastables. Como en el caso de la fauna de la Primera Edad del Hierro, los datos completos de nuestro análisis se han recogido en el Anexo 4.

Aunque reducidos, es interesante contrastar los datos disponibles con las conclusiones que habíamos obtenido al analizar la evolución de los porcentajes en las diferentes especies a lo largo de la Primera Edad del Hierro. En el análisis de estos yacimientos se había detectado una progresiva disminución del porcentaje de ovicápridos durante la Primera Edad del Hierro, hasta alcanzar cifras en torno al 50% del total de la cabaña ganadera, en favor del resto de especies. Esta variación fue interpretada como una respuesta a mejoras climáticas pero también como un posible indicio de cambios en las estrategias económicas, bien como diversificación de las especies explotadas para amortiguar la incertidumbre, bien como una inversión en fuerza de trabajo (en el caso de los bóvidos) o en elementos de prestigio (caso de los caballos). El caso de estas dos especies es significativo, ya que como dijimos son especies que requieren un esfuerzo extra en su alimentación y cuidado. La información de que disponemos para el siglo V, aun escasa, parece confirmar esta tendencia. Los datos de Cerro Redondo I, con una cronología propuesta del siglo V a.C. y de El Malecón apuntan en esa dirección, y presentan porcentajes muy similares a los de yacimientos más antiguos como Arroyo Culebro A y Arroyo Culebro UAM.

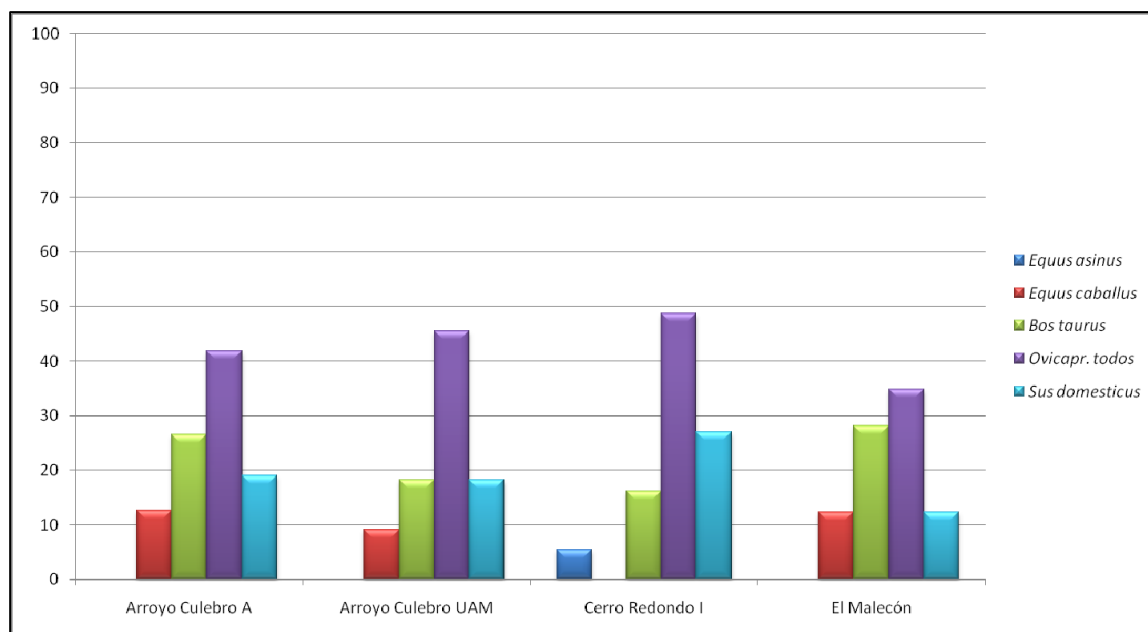


Figura 5.38: distribución de las principales especies domésticas a lo largo del siglo V a.C. y comienzos del IV a.C. Los yacimientos están ordenados cronológicamente de izquierda a derecha

Otros de los datos analizados, como los patrones de edad (figs. 5.39 y 5.40), también muestran coincidencias con los del periodo anterior, aunque en este caso la información es menos relevante porque este tipo de patrones son constantes desde periodos mucho más antiguos y por tanto no aportan información adicional a la interpretación del registro. Como en las etapas anteriores, se aprecia una clara tendencia al sacrificio de los animales en su etapa adulta, cuando su valor como fuerza de trabajo, su capacidad productiva y reproductora se ha amortizado. En el caso de los suidos, se sacrifican adultos para optimizar al máximo su potencial alimenticio. También como en etapas anteriores se observan algunas diferencias: así, équidos y bóvidos suelen ser sacrificados casi exclusivamente en edad adulta, mientras que en el caso de ovicápridos y suidos, animales que requieren de una inversión mucho menor, en ocasiones presumiblemente especiales su consumo se produce en edades más tempranas.

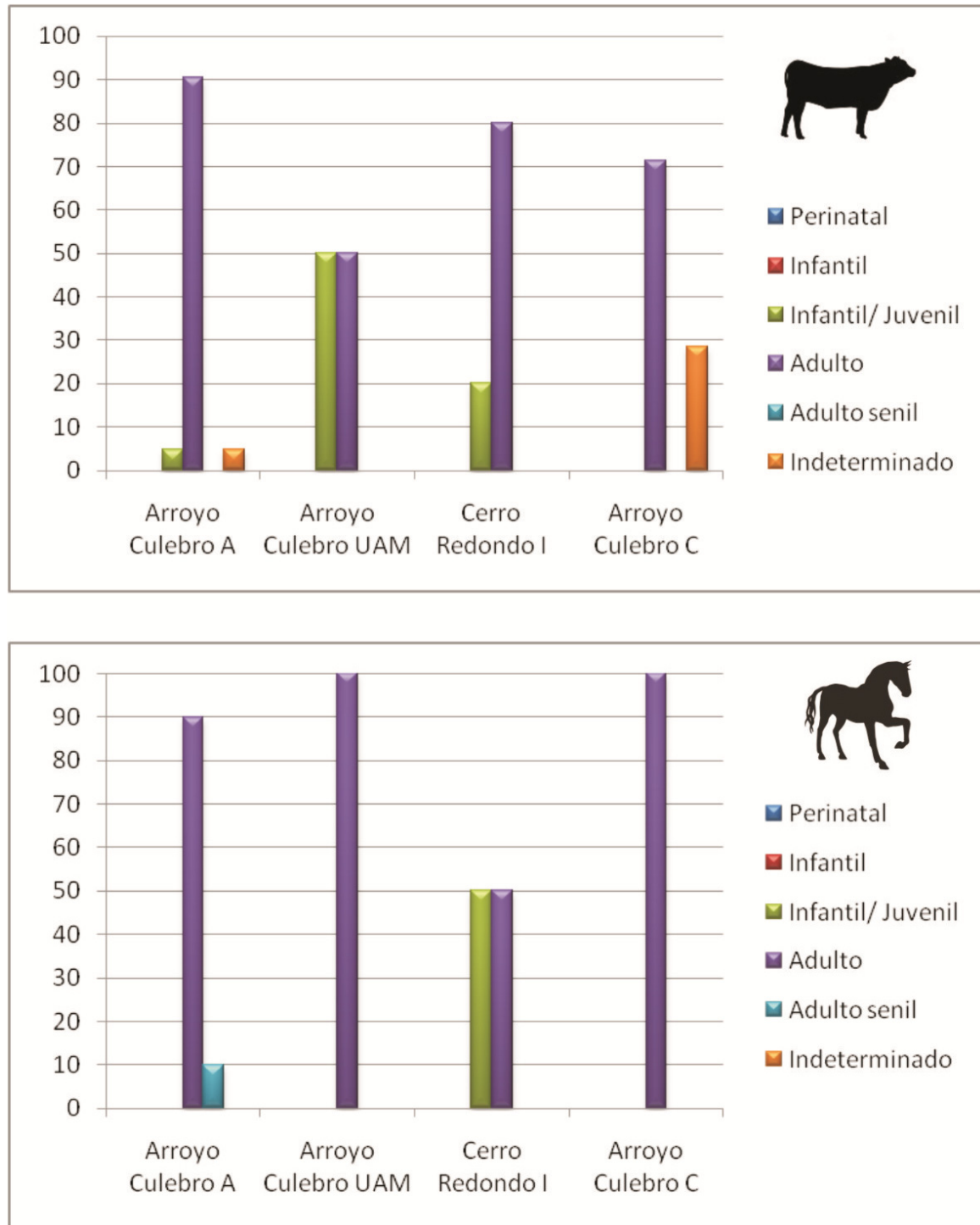


Figura 5.39: distribución por edades de bóvidos y équidos en yacimientos de la transición entre la Primera y la Segunda edades del Hierro en el valle medio del Tajo (calculados a partir del NR)

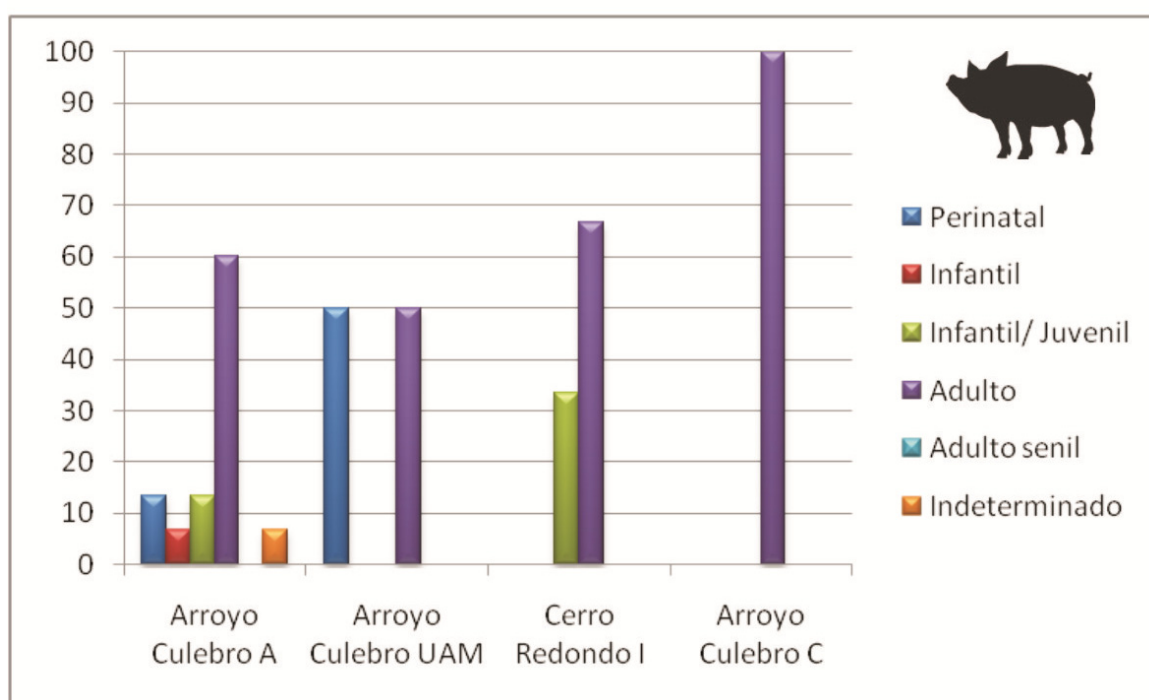
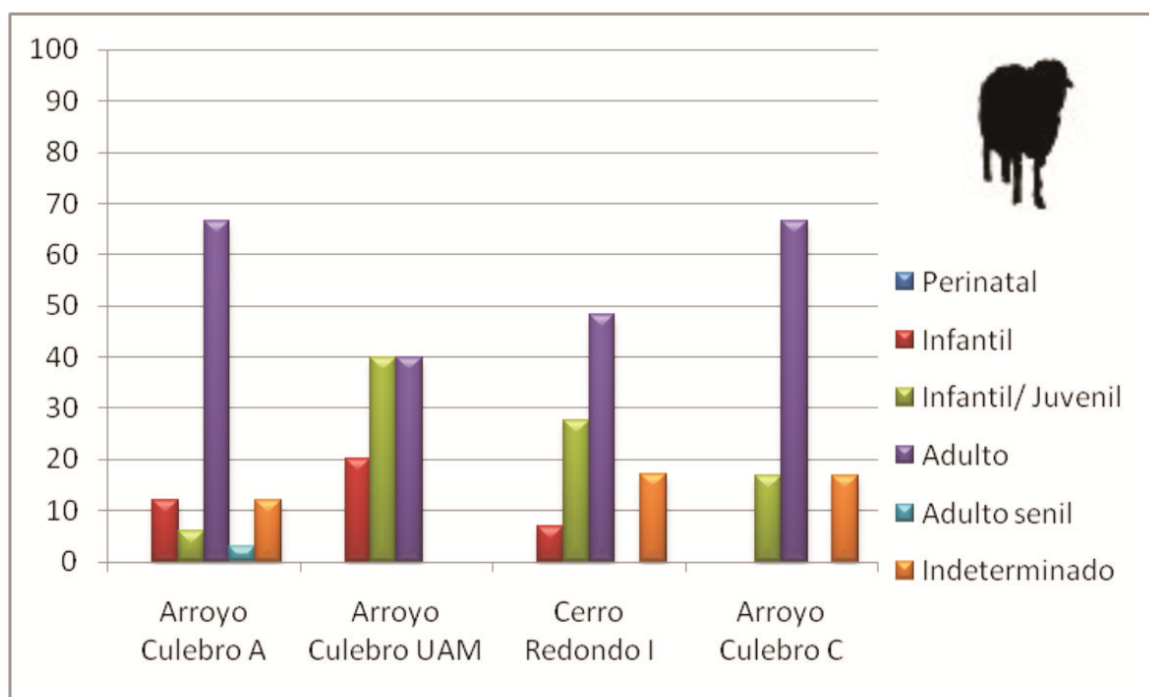
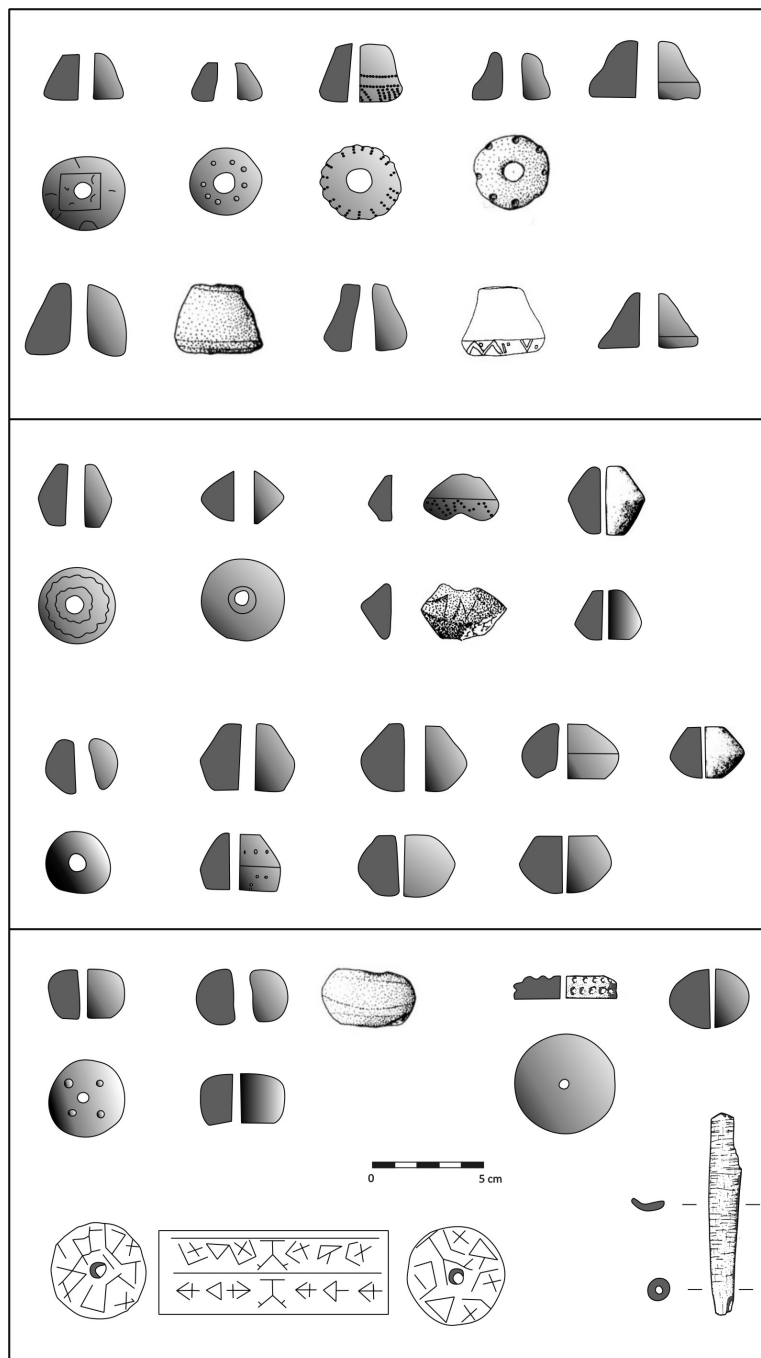


Figura 5.40: distribución por edades de óvidos y suidos en yacimientos de la transición entre la Primera y la Segunda edades del Hierro en el valle medio del Tajo (calculados a partir del NR)

Como puede apreciarse, parece que la cabaña ganadera se mantuvo en general dentro de las pautas observadas a finales del siglo VI a.C., que como hemos dicho estarían asociadas a una posible búsqueda de diversidad y equilibrio entre las diferentes especies que podría apuntar a un aumento, aun limitado, de la complejidad económica de estos grupos. En esta dirección podrían situarse las dos novedades detectadas en este periodo: la introducción de nuevas especies domésticas y la posible intensificación de las actividades textiles asociadas al trabajo de

la lana. Respecto del primer punto, es interesante llamar la atención sobre la presencia por primera vez en el registro faunístico del valle medio del Tajo del burro, documentado en la fase más antigua de Cerro Redondo (Miguel, J. de 1985: 337), siendo la primera referencia a este animal en la región, que a partir de este momento y especialmente a partir del siglo III a.C. va a hacerse relativamente común.

El incremento de actividades textiles es mucho más visible, especialmente si tenemos en cuenta que en los yacimientos de la Primera Edad del Hierro la presencia de objetos asociados a esta



actividad era notable por su ausencia: apenas hay documentadas tres fusayolas para todo el periodo. Por el contrario, la presencia de fusayolas y otros elementos asociados a la fabricación de tejidos es constante en todos los yacimientos de finales del siglo V a.C. y todo el siglo IV a.C. (figura 5.41) sugiriendo, si no un aumento de la actividad textil en ese periodo - la fusayola no es un elemento imprescindible para el hilado (Castro, Z. 1980: 128) - sí una cierta especialización ya que la presencia de estas piezas mejora sustancialmente la uniformidad, resistencia y finura del mismo. Adicionalmente y de manera excepcional, en Cerro Redondo se localizó un vástago de huso que aún conservaba un resto de hilo de lana atado a él (Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1985: 124-125).

Figura 5.41: tipologías de fusayolas del valle medio del Tajo y vástago de huso localizado en Cerro Redondo

Significativamente, la mayoría de las fusayolas localizadas en los yacimientos de este periodo son bi y troncocónicas, dato importante ya que la forma de peonza favorece la velocidad de rotación, y mejora el equilibrio disminuyendo la oscilación (Castro, Z. 1980: 144). Por tanto, el predominio de este tipo de piezas apuntaría también a la especialización antes citada. No hemos podido contrastar otros de los aspectos que apuntan en esta dirección, como el de la disminución del peso de las mismas (a menor peso, mayor productividad) o su menor tamaño, directamente relacionado con la especialización ya que permiten tejer telas de mejor calidad (Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1985: 144). En general, sin embargo, las fusayolas localizadas son pequeñas, lo que de nuevo apuntaría a una asimilación bastante especializada de esta tecnología. En cuanto a su cronología, las formas bi y troncocónicas son consideradas formas tardías, llegando a la Península ibérica a mediados del siglo VII a.C., fecha que casaría bien con los datos de que disponemos, que muestran una casi completa integración de este tipo de piezas en el siglo V a.C. dentro de los repertorios materiales. En cuanto a las decoraciones, son relativamente abundantes, consistiendo generalmente en puntillados e incisiones con diseños

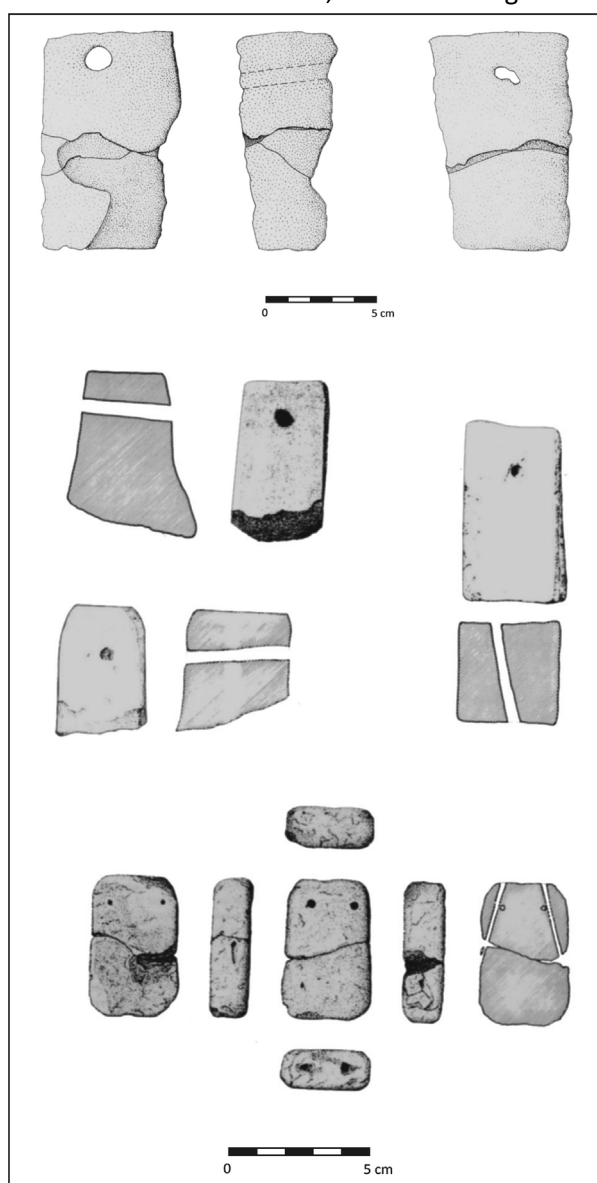


Figura 5.42: pesas de telar localizadas en el valle medio del Tajo

triangulares o cuadrangulares, aunque se ha recogido una pieza con símbolos que podrían imitar la escritura ibérica en Hoyo de la Serna (Urbina, D. *et al.* 2001: 92).

Directamente relacionada con la presencia de fusayolas está la aparición, por primera vez, de pesas de telar vertical o *pondera* en los yacimientos del valle medio del Tajo (figura 5.42). Se han documentado en yacimientos como Arroyo Culebro C o la fase más antigua de El Cerrón, ambos con cronologías en torno al siglo IV a.C. También se han localizado en algunas de las tumbas más importantes de la fase III de Palomar de Pintado, con cronología similar (ver Anexo 8). La aparición de *pondera* está asociada a la presencia de telares verticales, aunque es cierto que podrían emplearse piedras en vez de estas piezas de barro cocido o cerámica. Este tipo de telares permitiría la fabricación de piezas de gran tamaño como esteras, toldos o alfombras. Sobre los telares verticales hay cierta controversia ya que en general las pesas de telar se documentan en escaso número y además en algunos casos las dimensiones calculadas serían demasiado grandes para que fueran efectivas (Torres, J. F. 2003: 132), por lo que se ha propuesto la existencia de telares verticales sin pesas que permitirían producir

telas de mayor calidad y más rápidamente que los telares que dispusieran de ellas. Por desgracia, este tipo de telares apenas deja rastro en el registro arqueológico, a excepción de una piedra empleada como peso y de una cubeta para colocar los pies, por lo que son muy difíciles de identificar. Por otra parte, podrían coexistir los dos tipos de telares verticales, e incluso otros más sencillos como los de rejilla, de lizo o placa, dependiendo del contexto y del tipo de piezas que se produjeran. Las *pondera* recogidas en los asentamientos del valle medio del Tajo son de tamaño pequeño, por lo que sí podrían pertenecer a telares verticales. En cualquier caso, es posible que en estos primeros momentos la mayoría de los telares siguieran siendo sencillos y coexistieran con los primeros telares verticales.

Como puede apreciarse, parece que durante el siglo IV a.C. se van incorporando y mejorando algunas técnicas de trabajo a la vez que se produce un incremento y diversificación de las actividades económicas asociadas a la explotación de la cabaña ganadera, continuando y acelerando las tendencias observadas durante los siglos anteriores. En este sentido la actividad textil comienza a hacerse mucho más visible en el registro arqueológico, lo que podría indicar a una progresiva especialización sin que tengamos datos suficientes para hablar de especialistas a tiempo completo. Si la ganadería y sus actividades subsidiarias parecen avanzar hacia una creciente especialización, la actividad cazadora muestra unos síntomas evidentes de continuidad con la etapa anterior, tanto en el peso de la misma dentro de la economía como en el número y tipo de especies cazadas. La muestra de animales silvestres recogida en los yacimientos de este periodo es tan escasa que impide cualquier aproximación estadística: tan sólo puede hacerse referencia al tipo de especies capturadas, a la mayor o menor representatividad de las mismas en el conjunto de yacimientos.

Durante el periodo estudiado, ciervo y conejo son con diferencia los dos animales más cazados en el valle medio del Tajo, continuando la tendencia observada en la etapa anterior. No sólo son cuantitativamente más numerosos - dentro de la escasa muestra disponible - sino que además aparecen en casi todos los yacimientos que disponen de este tipo de información. El resto de animales se encuentra en proporciones mucho más pequeñas y de forma mucho más esporádica: tan sólo en la fase más antigua de Cerro Redondo (Miguel, J. de 1985) se ha detectado jabalí y una posible cabra montesa, que también fue documentada en Arroyo Culebro UAM (Liesau, C. 1998). Se confirma por tanto la pérdida de diversidad de especies cazadas apreciada ya en la fase final de la Primera Edad del Hierro. Sorprende asimismo la ausencia absoluta de restos de depredadores entre los conjuntos faunísticos recuperados.

En cuanto a la agricultura, lo cierto es que la información de que disponemos es muy escasa. No contamos con datos de palinología para ninguno de los yacimientos, pero sí con datos carpológicos en Arroyo Culebro C, donde se han identificado cariósides de trigo almidonero (*Triticum diccocum*) y de cebada vestida (*Hordeum vulgare*) en fragmentos de adobe, así como numerosos tallos de cereales de especie indeterminada (Alonso, N. y Rovira, N. 2001: 9-10).

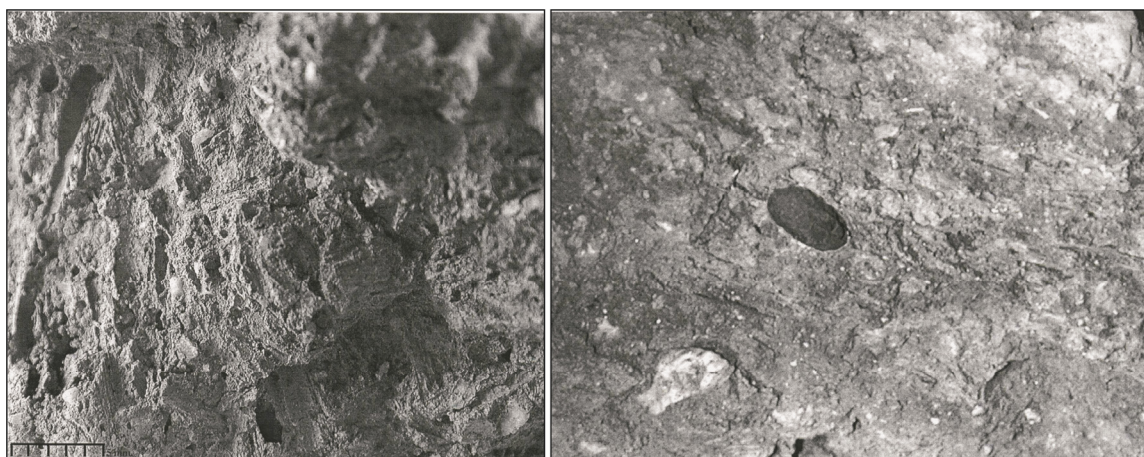


Figura 5.43: improntas de tallos de cereales (izquierda) y de carióspside de semilla de trigo localizadas en Arroyo Culebro C

Como en el caso de la ganadería, los pocos datos de que disponemos se completan con objetos procedentes del registro arqueológico asociados al proceso de procesado de alimentos. En este caso, el indicador más claro es la aparición de molinos circulares, documentados en todos los asentamientos y que sustituyen a los de tipo barquiforme. Como hemos dicho, aparecen en todos los yacimientos estudiados aunque son especialmente numerosos en el sector B del yacimiento de Arroyo Culebro C, que podría ser interpretado como una zona de procesado de cereales con varias habitaciones de pequeño tamaño en torno a una habitación central que pudo ser un patio (fig. 5.45). Este tipo de molinos permiten un trabajo de molturación más rápido, cómodo y eficaz, y se han documentado tanto con uno como con dos agujeros (fig. 5.44) En este último caso, dos personas podrían trabajar pasándose los mangos mejorando la rapidez de la rotación y reduciendo el esfuerzo necesario para realizar la fricción (Torres, J. F. 2003: 43)



Figura 5.44: detalle de un molino circular con dos agujeros simétricos en una habitación de Arroyo Culebro C (Foto ARTRA S.L.)

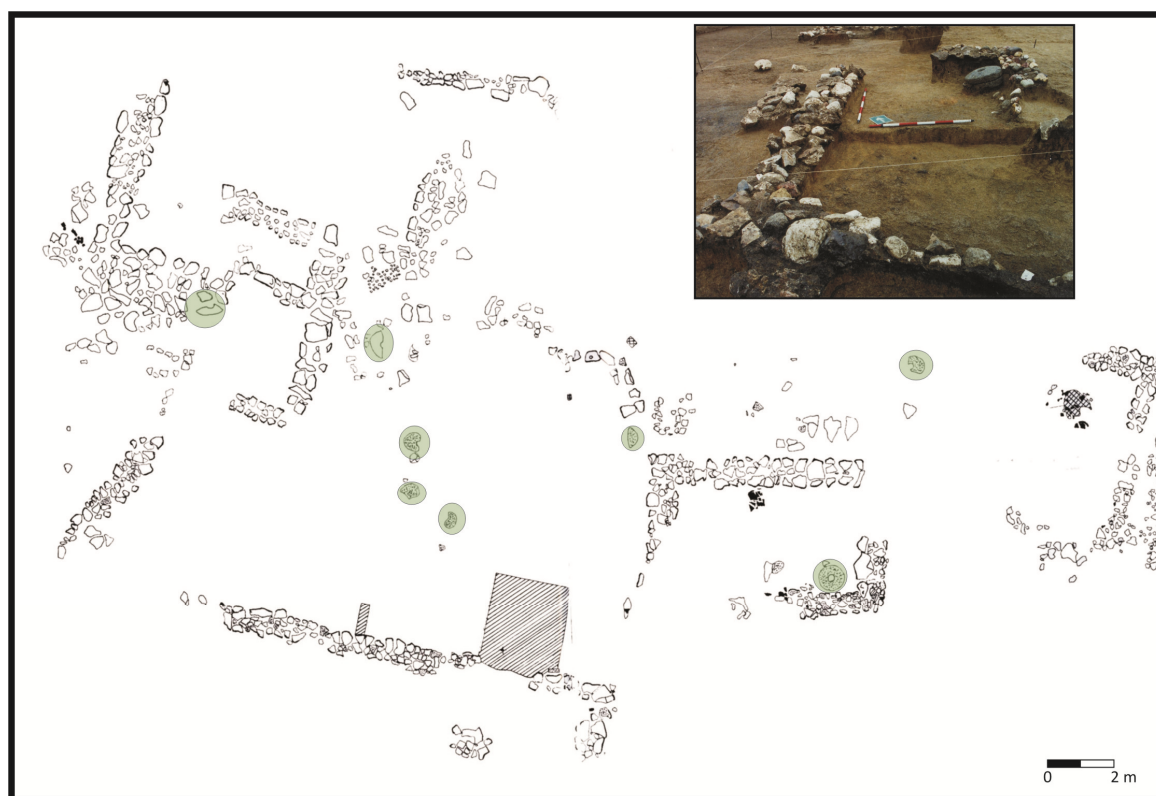


Figura 5.45: Sector B de Arroyo Culebro C con la localización de los principales fragmentos de molinos circulares. En la fotografía de arriba, molino localizado *in situ* en una de las habitaciones. A partir de (Penedo, E. *et al.* 2002)

Otra evidencia indirecta del procesado de alimentos que podría indicar un mayor desarrollo de las actividades secundarias asociadas a la agricultura es la presencia cada vez mayor de piezas de almacenamiento de grandes dimensiones y formas cada vez más especializadas. El caso más significativo es sin duda el de los toneletes (figura 5.46), que comienzan a aparecer en estos momentos en la región y que debemos considerar asociados al almacenamiento de líquidos como la cerveza, aunque en algunos casos se haya propuesto la posibilidad de su uso para la elaboración de mantequilla (Torres, J. F. 2003: 64), especialmente aquellos que presentan asas que podrían ser usadas para agitar la pieza. En general, estas piezas se han documentado en los yacimientos del siglo IV a.C. estudiados, a excepción de la localizada en Arroyo Culebro UAM, cronología coherente con la aceptada comúnmente para estas piezas y que sitúa su auge en torno a los siglos IV - III a.C. (Fletcher, D. 1957: 146; Pereira, J. 1982: 303). Por desgracia, los restos identificados son pequeños, lo que impide establecer correctamente el tamaño y forma de las piezas.

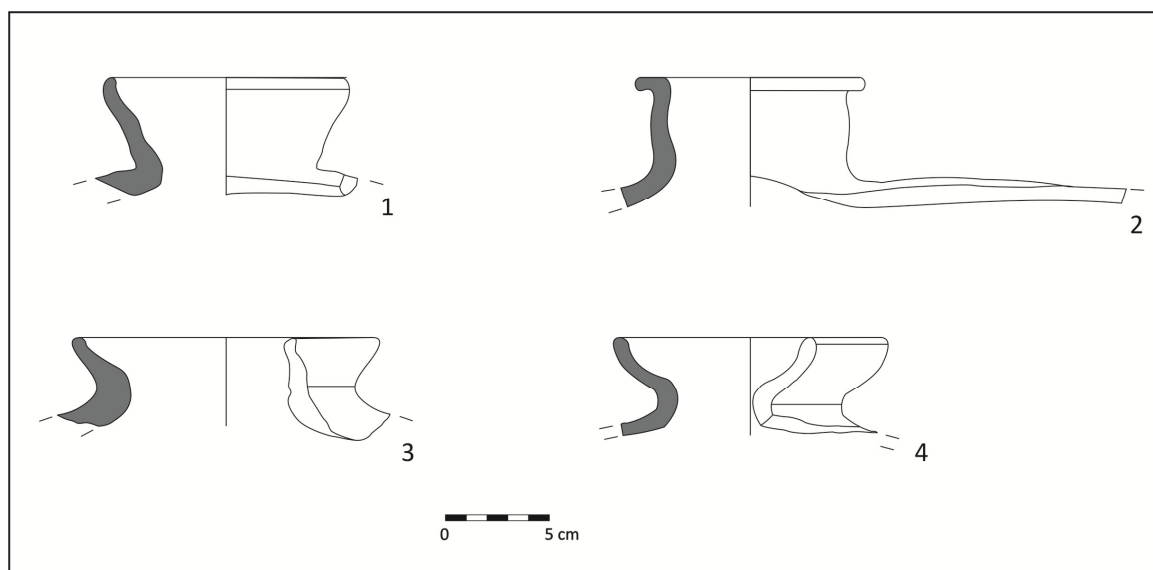


Figura 5.46: toneletes localizados en yacimientos del siglo IV a.C. en el valle medio del Tajo. 1 El Baldío, 2 Arroyo Culebro UAM, 3 Arroyo Culebro C, 4 Laguna del Campillo.

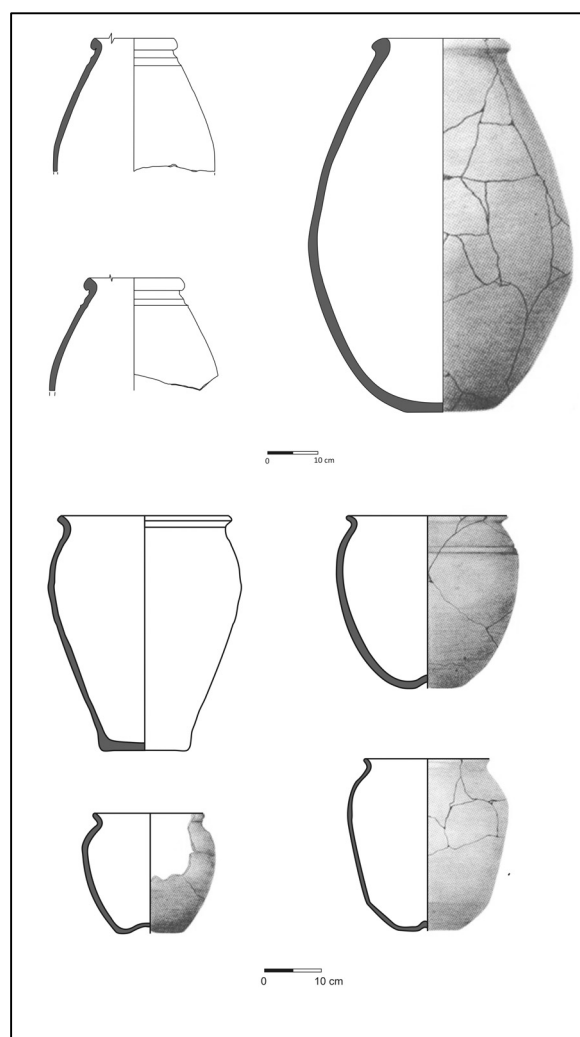


Figura 5.47: vasijas de almacenaje de finales del siglo V – siglo IV a.C. en valle medio del Tajo (I)

Los toneletes son, en el fondo, una expresión material de una creciente especialización de las actividades económicas que tiene su reflejo en la creciente diversidad de formas cerámicas que se observa en este periodo. Otro de estos ejemplos es la aparición de las grandes piezas de almacenamiento conocidas como *dolia* (figura 5.47), que comienzan a hacerse cada vez más frecuentes en este periodo y que apuntan a unas necesidades de acumulación de excedentes cada vez mayores, bien debido al crecimiento demográfico que parecía detectarse en el análisis de poblamiento, bien por el aumento de las inversiones en bienes de prestigio, o por ambas razones. Sea por la causa que sea, el aumento significativo de piezas de almacenamiento nos estaría hablando de una sociedad con excedentes crecientes o al menos la posibilidad de obtenerlos.

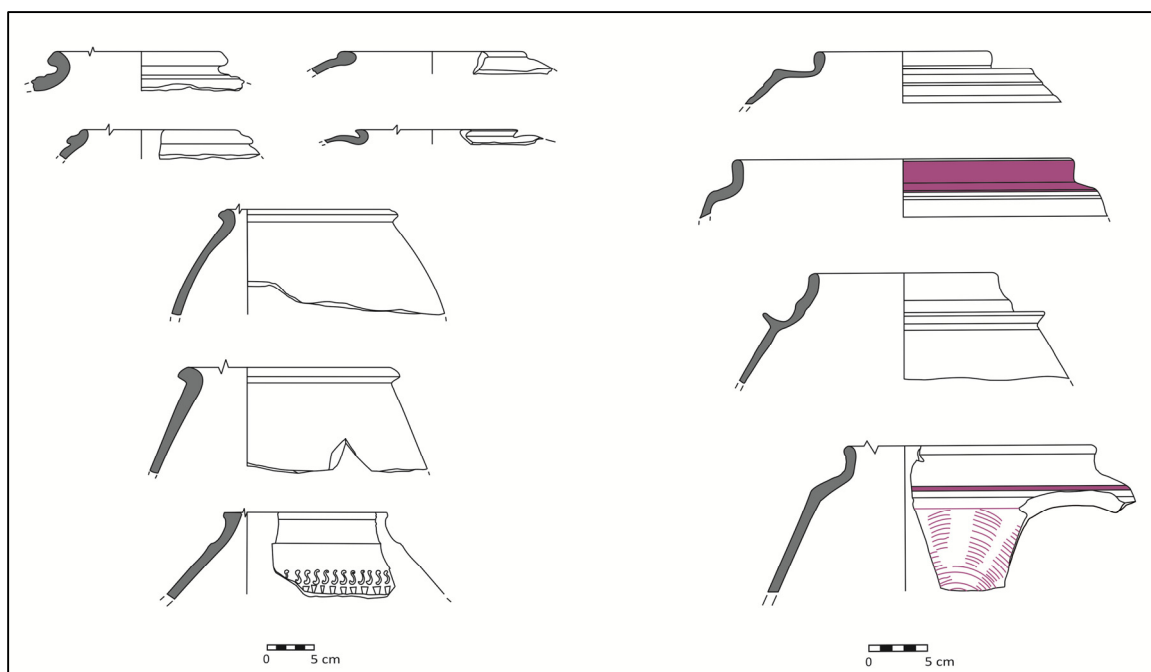


Figura 5.48: vasijas de almacenaje de finales del siglo V – siglo IV a.C. en valle medio del Tajo (II)

En realidad, esta diversificación de la cultura material en los yacimientos no está asociada exclusivamente a tipos cerámicos relacionados con actividades económicas específicas, sino que es una característica mucho más general que abarca el conjunto de objetos utilizados en los asentamientos. Además de en las diferentes funciones de los objetos, se aprecia en la enorme variedad de tipos, formas y decoraciones de las cerámicas, en los objetos de metal y en los tipos de objetos importados que crecen en variedad y número. Aunque el anexo 7 muestra un resumen pormenorizado de la cultura material de la Segunda Edad del Hierro, creemos necesario presentar las líneas generales que definen las tendencias descritas arriba.

Respecto de la cerámica, ya propusimos al analizar la llegada e implantación de la cerámica a torno como la llegada de esta tecnología se percibía a partir de un salto brusco en los porcentajes de cerámicas realizadas con esta técnica, y como este proceso podía encuadrarse, *grosso modo*, en la segunda mitad del siglo V a.C. Hasta este momento, las cerámicas a torno del valle medio del Tajo podían clasificarse en dos grandes grupos: cerámicas a torno de tipo ibérico y cerámicas grises. Respecto de las primeras, el repertorio era sorprendentemente limitado, predominando tinajillas de borde pico de ánade seguidas a mucha distancia de cuencos de ala ancha. La cerámica gris presentaba asimismo unos parámetros formales muy restrictivos, basados casi exclusivamente en platos y cuencos carenados, caliciformes y cuencos de labio engrosado. Del mismo modo, las decoraciones eran muy básicas: combinaciones de líneas y bandas - excepcionalmente, semicírculos concéntricos - normalmente ocupando la totalidad de la pieza y muy a menudo, la parte superior e interior del borde.

La cerámica ibérica de finales del siglo V a.C. y del siglo IV a.C. muestra, por el contrario, una enorme variabilidad formal. Siguen predominando las tinajillas y tinajas con borde en pico de ánade, pero ahora el repertorio se amplía incluyendo ollas con perfil en "S" más clásicos, piezas de paredes rectas, caliciformes, cuencos y platos de todo tipo, soportes para piezas de gran tamaño, además de las piezas de almacenamiento que ya han sido analizadas más arriba y de

otras formas más escasas como embudos, tapaderas o cucharas. Algo parecido pero a menor escala pasa con la cerámica gris, en la que también se aprecia un aumento de las formas, especialmente ollas con perfil en "S". El análisis de los materiales documentados en el yacimiento de La Alberquilla (figura 5.49), un horno destinado a la producción a gran escala, no deja lugar a dudas sobre las piezas más demandadas en estos momentos.

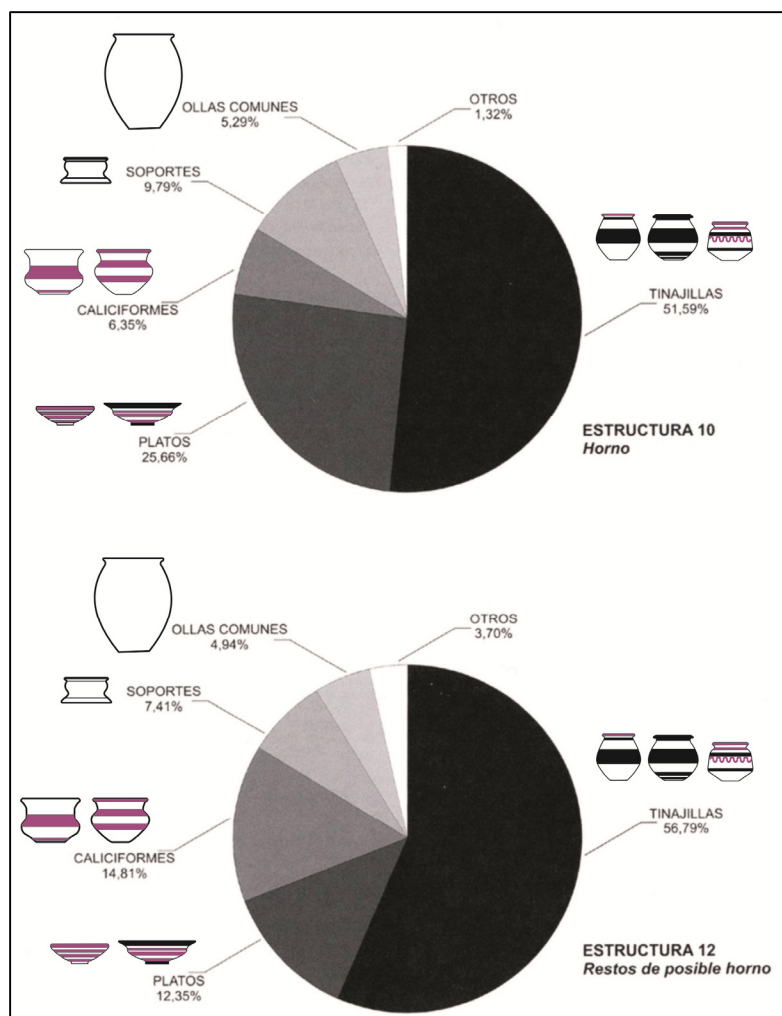


Figura 5.49: tipos de cerámicas y porcentaje de aparición en el yacimiento de la Alberquilla (Gutiérrez E. et al. 2007: 321)

Esta misma variabilidad en las formas se detecta también en las decoraciones, donde pueden diferenciarse tres tipos principales: pintura de estilo ibérico, continuando las líneas anteriores, estampillados y la denominada cerámica jaspeada, característica de la región y que comienza a aparecer en los yacimientos del valle medio del Tajo en estos momentos.

Respecto de la primera, a las decoraciones más simples que caracterizan los primeros momentos de este tipo de cerámicas se le añaden nuevos diseños que, *grosso modo*, se basan en variaciones sobre segmentos de círculos concéntricos (completos, cuartos, etc.) o motivos

geométricos simples (melenas, rombos), estos últimos claramente minoritarios. Los frisos son en general sencillos, combinando líneas y bandas con uno o como mucho dos motivos geométricos - ver anexo 7 para una recapitulación de diseños -, dispuestos casi siempre en los dos tercios superiores de la pieza, característica que marca una clara distinción cronológica con las piezas más antiguas en la región, en las que la temática decorativa de disponía a lo largo de todo el cuerpo de la cerámica.

Si en la pintura lo que se observa es una clara tendencia al aumento de diseños y combinaciones de los mismos siguiendo las tendencias marcadas por el mundo ibérico, en el caso de la decoración estampillada que comienza a aparecer a finales del siglo V a.C. en los asentamientos del valle medio del Tajo el origen es mucho más discutido. Respecto de esta técnica ha habido un amplio debate acerca de su origen y posibles implicaciones identitarias, hasta el punto de que

identificada con el mundo vetón y combinada con la pintura, se convirtió en un ejemplo de la “fusión” entre influjos célticos e ibéricos de la región y en una de los elementos materiales definitorios, junto a la cerámica jaspeada, de la etnia carpetana. En realidad, las cerámicas estampilladas aparecen tanto en el mundo vetón como en el mundo oretano, así que su posible foco de influencia no está claro. Sin una sistematización de los diseños y sus cronologías no podemos establecer una categorización clara, aunque hay evidencias de que ambas regiones influyen en los tipos de estampillas utilizados, ya que junto a diseños típicos de la Meseta norte como las cruces gamadas encontramos otros asociados a influencias mediterráneas a través del mundo oretano. El anexo 7 recoge una sistematización de los tipos de estampillas localizados en yacimientos carpetanos.

Lo que sí parece claro es que estas estampillas se aplican a dos tipos muy concretos de cerámicas: cerámicas toscas – de almacenaje, tipo *dolia*, o más pequeñas y dedicadas al uso en la cocina o el almacenaje de alimentos – de cocción generalmente reductora; y cerámicas de buena calidad de tipo ibérico. En este segundo caso a menudo aparecen asociadas a pintura, en un patrón tradicionalmente relacionado con el mundo carpetano pero que parece ser más característico de la región oretana. La combinación de pintura y estampillado tiene además un componente cronológico interesante, ya que este tipo de cerámicas se generalizan a finales del siglo IV a. C. – principios del siglo III a.C. en los yacimientos de nuestra zona.

Finalmente, es en este momento cuando se documentan por primera vez el tratamiento decorativo conocido como “jaspeado”, que durante mucho tiempo fue considerado como uno de los rasgos definitorios de la cultura material carpetana y cuyo estudio adolece de cualquier tipo de aproximación rigurosa, más allá de breves descripciones de las piezas. Posteriormente, y quizá como reacción al fracaso en la delimitación de las características materiales de los supuestos carpetanos, se redujo el papel de la cerámica jaspeada al de un simple engobe tosco achacado a la falta de pericia de los alfareros de la región. En nuestra opinión y sin llevar la cerámica jaspeada hasta la asimilación con un determinado grupo étnico, este tipo de decoración parece haber sido, como veremos al hablar de la sociedad de la Segunda Edad del Hierro, una técnica decorativa en sí misma, característica de la región sin que eso la convierta en un símbolo identitario una etnia. Este tipo de decoración *“es un engobe o pintura que oscila desde los tonos marrones claro a los marrones oscuro y negruzcos, cuya característica es que está aplicado con una especie de brocha o pincel basto que deja translucir los brochazos, de modo que partes de la vasija quedan cubiertas por el engobe o pintura y otras no, adquiriendo así el aspecto “jaspeado” que la ha dado el nombre. A veces parece querer imitar las bandas de las decoraciones típicamente ibéricas, alternando el engobe marrón claro con franjas más oscuras”* (Urbina, D. et al. 2004: 162, fig. 5.50).



Figura 5.50: cerámica con decoración jaspeada procedente de Palomar de Pintado.

En contra de la propuesta de la cerámica jaspeada como un engobe aplicado de manera tosca estaría su presencia en yacimientos de cronología avanzada como Palomar de Pintado, donde este tipo de cerámicas se ha documentado en las últimas fases de utilización, de cronología relativamente avanzada (transición entre los S. III-II a.C.), e incluso hornos de producción industrial como La Alberquilla en los que la cerámica jaspeada representa un importante porcentaje de la cerámica localizada. La explicación del jaspeado como un tipo

de aplicación previa al aprendizaje de técnicas más depuradas de engobe no parece encajar bien con la coexistencia de ambos tipos de tratamientos en muchos yacimientos. El segundo aspecto a considerar es su uso reiterado como recurso decorativo, combinada con pintura o imitando los trazos de ésta sobre las paredes de las cerámicas, algo que casa mal con esa idea de técnica de “transición” hacia formas más sofisticadas de engobe. En nuestra opinión, si se trata de una asimilación particular del concepto de engobe por los alfareros de la región, como propone Urbina (1997: 536), ésta fue consciente, asumida y potenciada. El hecho de que se localicen este tipo de cerámicas en tumbas ricas como ocurre en Palomar de Pintado (ver Anexo 8) apunta a que no se trataba necesariamente de cerámicas de segunda fila, aunque desde luego no parecen haber sido nunca cerámicas de lujo.

Cronológicamente, la cerámica jaspeada comenzaría a aparecer a finales del siglo V a.C. – principios del siglo IV a.C. cuando aparece en contextos asociados a cerámicas áticas (Urbina, D. 1997). Los datos procedentes de Palomar de Pintado, que desarrollaremos en detalle en el Anexo 8, parecen corroborar parcialmente esta afirmación, ya que de las cinco fases en que se ha estructurado el desarrollo de la necrópolis es en la tercera, asociada a cerámicas griegas datadas en el siglo IV a.C. (Pereira, J. *et al.* 2003: 158), donde se constata una eclosión de este tipo de cerámicas, que llegan a aparecer en el 30% de las tumbas, para ir disminuyendo progresivamente hasta valores del 15% en la etapa final de la necrópolis. Las cerámicas jaspeadas ya estaban presentes sin embargo en la fase anterior, datada en torno al siglo V a.C., por lo que la cronología de la aparición de este tipo de cerámicas debería retrasarse hasta el pleno siglo V a.C. En este sentido, el hecho de que una de las tumbas de Palomar de Pintado con una datación de C_{14} de 770 – 400 (calibrada a 2 σ) presente un ejemplar de cerámica jaspeada parece otro apoyo más a esta teoría. Aunque el intervalo de calibración es muy amplio, ocupa claramente un periodo anterior al siglo IV. Además, y como muestran las dataciones de cronología absoluta analizadas en el Anexo 3, esta datación presenta un pico muy definido en el siglo V a.C.

Más aún, los datos de Palomar de Pintado apuntan a una posible evolución cronológica en las características de este tipo de cerámica, ya que en las fases más antiguas predominan las piezas

que combinan jaspeado y pintado, que son paulatinamente sustituidas por cerámicas en las que ha desaparecido la pintura y que presentan tan sólo el jaspeado. Como puede observarse en el gráfico 5.51, hay un crecimiento de la proporción de cerámica jaspeada desde su aparición en el siglo V a.C. hasta la fase del siglo IV a.C., caracterizada por grandes estructuras tumulares y presencia de cerámica ática. A partir de ahí hay un progresivo descenso, aunque este tipo de cerámica sigue representada de manera importante hasta el final de la necrópolis. Sin embargo, parece haber una tendencia opuesta entre las cerámicas que presentan pintura sobre el jaspeado, que son mayoritarias en la segunda fase, escasas en la tercera y ausentes en las fases IV y V, reemplazadas por cerámicas que presentan tan sólo el jaspeado sobre la pieza. Así pues, sin descartar que el origen de este tipo de decoración fuera el de un engobe que acompañara a la pintura, parece que evolucionó de manera independiente y se mantuvo como uno de los elementos más característicos de la cultura material del valle medio del Tajo hasta la época de la conquista romana, sin que por ello tenga que asumir ninguna connotación de tipo historicista que la asocie a un grupo étnico concreto.

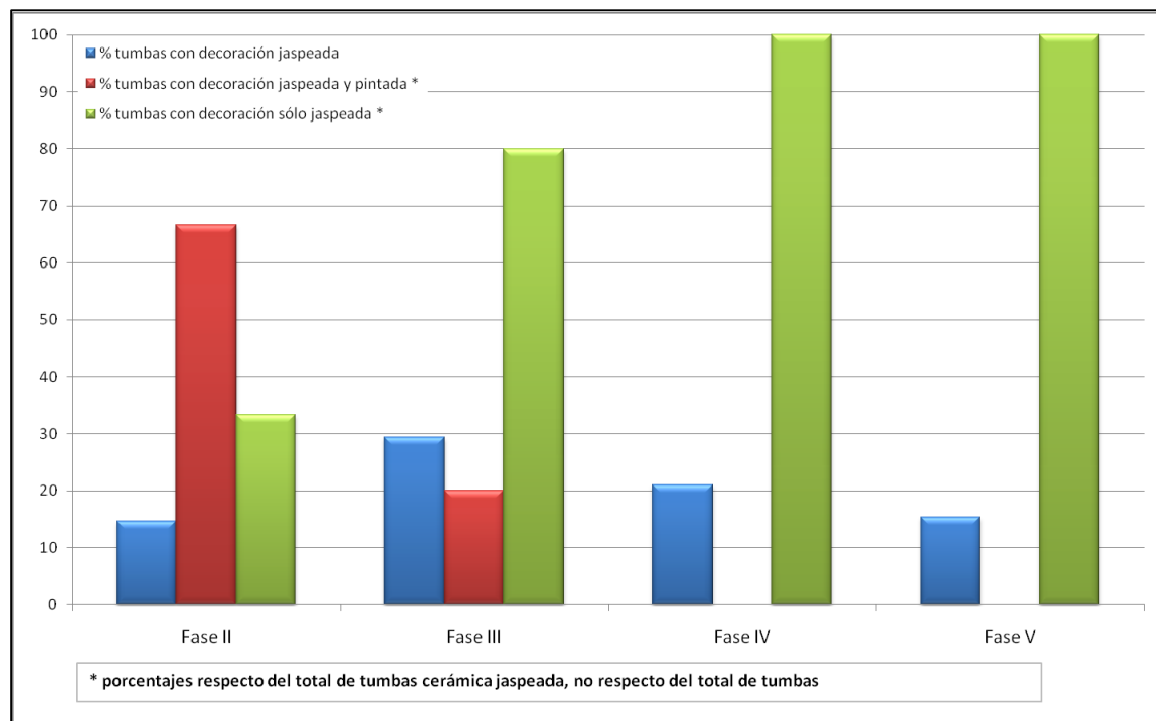


Figura 5.51: presencia de cerámica jaspeada en las fases de Palomar de Pintado

En nuestra opinión, la eclosión de formas y decoraciones que se observa en estos momentos obedece a la convergencia de dos dinámicas que en realidad son complementarias. La primera es el desarrollo de la actividad alfarera a unos niveles que superan el ámbito doméstico, que permiten una difusión más rápida de las piezas, una mayor calidad de las mismas y la aparición de verdaderos especialistas en este tipo de tecnología. En ese sentido, la documentación de hornos de que podríamos calificar como industriales como los de La Alberquilla o El Malecón muestran una creciente complejidad tanto en los procesos productivos como en la distribución de los objetos, incluso aunque no tengamos datos efectivos sobre la presencia de especialistas a tiempo completo cuya presencia es sin embargo bastante plausible. La segunda dinámica es obvia: si aumenta la producción de determinados tipos de piezas es porque existe una demanda de las mismas, y recursos para adquirirlas. Esta demanda tendría dos connotaciones muy claras

que apuntan igualmente a una complejidad socioeconómica creciente: por una parte, la variedad de formas hace referencia - incluso aunque no se trate de piezas de muy buena calidad - a un mayor número de actividades económicas que requieren material cada vez más especializado. Por otra parte, la existencia de una actividad tan especializada y de infraestructuras como las que muestran los hornos estudiados evidencia una profesionalización funcional en la que algunos miembros del grupo son eximidos del trabajo centrado en la subsistencia para desarrollar tareas más específicas.

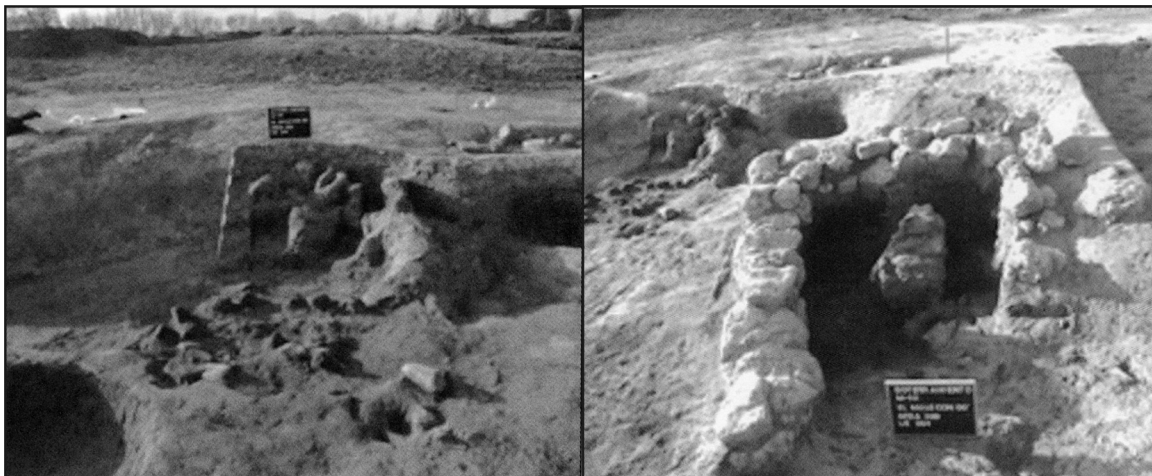


Figura 5.52: hornos de El Malecón. A partir de (Rodríguez, M. 2007)

Los dos casos de hornos documentados parecen coincidir en su carácter supradoméstico dada la entidad de las estructuras documentadas. En el caso de El Malecón, se han identificado hasta tres hornos (fig. 5.52), uno de planta rectangular con tabique interior y otros dos de planta circular o subcircular contruidos con tapial y adobes y asociados a una habitación interpretada como almacén para las piezas ya cocidas (Rodríguez, M. 2007: 293). Significativamente, aunque se han documentados otras estructuras negativas descritas como basureros, no se ha identificado ninguna que pudiera ser interpretado como vivienda, algo lógico si tenemos en cuenta el carácter disperso del poblamiento que hemos visto anteriormente. Incluso si aceptamos que los tres hornos no coexistieron - algo bastante probable - el propio mantenimiento de la alfarera actividad durante un periodo de tiempo tan prolongado y el mantenimiento de estas infraestructuras apuntaría a cierto grado de especialización profesional.

La Alberquilla (fig. 5.53) presenta un esquema similar al de El Malecón, con gran horno de 5 metros de longitud por 2 metros de ancho y otras dos estructuras de interpretación más dudosa pero claramente asociadas con la primera y que podrían constituir otro horno (Gutiérrez, E. *et al.* 2007: 320). Como en el caso anterior, no se documentaron viviendas de este periodo cronológico en las cercanías del conjunto. El horno es de planta rectangular, muy similar al de este tipo localizado en El Malecón pero de mayor tamaño. Cronológicamente presenta algunos problemas de interpretación, ya que si bien los hornos de planta rectangular y doble boca de carga presentan cronologías tardías (a partir del siglo III a.C.), la producción cerámica y algunas de las características técnicas empleadas en su construcción apuntan a una mayor antigüedad, con materiales encuadrables de manera genérica entre los siglos V-III a.C., más cercanos a cronologías del siglo IV que al siglo III a.C. (Gutiérrez, E. *et al.* 2007: 319 - 320). En este sentido, los autores señalan las similitudes formales con el yacimiento de Arroyo Culebro excavado por

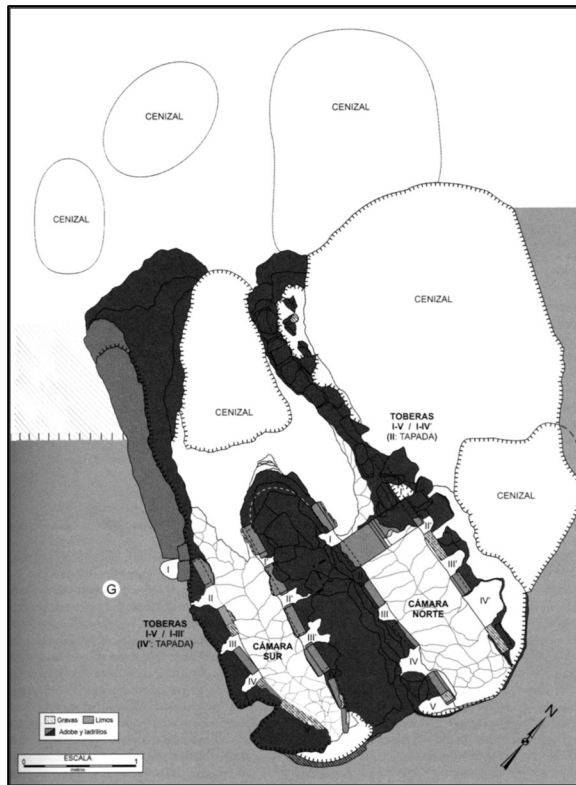


Figura 5.53: planta del horno de La Alberquilla. A partir de (Gutiérrez, E. *et al.* 2007)

M.C. Blasco (Arroyo Culebro UAM). Dadas las contradicciones entre la cronología derivada de las características técnicas del horno y las piezas localizadas, los autores optan - opinión que compartimos - por situar el horno entre el siglo V y III a.C. y por proponer que la planta del horno adelanta algunas soluciones técnicas detectadas generalmente en hornos más tardíos.

La cronología genérica propuesta por los autores encaja perfectamente con los datos propuestos en nuestro análisis de correspondencias, que situaban la aparición de este tipo de hornos a finales del siglo V a.C., provocando a lo largo del siglo IV a.C. el aumento definitivo de los porcentajes de cerámica a torno a niveles superiores al 80% en todos los yacimientos. En nuestra opinión, los materiales localizados en La Alberquilla corresponden a un horizonte del siglo IV a.C., pero algunas decoraciones y formas también

están presentes en el siglo III a.C., lo que implicaría una duración relativamente larga de las instalaciones, algo por otra parte lógico si tenemos en cuenta la inversión realizada en la construcción de las mismas.

Como hemos reseñado antes, la aparición de evidencias de incremento en la producción de un determinado tipo de objetos implica la existencia de una demanda creciente de los mismos y viene muy ligada a la existencia de redes de intercambio que permitan el acceso a productos que ya no se fabrican dentro del ámbito doméstico. Estas redes se habían analizado al valorar el acceso a materias primas o a productos calificados como "bienes de prestigio". Ambas líneas de intercambio se mantienen, pero ahora además parece documentarse cambios en la actividad comercial que apuntan a una activación de redes de productos manufacturados más comunes. Este sería el destino de la producción cerámica documentada en los hornos de La Alberquilla o El Malecón, y podría ser también el caso de las crecientes referencias a actividad textil especializada en la región. Significativamente, en estos momentos comienza a documentarse en los asentamientos la presencia de contramarcas en piezas de cerámica (fig. 5.54), un tipo de signos que ha sido generalmente asociado a marcas de propiedad o identificativas del producto transportado en las vasijas.

Los objetos denominados de importación constituyen quizá uno de los mejores ejemplos de que disponemos en este momento para valorar las relaciones entre cambios materiales y continuidad en los mecanismos de manipulación y emulación de la cultura material. Así, durante el siglo V a.C. habíamos visto cómo las primeras cerámicas a torno – especialmente las cerámicas grises ibéricas – se convertían en uno de los objetos más codiciados e imitados en los

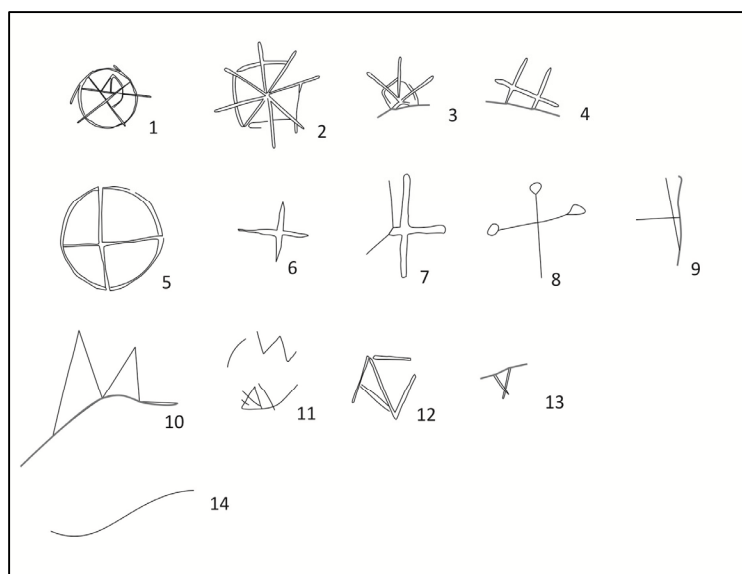


Figura 5.54: contramarcas en yacimientos de finales del siglo V a.C. - siglo IV a.C. 1-6, 11-12 Cerro Redondo; 7 Laguna del Campillo; 8, 10, 14 El Cerrón; 9 Cerro de las Nieves; 13 Arroyo Culebro C.

asentamientos y necrópolis, junto a las primeras piezas de hierro y los diferentes modelos de fíbulas. Estos objetos constituían el grueso de las piezas que podríamos calificar "de lujo", dentro de los parámetros extremadamente modestos de nuestra región. Se podría afirmar que el valor de estas piezas residía más en su exotismo que en la calidad de su manufactura. Junto a ellas y de

manera excepcional se documentaban algunas piezas mucho más elaboradas como

urnas de orejetas, imitaciones de piezas *a chardon* y cuentas vítreas de pasta amarilla, casi siempre en la periferia del valle medio del Tajo y asociadas a necrópolis, que sí podrían encuadrarse dentro del concepto de bienes de prestigio.

El siglo IV a.C. muestra unas características diferentes: la generalización de la cerámica a torno hace que este tipo de piezas pierda su valor como referente de prestigio *per se*, puesto que es ahora mucho más accesible. Es necesaria por tanto la búsqueda de otros bienes de consumo que sustituyan a los anteriores como herramienta de proyección social y de exhibición de riqueza y poder. Como en el siglo anterior, se percibe una doble vertiente en la forma en que se distribuyen los objetos importados: un tipo corresponde a piezas de muy buena calidad, pero con una distribución bastante amplia en la región, siendo relativamente habituales en los yacimientos. Otros son piezas excepcionales con un gran valor añadido, pero su presencia es, en la mayoría de los casos, testimonial. Dentro del primer grupo podríamos incluir tipos como la cerámica de barniz rojo ibérico y las primeras fíbulas anulares. Las piezas de cerámica ática que comienzan a aparecer en la región a finales del siglo V a.C. podrían situarse a caballo entre ambas situaciones.

Las connotaciones de ambos tipos de objetos y sus posibles interpretaciones respecto de la organización social de los grupos que las acogen serán discutidas al analizar las características de la sociedad a comienzos de la Segunda Edad del Hierro, pero es necesario recordar aquí que la presencia de objetos muy ricos no tiene por qué entrañar directamente la presencia de élites, ya que puede obedecer a episodios esporádicos de riqueza dentro de un grupo por lo demás homogéneo. De hecho, y tal como defendimos al analizar la sociedad de la Primera Edad del Hierro, esta presencia podría representar más bien los intentos de romper la igualdad inicial dentro del grupo. Por otra parte, en el marco de comunidades tan igualitarias como parecen haber sido las asentadas en el valle medio del Tajo, la posesión de objetos difíciles de adquirir, por modestos que pudieran parecer, debió haber otorgado cierto prestigio a sus propietarios. El peso real de estas piezas sólo puede ser valorado, como en el periodo anterior, dentro del contexto socioeconómico de las poblaciones donde se utilizaron. Volveremos a este tema

posteriormente, por lo que aquí sólo analizaremos brevemente las piezas consideradas de prestigio por su escasez, dificultad de elaboración u origen.

Sin duda, una de las cerámicas de importación por antonomasia es la cerámica ática, que en otras regiones ofrece algunas de dataciones muy ajustadas pero que en nuestra región presenta algunos problemas de análisis. El primero de ellos es su escasez. Sin ser excepcional ya que se han documentado fragmentos de cerámica de este tipo en 18 yacimientos de la región, el conjunto total de piezas apenas alcanza la treintena, varias de ellas descontextualizadas. En aquellos yacimientos que aportan un contexto arqueológico claro, pocos han ofrecido formas o decoraciones susceptibles de ser aprovechadas como elemento de datación, de manera que en la historiografía estas cerámicas suelen situarse de manera genérica en la primera mitad del siglo IV a.C. Finalmente, hasta hace pocos años no ha habido trabajos que aborden su estudio, más allá de un intento de recopilación de la información disponible y de una propuesta de posibles rutas de penetración en este tipo de cerámica en la Meseta sur (Patiño, M. J. 1988). En el año 2004, sin embargo, y dentro de una tesis doctoral centrada en la cerámica de barniz rojo (Fernández, M. 2004: 123-129) se ha abordado una aproximación mucho más exhaustiva de este tipo de cerámicas. Esta actualización, completada con los últimos descubrimientos realizados en los últimos años, lleva a un conjunto de piezas relativamente abundante sintetizado en el anexo 7 y en el que la gran mayoría de los fragmentos corresponden a piezas datadas en el siglo IV a.C. Según M. Fernández (2004: 128), éste es el momento de mayor dispersión de estas piezas, que habrían ido expandiéndose hacia el interior de la meseta en las actuales provincias de Albacete y Ciudad Real durante el siglo V a.C. A principios del siglo IV a.C. se documentan en la provincia de Cuenca, apareciendo en el territorio de las actuales provincias de Toledo y Madrid en pleno siglo IV a.C. Este esquema es muy coherente con las dataciones de que disponemos, donde precisamente las – escasas, por otra parte – cerámicas áticas datadas en el siglo V a.C. se localizan en yacimientos situados en los límites de nuestra zona de estudio, como el Cerro de Las Nieves en Ciudad Real, El Vado, en Toledo pero en el límite con esta provincia y Las Madrigueras en Cuenca.

La situación contrasta con los datos disponibles para las regiones de Ciudad Real y Albacete, donde en yacimientos como Alarcos se han documentado hasta 300 fragmentos de este tipo de cerámica y donde a partir del último cuarto del siglo V a.C. se produce un fuerte aumento de cerámicas griegas además de cierta homogeneidad en los tipos y temas decorativos que ha permitido hablar de un "horizonte ampuritano" en la región (García, R. y Morales, F. J. 1996: 336). Este aumento de cerámicas parece haber estado asociado a cambios en las dinámicas productoras del Ática, en las que se aprecia una producción cada vez más masiva y de peor calidad, especialmente visible en las cerámicas de figuras rojas (Castelo, R. 2008: 85). Nos parece interesante que sea en este momento en el que empiezan a aparecer cerámicas áticas en el interior del valle medio del Tajo, algo que además de por su mayor lejanía podría explicarse por una nueva situación comercial en la que aumenta significativamente la oferta de este tipo de piezas, baja la calidad de las mismas y por tanto se abarata su precio haciéndose asequibles a las poblaciones de la región. En cuanto a las formas, corresponden generalmente a piezas pequeñas como cuencos, *kilyx*, *skyphos* y *kantharoi* (fig. 5.53) algo por otra parte lógico ya que éstos son algunos de los tipos más difundidos en el siglo IV a.C. (Fernández, M. 2004: 125) y que también parecen ser los más habituales en las escasas piezas localizadas al norte del Sistema Central

(Sanz, C. y Campano, A. 1987: 179). El hecho de que muchas de los fragmentos correspondan a bases intencionadamente recortadas, especialmente en necrópolis como Las Madrigueras o Palomar de Pintado, nos indica el valor intrínseco de estas cerámicas, basado en su rareza y que llevaba a su conservación una vez amortizado el uso original del recipiente.

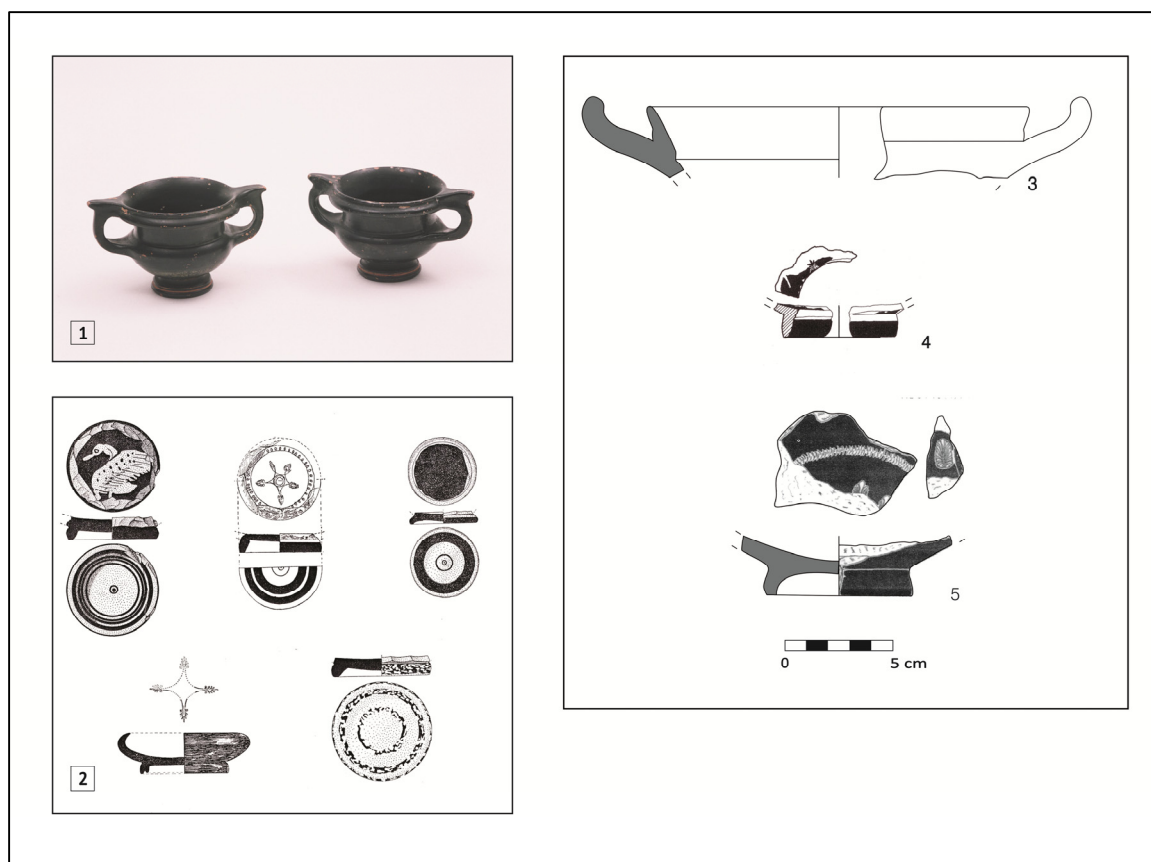


Figura 5.55: cerámicas áticas del valle medio del Tajo. 1 Palomar de Pintado. 2 Las Madrigueras. 3 El Vado. 4 El Cerrón. 5 Hoyo de la Serna

Como puede verse a partir de los datos expuestos, el papel de la cerámica ática como elemento de prestigio en el valle medio del Tajo es sintomático de los parámetros en que se desenvuelven este tipo de objetos en la región: pocos fragmentos, muchos de ellos reutilizados, que en contextos cercanos como el ibérico serían poco significativos pero que aquí constituyen piezas a tener en cuenta como indicadores de posibles diferencias sociales. Tan sólo en la zona sudeste de la región y asociadas a necrópolis las piezas presentan características más afines a lo que suele considerarse objetos de prestigio, algo que como veremos en el siguiente capítulo es muy coherente con la diferente trayectoria que muestra esa zona desde finales del siglo IV a.C.

Mucho más común que la cerámica ática es la denominada cerámica de barniz rojo, que presenta una difusión más amplia, cuantitativamente más abundante y una tradición de estudios más constante (Cuadrado, F. 1968; Fernández, M. 1987b, 1988) que ha cristalizado en una tesis doctoral centrada en este tema (Fernández, M. 2004). El interés por la cerámica de barniz rojo en la meseta comenzó con los trabajos de Emeterio Cuadrado en los años 50 (1953, 1961, 1991) y desde entonces ha producido una bibliografía relativamente abundante que ha convertido a esta cerámica en uno de los indicadores cronológicos más claros de los yacimientos del valle medio del Tajo.

Es necesario aclarar que el término de barniz rojo es una denominación genérica que engloba a un conjunto de producciones de características y cronologías muy diferentes. En su tesis doctoral Macarena Fernández (Fernández, M. 2004: 138) distingue cuatro grupos principales: cerámica de engobe rojo fenicio datada en los siglos VII – VI a.C., cerámica de barniz rojo ibérica, con una cronología de los siglos V – II a.C., cerámica tipo *Kuass* localizada en la región del estrecho y cerámica de barniz rojo ilergeta de cronología tardía (siglos III – II a.C.).

De estos cuatro grupos principales, el documentado en el valle medio del Tajo y, en general, en toda la meseta sur es el denominado como barniz rojo ibérico, que se extiende desde Huelva hasta Alicante y que presenta algunos problemas de sistematización. Emeterio Cuadrado (1991), en el primer trabajo relevante sobre este tipo de cerámicas, propuso tres grupos principales (Tartésio – Oriental, Ibero – Tartésia e Ibero – Céltica), de los cuales el primero correspondería a las cerámicas de engobe fenicio y los otros dos a las cerámicas de barniz rojo ibérico. Las diferencias entre ambas sería la presencia de estampillados en algunas piezas, que el autor asocia a influjos célticos (Cuadrado, E. 1991: 352). Dentro de la meseta sur, sin embargo, hay sustanciales diferencias entre la abundancia de piezas en las provincias de Ciudad Real, Albacete y Cuenca y la presencia recurrente pero en cantidades escasas en la zona del valle medio del Tajo. Dejando de lado las propuestas de Emeterio Cuadrado, muy influidas todavía por presupuestos historicistas, parece claro que existe una gran variedad cromática, de pastas y de barnices, que algunos casos son de excelente calidad mientras que en otros apenas se diferencian de pinturas muy espesas. Por ahora, no se ha avanzado lo suficiente como para poder determinar el significado de estas diferencias que podrían corresponder a diferentes áreas de producción o cronologías. Como en el caso de la cerámica ática, se presenta un listado completo de este tipo de piezas localizadas en el valle medio del Tajo en el Anexo 7.

Junto con su gran variedad, las cerámicas de barniz rojo en la meseta sur presentan algunos problemas de datación cronológica, ya que éstas se han realizado a través de su asociación a otros materiales arqueológicos importados y a características generales de los yacimientos. Este problema se ve agravado por la presencia en la zona de estudio de formas que no presentan paralelos con las conocidas en el área mediterránea del Sudeste, donde se han realizado las principales clasificaciones (Fernández, M. 2004: 147). En cualquier caso, se admite una aparición del barniz rojo en la meseta sur a finales del siglo V a.C. en yacimientos como Alarcos, Las Madrigueras Hoya de Santa Ana o el Llano de la Consolación, apareciendo en El Cerrón en torno al siglo IV a.C. (Fernández, M. 2004: 148).

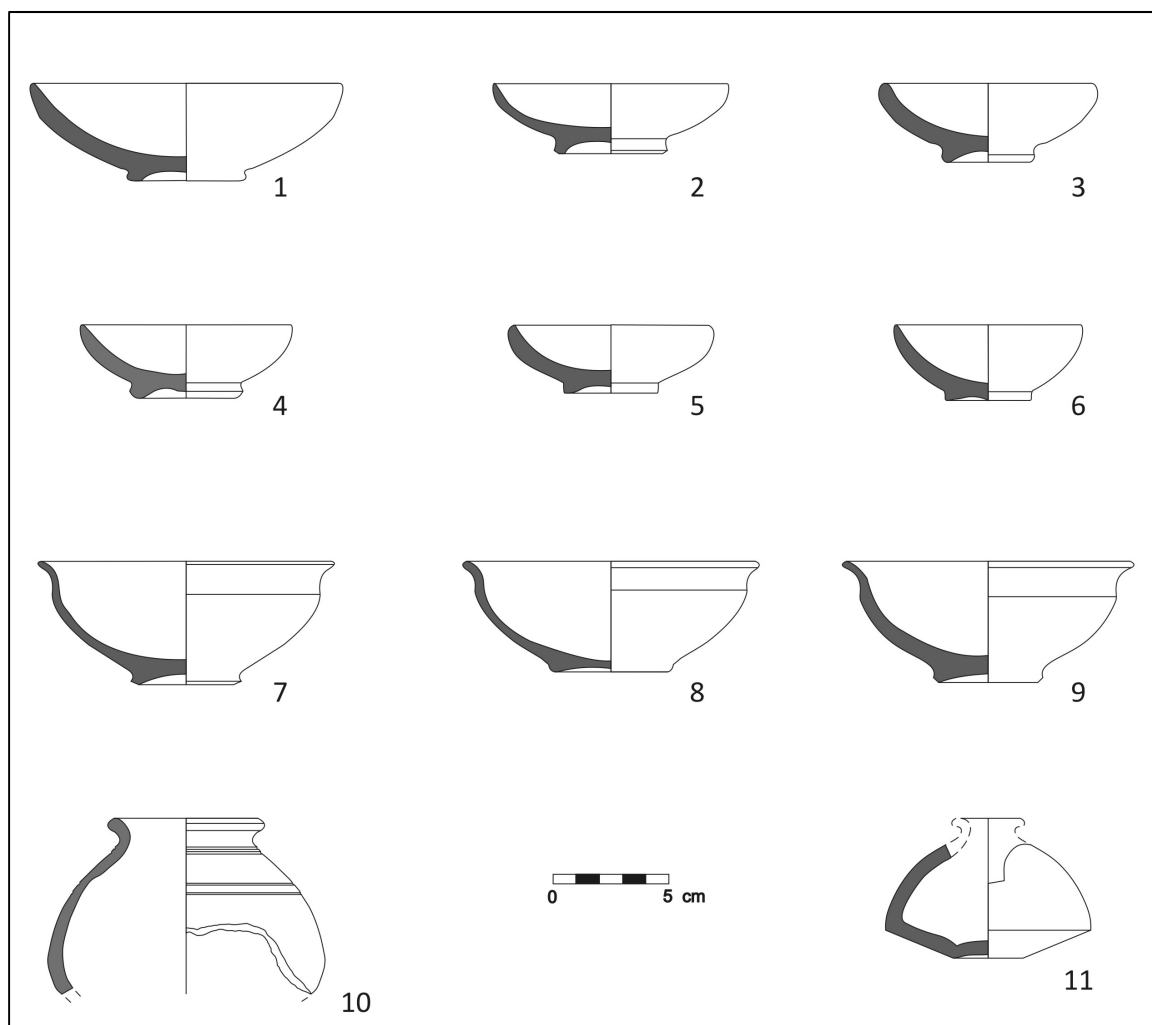


Figura 5.56: cerámica de barniz rojo del valle medio del Tajo. 1 Palomar de Pintado. 2-3, 5-6, 7-9 El Cerrón. 4, 10 cerro del Gato 11 Las Madrigueras.

En lo que respecta a la cronología, el problema es menos acuciante en el valle medio del Tajo. En primer lugar, porque por simple lógica geográfica debemos asumir una entrada ligeramente más tardía para este tipo de piezas, que se situaría a comienzos del siglo IV, cronología que parece confirmarse con algunas dataciones radiocarbónicas como las de El Cerrón, La Gavia o Palomar de Pintado. En el caso del primer yacimiento, las piezas de barniz rojo aparecen los tres niveles de ocupación, que presentan una datación radiocarbónica centrada en los siglos IV – I a.C. En el caso del Cerro de la Gavia, los materiales aparecen asociados a la fase II del poblado (Morín, J. *et al.* 2007: 367), que presenta una datación calibrada a 2σ de 410-50 a.C. (según nuestra calibración), con un pico muy fuerte de probabilidad en torno a los siglos III – II a.C. Finalmente, para Palomar de Pintado se ha documentado una pequeña pátera de barniz rojo en la tumba 25 del área 3 de excavación. Esta tumba presenta una datación calibrada a 2σ de 430 – 150 a.C. (según nuestra calibración), que nos llevaría a un horizonte de finales del siglo V a.C. como inicio de la presencia de estas producciones en la región y que es coherente con la posición periférica de Palomar de Pintado respecto del valle medio del Tajo, y también con la fecha de 425 – 350 a.C. planteada por Almagro a través de paralelos (Almagro, M. 1969: 19) para las producciones de barniz rojo más antiguas en la necrópolis de Las Madrigueras, también en los límites de nuestra zona de estudio. De este modo, parece que la llegada de las cerámicas de barniz rojo al

valle medio del Tajo se produce de forma simultánea a la de la cerámica ática, alrededor del último tercio del siglo V a.C. para las zonas más externas y generalizándose durante los siglos IV y III a.C. en el núcleo central de la región para perdurar hasta el siglo II a.C. según los datos aportados por El Cerrón. Otras asociaciones a través de materiales, como en Cerro Redondo, parecen confirmar esta afirmación.

La cerámica de barniz rojo en el valle medio del Tajo representa quizá el mejor ejemplo de las limitaciones en el acceso a bienes de prestigio que parecen haber sido características de la región: es lo suficientemente escasa para ser considerada un tipo de objeto con un valor añadido, pero no lo suficiente como para suponer un acceso restringido a un grupo específico. Del mismo modo, la presencia reiterada de este tipo de piezas en la zona habla de unas redes de intercambio mucho más estables que las de momentos anteriores, pero también de lo que parece una falta de control sobre los objetos de importación que llegan, que parecen haber sido distribuidos de manera bastante equitativa. No hay grandes acumulaciones ni de cerámicas áticas ni de cerámicas de barniz rojo en ningún contexto del valle medio del Tajo, ni siquiera en contextos más proclives a la preservación de este tipo de objetos, como las necrópolis, ni en las zonas periféricas del valle, más cercanas a contextos donde este tipo de objetos sí aparecen de manera muy abundante.

El conjunto de piezas de importación no se limita únicamente a las cerámicas. En estos momentos comienzan a documentarse cuentas de pasta vítrea que hasta este momento únicamente se habían recogido en una tumba de la necrópolis de Las Madrigueras. Este tipo de objetos más adolecen de estudios específicos a excepción de los ya clásicos de Encarnación Ruano (1995a, 1995b, 1996) y en general puede considerarse no se ha realizado un necesario trabajo de clasificación, sistematización y adscripción cronológica. Por supuesto, esta situación es aún más extrema en el valle medio del Tajo, en el que hasta hace poco apenas se conocían algunos yacimientos con este tipo de objetos. Tradicionalmente localizadas en necrópolis, actualmente han comenzado a documentarse también en asentamientos.

La clasificación de Encarnación Ruano, realizada a partir de sus estudios de los materiales de la necrópolis de El Cigarralero y del Museo Arqueológico de Ibiza se basa en las diferentes formas cuentas (agallonadas, cilíndricas, esféricas, etc.), dedicando especial atención a algunos tipos especiales como las cuentas oculadas, relativamente abundantes en la Península. En cuanto a las cronologías, propone de manera genérica una cronología de los siglos V-II a.C., con un momento de máxima difusión en los siglos IV-III a.C., aunque algunas de estas piezas, especialmente las cuentas de pasta vítrea amarilla, podrían retrotraerse hasta el siglo VI a.C., algo que encaja muy bien con nuestros datos, ya que las citadas cuentas de la tumba LIV de Las Madrigueras, considerada de transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro corresponden precisamente a este tipo de cuentas amarillas.

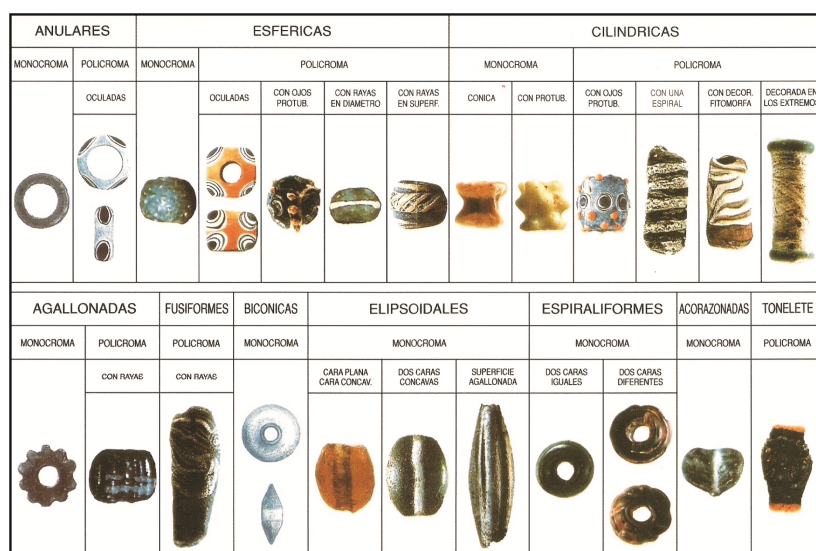


Figura 5.57: principales tipos de cuentas de pasta vítrea. A partir de (Ruano, E. 2000)

En general, este tipo de piezas aparece de manera esporádica en los asentamientos y sobre todo en las necrópolis del valle medio del Tajo. Tan sólo el yacimiento de Palomar de Pintado, con más de 400 cuentas muestra similitudes con las necrópolis del mundo ibérico donde su presencia es habitual y numerosa. En esta necrópolis, además, ha podido analizarse el ritmo

de entrada de este tipo de piezas y su distribución dentro del conjunto de tumbas a lo largo del tiempo. Aunque estos datos van a ser analizados en detalle en el Anexo 8, lo que se aprecia en Palomar de Pintado - que, no olvidemos, se encuentra en la periferia de nuestra zona de estudio y mucho más cerca por tanto de influencias procedentes del mundo mediterráneo - es una aparición en porcentajes pequeños en la fase adscrita a finales del siglo V a.C., presencia que crece significativamente durante el siglo IV a.C. tanto en número de piezas como en el número de cuentas por tumba y disminuye a partir de este momento aunque manteniéndose presente en torno a un 20% del número total de enterramientos. No sólo la Fase III es el momento en que más tumbas presentan cuentas de pasta vítrea, sino que también parece observarse un acceso menos restringido a estos objetos, ya que crece significativamente el número de de tumbas con más de 6 piezas. En la Fase IV (aproximadamente el siglo III a.C.) se constata un descenso en el número de tumbas con este ajuar y una cierta equiparación de las mismas pues en general las tumbas presentan entre 2 y 15 ejemplares, disminuyendo sensiblemente el número tanto de tumbas con una sola cuenta como de tumbas con un número grande de ejemplares.

En el resto de yacimientos donde se han documentado cuentas de pasta vítrea, los números son mucho más modestos, si bien es cierto que en varias de las excavaciones no se especifica el número exacto de piezas recogidas. Parecen ser relativamente abundantes en Cerro Colorado, aunque no se especifica el número total de piezas (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 248), documentándose oculadas y lisas de color azul intenso. En el resto de yacimientos son escasas, dominando los tipos anular, esférico y cilíndrico y estando presentes de manera recurrente piezas oculadas, aunque no en proporciones altas. Presentan una dispersión realmente notable ya que se han localizado en lugares tan alejados como Redueña, cerca de la sierra de Guadarrama (Alfaro, M. y Martín, A. 1996: 96).

Finalmente, hay que hacer una referencia a otro de los objetos estrella del registro arqueológico: las fíbulas. En este caso la alusión es especialmente importante porque en este periodo se produce la generalización de algunos de los tipos que van a convertirse en los mayoritarios durante la mayor parte de la Segunda Edad del Hierro. Es el caso de las fíbulas anulares

hispanicas, cuya presencia es casi omnipresente en el registro arqueológico de nuestra zona de estudio desde el siglo IV a.C. y que ahora comienzan a aparecer en el registro arqueológico. Junto a ellas y de manera minoritaria se documentan otros ejemplares como fíbulas de La Tène de pie suelto e incluso una posible fíbula de pie vertical, mientras que se mantienen excepcionalmente algunas fíbulas de periodos anteriores.

Sin embargo, son las fíbulas anulares las que monopolizan de manera casi exclusiva el periodo, especialmente a partir del siglo IV a.C. Aunque las discusiones sobre la cronología de las mismas no son concluyentes, parece claro que su mayor o menos antigüedad está íntimamente relacionada con la manufactura de su puente, por lo que resulta fundamental la correcta identificación de esta característica para una adecuada adscripción temporal de la misma. De manera general se ha propuesto para las fíbulas anulares hispanicas una cronología que abarca los siglos V – I a.C., que fue ampliada por algunos autores hasta abarcar el periodo comprendido entre el siglo VI a.C. y el siglo I a.C. (Argente, J. L. 1994: 75). Las clasificaciones más tradicionales mantienen el intervalo V – II a.C. como el más fiable, y dadas las características de nuestra región y el tipo de yacimientos en los que aparece esta fíbula hemos decidido ceñirnos a esta propuesta, sin rechazar posibles perduraciones de las fíbulas anulares durante el siglo I a.C.

Dentro de este intervalo hay como es lógico diferencias cronológicas entre los diferentes tipos de fíbulas. Como ya hemos dicho las más antiguas son las de puente forjado o realizadas a mano, cuyo comienzo puede datarse en torno al siglo V a.C. y que no obstante, debido a la sencillez del método de fabricación se prolongan hasta un momento avanzado de la Segunda Edad del Hierro como es el siglo II a.C. Las piezas de puente fundido con charnela, por el contrario, muestran un horizonte muy homogéneo centrado en los siglos IV – III a.C. Finalmente, las piezas con el puente fundido al anillo son en líneas generales más tardías, con cronologías en torno a los siglos III – II a.C. (aunque hay algunos ejemplares más antiguos documentados desde el siglo IV a.C.). Como puede suponerse, esta simple clasificación se complica hasta extremos sorprendentes al introducir las decenas de subtipos y variantes, aun manteniendo las ya expuestas líneas cronológicas generales.

En cuanto al número de fíbulas anulares hispanicas localizado en la Carpetania, es tan grande que no tiene sentido tratar de establecer una recopilación de las mismas - por otra parte, muchas de ellas no están correctamente descritas o no aparecen dibujadas o fotografiadas. Baste decir que aparecen en al menos 15 de los 26 yacimientos de la Segunda Edad del Hierro incluidos en este trabajo, que en la necrópolis de Cerro Colorado del medio centenar de fíbulas la inmensa mayoría corresponden a anulares hispanicas (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 244) o que de las 452 fíbulas estudiadas por González Zamora en su monográfico sobre fíbulas en la Carpetania (1999) 88 se incluyen en este grupo.

Si analizamos el conjunto de fíbulas identificadas en los yacimientos de los primeros momentos de la Segunda Edad del Hierro (fig. 5.58) podemos observar cómo muchas de las fíbulas anulares corresponden bien al modelo más antiguo con muelle, bien al modelo de pie fundido y charnela dominante a partir del siglo IV. Junto a ellas se documentan, de manera excepcional, algún ejemplar de fíbula de La Tène I de pie libre, el modelo más antiguo de este tipo de fíbulas cuya cronología se sitúa entre los siglos V-III a.C. Finalmente, se ha recogido una posible fíbula

simétrica (fig. 5.58, 11), un tipo poco común en la región, documentado también en el Cerro de las Canteras (Yeles, Toledo) o en el Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid).

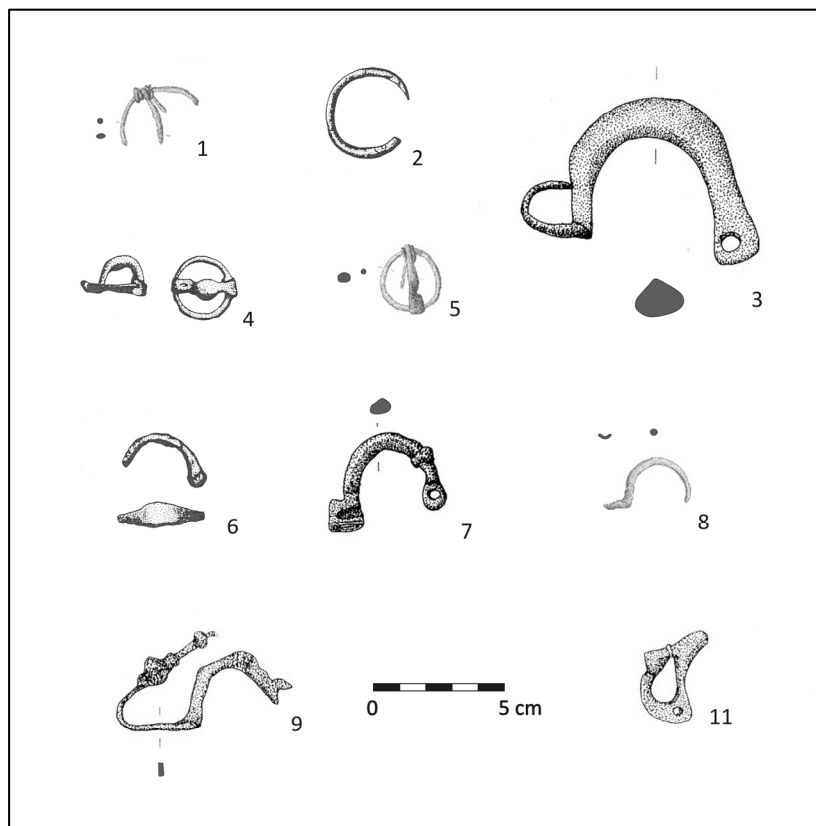


Figura 5.58: fíbulas localizadas en el valle medio del Tajo. 1, 5, 8 La Ribera. 3, 7, 9, 11 Arroyo Culebro C. 2, 4, 6 Cerro Redondo

Aunque el conjunto es reducido - debido a que la gran mayoría de las piezas no han sido dibujadas - tenemos algunos otros datos que nos permiten proponer un aumento significativo de las fíbulas anulares respecto del resto de piezas en el siglo IV a.C., de manera similar a lo que ocurre en otras regiones. En este caso, se trata del conjunto de fíbulas estudiadas por C. González, en el que se aprecia una fortísima presencia de piezas datadas en los siglos IV y III a.C. (fig. 5.59) Con todas las reservas que

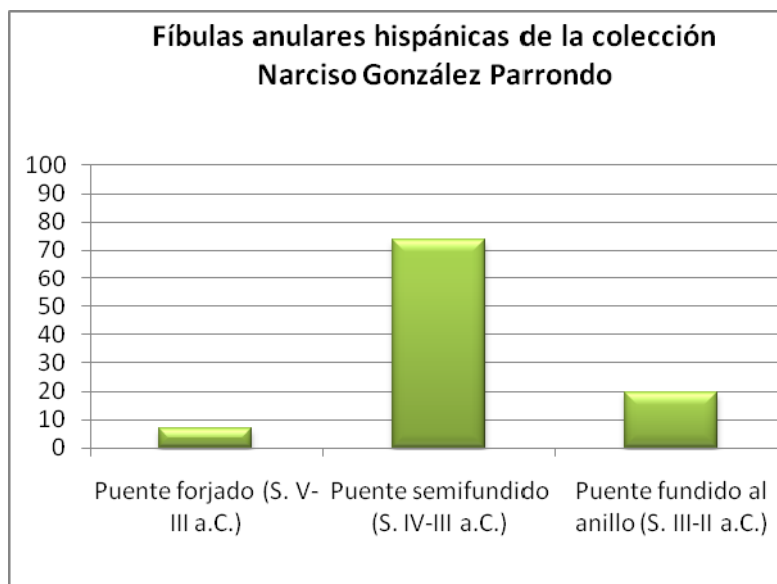


Figura 5.59: distribución de fíbulas localizadas en la Carpetania procedentes de contextos diversos. (González, C. 1999: 95)

debe provocarnos el análisis de una colección mayoritariamente descontextualizada, se observa una notable expansión de las fíbulas correspondientes a modelos de puente semihundido y charnela de bisagra asociadas precisamente a esa cronología.

Con todos los problemas de interpretación que presenta el estudio muy parcial de estas piezas, parece evidente que a partir del siglo V a.C. se produce un aumento sustancial de las mismas, algo que nos remite de nuevo a unas condiciones económicas favorables que permiten un acceso más abierto a este tipo de objetos. Esta democratización de los objetos de bronce, limitada por supuesto ya que se mantienen los inconvenientes en el acceso a las materias primas característicos de la región, implica también una pérdida de valor de los mismos para sus portadores, ya que ahora no reflejan unas diferencias económicas sustanciales y por tanto no otorgan ventajas en los procesos de competición a través de la exhibición de riqueza característicos de las relaciones sociales dentro de estos grupos.

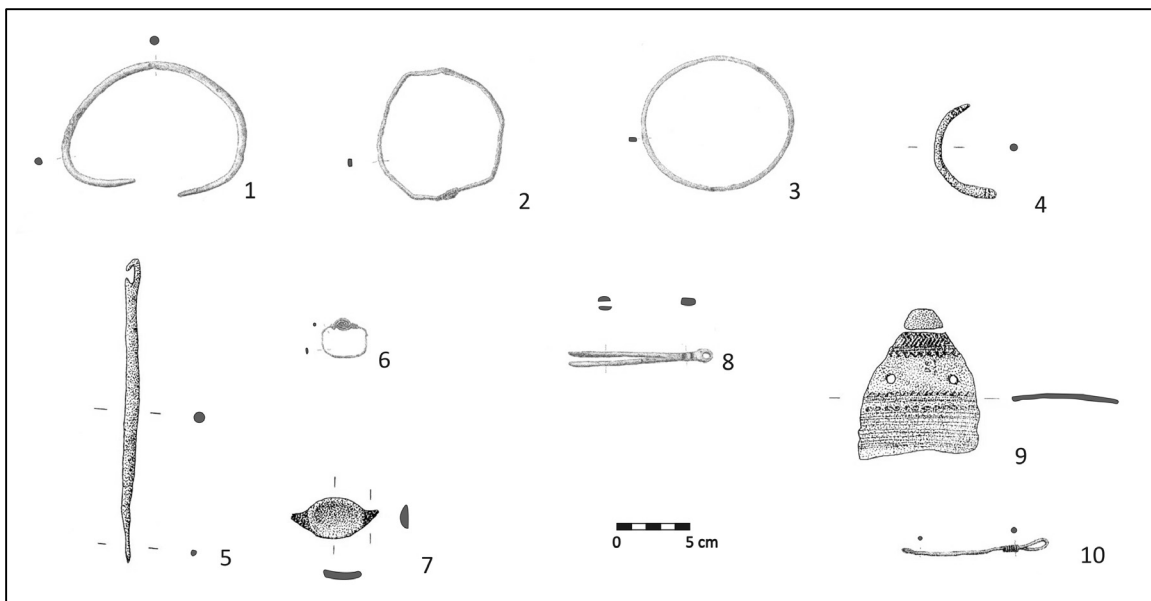


Figura 5.60: objetos de bronce documentados en yacimientos de transición entre la EHI y EHII en valle medio del Tajo. 1-3, 6, 8, 10 La Ribera. 5, 7, 9 Arroyo Culebro C.

Junto a las fíbulas se detecta un aumento de otro tipo de piezas de bronce en los asentamientos,

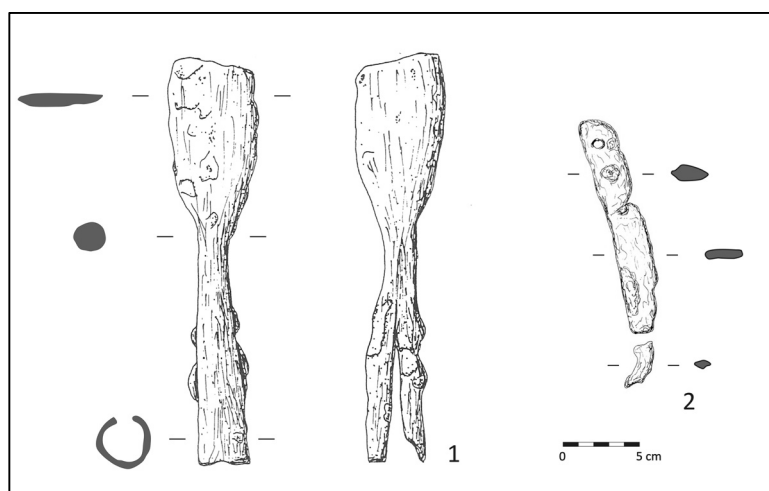


Figura 5.61: objetos de hierro documentados en Laguna del Campillo

muchas de ellas relacionadas con el adorno personal (fig. 5.60). Es el caso de los brazaletes o los anillos localizados en Arroyo Culebro C, La Ribera o Cerro Redondo, las pinzas de depilar recuperadas en este segundo yacimiento, junto a piezas de interpretación más difícil como una placa decorada de bronce documentada en Arroyo Culebro C o una posible cucharilla encontrada

en La Ribera. Este tipo de piezas constatan la predilección por el bronce como material dedicado a objetos de adorno frente a las piezas realizadas en hierro utilizadas para actividades domésticas que requieren de un material más duro y resistente. En estos momentos las

evidencias de hierro son escasas, algo que podría deberse al reciclaje de este mineral o a problemas en su adquisición. Salvo la fíbula citada arriba, cuando aparecen objetos de hierro son piezas de uso cotidiano, incluidos los conocidos cuchillos afalcatados, argollas o fragmentos de forma indeterminada. En un caso y como hallazgo excepcional se ha recogido una punta de lanza casi completa en Lagos del Campillo (fig. 5.61).

Los cuatro tipos de objetos descritos arriba comparten unas características comunes. En primer lugar son, con mucha probabilidad, objetos producidos fuera de la región. En el caso de la cerámica ática y de la pasta vítrea este origen foráneo es evidente. En el caso de la cerámica de barniz rojo, para la que sería factible una fabricación local, contamos con varios indicios que nos llevan a valorar un origen también exógeno al valle medio del Tajo. El primero de ellos es el escaso número de ejemplares localizados y su amplia dispersión territorial, poco compatible con la existencia de un taller local como podría deducirse de algunos yacimientos como Barchín del Hoyo o Alarcos, donde en tan sólo dos campañas de excavación se recogieron unas 650 piezas (Fernández, M. 1987a: 41)

Además contamos, de manera excepcional, con datos procedentes de análisis de pastas cerámicas procedentes de los yacimientos de Cerro Redondo y El Cerrón. En el caso del primero se analizaron un total de trece muestras que abarcaban todo el espectro de cerámicas presentes en el asentamiento - a mano, a torno ibéricas, grises, de engobe rojo y ática. Estos análisis son concluyentes en mostrar un origen externo al yacimiento para las piezas de barniz rojo analizadas (Galván, J. y Galván, V. 1985: 361). Estas piezas fueron localizadas junto a una cerámica ática en la segunda fase de Cerro Redondo, para la que se propone una cronología del siglo IV a.C. En el caso de El Cerrón, se realizaron análisis de microscopía electrónica y difracción de rayos X a 10 muestras del yacimiento que incluían cerámicas de tipo ibérico, piezas a mano, *terra sigillata*, campaniense y barniz rojo, además de dos fragmentos de adobe (Galván, J. 1994: 212). El resultado de los análisis es muy significativo, ya que singulariza la cerámica de barniz rojo gracias a la presencia de caliza, mineral que no aparece en ninguna de las otras muestras recogidas en el asentamiento (Galván, J. 1994: 213). Parece por tanto que también habría que considerar un origen foráneo para esta pieza.

Aunque los datos son escasos, apuntan a que las piezas de barniz rojo no fueron producidas localmente en el valle medio del Tajo, pudiendo proceder de zonas como Ciudad Real, Albacete o Cuenca donde sí se han detectado este tipo de cerámicas fabricadas con arcilla local (Fernández, M. 1987b: 12). Más problemas tenemos para valorar el origen de las fíbulas localizadas en la zona. Por una parte y como hemos recordado a menudo, las materias primas para fabricar piezas de bronce se encuentran en la periferia de la región, dificultando los procesos de adquisición, procesado y trabajo del metal. Por otra, la presencia tan abundante de este tipo de piezas impide descartar la existencia de un taller local del que por el momento no se ha documentado en el registro arqueológico. En este sentido, y aunque en El Baldío se han detectado evidencias suficientes como para plantear la existencia de un taller metalúrgico (Martín, A. y Walid, S. 2007: 205), los datos publicados no permiten deducir qué tipo de objetos fabricaba, y parecen apuntar a la fundición de hierro. Tampoco los diseños de las piezas localizadas permiten extraer conclusiones similares a las planteadas por César González para las fíbulas de La Tène III de pie fundido al anillo de cronología posterior, cuya densidad en el valle

medio del Tajo le lleva a defender la existencia de talleres locales para este tipo (González, C. 1999: 287). En nuestro caso e independientemente del tipo de fíbula, tan sólo se aprecia una creciente difusión de de estos objetos en la región, indicio de un aumento del poder adquisitivo de las poblaciones de la región.

El análisis de las posibles rutas por las que los objetos de prestigio llegaban al valle medio del Tajo es por desgracia muy precario, y hasta hace unos años tan sólo se había plantado una propuesta de vías de penetración en la Meseta sudoccidental (Fernández, M. 1988: 316) que ni siquiera estaba justificada en el artículo. Aunque con los datos de que disponemos es imposible plantear hipótesis concluyentes, hemos tratado de realizar una aproximación a las posibles rutas que vertebraron los intercambios en la región a través de tres aproximaciones diferentes: la dispersión de objetos de prestigio como la cerámica ática, la de barniz rojo o las cuentas de pasta vítrea, los caminos considerados "naturales" por los que el desplazamiento es más fácil, como los valles y los trazados de vías romanas que podrían superponerse a recorridos anteriores. La figura 5.62 recoge los resultados de este análisis cuyas conclusiones requieren de algunas explicaciones.

Aun asumiendo las carencias en el registro arqueológico, la simple localización de los lugares donde se han localizado piezas de origen indudablemente foráneo permite plantear algunas evidencias interesantes. La primera de ellas es la concentración de piezas de cerámica ática y de barniz rojo en torno a dos grupos situados en Ciudad Real y Albacete, respectivamente, y que podrían estar relacionadas con grandes yacimientos como Sisapo y Alarcos. Ya hemos destacado más arriba la enorme presencia de cerámica ática en Alarcos y también la más que posible presencia de un taller de barniz rojo en la zona, mientras que en Sisapo la presencia de este tipo de piezas es mucho más reducida aunque aparece asociada al mismo horizonte de cultura material detectado en Alarcos y en otros yacimientos como Oreto o Valdepeñas (Fernández, C. *et al.* 1994: 90-92). Además de estas dos zonas con una fuerte concentración de este tipo de objetos, se detectan varias distribuciones lineales muy evidentes asociadas a cauces fluviales, una de ellas siguiendo el curso del río Júcar desde Albacete hasta Cuenca, otro en torno a la "y" que forman el río Tajo por una parte y la conexión de los ríos Jarama-Henares, una tercera conformada por los ríos Jabalón-Guadiana y otra menor definida por el río Cigüela. Estas serían, como por otra parte es lógico, las vías prioritarias para la comunicación y el intercambio de productos. Asimismo, se detecta un vacío en la zona del Campo de Don Juan, lo que podría ser debido a carencias en el registro o al hecho de que se trate de zonas de humedales fácilmente inundables y poco aptas para el cultivo y para la ocupación humana.

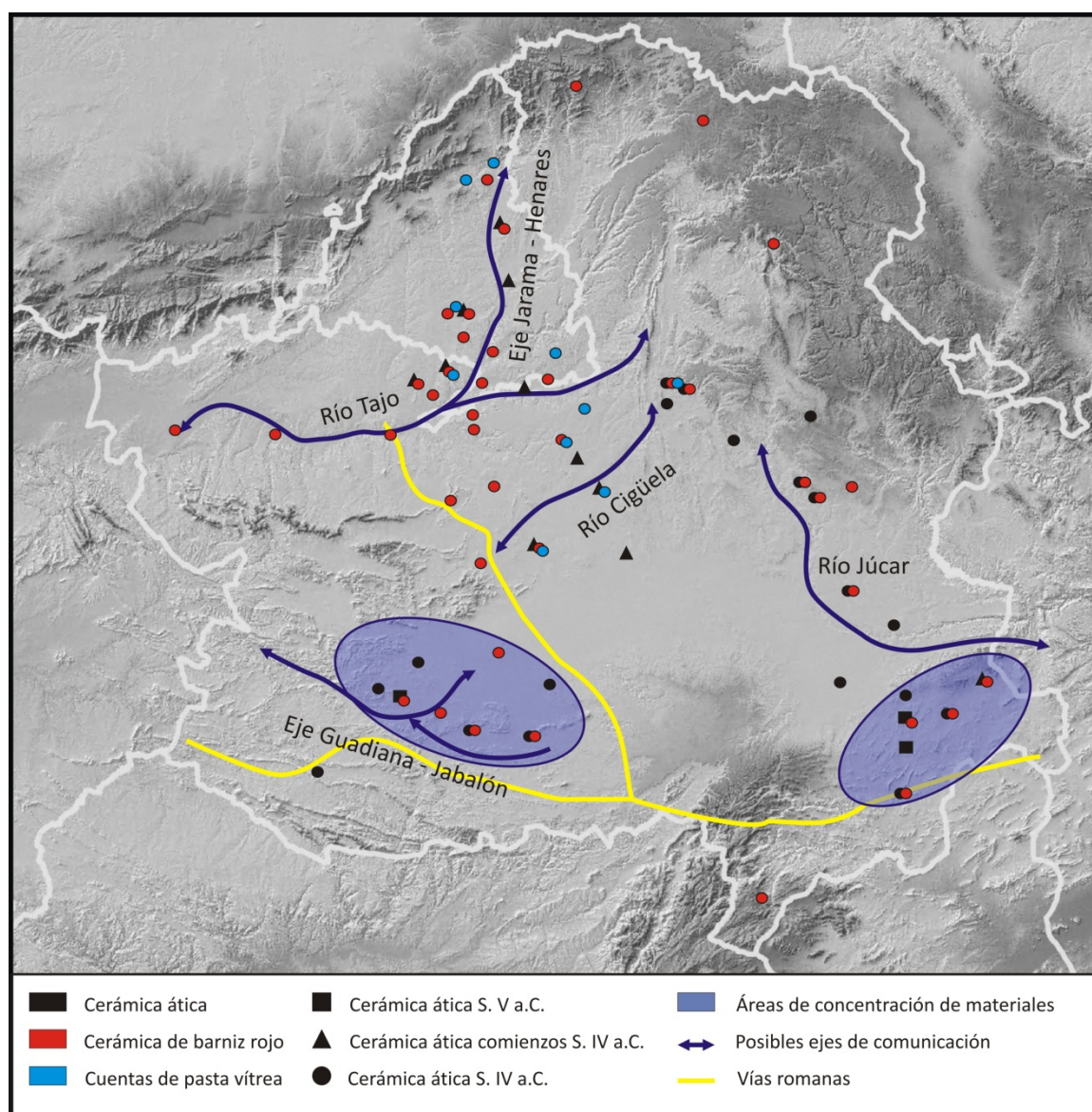


Figura 5.62: distribución de objetos de importación y principales rutas naturales de comunicación en el valle medio del Tajo

Por otra parte, a través de los estudios sobre cerámica ática en el sudeste de la Meseta (García, R. y Morales, F. J. 1996; García, R. *et al.* 2004; Morales, F. J.) se han venido planteando diferentes rutas de introducción de estos materiales en el interior de la Península. Dado que sus propuestas están basadas en el análisis de vías romanas y de caminos naturales, consideramos que son los trayectos más lógicos para el comercio general de objetos, tanto más cuando los diferentes objetos de prestigio aparecen juntos en los contextos arqueológicos. Las vías de acceso propuestas para la entrada de cerámica ática desde el siglo V a.C. serían básicamente dos (García, R. y Morales, F. J. 1996: 341). La primera de ellas, en el ya citado momento del "horizonte ampuritano": saldría de Ampurias paralela a la costa siguiendo *grosso modo* el trazado de la Vía Augusta y que en Játiva penetraría en el interior de la Península atravesando Albacete y el Campo de Montiel hasta Cástulo. A partir de esta ruta podrían abrirse otras dos: desde el valle del Jabalón hasta Alarcos o desde Alhambra (*Laminium*) hasta Toledo siguiendo aproximadamente el trazado de la vía 30 del Itinerario de Antonino.

Una segunda vía de acceso a la cuenca del Tajo sería a través del corredor Requena - Utiel hasta La Mancha Alta, y desde ahí hacia el valle del Tajo desde la Mesa de Ocaña. Finalmente, otro posible recorrido partiría del Guadalquivir hasta Cástulo, y desde ahí distribuyéndose por la denominada "ruta de los santuarios" que recorrería la meseta meridional justo al norte de Sierra Morena desde Santa Pola hasta Medellín, probablemente siguiendo un recorrido que sería más tarde utilizado por la calzada romana que uniría *Laminium* con Emérita Augusta. La unión de esta ruta con el Mediterráneo se realizaría a través del curso del Vilanopó (García, R. y Morales, F. J. 1996: 342) y a través del paso de Almansa hacia Albacete o Cuenca y Madrid.

El segundo elemento que comparte este conjunto de objetos es, en nuestra opinión, una cierta contradicción entre su supuesto papel como elementos de prestigio y los contextos domésticos y funerarios en que aparecen. Así, el número de piezas localizadas en los asentamientos y ciertas tendencias como la observada en Palomar de Pintado con las cuentas de pasta vítrea apuntan a que siendo piezas relativamente escasas, no parece que su adquisición estuviera limitada por monopolios o por el control de rutas comerciales, puesto que la presencia de estos objetos es minoritaria pero relativamente homogénea. Tampoco se han localizado acumulaciones de piezas que permitan hablar de grandes diferencias en la posesión de estas piezas. Esta situación de acceso relativamente libre a los objetos de prestigio – limitado, por supuesto, por la disponibilidad de recursos para adquirirlos – hace que debamos plantearnos si, como en la etapa anterior, su presencia está relacionada con la existencia de elites que demandan ese tipo de objetos o con tendencias competitivas entre miembros o familias dentro de la comunidad, que invertirían su riqueza en la demanda de objetos que permitieran la adquisición o mantenimiento de prestigio social. Volveremos a tratar con detalle este tema al analizar las características sociales de estos primeros momentos de la Segunda Edad del Hierro, pero la inexistencia de desigualdades significativas en otros aspectos de la cultura material - asentamientos, conjuntos de materiales domésticos, etc. - apuntan a la segunda opción antes que a la presencia de elites consolidadas que demanden, gestionen y monopolicen estos bienes.

En nuestra opinión, en el caso de la cerámica de barniz rojo, las cuentas de pasta vítrea o las fibulas el número de piezas está tan repartido - recordando de nuevo los modestos niveles de la región - y los contextos en que aparecen tan variables (incluso cabañas muy humildes) que no puede hablarse de objetos asociados a elites. Más dudas nos plantea la cerámica ática, verdaderamente escasa en la región y que a menudo aparece asociada a contextos funerarios ricos. En este caso el acceso a estas piezas sí pudo tener algún tipo de restricción, aunque su escasez pudo estar debida simplemente a las dificultades de acceso a este tipo de objetos y a su elevado coste, antes que a restricciones de tipo social. En este sentido, se aprecia una cierta concentración de piezas en la periferia del valle medio del Tajo, asociada generalmente a contextos funerarios - El Vado, Palomar de Pintado, Las Madrigueras - que como veremos parece estar influida por el mundo ibérico del sudeste.

Lo que sí parece claro es que existen unas líneas de rutas de intercambios mucho más estables y con más tráfico que en etapas anteriores, con lo que podríamos hablar, quizá por primera vez, de un comercio realmente asentado en la región. Carecemos de datos para valorar si junto a estos objetos de prestigio se comercializaron otro tipo de bienes, más allá de la ya citada eclosión de contramarcas en la cerámica, aunque es evidente pensar que metal y granito

siguieron importándose y por los datos disponibles - incluidos análisis de pastas cerámicas - parece que la alfarería mantuvo su carácter local. El hecho de que la cerámica jaspeada, característica de la región, aparezca representada sólo de manera muy esporádica en los territorios limítrofes apunta a que en los objetos de uso cotidiano, incluidos aquellos de buena calidad, continuó predominando la autosuficiencia o más bien el comercio a corta distancia, algo que puede deducirse de la presencia de alfares de producción supradoméstica. Se crearía así un doble circuito en el que los objetos más comunes tendrían una distribución local o regional, mientras que los objetos de prestigio - que parecen todos importados - tendrían un origen extraregional. Con los datos actuales, no sabemos si algunos bienes perecederos - como telas o alimentos - formaron parte de estos contactos. Dadas las características de los asentamientos y su carácter básicamente idéntico al de etapas anteriores en el que predominaba el autoabastecimiento, parece lógico pensar que los intercambios se centraran en objetos exóticos que no podían ser adquiridos o fabricados en el entorno cercano.

Este breve repaso a las principales características del registro arqueológico relacionadas con las actividades económicas de las comunidades que habitaron el valle medio del Tajo refleja una situación que podríamos denominar de ambivalencia, en la que si bien se mantienen las líneas económicas principales que caracterizaban el periodo anterior, comienzan a hacerse cada vez más explícitas algunas tendencias que tan sólo se apuntaban a finales de la Primera Edad del Hierro, a la vez que aparecen una mayor variedad de matices en las formas en que se manifiestan, especialmente durante el siglo IV a.C.

Respecto de los elementos de continuidad, parece evidente que se mantiene la vocación agropecuaria que caracterizaba la etapa anterior. A finales de la Primera Edad del podía intuirse cierta intensificación de la actividad agraria acompañada de una diversificación de las especies animales utilizadas, visible en la tendencia a una distribución en la que los ovicápridos pierden algo de peso en detrimento de suidos, équidos y bóvidos. Los datos para comienzos de la Segunda Edad del Hierro, aun escasos, parecen confirmar esa tendencia a la vez que las actividades asociadas a esta actividad se hacen más complejas y variadas: introducción de nuevas especies como el burro, crecimiento significativo de las evidencias de actividad textil, incluida la adquisición de tecnologías como el telar vertical y primeras evidencias claras de incremento de la producción agrícola y almacenamiento de excedentes y productos derivados.

Esta creciente complejidad de las actividades económicas sobre el punto de partida anterior se refleja especialmente en la cultura material, que en primer lugar se diversifica y especializa, y paralelamente en la aparición de las primeras infraestructuras dedicadas a una producción que excede el ámbito doméstico y que, indirectamente, nos hablan de la aparición de especialistas - no sabemos si a tiempo completo o parcial - en alfarería y metalurgia, y un alto grado de especialización en la industria textil. En el caso de la alfarería, la aparición de alfares de características industriales podría estar directamente relacionada con la difusión definitiva de la cerámica a torno en los yacimientos de la región, cuyo porcentaje se mantendrá constante hasta el final de la Edad del Hierro. La multiplicación de tipos cerámicos, de influencias decorativas de zonas limítrofes y la aparición de algunas evidencias de estilos regionales en el registro arqueológico son el indicio más claro de la creciente especialización doméstica y social de los objetos y de los papeles que estas comunidades les asignan en diferentes contextos de

interacción. De manera indirecta, la aparición de excedentes puede contemplarse también en el significativo aumento de objetos considerados de prestigio cuya demanda parece incrementarse a lo largo del siglo IV a.C. Esta demanda existía anteriormente, y las vías de acceso y penetración en la región son esencialmente las mismas, pero en estos momentos la cantidad y uniformidad de los objetos analizados indican un flujo más constante y numeroso de materiales, y una mayor intensidad de contactos.

5.5. La sociedad del valle medio del Tajo a comienzos de la Segunda Edad del Hierro: ¿transición o transformación?

Comenzamos este capítulo hablando de los matices que existen al valorar el concepto de transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro y preguntándonos hasta qué punto los cambios en la cultura material que se aprecian desde finales del siglo VI a.C. y durante todo el siglo V a.C. son reflejo de transformaciones de tipo socioeconómico en las comunidades que los acogen. En ese momento defendimos la necesidad de analizar no sólo los momentos de cambio sino los dos extremos del proceso, ya que en nuestra opinión, es al final de la denominada transición donde se puede valorar mejor en qué ha consistido o si realmente ha tenido lugar. Como ya propusimos en la introducción de este capítulo, el concepto de transición ha sido utilizado en la arqueología del valle medio del Tajo con un componente fundamentalmente material al que se le suponen determinadas características de corte social o económico, y en realidad se ajusta más al término de transformación material.

La diferencia no es baladí ya que este segundo término tiene un componente más formal, externo, mientras que el término transición hace referencia a la esencia de algo, a sus características internas. Es indiscutible que entre los siglos VI y IV a.C. se produce una transformación en todos los niveles de la cultura material utilizada por los grupos que habitaron en esa época el valle medio del Tajo. Sin embargo, ¿tuvieron esos cambios un correlato en aspectos menos evidentes arqueológicamente como la organización social, el modelo de explotación del medio, las relaciones intra e intergrupales o la percepción de los vínculos de parentesco? En otras palabras, ¿qué diferencias (si las hay) existen entre las sociedades del siglo VI y IV a.C.?

Como acabamos de decir, los cambios materiales son numerosos y muy explícitos: a los tres cambios "clásicos" - construcción en materiales no perecederos, siderurgia y sobre todo torno - se unen otros menos valorados tradicionalmente como el telar vertical, la aparición de molinos giratorios, la introducción de nuevas especies domésticas como el asno o la apertura o estabilización de rutas de comercio que permitieron la llegada de nuevos tipos de objetos de lujo. El resultado es un registro arqueológico formalmente muy distinto al del punto de partida. Sin embargo, ni todos los cambios comenzaron a la vez, ni se produjeron al mismo ritmo, ni tuvieron la misma influencia en la población. A lo largo de los apartados anteriores hemos tratado de resumir los datos que disponibles desde el doble punto de vista de la economía, el poblamiento o la cultura material y desde una doble perspectiva de continuidad o cambio. En este apartado vamos a centrarnos en qué implicaciones tiene la información recogida para la construcción de un modelo de sociedad en la región.

En el capítulo anterior propusimos un modelo de sociedad esencialmente igualitaria con rasgos incipientes de desigualdad para la Primera Edad del Hierro. Las características de esta sociedad, que coincidían casi punto por punto para las propuestas a través de la Antropología por Hayden para los primeros pasos de las sociedades que denomina "transigualitarias", han sido resumidas en la figura 5.63. En los momentos finales de este periodo comenzaban a aparecer evidencias de cambio, detectándose los primeros rasgos de competición entre individuos o familias en una creciente búsqueda de prestigio social que en estos momentos tenía como principal estrategia la manipulación de objetos valorados por su rareza, calidad o exotismo. Esta dinámica era especialmente explícita en el contexto funerario, donde la aparición de las primeras necrópolis de incineración era el escenario en el que se desarrollaba la exhibición de riquezas y donde también se intuían los primeros intentos por afirmar la adscripción de rango a través de la deposición de ajuares ricos en las tumbas de niños. Esta competición podía rastrearse en menor medida en las características de los asentamientos, donde se observa una tendencia a la compartimentación y cierre de espacios que apunta a un aumento del peso de la familia frente a la comunidad.

Por los datos de que disponemos, esta creciente rivalidad social no afectó en ningún momento a otros ámbitos de la vida de estas comunidades como el económico, en parte porque su contexto parece haber sido el de una estricta subsistencia, con muchas dificultades para producir excedentes susceptibles de ser utilizados como herramienta de ascenso social. Asimismo, el hecho de que los ajuares más ricos sean depositados en tumbas por lo demás muy sencillas parece indicar cierta resistencia a que las diferencias de riqueza se expliciten más allá de momento del funeral. La sociedad del valle medio del Tajo al final de la Primera Edad del Hierro seguía siendo esencialmente igualitaria, aunque se encontrara inmersa en un proceso de competición social que en estos momentos se restringía a gestos principalmente simbólicos.

La comparación entre las características expuestas en la figura 5.63 y los datos desarrollados en los apartados anteriores muestran una similitud sustancial y a la vez diferencias pequeñas pero significativas. En realidad, casi todos los puntos expuestos presentan algún matiz diferente si los analizamos desde la perspectiva del siglo IV a.C., y algunos son sustancialmente diferentes. Las principales diferencias podrían resumirse en un aumento de la complejidad socioeconómica, en la aparición de evidencias de intensificación de la producción e indicios de aparición de excedentes en la región. La principal cuestión a dilucidar es si estos cambios – que ya estaban potencialmente presentes en etapas anteriores – tienen un efecto directo en la estructura social de estos grupos. Para ello la clave es valorar por una parte si se traducen en diferencias de riqueza sustanciales, si estas diferencias se deben al control de los medios de producción por parte de un grupo y si este control se transmite a través a través de relaciones de parentesco que acaben por romper una ética comunitaria debilitada por los procesos de rivalidad social ya reseñados. Finalmente, el análisis cuenta con dos variables más: una espacial y la otra temporal. Respecto de la primera, comienza a observarse una dinámica diferente en la zona del sudeste de la región que se hace especialmente marcada en el mundo funerario y que apunta a dinámicas sociales muy diferentes a las de las zonas central y norte. En cuanto a la segunda, la convergencia de cambios es especialmente intensa a lo largo del siglo IV a.C., momento en el que se aprecian mejor las dos características ya citadas.

Características de la sociedad de la Primera Edad del Hierro

Sociedades horticultoras en progresiva sedentarización y consolidación de la agricultura.

Relativa abundancia de recursos en el entorno y posibilidad de aumentar la producción.

Densidades bajas de población.

Comunidades pequeñas, asentamientos sin jerarquización.

Animales y plantas domésticos.

Desigualdad social muy escasa, basada en rango adquirido, estatus asociado al sexo, edad o actividad o a riqueza coyuntural.

Posibilidades de manipulación del grupo limitadas, a través de la creación de pequeños excedentes o a la gestión de conflictos.

Registro funerario muy igualitario, con escasas diferencias en ajuares y tumbas. Éstas normalmente hacen referencia al sexo, edad o actividad.

Presencia muy escasa de objetos exóticos, debida a pequeñas variaciones en la riqueza o en las redes de contactos. No existe un sistema restringido de acceso a determinados objetos. La variabilidad en los ajuares es debida a situaciones circunstanciales, los objetos de especial calidad tienen una aparición excepcional.

Construcciones con tendencia a igualdad en tamaño, calidad de los materiales utilizados para la construcción, grado de decoración y acabado. También igualdad funcional, ya que cada unidad familiar debe ser autosuficiente para asegurarse su subsistencia. No existen edificios dedicados a funciones no residenciales.

Evidencias de almacenamiento de excedentes escasas, para prevenir la incertidumbre climática o como reserva para la siembra del año siguiente.

Inexistencia de especialistas a tiempo completo.

Inexistencia de diferencias significativas en el acceso y posesión de animales de tiro, herramientas de trabajo, etc. que puedan traducirse en posiciones socioeconómicas alejadas entre sí.

Registro arqueológico muy uniforme tanto en su variedad como en su cantidad. La aparición de piezas de mayor calidad o escasez, o la mayor cantidad de objetos no tiene por qué estar asociada a diferencias sociales, sino a episodios concretos de mayor riqueza familiar.

Figura 5.63: resumen de características sociales, económicas y arqueológicas de las sociedades de la Primera Edad del Hierro

Respecto del modelo de la Primera Edad del Hierro resumido en la figura 5.63, el salto cualitativo hacia la desigualdad social debería percibirse en el acceso diferencial a los recursos, esto es, a la apropiación del trabajo de la mayoría de la población por parte de unas élites que lo utilizan en su propio beneficio. Esto tiene como consecuencia más directa el aumento de las diferencias económicas entre los miembros de la sociedad, diferencias que van consolidándose progresivamente y que tienen su reflejo en la cultura material de los asentamientos y necrópolis. En este sentido, vamos a valorar hasta qué punto son rastreables estas tres características en el registro arqueológico, para analizar si los cambios detectados están relacionados con la existencia de desigualdades consolidadas o por el contrario aún no se dan las condiciones socioeconómicas para que éstas aparezcan.

Sin duda, el elemento más fácil de identificar en el registro es la existencia de diferencias económicas lo suficientemente grandes como para proponer la existencia de grupos privilegiados, y su detección va a ser la línea principal de nuestra exposición. La presencia, el grado y el mantenimiento de estas diferencias a lo largo del tiempo puede ser un buen indicio del grado de control que las élites – en caso de existir – ejercen sobre los medios de producción de la comunidad, como también lo es la valoración de la presencia de rangos adscritos en el grupo, un símbolo muy claro de la existencia de desigualdades más o menos consolidadas. En este sentido, y aunque el mundo funerario es una de las principales puertas para el estudio de las desigualdades, hemos decidido analizarlo por separado en el capítulo siguiente. Las razones son básicamente dos: la dinámica de las necrópolis para las que disponemos de datos suficientes, especialmente desde el siglo IV a.C. se comprende mucho mejor si se analiza en como un proceso continuo, y además la mayoría de estas necrópolis se sitúan en la zona sudeste del valle medio del Tajo, que como veremos presenta una evolución diferente a la del centro del valle donde, por desgracia, las necrópolis conocidas han sido insuficientemente publicadas.

Al plantear las características que definían a estas sociedades presentamos un conjunto de ámbitos en los que se podían evidenciar las diferencias a las que aludíamos arriba. A partir de los datos que hemos ofrecido en los apartados anteriores vamos a valorar hasta qué punto se observan diferencias respecto de la etapa anterior y si éstas podrían estar asociadas a la existencia de grupos privilegiados dentro de la comunidad. En este sentido, el análisis de los asentamientos es, como ya dijimos, uno de los principales ejemplos de continuidad con el periodo anterior. Más allá de la progresiva introducción de piedra y adobes para la construcción de las viviendas, que se consolida definitivamente a comienzos del siglo IV a.C., las características de los asentamientos en cuanto a localización, tamaño o distribución interna son básicamente las mismas que en la etapa anterior, presentando un paisaje pequeños núcleos de habitación dispersos, sin ningún tipo de protección o diferencias sustanciales de tamaño. Los elementos de urbanismo o planificación interna de los asentamientos son muy escasos, consistentes sobre todo en muros de cierre como los localizados en Laguna del Campillo o El Baldío y que ya habían sido documentados en asentamientos del siglo V a.C. como El Caracol o incluso del siglo VI a.C. como El Colegio o La Deseada. El otro elemento que podría interpretarse como vertebrador son los caminos documentados en El Baldío, que comunicarían las diferentes estructuras de habitación, pero que no parecen presentar ningún tipo de preparación especial más allá de la compactación de la tierra (Martín, A. y Walid, S. 2007: 200). Desde otro punto de vista, la apuesta definitiva que se produce por las plantas cuadradas permite una mejor

compartimentación de los espacios, visible en alguno de los asentamientos como Arroyo Culebro C donde se ha localizado un conjunto de estancias dispuestas en torno a una más grande, probablemente un patio. Estos rasgos de organización interna parecen estar relacionados con dos aspectos muy concretos: la delimitación del espacio controlado por el asentamiento o por las diferentes unidades familiares que lo habitan y la comunicación de áreas con diferentes funciones, como ocurre en La Ribera con las zonas de habitación y metalúrgica. En ningún caso se ha detectado que estos criterios estén relacionados con diferencias en calidad de los edificios.

En este sentido, la impresión que transmiten los edificios, incluso aquellos dedicados a funciones específicas como los hornos, almacenes o zonas de transformación metalúrgica, es de una enorme uniformidad tanto en sus dimensiones como en la calidad de los materiales utilizados en su construcción. En este sentido, la variabilidad de técnicas constructivas y la dualidad entre construcciones edificadas con materiales perecederos o no que se aprecia en los siglos VI-V a.C. va dejando paso a un mundo mucho más homogéneo en el que, no obstante, siguen construyéndose de manera esporádica cabañas construidas con madera y barro, probablemente dedicadas a actividades productivas. Como hemos visto al analizar los asentamientos del periodo, no existen edificios en los que pueda apreciarse una inversión especial de riqueza, ni en el tipo de materiales utilizados ni en el esfuerzo dedicado al cuidado o decoración de las estructuras, ni se aprecian diferencias de tamaño sustanciales entre las diferentes viviendas. Las características de los asentamientos parecen descartar la existencia de especialistas dedicados a la construcción: incluso en aquellos asentamientos donde se han detectado procesos estandarizados de fabricación de materiales de construcción como en Cerro Redondo o El Cerrón, se trata de ladrillos de adobe realizados a caja cuya fabricación no requiere conocimientos técnicos excesivamente especializados, aunque se haya propuesto la presencia de especialistas para su fabricación (Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1986 - 1987: 165). Algo parecido podría decirse de otras técnicas documentadas como la utilización de planchas de madera para aislar el suelo de una habitación interpretada como almacén en Las Fronteras. Los conocimientos técnicos utilizados son en general bastante básicos y están basados en tradiciones contrastadas durante mucho tiempo, por lo que podría hablarse de autosuficiencia en este aspecto.

En realidad, las únicas diferencias que se aprecian son en aspectos estrictamente funcionales, como ya comentamos: almacenes, hornos, talleres metalúrgicos o zonas de procesamiento de alimentos. Es en este aspecto en el que mejor se aprecian las diferencias con la etapa pasada, que mostraba una menor diversificación funcional y, sobre todo, una menor especialización. La construcción de infraestructuras que, dentro del ámbito modesto de estas comunidades podrían calificarse de industriales o al menos de producción supradoméstica sí constituye un elemento novedoso respecto de la etapa anterior. La existencia de estas infraestructuras trae al debate la existencia o no de especialistas a tiempo completo dentro de las comunidades, y de las condiciones en que desarrollaban su actividad. La asunción de la presencia de este tipo de especialistas es importante, ya que es una evidencia indirecta de la presencia de excedentes de producción que permiten mantener a individuos que no están relacionados con actividades de subsistencia. En nuestra opinión, las infraestructuras detectadas en los yacimientos son suficientes para proponer la existencia de especialistas si no a tiempo completo, sí muy especializados, sobre todo en alfarería y siderurgia. Sin embargo, las diferencias funcionales de

los asentamientos, incluidas las que asumen la existencia de especialistas, no parecen estar asociadas directamente a la presencia de grandes diferencias de riqueza ya que en general, los objetos producidos en estas industrias son piezas comunes y por tanto al alcance - al menos en teoría - de la mayoría de la población.

Junto a la creciente diferenciación funcional basada en criterios económicos, comienza a detectarse, de manera aun muy modesta, la aparición de los primeros edificios interpretado como lugar de culto en la región. Se trata del denominado primer santuario adscrito a la fase más antigua de El Cerrón, al que ya hemos hecho referencia al analizar los edificios de este periodo. Por desgracia, la información que describe esta estructura es cuando menos confusa, hasta el punto de que podría tratarse de una vivienda si atendemos al tipo de materiales localizados en ella - entre ellos, varios pondera. Hemos decidido mantener la interpretación como santuario basándonos sobre todo en la constatación de que sobre el derrumbe de este primer edificio se localiza una segunda estructura de idéntica forma y dimensiones en la que se sitúa el famoso relieve de barro de Illescas, con una potente carga simbólica que analizaremos más adelante. La presencia de enlucidos de color rojo muy deteriorados en una de las paredes también parece indicar un tratamiento especial para esta habitación. Asimismo, el hecho de que su estructura parezca estar abierta en uno de los muros a modo de porche parece descartar su uso como casa.

De tratarse de un santuario (entendido este como lugar de culto) desconocemos si se trataría de una estructura construida para el uso comunitario o si tendría más bien un carácter doméstico como propone Balsameda para el segundo santuario (Valiente, S. 1994: 182) apoyándose sobre todo en sus dimensiones (8,60 x 4,80 m) y estructura, formando parte de una casa de mayor tamaño de un noble local. No disponemos de datos para confirmar esta propuesta aunque las dimensiones del edificio nos parecen suficientes (más de 40 m²) para una comunidad pequeña como la que habitó El Cerrón.

De dimensiones más reducidas (alrededor de 16 m²) es la habitación R9 del Cerro de las Nieves habitación identificada como un posible lugar de culto a partir de un análisis funcional de la cerámica localizada en el yacimiento (Fernández, V. M. y Hornero, E. 1988: 175), que además presenta algunas características decorativas especiales: franjas de pintura verticales rojas en las jambas y esquinas próximas, un posible enlucido negro en una de las paredes de la habitación, dos inhumaciones de individuos infantiles (un feto y un neonato) y un suelo muy cuidado en el que, como en el caso del Cerrón, se había construido un hogar en el centro de la habitación. En este caso, la habitación estaba asociada a otra (R11) interpretada como un lugar de reunión donde podrían haberse desarrollado actividades textiles (Fernández, V. M. y Hornero, E. 1988: 175). Se ha planteado que al principio los recintos pudieron constituir unidades de habitación independientes, multifuncionales y con una estructura similar, albergando a pequeños grupos familiares, mientras que en un segundo momento, quizá al aumentar la complejidad de los grupos de parentesco (Fernández, V. M. y Hornero, E. 1988: 176), se remodelaron los recintos para atender a funciones más específicas entre las que destaca la aparición de un lugar de culto o al menos con una carga simbólica muy fuerte.

Tanto si se trata de un lugar de culto familiar como si estaba abierto a toda la comunidad, la presencia misma de este tipo de contextos muestra diferencias fundamentales con los periodos anteriores. En ambos casos supone la aparición de un nuevo ámbito de expresión social dentro del grupo, aunque su interpretación varíe ligeramente en función de la interpretación dada. Si se considerara este edificio como comunitario, tendría probablemente una función de refuerzo identitario para el grupo. Si su acceso estuviese restringido a un grupo o familia, sería la expresión de los procesos de disgregación de la comunidad frente a los grupos de parentesco cuya competición se haría cada vez más explícita, pasando de la posesión de un mayor o menor grado de riqueza a desplazarse hacia un mundo simbólico mucho más explícito que el funerario, en el que hasta entonces se habían hecho evidentes las rivalidades. Como hemos dicho, la iconografía del relieve situado en el estrato superior apunta directamente en esta dirección, aunque ese refuerzo de un grupo respecto del resto de la comunidad es mucho más efectivo si se realiza en un contexto público. En cualquier caso, lo que es evidente es que desde el siglo IV a.C. comienzan a manifestarse unas nuevas expresiones que apuntan a una creciente complejidad del mundo simbólico y social de estos grupos y que no pueden desligarse de los procesos detectados en contextos funerarios. No se han encontrado evidencias de especialistas religiosos, pero es probable que en estos primeros estadios no existan aún o lo sean en función de su posición social y en unión a otros criterios (edad, rango, sexo) compaginando esta actividad con otras.

En este sentido, otro indicio de los cambios que podrían estar produciéndose en la percepción social de estos grupos es la constatación por primera vez de enterramientos infantiles dentro de las unidades domésticas, situación detectada en Arroyo Culebro (Blasco, M. C. *et al.* 1998: 250) y especialmente en el Cerro de las Nieves, donde se han detectado hasta siete enterramientos infantiles, dos de ellos en la habitación interpretada como lugar de culto (Fernández, V. M. y Hornero, E. 1988: 170). Aunque este tipo de enterramientos se documenta desde el Bronce Final, se hacen especialmente frecuentes en torno al siglo IV a.C. (Moneo, T. 2003: 409), siendo el ejemplo de Arroyo Culebro el primero detectado en el valle medio del tajo. Aunque se han propuesto varias interpretaciones (Blasco, M. C. *et al.* 1998: 252), una de las más aceptadas es la muerte del individuo antes de su filiación social, por lo que su enterramiento dentro del ámbito doméstico implicaría el reconocimiento de ese individuo como parte de la familia, incluso si no ha llegado a formar parte del conjunto del grupo. Podría implicar de este modo una creciente preocupación por reivindicar el papel de las familias frente a la comunidad o por la sucesión y continuidad dentro del grupo doméstico gentilicio (Moneo, T. 2003: 409).

Todos estos cambios, que empiezan a hacerse evidentes en el siglo IV a.C., no deben crear una falsa impresión sobre el alcance de las transformaciones que comienzan a detectarse. El tamaño de las casas apunta a un tipo de agrupaciones familiares, continuando la tendencia observada a finales de la Primera Edad del Hierro. Pese a la constatación de un crecimiento demográfico en estos momentos, no parece que éste tuviera un impacto fuerte ni sobre la organización del territorio - que siguió siendo eminentemente dispersa y sin evidencias de jerarquización - ni sobre la presión de los recursos, ya que las densidades de población debieron seguir siendo bajas. Aunque los datos son escasos dado el alto grado de destrucción de los asentamientos, no se han detectado diferencias significativas de riqueza entre las diferentes unidades domésticas, ni en forma de objetos de prestigio ni por una mayor cantidad de objetos, ni por evidencias de

un mejor acceso a medios de producción (mayor número de vasijas de almacenamiento, herramientas de hierro, etc.). No se observa, al menos en el contexto de los asentamientos y sus características internas, que la creciente complejidad de las comunidades del valle medio del Tajo tuviese su correlato inmediato en una diferenciación social basada en la riqueza. Lo que sí parece deducirse a través de los restos localizados es la existencia de una sociedad en general más rica y compleja y la aparición de nuevos contextos donde explicitar las diferencias sociales y económicas. Estas dos premisas presentan sin embargo, un enorme potencial para que tensiones sociales que hasta entonces se circunscribían a ámbitos estrictamente simbólicos y se apoyaban en el prestigio puedan desviarse hacia una lucha centrada en el control económico del grupo.

Ya hemos planteado en otros apartados los aspectos que consideramos indicios de una mayor riqueza dentro de las comunidades del valle medio del Tajo: aparición de especialistas cuyo trabajo se detrae de las actividades dedicadas estrictamente a la subsistencia, aumento de los porcentajes de especies animales más exigentes en su alimentación y de la variedad y cantidad de objetos de uso común y de prestigio y de su dispersión por el territorio a través de unas redes de comercio más estables, que implican una demanda sostenida de determinados objetos. Al contrario que en etapas anteriores, el crecimiento de estos fenómenos es prolongado en el tiempo y no puede ser achacado por tanto a diferencias coyunturales de riqueza provocadas por una cosecha favorable o unas buenas condiciones para la cría del ganado. Para poder explicar estos cambios y su consolidación es necesario asumir la existencia de excedentes (en forma de alimentos o de productos manufacturados) en las comunidades que son utilizados para alcanzar estos objetivos, además para contrarrestar posibles periodos de incertidumbre. También hemos hablado de dónde pueden documentarse indicios de esta producción excedentaria: nuevos y más abundantes evidencias de almacenamiento, unidas a la extensión de técnicas que aumentan la efectividad de los procesos de producción: telares verticales y fusayolas de forma cónica o troncocónica, molinos giratorios, torno y nuevas formas de hornos de alfarero. La aparición de nuevas especies animales como el burro (y por tanto, también de mulos y burdéganos) mejoró la capacidad de transporte y de carga de alimentos y otros productos, agilizando los desplazamientos y ampliando el radio potencial de explotación en torno a los asentamientos, ya que los bueyes son siempre más lentos que los mulos o los burros (Urbina, D. *et al.* 2005: 157).

Por supuesto, si se persigue la obtención de excedentes es (además para reservar la simiente) para intercambiarlos por otro tipo de bienes, y en este sentido ya hemos defendido que todos los indicios apuntan a que las rutas de intercambio se reforzaron sustancialmente al aumentar la demanda y sobre todo al ser ésta sostenida en el tiempo. Por otra parte, esta continuidad en la llegada de objetos sólo puede darse en contextos de estabilidad y cuando exista una por tanto una red de relaciones que permita desplazamientos, ofrezca seguridad en los desplazamientos y durante los posibles mercados. Como ya habíamos avanzado al hablar de la obtención de las materias primas durante la Primera Edad del Hierro, hay que asumir la existencia de contactos para poder realizar los intercambios, y a comienzos de la Segunda Edad del Hierro y especialmente desde el siglo IV a.C. - si atendemos a la cronología de la mayoría de estas piezas - estos contactos parecen hacerse más fluidos y constantes. La intensificación de estos contactos comerciales tendría dos consecuencias. La primera de ellas, el fortalecimiento de redes de

alianzas entre familias y comunidades que garantizaran el comercio, y una uniformización de la cultura material muy evidente en el núcleo central del valle medio del Tajo y el Sudeste que no se había visto desde la Edad del Bronce. Indirectamente, la intensificación de los intercambios y de las relaciones entre comunidades podría traer tensiones entre comunidades y otros grupos que pugnarían por controlar y monopolizar algunos de los objetos, lo derivó en situaciones de tensión y conflicto que a partir de la segunda mitad del siglo IV a.C. se hacen patentes en el registro arqueológico.

Por otra parte, y aunque las piezas de importación son el elemento más llamativo del registro, no pueden olvidarse las evidencias de comercio local cuya evidencia más directa es la cerámica jaspeada, muy numerosa en la región pero escasa fuera de ella. La existencia de dos niveles de transacción - piezas comunes para un ámbito regional y piezas de lujo de origen predominantemente foráneo - apuntaría un momento en el que no existen unas élites capaces de absorber un consumo de objetos de prestigio locales, y que esa demanda es satisfecha desde el exterior. Tal y como sugerimos en el capítulo dedicado a la organización social, esta situación implicaría que el rango adscrito aún no estaría consolidado dentro de estas comunidades.

Desde otro punto de vista, la presencia de especialistas y sus connotaciones respecto a la complejidad y a la desigualdad social abren una discusión sobre si éstos aparecen como demanda de unas élites o aparecen de manera progresiva paralelamente al aumento de excedentes. En nuestra opinión, hay al menos tres razones por las que parece que este segundo caso fue el documentado en el valle medio del Tajo. La primera de ellas es que las piezas producidas por estos artesanos parecen haber sido objetos dedicados al uso diario, o mejor dicho, no hay evidencias de que en las diferentes instalaciones de tipo supradoméstico localizadas en este periodo se hayan producido objetos de lujo, algo especialmente patente en



Figura 5.64: punta de flecha de bronce recogida en Arroyo Culebro C

el caso de la cerámica y que parece confirmarse por la recurrencia de este tipo importados. La segunda es la dispersión relativamente abundante de los objetos de prestigio en la región, que parece implicar una cierta facilidad en el acceso a estos objetos. La tercera es la escasez de evidencias de jerarquización en el registro arqueológico de la región que estamos analizando en este apartado, que hacen difícil concebir una élite que controlara la producción de determinadas actividades económicas. Otro tipo de especialistas con una fuerte carga simbólica en el ámbito social - guerreros y especialistas religiosos - no están documentados en el grupo. La escasez de armas en contextos del

valle medio del Tajo es notoria, y aunque algunos descubrimientos han ido matizando esa afirmación, lo cierto es que las escasas armas identificadas como tales aparecen a partir del siglo IV a.C. En el momento que estudiamos, las únicas armas localizadas en los yacimientos son armas de doble uso, es decir, que pueden utilizarse para la guerra aunque muy probablemente

el uso primario fuera la caza o la protección personal. Es el caso de la punta de flecha de bronce encontrada en Arroyo Culebro C (fig. 5.64) o la punta de lanza recogida en Laguna del Campillo (fig. 5.61). Ya nos referimos a los cuchillos afalcatados que aparecen desde el siglo VI en la región, considerándolos herramientas de uso doméstico, no armas.

La práctica inexistencia de armas en el valle medio del Tajo, llama la atención ya que la actividad bélica es uno de los mecanismos más utilizado como método de promoción social. Las diferencias respecto de otros territorios limítrofes – valle del Duero, Submeseta norte o incluso el mundo ibérico – son notables, y la debilidad de los indicios debe llevarnos a reflexionar sobre la posibilidad de un proceso de transformación social muy diferente al de estas regiones, en el que la rivalidad y la competición asociadas a la existencia de élites guerreras no hubiera sido uno de los mecanismos para lograr prestigio dentro de estos grupos. La ausencia de evidencias de asociadas a conflictos armados y sus expresiones en el registro arqueológico no implican una ausencia de violencia simbólica y de tensiones, pero sí un cierto grado de contención en la explicitación de las mismas. Asimismo, el ámbito de la guerra y los vinculados a ella - valor, resistencia, intrepidez - es uno de los primeros en utilizarse dentro de los procesos de individualización del linaje y de las élites, por lo que la timidez con que este mundo se muestra en el valle medio del Tajo podría ser un indicador de que estos procesos de legitimación social estaban aún poco desarrollados, y que todavía dependían de otros mecanismos como la exhibición de riqueza para adquirir prestigio.

Igualmente, es significativa la escasez de elementos de tipo simbólico documentados, que parecen descartar la existencia de especialistas religiosos a tiempo completo. En este sentido la actividad religiosa adquiere un peso creciente conforme avanza la complejidad social, pero no es hasta un momento muy avanzado cuando comienza a hacerse verdaderamente explícita en el



Figura 5.65: fragmento de kernós procedente de Arroyo Culebro C

registro arqueológico. Los mecanismos de consolidación de la jerarquización social apuntan primero al control de los recursos y de los medios de producción tratando de no romper la idea de supuesta igualdad de la comunidad a la vez que subvierten la cosmogonía igualitaria previa. El último paso es construir el respaldo ideológico - religioso a su posición, cuando la capacidad de respuesta del resto de la población está muy debilitada. Siguiendo este razonamiento, en el siglo IV a.C., aunque no puede hablarse de especialistas religiosos, sí se da un paso importante: la explicitación de un espacio simbólico público en el que desarrollar discursos de poder social. Hasta entonces ese espacio había estado reservado al mundo funerario, a través de un ritual

espectacular pero efímero como la cremación y de la amortización de riqueza pero dentro de unos criterios que limitaban el grado de competición entre individuos o linajes y que era por tanto asumible para el conjunto de la sociedad. La apertura de un nuevo espacio de expresión no implica su uso inmediato como escenario de manipulación y lucha social, pero crea las condiciones para el mismo a través de la utilización de simbología que marque posiciones de

prestigio, como veremos de manera muy clara a través del relieve de El Cerrón. Dejando de lado los posibles edificios dedicados a actividades religiosas, las evidencias materiales de religiosidad son muy escasas en la región, limitadas a un fragmento de *kernós* localizado en Arroyo Culebro C (fig. 5.65). Aunque esta carencia de objetos puede ser debida a un sesgo en el registro arqueológico, es coherente con la ausencia de una religión muy desarrollada que se supone a estos grupos.

La creciente complejidad que hemos presentado como una de las tendencias de la sociedad del valle medio del Tajo desde el siglo IV a.C. no constituye un simple tópico y debería ser objeto de cierta reflexión. En primer lugar, multiplica el número de ámbitos en los que es necesaria la coordinación y el liderazgo, y también los escenarios en los que desarrollar y explicitar la lucha y el control social. La clave está en dilucidar si esta complejidad vino acompañada de un control de los medios de producción y en la apropiación de parte de los recursos por determinados individuos o grupos en su favor.

Los datos de que disponemos apuntan a que esa situación no se había producido en la región al comienzo de la Segunda Edad del Hierro. La igualdad en los edificios y en la cultura material - incluida la relativa abundancia de los objetos denominados de lujo -, la ausencia de evidencias de almacenamiento comunal, o de grandes diferencias en el acceso a medios de producción, etc. parecen apoyar esta interpretación. Se detecta un claro aumento de la riqueza, visible en el creciente porcentaje de bóvidos y équidos, en la aparición de especialistas, en el aumento de las piezas importadas... pero parece que este crecimiento económico tuvo una repercusión más bien uniforme, provocada por la intensificación generalizada de la producción antes que por las presiones de un grupo determinado sobre el resto.

¿Por qué comienza esta intensificación económica y la creación de excedentes? Por supuesto, la introducción de tecnologías más eficientes y la búsqueda de mejores estrategias para reducir la incertidumbre inherente a la actividad agrícola y hacer frente al crecimiento demográfico debieron jugar un papel importante, pero también debió hacerlo la dinámica de competición social basada en la manipulación de objetos de prestigio que se documenta en el valle medio del Tajo en torno al siglo VI a.C. Como dijimos al analizar la sociedad de finales de la Primera Edad del Hierro, la respuesta a estos primeros intentos de forzar posiciones de desigualdad se encontraron con una respuesta ambigua dentro de los grupos: por una parte se restringieron el ámbito y las expresiones de diferencias económicas, pero por otra parece que se toleró ese tipo de competición, incluyendo una incipiente reclamación de la adscripción de rango dentro de los diferentes grupos familiares. Esta tolerancia pudo influir en un incremento de la producción de excedentes que permitiera a todas las familias participar en el proceso y que, indirectamente, favoreciera el crecimiento de la complejidad socioeconómica observado en el registro. En este sentido, es interesante recordar que, como defendimos en el capítulo relativo a la organización social, las desigualdades aparecen generalmente en contextos de relativa riqueza o al menos en lugares donde es posible la creación de excedentes, donde el aumento generalizado de los recursos hace que se relajen los vínculos comunitarios y se tolere cierta acumulación familiar o individual. Ésta sería la situación del valle medio del Ebro, que a partir del siglo V a.C. y sobre todo desde el siglo IV a.C. parece evidenciar un desarrollo económico relativamente

"democrático" y no monopolizado, coherente con la idea de una sociedad poco cohesionada como parece haber sido la existente en el valle medio del Tajo.

En este sentido, otro de los aspectos a considerar que también muestra cambios durante el siglo IV a.C. es la aparición de indicios de cohesión territorial, que comienzan a apreciarse y que pueden deducirse a partir del mejor funcionamiento de las redes de comercio locales e interregionales, de cierta homogeneidad en la cultura material de los asentamientos y de la aparición de algunos elementos como la cerámica jaspeada cuya distribución parece evidenciar cierta unidad regional. Puesto que estas situaciones sólo pueden darse si existe una red social de acuerdos y alianzas que permita la circulación de personas y bienes, parece lógico que se plantee este tipo de relaciones en la región. No disponemos de datos para definir cómo fueron las relaciones entre los grupos dentro del valle medio del Tajo, pero las evidencias de comercio y la ausencia de pruebas de conflictos parecen evidenciar que tuvieron un carácter eminentemente pacífico, al menos en un primer momento. La creciente interrelación entre las comunidades pudo haber traído una mayor cohesión territorial, reforzando los lazos sociales a través de matrimonios u otro tipo de alianzas, sin que pueda hablarse ni de la aparición de indicadores de una identidad territorial marcada (más allá de la homogeneidad de la cultura material) ni de una jerarquización que no se detecta en el registro.

Por el contrario, parece que las estrategias para minar el poder colectivo y derivarlo hacia grupos o individuos siguieron siendo básicamente las mismas, basadas en objetos de prestigio y en la manipulación de la riqueza disponible y sin afectar - a menos, en los aspectos que han quedado plasmados en el registro arqueológico - al control de la economía, que como vimos es la clave para afirmar la existencia de jerarquización social. Por supuesto, existieron diferencias económicas, pero no hay ninguna evidencia de que éstas estuvieran apoyadas en el control de recursos por parte de un sector de la comunidad. También otros procesos asociados a esta competición a través del uso de bienes de prestigio, como la emulación de objetos de calidad o la presencia de objetos excepcionalmente ricos pero muy escasos se documentan en estos momentos. Por lo tanto, parece que existe una cierta contradicción entre las posibilidades de interacción y organización social que están desarrollándose desde el siglo IV a.C. y los mecanismos utilizados para gestionarla.

Esta situación puede acabar en una contradicción evidente: si las estructuras sociales siguen manteniendo un sistema relativamente igualitario, con las principales tensiones expresadas en el ámbito simbólico - aunque lógicamente tengan detrás un apoyo económico - llegará un momento en el que o bien se alcanza un máximo de riqueza de manera coyuntural y reversible, manteniéndose el sistema igualitario, o bien se dan pasos para modificar las normas sociales y continuar con el aumento de la riqueza individual o corporativa. Uno de esos pasos era la transición entre rango adquirido y rango adscrito, que como vimos comenzaba a documentarse en las necrópolis de la Primera Edad del Hierro y que continúa durante los siglos V y IV a.C. En estos momentos, esa modificación de los sistemas de adquisición y transmisión de la riqueza también se aprecia en el registro funerario, en algunos casos de manera muy pronunciada como veremos en el próximo capítulo. Sin embargo, hay algunas evidencias de que esta reclamación se trasladó también a los asentamientos, como evidenciarían los enterramientos infantiles que representarían una forma de adscripción de todos los individuos a una familia o linaje, incluso

aquellos que no han tenido todavía una vida social. Las evidencias sin embargo son todavía débiles, y parece más bien que constituyen una reclamación antes que la expresión de un cambio consolidado. La situación parece presentar diferencias según las zonas, como veremos al analizar la trayectoria en la región del Sudeste del valle, donde sí hay datos para afirmar que se dio una transición mucho más clara hacia la existencia de rango adscrito.

En nuestra opinión, la sociedad del siglo V a.C. es muy similar a la del siglo VI a.C., con estilos de vida y modelos de organización y gestión básicamente idénticos. Los cambios materiales no parecen haber supuesto cambios significativos en el estilo de vida, y su reflejo más directo, la aparición de excedentes, no influyó decisivamente en una sociedad en la que las diferencias económicas parecen haber sido mínimas, restringidas a aspectos muy concretos y con poca proyección en los ámbitos más relacionados con la subsistencia del grupo. En nuestra opinión, es a partir del siglo IV a.C. es cuando comienza a aparecer un contexto realmente apropiado para la aparición de desigualdades sociales consolidadas dentro del valle medio del Tajo, con la combinación de complejidad social y producción de excedentes que plantea un escenario con muchas más posibilidades para trasladar la dialéctica entre comunidad e individuo/ familia al ámbito económico, verdadera piedra de toque para analizar la aparición y consolidación de élites y jerarquías.

La respuesta a este escenario no fue unitaria en el valle medio del Tajo, como veremos en el siguiente capítulo de esta tesis, y dependió de las estrategias utilizadas por las élites, de la respuesta del resto del grupo frente a los intentos de subvertir el orden previo, de la posición geográfica de cada asentamiento, etc. Tampoco los resultados de la creciente presión sobre los recursos económicos fueron los mismos. En la zona del Sudeste del valle, la dinámica parece haber tendido hacia una consolidación del rango adscrito y a un progresivo control de la sociedad con la aparición de élites bien asentadas, en un proceso clásico de afirmación progresiva del rango y de la jerarquización social. En la zona central del valle, por el contrario, los intentos de consolidar jerarquías derivaron en una competición cada vez más violenta que dio un salto cualitativo con la aparición de un fenómeno hasta entonces desconocido en la región: el conflicto armado. En cualquiera de los dos casos, el siglo IV a.C. contempla el final de un largo proceso de más de dos siglos en el que las normas comunitarias consiguieron relegar las tensiones sociales a ámbitos principalmente simbólicos.

Un mundo en conflicto: El valle medio del Tajo a partir del siglo IV a.C.

6.1. Introducción

Hasta el siglo IV a.C., la historia de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo podría resumirse en la palabra estabilidad. Superada la crisis que da comienzo a este periodo, los datos que hemos ido desgranando en los capítulos anteriores parecen transmitir una idea de cambio progresivo, como si las transformaciones económicas y materiales que se producen durante estos años no alterasen en lo sustancial el espíritu de las comunidades que habitaron la región. Incluso aquellos cambios que afectaban directamente a la complejidad socioeconómica y a la producción de excedentes no parecían repercutir de manera inmediata en los parámetros en los que estos grupos estructuraban sus vidas. La competición social y las luchas para manipular al grupo estaban basadas en la exhibición de riqueza y circunscritas al ámbito funerario, con severas limitaciones en lo que a su expresión se refiere. La estrategia básica de obtención de prestigio estaba circunscrita a la posesión de objetos exóticos, pero dado que no había control sobre las rutas de comercio y que apenas existían excedentes para la obtención de este tipo de piezas, la capacidad para acumular bienes y establecer diferencias sociales por parte de sectores del grupo fue muy limitada. Podríamos decir que la conjunción de unas condiciones económicas poco propicias y la resistencia social planteada por el grupo – especialmente explícita en la homogeneidad del mundo funerario – frenó cualquier avance hacia la consolidación de desigualdades sociales. A comienzos del siglo IV a.C. ni siquiera puede defenderse la existencia de rango adscrito consolidado en esta zona del valle medio del Tajo. Con los datos de que disponemos, no existió – ni de lejos – una jerarquización social dentro de las comunidades de la región durante la mayor parte de la Segunda Edad del Hierro.

En un momento indeterminado del siglo IV a.C., algo comienza a cambiar dentro de estos grupos, una serie de transformaciones que afectan a las normas de relación intra e intercomunitarias que van a modificar las pautas de comportamiento dentro de los grupos y que son fácilmente perceptibles en el registro. Como hemos avanzado en el capítulo anterior, estos cambios presentan facetas diferentes dependiendo del territorio, pero todas las zonas evidencian una tendencia creciente hacia la aparición de tensiones internas dentro de la sociedad. En el caso de la zona central del valle medio del Tajo, estas tensiones tienen como consecuencia la ruptura de la estabilidad previa mantenida desde el siglo VIII a.C. y la aparición de conflictos armados e inseguridad social y económica dentro de las comunidades que habitan el valle. Esta inseguridad se plasma de manera muy explícita en la aparición de un sistema completamente diferente al que, con ligeras modificaciones, se había mantenido desde el comienzo de la Edad del Hierro, y que se caracteriza por el predominio de asentamientos amurallados localizados en lugares de fácil defensa. Junto a este cambio fundamental, otros datos en el registro arqueológico apuntan a una creciente presión en los mecanismos tradicionales de competición social y a una búsqueda cada vez mayor de control en el ámbito

económico. A lo largo del siglo IV a.C., la lucha interna entre los intereses individuales/ familiares y los comunitarios se hace más agresiva, más explícita, hasta modificar dramáticamente las condiciones de vida de los habitantes de la región.

¿Por qué se produce esta transición, esta pérdida de estabilidad? La respuesta, como casi siempre, no es única y parece obedecer a una convergencia de factores. Por una parte, ya discutimos al analizar la sociedad de los siglos VI-IV a.C. cómo a lo largo de este último siglo se producía una convergencia cada vez mayor entre fenómenos de complejidad social y crecimiento económico apoyada, probablemente por primera vez, en la obtención regular y consciente de excedentes dentro de las comunidades del valle. Aunque defendimos que esta convergencia no repercutía inmediatamente en las condiciones en las que se desarrollaba la vida de estos grupos, sí creaba las condiciones potenciales para un conflicto social que sobrepasara los márgenes tradicionales de expresión de las desigualdades y el poder. La relativa abundancia que caracteriza este momento, producto de algunas innovaciones tecnológicas, y la búsqueda consciente de una intensificación de la producción permitió acabar de relajar los restos de la ética comunitaria que aún pesaba en estas comunidades. Como defendimos al hablar de la aparición de las necrópolis de incineración y parece confirmar el aumento de piezas importadas y otras evidencias de enriquecimiento, la sociedad en general debió aceptar este juego de prestigio siempre que se desarrollase dentro de unos cauces aceptados por todos. Esta actitud abrió el camino a actitudes menos solidarias por parte de algunos individuos que empiezan a hacerse explícitas durante el siglo IV a.C., al salirse de los parámetros socialmente sancionados.

Desde otra perspectiva, la creciente conexión del valle medio del Tajo con las zonas limítrofes, especialmente con el mundo oretano, las poblaciones de Ciudad Real y Cuenca y el territorio vetón y relaciones establecidas para mantener las vías de comercio debieron constituir uno de las principales herramientas de manipulación y ascenso social, a la vez que abrieron la región a nuevas ideas y a modelos muy diferentes - todos ellos con jerarquías más consolidadas - de gestión de la sociedad. Y en el horizonte, la presencia púnica, aún lejana, pero que tiene uno de sus hitos más importantes en el tratado del 348 a.C. que delimita las zonas de influencias de Cartago y Roma en el Mediterráneo. Los efectos de este tratado se dejan sentir incluso en zonas tan alejadas como el valle del Tajo: la consecuencia más evidente es la desaparición del registro arqueológico de la cerámica ática, ahora fuera del alcance de los mercaderes púnicos y, por tanto, de las poblaciones indígenas de la península.

Existe por tanto una doble dinámica, interna y externa, que por una parte proporciona los mecanismos para que determinados individuos o familias traten de aspirar a un poder consolidado y heredado dentro de sus comunidades, a la vez que el aumento de relaciones con grupos más jerarquizados debió crear un efecto de imitación en las poblaciones locales, simplemente por la necesidad de establecer interlocutores para gestionar los acuerdos. Dependiendo de la zona del valle medio del Tajo, parece que unas causas pesaron más que otras, y en el caso de la zona central y norte, las dinámicas que causaron la modificación del modelo fueron principalmente internas.

En esta zona, el mérito del descubrimiento de estos cambios en el registro, de su estructuración e interpretación histórica corresponde a Dionisio Urbina, que a partir de su tesis doctoral (1997) y con sucesivas revisiones y actualizaciones (1998b; 2000, 2001; 2002b, 2005, 2007; Urbina, D. y

Morín, J. 2005) no sólo ha interpretado los cambios detectados en la Mesa de Ocaña durante la Segunda Edad del Hierro, sino que ha sido capaz de integrar datos de zonas cercanas hasta construir un modelo interpretativo muy firme de las transformaciones de la región durante este periodo. Este apartado asume en sus líneas fundamentales las tesis de este autor, y por tanto va a coincidir en gran medida con su exposición y conclusiones, tratando de ampliar la información disponible y de matizar algunos de los datos existentes. Sin embargo, hay algunas diferencias que creemos sustanciales. La primera de ellas es que consideramos que no todo el valle medio del Tajo sigue las mismas dinámicas sociales a partir del siglo IV a.C., existiendo como hemos dicho diferencias importantes entre la zona central y septentrional y la del sudeste del valle. La segunda reside más bien en dónde se centra la atención: mientras que el trabajo de Dionisio Urbina analiza principalmente el territorio, nuestro enfoque está dirigido a los cambios sociales que motivan el cambio de modelo. Ambos planteamientos no son excluyentes sino complementarios, y como veremos algunas propuestas realizadas por el autor a modo de hipótesis nos parecen correctas y han sido incluidas en nuestro trabajo.

La aportación del modelo de D. Urbina tiene otra gran virtud: la existencia por primera vez de prospecciones intensivas asociadas a excavaciones sistemáticas de yacimientos. Las excavaciones de Plaza de Moros en la Mesa de Ocaña (Urquijo, C. y Urbina, D. 2001; Urbina, D. y Urquijo, C. 2004; Urbina, D. *et al.* 2004), del Cerro de La Gavia en Vallecas (Madrid) (2007; Morín, J. *et al.* 2009; Morín, J. *et al.* 2005) y en menor medida, Santa María en Villarejo de Salvanés (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a) permiten integrar los datos de prospección y excavación para tener una visión más ajustada de las características de la ocupación de la zona a partir de la segunda mitad del siglo IV a.C. A estos datos se suman los de zonas adyacentes, como los procedentes de El Cerrón (Valiente, S. 1994), Yeles (Cuadrado, E. 1971) o de zonas más lejanas como la última fase de Cerro Redondo (Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1985) o el comienzo de la ocupación en el Llano de la Horca (Baquedado, E. *et al.* 2007; Märten, G. *et al.* 2009; Sánchez – Chiquito, M. S. y Masa, F. 1990). Aunque de manera menos abundante y exhaustiva que en la zona sudeste, contamos con algunos datos sobre el mundo funerario, especialmente en la zona de la Mesa de Ocaña (García, A. A. y Encinas, M. 1987, 1990; Perea, A. *et al.* 2010b; Urbina, D. y Urquijo, C. 2007). El resultado es un conjunto de información que permite realizar una aproximación bastante completa a los procesos históricos que tienen lugar en la región.

Nuestra exposición va a partir de la propuesta de Dionisio Urbina, ampliándola con nuevos datos y aportando otros indicios de los cambios ocurridos desde la segunda mitad del siglo IV a.C. además de los relacionados con la transformación de los sistemas de ocupación del territorio. También se va a profundizar en la interpretación de estos cambios desde la perspectiva de las estrategias de manipulación social, de la búsqueda del control sobre la comunidad y de la resistencia a los intentos de consolidación de la jerarquización de la sociedad. Como en los capítulos anteriores, vamos a concluir tratando de ofrecer una visión lo más completa posible de cuál era la situación del valle medio del Tajo entre los siglos IV y III a.C., en los momentos anteriores al comienzo de la injerencia cartaginesa y romana en la Península ibérica.

6.2. Los recintos amurallados del valle medio del Tajo

6.2.1. El modelo

La tesis de Dionisio Urbina tenía como objetivo tratar de establecer el patrón de poblamiento durante la Segunda Edad del Hierro en la Mesa de Ocaña, para lo que se realizó una prospección intensiva del territorio durante cuatro años, cuyos resultados fueron presentados en 1997 (Urbina, D. 1997). Esta prospección sacó a la luz la existencia de dos patrones de asentamiento claramente diferenciados (yacimientos tipo A o B), los primeros de los cuales se situaban en llano, sin ningún tipo de defensa apreciable y superpuestos frecuentemente a la ocupación previa de la Primera Edad del Hierro. Los yacimientos tipo B, por el contrario, se caracterizaban por su adaptación a relieves en alto y por estar amurallados y a menudo rodeados por un foso. Por supuesto, asentamientos en alto eran conocidos desde mucho tiempo atrás, comenzando por la propia Toledo (Urbina, D. 2005: 42), pero lo que se desconocía en ese momento era la existencia de dos patrones de asentamiento para la Segunda Edad del Hierro, asumiéndose de manera generalizada el poblamiento en alto como el característico de este momento (2005: 41). En su tesis, Urbina interpretó correctamente los yacimientos en llano como pertenecientes al momento más antiguo de la Segunda Edad del Hierro, continuadores del modelo establecido a comienzos de la Edad del Hierro, mientras que los asentamientos fortificados en alto corresponderían a una ocupación posterior que no se remontaría más allá de la segunda mitad del siglo IV a.C. (Urbina, D. 1997: 549).

Las características de los dos modelos de asentamientos son muy diferentes no sólo por su localización topográfica o la presencia o no de fortificaciones. Los asentamientos en llano (Urbina, D. 1997: 602-603), herederos de la Primera Edad del Hierro, son en general de mayor tamaño (media de 8 -10 Ha), se sitúan cerca del agua, de pastos y buenas tierras de cultivo y presentan un escaso control visual del territorio. Han sido interpretados como unidades autónomas y bastante aisladas (su umbral de subsistencia apenas alcanza el 8% del territorio potencial) cuya localización trata de abarcar la mayor biodiversidad posible plantando una disposición perpendicular al cauce fluvial antes que a lo largo del mismo. Por supuesto las características concretas de la localización varían ligeramente en función del relieve concreto: en el valle del Cedrón los asentamientos están junto al arroyo, mientras que en el valle del Tajo se localizan a unos kilómetros del cauce fluvial, junto a las cabeceras de los arroyos - para, como vimos, evitar las excesivamente pesadas tierras anejas al río. En cualquier caso, todos los yacimientos se localizan bajo el borde del páramo de la Mesa de Ocaña (Urbina, D. 1997: 447)

Según Urbina (1997: 447) se trataría de asentamientos sin jerarquización, con un patrón atomizado de poblamiento, aunque se observan dos tendencias diferentes dependiendo del valle donde se localizan. Según la regla de rango - tamaño, en el valle del Cedrón los yacimientos muestran un esquema típico de un sistema no jerárquico, mientras que en el valle del Tajo la existencia de un asentamiento de tamaño sustancialmente mayor que el resto (36 Ha) – Vitoria – hace que exista una desviación en la recta que podría obedecer a la existencia de cierta ordenación en el territorio. Esta ordenación es descartada por el autor, que no encuentra características diferenciales suficientes para individualizar este yacimiento respecto del resto estando su mayor tamaño relacionado con una mayor antigüedad del asentamiento (1997: 448). La existencia de un modelo político nuclear estaría confirmada con las relaciones con los vecinos

más próximos. La distancia media con éstos es de 7-7,5 km de media, pero el dato relevante es que los asentamientos no se correlacionan con el vecino más próximo, sino con todos, presentando los polígonos una configuración que expresa la adaptación de cada asentamiento a un entorno que explota de forma independiente (1997: 448).

Frente a este tipo de asentamiento, característico como hemos dicho de los momentos iniciales de la Segunda Edad del Hierro, los yacimientos de tipo B o amurallados presentan una menor homogeneidad derivada sobre todo de la principal característica: su adaptación forzosa a un relieve muy específico. Este relieve debe cumplir tres premisas básicas - existencia de manantiales próximos, pendiente y altitud adecuadas y morfología con tendencia a la península o al espolón -, mientras que otros criterios, como la visibilidad, la distancia a los vecinos más próximos o la jerarquización del poblamiento no tienen ninguna significación. Se trataría por tanto de recintos amurallados con poca visibilidad sobre el territorio, escasa o nula intervisibilidad, distribución aleatoria en el paisaje - la impuesta por la topografía - y sin signos de constituir un sistema jerarquizado (Urbina, D. 2005: 44). En este sentido, es significativo que el análisis espacial de las relaciones de cada yacimiento con sus vecinos muestre una relación de igualdad con todos, lo que se interpreta como síntoma de la inexistencia de jerarquización. La relación es la impuesta por el relieve, no por la existencia de un territorio de explotación o influencia.

Esta adaptación al relieve hace que las características de los asentamientos varíen según la zona en que se sitúan. Así, en la valle del Tajo la extensión media de los asentamientos es de 6-7 Ha, aunque en algunos casos la superficie que se reduce a 2-3 Ha. En el valle del Cedrón-Melgar la media se reduce a una Ha, con tan sólo un caso alcanzando las 3 Ha. Generalmente se buscan penínsulas o espolones con istmos en los que se disponen las defensas principales, consistentes en fosos, murallas y en algunos casos torres, aunque no son raros los cerros testigo. La falta de control visual de estos yacimientos es muy significativa, ya que su principal relación visual es con el poblado sin amurallar más cercano, y parece descartar una función estratégica para estos asentamientos (Urbina, D. 1997: 604).

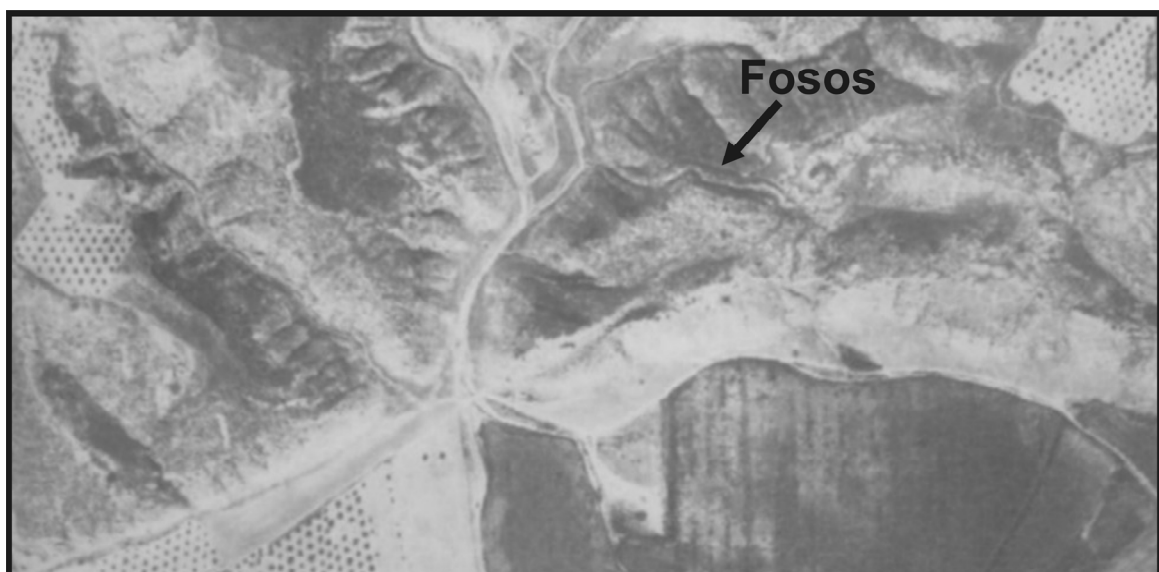


Figura 6.1: fotografía aérea del yacimiento de Castrejones donde se aprecian perfectamente los fosos que lo protegen. A partir de (Urbina, D. 2005: 55)

Quizá el mayor punto de interés es que, salvo tres excepciones, los asentamientos pertenecientes a cada modelo tienen su correspondiente en el otro. Es decir, a cada poblado sin murallas se le podría asociar otro amurallado, pero más que una asociación directa se debería hablar de una transformación del sistema de poblados en llano hacia otro adaptado a la defensa (Urbina, D. 1997: 603). En realidad, tanto los poblados en llano como los amurallados se sitúan en torno a la corona de la Mesa de Ocaña, evitando el páramo central, improductivo. Aunque existen diferencias sustanciales de tamaño entre los asentamientos del valle del Tajo y los del valle del Cedrón, tan pequeños que podrían calificarse de recintos fortificados, lo cierto es que sus características topográficas, sus defensas y sus relaciones con los asentamientos vecinos son equivalentes y no deben ser considerados como evidencias de jerarquización en el territorio.

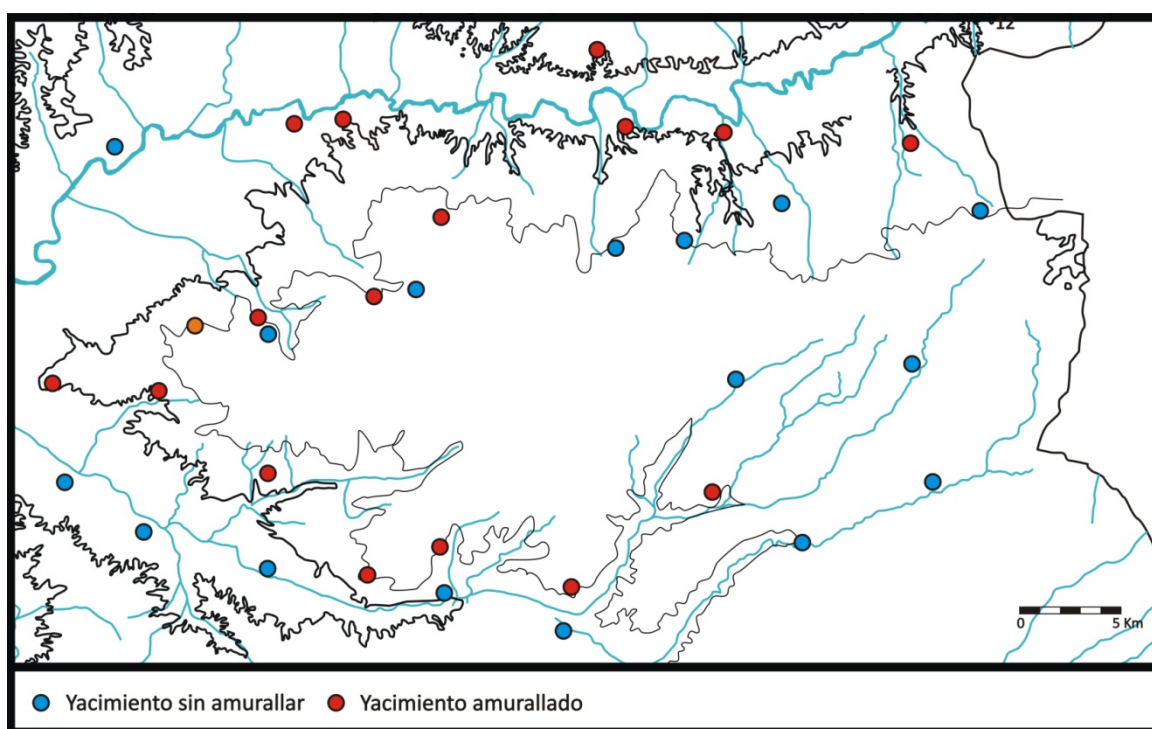


Figura 6.2: distribución de asentamientos en la Mesa de Ocaña. Según (Urbina, D. 1997)

El sistema de poblados amurallados se completa con el descubrimiento en las cercanías de varios yacimientos de cuevas artificiales cuya cronología puede ser adscrita sin dudas a la Segunda Edad del Hierro (fig. 6.3), un tipo de cuevas conocido desde antiguo en la Comunidad de Madrid (Catalina, J. 1891; Pérez, J. 1943) y que incluso son citadas en un conocido ejemplo de las Guerras Sertorianas (Urbina, D. 1997: 564). Estas cuevas buscan las paredes más escarpadas, incluso aunque suponga un trabajo adicional derivado de las dificultades de acceso y de su localización en los estratos más duros de la Mesa. Se han documentado tanto en el valle del Tajo como en el arroyo del Cedrón, y aunque han sufrido importantes procesos de erosión dejando en algunos casos tan sólo las huellas de las habitaciones, puede apreciarse que varias de estas cuevas consistieron en conjuntos de habitaciones conectadas entre sí. Dependiendo de la zona y de los estratos, las cuevas pueden presentar paredes curvadas o, puertas en forma de arco, escalerillas desde la puerta de acceso e incluso columnas centrales para reforzar la estructura (Urbina, D. 1997: 560). La asociación entre asentamientos fortificados y cuevas se repite también de manera habitual en asentamientos de la Segunda Edad del Hierro de la Comunidad de Madrid, de manera que podría hablarse de un tipo de construcciones integrado en el sistema de

poblados amurallados que se desarrolla a partir del siglo IV a.C. en la región. Aunque la funcionalidad de este tipo de estructuras es difícil de precisar dada su reutilización y a la escasez de materiales documentados, las explicaciones más plausibles - y muy coherentes con la presencia de poblados fortificados en las cercanías apuntarían a su interpretación como graneros o lugares de ocultación y refugio, aunque no podría descartarse una función ritual para algunas de ellas (Urbina, D. 2002a: 111-112).



Figura 6.3: yacimiento de Villapalomas en primer plano, sobre el escarpe. Justo debajo, cuevas artificiales. A partir de (Urbina, D. 2005: 54)

El sistema de poblados en alto y cuevas artificiales documentado por Dionisio Urbina presenta una evidente vocación defensiva, y en ese sentido los criterios utilizados muestran unas características muy uniformes rotas tan sólo por la adaptación al relieve y por pequeñas variaciones sobre el mismo modelo. Éste consiste en la elección de una península o espolón con un istmo más o menos estrecho sobre el que se disponen las defensas principales: uno o más raramente dos fosos y una muralla denominada "de barrera", término aplicado a las fortificaciones estudiadas en Cataluña y que hace referencia a las murallas dispuestas en el istmo y que suelen ser de mayor entidad que las que rodean los asentamientos (Urbina, D. 2005: 46). Por desgracia, sólo ha sido excavado parcialmente uno de los asentamientos, Plaza de Moros, por lo que en el resto de casos la interpretación de las defensas se basa en el análisis de los restos visibles en superficie y a través de la fotografía aérea (figs. 6.1 y 6.18).

Plaza de Moros (Urbina, D. 2005; Urbina, D. y Urquijo, C. 2004; Urbina, D. *et al.* 2004, fig. 6.4) presenta dos fosos (algo poco común en la zona), el primero de ellos de 10 metros de ancho y una profundidad de al menos 4, localizado a 50 metros de la muralla. El segundo foso está localizado a 25 metros, tiene una anchura de 6 y un perfil en V con una profundidad de al menos 4 metros y paredes bien alisadas, seguido de una rampa de 2 metros de altura y una fuerte

pendiente que da paso a la muralla. Ésta estaría formada por dos torreones contruidos a base de dos paredes (exterior e interior) de mampostería de piedras locales (calizas y areniscas) unidas en seco, con un espacio interior de hasta 5,5 m. de ancho relleno con materiales de todo tipo (Urbina, D. *et al.* 2004: 157, fig. 6.4, 3, izda.). Adosadas a la muralla se disponen longitudinalmente una serie de habitaciones, una de las cuales presenta una escalera doble que daba acceso a ambos torreones (fig. 6.4, 4). En el resto del perímetro del asentamiento, las defensas son mucho menos impresionantes, algo lógico ya que el relieve es mucho más escarpado, y consisten en un muro de 1,2 metros de ancho en el que están trabadas unas pequeñas habitaciones cuadradas de 2,5 metros de lado contruidas con ladrillos de adobe. Estas habitaciones, que pudieron haber sido utilizadas como espacios de almacenaje (Urbina, D. y Urquijo, C. 2004: 83), formarían parte de la muralla, que alcanzaría así una anchura de casi 4 metros. Los resultados de las excavaciones han mostrado que las casas que se adosaban a la muralla se trababan con la misma (fig. 6.4, 3, dcha.), lo que implica que casas y muralla se contruyeron a la vez y que ésta última lo hizo por tramos definidos por el ancho de las casas. Ambas características nos hablan de un proyecto bien diseñado y con una gran planificación previa (Urbina, D. y Urquijo, C. 2004: 83), concebido y ejecutado probablemente desde uno de los poblados en llano como respuesta a una creciente inseguridad en la región (Urbina, D. *et al.* 2004: 160). De hecho, la transición entre uno y otro asentamiento pudo haber sido progresiva, con sólo parte de la población viviendo en el recinto amurallado hasta que la inestabilidad general aumentase tanto que aconsejase el traslado definitivo al recinto más protegido (Urbina, D. 2005: 64).

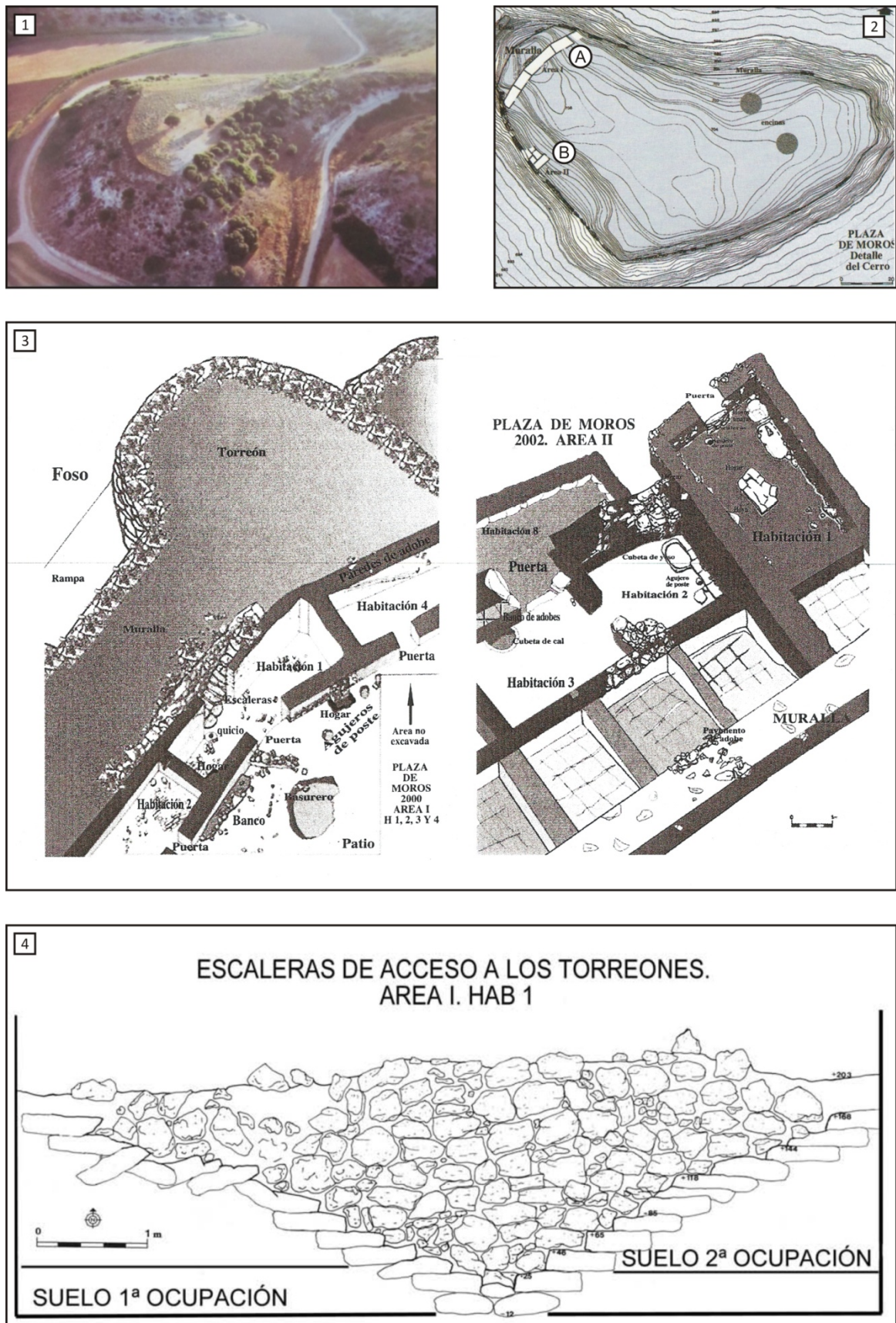


Figura 6.4: Plaza de Moros 1. Vista aérea del escarpe. 2 Localización de las dos áreas excavadas. 3 Áreas A (izquierda) y B (derecha). 4 Escaleras de acceso a los torreones

Las características de la muralla de Plaza de Moros no han podido confirmarse en otros lugares, debido a la ausencia de excavaciones y los procesos de colmatación de los fosos en aquellos sitios donde es posible el cultivo. Sin embargo, los restos documentados en prospecciones o fotografías aéreas parecen apuntar a la repetición con ligeras variantes de este modelo. Así, en Peña de la Muela se aprecia la barrera con dos posibles torres, aunque no se conserve el foso; en Valdajos, Alarilla o Castelar se documentan la barrera y un único foso, la combinación más frecuente en la Mesa de Ocaña, mientras que el caso de Valderretamoso sería similar al de Plaza de Moros, aunque en este caso podría existir una segunda línea de muralla (Urbina, D. 2005: 51). En otros casos en los que no hay istmo, la barrera alcanza los 100 metros de longitud, constituyendo una verdadera muralla reforzada por uno o dos fosos, como ocurre en Villapalomas (Urbina, D. 2005: 53).

Las características de estos sistemas defensivos de los asentamientos podrían resumirse en tres conceptos: sencillez, eficacia y economía de esfuerzos. Esta última se aprecia claramente en primer lugar en la elección del lugar del asentamiento y en el tipo de defensas elegido, puesto que como se ha remarcado en varias ocasiones (Urbina, D. 2005: 60), los fosos no sólo proporcionan una defensa adicional al asentamiento, sino que proveen de la materia prima necesaria para la erección de la barrera, agilizando el trabajo y evitando el desplazamiento a cerros cercanos para traer la piedra. En cuanto a la sencillez de la construcción, ésta es evidente, con métodos muy elementales - en ningún caso se han detectado sillares y las piedras están trabadas en seco - que descartan cualquier influencia externa en la aparición de este tipo de fortificaciones. Esta sencillez nos está hablando, indirectamente, del tipo de conflicto para el que se concibieron estas defensas, que evidentemente no tenían ninguna posibilidad de resistir a un asedio realizado por un ejército profesional como el romano o el cartaginés. Su construcción debió estar relacionada con otro tipo de conflicto de menor intensidad basado en acciones dirigidas no tanto a la destrucción del poblado como al saqueo, un tipo de actividad que debió caracterizar la mayoría de los enfrentamientos en el mundo prerromano (Quesada, F. 2001). El objetivo sería por tanto la protección de los bienes y de las personas frente a razias de otros grupos, y para esta misión este tipo de fortificaciones era más que suficiente. En un contexto de igualdad tecnológica en las armas ofensivas, las defensas construidas, aun sencillas, y la cuidadosa elección del relieve suponen un obstáculo muy difícil de superar. El asalto de uno de estos asentamientos supondría para el atacante un esfuerzo en tiempo y hombres que haría poco rentable el ataque incluso si se conquistara finalmente el recinto (Urbina, D. 2005: 61). Los recintos amurallados serían por tanto la expresión de un tipo de inseguridad asociada no a la presencia de potencias militares como Cartago o Roma, sino a un clima de tensión bien interno, bien relacionado con ataques de otros grupos vecinos, pero en cualquier caso generada en un contexto exclusivamente indígena.

Cronológicamente, el conjunto de los materiales localizados en las prospecciones y los datos procedentes de los escasos yacimientos amurallados excavados muestra un horizonte de la segunda mitad del siglo IV a.C. (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 106), pero se desconoce si los asentamientos en llano coexisten durante un tiempo con los recintos amurallados o no (Urbina, D. 1997: 552). Esta cronología de mediados del siglo IV a.C. podría llevar a pensar en un posible paralelismo con la denominada "crisis del siglo IV a.C." detectada en el mundo ibérico, pero todos los datos documentados en la Mesa de Ocaña parecen contradecir la existencia de un

mundo aristocrático cuya expresión sería una clara jerarquización territorial. En este sentido, el modelo documentado en el valle del Tajo parece asemejarse más a áreas periféricas al mundo ibérico (Urbina, D. 2000: 229). Para la aparición de los recintos fortificados de la Mesa de Ocaña, Urbina propone una relación directa entre las consecuencias de la sedentarización de las poblaciones, la llegada de técnicas y conocimientos procedentes del Mediterráneo y la posibilidad de incrementar la producción y el almacenamiento de excedentes (Urbina, D. 2000: 230), con los resultados ya estudiados en el capítulo anterior. Esta creciente riqueza en cereales y ganado provocaría tensiones crecientes que aconsejarían la fortificación de los hábitats, que se construirían en las cercanías de los asentamientos en llano, y la construcción de cuevas como refugio y granero. Para estos asentamientos y apoyado en paralelos etnográficos del Norte de África, Urbina propone una función de graneros fortificados en los que se refugiaría la población en momentos de peligro y donde se guardarían los bienes más preciados frente a posibles golpes de mano de grupos enemigos (Urbina, D. 2000: 231). Progresivamente, la población de los asentamientos en llano acabó por trasladarse a los poblados amurallados, que serían el tipo de poblamiento más característico de la zona en el momento de la conquista romana. Dada la falta de excavaciones, no queda claro si algunos yacimientos en llano de la Mesa de Ocaña pudieron seguir ocupados de manera simultánea a los poblados fortificados incluso durante el conflictivo último tercio del siglo III a.C., aunque se han propuesto algunos casos. Del mismo modo, no todos los poblados tuvieron que obedecer a los mismos problemas: algunos pudieron construirse como respuesta a la presencia cartaginesa y romana en la región a partir del 221 a.C. (Urbina, D. 2000: 234).

Con todo y como hemos dicho, los recintos fortificados obedecerían a causas estrictamente indígenas. En este sentido, es interesante recordar las continuas alusiones en los textos romanos a situaciones de bandidaje y expediciones en busca de botín y prestigio de las diferentes tribus del interior de la Meseta, y las alusiones a la riqueza cerealística de la región del valle medio del Tajo (Urbina, D. 2000: 232). El crecimiento generalizado de la población haría que aparecieran las bandas de jóvenes sin recursos citadas por las fuentes clásicas, que en un territorio cada vez más limitado tratarían de establecerse en zonas potencialmente más vulnerables. Estas bandas intentarían dar golpes de mano para robar ganado, grano u otros recursos, aunque es poco probable que estas acciones derivaran en ataques directos a los recintos fortificados ya que sin el efecto sorpresa las posibilidades de tomar uno de estos asentamientos eran mínimas. De hecho, Urbina propone (2000: 233) que estos enfrentamientos tendrían un fuerte componente de prestigio y de demostración de destreza y valor guerreros, sin que en general conllevaran la destrucción del asentamiento incluso en los casos en que éste fuera tomado. Los poblados fortificados serían así la expresión de un tipo de lucha característica de sociedades no jerarquizadas, basadas en el rango. Otra cara de este desarraigo de jóvenes en las sociedades prerromanas, también fue documentada por los autores clásicos es el mercenariado en los ejércitos mediterráneos, que desde el siglo IV a.C. constituía otra de las salidas para estos grupos (Urbina, D. 2000: 233).

Para Urbina, los grupos de asaltantes que motivaron la aparición de las fortificaciones de la Mesa de Ocaña debieron proceder de zonas alejadas, ya que con los grupos cercanos debería haber un mínimo entendimiento para garantizar la subsistencia (Urbina, D. 2000: 234). El autor propone como zonas más probable de origen los grupos celtibéricos, entendidos como los

habitantes de las regiones montañosas interiores de Cuenca, Guadalajara y Teruel, zonas mucho más pobres que el valle medio del Tajo y que promoverían actividades como el saqueo y las razias para compensar la escasez de recursos. Otro de los grupos propuestos por Dionisio Urbina serían los lusitanos, asociados tradicionalmente a este tipo de vida. Posteriormente (Urbina, D. 2007: 214; Urbina, D. y Morín, J. 2005: 108, 111) esta propuesta ha sido modificada para admitir un componente de tensión interna relacionada con la aparición de las primeras aristocracias de la región asociado a la lucha por el control de los excedentes y de los objetos importados.

A finales del siglo III a.C., la creciente injerencia de cartagineses primero y romanos después afectó directamente a las poblaciones de la región. En este caso, se produce un claro desequilibrio entre la mentalidad militar de las potencias que ocupan la región y su estrategia de conquista y destrucción de asentamientos y el sistema defensivo anterior, que no tenía ninguna posibilidad de resistir a esta nueva amenaza. Las actividades de los cartagineses, que incluirían el reclutamiento forzoso de mercenarios, el tráfico de esclavos, la requisa de grano y otros productos y las expediciones de castigo se unirían a los conflictos internos para favorecer el crecimiento de algunos de los recintos fortificados y la aparición de otros nuevos, como el Cerro del Gollino, Sotomayor o Fosos de Bayona, en general más grandes y tardíos que los recintos fortificados de la Mesa de Ocaña originales (Urbina, D. 2000: 234). Finalmente, la conquista romana que analizaremos en el siguiente capítulo supondría la remodelación completa del sistema de poblamiento de la región, que registraría por primera vez una jerarquización del territorio dentro de unos patrones completamente diferentes a los de la sociedad anterior (Urbina, D. 2000: 240). Esta romanización como veremos, fue tardía, y no será hasta el cambio de era cuando la región se integre dentro de la óptica romana (Urbina, D. y Morín, J. 2005).

Aun con las carencias que el mismo autor admite en su trabajo, como pueden ser la escasez de excavaciones en los poblados de situados en llano; el trabajo de Dionisio Urbina tiene tres grandes virtudes: la primera de ellas es la capacidad de integración de los escasos datos de que disponía entonces para ofrecer una interpretación coherente de los procesos históricos que se desarrollaron en la Mesa de Ocaña. La segunda es, por primera vez, el trabajo sistemático sobre un área y un periodo cronológicos bien delimitados que permiten alcanzar un grado de detalle y análisis desconocido hasta el momento y que desmontó algunas asunciones apriorísticas como la que relacionaba asentamientos fortificados con control visual. Finalmente, hay que destacar su intención generalizadora, puesto que pese a que el análisis espacial se circunscribe a la Mesa de Ocaña, en ningún momento renuncia a la inclusión de esta zona dentro de las tendencias generales del valle medio del Tajo. Antes bien, podría decirse que el trabajo de Dionisio Urbina en la Mesa de Ocaña ha servido en gran medida para estructurar la Segunda Edad del Hierro en la región.

El resultado de la unión de estas virtudes ha sido que, casi quince años después de la defensa de su tesis doctoral y pese al crecimiento exponencial de la información disponible gracias a las excavaciones realizadas por la arqueología de gestión y, en menor medida por las instituciones, las propuestas de Dionisio Urbina para la Mesa de Ocaña no sólo no han sido refutadas sino que han sido progresivamente reforzadas por el conjunto de datos que han ido apareciendo, hasta el punto de que el eje central de su trabajo puede ser aceptado como una interpretación válida para sintetizar la evolución del poblamiento en el valle medio del Tajo y los procesos históricos a él asociados. Muchos de los yacimientos descubiertos posteriormente han sido ya incluidos en

algunos de los trabajos del mismo Urbina o incluso han sido localizados por él, pero creemos necesario tratar de sintetizar una información que crece continuamente y que además presenta ligeras diferencias según la zona.

En este sentido, parece lógico que uno de los sitios en los que se debería reproducir el modelo de poblamiento defendido por el autor es en la margen derecha del río Tajo, justo enfrente de la Mesa de Ocaña y con unas características muy similares a las de esta, ya que esta margen es parte de hecho de otra mesa (la de Chinchón) de menor extensión pero por lo demás idéntica a la de Ocaña. Asimismo y dado que el trabajo de Dionisio Urbina se circunscribió a aquellos yacimientos de la Mesa de Ocaña situados en la provincia de Toledo, algunos yacimientos que geográficamente se encuentran en la Mesa pero pertenecen administrativamente a la Comunidad de Madrid, como el de Alharilla en Fuentidueña de Tajo quedaron fuera del análisis - aunque fueran localizados por el autor (Urbina, D. 2005: 45). Pese a que estos yacimientos no han sido incluidos en el análisis espacial de su tesis doctoral, su cercanía y el interés del autor han hecho que vaya apareciendo información de manera progresiva (Urbina, D. 2000: 221-222, 2002a; 2005, 2007; Urbina, D. y Morín, J. 2005) integrados dentro de su propuesta. Del mismo modo, la arqueología de gestión ha ido aportando datos de algunas excavaciones como las realizadas en los yacimientos de La Cuadrá (ARTRA, S. L. 2010) y Mojón de Valdezarza (Pérez, D. y Bueno, M. 2007b), ambos en llano y en la vega del Tajo. Asimismo, en el especial dedicado a la Carpetania se han publicado el primer artículo científico (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a) sobre el asentamiento amurallado de Santa María, situado en el interior de la mesa y sobre el que hasta hace poco tan sólo disponíamos de información muy parcial (Pérez, D. y Bueno, M. 2002). Finalmente, los datos disponibles en la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid para la Edad del Hierro, que fueron recopilados íntegramente entre 2006 y 2007 como parte de esta tesis doctoral, y los datos ofrecidos en el Anuario de Actuaciones Arqueológicas y Paleontológicas de la Comunidad de Madrid (2010) han aportado nueva información para tratar de comprender mejor las dinámicas de ocupación del territorio y sus posibles paralelismos con los procesos observados en la Mesa de Ocaña.

Según Dionisio Urbina, el proceso de amurallamiento de las poblaciones del valle medio del Tajo es extrapolable al sur de la Comunidad de Madrid, donde se conocerían al menos ocho recintos de este tipo entre los valles del Tajo y del Tajuña (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 109). Entre los yacimientos localizados (fig. 6.5) en la margen derecha del Tajo cita Arroyo de los Castrejones y Colmenar de Oreja en ese municipio, el Cerro de la Horca y Alharilla en Fuentidueña de Tajo, y Cárcava en Villarejo de Salvanés, todos ellos con un foso. A éstos yacimientos habría que añadirse Santa María, situado en el interior de la mesa y con unas características algo diferentes del resto que analizaremos posteriormente. Del análisis de la Carta Arqueológica se podría deducir la existencia de otros dos asentamientos de este tipo, Soto del Morral (Fuentidueña de Tajo) y Cerro del Manrojo (Estremera). El primero se sitúa en un cerro sobre el río Tajo junto al Barranco de las Higueras, y a su lado se ha localizado una cueva de difícil acceso, una asociación que como hemos visto se relaciona recurrentemente a los recintos amurallados estudiados en la Mesa de Ocaña. En el caso del Cerro del Manrojo, el yacimiento se sitúa en un cerro amesetado dominante sobre el río Tajo y aunque en la redacción de la Carta Arqueológica (Fernández, M. J. *et al.* 1993) no se documentaron estructuras es catalogado como amurallado por D. Urbina (2007: 207).

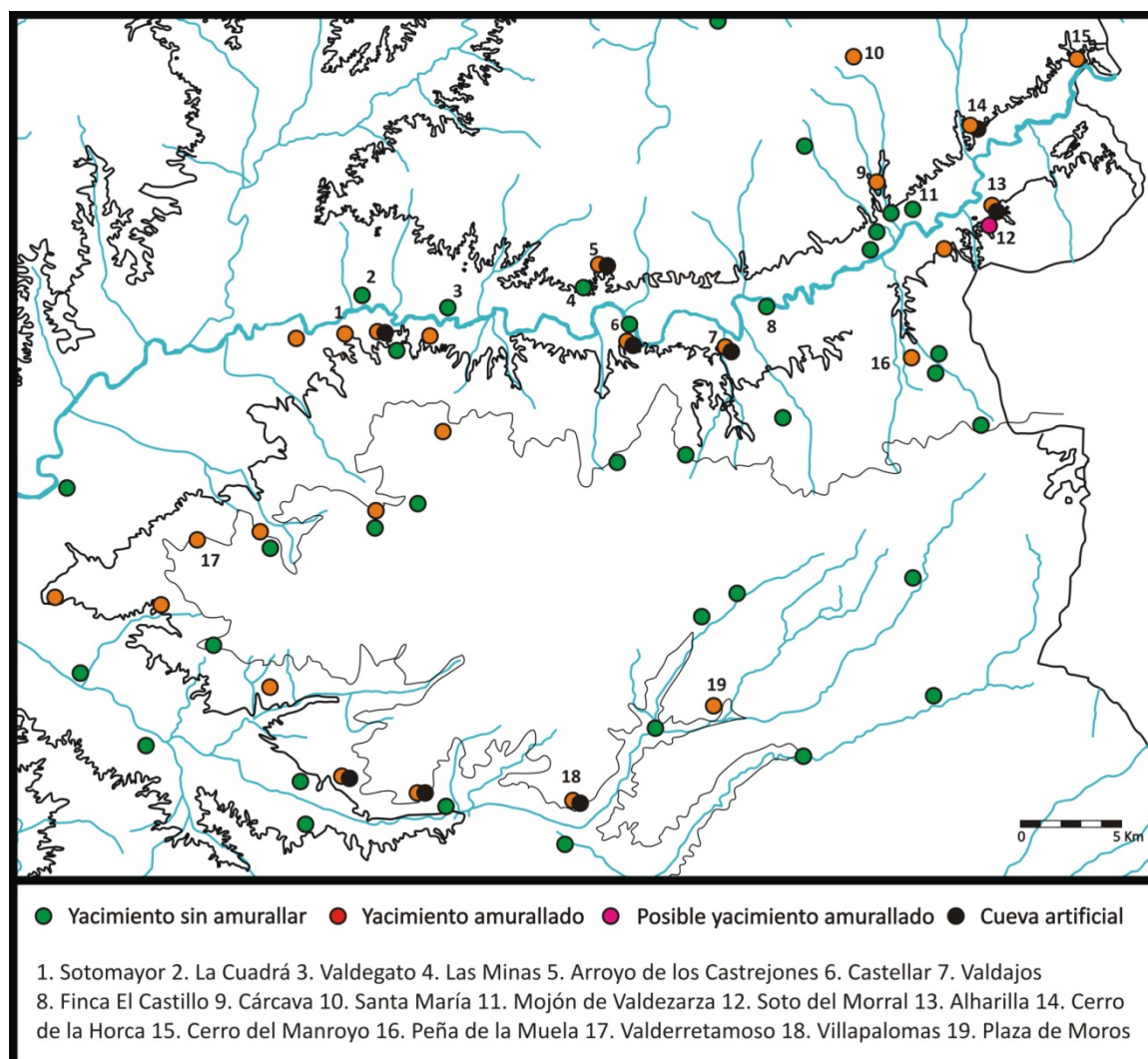


Figura 6.5: distribución del poblamiento en torno a la Mesa de Ocaña

Los datos de que disponemos para analizar estos yacimientos son menos exhaustivos que los de la Mesa de Ocaña, pero todos parecen apuntar a una coincidencia casi absoluta con los parámetros allí definidos. Los mejor conocidos, como Arroyo de los Castrejones, estudiado junto a las cuevas asociadas por Urbina (2002a) se localizan en un espolón sobre la vega, con un foso de más de 50 metros, un ancho de 5 y una profundidad de al menos 2,5 m. y la correspondiente muralla. El caso de Alharilla presenta dimensiones muy similares, con una muralla que debió superar los 3 metros de altura y un foso con un ancho de 4-6 m. (Urbina, D. 2005: 51), y en el resto de asentamientos en los que se ha detectado un foso debemos asumir que también tuvieron barreras asociadas, puesto que ambos forman parte de la misma concepción defensiva y se construyen de manera simultánea. Como habitual se sitúan sobre espolones situados sobre la vega, buscando los sitios más propicios para la defensa y la economía de esfuerzo dentro de esa búsqueda de protección. En cuanto a las dimensiones de los asentamientos, Cerro de la Horca y Cárcava tendrían unos 3000 m² (Urbina, D. 2005: 53) mientras que Arroyo de los Castrejones superaría las 3,5 Ha (Urbina, D. 2002a: 96). Para Cerro de Manrojo, Cerro de la Horca y Alharilla las dimensiones serían de unas 6 Ha de media, siendo los yacimientos más grandes de la margen derecha del Tajo (Urbina, D. 2007: 207). Como puede apreciarse, la margen derecha del río Tajo presenta un panorama muy similar al de la margen opuesta, algo lógico si consideramos que se encuentran distantes tan sólo unos 2,5 km. y que constituyen una

unidad geográfica, además de compartir características topográficas y geológicas muy similares. Estas características geológicas hacen posible la existencia de otro fenómeno asociado a la aparición de los recintos amurallados y al clima de inseguridad que representan: la presencia de cuevas excavadas en los frentes de escarpe sobre el río. La mayoría de estas cuevas son conocidas por el artículo de Dionisio Urbina que estudia algunas de las cuevas más importantes de los valles del Tajo y del Tajuña (2002a), otras han sido localizadas en las Cartas Arqueológicas y algunas, como las del valle del Tajuña, eran conocidas desde muy antiguo, como ya hemos comentado arriba.

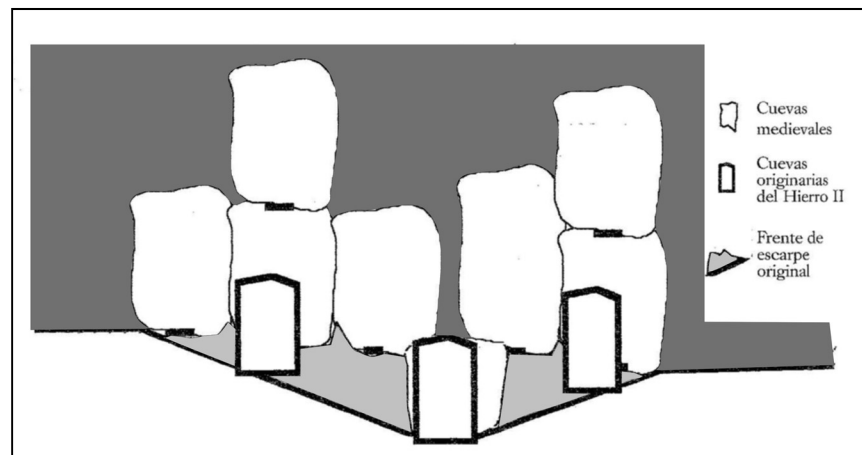


Figura 6.6: conjunto de cuevas artificiales localizadas en el Arroyo de Castrejones. A partir de (Urbina, D. 2002a)

En el caso de aquellas localizadas en el valle medio del Tajo, las más importantes son sin duda las asociadas a Arroyo de Castrejones, un conjunto de cinco cuevas alargadas o de tendencia cuadrada y con características

muy similares a las documentadas en la margen izquierda: excavadas en los materiales más duros, con las entradas redondeadas en la parte superior a modo de arcos y una superficie total en torno a los 20 m² (Urbina, D. 2002a: 96). Junto a este conjunto se detectaron otros dos grupos de cuevas completamente destruidas por la erosión de los frentes de escarpe, hasta el punto de que sólo se conserva la parte posterior de las habitaciones. En el mismo término de Colmenar de Oreja se han detectado otros conjuntos en la confluencia de los arroyos de Mingorrubio y la Estacada, con algunas de las entradas camufladas para que no fueran visibles desde la vega del río (Urbina, D. 2002a: 100). Cronológicamente, los restos localizados al pie de las cuevas podrían indicar un horizonte que comenzaría a finales del siglo IV a.C. y que se prolongaría hasta época romana, como parecen apuntar no sólo los materiales recogidos sino la evidencia de reacondicionamientos en las mismas, quedando pocos restos de las cuevas originales de la Segunda Edad del Hierro (2002a: 105). En cuanto a su interpretación, aunque se plantean diferentes posibilidades (viviendas, granero/ refugio, santuarios), la apuesta de Urbina es idéntica a la formulada en su tesis, a favor de su uso como lugares de refugio o almacén basándose en su pequeño tamaño, sus características estructurales, su posición topográfica (2002a: 108) y su reiterada asociación a recintos amurallados. El esquema de asociación entre cuevas y yacimiento amurallado se repite en Fuentidueña de Tajo, donde se sitúan al lado del espolón del Cerro de la Horca (Urbina, D. 1997: 563), y podría corresponder al yacimiento de Soto del Morral, en ese mismo término, aunque en este caso la información procede de la Carta Arqueológica y no hace referencia a fortificaciones, aunque sí a la posición del asentamiento en alto (Benito, J. E. 1994).

Finalmente, queremos hacer referencia al único de los asentamientos amurallados excavado en la zona: Santa María, en Villarejo de Salvanés. Es el único de los asentamientos de este tipo que

no se sitúa sobre la vega del río Tajo, sino unos dos kilómetros hacia el interior de la mesa, en una colina amesetada de forma alargada y unos 5500 m² de superficie delimitada por dos barrancos que desembocan en el pequeño valle del arroyo de San Pedro, sobre el que el asentamiento se sitúa con una altura de 40-70 metros. A unos 400 metros de distancia se sitúa la necrópolis. Sin tratarse de un espolón propiamente dicho, el yacimiento se situaría sobre un saliente de la meseta aprovechando la existencia de dos barrancos que dificultarían el acceso desde el este y el oeste (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 327).



Figura 6.7: muralla de Santa María (Villarejo de Salván), donde se aprecia perfectamente la técnica del *emplecton*. Fotografía tomada de www.carlosalvaro.com

En el asentamiento no se han detectado fosos – aunque no se descarte su presencia (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 332) – pero sí dos líneas de murallas cuyas técnicas constructivas tienen paralelos directos en las documentadas en Plaza de Moros repitiéndose el adosado de habitaciones a la muralla, concibiendo ambas edificaciones como un todo y construyéndolas de manera simultánea. También se repite el uso de

la técnica del *emplecton* (figura 6.7), consistente en la construcción de dos muros paralelos rellenos de piedras, cascotes y tierra apisonada y que en la

harían que la muralla exterior de Santa María superara los 2 metros de ancho (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a). Como hemos dicho, estas dos técnicas se documentan en Plaza de Moros (Urbina, D. *et al.* 2004) y podrían servir para establecer un horizonte común en este tipo de yacimientos y para matizar la supuesta influencia mediterránea en este tipo de fortificaciones que defienden los excavadores de Santa María (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 331) y que en Plaza de Moros parece tener un origen estrictamente indígena (Urbina, D. 2005: 66). No se han documentado en Villarejo de Salván torreones como los de Plaza de Moros, aunque la superficie de la muralla excavada es pequeña, pero sí otros recursos defensivos como el estrechamiento de la calle en la entrada al recinto (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 332). Por lo demás, y aunque la extensión excavada no es muy grande (fig. 6.8), parece apreciarse un esquema en forma de calle central característico de los asentamientos fortificados y que vemos claramente en el yacimiento de La Gavia, excavado en su totalidad (Morín, J. *et al.* 2007). En el caso de Santa María, la calle estaba empedrada con piedras pequeñas, dispuestas sobre un suelo de tierra batida y apisonada (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 329).



Figura 6.8: planimetría del yacimiento de Santa María (Villarejo de Salvanes). A partir de (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a)

Aunque Santa María parece corresponder al modelo de recintos amurallados, lo cierto es que presenta algunas diferencias significativas respecto de los procesos detectados en la Mesa de Ocaña. La más significativa de todas ellas es sin duda su larga secuencia de ocupación, que abarca desde la Primera Edad del Hierro hasta la época romana, algo que contradice lo detectado en la inmensa mayoría de asentamientos fortificados donde en ningún caso se documentó ocupación de la Primera Edad del Hierro y en muy pocos casos ocupación romana. En la propuesta de Dionisio Urbina, los asentamientos en llano son los que reproducen la ocupación anterior de la Primera Edad del Hierro, y los que a partir del siglo IV a.C. se trasladan a lugares más protegidos que además fortifican. Cierto es que Urbina no excluye la coexistencia de yacimientos en llano, pero en ningún otro yacimiento fortificado conocido se da la continuidad documentada en Santa María. Cierto es que su posición topográfica es ambigua, ya que realmente se sitúa en llano pero las características de la zona permiten, en caso de necesidad, una fortificación adecuada de la zona del asentamiento. Tendríamos así un yacimiento híbrido, cuya localización permitió a la población adaptarse a una situación de inestabilidad pese a encontrarse en una zona que no era óptima defensivamente hablando.

La segunda diferencia notable es la existencia de una doble línea de murallas, interpretada como respuesta a la expansión del asentamiento provocada por el crecimiento demográfico y al interés del control de la cabecera del arroyo de San Pedro (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 329-330), una de las pocas fuentes permanentes de agua de la zona. Por los datos de que disponemos, tan sólo en el yacimiento de Fosos de Bayona (Huete, Cuenca) se ha detectado un esquema similar, aunque ambos asentamientos no tienen nada que ver, ni en cronología, ni en las técnicas constructivas de las murallas, ni en la extensión de la superficie ocupada, mucho mayor en el yacimiento conquense. Por otra parte, hay evidencias de que en las cercanías de los poblados se situaban pequeños caseríos asociados a actividades industriales o de habitación, como ocurre en el caso de La Gavia (Morín, J. *et al.* 2007: 347), por lo que no sería extraño que

fuese necesaria una expansión de las murallas en un momento dado, tanto más cuando la extensión total del asentamiento, incluida esa expansión, es de poco más de media hectárea.

Así pues, y dejando de lado las características específicas de cada uno de los yacimientos derivadas de su posición geográfica y del entorno inmediato, parece que el patrón de asentamientos propuesto por Dionisio Urbina se mantiene en la margen derecha del Tajo. Cronológicamente, los datos de que disponemos parecen apoyar esa afirmación. Si los asentamientos fortificados de esta zona obedecen a las mismas causas que los situados en la Mesa de Ocaña, el momento de aparición debería ser similar. Por desgracia, el único yacimiento de este tipo excavado - Santa María - es precisamente la excepción, siendo a la vez el único que no se sitúa directamente sobre la vega. Respecto del resto la información es escasa, entresacada de los datos de la Carta Arqueológica, pero significativa: seis de los siete asentamientos presentan ocupación sólo durante la Segunda Edad del Hierro, algo que constituye una seña de identidad en los asentamientos en alto de la Mesa de Ocaña. Tan sólo se sale de la norma Alharilla, que presenta ocupación posterior romana, aunque como hemos dicho esta situación podía darse de manera excepcional. Por supuesto, a partir de los escasos datos disponibles no podemos afirmar que esta ocupación no se iniciase antes de mediados del siglo IV a.C., fecha propuesta para los yacimientos de la Mesa de Ocaña, pero no parece plausible que existiera una gran diferencia en las dinámicas de yacimientos situados a una distancia de 2-3 kilómetros, por mucho que los separase el río Tajo. Para tratar de afinar un poco la cronología de estos yacimientos, hay que analizar la segunda pata del sistema propuesto por Urbina: los asentamientos en llano.

Como ocurre en la Mesa de Ocaña, estos asentamientos son ligeramente más numerosos que los amurallados, habiéndose localizado una docena hasta ahora, casi todos en las terrazas inmediatas al río. Como en el caso de aquellos estudiados en la Mesa de Ocaña, son más difíciles de descubrir y de definir, especialmente en aspectos como su superficie o tipo de estructuras, pero contamos con algunos datos disponibles a través de las fichas de la Carta Arqueológica, de los trabajos de Dionisio Urbina y de la información procedente de dos yacimientos excavados en la zona: La Cuadrá y Mojón de Valdezarza. Vamos a valorar principalmente tres elementos: los datos procedentes de la cultura material, la continuidad o no de la ocupación en la etapa anterior o en el periodo romano y las posibles relaciones espaciales con asentamientos amurallados, una de las claves del sistema propuesto para la Mesa de Ocaña.

De estos tres puntos de partida, el de la continuidad o no de los asentamientos es quizá el que puede aportar más evidencias. Según la propuesta de Urbina, muchos de los yacimientos de la Segunda Edad del Hierro situados en llano y datados a finales del siglo V a.C. o comienzos del siglo IV a.C. se localizaban encima de los asentamientos de la Primera Edad del Hierro, puesto que de hecho - y como hemos visto en el capítulo anterior - son básicamente los mismos asentamientos que han modificado algunos aspectos (muy visibles, eso sí) de su cultura material. Por supuesto, no todos los asentamientos en llano se sitúan sobre ocupaciones anteriores, puesto que la intensificación agraria y el crecimiento demográfico que Urbina propone para estos momentos y que nosotros hemos constatado en otras áreas propiciarían la aparición de poblados *ex novo*. El otro momento en el que volverían a aparecer los asentamientos en llano sería a partir de la conquista romana, cuando se modificarán las condiciones que provocaron la aparición de los recintos fortificados que, de hecho, constituyen un paréntesis de unos dos siglos

en las pautas de ocupación de la región durante la Edad del Hierro. Éste era el caso de la Mesa de Ocaña, y parece haber sido el caso de la margen derecha del Tajo, donde cuatro de los once asentamientos que presentan ocupación en la Primera Edad del Hierro y otros cuatro contruidos *ex novo* fueron habitados en época romana.

Respecto de los primeros, el número puede parecer algo escaso, pero hay que tener en cuenta la dificultad para asignar cronologías a las cerámicas a mano a menos que presenten una decoración muy específica, además de que estos asentamientos a menudo están ocultos bajo los mucho más evidentes yacimientos de la Segunda Edad del Hierro, en los que la cerámica ibérica a torno es fácilmente identificable. La parquedad de los informes redactados para las cartas arqueológicas tampoco ayuda a definir con propiedad las cronologías. El único yacimiento excavado, La Cuadrá, en el término de Villarejo de Salvanés, presenta una fase de la Primera Edad del Hierro bastante antigua en la que destaca una figura antropomorfa incisa similar a la de Camino de las Cárcavas, mientras que la ocupación de la Segunda Edad del Hierro es poco clara,



Figura 6.9: pie de ánfora localizado en el yacimiento de La Cuadrá (Villarejo de Salvanés). Fotografía ARTRA S.L.

consistente sobre todo en estructuras excavadas en el subsuelo y sin que se hayan documentado edificios contruidos en materiales no perecederos (ARTRA, S. L. 2010: 33-37). Los materiales no son concluyentes, consistentes en tinajillas con borde de pico de ánade, ollas molduradas de almacenamiento, bases convexas y cuencos de paredes rectas. Las decoraciones son bastante variadas, ya que junto a jaspeados y pintura de líneas se han documentado otras decoraciones más complejas incluyendo algunas piezas bícromas con banda roja y filetes negros y círculos concéntricos asociados a melenas. Con todas las dudas debido a lo escaso del área excavado, consideramos que el yacimiento debería ser considerado más bien tardío,

basándonos en algunas evidencias como la bicromía o la presencia de algunas piezas como un pivote de ánfora de clara procedencia romana (figura 6.9). Esta adscripción tardía de algunos yacimientos se confirma en el caso de la Finca El Castillo, en Villamanrique de Tajo, donde se detectó un fragmento de cerámica campaniense durante la prospección realizada para la realización de la Carta Arqueológica (Martín, A. 1989), o en el yacimiento de Mojón de Valdezarza (Pérez, D. y Bueno, M. 2007b), donde la presencia de *sigillatas*, tejas y vidrio ha hecho a sus autores proponer una cronología de los siglos III-II a.C. para este yacimiento, que tampoco presenta estructuras contruidas en piedra a excepción de un horno de función indeterminada (Pérez, D. y Bueno, M. 2007b: 403). Otros yacimientos en llano con ocupación romana son Valdegato y Las Minas, ambos en Colmenar de Oreja. Este yacimiento ya fue estudiado por Dionisio Urbina en relación al asentamiento de Arroyo de los Castrejones, y en él, además de cerámicas características de la Segunda Edad del Hierro, se documentaron *sigillatas* romanas, una de las cuales presentaba un grafito con caracteres ibéricos (Urbina, D. 2002a: 96), (fig. 6.10).

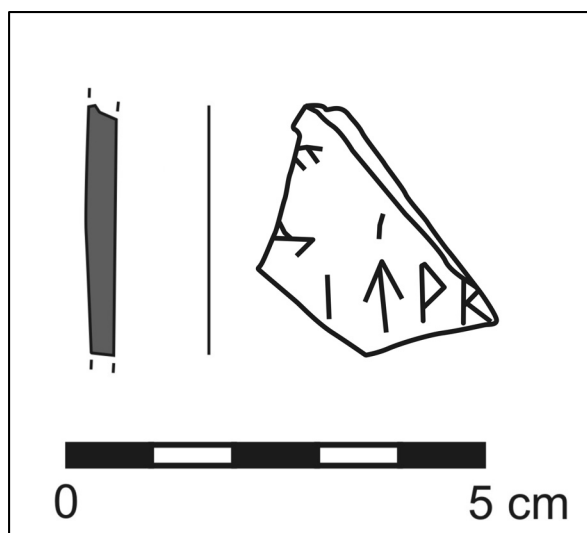


Figura 6.10: grafito en alfabeto ibérico localizada en Arroyo de los Castrejones. A partir de (Urbina, D. 2002a)

continuidad desde la Primera Edad del Hierro en los yacimientos situados en llano, fundación *ex novo* de los asentamientos amurallados y abandono en época romana, donde parece que el poblamiento se desplaza de nuevo al llano. Esta propuesta no estaría en contra - como no lo estaba en el modelo de Urbina - de que en algunos momentos coexistieran algunos de los asentamientos. La dinámica general, sin embargo, parece haber sido muy similar si no idéntica a la de la Mesa de Ocaña.

En aquellos yacimientos mejor estudiados, sí es posible valorar las posibles relaciones entre asentamientos en llano y amurallados, que como hemos visto en la Mesa de Ocaña se habían establecido de manera bastante precisa y habían llevado a proponer una asociación de yacimientos en binomios, en la que cada yacimiento en alto sería planificado y construido desde el llano. Esta asociación es muy clara en los yacimientos de Arroyo de los Castrejones y Las Minas, situado uno encima del otro, y también podría darse con alguno de los asentamientos en llano localizados en Villarejo de Salvanés (Finca El Castillo, Valdepardillo o Valdezarza) respecto del yacimiento amurallado de Cárcava. Lo que sí está claro es que no existen correlaciones entre asentamientos situados a ambos lados de río, caso que sólo se documenta entre Castrejones y Castellar (Urbina, D. 2007: 208) y quizá entre Alharilla y Cerro de la Horca en Fuentidueña de Tajo. Como en el caso de la Mesa de Ocaña, son los accidentes topográficos los que condicionan la localización de los asentamientos, y no condicionantes geoestratégicos o políticos.

Todos los datos expuestos, aun parciales, apuntan a una situación idéntica en ambas márgenes del río Tajo, al menos en la zona analizada que mantiene unas características geográficas muy similares. A partir del siglo IV a.C. se produciría una transformación del hábitat que obedecería a una situación de mayor inseguridad y que se traduciría en la construcción *ex novo* de asentamientos fortificados y situados en alto, sin que se detecten evidencias de jerarquización entre ellos. La principal excepción la constituiría el asentamiento de Santa María, que parece estar habitado durante toda la Edad del Hierro y en época romana. Como en el caso de la Mesa de Ocaña, parece que los cambios obedecen a causas estrictamente internas en el mundo indígena.

6.2.2. El resto del valle medio del Tajo

¿Hasta qué punto se cumple el modelo propuesto por Dionisio Urbina en el resto de zonas del valle medio del Tajo? En la otra vertiente de la Mesa de Chinchón, la que da al valle del Tajuña, la situación parece muy similar. En este valle contamos con la información publicada como resultado de la prospección intensiva realizada para la confección de la Carta Arqueológica a comienzos de los 90 (Rosa, R. de la y Almagro, M. 1991; Almagro, M. y Benito, J. E. 1993, 1994a, 1994b, 2007), algunas noticias de hallazgos aislados (Valiente, S. y Rubio, I. 1985), además de información procedente de noticias más antiguas y centrada sobre todo en las cuevas que caracterizan el curso de este río (Catalina, J. 1891; Pérez, J. 1943; Urbina, D. 2002a).

Las prospecciones dirigidas a la realización de la Carta Arqueológica realizados por Martín Almagro y José Enrique Benito detectaron un total de 16 yacimientos de la Segunda Edad del Hierro, distribuidos de manera muy desigual porque en los términos de Ambite y Orusco no se localizó ningún yacimiento de este periodo mientras que éstos son relativamente abundantes en el tramo central del río. Esta diferencia podría estar debida simplemente a la topografía del valle, ya que en esos términos el río está aún muy encajado y el potencial agrícola es mucho menor. En los municipios cercanos a la confluencia con el río Jarama la prospección tan sólo documentó dos yacimientos al norte del término municipal de Chinchón, dato que sorprende si tenemos en cuenta el gran número de yacimientos existentes en la citada confluencia, río abajo. Finalmente, en la zona superior del cauce del arroyo de la Vega sí se han detectado varios asentamientos a través de la Carta Arqueológica. En total, se han documentado un total de 23 asentamientos con ocupación de la Segunda Edad del Hierro.

De éstos, sorprende el escaso número de asentamientos amurallados localizados en el valle. En las prospecciones realizadas en los años 90 tan sólo se documentaron dos, ambos de tamaño muy pequeño. Se trata de Dehesa Carnicera (Morata de Tajuña), un pequeño asentamiento de 0,7 Ha localizado en la confluencia de dos arroyos y del que se ha documentado una muralla que conserva en algunos tramos casi un metro de altura, y el minúsculo yacimiento de Valdecobatillas (Carabaña), de tan sólo 0,2 Ha de extensión, situado en un espolón de 60 metros de largo y un lienzo de muralla en su lado norte que alcanza los dos metros de altura en algunos tramos del recorrido. Esta escasez de asentamientos fortificados sorprende, tanto más cuando en las cercanías del asentamiento de Valdilecha, localizado en un arroyo secundario, se han localizado dos yacimientos de este tipo - Arenal/ Majadal y El Castillejo - muy cercano uno del otro. El primero es muy pequeño (apenas 0,5 Ha), localizado en un farallón en el que se ha documentado un foso en su lado norte, pero el segundo es un asentamiento mucho mayor, con una muralla de unos 100 metros y una estructura rectangular interpretada como un posible torreón, aunque sus grandes dimensiones (12 x 18 metros) hacen dudosa esta afirmación.

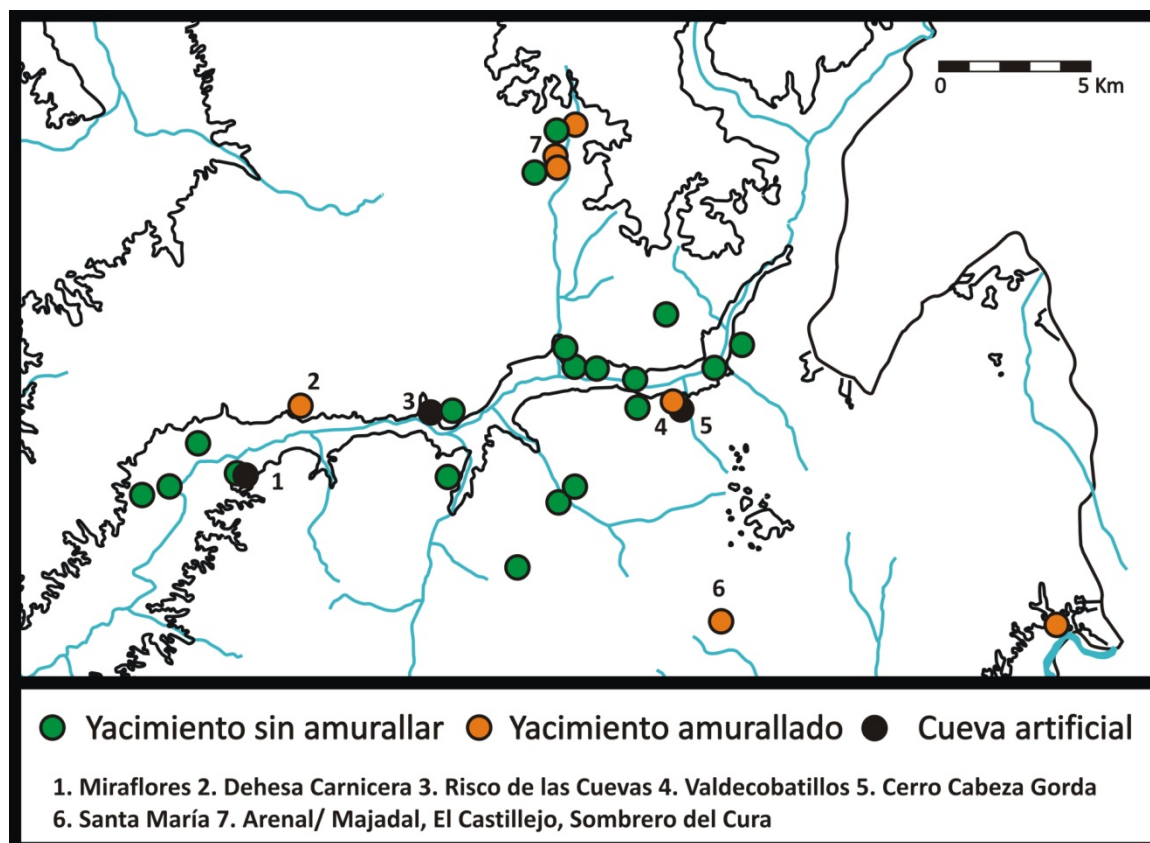


Figura 6.11: distribución de yacimientos de la segunda Edad del Hierro en el valle del Tajuña

Esta escasez de asentamientos amurallados ya fue destacada en las publicaciones que analizaron el poblamiento del valle, contrastándola con la evolución de otras zonas de la Meseta, y fue explicada desde un punto de vista evolucionista que relacionaba la aparición de asentamientos tipo "castro" con la jerarquización espacial, proponiendo un carácter secundario para el valle y su dependencia de otras zonas como *Complutum* (Almagro, M. y Benito, J. E. 2007: 172). Sin negar el carácter subsidiario del Tajuña respecto a los ejes centrales del valle medio del Tajo y su menor riqueza productiva, que debió afectar a la capacidad para intensificar la producción de estos grupos, consideramos que la aparición de los castros como respuesta a problemas derivados de una inseguridad creciente y su absoluta falta de jerarquización ha sido suficientemente probada por Dionisio Urbina, y que la percepción de los castros como el final de un proceso de jerarquización sólo obedece a apriorismos que consideran este tipo de asentamientos como los únicos característicos de la Segunda Edad del Hierro. Esta posición ha sido criticada - correctamente, en nuestra opinión - por Dionisio Urbina (2005: 41), y en el valle medio del Tajo está, a la vista de los datos, completamente desfasada. En este sentido, la propuesta de una posible dependencia de *Complutum* vuelve a caer de nuevo en un apriorismo, ya que hasta el día de hoy no se ha documentado la existencia de un hábitat prerromano de entidad que diera lugar a la ciudad romana (Urbina, D. 1998a: 191).

Frente a la escasez de asentamientos amurallados, el número de cuevas artificiales documentadas en la zona es muy extenso, y desde muy antiguo (Pérez, J. 1943) han sido asociadas a una ocupación de la

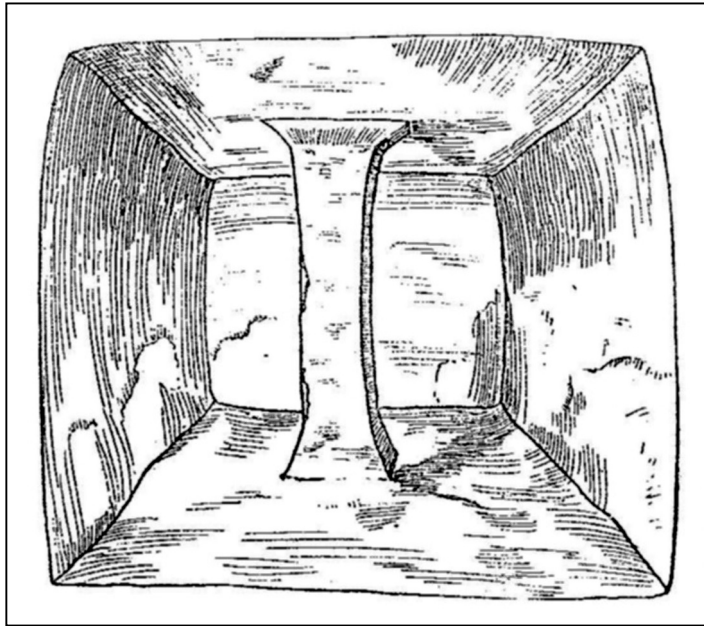


Figura 6.12: dibujo de una de las cuevas artificiales del valle del río Tajuña realizado por Pérez de Barradas. A partir de (Urbina, D. 2002a)

asociadas a una ocupación de la Segunda Edad del Hierro y que tienen su mejor exponente en el Risco de las Cuevas, localizadas en Perales de Tajuña y consideradas Conjunto Histórico - Artístico. Junto a este conjunto de cuevas se han documentado otros dos, uno de ellos en la Ermita de los Mártires en Tielmes y otro frente a Morata de Tajuña. En los dos casos las cuevas han desaparecido casi completamente, quedando apenas restos de la pared interior, pero aún así se han documentado seis en el caso de Tielmes y siete en Morata de Tajuña, una de ellas paralela al frente de escarpe y por tanto camuflada (Urbina, D. 2002a:

102). La adscripción cronológica de estas cuevas es difícil, ya que los materiales localizados a pie del talud formado por el derrumbe del frente de escarpe que las contenía pertenecen a varios periodos, aunque en al menos dos de los conjuntos se detectaron materiales de la Segunda Edad del Hierro. Asimismo, los tres conjuntos se sitúan cerca de asentamientos de este periodo, y en el caso de Morata de Tajuña, cerca de uno de los dos asentamientos fortificados conocidos en el valle. Aunque hay serios problemas para datar estas cuevas, formal y estructuralmente son muy similares a las documentadas en el valle del Tajo y en el arroyo del Cedrón, incluidos algunos rasgos estructurales muy específicos como la existencia de columnas centrales como las dibujadas por Pérez de Barradas en Perales de Tajuña (fig. 6.12) y que tienen paralelos en las cuevas localizadas en la Mesa de Ocaña (Urbina, D. 1997: 561). Con las dudas lógicas debido a la escasa información disponible, las cuevas del valle del Tajuña son incluidas dentro del conjunto de cuevas utilizadas durante la Segunda Edad del hierro, sin descartar su uso en etapas posteriores, y se les asigna el mismo carácter de lugares de refugio en periodos de inseguridad (Urbina, D. 2002a: 107).

Las evidencias arqueológicas de yacimientos asociados en otras zonas a procesos de inseguridad y conflictos armados son por tanto escasas en el valle del Tajuña, y contrastan con los cerca de 20 asentamientos en llano conocidos. Como en las otras zonas, este tipo de asentamientos presenta los mismos problemas de definición cronológica y caracterización material. Los materiales procedentes de la prospección y de hallazgos aislados (figs. 6.13 y 6.14) aportan poca información, presentando un horizonte confuso del que podría deducirse la continuidad del poblamiento en llano durante toda la Edad del Hierro. Así, parece que también en el valle del Tajuña los asentamientos en llano se sitúan sobre las ocupaciones previas de la primera Edad del Hierro (Almagro, M. y Benito, J. E. 2007: 171), tal y como ocurría en las otras zonas estudiadas.

En este sentido, hay que destacar la presencia de un fragmento de cerámica ática en el yacimiento de Camino de Arrieros, en Morata de Tajuña (Rosa, R. de la y Almagro, M. 1991: 136). Este tipo de cerámica viene asociada al momento anterior a la aparición de los asentamientos fortificados, desapareciendo del registro arqueológico a mediados del siglo IV a.C., y apuntaría a que los asentamientos en llano como éste presentan una cronología antigua dentro del poblamiento del valle.

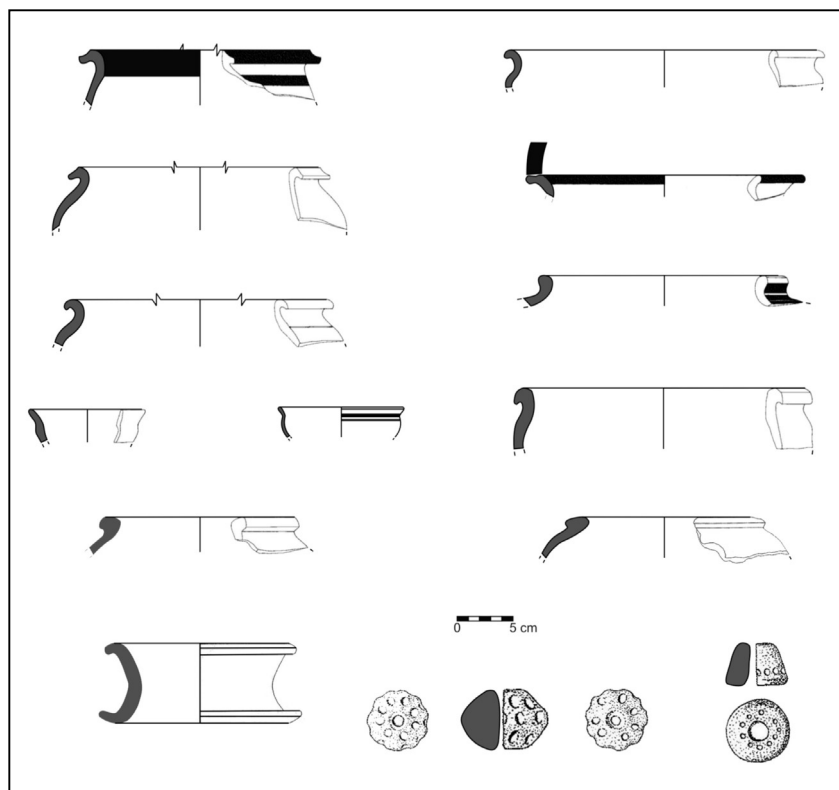


Figura 6.13: materiales recogidos en Morata de Tajuña. A partir de (Rosa, R. de la y Almagro, M. 1991)

También el modelo de ocupación del territorio en época romana es similar al de la Mesa de Ocaña, con los asentamientos situados preferentemente en llano, algo que contrasta con la situación de los poblados fortificados donde tan sólo uno de los cuatro existentes presenta ocupación posterior. La gran duda - como ocurría en el caso de la zona estudiada por Urbina - es saber si los

asentamientos en llano fueron coetáneos al sistema de yacimientos

fortificados y cuevas que aparece a mediados del siglo IV a.C. Aun asumiendo vacíos en la información, parece claro que el sistema documentado en la Mesa de Ocaña, con ambos tipos de hábitat relacionados en parejas no es totalmente aplicable al valle del Tajuña, donde los recintos amurallados no pudieron nunca alojar a toda la población del valle. Sólo hemos documentado un caso en el que pudo darse esta situación: se trata de los yacimientos de Camino de Arrieros y Dehesa Carnicera, en Morata de Tajuña. El primero es un asentamiento localizado en una terraza sobre el Tajuña, en el que se han detectado posibles estructuras de piedra y junto al que se ha localizado un segundo yacimiento interpretado como su necrópolis. Justo enfrente, al otro lado del río, se sitúa Dehesa Carnicera, muy cerca del Cerro de las Cuevas. Estos dos asentamientos sí constituirían un caso similar a los estudiados en los valles del Tajo y del Cedrón, con un yacimiento en llano que además tiene una ocupación previa de la Primera Edad del Hierro (Rosa, R. de la y Almagro, M. 1991: 138) y asociado a una necrópolis con materiales de finales del siglo V - IV a.C. Frente a él, un pequeño asentamiento amurallado que tan sólo presenta ocupación de la Segunda Edad del Hierro, algo como hemos visto característico del modelo de Dionisio Urbina, asociado a un conjunto de cuevas artificiales. A falta de información más detallada, parece que el patrón propuesto por Dionisio Urbina se

cumple al menos en un caso en el valle del Tajuña. En otros casos, como el del asentamiento fortificado de Carabaña, la información es más confusa debido a la existencia de varios asentamientos en llano y al pequeño tamaño del recinto amurallado que no supera los 2000 m². En otras zonas, como el tramo que va de Morata de Tajuña a Carabaña no se ha documentado ningún asentamiento en alto, frente a media docena de yacimientos localizados en la vega del río.

Hay que asumir por tanto que en esta zona se produjo un sistema mixto en el que se mantuvo el poblamiento tradicional pero se erigieron algunas defensas para hacer frente a un clima de inseguridad que debió ser menor que el existente en el valle del Tajo. Algunos de los datos arqueológicos parecen apoyar esta coetaneidad, como el hecho de que en dos de los tres conjuntos de cuevas documentados el yacimiento más cercano esté situado en el llano (Urbina, D. 2002a: 102) y no en alto como era la norma común en el Tajo. Asimismo, algunos de los

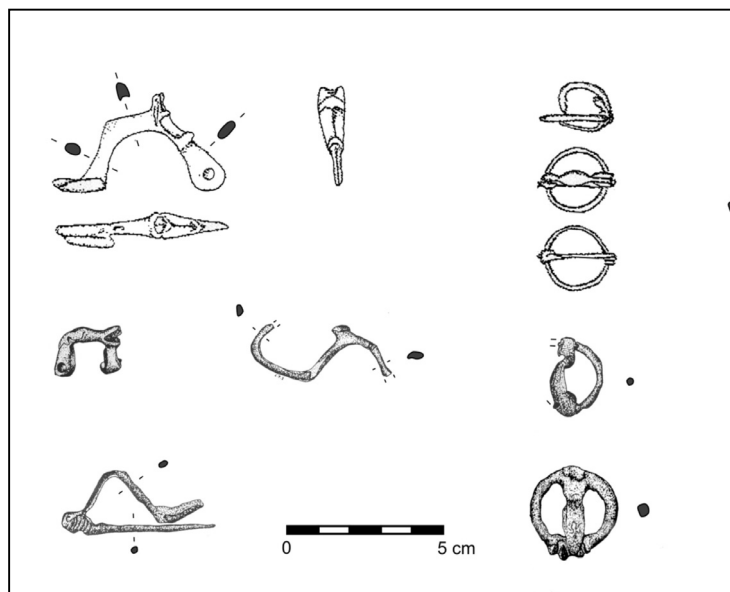


Figura 6.14: fíbulas localizadas en el valle del Tajuña. A partir de (González, C. 1999; Valiente, S. y Rubio, I. 1985)

materiales localizados en asentamientos en llano muestran cronologías de los siglos IV-III a.C., como las fíbulas anulares y zoomorfa localizadas en Perales de Tajuña (Valiente, S. y Rubio, I. 1985: 125, fig. 6.14). Asumiendo la escasez de datos, parece razonable pensar que los cambios que provocaron la aparición de sistemas defensivos no fueron tan radicales como en otras zonas, o que las tensiones que sin duda existieron fueron más esporádicas y de menor intensidad que en el valle del Tajo.

El valle medio y bajo del Jarama muestra unas características similares a las del valle del Tajuña en cuanto a la cantidad de asentamientos localizados y a la relación entre el número de yacimientos amurallados o no. Tan sólo se han documentado seis de los primeros, algunos de ellos muy conocidos desde antiguo como Titulcia o El Cerro de la Gavia, pero aunque esa margen del Jarama presenta menos lugares estratégicos para la localización de este tipo de yacimientos, parecen demasiado pocos si tenemos en cuenta que se trata de un cauce fluvial grande, que a la vista de los asentamientos en llano conocidos debió albergar una población relativamente abundante y que es un eje clave en las comunicaciones hacia el norte de la región. Asimismo, algunos vacíos en la distribución de los yacimientos conocidos a través de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid y de las diferentes intervenciones en la zona sugieren que la escasez de asentamientos fortificados podría deberse a carencias en la recopilación de información, debidas quizá a que cuando se realizaron a finales de los 80 y comienzos de los 90 no se habían documentado este tipo de asentamientos y no se valoró adecuadamente la posibilidad de su existencia. Es curioso, por ejemplo, que en la margen derecha del río Jarama se documenten dos

de ellos muy cercanos (La Marañososa y El Pronunciado), ambos en el término municipal de Rivas - Vaciamadrid, mientras que río abajo y hasta Titulcia haya más de 15 km. sin asentamientos fortificados y con muy escasos yacimientos en llano. Parece plausible que existan vacíos en la información que puedan ir rellenándose con sucesivas investigaciones.

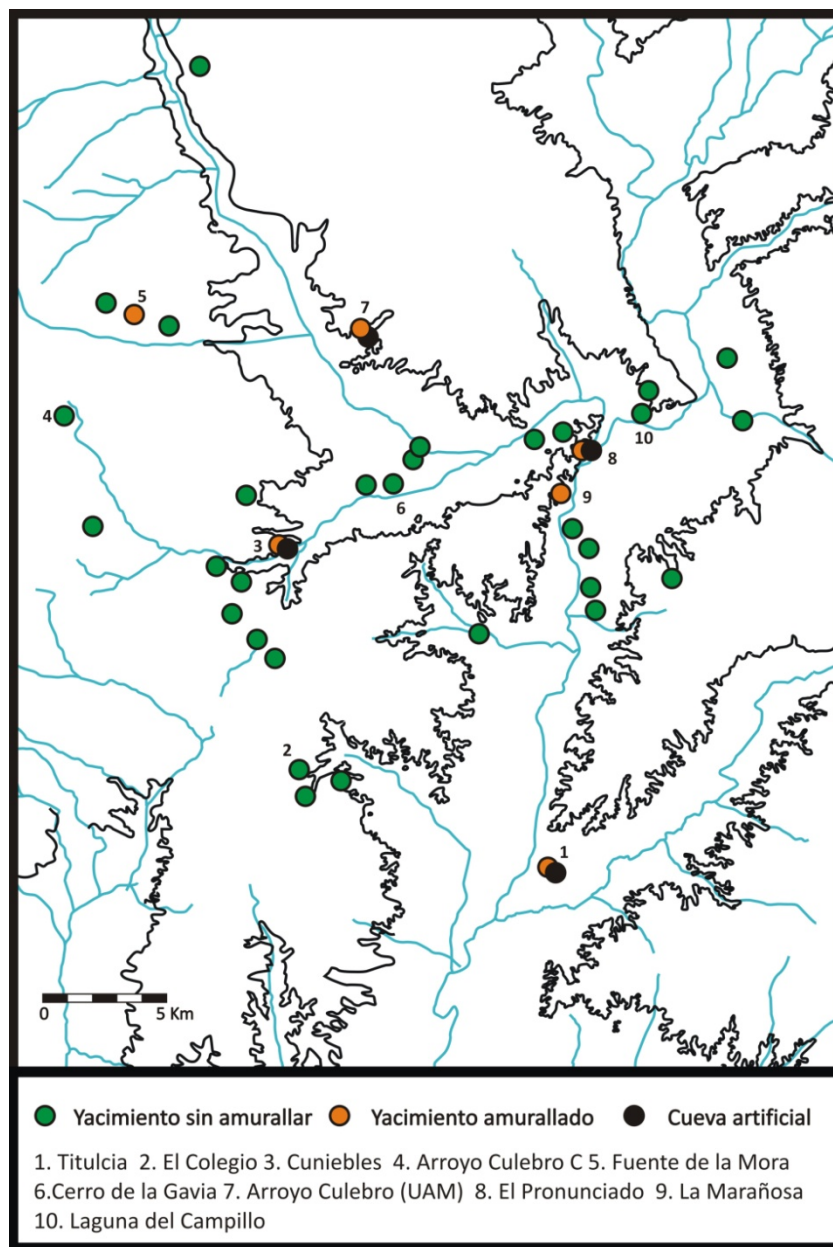


Figura 6.15: yacimientos de la Segunda Edad del Hierro en el cauce bajo y medio del Jarama

En los afluentes de la margen derecha del medio y bajo Jarama, como los arroyos Culebro y Butarque, la topografía reduce sustancialmente los lugares idóneos para situar asentamientos fortificados, lo que pudo limita su número, y las fuertes alteraciones antrópicas sufridas por esta zona han podido afectar seriamente a algunos de los asentamientos hasta destruirlos por completo. Conocemos tres asentamientos - La Gavia, Fuente de la Mora y Cuniebles - de los que los dos primeros han sido objeto de excavación. La situación topográfica de todos ellos mantiene fuertes similitudes con la de las otras zonas estudiadas: localización en escarpes o cerros elevados y generalmente junto a la confluencia de dos

cursos de agua. En otros aspectos estructurales, los asentamientos del bajo y medio Jarama son muy similares a los de los yacimientos estudiados en otras zonas de la región: cuatro de ellos (Titulcia, Cerro de la Gavia, El Pronunciado y Cuniebles) aparecen asociados a cuevas de origen antrópico (Urbina, D. 2002a: 103, 4; Recuero, V. y Ayllón, J. A. 1989). Defensivamente, en La Gavia se han localizado restos del foso y de una posible muralla rematada por uno o dos torreones, pese a que el yacimiento ha sido muy alterado por la construcción del Tren de Alta Velocidad. En el caso de Fuente de la Mora no se ha documentado muralla pero sí un posible

doble foso en la zona más fácil de acceso al poblado (Vega, J. J. y Martín, P. 2003; Vega, J. J. *et al.* 2009: 289). En Cuniebles y El Pronunciado no se han detectado las fortificaciones, aunque en el caso de El Pronunciado la Carta Arqueológica define el yacimiento como "castro" (Ponce, I. *et al.* 1990). Sí tenemos datos de las fortificaciones de La Maraños, donde se describe la existencia de una muralla en el lado norte construida con dos hileras de piedras irregulares que delimitan las caras y relleno interior, usando la misma técnica documentada en Plaza de Moros y Santa María. Finalmente, en el caso de Titulcia los datos conocidos son muy escasos – actualmente se está desarrollado un proyecto de investigación en este yacimiento que permitirá conocer mucho mejor las características del mismo, pero del que aún no se han publicado resultados – pero parece confirmada la existencia de un foso protegiendo el espolón (Urbina, D. 2002a: 109). Por tanto, parece que aun siendo menores en número, las características de los yacimientos amurallados son idénticas a las de las demás zonas donde se documenta este tipo de asentamiento.

De nuevo, la clave estaría en determinar cuál es la relación entre los asentamientos en llano y en alto para detectar si como en el caso de la Mesa de Ocaña se produce un traslado de población que supone la remodelación completa del sistema de ocupación del territorio o si como en el valle del Tajuña se da una coexistencia entre ambos tipos de poblamiento. Con los datos disponibles actualmente es imposible determinar esta relación, pero es interesante tener en cuenta dos cosas: la primera, que el valle del Jarama no es una zona marginal dentro de la región, sino una importante vía natural de comunicación norte - sur, y por tanto no valdría su caracterización como eje secundario para justificar la existencia de menos excedentes y por tanto, menos tensiones entre las comunidades. La segunda es que algunos de los asentamientos parecen estar situados en zonas verdaderamente estratégicas, algo que no coincide con la propuesta de Dionisio Urbina para la Mesa de Ocaña, donde el principal criterio de localización de los asentamientos no era el estratégico sino el topográfico. Es el caso de Titulcia o El Pronunciado, yacimientos que controlan dos grandes confluencias de ríos: la del Jarama - Tajuña en el primer caso y la del Jarama - Manzanares en el segundo. Puede alegarse que ambas confluencias son zonas especialmente fértiles y por tanto es más que probable que existieran yacimientos previos situados en la vega que dieran lugar a los poblados fortificados – algo que parece bastante claro en el caso de El Pronunciado, cerca del cual se han detectado varios yacimientos situados en llano – pero eso no parece excluir el potencial de estas localizaciones como nudos que vertebran las comunicaciones, como hemos visto al valorar las posibles vías de distribución de productos importados. En ese sentido y como veremos dentro de poco, algunos recientes descubrimientos en Titulcia parecen apuntar a una posición privilegiada en ese tipo de intercambios.

Uno de los sitios donde podrían apreciarse mejor las relaciones entre asentamientos amurallados o no es en el Cerro de la Gavia, un pequeño asentamiento fortificado localizado junto a la margen izquierda del río Manzanares que ha sido excavado en su totalidad y que por tanto arroja una información muy importante para comprender las características de la ocupación en la margen izquierda del valle del río Tajo a partir del siglo IV a.C. El yacimiento ocupa aproximadamente 0,3 Ha aunque la extensión del poblado debió ser algo mayor si atendemos a la fuerte afección que ha sufrido. Aunque los daños por causas antrópicas y la erosión han eliminado casi cualquier vestigio de la posible muralla que pudo existir protegiendo el asentamiento, se han conservado algunos restos de ésta y del foso asociado en el acceso

noroeste al asentamiento (Morín, J. *et al.* 2007: 347). El poblado (fig. 6.16) puede caracterizarse como "de calle central", con dos calles curvadas que partían de la entrada del poblado y que probablemente confluyeran en el otro extremo. En él se han documentado tres fases constructivas, estando datada la principal en los siglos III-I a.C., mientras que la anterior es muy difícil de valorar dado el nivel de destrucción de las estructuras, pero podría llegar al siglo IV a.C. si atendemos a la presencia de una cerámica ática entre los materiales recogidos. La tercera fase correspondería a una ocupación marginal del siglo I d.C. (Morín, J. *et al.* 2007: 369). Por desgracia, la ocupación mejor documentada corresponde a un momento posterior al inicio del fenómeno de amurallamiento de los asentamientos, significativamente, en los siglos relacionados con la conquista romana. En estos momentos se produce una expansión del asentamiento hacia el norte y hacia el sur, lo que implicaría una estabilidad y cierta prosperidad inexistentes en el periodo anterior (Morín, J. *et al.* 2005: 132). Así pues, la fase más antigua, asociada a dinámicas estrictamente indígenas, habría sido el contexto en el que se decidiría la búsqueda de protección y la concentración del hábitat.

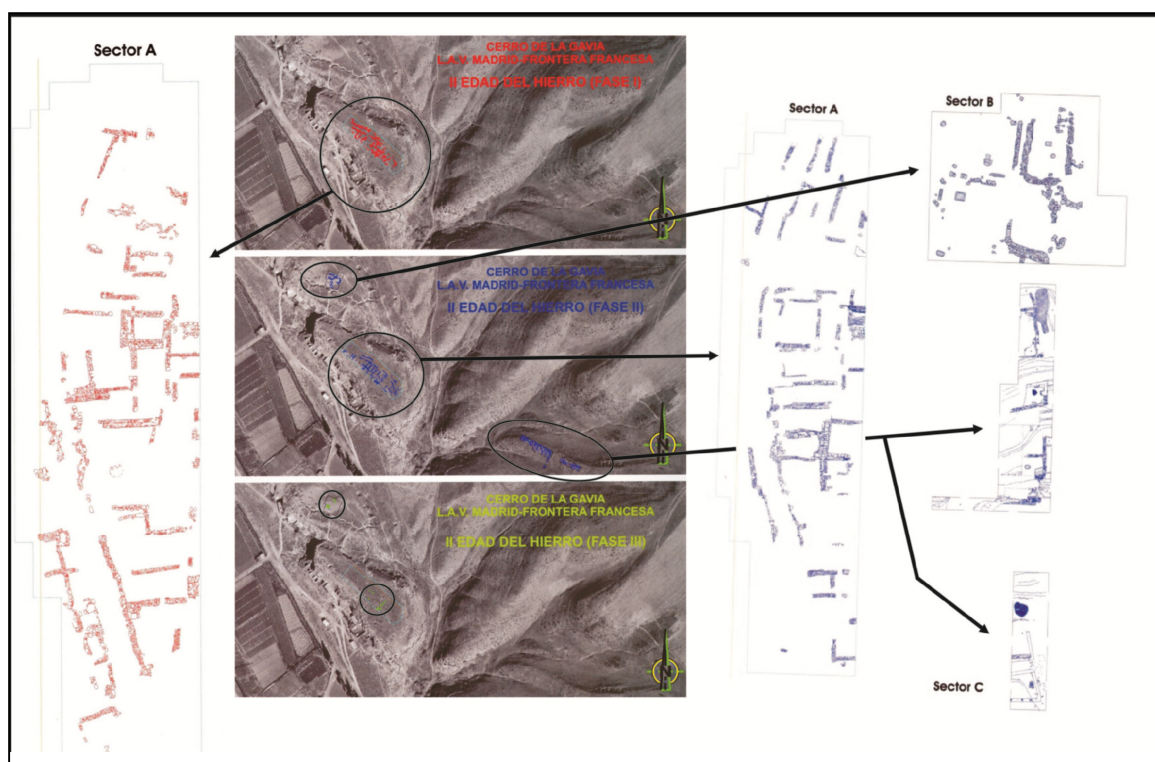


Figura 6.16: fases de la ocupación del cerro de La Gavia. A partir de (Quero, S. *et al.* 2006)

Menos datos tenemos para el asentamiento de Fuente de la Mora, un cerro amesetado situado en la confluencia del Arroyo Butarque y la vega del Manzanares. El espolón donde se sitúa el yacimiento de la Segunda Edad del Hierro tienen unas 8 Ha de superficie y está encajonado entre dos cárcavas que limiten la conexión entre cerro y espón a un pequeño pasillo. Con una cronología propuesta del siglo III a.C. para su comienzo a partir de los materiales y de dataciones radiocarbónicas (Vega, J. J. *et al.* 2009: 285), las diversas áreas de excavación planteadas sacaron a la luz una serie de estancias dedicadas al almacenaje de cereales en gran cantidad, donde se han recogido hasta dos metros cúbicos de trigo carbonizado (Vega, J. J. *et al.* 2009: 287). También es muy significativo el conjunto de fusayolas recuperado (más de 70), lo que habla de una fuerte actividad textil en la zona. Por desgracia, el fuerte grado de alteración del yacimiento,

reocupado en época romana y medieval, y el hecho de que las excavaciones hayan sido parciales impiden determinar si existieron varias fases de ocupación en el asentamiento.

Los datos que proporcionan La Gavia y Fuente de la Mora apuntan a un horizonte más moderno que el de asentamientos como Plaza de Moros o Santa María, pero aún dentro de un contexto en el que la construcción de asentamientos fortificados parece obedecer a causas estrictamente internas. Dicho de otra manera, las circunstancias que motivaron la aparición de este tipo de hábitat no habían desaparecido en el siglo III a.C., y de hecho las instalaciones detectadas en Fuente de la Mora parecen apuntar a una tendencia cada vez mayor a la producción de excedentes y a la necesidad de protección de los mismos. Independientemente del número de asentamientos documentados, su misma existencia es una evidencia de que la situación en las vegas del Manzanares y del Jarama había evolucionado hacia una situación de creciente inseguridad. En este sentido, es en esta zona donde contamos con la única posible documentación de la destrucción de un poblado en una acción armada: se trata de Arroyo Culebro C, que fue destruido por un violento incendio detectado en varios de los sectores del yacimiento (Penedo, E. *et al.* 2002: 113) tras el que no fue reconstruido.



Figura 6.17: vista del área de almacenamiento de Fuente de la Mora. A partir de (Vega, J. J. *et al.* 2009)

Hacia el sur y siguiendo la margen derecha del río Tajo y el cauce del arroyo Guatén la situación es similar a la de la zona del Jarama. La principal información procede de las prospecciones realizadas por Kenia Muñoz (1998) que en su inventario de yacimientos recoge aquellos con cronología de la Segunda Edad del Hierro a partir de los cuales ha sido posible reconstruir el poblamiento de la vega del Tajo a la altura de Aranjuez y de parte de la comarca de la Sagra en Toledo. Por desgracia, el marco cronológico de su trabajo tiene su límite superior en la Primera Edad del Hierro, por lo que la mención a otras cronologías es muy escueta y no hace referencia a las características del asentamiento. A través de los estudios de Dionisio Urbina sabemos que

algunos de los yacimientos recogidos por Kenia Muñoz, como Sotomayor o Valdelascasas son en realidad asentamientos fortificados (fig. 6.18), y la localización de al menos otros seis coincide, al menos topográficamente, con la de este tipo de hábitat.



Figura 6.18: vista aérea del yacimiento de Sotomayor (Aranjuez). En rojo, la doble línea de fosos. Fotografía aérea www.iberpix.com

La información se completaría con un trabajo específico sobre esta zona en la Segunda Edad del Hierro centrado en los aspectos económicos pero en el que se hace alusión a algunos asentamientos fortificados (Muñoz, K. y Madrigal, A. 1999: 473) y con la información aportada por S. Valiente y F. J. López para el arroyo Guatén (2007), apenas una enumeración de yacimientos por municipio; y por la información

procedente de artículos que hacen referencia a varios hallazgos aislados en Pantoja (Díaz, A. J. 1993; Pereira, J. 1982; Revuelta, M. 1980; Rincón, C. y Rayón, O. 1990; Sánchez – Chiquito, M. S. y Masa, F. 1990). En la zona también se sitúan dos yacimientos clásicos de la historiografía de la región: El Cerrón de Illescas, ya presentado y cuyas dos fases más modernas serán analizadas más adelante, y el Cerro de las Canteras en Yeles, donde se describió por primera vez a cerámica jaspeada (Cuadrado, E. 1971). Precisamente éste es el único asentamiento de la zona – dejando de lado los dudosos que se asoman a la vega del Tajo – donde se han localizado murallas (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 105) pero no foso, ya que se trata de un cerro elevado, no un espolón situado sobre un reborde. Otros tres yacimientos situados en posiciones elevadas podrían corresponder a esta clase de asentamiento, pero carecemos de datos acerca de la existencia de fortificaciones en ellos.

Ésta va a ser una de las características fundamentales en la zona más llana de las comarcas de La Sagra y Torrijos y especialmente en la Mancha Toledana, donde los cerros testigo y algunas elevaciones de escasa entidad son los únicos referentes topográficos susceptibles de ser aprovechados para levantar yacimientos protegidos. En este sentido, es significativo que yacimientos como El Cerrón, situado en una loma de escasa entidad no tenga murallas, mientras que el Cerro de las Canteras en Yeles, muy cercano y con cronología similar, sí esté protegido. En este sentido la comarca de la Sagra muestra un panorama muy similar al de la confluencia de las vegas del Jarama y del Manzanares, con un predominio muy marcado de asentamientos en llano probablemente forzado por la propia orografía de la región que presenta muy pocos puntos propicios para la instalación de recintos defensivos, como ocurre también en la zona este de la Mesa de Ocaña (Urbina, D. 2007: 211).

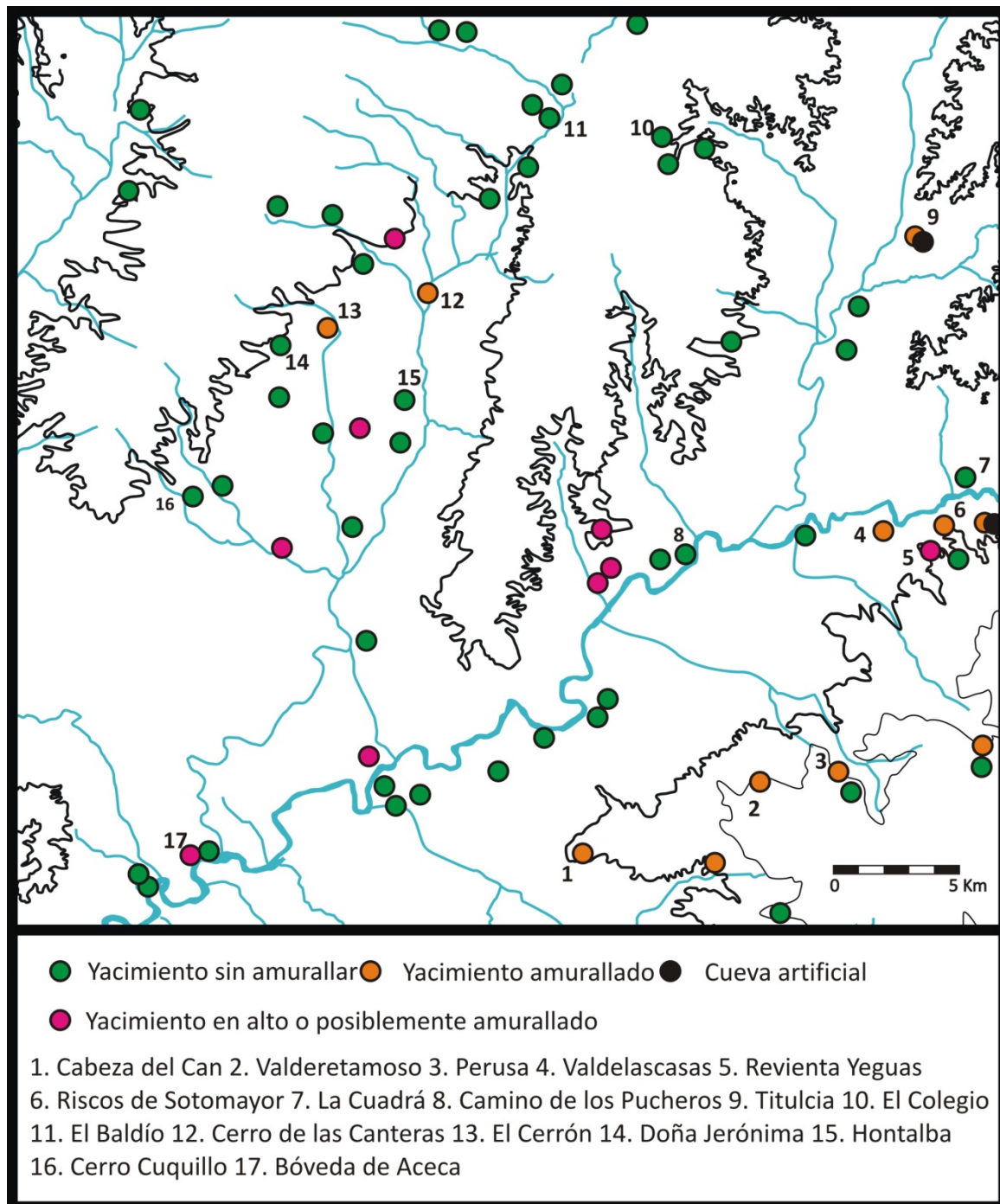


Figura 6.19: dispersión de asentamientos de la Segunda Edad del Hierro en la confluencia entre los ríos Tajo y Jarama y el arroyo Guatén

Uno de estos puntos es, por supuesto, el peñón granítico sobre el que se asienta Toledo, uno de los principales asentamientos prerromanos – uno de los tres identificados por las fuentes clásicas – y en el que se conservan restos muy escasos de este periodo debido a la continuada ocupación del entorno. Aunque las características de la ciudad hacen difícil hacerse una idea acerca de cómo fue la ocupación original de la Segunda Edad del Hierro, a finales de los 80 se plantearon las primeras discusiones acerca de la topografía del asentamiento prerromano (Montero, M. 1988; Porres, J. 1988) y desde ese momento el conjunto de información disponible ha ido creciendo (Barrio, C. y Maquedano, B. 1996a) aunque hasta fechas recientes

Fernández, J. y Barrio, C. 2002) no se ha planteado un análisis del yacimiento (basado en la recopilación de hallazgos arqueológicos, el estudio de la topografía del yacimiento y en los escasos restos de estructuras disponibles, o una visión más general del mundo de los denominados carpetanos a partir de la evolución de la ciudad (Carrobes, J. 2009). Estas estructuras son muy escasas y los únicos restos de entidad localizados son los correspondientes a una posible muralla de piedras graníticas trabadas en seco en la calle de Santa Fe dispuestos en dirección norte - sur y en una altura considerada como la idónea para la localización de la muralla prerromana (Porres, J. 1988: 362). En cuanto a los materiales, se trata generalmente de fragmentos descontextualizados, hasta el punto de que tan sólo puede plantearse una dispersión de materiales en la superficie del cerro.

La única excavación relevante que ha proporcionado materiales localizados *in situ* ha sido la realizada en el Corralillo de San Miguel, donde se localizó un suelo de ocupación prerromano asociado a un hogar. Los materiales localizados (Barrio, C. y Maquedano, B. 1996a: 215) presentan un horizonte genérico de los siglos IV-III a.C., con piezas de barniz rojo, decoraciones combinando estampillado y pintura, predominio de decoraciones simples y amplia presencia de cerámicas jaspeadas, además de una base de ánfora con un grafito ibérico. El resto de materiales descontextualizados presentan características similares, consistentes en cerámicas jaspeadas y cerámicas de tipo ibérico decoradas a bandas y círculos concéntricos, a excepción de un vaso con decoración de tipo numantino localizado en uno de las escasos contextos arqueológicos bien documentados de este periodo (Fernández, J. y Barrio, C. 2002: 362).

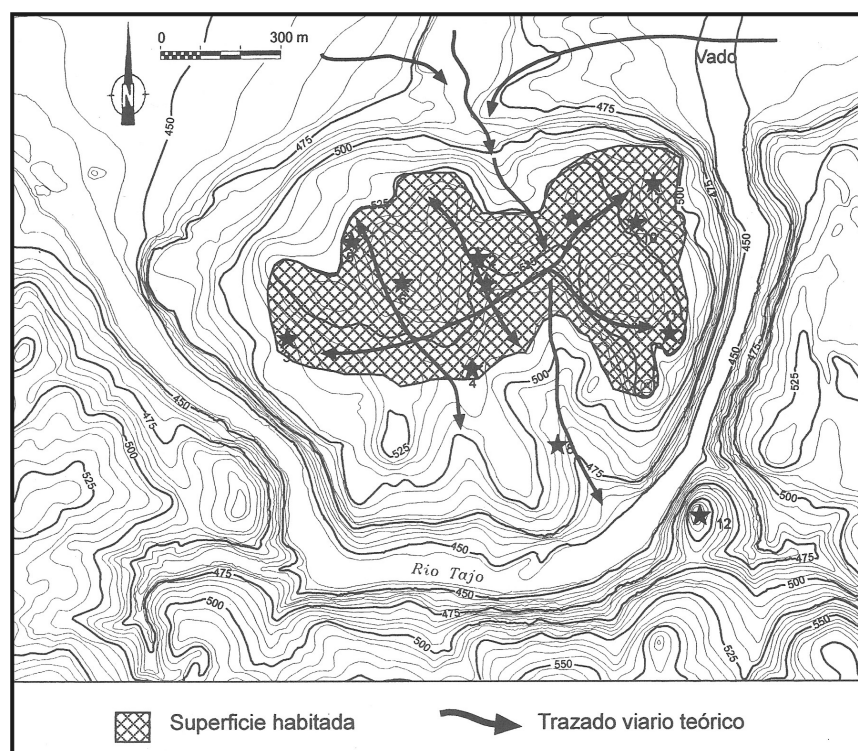


Figura 6.20: interpretación del plano de Toledo en época romana. Las estrellas corresponden a hallazgos de este periodo. A partir de (Fernández, J. y Barrio, C. 2002)

Con estos datos, la interpretación del asentamiento es muy compleja, comenzando por valorar si éste ocuparía toda la superficie del cerro o sólo la zona de dispersión de materiales que parece concentrarse en la zona centro y este del mismo en unas cotas bastante bien definidas, generalmente por encima de los 520 m.s.n.m. y que aún así, tendría una extensión de 45 Ha

Asumiendo una adaptación a la topografía del terreno, el asentamiento estaría organizado en torno a las vaguadas que unen las diferentes elevaciones del cerro y que posteriormente se

fosilizarían en calles actuales(fig. 6.20). El trazado viario tendría dos ejes norte - sur y otro este oeste. En cuanto a la ocupación, los materiales como hemos visto muestran un horizonte de ocupación a partir del siglo IV a.C. aunque se conocen evidencias de ocupación de la Primera Edad del Hierro tanto en el cerro (Barrio, C. y Maquedano, B. 1996a: 213, 215) como en las cercanías, junto al vado (Barrio, C. y Maquedano, B. 1996b). Sin embargo, en el estudio más completo sobre el poblamiento prerromano de Toledo se considera el amurallamiento de la ciudad como tardío y correspondiente a los siglos II-I a.C., relacionándolo con la ocupación romana (Fernández, J. y Barrio, C. 2002: 367). Los escasos datos de que disponemos apuntan a que la ocupación es más antigua, y por otra parte, la superficie propuesta de 45 Ha parece excesivamente grande como para ser considerada como real, sin contar con el esfuerzo que supondría amurallar esa extensión de terreno. En cualquier caso, parece claro que el peñón de Toledo estuvo amurallado, y que tuvo una ocupación en torno a los siglos IV-III a.C.

En otras zonas la inexistencia de asentamientos amurallados, no puede ser achacada a las características del relieve. El caso más importante es el del valle del Henares (fig. 6.21), donde desde la Primera Edad del Hierro se apreciaba una convivencia de asentamientos en alto y en llano que era explicada por la disimetría topográfica del valle (Dávila, A. 2007: 129). Los trabajos de Antonio Dávila sobre el poblamiento del Henares (2007, 2009) muestran claras diferencias con los valles del Tajo, Tajuña y Jarama: existe poblamiento en lugares de fácil defensa desde la Primera Edad del Hierro y por contra las evidencias de fortificaciones son muy débiles y vinculadas a cronologías tardías (Dávila, A. 2009: 272-273). Es el caso de los yacimientos de Salto del Cura, San Juan del Viso y especialmente el Llano de la Horca, donde puede descartarse la existencia de la muralla propuesta en la primera intervención arqueológica allí realizada (Cerdeño, M. L. *et al.* 1992: 154-156). Esta ausencia de fortificaciones obliga a una doble reflexión. En primer lugar, apunta a una dinámica algo diferente de esta zona en relación con el nudo central que conforman el Tajo y el Jarama, en el que la situación de inseguridad que traslucen los asentamientos fortificados y las cuevas refugio no sería tan patente, aunque bien es cierto que la posición topográfica de muchos de los asentamientos del valle, especialmente los situados en la margen izquierda del Henares, ofrece una magnífica defensa natural, por lo que aparecen representados en los mapas de localización como dudosos aunque como hemos dicho ninguno tiene corroborada la existencia de murallas.

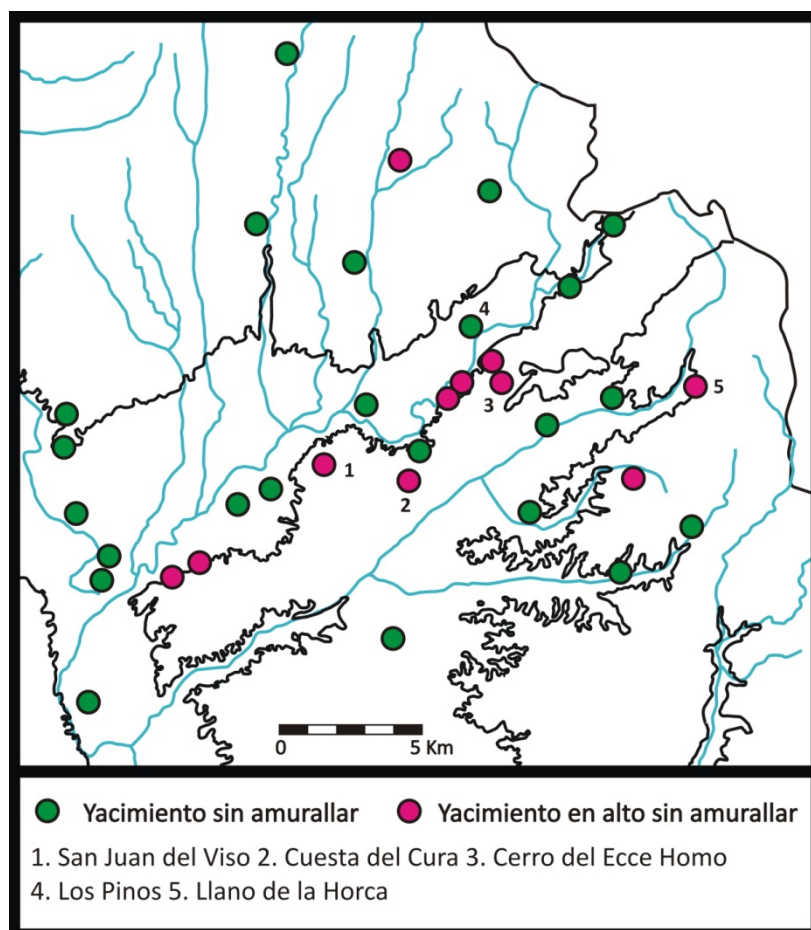


Figura 6.21: distribución de asentamientos de la Segunda Edad del Hierro en el río Henares

La segunda reflexión se ciñe al supuesto origen de la situación de inseguridad que se documenta a partir del siglo IV a.C. en la región. Parece difícil de explicar la ausencia de fortificaciones en el valle bajo del Henares si esta inseguridad estuviera relacionada con la actividad de grupos incursores procedentes de la zona de Guadalajara, norte de Cuenca y Teruel, como se propuso inicialmente (Urbina, D. 2000: 234), ya que este valle constituye una de la principales vías de acceso a la meseta sur desde esa región, mientras que la mayor concentración de poblados fortificados se documenta mucho más al

sur. Esta situación no parece muy razonable, y sería un elemento más a considerar para valorar una posible dinámica interna en la aparición de este tipo de asentamientos, como por otra parte viene proponiéndose últimamente (Urbina, D. 2005: 61; Urbina, D. y Morín, J. 2005: 111). Esta situación se confirma en el cauce alto del Jarama, otra zona de contacto con Guadalajara donde tampoco se han localizado asentamientos fortificados en la vega. Aquellos documentados se sitúan en la sierra y parecen obedecer a criterios muy diferentes a los de los yacimientos en llano de los siglos V-IV a.C. o incluso de los hábitat fortificados que aparecen a partir del siglo IV a.C., asimilándose más al concepto de castro característico de la meseta norte. El más conocido – Dehesa de la Oliva – muestra además una cronología muy tardía, probablemente a partir del siglo II a.C., muy similar a la de otros grandes castros fortificados de la región como Fosos de Bayona en Cuenca, Cerro del Gollino en Corral de Almaguer o el propio Llano de la Horca (Urbina, D. 2007: 213). Las dinámicas y la cronología en la que estos yacimientos crecen o se amurallan parecen responder a pautas completamente diferentes a las existentes en el siglo IV a.C.

Otra zona que presenta diferencias con el eje central de nuestra zona es La Mancha toledana, que como hemos dicho presenta un relieve poco propicio para la construcción de asentamientos fortificados. Hasta hace poco aquellos documentados correspondían a cerros testigo como los del Calderico en Consuegra o el Cerro del Gollino, muchos de los cuales tendrían un origen tardío

y que podrían estar relacionados con la presencia púnica y romana en la zona (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 121). Últimamente, sin embargo, y debido a trabajos realizados en el cauce del río Cigüela (Domingo, L. A. *et al.* 2007; Martín, A. 2007, 2010; Presas, M. M. y Yañez, G. I. 2010) y durante la construcción de la autovía de Los Viñedos (Rojas, J. M. y Gómez, A. 2010; Rojas, J. M. *et al.* 2010) el corpus de información ha crecido significativamente, y estos datos, unidos a los de las excavaciones clásicas como Cerro de Las Nieves, Palomar de Pintado o Cerro del Gato y a otras noticias e intervenciones menores permiten plantear un horizonte algo más completo que el disponible hasta ahora.

Este horizonte apunta a que al sur de la Mesa de Ocaña también se documentan asentamientos similares a los de áreas más cercanas al río Tajo, como los yacimientos de Albardinal y El Pradejón en las márgenes del río Cigüela (Domingo, L. A. *et al.* 2007, fig. 6.22). Ambos asentamientos se localizan en espolones sobre el río y muestran características similares a las de la Mesa de Ocaña o Chinchón, salvando las lógicas diferencias topográficas ya que las diferencias de altura son menores. En ambos casos se ha documentado exclusivamente una



Figura 6.22: yacimiento de Albardinal (Villanueva de Alcardete). Fotografía www.iberpix.com

ocupación de la Segunda Edad del Hierro, la presencia de fosos defensivos y en el caso de El Pradejón, una posible muralla (Domingo, L. A. *et al.* 2007: 222-223). El panorama se completa con la presencia de varios asentamientos en llano muy cercanos, en un sistema que parece reproducir el de la Mesa de Ocaña aunque como en casos anteriores la falta de precisión cronológica de los materiales arqueológicos dificulta valorar de

manera precisa la evolución del poblamiento en esta zona. En este sentido y en torno al cauce del río Cigüela, la situación parece haber sido similar a la del valle del Tajuña o el del Jarama, con una posible coexistencia entre yacimientos en alto y en llano durante toda la Edad del Hierro, vista la escasa superficie que ocupan los yacimientos fortificados (0,8 y 1,8 Ha) y que hace poco probable que pudieran alojar a toda la población que habitaba previamente esa zona.

Lo que sí que parece claro es que estos yacimientos fortificados corresponden exclusivamente a la Segunda Edad del Hierro, y todos los indicios apuntan a que tuvieron un tipo de vida similar a la de los de zonas más septentrionales, en un momento muy concreto de la Segunda Edad del Hierro, y que no se ocuparon posteriormente ya que la ocupación romana del río Cigüela se dispone en emplazamientos en llano (Domingo, L. A. *et al.* 2007: 235). Aunque los datos para zonas más al sur, ya en la frontera entre las provincias de Toledo y Ciudad Real, son mucho más escasos, conocemos al menos otro asentamiento fortificado en Villacañas, junto a la laguna de Tirez, objeto de dos campañas de excavaciones cuyos resultados no han sido publicados (López-Barrajón, Z. 2001: 406). El resto de asentamientos conocidos en esta zona proceden de los datos recopilados para un trabajo de Doctorado y han sido publicados de manera muy parcial (López-Barrajón, Z. 2001), pero parecen corresponder en todos los casos a asentamientos en llano.

Finalmente, al igual que en otras zonas del valle medio del Tajo, en la zona del sudeste del valle se concentran algunos de los asentamientos fortificados más grandes de la región, como el Cerro del Gollino o Consuegra en la provincia de Cuenca. La aproximación a la cronología de estos asentamientos es compleja, ya que algunos se sitúan justo debajo de poblaciones actuales y otros han sido tan sólo parcialmente excavados, por lo que no sabemos con seguridad si estos asentamientos son el resultado de la expansión de ocupaciones previas – como parece ser el caso de Santorcaz – o son yacimientos construidos *ex novo*. En general, sin embargo, su cronología parece tardía, a partir del siglo III a.C.

El mejor conocido es, sin duda el Cerro del Gollino, yacimiento que fue excavado durante los años 1985 y 1986 y que ha sido publicado parcialmente (Perea, A. *et al.* 1988; Santos, J. A. *et al.* 1990, 1998). Se trata de un cerro de gran extensión (18 Ha) dividido en dos por una depresión que separa el área norte (donde se sitúa el poblado) del área sur. El asentamiento se encuentra rodeado por dos recintos amurallados construidos con el ya conocido sistema de doble hilada formando las caras de la muralla y relleno de piedra y tierra, aunque sus dimensiones superan las de cualquier asentamiento fortificado conocido previamente al alcanzar los 2 Km de longitud. Los materiales de importación localizados dentro del poblado son en general tardíos, incluyendo cerámicas campanienses, ánforas y otros productos de origen romano, un horizonte cronológico que parece corresponder con el de las cerámicas indígenas, que presentan una escasa proporción de cerámicas jaspeadas y decoraciones relativamente simples. Otras piezas, como una urna con decoración zoomorfa de peces y liebres procedente del área ilicitana, o un semis de Cástulo, apuntan también a una cronología tardía para el asentamiento que sus excavadores sitúan como muy pronto en el siglo III a.C. (Santos, J. A. *et al.* 1998: 63). El origen de este asentamiento, por tanto, sería posterior al fenómeno de poblados fortificados observado en el área nuclear del valle medio el Tajo, y podría estar relacionado con la progresiva presencia de púnicos y romanos en la Península ibérica antes que con dinámicas internas.

Esta propuesta es, a la vista de los datos conocidos hasta ahora, la más coherente, y sin embargo presenta algunos problemas de interpretación. El primero de ellos está asociado a la existencia de un yacimiento en llano al pie del cerro en el que se localizó, entre otros materiales, un fragmento de cerámica ática datado de manera muy precisa en el siglo V a.C. (Santos, J. A. *et al.* 1998: 53) y que podría ser el asentamiento en llano correspondiente al Cerro del Gollino. Sin embargo, entre la cronología de uno y otro queda un vacío de al menos un siglo, justamente el periodo en el que aparecen los asentamientos fortificados en el resto de la zona. Una de dos, o el yacimiento en llano prolongó su existencia hasta el siglo IV a.C., o el Cerro del Gollino presenta una ocupación anterior que no ha sido detectada. La existencia de dos líneas de murallas, por otra parte, nos hablaría de una expansión del asentamiento en un momento indeterminado tal y como ocurría en otros poblados como Santa María en Villarejo de Salvanés (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a). La fecha de la construcción de la muralla, en todo caso, parece estar muy clara ya que se ha localizado un fragmento de Campaniense B en la cata realizada en la muralla interior (Santos, J. A. *et al.* 1998: 56). Tampoco se han detectado fases constructivas en el asentamiento que permitan hablar de una ocupación anterior del cerro durante la Segunda Edad del Hierro, aunque la extensión excavada no es muy grande y la zona potencialmente más antigua ha sido muy afectada por la construcción de una atalaya medieval (Santos, J. A. *et al.* 1998: 54). Sí se ha documentado sin embargo la existencia de un hábitat de la Primera Edad del Hierro en el cerro,

aunque los materiales recogidos son escasos y bastante descontextualizados (Santos, J. A. *et al.* 1998: 58).

En cuanto al otro gran asentamiento fortificado del que tenemos noticias, Consuegra, los datos son por desgracias mucho menos claros, procedentes de estudios de materiales descontextualizados (Jiménez, F. 1963; Muñoz, J. J. 2003), de observaciones en el yacimiento y de referencias de corte erudito sobre las fuentes clásicas que hablan de la ciudad (Giles, F. J. 1971). El yacimiento se sitúa sobre el Cerro Calderico, que presenta un desnivel de más de 100 metros sobre el río Amarguillo, y ha sido afectado de manera reiterada por la construcción de un castillo medieval, varios molinos de viento y ocupaciones romanas tardías (Muñoz, J. J. 2003), así como por obras de acondicionamiento de los accesos al castillo. Arquitectónicamente, los únicos restos conservados pertenecen a un fragmento de muralla de unos 6 metros de longitud del que saldrían otros muros perpendiculares que podrían corresponder a muros de viviendas localizados en el cerro Calderico durante la construcción de la carretera que lleva al castillo (Giles, F. J. 1971: 151). En cuanto a los materiales, se encuentran completamente descontextualizados y podrían pertenecer bien a la intervención anterior, bien a la posible necrópolis del cerro que los autores sitúan en la ladera del cerro. Entre ellos destaca la presencia de un hermoso *thymaterium* de pie alto y perforaciones triangulares decorado con estampillados y ungulaciones (Giles, F. J. 1971: 158-159). En cuanto a la cerámica, los materiales recogidos en diferentes momentos han sido estudiados parcialmente (Muñoz, J. J. 2003) y presentan un horizonte muy bien definido que se sitúa en torno a los siglos IV a.C., con presencia de cerámicas jaspeadas, grises o de barniz rojo o piezas que combinan la pintura y el estampillado (Muñoz, J. J. 2003: 30). Algunas piezas podrían ser ligeramente anteriores, como un vaso *a chardon* evolucionado muy similar a los encontrados en las laderas del cerro de la Gavia (Blasco, M. C. y Barrio, J. 1992: 312) o en Palomar de Pintado (Pereira, J. *com. pers.*); al igual que piezas que presentan decoración en toda la altura de la pieza y algunas formas que podrían imitar formas áticas (Muñoz, J. J. 2003: 21). Parece por tanto, pese a que los datos son escasos, apuntarían a una situación algo diferente a la del Cerro del Gollino y más parecida a la de los yacimientos del valle medio del Tajo, algo que parecería estar apoyado por la ausencia de asentamientos de esa cronología en el llano.

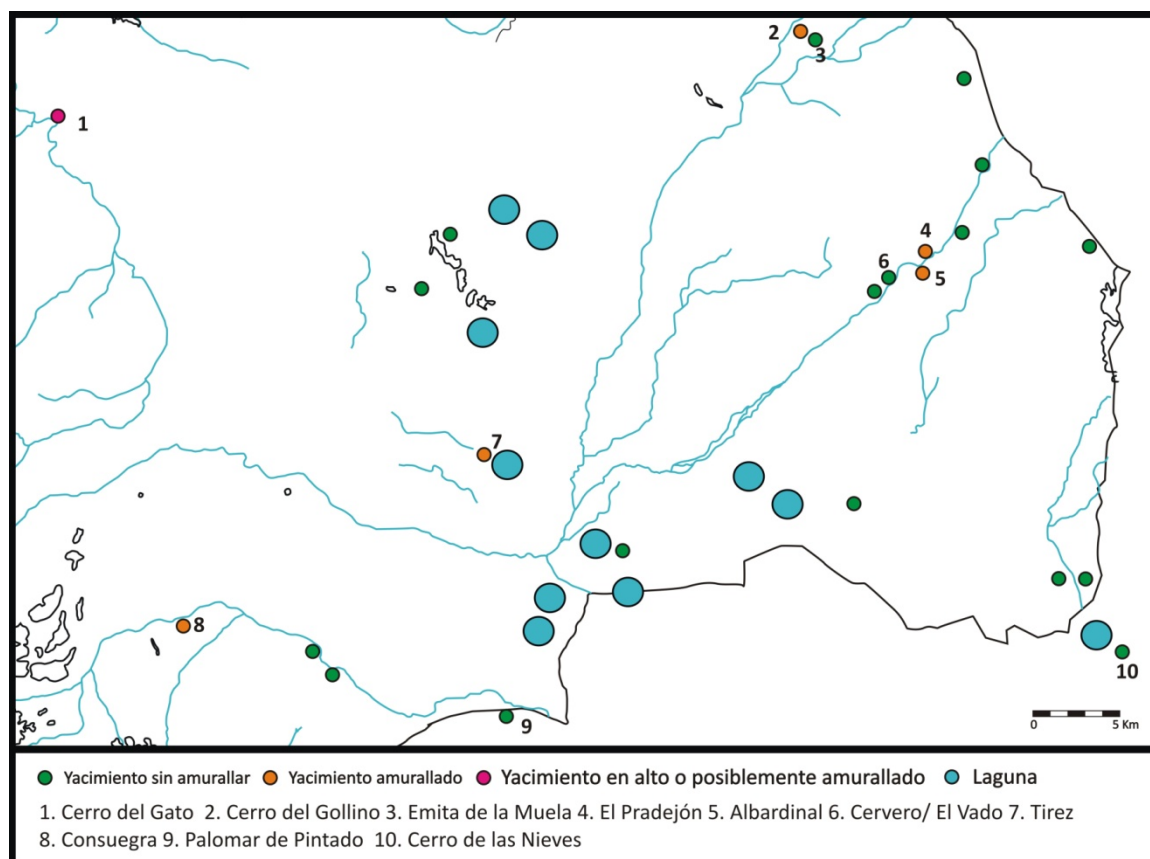


Figura 6.23: localización de asentamientos de la Segunda Edad del hierro en el sudeste del valle del Tajo y La Mancha toledana

Finalmente, hay algunas zonas para las que los datos disponibles son simplemente demasiado escasos para proponer algún tipo de pautas de comportamiento en la región. A partir de Toledo y curso abajo del Tajo, por ejemplo, apenas tenemos información aunque se han revisado las cartas arqueológicas de los cerca de 40 municipios que forman parte de la comarca de Torrijos, que limita al norte con El Tajo y donde tan sólo se ha documentado un asentamiento en Gerindote. El proyecto de investigación "Indigenismo y romanización en la cuenca media del Tajo", que incluía una valoración del poblamiento prerromano y romano en el cauce medio del río, tampoco localizó ningún asentamiento de la Segunda Edad del Hierro en el tramo que nos ocupa (Fernández, M. *et al.* 1990: 65), aunque sí uno republicano que podría ser calificado como Segunda Edad del Hierro tardía. La revisión de las cartas arqueológicas de estos municipios (ARTRA, S. L. 2009) no ha ampliado el número de asentamientos conocidos. A través de datos aislados conocemos la existencia de asentamientos como el Poblado de Santa María en Noez (Ramos, J. 1990) o el cerro de Torrejón en Malpica de Tajo, en el límite occidental de nuestra área (García, T. y Gutiérrez, M. N. 1992) Tampoco se ha documentado un número significativo de yacimientos en el curso superior del río Guadarrama, ya en la Comunidad de Madrid y donde se ha consultado la totalidad de las cartas arqueológicas. Esta ausencia de información es muy significativa, especialmente en aquellas zonas donde se han revisado todas las cartas arqueológicas, y difícil de explicar teniendo en cuenta las características del poblamiento en la zona inmediatamente adyacente, aunque en nuestra opinión debe obedecer a carencias en la recopilación de la información.

La otra área para el que apenas contamos con datos es el cauce del río Alberche, aunque el poblamiento en este río podría considerarse como más cercano al de la mitad occidental de la provincia de Toledo, por las características geográficas del territorio. Los escasos datos de asentamientos para los que contamos con información apuntan en esta dirección, como prueba la presencia de castros fortificados de relativa entidad en cotas muy altas, como los localizados en Cerro Almoerón, Peña de Cadalso, San Sebastián o El Castillejo, en plenas estribaciones del sistema Central y que estarían más relacionados con los asentamientos situados en la Sierra de San Vicente que con los asentamientos del llano. Con todo, el gran vacío existente entre los ríos Alberche y Guadarrama no tiene explicación lógica, y debe achacarse a la inexistencia de trabajos de campo o a características específicas de la región que frenasen el poblamiento de la zona. Las únicas referencias de que disponemos acerca del valle del Guadarrama (Valiente, S. y López, F. J. 2007: 183) proceden de un trabajo de campo inédito pero que apunta a un poblamiento escaso de la zona durante la Segunda Edad del Hierro.

6.2.3. Conclusiones

La revisión del poblamiento durante la Segunda Edad del Hierro en el valle medio del Tajo realizada arriba muestra varias conclusiones que en nuestra opinión están suficientemente contrastadas. La primera de ellas es la modificación, a partir del siglo IV a.C., de las características de un tipo de hábitat que había permanecido estable durante al menos cuatro siglos. Esta modificación obedece a una situación de mayor inseguridad en el territorio, que hace necesario el desplazamiento de los poblados a lugares fácilmente defendibles, la construcción de defensas para protegerlos y la aparición de otras estructuras, como las cuevas excavadas en la roca, que refuerzan la idea de una creciente necesidad de protección de las comunidades y sus recursos ante amenazas externas.

La segunda conclusión es que este proceso no es idéntico en todo el valle medio del Tajo. Incluso asumiendo las carencias en la información disponible, parece que la zona central del valle medio del Tajo muestra muchas más evidencias de este proceso de fortificación que otras áreas como el valle del Jarama, el del Tajuña o las comarcas de la Sagra o Torrijos. En muchos casos estas diferencias podrían deberse a los problemas que ofrece la topografía del valle para localizar posiciones fácilmente defendibles, pero en otros casos éstas existen y sin embargo los asentamientos fortificados son escasos o inexistentes. Es especialmente significativo el caso del valle del Henares, donde pese a que la margen izquierda del río presenta excelentes posiciones defensivas como el cerro del Ecce Homo, San Juan del Viso o cualquiera de los rebordes del páramo sobre el valle, no se han documentado evidencias concluyentes de fortificaciones que, en caso de existir, serían excepcionales.

Estos datos apuntan a que hay una especial concentración de poblados fortificados en el valle del Tajo y en la confluencia de éste con el río Jarama, donde parece producirse una sustitución completa del sistema de poblamiento anterior por otro adaptado a una situación mucho más conflictiva. En otros valles parece que los asentamientos en llano y en alto pudieron coexistir durante los siglos IV-III a.C. aunque en casi todas las zonas se documentan fortificaciones que apuntan a problemas de seguridad en la zona. Aunque el aumento de la información puede modificar esta impresión, parece que la "Y" formada por el Tajo y el Jarama fue un punto especialmente problemático a partir del siglo IV a.C.

En la zona sudeste del valle la situación está menos clara debido al menor volumen de información, aunque también hay poblados de corte defensivo que confirman unas pautas de comportamiento diferentes a las del periodo anterior. El número de poblados fortificados es menor, en general presentan un tamaño más grande que en la zona central del valle y aunque hay datos que apuntan a su construcción durante el siglo IV a.C., al menos en los casos de Consuegra y Toledo, parece que su expansión se produjo especialmente a finales del siglo III a.C. o durante la ocupación romana del territorio a partir del siglo II a.C. En resumidas cuentas, a partir del siglo IV a.C. se produce un cambio sustancial en los parámetros de comportamiento de las poblaciones que habitaron el valle medio del Tajo, un cambio que modificó no sólo los patrones de asentamiento sino las condiciones bajo las que estas comunidades desarrollaron su vida cotidiana. Sin embargo, hasta este momento lo único que hemos hecho ha sido constatar arqueológicamente este cambio, sin responder a las dos preguntas fundamentales para explicar el mismo: por qué se produce, y quien lo mantiene.

Respecto de la primera pregunta, la explicación dada por Dionisio Urbina descansaba, en última medida, en la aparición por primera vez de excedentes en la economía de los grupos que habitaron el valle medio del Tajo, que los marcaría como objetivo de otras comunidades cercanas menos favorecidas, como las que ocupaban la zona localizada entre Guadalajara, Cuenca y Teruel, o los lusitanos de las fuentes clásicas (Urbina, D. 2000: 231-232). El autor no aporta demasiados datos para apoyar su interpretación, más allá de aquellas citas procedentes de las fuentes clásicas que hablan de grupos de jóvenes desarraigados que debido a la escasez de recursos y a la estructura social de sus grupos son forzados a buscarse la vida como bandidos o mercenarios. Aunque la explicación dada por Urbina no nos parece del todo satisfactoria, coincidimos con él en la existencia de un crecimiento económico generalizado en el valle medio del Tajo, perceptible en la estabilidad de las rutas comerciales, el aumento de objetos de importación, la aparición de infraestructuras dedicadas a la manufactura de objetos textiles y cerámicos y las evidencias de producción y almacenamiento de productos agrícolas. En este sentido, parece confirmarse esta aparición de excedentes que Dionisio Urbina utilizó para explicar la aparición de los poblados fortificados, que aparecerían por que, por primera vez, había recursos reales que proteger.

Más dudas tenemos de que los ataques provinieran de grupos externos, al menos exclusivamente. Sin descartar un origen foráneo para los mismos como reiteran las fuentes clásicas, lo cierto es que no contamos con datos que nos permitan afirmar este origen, y sí con algunas evidencias de lo contrario. La más significativa es la ausencia de fortificaciones en una de las principales vías de acceso al valle medio del Tajo como es el valle del Henares. Resulta poco lógico que siendo ésta una de las principales vías de entrada entre los supuestos incursores que atacarían desde el sur de Guadalajara y norte de la provincia de Cuenca, y por tanto, la más susceptible de sufrir ataques, sea precisamente la zona en la que no se haya confirmado ni una sola fortificación. Tampoco el valle del Tajuña, otra de las vías de acceso al valle medio del Tajo desde la Alcarria, presenta un gran número de poblados fortificados, y en ningún caso éstos podrían alojar de manera permanente a toda la población del valle, por lo que su uso debió ser más esporádico que en la zona central.

Pese a todo, no puede descartarse la actividad de grupos incursores procedentes de otras regiones, puesto que el río Tajo sigue siendo la gran vía de acceso a la Meseta sur desde el

Sistema ibérico y es allí donde se acumula la mayor cantidad de asentamientos amurallados. Sorprende sin embargo que más allá de la fortificación de los hábitats, esta situación potencial de peligro no deviniese en cierta jerarquización del territorio reflejo de algún tipo de organización común dirigida a su defensa. La propuesta de Urbina muestra una reacción individualizada de los diferentes poblados, que en nuestra opinión es correcta pero que casa mal con la necesidad de defensa frente a un enemigo externo común y la existencia de unas mínimas relaciones de apoyo entre las comunidades más cercanas.

La otra posibilidad para explicar la aparición del fenómeno de asentamientos amurallados es que obedeciera a causas principalmente internas, asociadas a procesos de conflictividad social en el valle medio del Tajo que devinieran en una inestabilidad generalizada entre las diferentes comunidades que habitaban el valle. En este caso, la explicación sería similar a la anterior, pero en vez de tratarse de incursiones por parte de grupos foráneos se plantearía una situación en la que diferentes grupos pugnarían por el control de los recursos, de las rutas comerciales más rentables y de la sociedad, dando lugar a una situación de creciente tensión que provocaría la fortificación de los poblados. Esta situación explicaría que la zona potencialmente más rica, con mayor concentración de población y más estratégica para la circulación de mercancías - los ríos Tajo y Jarama - sea la que presente una mayor incidencia de este tipo de asentamientos, mientras que zonas periféricas las tensiones parecen estar más diluidas. También explicaría la respuesta individualizada de cada asentamiento a los problemas de inseguridad, y sería coherente con la falta de cohesión que se aprecia en el poblamiento desde comienzos de la Edad del Hierro.

Sin embargo, la hipótesis de problemas internos como origen de la aparición de poblados amurallados necesita responder a por qué se busca el control de los excedentes y recursos de los grupos vecinos. Si la presencia de estos excedentes podía explicar que el valle medio del Tajo fuera una presa apetecible para grupos más desfavorecidos económicamente procedentes de su periferia, es más difícil de explicar por qué surgen estas tensiones dentro del valle, en un contexto en el que todos los asentamientos parecen beneficiarse de un crecimiento económico similar y con recursos relativamente abundantes. Por supuesto, podría plantearse una simple tendencia a la dominación y el control intrínseca a todas las sociedades sobre sus vecinos, pero esta situación ni está demostrada teóricamente ni está contextualizada arqueológicamente, por lo que en nuestra opinión hay que encuadrar el proceso dentro de las dinámicas históricas y socioeconómicas de las poblaciones de la región. En cualquier caso, la génesis de los poblados amurallados parece obedecer, al menos en un primer momento, a dinámicas estrictamente indígenas, tanto por la cronología en que aparecen este tipo de poblados como por las características de los mismos. Si bien es cierto que a finales del siglo III a.C. y en relación a la creciente presencia púnica y romana también aparecen otros poblados fortificados, éstos parecen obedecer a circunstancias muy distintas y adoptar características diferentes a las del siglo IV a.C.

Nuestra teoría es que la vinculación entre excedentes de producción y conflictividad interna estaría relacionada directamente con intentos crecientes de capitalizar la autoridad y la toma de decisiones dentro de las sociedades del valle medio del Tajo, y que estos intentos provocarían fuertes tensiones dentro de cada comunidad y con las comunidades vecinas, y que devendrían en procesos generalizados de inestabilidad en la zona. Ésta idea ha sido planteada en algunas

revisiones de las propuestas de Dionisio Urbina, que ya no hacen mención a la presencia de grupos incursores procedentes de regiones cercanas, y apoyaría la idea de que los cambios en el patrón de poblamiento y sus implicaciones serían la expresión de los intentos de control social de unas élites incipientes que tratan de afianzar su poder sobre el resto del grupo y sobre grupos similares (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 111). En este sentido, hay que recordar que la lucha por controlar los recursos económicos es a la vez un fin y una herramienta en sí misma, puesto que la manipulación de situaciones de conflicto – la violencia física es una de las más importantes – es una de las estrategias más comunes para desviar el poder de la comunidad hacia individuos o colectivos concretos. Hay que recordar que la aparición de excedentes es condición *sine qua non* para la consolidación de desigualdades sociales, pero su presencia no implica que este paso se dé obligatoriamente. Para que aparezca la jerarquización deben observarse otros cambios dirigidos hacia el control de esos excedentes por parte de un sector de la sociedad.

Para validar nuestra teoría deberían demostrarse, en primer lugar, la existencia de excedentes, tema que abordamos en el capítulo anterior y que analizaremos brevemente para los siglos IV-III a.C. En segundo lugar, debemos valorar si existe realmente una tendencia hacia el desarrollo de jerarquías en la región, en qué aspectos se manifiesta y hasta qué punto se encuentra consolidado el poder de esas élites. Partimos del hecho de que éste control no es absoluto, porque entonces los conflictos tendrían un carácter muy diferente y obedecerían más bien a dinámicas de jerarquización territorial y control político sobre otras poblaciones. Desde nuestro punto de vista, la aparición de elementos de conflicto debería valorarse como una herramienta de manipulación social para obtener prestigio - e indirectamente, recursos -, para asumir posiciones de control y autoridad y para situar al resto de la población en una posición de debilidad frente a aquellos encargados de defender al grupo. La guerra en el siglo IV a.C. en el valle medio del Tajo – y en esto coincidimos con Dionisio Urbina – tiene una significación social al menos tan importante como la económica, y como tal constituye un escenario de control más sobre el que desarrollar estrategias de adquisición de capital simbólico (usando la terminología de Pierre Bourdieu) dentro de la comunidad. En el siglo VI a.C. vimos aparecer la competición social vinculada exclusivamente a elementos de prestigio y a contextos funerarios, competición que en los siglos V-IV a.C. se amplió progresivamente hacia otros ámbitos conforme aumentaban la riqueza y la complejidad social. El objetivo es valorar cómo a partir del siglo IV a.C. se multiplican los ámbitos susceptibles de ser manipulados, en qué grado son controlados por grupos cada vez más reducidos y, sobre todo, en qué momento se da el paso definitivo – si se produce – hacia la consolidación definitiva de las élites sobre el resto de la población.

6.3. Herramientas de poder, ámbitos de conflicto

6.3.1. Excedentes y almacenamiento

En el capítulo anterior se apuntaron y analizaron aquellos indicios que permitían plantear la aparición de excedentes en el valle medio del Tajo a partir de finales del siglo V a.C. La presencia de esta riqueza creciente se basaba tanto en evidencias directas (registro asociado al procesado y almacenamiento de alimentos, aumento de determinadas especies animales más exigentes en su alimentación o aparición de otras nuevas, etc.) como indirectas (presencia de especialistas, aumento considerable de bienes considerados de prestigio) que sólo podían existir en una economía excedentaria. La conclusión de este análisis era que, por primera vez desde el comienzo de la Edad del Hierro, las comunidades de la región superaban de manera nítida el listón de la subsistencia y avanzaban hacia un sistema cada vez más basado en la acumulación de recursos. Como vimos también, esta acumulación no parecía tener un efecto definido sobre las relaciones sociales, más allá de una incipiente pero débil explicitación de la competición social en ámbitos diferentes al funerario. La sociedad del siglo V a.C. y comienzos del siglo IV a.C. era una sociedad evidentemente más rica y más compleja que la existente en siglos anteriores, pero socialmente no era significativamente más desigual que ésta. No es nuestra intención repetir uno por uno los puntos tratados en el anterior capítulo, esta vez aplicados a los siglos IV - III a.C., pero sí hemos considerado interesante señalar algunas características que se observan en la economía de la región y que confirman y refuerzan las tendencias observadas desde el siglo V a.C. en todos los contextos de la economía.

El primero de ellos es, sin duda, el referido a la actividad ganadera (fig. 6.24). A lo largo del siglo V a.C. habíamos observado lo que parecía una tendencia a la diversificación de especies domésticas en los asentamientos, interpretada como indicio de una economía más compensada que pretendía reducir la incertidumbre alimenticia, que trataba de intensificar la producción agraria y que apostaba por incrementar la presencia de especies como los bóvidos y el caballo, más exigentes en la alimentación que los ovicápridos. Aunque los datos no son todo lo abundantes que desearíamos, a partir del siglo IV a.C. parece observarse un mantenimiento o incluso aumento de los porcentajes de ovicápridos en los asentamientos, hasta alcanzar porcentajes en torno al 60% o superiores. Puesto que no tiene sentido hablar de una vuelta a un tipo de economía poco especializada apoyada en especies poco exigentes en su alimentación como la oveja o la cabra, la interpretación de este aumento podría encontrarse en una tendencia hacia la especialización en este tipo de ganado, relacionada con el incremento de la actividad textil observado en los momentos anteriores. Esta especialización vinculada a la producción de prendas de lana parece estar confirmada por un sustancial aumento de objetos vinculados a esta industria: cencerros, tijeras de esquilado, peines de cardado y agujas, además de las cada vez más numerosas fusayolas documentadas sin excepción en todos los poblados, y que casi sin excepción corresponden a formas bitroncocónicas y troncocónicas, más eficaces como vimos para la elaboración de madejas.

Este panorama se aprecia claramente en yacimientos como el Llano de la Horca o el Cerro de la Gavia (Baquedado, E. *et al.* 2007: 387; Urbina, D. *et al.* 2005b: 168), con ocupación durante los siglos IV y III a.C. aunque ambos perduren hasta época romana y donde se han recuperado la mayoría de objetos metálicos relacionados con estas actividades y gran número de fusayolas. No

se han documentado apenas pesas de telar a excepción de las localizadas en el Llano de la Horca (Baquedado, E. *et al.* 2007: 385) y Fuente de la Mora (Vega, J. J. *et al.* 2009: 289). Este tipo de piezas, que comenzaron a aparecer en asentamientos del siglo V a.C. o comienzos del siglo IV a.C., están relacionadas con telares verticales, pero presentan algunos problemas técnicos que aconsejarían su sustitución por otros modelos de telares verticales sin pesas (Torres, J. F. 2003: 132-133), lo que motivaría su disminución en el registro arqueológico a finales del siglo IV a.C. Incluso en el caso de que su ausencia esté debida a carencias en la documentación, parece claro que este tipo de telares no fueron muy populares en la región (Baquedado, E. *et al.* 2007: 385).

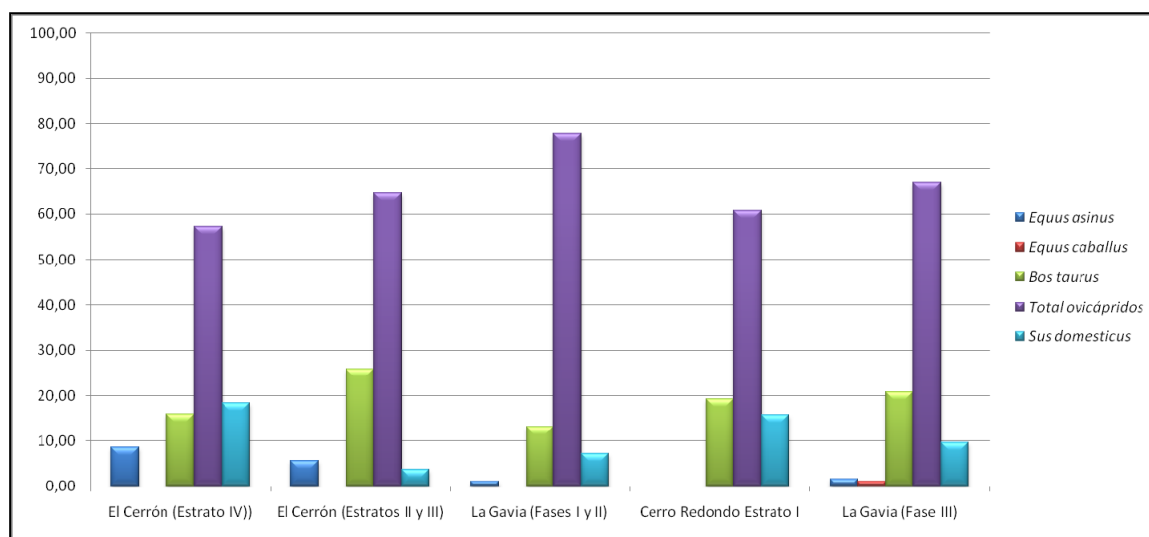


Figura 6.24: distribución de las principales especies animales documentadas en asentamientos de los siglos IV – III a.C.

Esta posible especialización en la industria lanera también debió afectar a los patrones de consumo de estos animales: ya que si lo que se pretende es aprovechar su lana es lógico que se prolongue la vida útil de los mismos. Aunque como hemos dicho los datos son escasos, en la última fase de Cerro Redondo (siglo III a.C.) sólo se sacrifican en edad infantil 3 de los 29 animales identificados (10,34%) y otros 3 en la categoría infantil/ juvenil (uno de ellos es, además un cabrito). En las dos fases más recientes de El Cerrón no hay individuos infantiles documentados, aunque la muestra es escasa, y en el caso de La Gavia la edad predominante de sacrificio de los ovicápridos es a partir de los dos años de edad (Urbina, D. *et al.* 2005b: 168), igual que en Plaza de Moros, donde los restos de ovicápridos alcanzan el 70% (Urbina, D. *et al.* 2004: 160). En cuanto a la relación entre ovejas y cabras, pese a las dificultades existentes para diferenciar ambas especies podría establecerse en 7 a 1 a favor de las primeras (Urbina, D. *et al.* 2005b: 168), aunque en algunos asentamientos como El Cerrón II la proporción es mayor, con las cabras representando al menos el 28% de una muestra algo escasa.

Esta percepción de una industria textil cada vez más importante no está reñida con el mantenimiento de la diversidad de especies anterior. Más aún, a finales del siglo IV a.C. se consolida la presencia del asno en los registros faunísticos, que anteriormente se había documentado en Cerro Redondo (Miguel, J. de 1985: 307) y que ahora aparece también en las dos fases más recientes de El Cerrón (Miguel, J. de y Morales, A. 1994: 207) y La Gavia (Urbina, D. *et al.* 2005b: 169). La presencia de asnos permite también la posibilidad de especies híbridas como las mulas o los burdéganos, aprovechables para el tiro y sobre todo para el transporte de

productos, algo que podría haber influido en el incremento del comercio que se aprecia en este siglo. Asimismo, se documenta por primera vez la gallina (Miguel, J. de 1985; Urbina, D. *et al.* 2005b: 169), otro animal que llega en torno al siglo VIII a.C. a las costas de la Península ibérica de la mano de los fenicios (Altuna, J. y Mariezkurrena, K. 1983: 382) y que supone un excelente complemento alimenticio que además es poco exigente en su alimentación. Sí parece observarse, sin embargo, una disminución de la presencia de caballos en los registros faunísticos, quizá porque fueran en parte sustituidos por híbridos para las actividades más duras y reservados como animales de prestigio para un grupo escaso de personas que pudieran permitirse la exigente alimentación que requieren estos animales.

En cuanto a la agricultura, se multiplican las evidencias de una creciente producción agrícola basada en los cereales, que por otra parte ha sido documentada en diversas zonas de la Península desde el siglo IV a.C. (Buxó, R. 1997; Delibes, G. *et al.* 1995) y que estaría asociado a la aplicación de nuevas técnicas y aparejos agrícolas, como la reja de hierro en los arados o sistemas más desarrollados de rotación de los campos, aunque los datos de que disponemos son muy escasos y se basan casi todos en fuentes clásicas y aproximaciones etnográficas (Urbina, D. *et al.* 2005b: 152-154). Lo que sí está claro es que, frente a la escasez de datos en la Primera Edad del Hierro y a las carencias de los momentos anteriores, los cereales se encuentran muy bien representados en los registros arqueológicos a partir del siglo III a.C., no sólo a través de las especies documentadas a través de análisis carpológicos sino en las cada vez más numerosas evidencias de almacenamiento a gran escala, como ocurre en Fuente de la Mora (Vega, J. J. *et al.* 2009: 286-287) o como puede observarse en casi todos los asentamientos de este periodo donde las *dolia* o vasijas de almacenamiento constituyen una parte muy importante del total de piezas de los conjuntos cerámicos, alcanzado en algunos casos los 100 l. de capacidad (Urbina, D. y Urquijo, C. 2004: 88). También los toneletes, que veíamos aparecer a finales del siglo V a.C. mantienen una presencia notable durante el siglo IV a.C. habiéndose localizado una decena en Plaza de Moros (Urbina, D. *et al.* 2004: 163), asociados quizá a la fabricación de leche cortada o mantequilla. Finalmente, la presencia recurrente de carretes para sostener piezas de gran tamaño - presumiblemente vasijas de almacenamiento - apunta a la creciente importancia de los excedentes en estas comunidades (Urbina, D. *et al.* 2005b: 150).

Aunque no disponemos de muchos datos carpológicos, los disponibles para el Cerro de la Gavia (Urbina, D. *et al.* 2005b: 151) nos hablan, para el siglo III a.C., de un predominio casi absoluto de la cebada vestida sobre el resto de cereales, con presencia esporádica de trigo común y almidonero. Las dos primeras especies se repiten en Plaza de Moros (Urbina, D. *et al.* 2004: 86) mientras que el cereal documentado en el granero de Fuente de la Mora y Santa María es trigo de tipo indeterminado (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 333; Vega, J. J. *et al.* 2009: 289). En los análisis de contenidos de algunos recipientes cerámicos del Llano de la Horca (Baquedado, E. *et al.* 2007: 391) se han detectado harinas y derivados fermentados de trigo y cebada que constituirían la base alimenticia de estos grupos. El cuidado dedicado al procesado de los cereales se observa claramente en la limpieza de las bolsas documentadas en La Gavia, que sugieren bien aventado, bien una selección muy minuciosa del grano. Destaca la aparición, por primera vez, de un conjunto apreciable y fácilmente identificable de herramientas dedicadas al trabajo agrícola, generalmente realizados en hierro: hoces, aguijadas, escardillas, horcas, azadas, etc. (fig. 6.25), y fragmentos de sílex que podrían corresponder a trillos (Urbina, D. *et al.* 2005b: 161). El creciente grado de especialización en las tareas agrícolas se extiende a la molienda,



Figura 6.25: herramientas agrícolas del Cerro de la Gavia. 1-2 hoces, 3 aguijada, 4 escardilla. (Urbina, D. *et al.* 2006b)

donde se mantiene el gran número de molinos giratorios, algunos de los cuales podrían, por sus dimensiones y forma, haberse dedicado a la producción de aceite (Urbina, D. *et al.* 2005b: 165). Estos molinos son los únicos indicios de que disponemos para plantear el uso del aceite en la zona, aunque las fuentes clásicas hacen referencia a montes de olivos en la región a mediados del el siglo II a.C. (Hurtado, J. 2001: 146), olivos que debieron ser plantados bastante tiempo

antes si consideramos el tiempo que éste árbol tarda en dar fruto.

La intensificación y especialización del trabajo agrícola y la aparición de excedentes cada vez más abundantes debió provocar cambios en la propia organización de los espacios de los asentamientos. En el caso de La Gavia, se han documentado dos áreas del yacimiento especializadas en el procesado de productos agropecuarios situadas en las cercanías del poblado. En una de ellas se han detectado estructuras asociadas a actividades de almacenamiento y decantación y que podría ser interpretado como una almazara, mientras que la otra podría corresponder a un área de transformación de cereales. (Urbina, D. *et al.* 2005b: 163). En el caso de Fuente de la Mora, las dimensiones y capacidad del granero localizado apunta a un uso comunal del mismo, como lo hacen las más de 70 fusayolas que aparecen agrupadas en conjuntos (Vega, J. J. *et al.* 2009: 289). Algo parecido ocurre con el Área II de Plaza de Moros, interpretada desde el principio de su excavación como un espacio dedicado a actividades artesanales o de almacenamiento debido a la ausencia de hogares, la presencia de cubetas de yeso para dar estabilidad a las vasijas más grandes y el gran número de estas localizado (Urbina, D. *et al.* 2004: 160-161). Finalmente, hay que tener en cuenta que la interpretación de las cuevas artificiales del valle medio del Tajo como graneros o refugios tendría un carácter comunal, al igual que los propios yacimientos amurallados que inicialmente serían áreas destinadas a la protección de recursos para acabar deviniendo en poblados habitados permanentemente (Urbina, D. *et al.* 2004: 165).



Figura 6.26: área de almacenamiento de grano documentada en Fuente de la Mora (Vega, J. J. *et al.* 2009)

Se aprecia por tanto la continuidad de la doble tendencia hacia la especialización técnica en los trabajos agrícolas y la acumulación de excedentes que comenzaba en la etapa anterior, y que de hecho va a continuar, sin cambios apreciables, durante y tras la conquista romana. En este sentido, parece que los patrones económicos de los yacimientos a partir del siglo II a.C. son sustancialmente idénticos a las del siglo IV a.C., y que salvo algunas adicciones como la expansión del cultivo de la vid, el sistema campesino del valle medio del Tajo había alcanzado un nivel de desarrollo bastante avanzado. Este sistema debió basarse en una agricultura extensiva de secano a base de cereal y barbecho, con una rotación de año y vez. Esta es la propuesta de Dionisio Urbina, que rechaza la existencia de una rotación trianual apoyándose en la ausencia reiterada de legumbres (la tercera pata de ese sistema) en los registros polínicos y en la imposibilidad de realizar siembras de primavera debido a la insuficiente cantidad de lluvias en este periodo del año en la zona central de la Península (Urbina, D. *et al.* 2005b: 152). Por el contrario y apoyándose en datos históricos, Urbina propone un sistema alternativo basado en el de año y vez completado por rastrojeras que permitirían la alimentación del ganado, que sería muy coherente con las recurrentes alusiones al peso de la ganadería en las poblaciones del centro peninsular y con un creciente peso de los ovicápridos en el total de la fauna de nuestros yacimientos (Urbina, D. *et al.* 2005b: 152-153) que como hemos visto más que a un empobrecimiento de las cabañas apuntaría a una especialización económica cada vez mayor reforzada con el aumento de la actividad textil. Asimismo es coherente con las necesidades territoriales de explotación de estos grupos, que serían muy limitadas en torno a los asentamientos y que harían innecesaria la aplicación de sistemas de cultivo más intensivos. Para un asentamiento como el Cerro de la Gavia se ha estimado que las necesidades de su población estarían cubiertas simplemente con la explotación de un radio de 1,15 kilómetros (Urbina, D. *et al.* 2005b: 172).

6.3.2. Comercio e intercambios

Fuera cual fuese el sistema de cultivo – aunque como hemos visto la propuesta de Urbina parece muy coherente con los datos arqueológicos y con las características geográficas y ambientales de la región –, lo cierto es que debió mejorar sustancialmente la capacidad adquisitiva de estas comunidades si nos atenemos al aumento de objetos de adorno – especialmente fíbulas –, cerámicas de importación, objetos de lujo de carácter excepcional y otro tipo de productos que se documenta en estos momentos en todo el valle medio del Tajo. Las evidencias de intercambios apuntan también a la intensificación del comercio con regiones vecinas sin limitarse a productos procedentes de rutas de largo alcance. Esta mejora en la capacidad adquisitiva está directamente relacionada con la aparición de excedentes en las comunidades de la región, y es por tanto uno de los indicios más claros de los cambios económicos que comienzan a desarrollarse a finales del siglo V a.C. y que se hacen mucho más explícitos a lo largo de los siglos IV y III a.C.

Ya hicimos referencia al extraordinario crecimiento del número de fíbulas en el valle medio del Tajo en el capítulo anterior, que corresponden fundamentalmente al modelo anular hispánico. Se conocen al menos unas 150 piezas cuya cronología genérica abarca aproximadamente los siglos V-III a.C. y que por tanto podría considerarse como la fíbula por antonomasia de la Segunda Edad del Hierro en la región antes de la conquista romana. En mucha menor cantidad aparecen las fíbulas de La Tène I de pie libre, las de pie vuelto, las simétricas y las zoomorfas, de cronologías similares y que aparecen de manera recurrente en la región pero siempre en proporción mucho menor. Uno de los aspectos más interesantes de ésta "explosión" de fíbulas es su origen. Tal y como analizamos en el capítulo anterior al valorar el comercio durante el siglo V a.C. y la primera parte del siglo IV a.C., las principales líneas de llegada de objetos - cerámicas griegas y de barniz rojo, cuentas de pasta vítrea y las primeras fíbulas anulares - procedían y accedían al valle medio del Tajo desde el sudeste de la Península ibérica. Sin embargo, la presencia de los cuatro tipos de fíbulas minoritarias enumerados arriba apunta a un incremento de los contactos con la Meseta norte y el valle del Ebro. No sólo porque los paralelos más antiguos de estas piezas se hayan detectado en esas zonas, sino porque los yacimientos del valle medio del Tajo que presentan mayor número de ejemplares son aquellos situados en zonas de contacto con el Noreste de esta región o con los caminos naturales de comunicación con ésta, como el Llano de la Horca, Fosos de Bayona o el valle del Tajuña. Esta impresión parece confirmarse con la presencia de otro tipo de objetos, como vasos pintados de estilo numantino, placas de cinturón algunas armas como la espada de antenas atrofiadas localizada en Las Esperillas (Urbina, D. 2000: 46). Parece que a partir de finales del siglo IV a.C. y sobre todo durante el siglo III a.C. se producen contactos cada vez más fluidos con las poblaciones situadas en el noreste, poco claros en etapas anteriores. Estos movimientos acabarían convirtiendo el valle medio del Tajo en un eje estratégico de comunicación entre la mitad oriental de ambas mesetas, y como en el caso de las vías de comunicación con el sur, el mantenimiento de rutas comerciales estables implicaría una colaboración cada vez más estrecha entre las diferentes comunidades implicadas en garantizar la seguridad y la estabilidad de las comunicaciones.

Además de las fíbulas, el crecimiento del número de objetos de bronce asociados al adorno personal es evidente durante los siglos IV- III a.C., como ya parecía intuirse en los momentos anteriores y que se hacen especialmente comunes en las necrópolis. Por los datos de que

disponemos, no parece haber una preferencia concreta por algún tipo de objeto en particular ya que las piezas documentadas varían sustancialmente de un contexto a otro, aunque destacan las placas de cinturón de diferentes tipos como las localizadas en Cerro Colorado (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 247) o en Santa María (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 335) (fig. 6.27).



Figura 6.27: broches de cinturón de Santa María (arriba) y de Cerro Colorado (abajo)

Respecto de otros objetos de importación sí se producen algunos cambios relevantes en el tipo de materiales que llegan al valle medio del Tajo. El más significativo de ellos es la desaparición del registro arqueológico de la cerámica ática, hecho que se ha asociado repetidamente a las consecuencias del tratado romano - cartaginés del 348 a.C., que dejaría a la Península ibérica dentro del ámbito comercial cartaginés, o a problemas en las relaciones cartaginesas con Agatocles, que incidirían directamente en la distribución de objetos áticos en la Península (Urbina, D. 1997: 551-552). Las consecuencias de estos problemas debieron ser radicales, ya que hasta finales del siglo III a.C., con la llegada de las primeras producciones campanienses, las cerámicas "de lujo" en el valle medio del Tajo prácticamente se limitan a las ya conocidas piezas de barniz rojo, probablemente producidas en alfares

indígenas de Ciudad Real o Albacete como vimos en el anterior capítulo, aunque siempre aparecen en porcentajes pequeños como el 2% de Plaza de Moros (Urbina, D. *et al.* 2004: 163) Otro posible indicio del predominio comercial púnico es la expansión de las cuentas de pasta vítrea en algunos yacimientos como Palomar de Pintado, donde se aprecia un aumento de este tipo de piezas durante el siglo IV a.C. y su estabilización en el siglo III a.C. En general, los objetos asociados al comercio púnico parecen aumentar su presencia a finales del siglo IV a.C. en la región (Urbina, D. 1997: 581).

Además de la desaparición de las cerámicas áticas, las vajillas de mejor calidad del valle medio del Tajo muestran algunas transformaciones relevantes a lo largo del siglo III a.C. La primera de ellas es la paulatina desaparición de las cerámicas grises ibéricas de los repertorios cerámicos de los asentamientos. Habíamos visto cómo este tipo de cerámicas eran rápidamente asimiladas en los primeros momentos de introducción del torno, alcanzando a comienzos del siglo IV porcentajes relevantes que alcanzaban el 13-17% del total en yacimientos como Cerro Redondo (Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1985: 93) – donde los análisis de pastas realizados sobre este tipo de cerámicas apuntan a su origen local desde un primer momento (Galván, J. y Galván, V. 1985) – y El Cerrón (Valiente, S. 1994: 81-87). Sin embargo, a finales del siglo III a.C. se observa que los porcentajes han disminuido sensiblemente en muchos de los yacimientos: representa entre el 4

y el 6% del total la fase III de El Cerrón y el 2% en Plaza de Moros (Urbina, D. *et al.* 2004), cuyo final puede datarse en torno al siglo II. Asimismo, en el horno localizado en el yacimiento de la Alberquilla la presencia de producciones grises es testimonial (Gutiérrez, E. *et al.* 2007: 308). También desaparecen progresivamente de los ajuares funerarios, donde antes eran abundantes. Parece por tanto que este tipo de piezas fueron progresivamente descartadas como vajillas de lujo, y lo cierto es que especialmente en el siglo III a.C. estas vajillas parecen haber consistido en cerámicas de tipo ibérico de buena calidad pero de probable producción local, con decoraciones cada vez más barrocas como se observa en algunos platos de La Alberquilla, en las piezas de excelente calidad que combinan pintura y estampillado y, a partir del siglo III a.C., en las piezas con bicromía a base de filetes negros enmarcando bandas rojas.

Durante el siglo III a.C. también comienzan a aparecer algunas piezas de regiones cercanas que podrían ser consideradas como importaciones "de lujo", como algunos *oinochoe* y *kalathos* documentados en El Cerrón y Palomar de Pintado, así como piezas con decoraciones figurativas relacionadas tanto con motivos ibéricos como con aquellas relacionadas con el mundo celtibérico tardío. En este sentido, piezas como la urna del Cerro del Gollino, decorado con liebres y peces remiten directamente a los talleres ibéricos de Elche – Archena (Fernández, J. y Barrio, C. 2002: 62), mientras que piezas como el vaso de los caballos del Llano de la Horca (Baquedado, E. *et al.* 2007), los fragmentos localizados en la Gavia (Urbina, D. *et al.* 2005a: 183) o el pintado con decoración de tipo numantino localizado en Toledo (Fernández, J. y Barrio, C. 2002: 362). Este tipo de piezas con decoración figurativa corresponden a los momentos finales de este periodo e incluso al proceso posterior de la conquista romana pero nos permiten valorar la creciente imbricación del valle medio del Tajo dentro de sistemas comerciales de productos indígenas, a la vez que parecen confirmar el establecimiento de relaciones con el mundo de la Meseta norte que se observaba desde el siglo IV a.C.

Junto a estos objetos que deberían ser considerados "de lujo" tan sólo dentro de los parámetros más bien modestos del valle medio del Tajo, se han recogido algunas piezas que por su valor artístico, por la materia prima y la tecnología en que han sido realizadas deben considerarse realmente objetos excepcionales. Es el caso de la arracada de oro localizada en Cerro Colorado (Perea, A. *et al.* 2010b), los colgantes de oro documentados en Palomar de Pintado (Perea, A. *et al.* 2010a), una fíbula de plata descontextualizada localizada en Aranjuez (Prieto, S. y López, V.



Figura 6.28: pátera de oro y plata documentada en Titulcia

M. 2000: 46) o la recientemente descubierta "medusa de Titulcia" (Vara, I. G. 2010). Otras piezas que podrían ser incluidas en este contexto serían los tesoros de piezas de plata localizados en Driebes (San Valero, J. 1945) y Armuña de Tajuña (González, C. 1999), ambos en

Guadalajara pero muy cerca de nuestra zona de estudio.

Las piezas de oro fueron recuperadas en contextos funerarios, mientras que la pátera de Titulcia (fig. 6.28), realizada en plata y oro y de influencia helenística, pudo haber sido recogida en un contexto ritual aunque las informaciones son aún muy imprecisas ya que proceden de la nota de prensa proporcionada durante la presentación de la pieza tras su restauración.

Cronológicamente, se ha propuesto un arco temporal de los siglos IV-III a.C. para la pieza. Mejor estudiadas están las piezas de oro, ya que han formado parte del primer estudio monográfico sobre piezas de este metal en la Península prerromana (Perea, A. *et al.* 2010a). En el caso de la arracada de Cerro Colorado, presenta un cuerpo fusiforme hueco fabricado a partir de dos mitades simétricas soldadas con una aleación con alto contenido en plata y en cuyo borde interior se situó un borde moldurado (Perea, A. *et al.* 2010a: 355).



Figura 6.29: cuentas de oro de Palomar de Pintado. Fotografías Juan Pereira

En cuanto a las cuatro piezas de Palomar de Pintado, se trata de dos colgantes con forma de insecto (3-4), una cuenta calada de perfil compuesto doble (2) y un fragmento de pieza posiblemente esférica (1). Los colgantes en forma de insecto son piezas simples fabricadas a partir de una lámina trabajada para dar forma a las alas y a la cabeza y permitir la suspensión de la pieza. En cuanto a la cuenta calada, presenta características formales muy similares a las de un ejemplar de la necrópolis de Toya, relativamente cercana, pero con una calidad mucho

menor en la aleación del ejemplar toledano (Perea, A. *et al.* 2010a: 375).

La aparición de este tipo de piezas obedece a las mismas dinámicas que el resto de objetos de lujo pero presentan un matiz importante: mientras que el resto de objetos son relativamente modestos y su adquisición debió ser relativamente asequible para gran parte de la población, con estas piezas de orfebrería parecen haber pasado justamente lo contrario. Su presencia muestra de manera indirecta la existencia de notables diferencias económicas dentro de los miembros de la comunidad. Sin embargo, su significado social no deja de ser diferente del resto, ya que aunque sustancialmente más valiosas se trata de piezas únicas utilizadas para obtener prestigio y tratar de plasmarlo en posiciones de autoridad consolidadas, tal y como hemos visto que sucede desde el comienzo de la Edad del Hierro y especialmente a partir del siglo VI a.C. Volveremos a analizar este fenómeno más adelante, aunque en estos momentos lo verdaderamente importante es la evidencia de que en el valle medio del Tajo existía una capacidad de acumulación suficiente como para obtener alguno de estos objetos excepcionales.

Otros datos apuntan a un incremento de los intercambios comerciales en estos momentos en la región. El notable aumento de objetos de hierro y bronce en la región es una pista indirecta de una mayor demanda, bien de materias primas, bien de objetos manufacturados, y en ambos casos estaría relacionado con una capacidad adquisitiva de estos grupos superior a la de etapas

anteriores. De igual modo se mantiene la presencia de numerosas contramarcas en contenedores cerámicos, que como dijimos son generalmente asociadas a intercambios comerciales - marcas de productos o propietarios. En yacimientos como El Cerrón, muchas de ellas aparecen en piezas de barniz rojo (Valiente, S. 1994: 136, 138), remarcando su interpretación como marcas comerciales. Aunque es muy difícil valorar el impacto de estos intercambios en la economía de las comunidades de la región, y es evidente que las condiciones de conservación del registro arqueológico limitan el conjunto de objetos susceptibles de ser intercambiados, hay dos conclusiones que resultan bastante evidentes: existe un aumento de la demanda de determinados objetos o de las materias primas necesarias para producirlos en la región y esta demanda puede ser satisfecha porque existen recursos excedentarios para intercambiar.

En definitiva, el conjunto de características que habíamos detectado en las etapas anteriores y que mostraba la creciente intensificación de la producción y la acumulación de excedentes se mantiene en los siglos IV y III a.C., dentro de un contexto cada vez más activo económicamente en el que esta acumulación permite tanto la adquisición de objetos vez más costosos y un acceso generalizado a piezas antes consideradas de lujo como la detracción cada vez mayor de mano de obra inicialmente dedicada a la subsistencia y que ahora puede dedicarse a otro tipo de actividades, entre las que van a destacar las asociadas al aumento de la actividad bélica en la zona a partir del siglo IV a.C.

6.3.3. ¿Guerra en el valle medio del Tajo?

La aparición de evidencias arqueológicas de una nueva situación de inseguridad política y de actividades bélicas en el valle medio del Tajo es, en gran medida, la razón de ser de este capítulo y el eje que vertebra los cambios documentados a partir del siglo IV a.C. La necesidad de construir defensas por primera vez durante la Edad del Hierro ha sido analizada desde el punto de vista territorial y de sus características arquitectónicas, pero mucho menos desde el punto de vista de las implicaciones sociales, económicas o políticas que conlleva un contexto de conflicto bélico latente.

Porque este es el primer matiz importante que queremos plantear aquí: pese a la génesis de todo un sistema defensivo en el eje central de los ríos Tajo y Jarama, no creemos que la situación que vivió el valle medio del Tajo pudiera ser caracterizada como de guerra, incluso asumiendo el alcance limitado de ésta que se plantea para las sociedades prerromanas. La escasísima presencia de armas y, por contra, el importante esfuerzo dedicado a la defensa de las poblaciones y de los recursos parecen apuntar más a la necesidad de protección esporádica de ataques de baja intensidad que a la existencia de una actividad bélica continuada con campañas anuales, como parece haber sido la norma en otros contextos como el ibérico (Quesada, F. 2009: 127). En nuestra opinión, sería más adecuado hablar de una situación de tensión o inestabilidad permanente, que no siempre se traduciría en confrontación, pero que sería lo suficientemente recurrente para acabar modificando los patrones de asentamiento. Los datos más específicos - armas, evidencias de ataques, etc. - son muy escasos, por lo que no tendría demasiado sentido tratar de escribir una interpretación militar de la situación del valle medio del Tajo al estilo de las realizadas en otros ámbitos de la Península ibérica. Sí podemos plantear algunas características de cómo se desarrollarían los choques armados en la zona, tema que ha sido desarrollado en

parte por Dionisio Urbina al analizar las características de los asentamientos amurallados (2000: 233; 2005: 61).

Mucho más importantes parecen haber sido las implicaciones sociales de la aparición de enfrentamientos armados en el valle medio del Tajo. La actividad bélica y la violencia armada no sólo tienen unas consecuencias directas – las más evidentes – sobre las vidas de los que la padecen, sino que a menudo vienen acompañadas de cambios en las estructuras sociales de las comunidades que tienen que enfrentarse a ellas. Por supuesto, los conflictos y los enfrentamientos armados debieron existir en el valle medio del Tajo antes del siglo IV a.C. Pero no consiguieron crear una situación tan tensa como para que se modificaran de manera radical muchos de los aspectos de la vida cotidiana de los grupos que habitaban la región, probablemente porque la ausencia de excedentes hacía que no hubiera recursos ajenos que desear y tampoco podían detraerse manos a los trabajos agrícolas que aseguraban la subsistencia del grupo. Como bien ha reflejado Dionisio Urbina y hemos resumido arriba, es significativo que las evidencias generalizadas de violencia aparezcan en el momento en el que comienzan a documentarse excedentes productivos. Pero además la guerra no es un concepto abstracto, sino que viene vinculada a un conjunto de escenarios y ámbitos de decisión e interacción en los que se expresa la comunidad, estableciendo un marco de relaciones que hasta entonces no existía en el valle medio del Tajo.

Desde el punto de vista del análisis práctico de la guerra, poco puede añadirse a las características expuestas por Dionisio Urbina al analizar los recintos fortificados de la Mesa de Ocaña. Estos recintos están asociados a poblaciones indígenas de pequeño tamaño, que recurren a elementos muy defensivos muy básicos y que se basan en un tipo de conflicto denominado "de baja intensidad" en el cual el objetivo de los atacantes no es la aniquilación total del asentamiento y sus habitantes o su control directo, sino la apropiación de recursos concretos o la retribución por agravios económicos o morales a través del saqueo y la destrucción de bienes. En el caso de que ambos bandos se consideraran fuertes podría contemplarse un combate abierto, en caso contrario, la opción lógica sería el repliegue tras los muros para evitar la batalla y la defensa desde las fortificaciones.

Esta visión alejada de las estrategias militares de sociedades estatales como la romana o la cartaginesa no debe llevarnos a pensar en la guerra del mundo prerromano como una especie de conflicto ritualizado con más parte de expresión de valores guerreros y habilidades castrenses que de violencia real. La documentación recopilada por Lawrence H. Keely (1996: 83-94) en su libro *"War before civilization"* muestra claramente cómo las muertes en combate en sociedades preestatales son muy superiores a las de sociedades estatales, tanto antiguas como actuales. Las causas son varias, pero una de las más evidentes es el casi continuo estado de guerra de estas sociedades (Keely, L. H. 1996: 32-33) que hace que, como un goteo casi invisible, los grupos pierdan casi anualmente alguno de sus miembros. Otra es la generalizada tendencia en este tipo de sociedades a no hacer prisioneros, especialmente hombres adultos. En el caso de las mujeres, la tendencia es a mantenerlas con vida – en algunos casos son el objetivo prioritario de los ataques.

Que el tipo de combates adquiriese habitualmente la forma de incursiones no quiere decir que no existieran verdaderas batallas que involucraran a un número sustancial de hombres por cada

bando, o, de manera coyuntural, masacres dirigidas a aniquilar una comunidad enemiga vecina. Para ambos casos conocemos datos etnográficos y arqueológicos (Keely, L. H. 1996: 59-69), y algunas de las características del armamento de grupos prerromanos como los íberos apuntaría a un tipo de lucha en formación que implicaría la existencia de batallas campales entre grandes grupos de guerreros (Quesada, F. 2009: 122). En el valle medio del Tajo las evidencias parecen apuntar a un desarrollo mucho menor de la actividad militar, cuya expresión más habitual serían las incursiones y emboscadas lo suficientemente continuas como para forzar un cambio del patrón de asentamiento pero sin acciones militares de gran entidad. A la larga, sin embargo, los resultados podrían ser igual de dañinos, ya que la acumulación de pérdidas a lo largo de los años en comunidades tan pequeñas podría llevar a su desaparición en relativamente poco tiempo. Los cálculos de Keely para sociedades preestatales muestran que ningún grupo pequeño podría permitirse la pérdida de más de un 2% de su población en una incursión o batalla (1996: 91). Si estas incursiones se produjesen cuatro veces al año, en cinco años un grupo podría reducir su población masculina en un tercio, haciendo muy difícil su subsistencia y pudiendo llegar a provocar la desaparición del mismo. En este contexto y para tratar de minimizar las bajas por ataques de vecinos es donde se insertaría el proceso generalizado de amurallamiento en la región.

Es importante tener en cuenta que las defensas construidas obedecen a un peligro percibido que no tiene por qué estar estrictamente equilibrado con el peligro real. Por el contrario, existe una cierta tendencia al sobredimensionamiento de las defensas, puesto que el objetivo ideal sería la disuasión del ataque enemigo sin llegar a entrar en combate (Quesada, F. 2007: 76). En este sentido parece correcta la interpretación de Dionisio Urbina de que sólo en raras ocasiones se produciría un asalto de los espacios fortificados (2000: 233) ya que a igualdad de armamento y si no se cogía por sorpresa a los defensores, las defensas del asentamiento, por muy rudimentarias que fuesen, marcaban una diferencia imposible de superar por los atacantes. Hasta la invención de la pólvora, la capacidad de defensa fue siempre por delante de la capacidad de ataque, y esto implicaba que cuando una fortaleza era tomada lo era por falta de combatientes, por hambre, traición o desmoralización de los defensores (Quesada, F. 2007: 77). Incluso si se tuviese éxito al tomar al asalto uno de estos asentamientos, las previsibles bajas que sufrieran los atacantes podrían hacer que el esfuerzo no fuese rentable.

A partir de las defensas de los poblados fortificados podemos por tanto valorar para qué tipo de ataques estaban planificados: ataques de grupos muy similares a los de los defensores, con armamento idéntico, que no tenían ninguna posibilidad de tomar una de estos asentamientos en condiciones normales. Si a esta característica unimos la baja intensidad que caracterizó la guerra en el mundo prerromano hasta la llegada de los cartagineses y romanos, es más que probable que en realidad, las defensas de estos asentamientos amurallados fuesen puestas a prueba en muy pocas ocasiones. Los enfrentamientos armados pudieron adquirir más bien la forma de escaramuzas y ataques por sorpresa en el entorno del asentamiento, buscando hacerse con ganado u otros bienes desprotegidos; o de combates individuales en los que pudiese demostrarse el valor y habilidad de los combatientes.

Tampoco parece que existiesen guerreros profesionales en el valle medio del Tajo, mucho menos soldados. Como en el caso ibero y probablemente del resto de poblaciones prerromanas, la instrucción militar era proporcionada por la vida en el campo y prácticas como la caza (Quesada, F. 2006: 28). No tenemos datos – aunque no sería descartable – de la existencia de mercenarios de la región en los ejércitos cartagineses que combaten en el Mediterráneo durante los siglos V y IV a.C., y en los que evidentemente los soldados adquirirían un entrenamiento profesional. La ausencia de armas en la región ha sido repetidamente citada como una de las principales características de las comunidades de esta zona, frente a las innumerables evidencias de áreas cercanas como la vetona, la celtibérica o la contestana. Es cierto que las armas son muy escasas en el registro arqueológico, pero recientes descubrimientos han ido ampliando la nómina conocida en la región que, en cualquier caso, es muy limitada (fig. 6.30). Dejando de

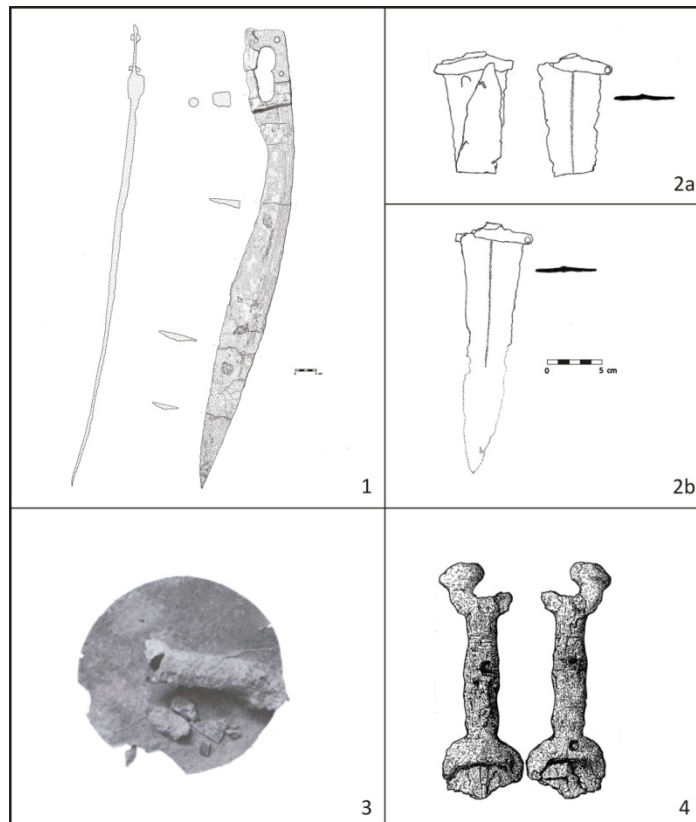


Figura 6.30: armas del valle medio del Tajo. 1 falcata de Palomar de Pintado. 2 espada de antenas de Ocaña original (a) y reconstrucción (b). 3 umbo de escudo de Cerro Colorado. 4 puñal de antenas de Las Esperillas

lado los cuchillos afalcatados, que parecen ser más bien objetos de uso cotidiano, se ha documentado un umbo y otros objetos asociados a escudos en varias tumbas de la necrópolis de Cerro Colorado (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 245), un mango de espada de antenas atrofiadas en Las Esperillas (Urbina, D. 2000: 46), un *soliferreum* y una falcata de gran tamaño localizada en Palomar de Pintado (Ruiz, A. *et al.* 2004), una empuñadura de espada de hierro localizada en prospección al realizar la carta arqueológica de Estremera, en las cercanías del asentamiento fortificado del cerro de Manroyo (Fernández, M. J. *et al.* 1993) y una punta de lanza en la necrópolis de El Vado (Martín, A. 2010: 323). En el Cerrón, se documentaron un regatón, varias puntas de flecha de bronce y una posible manija de escudo (Valiente, S. 1994, fig. 63)

que en nuestra opinión debería ser descartada ya que la pieza es plana y no circular (demasiado frágil por tanto para ser agarrada) y además no se han documentado ni clavos para sujetarla al cuerpo del escudo ni agujeros para las anillas que permitían el paso del *telamon* o correa para colgar y transportar el escudo (Quesada, F. 1997: 495). Finalmente y procedente de un hallazgo aislado, se ha documentado en Ocaña el único puñal biglobular o de frontón encontrado en la región hasta el momento (Pérez, J. 2001).

Como se ve, los datos son muy escasos, pero aportan cuatro elementos de interés. El primero es que, por primera vez aparecen armas inequívocamente fabricadas para un uso bélico. Hasta este

momento, las armas documentadas en los asentamientos eran armas que podían tener un doble uso militar y cinegético, como la lanza documentada en Laguna del Campillo (ARTRA, S. L. 1996) o las puntas de flecha recogidas en Arroyo Culebro C (Penedo, E. *et al.* 2002: 119). Esta situación no parece ser fruto de la casualidad, tanto por razones estratégicas que exigen en un momento de mayor posibilidad de combates contra otros grupos, la adquisición de armas para el combate cuerpo a cuerpo como por las implicaciones heroicas y asociadas al prestigio personal que siempre han tenido armas como las espadas. Esta aparición de nuevas armas no está reñida con la continuidad de lanzas y flechas como vemos en El Cerrón, que seguirían constituyendo parte del armamento de estos grupos aunque es probable que mantuvieran su funcionalidad dual.

En este sentido, es importante destacar que la mayoría de estas armas aparecen asociadas a contextos funerarios, como la falcata y el *soliferreum* de Palomar de Pintado, el umbo de Cerro Colorado, la lanza de El Vado y probablemente la empuñadura de Las Esperillas. Los casos de Cerro Colorado, donde el umbo del escudo constituye la tapadera de la urna, y de Palomar de Pintado, donde la falcata se deposita en una tumba cargada de implicaciones simbólicas muestran la doble función de estos objetos dentro de las comunidades de la región. Otro caso muy evidente sería el del puñal biglobular o de frontón localizado en Ocaña, descontextualizado pero cuya inutilización intencionada y las evidencias de haber sido afectada por el fuego nos hablan de su contexto funerario original (Pérez, J. 2001: 10). Es el caso también de las armas localizadas en necrópolis conquenses como la del Cerro de la Virgen de la Cuesta en Alconchel de la Estrella, muy relacionadas con necrópolis como Palomar de Pintado o El Vado (Millán, J. J. 1990: 198).

El tercer elemento a considerar es la cronología, que en general marca un horizonte a partir del siglo IV a.C. que coincide con la considerada para el comienzo de los poblados fortificados. Es el caso de la espada de antenas atrofiadas documentada en Las Esperillas (Urbina, D. 2000: 46), y algo parecido ocurre con la falcata de Palomar de Pintado, a la que se ha asignado una cronología del siglo III a.C. Las falcatas comienzan a generalizarse a partir del siglo IV a.C. en los ajueres de la región contestano - bastetana hasta constituir el arma más abundante en las necrópolis de esta región (Quesada, F. 2002: 47), cercana por otra parte a la necrópolis donde se ha documentado la pieza toledana.

Finalmente, y pese a la escasez de información, es interesante que la mayoría de las armas descritas hasta ahora hayan aparecido bien en el área central del valle medio del Tajo, justo la zona donde se documenta la mayor concentración de poblados amurallados y donde parece haber sido más clara la situación de inestabilidad política descrita al comienzo del capítulo, bien en la zona del Sudeste del valle, donde como veremos se aprecian fenómenos muy marcados de jerarquización social. Por el contrario, el origen de las armas es muy variado, ya que proceden tanto del ámbito ibérico como de la Meseta norte, y parecen haber constituido un artículo de lujo dentro del valle, independientemente de su origen.

Ésta es quizá la primera de las implicaciones sociales que pueden reseñarse en relación a la guerra en la cuenca media del Tajo: la aparición de un nuevo contexto de exhibición social en el que hacer explícita tanto la riqueza - adquiriendo armas que por su rareza constituyen objetos de lujo - como un conjunto de habilidades que pueden ser manipuladas para adquirir prestigio y preeminencia social. Tradicionalmente la actividad guerrera ha sido considerada una de las vías

más directas para obtener reconocimiento y para conseguir una identificación con ancestros heroicos, ficticios o no. La aparición de armas en la región no implicaría sólo una creciente necesidad de defenderse, sino que serviría para remarcar las diferencias entre aquellos individuos que pueden permitirse la adquisición de estas piezas y los que no, al igual que ocurría en etapas anteriores y también en estos momentos con otro tipo de objetos. Este prestigio tiene no obstante connotaciones más profundas, ya que la posesión de armas identifica a un individuo como guerrero, y esta identificación acarrea una serie de virtudes - valor, destreza, resistencia, etc. - que se le suponen al individuo y que con el tiempo pueden asociarse no a la persona individualizada, sino al grupo, la familia o el linaje. No es raro que, como veremos, en estos momentos comience muy tímidamente una tendencia a la representación iconográfica de la figura del héroe en la zona.

Sin embargo, siendo destacable como es la aparición de las primeras armas en el valle medio del Tajo, lo cierto es que no dejan de ser un conjunto de piezas de prestigio más a través de las que dilucidar los procesos de competición social planteados hasta ahora. Más importante es, sin embargo, la apertura de nuevos contextos sociales, económicos o políticos que son el escenario perfecto para la manipulación social de la comunidad. La tensión y la sensación de excepcionalidad inherente a la actividad bélica ofrecen un entorno muy propicio para el ascenso social, ya que en esos momentos se toleran actitudes y decisiones que en otros momentos se rechazarían y que se admiten para evitar la desunión interna frente a un enemigo común.

El más explícito de estos ámbitos es, sin duda, la construcción de los asentamientos fortificados. Dionisio Urbina planteó algunas cuestiones acerca de ellos, como su origen estrictamente indígena (Urbina, D. *et al.* 2004: 165), el empleo de sistemas muy sencillos y que buscaban el máximo rendimiento con el menor esfuerzo posible (2004: 158) y una planificación previa relativamente compleja realizada de manera integral desde los asentamientos en llano (2004: 165). Coincidimos con estas tres premisas, pero creemos que se han obviado un buen número de connotaciones de tipo social que resultan de interés para conocer cuál era la situación sociopolítica de estas poblaciones durante la construcción y uso de estos asentamientos. Hay que tener en cuenta que las fortificaciones constituyen el nivel de tecnología militar más avanzado y caro de los sistemas preindustriales, y su aparición en el registro arqueológico debe ser valorada muy cuidadosamente no sólo desde un punto de vista militar, sino desde una perspectiva económica o social (Keely, L. H. 1996: 55). Además, hay que tener en cuenta que la construcción de una fortificación se hace en función de una amenaza percibida con una determinada intensidad: si los ataques son poco frecuentes o las pérdidas provocadas por los mismos pueden ser fácilmente asumibles es poco probable que se tome la decisión de fortificar el asentamiento (Keely, L. H. 1996: 56).

En primer lugar, parece claro que aunque los sistemas defensivos son muy simples, la construcción de los poblados fortificados requirió de al menos tres cosas: ciertos conocimientos técnicos de arquitectura y poliorcética, excedentes alimenticios que permitieran mantener a los trabajadores durante la construcción y coordinadores capaces de organizar el trabajo. No pretendemos decir que existieran arquitectos que dirigieran las obras, ni líderes capaces de promover la construcción y el traslado de comunidades enteras, pero sí creemos que estas tres funciones citadas arriba tuvieron que llevarse a cabo de alguna manera, y que en ese proceso

surgirían oportunidades de gestión, coordinación y dirección del trabajo que podrían ser utilizadas para lograr una cierta preeminencia social dentro del grupo.

Respecto del primer tema, aunque en efecto los elementos defensivos - principalmente fosos y murallas - son bastante simples, el hecho de que aparezcan en un lapso relativamente corto de tiempo en todo el valle medio del Tajo y de que todos los asentamientos presenten características muy similares nos hace pensar en la existencia de, si no especialistas en este tipo de actividad, sí de personas capaces de planificar obras arquitectónicas relativamente complejas, de proyectar la distribución del espacio desde el comienzo de las mismas y de aplicar soluciones defensivas específicas en función de la topografía y dimensiones del terreno. Soluciones como la inserción de los muros de las casas en la muralla de Plaza de Moros o Santa María, con rellenos de ladrillos de adobe para conformar posibles altillos en las traseras de las viviendas; o el uso generalizado de una versión tosca de la técnica de amurallamiento conocida como *emplecton* apuntan a la existencia de algunas personas con conocimientos relativamente complejos de arquitectura, que tuvieron que, si no dirigir, sí organizar el trabajo de la comunidad.

Por muy sencillas que fueran las obras de fortificación, es evidente que debieron detraer esfuerzos y mano de obra de otras actividades relacionadas de manera mucho más directa con la subsistencia del grupo. Aunque el trabajo fuera modesto, buscara la máxima eficiencia posible y se paralizara en los picos de actividad agrícola, los trabajadores tuvieron que ser mantenidos por el resto de la población mientras se construía el poblado, lo que de manera implícita parece confirmar la creciente existencia de excedentes observada a partir de finales del siglo IV a.C., que incluso en poblaciones de pequeño tamaño como las del valle medio del Tajo permitió sustraer parte de la mano de obra de los trabajos agrícolas sin poner en peligro la supervivencia de la comunidad, aunque también es plausible que los trabajos de construcción se desarrollaran durante el invierno, donde la carga de trabajo es menor.

Finalmente, todas estas actividades requieren una cierta coordinación, comenzando por la localización del nuevo asentamiento o de las futuras cuevas artificiales, la organización de grupos de trabajo en la construcción y las labores agrícolas o la adquisición de materias primas como la madera, la fabricación industrial de adobes - con lo que supone de necesidades de tierra, paja y agua, etc. Por supuesto, muchas de estas decisiones se tomarían de manera colegiada entre los hombres adultos de cada comunidad, pero presentarían excelentes situaciones aprovechables por individuos con carisma, peso social y capacidad de decisión para mejorar su posición dentro del grupo como gestores y coordinadores. Asimismo, la construcción de unas defensas conlleva también la necesidad de su mantenimiento, reparaciones y, en casos como Santa María, ampliación del recinto defendido en caso de aumento significativo de la población.

Una vez finalizada la construcción de los poblados amurallados, la vida cotidiana en momentos de inseguridad requiere también otro tipo de coordinación vinculada a la actividad bélica: desde el establecimiento de algún tipo de vigilancia para detectar la llegada de posibles incursores hasta la organización de partidas guerreras para presionar, atacar o disuadir a otros grupos rivales o hacer valer derechos de la comunidad sobre un determinado recurso, pasando por la fabricación de armas o un mínimo entrenamiento en el manejo de aquellas que no tuvieran un doble uso y por tanto tuviesen que ser dominadas de manera específica. Como en el caso de

otras actividades como la caza o el comercio, es muy probable que la elección de los líderes de este tipo de actividades se realizase en función de las capacidades personales, pero también es evidente que la guerra ofrece unas excelentes oportunidades para destacar en una actividad fundamental para la supervivencia del grupo, y que viene asociada a unas cualidades muy concretas que en las culturas tradicionales han sido muy valoradas. Sin que podamos confirmarlo de manera concluyente, parece que se comenzaron a crear las condiciones para la aparición de la figura del guerrero no tanto como especialista sino como perteneciente a una incipiente élite social, capaz de permitirse armas específicas para esta función aunque el mayor peso social vendría dado por su capacidad para aprovecharse de la nueva situación para en beneficio propio y de su familia.

Otro gran escenario con un gran potencial para la promoción personal es el de la negociación del final de las acciones armadas. La finalización de las guerras, la negociación de compensaciones que pongan fin a los ataques o la formación de alianzas frente a otros grupos es tan importante como la gestión de las acciones bélicas, y ha sido un punto tradicionalmente utilizado por aquellos individuos más emprendedores para obtener beneficios, establecer contactos con otros grupos asumiendo de manera soterrada la representación de la propia comunidad. Puesto que este tipo de acuerdos puede relacionarse también con otro tipo de negociaciones como las asociadas al uso de determinados recursos, las alianzas familiares o al control de rutas de comercio, los beneficios personales de representar al grupo, incluso si se hace desde una óptica teóricamente altruista, pueden ser enormes, lo que ha llegado a provocar, en algunas sociedades documentadas etnográficamente, la existencia de individuos que provocan situaciones de conflicto para luego gestionar en su propio beneficio las negociaciones de paz (Hayden, B. 1995: 30-36).

Por otra parte, hay que tener en cuenta que un estado de conflictividad permanente, aun de baja densidad, introduce un nuevo elemento de incertidumbre que añadir a los inherentes a las economías campesinas y a los específicos de una zona climatológicamente compleja como es la Submeseta sur. Si volvemos a las cuatro estrategias propuestas por Halstead y O'Shea que hemos utilizado a lo largo de esta tesis para analizar las respuestas de los grupos del valle medio del Tajo, podría descartarse la movilidad como una opción – vemos que la tendencia es precisamente la contraria – y en cuanto a la diversificación de las actividades económicas, ésta ha alcanzado ya un nivel difícilmente superable con la tecnología y los recursos disponibles en la zona. En ese sentido, la amortiguación de la incertidumbre debería llegar desde el refuerzo de las redes de comercio que ofrecieran alternativas económicas diferentes de las tradicionales. Estas redes comerciales tan sólo pueden establecerse y mantenerse a través de alianzas entre diferentes grupos que garanticen la seguridad y la continuidad de los intercambios, y precisamente estas alianzas son una de las opciones más elaboradas para reducir los riesgos derivados de los problemas de subsistencia. Los acuerdos entre las diferentes comunidades para controlar determinados recursos o lugares comerciales estratégicos, defenderse o atacar a otros grupos debieron jugar un papel clave en la realidad sociopolítica del valle medio del Tajo. La otra gran baza con que cuentan sociedades campesinas para reducir la incertidumbre alimentaria es el almacenamiento de excedentes, una práctica que como hemos analizado comienza antes de la aparición de conflictos en la región pero que sin duda debió sufrir un aumento al tener que añadir a la siempre presente posibilidad de malas cosechas los ataques potenciales de otros grupos que robasen o destruyesen los recursos agrícolas o ganaderos de la comunidad.

Podría alegarse que la existencia de un comercio creciente y de las alianzas y estabilidad que necesitan debería frenar o reducir los conflictos armados, siguiendo la propuesta de Lévi-Strauss de que comercio y guerra simbolizarían dos formas estructuralmente opuestas de relaciones sociales, lo cierto es que asumir que, a largo plazo, los intercambios de bienes o las alianzas matrimoniales previenen los conflictos es un error que ha sido continuamente rebatido tanto desde la experiencia etnográfica como desde nuestros conocimientos históricos (Ferguson, R. B. 1990: 37; Keely, L. H. 1996: 121). De hecho y como puede contrastarse fácilmente a través de casos etnográficos e históricos, estas alianzas o acuerdos son a menudo el embrión de futuros conflictos, dado que al no existir instituciones de orden superior que garanticen el cumplimiento de los acuerdos éstos pueden degenerar en situaciones de tensión entre los grupos que los suscriben (Keely, L. H. 1996: 125). Asimismo, la existencia de numerosas comunidades de pequeño tamaño y la ausencia de élites con poder suficiente como para asegurar el mantenimiento de las redes comerciales y de las alianzas provocarían una situación muy voluble, en la que las relaciones entre los diferentes grupos se modificarían rápidamente contribuyendo a la sensación de inestabilidad general. En este mundo, las capacidades de negociación y ocasionalmente de coerción abrirían la puerta a situaciones de poder susceptibles de ser aprovechadas por algunos individuos o familias.

Como puede observarse, el interés de los conflictos armados, al menos en sociedades escasamente jerarquizadas como era la existente en el valle medio del Tajo, reside no tanto en sus características militares o económicas, sino en las posibilidades que se abren para desarrollar estrategias para el ascenso social y su posterior consolidación. No podemos afirmar con seguridad que todas las implicaciones sociales que hemos resumido brevemente arriba se dieran en el valle medio del Tajo, aunque algunas parecen muy plausibles, como las relacionadas con la construcción de los asentamientos fortificados. Lo que sí que es cierto es que una situación de inseguridad recurrente obliga a modificar algunas de las pautas de convivencia vigentes hasta el momento, y en ese momento de transformación y renegociación de las estructuras sociopolíticas se abren resquicios susceptibles de ser manipulados. En este sentido, es interesante recordar la discusión sobre si las desigualdades sociales aparecían en contextos de escasez y crisis o en momentos de relativa bonanza. En el capítulo 3 nos decantábamos por esta segunda opción, aduciendo que las sociedades campesinas son esencialmente conservadoras y que en momentos de crisis tienden a reforzar su *ethos* igualitario. Sólo en contextos de bonanza económica se permitía una relajación de las conductas igualitarias y la acumulación individualizada. Sin embargo, también defendimos que, una vez debilitada esta ética igualitaria y aparecidas desigualdades sociales, aun mínimas, si se producía una crisis ésta sí podía ser manipulada socialmente por aquellos individuos con iniciativa y recursos para tratar de afianzar su control sobre el grupo. Ésta parece ser la situación en el valle medio del Tajo a finales del siglo IV a.C., cuando tras más de dos siglos de crecimiento sin tensiones apreciables y con cierta permisividad hacia la acumulación y la competición social, los problemas observados en el registro apuntan a una crisis que debió crear unas condiciones propicias para la consolidación de las desigualdades sociales.

En nuestra opinión, esta crisis no fue provocada por la presión sobre los recursos en la región, una de las causas más clásicas para justificar el comienzo de conflictos armados (Ferguson, R. B. 1990: 33). De hecho, paralelamente a la aparición de tensiones se observa, como hemos visto, un refuerzo de la intensificación de la producción y de la acumulación de excedentes que

continúa hasta el siglo II a.C. Así pues, no parece que la escasez de recursos tenga que ver con la aparición de esta situación de violencia en la zona. En nuestra opinión, el contexto estudiado está relacionado con el control de los recursos, pero no sólo entre comunidades sino dentro de ellas, con parte del grupo utilizando los mecanismos descritos anteriormente para obtener posiciones de preeminencia dentro de sus comunidades y frente a otras de similares características. Sin descartar la existencia de ataques procedentes de zonas más desfavorecidas en busca de botín, creemos que la situación de inestabilidad en el valle medio del Tajo estaría provocada por las tensiones internas de estas comunidades, en las que estaría produciéndose una presión creciente para romper con los últimos resquicios de vida igualitaria. No es anecdótico, en nuestra opinión, que en este momento sea cuando se produzcan cambios simbólicos muy importantes en el ámbito funerario - y en menor medida, doméstico - que reflejen un afianzamiento ideológico y material de las tendencias hacia la desigualdad social, ni que éstas tensiones bélicas y sociales se produzcan cuando hay un excedente económico susceptible de ser detraído en favor de un grupo determinado. La guerra en el valle medio del Tajo, en nuestra opinión, constituyó una estrategia más en el camino para la manipulación social y el afianzamiento del poder de determinados individuos y sus familias, y en parte buscaba debilitar al propio grupo tanto como al grupo rival, desde dos perspectivas diferentes. Hasta qué punto esta estrategia tuvo éxito es algo que valoraremos al final del capítulo.

6.3.4. El mundo simbólico: más allá de las necrópolis

En el capítulo anterior renunciamos a dedicar un apartado al mundo funerario del valle medio del Tajo durante el siglo V a.C., aludiendo en parte a las dificultades para identificar las tumbas de ese periodo. Además consideramos que parcelar excesivamente la evolución de las necrópolis habría llevado repetir parte de la información y a perder la perspectiva necesaria para analizar las transformaciones sociales que se perciben en los cementerios del valle medio del Tajo durante los siglos V-III a.C. Este apartado va a tratar de analizar esta evolución y, si es posible, tratar de detectar cambios que puedan ser asimilables a los detectados en los patrones de poblamiento y en los modos de vida y de explotación económica que acaban de ser expuestos.

Las necrópolis han sido tradicionalmente el principal tipo de asentamiento estudiado en el valle medio del Tajo, hasta el punto de que hubo un tiempo en el que nuestro conocimiento de la cultura material de la Carpetania se apoyaba casi exclusivamente en su estudio (Urbina, D. 1997: 7). Aunque hoy en día esta afirmación ya no es correcta, es cierto que necrópolis como Las Madrigueras o Palomar de Pintado han sido hitos en la investigación de la región y proporcionado muchos de los materiales arqueológicos utilizados para periodizar la zona.

La nómina de necrópolis conocidas ha ido aumentando con yacimientos como El Vado (Martín, A. 2007, 2010) o Cerro Colorado (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007; Urbina, D. *et al.* 2007), que aunque insuficientemente publicados han permitido contrastar la información disponible para yacimientos tradicionales como Las Esperillas. Además, y como parte de esta tesis, se ha podido acceder a materiales parcialmente inéditos de dos yacimientos de características muy diferentes pero que pueden aportar información valiosa para interpretar mejor el mundo funerario de la Segunda Edad del Hierro. Se trata de las necrópolis del Cerro del Gato en Villanueva de Bogas y de Palomar de Pintado en Villafranca de los Caballeros. La primera fue estudiada en el año 2008

durante una estancia en el Museo de Santa Cruz de Toledo durante la cual se describió todo el material procedente de la necrópolis, se dibujaron y fotografiaron todas las piezas (Anexo 9) y se siguió la pista a otras piezas trasladadas al Museo Nacional de Arqueología del que por desgracia habían desaparecido en los años 60. El trabajo se completó con varias entrevistas a D. Salvador Llopis, que excavó la necrópolis en 1948 y que completó la información disponible con croquis de situación de las tumbas, listados de los análisis antropológicos de ocho de las urnas y otros datos de interés para el estudio del conjunto. Por desgracia, en la excavación no se tuvo en cuenta la información más útil que asociaba cada urna con su ajuar, así que las posibilidades interpretativas que nos ofrece esta necrópolis son limitadas.

Todo lo contrario ocurre con Palomar de Pintado, una necrópolis bien excavada y exhaustivamente documentada a la que nos hemos referido en varios capítulos de esta tesis al hablar de dataciones radiocarbónicas o de algunos tipos de materiales que aparecen en sus enterramientos. Durante los años 2008 a 2010 y gracias a la amabilidad de los investigadores responsables del yacimiento hemos podido acceder a todos los datos de la excavación y hemos colaborado con uno de sus directores, D. Juan Pereira, en la sistematización y el procesado de la información disponible, en la discriminación de las diferentes fases arqueológicas y en la adscripción las cerca de 150 tumbas a cada una de las mismas. Dada el volumen de materiales recuperados y la extrema complejidad de la estratigrafía de la necrópolis, los resultados de nuestros análisis deberían ser considerados preliminares y sujetos a revisión una vez este procesada toda la información. Asimismo, aunque hemos podido recopilar toda la información referente a los análisis antropológicos de la necrópolis, los estudios de paleodietas actualmente en curso, realizados por el Dr. Gonzalo Tranco deberían mejorar sustancialmente nuestra interpretación de la necrópolis.

Es obvio el enorme potencial que tienen los contextos funerarios para extrapolar información sobre los procesos sociales de las comunidades que están en ellos enterradas, incluso asumiendo que no pueden realizarse asociaciones directas y simplistas. Fue en el contexto funerario donde, desde el siglo VI a.C., comenzaron a documentarse las primeras evidencias de competición social y de adscripción de rango entre miembros de las comunidades de la Primera Edad del Hierro y es también el ámbito en el que primero comienzan a marcarse las tensiones sociales, por lo que es especialmente interesante valorar su evolución durante la Segunda Edad del Hierro.

Todas estas razones justifican que la atención dedicada a las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro tenga un peso especial en este capítulo. Y sin embargo, hemos titulado el mismo *más allá de las necrópolis*. Lo hemos hecho porque consideramos que si bien el mundo funerario es un refugio de muchas de las creencias, símbolos y mensajes sociales que sostienen una cultura, hemos detectado que a partir del siglo IV a.C. parte de esos mensajes "saltan" del mundo de los muertos al de los vivos, y se hacen explícitos, aun de manera incipiente, en el día a día de las comunidades del valle medio del Tajo. La aparición de las necrópolis de incineración supuso, a mediados de la Primera Edad del Hierro, una modificación de las pautas de relación con la realidad y la aparición de un nuevo escenario – restringido – de competición social. A partir del siglo IV a.C. las barreras sociales e ideológicas que limitaban la exposición y amortización de riqueza se difuminan y debilitan, y los mensajes que anteriormente se encontraban adscritos al mundo funerario ahora empiezan a permear otros ámbitos de la realidad, acompañando lo que

parece la construcción de una nueva ideología de poder. Esta ideología se construye a través de discurso simbólico que poco a poco rebasa los límites que la sociedad se había marcado y que se ceñían casi de manera exclusiva al mundo funerario.

6.3.4.1. Túmulos en la Mancha Toledana

Palomar de Pintado

De todas las necrópolis conocidas, en Palomar de Pintado es dónde más tumbas se han excavado - unas 150 - y de la que más información disponemos, incluidos análisis de antropológicos de la mayoría de las tumbas, siete dataciones de C14, cuatro de termoluminiscencia y análisis arqueometalúrgicos. Se han excavado tres sectores de la necrópolis, los dos primeros en los años 1986, 1988 y 1990 con un total de 54 tumbas, y el tercero entre 1997 y 2001, con un centenar de enterramientos y estructuras. Aunque no se ha publicado la memoria completa de la necrópolis, a lo largo de los años se han publicado artículos más o menos extensos (Carrobles, J. 1995; Carrobles, J. *et al.* 2000; Carrobles, J. y Ruiz, G. 1990; Pereira, J. *et al.* 2001, 2003; Ruiz, G. y Carrobles, J. 1986; Ruiz, A. *et al.* 2004) que han resumido las características más importantes de la necrópolis o han abordado aspectos concretos como las dataciones radiocarbónicas o el plan director del yacimiento.

Los artículos más extensos (Carrobles, J. y Ruiz, G. 1990; Pereira, J. *et al.* 2001, 2003; Ruiz, A. *et al.* 2004) hacen hincapié en la complejidad de la necrópolis debido a una estratigrafía vertical en la que más de 150 estructuras, algunas de ellas de gran tamaño, se concentran en unos 125 m². Esta superposición de tumbas complica mucho la interpretación del yacimiento, ya que a menudo las nuevas estructuras han destruido total o parcialmente las anteriores. Los resultados de las dos primeras campañas de excavación, publicados en el Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo (Carrobles, J. y Ruiz, G. 1990) describían hasta diez tipos diferentes de enterramientos, entre los que destacaban estructuras tumulares de piedra y adobe en las que se construía un perímetro alrededor de la fosa donde se depositaban los restos, sin que se llegase a cubrir la misma. Estas estructuras mostraban un panorama completamente diferente al de las necrópolis conocidas desde antiguo como Las Madrigueras, Cerro del Gato o Cerro Mazacote o a la excavada de manera casi paralela en Santa Cruz de la Zarza, y presentaban un horizonte más parecido al de la región de Albacete o el Sudeste ibérico aunque se diferenciaban en la falta de sellado del hoyo funerario (Carrobles, J. y Ruiz, G. 1990: 243). Junto a estas estructuras tumulares se documentaba una amplia variedad de plantas y otras variaciones menores - rectangulares, circulares, ovaladas, con anillos de ceniza rodeando la fosa, revestidas de yeso, con hornacinas, etc. -, incluyendo inhumaciones de adultos en fosas simples que también marcarían diferencias con el mundo ibérico (Carrobles, J. y Ruiz, G. 1990: 244).

En cuanto a la cultura material, se resaltaban básicamente cuatro características: ausencia de armas en los enterramientos - rasgo común a otras necrópolis y yacimientos de la región -, presencia de objetos de importación, destacando especialmente la presencia de dos *kantharoi* áticos y la presencia relativamente abundante de piezas de barniz rojo, presencia de decoración de tipo jaspeado y, sobre todo, la aparición recurrente de pequeñas piezas a mano en contextos funerarios muy tardíos, de al menos el siglo IV-III a.C. Las características de la cultura material y de las estructuras llevaban a los directores de la excavación a plantear una realidad cultural

específica diferenciada de la ibérica pese a la evidente influencia del mundo del Sudeste ibérico (Carrobles, J. y Ruiz, G. 1990: 244-245).

Dejando de lado una fase todavía indeterminada y conocida a través de cerámicas descontextualizadas se planteaba una cronología paralelizable al de Las Madrigueras entre los siglos VII-VI a.C., pero asumiendo que ocupación principal de la necrópolis se daría a partir de la aparición de los enterramientos tumulares datados por las cerámicas áticas a mediados del siglo IV a.C., mientras que la última ocupación de la necrópolis, caracterizada por estructuras tumulares de piedra, tendría una cronología de los siglos III-II a.C. (Carrobles, J. y Ruiz, G. 1990: 242).

La apertura a partir de 1997 de un nuevo sector permitió ampliar sustancialmente la información disponible acerca de la necrópolis, aunque el descubrimiento de una estratigrafía mucho más compleja dificultó la interpretación de las diferentes fases y de la distribución espacial de la misma. A través de varios artículos publicados tras la última campaña de excavaciones (Ruiz, A. *et al.* 2004; Pereira, J. *et al.* 2003; Pereira, J. *et al.* 2001) se llegó a una síntesis general de la evolución del yacimiento que aunque se centra en el nuevo sector excavado puede ampliarse sin problemas a los dos anteriores.



Figura 6.31: Sector 3 de Palomar de Pintado, antes de su ampliación. Fotografía Juan Pereira

La necrópolis se sitúa en una pequeña colina donde no se ha detectado ningún tipo de delimitación, estando más bien condicionada topográficamente por el riesgo de inundación de la vega del río Amarguillo. Las tumbas se distribuirían en esa colina, con una concentración mucho mayor en las cotas superiores menos susceptibles de ser inundadas. En la periferia de la necrópolis, cerca de la vega del río, se han localizado varios *ustrina* que podrían ayudar a marcar el posible perímetro de la misma (Pereira, J. *et al.* 2001: 250), que presentaría una orientación general Este-Oeste. En cuanto a las estructuras funerarias, además de las tumbas y los citados

ustrina se documentaron varias estructuras de forma rectangular y unos 50 cm. de longitud, rellenas de ceniza y de función desconocida.

La variabilidad de enterramientos sigue siendo la tónica, con al menos ocho tipos principales y varias variantes, sin incluir los restos de al menos cuatro inhumaciones - tres infantiles y un adulto. También son enormes las diferencias en la organización interna de las tumbas, la preparación de las mismas o los rituales empleados para depositar los restos (Ruiz, A. *et al.* 2004: 122). La variedad formal y tipológica de los ajuares es muy grande, manteniendo las características reseñadas para los dos primeros sectores excavados pero ampliando considerablemente la variedad de objetos y destacando la aparición de una enorme falcata en uno de los enterramientos, que durante mucho tiempo fue el único arma conocida en la región (Ruiz, A. *et al.* 2004: 124), un conjunto de cuentas de pasta vítrea muy numeroso y las piezas de joyería de plata y oro citadas anteriormente.

A través de la información proporcionada por las tumbas con materiales de cronología más clara, de las relaciones estratigráficas y con el apoyo de las dataciones radiocarbónicas se propuso una evolución temporal de la necrópolis relativamente elaborada, que inicialmente consistía en cuatro fases (Pereira, J. *et al.* 2001: 261-262) pero que posteriormente se amplió a cinco (Ruiz, A. *et al.* 2004: 125-127). La primera fase estaría caracterizada por tumbas de fosa simple circular o cuadrangular, dispuesta sobre un pequeño hábitat de transición entre la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro. A partir de los materiales se proponía una cronología del siglo VI a.C., paralelizable con la primera fase de Las Madrigueras. La segunda fase, datada en el siglo V a.C., mostraba una mayoría de tumbas circulares con fosas simples revocadas con yeso que también se utilizaba para preparar soportes donde encajar los vasos funerarios. Junto a ellas aparecían algunas tumbas de fosa rectangular algo más preparadas, a veces con compartimentaciones internas.

La tercera fase, la más característica de la necrópolis, supondría la aparición de las estructuras tumulares que rodean fosas cuadradas y rectangulares, junto a otros enterramientos más sencillos con planta circular u oval, a menudo enfoscados en yeso. Ésta es la fase mejor datada de la necrópolis, a partir de las importaciones áticas que la sitúan en la mitad del siglo IV a.C., coincidente con otras piezas como las numerosas fíbulas anulares hispánicas documentadas. En la fase IV se mantendrían este tipo de estructuras tumulares, pero se ampliaría sustancialmente la tipología de los enterramientos, incluyendo las inhumaciones y muchas fosas rodeadas por anillos de cenizas. Los restos de armamento y de adorno personal situarían esta fase en torno a la primera mitad del siglo III a.C. La última fase estaría definida por la aparición de estructuras tumulares en piedra localizadas en la cota más alta de la necrópolis, que convivirían con tumbas más sencillas y que se datarían en la transición entre los siglos III-II a.C.

Como parte de la elaboración de esta tesis y paralelamente a la redacción de la memoria definitiva de Palomar de Pintado se ha realizado un pequeño trabajo de síntesis que describe y analiza la evolución de esta necrópolis a lo largo de sus tres siglos de uso, y que interpreta esos cambios desde una perspectiva social. Puesto que el conjunto de datos y la interpretación completa se ha recogido en el Anexo 8, hemos optado por sintetizar la información en la tabla 6.1 y plantear de manera sintética la interpretación de la necrópolis. En lo que respecta a las fases arqueológicas, no han variado respecto a las propuestas descritas arriba, aunque la

combinación de diferentes metodologías de análisis ha permitido adscribir la totalidad de los enterramientos a alguna de las fases, en vez de tan sólo los más representativos.

Fase	Datos estructurales	Cultura material	Datos antropológicos	Rasgos de tipo social
I siglo VI a.C.	Fosas simples de planta circular Cremaciones en urnas o directamente sobre la fosa	Brazaletes de bronce Cerámicas a mano Cuchillos afalcatados		Adulto masculino asociado a ajuar rico
II siglo V a.C. – ppio. siglo IV a.C.	Aparición de tumbas individualizadas por su planta o estructura Aparición de revocos de yeso Aparición de ofrendas de animales Fosas alargadas rellenas de cenizas	Cerámica gris Tinajillas globulares con decoración a bandas o líneas Aparición de cerámica jaspeada (asociada a pintura) Pesas de telar Fíbulas anulares Cuentas de pasta vítrea Caliciformes	Alto porcentaje de mortalidad infantil y juvenil (38%) Cremaciones de intensidad media e irregular Recogida muy variable de restos de huesos	Asociación tumbas ricas/ cremaciones intensas Tumbas más ricas e individualizadas asociadas a individuos femeninos/infantiles Evidencias de rango adscrito en infantiles Distribución de la riqueza relativamente uniforme
III 1ª mitad siglo IV a.C.	Aparición de estructuras tumulares Planificación del espacio funerario Aparición de tumbas complejas muy elaboradas Desaparición de fosas alargadas rellenas de cenizas Inhumaciones	Cerámica ática Aumento de cuentas de pasta vítrea Aumento de fíbulas anulares Objetos relacionados con el mundo ibérico (<i>askos</i> , <i>soliferreum</i>) Disminución de la cerámica gris Aumento de variedad de cerámica ibérica Aparición de cerámicas a mano	Continuidad con la etapa anterior	Asociación muy clara entre túmulos, ajuares muy ricos, cerámica ática e individuos femeninos e infantiles Empobrecimiento de las tumbas más sencillas Posible estratificación social (se mantiene el acceso abierto a piezas de prestigio)
IV 2ª mitad siglo IV a.C. – ppio. siglo III a.C.	Continuidad del modelo anterior Túmulos más pequeños Aumento de tumbas intermedias Inhumaciones	Barniz rojo Disminución cuentas de pasta vítrea Fíbulas anulares Fíbulas La Tène <i>Kalathos</i> Pintura y estampillado Cerámicas a mano	Aumento de tumbas dobles y triples Enterramiento de adultos masculinos en tumbas ricas. Igualación de la intensidad de las cremaciones Recogida desigual de huesos	Mantenimiento de cierta uniformidad en la distribución de la riqueza Posible aumento de la competitividad entre familias o bien consolidación del rango
V Siglo III a.C.	Aparición de estructuras tumulares de piedra Mantenimiento de la organización del espacio funerario Mantenimiento de tumbas complejas con ajuares ricos Ofrendas animales	Falcata Fíbulas anulares Fíbulas La Tène Barniz rojo <i>Kalathos</i> Cerámicas a mano Orfebrería de oro Cerámica con bandas rojas y filetes negros	Disminución de la intensidad de las cremaciones Recogida desigual de huesos Alta mortalidad infantil (23%)	Mantenimiento de individuos infantiles en tumbas ricas

Tabla 6.1: resumen de las características de la necrópolis de Palomar de Pintado

A grandes rasgos, la evolución de la necrópolis de Palomar de Pintado parece evidenciar el surgimiento progresivo de desigualdades sociales dentro de la comunidad o comunidades que utilizaron el cementerio. A partir de un horizonte de la Fase I similar al de Arroyo Culebro D, Arroyo Butarque o las primeras fases de Las Madrigueras (fig. 6.32, 1-3) comienza a darse un proceso de individualización de algunas de las tumbas, que comienzan a modificar su aspecto formal para diferenciarse del resto en la Fase II (fig. 6.32, 4). Este cambio es más importante de lo que podría parecer: tal y como vimos, habíamos interpretado la homogeneidad de los enterramientos como un mecanismo de control social de la exhibición de la riqueza, que quedaba restringida a la cremación (limitada en el tiempo) y a la deposición de riqueza (escondida, una vez depositada). La construcción explícita de tumbas diferenciadas supone un salto cualitativo en las relaciones internas de estas comunidades, ya que se rompe una línea roja del control de la comunidad sobre algunos individuos o familias al marcar de manera permanente diferencias en el enterramiento. Por tanto, consideramos que es un indicio del aumento de desigualdades dentro de la sociedad, y no es extraño que estas tumbas más individualizadas sean también las que presentan ajuares más ricos y cremaciones más intensas. A los medios tradicionales de obtención de prestigio unen por tanto nuevas estrategias que – no sabemos por qué – el resto del grupo es incapaz de contrarrestar para mantener la igualdad social.

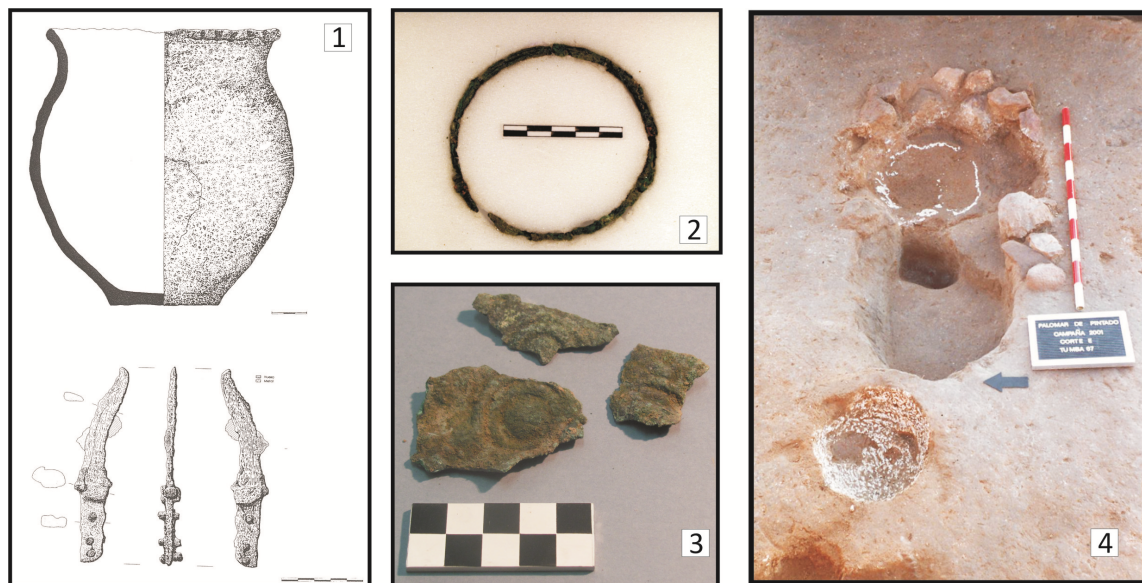


Figura 6.32: 1-3 materiales de la Fase I. 4 tumba compleja de la Fase II

Esta situación va a hacerse mucho más explícita en la Fase III, donde la aparición de estructuras tumulares completamente desarrolladas y un espacio funerario perfectamente planificado supone un nuevo salto cualitativo en la expresión de desigualdades cada vez más explícitas. Se hace muy evidente la asociación de estructuras tumulares y ajuares muy ricos, a lo que se une el hecho de que la mayoría de los túmulos contengan los restos de individuos infantiles o femeninos, algo que podría ser interpretado como la consolidación del rango adscrito y del papel de las mujeres en el establecimiento de alianzas matrimoniales. En definitiva, podría hablarse de una cierta reivindicación del papel de la familia/ linaje dentro de la sociedad. Asimismo, en esta fase comienza la aparición de pequeñas piezas de cerámica a mano que podrían indicar la búsqueda de vínculos con el pasado a través de genealogías reales o míticas que justifiquen la importancia de los grupos de parentesco.

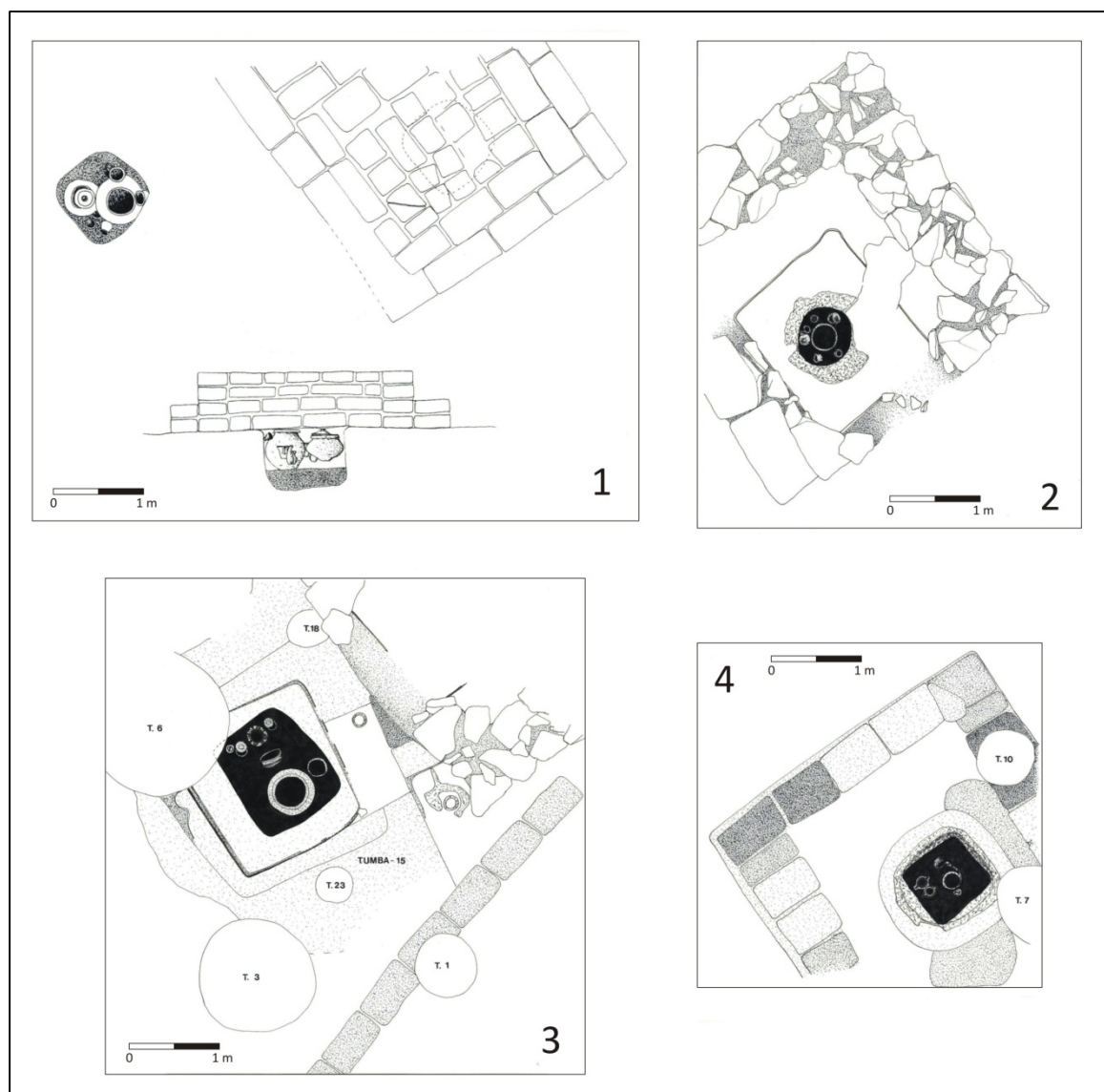


Figura 6.33: túmulos de las fases III-V de Palomar de Pintado: 1 Túmulo de adobes. 2 Túmulo de piedras. 3-4 Estructuras tumulares

Algunos datos que se desprenden del análisis de la Fase III muestran que la estructura interna de la necrópolis podría corresponder a una sociedad con el rango adscrito muy consolidado. En primer lugar, la presencia de algunos objetos de prestigio como la cerámica ática, que aparecen exclusivamente en túmulos, podría implicar un acceso restringido a este tipo de piezas, mientras que otros objetos ricos sí son accesibles al resto de la población. Recordemos que para que un objeto sea considerado como emblema de un rango no tiene por qué ser necesariamente caro, sino que su acceso debe estar limitado a parte de la población. Del mismo modo, resulta llamativo que algunas tumbas con ajuares casi tan ricos como los de las estructuras tumulares presenten sin embargo otro tipo de estructuras funerarias, como si no tuvieran permitido el uso de ese tipo de enterramiento.

Se daría así una situación en la que se advierte una cierta estratificación de la sociedad, en la que las estructuras tumulares asociadas a ajuares ricos y con presencia exclusiva de cerámicas áticas se situarían en lo alto de la pirámide, seguidas de un conjunto de tumbas ricas con ajuares y estructuras funerarias muy elaboradas, pero que no son túmulos y que carecen de cerámicas de

importación. Por debajo de estas tumbas se situaría el resto de enterramientos, fosas sencillas con o sin revoco de yeso y ajuar variable. Esta estratificación debe ser matizada, sin embargo. En primer lugar, el hecho de que en el nivel intermedio de la necrópolis se dé una gran variabilidad de enterramientos y ajuares indica que la organización de los rangos dentro de la ciudad no era un tema cerrado sino que estaba sometida a una fuerte competición interna, entre las familias situadas en ese estrato y con las del estrato superior. Asimismo, los tipos de ajuares localizados en las tumbas parecen implicar que existió una distribución de la riqueza lo suficientemente abierta como para que incluso enterramientos relativamente sencillos tuvieran piezas de ajuar de buena calidad.

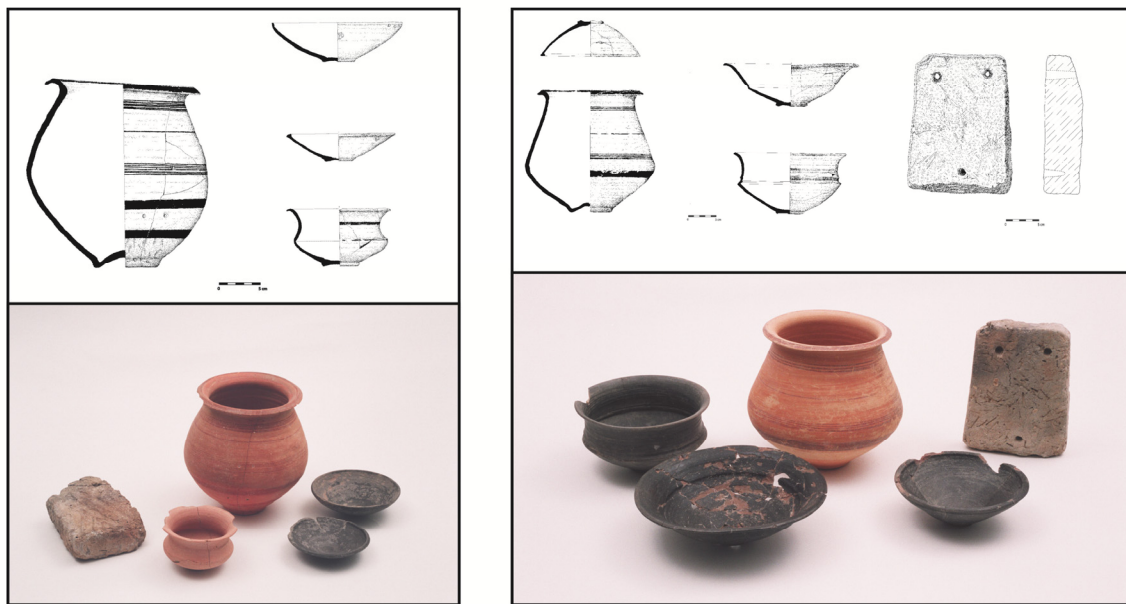


Figura 6.34: ajuares de estructuras tumulares de la fase III de Palomar de Pintado

Esta situación se mantiene en la fase IV, y precisamente los cambios percibidos apuntan no tanto a una consolidación de esta estructura social basada en el rango sino a un cierto retroceso en este proceso: la reducción del tamaño de los túmulos, el mantenimiento de tumbas complejas con ajuares tan ricos como los de los túmulos, la desaparición de las cerámicas áticas y su sustitución por piezas de barniz rojo que ya no están restringidas a las tumbas tumulares, el aumento de la calidad de las piezas de ajuar en tumbas muy sencillas o la igualación de la intensidad de las cremaciones apuntan a un control social menos firme a comienzos del siglo III a.C., dentro de los parámetros de desigualdades relativamente modestas del valle medio del Tajo. Algo parecido ocurre en la última fase relevante de la necrópolis, donde se mantienen las líneas básicas descritas arriba con la única novedad de la introducción de túmulos construidos con piedra en vez de con adobe.



Figura 6.35: ajuar de la tumba 3.2 de Palomar de Pintado (Fase IV)

La necrópolis de Palomar de Pintado parece apuntar por tanto al surgimiento y consolidación de desigualdades internas dentro de la sociedad en un proceso de creciente visualización de los enterramientos de algunos de sus miembros, de manera similar a la documentada en Albacete y Murcia (Blánquez, J. J. 1992: 261) aunque algo más tardío y desde luego mucho más modesto. En realidad y aunque las relaciones con el mundo del Sudeste son evidentes, es con las necrópolis de Cuenca con las que muestra más paralelos, como veremos más adelante. El final de la necrópolis a finales del siglo III a.C. apunta a cambios muy profundos fruto de la presencia romana, en un proceso muy similar al de otras necrópolis de este horizonte de necrópolis tumulares (Mena, P. 1990: 189)

Más allá de Palomar de Pintado: El Vado y las necrópolis conquenses

Durante mucho tiempo, Palomar de Pintado fue una *rara avis* dentro del conjunto de necrópolis del valle medio del Tajo por la presencia de estructuras tumulares. En el año 2005 y a partir de la construcción de la autovía de peaje R-4 se localizó una nueva necrópolis en el término de La Puebla de Almoradiel en Toledo, relativamente cerca de Villafranca de los Caballeros. Esta necrópolis, aunque más pequeña y de vida más corta que Palomar de Pintado, presenta algunos rasgos comunes con ella, destacando la presencia de estructuras tumulares, la acumulación de estructuras en un espacio muy reducido y muchos de los materiales documentados en el yacimiento.

La necrópolis de El Vado tan sólo ha proporcionado dos fases arqueológicas. La primera está definida por fosas simples de planta oval en las que se depositaron las cenizas directamente sobre la fosa, planteándose en algún momento la posibilidad de que, al menos en dos casos, se incinerara *in situ* el cuerpo. Los ajuares son muy escasos en esta fase, destacando cuentas de pasta vítrea de color azul, fragmentos de una copa ática tipo Cástulo y fragmentos indeterminados de bronce. La copa Cástulo marcaría la cronología de finales del siglo V a.C. y la primera mitad del siglo IV a.C.

A finales de esta primera fase comienzan a aparecer los primeros enterramientos en urna, el primero de ellos a mano pero el resto a torno, con decoraciones jaspeadas y pintadas a bandas. Estas urnas aparecen generalmente con cuencos como tapaderas y asociados a cuentas de pasta vítrea, fusayolas, objetos de bronce y una fibula anular de navecilla. Los materiales presentan

bastante indeterminación cronológica, pero no son contradictorios con la cronología propuesta del siglo IV a.C.

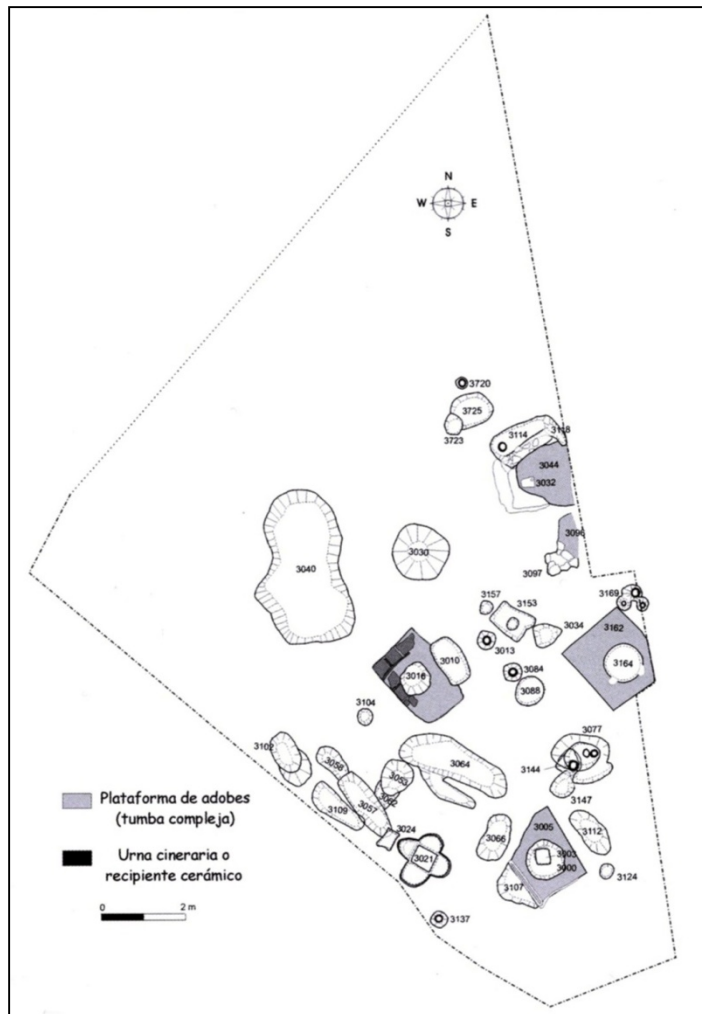


Figura 6.36: planimetría de la necrópolis de El Vado (Puebla de Almoradiel, Toledo). A partir de (Martín, A. 2007)

Frente a la relativa homogeneidad de la Fase I, la Fase II muestra una fuerte variabilidad en los tipos de enterramientos documentados: El rasgo más sobresaliente es la aparición de estructuras tumulares - hasta cuatro - de tamaño pequeño pero formalmente muy similares a las documentadas en Palomar de Pintado. Junto a estas tumbas se han localizado otras de cierta complejidad como la que presenta una forma de cruz griega desconocida en Palomar de pintado, y algunos rasgos formales - como los nichos adosados a algunas estructuras, el enfoscado con yeso que aparece en casi todas las tumbas o una fosa trilobulada - que sí han sido identificados en esa necrópolis.

Los materiales son más pobres que los localizados en Palomar de Pintado, destacando varias fíbulas anulares hispánicas, cuchillos afalcatados, una parrilla (también se recogió una en Palomar de

Pintado) o cerámicas a mano acompañando los ajuares. Destaca especialmente la escasez de materiales cerámicos, que además de jaspeados presentan decoraciones muy sencillas con bandas y líneas, sin que se hayan documentado decoraciones más complejas como las clásicas variaciones sobre círculos concéntricos. Cronológicamente, los autores sitúan esta fase en pleno siglo IV a.C., a partir de la cronología de la fase previa, bien datada a partir de la cerámica ática y coincidente con la tercera fase de Palomar de Pintado y con la aparición de estructuras tumulares en esta necrópolis.

En cuanto a aspectos relacionados con los datos antropológicos y con el ritual, se ha planteado la existencia de incineraciones *in situ* y secundarias en la primera fase, mientras que para la segunda se han identificado dos acumulaciones de cenizas de grandes dimensiones que podrían corresponder a los restos de la limpieza de sucesivas cremaciones. Asimismo, en al menos dos casos se pudo identificar el uso de telas para recoger los restos de la cremación, una costumbre que se supone común pero para la que disponemos de escasas evidencias arqueológicas. En este caso, en la tumba con planta de cruz griega se localizaron los huesos situados en un receptáculo

y dispuestos en forma circular, evidenciando su inclusión en un recipiente textil que posteriormente se ha descompuesto. En el caso de una de las urnas, se detectó al vaciarla la impronta dejada por el tejido que envolvía los restos. También se han documentado ofrendas de animales en cuatro de los enterramientos, aunque al contrario que en Palomar de Pintado éstos han sido cremados.

Los análisis antropológicos, por el contrario, no han proporcionado mucha información ya que han sido muy afectados por filtraciones de yeso. De los once individuos analizados no se ha podido definir el sexo y la edad concreta de ninguno de ellos, aunque los once son adultos – algo que sorprende teniendo en cuenta los porcentajes tan altos de individuos infantiles documentados en otros cementerios – y presentan un alto grado de fragmentación sin que pueda determinarse si ésta fue intencionada. En cuanto a la intensidad de la cremación, no parece que superara de manera constante los 600° salvo en un par de casos que evidencian una cremación a mayor temperatura. Esta temperatura fue lo suficientemente alta para fundir parcialmente el bronce, pero no los objetos de hierro. Los huesos parecen haber sido recuperados de manera selectiva, ya que no aparecen representadas todas las partes del cuerpo (predominan los huesos largos), y es probable que fueran lavados antes de la deposición ya que no aparecen mezclados con cenizas o tierra.

Aunque los datos que aporta El Vado son significativamente menores que los de Palomar de Pintado, en parte debido a la menor extensión excavada, a los restos materiales más escasos y a su duración más corta, son muy importantes porque permiten plantear la existencia de un horizonte generalizado en las necrópolis del sudeste del valle medio del Tajo que implicaría, en primer lugar, la existencia de contactos generalizados con las regiones albaceteña y conquense donde aparecen este tipo de necrópolis tumulares; y en segundo lugar, la aparición de cambios sociales que no están restringidos a un contexto excepcional, sino que parecen haber sido más amplios y que afectarían de manera generalizada a las poblaciones de la región. En este sentido, necrópolis conquenses como El Navazo en Hinojosa del Campo (Galán, C. 1980; Mena, P. y Nogales, E. 1987) o el Cerro de la Virgen de la Cuesta en Alconchel de la Estrella (Mena, P. y Nogales, E. 1987; Millán, J. J. 1990, 1995) parecen estar mucho más cerca, en tipologías y cronologías, que las grandes necrópolis albaceteñas con túmulos principescos de 10 metros de lado y abundantes esculturas. Necrópolis como Palomar de Pintado, El Vado, El Navazo o el Cerro de la Virgen de la Cuesta podrían marcar el límite septentrional de las influencias del área del Sudeste y en especial de la región albaceteña. Más al norte, tal y como veremos enseguida, desaparecen las estructuras tumulares tanto en la provincia de Cuenca (caso de Las Madrigueras) como en la de Toledo (Cerro Colorado, Cerro del Gato, Las Esperillas). La aparición de las estructuras tumulares es coetánea en las necrópolis citadas, con una cronología de los siglos IV-III a.C. de nuevo marcando diferencias con los túmulos albaceteños donde estos enterramientos aparecen ya en el siglo VI a.C.

Estaríamos por tanto ante un horizonte que reflejaría la progresiva expansión de influencias desde el mundo ibérico y que tiene su expresión en la introducción de nuevos símbolos y objetos dentro de la cultura material de las poblaciones agrupadas en torno a los ríos Cigüela, Amarguillo o Záncara. Pero estos cambios no son simplemente materiales: constituyen discursos y expresiones de poder y desigualdad que son adaptadas por las poblaciones locales en sus propios contextos sociales. Algunos de estos símbolos, como la utilización de objetos de

importación, exóticos o de calidad superior como mecanismo de obtención de prestigio, habían sido utilizados desde siempre, y ahora tan sólo varían los objetos empleados, cada vez más difíciles de obtener e imitar y, por tanto, abriendo una brecha cada vez más difícil de superar entre aquellos que pueden obtenerlos y los que no. Otros objetos, como las armas, son nuevos en los repertorios materiales que definen el prestigio social de estas sociedades, implicando una cierta asimilación de figuras como la del aristócrata guerrero características del mundo ibérico y que hasta este momento no habían hecho su aparición en la zona. Finalmente, otras expresiones de prestigio y poder son completamente nuevas, como los túmulos o estructuras tumulares, que sí suponen un cambio radical en la forma de expresar las diferencias sociales que como hemos dicho ahora se hacen mucho más explícitas.

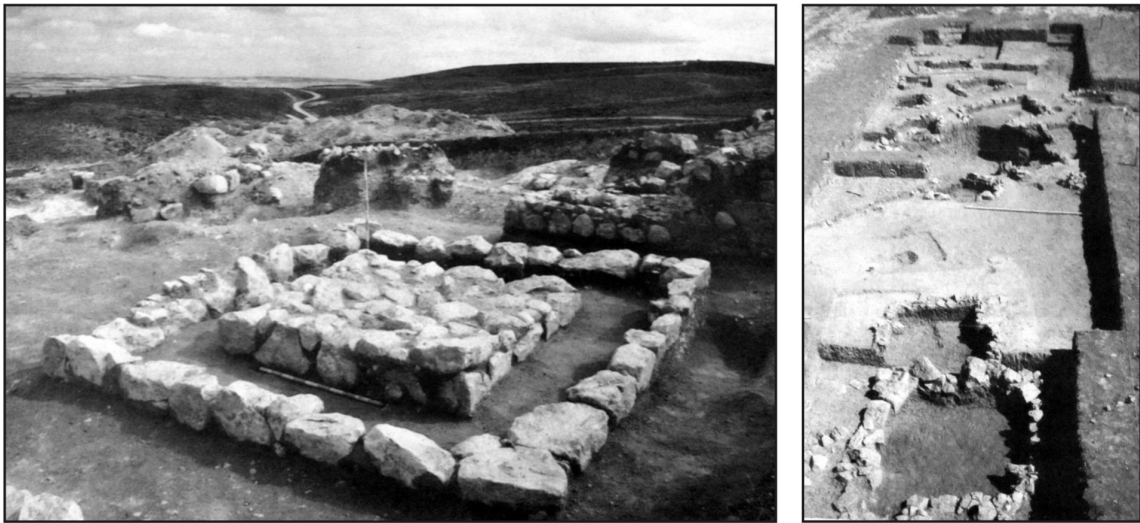


Figura 6.37: necrópolis tumulares conquenses. Cerro de la Virgen de la Cuesta (izquierda) y El Navazo (derecha). A partir de (Mena, P. 1990)

Finalmente, es necesario recordar que las sociedades no se limitan a copiar directamente los objetos foráneos y sus funciones, sino que éstos son reinterpretados dentro de los parámetros locales. En este sentido, parece claro que las comunidades del sudeste del valle medio del Tajo utilizaron las expresiones materiales de zonas socialmente más jerarquizadas como la región de Albacete dentro de sus propias estrategias de competición social. Parece claro que las influencias de la región del Sudeste no hubieran encontrado un terreno propicio en esta región si no hubieran existido unas tendencias hacia la desigualdad latentes en la zona, que debieron aprovecharse del contacto con grupos con jerarquías consolidadas a través del comercio o de las alianzas matrimoniales para encontrar herramientas ideológicas y materiales propicias. Más al norte no llegan esas influencias: bien por la existencia de condiciones sociales y económicas previas distintas, bien por la elección de otro tipo de estrategias para consolidar la jerarquización, bien por una reacción diferente del conjunto de la población frente a los intentos de afirmación de unas élites incipientes.

6.3.4.2. El núcleo del valle medio del Tajo

El mundo funerario de la zona nuclear del Tajo presenta una contradicción muy clara: por una parte disponemos de un mayor número de necrópolis excavadas (Las Madrigueras, Las Esperillas, Cerro Colorado, Cerro del Gato) y de noticias de otras como Santa María, lo que potencialmente multiplica la información disponible respecto del sudeste de la región, pero ninguna de estas necrópolis aporta datos tan exhaustivos como Palomar de Pintado. La única con la memoria íntegra publicada es Las Madrigueras (Almagro, M. 1969), pero por desgracia presenta algunas deficiencias muy claras en el análisis de las estructuras funerarias y además no se realizaron análisis antropológicos de las tumbas, por lo que la memoria presenta un sesgo excesivo hacia el análisis de la cultura material. Sobre Las Esperillas se han publicado informaciones parciales (García, A. A. y Encinas, M. 1987, 1988a, 1989, 1990) que por desgracia tan sólo permiten hacerse una idea muy general de las características del yacimiento. Algo parecido ocurre con la necrópolis de Cerro Colorado (Perea, A. *et al.* 2007; 2010a; Urbina, D. y Urquijo, C. 2007; Urbina, D. *et al.* 2007), mientras que los artículos publicados sobre el Cerro del Gato en Villanueva de Bogas apenas son noticias breves (Llopis, S. 1950a, b) y de la necrópolis de Santa María tan sólo disponemos de referencias en un artículo de carácter general (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a). Así pues, la información disponible para estos cinco yacimientos es, paradójicamente, menor que la disponible para la primera región estudiada. El número de tumbas excavadas en estas necrópolis queda también muy lejos del excavado en Palomar de Pintado: 66 tumbas en Cerro Colorado, 65 en Las Madrigueras, 36 en el Cerro del Gato, alrededor de 60 en Las Esperillas y una treintena en Santa María.

En un intento de corregir parcialmente esas carencias, se planteó el estudio de los materiales del Cerro del Gato depositados en el Museo de Santa Cruz de Toledo, a la vez que se realizaron varias entrevistas con D. Salvador Llopis para recopilar la máxima información disponible sobre este yacimiento. Los resultados de este trabajo se encuentran incluidos en el Anexo 9. Si bien no han sido todo los fructíferos que se hubiera deseado debido a la metodología empleada durante la excavación, al menos si se ha podido aportar información inédita sobre el yacimiento y se ha conseguido adscribir sus materiales a una cronología relativamente ajustada.

Ninguna de las necrópolis estudiadas se sitúa al norte del río Tajo a excepción de la de Santa María en Villarejo de Salvanés, de la que por desgracia apenas tenemos datos y que sería doblemente interesante porque se trata de uno de los pocos asentamientos fortificados que perduran hasta época republicana, momento para el que no contamos con datos funerarios. Como ocurría con las necrópolis de con estructuras tumulares, parece producirse un final abrupto del uso de estos yacimientos a finales del siglo III a.C., que parece estar relacionada directamente con la presencia cartaginesa y posteriormente romana en la Meseta sur desde el último tercio de este siglo.

Las Madrigueras

Durante mucho tiempo la necrópolis de Las Madrigueras ha sido, pese a estar localizada en Cuenca, la referencia para el mundo funerario del área conocida como la Carpetania, en gran medida por tratarse del único yacimiento cuya memoria fue publicada íntegramente. Ya hemos hecho referencia en varias ocasiones a los problemas de interpretación de las fases arqueológicas de esta necrópolis, para cuyas fases hemos propuesto una interpretación alternativa que hemos reflejado en el Anexo 6. Por desgracia, en la memoria no se dedicó mucha atención al análisis de las estructuras de incineración y a la estratigrafía vertical y horizontal de la necrópolis, por lo que todo el análisis de su organización tiene que hacerse a posteriori y a partir de datos limitados. Tampoco se realizaron análisis antropológicos de los restos recuperados en las urnas que hubieran enriquecido nuestra interpretación de la comunidad enterrada en el cementerio. Con los datos existentes se ha tratado de realizar una aproximación a la evolución y organización de la necrópolis en función de los materiales localizados y la localización de las tumbas. Actualmente, sin embargo, se están realizando excavaciones en esta necrópolis que podrían alterar esta interpretación, especialmente en lo que a su organización espacial se refiere.

Como en el caso de Palomar de Pintado, el primer paso fue tratar de ordenar las tumbas de la necrópolis para tratar de determinar cuántas fases arqueológicas podían detectarse. Frente a la propuesta de Martín Almagro de cuatro estratos nuestros análisis detectaron e identificaron tres fases que corresponderían aproximadamente a los siglos VI, V y IV a.C. La evolución de la necrópolis es más gradual, apreciándose de manera muy clara la introducción de nuevos tipos de cerámicas y la desaparición de otras. Este trabajo aparece reflejado en el Anexo 6 donde se han reflejado tanto los análisis que nos han llevado a plantear nuestra clasificación como la cronología propuesta para cada fase. Asimismo, en los capítulos de la Primera Edad del Hierro y de la transición a la Segunda Edad del Hierro hemos hecho alusión a las características formales de la cultura material, por lo que en ahora vamos a centrarnos en la evolución espacial de la necrópolis, en las tumbas adscritas a la Segunda Edad del Hierro y en la interpretación social de las mismas.

En este sentido, una de las diferencias fundamentales respecto de necrópolis como Palomar de Pintado es la uniformidad de los enterramientos a lo largo de toda la vida del yacimiento. No existen estructuras tumulares o fosas complejas como las documentadas en los yacimientos del sudeste del valle medio del Tajo. La única posible diferencia entre unas tumbas y otras es la presencia en algunos casos de lajas que pudieron servir de cubrición o hito señalizador de la tumba, y aún así éstos marcadores aparecen de manera muy minoritaria. Sí se ha documentado el uso de yeso para enfoscar las paredes y suelo – en ocasiones, también este enfoscado cubre también la urna una vez depositada –, un recubrimiento que aparece en 33 de las 65 tumbas de la necrópolis. Dada la homogeneidad del tipo de enterramiento, hay que recurrir casi exclusivamente a la cronología de las tumbas para tratar de establecer el patrón de evolución de la necrópolis a lo largo del tiempo.

La figura 6.38 muestra las diferentes fases de la necrópolis de Las Madrigueras según los análisis del Anexo 6. En cada plano se han representado en rojo las tumbas pertenecientes a la fase correspondiente y en gris las de fases anteriores, para tener una mejor percepción de cómo va

creciendo la necrópolis a lo largo del tiempo. Pese a todos los problemas planteados arriba y a que pueda discutirse la asignación de algunas tumbas a una u otra fase, parece que hay al menos tres criterios organización muy claros:

1. Parecen detectarse dos agrupaciones de tumbas en la necrópolis (1 y 2), uno más numeroso que el otro, que no corresponden a dos periodos diferentes puesto que ambos se siguen utilizando a lo largo de todo el periodo de utilización de la necrópolis. Podrían existir otras dos agrupaciones de tumbas, una entre las dos principales y otra en el extremo este de la zona excavada, aunque esta situación pudiera explicarse porque no se han excavado totalmente los espacios entre agrupaciones principales. La interpretación más lógica de estas agrupaciones sería la de núcleos familiares, existiendo los dos más grandes desde el comienzo de la necrópolis y haciéndose más claros los otros dos a partir del siglo IV a.C.
2. Dentro de las dos agrupaciones principales se produce un modelo de crecimiento diferente. En la situada al este y que concentra un mayor número de tumbas (1) el criterio es de expansión desde adentro hacia afuera, ampliando la necrópolis conforme aumentan los enterramientos. En la zona más pequeña (2) ese patrón no está tan claro y parece haber una recurrencia en el uso de un espacio reducido renunciando a ampliar el área de enterramiento, aunque dado que no hay estructuras de gran tamaño no se produce una superposición estratigráfica relevante.
3. A través del plano se detectan alineaciones muy claras de tumbas, especialmente en el área 2, con orientación N-S, mientras que en otras zonas como la 1 o el área entre ambas las alineaciones no son tan evidentes. En la zona 1 podría ser un efecto visual de la expansión de la necrópolis hacia el sureste.

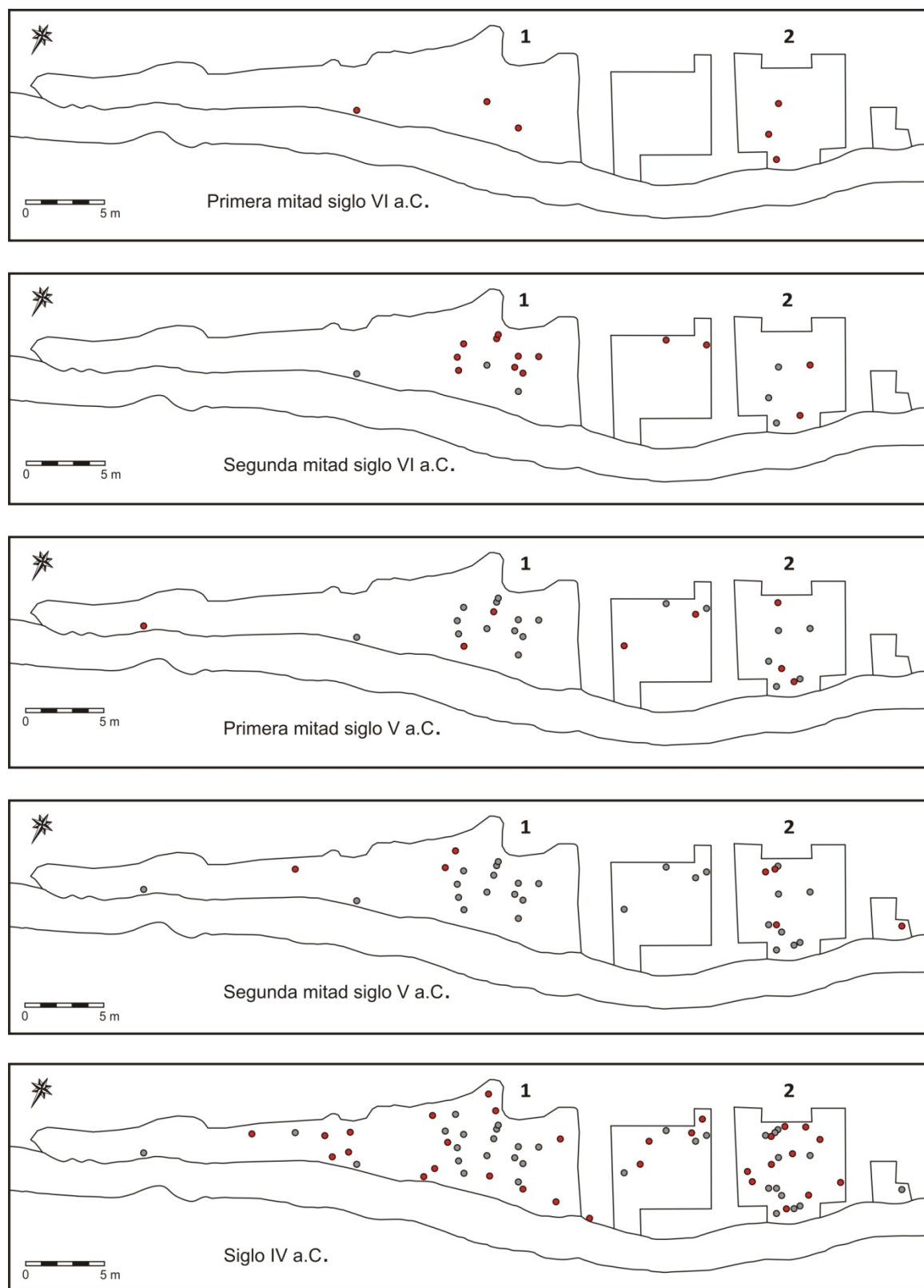


Figura 6.38: evolución de la necrópolis de Las Madrigueras a partir del análisis de correspondencias realizado en el Anexo 6. En rojo, las tumbas construidas en cada fase. En gris, las tumbas construidas en fases anteriores

De estos tres puntos señalados, el que hace referencia a las agrupaciones es el más interesante y podría tener dos lecturas diferentes. Podría tratarse de grupos familiares de diferente tamaño pero características por lo demás similares, o de dos grupos separados por criterios de rango, prestigio o riqueza. Por supuesto, ambos criterios podrían estar cruzados, es decir, que lo que estuviera representando la necrópolis fuesen las diferencias económicas y sociales dentro de familias de una misma comunidad. La falta de datos antropológicos limita mucho el alcance de nuestra interpretación, pero el análisis de la riqueza relativa de los ajuares en las tumbas puede ayudarnos a valorar cuál de estas dos hipótesis es más probable. En este sentido, hemos decidido centrarnos en nuestro análisis en las tumbas de la Segunda Edad del Hierro, a partir de mediados del siglo V a.C., para evitar repetir información y para tratar de paralelizar la información con los datos de Palomar de Pintado y El Vado. En este sentido, los materiales cerámicos recogidos muestran una gran semejanza con los localizados en estas dos necrópolis, con dos excepciones. La primera de ellas es la ausencia de decoración jaspeada en el conjunto, algo que achacamos al desconocimiento de este tipo de decoración cuando fue publicada la memoria. De hecho, alguna de las descripciones realizadas por Martín Almagro podría hacer referencia al jaspeado, como cuando describe "*una capa de color rojizo irregularmente extendido sobre la cual se han pintado tres franjas gruesas (...)*" (Almagro, M. 1969: 61)

Otra de las diferencias importantes es la ausencia de las cerámicas a mano tan comunes en la necrópolis de Palomar de Pintado a partir del siglo IV a.C. Esta ausencia puede tener su importancia ya que habían sido interpretadas como una forma de vincular a los difuntos con el pasado y justificar de esta manera posiciones de influencia social. Finalmente, es necesario reseñar la mayor pobreza general de los enterramientos de Las Madrigueras, tanto en valores absolutos - número de piezas por enterramiento - como relativos - calidad de piezas. Dejando de lado las cuatro piezas de cerámica ática recogidas en el yacimiento (tres de ellas recortadas intencionadamente), ni las piezas de barniz rojo (tan sólo tres), ni las fíbulas (ocho) o las cuentas de pasta vítrea (documentadas en cuatro enterramientos) abundan en la necrópolis, y son muy escasas las piezas excepcionales e inexistentes las realizadas en metales preciosos. Aunque la valoración de lo que constituye una tumba rica es muy subjetiva, el análisis de los ajuares de Las Madrigueras muestra tan sólo cuatro o cinco tumbas realmente ricas en el siglo IV a.C., basándonos en la variedad, cantidad y calidad de piezas depositadas junto a la urna.

Dejando de lado estos matices, lo cierto es que las características formales de las piezas recuperadas son muy similares a las de las otras necrópolis. En la segunda mitad del siglo V a.C. los materiales consisten principalmente en piezas de cerámica gris, muy abundantes en este yacimiento y que aparecían a comienzos de este siglo junto a cerámicas a mano; y piezas globulares con bordes de pico de ánade y decoraciones muy sencillas de bandas y líneas que cubren toda la pieza. Estas piezas de cerámica de tipo ibérico presentan una tipología muy uniforme y vienen acompañadas de algunos cuencos decorados con bandas y una urna de orejetas perforadas que constituye uno de los pocos ejemplos de este tipo de piezas localizado en la región. Aún siguen apareciendo algunas piezas a mano, generalmente cuencos muy sencillos y alguna pieza con la carena muy suave característica de los últimos momentos de la Primera Edad del Hierro. En cuanto a los metales, son muy escasos y la mayoría se encuentra muy deteriorada por la acción del fuego, aunque se han recogido piezas de bronce e hierro. La única pieza identificable es un cuchillo afalcatado localizado en la tumba XI.

Este horizonte tan uniforme y materialmente pobre sufre durante el siglo IV a.C. cambios sustanciales dentro de su modestia. A esta fase están adscritas 31 de las 65 tumbas de la necrópolis, lo que supone el mayor aumento de enterramientos de la necrópolis y podría apuntar a un crecimiento demográfico paralelo al observado en los asentamientos desde finales del siglo V a.C. También se documenta en este momento la construcción de algunas estructuras en la necrópolis que apenas son descritas en la memoria, como dos pequeños muretes asociados a varios *ustrina* en el oeste de la necrópolis, vinculada quizá al conjunto de tumbas definido arriba como grupo 2 (figura 6.39) y que constituyen las únicas evidencias de organización del espacio funerario en el yacimiento.

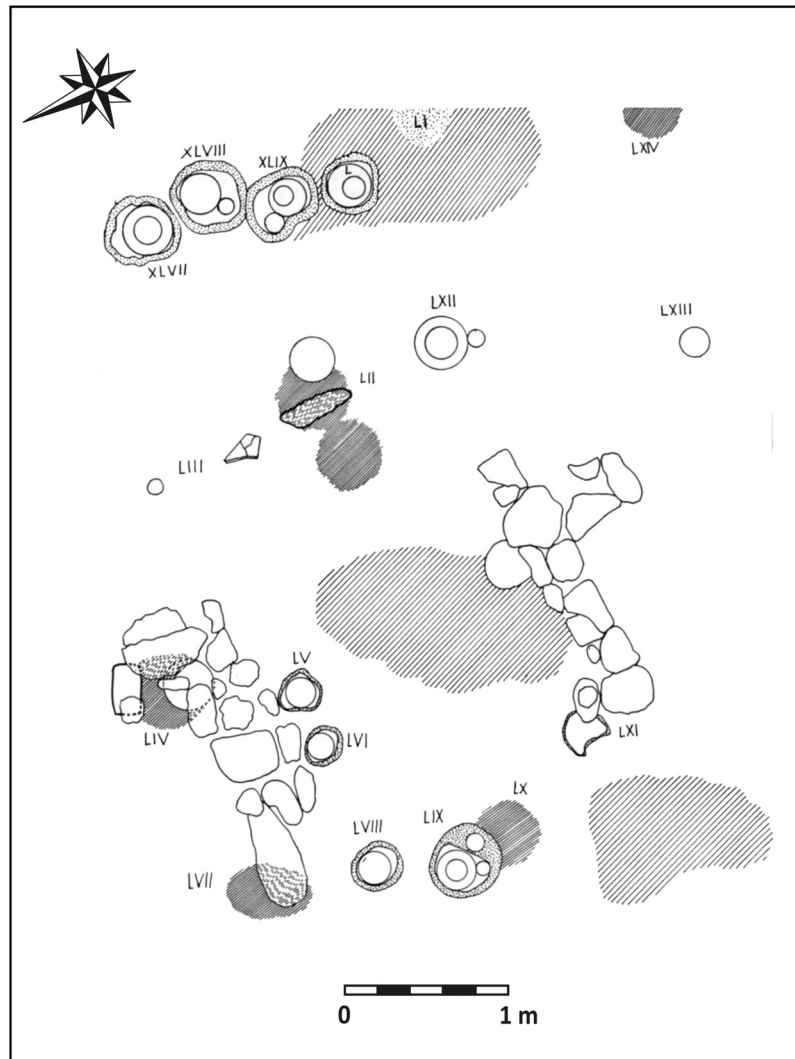


Figura 6.39: restos de estructuras u posibles *ustrina* localizados en el área sur de la necrópolis de Las Madrigueras. A partir de (Almagro, M. 1969)

En estos momentos se aprecia una clara diversificación de la cultura material de la necrópolis, destacando la presencia de caliciformes, ollas globulares y cuencos o platos, acompañados de piezas menos comunes como urnas acampanadas, jarras trilobuladas, copas o algunas piezas ovoides cuyos perfiles podrían remitir a influencias púnicas (Almagro, M. 1969: 54). Las decoraciones son muy sencillas y similares a las documentadas en Palomar de Pintado: bandas simples y variaciones sobre los círculos concéntricos – semicírculos, cuartos, etc. De manera minoritaria aparecen trazos cortos

onduladas combinadas con semicírculos, un tipo de decoración muy común en Palomar de Pintado. Al contrario que en este yacimiento, destaca la cantidad de urnas con asas recogidas en las Madrigueras y la ya citada ausencia de piezas a mano en las tumbas.

Junto a la cerámica ibérica, tres tipos de objetos relacionados recurrentemente con la cultura material de los siglos IV-III a.C.: cerámicas de importación, fíbulas anulares hispánicas y cuentas de pasta vítrea. Los tres tipos de objetos aparecen en la necrópolis de manera ocasional, pero

aun así constituyen un buen indicador de la riqueza relativa de las tumbas. Respecto de las primeras, sorprende la - relativa - presencia de piezas de cerámica ática documentadas en Las Madrigueras, dentro del modestísimo repertorio del valle medio del Tajo: se han documentado cinco piezas, cuatro de ellas contextualizadas y otra en superficie. Son todas piezas pequeñas, correspondientes a cuencos pequeños, con decoraciones de palmetas en lazadas o círculos concéntricos, aunque destaca la presencia del fondo de un vaso con una figura de cisne con las alas abiertas característico del final de las producciones áticas de figuras rojas (Almagro, M. 1969: 118). Significativamente, cuatro de ellas corresponden a pies recortados intencionadamente, lo que indica el alto valor simbólico de estas piezas derivado de su escasez en la zona. Todas ellas corresponderían a la primera mitad del siglo IV a.C., excepto la localizada en la tumba LXII que podría ser ligeramente anterior (Almagro, M. 1969: 118), y tendrían sus paralelos más cercanos en necrópolis del Sudeste como El Cigarralejo, La Bastida u Hoya de Santa Ana.

La presencia de cerámicas de barniz rojo es menor - tan sólo tres piezas, algo que sorprende ya que estas piezas son más comunes en la región, tienen un origen local y por tanto su valor es menor y su adquisición más asequible. Curiosamente, los tres ejemplares localizados corresponden a pequeñas botellitas, una forma común pero mucho menos abundante que las pequeñas páteras que constituyen el grueso del conjunto de piezas recogidas en la región. El paralelo más cercano sería el de la botellita localizada en la necrópolis del Cerro del Gato en Villanueva de Bogas. Los barnices de las piezas de Las Madrigueras son, como suele pasar con las piezas de barniz rojo, muy variables en su calidad, estando en algunos casos casi perdidos.

En cuanto a las fíbulas anulares hispánicas, se han recogido ocho ejemplares en su mayoría con charnela de bisagra, con puentes de timbal con montantes o navecilla, ofreciendo una cronología muy uniforme pero poco precisa que abarca los siglos IV-III a.C. (González, C. 1999: 81). Se trata de formas muy comunes en la región, aunque sorprende el escaso número de estas piezas si tenemos en cuenta que en necrópolis cercanas como Cerro Colorado se han recogido medio centenar de estas piezas en un total de 66 tumbas (Urbina, D. *et al.* 2007: 53). Menos llamativa es la escasez de cuentas de pasta vítrea, ya que dejando de lado Palomar de Pintado su número en el valle medio del Tajo está muy lejos de las cantidades de este tipo de piezas localizadas en las necrópolis del Sudeste. Se han recogido nueve ejemplares aunque el número de estos objetos era mayor ya que las localizadas en la tumba LIV estaban demasiado afectadas por la cremación y no pudieron recuperarse (Almagro, M. 1969). Se trata de piezas de forma cilíndrica o circular, con colores amarillo, blanco y azul y en algunos casos presentan decoraciones oculadas realizadas con incrustaciones blancas y azules sobre el cuerpo de la cuenta. Aunque como ya hemos explicado la cronología de este tipo de piezas está muy poco ajustada, parece que las piezas de color amarillo son ligeramente más antiguas, hecho que se confirma con la aparición de piezas de este color en la tumba LIV, cuyo ajuar consiste en cerámicas a mano con pintura postcoCCIÓN. Del mismo modo, algunas de las cuentas parecen estar realizadas en vidrio, aunque conviven con otras realizadas con pasta vítrea dentro incluso de la misma tumba, por lo que este cambio no parece – al menos en el horizonte del siglo IV a.C. – tener connotaciones cronológicas claras.

En cuanto otro tipo de objetos, lo cierto es que los materiales de La Madrigueras presentan mucha uniformidad y, al contrario que en necrópolis como Palomar de Pintado se han

documentado muy pocos objetos considerados "excepcionales". Dejando de lado un posible bocado de caballo en la tumba III, lo cierto es que la variedad de objetos metálicos es muy escasa, consistiendo básicamente en una placa de botón o aplique de cinturón, cuyos paralelos más cercanos remiten al siglo IV a.C. (Almagro, M. 1969: 102). Los objetos de hierro son aún más escasos, en su mayoría indeterminados y de escaso tamaño, y no se ha documentado ningún objeto realizado en metales preciosos. Sí se han recogido fusayolas, en su mayor parte tronco o bitroncocónicas, y algunos objetos que muestran relaciones muy claras con la región del Sudeste, como una taba localizada en la tumba XXII, recogiendo una tradición muy bien documentada en necrópolis como El Cigarralejo (Cuadrado, E. 1987: 102) y que también hemos detectado en Palomar de Pintado, donde se localizaron 11 tabas en la tumba 3.21.

Como puede apreciarse, si algo caracteriza la cultura material de Las Madrigueras es la homogeneidad de los enterramientos, con muy pocos elementos diferenciadores en los ajuares y menos aún en los contextos funerarios. Dentro de esta uniformidad, sin embargo, sí pueden detectarse algunas tendencias en la organización de la necrópolis basándonos en la dispersión de los materiales más significativos por su rareza, y en la valoración de aquellas tumbas que podrían considerarse ligeramente más ricas que el resto. Los dos primeros cuadros de la figura 6.40 representa la dispersión en la necrópolis de aquellos elementos que por su escasez o calidad podrían considerarse como indicadores de un rango o riqueza superior. Como puede observarse, la localización de los objetos analizados es bastante dispersa, sin que se aprecie una concentración de objetos ricos en una parte de la necrópolis que apuntase a la existencia de un grupo privilegiado dentro de la comunidad. Por el contrario, los objetos seleccionados aparecen de manera bastante homogénea en las dos grandes agrupaciones de tumbas descritas más arriba, con lo que cobraría fuerza la interpretación de la necrópolis como un espacio conformado por varias agrupaciones de tumbas que podrían corresponder a grupos familiares de riqueza similar. En este sentido, el hecho de que en el grupo 1 las tumbas con objetos de prestigio aparezcan algo dispersas no es más que el resultado de la tendencia de expansión de la necrópolis, que hace que las tumbas del siglo IV a.C. queden en el exterior de la agrupación.

El análisis de las tumbas más ricas (plano inferior) muestra una dispersión similar. La definición del criterio de riqueza es complicada y, por supuesto, relativa. En este caso, hemos definido como tumbas ricas a aquellas que presentan la conjunción de varios factores: número elevado de objetos de ajuar, variedad de los mismos, presencia de piezas de importación, etc. Como puede observarse en el plano, son muy pocas las tumbas que cumplen estos requisitos. Hemos considerado tumbas con riqueza relativa a aquellas que presentan ajuares con varias piezas cerámicas y, de manera ocasional, algún objeto metálico o pieza de importación. Como puede observarse, las tumbas seleccionadas se distribuyen de manera uniforme por toda la necrópolis, sin que se note una concentración significativa de tumbas en uno de los sectores del yacimiento. Más bien, como en el caso de los objetos de importación, parecen estar asociados a los grupos de tumbas detectados al analizar la evolución de la necrópolis.

Por desgracia, carecemos de datos antropológicos que nos permitan profundizar en algunos de los criterios de organización de la necrópolis, como la asociación de individuos infantiles a ajuares - indicio de la presencia de rango adscrito en la sociedad -, la existencia de enterramientos dobles en los enterramientos o la existencia de diferencias significativas en la calidad de las cremaciones a partir de las cuales establecer diferencias en la inversión de

esfuerzo y recursos dependiendo del individuo enterrado o las posibles asociaciones de algunos objetos con un sexo o edad determinados.

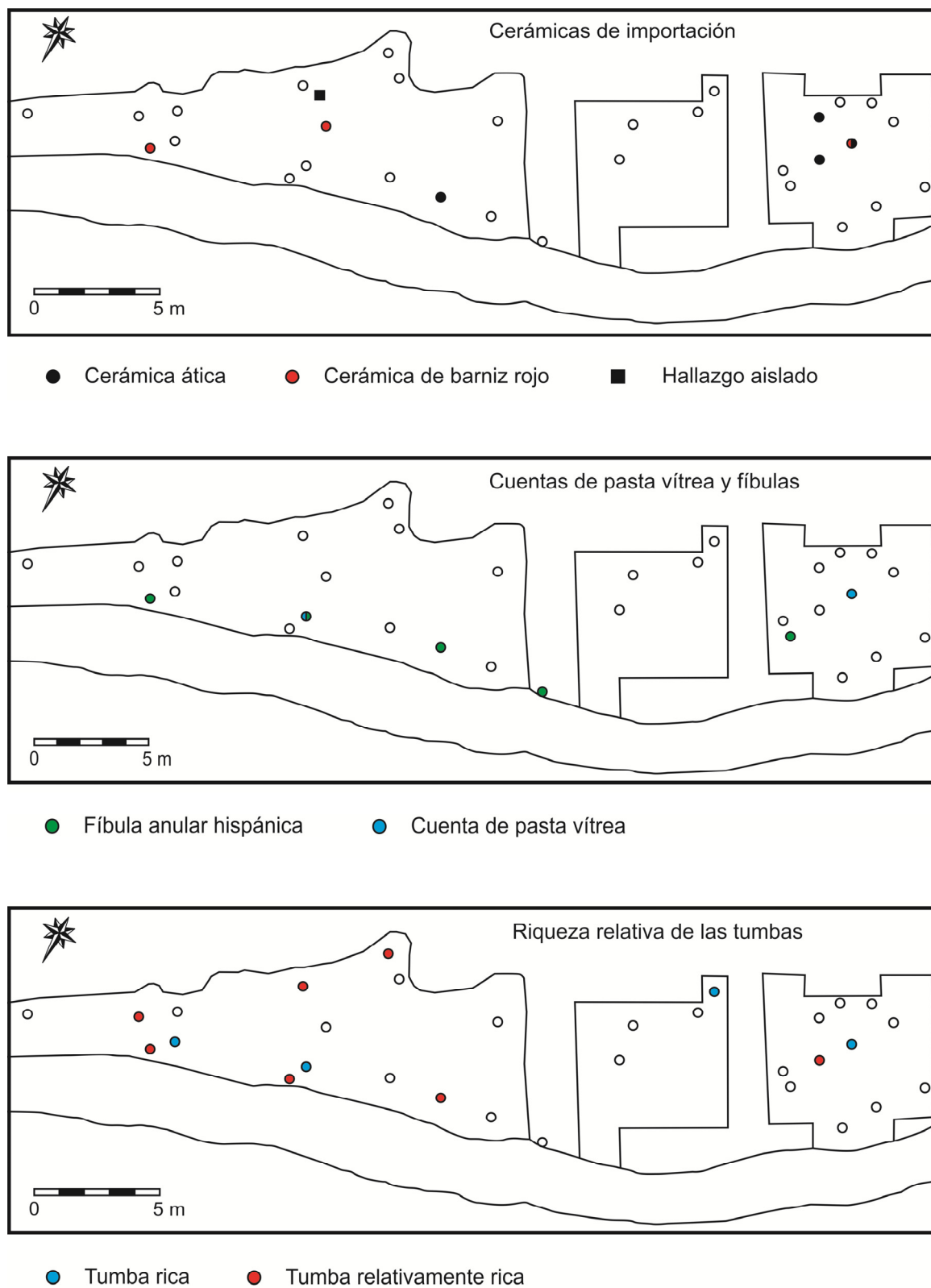


Figura 6.40: distribución de algunos tipos de piezas significativas y de tumbas con ajuares más ricos que la media en Las Madrigueras

Aunque la citada ausencia de restos antropológicos merma un poco las posibilidades interpretativas de la necrópolis, a través de su evolución cronológica y de la dispersión de los ajuares podría plantearse una hipótesis de organización muy básica pero que muestra una tendencia en la comunidad que utilizó el cementerio. Ésta parece organizarse a través de grupos familiares de riqueza similar que inicialmente tienen dos espacios bien diferenciados de enterramiento, cercanos pero separados. En uno de ellos la expansión del cementerio se produce hacia el exterior, con la parte más antigua en el centro y la más moderna en la periferia, independientemente de que las tumbas puedan ser calificadas como ricas o no. En el denominado grupo 2 se observa otra dinámica, con cierta "obsesión" por la reocupación del espacio original de la necrópolis y la localización de las tumbas más ricas en el centro de este espacio funerario. No hay, sin embargo, diferencias significativas en la distribución de los ajuares en ambas zonas, apareciendo tumbas ricas, medias y sin ajuar en ambas zonas.

A mediados del siglo V a.C. comienzan a aparecer otras agrupaciones de tumbas en el cementerio, que podrían indicar la aparición de nuevas familias dentro de la comunidad, escindidas de los grupos originales. Una de ellas es muy clara, mientras que la otra podría ser un simple efecto visual debido a las características de la excavación que dejó dos franjas sin excavar entre los dos núcleos principales. Como ocurría con éstos, no se aprecian diferencias relevantes entre la riqueza de los núcleos antiguos y los modernos, algunas de cuyas tumbas también tienen tumbas ricas y piezas de importación. Esta tendencia parece confirmarse en el siglo IV a.C., cuando se aprecian mejor las agrupaciones y la distribución bastante equitativa de las tumbas ricas en todas las agrupaciones.

En el siglo IV a.C. se produce el único cambio relevante de la estructura del espacio funerario, con la construcción de dos muretes y la utilización de varios *ustrina* asociados a las tumbas situadas en el grupo 2, lo que podría indicar un comportamiento diferente de este conjunto. Tendríamos así un grupo familiar que trataría de destacar sobre el resto no sólo a través de la reutilización del espacio de enterramiento utilizado en siglos anteriores, sino que a través de la demarcación y visualización de un espacio propio y restringido a un grupo familiar. En cierto sentido, la demarcación de este espacio sería similar a la de la erección de túmulos y otras estructuras que rompen la *invisibilidad* previa del mundo funerario que habíamos identificado como característica de una sociedad más igualitaria. Hay una diferencia muy importante, sin embargo, y es que estas estructuras son de tipo comunal, no individualizadas como los túmulos, por lo que parece que el proceso de explicitación del rango mundo funerario sería menos marcado que en las poblaciones más al sur.

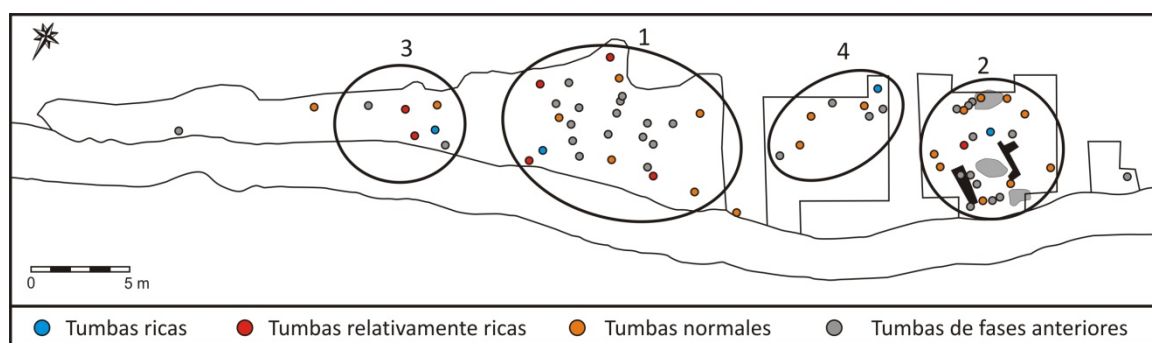


Figura 6.41: posibles agrupaciones familiares en Las Madrigueras

En nuestra opinión, los datos de Las Madrigueras representan un tipo de sociedad esencialmente igualitaria, pero centrada en las familias dentro de cada una de las cuales existen individuos con mayor estatus. Por supuesto, parece haber cierto grado de competición social a través generalmente de la exhibición y adquisición de bienes de prestigio, pero incluso si se descarta nuestra interpretación de grupos familiares las diferencias no son realmente sustanciales. Las características del grupo 2 (*ustrina*, organización en filas, reaprovechamiento del espacio funerario) podrían apuntar a una estrategia consciente de búsqueda de especificidad del grupo dentro de la comunidad, pero la dispersión de los ajuares muestra que su acceso a los recursos era similar al del resto de los grupos. Carecemos de datos para defender la presencia de rango adscrito o rango adquirido, pero la presencia en fases anteriores de restos infantiles en tumbas ricas nos hace pensar que, como poco, existió una reivindicación del primero paralelamente al refuerzo de los lazos familiares que se aprecian en la necrópolis.

La homogeneidad de los enterramientos refuerza esta idea de una sociedad con una menor desigualdad social que la existente en las necrópolis del sudeste. Si al analizar las necrópolis con estructuras tumulares resaltábamos cómo su aparición simbolizaba el traspaso de una línea roja en los mecanismos del subconsciente igualitario, su ausencia implicaría no la inexistencia de tensiones sociales, sino el hecho de que no existan en el seno de esa sociedad individuos o familias con el poder económico y el prestigio social suficientes como para romper las normas previas. En este sentido, las normas que rigen Las Madrigueras parecen una prolongación directa de las existentes en necrópolis de etapas anteriores como Arroyo Culebro D, Arroyo Butarque o las fases más antiguas propia Las Madrigueras. Esta necrópolis representaría por tanto un modelo de sociedad diferente al que visualizan las necrópolis del sudeste del valle medio del Tajo, y más cercano en su concepción a un tipo de poblamiento como el documentado en torno a la zona nuclear del mismo.

Cerro Colorado

La necrópolis de Cerro Colorado, situada en el término municipal de Villatobas, es la última necrópolis excavada en el valle medio del Tajo, localizándose 66 enterramientos y otras estructuras además de numerosos restos materiales en superficie. El principal problema del yacimiento es el mal estado de los restos, ya que la necrópolis se descubrió al realizar labores de arranque de un viñedo que afectaron de manera grave a la mayoría de los enterramientos, hasta el punto de que en algunos casos existen serios problemas para adscribir algunos ajuares a tumbas determinadas (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 241). La excavación de la necrópolis fue

muy compleja ya que se tuvo que tomar como punto de partida los surcos dejados por el arado para tratar de reconstruir los enterramientos aunque algunas de las características como la cubrición de las tumbas o la disposición general en el espacio (alineaciones, grupos, etc.) fueron imposibles de documentar. Con estos datos, la información más importante proviene del análisis de los ajuares de las tumbas, muy abundantes y con cronologías ajustadas.

En cuanto a las tipologías de las tumbas, la necrópolis de Cerro Colorado parece seguir las pautas de todas las necrópolis de la región, con una mayoría de cremaciones depositadas en urnas predominando las realizadas a mano, aunque también se han localizado huesos y cenizas depositadas directamente sobre el fondo de la fosa, en uno de los casos cubiertos por el umbo de un escudo de bronce (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 243). En algunos de los enterramientos se aprovecharon concavidades en las piedras de arenisca para sujetar las urnas, de manera similar a lo que ocurre en la necrópolis de Las Esperillas, cercana a Cerro Colorado (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 243). No se han documentado en esta necrópolis los enfoscados de yeso tan característicos de Palomar de pintado y Las Madrigueras, aunque en algunos casos se detectó una delgada capa de arcilla decantada de color amarillento que revocaba la fosa. En general, predominan los enterramientos individuales, aunque se han detectado algún caso de enterramiento doble.

Como hemos dicho, la mayoría de las tumbas consisten en urnas con tapadera acompañadas generalmente de una o dos piezas de cerámica, destacando algunos pequeños vasos o copitas hechos a mano de muy mala calidad, que podrían ser similares a los documentados en Palomar de Pintado. Frente a la relativa escasez de ajuares cerámicos, Cerro Colorado destaca por la gran cantidad de objetos metálicos en los ajuares. Ya comentamos el gran número de fibulas anulares hispánicas recogidas en el yacimiento (medio centenar) y su presencia en dos tercios de los enterramientos - lo que da prueba de la democratización de estas piezas en la necrópolis. Junto a estas piezas son abundantes los aros de pulseras o brazaletes, las pinzas, anillos, arandelas y cuentas de collar. Además se han recogido algunas piezas excepcionales, como el citado umbo de escudo, las dos placas de un cinturón de tipo ibérico, o un trísquele. Los objetos de hierro son menos numerosos, destacando una docena de cuchillos afalcatados y algunas arandelas de sujeción de *telamon* o correas de escudo. Asimismo, se han recogido cuatro bocados de caballo, un regatón y una punta de lanza, lo que hace de Cerro Colorado el yacimiento (necrópolis o poblado) con más objetos asociados a la figura del guerrero de todo el valle medio del Tajo. De manera excepcional y sin poder adscribirla a ningún enterramiento se documentó una arracada de oro de gran calidad (Perea, A. *et al.* 2007). También se han recogido cuentas de collar en trece tumbas, en pequeño número (el número máximo por tumba son nueve). Generalmente son azules, agallonadas o lisas, con presencia de algunos ejemplares oculados.

Con esta información hay serios problemas para extraer conclusiones acerca de la organización de la necrópolis. En primer lugar, desconocemos la existencia de una o varias fases, la cronología y tiempo de uso del cementerio y mucha de la información relativa a los materiales cerámicos que constituyen uno de los criterios más interesantes para valorar la vida de la necrópolis. Pese a todo, consideramos que pueden establecerse tres conclusiones a partir del estudio de la información proporcionada por los arqueólogos responsables de la excavación.

El primero de ellos es la ausencia de estructuras tumulares o de tumbas complejas similares a las localizadas en el sudeste (Urbina, D. *et al.* 2007: 53). Las características de las tumbas descritas en Cerro Colorado son casi idénticas a las del resto de necrópolis de la zona como Las Esperillas, Las Madrigueras o el Cerro del Gato, y aunque no pueden descartarse estructuras más simples como las localizadas en Las Madrigueras, el horizonte generalizado es de una gran sencillez e igualdad en los enterramientos. Con la variedad tipológica característica de las necrópolis del valle medio del Tajo, no parece que la inversión de esfuerzo dedicada a los enterramientos variase mucho de un individuo a otro, e incluso no parece tener mucha relación con la cantidad de ajuar depositado en los enterramientos. Aun asumiendo la escasez de datos, parece que éstos presentan, al menos en sus características formales, una gran igualdad.

Esta igualdad parece apreciarse también en los ajuares - con las debidas reservas debido a los vacíos de información y al problemático sistema de recogida y adscripción de los materiales. Es cierto que existen tumbas con ajuares excepcionales – dentro de los parámetros de la zona – como la tumba 53 que además de ajuar cerámico presenta un umbo de escudo y un broche de cinturón ibérico, y que se han recogido piezas como la arracada de oro ya citada, pero todo los datos apunta a que las diferencias de riqueza son reducidas. Así, las fíbulas anulares hispánicas aparecen en dos terceras partes de los enterramientos, generalmente una por tumba y sólo en casos excepcionales dos, tres o cuatro. Tampoco las cuentas de pasta vítrea se encuentran muy concentradas en algunas tumbas: el máximo número de estas piezas localizado en una tumba es 9 (Urbina, D. *et al.* 2007: 54) y la mayoría de las tumbas tan sólo presentan una, números muy similares a los documentados en Las Madrigueras. Otro caso parecido se da con las fusayolas, que aparecen en 15 enterramientos pero casi siempre de manera individual (sólo en dos casos se recogieron dos piezas en la misma tumba). Esto no quiere decir que la necrópolis sea pobre, ya que el número de objetos metálicos es muy significativo y puede superar incluso al de Palomar de Pintado. Simplemente, la impresión es que estos objetos se encuentran repartidos de manera más regular en Cerro Colorado.

Cronológicamente, parece que la mayoría de los materiales descritos se encuadran en un horizonte de los siglos IV-III a.C., aunque hay muchos indicios de que la utilización de esta necrópolis se remonta al menos al siglo V a.C. o incluso antes. Por ejemplo, diez de las tumbas presentan cerámicas exclusivamente a mano (Urbina, D. *et al.* 2007: 53), y en algunos enterramientos se han recogido bases de base plana con mamelones sin perforación, similares a los documentados en Arroyo Culebro D (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 243). Asimismo, destacan las pulseras o brazaletes de bronce, característicos de necrópolis del siglo VI a.C. o comienzos del siglo V a.C., y una única fíbula de doble resorte (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 245) que aunque no sabemos de qué tipo es corresponde a un momento anterior al siglo IV a.C. Estos indicios apuntarían a una fase antigua dentro de la necrópolis similar a la detectada en otros yacimientos.

Desconocemos otros datos fundamentales para poder reconstruir la evolución de la necrópolis, especialmente en lo que a los materiales cerámicos se refiere. Así, no hay referencias a la presencia de cerámicas con decoración jaspeada en Cerro Colorado, y tan sólo alguna alusión indirecta a cerámica gris (Perea, A. *et al.* 2007: 61), aunque suponemos que ambos tipos se documentan en el yacimiento. No hay tampoco ninguna alusión a piezas de importación, sean

de barniz rojo o áticas, aunque en este caso lo más probable es que el vacío se deba a una falta de esos materiales en la excavación.

La interpretación de Cerro Colorado es complicada, debido a las circunstancias en que se desarrolló la excavación y a los escasos datos publicados de la misma. Sin embargo, las características reseñadas arriba muestran muchas similitudes con las descritas para Las Madrigueras y, como veremos, para Las Esperillas y Cerro del Gato. Estas características apuntan a una distribución relativamente igualitaria de la riqueza o, al menos, la posibilidad de adquisición de objetos de prestigio era relativamente fácil. Por supuesto, existen tumbas relativamente ricas como la Tumba 53. Sin embargo, no puede afirmarse que los ajuares de estas tumbas representen una diferencia abismal respecto de los más pobres, y como hemos dicho estos enterramientos tampoco muestran en su fisonomía exterior un intento para distinguirse del resto. Como hemos dicho para Las Madrigueras, los parámetros en los que se mueven las tumbas de Cerro Colorado parecen continuar los esquemas de competición social establecidos en la región desde el principio de las necrópolis de incineración en el valle medio del Tajo, basados en una competición social limitada casi exclusivamente a la exhibición de objetos de prestigio y a la adquisición de capital simbólico.

En este sentido, Cerro Colorado muestra una diferencia que consideramos relevante respecto de otras necrópolis de la zona: la presencia relativamente abundante de armas u objetos vinculados a panoplias de guerrero/ aristócratas, como los bocados de caballo. Para un horizonte como el del valle medio del Tajo, esta muestra limitada supone el conjunto más completo de este tipo de objetos, y es necesario valorar su significado dentro de la necrópolis. Ya hemos hecho alusión a la aparición de armamento en la región y especialmente en la zona central del valle a partir del siglo IV a.C., asociado a la situación de inseguridad de la región, y a cómo esta presencia estaba relacionada con la expresión de nuevos escenarios de competición social y con la manipulación de la violencia y de los conflictos en beneficio de una parte de la comunidad. No se trataría tanto del surgimiento de una aristocracia guerrera al estilo de las existentes en el mundo ibérico, sino de algo mucho menos elaborado, relacionado con los intentos de ruptura de las conductas igualitarias apoyados en estructuras familiares antes que en una clase jerarquizada. Para Dionisio Urbina, estas tumbas representarían a los cabezas de familia de sociedades gentilicias similares a las estudiadas en el mundo vetón (Urbina, D. *et al.* 2007: 55), y esta postura es más creíble que la asunción de una verdadera aristocracia o clase guerrera que no aparece individualizada en ningún ámbito del registro arqueológico. La impresión es que se recogen algunos símbolos y objetos procedentes de otras zonas y se reinterpretan para elaborar un discurso de poder propio en la región.

Las Esperillas

Las Esperillas es otra necrópolis excavada en los años 80 que sólo ha sido publicada de manera muy parcial (García, A. A. y Encinas, M. 1987, 1988a, b, 1989, 1990), además de algunos datos procedentes de prospecciones y hallazgos en superficie (Urbina, D. 2000). Aunque estos artículos proporcionan bastante información sobre la necrópolis, la falta de algunos datos clave como el plano de la misma y en especial de la última campaña de excavación realizada en 1988, sobre la que apenas tenemos información complican la interpretación de la necrópolis.

Durante las cuatro campañas de excavación (1985-1988) se documentaron casi 60 tumbas, en su mayoría cremaciones aunque en la segunda campaña se excavaron dos inhumaciones de individuos adultos. La inmensa mayoría de los enterramientos son individuales y se depositan entre las piedras areniscas que cubren toda la zona donde se localiza la necrópolis, bien aprovechando oquedades naturales, bien excavando cavidades en la roca para depositar las tumbas. Éstas consisten casi siempre en urnas cinerarias, aunque de manera excepcional se han detectado restos depositados directamente en la fosa, además de las ya citadas inhumaciones. Es común el uso de piedras para calzar y sujetar las urnas y el ajuar, así como para cubrir el enterramiento. Como en Cerro Colorado, no hay ninguna alusión al uso de yeso para revocar las paredes de las tumbas, aunque esto puede ser debido al tipo de enterramiento entre piedras característico de la necrópolis. Al menos una de las tumbas estudiadas pudo tener una estructura cuadrangular de adobe alrededor de la fosa (García, A. A. y Encinas, M. 1987: 52, 1990: 263), lo que constituiría el único ejemplo conocido de estructura tumular en la zona



Figura 6.42: enterramientos de Las Madrigueras donde se aprecia el aprovechamiento de oquedades en las rocas para depositar los enterramientos. A partir de (García, A. A. y Encinas, M. 1988b)

central del valle medio del Tajo. Por desgracia, desconocemos las dimensiones y características de esta tumba, aunque sus materiales (García, A. A. y Encinas, M. 1987: 52-53) la sitúan cronológicamente en pleno siglo IV a.C.

Junto a las tumbas propiamente dichas se han detectado dos *ustrina* (García, A. A. y Encinas, M. 1987: 45) y varias manchas de pequeño tamaño que podrían corresponder con ofrendas, pero el hallazgo más significativo es sin duda un pequeño

edificio con planta en forma de "H" del que tan sólo se han conservado los cimientos y del que apenas tenemos información ya que se excavó durante la campaña de 1988 de cuyos resultados apenas tenemos noticias (García, A. A. y Encinas, M. 1990: 265). Este edificio fue interpretado como un lugar de culto por los encargados de la excavación, interpretación apoyada por el hecho de su posición central dentro de la necrópolis y por la acumulación de tumbas en torno al mismo, decayendo su número conforme aumenta la distancia al edificio (García, A. A. y Encinas, M. 1990: 263). Este supuesto santuario sería la segunda noticia que tenemos acerca de estructuras funerarias en necrópolis de la región, después de los muretes asociados a *ustrina* de Las Madrigueras, y podría tener un paralelo en otro edificio documentado en El Navazo

(Hinojosa del Campo, Cuenca)(Mena, P. 1990: 187). En el caso de Las Esperillas, la estructura parece estar asociada al conjunto de la necrópolis, y no a un grupo concreto como sucedía en Las Madrigueras. Es imposible precisar más ya que ni siquiera sabemos en qué momento de la vida de la necrópolis fue construido. Lo que sí es cierto es que, al igual que las estructuras de Las Madrigueras o (en una dinámica completamente diferente) los túmulos de la zona sudeste, confirma la tendencia a la creciente visualización del espacio funerario, en este caso parece que desde una perspectiva comunitaria.

Como ocurre con las otras dos necrópolis precedentes, la estratigrafía de la necrópolis es esencialmente horizontal, con pocas superposiciones, por lo que la interpretación de las diferentes fases debe realizarse principalmente a partir del análisis de los materiales. El problema es que son muy escasas las tumbas descritas en profundidad - apenas una decena - lo que complica la valoración de las características de la necrópolis. En capítulos anteriores vimos que las tumbas más antiguas podían ser datadas a mediados del siglo VI a.C., y que se apreciaba claramente la progresiva llegada de producciones a torno conviviendo con cerámicas a mano y piezas como las fíbulas de doble resorte con puente ovalado o circular y los primeros cuchillos afalcatados (García, A. A. y Encinas, M. 1987: 47, lám. I). Los autores, a partir del estudio de los materiales, proponen tres fases para la necrópolis - Primera Edad del Hierro (siglos VII-VI a.C.), transición (siglo V a.C.) y Segunda Edad del Hierro (siglos IV-III a.C.) - de manera excesivamente genérica. En la última campaña se recogieron algunos fragmentos de *terra sigillata* en la zona que podrían ampliar la cronología del yacimiento (García, A. A. y Encinas, M. 1990: 265) pero que probablemente estén relacionados con un poblado romano cercano (Urbina, D. 2000: 40). Si el cementerio tuviera continuidad en época romana sería el único de este tipo conocido en la región. Dejando de lado estas cerámicas romanas altoimperiales, ninguno de los materiales de los que tenemos noticia está datado de manera clara en el siglo III a.C., por lo que parece que el horizonte final de esta necrópolis debería corresponder más bien al siglo IV a.C.

Por los materiales publicados, la mayoría de las cerámicas de la Segunda Edad del Hierro recuperadas presentan decoraciones sencillas a bandas, semicírculos o cuartos de círculos, con algún ejemplo de estampillado. Los colores son los habituales: rojizos, vinosos, anaranjados, a los que se unen blanco y negro, menos comunes. No se han documentado cerámicas grises ni el empleo de la técnica del jaspeado en la necrópolis, aunque no sabemos si se debe a su inexistencia o que cuando se describieron los materiales este término no estaba aún extendido. Las piezas más comunes son, como en otras necrópolis, urnas globulares con bordes de pico de pato, platos y cuencos, caliciformes y una alta proporción de piezas con pie alto. El conjunto es, como puede apreciarse, muy simple, como es habitual en los repertorios cerámicos de las necrópolis de la región.

Sorprende la escasez de piezas de importación: al igual que en Cerro Colorado no se han documentado piezas de barniz rojo en el yacimiento. Sí se han recogido, sin embargo, algunos fragmentos de cerámica ática de los que sólo tenemos noticia de su existencia (García, A. A. y Encinas, M. 1988b: 63). Junto a estas cerámicas, la presencia de un número desconocido de cuentas de pasta vítrea lisas y gallonadas de color amarillo, azul, verde y blanco. El resto de materiales que podrían ser considerados "de importación" son objetos metálicos, destacando especialmente las fíbulas anulares hispánicas de varios tipos, incluida una del modelo más antiguo de aguja libre sin resorte de charnela datada a comienzos del siglo V a.C. (García, A. A. y

Encinas, M. 1987: 56). La mayoría, sin embargo, presentan una cronología de los siglos IV-III a.C. La falta de información completa sobre el yacimiento impide saber el número total de fíbulas recuperadas en el yacimiento, pero sin alcanzar las cotas de Cerro Colorado debió ser relativamente abundante ya que en las ocho tumbas presentadas en 1987 había media docena de ejemplares. Frente a una inmensa mayoría de fíbulas anulares hispánicas, la única fíbula de La Tène recogida en la necrópolis lo fue en superficie (Urbina, D. 2000: 40) Junto a las fíbulas se recogieron pinzas de depilar, agujas, horquillas, realizadas en bronce, mientras que en hierro se recogieron algunos ejemplares de los omnipresentes cuchillos afalcatados, argollas y fragmentos indeterminados, además de la ya citada espada de antenas atrofiadas (Urbina, D. 2000: 46). El conjunto de piezas metálicas se completa con una pequeña plaquita decorada y un pendiente amorcillado realizados en oro (García, A. A. y Encinas, M. 1988b: 63), reforzando la evidencia de una orfebrería más difundida de lo pensado en la región.

Con estos datos es difícil hacernos una idea de cuáles serían los criterios de organización de la necrópolis, más allá de la citada organización en torno al denominado santuario. Los datos disponibles, sin embargo, apuntan a la misma dirección que las necrópolis estudiadas arriba: sencillez en las estructuras funerarias, cierta variabilidad en los enterramientos dentro de una corriente mayoritaria de deposiciones en urna y diferencias relativas de riqueza entre los ajuares. En este sentido, si las ocho tumbas presentadas en la publicación de 1987 correspondían a las que presentaban un ajuar más significativo de las características de la necrópolis, los ajuares no son ni mucho menos excepcionales y su riqueza parece apoyarse más bien en el número de objetos – especialmente cerámicos – antes que en la presencia de piezas gran valor. Es cierto que respecto a necrópolis como Cerro Colorado el número de vasos cerámicos puede llegar a ser mucho mayor (hasta ocho, en algunos casos), pero por el contrario el número de objetos metálicos es menor, por lo que en nuestra opinión en realidad no existen diferencias sustanciales de riqueza entre las diferentes necrópolis de este horizonte, y las diferencias entre los ajuares de Las Esperillas apuntan a una situación similar a la del resto de necrópolis, con desigualdades limitadas. La posible existencia de una estructura tumular cuyas características no han sido bien definidas implicaría la aparición de procesos de diferenciación social cada vez más explícitos similares a los documentados en la zona sudeste del valle medio del Tajo, pero a la vista del tipo de ajuares recogidos en la necrópolis, no parece que esta diferenciación profundizase demasiado en la sociedad.

Cerro del Gato

La necrópolis del Cerro del Gato en Villanueva de Bogas fue excavada en 1947 por Salvador Llopis, habiéndose publicado tan sólo dos pequeños resúmenes de los resultados de la misma (1950a, 1950b) que sin embargo sintetizaban relativamente bien los resultados y materiales localizados en la necrópolis. El conjunto de materiales conservados en el Museo de Santa Cruz – que han sido inventariados, dibujados y fotografiados – y de documentación inédita proporcionada por Salvador Llopis se encuentra recogido en el Anexo 9, por lo que aquí vamos a resumir la información disponible a partir de los artículos, el estudio de los materiales y la información proporcionada por D. Salvador Llopis durante las entrevistas que mantuvimos en el año 2008.

La necrópolis se sitúa en un llano junto al Cerro del Gato, en la margen derecha del río Algodor, y fue descubierta accidentalmente durante la plantación de viñedos en la finca donde se sitúa. Las labores agrícolas destruyeron cinco urnas antes de que comenzaran las excavaciones, que permitieron documentar hasta treinta y seis tumbas más cuyos materiales sí fueron recogidos y entregados posteriormente al Museo de Santa Cruz y al Museo Arqueológico Nacional, mientras que los restos humanos se entregaron a la Escuela de Medicina Legal para su estudio (Llopis, S. com. pers.). Por desgracia, la metodología de la intervención no fue sistemática – el encargado de la misma no tenía formación como arqueólogo y además su presencia en Villanueva de Bogas en la primavera de 1947 fue accidental – y no se siguió un criterio básico como es asociar los ajuares recuperados a sus urnas correspondientes. El resultado es un conjunto de piezas cerámicas y metálicas para las que desconocemos su asociación, limitando severamente la interpretación del conjunto.

Lo que sí está claro a partir de los datos proporcionados por Salvador Llopis es que la necrópolis presentaba al menos tres fases superpuestas, según se desprende de algunas fotos comentadas procedentes de su archivo personal (fig. 6.43). También se hace referencia a la existencia de alineaciones de tumbas (Llopis, S. 1950b: 197) y de cierta organización por grupos (Llopis, S., com. pers.), aunque la inexistencia de fotografías generales de la excavación o de planimetrías impide corroborar este dato. Las tumbas eran todas similares consistiendo en fosos simples, sin que se documentaran enfoscados de yeso (Llopis, S. com. pers.) pero sí piedras utilizadas para sujetar las urnas (Llopis, S. 1950b: 197). Con estos datos, la mayor parte de la información proviene del análisis de los materiales documentados en los enterramientos. El conjunto se

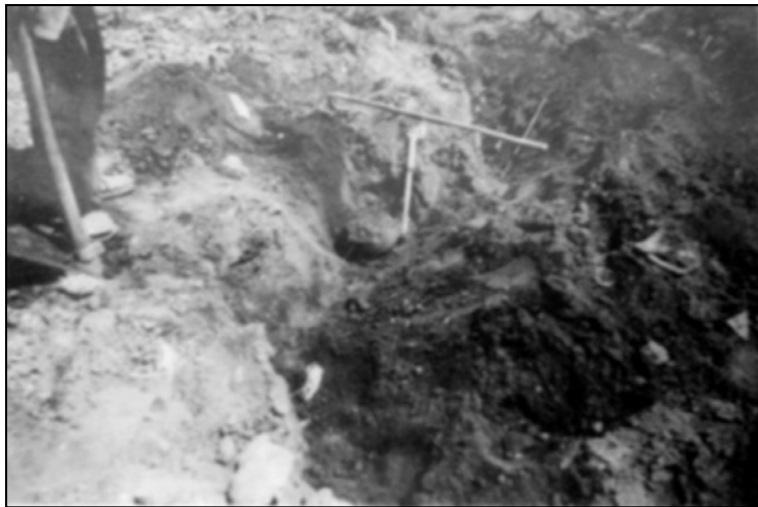


Figura 6.43: fotografía inédita de la necrópolis del Cerro del Gato, donde según S. Llopis se documentaban hasta tres niveles de tumbas. Fotografía Salvador Llopis

compone de 49 piezas cerámicas (urnas y vasos de ajuar), cinco fusayolas, tres fíbulas, un cuchillo afalcado y dos pinzas de hierro. A través de las fotografías de los artículos publicados sabemos de la existencia de otras dos urnas y de un fragmento de otra, desaparecidos y de una segunda fíbula de La Tène, aunque disponemos de fotos y

descripciones de estos cuatro objetos.

Las cerámicas a torno (fig. 3.109) son muy similares al del resto de necrópolis, consistentes mayoritariamente en piezas globulares o caliciformes de gran tamaño, con perfiles en "S" y varios ejemplos de bordes de pico de ánade. Junto a estas piezas de aparecen de manera ocasional algunas piezas crateriformes o copas carenadas. También se han recogido ejemplares de perfil más recto y una única sítula desaparecida del conjunto. Las piezas tienen una factura bastante tosca y en algunas se aprecian claramente los dedos del alfarero al ejercer una presión excesiva durante el torneado. Asimismo, destaca la pobre decoración de las piezas, limitada a algunas bandas o líneas simples de color rojo o negro en media docena de las urnas o de los

vasos de ajuar. Tampoco hay muchos ejemplos de jaspeado (siete), generalmente de color claro y muy perdido, y dos ejemplos de estampillados, el primero de ellos en una pieza crateriforme decorada con bandas de color rojo y estampillas circulares agrupadas de cinco en cinco dispuestas a lo largo de la pieza y el segundo en un fragmento también pintado y con estampillas en forma de esvásticas. Ambas piezas fueron depositadas en el Museo Arqueológico Nacional y habían desaparecido en 1962, según consta en la documentación existente en dicho museo. Por suerte, se conservaba una foto de la urna y la descripción de ambas piezas, y así se ha podido constatar la combinación de estampillados y pintura en la necrópolis, interesante porque nos ofrece un horizonte cronológico de los siglos IV-III a.C. para estas piezas.

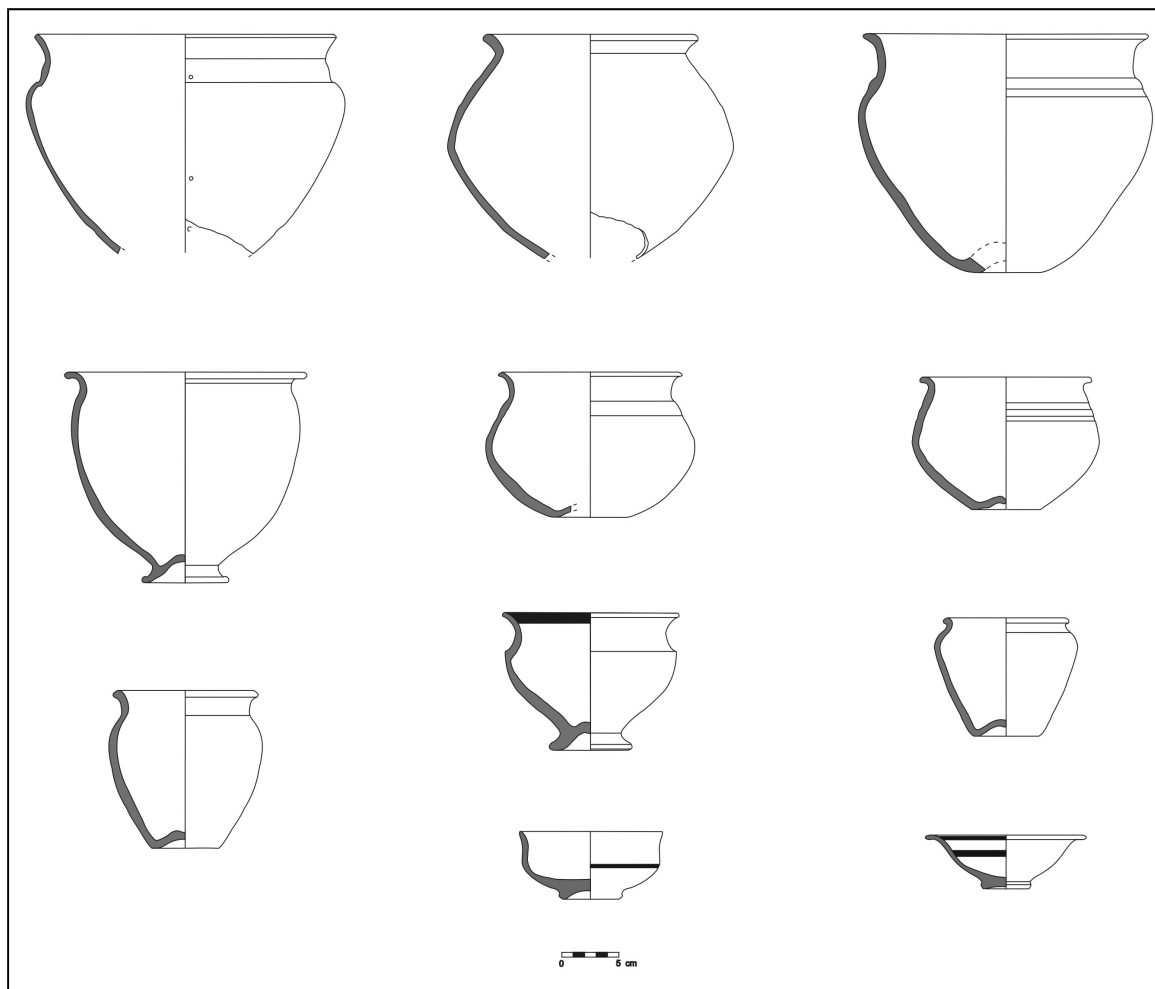


Figura 6.44: urnas y vasos de ajuar a torno de la necrópolis del Cerro del Gato.

Los vasos y cuencos que podrían ser considerados como ajuar son muy escasos, incluyendo algunos que podrían haber servido como tapadera de las urnas. Tan sólo se han recuperado siete de estas piezas para 36 enterramientos, lo que da una idea muy clara de la pobreza de los ajuares de esta necrópolis. En general se trata de cuencos de borde saliente, aunque en uno de los casos el cuenco es carenado y en otro, con perfil en "S". Dos de estos vasos de ajuar son piezas de barniz rojo ibérico muy deterioradas, una de ellas una botellita muy similar a las localizadas en Las Madrigueras y otra un pequeño cuenco o pátera, una de las formas más comunes de este tipo de cerámica en el valle medio del Tajo. También se recogieron cinco

fusayolas en la necrópolis, todas ellas tronco o bitruncocónicas. De manera muy similar a otros yacimientos de la zona, aparecieron individualmente en las tumbas (Llopis, S. com. pers.).

Las cerámicas a mano (fig. 6.45) son muy minoritarias en el conjunto, pero significativas. Todas ellas son de cocción reductora, pero por lo demás presentan características muy diferentes. De las tres que pueden considerarse urnas, una de ellas tan sólo conserva la base plana pero las otras dos están casi completas. La primera tiene forma globular y borde exvasado, con decoraciones excisas en forma de triángulo a lo largo de toda la pieza muy similares a algunas documentadas en Palomar de Pintado. La segunda es mucho más compleja, con forma troncocónica y borde recto. Presenta una elaborada decoración en forma de guirnalda aplicada sobre la parte superior de la pieza sobre la que se han aplicado ungulaciones. En cuanto a las piezas de ajuar, destaca un pequeño cuenco decorado con excisiones realizadas con el dedo, y un vasito de suave perfil en "S" cuyos paralelos más cercanos se encuentran de nuevo en Palomar de Pintado. Las formas y decoraciones de las piezas a mano del Cerro del Gato no tienen paralelos con las piezas características de finales de la Primera Edad del Hierro que suelen aparecer en las necrópolis de la región, y la buena calidad de las cocheras y las similitudes con piezas localizadas en Palomar de pintado podrían indicar que se trata de piezas realizadas durante la Segunda Edad del Hierro con la ya citada intención de vincular a los finados a las líneas familiares o a los antepasados a través de la manipulación de cerámicas de estilo antiguo.

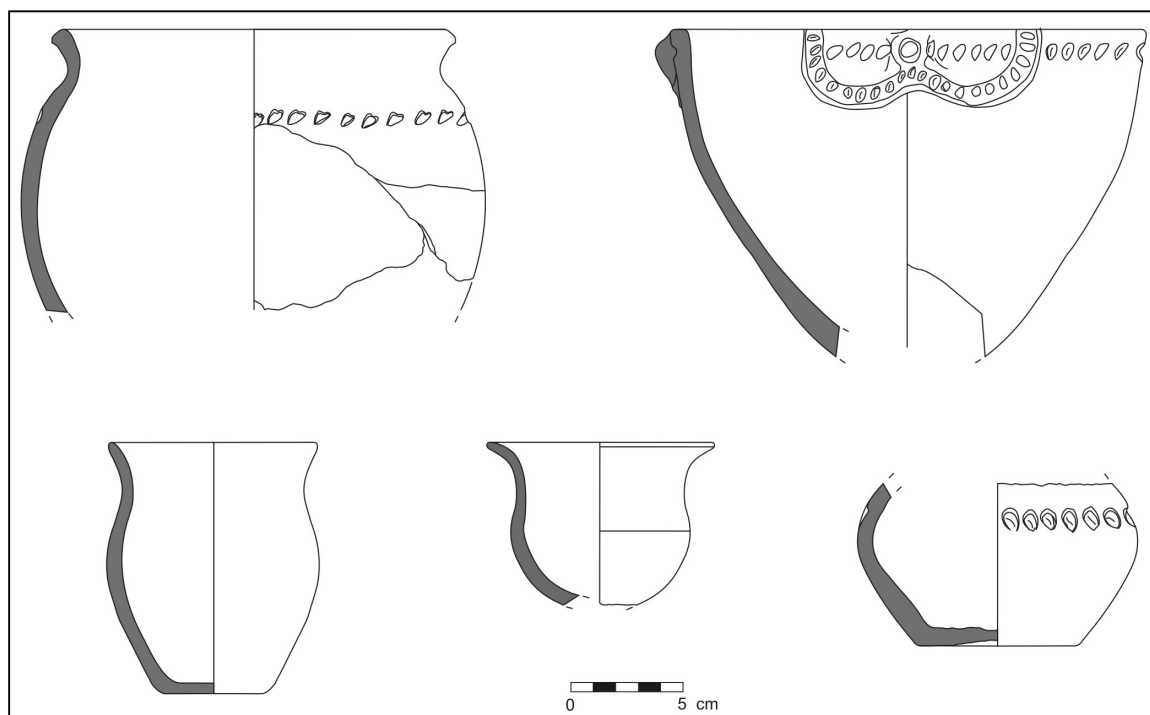


Figura 6.45: urnas y vasos de ajuar realizados a mano de la necrópolis del Cerro del Gato

Respecto de los materiales metálicos, destaca la presencia de dos fibulas de La Tène de las cuales sólo una ha sido localizada en el Museo de Santa Cruz aunque contamos con los dibujos inéditos de las dos piezas realizados por Salvador Llopis. La conservada es una fibula de pie vuelto fundido con el puente, con una cronología aproximada de finales del siglo III a.C. en adelante y una tipología muy común en la región (González, C. 1999: 270) mientras que la desaparecida parece haber sido más antigua, ya que presenta de pie libre y por tanto con una

cronología genérica de los siglos IV-III a.C. Su ausencia nos impide concretar más su cronología. Junto a estas dos piezas se han recogido el anillo de una fíbula anular hispánica o de anillo abierto. En caso de tratarse de una fíbula de anillo abierto esta pieza sería interesante porque este tipo de piezas – antecedentes de las conocidas fíbulas "omega" – presentan una cronología tardía en torno al siglo I a.C., fecha que junto a la de la fíbula de La Tène III constituirían las primeras evidencias de necrópolis tras la conquista romana. La última pieza parece también una fíbula anular bastante deformada cuyo puente está roto y doblado y parece decorado en relieve, para la que no hemos encontrado paralelos. El conjunto de materiales en bronce se completa con una pequeña chapita de forma circular muy deteriorada y de función desconocida.

En cuanto a los objetos de hierro, son muy escasos y consisten en dos pinzas de hierro, una de ellas de gran tamaño, un cuchillo afalcado y dos piezas de función indeterminada, aunque una de ellas, de sección semicircular, pudo ser la pieza identificada como regatón por Llopis (1950b: 198), que también cita piezas pertenecientes a varios correajes que no han sido conservadas en el museo. En nuestra opinión, la pieza de sección semicircular es demasiado pequeña para haber sido un regatón (tiene un diámetro máximo de 1,5 cm), aunque no sabemos si es ésta la pieza a

la que se refería Llopis o no. Las pinzas de hierro tienen su paralelo más directo en Cerro Colorado (Urbina, D. y Urquijo, C. 2007: 248), y ya hemos visto la presencia recurrente de cuchillos afalcados en las necrópolis de la región.

El panorama se completa con el análisis antropológico realizado sobre los restos humanos recogidos en cinco de las tumbas y que fueron analizados por el médico de Villatobas a petición de Salvador Llopis, en lo que supone una decisión verdaderamente notable dada la época en que se realizó la excavación, las características de la misma y los escasos medios con que contaba su responsable. El resto de restos humanos fue entregado a la Escuela de Medicina Legal para su estudio, pero los materiales desaparecieron tras el traslado a la actual Facultad de Medicina, y nuestros intentos para localizarlos han resultado infructuosos.



Figura 6.46: materiales metálicos de la necrópolis del Cerro del Gato: cuchillo afalcado, fíbula de La Tène y pinzas de hierro

Los datos analizados por Llopis, por otra parte, no dejan de ser un ejercicio de voluntarismo ya que la ausencia de una adecuada metodología hizo que no se reseñaran datos como el peso de los fragmentos, el tratamiento de los huesos después de la cremación, la intensidad de la cremación o el sexo de los individuos. Sí se han recogido los tipos de huesos depositados en las

urnas, que excepto en un caso son fragmentos pertenecientes a huesos largos o al cráneo, y en mucha menor medida restos de la columna vertebral o las costillas. Esta diferenciación podría ser debida a una recogida selectiva de los huesos o deberse simplemente al hecho de que en la cremación la zona central del cuerpo – torso y cintura – arde más fácilmente al tener huesos de menor grosor. En cuanto a la edad de los cremados, uno de ellos ha sido identificado como un adulto mientras que dos de ellos son adolescentes (uno de ellos, entre 10-12 años de edad). Precisamente en este último individuo sí se recogió el peso de los fragmentos de hueso (265 gramos) que siendo bajo está en la línea de muchos de los pesos documentados en la necrópolis de Palomar de Pintado, única para la que tenemos datos de este tipo.

Con todos los problemas que plantea la necrópolis del Cerro del Gato, sus características no se alejan demasiado de las descritas para Las Esperillas, Las Madrigueras o Cerro Redondo: fuerte uniformidad de ajuares y de tumbas, diferenciándose de las necrópolis con estructuras tumulares localizadas al sur y al este. En cuanto a la cronología, los materiales recuperados apuntan a un uso del cementerio en torno a los siglos IV – III a.C. La presencia de cerámicas de barniz rojo, crateriformes y copas de pie alto, unidas a fíbulas anulares y de La Tène I y piezas con decoración combinando estampillado y pintura o bicromía roja y negra son características clásicas de este periodo, aunque – y este hecho es interesante – algunas de sus piezas presentan una cronología tardía, especialmente una fíbula de La Tène III que como muy tarde puede fecharse a finales del siglo III a.C. y cuya cronología más plausible es el siglo II a.C. Aunque es un único indicio, es la primera noticia que tenemos de contextos funerarios que superen el siglo III a.C., pero por desgracia no podemos contrastar el dato con materiales bien contextualizados. Con estos datos y otros como la ausencia de cerámicas grises en el conjunto, podríamos hablar de una necrópolis ocupada durante todo el siglo III a.C., algo que sólo hemos visto de momento de manera clara en Palomar de Pintado.

Otro matiz importante es la mayor pobreza de esta necrópolis respecto del resto de cementerios conocidos, apreciable en el número de vasos de ajuar, fusayolas y objetos metálicos recuperados. Aunque no sabemos cómo se asocian estos ajuares a las tumbas, la relación entre el número total de objetos de ajuar localizados (22) respecto del número de tumbas (36) es suficientemente elocuente. Además, la información proporcionada por Salvador Llopis apunta a que estos objetos se distribuían de manera más o menos uniforme, sin que se descubrieran tumbas muy ricas en contraste con otras pobres. Es el caso, por ejemplo, de las fusayolas, que siempre aparecieron de una en una. Finalmente, es interesante el conjunto de cerámicas a mano recuperadas, con algunos paralelos de Palomar de Pintado y formas ajenas a los repertorios de cerámicas de la Primera Edad del Hierro. La interpretación de los datos conservados en la necrópolis del Cerro del Gato sigue por tanto la misma dirección que los de las necrópolis precedentes sin que se aprecien diferencias sobresalientes en los enterramientos y ajuares, implicando una sociedad notablemente igualitaria e incluso una perceptible pobreza material incluso dentro del panorama modesto de las necrópolis de la zona central del valle medio del Tajo.

Otras necrópolis

Conocemos algunos otras necrópolis excavadas o localizadas de manera accidental, aunque los datos son mucho más escasos y realmente tan sólo pueden considerarse noticias breves. De todas ellas, la única excavada de manera sistemática es la necrópolis del poblado de Santa María en Villarejo de Salvanés, muy interesante ya que es el único yacimiento en el que se han excavado – aun parcialmente – la necrópolis y el poblado. Por desgracia, los datos publicados consisten apenas en cuatro páginas dentro de un artículo general (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 333-336), en los que se detalla la excavación de una treintena de tumbas para las que se propuso una cronología de los siglos IV-II a.C. Sabemos que se documentaron dos posibles *ustrina*, que las tumbas parecían estar dispuestas de manera poco sistemática en un eje SE-NO y que no se localizaron estructuras tumulares de piedra o adobe aunque se recogieron ladrillos que pudieron haber utilizados como tapadera (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 335).

La necrópolis había sido muy afectada por las labores agrícolas, por lo que pocas de las urnas se recogieron completas y muchos de los ajuares aparecieron dispersos alrededor de las mismas. Las urnas estaban realizadas mayoritariamente a torno aunque a través de las fotografías disponibles se han documentado alguna pieza a mano con paralelos muy claros en necrópolis como Arroyo Culebro D (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 334). Las formas que se conocen a partir de las fotografías corresponden a piezas caliciformes y globulares, incluida una pieza de cerámica gris de excelente calidad. Los ajuares recogidos son muy similares a los de otras necrópolis: fíbulas anulares y La Tène, cuentas de pasta vítrea y vidrio, fusayolas, etc., además de platos y cuencos cerámicos utilizados como tapaderas. Algunas piezas recuperadas en la necrópolis son, sin embargo, excepcionales, como un broche de cinturón celtibérico de escotaduras y tres garfios, una placa de bronce en la que parece estar representada una *Potnia Theron* flanqueada por dos caballos y un torque de bronce localizado en una mancha de cenizas. No hay, sin embargo, referencias a cerámicas de importación (áticas o de barniz rojo) en la necrópolis, aunque este hecho puede ser debido a las escasas tumbas excavadas.

Pese al indudable interés de esta necrópolis, especialmente por la posibilidad que ofrece de contrastar sus materiales con los del poblado, por las características de algunas de las piezas recuperadas y por el hecho de que sea la necrópolis que se encuentra más cerca del área central del valle del Tajo, lo cierto es que con la información disponible no puede hacerse mucho más que presentar los escasos datos disponibles, y concluir que las características que se deducen de la descripción del cementerio coinciden mucho más con los yacimientos cercanos como Cerro Colorado, Las Esperillas o Las Madrigueras que con los localizados en el Sudeste.

Del resto de necrópolis conocidas en la región apenas si disponemos de breves referencias, sintetizadas por M^a C. Blasco hace años (Blasco, M. C. y Barrio, J. 1992). Algunos de ellos como el de Valmatón (Guadalajara) quedan fuera de nuestro ámbito de estudio y otros como el del Cerro de la Gavia se han asignado posteriormente al yacimiento y no a la necrópolis, así que vamos a centrarnos en aquellos que no han sido descritos en las páginas anteriores: El Espartal, Titulcia, Perales de Tajuña, Aranjuez, Illescas, Cerro Mazacote (Ocaña), Cerro de las Canteras, Pantoja y Mocejón. De estos yacimientos, tan sólo dos (El Espartal y Cerro de las Canteras) pueden ser identificados sin ningún género de dudas como necrópolis, ya que el resto de yacimientos han sido calificados como necrópolis a partir de hallazgos en superficie y de manchas cenicientas en

los alrededores. Con este panorama poco se puede hacer más allá de describir brevemente los resultados de las intervenciones más interesantes.

Éstas tampoco aportan demasiada información. En El Espartal (Alonso, M. A. 1973, fig. 6.47) se localizó una única tumba sin urna pero definida por piedras, cuyo ajuar consistió en un plato de barniz rojo y un mango de hueso que aún conservaba parte del cuchillo o punzón al que perteneció, y que permiten datar la tumba de manera genérica en tres los siglos V-III a.C. (Barrio, J. y Blasco, M. C. 1989). En el caso del Cerro de las Canteras, las dos tumbas fueron descubiertas durante una prospección de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología (Cuadrado, E. 1971), y permitieron documentar dos tumbas, una de planta circular y otra de planta rectangular y enfoscada con yeso (único ejemplo de este tipo de revoco en el centro de nuestra zona de estudio), con escaso ajuar consistente en algunos fragmentos de cerámica jaspeada. Finalmente, los datos del Cerro Mazacote en Ocaña (González, M. 1934) probablemente corresponden a una necrópolis, aunque lo confuso de la información, el hecho de que muchos de los materiales pertenezcan a una colección del siglo XIX y la mala metodología de la excavación hacen que tan sólo se pueda hablar de la existencia de varias supuestas urnas globulares y un plato de cerámica gris.

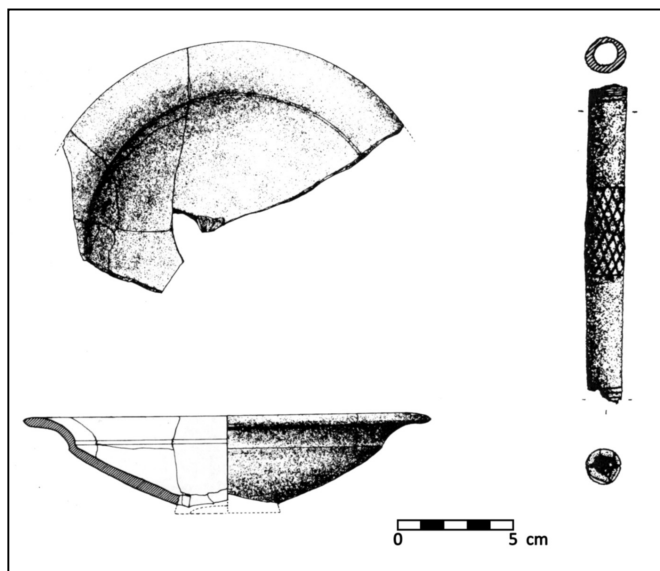


Figura 6.47: materiales localizados en la necrópolis de El Espartal. A partir de (Barrio, J. y Blasco, M. C. 1989)

Los datos del resto de las posibles necrópolis son aún menos concluyentes, basados en localizaciones de cerámicas en los alrededores de los poblados, en la presencia de urnas de tipo globular, de fíbulas u otros objetos metálicos o en manchas de cenizas. Los problemas de estas asociaciones son evidentes: las urnas supuestamente utilizadas en estos enterramientos muestran en muchas ocasiones evidencias de uso doméstico previo, las acumulaciones de cerámicas pueden estar relacionadas con los asentamientos en llano característicos de la zona hasta mediados del siglo IV a.C. y no con

necrópolis. El ejemplo más claro es el del cerro de la Gavia, donde las cerámicas recogidas en el entorno del cerro (Blasco, M. C. y Barrio, J. 1992. 285-287) no han podido ser adscritas de manera concluyente a la necrópolis.

Esta situación introduce una carencia grave en la interpretación de las necrópolis del valle medio del Tajo, ya que las necrópolis excavadas están localizados fuera del eje central que marcan el Tajo, el Jarama y el Henares, lo que podría implicar una mayor pobreza de los ajuares y un menor desarrollo de procesos de consolidación de las desigualdades sociales como los detectados en el sudeste de la región. Sin embargo, los escasos datos recopilados apuntan a una homogeneidad en el tipo de necrópolis de esta zona, desde los escasísimos datos reseñados arriba hasta la ligeramente superior información disponible para Santa María. Es cierto que la

localización en los grandes ejes de comunicación que constituyen los valles pudo haber hecho más accesible la llegada de objetos de lujo, pero hemos visto que en muchas de estas necrópolis de zonas secundarias se han recogido objetos de oro y piezas de importación, y la necrópolis más rica de todas las estudiadas (Palomar de Pintado) se sitúa en un cauce secundario respecto del valle del Tajo. No creemos que haya sustanciales diferencias de riqueza entre las necrópolis, como no las hay entre los asentamientos de la zona, y desde luego no parece que tengan que ver con diferencias en la evolución social de estas comunidades, algo que sí parece apreciarse entre las necrópolis del sudeste respecto de las del centro del valle.

6.3.4.3. Simbolismo, más allá de las necrópolis

Como dijimos más arriba, una de las características principales de esta etapa es que comienzan a aparecer las primeras evidencias de iconografía vinculada con las creencias fuera de los contextos funerarios. En muchos casos, esta iconografía no puede disociarse de un fuerte componente social y político, ya que parece formar parte de un discurso ideológico complementario del expuesto en las necrópolis y que, como en éstas, parece reivindicar el papel de una figura muy concreta – la del guerrero/ héroe de orígenes míticos. Las evidencias son muy escasas, pero significativamente van casi todas en esa dirección y además muestran sus paralelos más estrechos con la región conquense, limítrofe a la zona donde parecen darse los cambios más claros en la organización de la sociedad.

Sin duda, los dos ejemplos más claros los tenemos en El Cerrón de Illescas, donde habíamos detectado la existencia de un posible santuario a comienzos del siglo IV a.C., algo que se ve confirmado por la superposición de una segunda habitación de características muy similares y cronología del siglo III a.C. en la que se documentó un relieve de 135 cm de longitud entre 22 y 30 cm de anchura realizado en adobe que decoraba un banco y que representa una procesión de dos carros guiados por sendos aurigas, escoltados por un grifo y situados frente a un personaje envuelto en un manto. La técnica de realización es muy tosca y la pieza sufrió una cocción imperfecta, constituyendo una pieza enormemente original dentro de la iconografía religiosa del mundo ibérico.

La pieza (fig. 6.48) ha sido descrita exhaustivamente (Balsameda, L. J. y Valiente, S. 1982), aunque la búsqueda de paralelos – de los carros, de la figura del grifo, de la escena procesional – adolece de una excesiva dispersión (se comparan piezas que van desde el mundo celta al iranio) que finalmente renuncia a buscar un posible origen de las influencias que subyacen bajo la representación (Balsameda, L. J. y Valiente, S. 1982: 233). Por otra parte, queda la duda de si la iconografía mostrada en el relieve fue simplemente copiada o fue fruto de una reinterpretación local de creencias foráneas. No es nuestra intención realizar un análisis iconográfico del relieve, sino hacer algunas consideraciones acerca de las posibles connotaciones del mismo. En este sentido, los responsables de la excavación propondrían dos interpretaciones: éste consistiría bien en la representación de dos personajes heroizados o divinidades cuyo tótem fuese el grifo, bien una procesión funeraria de despedida en la que el grifo escoltase a los dos difuntos (Balsameda, L. J. y Valiente, S. 1982: 231-232). Estas interpretaciones son coherentes con las interpretaciones más comunes de la figura del grifo, relativamente frecuente en las representaciones iconográficas de la Península ibérica (Vidal, M. M. 1973), y que aunque aparece en una gran variedad de soportes y presenta una gran amplitud cronológica,

generalmente tiene un carácter apotropaico o psicopompo, a menudo relacionado con el mundo de ultratumba (Balsameda, L. J. y Valiente, S. 1982: 232).



Figura 6.48: relieve de Illescas (arriba), dibujo a partir de (Balsameda, L. J. y Valiente, S. 1982) y detalles – abajo, a partir de (Valiente, S. y Balsameda, L. J. 1982)

En nuestra opinión, lo importante no es tanto la interpretación de la escena en sí misma, cuyo verdadero significado nunca llegaremos a desentrañar, como las connotaciones de cada una de las figuras que aparecen en el relieve. Tanto si es una escena heroica, funeraria o de otro tipo, hay una realidad objetiva en la escena que es la representación de dos figuras humanas que representan personajes importantes dentro de la sociedad – sean héroes, dioses o cabezas de linaje. Aparecen representados en carros tirados por caballos, un símbolo que evidentemente marca diferencias con el resto de la comunidad y están escoltados, protegidos o acompañados por un animal mítico. En el fondo, las dos interpretaciones propuestas por S. Valiente y L. J. Balsameda son dos caras de la misma moneda: la presencia de determinados individuos con

características que les otorgan un lugar de privilegio respaldado no sólo por criterios económicos o sociales sino también con argumentos míticos que los legitiman. Por otra parte, dentro del concepto de héroe tiene un enorme peso la adscripción a un linaje que se remonta a tiempos míticos y que justifica las posiciones de poder actuales a través de la vinculación al pasado, de ahí el énfasis otorgado en este tipo de situaciones a los antepasados y al mundo funerario.

No sabemos si los habitantes de El Cerrón comprendían completamente la simbología del relieve, pero al situarlo dentro de un espacio de culto estaban construyendo unas referencias directas hacia los aurigas y hacia el apoyo y protección que les proporcionaban seres mitológicos, unas referencias que en nuestra opinión se utilizarían para justificar la aparición de grupos de parentesco privilegiados dentro de las comunidades. En ese sentido, el relieve de Illescas añade además un valor simbólico extra por tratarse de una pieza con simbología exótica, que reivindica una idea del héroe – aristócrata que está comenzando a ser utilizada como herramienta de manipulación social.

No es extraño, en nuestra opinión, que en la misma área donde se localizó el relieve se recogiera el único exvoto localizado en el valle medio del Tajo, y que éste, aunque fragmentado, parezca corresponder a guerrero a caballo (Sanz, M. *et al.* 1985: 20). Aunque evidentemente se trata de una pieza muy alejada de las zonas principales de dispersión de estos objetos y no podemos tener la seguridad de que su significado fuera exactamente igual que en el mundo ibérico, nos parece interesante que se trate de nuevo de una representación de hombre asociado a objetos de prestigio (caballo, armas) y desempeñando una función que precisamente a lo largo de los siglos IV – III a.C. comienza a adquirir importancia en la zona. En nuestra opinión, tanto el relieve como el exvoto documentados reflejarían la utilización, probablemente adaptada a los parámetros locales, de simbologías de poder utilizadas dentro de grupos de parentesco que tratarían de transformarse en verdaderos linajes apoyados en justificaciones ideológicas. Como dijimos arriba, los paralelos más cercanos al exvoto de Illescas los encontramos en la zona de

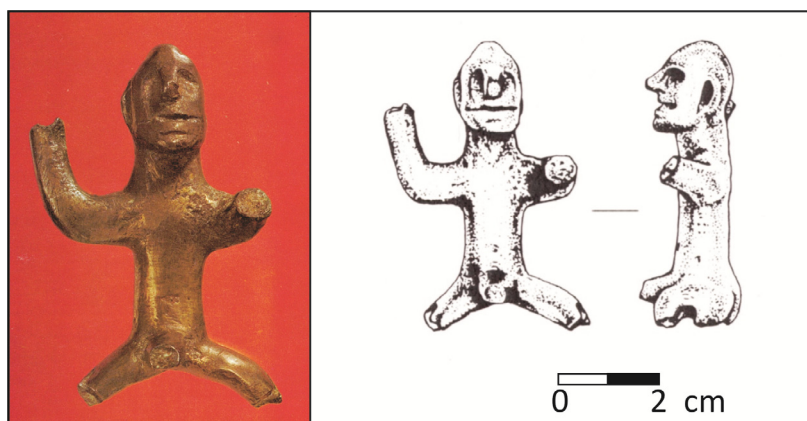


Figura 6.49: exvoto de El Cerrón. A partir de (Sanz, M. *et al.* 1985)

Cuenca, en los yacimientos de Mohorte y Valeria (Sanz, M. *et al.* 1985: 21), y también en estos casos se trata de figuras masculinas, toscas y relacionadas tipológicamente con las localizadas en Andalucía (Fernández, J. J. 1979: 89). Otras piezas similares, aunque no se trate de exvotos en el sentido

exacto de la palabra son las cabecitas de bronce localizadas en Fosos de Bayona, también en la provincia de Cuenca, en el límite de nuestra área de estudio. Se trata de tres cabecitas que representan una mujer, un guerrero y una leona de pequeño tamaño (Gras, R. *et al.* 1984: 53) que por desgracia fueron recogidas en superficie. Como puede apreciarse, todos los hallazgos a excepción del exvoto de Illescas se sitúan relativamente cerca del área más oriental de nuestro área de estudio, adonde parecen haber llegado siguiendo el valle del Júcar (Moneo, T. 2003) en

una ruta que como hemos visto al hablar del comercio es una de las tradicionales vías de comunicación con la zona interior del valle del Tajo donde se sitúa Illescas.



Figura 6.50: representación de *Potnia Híppôn* documentada en Santa María (Villarejo de Salvanés)

Dejando de lado este yacimiento, lo cierto es que son muy pocas las evidencias directas a la asimilación de iconografía asociada al mundo de las creencias. Tan sólo hemos encontrado otro ejemplo claro, el de una placa de bronce con una representación de *Potnia Híppôn* localizada en la necrópolis del yacimiento de Santa María de Villarejo de Salvanés (Madrid) (Pérez, D. y Bueno, M. 2007a: 335) toscamente representada en lo que parece de nuevo una adaptación indígena de un tema ampliamente conocido en el mundo ibérico.

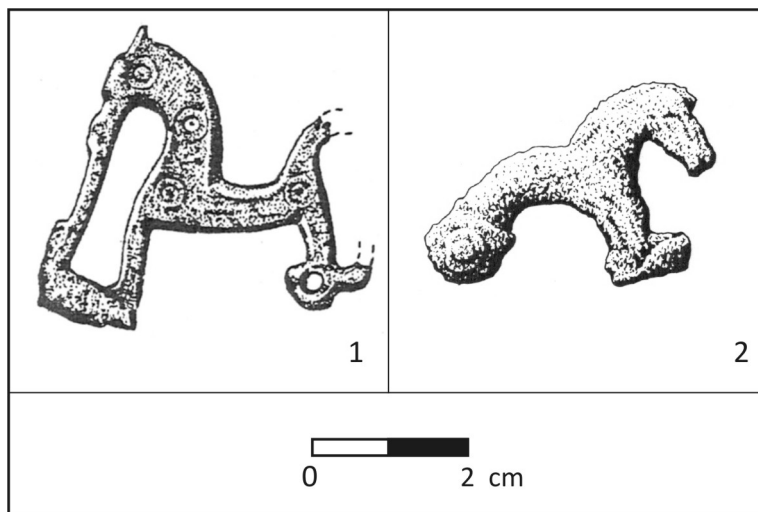


Figura 6.51: fíbulas de caballito localizadas en el valle medio del Tajo. 1 Cerro Redondo (Fuente el Saz del Jarama), 2. El Cerrón (Illescas)

Finalmente, hemos considerado interesante hacer una referencia a un tipo de fíbulas, las denominadas de caballito o de jinete, que han sido asociadas a la existencia de élites guerreras para las que el caballo constituiría un símbolo aristocrático (Almagro, M. y Torres, M. 1999). Es innegable el papel del caballo como animal de prestigio y su asociación a la actividad guerrera en todo el mundo prerromano, y puede que en las zonas de mayor

concentración de este tipo de fíbulas éstas hayan tenido un significado muy concreto vinculado a las "élites ecuestres" a las que hacen referencia M. Almagro y M. Torres. En nuestra región, sin embargo, esta asociación no está tan clara: aunque se ha documentado una decena de este tipo de fíbulas en nuestra región, la mayoría lo han sido fuera de contexto arqueológico y carecemos de información más allá de su existencia. Todas ellas son de caballito, aunque sólo disponemos de los dibujos de dos de ellas cuyas cronologías difieren en dos siglos – siglo III a.C. para la fíbula de El Cerrón, siglo I a.C. para la localizada en Cerro Redondo, según (Almagro, M. y Torres, M. 1999: 36-37) – aunque en nuestra opinión ni los contextos arqueológicos son tenidos en cuenta ni la interpretación de estos asentamientos (Almagro, M. y Torres, M. 1999: 67) es coherente con los datos de que disponemos. En el contexto del valle medio del Tajo, estas piezas no

deberían ser vinculadas directamente a conceptos como el de élites guerreras *per se*, sino que más bien constituirían un ejemplo más de bienes de prestigio utilizados por algunos individuos para destacar sobre el resto del grupo.

6.4. Presión, conflicto, resistencia: la estructura social del valle medio del Tajo durante la Segunda Edad del Hierro

Si echamos la vista atrás, gran parte de la información presentada en este capítulo y en el anterior gira en torno a la definición de cuatro conceptos fundamentales para el análisis de cualquier tipo de sociedad: la existencia o no de excedentes, los ámbitos de expresión de poder, las estrategias utilizadas para obtenerlo y los límites del mismo. El objetivo de los diferentes apartados, además de presentar de manera sintética el registro arqueológico del valle medio del Tajo durante los siglos V-III a.C., era crear una base de discusión para nuestra interpretación de cómo se estructuró la sociedad de esta zona finales del siglo III a.C. No se trata tanto de buscar una etiqueta para los grupos prerromanos que habitaron la región, tal y como defendimos en nuestra exposición metodológica. Más bien pretendemos describir los rasgos fundamentales que caracterizaron a estos grupos a través de la respuesta a preguntas determinadas: ¿cuál era el grado de desigualdad existente en su sociedad? ¿En qué ámbitos se manifestaba? ¿En qué estrategias y herramientas se apoyaba? ¿Se encontraba plenamente consolidada, o existía contestación real o simbólica a esta desigualdad?

La clave a todas estas preguntas es dilucidar si en las comunidades del valle medio del Tajo se produjo realmente una jerarquización social – que estaría basada en el control total o parcial de los excedentes por parte de un colectivo privilegiado -, en qué grado lo hizo y cómo afectó y/o sustituyó a las estructuras sociales previas. En este sentido y aunque los datos son escasos, es necesario plantearse las características y las relaciones entre familia, comunidad y, en caso de que existan, estructuras sociales superiores. Esta situación nos lleva a poner encima de la mesa, por primera vez, el debate sobre la existencia de una identidad regional en el valle medio del Tajo, de una etnicidad similar a las de los pueblos limítrofes – vetones, oretanos, celtíberos, etc. – descritas por los autores griegos y romanos. En resumen, discutir sobre la existencia o no de una Carpetania prerromana.

Finalmente, es imprescindible recordar que a finales del siglo III a.C. las estructuras económicas, sociales, políticas e incluso identitarias de las poblaciones del valle medio central comienzan a ser progresivamente afectadas por la creciente injerencia de cartagineses y romanos. En este proceso que dura aproximadamente un siglo y medio comienza con el enfrentamiento – armado e ideológico – entre dos realidades sociopolíticas muy diferentes. Para comprender en toda su complejidad el impacto de los cambios producidos por este choque, los mecanismos a través de los que se produce y la mayor o menor permeabilidad a los mismos dentro del grupo más débil es necesario tener muy clara la disyuntiva frente a la que se encontraba la sociedad del valle medio del Tajo en los albores de la conquista romana.

6.4.1. El contexto: recapitulando hechos, contextos, estrategias y herramientas

La información expuesta hasta ahora es suficiente, en nuestra opinión, para demostrar la existencia de dos procesos clave en la región: la aparición de excedentes y el aumento de la complejidad social. El primero de ellos ha sido rastreado en las crecientes evidencias de

actividad agrícola y ganadera, cada vez más especializadas, y de las industrias asociadas a ellas como la textil, cuya importancia parece haber sido muy relevante a juzgar por el aumento de evidencias en el registro arqueológico. También se aprecia en el aumento de las evidencias de acumulación, en forma de vasijas de almacenamiento, soportes, piezas más especializadas como los toneletes o *kalathoi* o edificios enteros dedicados a esta función como los documentados en Fuente de la Mora. Asimismo, el aumento de bienes procedentes de comercio es otra evidencia de esa intensificación económica que sólo puede ser sostenida por la existencia de unos excedentes estables que sean capaces de mantener una demanda continua de objetos que justifique el mantenimiento de las vías de comercio. Nos referimos, como no, a los bienes denominados de prestigio, pero también a aquellos objetos como las fíbulas que ahora aparecen en cantidades tan numerosas que no pueden ser considerados estrictamente dentro de esta categoría, e incluso a tipos de objetos comunes como las cerámicas jaspeadas o estampilladas, cuya dispersión uniforme por toda la región apunta a intercambios regionales bien asentados. La aparición de numerosas contramarcas en piezas de almacenamiento es otro ejemplo del desarrollo del comercio en la zona, como debió serlo la industria textil de la que conservamos un abundante rastro arqueológico. No podemos olvidar tampoco el aumento de la demanda de materias primas – hierro, bronce, granito – inexistentes en el valle medio del Tajo y cuya adquisición (en bruto o en objetos manufacturados) implica una capacidad adquisitiva superior a la de periodos anteriores. No hay ninguna duda, en nuestra opinión, de que a partir del siglo IV a.C. las comunidades que habitaban la región experimentaron un aumento significativo de recursos.

Este aumento de la riqueza relativa viene indefectiblemente acompañado de un aumento de la complejidad social. Además de la aparición de especialistas a tiempo completo como los alfareros, parece claro que actividades como la textil, la metalurgia, la arquitectura (especialmente la defensiva) o la religiosa vieron una creciente especialización que probablemente no fue completa y se compaginó con otras actividades domésticas o agrarias. Tan sólo en la alfarería se han documentado infraestructuras de entidad suficiente como para considerar que estos artesanos se dedicaron íntegramente a esa actividad. Por supuesto, la existencia de especialistas a tiempo completo no es estrictamente necesaria, pero incluso si lo fueron a tiempo parcial su presencia supone que hay excedentes suficientes para compensar el desvío de recursos a actividades no estrictamente dedicadas a la subsistencia y una demanda de este tipo de objetos que permite al especialista subsistir sin trabajar en el campo. A su vez, la existencia de excedentes puede incentivar la aparición de determinados especialistas que ahora tienen una posibilidad de desarrollar actividades que antes eran poco viables. Es el caso de las asociadas al tipo de comercio existente en esta Segunda Edad del Hierro, mucho más estable que en la etapa anterior y que requeriría de personas dedicadas parcial o totalmente a esta actividad.

La especialización creciente de las actividades productivas es tan sólo un reflejo de la repetida multiplicación de ámbitos de interacción, gestión y toma de decisiones que aparecen en el mundo de la Segunda Edad del Hierro: Los cuatro ámbitos de conflicto analizados arriba (economía, comercio, conflicto armado y mundo funerario y simbólico) reflejan la multitud de nuevos contextos en los que es necesaria la toma de decisiones, la elección de líderes o gestores y el desarrollo de estrategias económicas y sociales que en algunos casos acaban modificando sustancialmente las condiciones de vida de siglos anteriores. La sociedad del siglo IV a.C. tuvo

que hacer frente a un mundo mucho más complejo que el de sus predecesores, en el que los diferentes escenarios de toma de decisiones multiplicaron, además del número de especialistas, el de papeles sociales a desarrollar. Los dos ejemplos más claros corresponden sin duda a las actividades relacionadas con la aparición de conflictos armados en la región y con el aumento de relaciones comerciales y probablemente sociales entre los diferentes grupos de la región, en lo que parecen ser dos caras de una misma moneda.

Excedentes y complejidad social se han asociado generalmente a la existencia de jerarquización social más o menos consolidada, o al menos, de desigualdades económicas significativas. Sin embargo, si bien es cierto que no puede existir jerarquización social sin estas dos características, lo contrario no es estrictamente cierto: puede haber sociedades relativamente complejas y con excedentes en las que no se haya dado el paso hacia el control económico del grupo por parte de un sector del mismo. Es decir, excedentes y complejidad son condiciones *sine qua non*, pero no implican necesariamente la existencia de jerarquización social tal y como la hemos descrito en el capítulo 3. La aparición de esta jerarquización dependerá en gran medida de las estrategias y herramientas utilizadas para acumular poder, autoridad y prestigio, de las particularidades de cada grupo y de la resistencia que se ejerza frente a los intentos de dominación.

En el caso del valle medio del Tajo, todos los datos apuntan a que el aumento de la riqueza, la intensificación de la producción y el crecimiento de la complejidad social no implicaron la aparición de grupos privilegiados con control sobre los recursos de la comunidad, como sí parece que ocurrió en todas las zonas limítrofes, donde bien a través de la manipulación del concepto del guerrero, en el caso de pueblos como los vetones o celtíberos, bien a través de la aparición de aristocracias – en el mundo ibérico – se desarrollan mecanismos de control sobre los recursos tan fuertes que parte de la población queda alienada de los medios básicos para la subsistencia, provocando la aparición de fenómenos como el bandidaje o el mercenariado, característicos de muchas de las sociedades de la Península ibérica y que sin embargo no tienen paralelos en el valle medio del Tajo.

Esta ausencia de jerarquización social se aprecia en casi todos los aspectos del registro arqueológico: en las características de los asentamientos y en su distribución en el territorio, en los espacios domésticos, en el tipo de objetos localizados dentro de los mismos, en la distribución de los objetos considerados "de lujo", en los ajuares y las características estructurales de los enterramientos. Todos los datos recopilados apuntan a una sociedad en la que no existe un control económico por parte de un grupo privilegiado que disfruta de un rango superior al del resto de la población. Hay muy pocos elementos que apunten hacia la existencia de élites consolidadas dentro de las comunidades del valle medio del Tajo durante la Segunda Edad del Hierro

De hecho, las principales evidencias de actividades que podemos considerar como supradomésticas que hemos documentado en el registro tienen en su mayoría un eminente carácter comunal, como las fortificaciones de los poblados a partir del siglo IV a.C., las áreas de procesado de alimentos en yacimientos como el Cerro de la Gavia o Arroyo Culebro C o almacenamiento en Fuente de la Mora o los caminos que conectan las diferentes áreas en El Baldío. Tan sólo habría dos excepciones: los edificios dedicados a tareas específicas como la alfarería o la metalurgia, y algunas áreas de carácter simbólico como los posibles espacios

cultuales del Cerro de las Nieves o de El Cerrón. En éste último caso, el tamaño del edificio podría apuntar a un carácter comunitario, pero la presencia del ya descrito relieve del segundo santuario, con una iconografía de corte heroico y probablemente con connotaciones relacionadas con el mundo funerario, el concepto de genealogía y la existencia de seres míticos protectores de un héroe y su linaje parecen apuntar a que este edificio se engloba más bien dentro de las herramientas utilizadas para la obtención de prestigio dentro de esa cultura en la que prima todavía el citado capital social. Algo parecido ocurre con el mundo funerario, donde – a excepción de nuevo del sudeste del valle – las estructuras de culto parecen ser de tipo comunitario o, en el caso de Las Madrigueras, de tipo familiar.

Por supuesto, esto no quiere decir que no haya desigualdades. Las hay, y son claramente perceptibles en el registro arqueológico, especialmente en el funerario. Sin embargo, estas diferencias parecen estar relacionadas más con la capacidad de adquisición de determinados objetos – con la consiguiente acumulación de capital simbólico – que con la existencia de un rango social consolidado que otorga privilegios (además de poder adquisitivo) a sus miembros. Sólo en el caso del Sudeste podríamos hablar de una mayor consolidación de este rango, visible a través de la aparición de enterramientos tumulares que son a la vez lo suficientemente restrictivos y uniformes como para ser reconocibles como símbolo de una categoría social concreta. Incluso en este caso la situación de privilegio es contestada, y tanto en los ajuares como en las estructuras de enterramiento se aprecian claramente fenómenos de emulación e inversiones económicas suficientemente grandes como para considerar que aunque existieran grupos con una mayor capacidad para generar excedentes, éstos aún dependían de la producción familiar y no del acaparamiento del trabajo de otros.

Significativamente, las principales diferencias se plasman en el mundo funerario, que desde la aparición de las necrópolis de incineración en la región ha sido el principal escenario donde desarrollar las estrategias de competición social. Dejando de lado los escasos objetos con iconografía vinculada al prestigio, que sólo aparecen a finales del siglo III a.C. y de manera muy excepcional, todos los elementos del registro arqueológico relacionados con la vida cotidiana refuerzan la idea de una sociedad con fuertes dosis de comportamientos igualitarios. Incluso en el mundo funerario, si dejamos de lado las necrópolis del sudeste del valle la igualdad – dentro de las lógicas diferencias basadas en sexo, edad, habilidades, familia o riqueza relativa – es bastante notable.

En definitiva, lo que se deduce del registro arqueológico del valle medio del Tajo es que la obtención de prestigio y poder se produce todavía a través de la acumulación del denominado capital simbólico, tal y como es definido por Bourdieu (2008: 186-193), con una connotación de capital "negado", que puede incluso motivar conductas ruinosas en las que se desvía e incluso anulan recursos económicos (en este caso, los excedentes), como ocurre con los ajuares depositados en los enterramientos o con el combustible utilizado en las piras funerarias. En realidad, este capital social no sólo se amortiza, sino que se esconde, se disfraza de una falsa capa de igualdad construida tanto por las exigencias de la presión del *ethos* comunitario como por las estrategias de ascenso de los individuos y familias más poderosos. La principal diferencia de la sociedad de los siglos IV-III a.C. respecto de la de momentos anteriores es que los ámbitos donde es posible adquirir ese capital social se multiplican de la mano de la creciente complejidad social y apoyados en unos recursos económicos crecientes. La guerra, el comercio y las alianzas

personales familiares que sustentan ambas actividades se unen a los métodos tradicionales – fundamentalmente, la adquisición de objetos de lujo – para proporcionar un abanico de herramientas sociales desconocido hasta ahora.

Paralelamente, la ampliación del comercio – es notable la aparición por primera vez de objetos de influencia septentrional en la región de manera regular – y probablemente de las relaciones familiares favorece el intercambio de ideas, estrategias y símbolos susceptibles de ser utilizados dentro de los discursos de poder de la región. Esta situación es especialmente evidente en la zona de la Mancha toledana, donde la asimilación de símbolos y probablemente de determinadas concepciones sobre la sociedad se plasma de manera muy visible en el registro funerario y condicionará la evolución sociopolítica de la región en los siglos posteriores.

6.4.2. La sociedad del valle medio del Tajo

Hemos concluido que en el valle medio del Tajo no se alcanzó ni por asomo una jerarquización social consolidada durante la Edad del Hierro. Sin embargo, es evidente que la sociedad de finales del siglo IV a.C. y sobre del siglo III a.C. no es tampoco una sociedad estrictamente igualitaria. La pregunta sería por tanto cuáles son las estructuras sociales que sostienen y regulan esta sociedad. Descartadas la existencia de clases sociales y sin datos arqueológicos acerca de asociaciones corporativas características de modelos más igualitarios – como los grupos de edad –, parece que la organización de las comunidades del valle medio del Tajo recayó de manera primordial en los grupos de parentesco. Esta reorganización del sistema interno de las comunidades desde los modelos igualitarios previos está íntimamente relacionada con la sedentarización y el desarrollo de una agricultura compleja, puesto que la aparición del rendimiento diferido, del aumento de inversión en las actividades agrícolas y la posibilidad de intensificar la producción y almacenar excedentes generan una progresiva ruptura de la reciprocidad existente anteriormente que ahora se restringe cada vez más a aquellos miembros del grupo unidos por parentesco (Hernando, A. 2002: 148).

El refuerzo de la familia y de los grupos de parentesco ha sido desde siempre una de las estrategias básicas para acumular recursos y prestigio y para socavar el *ethos* igualitario del grupo, aunque durante la Primera Edad del Hierro la inexistencia de una verdadera economía excedentaria limitó su fuerza como estructura paralela a la comunidad. El grupo de parentesco incluye no sólo a los familiares directos, sino a parientes más lejanos, políticos e incluso ficticios – a través de alianzas o linajes ficticios –, sino también a las genealogías reales o míticas sobre las que se justifican los privilegios del linaje sobre el resto de la comunidad. Este refuerzo se produce generalmente a través de mecanismos que van socavando las estructuras igualitarias anteriores a la vez que legitiman la nueva estructura de la sociedad. Estas estrategias podrían organizarse, *grosso modo*, en tres bloques: reivindicación del papel social de las miembros de la familia – hijos, mujeres, cabezas de familia –, construcción de mitologías y genealogías que vinculan a la familia con el pasado y potenciación de la imagen del guerrero/ héroe que suele ser identificado con el cabeza de familia y que a su vez sería reflejo del fundador (a menudo mítico) de la misma.

Respecto del primer ámbito, el aspecto en el que mejor se refleja la utilización de los miembros de la familia como herramientas de promoción social del linaje es en la ya planteada discusión sobre rango adquirido y rango adscrito, especialmente visible en los enterramientos infantiles.

La presencia de enterramientos de niños asociados a ajuares ricos y a tumbas elaboradas está documentada desde el comienzo de las necrópolis de incineración en el valle medio del Tajo, como muestran los análisis desarrollados en Arroyo Culebro D. Esta práctica se mantenía durante el siglo V a.C. y está generalizada en el siglo IV a.C., como constatan los enterramientos tumulares de Palomar de Pintado, muchos de los cuales están ocupados por individuos infantiles acompañados de ajuares muy ricos e incluso de armas. La asociación entre ajuares ricos y tumbas elaboradas e individuos infantiles ha constituido desde siempre un claro indicio de rango adscrito en una sociedad, y el hecho de que este tipo de conductas se hallen tan extendidas – dentro de las lógicas diferencias de riqueza – nos hace pensar que la pertenencia a una familia determinada (más o menos rica) era un elemento de identidad aceptado de manera generalizada durante la Segunda Edad del Hierro en la región.

Asimismo, es interesante ver cómo, al menos en Palomar de Pintado, se entierran niños de todas las edades – incluidos fetos o neonatos – en la necrópolis. La aparición de enterramientos infantiles en poblados durante el siglo V a.C. había sido interpretada como una reivindicación de los lazos familiares integrando en el espacio familiar a aquellos niños fallecidos antes de alcanzar la edad suficiente para ser considerados personas sociales. A partir del siglo IV a.C. no hemos detectado este tipo de enterramientos en los poblados que ahora aparecen dentro de los cementerios, lo que apuntaría a un carácter cada vez más social de los niños que ahora salen del ámbito privado desde el mismo momento en que nacen.

En nuestra opinión, la inversión de riqueza y esfuerzo en el enterramiento de un niño no tiene por qué ser necesariamente la demostración de la existencia de un rango adscrito: puede ser, precisamente, el intento de consecución de ese rango adscrito a través de la exhibición de riqueza, en un proceso de competición social entre las diferentes familias. Éste parece haber sido el caso durante la Primera Edad del Hierro y hasta el siglo V a.C., donde por los datos de que disponemos siguen existiendo sanciones para el enterramiento de los niños, bien dentro del propio cementerio como ocurre en Arroyo Culebro D, bien en poblados como en Arroyo Culebro UAM o Cerro de las Nieves. En el siglo IV a.C. parece sin embargo que el rango adscrito está asumido por la sociedad, bien porque todas las familias lo practican dentro de sus capacidades, bien porque en algunos casos como en Palomar de Pintado la riqueza depositada viene acompañada de símbolos de rango que implican una sanción social.

Muchos menos datos disponemos para analizar el papel de las mujeres dentro de estos grupos familiares. La presencia femenina en algunas de las tumbas más importantes de Palomar de Pintado podría apuntar a la existencia de mujeres con un rango social alto dentro de la comunidad. En nuestra opinión, sin embargo, lo que refleja, al igual que con los niños, es la relevancia social de las mujeres como herramienta de obtención de alianzas, de adquisición de capital social y de mecanismo de reproducción social y física del linaje familiar. Esta situación ha sido estudiada en profundidad por Goody (1976; 1990) en relación a los tipos de sistemas agrarios y a los cambios en los sistemas de matrimonio y filiación. En sociedades agrarias complejas con tecnologías como el arado o la ganadería especializada, la mujer no es tan importante como mano de obra como por los derechos de descendencia que transmite. Esto es así porque la tecnología agraria compleja permite la acumulación de patrimonio a través de la posesión de tierras por parte de un linaje (Ruiz-Gálvez, M. L. 1992). Ya hablamos al plantear los cambios que conlleva la sedentarización y el establecimiento de una economía agraria compleja

cómo una de las consecuencias principales era la remodelación de los sistemas de parentesco que ahora tendían a hacerse más excluyentes (Hernando, A. 2002: 148).

Estos cambios en los sistemas de producción, en las posibilidades de acumulación de excedentes y en la posible diferenciación social tendrían un reflejo directo en las formas de establecer los matrimonios y en el papel de la mujer dentro de ellos. Básicamente, lo que sucede es la sustitución de un sistema de compra de la novia por otro basado en la dote, de tipo bilateral y donde se da igual importancia al linaje paterno y materno, que suelen ser patrilineales (Ruiz-Gálvez, M. L. 1998: 41). Este sistema conlleva, entre otras consecuencias, la precepción de la mujer no tanto como mano de obra sino como peón dentro de los juegos de alianzas matrimoniales y como madre del heredero del linaje, pues los matrimonios permiten unir tierras o ascender en la escala social (Ruiz-Gálvez, M. L. 1998: 41). En estos casos, el rango de la mujer (aunque a través de un linaje patrilineal) es muy importante ya que marca el nivel en el que se establece el juego de estrategias, alianzas y uniones entre familias. La presencia de tumbas femeninas ricas en necrópolis del valle medio del Tajo sería por tanto la expresión de las alianzas de entre linajes de alto rango (en el caso de nuestra zona, aún en proceso de afirmación) que sustentarían un sistema de pactos entre familias con connotaciones directas sobre el control de la tierra. En este sentido, ya se habían detectado algunas tumbas femeninas relativamente ricas en necrópolis de la Primera Edad del Hierro como Arroyo Culebro D, pero es a partir del siglo V a.C. y especialmente en la zona sudeste del valle donde estas tumbas comienzan a diferenciarse no sólo por su riqueza sino por una posición social verdaderamente asentada que en gran medida es una declaración de intenciones por parte de los linajes que construyen esas tumbas. En otras zonas cercanas el proceso de consolidación del sistema de dote debió darse mucho antes, probablemente como resultado de interacciones con grupos con tecnologías agrarias más complejas. Es el caso de la tumba de El Carpio, localizada al oeste de nuestra zona de estudio e interpretada como el enterramiento de una princesa tartésica casada con un señor local del hinterland tartésico dentro del citado proceso de establecimiento de alianzas interterritoriales (Ruiz-Gálvez, M. L. 1992: 238).

Más allá de estas consideraciones respecto de los cambios de los patrones de matrimonio y de la filiación y de la transformación del papel de las mujeres en la sociedad, carecemos de datos arqueológicos suficientes para tratar de abordar una propuesta sobre cómo se establecieron las relaciones de género en el valle medio del Tajo. En nuestra opinión, sí parece lógico considerar que se produjo una progresiva limitación del espacio femenino a los ámbitos doméstico y familiar, una tendencia que existe en todas las sociedades campesinas conforme se afianzan los mecanismos de control de la tierra y de acumulación de excedentes y que estaría directamente relacionada con cambios en la identidad de las comunidades involucradas en este proceso.

En nuestra opinión, el modelo de sociedad del valle medio del Tajo es un modelo híbrido, en el que coexistirían (más o menos diluidos) rasgos propios de sociedades igualitarias como la toma corporativa de decisiones o la igualdad de acceso a los medios de producción con evidencias de desigualdades basadas en grupos de parentesco, perceptibles sobre todo en la acumulación de riqueza, en su inversión en bienes de prestigio y en la reivindicación del rango adscrito. Estaría construido en torno a comunidades pequeñas en las que coexistirían varias familias teóricamente iguales pero entre las que habría algunas con una influencia superior debido a sus mayores recursos económicos, su prestigio social o su red de contactos y alianzas.

Económicamente, las unidades familiares tendrían acceso a recursos muy similares, pero algunas variaciones – posesión o no de animales de tiro, familias más extensas (y mayor mano de obra, al menos potencialmente), capacidad de movilización del resto del grupo – marcarían las pequeñas diferencias sobre las que se estructurarían las desigualdades sociales dentro de la comunidad.

Los principales criterios para establecer el rango y definir el prestigio – fundamentalmente sexo, edad y habilidad – se mantendrían pero estarían afectados por las nuevas estructuras de parentesco. Respecto de las relaciones de género, ya hemos hablado de cómo las sociedades campesinas las afectan y modifican. En este caso, las diferencias no se establecen sólo en el nivel masculino – femenino, sino que se ampliarían para acoger otros conceptos como el de adscripción a una u otra familia, la riqueza de las mismas, la familia de acogida en la que se integra y el origen de la mujer – exógeno o interno, todo ello dentro de sistemas patrilineales de filiación. Todos serían elementos de distinción, de identidad y servirían para definir y marcar el prestigio relativo dentro de la comunidad, aunque en el caso de la mujer sería un tipo de prestigio "pasivo", puesto que en gran medida descansa en factores ajenos a ella (familia, linaje, matrimonio, etc.) y menos en sus capacidades personales. Es posible que se mantuviera cierto prestigio en algunas actividades asociadas al género femenino en sociedades patrilineales, como las relacionadas con la industria textil.

Los criterios básicos de estructuración del rango masculinos serían similares, con dos diferencias fundamentales. La primera de ellas sería la posición privilegiada de los hombres respecto de las mujeres en estas sociedades, que haría que a igualdad de características sociales y familiares la mujer estuviera generalmente en una relación subordinada respecto del hombre. La segunda diferencia sería la existencia de mayores posibilidades de adquisición de prestigio para los hombres a través de la realización de actividades con un componente social importante, como la guerra, la negociación de alianzas, pactos o acuerdos económicos, el comercio o algunos tipos de artesanías. En general y como ocurre cuando avanza la desigualdad social, podemos decir que el universo social de los hombres se expande, mientras que el de las mujeres se va restringiendo cada vez más al mundo doméstico. En un mundo como el del valle medio del Tajo, en el que las alianzas entre las pequeñas comunidades debieron estar a la orden del día, tanto para mantener abiertas las rutas de comercio como con objeto de defensa o agresión dentro del clima de tensión generalizado que se percibe en la región, las mujeres debieron tener un estatus relativamente importante como herramientas dentro de estas alianzas, pero con un papel pasivo, derivado de su valor estratégico como garantes de la unión y como responsables de asegurar la descendencia de las familias y de incipientes linajes de la zona.

Junto a la distinción de género, la edad es otro de los criterios de adquisición de prestigio que resultan severamente afectados por la irrupción de las estructuras de parentesco. El ejemplo más claro es el ya discutido del rango adscrito, que expresa el aumento de la importancia de la pertenencia a una familia. En el otro extremo, aunque las personas de edad avanzada debieron mantener un prestigio relativamente alto, las nuevas estructuras sociales reforzarían el papel de los cabezas de familia o incipientes jefes de linaje. Asimismo, la aparición de roles como el de guerrero, más característicos de hombres jóvenes, reforzaría el papel de algunos individuos por encima de su edad relativa.

Finalmente, el aumento de especialistas para actividades concretas y, en general, la creciente complejidad de las actividades económicas abre un escenario mucho más complejo que el previo en el que adquirir o perder prestigio, en el que negociar la posición social o adquirir capital social. Hay que tener cuidado, sin embargo, al valorar el prestigio relativo de estas actividades: los ejemplos antropológicos nos avisan de que algunas actividades que arqueológicamente pueden parecer socialmente importantes pueden tener una connotación muy negativa. El ejemplo más claro es, sin duda, el papel de los herreros en muchas sociedades, donde constituyen figuras poco menos que proscritas (González, A. 2003: 50). En cualquier caso, ésta precaución no invalida la idea principal: que la creciente complejidad social de estas sociedades abre las puertas para un aumento paralelo de las posiciones de prestigio relativo dentro de la misma.

Junto a estos tres criterios, la exhibición de riqueza era una de las herramientas principales sobre el que se sustentaba el prestigio en las sociedades que empiezan a abandonar la igualdad social, entendida como una obtención esporádica de excedentes u objetos de prestigio que aumenten el capital social de los individuos. Esta riqueza debe entenderse siempre desde un punto de vista social, nunca desde una acumulación económica diferencial y permanente, y se plasmaría a través de la adquisición y manipulación de objetos de prestigio y de inversiones concretas limitadas en el tiempo, como la realizada en las cremaciones. Este tipo de riqueza va a seguir siendo durante toda la Segunda Edad del Hierro la principal base de prestigio y poder, y es fundamental para comprender cuáles fueron las herramientas de autoridad y el tipo de sociedad resultante en el valle medio del Tajo.

En este sentido, el principal cambio en esta sociedad es, como hemos dicho, el desarrollo de estructuras familiares que subvierten progresivamente las estructuras previas. Ya hemos visto cómo modifican los criterios clásicos de organización social como la edad o el género. Aunque es más que probable que existieran desigualdades económicas entre las diferentes familias de cada comunidad, éstas no parecen deberse al control de los recursos por parte de unas sobre otras, sino que estarían relacionadas con la mayor capacidad para producir mayores excedentes o adquirir objetos exóticos a través de contactos con otros grupos. La citada competición social apreciable en el mundo funerario del valle medio del Tajo se une a la uniformidad de los enterramientos – exceptuando en el sudeste del valle, del que hablaremos luego – y a la falta de evidencias de desigualdad en el ámbito económico para mostrar un horizonte en el que la manipulación social se ha hecho más compleja y ahora se plantea desde estructuras familiares, pero que en ese nivel – el familiar – sigue siendo fundamentalmente igualitaria.

Esto no quiere decir que no se intentase dar ese salto hacia una apropiación de los recursos de la comunidad en beneficio de una de las familias. Este asalto se planteó desde la afirmación social de las diferencias a través de la creación de una cosmogonía que potencie el peso simbólico de unas familias respecto de otras y que lograra la implantación de un sistema de rango adscrito en el que se diera una estratificación social más consolidada. En definitiva, lo que se aprecian son intentos transformar las familias en linajes, de los cuáles unos tendrían un peso superior debido a unos supuestos orígenes míticos o heroicos. En el valle medio del Tajo, este asalto fue muy débil y en el siglo III a.C. se encontraba en un estado muy incipiente. El ejemplo más claro sería el del relieve de Illescas, donde se unen la imagen del héroe acompañado de un animal mítico cuya función parece haber sido apotropaica. En esta línea estarían las reivindicaciones de la

figura del guerrero en las tumbas, enlazando con la figura de los posibles héroes desaparecidos que dan vida al linaje y el exvoto recogido en Illescas (Sanz, M. *et al.* 1985). Otros objetos, como la pátera con forma de medusa realizada en oro y plata localizada en Titulcia apuntan a la asimilación – no sabemos si formal o interiorizada – de rituales vinculados a la existencia de élites en otras regiones. La presencia de piezas como una fíbula de codo en una tumba con cerámicas a torno (Almagro, M. 1969: 82-83) podría aludir a una cierta reivindicación de genealogías prolongadas a través del uso y deposición de objetos antiguos. Donde mejor se aprecia esta lucha por una sanción ideológica de la preeminencia social es en las necrópolis del sudeste de la región, donde ya hemos defendido la presencia de un sistema de rango adscrito mucho más consolidado y donde aparecen de manera recurrente alusiones tanto a la genealogía (a través de imitaciones de objetos antiguos) como a la reivindicación de los papeles familiares de determinaos grupos a través de los ajuares o de las estructuras funerarias.

En la zona nuclear del valle medio del Tajo estos intentos por consolidar la posición de unas familias sobre otras a través de la construcción de linajes sustentados por discursos míticos estaban muy lejos de ser la norma en la región. La existencia de élites o aristocracias en la región – entendidas como clases sociales privilegiadas - es igualmente descartable. En el momento de la aparición de las potencias mediterráneas a finales del siglo III a.C., las poblaciones del valle medio del Tajo estaban aún organizadas de manera muy laxa a través de familias con un alto grado de igualdad interna. Dentro de estas comunidades, las decisiones más importantes se tomarían de manera consensuada entre los cabezas de los grupos familiares, aunque evidentemente aquellas familias más ricas, numerosas y con mayor capital social tendrían un grado de influencia proporcionalmente mayor. El ejercicio de la autoridad tendría todavía un fuerte carácter corporativo, con los grupos de parentesco como unidades básicas de la sociedad. En estos momentos el *ethos* igualitario previo estaría muy distorsionado, pero aún sería lo suficientemente fuerte como para imponer sanciones sociales incluso sobre aquellas parcelas de la vida social más proclives a la exhibición de desigualdades, como el mundo funerario.

Por encima del nivel de la comunidad o poblado es muy difícil valorar la existencia de organizaciones supracomunitarias que agruparan a varios asentamientos. Por una parte, la existencia de comercio en la región y la necesidad de abastecimiento de determinadas materias primas apuntan, al menos, a la existencia de un cierto consenso para lograr estabilidad en la zona y permitir el paso de personas y bienes a través de los territorios de las diferentes comunidades. Asimismo, es probable que existiera cierto grado de colaboración entre poblaciones cercanas sin el cual muchos de las actividades de la vida cotidiana se verían seriamente afectadas. Por otra parte, las características de los asentamientos excluyen la posibilidad de una jerarquización marcada que evidenciara una organización supralocal, aunque algunos asentamientos pudieran tener mayor tamaño que otros y estar colocados en sitios más estratégicos, como Titulcia, en la confluencia del Jarama y el Tajuña, o Toledo, y que en función de su mayor peso económico y estratégico pudieran tener influencia más allá de su territorio de explotación.

Hasta qué punto los grupos de parentesco pueden asimilarse a las gentilidades prerromanas documentadas y estudiadas en la mitad norte de la Península ibérica es difícil de precisar. Como veremos más adelante, la presencia epigráfica de genitivos plurales es bastante común en la región, especialmente en áreas cercanas al Sistema Central, pero el mismo concepto de

gentilidad ha sido muy criticado por los historiadores de la Antigüedad (Beltrán, F. 1986, 1994; Gómez, J. M. 2001) por su escasa definición y por su carácter evolucionista que haría de la organización gentilicia una estructura tribal basada en el parentesco que, en opinión de estos autores, simplifica excesivamente los modelos de organización del mundo prerromano. No es nuestra intención traer aquí esta discusión basada casi exclusivamente en la filología para la que carecemos de formación suficiente, y si bien consideramos que la crítica a la aplicación del modelo de Morgan a las poblaciones prerromanas es pertinente – al fin y al cabo, sus propuestas son del siglo XIX – algunas de las razones aludidas para esta crítica adolecen de un profundo desconocimiento de la evolución de los estudios antropológicos a lo largo del siglo pasado sobre la complejidad de las relaciones sociales dentro de grupos de parentesco. Es cierto que los términos gentilidad, *cognatio* o *gens* tienen un carácter a menudo impreciso o contradictorio, pero no es menos cierto que evidencian un tipo de relaciones vinculadas al parentesco que les proporcionaría un sentimiento de identidad colectivo (Abascal, J. M. y González - Conde, M. P. 2007: 297) – real, imaginario, restringido o extenso, que se ancla en el pasado y legitima las conductas del presente – muy diferente del utilizado al referirnos a una *civitates* o un *populus*. Este problema de indefinición es debido en gran medida a que la presencia de estas gentilidades es visible en plena romanización, dentro del proceso de desestructuración del mundo indígena.

En nuestra opinión, los problemas de indefinición de este tipo de términos que constituyen la base de la crítica de un modelo (Beltrán, F. 1986: 234-237) que evidentemente está desfasado podrían solucionarse en parte a través de la aplicación de propuestas antropológicas actualizadas y desde las aportaciones de la arqueología al estudio de la estructura social de las poblaciones prerromanas. En zonas como el valle medio del Tajo, donde las evidencias de organización por encima del nivel de parentesco son muy escasas y relacionadas con los asentamientos el peso de la vida social debió recaer en gran medida dentro de los grupos de parentesco.

La organización supralocal existente vendría definida precisamente por las características de la estructura social que acabamos de describir: no correspondería tanto a un territorio físico controlado sino al entramado de alianzas, lazos de parentesco, obligaciones, matrimonios y acuerdos desarrollados no tanto entre comunidades sino entre familias dentro de cada comunidad, y que tendría una plasmación territorial más o menos cohesionada. Existirían por tanto dos territorios: uno geográfico muy centrado en los valles, que condicionaría muchas de las relaciones existentes, y otro territorio social, que responde al entramado de relaciones descrito. Estos dos territorios serían en gran medida coincidentes, porque es lógico que las relaciones sean más densas entre las comunidades más cercanas, pero podría incluir otro tipo de estrategias más amplias, incluyendo alianzas con grupos fuera de la región o acuerdos que garantizaran el tránsito por territorios. Las referencias en las fuentes clásicas a grupos étnicos que acuden en ayuda de los carpetanos en varias ocasiones contra cartagineses y romanos podrían ser un reflejo tardío de estas alianzas de mayor extensión territorial. Por otra parte, si las relaciones se establecen entre familias, cada uno de los grupos de parentesco que habitan una comunidad tendría su propia agenda de intereses, contactos y acuerdos, que no siempre coincidirían plenamente con los del resto de la comunidad. Estas agendas serían desarrolladas por las familias con más recursos, socavando el poder de la comunidad en su propio beneficio, y constituirían también una fuente permanente de conflicto interno.

De hecho, si atendemos a las evidencias de inseguridad que se aprecian desde mediados del siglo IV a.C., la situación política en el valle medio del Tajo debió ser muy voluble, especialmente en la zona central, debido a la competición entre diferentes grupos de parentesco buscando afianzar su poder dentro de las comunidades y frente a otros grupos. Como vimos al analizar el conflicto armado dentro de sociedades premodernas, la creencia de que el comercio es incompatible con la guerra se ha demostrado como poco matizable, tanto desde los ejemplos antropológicos (Keely, L. H. 1996: 121) como desde paralelos históricos o arqueológicos. De hecho, esta combinación de guerra y comercio parece haber estado en la base del ascenso de jerarquías en lugares tan cercanos como el Mediterráneo (Ruiz-Gálvez, M. L. 2005: 267). En nuestro caso, la inexistencia de jerarquías consolidadas y la toma de decisiones consensuadas debieron hacer difícil el mantenimiento de acuerdos a largo plazo, una situación característica de sociedades premodernas y que tiene numerosos ejemplos en la actitud de las poblaciones indígenas en sus relaciones internas o con sus interlocutores romanos. El ejemplo más claro serían las reiteradas rupturas de los acuerdos y el cambio de bando tan pronto como variaban algunas de las condiciones iniciales de los pactos – incluido alguno de los pactantes –, un hecho recurrente en las relaciones de los pueblos de la Península ibérica y que siempre sorprendió a sus interlocutores romanos, procedentes de tipo de una sociedad muy diferente.

En esta propuesta de interpretación social del valle medio del Tajo está basada por tanto en la existencia de dos estructuras fundamentales: familia/grupo de parentesco y comunidad. Defiende la ausencia de jerarquías consolidadas, de poder apoyado en el control económico suficiente como para coaccionar al resto del grupo y apuesta por una organización laxa basada en lazos de parentesco, en relaciones políticas, sociales y familiares con otros grupos similares, sin que estas sean completamente firmes y permanentes y obliguen al resto de la comunidad. Aunque hemos defendido nuestro deseo de evitar en lo posible las categorías sociales tanto procedentes de los modelos evolucionistas (tribu, jefatura, etc.) como de las recientes aplicaciones de análisis social – sociedades de casa, transigualitarias, sociedades germánicas – lo cierto es que sí hay un tipo de relaciones sociales que sí podría acercarse al paisaje que reconocemos en nuestra región. Se trata del concepto de heterarquía definido por Crumley(1995: 3) a partir de trabajos derivados de la neurología (McCulloch, W. S. 1945), y que podría definirse como la relación entre elementos que no están jerarquizados o cuando éstos pueden ordenarse de formas diferentes dependiendo de las circunstancias (Crumley, C. L. 2003: 137). Socialmente hablando, las heterarquías serían sistemas de organización en los que el poder o influencia de diferentes elementos pueden variar según las circunstancias y en las que, en función de las decisiones a tomar y el ámbito concreto sobre el que decidir, sectores concretos de la comunidad asumen un papel decisorio que, en cualquier caso, tiene el consenso como mecanismo de actuación.

Respecto del concepto de heterarquía, es necesario clarificar que una heterarquía no constituye un tipo específico de sociedad, sino un tipo de relación que aparece en todas las sociedades independientemente de su grado desigualdad (Sastre, I. 2002: 227). Dicho de otra manera, las heterarquías no son incompatibles con un sistema organizado jerárquicamente. Dependiendo de la escala de análisis, puede darse un mayor predominio de relaciones heterárquicas o jerárquicas. Así, en un estado altamente jerarquizado pueden existir tomas de decisiones heterárquicas a nivel de comunidades locales en la base de la organización e incluso en la cúspide: uno de los ejemplos que propone Crumley como ejemplo de relación heterárquica es el

de los triunviratos que caracterizaron el final de la República romana en el cambio de era. Quizá sería mejor hablar por tanto de la existencia o no de relaciones heterárquicas en un determinado contexto sociopolítico.

Desde su introducción, el concepto de heterarquía ha sido aplicado a diferentes épocas y contextos históricos, desde el trabajo original de Crumley sobre los aeduos (Crumley, C. L. y Marquardt, W. H. 1987) al mundo maya (VV.AA. 2003), pasando por tribus del Sureste norteamericano (Rogers, R. J. 1995). En el contexto de la Península ibérica, la única aproximación de la que tenemos noticia ha sido la realizada por Inés Sastre en su análisis de las sociedades castreñas (2002: 226-227), aunque más allá de la discusión del término y sus implicaciones no hay una aplicación directa de este tipo de relaciones al registro. Aunque los ejemplos son muy dispares, sí hay unas pautas generales en todos ellos. En todos ellos existe una cierta igualdad entre las comunidades y una ausencia de jerarquización clara en el nivel sociopolítico estudiado. En segundo lugar, las fuentes de adquisición de poder y autoridad son heterogéneas y volubles, con posibilidad de ser contrarrestadas o compensadas entre ellas. Finalmente, se trata de sociedades flexibles, en las que se producen continuamente renegociaciones de las circunstancias sociales, económicas y políticas de las comunidades.

En el caso estudiado por Crumley y que analiza el final de la Edad del Hierro y el periodo romano en el centro-este de Francia, se plantea una sociedad diversificada económicamente y descentralizada política, social y espacialmente, con presencia de élites que controlaban no tanto la producción de determinados objetos como su distribución a través del mantenimiento de redes de intercambio, alianzas matrimoniales, normas de hospitalidad o intercambio de rehenes (Crumley, C. L. 2003: 139). La presencia de élites era compensada por la presencia de un gobierno corporativo y la elección anual de magistrados, y gobierno basado en los parámetros de una relación clientelar antes que de parentesco. Esta relación, sin embargo, era más laxa que la existente en el mundo clásico y con mayores posibilidades de renegociación y reciprocidad entre patrón y cliente (Crumley, C. L. 2003).

Frente al trabajo de Crumley, aproximaciones como la de R. J. Rogers (1995) se han centrado en estructuras mucho más igualitarias. Su aproximación a las sociedades que habitaron el valle del río Yadkin (Carolina del Norte) se basa esencialmente en la consideración de las relaciones entre las diferentes tribus como una red fluida tanto en el espacio como en el tiempo, sujeta a cambios permanentes y que por tanto es difícil de reproducir tanto a través del registro arqueológico como a través del análisis de los escritos de corte etnohistóricos (1995: 8-9). En el caso planteado por Rogers, una de las características fundamentales es la movilidad de las poblaciones dentro del territorio, pero la verdadera clave del modelo consistiría en la descentralización del sistema, que necesitaría no tanto de una integridad espacial como de un escenario sociopolítico en cierto modo contradictorio debido a la superposición de estructuras sociales, pero necesario para prevenir el ascenso de una de estas estructuras sobre el resto (Rogers, R. J. 1995: 15).

La propuesta de Inés Sastre es, por contexto y por periodo cronológico, la que más interés tiene para nuestro trabajo. La autora inserta el término de heterarquía dentro de una discusión más amplia sobre la aparición y el desarrollo de desigualdades sociales dentro de la cultura castreña que la autora encuadra dentro del concepto de sociedad campesina (Sastre, I. 2002: 228),

defendiendo la existencia de una sociedad con desigualdades que no progresaron hacia una jerarquización social. No se trata de discutir aquí las características de la sociedad castreña y el modelo de I. Sastre, que ha sido criticado en algunas de sus interpretaciones del registro arqueológico y desde sus presupuestos antropológicos (González, A. 2006: 150-151), sino de valorar en qué contexto aplica esta autora el concepto de heterarquía. En este sentido, es interesante valorar cuáles son las características que la autora presenta como definitorias de la cultura castreña: sociedades agrarias con complejidad evidente y visible en la interdependencia entre las actividades agropecuarias y producción metalúrgica especializada, acceso uniforme a los medios de producción y control familiar sobre la producción agrícola (González, A. 2006: 220-221). Tampoco existen evidencias de jerarquías espaciales o unidades políticas que sobrepasen el nivel del asentamiento. La organización social de este sistema está apoyada en las estructuras de parentesco, que regulan y limitan el acceso a la tierra (Sastre, I. 2002: 229). Por otra parte, la evidencia de tensiones y conflictos internos perceptibles en la fortificación de los asentamientos sería un reflejo de las contradicciones de estas comunidades, que ordenadas de manera segmentaria llevarían dentro de sí una ambivalencia que combinara la necesidad de relaciones intercomunitarias para favorecer los intercambios y el sistema exogámico de estos grupos con la tendencia al aislamiento y la autosuficiencia de estos grupos (Sastre, I. 2002: 237).

Como puede apreciarse, muchas de las características estructurales de la cultura castreña – dejando de lado por supuesto, las específicas de la cultura material – podrían ser aplicadas al valle medio del Tajo. La principal diferencia sería, desde luego, la existencia de excedentes en nuestra zona de estudio, utilizados principalmente en la adquisición de objetos de prestigio y empleados en las estrategias de manipulación social del grupo. En el caso de la cultura castreña esta función podría haber sido ejercida en parte por la joyería en oro característica de la zona. Sin embargo, Sastre considera que la adquisición y fabricación de objetos de oro se mantuvo dentro de unos niveles locales, dentro de los que el oro fue uno más en los recursos explotados en el entorno, relativamente accesible y cuyo acceso era por tanto difícil de restringir (Sastre, I. 2002: 223-225). Este argumento de acceso democrático a las piezas de oro ha sido criticado por González Ruibal – para el que las joyas y otros objetos apuntan a la existencia de cierta jerarquización social en la zona (González, A. 2006: 150-151). Por nuestra parte consideramos que la existencia de una joyería como la castreña requeriría la existencia de especialistas que, aun trabajando a tiempo parcial, necesitarían ser mantenidos por el resto de la comunidad, matizando por tanto la inexistencia de excedentes en la economía de estas sociedades. En cualquier caso, la propuesta de Sastre no rechaza el conflicto en su caso de estudio, apoyado en la aparición de la propiedad de la tierra, la manipulación de las relaciones sociales y el uso de los grupos de parentesco para obtener posiciones de privilegio, de manera similar a como hemos planteado para nuestra zona.

Para nuestro caso, consideramos que hay dos estructuras en las que podrían haberse producido estas relaciones heterárquicas: los grupos de parentesco y los asentamientos donde habitan éstos grupos. Es importante señalar que organizativamente uno no es superior al otro: las relaciones de ambos se entremezclarían, de manera que los diferentes grupos de parentesco ejercerían presión sobre las decisiones que se tomaran desde el punto de vista de los poblados, y la pertenencia a un poblado condicionaría algunas de las posibles relaciones de parentesco. Estas dos bases de la organización social se reflejarían en redes de relaciones más o menos densas que probablemente tendrían expresiones territoriales definidas no tanto por la

existencia de límites sino por la concentración de estas redes que, no obstante, siempre tendrían un alto grado de permeabilidad. La figura 6.52 trata de ejemplificar cómo se pudieron establecer estas relaciones en los tres grados citados (grupos de parentesco, asentamientos, áreas de mayor entidad territorial). Hemos dejado de lado en este análisis las relaciones intrafamiliares, centrándonos en las de rango medio, entre familias y entre asentamientos.

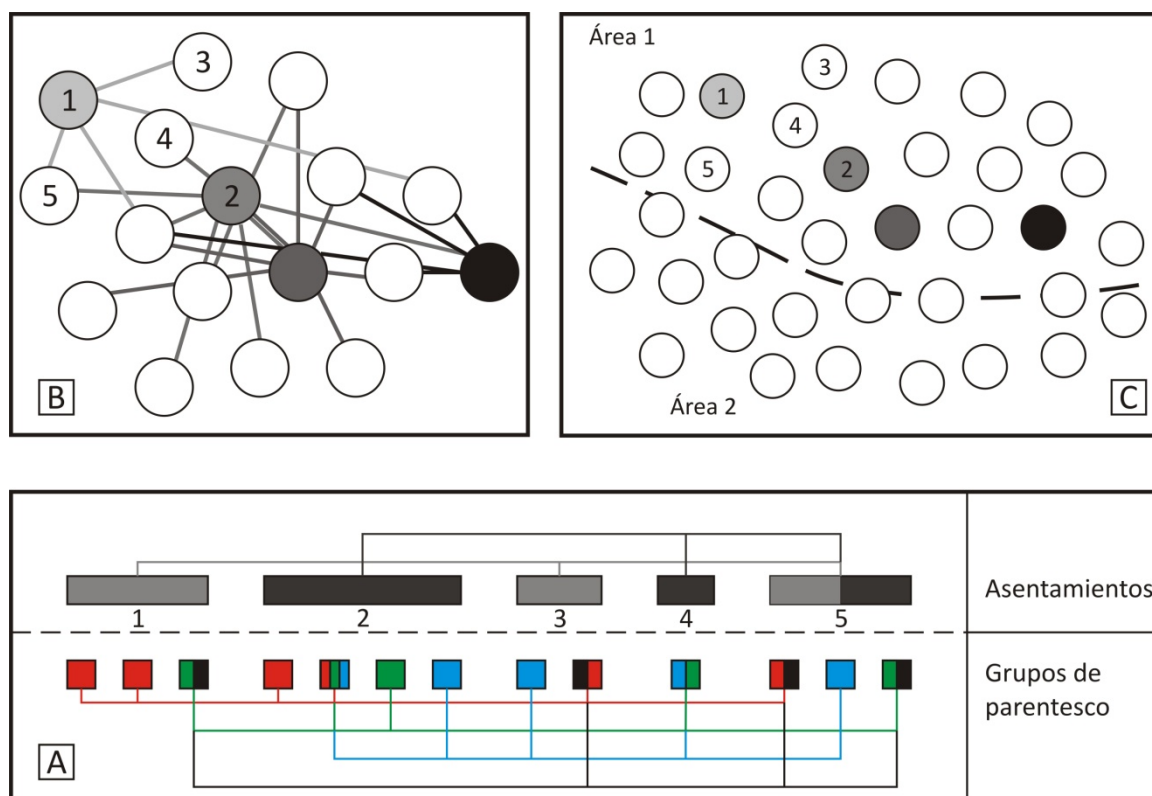


Figura 6.52: croquis interpretativo de las relaciones de tipo heterárquico en el valle medio del Tajo

En un primer grado (cuadro A), se establecerían relaciones entre grupos de parentesco pertenecientes a diferentes poblados, a través de matrimonios, acuerdos económicos, gestión de intereses comunes o reclamaciones conjuntas de adscripción a un mismo linaje. Estas relaciones (representadas por las diferentes líneas de colores) no serían unívocas: los grupos de parentesco podrían establecer asociaciones múltiples, engarzándose de este modo en redes de alianzas que reforzarían el peso específico de cada familia conforme estas redes se hacen más amplias. Asimismo y como es lógico, podrían incluir a grupos situados fuera del valle medio del Tajo, constituyendo un *continuum* que conectara la región con las limítrofes. Por otra parte, la posibilidad de establecer relaciones multidireccionales favorecería una percepción fluida de las mismas, de manera que el peso de una de ellas podría variar rápidamente siendo responsables en gran medida de la inestabilidad que se aprecia en la región desde el siglo IV a.C.

Las relaciones entre estos grupos de parentesco se plantean inicialmente en un grado de igualdad, aunque es evidente que la influencia de cada una de ellas variaría dependiendo del número de relaciones establecidas y de la firmeza de las mismas. La flexibilidad del sistema de alianzas y la existencia de otra estructura de toma de decisiones – el del poblado – serviría sin embargo para frenar los intentos de promoción de grupos concretos, de manera similar a la propuesta por Rogers (1995: 15) en su trabajo. Asimismo, y en función del tipo de decisiones a

tomar, el peso de uno de los grupos de parentesco podría variar en la toma de decisiones, dependiendo de los contactos necesarios, la capacidad de movilización de mano de obra, las habilidades personales o incluso las circunstancias del momento.

Es en este nivel de relaciones sociales en el que hemos detectado los procesos sociales de competición, lucha por la consolidación del rango adscrito, promoción de los grupos de parentesco, construcción de alianzas políticas y económicas y adquisición de capital social utilizado para influir en la toma de decisiones dentro de la comunidad. En este sentido, la coexistencia de grupos de parentesco con diferentes redes de relaciones dentro de un mismo poblado tendría una fuerte ambivalencia: por una parte, un mayor número de contactos y relaciones permitiría una reducción de la incertidumbre (tal y como habíamos visto, a través de las propuestas de Halstead y O'Shea), pero por otra parte podría tener un efecto desestabilizador en los equilibrios de poder internos.

Como en el caso de los grupos de parentesco, las relaciones entre los diferentes asentamientos parecen haberse realizado en una situación bastante igualitaria, como muestra la ausencia de jerarquización del territorio característica de la región hasta el siglo II a.C. Igualdad no implica uniformidad, y de nuevo habría diferencias dependiendo del mayor o menor tamaño de los asentamientos, de su población o de su posición más o menos estratégica respecto de rutas de comercio o de otros recursos estratégicos. Sin embargo, no parece que hubiera mecanismos para forzar decisivamente la toma de determinadas decisiones por parte de un grupo concreto, y es evidente el carácter comunitario de la mayoría de las estructuras supradomésticas detectadas. Al igual que los grupos de parentesco, las redes de relaciones entre asentamientos debieron ser flexibles, muy condicionadas por las interacciones existentes entre familias y por tanto sujetas a variabilidad. Sin embargo su permanencia en el territorio introduce un punto de estabilidad en la organización sociopolítica de la región, ya que si las relaciones entre grupos de parentesco podían desarrollarse a distancias fluctuantes, la posición de dos poblados vecinos era invariable.

Esta situación es la planteada en el gráfico B, donde, donde se han representado cuatro poblados (con tonos del gris claro al negro) y sus relaciones con poblados vecinos. Como es lógico, el mayor número de contactos se dan con poblados vecinos, con tan sólo algunos contactos con poblados lejanos. Asimismo, dependiendo de su posición geográfica, algunos poblados tendrían un mayor número de contactos que otros. En la esquina superior izquierda hemos numerado los cinco asentamientos puestos como ejemplo en el cuadro A y los hemos relacionado de acuerdo a las líneas representadas, para apreciar cómo estas líneas tendrían su traslación espacial. Si a estas relaciones entre asentamientos les incorporamos las de los grupos de parentesco, podemos hacernos una idea de la complejidad de las posibles redes que compondrían el territorio social al que hacíamos alusión más arriba. Finalmente, cuánto más densas fueran esas relaciones y más cercanos los asentamientos, más similitudes habría en la cultura material en función de su proximidad geográfica y de la adaptación a un entorno similar. Se daría así un *continuum* en el que progresivamente fueran modificándose algunos aspectos de la cultura material pudiéndose definir zonas con un registro arqueológico muy similar pero con fronteras muy difusas y permeables, ya que obedecen no a límites físicos sino a límites sociales, estructurados en redes (Cuadro C).

Aunque se trata de un modelo ideal, consideramos que este tipo de relaciones heterárquicas pueden explicar satisfactoriamente el registro de la zona central del valle medio del Tajo – la zona del sudeste parece presentar unas características diferentes – y que no entra en conflicto con la existencia de tensiones internas y de competición entre grupos y asentamientos, dentro de un proceso de contestación a este tipo de relaciones que sin embargo no parece triunfar en la zona. En realidad, lo interesante no es tanto etiquetar las relaciones establecidas en el valle medio del Tajo de heterárquicas, sino explicar por qué no son jerárquicas.

Y es que si hay una característica interesante en la sociedad que estamos estudiando es, precisamente, que a lo largo de la Segunda Edad del Hierro no consolida sistemas de desigualdad social basados en el control económico de los recursos del grupo por parte de un segmento de la población. En contra de las tendencias observadas en todos los territorios limítrofes y en la mayor parte de las sociedades de este periodo en la Península ibérica, las poblaciones del valle medio no alcanzaron el nivel de jerarquización social que caracterizaría a las denominadas jefaturas, el tipo de organización social comúnmente asumido para las sociedades de la Segunda Edad del Hierro. O visto desde otro punto de vista, puesto que el punto de partida es una situación de igualdad, las comunidades del valle medio del Tajo fueron capaces de limitar y restringir durante siglos la aparición de desigualdades profundas en sus comunidades, de evitar la apropiación económica de los excedentes de la comunidad y la dependencia económica respecto a élites consolidadas.

Los procesos de aparición de las desigualdades sociales siempre se han explicado por los motivos y los contextos que provocan el comienzo de los mismos. En nuestro caso, la pregunta es al revés: ¿por qué no consiguieron consolidarse las desigualdades sociales en la región? El punto de partida, a comienzos de la Primera Edad del Hierro, era potencialmente terreno abonado a la jerarquización social, con un clima duro pero apto para el desarrollo de una economía agricultora con posibilidades de intensificación de la producción y buenas comunicaciones entre las Mesetas norte y sur. Las tendencias observadas a lo largo del comienzo de la Segunda Edad del Hierro – creciente complejidad social y diversificación económica, aumento de la competición social entre familias, influencias procedentes de zonas socialmente más desarrolladas – también parecían prever una rápida asimilación de criterios de organización más jerárquicos.

Sin embargo, todos estos factores no fueron suficientes para provocar la aparición de jerarquización social, y los límites de la desigualdad se mantuvieron durante la mayor parte de la Edad del Hierro restringidos al ámbito funerario, desbordándose tan sólo en un momento muy tardío, y aun así de manera muy limitada. Esto no quiere decir que no hubiera desigualdades, ni que el sistema se mantuviera igual a lo largo del tiempo: ya hemos dicho que el "asalto" a la igualdad se desarrolló desde los lazos de parentesco y que tuvo un éxito relativo en la introducción de nuevas estructuras que subvirtieron el orden social previo. Pero no fueron suficientemente fuertes para romper completamente la ética igualitaria anterior. El análisis del fracaso de este asalto es, en nuestra opinión, uno de los mayores puntos de interés en el estudio de la trayectoria histórica de la región. A grandes rasgos, este análisis tendría tres facetas: el contexto en el que se produce, la eficacia de los mecanismos utilizados en el intento de lograr el poder y la respuesta dada por el resto de la sociedad ante esas presiones.

Al hablar en el capítulo dedicado a los posibles modelos de organización social hablamos de que existían dos posturas para valorar la aparición de desigualdades sociales. Una de ellas defendía que éstas surgían en contextos de crisis, mientras que la otra proponía que tan sólo en contextos de relativa bonanza económica se permitiría la relajación de la ética igualitaria que regía las sociedades. En este sentido, el valle medio del Tajo presenta una situación interesante. Por una parte, desde el siglo VII a.C. no se aprecian momentos de crisis climáticas similares a los del evento 0,85 K, lo que permitió un aumento de la producción agrícola y un progresivo crecimiento demográfico que sentaron las bases de una creciente desigualdad social. Por otra parte, es necesario tener en cuenta las características medioambientales de la región, especialmente las reflexiones dedicadas a los problemas de la existencia de una altísima incertidumbre climática y a su influencia sobre las mentalidades campesinas. En nuestra opinión, estos problemas construyeron una percepción de inseguridad continua, quizá poco explícita en el día a día pero interiorizada por las comunidades. Esta sensación de inseguridad debió frenar las posturas personalistas y hacer que se mantuviera durante mayor tiempo una ética que enfatizara las conductas comunitarias y reprimiera las iniciativas individualistas, construyendo una mentalidad de censura contra la expresión de la riqueza especialmente dura en el ámbito económico que encontró su canalización en ámbitos menos explícitos como el funerario.

Por otra parte, lo cierto es que el valle medio del Tajo presentaba una circunstancia clave susceptible de ser utilizada frente a las posibles presiones de grupos que buscan posiciones de privilegio dentro de la sociedad. Se trata de la escasa presión que las poblaciones del valle medio del Tajo ejercieron sobre los recursos de la zona. Asumiendo un crecimiento continuo de la población durante toda la Edad del Hierro, los cálculos realizados por Dionisio Urbina (2000: 185) son concluyentes: las comunidades de la Segunda Edad del Hierro explotaban un entorno muy pequeño del territorio, dejando amplios espacios salvajes o aprovechados tan sólo ocasionalmente entre los diferentes poblados. Incluso en el siglo III a.C., después de siglos de expansión demográfica, yacimientos como el Cerro de la Gavia apenas necesitaban un territorio de 2,5 km de radio en torno al asentamiento para garantizar su subsistencia.

Esta situación tiene dos implicaciones importantísimas para la aparición y consolidación de las desigualdades sociales. La primera de ellas es que la posibilidad de incrementar la producción agrícola está al alcance de cualquiera, puesto que hay una gran cantidad de tierra inculta libre de restricciones. Esto puede ser aprovechado por los grupos aspirantes a élites, pero también por cualquier otro grupo que de esta forma puede obtener más excedentes y así contrarrestar las diferencias de riqueza a costa, eso sí, de iniciar un ciclo de continuo incremento de la producción. La capacidad para incrementar los excedentes es un arma de doble filo: por una parte, limita las desigualdades a corto plazo y mantiene un cierto *ethos* igualitario en el que cualquier miembro de la comunidad puede decidir de manera más o menos libre aumentar su producción. Por otra, inicia un proceso que incita al aumento de la riqueza, no a su restricción, lo que inevitablemente dará lugar, en el largo plazo, a diferencias económicas sustanciales conforme algunos individuos o familias son incapaces de seguir el ritmo de incremento y acumulación de riqueza. En el corto plazo, sin embargo, esta capacidad de decisión fue suficiente para impedir la monopolización de los recursos por un grupo concreto de la población.

La segunda implicación asociada a la existencia de grandes espacios sin ocupar también está relacionada con la resistencia a la aparición de desigualdades sociales: es la posibilidad de una

escisión del grupo en caso de tensiones internas y la ocupación de nuevos territorios despoblados. Esta posibilidad, una de las formas más clásicas de resistencia documentadas a través de la etnografía (Boehm, C. 1993: 231) era una posibilidad clara especialmente hasta la mitad del siglo IV a.C., cuando la concentración de la población y el aumento de la inseguridad limitaron progresivamente esta posibilidad. A partir de este momento sí pudo comenzar una presión mayor sobre la tierra, y los mecanismos para minimizar tensiones construidos en etapas anteriores se demostraron incapaces de adaptarse a la nueva situación.

Así pues, parece que las herramientas de control de tendencias anti-igualitarias fueron bastante firmes. Las dos implicaciones descritas arriba son sólo posibilidades, pero parecen estar apoyadas en el registro arqueológico en evidencias como la distribución de la riqueza, la fuerza de los procesos de emulación de los objetos de lujo o la uniformidad de los enterramientos. Es importante remarcar que la contestación a las desigualdades no se produce desde una vuelta a la igualdad previa, sino desde un aumento generalizado (con las lógicas variaciones, eso sí) de la riqueza en la población. Podría decirse que la actitud de las poblaciones del valle medio del Tajo fue una combinación de cierta relajación frente a la adquisición de excedentes unida a un control muy estricto del escenario y de las estrategias a través de las que se explicitan las desigualdades asociadas a la intensificación económica. Este escenario es básicamente el funerario, y las estrategias, las destinadas a adquirir capital social. La verdadera línea roja de represión de la desigualdad se trazó en el ámbito económico, y por los datos de que disponemos, nunca llegó a ser totalmente traspasada.

Desde otro punto de vista, parece que los aspirantes a élites fueron incapaces de encontrar mecanismos suficientemente eficaces para detraer recursos del resto del grupo en su favor. No consiguieron aprovechar la gestión de la inseguridad política, del control de las rutas de comercio, de la manipulación de los objetos de prestigio o la creciente riqueza para afianzar posiciones permanentes de poder basadas en el control económico. Es cierto que la presión ejercida alcanzó algunos objetivos como la consolidación del rango adscrito o la transformación de la sociedad comunitaria tradicional en una basada en grupos de parentesco, pero respecto del control del grupo lo único que se alcanzó fue un creciente peso e influencia en la toma de decisiones con una base precaria basada en el prestigio y en presiones más simbólicas que reales. Los grupos del valle medio del Tajo más interesados en romper el *ethos* comunitario jamás fueron capaces de despegarse significativamente – en riqueza, en autoridad, en capacidad de presión – del resto. Aunque debilitaron sustancialmente el modelo anterior de sociedad, el contexto político y económico y la resistencia del resto de la comunidad hicieron que las diferencias internas siguieran siendo relativamente limitadas.

Sin embargo, hay una zona del valle medio del Tajo que presenta un comportamiento diferente. Es la tantas veces citada zona de La Mancha toledana, donde desde el siglos V a.C. se apreciaban divergencias respecto del área nuclear y donde los datos apuntan a que se consolidaron mucho más las desigualdades sociales, al menos lo suficiente como para hacerse explícitas ante el resto de la sociedad. Aunque la información de que disponemos es incompleta, parece que en el sudeste del valle sí se rompió la resistencia comunitaria expuesta arriba y se avanzó en la jerarquización de las poblaciones de la región, en un proceso parecido al de zonas limítrofes, especialmente la zona oretana y el sur conquense y más en sintonía con procesos documentadas en Albacete y Murcia.

6.4.3. El sudeste del valle: ¿jefaturas en el valle medio del Tajo?

La información sobre la región del sudeste del valle medio del Tajo – la zona conocida como La Mancha toledana – presenta algunos problemas arqueológicos para el estudio del poblamiento durante los siglos IV-III a.C. Para momentos más antiguos contamos con los datos del Cerro de las Nieves (Fernández, V. M. 1988; Fernández, V. M. y Hornero, E. 1988; Fernández, V. M. *et al.* 1994), y para los momentos más tardíos, del Cerro del Gollino (Perea, A. *et al.* 1988; Santos, J. A. *et al.* 1990, 1998) o Fosos de Bayona (Alfaro, C. 1982; Gras, R. *et al.* 1984; Mena, P. *et al.* 1988b). Para la etapa central de la Segunda Edad del Hierro, sin embargo, hay un vacío apenas cubierto por datos procedentes de hallazgos descontextualizados como los de Consuegra (Fernández-Layos, J. C. 1983; Giles, F. J. 1971; Muñoz, J. J. 2003) y por los resultados preliminares de excavaciones vinculadas a la construcción de la Autovía de los Viñedos (Rojas, J. M. *et al.* 2010; Rojas, J. M. y Gómez, A. 2010) o la realización de cartas arqueológicas en la región (Domingo, L. A. *et al.* 2007; Presas, M. M. y Yañez, G. I. 2010).

Pese a todo, hay algunas pautas observadas en el poblamiento que consideramos que marcan diferencias respecto del valle medio del Tajo: poblamiento concentrado más antiguo (como se observaría (como en el Cerro de las Nieves, donde el poblado existiría ya en el siglo VI a.C.), menores evidencias de fortificaciones y de inseguridad y aparición de poblaciones de gran tamaño a finales ya del siglo III a.C., frente a un desarrollo más tardío en la zona central de la región. Estos datos apuntan a tendencias más relacionadas con el mundo del Sudeste peninsular que con las desarrolladas el centro de la cuenca del río Tajo. Sin embargo, donde más se aprecian las diferencias es en el mundo funerario, especialmente gracias a los datos de Palomar de Pintado expuestos arriba y en el Anexo 8 y a la información adicional suministrada por las necrópolis de El Vado, Alconchel de la Estrella o El Navazo. La interpretación de las características de las dos necrópolis toledanas mostraba notables diferencias respecto de las documentadas más al norte, a partir de las cuales pueden plantearse algunas divergencias en los modelos de organización social de las dos zonas. Las principales diferencias serían:

- Estratificación muy clara en los tipos de estructuras funerarias, con un pequeño grupo de túmulos en el extremo más complejo de la serie, un gran número de tumbas simples y un grupo pequeño pero significativo de tumbas elaboradas sin estructura tumular pero con diferentes tipologías.
- Fuerte asociación entre la complejidad de las tumbas y la riqueza de los ajuares, especialmente respecto de piezas con fuerte valor simbólico – cerámicas áticas, objetos característicos del mundo ibérico como los *askoi*, etc.
- Clara reivindicación de las figuras de niños y mujeres en la necrópolis, especialmente en las tumbas más ricas.
- Fuerte asociación de tumbas ricas con cerámicas realizadas a mano que imitan modelos antiguos, interpretada como una vinculación con genealogías procedentes de épocas pretéritas.
- Importación de objetos con fuerte carga simbólica procedentes del mundo ibérico, como el ya citado *askós*, falcatas o tabas.
- Organización relativamente estricta del espacio funerario, especialmente en los túmulos.

Otros elementos muestran, sin embargo, similitudes con las necrópolis de la zona nuclear de la región, como la presencia de objetos de lujo – incluidas piezas de orfebrería o cerámicas de importación – en tumbas simples que nos habla de una riqueza distribuida de manera relativamente uniforme. Con todo, de conjuntos funerarios como el de Palomar de Pintado pueden extraerse algunas implicaciones de tipo social. La primera de ellas es evidente: la visualización de una estratificación social dentro de las comunidades que no puede ser contestada desde las tradiciones igualitarias previas. Hemos visto cómo en la zona central las diferencias de riqueza quedaban subsumidas en una representación igualitaria de la sociedad simbolizada por la uniformidad de las tumbas. En las necrópolis del Sudeste no, y la interpretación lógica de acuerdo a nuestra propuesta es que los mecanismos de protección del *ethos* comunitario fueron superados y la resistencia ofrecida por la comunidad a la explicitación de símbolos de poder fue insuficiente. Las familias con más recursos fueron capaces de consolidar sus posiciones de poder hasta transformarlas en posiciones de autoridad sancionadas por derechos aceptados – más o menos conscientemente – por el resto del grupo.

Por los datos de que disponemos, el mecanismo de consolidación de la desigualdad tuvo la misma base que en la zona anterior: potenciación de grupos de parentesco, reivindicación del rango adscrito y construcción de genealogías. En este caso, sin embargo, el registro arqueológico es mucho más claro y su asociación a tumbas muy elaboradas apunta a un estadio de la construcción de linajes más avanzado que el existente en la zona central del valle. Las características de los enterramientos proporcionan una información muy interesante. Por una parte, la existencia de un tipo de enterramientos muy elaborados y tipológicamente muy similares restringidos a un pequeño grupo de personas señala directamente a la existencia de símbolos de rango consolidados que sólo corresponden a parte de la sociedad, a la vista de los datos antropológicos, a una o varias familias cuyo rango sería superior al del resto. Recordemos que para que un elemento pudiera ser un símbolo de rango, debía ser lo suficientemente común para ser reconocido por toda la sociedad y lo suficientemente restrictivo como para que no toda la población pudiera acceder al mismo, independientemente de la riqueza personal o familiar. Ésta parece ser la situación en Palomar de Pintado: sólo un reducido conjunto de personas pueden enterrarse en túmulos pese a que existen tumbas con ajuares igual de ricos que los depositados en este tipo de enterramientos.

La diferencia con la sociedad planteada para la zona central del valle es notable: en ese caso, los criterios básicos para adquirir prestigio son los mismos que en etapas anteriores – sexo, edad, habilidad, riqueza – pero ahora se estructuran en torno a los grupos de parentesco, en una distribución relativamente horizontal. En el caso de Palomar de Pintado, un grupo parece situarse por encima del resto de la comunidad, independientemente de la edad o género de sus miembros, y esta situación es asumida y aceptada por el conjunto. Por supuesto, las líneas no son tan estrictas, y es evidente que determinadas personas – guerreros, cabezas de familia, etc. – tendrían posiciones de importancia relativamente importantes aunque no pertenecieran a los linajes más privilegiados. De hecho, la existencia de tumbas muy ricas que sin embargo no son de tipo tumular demuestra que existe todavía una fuerte competición social dentro de esta comunidad y que hay familias capaces de invertir tanta o más riqueza que los grupos más privilegiados. Significativamente, estas tumbas de nivel "intermedio" muestran una gran variabilidad tipológica, como si aún no estuvieran bien definidos los criterios de ordenación social dentro de las necrópolis.

Por desgracia, carecemos de la información más importante para conocer el alcance de la estratificación en esta zona: la proveniente de los poblados, que podría aclararnos si la existencia de grupos familiares con rango superior viene acompañada de un control económico paralelo desconocido hasta entonces en la región, o si la expresión del rango se restringió al mundo funerario, el ámbito tradicional de expresión de la competición social desde la aparición de las necrópolis en la región. En nuestra opinión, parece poco creíble que necrópolis como las características de Palomar de Pintado pudieran aparecer sin que existiera cierto control económico por parte del grupo privilegiado, capaz de vencer los mecanismos de resistencia del resto de la comunidad. Esta quizá una de las cuestiones clave en la reconstrucción de los procesos históricos de la región, para la que por el momento no contamos con respuestas. Las únicas evidencias podrían provenir del análisis de yacimientos que surgen en el siglo III a.C. como el Cerro del Gollino y al comportamiento de esta zona durante la conquista romana. Por desgracia, estos yacimientos han sido excavados de manera muy parcial, por lo que la localización de evidencias de grupos privilegiados con acceso diferencial a los recursos es casi imposible. Respecto de las fuentes clásicas, serán analizadas en el siguiente capítulo, pero apuntan a la existencia de una mayor cohesión interna de esta zona respecto de la región central del valle, que podría corresponder al mayor control ejercido por las élites de estos grupos.

En nuestra opinión, las diferencias entre el sudeste del valle respecto de la zona nuclear son evidentes y apuntan hacia una mayor desigualdad social en la primera región. Más difícil es definir por qué se produce esta diferencia. A falta de datos sobre el poblamiento de la región, se nos ocurren dos posibles explicaciones que muy probablemente se dieran de manera coetánea y que estarían acompañadas de otras causas de tipo económico de las que actualmente carecemos de información. La primera de ellas vendría dada de la interacción con sociedades con un fuerte grado de jerarquización, especialmente las comunidades localizadas en Ciudad Real y en Albacete donde desde el siglo VI a.C. se estarían dando procesos muy fuertes de intensificación agrícola, aumento de la complejidad social, concentración de la población y estratificación, con la aparición de verdaderas aristocracias dentro de lo que parecen jefaturas muy evolucionadas. El contacto con este tipo de sociedades tuvo que ejercer una evidente influencia en los grupos más septentrionales, y las estrategias sociales (idénticas a las utilizadas en el centro y norte del valle) debieron tener un mayor grado de compromiso y estabilidad. En un proceso similar al documentado en periodos históricos, el contacto entre dos grupos de complejidad social tan diferente exigió la aparición de representantes en la comunidad menos desarrollada, necesarios para la interacción con las élites de la sociedad más jerarquizada. De este modo, la intensificación de relaciones entre estos grupos incentivó el aumento de desigualdades sociales entre las comunidades del sudeste del valle medio del Tajo. Asimismo, el contacto con un grupo socialmente más jerarquizado debió proporcionar un corpus ideológico, instrumental y simbólico muy elaborado susceptible de ser utilizado por las incipientes élites del valle. Hasta qué punto ese corpus – que va desde la construcción de túmulos a la utilización de objetos de prestigio característicos de la región albaceteño/ murciana – fue interiorizado es algo que no podemos valorar, pero es evidente que facilitó la obtención de prestigio a través del uso simbólico de estos objetos.

En ese sentido, no hay que minusvalorar la posición de estas comunidades en los ejes de entrada de objetos de importación en el valle medio del Tajo. Tanto en los ejes principales como el del río Júcar como en los transversales como el río Cigüela, las necrópolis tumulares de la zona sur

de Toledo y de Cuenca constituyeron el territorio de enlace entre la zona de entrada de influjos mediterráneos y el río Tajo y a través del eje Jarama – Henares, la meseta norte. La cercanía al mundo oretano, donde se han detectado talleres de cerámica de barniz rojo y donde se detecta una gran presencia de cerámicas áticas facilitó evidentemente el acceso a bienes de prestigio y probablemente permitió a estas comunidades ejercer de intermediarios con las zonas situadas más al norte y más alejadas geográficamente, con los beneficios lógicos que reportaría esta actividad.

Carecemos de datos suficientes para definir con propiedad a los grupos del sudeste. En caso de que existiera un control económico claro, podría plantearse la existencia de sociedades jerárquicas bien asentadas, aunque si tenemos en cuenta los escasos datos procedentes de poblados, las evidencias de contestación y distribución de la riqueza observadas en las necrópolis y la comparación con sociedades completamente estratificadas como las documentadas en la región de Albacete, las desigualdades sociales parecen haber sido mucho menores. En nuestra opinión, conceptos como el de *aggrandizer* recogido por Hayden dentro de su propuesta de sociedades transigularitarias para referirse a los figuras tipo *Big Man* previas a la jefatura (Hayden, B. 1995: 25) se ajustarían mejor a este tipo de comunidades, con desigualdades marcadas pero sin alcanzar la jerarquización social. El gráfico 3.1, que incluimos al analizar los parámetros sociales en que se planteaba nuestro trabajo mostraba los diferentes ámbitos de interacción social su grado de importancia en función del nivel de desigualdad alcanzado. Una comparativa de estos ámbitos y de las características arqueológicas del registro del sudeste del valle medio del valle del Tajo muestran una coincidencia bastante significativa con la figura de *Entrepreneur* recogida por Hayden (1995: 77), y quizá éste el sistema que podría caracterizar al modelo de organización social de esta región.

Un pequeño repaso a las características de esta figura tomada de la Antropología muestra coincidencias significativas – al menos, en aquellos aspectos contrastables en el registro arqueológico – con la situación planteada en la zona sudeste del valle. Una de los cambios fundamentales que acarrearán este tipo de sistemas respecto de aquellos basados en estructuras más igualitarias es el descenso de actividad militar, puesto que los ámbitos más importantes de interacción se desplazan progresivamente hacia el comercio y las alianzas familiares. Ésta parece ser la situación del valle medio del Tajo, donde la zona socialmente más igualitaria parece haber sufrido mayores tensiones bélicas mientras que el sudeste estas evidencias son menores. La segunda característica de esta figura es la importancia nuclear del matrimonio como mecanismo para adquirir poder, con el consiguiente impulso a los estatus de mujeres y niños como herramientas de construcción del poder de estos *Entrepreneurs*. Éste es precisamente el patrón observado en necrópolis como Palomar de Pintado, donde los primeros túmulos construidos están ocupados por niños y mujeres. Asimismo, se produce un fuerte aumento del rango adscrito, y tendencias a que los hijos de los *Entrepreneurs* hereden las posiciones de poder de los padres. Finalmente, en este tipo de sociedades los individuos buscan cada vez más la validación de su creciente poder a través de la promoción de sus antepasados, potenciando el culto a los mismos y defendiendo la transmisión de autoridad social e incluso de poderes mágicos a través de estos antepasados míticos. De nuevo, ambas características se dan en las necrópolis del sudeste, con referencias claras a la presencia de rango adscrito y búsqueda de vinculaciones con el pasado.

Los ejemplos antropológicos de este modelo de sociedades propuesto por Hayden son muy numerosos (Hayden, B. 1995: 51-58), y en general corresponden a lo que denominaríamos sociedades *Big Man*. Para Hayden, éste término tiene un sentido más restrictivo que el propuesto por Lemonier y haría referencia a sistemas de organización social muy cercanos a las jefaturas, mientras que situaciones de menor desigualdad estarían asociadas a términos como *Great Man* y *Head Man*, que Hayden, basándose en D. Feil denomina respectivamente *Despots* y *Reciprocators* (Hayden, B. 1995: 25). A falta de datos debidamente contextualizados procedentes de asentamientos, el registro arqueológico de la Mancha Toledana apunta a la existencia de este tipo de figuras individuos asimilables a la figura del *Big Man*, con un poder mucho más asentado – pero no absolutamente consolidado – que en el eje Tajo–Jarama donde hemos defendido un tipo de relaciones más igualitarias.

6.5. Etnicidad en el valle medio del Tajo: la construcción de la Carpetania

6.5.1. Introducción

El estudio de la identidad étnica y de su detección en el registro es probablemente uno de los campos más complejos a los que puede enfrentarse un arqueólogo. No es nuestra intención tratar de sintetizar las diferentes posiciones teóricas planteadas a lo largo del tiempo que han sido bien sintetizadas en publicaciones recientes (Fernández, M. A. 2008), sino que vamos a tratar de abordar brevemente la existencia o no de una identidad étnica en el valle medio del Tajo que pudiera corresponder a la denominación de carpetanos que utilizaron los autores griegos y romanos al referirse a los habitantes del valle medio del Tajo. Hemos considerado necesario comenzar esta aproximación por la definición de algunos términos que pueden ayudarnos a comprender mejor qué entendemos por etnicidad, identidad étnica y grupo étnico, siguiendo las ya clásicas definiciones de S. Jones, recogida en (Ruiz, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. 2002: 255) y que aunque no estén exentas de críticas (Fernández, M. A. 2008: 105-106) nos parecen un buen punto de partida para plantear nuestro análisis.

Según esta autora (Jones, S. 1997: xiii), la etnicidad estaría construida a partir de *"todos aquellos fenómenos sociales y psicológicos asociados con una identidad de grupo culturalmente construida. El concepto de etnicidad se centra en las maneras por las que los procesos sociales y culturales se cruzan unos con otros en la identificación de grupos étnicos y la interacción entre ellos"*. La identidad étnica por su parte, sería *"aquel aspecto de la auto-conceptualización personal que resulta de la identificación con un grupo más amplio por oposición a otros sobre la base de una diferenciación cultural percibida y/o una descendencia común"*. Finalmente, un grupo étnico estaría formado por *"cualquier grupo de gente que se considera a sí misma apartado de otros y/o es apartado por otros con los que interactúa o coexiste sobre la base de sus percepciones de diferenciación cultural y/o descendencia común"*.

El problema recurrente para los arqueólogos ha sido tratar de valorar qué elementos de la cultura material conservados pudieron haber sido utilizados como símbolos de identidad étnica, y cuál pudo haber sido su función en los procesos de autorepresentación de las poblaciones que los utilizaron. Esta misión es aún más difícil si tenemos en cuenta que muchos de estos objetos utilizados tradicionalmente como elementos de identificación – peinados, vestidos, música, bailes, formas de preparación de la comida, etc. – están realizados en materiales perecederos o son intangibles, por lo que su visualización en el registro arqueológico es nula. Muchas de las aproximaciones tradicionales han recurrido a la simple acumulación de supuestos "marcadores étnicos" tratando de localizar, zonas que podrían ser identificadas como pertenecientes a un grupo étnico concreto. Esta tendencia, que no deja de ser una adaptación elaborada y matizada de las teorías histórico – culturales que asocian cultura material y etnia, obvia uno de los principales problemas en el estudio de la etnicidad: la seguridad de que los objetos seleccionados fueran utilizados realmente como definidores de etnicidad y no como símbolos de cualquier otro aspecto cultural como el género, la posición social, tipos de actividades, etc. Es decir, hay que asumir que en algunas ocasiones no tiene por qué localizarse ningún marcador étnico en el registro arqueológico (Fernández, M. A. 2008: 136). Además, hay que tener en cuenta que aunque es un rasgo comunitario, no tiene por qué ser percibida exactamente igual

por todos los miembros del grupo y que, de hecho, podría ser manipulado para alcanzar posiciones de poder dentro de las comunidades (Marín, C. 2011: 555).

Por otra parte, el análisis de la etnicidad en el valle medio del Tajo no puede soslayar la existencia de textos escritos que describen a las poblaciones con las que interaccionan los romanos y gracias a través de los cuales conocemos los etnónimos de las poblaciones prerromanas. La existencia de estas fuentes introduce un nuevo conjunto de cuestiones que deben ser tenidas en cuenta, como la validez o no de las afirmaciones realizadas por estos autores, sus adecuada contextualización histórica, cultural y literaria y las posibilidades de contrastación entre su información y los datos arqueológicos.

El objetivo de este apartado es, en realidad muy simple. Se trata de responder, básicamente, a dos preguntas: ¿Existieron los carpetanos como grupo étnico? y, en caso de que la respuesta sea negativa, ¿en qué niveles pudo desarrollarse un sentimiento de identidad étnica en el valle medio del Tajo? Nuestro punto de partida va a ser la propuesta recientemente realizada por G. Ruiz Zapatero (2009) para el estudio de la etnicidad protohistórica. Esta propuesta parte, en primer lugar, de la asunción de la dificultad para poder aproximarnos al conocimiento de identidad étnica exclusivamente a través de la cultura material. La arqueología de la etnicidad debería partir por tanto de la etnicidad histórica percibida, en nuestro caso por las fuentes clásicas (2009: 18). El primer paso sería la definición del grupo estudiado y del territorio a través del análisis crítico de los textos disponibles para, a continuación, tratar de buscar correlatos arqueológicos de la etnicidad descrita. La visibilidad de estos indicios dependerá en gran medida de la competitividad entre grupos dentro del territorio, de la densidad demográfica, la complejidad social o las características económicas de los grupos. El momento más interesante podría ser el de la interacción con el mundo romano, donde dentro de la máxima tensión provocada por la conquista militar podrían detectarse los casos más interesantes de expresión material de la etnicidad (Ruiz, G. 2009: 20). El segundo paso sería el análisis diacrónico de estos indicadores para ver su génesis y evolución – si la hubiese – desde la etapa inmediatamente anterior al contacto con el mundo romano.

Para ello vamos a valorar un conjunto de datos que deberían aportarnos información suficiente para contestar a estas preguntas. El primero de ellos es la clásica referencia a los "marcadores étnicos" que han sido utilizados tradicionalmente para tratar de definir una "etnia carpetana", tanto por afirmación (presencia de cerámica jaspeada) como por oposición (presencia de verracos, por ejemplo). Esos supuestos marcadores corresponden al momento previo a la interacción con los romanos, por lo que serían la principal evidencia de una posible identidad étnica estrictamente indígena. Hemos rechazado sin embargo otro tipo de análisis que tratan de "medir" las influencias celtas o ibéricas en la región a partir de la presencia de determinados objetos (Madrigal, A. y Muñoz, K. 2007) y que en ocasiones han llegado a esperpentos tales como defender que la combinación de pintura (característica del mundo ibérico) y estampillado (asociado al mundo "céltico") era la prueba del carácter cultural híbrido de los carpetanos. La presencia de piezas de ambos ámbitos es innegable y ha sido suficientemente reconocida, y es evidente que con ellas llegaron influencias de todo tipo, pero consideramos que estas influencias tuvieron verdadero peso en dentro de las dinámicas sociales y económicas de la región, y no dentro del contexto de creación de identidades étnicas.

Desde un punto de vista también arqueológico, algunos elementos de la cultura material de los siglos posteriores a la conquista romana pueden proporcionar datos sobre la situación anterior, especialmente las evidencias numismáticas y epigráficas que hagan referencia a las estructuras indígenas previas y que nos den pistas acerca de cómo se autodefinieron los habitantes del valle medio del Tajo. Desde otro punto de vista, las fuentes clásicas nos aportan no sólo la percepción de los autores griegos o romanos sobre el mundo indígena, que como hemos dicho debe ser correctamente contextualizada, sino que, leyendo entre líneas podemos extraer algunas conclusiones acerca de la conceptualización del propio término de Carpetania, de cuáles son los etnónimos utilizados y en qué contextos y a qué niveles de organización social corresponden. Finalmente, consideramos necesario relacionar los datos recopilados sobre la organización sociopolítica de estas poblaciones con los relativos a su identidad étnica, analizando la coherencia entre ambos, en línea con lo propuesto por G. Ruiz (2009: 23).

La convergencia de estas cuatro perspectivas debería ayudarnos a plantear una propuesta que, en la medida de lo posible, mostrara una coherencia fruto de la integración y revisión crítica de toda la información disponible, para tratar de resolver una cuestión que, a lo largo del tiempo, ha sido tan recurrente en la historiografía como estéril en sus resultados. La investigación sobre la existencia de una etnia carpetana ha pasado por tres etapas muy bien definidas: Durante los años 80 se trató de aplicar una metodología clásica basada en la definición material de la cultura material "carpetana" y en la delimitación de su territorio. Como ejemplos de los primero se citaban sobre todo la cerámica jaspeada, la combinación de estampillas y pintura y otros elementos de la cultura material como los verracos que, sin ser "carpetanos", servían para establecer límites entre los territorios ocupados por las etnias. Para la delimitación del territorio se combinaban rasgos fuentes clásicas, rasgos geográficos, dispersiones de materiales y datos epigráficos de época romana. Como hemos descrito al analizar la trayectoria de la investigación en la región, estos intentos se encontraron con tremendas dificultades para establecer un conjunto objetos característicos de la región, hasta el punto de que lo que caracterizaría a los carpetanos sería su asimilación de objetos de las regiones limítrofes (Valiente, S. y Balsameda, L. J. 1983b: 135).

El resultado es que se optó por considerarlos celtíberos apoyándose en las influencias culturales (léase presencia de objetos) que recibe la región y que interpretadas de forma simplista se unirían para dar calificar de celtíberos a los carpetanos no en el sentido étnico del término, sino para reflejar su mezcla de culturas. Una idea parecida proponía E. Gozalbes al distinguir entre Celtiberia geográfica (toda la Meseta) y celtíberos como etnia, para concluir que los carpetanos serían celtíberos en el sentido geográfico del término (Gozalbes, E. 1983). Como celtíberos fueron caracterizados Cerro Redondo (Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1985a:91, 1985b: 37), la Dehesa de la Oliva (Muñoz, G. 1980: 58) y el Cerrón de Illescas (Valiente, S. 1990: 329; Valiente, S. y Balsameda, L. J. 1982: 215; Valiente, S. y Balsameda, L. J. 1983a: 585), así como los materiales recogidos en prospecciones realizadas en Madrid en los años 70 (Valiente, S. y Rubio, I. 1982: 90). En general, la zona es incluida dentro del mundo celtíbero en las síntesis realizadas durante esos años (Blasco, M. C. 1985; Blasco, M. C. y Alonso, M. A. 1983: 130; Blasco, M. C. *et al.* 1980: 53; Valiente, S. 1987: 124).

La reacción a este callejón sin salida frustrante, en el que de los carpetanos sólo teníamos el nombre, no fue el desarrollo de una nueva metodología de aproximación a la etnicidad del valle

medio del Tajo, sino la sustitución del etnónimo carpetanos por otros términos étnicamente neutros: prerromanos como en Las Esperillas (García, A. A. y Encinas, M. 1987: 43, 57; García, A. A. y Encinas, M. 1989: 493), protohistóricos en el Ecce Homo (Almagro, M. y Dávila, A. 1988: 361), pertenecientes a la Segunda Edad del Hierro (Barrio, J. y Blasco, M. C. 1989) o relacionados con la romanización, como en Fosos de Bayona (Mena, P. *et al.* 1988a) o Cerro del Gollino (Santos, J. A. *et al.* 1988). Se optó por renunciar al término carpetano no tanto por convicción de la inexistencia de esta etnia como por la incapacidad para definirla material y territorialmente. Tan sólo en dos casos hubo una postura clara en la adscripción de los yacimientos a una determinada etnia: el Cerro de las Nieves, calificado como ibérico desde el primer momento (Fernández, V. M. 1988; Fernández, V. M. y Hornero, E. 1988), y la necrópolis de Palomar de Pintado, que en un primer momento se denomina ibérica (Ruiz, G. y Carrobbles, J. 1986), pero que conforme avanzan las excavaciones, proporciona la única reflexión de este periodo acerca de una identidad carpetana que se entrevé bajo una cultura material predominantemente ibérica (Carrobbles, J. y Ruiz, G. 1990:244).

Desde las fuentes clásicas, por el contrario, se adopta la postura contraria y se acepta la existencia de una etnia carpetana sin apenas críticas, mostrando una peligrosa disociación entre las interpretaciones realizadas desde el análisis de los textos antiguos y los datos proporcionados por la arqueología, que a menudo son citados sin ningún tipo de análisis crítico. Del mismo modo, se suelen asumir términos latinos como *urbs*, cuya definición arqueológica es complicada y su aplicación a la realidad prerromana cuestionable. La falta de imbricación de arqueología y textos antiguos es una de las mayores carencias de la arqueología del valle medio del Tajo y ha sido especialmente perjudicial en el tema que nos ocupa, si bien es cierto que la parquedad de las alusiones a la Carpetania no ayuda a mejorar la situación. Por otra parte, el mayor intento de definir los procesos de etnogénesis, sus mecanismos y cronologías, realizado en la famosa Reunión Internacional sobre Paleoeetnología de la Península Ibérica (VV.AA. 1992) tuvo escaso recorrido en nuestra región, debido sobre todo a la escasez de datos disponibles en ese momento.

A partir de los años 90 y hasta este momento, las publicaciones han mantenido en general la terminología neutra que hace referencia a periodizaciones, evitando cualquier connotación étnica del mismo modo que se obvian interpretaciones de tipo social o político. La asunción del peso de las publicaciones por parte de empresas de arqueología ha reforzado esta tendencia en la que las alusiones a la Carpetania o a los carpetanos se engloban – cuando aparecen – dentro de las generalmente pobres contextualizaciones de artículos por lo demás totalmente descriptivos. Aunque esta es la tendencia predominante, sí ha habido algunos intentos de aproximarse de una manera más crítica a los conceptos de los carpetanos como etnia o de la Carpetania como región geográfica. Algunos han mantenido, sin aportar nada nuevo, las tradicionales alusiones a las influencias procedentes del norte o del sur a través de la presencia de objetos procedentes de estas regiones (Madrigal, A. y Muñoz, K. 2007), pero otros autores han conseguido ampliar la reflexión sobre este tema y modificar paulatinamente la percepción de la etnicidad en el valle medio del Tajo. El trabajo pionero y que ha tenido más influencia ha sido el de Dionisio Urbina (1998a) que, a través del análisis de las fuentes clásicas rechaza el concepto mismo de la Carpetania como indígena y le otorga un sentido estrictamente geográfico para referirse a las poblaciones situadas en torno al río Tajo. Las poblaciones de esta zona no

tendrían una identidad colectiva, siendo su nivel de organización más básico, en torno a la ciudad y a estructuras sociopolíticas similares a la *gens*.

El artículo de Urbina de 1998, aunque mucho más citado que discutido, tuvo la virtud de poner el dedo en la llaga y señalar un problema incómodo que nadie quería afrontar: la posible inexistencia de una etnia carpetana similar a las documentadas en los territorios limítrofes. La propuesta de Urbina iba mucho más lejos de las continuas discusiones y revisiones acerca de las características étnicas de los diferentes pueblos prerromanos, concediendo un estricto sentido topográfico al etnónimo, que además sólo existiría desde época cartaginesa. Aunque algunas de sus propuestas pueden ser discutidas, lo cierto es que abrió una puerta a una concepción diferente de la Carpetania que ofrecía una solución a los permanentes problemas de indefinición de los carpetanos a través de su cultura material.

Por desgracia, la propuesta de Urbina no ha sido objeto de debate científico, y en nuestra opinión ha sido a veces incorrectamente interpretada. Las aportaciones que recogen esta revisión de la Carpetania lo hacen confundiendo la organización política de la región con la existencia o no de una identidad étnica que cohesionara a las poblaciones de la zona. Las últimas propuestas de síntesis sobre la región (Carrobles, J. 2007) ofrecen ya reflexiones críticas sobre todo el proceso de construcción de la supuesta etnicidad carpetana y coinciden en dibujar un territorio escasamente cohesionado, con diferentes formas de organización sociopolítica y en el que la unión fue tardía y se produjo como resultado de la presión de cartagineses y romanos (Carrobles, J. 2007: 197), algo que por otra parte había sido propuesto mucho tiempo atrás desde el análisis de las fuentes clásicas (González - Conde, M. P. 1986: 87, 1987: 26). Sin embargo, desunión política no es incompatible con una identidad común, y viceversa, dentro de una unidad política consolidada pueden existir varias identidades o grupos étnicos. Por tanto la pregunta sobre la etnicidad carpetana sigue en el aire, aunque la aceptación – consciente o inconsciente – de que la Carpetania pudo no constituir un territorio homogéneo es un paso importantísimo para plantear un nuevo escenario sobre el que realizar análisis con un menor peso de las propuestas basadas en la asimilación entre cultura material y etnia.

En este sentido, el único intento de reflexión con una base teórica actualizada es el realizado por Juan Pereira y Jesús Carrobles (2007). Su trabajo se centra especialmente en el análisis de evidencias funerarias, en gran parte procedentes de Palomar de Pintado, analizando los cambios de la necrópolis y valorando las implicaciones culturales y socioeconómicas de los mismos. Sin embargo y como los propios autores admiten resulta algo problemático extrapolar los datos de esta necrópolis al resto del territorio carpetano (Pereira, J. y Carrobles, J. 2007: 286), y recogen la idea de Dionisio Urbina de la Carpetania como resultado de la intervención romana, aunque en este caso más que un topónimo, se considera que el nombre provendría de alguno de los grupos prerromanos aliados de Roma. Esta denominación común de la Carpetania ocultaría por tanto una riqueza étnica mucho mayor tras un etnónimo común impuesto durante la conquista (Pereira, J. y Carrobles, J. 2007: 286). El trabajo de Pereira y Carrobles muestra a la vez la progresiva asunción de la complejidad del estudio de la etnicidad en la región y las dificultades para abordar un estudio más específico a partir del registro arqueológico.

En el fondo y aunque los últimos trabajos suponen un avance significativo por su reflexión crítica sobre la etnicidad carpetana, siguen encontrándose con un escollo fundamental: la búsqueda de

elementos de la cultura material utilizados como herramientas para construir una autoconciencia de grupo. En nuestra opinión, la solución a este problema sólo puede realizarse desde un proceso mucho más crítico de la cultura material del valle medio del Tajo, que integre también las condiciones socioeconómicas de las comunidades de la región. En este sentido, la crítica de los supuestos marcadores étnicos que definirían, por presencia o ausencia, la etnia carpetana es fundamental para dilucidar si tenemos realmente una base material para estudiar la etnicidad en el valle medio del Tajo.

6.5.2. La mirada clásica: La Carpetania romana

Una revisión de las fuentes clásicas que tratan sobre la Carpetania (Rabanal, M. A. y Bragado, J. M. 1990) y sus habitantes produce sentimientos encontrados: por una parte, la región es citada por bastantes autores clásicos, entre ellos algunos de los que describen con más precisión la Península ibérica como Polibio, Tito Livio o Estrabón. Por otra, las referencias a la región, sus características físicas y sus habitantes son de una parquedad exasperante (Vallejo, M. 1998: 42), limitándose a breves alusiones geográficas, delimitaciones territoriales o a los escasos acontecimientos históricos que tuvieron lugar en la región y que se consideraron suficientemente relevantes para ser incluidos en los textos clásicos.

Lo que no puede obviarse es el hecho de que el conocimiento de la región corre paralelo a la conquista progresiva del interior de la Península, y que a medida que ésta avanzaba se fue concretando un conocimiento que hasta ahora era bastante superficial y construido en gran medida a base de tópicos (Vallejo, M. 1998: 41). En el caso de la Carpetania, sin embargo, este progresivo conocimiento no devino en un aumento de la información reflejada en las fuentes clásicas. Esta información podría ordenarse en tres bloques: la referida a la localización general de la Carpetania a partir de sus principales rasgos geográficos y de su posición respecto de otros pueblos limítrofes, las descripciones de la presencia cartaginense en la zona y del posterior proceso de conquista de la región por los romanos y las alusiones a algunos rasgos económicos o geográficos del territorio. De estos tres bloques, los dos primeros son los que nos pueden proporcionar algo de luz acerca de la posible identidad étnica de los habitantes de la región.

Por supuesto, primero es necesario valorar críticamente las posiciones ideológicas de los historiadores y geógrafos griegos y romanos que escribieron sobre la región, puesto que como es obvio es imposible equiparar sus trabajos con trabajos actuales de estas ciencias. En primer lugar, hay que destacar el carácter etnocéntrico de los autores clásicos en sus descripciones de pueblos ajenos al mundo grecorromano. Este etnocentrismo se plasmaba en la construcción de paradigmas descriptivos (belicosidad, barbarie, riqueza, etc.) que se aplicaban de manera recurrente a las etnias con la que se encontraban (Albadalejo, M. 1998: 163-164). En este sentido, la escasez de información existente para la Carpetania hace que este tipo de tópicos sean escasos: tan sólo en el famoso episodio entre Sertorio y los caracitanos (*Sertorio* XVII) se aprecia el uso de este recurso (Vallejo, M. 1998: 44).

En segundo lugar, desde el punto de vista geográfico hay que tener en cuenta que la concepción bidimensional geográfica inherente al mundo actual es incompatible con las narraciones geográficas realizadas por los autores de la Antigüedad, cuya mentalidad cartográfica se apoyaría en las listas de topónimos y en las descripciones (Albadalejo, M. 1998: 164). A esta situación se une el hecho de que la inmensa mayoría de los autores clásicos, a excepción de

Polibio y Plinio, no estuvieron físicamente en el área de estudio. Asimismo, hay que tener en cuenta la diferencia temporal entre el momento en que ocurrieron los hechos y en el que se describen, que en algunos casos llega a ser de varios siglos.

Planteados todos estos problemas, ¿cuáles son las conclusiones que podemos extraer de las fuentes clásicas? La primera de ellas es, desde luego, la recurrente alusión al río Tajo como elemento estructurador del territorio de los carpetanos y eje vertebrador del interior peninsular (Vallejo, M. 1998: 41-42). Aunque las discusiones sobre los pueblos limítrofes son recurrentes como recurso para definir el territorio de los carpetanos, parece haber un consenso en situar vetones al este, oretanos al sur y arévacos al noreste. La Carpetania sería por tanto el espacio geográfico situado en torno al valle medio del Tajo (Gómez, J. M. 2002: 93). Menos claro está el verdadero significado de los términos Carpetania y carpetanos, si responden a un contexto geográfico o si hacen referencia a un etnónimo similar al de otros pueblos de la península. En su mayor parte, los autores han coincidido en considerar a los carpetanos como un pueblo más del interior, equiparable a vetones, arévacos, oretanos, con procesos similares de etnogénesis (Almagro, M. y Ruiz, G. 1992: 492) aunque mucho peor conocidos.

La excepción a esta postura la constituye la ya citada propuesta de Dionisio Urbina (1998a), que realiza una fuerte crítica a las aproximaciones tradicionales al estudio de la región, basadas en los intentos de localización y las discusiones en torno a las ciudades citadas por autores clásicos como Ptolomeo o de itinerarios de Antonino o de Rávena (Montero, J. 1990, 2002) y matizadas posteriormente a través de materiales arqueológicos como los verracos, la cerámica jaspeada, la epigrafía o hitos geográficos, estirando los límites hasta que los diferentes territorios étnicos se toquen (Urbina, D. 1998a: 188). Asimismo, se aprecia una clara divergencia en las ciudades citadas por los autores que narran la conquista y aquellas que describen las ciudades de la Carpetania bajo control romano. Tan sólo Toledo y Consuegra parecen haber mantenido la ocupación desde la etapa anterior a la conquista romana, mientras que en el caso de *Complutum*, tercera pata del trío de ciudades carpetanas por antonomasia aún no se ha documentado un núcleo indígena de entidad cercano, aunque se asuma comúnmente su asociación a San Juan del Viso (1998a: 191).

Urbina llama la atención sobre las escasas menciones a los carpetanos como etnia en las fuentes que tratan sobre la conquista, frente a las alusiones a ciudades. Esta situación había sido interpretada por M^a.P. González-Conde (1987: 193) como debida a la falta de cohesión política de los carpetanos, confundiendo de nuevo los conceptos de etnicidad y organización social. Para Urbina, la denominación de carpetanos no tendría tanto que ver con el de etnia o con una determinada organización social sino con un adjetivo que calificaría a habitantes de una región geográfica, que evidentemente mantendrían características culturales comunes en función de su proximidad geográfica y de la adaptación a un entorno similar (Urbina, D. 1998a: 193). La tesis de Urbina parte de una asunción: que el término Carpetania no es un término indígena sino que es al nombre que dieron a la región fenicio-púnicos y posteriormente romanos. Rechaza así posturas que remiten así el etnónimo a raíces lingüísticas vascas derivándolo de *karra* (piedra, en vasco) y del sufijo *-be* (*debajo de*) y que darían al etnónimo un origen indoeuropeo (1998a: 194; Gómez, J. M. 2002: 93).

Para Urbina, el origen de Carpetania sería griego, derivado a su vez de un término fenicio o púnico que utilizarían los cartagineses al tomar contacto con estos grupos a finales del siglo III a.C. La raíz púnica correspondiente sería *qrt*, de donde se derivaría *kart-p*, fácilmente asimilable a *Karpe*, en un proceso similar al que encontramos en los nombres prerromanos de los peñones de Gibraltar y de Ifach. Puesto que la citada raíz púnica hace referencia a lugares de poca elevación y pendientes pronunciadas, Urbina propone que el término Carpetania haría referencia a una región llena de escarpes y barrancos, y los carpetanos, los habitantes de esos escarpes y cuevas, tan abundantes en el valle medio del Tajo y donde se situaban, como hemos visto, los asentamientos a finales del siglo III a.C. con los que trabaron contacto los púnicos (1998a: 195). La Carpetania, por tanto no sería más que la descripción de una comarca geográfica a través de su rasgo más característico, los carpetanos los habitantes de esa comarca, y con la conquista romana el término se consolidaría y ampliaría hasta el punto de que el límite del territorio carpetano quedaría como demarcación entre las provincias romanas Tarraconense y Lusitana (Gómez, J. M. 2002: 103).

La propuesta de Urbina plantea varias cuestiones interesantes. La primera es que la Carpetania y los carpetanos no existieron como tales hasta la conquista romana (Urbina, D. 1998a: 206), y que por tanto no tendría sentido buscar etnicidades en esa escala de análisis. Esta postura es coherente con la asunción cada vez más extendida de que los generales y autores romanos, salvo casos muy concretos, preferían obviar las complejas y numerosas divisiones étnicas y sociales y reducirlas a denominaciones más amplias (Edmonson, J. C. 1992-1993: 27). Asimismo, y como propone este autor para la Lusitania (1992-1993: 26-27), la agrupación de varias realidades étnicas dentro de una denominación más amplia por los romanos pudo crear una nueva identidad que se manifestara en etapas posteriores, durante la conquista o incluso bajo control romano. Es muy probable que esta conquista romana supusiera para los indígenas, por primera vez, la necesidad de definir su mundo de acuerdo a unos límites territoriales concretos (Urbina, D. 1998a: 192). Finalmente, tiene una implicación muy clara: no se descarta la existencia de una etnicidad anterior, pero desde luego, ésta no fue la carpetana, y para este autor las identidades en la región pudieron corresponder tanto a zonas geográficas – valles, por ejemplo – como a ciudades, entendidas éstas como las localidades de mayor importancia en la región. (Urbina, D. 1998a: 205). En este caso, la definición arqueológica de las diferentes identidades sería casi imposible, ya que estas poblaciones tendrían un sentido político y social que no siempre tendría que corresponder a variaciones en la cultura material.

Carecemos de formación filológica para confirmar si la propuesta de Dionisio Urbina acerca del origen del término Carpetania es correcto o no, pero nos parece que su planteamiento es mucho más crítico y plausible que asumir simplemente que el término carpetano es el nombre con el que se autodenominaban los habitantes del valle medio del Tajo (Gómez, J. M. 2002: 93). Se han planteado algunas objeciones a su propuesta, apoyadas en el calificativo de Cárlica (asimilable a carpetana) que recibe una de las tres ciudades con nombre de Contrebia conocidas en la Península y que vendría a demostrar que existía una especificación étnica para describir a los carpetanos (Gómez, J. M. 2002: 94). Sin embargo, es bastante sencillo rebatir esta crítica: si el término Carpetania es aplicado por los conquistadores romanos, el apodo dado a Contrebia también lo es, dado precisamente por los romanos para diferenciar la ciudad de otras con el mismo nombre. Es muy poco probable que los habitantes de esta ciudad conocieran la existencia de otra de idéntico nombre situada a cientos de kilómetros de su región, y por eso

decidieran diferenciarla. El término Carpetano seguiría siendo, por tanto, un término exógeno al mundo indígena.

Otro tipo de información nos viene dada por los documentos que hablan de las injerencias cartaginesas y de la conquista del territorio carpetano por los romanos. Las descripciones de los enfrentamientos con las tropas extranjeras pueden darnos una idea de cuáles podrían ser las relaciones entre los diferentes grupos y sus características. El primer punto de interés es que los carpetanos casi nunca combaten solos, sino que son apoyados de manera reiterada por aliados: frente a Aníbal combaten apoyados por olcades y salmantinos (Polibio III, 14, 2-3; Tito Livio XXI, 5); oretanos y carpetanos se rebelan juntos frente a los reclutadores cartagineses (Tito Livio XXI, 9); vacceos, vetones y celtíberos apoyan a Toledo contra los romanos en el 193 a.C. (Tito Livio XXXV, 7), y de nuevo los vetones socorren Toledo en el 192 a.C. (Tito Livio XXXV, 22). La última alianza frente a los romanos se produce en el año 179 a.C., cuando los celtíberos del Alto Tajo acuden en ayuda de los habitantes de *Contrebia Cárlica* (Tito Livio XL, 33).

La formación de estas alianzas entre diferentes grupos étnicos ha sido explicada en función de la defensa del territorio carpetano como eje de las redes de intercambio y de movimientos ganaderos indígenas (Sánchez – Moreno, E. 2001: 136) fundamentales para las sociedades prerromanas. Esta propuesta presenta sin embargo algunos problemas. En primer lugar, se produce de nuevo una confusión entre identidades étnicas y comunidades políticas característico de la mayoría de las aproximaciones de las fuentes clásicas: se asume que vetones, carpetanos, vacceos, etc. actúan como unidades aliadas frente a un enemigo común, aunque sabemos que la organización política de estos grupos – responsable por tanto de la organización de alianzas y de la toma de decisiones – estaba mucho más disgregada. De hecho, las alusiones un poco más específicas hacen normalmente referencia a grupos asociados a poblaciones: salmantinos, toledanos, habitantes de *Contrebia*, etc. y casi siempre las ayudas de pueblos aliados se dan en el contexto de la defensa de una ciudad concreta – *Toletum*, *Aebura*, *Contrebia* – no del territorio en sí. Por otra parte y como hemos visto, las características del poblamiento de la región no parecen casar bien con esta idea de alianza permanente de los carpetanos con todos sus vecinos: el proceso de fortificación del hábitat que se documenta en torno a los siglos IV – III a.C. muestra evidencias de creciente tensión en la región, algo poco coherente con la idea de alianzas a gran escala para facilitar el comercio o los traslados de ganado a través del valle medio del Tajo.

En nuestra opinión, el problema de la propuesta de Sánchez – Moreno reside en la escala en que plantea el análisis, derivado de nuevo de la identificación entre etnia y comunidad política. Algunos de los planteamientos de su tesis como la existencia de alianzas genéricas entre vetones y carpetanos, la unión de ejércitos panmeseteños, mercados regionales, capitales de las diferentes regiones, etc. parecen claros actualismos, no están suficientemente contrastados en el registro arqueológico, muestran un exceso de apoyo en los datos de los textos clásicos y un claro desconocimiento de los mecanismos de funcionamiento de sociedades premodernas con escasa jerarquización social. A un nivel de escala menor, sin embargo, sí que algunas de las hipótesis que plantea el autor pudieron ser plausibles. Si, tal y como hemos visto al describir la sociedad del valle medio del Tajo ésta se apoyaba en redes de alianzas entre grupos de parentesco y poblados, y podían incluir grupos relativamente lejanos, es lógico pensar que en momentos de crisis estas alianzas se activasen para hacer frente a un enemigo común – interno

o externo – y defender intereses económicos de manera conjunta. Esto no quiere decir que fueran los vetones los que se aliaran a los carpetanos: las alianzas se establecerían en niveles más locales, a través de los modelos de organización que hemos visto que estructuran este tipo de sociedades. De nuevo, etnónimos utilizados por los romanos disfrazan una realidad social mucho más compleja y variada y, desde ese punto de vista las referencias ocasionales a habitantes de ciudades nos parecen más adecuadas al grado de organización política que hemos estudiado.

De este modo, las alianzas entre vetones, oretanos, olcades, etc. no serían confederaciones entre pueblos, sino redes sociales formadas por comunidades cercanas que, en algunos casos, podrían pertenecer a "etnias" diferentes. En este sentido, y teniendo en cuenta el número apreciable de verracos y otras evidencias de influencia vetona en las cercanías de Toledo, que los vetones socorran esta ciudad en dos ocasiones podría explicarse como reflejo de las alianzas entre Toledo y las zonas limítrofes, muy influidas por la cultura vetona, en vez de plantear un apoyo vetón genérico, mal definido y poco probable. Algo similar podría ocurrir con oretanos y olcades, cuyos límites interactuarían con la región de La Mancha toledana, o con los celtíberos que auxilian Contrebia. Casi siempre se produce un elemento de proximidad geográfica que apunta a que lo que se han interpretado como ejército panmeseteños no son sino la activación de alianzas ya existentes entre linajes y poblados cercanos. De la propuesta de Sánchez – Moreno habría que retirar, en nuestra opinión, la variable étnica como eje de las alianzas y reducir la escala y el significado de éstas, que no serían de nivel interregional sino de tamaño más reducido.

La otra pista que nos ofrecen las fuentes clásicas que hablan de la conquista es la que se refiere a las ciudades que componen la Carpetania, cuya localización e identificación con asentamientos o localidades actuales sigue siendo una de las líneas de trabajo (Gómez, J. M. 2002; Montero, J. 1990, 2002; Solana, J. M. 1995) que, en el caso de nuestra región, no ha dado buenos resultados. En este sentido, es muy interesante la distinción entre las ciudades listadas por autores durante la conquista romana o tras la misma que hacen Dionisio Urbina (1998a: 196-8) o María Pilar González-Conde (1992: 306). Esta última autora hace referencia a tan sólo siete ciudades – *Alce*, *Caraca*, *Complutum*, *Consabura*, *Dipo*, *Toletum* y *Contrebia Carbica* – durante el proceso de conquista, número que crece exponencialmente tras la misma aunque listados como los de Tolomeo parecen describir itinerarios antes que territorios (Urbina, D. 1998a: 196-199). En nuestra opinión, es significativo que los habitantes de estas poblaciones – y no los carpetanos en general – sean los protagonistas de los episodios bélicos en la región, y que las principales referencias geográficas se centran en asentamientos concretos que serían los verdaderos organizadores del territorio (Urbina, D. 1998a: 192, 208).

Aunque descritos brevemente, todos los datos presentados arriba apuntan a una ausencia de unidad en el territorio del valle medio del Tajo, cuya organización política parece haber girado en torno a poblaciones concretas y a las alianzas establecidas en ellas. Esta organización es coherente con el registro arqueológico y también con la propuesta de Dionisio Urbina de la Carpetania como constructo romano que esconde una diversidad política e identitaria mucho mayor. Dentro del valle medio del Tajo pudieron existir identidades étnicas, pero éstas no correspondieron al territorio conocido como Carpetania, que debería entenderse como un

término geográfico durante la conquista romana y como un término administrativo-territorial tras la misma.

6.5.3. Señas de identidad: cultura material y etnicidad en la Carpetania

Como hemos dicho más arriba, el valle medio del Tajo no ha sido prolijo en "fósiles-guía" sobre los que construir una imagen historicista del pueblo carpetano. Tan sólo la cerámica jaspeada fue reconocida así, mientras que la mayoría de objetos han sido valorados como procedentes de otras zonas y por tanto responsables de supuestas influencias más o menos explícitas sobre las poblaciones locales. El objetivo de este apartado es analizar estos objetos para tratar de valorar su representatividad y si realmente pudieron constituir indicadores étnicos o no.

Cerámica jaspeada

La asunción de la cerámica jaspeada como característica de la etnia carpetana nunca tuvo una definición explícita: es más bien un ejemplo de asimilación progresiva y acrítica de una descripción de un objeto al que posteriormente se va dando un significado diferente al inicial. Este tipo de cerámica, denominada así por tener un tipo de engobe aplicado de forma irregular, que otorga a la pieza un aspecto de jaspeado como el de la madera fue descrito por primera vez por Emeterio Cuadrado en una visita de la AEAA al castro carpetano de Yeles (1971), y de forma paulatina y conforme se seguían descubriendo más piezas este término se fue afianzando hasta que se acabó convirtiendo en uno de los fósiles directores de los carpetanos (Prados, L. *et al.* 1990: 58; Valiente, S. y Balsameda, L. J. 1983a: 594, 1983b: 141). Actualmente la mayoría de autores la considera como característica del área carpetana, aunque en general no se hace demasiado hincapié en sus posibles connotaciones étnicas. De hecho, Dionisio Urbina ha llegado a plantear que este tipo de cerámica sería simplemente un engobe mal aplicado, debido a la escasa pericia de los alfareros de la región que estarían aprendiendo las técnicas decorativas características del mundo ibérico (1997: 536). Ya hemos rechazado más arriba esta propuesta al valorar que las cerámicas jaspeadas aparecen hasta el siglo III a.C. en los yacimientos del valle medio del Tajo junto a otras piezas que sí presentan engobes de calidad. Parece poco probable por tanto que en dos siglos los alfareros no hubieran aprendido a realizar engobes uniformes en sus piezas.

Aunque faltan trabajos específicos sobre este tipo de cerámicas, sí que hay algunos datos objetivos que pueden aceptarse y que pueden llevarnos a valorar adecuadamente este tipo de decoración y sus connotaciones sociales y culturales. La primera de ellas es que constituye el único objeto específico de la cultura material del valle medio del Tajo, de desarrollo autóctono y que no recoge las influencias de zonas limítrofes. Su dispersión (fig. 6.53) es bastante uniforme en la zona central de la región, especialmente en el eje Henares – Jarama – Tajo y en torno a la Mesa de Ocaña (área 1), mientras que en la zona del sudeste (área 2) la cerámica es menos abundante aunque esto puede ser debido simplemente al menor número de yacimientos excavados. Tampoco debe sorprender el gran número de yacimientos en los que no se documenta cerámica jaspeada: la mayoría de estos yacimientos han sido identificados a partir de prospecciones, en una época en la que no se conocían apenas las características de la cultura material de la Segunda Edad del Hierro y mucho menos las cerámicas jaspeadas. El resultado es que probablemente muchos más asentamientos presentan este tipo de cerámicas. Prospecciones realizadas en años posteriores, como la de la Mesa de Ocaña, muestran cómo

este tipo de cerámicas aparecen de manera recurrente en casi todos los yacimientos. Asimismo, la cerámica jaspeada ha aparecido en prácticamente todos los yacimientos excavados. La zona del Sudeste presenta características similares, y en realidad lo esperable es que conforme avancen las investigaciones es que las áreas 1 y 2 se unifiquen. Así pues, la dispersión que muestra la figura 6.53 debe considerarse simplemente orientativa.

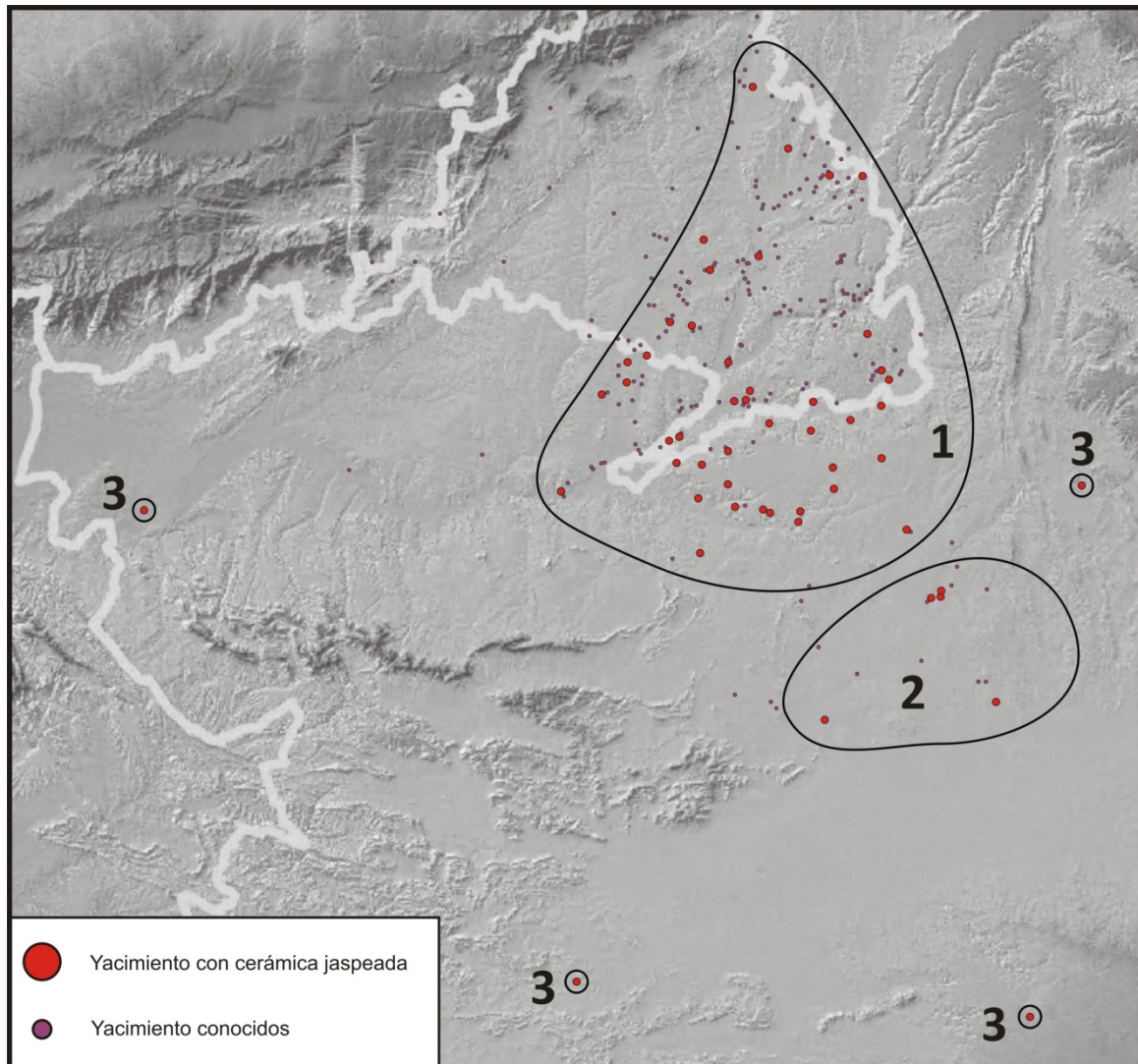


Figura 6.53: dispersión de cerámica jaspeada en el valle medio del Tajo. 1 área con mayor concentración de materiales. 2 zona del Sudeste del valle. 3 hallazgos aislados

Más dudas presentan otras zonas donde apenas se han desarrollado investigaciones, especialmente los valles del Guadarrama, del Alberche y el tramo del Tajo que discurre entre Toledo y Talavera de la Reina. Las noticias del Cerro del Torrejón en Malpica de Tajo (García, T. y Gutiérrez, M. N. 1992), uno de los pocos en los que se describen los materiales, hacen referencia a engobes de diferentes colores, pero no a cerámica jaspeada, por lo que no podemos confirmar su presencia. Aunque han sido detectadas cerámicas jaspeadas en zonas relativamente lejanas a las que evidentemente llegaron a través de intercambios, en general puede decirse que este tipo de cerámicas no tuvieron una demanda significativa fuera del valle medio del Tajo, en parte por otra de sus características: el jaspeado aparece aplicado sobre soportes muy comunes, generalmente piezas de tamaño y calidad medias dedicadas al almacenamiento de objetos (fig. 6.54): tinajas y tinajillas de formas ovoides o globulares, caliciformes de gran tamaño, toneletes,

etc. Generalmente no aparecen en piezas dedicadas al consumo de alimentos, como copas, cuencos o platos, y tampoco en las grandes *dolia* característicos de los siglos IV-III a.C.

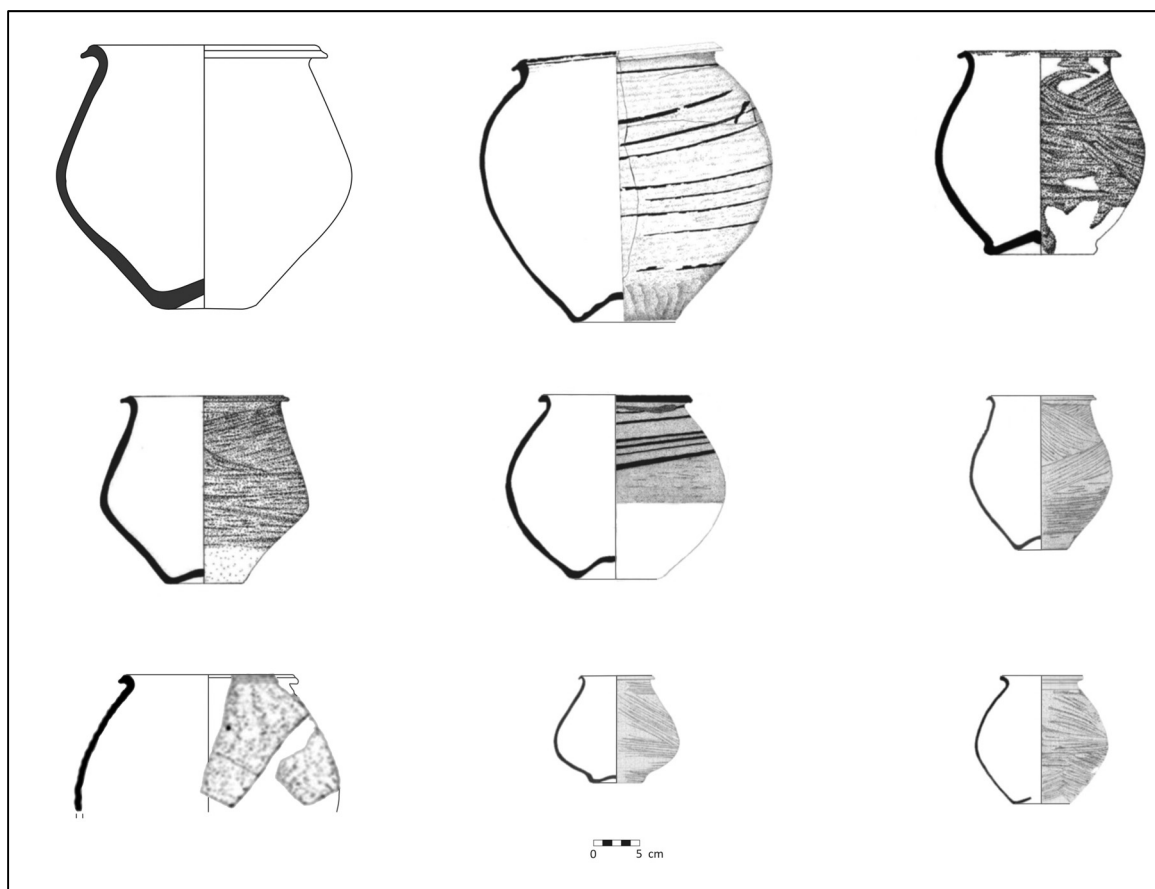


Figura 6.54: cerámicas con decoración jaspeada del valle medio del Tajo

En nuestra opinión, este dato tiene implicaciones importantes, porque descarta el uso de esta cerámica como objeto de prestigio y que su aparición y expansión se deba a su utilización dentro de los procesos de competición social observados en el valle medio del Tajo. Por otra parte, su amplia difusión hace pensar que este objeto fue aceptado de forma generalizada a lo largo del tiempo, y fue un tipo de decoración muy común en los siglos IV – III a.C. Aunque no contamos con muchos datos estadísticos, a partir del siglo IV a.C. en Palomar de Pintado esta cerámica aparece en el 30% de las tumbas documentadas, en La Alberquilla el 70% de las cerámicas fabricadas en el horno presentan decoración jaspeada o a bandas (Gutiérrez, E. *et al.* 2007: 309). Su porcentaje va decreciendo con el tiempo: a finales del siglo III a.C. aparece tan sólo en un 16% de las tumbas de Palomar de Pintado, y en esos mismos momentos el porcentaje baja a porcentajes entre el 8 y el 11% en el Cerro del Gollino, dependiendo del sector excavado (Santos, J. A. *et al.* 1998: 58). Las producciones desaparecen, al parecer de manera bastante abrupta, en el siglo II a.C.: las piezas documentadas en yacimientos tardíos como el Llano de la Horca o Cerro de la Gavia son testimoniales (Baquedado, E. *et al.* 2007: 385; Urbina, D. *et al.* 2005a: 180) o están completamente ausentes, como ocurre en Dehesa de la Oliva (Strato 2008: 91).

Éste es el tercer punto de interés: la pervivencia cronológica de este tipo de decoración. Como hemos dicho en el capítulo anterior, las cerámicas jaspeadas aparecen poco después de la introducción de la tecnología del torno en el valle medio del Tajo, en la segunda mitad del siglo V a.C., y como acabamos de decir parecen desaparecer con la conquista romana en el siglo II a.C. Aparecen por tanto, solas o combinadas con decoraciones de tipo ibérico, durante toda la Segunda Edad del Hierro antes de la injerencia de potencias extranjeras, desapareciendo conforme se acentúa el control romano sobre la región. Asimismo, resulta interesante que la presencia de este tipo de cerámicas sea independiente de las diferencias en los asentamientos, su cercanía o no a otras áreas limítrofes o la complejidad social de las comunidades. Este tipo de cerámicas se documentan tanto en las áreas centrales del Tajo como en el área del sudeste, ambos con diferentes modelos de organización social.

¿Fue la cerámica jaspeada una forma de expresión de la identidad étnica de los habitantes del valle medio del Tajo? Es casi imposible contestar con seguridad a esta pregunta, pero algunos datos de los expuestos aquí nos hacen pensar que pudo servir como elemento de construcción de cierta identidad común dentro de las poblaciones de la región. La clave reside, en nuestra opinión, en que se trata de una decoración realizada sobre piezas de uso muy común, y que por tanto, se encuentra distribuida de manera muy uniforme en el territorio y en la población. No es un objeto de prestigio, ni sirve para acumular capital social a través de su posesión, sino que está inserta dentro de la vida cotidiana de las comunidades, precisamente dentro del contexto en que se construyen, en el nivel más inconsciente, las identidades. La escasa difusión de las cerámicas con decoración jaspeada fuera del valle del medio del Tajo es a la vez lógica y significativa: lógica porque se trata de cerámicas comunes con escaso valor añadido, significativa porque el valor de estas piezas reside, precisamente, en otro tipo de significados culturales. Rechazada la opción de que se trate de un engobe de mala calidad, la existencia a lo largo de dos siglos y medio de historia de estas cerámicas sólo puede explicarse, en nuestra opinión, porque tuvieran un significado diferente, asociado en este caso a la identificación con una comunidad que comparte – entre otros – elementos similares de la cultura material.

Es evidente que estos elementos compartidos que pueden constituir indicios de etnicidad debieron ser más numerosos: formas de vestir y de peinarse, de preparar la comida o de celebrar festividades, expresiones de religiosidad, etc. En su mayor son parte expresiones de la vida cotidiana que sirven para expresar la pertenencia a un grupo, y que utilizan la cultura material para reproducir prácticas sociales a través del concepto de *habitus* (Jones, S. 1997: 120). En nuestra opinión, la decoración jaspeada pudo cumplir parte del papel de autoafirmación y de reconocimiento de una identidad común consolidado a través de las prácticas cotidianas.

Con esto no pretendemos afirmar que la decoración jaspeada fuera un marcador étnico, mucho menos un fósil guía asociado a una supuesta etnia carpetana. Pero sí parece un indicio de que hubo al menos algún sentimiento de identificación cultural entre las poblaciones de la región, de la que este tipo de decoración sería una expresión material. Esto es hasta cierto punto lógico, pues comunidades vecinas y con características sociales y económicas idénticas presentarán bastantes similitudes en su cultura material. Con todo, este sentimiento de identificación entre grupos que superan el nivel de la comunidad no parece haber sido predominante frente a otro tipo de vinculaciones como el grupo de parentesco o la comunidad y de hecho la disminución de

cerámicas jaspeadas conforme avanza la Segunda Edad del Hierro correría paralela al aumento de tensiones sociales entre estos grupos.

Verracos: definir por exclusión

No todos los indicadores de etnicidad son positivos, es decir, a veces la inexistencia de un determinado objeto muy característico en un área limítrofe a la estudiada puede proporcionar una "imagen en negativo" de la zona estudiada (Fernández, M. A. 2008: 130). En nuestro área contamos con un ejemplo muy claro: el de los verracos, considerados como característicos del área vetona y que aparecen de manera relativamente frecuente en el área occidental del valle medio del Tajo. La presencia de estas esculturas ha sido utilizada tradicionalmente (Blasco, M. C. y Sánchez, E. 1999; González - Conde, M. P. 1986) para delimitar el límite occidental entre las etnias vetona y carpetana y que se ha venido situando en los alrededores de *Caesaróbriga* desde el trabajo pionero de González-Conde (1986: 91). Con el tiempo, sin embargo, la situación ha ido matizándose y complicándose, puesto que desde ese trabajo el número de verracos al este de esa línea ha crecido de manera continua, hasta el punto que desde el único ejemplar conocido en 1986 en Totanés – explicado como un hallazgo casual sin relación alguna con los carpetanos (González - Conde, M. P. 1986: 89) – se ha pasó a cinco en 1999 (Blasco, M. C. y Sánchez, E. 1999: 135). Actualmente hay localizados media docena, del total de treinta y tres conocidos para esta provincia, con otros tres dudosos que no han sido incluidos en el inventario de Cristina Charro, el más actualizado (2008b: 57).

Es evidente que esta presencia de verracos modifica la interpretación de la supuesta frontera entre ambas etnias y requiere algún tipo de explicación, tanto más cuando algunas de estas estructuras se encuentran a menos de treinta kilómetros de uno de los principales asentamientos carpetanos como es Toledo. En el caso del trabajo de M^a. C. Blasco, la interpretación es que, aunque los verracos constituyen un elemento característico de la cultura vetona no es exclusivo de esta cultura, y como tales aparecen en regiones de otros pueblos como los galaicos o los vacceos (Blasco, M. C. y Sánchez, E. 1999: 140; Álvarez-Sanchís, J. R. y Ruiz, G. 2008: 217). Otras propuestas han explicado esta presencia debido a la permeabilidad de los límites del territorio carpetano producto de su disgregación política (Pereira, J. y Carrobbles, J. 2007: 276; Carrobbles, J. 2007: 182). En cualquier caso, la presencia de este tipo de elementos en el territorio de los supuestos carpetanos no ha hecho replantearse los límites establecidos tradicionalmente, ni han llevado a una reflexión más elaborada de las relaciones entre ambas zonas.

En primer lugar, es necesario plantearse si los verracos constituyen realmente un marcador étnico característico del mundo vetón y qué connotaciones tendrían este tipo de esculturas. En este sentido, las aproximaciones más completas al estudio de la etnicidad de los vetones (Álvarez-Sanchís, J. R. 2003; Álvarez-Sanchís, J. R. y Ruiz, G. 2008; Ruiz, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. 2002) coinciden en considerar este tipo de esculturas, junto a las cerámicas con decoración a peine, como indicadores étnicos de este grupo (Ruiz, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. 2002) con gran número de funciones tanto económicas (control de zonas de pastos) como sociales, contribuyendo a la construcción de la memoria colectiva de estos grupos (Álvarez-Sanchís, J. R. y Ruiz, G. 2008: 228). Aunque la asociación a zonas de pastos de valor crítico ha sido cuestionada recientemente, al menos para el área de Toledo (Charro, C. 2008a: 338-339, 2008b), no se pone

en duda que este tipo de esculturas constituyen un rasgo esencialmente vetón. Asumiendo por tanto esta asociación verraco – etnicidad vetona, ¿qué conclusiones pueden extraerse de la aparición de este tipo de objetos en el área de la Carpetania?

El análisis de la distribución de los verracos en la supuesta zona de contacto entre vetones y carpetanos sigue, básicamente, la citada propuesta de González-Conde y sitúa los límites del territorio vetón cerca de la actual Talavera de la Reina (Ruiz, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. 2002: 261), al oeste de la cual se concentra la mayor cantidad de verracos, despachando los que se sitúan en la zona oriental como minoritarios. En su interpretación, la concentración de verracos en la parte occidental del valle medio del Tajo pudo deberse a la necesidad de marcar el territorio frente a los carpetanos de manera más contundente (Ruiz, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. 2002: 11). Esta interpretación necesitaría algunos matices. El primero de ellos, al que hemos hecho referencia en nuestro análisis de las fuentes clásicas, es que de éstas se desprende que no parece haber carpetanos en sentido étnico, por lo que las relaciones entre vetones y las comunidades – que evidentemente existieron – con las que interactuaron en esa zona debe plantearse desde otro tipo de presupuestos, no estrictamente desde la asunción de las etnias descritas en los textos clásicos, y desde luego no desde la necesidad de marcar el territorio frente a otro grupo bien definido. El segundo matiz es que el número de evidencias que hacen referencia a una relación más intensa entre ambas zonas sigue creciendo, no sólo en número de verracos sino en otro tipo de documentos como epígrafes con alusiones a deidades características del área vetona (Carrobes, J. 2007: 182). Y sigue sin darse una interpretación a este tipo de interacciones y a las evidencias que proporcionan en el registro arqueológico.

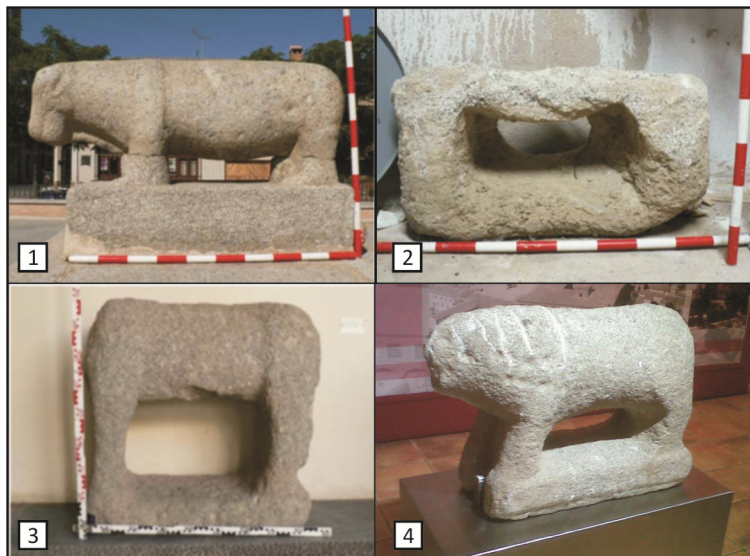


Figura 6.55: verracos en el entorno de Toledo. 1-2 Totanés. 3-4 La Puebla de Montalbán. A partir de (Charro, C. 2008b)

En este caso, consideramos que la presencia de verracos en zonas del interior de Toledo no obedece tanto a la presencia de grupos de vetones en territorio carpetano, sino que sería el reflejo de la falta de cohesión de ese territorio y de la permeabilidad a la entrada de influencias culturales procedentes de la región occidental, de la asimilación de ideas por parte de las comunidades de la zona y de la creación de alianzas entre grupos de parentesco y

comunidades independientemente de su supuesto origen étnico. Sería un caso similar al estudiado para el sudeste, donde se aprecia claramente el impacto de las relaciones de las comunidades del valle con las poblaciones situadas en Cuenca.

Asimismo, nos parece interesante que la mayoría de verracos fuera del área estrictamente vetona se localicen en las cercanías de los Montes de Toledo, una zona que geológicamente es

parecida a la mitad occidental del valle medio del Tajo y que presenta unas características geográficas y ambientales muy diferentes a las del interior del valle. Aunque algunos de los verracos se encuentran muy cerca de Toledo, lo hacen dentro del denominado zócalo granítico, que abarca todas las estribaciones de los Montes de Toledo. Las características de un contexto geográfico similar marcaría unas pautas comunes respecto de la explotación del medio ambiente y de la adaptación al entorno que podrían haber facilitado la introducción de ideologías – y sus correspondientes símbolos – en el territorio sur del valle, a través de redes de alianzas, de acuerdos para garantizar el uso de recursos comunes o de desplazamientos de personas, objetos o animales. Por desgracia, carecemos de información suficiente acerca del poblamiento en esa zona, sobre todo en la mitad oriental de los Montes de Toledo, pero nos parece muy significativo que cuando Toledo es atacada en el 193 a.C. entre los pueblos que acuden en su ayuda se cuentan vetones (Urbina, D. 1997: 73).

En nuestra opinión, por tanto, la presencia de verracos en el territorio del valle medio del Tajo apunta, precisamente, a la inexistencia de una única entidad étnica carpetana, que como hemos dicho sería una mera definición geográfica y que escondería una gran riqueza de situaciones sociopolíticas. Si como dice G. Ruiz (2009: 19) la expresión de la etnicidad podría verse acentuada por la competición entre diferentes grupos, no parece que las comunidades situadas al occidente de Toledo – pese a la escasa información de que disponemos – se sintieran amenazadas por la llegada de influencias foráneas, hasta el punto de que algunos verracos se sitúan a unos 10 km de Toledo, uno de los principales asentamientos "carpetanos". Por el contrario, entre los vetones, cuya etnicidad parece perfectamente definida, se articulan fronteras muy claras que frente a las posibles influencias provenientes del valle medio del Tajo. La zona al sur del Tajo correspondiente a los Montes de Toledo parece presentar evidencias no tanto de una presión étnica vetona sino de fuertes interacciones culturales y las alianzas económicas y políticas entre vetones y las comunidades que habitaban la región, de las que por el momento apenas disponemos de información.

6.5.4. Ecos del pasado: pervivencias del mundo indígena en la Carpetania romana

El estudio de la epigrafía como mecanismo para detectar la pervivencia de identidades y creencias indígenas bajo la superestructura cultural romana es una línea de trabajo escasamente abordada en la Carpetania, hasta el punto que tan sólo María Pilar González-Conde ha realizado una aproximación amplia a estos datos (González - Conde, M. P. 1986, 1987), que aunque concentrada en los procesos de romanización de las ciudades de *Toletum*, *Consabura* y *Complutum* recoge abundante información sobre otros epígrafes de la región, mientras que el trabajo de Knapp (1992) completa la información sobre la provincia de Madrid. No pretendemos abordar de manera exhaustiva una materia que no dominamos, de manera que vamos a presentar los datos más relevantes extraídos de estos trabajos y de otras aportaciones más concretas.

Aunque el número de epígrafes en la región es relativamente escaso, existe un número apreciable de referencias a gentilidades indígenas todavía en el siglo I d.C. (González - Conde, M. P. 1987: 139). En el caso de Toledo, se han documentado hasta siete de estas gentilidades (1987: 70-71), y tres en el entorno de *Complutum* (1987: 123) a las que se unen las inscripciones localizadas fuera del entorno de los municipios, bastante abundantes aunque no parece sin

embargo que haya existido una mayor resistencia al cambio en las áreas rurales respecto de las urbanas (1987: 140). En la figura 6.56 se han reproducido las gentilidades localizadas a través de los trabajos de González-Conde (1987), Knapp (1992) y Albertos (1975). La distribución de estas gentilidades muestra una situación interesante: la gran mayoría se localiza bien en la zona oeste cerca del Sistema Central en torno al cauce del río Guadarrama (Albertos, M. L. 1975: 9), bien en la zona cercana a los Montes de Toledo donde se sitúan los verracos considerados dentro del territorio "carpetano". En general y salvo algunas excepciones, parece que gran parte de las gentilidades aparecen en zonas con interacción con el mundo vetón, asociación que es muy clara en algunas gentilidades aparecen a al otro lado del Sistema Central. Es el caso de *Aelariq(um)*, con paralelos en Ávila y probablemente en Duratón (Knapp, R. C. 1992: 160) o de *Malugeniq(um)*, lingüísticamente vinculada a la Lusitania y a Ávila (Knapp, R. C. 1992: 184). Por el contrario, un análisis de otras zonas de contacto no muestra estas relaciones: las gentilidades de la provincia de Guadalajara se localizan en el área de Sigüenza, en pleno territorio celtíbero, mientras que en Cuenca se sitúan en torno a la ciudad de Segóbriga, dentro de ese mismo contexto (Albertos, M. L. 1975: 15-16). Hacia el sur, el río Tajo parece ser el límite de la extensión de las gentilidades a excepción de casos aislados, marcando una dispersión de este tipo de estructuras sociales que abarca aproximadamente el cuadrante NO de la Península ibérica (Albertos, M. L. 1975: 10).

Parece claro que la pervivencia de gentilidades corresponde al eco lejano de las familias y redes de alianzas establecidas en época prerromana, ahora reducidas a simples nombres de filiación. Frente al número relativamente alto de éstas, la vinculación a la ciudad parece haber sido menos importante: hay apenas cinco inscripciones de individuos que se reconozcan como toledanos o siete consaburenses, frente al mucho más numeroso grupo que se refiere a sí mismos como pertenecientes a una tribu o gentilidad concreta – romana o indígena. Es probable que el prestigio que daba la pertenencia a una tribu romana pesara a la hora de elegir la inscripción del epígrafe, pero podría ser también un indicio de que la adscripción a una población concreta pesaba menos que la pertenencia a una gentilidad. En este sentido, hay que tener en cuenta que varias de las ciudades recogidas por los autores que relatan la conquista de la región desaparecen en relaciones posteriores, como la de Tolomeo.

Asimismo, es curioso que no se hayan documentado relaciones entre las tres ciudades que en teoría habían pertenecido a la misma etnia carpetana: los epígrafes con la denominación de toledanos aparecen generalmente en la región cercana a esta ciudad – a excepción de dos localizados en Tritio (Logroño) y Tarragona, explicados por la pertenencia al ejército de sus propietarios (González - Conde, M. P. 1987: 75) –, mientras que *Complutum*, ciudad que recibe una fuerte emigración en el siglo I d.C. presenta un gran número de inmigrantes procedentes de la Meseta norte (González - Conde, M. P. 1987: 107), sin que haya datos que la relacionen con otras ciudades situadas más al sur y teóricamente dentro de su órbita indígena previa. Es decir, parece como si ni siquiera con la mejora de las comunicaciones que supuso la conquista romana aumentaron las relaciones entre ciudades que supuestamente habían mantenido una identidad común previa, lo que es un inicio claro de que esta supuesta identidad no había existido en periodo prerromano. Como concluye González-Conde, "*No se aprecian lazos de unión comunes a todo el territorio carpetano, que permitan dar un sentido más amplio que el puramente geográfico al término (...). Desde ningún aspecto (social, económico, religioso, político) Carpetania constituye, en época romana, un conjunto homogéneo (...)*" (1987: 145) De hecho, no

hay una sola referencia a los términos Carpetania o carpetanos en el corpus epigráfico de la región.

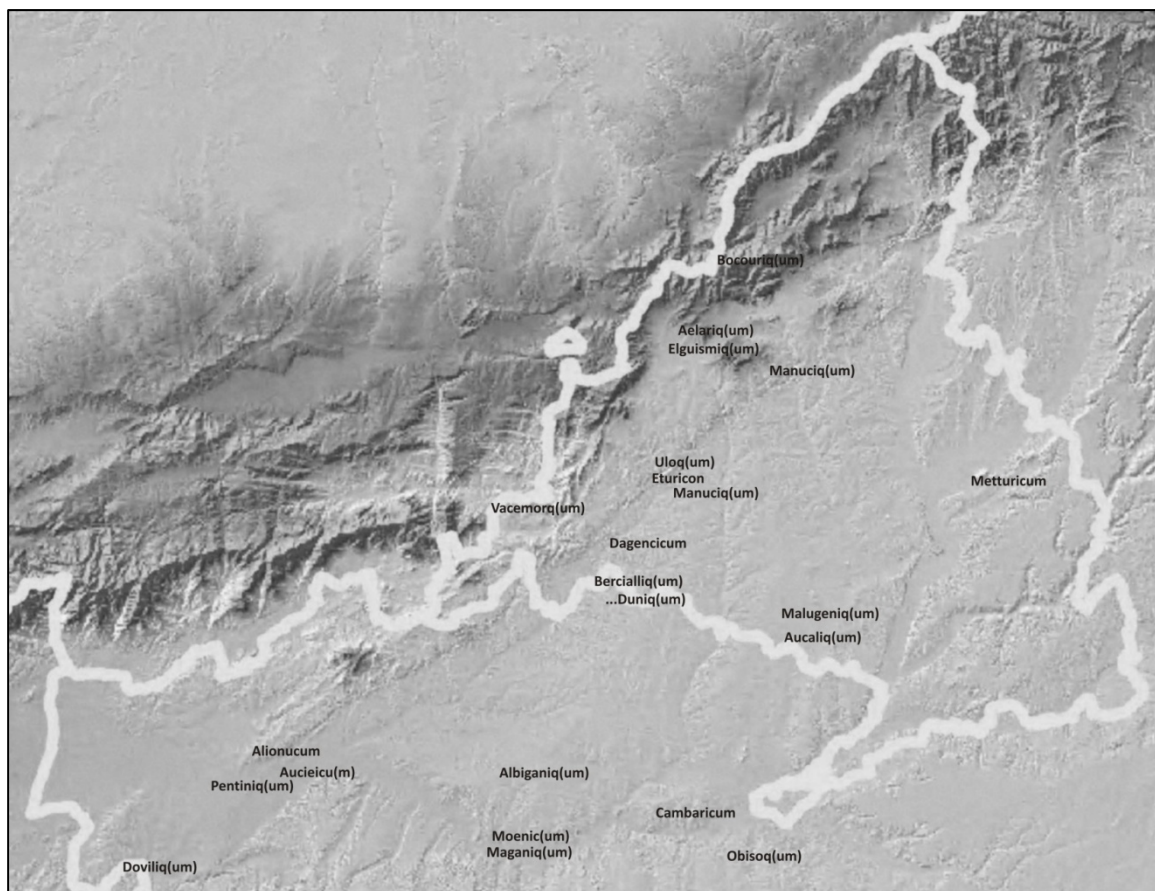


Figura 6.56: distribución de gentilidades indígenas en el valle medio del Tajo. A partir de (Albertos, M. L. 1975, 1983) y (Knapp, R. C. 1992)

Tampoco la onomástica personal nos proporciona muchas pistas. Los trabajos de María L. Albertos han demostrado que muchos de los nombres indígenas aparecen tanto en la zona vetona como en el supuesto área de influencia carpetana, por lo que es muy difícil establecer una línea clara para esta zona (Albertos, M. L. 1983: 869), si bien es cierto que un repaso de la onomástica indígena de la región de Talavera de la Reina muestra de manera recurrente la relación de estos nombres con las zonas lusitana y vetona (Luján, E. R. 1991) y que la inmensa mayoría de nombres de individuos recopilados en la obra de Knapp (1992) muestran esta misma relación con la región de Ávila o de Talavera de la Reina. Albertos (1975: 52) ha interpretado esta distribución como el reflejo de las zonas más montañosas como más refractarias a los cambios. Aunque su teoría se apoya en la entonces omnipresente teoría de la invasión indoeuropea, completamente descartada, hay un hecho innegable y es la asociación recurrente de las gentilidades a las zonas de piedemonte, tanto en los Montes de Toledo como en la vertiente sur del Sistema Central. En nuestra opinión, esta situación tendría que ver con aspectos sociales, económicos y medioambientales compartidos por las poblaciones situadas en contextos geográficos similares, y llama la atención sobre cuál fue la dirección prioritaria de las relaciones de la zona más oriental de la Carpetania. Que las mayores pervivencias de gentilidades y nombres personales se den en el área de interacción con el mundo vetón indicaría una mayor

resistencia cultural en esta zona a la romanización, debida a una mayor cohesión interna que el área carpetana.

Esta falta de cohesión se reafirma si comparamos algunas evidencias epigráficas disponibles para el mundo vetón. La primera de ellas es la existencia de unidades militares vetonas combatiendo como auxiliares en el ejército romano denominadas con ese etnónimo (González - Conde, M. P. 1986: 89-90), lo que implica el reconocimiento de cierto tipo de identidad étnica para este grupo. No hay nada parecido en el caso de los carpetanos, según González-Conde por la mala preparación militar de éstos (1986: 90) pero que teniendo en cuenta el relativamente alto número de epígrafes de soldados procedentes de municipios de la zona que se alistan en el ejército regular, esta falta de unidades carpetanas parece obedecer más bien responde en nuestra opinión a que no existía una etnia similar a la vetona en el valle medio del Tajo.

La segunda evidencia corresponde al ámbito religioso y diferencia también ambas zonas. En la zona vetona cercana a Talavera de la reina se documenta una fuerte actividad de culto a divinidades indígenas como *Togotus*, *Ataecina* o *Aricon* documentadas en otras zonas del territorio vetón, mientras que en el área carpetana sólo se ha documentado una inscripción de este tipo dedicada en Sonseca, (González-Conde, M. P. 1986: 90) cerca del área de concentración de los verracos localizados alrededor de Toledo, con los que podría estar relacionada. Por el contrario, en el valle medio del Tajo se rinde culto a dioses romanos y, sobre todo a algunas deidades como las Ninfas, Tutela o Marte que en realidad escondían figuras de dioses indígenas (Knapp, R. C. 1992: 111) y que fueron rápidamente asimiladas por los pueblos prerromanos (González - Conde, M. P. 1987: 142). Significativamente, muchos de estos dioses, especialmente Tutela y o Fortuna se consideran diosas protectoras de las *gens* (Blázquez, J. M. 1983: 295-6). También es interesante que la inscripción con nombre indígena localizada en Sonseca – *Bandua Ituesi* – corresponda también a una diosa protectora de las gentilidades (Blázquez, J. M. 1983: 295), pero en este caso no se ha producido la asimilación a un nombre romano, remarcando de nuevo el peso de las reminiscencias indígenas y de la organización gentilicia en la zona cercana al mundo vetón.

En cuanto a la numismática, la discusión podría plantearse en dos direcciones: desde la perspectiva de las pervivencias de estructuras sociales indígenas perceptibles en las monedas y desde las posibles relaciones entre las cecas que acuñaron emisiones. Por desgracia, las cecas en territorio carpetano no se caracterizaron ni por el gran número de emisiones ni por la cantidad de numerario que pusieron en circulación. Tan sólo se han documentado emisiones de tres cecas localizadas en el valle medio del Tajo (Toledo, Contrebia Cárbitica y Complutum, fig. 6.57), aunque en este último caso no está confirmada la asociación entre *Ikesankom/ Kombouto* y la actual Alcalá de Henares (García-Bellido, M. P. y Blázquez, C. 2001: 175; Roma, A. 1996: 11). Las tres cecas emiten en época republicana y comparten la simbología del jinete lancero característica de las acuñaciones de la Hispania Citerior, aunque por lo demás tienen pocas características en común. La ceca de Contrebia Cárbitica, ciudad identificada con el yacimiento de Fosos de Bayona, es la que presenta un mayor número de emisiones (hasta cinco) datadas entre el 133 y el 72 a.C. hasta que la emisión de moneda se traslada a la vecina Segóbriga. Es una ceca con fuertes conexiones iconográficas y metrológicas con el mundo celtibérico, y el nombre de la ciudad aparece en alfabeto ibérico. Sus emisiones son muy similares a las de Clunia (García-Bellido, M. P. y Blázquez, C. 2001: 257).

Por el contrario, la ceca de Toledo presenta tan sólo tres emisiones, dos de ellas republicanas y otra de época de Augusto. La primera de ellas se data en la primera mitad del siglo I a.C. y mantiene un patrón ibérico y no celtibérico como Contrebia, mientras que la segunda corresponde a la época pompeyana y probablemente esté relacionada con la formación de clientelas tras estas guerras que provocaron una eclosión de miembros de la tribu pompeyana claramente apreciable en la epigrafía de la región en torno a Toledo (González-Conde, M. P. 1987: 68). Cronológicamente, esta segunda emisión se dataría entre 49 y 46 a.C. Contrariamente a las emisiones de Contrebia Carbica, la ceca de Toledo acuña su nombre en latín, carece de elementos iconográficos celtíberos y sin embargo presenta la fórmula *ex senatus consulto* que haría referencia a la existencia de magistrados municipales en época temprana (García-Bellido, M. P. y Blázquez, C. 2001: 369).



Figura 6.57: numismática del valle medio del Tajo. 1-3 ceca de *Toletum*. 4-5 ceca de *Konterbia Karbika*, 6 ceca de *Ikesankom/ Kombouto*. A partir de (García-Bellido, M. P. y Blázquez, C. 2001)

Finalmente, la ceca menos clara es la de *Ikesankom/ Kombouto*, asimilada generalmente a *Complutum* por la similitud del nombre indígena al latino, aunque se han propuesto otras interpretaciones (García-Bellido, M. P. y Blázquez, C. 2001: 175; Roma, A. 1996: 11). Aunque es una ceca muy poco conocida, a través del análisis de 28 ejemplares se ha determinado que se utilizó un único cuño y dado que no se aprecia evolución estilística en las monedas, se ha propuesto una única emisión (Roma, A. 1996: 14) que estaría datada en a comienzos del siglo I a.C. (García-Bellido, M. P. y Blázquez, C. 2001: 175). Como en el caso de Contrebia Carbica, la leyenda aparece en alfabeto ibérico. Metrológicamente hablando las acuñaciones presentan

algunos problemas, ya que muestran una fuerte variabilidad aunque podrían definirse dos grupos en torno a 12,20 y 9,50 gr., mientras que la existencia de una única acuñación ha sido interpretada como producto de una acuñación poco controlada y alejada del centro principal de emisiones (Roma, A. 1996: 14).

Dentro de este panorama, como vemos bastante pobre, se pueden extraer dos conclusiones básicas: las cecas de la Carpetania no tienen un comportamiento uniforme ni parecen representar un grupo unitario tal y como ocurre en otras zonas, y por tanto no parece subyacer debajo de la iconografía empleada en cada una de ellas una impresión de identidad común. Más bien al contrario: las cecas de Contrebia Carbica y *Complutum* parecen estar directamente relacionadas con el mundo celtibérico, mientras que Toledo apunta a una situación sin apenas rasgos de indigenismo exceptuando los nombres de algunos de los magistrados que aparecen en las emisiones (García-Bellido, M. P. y Blázquez, C. 2001: 369). La segunda es que no hay en las acuñaciones ninguna característica original del mundo carpetano: toda la simbología – iconografía, leyendas, metrología –corresponde a préstamos procedentes de otros ámbitos culturales.

Este repaso a las evidencias de pervivencias del indígena previo a la conquista romana nos proporciona, pese a su escasez, un marco de reflexión interesante cuyas conclusiones podrían resumirse en tres. La primera de ellas confirma la inexistencia en el valle medio del Tajo de una etnia carpetana que no se ve por ningún lado. Los escasos datos sobre la región se refieren específicamente a las gentilidades, que en nuestra opinión son el reflejo de los grupos de parentesco (sólo en algunos casos serían verdaderos linajes) existentes durante antes de la conquista romana. Por el contrario, consideramos que las escasas ciudades carpetanas que perviven en época romana no constituyen una reminiscencia de las relaciones previas entre asentamientos, caracterizadas por una igualdad bastante notable. En nuestra opinión, la existencia de estas ciudades y el hecho de que sus habitantes sigan denominándose toledanos o consaburenses no implica que ésta adscripción sea equiparable a la identificación previa prerromana. De hecho, el brutal impacto de la reordenación del territorio que supone la conquista romana ha sido frecuentemente obviado (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 119), y el nuevo sistema, completamente jerarquizado que imponen los conquistadores se apoya en ciudades como *Toletum*, *Complutum* o *Consabura* – con estatutos municipales, emisoras de moneda, sujetas a planes urbanísticos complejos – potenciadas para cumplir un papel de controladoras sobre el territorio que nunca tuvieron sus precedentes indígenas. En el caso de *Complutum*, ni siquiera está demostrado que existiera un asentamiento prerromano de entidad en el entorno.

El hecho de que los habitantes se denominaran igual que sus ancestros no oculta que la realidad que subyace bajo esta onomástica es completamente ajena a las estructuras del mundo indígena, mucho más que en el caso de las gentilidades cuya estructura, aun deteriorada, pudo mantenerse gracias a su asimilación a estructuras romanas similares y a su resistencia en el mundo rural. De hecho, coincidimos con González – Conde en que "*el proceso de romanización consiguió agudizar y culminar el fenómeno de desintegración y pérdida de identidad que se había producido entre los Carpetanos antes de la conquista romana en la región*" (1987: 146), con una pequeña salvedad: la romanización destruyó las estructuras previas pero no el sentimiento identitario que simplemente, nunca existió.

Con todo, sí que hay un aspecto en el que las ciudades que perviven hasta época romana pueden ayudarnos a comprender la situación previa: en las relaciones que establecen entre ellas y con su entorno. Ya hemos señalado que cada una de estas ciudades parece mirar a un entorno muy concreto que delimita el área con el que tienen una relación más estrecha: por ejemplo, los emigrantes que llegan a Complutum son mayoritariamente del norte, no de la zona central del valle del Tajo. Del mismo modo, las principales relaciones de Toledo parecen establecerse con la zona de los montes de Toledo y con el ámbito de influencia vetona. Los datos epigráficos parecen corroborarse con la numismática, con *Complutum* y Contrebia Cárbitica dentro del ámbito de influencia celtibérico y Toledo en un contexto totalmente diferente. Esta situación reafirma de nuevo la falta de unidad de la Carpetania, que en época romana siguió siendo un espacio desestructurado. Sin embargo, es probable que estas relaciones preferentes con áreas cercanas sí obedezcan a situaciones establecidas en época prerromana, y por tanto nos permitan completar la información procedente de otros ámbitos como las fuentes clásicas o el registro arqueológico.

Finalmente, consideramos que el análisis de la epigrafía, especialmente de las gentilidades, ha hecho aflorar una evidencia que hasta ahora no había sido muy tenida en cuenta: las fuertes influencias del mundo vetón en amplias zonas del valle medio del Tajo. Estas influencias se aprecian en la concentración de gentilidades y nombres indígenas en el área de contacto con el mundo vetón, especialmente en el Sistema Central, el valle del Alberche, el área en torno a Talavera de la Reina y los Montes de Toledo, con muchos casos de paralelos a ambos lados de la supuesta frontera. En el caso de los Montes de Toledo, la aparición de gentilidades asociadas a los ya citados verracos del área carpetana y otros indicios de tipo religioso y onomástico refuerzan esa idea de influencias vetonas más fuertes de lo estimado habitualmente. La información procedente de las gentilidades es especialmente importante porque la mayoría se sitúan en el área menos conocida arqueológicamente de todo el valle medio del Tajo: las estribaciones del Sistema Central y los valles del Alberche y del Guadarrama, donde los yacimientos conocidos son muy escasos y ninguno ha sido excavado. Volveremos a este tema en las conclusiones, cuando analicemos nuestra propuesta de interpretación del territorio del valle medio del Tajo.

En definitiva, los reflejos del mundo indígena parecen confirmar la impresión de una Carpetania difusa, desde luego sin ninguna unidad étnica, donde la presencia romana desmontó fácilmente una de las dos estructuras sociopolíticas indígenas – los asentamientos – mientras que la otra – los grupos de parentesco – fue más resistente, especialmente en el área limítrofe al mundo vetón, marcando de forma muy clara las diferencias entre un conjunto de comunidades como las vetonas, que parecen haber mantenido una etnicidad común y otras – las que habitaban el valle medio del Tajo – con una estructura sociopolítica probablemente similar pero sin esa cohesión étnica.

6.5.5. Territorios del valle medio del Tajo

A lo largo de los puntos anteriores hemos podido comprobar la ausencia de datos que apunten a la presencia de la etnia carpetana. Durante mucho tiempo, la definición de esta etnia venía acompañada de discusiones más o menos elaboradas acerca del territorio por ella ocupado, ya que etnia y territorio se consideran, junto a otros elementos como la lengua fundamentales en la definición de la etnicidad. Este apartado surge como intento de dar respuesta a dos preguntas: descartada la existencia de una etnia carpetana, ¿existió algún tipo de identidades culturales ocultas bajo la denominación genérica de la Carpetania? y ¿estas identidades pueden tener un reflejo geográfico detectable a partir del registro? Nuestra aproximación parte de tres presupuestos:

1. La Carpetania es un ente artificial, con un sentido estrictamente geográfico y territorial que no puede ser utilizada en el análisis de la realidad del valle medio del Tajo. La inexistencia de una Carpetania "étnica" implica, en primer lugar, que hay que dejar de percibir el valle medio del Tajo prerromano como un "todo" unitario, a menos que tengamos indicios en el registro arqueológico que así lo indiquen. Tampoco tiene sentido "estirar" los límites del área mejor definida hasta que toquen con los de otros grupos mejor conocidos. Asumimos, por tanto, que puede haber zonas de vacío que no podemos explicar.

2. Hay que rechazar la costumbre de utilizar los accidentes geográficos como supuestos límites territoriales. Esta propuesta, utilizada especialmente en el caso del Sistema Central y de los Montes de Toledo para separar los territorios vetón y oretano del territorio carpetano no puede mantenerse, en primer lugar porque como acabamos de defender no existe ese territorio carpetano y por tanto no tienen sentido sus límites. En segundo lugar, por falta de datos (apenas disponemos de información arqueológica de las vertientes "carpetanas" del territorio, por lo que no podemos decir si existen realmente diferencias) que no pueden suplir asunciones sobre límites geográficos. En tercer lugar, por su apriorismo: se asume que los ecosistemas montañosos funcionan como límites, en vez de como áreas en sí mismas. Finalmente, por su actualismo: resulta sospechoso que ambos límites coincidan con la separación territorial entre Castilla y León y Madrid en un caso y entre las provincias de Toledo y Ciudad Real en otro.

3. Se asume la posibilidad de que en el territorio del valle medio del Tajo existan diferentes realidades sociopolíticas y quizá étnicas. Su identificación debería apoyarse en datos arqueológicos, en las aportaciones de los textos clásicos, en las interpretaciones sociales, políticas y económicas y en los procesos históricos que hemos tratado en este trabajo, en algunos condicionantes de tipo geográfico y medioambiental que pueden influir sobre las comunidades que habitaron la región.

Partiendo de estos tres presupuestos, hemos definido cuatro áreas de interés (fig. 6.58) que en nuestra opinión muestran diferencias lo suficientemente significativas como para poder ser individualizadas. No se trata de subdividir la región del Tajo en etnias, áreas culturales, grupos arqueológicos, etc. que sustituyan al término carpetano. Se pretende sentar las bases de una interpretación alternativa a la actual – o mejor dicho, a la ausencia de propuestas – que sirva tanto para sintetizar la información disponible como para abrir futuras líneas de discusión y de trabajo. Las áreas propuestas resumen los datos expuestos en esta tesis, y como es lógico su mejor o menor definición dependen en gran medida del nivel de información disponible. En cada

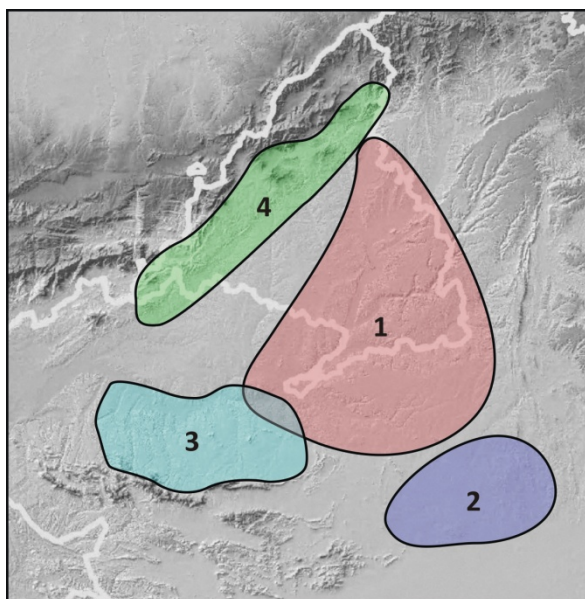


Figura 6.58: áreas de análisis en el valle medio del Tajo

área se van a enumerar de manera breve los datos arqueológicos, epigráficos, históricos, etc. que apoyan la individualización de la zona, así como los principales vacíos en la información y una breve discusión sobre las características del territorio.

El núcleo del valle: el eje Henares – Jarama - Tajo

En el capítulo dedicado a la geografía del valle medio del Tajo propusimos una conceptualización del territorio en ejes frente a la definición de límites basados en accidentes geográficos que tratada de delimitar el espacio. La prioridad no era tanto la necesidad de acotar el valle sino de estructurarlo, y en ese sentido parece evidente que el eje formado por los ríos Henares, Jarama y Tajo y sus diferentes afluentes define un área de gran uniformidad cuyo análisis material e histórico ha sido el eje de nuestra tesis. Sobre éste área se ha construido tradicionalmente la visión arqueológica de la Carpetania, ampliada hacia el sudeste de la región conforme han ido creciendo los yacimientos excavados y en todas las direcciones hasta "chocar" con los límites de otros grupos étnicos.

Y sin embargo, este núcleo "duro" constituye aproximadamente el 40% de la superficie del valle, lo que nos lleva a cuestionarnos, en primer lugar, si sus características son extrapolables al resto de la zona – simplemente, en la periferia de este núcleo no se ha reunido suficiente información – o si precisamente parte de la ausencia de información es debida a que los parámetros en que se desenvuelven otras zonas son diferentes. La opción comúnmente asumida ha sido la primera, pero el rechazo a la concepción de la Carpetania como un ente real y unitario nos hace rechazar *a priori* este punto de partida. Con los datos de que disponemos, consideramos probado que existe una homogeneidad en la cultura material, en los patrones de asentamiento, en la organización sociopolítica y en los procesos históricos en torno a los ríos citados arriba, que comparten un terreno igualmente bien definido. También hemos defendido que estas características no son suficientes como para defender la existencia de una identidad étnica en esa zona – mucho menos en todo el valle medio del Tajo –, y de hecho, otras zonas como el sudeste del valle, con una cultura material muy similar tienen unas características sociales y políticas completamente diferentes.

Con esto no rechazamos que otras zonas como la comarca de Torrijos, el bajo valle del Guadarrama o el cauce del valle del Henares situado en la provincia de Guadalajara estén

incluidas dentro de este territorio, ya que a priori presentan características geográficas muy similares y se disponen sin solución de continuidad junto a las zonas mejor documentadas. Simplemente, carecemos de datos suficientes para afirmarlo o desmentirlo. En las áreas donde no se producen estos vacíos no se aprecian claras diferencias con los grupos limítrofes, algo lógico ya que el tipo de organización social característico de esta zona tiene su plasmación territorial en un *continuum* de alianzas y relaciones que se aprecia en cambios muy progresivos en la cultura material, especialmente en las cabeceras de los ríos Henares o Tajuña en Guadalajara o la continuación de la Mesa de Ocaña hacia Cuenca.

En cuanto a los rasgos estructurales de la región, son aquellos que hemos ido describiendo a lo largo de este trabajo: ejes fluviales como vertebradores del espacio, que actúan como vasos comunicantes de objetos, conocimientos e ideas, llanuras sedimentarias aptas para la agricultura de secano, con escarpes y cerros testigos marcados; comunidades de pequeño tamaño, jerarquización territorial mínima e identidades asentadas en los grupos de parentesco y los poblados antes que en una etnicidad conjunta, aunque como hemos dicho existe una gran homogeneidad interna.

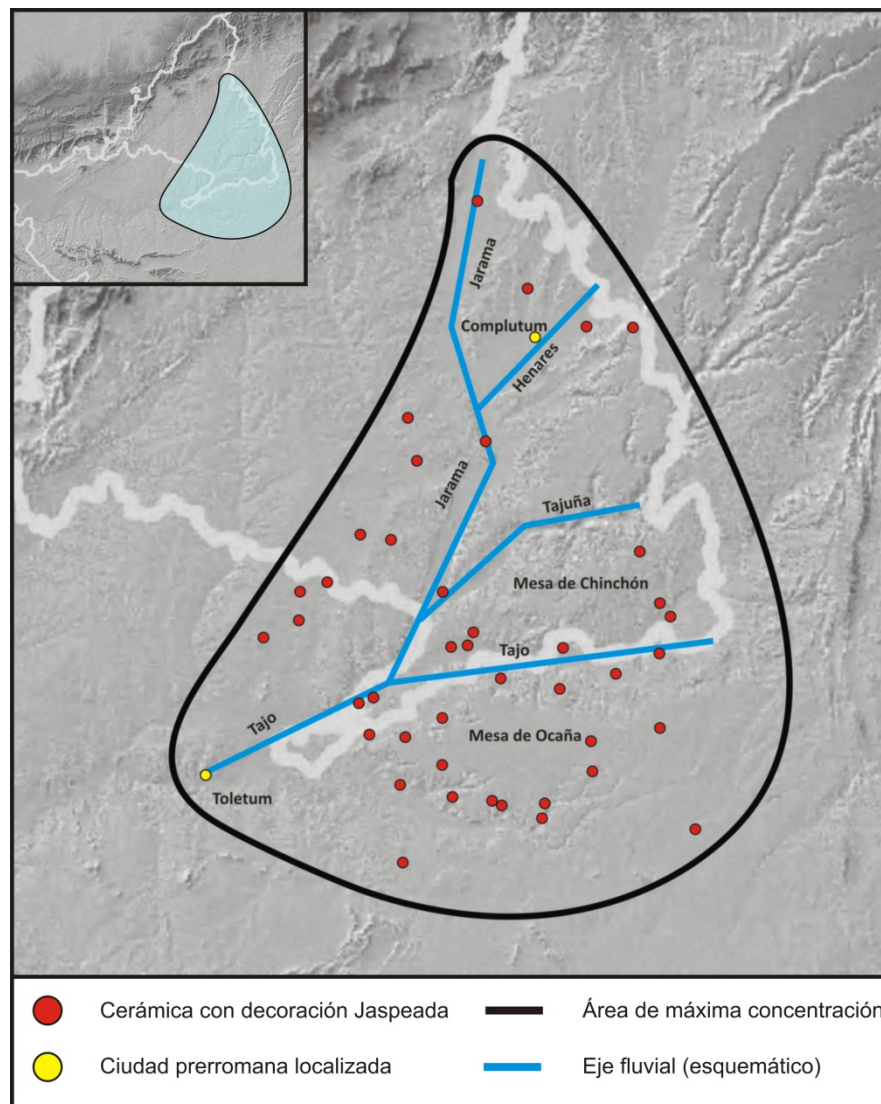


Figura 6.59: estructuración del área nuclear del Tajo

Uno de los rasgos más interesantes es la distribución de los grandes núcleos de población en el área: como puede observarse, las ciudades supuestamente carpetanas se localizan en la periferia del núcleo descrito (y una de ellas, Contrebia Cárlica, se localiza en el valle del Júcar, un contexto geográfico completamente diferente). *Toletum*, la ciudad más nombrada por las fuentes clásicas, se sitúa en un extremo de este territorio, lo que nos lleva a pensar que pudo haber ejercido de

bisagra y punto de contacto entre las áreas 1 y 3, coincidiendo con su denominación como extremo de la Carpetania que le otorga Plinio (III, 25) Por supuesto, son las escasas poblaciones indígenas que perduraron y adquirieron importancia tras la conquista romana, pero su distribución sobre el territorio da que pensar, ya que lo lógico es que los principales núcleos de población – si los hubiera – se situaran en la confluencia de los principales ejes fluviales, como podría haber sido el caso de Titulcia.

No vamos a detenernos más en la definición de este territorio, puesto que la mayor parte de esta tesis está centrada en su análisis. Tan sólo hay que recordar que uniformidad en la cultura material y unidad sociopolítica no tienen por qué ir de la mano, e incluso si lo hacen, no tienen por qué corresponder a una identidad étnica. En el caso del área 1, cuyo análisis ha soslayado en nuestra opinión otras realidades dentro del valle medio del Tajo al tomarse como representante de lo que debió ser la Carpetania, conviven homogeneidad cultural, desestructuración política y ausencia de identidad étnica (al menos, perceptible en el registro arqueológico).

La Mancha toledana: necrópolis tumulares y jerarquización social

A partir del siglo V a.C. hemos detectado un comportamiento diferenciado en los procesos de cambio social en el sudeste del valle medio del Tajo, en el área conocida como La Mancha Toledana. Este proceso incluía la aparición temprana de poblados con urbanismo y agrupación de las viviendas como el Cerro de las Nieves y, sobre todo, la construcción y desarrollo de necrópolis tumulares que indicaban un desarrollo mucho más marcado de las desigualdades sociales en esta región y una vinculación mucho más activa que el centro del valle a la región del Sudeste de la Península, especialmente al territorio del sur de Cuenca, de Albacete y Murcia. Tradicionalmente, se ha calificado esta región como "carpetana" en función de la presencia de cerámica jaspeada en los yacimientos, de su localización dentro del territorio descrito por las fuentes clásicas o, de manera inconsciente, por la asimilación de la "etnia carpetana" a la provincia de Toledo, mientras que la provincia de Ciudad Real quedaría "reservada" para los oretanos. Un ejemplo muy claro son los yacimientos de Palomar de Pintado y el Cerro de las Nieves. El primero está localizado en Toledo, presenta cerámica jaspeada y ha sido considerado siempre carpetano. El segundo, a pocos kilómetros, se localiza ya en Ciudad Real muy cerca del límite con Toledo, pero es considerado ibérico.

Aunque la presencia de algunos elementos de cultura material como la cerámica jaspeada es significativa, lo verdaderamente importante es la existencia de procesos de jerarquización y cambios sociales muy más explícitos, que en nuestra opinión tienen mucho más peso que las similitudes en la cultura material. De este modo, consideramos que no deberíamos fijarnos tanto en la presencia de cerámica jaspeada sino tratar de definir un horizonte que después de la excavación de la necrópolis de El Vado comienza a perfilarse en la región. En este sentido, los paralelos no pueden buscarse en el Tajo, sino en la provincia de Cuenca, donde la presencia de necrópolis tumulares está atestiguada desde los años 80 aunque las publicaciones de las mismas son muy parciales. Esta relación, que a nosotros nos parece evidente, ha sido soslayada de manera recurrente en las publicaciones sobre Palomar de Pintado, quizá debido al hecho de que durante mucho tiempo ésta fue el único ejemplo localizado en Toledo, aunque creemos de nuevo que los límites administrativos provinciales han tenido algo que ver en la falta de búsqueda de asociaciones entre los yacimientos de ambas provincias.

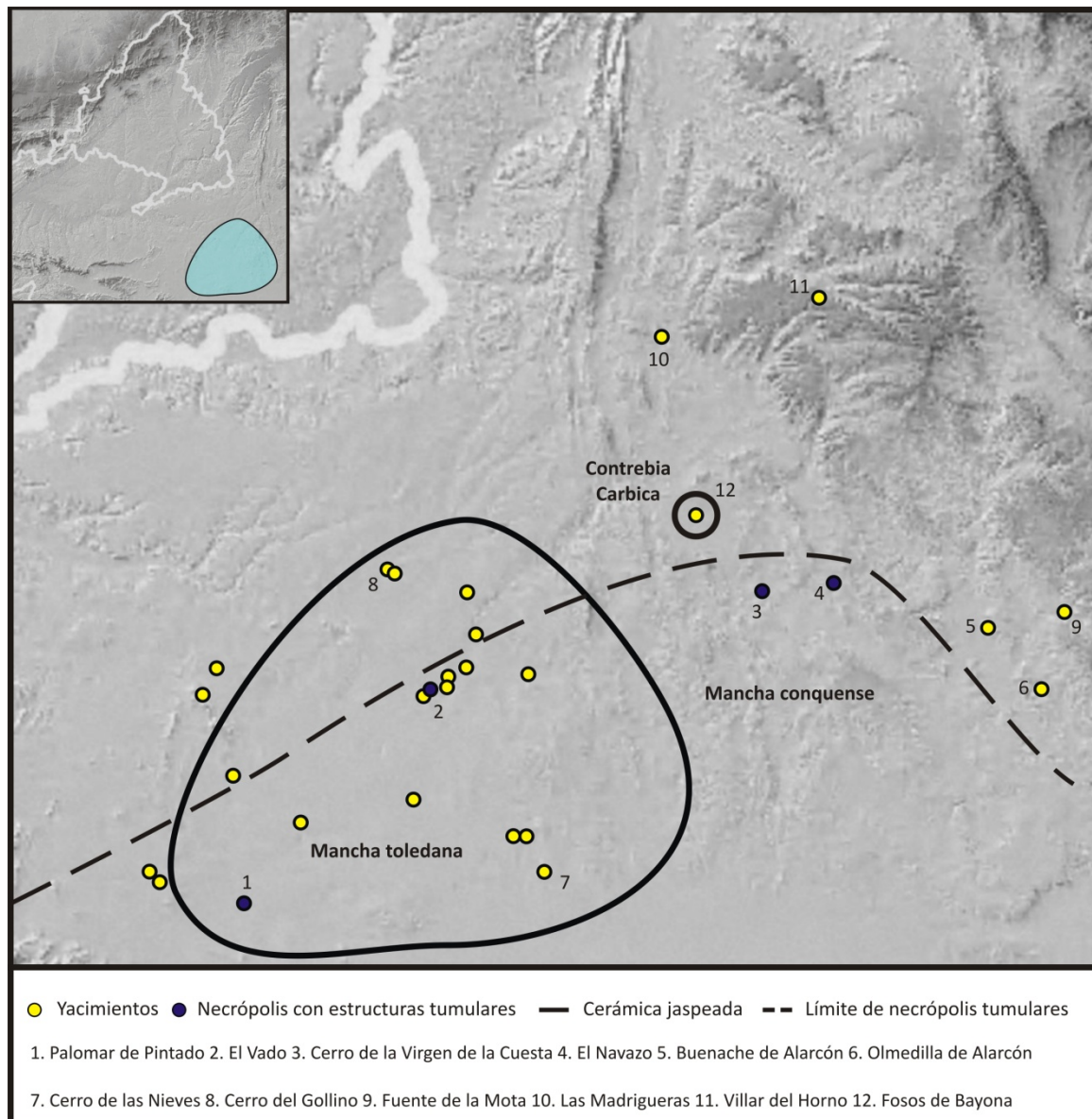


Figura 6.60: Área 2. La Mancha toledana y conquense

Como hemos dicho, la excavación de El Vado abre un nuevo horizonte en el análisis de las necrópolis tumulares, tanto por confirmar que Palomar de Pintado no era una excepción como por enlazar territorialmente con el territorio conquense. Si obviamos los límites provinciales, vemos que las cuatro necrópolis tumulares conocidas marcan un límite bastante claro que terminaría cerca de la Mesa de Ocaña y de las primeras estribaciones de la serranía conquense (fig. 6.60). Más al Norte, las necrópolis vuelven a consistir básicamente en fosas simples, tanto en Cuenca (Las Madrigueras) como en Toledo (Las Esperillas, Cerro Colorado, Santa María). Algo similar ocurre hacia el este, donde las necrópolis situadas en las estribaciones de la Serranía de Cuenca como Buenache de Alarcón no presentan este tipo de estructuras. Se define así un espacio físico muy concreto asociado a La Mancha toledana y conquense – ésta última algo más accidentada – y en torno a los ríos Cigüela y Záncara, en una zona que destaca por la presencia de numerosos humedales y por constituir una de las vías naturales de acceso hacia la Meseta sur, como vimos al analizar las rutas comerciales en la región. Esta coherencia del espacio

geográfico nos parece significativa, porque otorga unidad a un espacio que las divisiones administrativas han enmascarado.

Las similitudes entre las necrópolis conquenses y toledanas son evidentes, aunque estas últimas parecen presentar mayor variedad tipológica en los enterramientos en fosa y en las necrópolis conquenses no se utiliza el adobe para la construcción de los túmulos. Por lo demás, cronologías, tamaños de los túmulos, organización de la necrópolis, ausencia de esculturas, presencia escasa de importaciones griegas y de armas, gran número de cuentas de collar de bronce y pasta vítrea, etc. marcan un horizonte de cultura material muy similar en todas las necrópolis. Es curiosa la presencia de objetos ricos en tumbas sencillas que se documenta en necrópolis como el Cerro de la Virgen de la Cuesta (Millán, J. J. 1990: 199), similar a la documentada en Palomar de Pintado. En esta necrópolis se documentaron además piezas con decoración escobillada (Millán, J. J. 1990: 199) que podrían corresponder a cerámicas jaspeadas aunque no se use esa denominación. Por desgracia, la información disponible para las necrópolis de La Mancha conquense dista mucho de estar suficientemente publicada y sistematizada. Las únicas síntesis (Mena, P. 1990) tratan zonas demasiado amplias y diversas y apenas consisten en recopilaciones de datos y tipologías. Tampoco disponemos de muchos datos sobre el poblamiento en la región, especialmente en la provincia de Cuenca, aunque parece que a partir del siglo III a.C. se produce la aparición de grandes asentamientos similares el Cerro del Gollino como el de Fosos de Bayona. Pese a todo, consideramos que dentro de estas carencias el surgimiento de los túmulos puede ser interpretado de manera idéntica en todas estas necrópolis y es suficientemente significativo como para definir un territorio con características comunes.

Estas características comunes son de tipo sociopolítico e implican la aparición de sociedades mucho más jerarquizadas que las situadas al norte. En este sentido, parece lógico que la cultura material sea básicamente la misma, puesto que las principales diferencias se aprecian no tanto en el registro arqueológico doméstico sino en aquellos elementos que marcan diferencias de rango dentro de la sociedad, como los túmulos o la presencia de objetos de prestigio, que sí son más numerosos que en el núcleo del valle medio del Tajo. En cuanto a si estas diferencias tuvieron algún trasfondo étnico, las fuentes clásicas aportan información interesante al respecto al situar en esta zona a los olcades, cuya localización varía según las interpretaciones pero que podría situarse al sur de la provincia de Cuenca y al norte de la de Albacete (Gozalbes, E. 20: 106-107) y que estaría en contacto con los Carpetanos. La cercanía física entre ambos pueblos y sus estrechas relaciones políticas y sociales se aprecian claramente cuando los olcades acuden en apoyo de los carpetanos contra Aníbal, combatiendo en los alrededores de Toledo a los cartagineses (Gozalbes, E. 2000: 105). Aunque las alusiones a los olcades son escasas, ya que este pueblo no es citado posteriormente cuando se produce la conquista romana, sí parece que frente a la concepción estrictamente geográfica de la Carpetania, el término olcade sí pudo tener cierta connotación étnica, aunque no sería equiparable a oretanos o celtíberos, sino que se trataría un grupo de menor entidad (González - Conde, M. P. 1992: 301).

La relación entre el horizonte de las necrópolis tumulares y los olcades se ha planteado en alguna ocasión (Blasco, M. C. y Sánchez, E. 1999: 135), y se ha llegado a proponer el hábitat del Cerro de la Virgen de la Cuesta como localización de *Altheia*, la única ciudad conocida de este pueblo (Millán, J. J. 1990: 187). Uno de los aspectos que consideramos relevantes es el hecho de que las necrópolis tumulares desaparecen de manera bastante abrupta a finales del siglo III – II

a.C., justo en el momento en que los olcades desaparecen de las crónicas romanas. Los principales enfrentamientos de este grupo se producen contra los cartagineses, incluida una gran derrota frente a Aníbal en el 220 a.C. cerca de Toledo.

Con los datos de que disponemos actualmente es imposible determinar esta cuestión, pero nos parece interesante como hipótesis de trabajo, y parece que hay algunos elementos que singularizan esta zona respecto del territorio central del valle medio del Tajo, además de los procesos sociopolíticos ya descritos. Entre ellos están la localización en un contexto medioambiental diferenciado o la ausencia de gentilidades, pero sobre todo un proceso histórico independiente de las dinámicas septentrionales. La discusión tradicional, incluso aquella que ha valorado la localización de los olcades con cierto detalle (Blasco, M. C. y Sánchez, E. 1999: 138-139) ha asumido que Palomar de Pintado pertenecía al ámbito carpetano. La duda se plantearía entre mantener esta postura o asumir que el conjunto de necrópolis tumulares corresponde a un determinado grupo, independientemente de a qué lado del límite provincial se localicen. No podemos defender que el área de La Mancha toledana corresponda al ámbito olcade, pero sí nos parece claro que tampoco pertenece al mundo "carpetano" tradicional. En nuestra opinión, la zona manchega toledana - conquense, si no olcade, podría constituir una zona de fuerte hibridación entre ésta etnia, las influencias oretanas y del sudeste y el valle medio del Tajo, de manera similar al caso de los Montes de Toledo que vamos a estudiar a continuación. Constituiría además un caso muy interesante en el que una cultura material muy similar escondería dos grupos diferenciados (áreas 1 y 2), poniendo de relieve las dificultades para definir grupos étnicos a partir únicamente de la cultura material.

Los Montes de Toledo: ¿vetones en la Carpetania?

Desde el trabajo de González – Conde (1986) que estableció una línea de división entre vetones y carpetanos en las cercanías de Cesaraugusta, el límite entre estos dos pueblos es probablemente el que más consenso ha provocado, y desde entonces la mayor parte de las aproximaciones se han centrado en reforzar esta división y en obviar, desestimar o matizar la presencia de verracos y otros elementos asociados al mundo vetón en la región cercana a Toledo. Nuestro planteamiento es diferente ya que en primer lugar rechaza la existencia y por tanto la necesidad de establecer una divisoria (por muy matizada que esté) entre ambos territorios. En segundo lugar, varios de los límites propuestos se apoyan en accidentes geográficos cuya función como delimitadora territorial está aún por demostrar. De este modo, pretendemos eliminar algunos de los apriorismos que en nuestra opinión caracterizan el análisis de esta zona. Antes de nada hay que hacer una aclaración: consideramos probado que la región en torno a Talavera de la Reina está inserta en el ámbito vetón. Arqueología, epigrafía, características de los asentamientos, e incluso las condiciones geográficas relacionan de forma unívoca la zona con esta etnia. Los problemas vienen a la hora de analizar el poblamiento del territorio entre Caesaraugusta y Toledo en la margen izquierda del Tajo, donde se han encontrado evidencias recurrentes de elementos culturales vetones. Geográficamente el área está muy bien definida, ya que corresponde al denominado piedemonte de los Montes de Toledo, que se prolonga hasta la propia ciudad de Toledo y la falla tectónica del río Tajo - en lo que se ha denominado la llanura cristalina de Toledo y La Jara (Martínez, E. 1977: 115). Se trata de un terreno por tanto muy homogéneo geológica, edafológica y medioambientalmente, con suelos formados por granitos o pizarras que condicionan un paisaje en el que predomina la

dehesa, los jarales y carrascales, muy diferente al de las tierras de las llanuras castellanas, de origen terciario, compuestos por arcillas y más aptas para el cultivo cerealístico. En este sentido, la vertiente toledana de los Montes de Toledo tiene mucho más que ver con el territorio situado al oeste que con la zona sedimentaria del valle medio del Tajo.

En esta zona los datos disponibles son muy escasos, debido a las dificultades de prospección del área, el carácter accidentado del territorio y la existencia de numerosas fincas privadas de difícil acceso. Las carencias más notables se aprecian en el estudio del poblamiento de la región, especialmente si lo comparamos con la región de Talavera de la Reina, mucho mejor estudiada (fig. 6.61). Con todo, la conjunción de datos permite caracterizar la región de manera bastante específica, y todas apuntan a una relación mucho más intensa de lo valorado hasta ahora con el mundo vetón. La presencia de verracos en esta área es sin duda la característica más conocida, y sobre ella se superponen otras evidencias, especialmente epigráficas, que refuerzan esta relación.

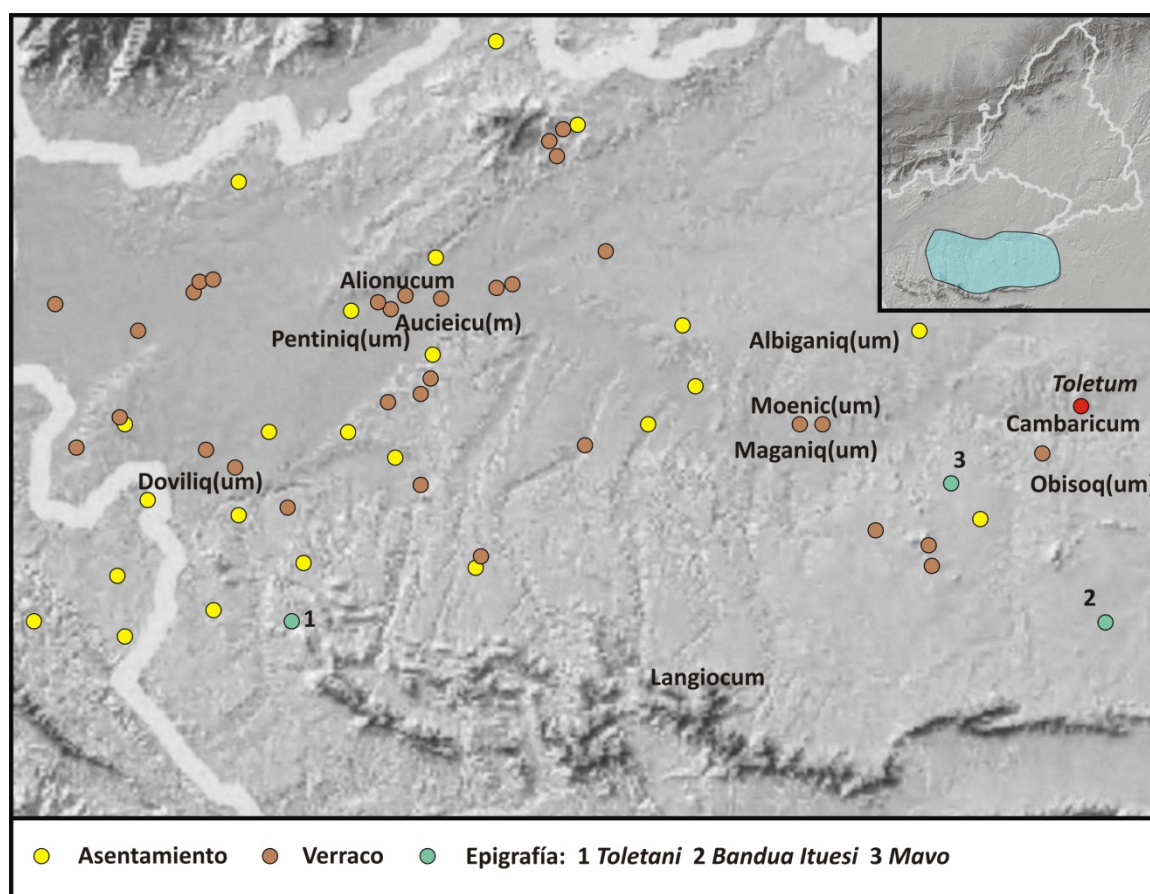


Figura 6.61: Área 3. Los Montes de Toledo

La primera de ellas es la presencia de gentilidades, que se ajustan al límite norte de esta zona que marca el Tajo y que se prolongan hacia el oeste hacia la zona de Talavera de la Reina. Ya aludimos al analizar las pervivencias indígenas en el valle medio del Tajo cómo éstas se concentraban de manera bastante clara en la zona de interacción con el mundo vetón, y el hecho de que se acumulen también en el entorno de los Montes de Toledo podría indicar que esta zona, aun muy dentro de la Carpetania, tendría unas relaciones muy intensas con el territorio vetón. La onomástica indígena refuerza esta impresión, con nombres repetidos en

toda la región. Desde el punto de los teónimos, ya dijimos que las dos únicas dedicatorias a dioses indígenas conocida en el valle medio del Tajo – *Bandua Ituesi*, y *Mavo* (Hurtado, J. 2005: 352), ambas de origen vetón – se localizan en esa región. Por otra parte, se aprecia una relación preferencial entre *Toletum* y esta zona: dos de las tres alusiones a individuos toledanos se localizan en el área de los Montes de Toledo (uno de ellos en la provincia de Cáceres, que no ha sido representado en la figura), lo que podría reforzar esa idea de Toledo como ciudad en la periferia del núcleo del valle medio del Tajo, como bisagra entre diferentes territorios. Desde este punto de vista se entendería, por ejemplo el comportamiento diferente de Toledo frente a otras ciudades respecto de, por ejemplo, la emisión de monedas, y la ya citada alusión en las fuentes clásicas a Toledo como *caput Carpetaniae* (Plinio III, 25), expresión interpretada como "extremo de la Carpetania", algo que no tendría demasiado sentido si el valle fuera considerado un todo unitario.

Precisamente son las fuentes clásicas las que aportan otros datos que refuerzan la relación especial de Toledo con el mundo vetón, ya que son los vetones los que acuden en auxilio de la ciudad tanto frente a Aníbal en el 220 a.C. como frente a los romanos en el 193 a.C. Como ya dijimos, esta alianza había sido planteada desde la coalición entre dos grandes pueblos (Sánchez-Moreno, E. 2001: 131) en defensa de unos intereses comunes, pero a la vista del registro arqueológico y epigráfico de la zona, parece más plausible que esos vetones fueran en realidad los grupos que habitaron la región de los Montes de Toledo, con claras influencias culturales vetonas, mucho más cercanos y con fuertes relaciones con Toledo.

Todos estos datos nos llevan a proponer para esta zona una situación muy similar a la planteada para el Área 2: no podemos decir que los habitantes de los Montes de Toledo fueran vetones, pero todos los indicios apuntan a que culturalmente presentaban diferencias significativas respecto del núcleo del valle y que éstas se basaban en redes de contactos, intercambios y alianzas familiares y políticas con la región vetona. A este hecho, además de la cercanía territorial se debieron añadir las propias características de un entorno cuya explotación es más apta para el sector ganadero que las zonas eminentemente agrícolas del Área 1. Por desgracia, la ausencia de excavaciones en esta zona impide valorar adecuadamente la cultura material de la región, aunque ya hemos visto al analizar la zona del sudeste que incluso en el caso de que exista un registro arqueológico muy similar éste puede englobar realidades culturales y sociopolíticas muy diversas. Consideramos que uno de los objetivos para lograr un correcto análisis del valle medio del Tajo sería el estudio de esta región y su comparación tanto con los yacimientos situados más al norte como en el área de Talavera de la Reina, donde sí se están excavando yacimientos como el Cerro de la Mesa cuya cultura material parece muy alejada de la documentada en nuestra zona de estudio.

El Sistema Central: un mundo desconocido

La región del valle medio del Tajo más cercana al Sistema Central es probablemente la menos conocida de toda la región, en parte por la escasez de datos arqueológicos y en parte por tratarse de un accidente geográfico tan relevante que se ha asumido inconscientemente como límite entre vetones y carpetanos. Sin embargo, las sierras de Guadarrama y Somosierra no han sido siempre una divisoria entre ámbitos diferentes: durante toda la Edad Media y gran parte de la Edad Moderna las dos vertientes del Sistema Central fueron repobladas y controladas por

Segovia, que las explotaba como parte de un único territorio. En ese sentido y al igual que ocurre con la rampa de los Montes de Toledo, las características edafológicas y medioambientales de esta zona imponen unas condiciones de explotación del medio muy diferentes a las de la cuenca del sedimentaria del valle, donde es más rentable la actividad ganadera que la agrícola – situación que perdura hasta nuestros días. Ambientalmente, el piedemonte sur del Sistema Central tiene mucho más que ver con las provincias de Ávila o Segovia y que con el centro del valle del Tajo. Es lógico pensar que los habitantes de ambas vertientes estuvieran relacionados de manera estrecha fruto de las similares características del medio, en vez de considerar que las cimas del Sistema Central marcaban una separación entre grupos o etnias.

Esta zona ha sido tradicionalmente muy mal estudiada, a excepción del asentamiento de la Dehesa de la Oliva, extensamente excavado y publicado a lo largo del tiempo (Blasco, M. C. y Baena, J. 1997; Blasco, M. C. *et al.* 1995; Cuadrado, E. 1991; Montero, I. y Sejas, G. 2003 - 2004; Montero, I. *et al.* 2007; Muñoz, G. 1974; Muñoz, G. 1980, 1994; Strato 2008) y algunas noticias menores sobre un yacimiento en Redueña (Alfaro, M. y Martín, A. 1996; Martín, A. 1996) excavado en una intervención de urgencia. Afortunadamente, la revisión de las cartas arqueológicas de la Comunidad de Madrid (Cardito, L. M. 1990; Castaño, A. y Pérez, I. 1986; García, M. A. 1994; Geanini, A. 1991; Hernández, J. 1989; Liesau, C. y Escobar, M. 1990; Sánchez, A. L. 1990; Sánchez-Capilla, M. L. y Calle, J. 1980; Sanguino, J. 1989; Valiente, S. 1993b, 1993a, 1993c; Zurinaga, S. 1992) ha sacado a la luz un conjunto de asentamientos poco o nada conocidos que, aun insuficientes, modifican la interpretación de esta zona. La principal aportación es la presencia de un número relativamente alto de asentamientos fortificados en los extremos norte y sur de la sierra madrileña, algunos de ellos conocidos desde antiguo como el Cerro Almoerón en San Martín de Valdeiglesias (Fuidio, F. 1934; Blasco, M. C. *et al.* 1980) pero la mayoría desconocidos fuera de los informes de la Carta Arqueológica. Aunque no son suficientes como para plantear una distribución regular sobre el terreno, parece claro a la vista de los mapas que los localizados en la esquina suroeste de la Comunidad de Madrid constituyen una prolongación del poblamiento de la Sierra de San Vicente en Toledo y de la Sierra de Gredos.

En general se encuentran muy arrasados y algunos como San Sebastián (Cenicientos) completamente desaparecidos. Aunque la información disponible es escasa, su localización parece estar relacionada con algunas de las vías que atraviesan la sierra antes que con los procesos de amurallamiento observados en la zona oriental del valle. Es también el caso de la Dehesa de la Oliva, donde el asentamiento se sitúa en las cercanías de dos tramos de cañadas y de una vía romana (Blasco, M. C. y Baena, J. 1997: 220). Otra de las características interesantes de estos yacimientos es que presentan una cronología tardía o al menos mantienen su ocupación durante toda la Segunda Edad del Hierro, lo que les diferencia de nuevo de los yacimientos localizados en los valles del Jarama o el Tajo. En el caso de la Dehesa de la Oliva, todos los datos apuntan a que se trata de un asentamiento muy tardío – aunque se ha localizado una ocupación de la Primera Edad del Hierro –, mientras que en el Cerro Almoerón se han documentado materiales romanos además de los característicos de la Segunda Edad del Hierro, lo que implicaría una continuidad del poblamiento (Liesau, C. y Escobar, M. 1990). Finalmente, en ninguno de los asentamientos se ha recogido cerámica jaspeada, lo que resulta algo extraño ya que en yacimientos tardíos como el Cerro de la Gavia o el Llano de la Horca este tipo de cerámicas aparecen aunque sea de manera testimonial.

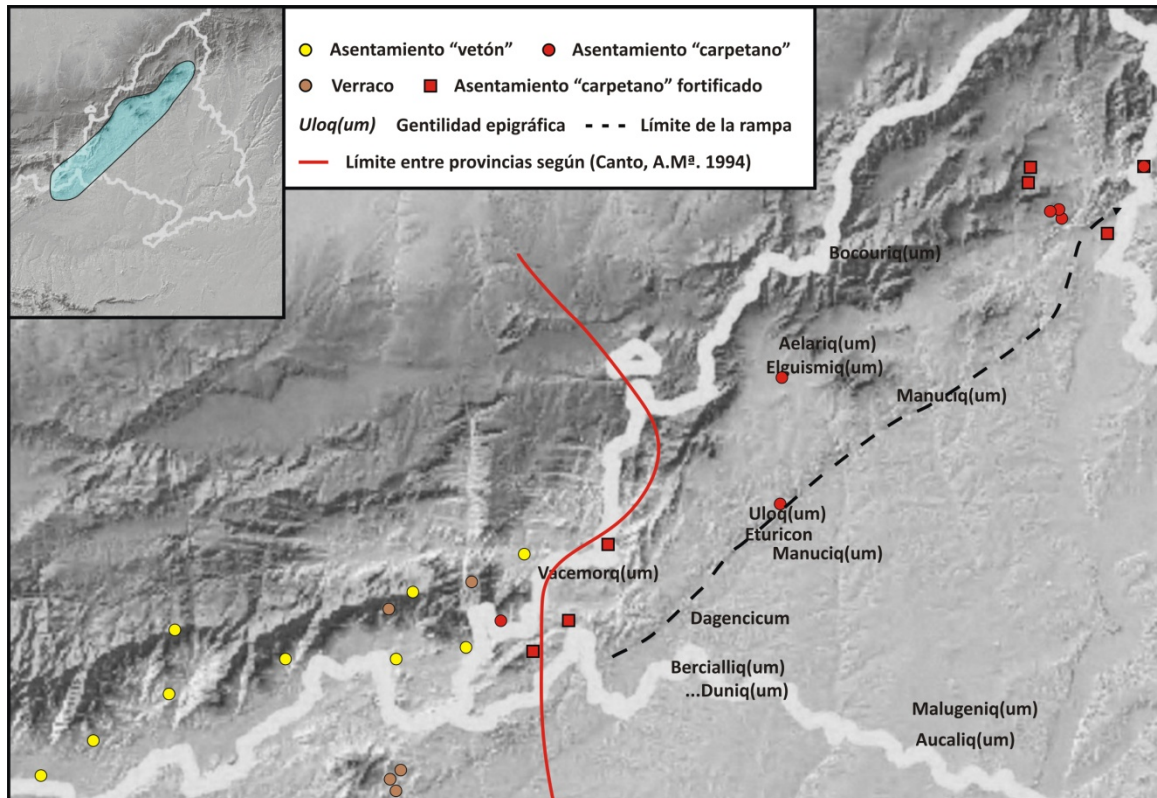


Figura 6.62: estructuración del área del Sistema Central

La otra característica específica de esta área y que la diferencia de la zona de situada más a interior es la presencia de gentilidades indígenas en la región unida a una repetición de la onomástica a uno y otro lado de las dos provincias, aunque en este caso los límites se encuentran peor definidos que en los Montes de Toledo. Ya hemos defendido que la concentración de estas gentilidades parece estar relacionada con una mayor relación con el mundo vetón. Estas tres características – contexto geográfico, tipo de asentamientos y epigrafía – nos parecen indicios suficientes para plantear la necesidad de estudiar esta zona de manera individualizada respecto al núcleo del valle. La relación parece clara en la mitad suroeste de la Comunidad de Madrid, donde el poblamiento parece entroncar con el mundo vetón y donde el único criterio para adscribir los yacimientos a una u otra zona parece haber sido los límites administrativos. En este sentido, ya se ha propuesto que esta región debería ser encuadrada dentro del área vetona (Canto, A. M. 1994; Martínez, M. A. 2000) (fig. 6.62), basándose en argumentos similares a los expuestos y en la posible existencia de un verraco en el término de Cenicientos (Canto, A. M. 1994: 286-287; Martínez, M. A. 2000: 79, 2008) que sin embargo, por las descripciones y fotografías analizadas nos parece bastante dudoso. En cuanto a la Sierra norte, la cultura material de la Dehesa de la Oliva van a ser analizadas en el siguiente capítulo, pero es bastante parecida a la de El Llano de la Horca, con dos grandes diferencias: Dehesa de la Oliva sí está amurallado y hasta el momento no se ha podido contrastar una ocupación de los siglos IV-III a.C. que sí se documenta en el otro yacimiento.

Con los datos disponibles es imposible delimitar el alcance de las relaciones entre estos asentamientos y las poblaciones del núcleo central del valle medio del Tajo, pero los indicios son sugerentes y parecen apuntar a que la vertiente sur de las estribaciones de la sierra madrileña estuvo al menos tan relacionada con los habitantes del otro lado de la cadena montañosa – con

los que compartirían un mismo modelo económico de explotación del terreno – como con los habitantes de los valles del Jarama o del Tajo. Por desgracia, el poblamiento de la Segunda Edad del Hierro de los valles medios del Guadarrama y del Alberche es muy poco conocido, especialmente el triángulo que forman el piedemonte de la Sierra de Guadarrama, el río con el mismo nombre y el Tajo. Aunque tenemos noticias de algunos trabajos inéditos realizados en la zona que apuntan a una conformación del poblamiento diferente a la de la comarca de La Sagra (Valiente, S. y López, F. J. 2007: 183), hasta el momento sólo se han localizado algunos yacimientos aislados en la región a través de la realización de las Cartas Arqueológicas de la Comunidad de Madrid y tan sólo la presencia de gentilidades en la zona pueden apuntar a las relaciones entre ambas vertientes del Sistema Central.

La tierra sin límites: el espacio en el valle medio del Tajo

Los apuntes planteados arriba pretenden ser tan sólo una recopilación de los datos e indicios existentes, como herramienta de deconstrucción del concepto territorial clásico y como paso previo a la propuesta de hipótesis alternativas de estructuración del territorio y del espacio en el valle, especialmente en el territorio de los Montes de Toledo y del Sistema Central donde la información es más escasa. Como hemos dicho, hasta que aparezcan nuevos datos el área que debió corresponder a las comunidades que los romanos denominaron carpetanas parece estar centrado en torno a la confluencia de los ríos Jarama, Henares, Tajuña y Tajo, incluyendo la Mesa de Ocaña y las comarcas de la Sagra y Torrijos hacia el oeste. Las otras zonas, en nuestra opinión, muestran características diferentes cuya mejor definición debería ser uno de los objetivos prioritarios de la futura investigación.

Sin embargo, consideramos que si nuestra conclusión después de analizar el territorio y las posibles evidencias de etnicidad fuera una simple reducción del territorio "carpetano" a unos límites más concretos y espacialmente menores estaríamos no sólo cometiendo un error sino entrando en contradicción con todo nuestro trabajo anterior. Se trata por tanto de plantear una visión nueva del territorio que se olvide de unos límites que no están contruidos tanto sobre accidentes territoriales como sobre redes sociales, distancias, vías de comunicación e hitos topográficos pero también antrópicos. Como defendimos al describir el valle medio del Tajo, deberíamos hablar de una geografía de ejes antes que de una geografía de límites. Este apartado va a tratar de sintetizar la forma en la que se estructuró un mundo que no se planteó nunca en términos de unidad.

La primera reflexión es de tipo demográfico. El valle medio del Tajo fue un mundo compuesto por comunidades de pequeño tamaño que ni siquiera en las zonas más pobladas debieron ejercer una presión demográfica considerable sobre el territorio. Los estudios de las áreas de explotación en torno a los yacimientos desarrollados en la Mesa de Ocaña (Urbina, D. 2000: 186) y el cerro de La Gavia (Urbina, D. *et al.* 2005b: 172) presentan un mundo en el que el área de actividad cotidiana se situaba en un entorno muy cercano al asentamiento, con visitas ocasionales a zonas más lejanas en un territorio que en gran medida seguía siendo desconocido. El aumento de tamaño de los asentamientos a finales del siglo III a.C. y sobre todo a partir del siglo II a.C. no modificó significativamente esta situación.

Pese a la débil aunque creciente presión demográfica, las características medioambientales del valle medio del Tajo son duras, especialmente en lo referente al acceso al agua, y este criterio –

la cercanía al agua – es el que va a condicionar la localización de los asentamientos, algo perfectamente estudiado en la Mesa de Ocaña (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 108). El resultado va a ser el de un mundo estructurado en torno a los principales valles y a manantiales con presencia de agua todo el año, tratando de compensar el fuerte estiaje que sufre la cuenca hidrográfica del Tajo en los meses de verano. El mundo del valle medio del Tajo es, sobre todo, un mundo construido a lo largo de las principales cuencas fluviales. Estas cuencas no sólo estructuran el poblamiento, proporcionan el agua y condicionan el acceso a los recursos. También definirían el tipo de relaciones, las rutas de desplazamientos de objetos, personas e ideas y ayudarían a edificar un mapa mental para los habitantes de la región en el que las confluencias de ríos, los vados o los asentamientos situados en estas posiciones servirían para vertebrar territorios, relaciones y movimientos.

En el caso de las relaciones entre asentamientos vecinos, la distribución de los poblados en los valles provocaría que las interacciones más intensas se produjeran con las poblaciones situadas a lo largo de los cauces, y no tanto con *hinterlands* en los que la densidad de población es mucho menor. La cercanía espacial, las mayores facilidades de desplazamiento, la necesidad de gestionar territorios limítrofes y compartidos, etc. provocaría que el grueso de las relaciones sociales que constituían el núcleo duro de la estructura social de estas comunidades se realizara en torno a los ejes fluviales. En este sentido, es significativo – aunque lógico – que la mayoría de las vías de comunicación posteriores, como las calzadas romanas o las cañadas reales aprovechen estos valles evidenciando, con otro tipo de intereses, la disposición más favorable del terreno (fig. 6.63).

Por otra parte, hay que matizar sin embargo el uso de estas vías naturales de comunicación. En general, los desplazamientos de los habitantes de comunidades campesinas fuera del entorno del asentamiento son muy ocasionales, y no suelen superar distancias equivalentes a la duración de una jornada. Aunque las distancias recorridas a pie en un día son variables, en general oscilan entre 15-30 km día, dependiendo de la velocidad y de las facilidades del terreno (Ruiz-Gálvez, M. L. 1998: 92-95). No obstante, hay que tener en cuenta que la inmensa mayoría de la población no se desplazaría habitualmente tan lejos salvo situaciones excepcionales – mercados, fiestas, matrimonios, etc. – y que el mundo de estas comunidades estaría muy centrado en torno al asentamiento y a los poblados más cercanos. Los valles serían los ejes de comunicación, pero para la inmensa mayoría de la población ésta tendría un radio muy corto. Hay que tener en cuenta el carácter conservador de las sociedades campesinas, que influye reprimiendo la necesidad de salir del contexto social para desplazarse por un mundo desconocido, peligroso y potencialmente hostil. Dentro de este mundo, la fuerza y el número de relaciones familiares entre miembros de diferentes comunidades serían las que asegurarían la estabilidad y una paz que si atendemos al registro arqueológico de los siglos IV-III a.C. cada vez fue más difícil de mantener.

El segundo papel que jugaron los valles en la estructura del valle medio del Tajo fue el de vías de entrada de objetos importados y, muy probablemente, de materias primas (especialmente metales) de las que como hemos visto el valle es deficitario. Sobre los mecanismos de gestión del comercio prerromano en el valle medio del Tajo desconocemos casi todo: si la distribución se realizaba a través de intercambios sucesivos o si existían personas que se desplazaban por todo el territorio, si existía control o restricciones sobre las mismas, si existían lugares o fechas

determinadas para los intercambios, etc. Es evidente que debieron existir dos niveles de transacción: uno local con productos manufacturados – textiles, alimentos, ganado, herramientas o cerámicas comunes - y materias primas como el granito, la sal o los minerales metalíferos y otro de objetos de importación o de elaboración más compleja – fibulas, cuentas de pasta vítrea, cerámicas de lujo, etc. Es muy probable que la aparición de muchas de estos últimos objetos no estuviera relacionada con adquisiciones a través de compra, sino de intercambio de regalos dentro del contexto de establecimiento de alianzas, matrimonios u otro tipo de relaciones políticas o familiares. A partir de mediados del siglo IV a.C. se produciría un aumento de los intercambios y una creciente interacción con el mundo celtibérico en la que de nuevo resultaría clave la localización dentro de los ejes fluviales – especialmente en la confluencia de los cauces principales.

Ya comentamos que era muy significativo que los principales asentamientos del valle medio del Tajo se situasen en su periferia. En realidad, valorando el área central del valle, los principales yacimientos conocidos no se sitúan tanto en la periferia de un territorio como en áreas de interacción entre diferentes contextos: en la confluencia de dos grandes valles, en zonas de transición entre dos ecosistemas, o de comunicación entre áreas culturales diferentes. Por supuesto, hay que asumir que desconocemos la localización de varias de las localidades que citan los autores clásicos durante la conquista, pero los datos históricos y arqueológicos de que disponemos nos parecen bastante significativos. El caso de *Toletum* es uno de los más claros: situada en el principal cauce de la región, junto a uno de los vados más importantes, y en plena zona de interacción con los Montes de Toledo (y sus recursos mineros) y dos áreas con características culturales diferentes. La combinación se repite en *Consabura*, con una posición periférica dentro del mundo del valle medio del Tajo pero dentro de una red de relaciones entre los Montes de Toledo y La Mancha, el sur oretano y el horizonte de asentamientos con necrópolis tumulares toledano y conquense. En el caso de Contrebia Cárlica, su posición la sitúa en el área de transición entre el valle medio del Tajo y la Serranía de Cuenca y muy cercana al ámbito celtibérico. Hacia el norte, no podemos hablar de un asentamiento prerromano de entidad en Complutum, pero otros yacimientos de gran tamaño como el Llano de la Horca o Dehesa de la Oliva, situados en el área de interacción con el mundo celtibérico, cumplen perfectamente esta función.

Para el interior del valle tan sólo disponemos de arqueología para valorar la existencia de estos nodos que estructuradores del territorio. El caso más evidente quizá sea Titulcia, en la confluencia de los ríos Jarama y Tajuña, donde se asienta un hábitat prerromano y romano de entidad y donde se ha localizado una de las piezas de orfebrería más ricas y espectaculares de la región. En el caso de otro gran asentamiento como el Cerro del Gollino, su importancia podría estar relacionada con su posición en el curso del río Cigüela y en el límite entre la zona nuclear del valle medio del Tajo y la Mancha Toledana. Otros asentamientos localizados en las confluencias de Jarama y Henares o Tajo y Jarama pudieron haber realizado esa función de nodos dentro de las vías de intercambio que constituyen los valles. Por supuesto, es evidente que esta premisa no tiene por qué cumplirse siempre, y que hay zonas de interacción en las que no hay ningún asentamiento de gran tamaño y asentamientos de este tipo como Fuente de la Mora que no se localizan en áreas como las descritas arriba. Tampoco puede afirmarse que la aparición de estos asentamientos tuviera un efecto jerarquizador en el territorio, al menos hasta la conquista romana. Por supuesto, su mayor tamaño y su posición privilegiada tendrían un

reflejo en una mayor influencia en otras comunidades, pero las relaciones establecidas entre los diferentes asentamientos se seguirían estableciendo de acuerdo a los criterios definidos al analizar la estructura sociopolítica de estas comunidades, y en un plano de relativa igualdad. Quizá la mejor prueba de que los asentamientos más relevantes nunca jerarquizaron un territorio es que, incluso cuando se integraron dentro de una misma provincia romana siguieron dinámicas diferentes en cuanto a las áreas de relación preferenciales, e incluso respecto del uso del idioma en las emisiones monetales.

En nuestra opinión los ejemplos citados nos parecen suficientemente significativos como para proponer un modelo para la zona formado a partir de tres criterios: ejes, nodos y fronteras. Los ejes son evidentemente los ríos, y los nodos los yacimientos de entidad. En cuanto a las fronteras, no nos referimos a límites territoriales establecidos y delimitados, sino a zonas de interpenetración entre dos grupos distintos, con un carácter fluido y que constituyen en sí mismas un territorio, aunque en algunos casos puedan producirse vacíos y zonas sin contacto físico directo entre los grupos. En definitiva se trata de contraponer el concepto *frontier* – como lugar de encuentro entre gentes donde los límites culturales y geográficos no están claramente definidos – al de *border* – límite territorial asimilable a nuestro concepto de frontera (Marín, C. 2011: 210).

Con estos datos y a partir de nuestra interpretación de los territorios descritos arriba hemos tratado de representar visualmente cómo concebimos el territorio del valle medio durante la Segunda Edad del Hierro: con una zona central (en verde en el mapa) en interacción con otras zonas como la vetona en el oeste (en color azul), la *¿olcade?* (color naranja) en el sudeste y la celtibérica (color morado) en el noreste. Entre estas cuatro zonas, marcadas como es lógico de manera aproximada, áreas de color degradado que tratan de representar la progresiva hibridación de ámbitos geográficos y culturales diferentes cuya definición no es lineal (*border*) sino territorial (*frontier*). Se han representado algunos datos que consideramos pueden ayudar a interpretar mejor el territorio, como los límites medioambientales de los piedemonte con suelos más ácidos, la localización de verracos y gentilidades, el límite de dispersión de cerámica jaspeada conocido o el de aparición de necrópolis tumulares en Toledo y Cuenca. Asimismo, aunque no pueden extrapolarse completamente los datos, se han representado las principales vías romanas y cañadas reales, tanto para confirmar su distribución mayoritaria siguiendo los valles como para visualizar cómo muchos de los asentamientos de mayor entidad se localizan en lugares de conjunción de caminos históricos que en muchos casos pudieron tener precedentes prerromanos.

El mapa que como hemos dicho pretende escenificar las relaciones entre diferentes áreas del valle medio del Tajo muestra también una de las realidades más interesantes de nuestro trabajo: las diferentes asociaciones entre cultura material, jerarquización social e identidad étnica. Así, el área mejor definida arqueológicamente, en la que se han podido rastrear mejor los procesos históricos desde el comienzo de la Edad del Hierro, presenta una fuerte homogeneidad en su cultura material pero muy pocas – por no decir ninguna – evidencia de identidad étnica. Por el contrario, el área occidental presenta indicadores étnicos muy claros relacionados con una etnia como la vetona, para la que generalmente se asume una jerarquización social bastante consolidada. Finalmente, en el área del sudeste del valle medio del Tajo se aprecia el caso contrario: indicios claros de jerarquización social bajo una cultura material idéntica a la de la

zona más septentrional y, por tanto, sin indicadores claros de etnicidad. El panorama de análisis muestra por tanto una complejidad mayor de la esperada que podría de relacionar de manera directa los procesos de etnogénesis al aumento de las desigualdades sociales. En las áreas periféricas, sólo el aumento del registro arqueológico podrá determinar estas relaciones, pero en la zona central del valle medio del Tajo la identidad comunitaria no se definió respecto a la etnia sino en torno a otras constantes – familiares, locales, genealógicas. Éstas determinaron un mundo formado por alianzas y relaciones personales y de parentesco que se plasmó en un territorio social mucho más fluido que el estrictamente físico. En ese sentido geográfico, el mundo del valle medio del Tajo antes de la conquista romana fue una tierra sin límites.

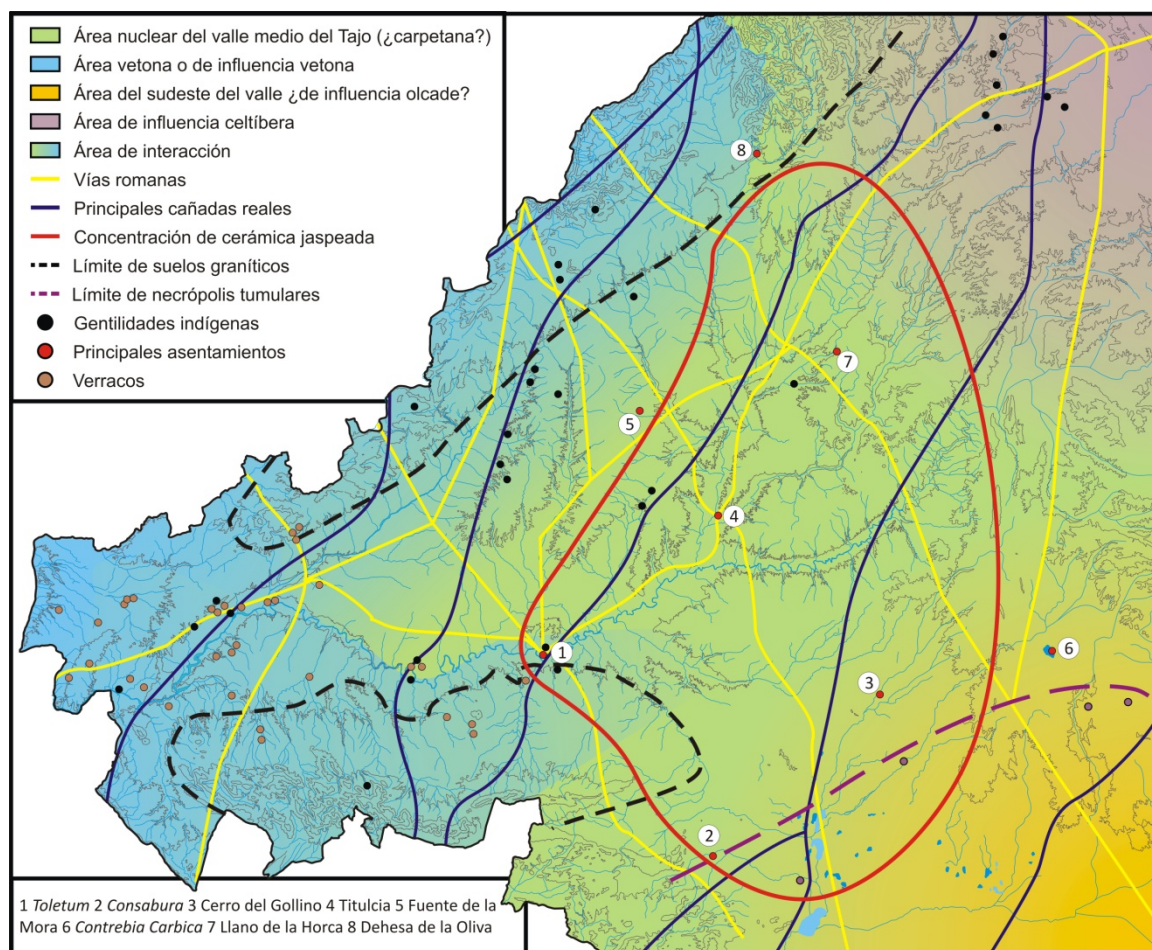


Figura 6.63: territorios e influencias en el valle medio del Tajo

Sociedades en colisión: indígenas e imperios en el valle medio del Tajo

7.1. Introducción

Es evidente que la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo se encuentra enmarcada por dos procesos de transformación social y económica muy profundos. El primero de ellos relacionado con la progresiva sedentarización de las poblaciones de Cogotas I, que afectó de manera clave a las formas de subsistencia, las relaciones intra e inter comunitarias e incluso la propia percepción del territorio. El segundo de ellos es, sin duda, la conquista del territorio por Roma y la sustitución de las estructuras indígenas prerromanas por un sistema estatal de explotación del territorio a comienzos del siglo II a.C. Formalmente, esta transformación podría parecer menos radical que la que da comienzo a la Primera Edad del Hierro: la cultura material, los sistemas constructivos o las estrategias de subsistencia no parecen variar sustancialmente y las transformaciones documentadas parecen darse de manera muy progresiva, casi de una manera "lógica", siguiendo un proceso de creciente complejidad socioeconómica y política en el que supuestamente ya participaban las poblaciones indígenas (Mena, P. 1988: 35) y en el que los romanos aportaron sus características culturales específicas.

Esta visión de la que las poblaciones indígenas como simplemente un estadio más en una trayectoria histórica que inevitablemente devendría en organizaciones estatales presenta un problema de partida: la interpretación del mundo prerromano como un contexto cercano y fácilmente asimilable al romano y, por extensión, al nuestro. Este problema ha sido señalado desde hace tiempo por J.D. Hill en varios de sus trabajos (Hill, J. D. 1992, 1995; 2005; Hill, J. D. y Cumberpatch, C. G. 1993), demostrando que esta asunción, unida al aumento de las fuentes disponibles – textos clásicos, epigrafía, numismática, etc. – ha construido una visión del proceso de romanización aplicada casi exclusivamente desde la perspectiva romana y desde metodologías más cercanas a la Historia Antigua que a la Prehistoria. La arqueología protohistórica, por otra parte, no ha construido un discurso propio con el que contrastar o completar el esquema propuesto por los historiadores de la Antigüedad.

Bien es cierto que los datos arqueológicos disponibles para este periodo no son demasiado numerosos y tampoco han sido publicados de manera exhaustiva, por lo que es difícil reconstruir las características sociales, económicas y políticas de las comunidades indígenas en su proceso de integración en las estructuras estatales romanas. Pese a todo, hemos tratado de apoyar nuestra exposición en dos líneas de discusión: una de análisis arqueológico de los yacimientos y cultura material que conocemos para este periodo y otra, más teórica, sobre cuáles fueron las vías a través de las cuáles se erosionó y transformó la sociedad indígena en su contacto con Roma. En la medida de lo posible, se ha tratado de plantear un punto de vista más cercano al mundo indígena, realizando su alteridad respecto al romano y centrando la atención en los

mecanismos de interacción entre ambos. Más que hablar de romanización hemos preferido hablar de un proceso de disolución de las sociedades indígenas prerromanas.

En este sentido, el análisis de las modificaciones sociales, políticas y económicas de este periodo tiene que establecerse desde la existencia de una dominación primero militar y luego cultural que acaba alterando de manera definitiva las estructuras indígenas previas. Que la conquista y ocupación de la Carpetania no fuera un proceso excesivamente violento desde el punto de vista bélico no quiere decir que no fuera enormemente traumático y que no existiera una dialéctica de oposición – posteriormente, de negociación – entre las formas indígenas de percibir la realidad y las imposiciones de los conquistadores. Esta dialéctica, que a menudo se dio de manera inconsciente, debió abarcar desde fenómenos de emulación hasta resistencias más o menos activas al cambio. Es en este sentido donde el concepto de hegemonía propuesto por Antonio Gramsci (en Eagleton, T. 1997: 112-123) cobra todo su sentido, como expresión de los mecanismos a través de los cuales el poder dominante gana el consentimiento de los subyugados para gobernar, de manera que se reduce el grado de coerción directa sobre las comunidades dominadas que no sólo aceptan ser gobernadas sino que consideran que la autoridad las representa y las protege.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que muchos de los procesos que se engloban dentro de la etiqueta de romanización no son premeditados. Sí lo son los asociados a los grandes cambios geoestratégicos y económicos, como la recaudación de impuestos o la reestructuración del territorio que se observa a mediados del siglo I a.C., pero debería ser evidente, como ha señalado A. González (2007: 600) que la asimilación de la cultura romana por parte de los indígenas no fue ni una prioridad ni un proyecto predeterminado por parte de unos conquistadores a los que parece evidente que no preocupaban demasiado las culturas indígenas en tanto éstas no ofrecieran resistencia armada. De hecho quizá podríamos observar el fenómeno contrario: la búsqueda consciente de asimilación de elementos culturales romanos por parte de colectivos indígenas – significativamente, aquellos situados en posiciones de poder – dentro de dialécticas internas que tan sólo en sus etapas finales tienen que ver con las estructuras administrativas y políticas romanas.

Cronológicamente, el límite inferior del proceso está es el comienzo sistemático de la conquista romana en el 193 a.C., aunque desde el 220 a.C. con la famosa incursión de Aníbal en el Duero los pueblos del valle medio del Tajo van a verse cada vez más involucrados en las estrategias geopolíticas de cartagineses y romanos de control del Mediterráneo. El final de la romanización es mucho más difícil de precisar, aunque en el periodo inmediatamente posterior a las guerras sertorianas (83-72 a.C.) se da un fuerte impulso organizativo al territorio que culmina con la reorganización provincial de Augusto a finales del siglo, aunque las últimas pervivencias indígenas llegarían, de manera casi simbólica, hasta el siglo I d.C.

7.2. Ciclos de violencia: Cartago y Roma en el valle medio del Tajo

Desde finales del siglo III a.C. hasta mediados del siglo II a.C., el valle medio del Tajo va a verse progresivamente afectado por la presencia cartaginesa y romana y su rivalidad, en un ciclo que comienza con acciones esporádicas de los ejércitos cartagineses y termina con la conquista de la Carpetania por los ejércitos romanos tras el final de la Segunda Guerra Púnica. Este proceso no es sin embargo lineal, y presenta al menos tres contextos muy diferentes que deben ser analizados de manera independiente y que corresponden a la actividad púnica en la región (220 – 210 a.C.), la conquista romana del valle medio del Tajo (195 – 179 a.C.) y los combates entre romanos, lusitanos y vacceos en la región (151-135 a.C.). Estos tres periodos están muy mal documentados arqueológicamente, dependiendo en exceso de la presencia de indicadores exógenos – principalmente cerámicas de importación romana o monedas emitidas por los contendientes – y de las fuentes clásicas que constituyen el apoyo fundamental para comprender cómo se produjo la entrada del valle medio del Tajo en la órbita de las dos potencias mediterráneas.

Realmente, antes del desembarco de los Bárcidas en la Península ibérica en el año 237 a.C. desconocemos cuál pudo ser la intensidad de las relaciones del valle medio del Tajo con el mundo fenicio púnico, más allá de la existencia de rutas comerciales que permitían la introducción de objetos procedentes de ese ámbito en la región. Es más que probable que estos intercambios llegaran a través de intermediarios, por lo que el contacto directo con el mundo mediterráneo dentro de la esfera de control púnico debió ser mínimo. La falta de materias primas estratégicas – especialmente metales – y la desestructuración territorial de la región debieron limitar su integración en los circuitos comerciales más desarrollados cercanos al Mediterráneo. Es significativo que la única moneda fenicio-púnica anterior al 237 a.C., medio shekel de Gades datado en torno al 250 a.C. recogida en el Cerro de las Canteras (Yeles, Toledo), presente una perforación para ser usado como colgante (González, C. 1999), un indicio claro de que los intercambios económicos en la región no se basaban en el uso de la moneda.

Durante casi veinte años el expansionismo cartaginés siguió un patrón muy claro de control de zonas mineras, fundación de ciudades como Akra Leuke y Cartago Nova y establecimiento de alianzas con élites locales centrado en el valle del Guadalquivir, la Alta Andalucía y el sudeste de la Península ibérica. Esta política fue desplazando la zona de control cartaginés progresivamente al norte hasta que con Asdrúbal se abordó la completa conquista de la Oretania (Wagner, C. O. 1999: 271), lo que situó al valle medio del Tajo en primera línea de contacto con el territorio de influencia púnica. Evidentemente, la situación en los territorios situados más al sur debió ser conocida en nuestra región, pero no hay ninguna noticia de que tuviese algún efecto en las dinámicas internas de la región o provocase reacciones de tipo social o político.

La elección de Aníbal como general de las tropas cartaginesas va a modificar sustancialmente esta situación de relativa paz en la zona y a provocar un incremento de la presión sobre las poblaciones situadas en la periferia del área de control cartaginesa. Esta aumento de la actividad bélica se traduce en incursiones cada vez más lejanas, incluida la famosa expedición contra vacceos en el 220 a.C. (Sánchez, E. 2000), que había sido precedida de ataques a los olcades, incluida la toma de su capital, *Altheia* (Polibio III, 5-6). Como dijimos en el anterior capítulo, aunque la localización de los olcades es problemática la mayoría de las fuentes los sitúan en el

área del sur de Cuenca y norte de Albacete, y por tanto en contacto con nuestra región independientemente de que este grupo pueda ser identificado con el horizonte de necrópolis tumulares de la Mancha toledana y conquense – como hemos sugerido – o no. En cualquier caso, el ataque a los olcades acercó de manera brusca el peligro hacia el valle medio del Tajo, peligro que se manifestó de manera explícita al año siguiente cuando se produce la primera confrontación en el valle del Tajo entre cartagineses e indígenas.

Esta confrontación, provocada por el paso de Aníbal por el Tajo tras su ataque a las ciudades de Helmántica y Arbucala es en nuestra opinión un reflejo de la realidad indígena de la zona previa a la conquista romana. La alianza de pueblos que se le oponen en la batalla que se libra en el Tajo (Hine, H. M. 1979) son los supervivientes del ataque a Helmántica junto a los carpetanos – quizá el pueblo más poderosos de la zona (Polibio III, 2) – y *sus vecinos*, incitados por los olcades que evidentemente buscaban venganza del ataque cartaginés del año anterior. He subrayado "sus vecinos" porque implica que los carpetanos no eran el único pueblo que habitaba esta región, dato que hasta ahora sólo había sido tenido en cuenta por Dionisio Urbina (1997: 72). Esta interpretación parece apoyar nuestra propuesta de diferentes áreas dentro del valle, del que los conocidos como carpetanos sólo ocuparían la parte central en torno al Tajo y al Jarama, estando las áreas limítrofes habitadas por grupos con características híbridas entre los carpetanos y otras etnias como los vetones o los olcades. Ya hicimos alusión a que estas referencias a alianzas de diferentes etnias enmascararían, en realidad, las redes de pactos basadas en relaciones de parentesco y acuerdos políticos que conformaban la realidad social del valle medio del Tajo.

En cualquier caso, esta batalla y la derrota de la coalición indígena inaugura una época de abierto desencuentro entre carpetanos y cartagineses, al contrario de lo que ocurre en otras zonas donde tras su derrota los jefes indígenas se integran dentro de las estructuras políticas púnicas. También parece claro que tras su victoria junto al Tajo los cartagineses impusieron unas condiciones duras a los vencidos. Estas exigencias llevaron a que en el 218 a.C. carpetanos y oretanos se rebelaran contra los reclutadores cartagineses como protesta por sus levás excesivas (Tito Livio, XXI 11, 13), y que ese mismo año, cuando Aníbal cruza los Pirineos, 3000 carpetanos se niegan a continuar y son licenciados antes de que deserten (Tito Livio XXI 13, 4-6). Es decir, parece que, más que una oposición militar firme probablemente imposible tras la decisiva derrota del 220 a.C., lo que existe es una evidente falta de sintonía entre las comunidades de la región y los cartagineses. Esta falta de integración sorprende teniendo en cuenta la política de pactos realizada por los Bárcidas y la ausencia de recursos estratégicos que hubieran producido una explotación mucho más intensiva del territorio. Podría deberse, en nuestra opinión, a la falta de unidad política y la ausencia de élites consolidadas en las comunidades del valle medio del Tajo, que impidió la creación de alianzas similares a las realizadas en las poblaciones íberas (Wagner, C. O. 1999: 268).

En cualquier caso, no parece que dentro del interés de Aníbal estuviese el control directo del valle medio del Tajo, más allá de la exigencia de tributos en forma de alimentos, productos manufacturados o tropas. La causa más probable para sus incursiones en la zona pudo ser la pacificación del área antes del comienzo de su guerra con Roma, previniendo así posibles ataques desde la periferia de sus dominios (Wagner, C. O. 1999: 272). En este caso, el objetivo no se alcanzó ya que ocho años después del comienzo de la Segunda Guerra Púnica un hermano

de Aníbal se encontraba asediando una ciudad carpetana (Polibio X 7, 5). Por el contrario, los olcades desaparecen completamente de las fuentes clásicas tras sus choques con Aníbal, lo que podría apuntar a su posterior integración – forzosa – dentro del bando púnico. Es interesante la diferencia de comportamiento que se observa entre carpetanos y olcades. Estos segundos continúan con Aníbal en su expedición a Italia mientras que los carpetanos desertan en los Pirineos. Posteriormente, contingentes de olcades fueron trasladados al norte de África junto a tropas oretanas e íberas. La conjunción de la destrucción de sus principales ciudades, las derrotas militares, el reclutamiento forzoso de tropas y el asentamiento de poblaciones africanas en la zona debieron debilitar muchísimo a este grupo, hasta el punto de perder su identidad que ya no es reconocida por los romanos treinta años después (Gozalbes, E. 2007: 181-182).

Lo que transmiten las fuentes es, en nuestra opinión, una mala relación de cartagineses y carpetanos, sin que éstos últimos lleguen a plantear una amenaza seria a los primeros, algo que parece lógico dado el panorama de desestructuración y volubilidad política que hemos propuesto para la región y que haría muy difícil un esfuerzo sostenido y global de las poblaciones del valle frente a los cartagineses. Por otra parte y dado que no parece que éstos plantearan en ningún momento la ocupación del territorio, es probable que se aceptaran a regañadientes las exacciones púnicas, con estallidos ocasionales de tensión cuando las condiciones del tributo fueran excesivamente onerosas.

Más allá de estas pocas noticias, no sabemos cuál fue el grado de impacto cartaginés en la región. La falta de objetos de cultura material púnica apunta a que no debió haber mucha relación más allá de la recaudación de tributos, el reclutamiento de tropas y las ocasionales expediciones de castigo, pero es evidente que la presencia cartaginesa debió iniciar algunas dinámicas hasta entonces desconocidas en la región, como la coordinación para hacer frente a los pagos o la búsqueda de interlocutores para gestionarlos. Es posible que estas dinámicas sirvieran para promocionar el ascenso de algunas familias e individuos, continuando las estrategias de manipulación social realizadas a menor escala en el contexto previo, estrictamente indígena. En la zona sur y este la presencia cartaginesa pudo provocar, unida a la mayor jerarquización del área, el comienzo de un proceso de aparición de grandes asentamientos amurallados como Cerro del Gollino o *Konterbia Karbica*, que parecen surgir a finales del siglo III a.C. y quizá influyó en otros aspectos como el inicio del uso de monedas para pago de impuestos o transacciones comerciales, como indicarían algunos hallazgos monetarios púnicos como el de Consuegra (Muñoz, J. J. 2005a: 130). En cualquier caso, y asumiendo la escasez de información, no parece que la influencia cartaginesa en la región fuera permanente o muy intensa, aunque desde luego fue coercitiva y violenta.

Carecemos de noticias de la región durante 17 años, desde el asedio del 210 a.C. citado por Polibio hasta que en el 193 a.C. comienzan las operaciones romanas de conquista de la región. Estas campañas se sitúan dentro de la división inicial de la Península ibérica en las provincias Ulterior y Citerior, en un contexto en el que gran parte del centro peninsular era bastante desconocido. La primera campaña, realizada por Marco Fulvio en el año 193 a.C. le enfrentó a un ejército de vacceos, vetones y celtíberos – sorprendentemente, no se cita a los carpetanos – cerca de Toledo (Tito Livio XXXIV 55, 6), donde derrotó a la coalición indígena y capturó al rey

Hilerno, única mención que tenemos en las fuentes clásicas a este tipo de cargo. La ausencia de los carpetanos en esta coalición podría estar enmascarada bajo el término celtíberos, que a menudo es utilizado de manera genérica para hacer referencia a pueblos poco conocidos del interior, un rasgo característico de los primeros momentos de la conquista romana cuando el conocimiento de estos pueblos del interior era muy escaso (Gómez, J. M. 2001, 2002; Gozalbes, E. 1983) y utilizado frecuentemente por otros autores como Apiano (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 116). La combinación de grupos étnicos, como en otras ocasiones, enmascararía la realidad de otro tipo de alianzas políticas, sociales y familiares realizadas con los vecinos más cercanos, y fueron identificados por los historiadores romanos en relación al grupo étnico con el que éste los identificaba (Abascal, J. M. y González-Conde, M. P. 2007: 293).

En cualquier caso, parece que la derrota no fue definitiva y que Toledo quedó marcado como uno de los objetivos estratégicos de la conquista de la Carpetania, ya que la campaña del año siguiente tuvo como objetivo su conquista. Tras un intento de levantamiento del sitio por parte de un ejército vetón se toma la ciudad en lo que parece haber sido uno de los episodios definitivos de la conquista (Tito Livio XXXV 22, 5). De nuevo, los aliados de los "carpetanos" proceden de fuera, en este caso vetones, que podrían ser las poblaciones en torno al área de Talavera de la Reina e incluso los habitantes de la zona de los Montes de Toledo, cuyas características materiales los acercan mucho a esta etnia y cuya cercanía a Toledo habría facilitado la creación de acuerdos en etapas anteriores. Las batallas definitivas, sin embargo, no se producen hasta unos años después. En el 185 a.C., los pretores C. Calpurnio y L. Quinticio penetran de nuevo en la Carpetania y se enfrentan a un ejército indígena cerca de las ciudades de Toledo y *Dipo*, ésta última de localización desconocida (Tito Livio XXXIX, 30). Tras una primera batalla que vencen los indígenas se planteó un segundo encuentro que debió resultar decisivo si nos atenemos al relato de la derrota y a que posteriormente no vuelve a citarse la zona de Toledo como escenario de combates.

La siguiente campaña desarrollada en la zona, que resultará definitiva para la conquista de la región es la llevada a cabo en el 181 a.C. con dos escenarios principales: las ciudades de *Aebura* y *Konterbia Karbika* (Tito Livio, XL 30-33). La primera se ha identificado repetidamente con la ciudad de *Libora* citada en el Anónimo de Rávena y asimilada a Talavera de la Reina. Dionisio Urbina opta por el contrario por considerar que *Aebura* es en realidad Cons-aebura (Consuegra), en un proceso de construcción del nombre similar a otras ciudades romanas (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 117), y en nuestra opinión el contexto del episodio refrendaría esta postura, ya que esta ciudad de *Aebura* estaba ya pacificada (los romanos dejan allí un destacamento, y a los heridos tras la batalla), y esto es más lógico si *Aebura* estuviera localizada en la región al sudeste del Tajo, donde los romanos habían actuado durante la década anterior en sus ataques a la Carpetania y a Toledo (Gómez, J. M. 2002: 109). Además, no hay constatación de un hábitat prerromano de entidad en Talavera de la Reina al que relacionar con *Libora* y posteriormente con *Aebura*. En cualquier caso, tras una victoria contra los indígenas el ejército se traslada hasta *Konterbia Karbika*, ciudad identificada con Fosos de Bayona en Cuenca, y atravesando la Carpetania, donde toman la ciudad tras un asedio y derrotan después a un ejército de celtíberos que había acudido en ayuda de los habitantes de la ciudad (Tito Livio XL 33).

La toma de *Konterbia Karbika* supuso de hecho el final de la resistencia en la Carpetania, lo que nos lleva a plantearnos algunas cuestiones interesantes. La primera de ellas es que las

operaciones desarrolladas en la Carpetania nunca sobrepasan el territorio situado al norte del río Tajo. Aunque hay momentos ocasionales en que se cruza el río y se combate en sus alrededores, no hay alusiones a la zona situada en la confluencia de los valles del Jarama, el Henares, el Guadarrama o el Tajuña. Es probable que las operaciones que se desarrollaran en esta zona fueran menores, o que las comunidades que habitaran esta zona colaboraran con los grupos situados más al sur y fueran diezmadas en los combates. El hecho claro es que los textos clásicos no hacen referencia a combates en la mitad norte del valle.

La segunda reflexión es que la resistencia de los carpetanos a la conquista romana fue, cuando menos, escasa. Los textos clásicos tan sólo citan cinco batallas en trece años, nada que ver con el nivel de combates de otras zonas como la vetona o la celtíbera. Es cierto que cinco derrotas de consideración pueden diezmar lo suficiente a una población como para someterla, pero hay que tener en cuenta también que las bajas de estas batallas fueron asumidas no sólo por los habitantes de la región sino también por sus aliados. En cuanto a los cifras de los ejércitos, en general parecen menos exagerados que los citados para otras campañas: el número máximo de combatientes que reúnen los carpetanos y sus aliados es 35.000, probablemente exagerado si tenemos en cuenta que la población total de una región como la Mesa de Ocaña ha sido estimada en unas 10.000 personas en esos momentos (Urbina, D. 1997: 374). Algunas de las estimaciones de bajas sin embargo son más razonables, como los 3000 muertos en *Aebura* frente a los 3400 caídos del ejército romano, entre legionarios y auxiliares.

En general, la impresión que transmiten las fuentes es que, exceptuando momentos muy concretos, la conquista de la Carpetania fue relativamente fácil. Las causas pueden ser varias. Además de la lógica desventaja militar frente a ejércitos profesionales con un estilo de hacer la guerra completamente diferente y mucho más mortífero que el habitual en la región hay que sumar la desestructuración del territorio que hemos defendido como característica de la sociedad del valle medio del Tajo en los siglos IV y III a.C. La ausencia de jerarquías claras y de organizaciones políticas consolidadas debió complicar la organización de la defensa y el mantenimiento de un esfuerzo militar sostenido. Además, hay que tener en cuenta que el valle medio del Tajo no representaba una unidad que pudiera oponerse al estado romano, de hecho, estaba inmerso en una dinámica de conflictos internos que debió facilitar enormemente la tarea de los conquistadores. Tampoco sabemos si todas las comunidades que habitaban la región se opusieron frente a los romanos. De hecho, y si tenemos en cuenta las malas relaciones entre carpetanos y cartagineses, es probable que muchas de las poblaciones indígenas no vieran con malos ojos – al menos, en un primer momento – la presencia romana en la región.

Finalmente, consideramos que hay que tener en cuenta otro factor que no ha sido considerado hasta ahora: la posibilidad de que, dentro de las comunidades indígenas, hubiese diferentes actitudes frente a los invasores e incluso que algunas facciones apoyaran a los invasores siguiendo las dinámicas de conflicto estrictamente indígenas de los siglos IV-III a.C. La aparición de fenómenos de aumento de desigualdad social y de ascenso de élites como resultado del contacto con sociedades altamente jerarquizadas es un hecho constatado en numerosos casos históricos, siempre que se parta de una situación embrionaria de desigualdad. En este sentido, no es descartable que algunos de los grupos de parentesco aprovecharan las circunstancias para desarrollar sus propias agendas de control social dentro de sus comunidades, no sólo a través de

la gestión de las relaciones con los romanos sino tomando partido por ellos. Algunas de las referencias que aparecen en los textos clásicos podrían apuntar en esta dirección, como cuando *Aebura* (para la cual no hay menciones de su conquista) permite el establecimiento de una guarnición dentro de la ciudad y posteriormente acoge a los heridos romanos (Tito Livio XL 33) o cuando tras la derrota cerca de *Dipo* y Toledo los romanos reclutan *auxilia* de las ciudades aliadas (no vasallas) (Tito Livio XXXIX 30, 7-8).

Es decir, es posible que en la conquista romana algunas de las élites incipientes percibieran la posibilidad de acrecentar y, por primera vez consolidar su poder dentro de sus comunidades a través de relaciones privilegiadas con los romanos. Es posible, de hecho, que ambas posturas – colaboracionismo y resistencia – no sean más que las dos caras de la misma moneda, de las diferentes estrategias de las élites para obtener un poder que hasta este momento les había sido negado. De este modo, quizá habría que plantear la conquista romana como un episodio más de los procesos de cambios sociales que se habían estado produciendo en la región, un episodio que por una parte proporcionó un contexto con nuevas posibilidades de interacción y adquisición de poder. La gran diferencia con los periodos anteriores es que el poder militar romano no pudo ser contestado, y por primera vez existe en la región un control que no puede ser negado por los grupos que tratan de contrarrestarlo.

En cualquier caso, parece que en torno al 180 a.C. la región está controlada por el ejército romano, y no vuelven a citarse combates contra las poblaciones que habitan el valle medio del Tajo. Esto no quiere decir que la zona estuviera completamente pacificada. A partir del 151 a.C. se produce otro ciclo de violencia en la región, ésta vez debido a los ataques de grupos de la Meseta septentrional a las poblaciones de la Carpetania. Las referencias proceden principalmente de Apiano, que describe cómo en el año 151 a.C. los ejércitos romanos atacan Cauca como represalia por sus incursiones contra los carpetanos (Apiano, *Ibér.* 51). Del mismo modo, la Carpetania fue objetivo de varias campañas de Viriato, que saqueó la zona al menos en dos ocasiones (146 y 139 a.C.) derrotando a varios ejércitos romanos y exigiendo tributos a las poblaciones (Apiano, *Ibér.* 64, 70). De estos episodios se deduce claramente que los carpetanos eran considerados aliados de los romanos y por tanto susceptibles de ser atacados y robados. No hay, sin embargo, ninguna alusión a que alguna población de la zona se uniera a Viriato, o a que éste reclutara hombres en la zona, y el episodio de Cauca en el que los romanos protegen a los carpetanos apunta a que éstos estaban claramente alineados con Roma (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 118). El ejemplo más claro de este apoyo (probablemente voluntario, ya que evidentemente la ayuda romana frente a vacceos y lusitanos debió ser agradecida) es la instalación de los cuarteles de invierno romanos en la Carpetania ya en el año 135 a.C. (Apiano, *Ibér.* 83), lo que implica que el área estaba completamente pacificada. Tras este episodio parece iniciarse un periodo de estabilidad en la zona, en un contexto en el que la muerte de Viriato en el 139 a.C. y la conquista de Numancia seis años después debieron ser clave para la estabilidad del valle medio del Tajo, que se mantendrá hasta las guerras de Sertorio seis décadas más tarde.

Es difícil valorar las consecuencias de los tres episodios de guerra que sufrió la región. Por una parte, es evidente que las bajas en combate, la devastación de los campos como medidas de castigo, el reclutamiento forzoso y el pago de impuestos que acompañaron a los conflictos armados debió alterar severamente los parámetros económicos y sociales de las poblaciones de la región. Pero tampoco creemos que pueda hablarse de 80 años casi constantes de lucha contra

cartagineses, romanos y Viriato, como se ha propuesto (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 119). Ni los combates parecen haber sido tan constantes (entre las últimas noticias de ataques púnicos y la invasión romana pasan 17 años, y 19 entre el final de ésta y los ataques de Viriato), ni éstos afectaron a todo el territorio. No parece que hubiera en la Carpetania una "guerra de fuego" como la desatada en la Celtiberia. Por otra parte, la espectacularidad de las batallas campales y su alto número de bajas puede llevar a asumir que éste tipo de guerra es más letal que una de baja intensidad, pero los estudios de Keely sobre poblaciones preestatales muestran que los porcentajes de bajas pueden ser mucho más altos en este tipo de sociedades (1996: 88-93), en contextos como el de la Carpetania antes de la aparición de cartagineses y romanos. Tampoco se aprecia – y esto es significativo – una redistribución de las poblaciones forzándolas a abandonar los asentamientos fortificados, algo que hubiera causado alteraciones en la reordenación del territorio, ni una ocupación permanente del mismo por tropas romanas. Como veremos, el registro arqueológico de la región no muestra precisamente un escenario de devastación tras décadas de guerra.

Es más probable que en estos momentos los principales cambios se produjeran en los ámbitos económico y social, tanto por las exigencias de tributo que debieron forzar la producción de excedentes – lo suficiente, al menos en una ocasión, para mantener a un ejército a lo largo de todo un invierno – como por la necesidad de organizar y gestionar el pago del mismo. Como hemos dicho, estas situaciones debieron ofrecer oportunidades de interacción y asociación a los conquistadores, y de adquisición de posiciones privilegiadas susceptibles de ser utilizadas frente al resto de la comunidad. Estos cambios sin embargo no debieron evidenciarse el momento de la conquista, sino que se hacen patentes más tarde, durante el largo proceso de aculturación que conocemos como romanización.

Respecto a las evidencias arqueológicas de estos tres periodos de combates, son muy difíciles de detectar, y mucho más tratar de dilucidar a cuál de estos ciclos podrían adscribirse. La mayoría de los choques citados en los textos clásicos consisten en batallas campales –imposibles de localizar – o en operaciones de saqueo y extorsiones que no tuvieron porqué provocar destrucciones de entidad en los asentamientos. Tan sólo en los casos en que se atacasen y tomasen poblaciones – como ocurrió en el caso de Toledo o *Konterbia Karbika*, o algunas de las localidades que sitian los cartagineses podrían detectarse evidencias de estas acciones militares.

En el actual registro arqueológico contamos con un único asentamiento cuya destrucción podría ser achacada a operaciones bélicas de este periodo. Se trata de Plaza de Moros, asentamiento típico del sistema de poblados fortificados estudiado en el capítulo anterior y que sufre un final violento a finales del siglo III a.C. o en la primera mitad del siglo II a.C. tras el cual no vuelve a ser habitado (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 116), aunque es evidente la dificultad de achacar este final a cartagineses, romanos o incursores procedentes de otras regiones. Indirectamente, algunos asentamientos fortificados muestran evidencias de una fecha de construcción tardía y apresurada que podría estar relacionada con la aparición de púnicos y romanos en la región (Urbina, D. 1997: 584, 2005: 64). Otras evidencias indirectas de los cambios – no necesariamente violentos – producidos por los procesos de conquista de la región serían el abandono de la mayoría de las necrópolis tumulares en el sudeste de nuestra región, o la construcción de

grandes asentamientos amurallados como Fosos de Bayona, Cerro del Gollino o Dehesa de la Oliva.

En cualquier caso, pacificación y control no implican necesariamente romanización, aunque evidentemente la facilite. De los textos clásicos parece extraerse que, aunque la conquista de la región fue relativamente sencilla, hasta sesenta años después de su comienzo no se utilizó la zona como base para los ejércitos romanos, por lo que durante gran parte del siglo II a.C. parece que la romanización de la zona fue bastante escasa. Respecto de la velocidad de éste proceso, se han planteado dos líneas interpretativas: la que defiende una rápida romanización del territorio (Mena, P. 1988; Ramos, J. 1988; Salinas, M. 2008) basándose en la escasa resistencia ofrecida por los habitantes de la región, la presencia relativamente temprana de numerario, un proceso temprano de urbanización en la zona, la aparición de cecas a mediados del siglo II a.C. como *Konterbia Karbica* y en la presencia de objetos de clara procedencia romana como tégulas, ánforas o cerámica campaniense o de paredes finas. La otra posición (Santos, J. A. *et al.* 1990) defiende por el contrario una pervivencia de gran parte de los modos de vida indígenas hasta probablemente las guerras sertorianas (83-72 a.C.) tras las cuales comenzaría verdaderamente el proceso de romanización en la región, consolidado definitivamente con Augusto.

Como hemos defendido en la introducción de este capítulo, nuestro interés no radica tanto en valorar la intensidad, velocidad y estrategias de inserción del valle medio del Tajo en las estructuras políticas, sociales y económicas del imperio romano como en analizar cuáles fueron las características del mundo indígena durante los siglos II y I a.C., que evidentemente estuvieron influidas por la conquista romana, pero que no dependieron únicamente de ésta. Para ello es necesario, en primer lugar, valorar el verdadero significado de las transformaciones de la cultura material que se aprecian asociadas a la presencia romana, y su alcance dentro de la sociedad. Ya vimos al analizar el siglo V a.C. cómo estas transformaciones no conllevaban necesariamente cambios en las estructuras sociales – al menos, de forma inmediata –, y que las innovaciones eran primero asumidas por sus ventajas técnicas, económicas y simbólicas, integradas en los modos de vida tradicionales y que sólo un poco más tarde, empezaban algunos procesos de cambio social y económico que podían o no estar debidos a la introducción de estos cambios. En nuestra opinión es necesario hacer un proceso de crítica similar con las innovaciones introducidas en el proceso de romanización para valorar hasta qué punto pudieron constituir agentes del mismo o si simplemente fueron utilizados dentro de parámetros estrictamente indígenas.

7.3. La vida en el valle medio del Tajo durante los siglos II-I a.C.

7.3.1. Introducción

La aproximación al contexto arqueológico en el que se desenvuelve la vida de las comunidades del valle medio del Tajo en el periodo que media entre la ocupación romana de la región y el cambio de era es bastante compleja. Comenzando por la propia identificación de cuáles son los asentamientos ocupados en estos dos siglos, ya que si obviamos la presencia de indicadores de origen romano – cerámicas campanienses o de paredes finas, ánforas, monedas, etc. – o algunos materiales muy específicos como las fíbulas de omega o de La Tène III, la cultura material es muy similar a la de momentos anteriores. Tampoco se detecta un cambio global de patrones de asentamiento como ocurría en torno al siglo IV a.C. Es cierto que la mayoría de los pequeños poblados fortificados desaparecen y que el desarrollo de grandes asentamientos parece ser característico de este momento, pero estos cambios conviven con el mantenimiento de yacimientos más característicos de momentos anteriores. Estas dificultades para realizar una "foto fija" que nos ayude a definir el registro afectan también a nuestra comprensión de la situación económica, social y política del momento, y a valorar a través de qué mecanismos se produjo la integración de la zona en los parámetros sociales y culturales romanos, qué velocidad tuvo este proceso y cuáles fueron sus resultados.

Lo más probable es que esa desestructuración sea de hecho la característica principal de estos dos siglos, en los que parece producirse una sinergia de tres procesos: el mantenimiento de algunas de las estrategias indígenas prerromanas de adaptación al entorno, la aparición de procesos de cambio vinculados a nuevas realidades de las comunidades de la región y la progresiva toma de control de los conquistadores con una perspectiva completamente diferente de intervención en el territorio. Esta variedad de dinámicas es la que hace tan difícil la interpretación de los siglos II-I a.C., aunque los datos apuntan a que no es hasta mediados del siglo I a.C. cuando se impone definitivamente la posición romana y se dan las modificaciones definitivas en las estructuras del mundo indígena. Hasta entonces, no sólo parece que el control romano sobre la región fue relativamente laxo, sino que se permitieron procesos de cambio internos que parecen haber sido autónomos aunque evidentemente estuvieron influidos por la nueva situación política.

El objetivo de los siguientes apartados pretende, en la medida de lo posible, detectar los tres procesos mencionados arriba (resistencia y cambio indígena y actuaciones por parte de los conquistadores) y valorar su impacto en las comunidades de la región. Una de las características de esta situación es que dado que la resistencia militar frente a Roma fue muy limitada, los procesos de coerción directa parecen haber sido mínimos, lo que nos ofrece la posibilidad de valorar un modelo de dominación diferente, basado en una interacción económica y social que, si bien esconde también una violencia en este caso simbólica, aporta situaciones de negociación muy interesantes entre conquistadores y conquistados. En este contexto, la discusión sobre el concepto de hegemonía al que hemos aludido arriba cobra todo su sentido.

7.3.2. Dinámicas de poblamiento

Una mirada a los parámetros de ocupación del valle medio del Tajo en los siglos II-I a.C. muestra de manera directa la complejidad de los cambios que introduce la presencia primero cartaginesa y sobre todo romana en la región. Por una parte, el proceso asumido casi de manera inconsciente en el que los romanos forzarían a los indígenas a abandonar los asentamientos amurallados y descender a zonas llanas y más fácilmente controlables no se aprecia en el valle medio del Tajo. Muchos de los asentamientos de la etapa anterior que contaban con fortificaciones, como el cerro de La Gavia, Santa María, Fuente de la Mora, el castro de Las Canteras en Yeles o los asentamientos estudiados por Dionisio Urbina en el arroyo Cedrón continúan su vida bajo la ocupación romana, sin que se aprecien evidencias de abandonos traumáticos o destrucción de fortificaciones. Si bien es cierto que muchos poblados son abandonados, la verdadera remodelación del sistema de poblamiento de la zona parece haberse producido en un momento más avanzado, cercano ya al cambio de era. Otros poblados que nunca estuvieron amurallados, como El Cerrón de Illescas, El Cervero y El Cerrón en Toledo (Martín, A. 2010; Presas, M. M. y Yañez, G. I. 2010) o La Gota en Carrascosa del Campo (Chauton, H. 2010) también mantienen su ocupación.

Más aún, el principal cambio en el poblamiento parece haber sido la aparición de otro tipo de asentamientos fortificados de gran tamaño, cuya construcción se ha relacionado con la presencia cartaginesa y romana en la zona desde finales del siglo III a.C. Los ataques crecientes provocarían procesos de concentración de población y levantamiento de sistemas defensivos mucho más complejos que los de momentos anteriores, incapaces de hacer frente a esta nueva amenaza. Se trata de grandes poblados como Dehesa de la Oliva, Cerro del Gollino o Fosos de Bayona (*Konterbia Karbika*), a los que se unen poblaciones más antiguas como *Toletum* o *Consabura*. Lo significativo es que, una vez conquistada la región por los romanos, estos asentamientos mantienen tanto la ocupación como las fortificaciones, que en muchos casos se amplían hasta conformar varios recintos. No está claro por qué no se desmontan las defensas de estos grandes poblados, pero en nuestra opinión la escasa resistencia planteada por los pueblos del valle medio del Tajo y su posible alineamiento con los romanos debieron evitar la destrucción de muchos de ellos, incluidos algunos que fueron ocupados militarmente como Fosos de Bayona. Asimismo, el hecho de que durante las guerras de Viriato esta zona fuese objetivo frecuente de incursiones pudo pesar en las estrategias romanas, que permitirían así una defensa más efectiva del territorio a sus aliados desviar recursos para concentrarlos en acciones ofensivas (Salinas, M. 2007: 65). Sea cual sea el caso, lo cierto es que muchos de estos grandes poblados continuaron existiendo hasta el siglo I a.C. sin que al parecer fueran percibidos como una amenaza por las autoridades romanas, y su desaparición vendrá no tanto de una actitud conflictiva con éstas como por los procesos de reestructuración del territorio documentados en torno al cambio de era. Los restos documentados en los yacimientos mejor excavados, como El Llano de la Horca y Dehesa de la Oliva apuntan a un abandono pacífico.

Este panorama de asentamientos fortificados bajo control romano es ciertamente desconcertante, porque implica una coexistencia de dinámicas indígenas relativamente independientes bajo el control romano. Por supuesto, estas dinámicas no eran exactamente iguales a las de siglos anteriores, ya que la presencia romana tuvo que afectar a las poblaciones de la región. Pero como hemos dicho, la aparición de estos grandes poblados parece estar

relacionada con la reacción a la presencia romana, y por tanto es cuanto menos sorprendente que posteriormente se integraran sin problemas dentro de las estructuras de los conquistadores. Para complicar aún más el panorama, algunos asentamientos de gran tamaño como el Llano de la Horca no parecen haber estado amurallados nunca.

Otra de las características que contradicen las líneas habituales de interpretación es el crecimiento demográfico que parece detectarse en la región desde el siglo II a.C. y coincidiendo en parte con la fase más violenta de la conquista romana y que de nuevo refuerza la idea de una conquista menos traumática de lo propuesto habitualmente. Los indicios son numerosos: aparición de grandes asentamientos contruidos *ex novo*, crecimiento de otros ya existentes, como el Llano de la Horca, ampliaciones de las murallas para dar cabida a más población, como ocurre en la Dehesa de la Oliva, Cerro del Gollino o *Konterbia Karbika*, etc. Por supuesto, podría aducirse que estos procesos se deben a concentraciones de población y procesos de sinecismo antes que por un aumento de la población, pero éste proceso se ha detectado también en asentamientos pequeños, que deberían haber desaparecido progresivamente frente a los grandes poblados del final de la Edad del Hierro. Es el caso del Cerro de la Gavia, cuya ocupación principal se produce precisamente en el siglo II a.C. (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 121). Esta situación fue considerada excepcional, pero un repaso a otros asentamientos como el Cerrón de Illescas muestra también un crecimiento de la superficie ocupada del cerro (fig. 7.12). Estos datos deben ser contrastados y sobre todo analizados desde perspectivas territoriales más amplias, pero son coherentes tanto con la aparentemente fácil conquista de la región como con el mantenimiento de modelos de ocupación previos que implican unas relaciones menos traumáticas de lo esperado entre conquistadores y conquistados.

Con todo, son los grandes asentamientos fortificados los que suponen una verdadera novedad en el panorama arqueológico de la región. Aunque conocemos media docena de ellos, con una extensión entre las 14 y 50 Ha, lo cierto es que la información disponible es muy desigual. Dehesa de la Oliva ha sido excavado en repetidas ocasiones (años 50, 70, 90 y 2000) por diferentes proyectos que han publicado de manera muy desigual los resultados de las excavaciones. El Llano de la Horca, por el contrario, ha sido objeto de excavaciones ininterrumpidas desde 2001 (además de una intervención previa en los años 90), pero de las cuales apenas se han publicado dos artículos, aunque actualmente se encuentra en preparación un volumen monográfico de la excavación en la revista Zona Arqueológica. En cuanto al Cerro del Gollino, Fosos de Bayona/ *Konterbia Karbika* y Fuente de la Mora, las excavaciones realizadas han sido muy parciales (caso de los dos primeros yacimientos) o insuficientemente publicadas (caso de Fuente de la Mora), por lo que algunos de los aspectos más interesantes de estos yacimientos – como la existencia de un urbanismo incipiente – no pueden ser valorados adecuadamente. En el caso de otros posibles asentamientos de gran tamaño, como *Toletum* o *Consabura*, descritos en el capítulo anterior, la superposición de ocupaciones impide el más mínimo análisis de sus características en la etapa romana republicana.

Pese a estas carencias en la información, los dos asentamientos mejor estudiados presentan un conjunto de datos muy valioso para detectar algunos cambios fundamentales en la concepción del espacio y de las relaciones entre los miembros de la comunidad. Es el caso de la Dehesa de la Oliva, donde las primeras excavaciones realizadas en los años 50 (Cuadrado, E. 1991) pusieron

de relieve la existencia de un trazado reticular de calles perpendiculares que conformaban manzanas rectangulares, trazado que ha sido confirmado en intervenciones posteriores (Muñoz, G. 1974; 1980) y que es detectable a simple vista a través de la fotografía aérea (fig. 7.1).

Este yacimiento situado sobre el río Lozoya justo antes de su confluencia con el Jarama es probablemente el más grande de toda la región, con una superficie ligeramente inferior a 50 Ha. Ocupa dos zonas muy bien diferenciadas, una de ellas el cerro propiamente dicho y la otra un segundo nivel más llano y de mayor extensión, separados por un collado y rodeados por una muralla que tan sólo ha podido ser documentada con seguridad en algunos tramos. Otra posible muralla pudo cerrar la zona superior (Cuadrado, E. 1991: 192) que sería el emplazamiento original del hábitat y que por tanto se habría expandido posteriormente.

Cronológicamente, el horizonte de ocupación prerromana del asentamiento es muy preciso, establecido en torno a los siglos II-I a.C. a partir de la presencia de cerámica campaniense A, fibulas de omega, La Tène III y auccisa y monedas de cecas celtibéricas como *Bolskan*. A estos materiales bien datados se unen otros indicios como la ausencia de cerámicas jaspeadas (al menos, identificadas como tales) o la presencia de algunas piezas de cerámica celtibérica pintada que parecen confirmar una ocupación ceñida estrictamente a los dos siglos anteriores a nuestra era. Tras este periodo y pese a que generalmente se ha planteado una continuidad del poblamiento, lo cierto es que parece haber una desaparición o fuerte caída del mismo hasta que a partir del siglo III d.C. se observa otro pico de ocupación que continuará hasta época visigoda. La ocupación que nos ocupa, por tanto, parece abarcar de manera muy concreta el periodo romano republicano, sin ocupación anterior. Las excavaciones más interesantes fueron realizadas en los años 50 por Emeterio Cuadrado, localizándose varias manzanas de casas, dos albercas y otras viviendas aisladas. Las calles se distribuían creando una retícula perpendicular, con una longitud considerable (la denominada de la Alberca alcanzaba los 130 m. de largo) y con un ancho de unos 8 m que al menos en un caso incluía una acera de 3 m para facilitar el tránsito y el desagüe de la Alberca localizada en la zona (Cuadrado, E. 1991: 196). En cuanto a las manzanas, tenían el ancho de una única casa (unos 13 metros, y agrupaban un número indeterminado de viviendas de las que se excavaron cuatro consecutivas en la Manzana M. Las técnicas constructivas son idénticas a las de momentos anteriores, zócalos de 60-70 cm contruidos con piedras trabadas con barro y recrecidos de adobe con que no se han conservado, sin que se hayan recogido materiales constructivos romanos, como tégulas o ímbrices.

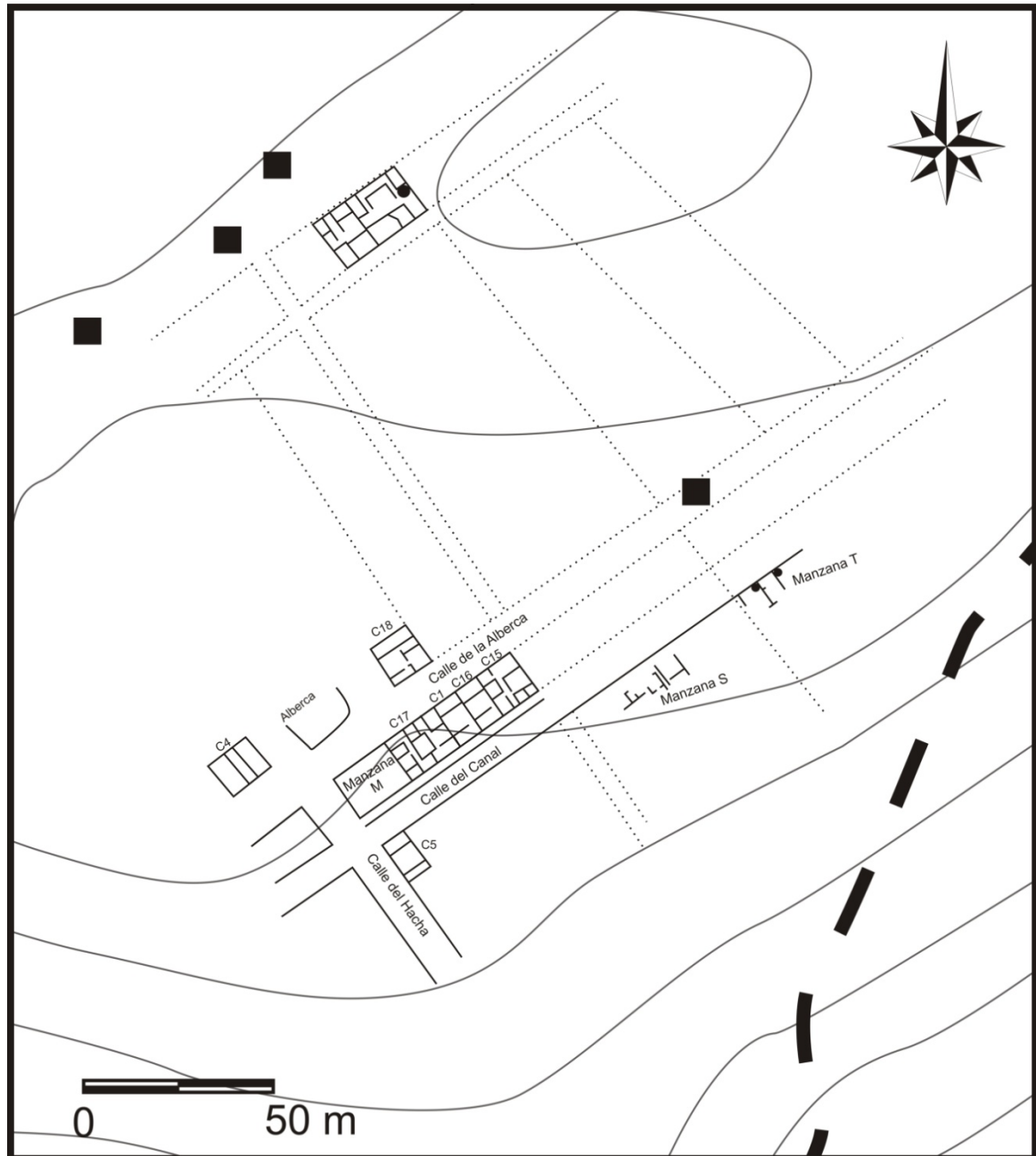


Figura 7.1: áreas excavadas en la zona superior del castro de la Dehesa de la Oliva. Las líneas punteadas reproducen la orientación de algunas de las calles y/ o manzanas. A partir de (Cuadrado, E. 1991; Strato 2008).

El aspecto más interesante de análisis es, además de la presencia por primera vez de un urbanismo desarrollado y bien planificado, la aparición de unos módulos habitacionales bien establecidos, consistentes en un área de unos 80 m² de media y una distribución tripartita del espacio. Estas medidas – con variaciones mínimas – han sido documentadas en tres de las casas excavadas por Emeterio Cuadrado. Otras casas mucho más grandes podrían corresponder a la unión de dos de estos módulos, mientras que hay algunas que, sin llegar a duplicar la superficie de un módulo básico, presentan tamaños sustancialmente mayores (fig. 7.2). El aumento del tamaño conlleva inevitablemente un mayor número de habitaciones que en los casos más complejos incluyen pasillos distribuidores, habitaciones centrales y vestíbulos que apuntan a cambios muy profundos en la percepción de la privacidad de los espacios domésticos, en un

aumento de la complejidad funcional de las viviendas y a claras diferencias económicas entre las familias que habitan las casas más grandes y las que se conforman con los módulos tipo.

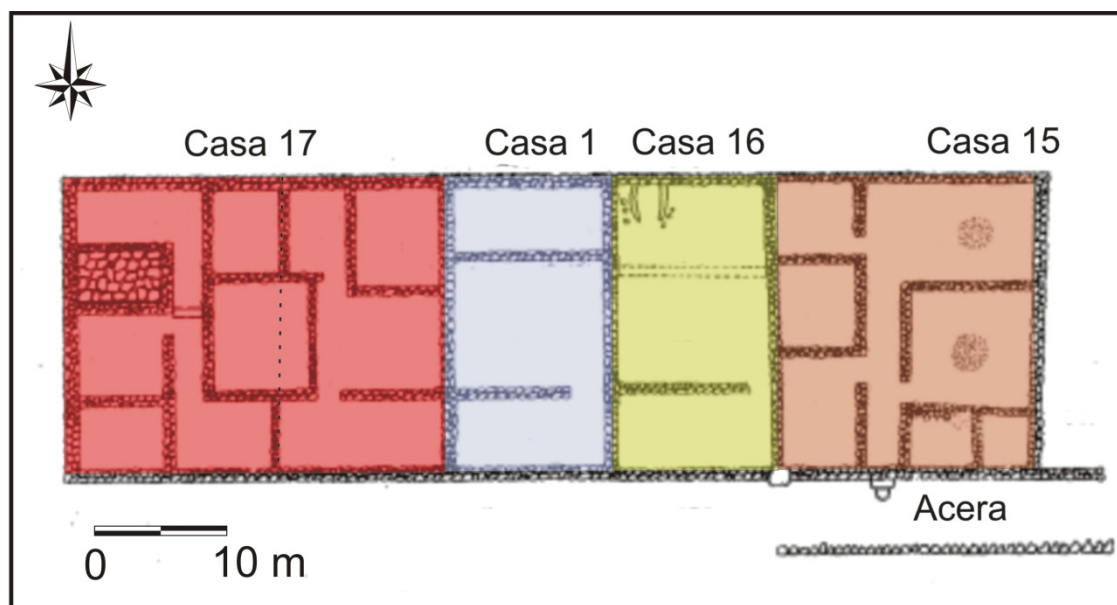


Figura 7.2: manzana M del yacimiento de la Dehesa de la Oliva, con las distintas unidades domésticas detectadas. A partir de (Cuadrado, E. 1991, fig. 3)

Estas diferencias entre las viviendas se confirman en la zona excavada en los años 70 y completada a mediados de la década pasada (fig. 7.3). En este caso se excavaron dos viviendas, ambas de tamaño superior al del módulo básico, que en líneas generales siguen los patrones expuestos arriba. Ambas presentan un pasillo de acceso que hace las veces de distribuidor a las diferentes habitaciones. Los otros edificios documentados en la zona baja del asentamiento muestran de nuevo la repetición del módulo básico de 80 m² con separación tripartita del espacio o tamaños mayores asociados a una planta más compleja. No vamos a hacer un análisis exhaustivo de las diferentes estructuras documentadas en Dehesa de la Oliva, pero es evidente que de las características del asentamiento se extraen tres claras diferencias respecto de yacimientos de etapas anteriores. La primera de ellas es la aparición de un urbanismo planificado que incluye retículas bien trazadas, aceras, algunos edificios de servicio público como

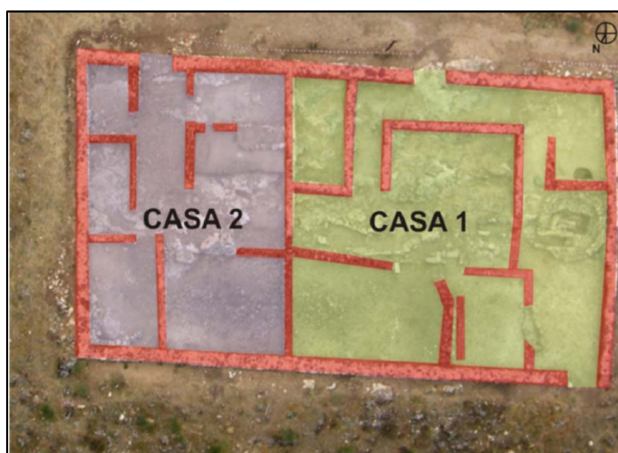


Figura 7.3: unidades domésticas de Dehesa de la Oliva excavadas en los años 80 y 2007/ 2008. (Strato 2008, fig. 34)

las albercas y, sobre todo, un módulo estandarizado de viviendas que facilita la ordenación de las casas en manzanas.

La segunda conclusión evidente es la de la ruptura de la igualdad observada hasta ahora en las viviendas de la Segunda Edad del hierro, con casas que ocupan más del doble del módulo estándar. Con los datos disponibles no sabemos si estas casas más grandes se distinguen únicamente en el tamaño o si su construcción conllevaba también diferencias en la calidad de los materiales de construcción o en el cuidado

dedicado a las estructuras domésticas. Finalmente, las diferencias entre viviendas no son sólo de escala, sino que están asociadas a cambios sustanciales en la complejidad de las plantas que nos hablan de transformaciones igualmente importantes tanto en la especialización funcional del espacio como en el grado de privacidad doméstica. Desde este punto de vista, se aprecia claramente una creciente separación entre comunidad y familia, marcada por la aparición de vestíbulos y pasillos que separan las áreas más privadas de las comunes. El dato que mejor ejemplifica esta separación entre familia y comunidad es la presencia de llaves de tipo romano localizadas en varias viviendas (fig. 7.4). Más allá de su interés como ejemplo de asimilación de costumbres romanas, estas piezas nos dejan clara cierta ruptura de la confianza entre la comunidad y la familia, que ahora parecería convertirse de manera casi definitiva en la

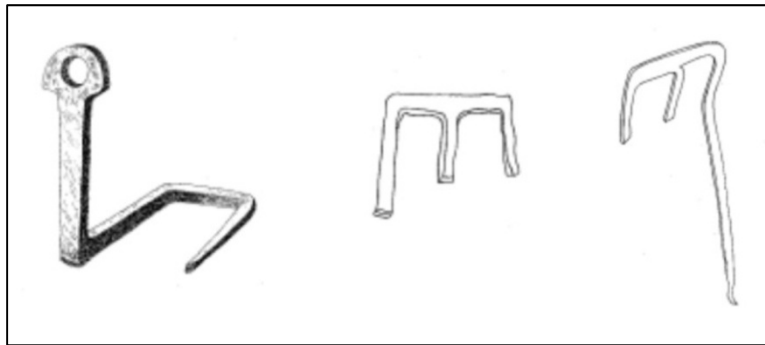


Figura 7.4: llaves romanas recogidas en el yacimiento de la Dehesa de la Oliva (Cuadrado, E. 1991, figs. 17, 21 y 3). Sin escala en el original

estructura básica dentro de estos poblados. La presencia de estas llaves también podría estar relacionada con los procesos de sinecismo que darían lugar a estos poblados, en los que se juntaría población procedente de varias comunidades y por tanto, gente menos conocida.

Las tres características documentadas en Dehesa de la Oliva se repiten de manera casi idéntica en el Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid). Este yacimiento de unas 14 Ha localizado en un gran cerro amesetado sobre el río Anchuelo fue excavado de manera preliminar en 1990 aunque las excavaciones sistemáticas por parte del Museo Regional de Madrid no comenzaron hasta el año 2001. Desde ese momento se desarrollaron varias campañas para tratar de localizar la zona del yacimiento con restos arqueológicos mejor conservados, y desde 2003 se abordó la excavación de un gran sector con claras evidencias de urbanismo y de superposiciones estratigráficas que han detectado dos ocupaciones de la Segunda Edad del Hierro cuyas estructuras aparecen prácticamente superpuestas y una ocupación mucho anterior datada por Carbono 14 en el Bronce Medio (Baquedado, E. *et al.* 2007: 378).

La cronología establecida para el yacimiento fue desde el principio tardía, basándose en el gran número de cerámicas campanienses (más de un centenar) y de monedas celtibéricas datadas en los siglos II-I a.C. La serie de dataciones radiocarbónicas realizada, la más completa del valle medio del Tajo (ver Anexo 3 para una discusión de las fechas) amplió este horizonte a mediados del siglo IV a.C. Esta ampliación de la vida del asentamiento aún no ha sido totalmente confirmada por su cultura material que en general es tardía, pero sí permite una aproximación muy interesante a la historia del yacimiento observándose cómo durante los siglos II-I a.C. éste parece expandirse desde la zona central hasta ocupar zonas del cerro marginales hasta ese momento (fig. 7.6). El análisis completo se encuentra en el Anexo 3, pero dado su interés vamos a sintetizarlo aquí. En general y dejando de lado las dataciones pertenecientes al Bronce Medio, las fechas radiocarbónicas muestran dos tendencias muy claras. En las muestras recogidas en la

zona central los picos de probabilidad son dos, en torno a los siglos IV-III a.C. y a los siglos II-I a.C., mientras que en las recogidas en la periferia la probabilidad se concentra de manera mucho más clara en torno al siglo II a.C. (fig. 7.5).

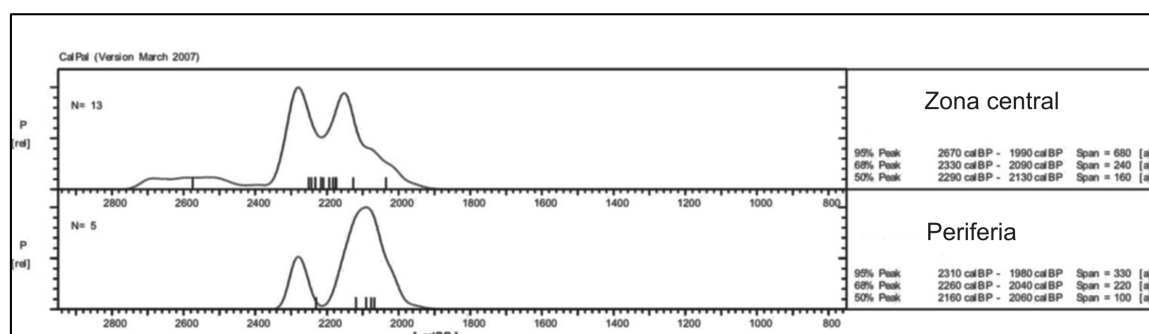


Figura 7.5: curvas de calibración de las muestras de C14 de El Llano de la Horca. Elaboración propia a partir de (Märtens, G. *et al.* 2009: 211-2)

Por lo que se deduce de estas dataciones, parece que mientras que el área central se mantuvo ocupado de manera permanente durante toda la vida del asentamiento, la periferia fue ocupada especialmente a partir del siglo II a.C. Especialmente esta distribución es significativa, ya que evidenciaría la expansión del yacimiento citada arriba (fig. 7.6) y coincide además con la existencia de los dos grandes momentos de ocupación del yacimiento documentados arqueológicamente. Significativamente, el pico negativo entre los dos momentos principales de ocupación se sitúa en el tránsito entre los siglos III-II a.C., coincidiendo con la presencia cartaginesa y la conquista romana de la región, aunque la asociación entre ambos sucesos es simplemente una hipótesis. La próxima publicación de la memoria de excavación que incluirá una nueva serie de dataciones radiocarbónicas realizadas en muestras de vida corta (Baquedado, E. *et al.* 2007: 379) permitirá confirmar o refutar nuestra hipótesis y valorar definitivamente la evolución del asentamiento.

Sin duda, el sector más interesante del Llano de la Horca es el denominado Sector I, donde se ha podido documentar parte de una manzana de casas delimitada por dos calles de gran longitud (se han excavado hasta 250 m sin localizar el final de la manzana). Las calles son más estrechas que en la Dehesa de la Oliva, y en este caso las manzanas presentan dos casas con sus muros traseros enfrentados, lo que las hace más anchas. La longitud de las casas es muy similar a la de las viviendas de Dehesa de la Oliva, en torno a 12,5-13 m. Los autores de la excavación han propuesto dos módulos de 50 y 100 m² respectivamente (Baquedado, E. *et al.* 2007: 381) en el que sin embargo debe haber algún error de medición ya que nuestros cálculos a partir de las planimetrías ofrecen dimensiones muy similares a las de Dehesa de la Oliva, con superficies que abarcan los 80 m² en el caso de las casas más pequeñas hasta los 190 m² en el caso de las más grandes, de planta cuadrada. Como en éste yacimiento, las casas más pequeñas parecen ser versiones del modelo de planta tripartito tan característico del mundo celtibérico (Baquedado, E. *et al.* 2007), mientras que las mayores presentan plantas más complejas, con patios y pasillos distribuidores similares a los del yacimiento de Patones (fig. 7.7). Uno de los mejores ejemplos de este segundo tipo es la denominada "Casa de las Columnas, estructurada con tres habitaciones en torno a un patio central, donde además se documentaron gran número de tejas apoyadas contra la pared esperando ser colocadas (Baquedado, E. *et al.* 2007: 381). Por otra

parte, además de las calles – que estaban empedradas con cantos de tamaño pequeño y mediano –, un análisis geofísico realizado en 2003 detectó algunos espacios que podrían constituir áreas de uso público.

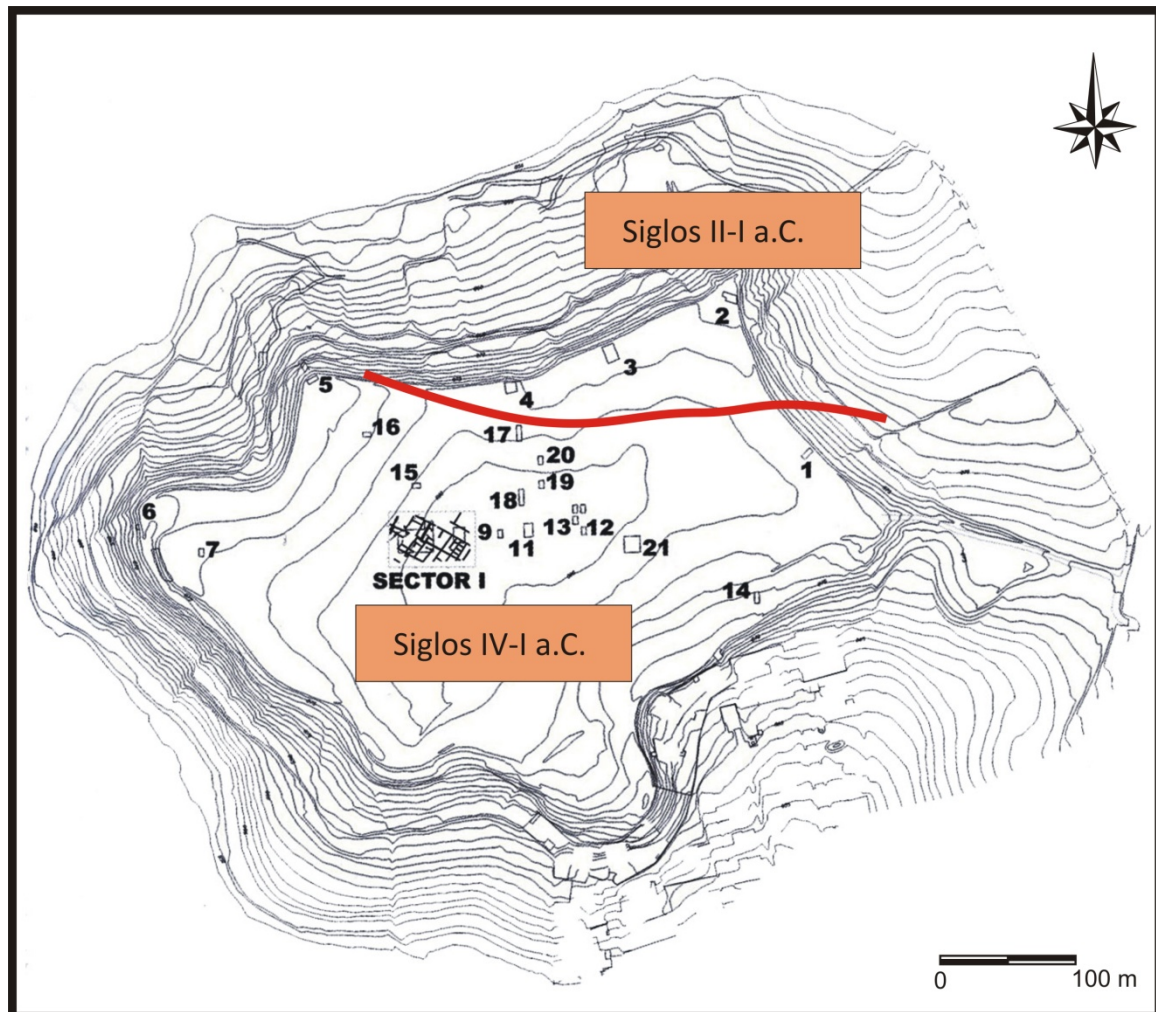
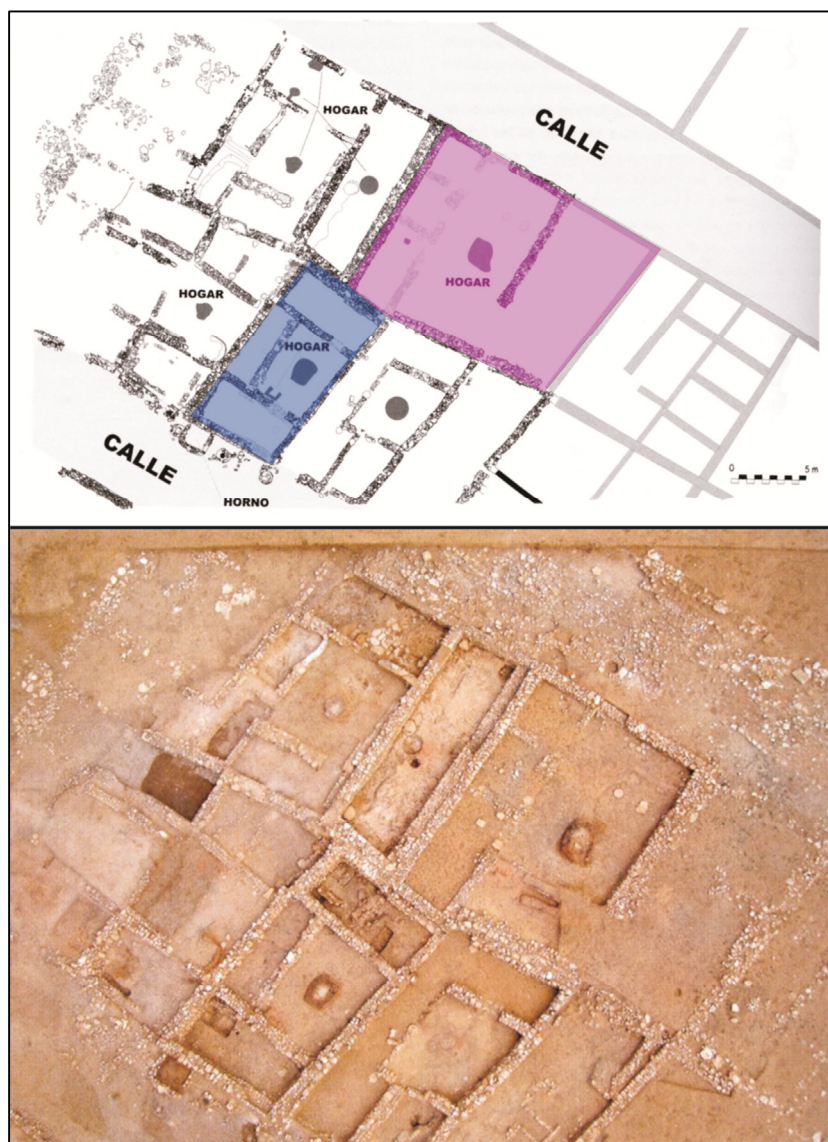


Figura 7.6: distribución espacial de las dataciones radiocarbónicas de El Llano de la Horca, mostrando una posible expansión del yacimiento hacia el norte a partir del siglo II a.C.

Aunque el número de viviendas excavadas en el Llano de la Horca es menor que el de la Dehesa de la Oliva, las similitudes son sorprendentes en aspectos como el urbanismo o la distribución interna de las casas, apuntando a patrones muy similares de transformación y aumento de la especialización funcional del espacio y de la complejidad (y desigualdad) social de los habitantes del asentamiento. Las tejas localizadas en la "Casa de las Columnas" se documentan también en otras casas aunque de manera minoritaria (Baquedado, E. *et al.* 2007: 382), y sería muy interesante valorar si lo hacen en casas ricas o pobres, puesto que en caso de que este tipo de cubriciones pudieran asociarse a aquellas casas más complejas y de mayor tamaño estaríamos contemplando un ejemplo de reafirmación del propio rango a través de la asimilación de las tecnologías traídas por los conquistadores. Las élites, buscando diferenciarse del resto de población con menos recursos, asumirían esta técnica de cubrición como elemento de distinción y separación social. Por otra parte y dada la escasez de datos publicados, desconocemos si las diferencias de tamaño de las viviendas tienen su correspondencia en la riqueza relativa de los objetos en ellas localizados. Tampoco se han documentado estructuras dedicadas a actividades

específicas como la alfarería o la metalurgia, y el pequeño horno encontrado en una de las casas excavadas debería ser interpretado más bien como un horno de uso doméstico para la fabricación de pan.



Dehesa de la Oliva y Llano de la Horca muestran por tanto un horizonte muy similar de poblados de tamaño considerable – aunque no es posible realizar estimaciones demográficas – cuya organización y gestión debió ser mucho más compleja que la de los asentamientos anteriores. Por otra parte, parece bastante claro que la concentración de población que anteriormente habitaba comunidades independientes debió complicar aún más la gestión de la vida cotidiana, incluso si estas comunidades habían mantenido relaciones previas políticas o de parentesco.

Figura 7.7: Sector I de El Llano de la Horca en el que se aprecia una manzana delimitada por dos calles y dos casas de módulos claramente diferentes. A partir de (Baquedado, E. *et al.* 2007, fig. 2; Märtens, G. *et al.* 2009, fig. 6)

Asimismo, estos grandes castros parecen evidenciar unas diferencias sociales y económicas más estables que en etapas anteriores, diferencias que han superado el contexto simbólico característico de etapas previas y que ahora se plasman en los espacios domésticos e incluso en otros detalles como el uso de innovaciones traídas por los romanos como las tejas o las llaves, cuyo significado supera la dimensión estrictamente material y que analizaremos en detalle al valorar los procesos de romanización en la Carpetania.

Por desgracia, la información respecto a los yacimientos de la zona sur y este del valle medio del Tajo es mucho menor, por lo que desconocemos si las características de la Dehesa de la Oliva y el Llano de la Horca son extrapolables a estos otros asentamientos, aunque lo lógico sería pensar

que sí. En los únicos dos que han sido excavados (Fosos de Bayona y Cerro del Gollino), las intervenciones fueron de escasa entidad, ya que no pasaron de la realización de catas a lo largo de los asentamientos y sus sistemas defensivos para tratar de valorar el potencial arqueológico de los yacimientos. Por desgracia, la falta de continuidad de las excavaciones impidió la planificación de intervenciones en área que hubieran sacado a la luz la trama urbana de ambos asentamientos.

En el caso del Cerro del Gollino, un asentamiento amurallado de unas 18 Ha localizado en Puebla de Almoradiel (Toledo), las dos campañas de excavaciones se centraron en cuatro puntos (fig. 7.8): la muralla, dos áreas en el interior del primer recinto y una tercera en el segundo recinto amurallado (Santos, J. A. *et al.* 1998: 54-55). Cronológicamente el asentamiento presenta una cronología muy precisa entre finales del siglo III a.C. y el siglo I a.C., apoyada en la aparición de un fragmento de campaniense B en la base de la muralla y en la presencia de piezas de clara adscripción romana (campanienses, paredes finas con decoración a la barbotina, ánforas Dressel 1) y otras evidencias como una cerámica con decoración del tipo Elche – Archena datada en torno a los siglos II-I a.C. y un semis de Cástulo de cronología entre el 120 – 90 a.C. (Santos, J. A. *et al.* 1998: 62). Algunos datos podrían, como en el caso del Llano de la Horca, apuntar a una antigüedad ligeramente mayor, si tenemos en cuenta el conjunto relativamente abundante de cerámicas con decoración jaspeada (8-10%) frente a su casi absoluta ausencia en los otros asentamientos o la presencia de estampilladas y piezas que combinan esta técnica decorativa con la pintura, más características de los siglos IV – III a.C. Si tenemos en cuenta que en las cercanías de este asentamiento se situaba otro datado en el siglo IV a.C. (Santos, J. A. *et al.* 1998: 53), esta mayor antigüedad del Cerro del Gollino permitiría enlazar ambas ocupaciones que anteriormente presentaban un hiato de un siglo. Por otra parte, la ampliación del recinto amurallado implicaría un crecimiento demográfico (natural o a través de aportes de poblaciones desplazadas) del poblado entre los siglos II-I a.C., si nos atenemos a los materiales localizados en el segundo recinto.

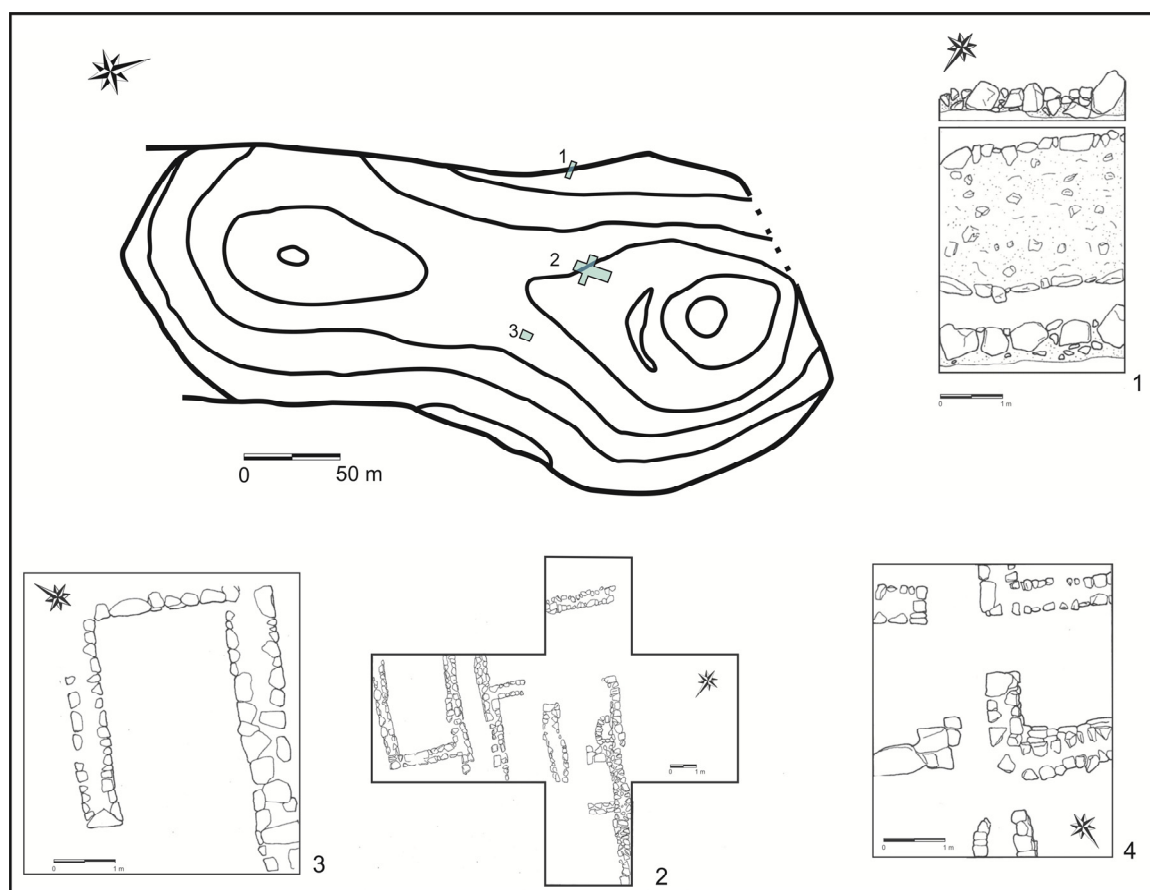
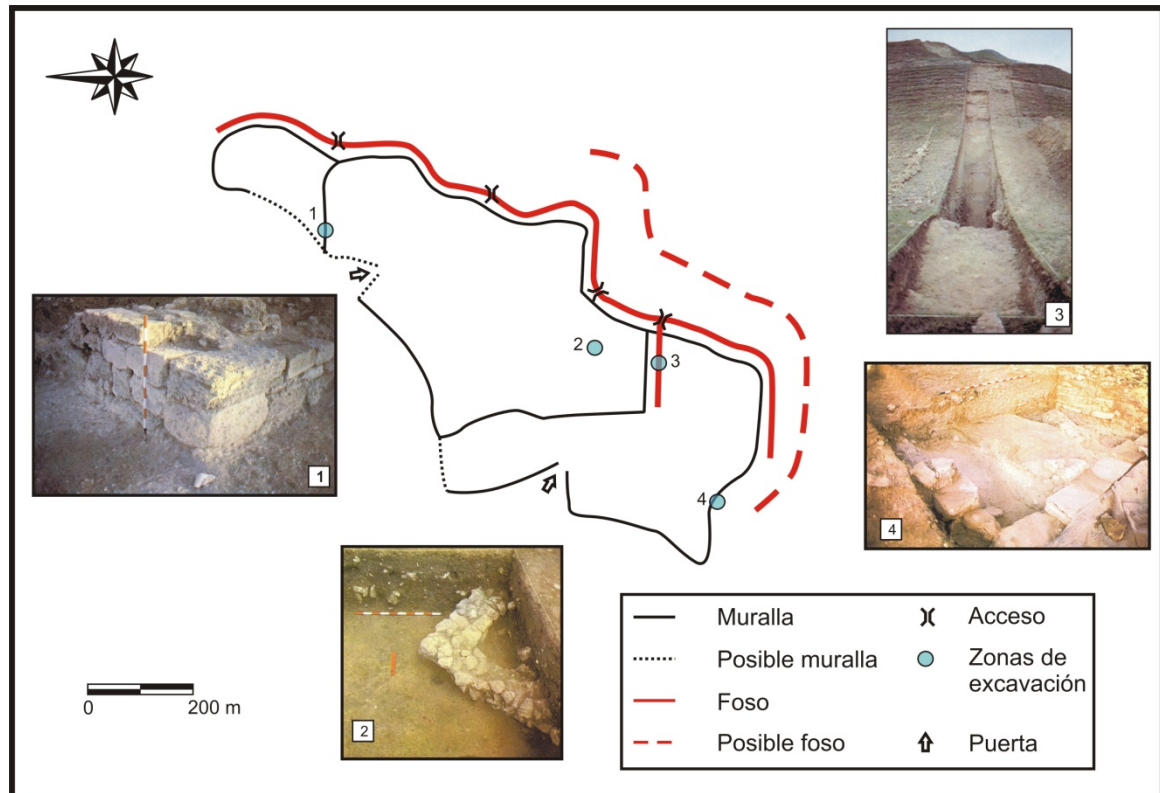


Figura 7.8: Cerro del Gollino. En azul, localización de las casa abiertas (la número 4 se encuentra en el segundo recinto y no ha sido señalada en el mapa original). A partir de (Santos, J. A. *et al.* 1998, figs. 2-4)

Por desgracia, los resultados arqueológicos fueron bastante limitados: en el primer recinto, donde se excavó el área más extensa, la mala conservación de las estructuras y el uso de parte de las piedras para la construcción de una atalaya medieval impidió la identificación de una vivienda completa, mucho menos la posible trama urbanística del asentamiento. Tampoco aportaron mucha información las otras catas realizadas, aunque la efectuada en el segundo recinto sí presentaba una potencia reseñable de un metro de altura. La suspensión de las campañas impidió ampliar la superficie de excavación en esta zona, que por otra parte presentaba significativamente menos materiales que la parte superior del Cerro (Santos, J. A. *et al.* 1998: 55). En cuanto a la muralla, la cata allí realizada mostró la técnica de *emplecton* utilizada en otros asentamientos de la Segunda Edad del Hierro como Santa María o Plaza de Moros, aunque evidentemente este asentamiento es de época más tardía. Respecto de las estructuras excavadas, consisten en zócalos de piedra de altura considerable (hasta 1 m), recrecidos de adobe y encalados, sin que haya referencias al uso de tejas como cubrición.

En cuanto a Fosos de Bayona, las carencias son aún más importantes, puesto que la información publicada es menor (Gras, R. *et al.* 1984, 1992; Mena, P. *et al.* 1988) y la mayoría de las excavaciones se centraron en las estructuras defensivas dejando de lado – al menos, por lo que se desprende de las publicaciones – las estructuras de habitación. Estas carencias son aún más graves puesto que Fosos de Bayona ha sido identificada – en nuestra opinión correctamente – con *Konterbia Karbika* (Mena, P. *et al.* 1988: 185-186), constituyendo la única ciudad indígena

del valle medio el Tajo citada en las fuentes clásicas que no siguió siendo ocupada hasta la actualidad, como ocurre con *Toletum* y *Consabura*. La ciudad, escenario de algunos episodios de la conquista romana y de las guerras sertorianas y la primera en emitir moneda desde el último tercio del siglo II a.C., fue abandonada en el cambio de era en favor de la ciudad de Segóbriga, muy cercana y que sustituirá a *Konterbia Karbika* como centro rector de la zona. Todos estos datos, además de su extensión (unas 45 Ha), sus impresionantes defensas y una cultura material poco conocida pero muy interesante hacen de este yacimiento uno de los más importantes para el análisis de nuestra región que, por desgracia, no ha recibido la atención necesaria.



Como hemos dicho, en el yacimiento se realizaron varias campañas de excavación que se centraron en estudiar los sistemas defensivos y en realizar varias catas en el interior de los tres recintos fortificados de que consta el asentamiento (fig. 7.9). Los resultados más espectaculares son sin duda los de éstos primeros, habiéndose documentado dos líneas de foso, varias puertas con sillares perfectamente escuadrados, torreones, una línea de poternas y posibles caminos de ronda que hacen de las defensas de Fosos de Bayona las más sofisticadas de toda la región en época prerromana y romano-republicana. En concreto, sorprenden las dimensiones del foso excavado, de 6 m de profundidad – 10 desde la base de la muralla (fig. 7.9, 3) –, sección en V y enlucido en yeso. La construcción de los diferentes sistemas defensivos puede darnos una idea de la evolución del yacimiento: así, mientras la excavación en el recinto central (fig. 7.9, 3) mostró una muralla construida con el sistema de *emplecton* (Mena, P. et al. 1988: 184), en la excavación realizada en el recinto más meridional (fig. 7.9, 4) la muralla estaba construida con sillares trabados con hormigón, implicando claramente su construcción en época romana. Puesto que este tercer recinto parece una expansión del hábitat original, puede que nos esté

mostrando el mismo aumento de población detectado en otros grandes asentamientos de etapa republicana, como por otra parte parece mostrar la puerta excavada entre el segundo y tercer recinto (Mena, P. *et al.* 1988: 183).

Frente a los datos del sistema defensivo, las catas realizadas en el interior de los recintos no



Figura 7.10: tercer recinto de Fosos de Bayona, donde se aprecian unas líneas perpendiculares que podrían corresponder a calles, casas y manzanas. A partir de (Gras, R. *et al.* 1984)

obtuvieron apenas resultados o no fueron considerados dignos de mención en las escasas publicaciones relativas al yacimiento. Tan sólo se sabe que en la cata realizada en el interior del segundo recinto (fig. 7.9, 2) se localizaron varias estructuras de habitación consistentes en zócalos de piedra de al menos tres hiladas, con una potencia de 85 cm (Mena, P. *et al.* 1988: 183). Estas estructuras, cuya excavación no se continuó al centrarse el trabajo en los sistemas defensivos, estaban cubiertas por un nivel de cenizas relacionado con un ataque al asentamiento. Como es lógico, con estos datos es imposible saber cuál pudo ser el trazado urbanístico de la ciudad, aunque en las fotografías aéreas antiguas se aprecia en el tercer recinto unas líneas rectas que parecen formar un diseño reticulado que podría corresponder a una ordenación en manzanas y calles paralelas y perpendiculares

similar a la de yacimientos como la Dehesa de la Oliva o el Llano de la Horca, aunque en fotografías aéreas más recientes este reticulado no se aprecia con tanta claridad (fig. 7.10)

Una situación parecida a la de Fosos de Bayona presenta el yacimiento de Fuente de la Mora, que analizamos someramente en el capítulo anterior aunque su ocupación principal corresponde a época republicana (fig. 7.11). Como los dos yacimientos anteriores, la información publicada es escasa (Vega, J. J. y Martín, P. 2003; Vega, J. J. *et al.* 2009) y tan sólo resume de manera muy sintética las principales características del asentamiento. Éste tenía una estructura típica de los asentamientos amurallados de la etapa anterior, localizado en un saliente sobre la confluencia de dos arroyos y con un foso cerrando el istmo. Las excavaciones realizadas en el yacimiento, de unas 20 Ha de extensión, han sacado a la luz numerosas estructuras que, por desgracia, se encuentran demasiado arrasadas para proporcionar información acerca de las dimensiones y distribución de las viviendas y su posible ordenación urbanística. Aunque no se han podido individualizar viviendas concretas, sí se han encontrado algunas estructuras muy interesantes, como una gran habitación cuadrada de más de 30 m² asociada a un elevado número de fusayolas (Vega, J. J. *et al.* 2009: 283) u otra habitación interpretada como granero, con numerosos recipientes de almacenamiento y probablemente contenedores realizados en fibra vegetal y donde se recogieron hasta 2 m³ de trigo carbonizado (Vega, J. J. *et al.* 2009: 287). Las estructuras están realizadas como siempre con piedra trabada con barro, sin que haya alusiones a la presencia de tejas en el yacimiento.

Cronológicamente, el yacimiento ha sido datado entre los siglos III-I a.C. a partir dataciones radiocarbónicas (Vega, J. J. *et al.* 2009: 289) y de los materiales localizados que en general muestran un horizonte más "indígena" que los recogidos en otros yacimientos, quizá por la localización de Fuente de la Mora en un cauce fluvial secundario y alejado de las principales zonas de interacción cultural y económica. Es curioso que mientras que en el cerro de La Gavia, de tamaño mucho menor, se han recogido varios fragmentos de cerámica campaniense, en Fuente de la Mora no se hace alusión a este tipo de materiales, aunque quizá se trate simplemente de que el análisis de los más de 250.000 fragmentos cerámicos recogidos durante la excavación no había concluido en el momento de la publicación (Vega, J. J. *et al.* 2009: 288).

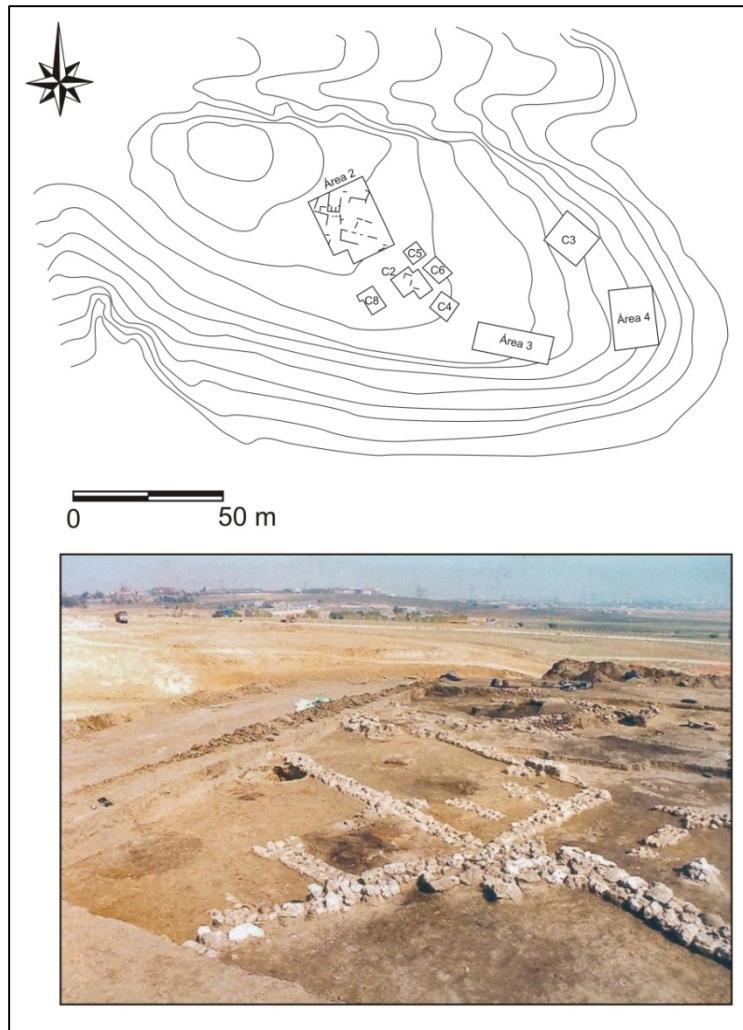


Figura 7.11: plano de Fuente de la Mora y área 2 de la excavación. A partir de (Vega, J. J. *et al.* 2009, figs. 2 y 6)

Algunos otros materiales sí corresponden claramente a los siglos II-I a.C., como las fíbulas de omega o las jarras de clara influencia romana que muestran algunas fotografías incluidas en la publicación más reciente (Vega, J. J. *et al.* 2009: 286).

Este contexto de predominio de pervivencias de siglos anteriores podría reproducirse en la fase principal del cerro de La Gavia, que también describimos en el capítulo anterior y cuya ocupación se centra especialmente en el siglo II a.C. No vamos a repetir la información expuesta anteriormente, pero sí queremos destacar una de las características de la última fase de ocupación del asentamiento: el aumento de las compartimentaciones interiores de las viviendas frente los espacios diáfanos

anteriores (Morín, J. *et al.* 2005: 140-1), algo que estaría en línea con la creciente complejidad de los espacios internos domésticos. También puede constatar la presencia relativamente abundante de cerámica campaniense en este yacimiento con una cronología del siglo I a.C. Otros elementos de cultura romana, como las tejas, se encuentran ausentes en el asentamiento. El problema, como veremos, es saber hasta qué punto la presencia de cerámica campaniense es un indicio de la asimilación de pautas culturales más romanizadas o simplemente constituye una cerámica de lujo más que sustituye a la cerámica ática y posteriormente a las producciones de barniz rojo dentro de patrones de uso todavía indígenas. En este sentido, la presencia de un

objeto sencillo como la teja aporta más información sobre los procesos de romanización que la cerámica campaniense, pues está mostrando claramente cambios significativos, por lo novedosos, en el uso de la cultura material de las comunidades indígenas. De características similares es el yacimiento de Santa María, en Villarejo de Salvanés, donde ya advertimos de su ocupación – y expansión – en época alto y bajoimperial. Para la etapa republicana contamos con pocos datos, pero parece que también se localizó en el hábitat amurallado prerromano, en el que se han documentado casas indígenas recubiertas de tejas (Pérez, D. y Bueno, M. 2007: 340).

El panorama de yacimientos que continúan siendo ocupados durante los siglos II-I a.C. se completa con algunos de los localizados en llano, como El Cerrón de Illescas, al que hemos hecho alusión en etapas anteriores por la existencia de santuarios e iconografía asociada. Sin embargo, a partir de la memoria de excavación (Valiente, S. 1994) parece claro que la ocupación más importante parece haberse dado en los siglos II-I a.C. De los tres niveles documentados, el tercero y más moderno se detectó por todo el cerro (fig. 7.12), mientras que los dos más antiguos únicamente aparecieron en la zona central en lo que parece ser una expansión del asentamiento en su tercera fase.

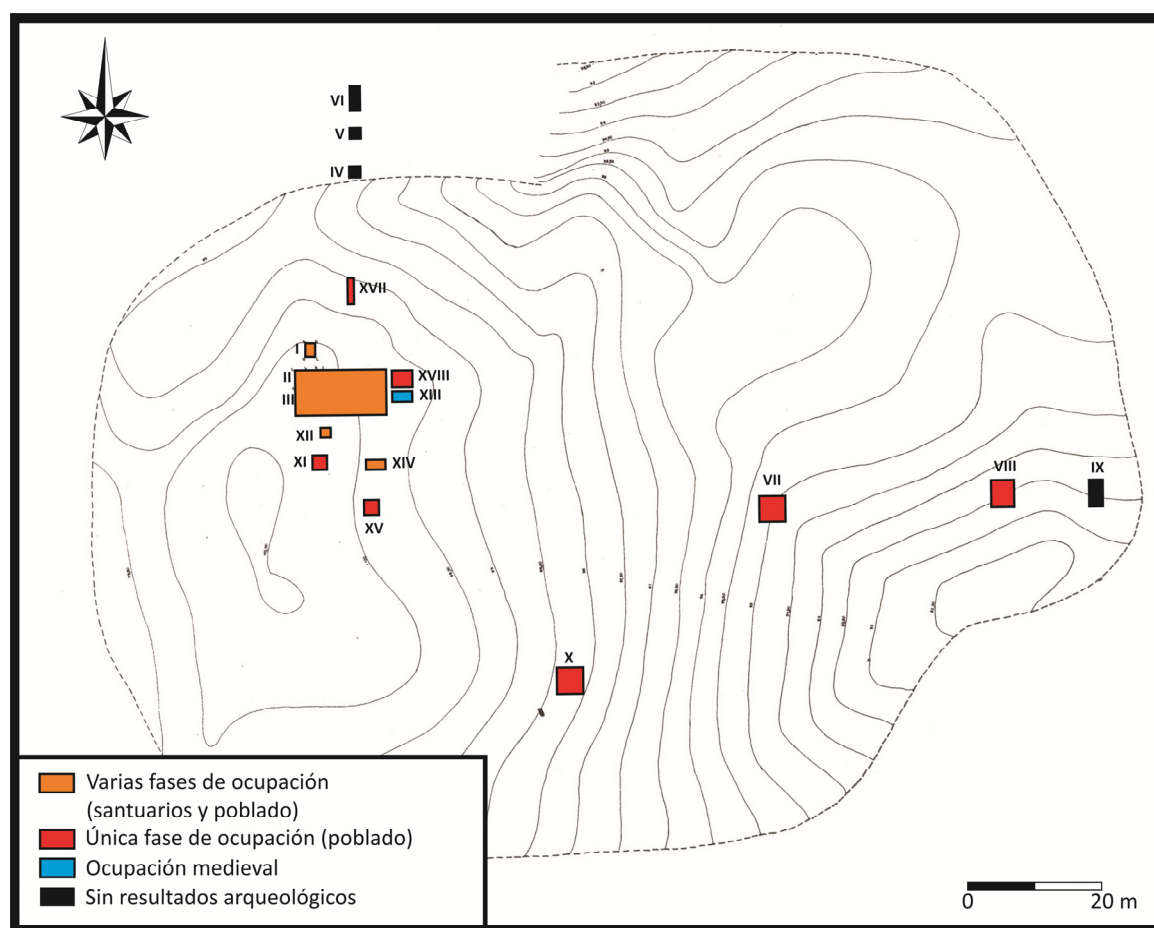


Figura 7.12: plano de El Cerrón (Illescas), con la localización de las catas arqueológicas mostrando una posible expansión del cerro en su última fase de ocupación. A partir de (Valiente, S. 1994)

Esta fase está datada a mediados del siglo II a.C. por una fecha de Carbono 14 sin calibrar que hemos analizado en detalle en el Anexo 3, obteniendo un intervalo a 2σ de 270 a.C. – 10 d.C. que sin embargo presenta un gran pico de probabilidad en torno a los siglos II-I a.C., coincidiendo con

la estimación previa de los directores de la excavación (fig. 7.13). Los materiales, sin embargo, muestran un claro horizonte de continuidad con las etapas anteriores, y de hecho podrían encuadrarse perfectamente en un horizonte de los siglos IV-III a.C., con presencia abundante de cerámica de barniz rojo, estampilladas combinadas con pintadas y ausencia de elementos de cultura material romana, lo que resulta sorprendente teniendo en cuenta la cronología marcada por las dataciones. Por el contrario, no se documentaron cerámicas campanienses, aunque hay una alusión a una de estas piezas (Valiente, S. 1994: 56) que luego no es descrita en el inventario. Quizá lo que indique esta aparente disociación entre ambas cronologías sea la mayor refracción de las zonas interiores del valle medio del Tajo a la entrada de objetos foráneos, aunque sorprende que en etapas anteriores éstos llegaran sin dificultad y que yacimientos cercanos como Casas de la Jerónima, de menor entidad, presenten este tipo de cerámicas (Martín, A. 2010: 199, 205).

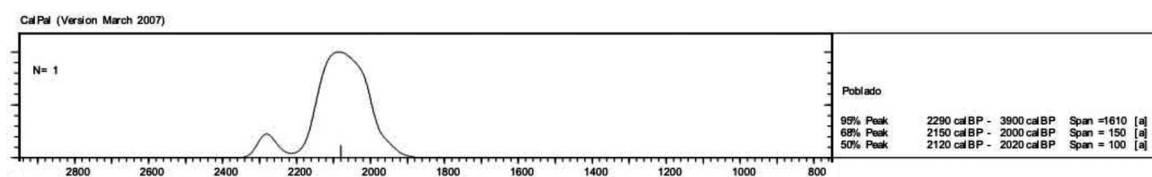


Figura 7.13: curva de calibración radiocarbónica de la última fase de El Cerrón. Elaboración propia a partir de (Valiente, S. 1994: 205)

Arqueológicamente, los restos localizados no son muy significativos, ya que siguiendo la metodología de aquellos años la excavación se planteó a través de diferentes catas por todo el cerro a excepción del área donde se documentaron los santuarios. Estas catas son de tamaño tan escaso (la media es de 4 m²) que apenas si se puede constatar la existencia de zócalos de piedra y derrumbes de paredes construidas con ladrillos de adobe. Como es lógico, no se identificó ninguna vivienda aislada y mucho menos la posible ordenación del poblado.

Muy cercano a El Cerrón de Illescas se encuentra el yacimiento homónimo de Yuncos, también conocido como Casas de la Jerónima (nombre que usaremos desde ahora para evitar confusiones con el yacimiento de Illescas), un hábitat disperso en la mejor tradición de la Segunda Edad del Hierro con ocupación previa de la Primera Edad del Hierro excavado en 2005/2006 (Martín, A. 2010). En éste yacimiento se ha documentado una ocupación de los siglos IV-III a.C. sobre la que se superpone sin solución de continuidad una fase republicana datada por cerámicas campanienses y de paredes finas entre la segunda mitad del siglo II a.C. y el siglo I d.C. Este yacimiento, que continúa no sólo la tradición prerromana sino los modelos previos a la aparición de poblados fortificados parece ejemplificar la pervivencia del estilo de vida indígena en el mundo rural, a la vez que evidencia perfectamente las diferencias entre la confluencia de los ríos Tajo y Jarama donde se detecta la eclosión de los poblados fortificados en el siglo IV a.C. y zonas más periféricas donde el proceso de amurallamiento fue menos generalizado.

Similares procesos parecen darse en yacimientos en llano como El Cervero (Puebla de Almoradiel, Toledo), donde se ha documentado una ocupación permanente desde el siglo III a.C. hasta época tardorromana (Presas, M. M. y Yañez, G. I. 2010), o en Fuente la Gota (Carrascosa del Campo, Cuenca), donde se ha localizado un importante asentamiento con cronología similar y ocupación continua desde el siglo VI a.C. hasta época tardorromana (Chauton, H. 2010). Éste

yacimiento presenta un aumento claro de población en torno al siglo II a.C. con el desarrollo de cierto urbanismo incipiente (Chauton, H. 2010: 373), incluyendo estructuras para el almacenamiento de líquidos y áreas funcionales muy bien definidas. Carecemos de más información sobre este interesante asentamiento que parece sufrir una destrucción al final de la fase republicana, detectada en un gran nivel de cenizas que cubre este nivel y que podría estar relacionado con las guerras sertorianas. Significativamente, se han documentado en el asentamiento dos monedas de la ceca de *Konterbia Karbika*, donde se han documentado también niveles de destrucción en este periodo y armamento romano (incluidas dos puntas de balista) que apuntan a un sitio de la ciudad (Gras, R. *et al.* 1984: 55; Mena, P. *et al.* 1988: 183) y que se encuentra relativamente cercana a este yacimiento.

Como puede apreciarse a partir de los ejemplos expuestos hasta ahora, no existe un proceso homogéneo de transformación de los asentamientos durante los siglos II-I a.C., y sólo es a partir del cambio de era cuando se aprecia globalmente la reestructuración del espacio del valle medio del Tajo, que ha sido estudiado en detalle en la Mesa de Ocaña (Urbina, D. 1997: 584-591). En los aproximadamente 150 años anteriores la situación fue mucho más compleja, como hemos visto, con zonas que parecen mantener estilos de vida similares al periodo anterior y otros en los que sus dimensiones y la concepción de los espacios público y privado evidencian cambios sociales significativos. En general se aprecia una cierta asociación entre estos cambios y los poblados de mayor tamaño, pero ésta asociación no es definitiva, al menos a la luz de los datos conocidos para yacimientos como Fuente de la Mora donde el peso de los parámetros socioeconómicos previos a los romanos parece haber sido fuerte. Es evidente que la base de muchos de estos cambios está vinculada a la presencia romana en la región, bien como reacción a la misma, bien como imposición, bien como asimilación y reinterpretación de algunos de los rasgos culturales de los conquistadores. Hasta qué punto son el reflejo de las transformaciones que estaban teniendo lugar en las sociedades indígenas es algo que analizaremos más adelante.

7.3.3. Subsistencia, actividades económicas y cultura material

Si en el poblamiento y en las características generales de los asentamientos se aprecian claramente disrupciones en los patrones anteriores, lo cierto es que en la economía de la región en época romana sólo puede hablarse de continuidad en el tipo de explotación de los recursos. Por desgracia, carecemos de datos faunísticos publicados para los grandes asentamientos de este periodo como el Llano de la Horca, Cerro del Gollino o Fuente de la Mora. De los tres yacimientos para los que contamos con información para este periodo (fase III de El Cerrón de Illescas y fases II y III de La Gavia), el segundo fue comparado con los yacimientos de la etapa anterior, por lo que no vamos a repetir aquí la información que aportaba aunque presenta características muy similares a las de otros yacimientos de los siglos IV-III a.C. La muestra recuperada en el Llano de la Horca en la primera campaña de excavación (Cerdeño, M. L. *et al.* 1992: 167-170) es demasiado pequeña y aparece demasiado dispersa en las catas como para poder ser incluida en los análisis. Presenta una mayoría aplastante de restos de ovicápridos (casi el 90% (Baquedado, E. *et al.* 2007: 389) de la fauna identificada) con presencia esporádica de cerdo, ciervo y conejo). En cuanto a la última fase de El Cerrón, los datos apuntan también a una continuidad en los tipos de animales domesticados, incluida la preferencia de burro en vez de caballo (fig. 7.14) y una clara especialización en la cabaña ovina, seguramente con vocación textil como apuntamos en el capítulo anterior.

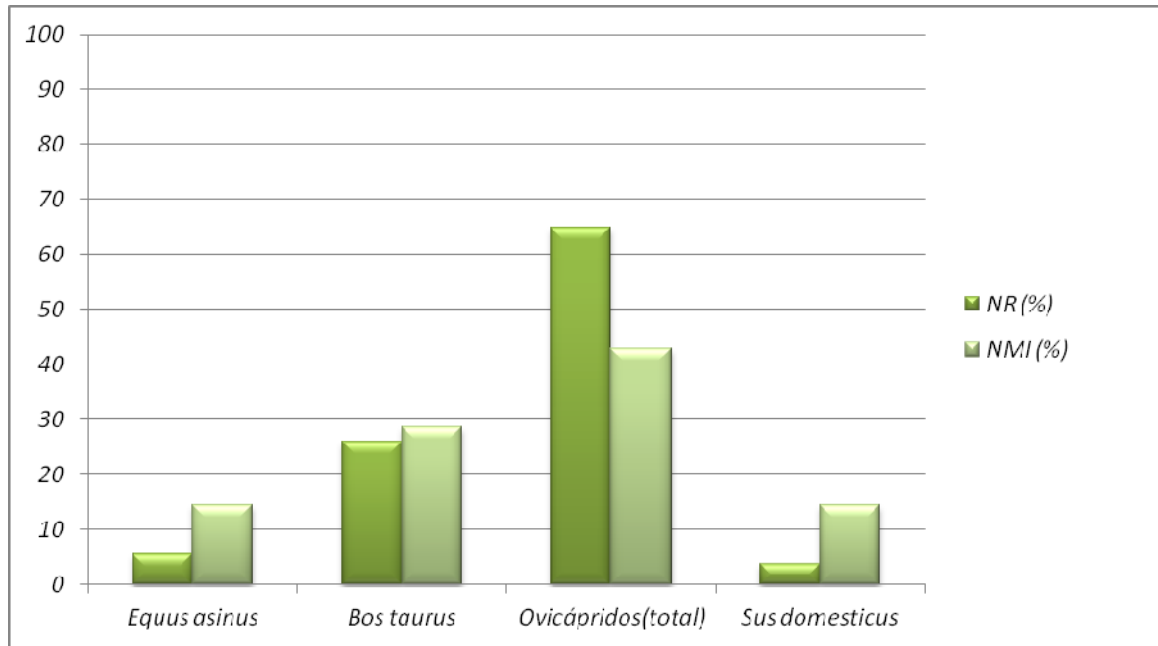


Figura 7.14: distribución de especies localizadas en la última fase de ocupación de El Cerrón. A partir de (Miguel, J. de y Morales, A. 1994: 207-8)

En este sentido, la arqueología nos ha proporcionado muchos más datos acerca de las actividades económicas de las comunidades del valle medio del Tajo durante este periodo: los objetos relacionados con la ganadería y las actividades secundarias asociadas - cencerros y badajos, peines cardadores, tijeras de esquilar – son muy numerosos en asentamientos como la

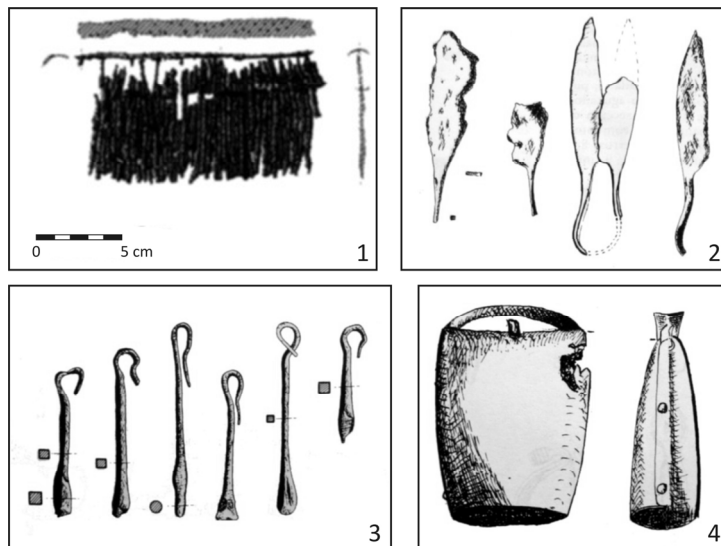


Figura 7.15: instrumental ganadero de El Llano de la Horca y Dehesa de la Oliva. 1 peine de cardado, 2 tijeras de esquileo, 3 badajos y 4 cencerro. 2-4 sin escala en el original. A partir de (Baquedado, E. et al. 2007, fig. 15; Cuadrado, E. 1991, figs. 6, 7 y 10 y Ramos, J. 1988: 55)

Dehesa de la Oliva, Fuente de la Mora o el Llano de la Horca (fig. 7.15), continuando la tendencia observada en la etapa anterior. Las evidencias de actividades textiles son también muy numerosas, destacando el alto número de fusayolas localizado en yacimientos como El Llano de la Horca o Fuente de la Mora. En este último yacimiento se documentaron grandes agrupaciones de este tipo de piezas en algunas de las habitaciones, que podrían estar apuntando a la existencia de trabajos realizados en áreas especializadas o con una

organización comunal.

Con las actividades agrícolas sucede algo parecido a los análisis de fauna: dejando de lado los datos de La Gavia descritos en el capítulo anterior apenas contamos con información carpológica – al menos de momento – para analizar las especies más habituales utilizadas en la región, y eso

pese a contar con grandes acumulaciones de grano carbonizado en yacimientos como Fuente de la Mora o el Llano de la Horca. Si atendemos a los datos de la Gavia, la única novedad en el registro carpológico sería la introducción progresiva de *Triticum Cf. espelta* (escanda), un tipo de cereal comúnmente asociado a la presencia romana y que se documenta en la última fase del yacimiento, datada en torno al siglo I d.C. De nuevo, la mayor información sobre las prácticas agrícolas procede del registro arqueológico, en el que se documenta un número de objetos desconocido hasta ahora que incluye piedras de trillo (Baquedado, E. *et al.* 2007: 385), azadas, horcas y hoces (Vega, J. J. *et al.* 2009: 288) o podaderas (Cuadrado, E. 1991: 217).

En realidad, no hay ninguna razón para pensar que la llegada de los romanos alterara las estrategias de explotación del entorno de las comunidades indígenas, que se encontraban ya muy bien adaptadas al ecosistema de la Meseta sur y que habían comenzado hacía tiempo un proceso cada vez más visible de intensificación productora. Lo que debió cambiar no fue tanto las características de la economía como el grado de producción exigido a esas comunidades, que de repente se encontraron inmersas en un modelo económico completamente ajeno al tradicional, que imponía la creación de excedentes para hacer frente a tributos y al mantenimiento de las tropas romanas (Edmonson, J. C. 1992-1993: 21). En un primer momento, además, tuvieron que hacer frente a la incertidumbre derivada de los enfrentamientos con cartagineses, romanos y otros grupos indígenas. Éste es el verdadero cambio en el sistema económico de la región: la pérdida de control de los excedentes y su apropiación por parte de un ente ajeno a su producción. Como territorio conquistado, las poblaciones indígenas pasaron a ser estipendiarias del pueblo romano y fueron obligadas a pagar tributo. Aunque desconocemos las características concretas de este pago, sabemos a través de Plinio que se mantuvo al menos hasta época de Augusto (Abascal, J. M. 2007: 289-290). Con todo, no parece que el pago de los tributos impuestos por los romanos fuese excesivamente gravoso, dada la escasa resistencia ofrecida a la conquista y la actitud colaboradora que se desprende de algunos textos clásicos, y parece como vimos que las exigencias cartaginesas fueron mucho más duras y provocaron rebeliones que en el caso romano no se han documentado. La clave sería poder documentar un aumento de la tierra cultivada en este periodo, u otras evidencias de intensificación agrícola dirigidas a hacer frente a los pagos, algo que por el momento está fuera de nuestro alcance. Por desgracia, la única evidencia de que disponemos por el momento es la aparición masiva de piezas de almacenaje en los yacimientos excavados, como El Llano de la Horca, Dehesa de la Oliva, Fosos de Bayona o Cerro del Gollino (fig. 7.16). En los dos primeros este tipo de grandes *dolia* es muy numeroso – en El Llano de la Horca alcanza el 25% del total (Baquedado, E. *et al.* 2007) – e implica unas necesidades de almacenamiento muy grandes, derivadas muy probablemente del aumento de excedentes en estas comunidades.

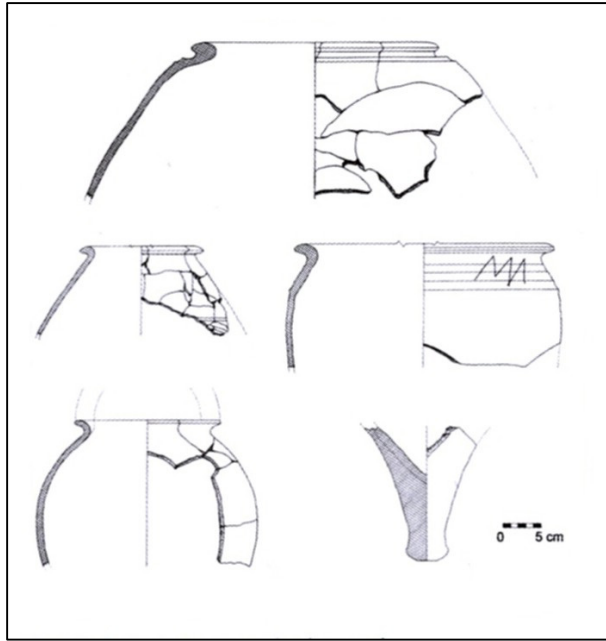


Figura 7.16: piezas de almacenaje de El Llano de la Horca. A partir de (Baquedado, E. *et al.* 2007, fig. 10)

De hecho, parece que la presencia romana y la unificación del territorio tuvo algunos efectos positivos, como la mejora de la circulación de mercancías y materias primas. La evidencia más clara respecto a este segundo punto es, en nuestra opinión, el aumento de objetos de hierro en los asentamientos, muy superior al de etapas anteriores y cuya entrada en el valle desde Guadalajara y los Montes de Toledo debió ser más estable y constante que en épocas anteriores. En cuanto a las rutas de comercio, parecen haber sido las mismas que antes, aprovechando los valles fluviales, y sólo durante el siglo I d.C. de la mano de la reordenación definitiva del territorio aparecen caminos que siguen otros criterios como ocurre en la Mesa de Ocaña (Urbina, D. 1997: 591). La figura 7.19

muestra la distribución de las cerámicas campanienses y otros productos romanos republicanos en la región, apreciándose cómo la distribución de los objetos importados es la misma que en etapas anteriores, y cómo la mayoría de estos objetos corresponden a cerámicas campanienses (fig. 7.17).

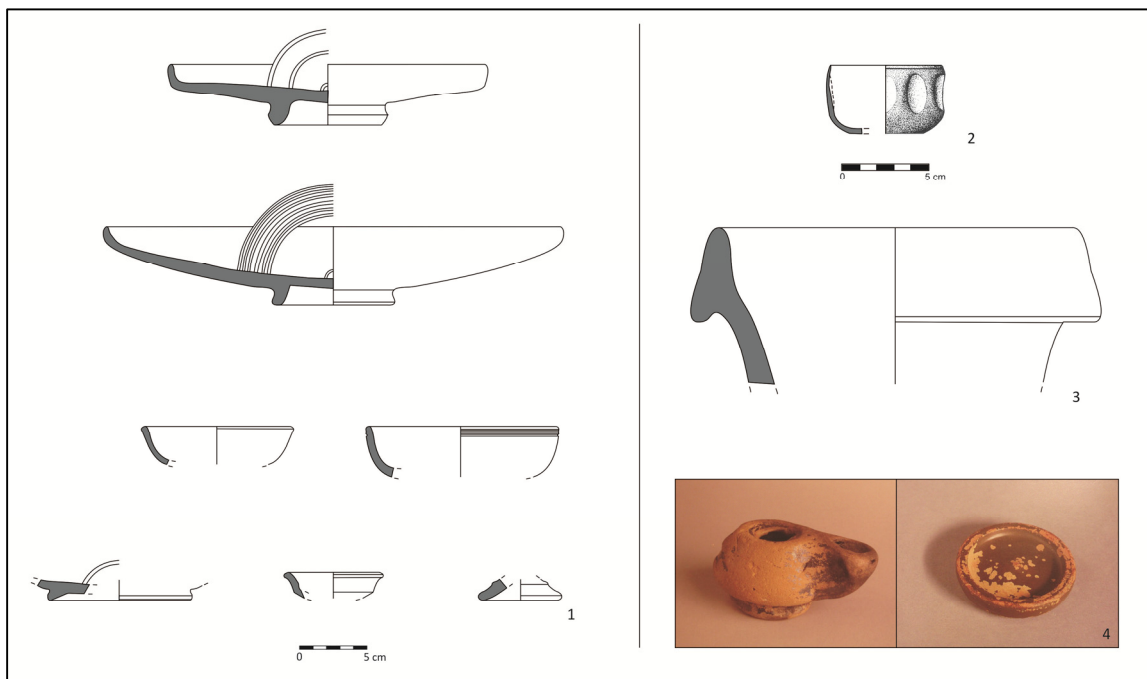


Figura 7.17: materiales romanos republicanos del valle medio del Tajo. Izquierda, cerámica campaniense del Cerro del Gollino. 1, 4 cerámica campaniense de La Gavia. 3 paredes finas y 4 ánfora Dressel 1 de Cerro del Gollino. A partir de (Azcárraga, S. 2007, fig. 6; Ramos, J. 1988; Santos, J. A. *et al.* 1998 y Urbina, D. *et al.* 2005: 182)

Estas cerámicas están siendo objeto de estudio como parte de una tesis doctoral que aborda la romanización de la provincia de Madrid y que mejorará sustancialmente nuestro conocimiento de su cronología, distribución y características. Tradicionalmente se ha presentado este tipo de piezas como evidencias de una temprana romanización de la región fruto de la interacción con los romanos (Azcárraga, S. 2007). Aunque es cierto que el número de estas piezas ha crecido de manera notable durante los últimos años, consideramos que este tipo de piezas tienen un doble valor que debe ser discutido. Por una parte, es innegable su interés cronológico como cerámicas asociadas de manera unívoca al periodo republicano, incluso aceptando su larga perduración al tratarse de piezas de lujo (Azcárraga, S. 2007).

Sin embargo, la cerámica campaniense tiene una segunda faceta, asociada a su valor como indicio de la progresiva introducción de pautas socioculturales romanas en la sociedad indígena en el proceso denominado romanización. En este aspecto, sin embargo, hay que realizar algunas matizaciones respecto a la asociación directa entre cultura material y procesos de cambio. La entrada de un objeto determinado no supone directamente cambios en las comunidades que lo reciben, que a menudo reinterpretan y adaptan su uso y valor a los parámetros de su propia sociedad. A lo largo de este trabajo hemos visto varios ejemplos de esta situación, el más importante sin duda la entrada de la cerámica a torno en el valle medio del Tajo, que no provocó cambios significativos - más allá de la obvia sustitución de un tipo de cerámica por otra - hasta que tiempo después la tecnología del torno de alfarero se asentó en la zona. En un primer momento, las cerámicas a torno fueron utilizadas como un objeto de prestigio más dentro de las dinámicas internas de las comunidades de la zona. En el sentido contrario, la desaparición de la cerámica ática a mediados del siglo IV a.C. no provocó ningún problema, puesto que el papel de éstas como objeto de prestigio fue asumido por otros objetos como las cerámicas de barniz rojo o las cuentas de pasta vítrea. Otro ejemplo aún más explícito son las monedas de plata perforadas para ser utilizadas como colgantes ya citadas (fig. 7.18) que evidencian la distancia que hay entre dos concepciones muy diferentes de un mismo objeto.

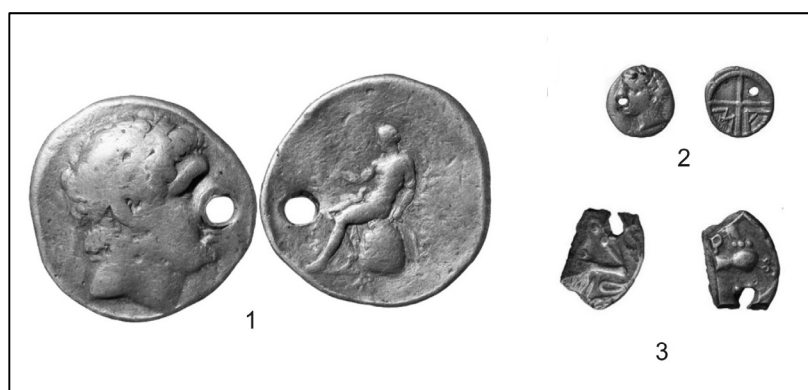


Figura 7.18: monedas perforadas para ser utilizadas como colgantes localizadas en Armuña de Tajuña. A partir de (Ripollès, P. P. et al. 2009, fig. 1)

Es decir, que más que fijarnos en la presencia de un objeto o no deberíamos valorar las características de los contextos en los que éstos aparecen, que indiquen que junto a ellos se han transmitido nuevas ideas y valores que tengan influencia dentro de las estructuras económicas y

sociales de las comunidades que las reciben. En este sentido muchos de los contextos arqueológicos – por otra parte escasos – donde aparecen las cerámicas campanienses apuntan a un uso de estas piezas similar al de etapas anteriores, como piezas exóticas importadas dentro del valle medio del Tajo y utilizadas dentro de los procesos de adquisición de prestigio social en las comunidades indígenas. La excepción la podría representar El Llano de la Horca, donde se ha recogido un centenar de estas piezas (Azcárraga, S. 2007) que apuntan a un uso mucho más

normalizado y donde se aprecian claros signos de romanización. En nuestra opinión, la cerámica campaniense constituyó, durante la mayor parte del periodo republicano en nuestra zona, un escalón más (tras la cerámica gris, ática y de barniz rojo) en los repertorios de cerámicas de importación demandadas por las poblaciones del valle medio del Tajo, al menos en la inmensa mayoría de yacimientos. Algo similar podría decirse de otros objetos romanos como las piezas de paredes finas con decoración a la barbotina localizadas en yacimientos como Cerro del Gollino o Casas de la Jerónima.

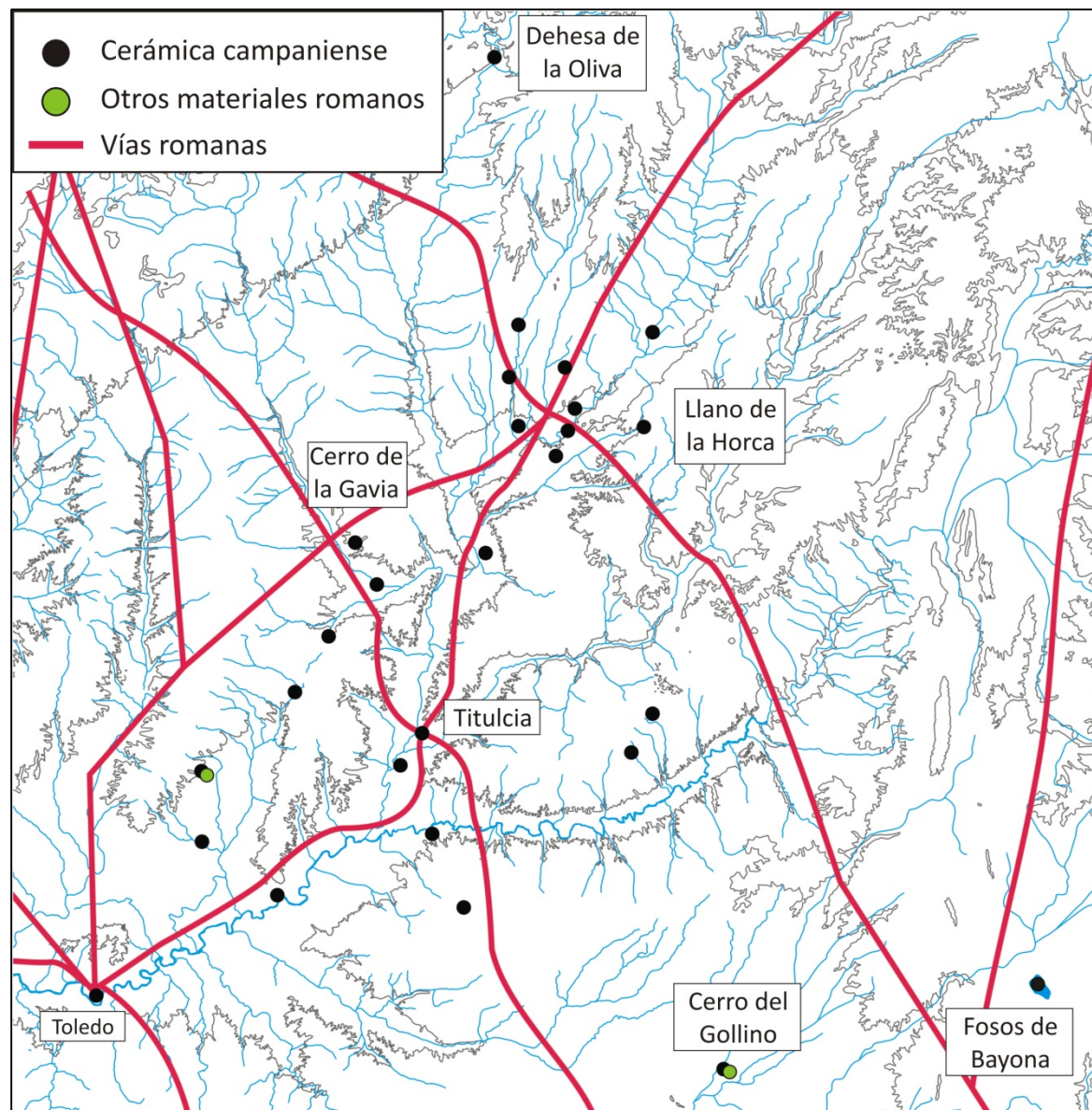


Figura 7.19: distribución de cerámica campaniense y otros objetos romanos republicanos en el valle medio del Tajo

Otros objetos de origen romano con un valor relativo mucho menor pueden, por el contrario, aportarnos algunas evidencias mucho más claras de cambios en la mentalidad de las poblaciones indígenas de la región: el ejemplo más claro es el de las ánforas, que implican la demanda de productos no existentes en la zona (por su calidad o escasez) y que son introducidos por los romanos. Aunque no puede considerarse un objeto comercializado, otro ejemplo de este tipo serían las tejas que en estos momentos comienzan a utilizarse en las viviendas de algunas de las

casas. El hecho de que en Santorcaz aparecieran en una de las casas más complejas de la manzana excavada podría apuntar a un uso de esta cubierta como elemento de prestigio, tanto por la diferenciación que supone de la vivienda respecto del resto como por su asimilación a la "cultura superior" de los conquistadores. Sin duda, el ejemplo con más implicaciones sociales e identitarias lo suponen las llaves romanas recuperadas en Dehesa de la Villa, que implican unos cambios enormes en la concepción de la propiedad privada, la privacidad y las diferencias cada vez más grandes entre familia y comunidad. Estos objetos ejemplifican mucho mejor el proceso de aculturación de las comunidades del valle medio del Tajo que unas cerámicas de lujo cuya función ya estaba muy bien establecida en la vida social prerromana.

En cuanto a los otros circuitos basados en productos manufacturados, alimentos, animales y materias primas, éstos mantuvieron su actividad durante los dos últimos siglos del milenio, aunque desconocemos hasta qué punto las guerras del siglo II a.C. afectaron al comercio de este tipo de productos que probablemente se desarrolló en ámbitos locales. En yacimientos como El Llano de la Horca la presencia de contramarcas en las cerámicas se hace muy habitual, especialmente en grandes *dolia* de almacenamiento. En este asentamiento y en Dehesa de la Oliva parece apreciarse una creciente influencia del mundo celtibérico que se había detectado ya en la etapa anterior y que ahora se hace más evidente, con imitaciones de cerámicas numantinas, placas que se vinculan directamente con éste ámbito y un fuerte predominio de monedas de esta región y del Alto Ebro, mientras que las influencias de la meseta meridional parecen menores. Esta influencia es lógica por la posición geográfica de los asentamientos, pero también se deja notar más al sur, con cerámicas de tipo numantino en yacimientos tan meridionales como La Gavia o Toledo, mientras que por el contrario la presencia de objetos procedentes del mundo del Sudeste es más reducida y parece ser sustituida a menudo por la romana.

Muy vinculada al comercio está la implantación por primera vez de un sistema monetario en la región, aunque tenemos muchas dudas sobre la importancia real del uso de dinero en época republicana fuera del ámbito estrictamente romano y de los principales núcleos de población. En general, los trabajos que han abordado el análisis de los sistemas monetarios en el mundo prerromano se han centrado en sus perspectivas formales y económicas. Aunque estas aproximaciones aportan una cantidad muy importante de información – cronológica, iconográfica, económica – para el momento de la romanización dejan de lado uno de los aspectos más importantes de la implantación de la moneda: el cambio radical que supone esta forma de intercambio dentro de las sociedades campesinas, y cómo afecta a la racionalidad de las relaciones económicas y a la propia forma de concebir el mundo. La adopción de un patrón monetario supone la adopción de un pensamiento abstracto que no sólo impone una distancia entre comprador y vendedor, sino que ejerce también un efecto disruptor en los sistemas de valores y en las relaciones internas de las comunidades, minando a menudo la esfera de transacciones previa hasta servir como herramienta subversiva de las jerarquías tradicionales (Parry, J. y Bloch, M. 1993: 26-28).

En el caso del valle medio del Tajo, no parece haber existido una política clara de introducción de la moneda, que comenzaría a difundirse de la mano de los soldados y agentes comerciales romanos, de sus auxilia y mercenarios y de los indígenas que trataran con ellos. Los núcleos clave para la expansión del sistema y de los cambios que acarrea fueron evidentemente las

ciudades, aunque como hemos dicho la historia de las cecas indígenas de la Meseta sur es bastante pobre. Tan sólo *Konterbia Karbika* parece haber emitido con regularidad desde el último tercio del siglo II a.C. coincidiendo con el final de las guerras con los celtíberos, y por tanto es la única para la que se puede trazar con cierta precisión su área de influencia y de aparición en yacimientos y hallazgos aislados (Abascal, J. M. y Ripollès, P. P. 2000: 18-19), que parece centrarse – además de en el entorno de la ciudad – en la Alta Andalucía y el Alto Ebro. Significativamente, su presencia en centro del valle del Tajo es muy escasa, habiendo sido documentada tan sólo en Toledo, Llano de la Horca y algunos pueblos de Guadalajara cercanos a este asentamiento. El final de las emisiones de esta ceca se data en torno al 50 a.C., coincidiendo con el ascenso de Segóbriga y las transformaciones generalizadas de la organización del territorio en esa etapa (García-Bellido, M. P. y Blázquez, C. 2001: 257).

En cuanto a las otras cecas, como vimos en el capítulo anterior su importancia es aún menor, y parecen haber estado relacionadas con episodios muy esporádicos de emisión de moneda – una única emisión en el caso de *Kombouto/ Complutum* (Roma, A. 1996) – y, al menos en el caso de *Toletum*, relacionada directamente con las guerras pompeyanas (Amela, L. 1998). Esta escasez de numerario, unida a la descontextualización de los ejemplares, conocidos a través de expolios, colecciones antiguas y hallazgos aislados, hace que la reconstrucción de la actividad monetaria en el valle medio del Tajo sea complicada. La aproximación realizada por Curchin (2001) a partir de los hallazgos contextualizados muestra claramente las diferencias de entidad en la circulación monetaria de las cecas de *Konterbia Karbika*, *Toletum* y *Complutum* (fig. 7.20), y los últimos hallazgos monetarios en excavaciones (Baquedado, E. et al. 2007; Chauton, H. 2010) no han hecho sino confirmar ésta dinámica.

En cualquier caso, parece que la cantidad de moneda en circulación – incluida la acuñada en otras zonas – fue escasa aunque contemos con hallazgos excepcionales como el de Cuesta de Zulema, donde se encontraron unos 1500 denarios romanos republicanos aunque sólo cincuenta y uno llegaron al Museo Arqueológico Nacional (Mateu y Llopis, F. 1940). En general, parece que las emisiones procedentes del Alto Ebro y del Alto Duero tuvieron una gran distribución en la región (fig. 7.20). Asimismo, es notable la presencia de denarios y ases de *Bolskan*, de cuya ceca se han encontrado monedas en Dehesa de la Oliva o El Llano de la Horca (Baquedado, E. et al. 2007: 391; Montero, I. y Sejas, G. 2003 - 2004: 43). La presencia de este numerario de *Bolskan* podría estar relacionada con la importancia de esta ciudad con Sertorio, y varios denarios tipo Palenzuela (datados en este periodo) así parecen atestiguarlo, lo que sería un indicio más de los disturbios que sufrió la zona durante las guerras sertorianas.



Figura 7.20: localización de monedas procedentes de cecas carpetanas en la Península ibérica, y principales cecas documentadas en la Carpetania A partir de (Curchin, L. A. 2001)

Uno de los aspectos más interesantes detectados en el registro arqueológico y que podrían estar relacionados con la creciente especialización de las actividades artesanales y con la progresiva implantación de una economía monetaria es el número de evidencias de trabajos especializados en los yacimientos, más allá de los tradicionales asociados a la agricultura y ganadería. Es el caso del instrumental para el trabajo de la madera (cuñas, cinceles, punzones, etc.) recogido en asentamientos como la Dehesa de la Oliva o el Llano de la Horca, las herramientas de herrero de éste último yacimiento o las evidencias de un taller para la fabricación de pasta de vidrio en El Cerrón de Illescas (Valiente, S. 1994: 160). Asimismo, algunos estudios apuntan a que algunas piezas que en etapas anteriores se importaban ahora son fabricadas en talleres locales. Es el caso de algunos tipos de La Tène como las piezas de remate apoyado con pie plano, con una cronología de finales del siglo III – comienzos del siglo II a.C. (González, C. 1999: 269), o la propuesta de un taller de este tipo de fíbulas en Santorcaz donde se han localizado piezas sin terminar (González, C. 1999: 273). La presencia de este tipo de actividades cada vez más consolidadas y de especialistas a tiempo completo muestra claramente la creciente complejidad social de las comunidades indígenas de la región, con las consecuencias que hemos comentado en otros puntos de esta tesis, la más importante de las cuales sería la desvinculación de un número de individuos cada vez mayor de las actividades agropecuarias.

Desde otro punto de vista, la presencia romana abrió un nuevo campo de promoción personal y adquisición de riqueza a través del reclutamiento de tropas para las guerras en la Península. Aunque al contrario que otros grupos étnicos no se reclutaron *auxilia* bajo la denominación de carpetanos – otro indicio de su poca o nula identidad – es evidente (y así parecen apuntarlo algunas fuentes) que hubo indígenas de la zona combatiendo junto a los romanos. Esta

actividad, tan alejada de la tradicional figura del guerrero, supondría de hecho un nuevo tipo de especialización alejada de los patrones estrictamente indígenas, una forma de adquirir prestigio y a la vez – puesto que el pago de estas tropas se realizaba en moneda – un elemento de implantación de normas reguladoras del comercio muy diferentes.

Con la información disponible es muy difícil valorar hasta qué punto y en qué aspectos la conquista romana pudo haber afectado a las estructuras económicas indígenas y cómo se estructuraron éstas durante los siglos II-I a.C. Como en el caso del poblamiento, quizá podríamos hablar de tres variables. La primera de ellas es la actuación directa que tuvieron los romanos sobre las actividades económicas de la región, a través de la transformación de todo el territorio en *ager* romano, la imposición de tributos y la exacción de recursos para mantener ejércitos e infraestructuras. Estas presiones sobre los recursos – unidas a las pérdidas demográficas, la destrucción y saqueo de asentamientos y cosechas y la inestabilidad política – tuvieron evidentemente un efecto negativo en la economía de la región, incluso aunque como hemos visto parece que el grado de destrucción y las imposiciones económicas no fueron excesivos.

Desde otro punto de vista, la presencia romana afectó de manera indirecta a las condiciones económicas de estas comunidades: la supresión del clima de conflicto permanente en la región, la unificación del territorio y su conexión directa con otras regiones de la Península ibérica debió favorecer algunos ámbitos de la economía, especialmente en lo referido a la adquisición de materias primas, la mejora del comercio y la instalación en la región de artesanos especializados. La progresiva implantación de la moneda – aun dentro de las limitaciones que hemos visto – contribuyó a una mayor agilidad de los intercambios y a la aparición de criterios estables en los pagos. Estas nuevas condiciones debieron crear un clima económico más libre que en etapas anteriores (al menos, en las rutas principales), aunque como contrapartida trastornaron gravemente los sistemas indígenas previos basados en las relaciones personales y familiares que garantizaban la circulación de personas y objetos. La transformación de una sociedad campesina basada en el autoabastecimiento, equilibrada respecto de los recursos, a otra mucho más interdependiente y basada en el comercio y la explotación intensiva del medio introdujo a las comunidades de la región en un engranaje económico y político de dimensiones infinitamente mayores que las previas (Urbina, D. 2000: 242).

Finalmente, hay que valorar la tercera variable: la actitud indígena ante esta nueva situación. A finales del siglo III a.C. las evidencias de intensificación agrícola, de aumento del comercio y de búsqueda de control económico eran cada vez más numerosas en la región, unidas a una creciente exhibición de riqueza fuera de los ámbitos simbólicos que, sin embargo no había llegado a concretarse en la aparición de jerarquías consolidadas. La aparición de un nuevo sistema económico libre de las "ataduras" sociales de etapas anteriores, basado en criterios objetivos como sistemas monetarios o exigencias de pago de impuestos dañó las estructuras sociales indígenas, pero abrió una puerta a un tipo de acumulación de riqueza que ya no podía ser totalmente contrarrestada por los valores comunitarios previos. Esta situación fue aprovechada por algunas familias para obtener una preeminencia que por primera vez podía explicitarse sin sanción social en criterios económicos, como puede apreciarse en la aparición de casas de tamaño claramente superior al del resto o en el uso de materiales exóticos como las tejas para la cubrición de las mismas. Hasta este momento, todas las expresiones de riqueza

ajenas al mundo funerario habían sido muy limitadas y sobre todo, parece que no había demasiadas restricciones a la adquisición de productos de lujo, como se constata en las necrópolis donde tumbas sencillas presentan objetos de ajuar de gran calidad. Ni siquiera en las necrópolis donde se aprecian más desigualdades, como ocurre con las del sudeste del valle, hay una estratificación estricta de la riqueza y unas desigualdades exageradas entre las tumbas más ricas y las más pobres. Aunque es difícil valorar cómo se gestionó y distribuyó la cultura material en la región durante los dos últimos siglos antes de nuestra era, la creciente cantidad de objetos de adorno – especialmente fíbulas (fig. 7.21), pero también anillos, espejos o cuentas de collar e incluso colgantes para los arreos de caballos – y de cerámicas campanienses o de paredes finas hace pensar en un creciente poder adquisitivo o en un abaratamiento de este tipo de objetos provocado por la simplificación y mantenimiento de las rutas de comercio y de adquisición de materias primas.

La clave no radica tanto en saber si la sociedad de los siglos II-I a.C. tuvo o no una mayor riqueza como valorar si ésta estuvo repartida de manera similar a etapas anteriores o si se apoyó en un acceso diferencial a los medios de producción, como parece haber sido el caso. Por desgracia, la publicación tan parcial de datos de los asentamientos excavados impide valorar la existencia o no de desigualdades económicas entre las diferentes unidades domésticas. Los datos de La Gavia no apuntan en esa dirección, pero se trata de un poblado pequeño, localizado en un área periférica respecto de las principales vías de comunicación. Los elementos que podrían apuntar a ciertas desigualdades económicas son similares a los de etapas anteriores: cerámicas de importación, fíbulas, etc., objetos que no tienen por qué apuntar a diferencias económicas consolidadas que no se aprecian en aspectos más esclarecedores como el tamaño o calidad de las casas.

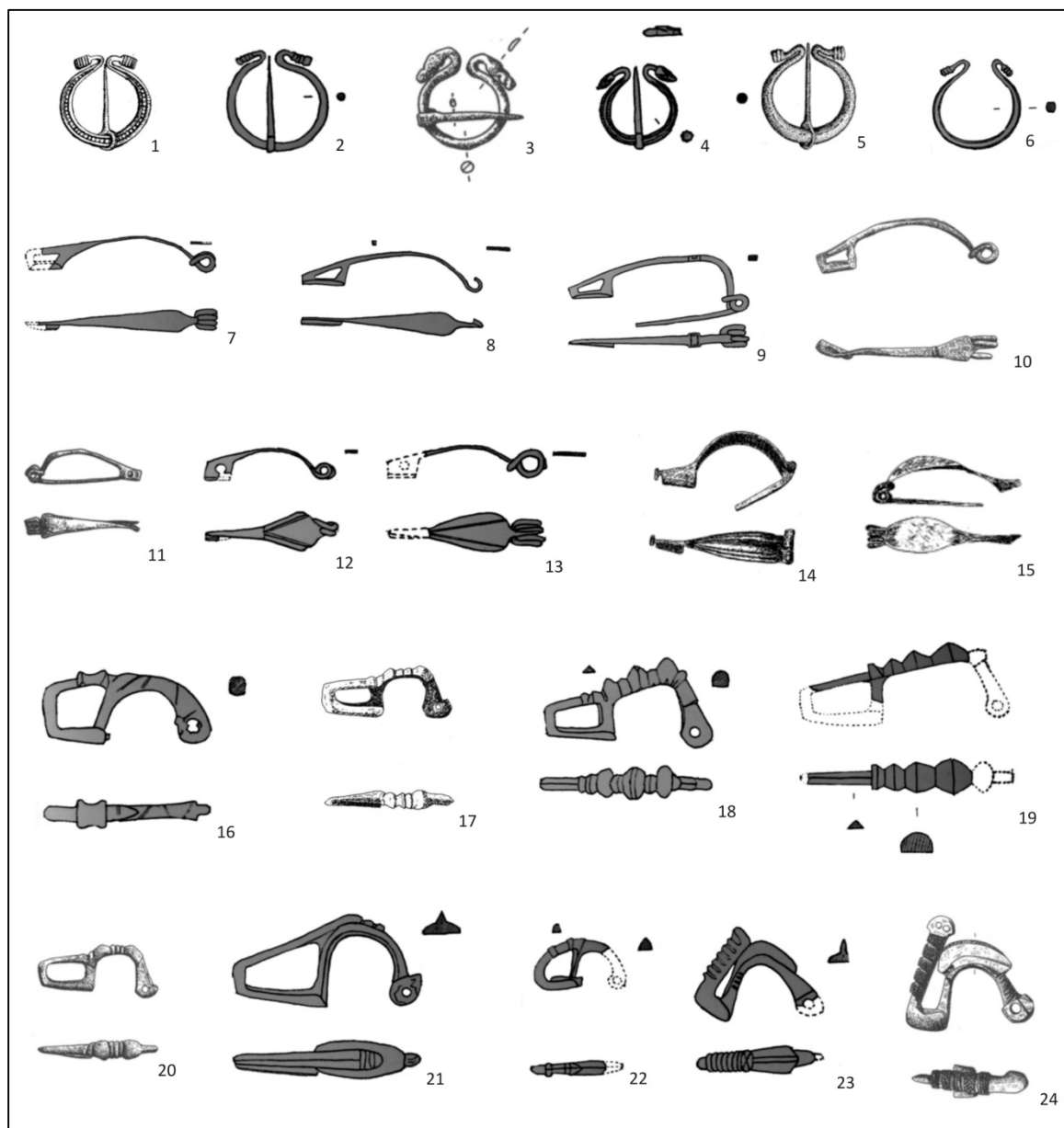


Figura 7.21: principales tipos de fíbulas documentadas en época republicana en el valle medio del Tajo. 1-6 tipo omega, 7-13 tipo Nauheim, 14-15 tipo Aucissa 16-22 tipo La Tène III, 23-24 de pie vertical. Diferentes escalas

En el caso de los grandes yacimientos como la Dehesa de la Oliva o El Llano de la Horca sí existen como hemos visto diferencias apreciables entre las unidades domésticas, algo que hemos interpretado como evidencias de desigualdades económicas consolidadas en estas comunidades. En esta misma dirección parecen apuntar algunos de los materiales localizados en las excavaciones, como una plaquita de plata documentada en la Dehesa de la Horca fuera de contexto, o algunos de los materiales de El Llano de la Horca cuya calidad apunta a que no estuvieron al alcance de la mayoría de la población (fig. 7.22). Por desgracia, el análisis de los materiales correspondientes a las diferentes unidades domésticas de este yacimiento no está publicado, por lo que no sabemos si estas piezas aparecieron en alguna de las casas más grandes o no.



Figura 7.22: "Vaso de los caballos" con decoración de tipo numantino y placa de bronce decorada con representaciones zoomorfas y soliformes de El Llano de la Horca. A partir de (Märtens, G. *et al.* 2009, figs. 9-10)

En el caso de Dehesa de la Oliva los materiales sí fueron descritos casa por casa, por lo que sí podría hacerse una valoración de materiales por unidad doméstica. Un pequeño repaso a esta distribución (tabla 3.7), sin embargo, no aporta demasiadas conclusiones.

Por una parte, parece claro que la presencia de algunos objetos como las fíbulas o las armas es independiente del

tamaño de las casas, lo que implicaría una relativa facilidad para acceder a piezas fabricadas en hierro o bronce que en otras etapas eran más difíciles de adquirir. Asimismo, no se aprecia una relación clara entre la riqueza de los objetos y la complejidad de las habitaciones. Las diferencias entre las casas parecen apuntar a aspectos cualitativos o de funcionalidad, y en general las casas más pequeñas presentan objetos más sencillos dedicados al trabajo agrícola, mientras que las casas más grandes parecen estar especializadas (como la casa C15 que con toda probabilidad perteneció a un herrero) o presentan aperos agrícolas de gran tamaño como carros, un tipo de objeto que evidentemente no estaba dentro de las posibilidades de todas las familias del poblado. Otros objetos que apuntan directamente a costumbres romanizadas, como las llaves, sorprendentemente aparecen en casas pequeñas, lo que podría ser un indicio de cierta competición dentro de los asentamientos por adquirir comportamientos y objetos romanos que aportarían un elemento de prestigio a sus usuarios.

Casa	Tamaño (m ²)	Habitaciones	Materiales relevantes
C1	86	3	Cuchillo, fíbula, regatón, ungüentario vidrio
C4	158	3	Clavos de carro, arreos de caballo, dardo, asa de caldero
C5	86	3	Hoz, hacha
C11			Llanta de carro, podadera, tijeras, agujas, llave, ánfora
C15	133	8	Cinzel, yunque, abrazaderas, punta de lanza y regatón, escoplo, cuchillo, clavos de una posible cota.
C16	77	3	Regatón, fíbulas, podadera, llave
C17	190	10	Escoplo, botella de vidrio
C18	141,6	5	Cuchilla, azada
CR	140	3	Fíbulas tijeras, azadas
CV	63,72	1	Varilla, llave, <i>pilum</i> , cuentas de pasta vítrea

Tabla 7.1: principales materiales metálicos localizados en los contextos domésticos de Dehesa de la Oliva. A partir de (Cuadrado, E. 1991)

Por desgracia, la información proporcionada por Emeterio Cuadrado no incluía salvo casos excepcionales la cerámica recogida en cada contexto, que hubiera ayudado a definir mejor las características de cada contexto. Asimismo, no hemos localizado la información relativa al tamaño y número de habitaciones de la casa 11, una de las más interesantes en cuanto a

materiales se refiere. En cualquier caso, lo que se desprende de los espacios domésticos de Dehesa de la Oliva es una cierta diferenciación económica pero muy sutil, expresada en el tamaño de las casas, en la complejidad de las mismas o en algunos aperos de trabajo.

Sorprende la cantidad de armas documentadas (en cinco de las diez casas), algo que también ocurre en el Llano de la Horca donde se han recogido puntas de flecha y de lanza, regatones, puñales biglobulares o tachuelas de una posible cota tachonada (Märtens, G. *et al.* 2009: 216), en Fosos de Bayona, donde se han recogido lanzas, regatones y espadas (Gras, R. *et al.* 1984: 53) (fig. 7.23) y en El Cerrón (puntas de flecha y regatón) (Valiente, S. 1994: 166-167). Por una parte, esta aparición de armas es consecuente con el momento en el que probablemente se abandonan todos estos asentamientos, inmediatamente después de las guerras sertorianas. Por otra, en su inmensa mayoría se trata de armas de doble uso cinegético y militar, por lo que no

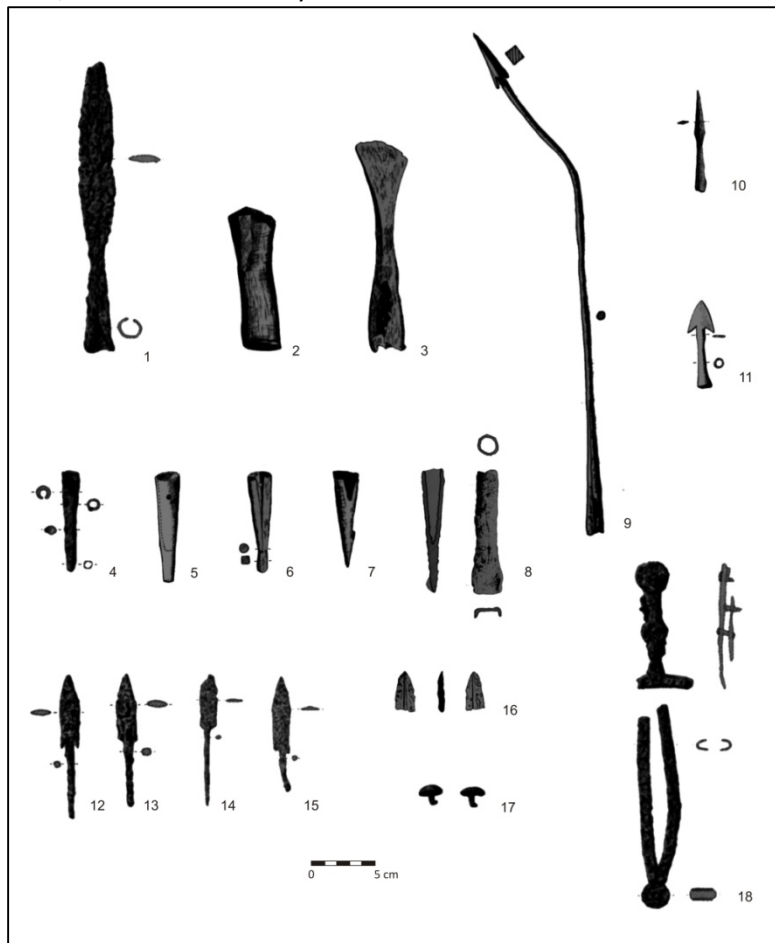


Figura 7.23: armas del valle medio del Tajo durante los siglos II-I a.C. 1-3 puntas de lanza, 4-8 regatones, 9 *pilum*, 10 punta de jabalina, 11 dardo, 12-16 puntas de flecha, 17 tachuelas de cota, 18 puñal biglobular. 2-3, 5-7, 9-11, 17 sin escala en el original. A partir de (Baquedado, E. *et al.* 2007, fig. 16; Cuadrado, E. 1991, figs. 6, 11, 3, 20, 38 y Valiente, S. 1994, figs. 61-62).

puede descartarse su uso exclusivo para la caza, aunque algunas de las armas, como el *pilum* localizado en la Dehesa de la Oliva (Cuadrado, E. 1991: 226) tienen un uso exclusivamente militar (fig. 3.149, 9). Es significativa además su presencia en contextos domésticos, en los que hasta ahora las armas eran testimoniales. En la etapa anterior las armas en general aparecían circunscritas al ámbito funerario, asociadas a expresiones del prestigio de la figura del guerrero. Desconocemos si durante los dos siglos anteriores al cambio de era esta costumbre se mantuvo, pero lo que sí es cierto es que esta

presencia de armas en contextos domésticos es significativa y apunta a una pérdida del significado simbólico de las armas como herramientas propias del guerrero/ héroe y a la transformación de la guerra como un escenario de exhibición de habilidades y obtención de prestigio en una actividad propia de soldados, a gran escala y que busca fundamentalmente la eliminación física y definitiva del adversario.

Como puede apreciarse, los datos con que contamos para valorar la reinterpretación de la cultura material durante los dos siglos anteriores al cambio de era son muy escasos, y se apoyan en objetos simbólicamente fuertes pero minoritarios, lo que impide valorar las tendencias

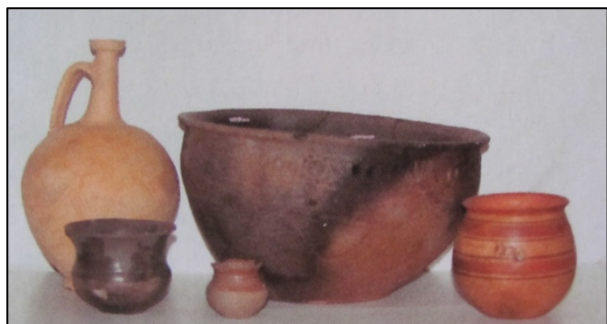


Figura 7.24: cerámicas de Fuente de la Mora. A partir de (Vega, J. J. et al. 2009, fig. 9)

generales que muestran los objetos de uso común, especialmente las cerámicas más cotidianas que marcarían muy bien los procesos de interacción. Algunos de los ajuares que aparecen en yacimientos como Fuente de la Mora (fig. 7.24) muestran este tipo de transformaciones, con jarras de formas claramente romanas conviviendo con cerámicas pintadas con decoraciones de bandas rojas y filetes negros, características de los momentos finales de la Segunda Edad del Hierro, piezas de

cerámica gris o cerámicas realizadas a mano con los últimos ejemplares de estampillas. En este sentido, la próxima publicación de las excavaciones de El Llano de la Horca permitirá valorar mucho mejor en qué condiciones y con qué ritmos se desarrolló este proceso.

7.3.4. Herramientas de subversión

Los apartados anteriores podrían transmitir la impresión de que una vez superada la traumática conquista del valle medio del Tajo y su tributo de muertes, destrucción e inestabilidad, la Carpetania se integró sin demasiados problemas en la estructura estatal romana, de la que recibió protección, estabilidad y cierta prosperidad económica. Es cierto que la conquista de la zona no fue especialmente dura respecto de lo conocido para otras regiones, pero los choques armados y la actividad militar asociada fueron tan sólo una de las formas de agresión – la más llamativa, pero también la más limitada temporalmente – que sufrieron las comunidades prerromanas de la región.

En este sentido, muchos de los cambios que constatamos en el registro arqueológico y que hemos descrito en los anteriores apartados son en realidad dos caras de una misma moneda: la del conquistador que impone – consciente o inconscientemente – unos cambios culturales, pero también la de un mundo indígena que poco a poco se redefine frente a ellos. En realidad, el hecho de que cuando hablamos de romanización lo que se plantee sea el proceso de implantación de las pautas económicas, culturales y políticas romanas sobre las poblaciones conquistadas nos hace olvidar que existe otro interlocutor en ese proceso, el más débil, que es objeto de aculturación forzosa. De hecho, el prestigio del mundo romano y su cercanía cultural ha hecho en ocasiones que, sobre todo desde posiciones propias de la Historia Antigua, se asuma con naturalidad la realidad de un proceso que debió ser enormemente traumático para las poblaciones conquistadas.

El proceso con que se aborda generalmente la romanización consiste habitualmente, tras contextualizar la conquista del territorio, en discutir la implantación de las diversas instituciones romanas en el territorio, analizar los restos romanos documentados – epigráficos, numismáticos, arqueológicos, etc. – y sus implicaciones sociales y económicas y ajustar estos datos para tratar

de reconstruir el proceso histórico en el que la estructura romana se extiende sobre un territorio concreto. Las reflexiones sobre el mundo indígena sobre el que se sitúa esta estructura son mínimas, casi como si fuera un espectador dentro del tránsito que le va a llevar a formar parte de la cultura romana.

Aunque pueda parecer algo exagerada, ésta es la perspectiva dominante dentro de los estudios sobre la romanización de la Carpetania, un tipo de análisis que ha sido abordado generalmente por la Historia Antigua y con un punto de vista romanocéntrico. Nuestro objetivo es tratar de compensar un poco esta visión analizando no la construcción de una sociedad romanizada sino la disolución de la sociedad indígena del valle medio del Tajo, repasando cuáles son los cambios que introduce la presencia romana en la región y qué efectos pudieron tener en las poblaciones locales. Es decir, cómo las decisiones tomadas por una entidad estatal y altamente jerarquizada como la romana y sus pautas culturales, económicas y políticas erosionaron y desestabilizaron a las comunidades indígenas, transformando sus sistemas de valores y creencias, sus estructuras sociopolíticas y su propia identidad como grupo; y cómo éstas comunidades se adaptaron o resistieron a esos cambios.

En realidad, podríamos hablar de tres etapas en este proceso. La primera de ellas es la etapa de conquista propiamente dicha, entre la campaña de Nobilior del 193 a.C. y el establecimiento de cuarteles de invierno en la región (indicio de que ésta se encontraba pacificada) en el 180 a.C. La segunda comenzaría en este momento y estaría caracterizada por una erosión progresiva de las estructuras indígenas, no tanto por políticas activas de las autoridades romanas como por la creciente interacción entre ambos colectivos. Finalmente, a partir de las guerras sertorianas (83-72 a.C.) se produce una intensificación de la actividad romana en la zona, incluyendo una reorganización extensa del territorio, en un proceso que culminará bajo Augusto la reordenación del territorio en *conventus* (Abascal, J. M. 2007: 289).

Sin duda, la primera medida tomada por los romanos *de facto* desde el momento de la conquista y que comenzó a subvertir el orden tradicional en la región fue la consideración del territorio como un todo, imponiendo una gestión conjunta de la región tanto para su defensa como para la recogida de impuestos, reclutamiento de tropas o gestión de la intendencia asociada a la conquista militar. Por supuesto, las poblaciones siguieron manteniendo su identidad, y no parece que hubiera desplazamientos de poblaciones forzados para dismantelar la resistencia en la región. Sin embargo, la conquista de la Carpetania supone algo más que la dominación de un espacio: supone la destrucción de la percepción territorial previa, la visión indígena sobre la tierra que como hemos visto se apoyaba en redes de alianzas, relaciones sociales, matrimonios y genealogías comunes. De hecho, para las comunidades indígenas supuso la definición, por primera vez, de sus límites territoriales a través de unos criterios de explotación del territorio desconocidos previamente (Edmonson, J. C. 1992-1993: 27). El territorio de las poblaciones del valle medio del Tajo, que habíamos denominado "social" definía las relaciones entre comunidades, permitiendo o vetando el libre desplazamiento, el intercambio de objetos o el apoyo frente a un enemigo común. A partir de la conquista romana estas redes sociales, que construían un espacio difuso territorialmente y voluble en función de las relaciones entre grupos pierden muchas de sus razones de ser, puesto que ahora es un ente ajeno – y mucho más

poderoso – el que impone la paz interna y el desplazamiento de personas y mercancías, y lo hace desde una perspectiva estatal en la que tiene escasa cabida la situación previa de la zona.

El problema no es tanto estabilidad – que quizá se logró con el antiguo sistema, aunque fuera de manera más precaria – sino el impacto que este control provocó en la organización social de las comunidades indígenas, donde la gestión de alianzas, los matrimonios o el control de las rutas de intercambio eran actividades clave para la obtención del prestigio en el que se apoyaban las élites para aumentar su control del grupo. Una vez que estas gestiones no son necesarias puesto que los objetivos de seguridad son cubiertos por un tercero, esas estrategias se ven devaluadas y pierden su razón de ser. Algo similar debió ocurrir con las alianzas militares y el papel del guerrero heroico que había empezado a construirse a partir del siglo IV a.C., ahora sin sentido – a excepción de los momentos coyunturales de apoyo a los romanos – puesto que la potencia ocupante tenía ahora el monopolio de la violencia y no iba a permitir conflictos incontrolados dentro de su territorio. Es decir, muchas de las estrategias utilizadas dentro de la competición social que caracterizó a la región durante la Segunda Edad del Hierro dejaron de tener sentido. Por supuesto, el proceso debió ser lento, y muchas de las relaciones familiares y políticas se mantendrían. Pero su utilidad como herramientas de proyección social se vería muy mermada, y en nuestra opinión se redirigirían hacia ámbitos de control económico y, una vez que esté instalado definitivamente el sistema romano, a la construcción de élites urbanas.

Además, parte del modelo previo se basaba en el mantenimiento de rutas de intercambios suficientemente estables como para permitir la entrada de objetos de importación que constituían una de las herramientas básicas de construcción del rango en estas comunidades. Aunque en el valle medio del Tajo este comercio no llegó a estar completamente controlado, la existencia de una entidad que asumiese el mantenimiento de las rutas comerciales debió perjudicar a las élites al facilitar el acceso de productos – rebajando su precio – y sobre todo rompiendo cualquier posible monopolio que no estuviese basado en criterios económicos. En este sentido y como ha sido expuesto por Parry y Bloch al analizar trabajos antropológicos como el de Bohannan con los Tiv (1993: 12-14), la introducción de criterios económicos basados en el dinero puede ejercer un efecto destabilizador en sociedades que tienen esferas de intercambio jerarquizadas: al aparecer un medio de intercambio que puede utilizarse para adquirir objetos de cualquiera de estas esferas, se estandarizan objetos que antes no eran intercambiables y la adquisición de bienes de prestigio pasa a depender simplemente de la cantidad de dinero disponible en un momento dado, sin las connotaciones de tipo social que podía tener en momentos anteriores.

Por supuesto, estos cambios no comenzaron inmediatamente tras la conquista. Ésta preparó el escenario en el que se iban a producir unas transformaciones que fueron progresivas y que sólo en la tercera fase del proceso van a comenzar a hacerse explícitas en el registro arqueológico. Pero es importante tener en cuenta las implicaciones sociales que tuvo la redefinición del espacio – la construcción de una Carpetania – para transformarlo, ahora sí, en un territorio de límites definidos, frente al territorio social previo basado en los ejes de comunicación. Significativamente, la delimitación del espacio no parece que potenciara la aparición de una identidad étnica común, como se ha detectado en ocasiones en casos históricos o antropológicos e incluso en regiones vecinas como la Lusitania (Edmonson, J. C. 1992-1993: 27). De hecho, el único elemento que podía apuntar levemente en esa dirección, la cerámica

jaspeada, desaparece de los asentamientos en estos momentos: su presencia es anecdótica en La Gavia y El Llano de la Horca, no está presente en la Dehesa de la Oliva y sólo en el Cerro del Gollino aparece en cantidades dignas de mención.

Realmente, la introducción de una economía basada en la moneda debió tener mucho más impacto en el largo plazo que otros aspectos de aculturación, durante la segunda fase que hemos definido en la que la presión romana debió ser indirecta en muchas de las áreas del valle. Es necesario reflexionar un poco más en profundidad sobre cómo actúa la implantación de este tipo de economías para comprender cómo la introducción de un objeto tan inherente a nuestras sociedades puede modificar comportamientos y sistemas de organización social más tradicionales. En primer lugar, el uso de dinero permite una separación (física, mental y moral) entre personas y objetos inexistente hasta entonces, deshumanizando las relaciones inherentes a los trueques y sistemas basados en los regalos y aportando un elemento de impersonalidad a las transacciones (Parry, J. y Bloch, M. 1993: 5). Asimismo, al servir de referencia a todos los objetos independientemente de su valor simbólico o connotaciones sociales, tiende a reducir las diferencias basadas en la calidad a simples cuestiones de cantidad, dañando los sistemas de valores tradicionales (Parry, J. y Bloch, M. 1993: 6).

Esta visión tan negativa del dinero ha sido matizada por M. Bloch y J. Parry, para valorar de manera más extensa el contexto en el que se produce la introducción de la economía de mercado en sociedades tradicionales. Uno de los casos que analizan es el trabajo ya clásico de Bohannan sobre los Tiv del norte de Nigeria (Bohannan 1959). Este grupo mantenía tres esferas jerarquizadas de intercambios – subsistencia, bienes de prestigio y matrimonios – cada una de las cuales permitía determinados comportamientos y conllevaba restricciones, siendo la tercera esfera la más estricta, controlada por los hombres ancianos de cada comunidad. Los intercambios estaban aceptados dentro de cada esfera, pero sólo de manera excepcional se producían transacciones entre esferas diferentes. En este sistema, la entrada de dinero igualó los niveles de intercambio al aportar un valor común a los tres, facilitando la movilidad entre ellas pero destruyendo las regulaciones sociales que las rodeaban.

La propuesta de Bohannan tal y como fue planteada era ciertamente simplista, puesto que la introducción de la moneda no deshizo completamente los sistemas de valores Tiv y algunos bienes, como la tierra, siguieron estando completamente blindados a la economía monetaria. En este sentido, la revisión del estudio de Bohannan que hacen Parry y Bloch (1993: 13-14) contextualiza y enriquece notablemente la interpretación de los cambios producidos en estas comunidades. En primer lugar destaca el papel de la paz impuesta desde el gobierno británico que fuerza tanto al pago de impuestos en moneda como la ampliación de los mercados fruto de la inclusión de las tierras Tiv en un contexto económico mucho más amplio. Por otra parte, habría que señalar la presencia de comerciantes extranjeros dispuestos a comerciar con moneda – sin tener en cuenta las reglas morales que regían la economía Tiv – destruyendo las barreras entre las esferas de subsistencia y prestigio. Un tercer ataque al sistema de intercambio Tiv vino de la mano de la legislación británica, que prohibió el intercambio de mujeres para matrimonios y los sustituyó por el pago de dote. Esta decisión debilitó a los cabezas de los diferentes linajes que habían controlado los intercambios e influido a través de ese control en las decisiones de los hombres solteros, que fueron uno de los colectivos más perjudicados en la destrucción de la

economía tradicional, mientras que otros grupos como los hombres más jóvenes vieron un aumento de sus posibilidades de ascenso social.

Aunque evidentemente las características del modelo propuesto arriba no pueden trasladarse sin más al estudio de la Carpetania romana, lo cierto es que hay unos patrones que parecen mostrar similitudes entre ambos contextos: el choque entre una sociedad premonetal y otra con una economía de mercado, la organización de las diferentes esferas de intercambio previas al mismo, la aparición de sistemas de intercambio alternativos, la pérdida de influencia sobre los mecanismos sociales de control por parte de los cabezas de familia... En el caso del valle medio del Tajo, ya hicimos alusión a la existencia de dos circuitos de intercambios, uno de objetos de uso cotidiano basado en intercambios a corta distancia y otro de prestigio con redes más amplias cuyo mantenimiento dependía en gran medida de alianzas entre familias y comunidades, apoyadas muy probablemente en matrimonios. En el caso del valle medio del Tajo no se han detectado indicios de un sistema de intercambio premonetal como ocurría con los Tiv, aunque algunas evidencias como la del tesoro de Driebes apuntan a que pudo utilizarse plata al peso como valor de cambio en los momentos anteriores a la conquista romana (Arévalo, A. 2008: 130-131).

La irrupción de Roma en medio de la región pudo haber promovido cambios similares a los del caso Tiv, salvando las distancias ya que el estado romano puede ser considerado completamente una economía de mercado, y al contrario que los imperios coloniales del siglo XIX y XX su política hacia los indígenas – y especialmente hacia sus élites – tendió a asimilar antes que a segregar las poblaciones. Sin embargo, muchos de los mecanismos económicos de control debieron ser los mismos, basados en el uso de la moneda: el pago de impuestos se exigía en moneda, y en este medio se pagaba a los soldados, trabajadores, agentes y suministradores de materias primas o alimentos. Es decir, aunque sin forzar a la población a adoptar este sistema de intercambios, la realidad debió imponerse progresivamente en las interacciones con romanos o con indígenas situados en su órbita.

Otras intervenciones romanas sobre el territorio fueron más planificadas. La primera de ellas es la potenciación del entramado urbano inherente a la cultura romana, que en el caso del valle medio del Tajo se apoyó en comunidades indígenas ya existentes o formadas durante la conquista. Estos núcleos urbanos incipientes no sólo serían los lugares de mayor concentración de población romana, sino que serían los sitios desde los que comenzaría a gestionarse el territorio y donde empezarían a producirse los cambios culturales más fuertes por la interacción con poblaciones romanas o romanizadas. Por los datos de que disponemos, en estos momentos no parece que se potenciaran algunas localidades sobre otras, y aunque hay núcleos urbanos que desde un principio reciben más atención – como Toledo – otros como Dehesa de la Oliva tienen también una entidad significativa aunque se localicen en zonas marginales.

La aparición de núcleos urbanos de tamaño significativo, destino preferente de las poblaciones romanas y romanizadas, desplazó el escenario y las características de la autoridad hacia estos asentamientos, y redefinió completamente el conjunto de estrategias para la obtención de poder y prestigio social. En primer lugar, las ciudades pasan a ser ahora los lugares desde los que se toman las decisiones políticas y económicas, y por tanto, cualquier intento por influir en esas decisiones pasa por formar parte de esas incipientes élites urbanas. Por otra parte, el prestigio

inherente a los conquistadores favorecería procesos de imitación de las mismas, aunque no hay que perder de vista que la tendencia en el modelo administrativo romano es dejar la gestión del territorio en manos de las elites locales, mientras estas cumplan con sus obligaciones frente a Roma. En este sentido, es probable que la ocupación romana incentivara la consolidación de estas élites, a las que los conquistadores otorgarían una legitimidad y una autoridad mucho más estables de lo que habían disfrutado en épocas precedentes.

Por desgracia, no disponemos de muchos datos para saber cuáles eran las características de estas nuevas élites, más allá de las citadas diferencias que se aprecian en las casas, el uso de objetos característicos de la cultura romana o, mucho después, los datos epigráficos de las primeras élites municipales en ciudades como Toledo. Sin embargo, parece que dentro de este panorama la actitud de las élites de la región fue como poco acomodaticia. Al fin y al cabo, parece que la presencia romana, una vez pasado el primer momento de combates, les permitió algo que no habían podido lograr por sí solos durante los siglos anteriores: una autoridad mucho más asentada y basada en el poder económico. En nuestra opinión, los procesos de aculturación y transformación de la sociedad prerromana del valle no deben plantearse en una dialéctica entre indígenas y romanos, sino entre la gran masa de indígenas, las familias mejor situadas entre ellos en el momento de la conquista y los romanos. A la falta de identidad étnica que hemos analizado en el capítulo anterior se unió la tensión interna entre los grupos de parentesco y las comunidades, lo que dificultó aún más una reacción unitaria frente a los romanos.

Si los datos domésticos son escasos, los referidos al mundo funerario son prácticamente inexistentes, lo que afecta de manera frontal a nuestra capacidad de análisis de la sociedad del valle medio del Tajo en esta época. Todos los yacimientos que conocemos terminan su ocupación en el siglo III a.C., aunque algunos de ellos han sido publicados de manera tan parcial que no podemos asegurar categóricamente un horizonte de ruptura cuya asociación a la irrupción cartaginesa y romana sería muy tentador. De hecho, conocemos a través de fuentes indirectas la presencia de una fíbula aucissa (datada a finales del siglo I a.C.) en la necrópolis de Las Esperillas (Rovira, S. 1990: 138), aunque los responsables de la excavación no hacen referencia a fases romanas en la necrópolis cuyo final datan en el siglo III a.C. (García, A. A. y Encinas, M. 1987: 57). Asimismo, en la necrópolis del Cerro de la Virgen de la Cuesta (Alconchel de la Estrella, Cuenca) se ha documentado un sillar con una inscripción romana de cronología tardía (Millán, J. J. 1990: 199) que estaría relacionada con la ocupación romana de este yacimiento y que en cualquier caso es un documento excepcional en la necrópolis.

Esta "desaparición" de las necrópolis es por el momento inexplicable, aunque puede ser simplemente circunstancial, ya que en aquellos yacimientos datados en época republicana no se han localizado – o en caso de hacerlo, no se han excavado – los cementerios asociados. En este sentido, la excavación actualmente en curso en la necrópolis del Cerro de la Gavia, cuya cronología se inserta de manera muy concreta en este periodo quizá nos ayude en un futuro a analizar con más detalle este contexto que parece cuando menos sorprendente, ya que los patrones de enterramiento son uno de los rasgos que se transforman más lentamente debido a su fuerte componente ideológico y no cabe por tanto esperar cambios radicales incluso aceptando un hecho tan traumático como la conquista romana.

Este supuesto parece ser confirmarse al analizar las transformaciones del ámbito religioso, en el que la tendencia en la mayor parte de la región fue la búsqueda de un sincretismo centrado en dioses asociados a la protección del hogar y de la familia, como Tutela o los Lares, probablemente asimilables a figuras similares del mundo indígena vinculadas al culto a los antepasados y a los linajes familiares. También destacan figuras de diosas relacionadas con la Naturaleza, como Diana o las ninfas, más cercanas a la espiritualidad de las comunidades prerromanas que otros cultos oficiales como el otorgado al emperador o a dioses romanos más específicos. En este sentido, se aprecia una clara dicotomía a partir del siglo I d.C. entre la religión oficial considerada como un elemento de promoción social más de las élites urbanas, centrada en el mundo urbano, y la religión popular mayoritaria y con un fuerte grado de sincretismo (González-Conde, M. P. 1987: 142). Aunque en un momento tardío y relacionado con la extensión del derecho latino y de la concesión del estatuto de municipalidad a las principales ciudades, los diferentes cargos religiosos debieron formar parte de los mecanismos de consolidación del poder dentro de la comunidad.

En definitiva, la sociedad prerromana durante los dos siglos anteriores al cambio de era debió estar caracterizada por cambios muy profundos en las estrategias de ascenso social, que paulatinamente van a adquirir un carácter más económico y menos basado en la adquisición de capital simbólico a través de las actividades – gestión de actividades comunitarias, guerra, comercio – que habían sido clave para la gestión de las comunidades durante la Segunda Edad del Hierro. Este desplazamiento de los espacios de poder al mundo económico, que como hemos dicho era una de las claves para considerar la existencia de una jerarquización social va a venir asociado a la consolidación del rango adscrito en un grado desconocido hasta ahora. Sin embargo, la inmersión en un tipo de sociedad como la romana, infinitamente más jerarquizada – hasta el punto de contar con esclavos – y regulada debió tener lugar de manera muy progresiva, y en el siglo II a.C. las diferencias observadas fueron esencialmente debidas a la utilización de objetos romanos dentro de contextos indígenas, a la vez que se consolidaban las desigualdades económicas internas. Sólo a partir del siglo I a.C. tras las guerras de Sertorio, esas diferencias parecen explicitarse dentro de contextos cada vez más romanizados, conforme se modifica la estructura territorial del valle medio del Tajo.

7.4. La mano de Roma: romanización y pervivencias en el valle medio del Tajo

7.4.1. Las guerras sertorianas

A comienzos del siglo I a.C., el valle medio del Tajo va a verse involucrado en un nuevo episodio de inestabilidad política que indirectamente nos proporciona información sobre cuál era la situación de la región tras un siglo de interacción con los romanos. Las guerras sertorianas (83-72 a.C.) estuvieron caracterizadas por el apoyo de numerosos pueblos indígenas a este general romano. No fue así en el caso de la Carpetania, que parece haberse mantenido fiel al partido de Sila, lo que indirectamente implicaría una posición más acomodaticia con respecto a Roma que pueblos como lusitanos y celtíberos. Conocemos al menos dos episodios de las guerras que prueban esta oposición a Sertorio. El primero de ellos es la resistencia de la ciudad de *Consabura* frente a Lucio Hirtuleyo, cuestor de Sertorio, en el año 78 a.C. (Pseudo-Frontino 5, 19), y el famoso episodio de los caracitanos, comunidad carpetana que habitaba un monte alto lleno de

cuevas sobre el Tajo y que fue derrotada por Sertorio a través de una estratagema un año después (Plutarco, *Sertorio*, 17).

Independientemente de las discusiones sobre la localización de Caracca, para la que se han propuesto localidades como Tarancón (Solana, J. M. 1995), Arriaca (Urbina, D. 1997: 46), Santiago de Velillas (Gómez, J. M. 2002: 105; González-Conde, M. P. 1992: 306), las cercanías de Corral de Almaguer (Montero, J. 1990: 106) o Taracena (González, C. 1999: 21), lo importante es su clara oposición a Sertorio. Del texto parece desprenderse el apoyo de los caracitanos a Metelo, del que huye Sertorio y por lo que es despreciado por este grupo. Desde otro punto de vista, es interesante comprobar que en el 77 a.C., después de más de un siglo de dominación romana, los habitantes de la zona seguían manteniendo una identidad comunitaria indígena y, por los datos que se desprenden del texto, conservaban su estilo de vida que no era ni mucho menos urbano y que por otra parte es inevitable relacionar con las cuevas artificiales descritas en otros capítulos en torno a los valles de los ríos Tajo y Tajuña.

Más aún, el episodio de las guerras sertorianas ha sido documentado de manera bastante clara arqueológicamente, mucho más de hecho que el de la conquista romana, y los datos apuntan a que debió alterar sustancialmente la vida de la región. Además de algunos ejemplos evidentes, como los glandes con la inscripción Q.SERTOR.PROCONS localizados en la Muela de Taracena (González, C. 1999: 21), los más claros son los de Santorcaz, donde se han recogido una veintena de este tipo de proyectiles (González, C. 1999: 18) y Fosos de Bayona, donde además de este tipo de objetos se recogieron proyectiles de balista y catapulta y otras armas que hablan claramente de un episodio bélico de cierta entidad (Gras, R. *et al.* 1984: 53). Desconocemos cuál de los bandos fue el atacante, aunque por los ejemplos de *Consabura* y *Caracca* parece lógico pensar que fuera el bando sertoriano, algo que también sería coherente con la posición previa de los carpetanos frente a Roma y sus diferencias con lusitanos y celtíberos, mucho más opuestos al control romano y con los que habían tenido choques en las guerras de Viriato.

Tampoco sabemos hasta qué punto resultaron afectadas las poblaciones por estos ataques, pero en el caso de El Llano de la Horca no se ha documentado un nivel de destrucción violento – al contrario, el abandono parece haber sido pacífico y progresivo. En el caso de Fosos de Bayona/*Konterbia Karbika* la superficie excavada es muy escasa, pero los investigadores que realizaron las excavaciones propusieron su destrucción a partir de las evidencias de combates y, sobre todo, por el ascenso de Segóbriga, ciudad situada muy cerca de *Konterbia Karbika* y que, según todos los indicios, debió sustituir a la primera como centro rector del territorio (Gras, R. *et al.* 1984: 52). Lo cierto es que los datos disponibles no permiten atestiguar con certeza esta afirmación, aunque en uno de las escasas catas abiertas en la ciudad se detectó un nivel de incendio (Mena, P. *et al.* 1988: 183) y en la excavación del foso de la muralla del segundo recinto se localizó una mandíbula humana que podría hacer alusión a este episodio (Gras, R. *et al.* 1984: 55). Las evidencias de un asedio son por tanto evidentes, pero mucho más difícil es dilucidar si el asedio consiguió sus objetivos. Independientemente de la entidad de los ataques a estas dos ciudades, llama la atención el hecho de que las dos dejen de estar habitadas poco después, sin superar el cambio de era. Muy probablemente, sus habitantes pasan engrosar la población de otras dos ciudades que desde ese momento se convierten en dos de las más importantes dentro

del engranaje territorial romano: *Complutum* en el caso del Llano de la Horca y *Segóbriga* respecto de *Konterbia Karbica*.

Donde sí se ha detectado un nivel de destrucción que podría estar relacionado con las guerras sertorianas es en Fuente de la Mora, yacimiento de gran tamaño cuyo final en el siglo I a.C. parece haber sido violento a tenor de las evidencias de incendios que se detectan en todos los sectores excavados. Aunque los arqueólogos responsables de la excavación hablan de una destrucción del poblado en torno al cambio de era (Vega, J. J. *et al.* 2009: 299), la posibilidad más plausible es que este episodio esté relacionado con las guerras sertorianas, ya que el otro conflicto documentado en la Península ibérica en el siglo I a.C., la guerra civil entre Pompeyo y César (46-43 a.C.) tuvo su escenario principal mucho más al sur, sin que exista en las fuentes clásicas ninguna mención a actividad militar en la zona.

Parece por tanto clara la existencia durante algunos de una fuerte inestabilidad años en la región, al menos hasta que los combates entre Sertorio, Metelo y Pompeyo se desplazaron hacia la Celtiberia. Los efectos de la contienda parece que superaron los estrictamente militares, y durante las décadas siguientes se aprecia una intervención cada vez más intensa y planificada de las autoridades romanas sobre el territorio, hasta el punto de que es en este momento cuando parecen eclosionar todos los procesos de cambio social, económico y cultural descritos en los apartados anteriores y acelerarse el proceso de romanización.

7.4.2. La romanización de la Carpetania

En general, parece haber un consenso en señalar el periodo posterior a las guerras sertorianas como el que integra definitivamente la Carpetania en el estado romano. Aunque este proceso debió presentar diferencias dependiendo de la zona del valle, debió ser lo suficientemente fuerte para que con el tiempo las poblaciones más importantes como *Toletum*, *Consabura* o *Complutum* acabaran recibiendo el estatuto municipal. La evidencia más clara de esta creciente injerencia se observa en el proceso de reorganización territorial en función de unas prioridades que ya no tienen que ver con el mundo indígena. A lo largo del siglo I a.C. desaparecen gran parte de los núcleos de gran tamaño que habían prosperado el siglo anterior. Su destino es diverso: Cerro del Gollino y Dehesa de la Oliva son abandonados sin más, mientras que en los casos de *Konterbia Karbika* y el Llano de la Horca la población parece trasladarse a *Complutum* y *Segóbriga*. Otras ciudades como *Toletum*, *Consabura* o *Titulcia* mantienen su población, pero descendiendo de los cerros donde se habían situado las poblaciones indígenas. Las causas de esta reordenación son muy claras, y obedecen a la inclusión definitiva del valle medio del Tajo en una estructura territorial superior que necesita la creación de unos ejes de comunicación bien definidos y unas ciudades localizadas en esos ejes que articulen el territorio. En el caso de nuestra región, estos ejes son básicamente dos: uno Este – Oeste que desde Caesaraugusta comunicaría con Toledo y *Segóbriga*, y otro Norte – Sur que uniría *Complutum*, *Titulcia*, Toledo y *Consabura*.

Si tenemos en cuenta estos ejes, es fácil comprobar cómo son las ciudades situadas en los mismos las que prosperan – o son construidas *ex novo*, como *Complutum*, Los Villares en la Mesa de Ocaña (Urbina, D. 2000) y probablemente *Segóbriga*. Por el contrario, asentamientos localizados en zonas más alejadas a estos ejes, como Dehesa de la Oliva o el Cerro del Gollino acaban desapareciendo en éste periodo, o perdiendo gran parte de su población. A escala más

pequeña, las poblaciones situadas en estas vías tienden a prosperar, mientras que aquellas más alejadas se despueblan o se transforman en pequeños *vici* (Urbina, D. 2000: 241). Sería el caso, por ejemplo, del yacimiento de La Gavia, que tras una fuerte expansión en el siglo II a.C. y una reocupación posterior sufrió un paulatino abandono hasta mantener tan sólo una ocupación marginal en el siglo I d.C. (Morín, J. *et al.* 2005: 140). Es necesario tener en cuenta que estos cambios no debieron ser forzosos, simplemente las comunidades indígenas debieron reaccionar de *motu proprio* frente a los cambios que conllevaba la nueva situación. El sistema de poblamiento adquiere claramente una disposición jerarquizada con grandes ciudades como lugares centrales y numerosas poblaciones subsidiarias, a la vez que desaparecen últimos poblados fortificados previos a la conquista romana y que se habían mantenido en algunos casos, quizá como puestos de control del territorio (Urbina, D. 2000: 240).

Este abandono es tanto consecuencia de la reestructuración territorial que impone el sistema de gobierno romano como de las nuevas condiciones sociopolíticas, al desaparecer definitivamente la inestabilidad política. Por tanto, la tendencia generalizada es a la reocupación de los espacios situados en zonas llanas característica del periodo anterior a la segunda mitad del siglo IV a.C., adaptándose eso sí a las características específicas del sistema romano, tal y como ha sido detectado en la Mesa de Ocaña (Urbina, D. 2000: 237 - 242). Este proceso de promoción del mundo urbano y remodelación del mundo indígena es similar al observado en otras áreas (Edmonson, J. C. 1992-1993: 18-19), y su distribución final del territorio la tendríamos (al menos, parte de ella) en los listados ofrecidos por los Itinerarios de Rávena o Antonino o los listados de ciudades de Tolomeo o Plinio. Estos listados de ciudades han sido utilizados para tratar de reconstruir la estructura de la ocupación prerromana, obviando que corresponden a un momento muy posterior con unos criterios territoriales completamente distintos. Puede que muchas de las localidades citadas por estos listados existieran antes de la conquista de Roma, pero defender que estas ciudades fueron relevantes en la región a partir de datos posteriores al menos en un siglo es, en nuestra opinión, un error. De hecho, la aproximación realizada por Dionisio Urbina a estas listas (fig. 7.25) evidencia claramente cómo lo que se describe en ellas son recorridos, no territorios (1998, fig. 1). Estas ciudades representarían por tanto los itinerarios en torno a los que se estructuró definitivamente el territorio romano en la región.

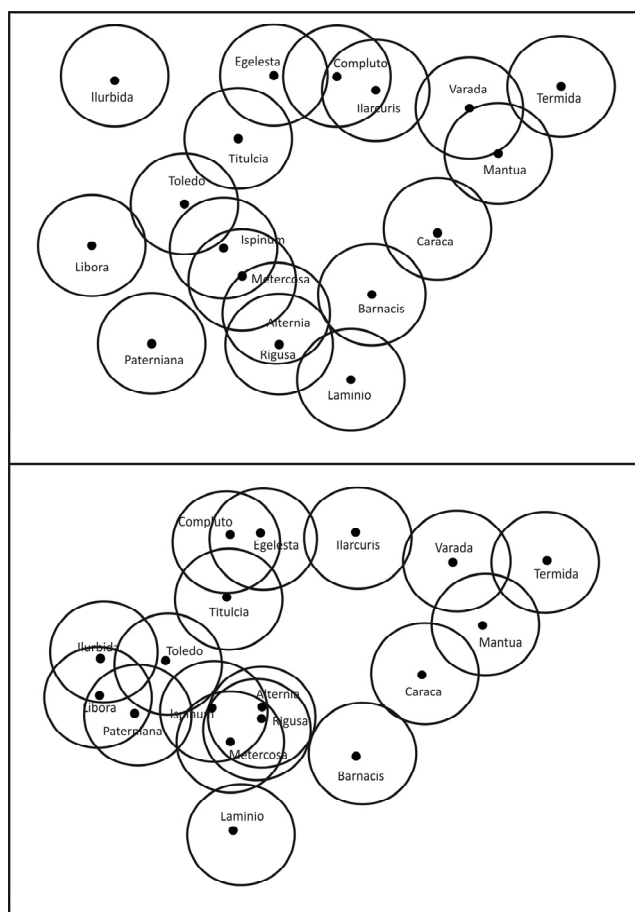


Figura 7.25: localización de ciudades nombradas en Tolomeo (abajo) e identificación propuesta por Montero (arriba), donde se aprecia el carácter lineal de la distribución de las localidades. A partir de (Urbina, D. 1998, fig. 1)

Finalmente, queremos hacer una mención específica a la situación de la ciudad de *Complutum*, sobre la cual se ha ido construyendo una historiografía según la cual el origen de la ciudad estaría asociado al cercano yacimiento de San Juan del Viso, cuya población habría descendido al llano de manera similar a los casos de Toledo, Titulcia o Consuegra. Esta hipótesis, aceptada de manera acrítica y repetida hasta la saciedad ha sido discutida y refutada – sin ningún efecto – por Dionisio Urbina (Urbina, D. 2000: 240; Urbina, D. y Morín, J. 2005: 122), que defiende con buen criterio que el hábitat de San Juan del Viso no posee la suficiente entidad como para haber dado lugar a una población como *Complutum*. Coincidimos completamente con esta postura, y en nuestra opinión la fundación de la ciudad debió obedecer a la reestructuración ya citada del territorio por parte de los romanos, que debieron forzar o incentivar a poblaciones de la zona – desde luego, no únicamente de San Juan del Viso – para asentarse en la ciudad, y debió tener una cronología

relativamente tardía, cercana a la etapa de Augusto. Es muy probable que el abandono de El Llano de la Horca en estas mismas fechas sea parte de este proceso de organización territorial, como ha sido propuesto por otros autores (Urbina, D. y Morín, J. 2005: 122). Además de estas poblaciones locales, sorprende la abundante presencia de inmigrantes de la Meseta norte en la epigrafía recogida en la ciudad, algunos tienen fechas del siglo I d.C. y hacen referencia a individuos de origen segoviano (González-Conde, M. P. 1987: 105). Ya habíamos hablado del aumento de las relaciones entre la Meseta norte y las ciudades situadas en los cursos del Henares y del Alto Jarama, pero tampoco habría que descartar traslados forzados de población como podría haber sido el caso de Segóbriga (García Bellido en Urbina, D. 2000: 239).

El origen de esta ciudad y su carácter "celtibérico" ha sido objeto de numerosas discusiones, especialmente por su localización a menos de 5 km de *Konterbia Karbika*, en lo que en un momento inicial se planteó como oposición entre ciudades pertenecientes a pueblos diferentes y que ahora se interpreta como la sustitución de una ciudad por otra como cabeza del territorio (Gras, R. *et al.* 1984: 52). Lo que sí es cierto es su consideración de celtíbera por todas las fuentes clásicas (González-Conde, M. P. 1992: 307), lo que implica una interesante transformación de la región en época republicana. Segóbriga había sido considerada *caput Celtiberiae*, esto es, extremo de la Celtiberia, en contacto directo con las poblaciones situadas más al sur. Las influencias procedentes de esta región debieron ser muy fuertes ya durante el siglo II a.C., como muestra la iconografía de las monedas que *Konterbia Karbika* acuña a partir del segundo tercio del siglo II a.C. y que son casi idénticas a las acuñadas en Clunioq y Segóbriga (García-Bellido, M. P. y Blázquez, C. 2001: 257). Asimismo, hay que recordar que son celtíberos los que acuden en ayuda de *Konterbia Karbika* cuando ésta es atacada en el año 181 a.C. (Tito Livio XL 33). Esta situación es coherente con los sistemas de relaciones entre comunidades y grupos de parentesco planteados en el capítulo anterior, que concentran las relaciones en las comunidades cercanas antes que en una supuesta identidad carpetana común y también se observa en el apoyo vetón a la ciudad de Toledo en los años 193 y 192 a.C.

En el caso de *Konterbia Karbika* las influencias debieron ser mucho más fuertes y la vinculación con el área celtibérica mucho más firme y duradera, como puede apreciarse en la existencia de tres téseras de hospitalidad encontradas en la región (Almagro, M. 1982, fig. 7.26) o de armas procedentes de esta región en algunas necrópolis cercanas (Millán, J. J. 1990: 198) y que indican un tipo de pactos y alianzas sociales similares a las existentes en la Carpetania pero mucho más consolidadas y reguladas. Estas influencias y la asunción de la coexistencia de las dos ciudades

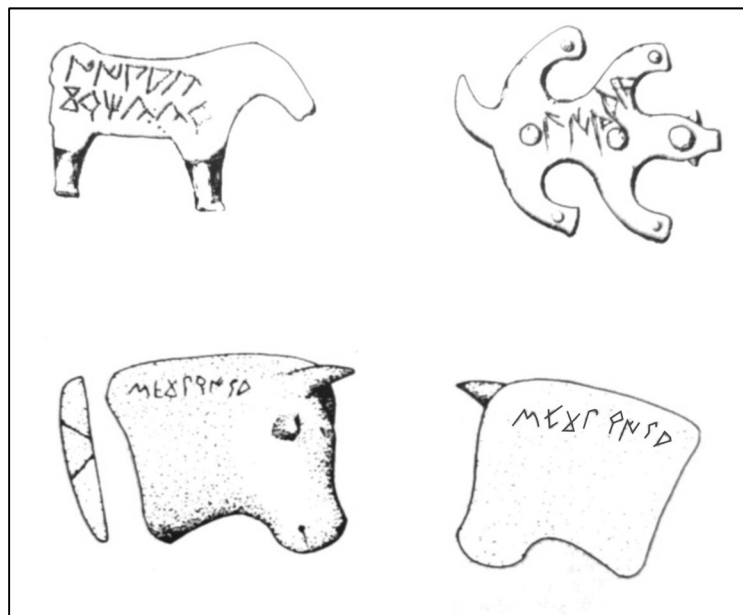


Figura 7.26: téseras de hospitalidad localizadas en Segóbriga y sus alrededores. A partir de (Almagro, M. 1982, figs. 1-3)

entroncan con el clásico debate de los años 60 – 70, con un fuerte componente historicista sobre una supuesta expansión céltica a partir del siglo III a.C. (Blázquez, J. M. 1962) por la Carpetania y Levante. La nueva interpretación de la historia de estas ciudades, en las que una – la "carpetana" – es abandonada – probablemente tras un ataque – en favor de otra con fuertes lazos con el mundo celtibérico apunta no tanto a una expansión militar previa a la conquista romana como a un predominio creciente de cultura celtíbera,

ya bajo el dominio romano y explicado por la relativa cercanía con este territorio y por la intensidad de las relaciones previas. Hasta qué punto este peso cultural celtíbero puede justificarse con traslados de población tras las guerras sertorianas es algo que aún debe

probarse, como los probables desplazamientos de población latina a la zona, algo que podría justificar la postura de ciudades como Consabura frente a Sertorio y sus alianzas con poblaciones indígenas (Salinas, M. 2007: 62). Por el contrario, la numerosa presencia en Toledo de miembros de la tribu pompeyana parece corresponder más bien a hispanos romanizados, cuyo origen estaría precisamente en la creación de clientelas durante estas guerras (González-Conde, M. P. 1987: 68).

Como hemos dicho, la reestructuración del mapa del territorio tuvo como eje las ciudades y es en ellas donde mejor se puede apreciar el grado de romanización alcanzado a mediados del siglo I a.C. Es el caso de Toledo, donde a mediados del siglo I a.C. la emisión de moneda viene acompañada de la expresión *Ex S.C. (ex senatu consulto)* junto a los nombres claramente indígenas de dos magistrados. Aunque no puede defenderse la existencia de un senado en la ciudad, sirve para demostrar tanto la presencia de instituciones políticas en la región dirigidas por élites indígenas como el fuerte avance de las influencias romanizadoras, especialmente en ciudades como Toledo que desde un primer momento habían sido integradas dentro de la política romana de control del territorio (González-Conde, M. P. 1987: 70). De la temprana romanización de esta ciudad da fe la aparición de cerámica campaniense en las excavaciones del circo romano de la ciudad, lo que implica una construcción del mismo en época republicana (Urbina, D. 1997: 587).

El proceso de romanización, acelerado a partir de las guerras sertorianas, da un salto definitivo a través de la reordenación del territorio de la Península ibérica en 14 conventos realizado en la primera parte del reinado de Augusto. Dentro de esta organización, el valle medio del Tajo quedará dividido en al menos dos *conventus* diferentes (*Carthaginensis* y *Caesarugustanus*). Toletum, *Consabura* y Segóbriga quedaron enmarcadas dentro del primero, mientras que Complutum lo hizo en el segundo). Por otra parte, límite con el antiguo territorio vetón se mantuvo al adjudicar la mitad occidental de Toledo al *conventus Emeritensis* (Abascal, J. M. 2007: 289). Las principales referencias proceden del listado de ciudades proporcionado por Plinio en su *Historia Natural* (Plinio, *Nat. Hist.* 3), que a su vez es copia del anterior censo de Agripa, datado antes del 12 a.C. En este listado la inmensa mayoría de las ciudades es estipendiaria, aunque algunas de ellas habían cambiado su estatuto en el momento de la redacción de la obra. Aunque el momento de concesión de estatuto de municipios es difícil de precisar, para los casos de *Toletum*, *Consabura* y *Complutum* puede situarse a través de la epigrafía en un momento impreciso entre el reinado de Augusto y el siglo II d.C. (González - Conde, M. P. 1987: 60, 93), aunque nos parece extraño que ciudades tan importantes como *Complutum* o *Toletum* no tuvieran rango municipal hasta un momento tan tardío, teniendo en cuenta la extensión del derecho latino otorgada por los Flavios a finales del siglo I d.C. y considerando que Segóbriga recibió rango municipal mucho antes, en el año 15 a.C., probablemente en relación con el viaje de Augusto a Hispania en esas fechas (Abascal, J. M. 2007: 291). Parece bastante claro que al menos Toledo reunía las características ya en época de Vespasiano para ser considerada beneficiaria de este estatuto (Mangas, J. y Alvar, J. 1990: 88), y aunque con menos apoyo epigráfico, se ha propuesto también un estatuto municipal para Titulcia (Mangas, J. y Alvar, J. 1990: 91).

La división en conventos diferentes del valle medio del Tajo muestra además otra realidad: la constatación de la pérdida de identidad de un territorio que nunca disfrutó de una unidad

cultural ni mucho menos étnica, y en el que la romanización tuvo un camino expedito para transformar las estructuras sociales y políticas prerromanas. En este sentido, la epigrafía muestra desde el siglo I d.C. una clara asimilación de la cultura romana en los núcleos urbanos, puntas de lanza de la romanización en el territorio. La existencia de magistrados locales, de indígenas con estatus de ciudadanos romanos o de verdaderas élites locales como los *Domitii* en *Consabura*, los *Pompeii* en *Toletum* y otros grupos similares en *Complutum* (González-Conde, M. P. 1987: 139) muestran los avances de una transformación cultural hacia la que las élites siempre estuvieron bien predispuestas. El hecho de que algunos de estos grupos parezcan derivar de la etapa sertoriana apunta a que su apuesta por la integración en el mundo romano les aseguró el control social que habían perseguido durante siglos, aun a costa de renunciar a su independencia. Por otra parte, la presencia de libertos entre la población y de al menos tres casos de esclavos documentados en *Toletum* (González-Conde, M. P. 1987: 72) junto a otros aparecidos en *Complutum* demuestran la existencia de esta condición social al menos desde el siglo I d.C. (González-Conde, M. P. 1987: 120). Desconocemos – aunque consideramos poco probable – la existencia de una figura similar a la del esclavo en época prerromana, pero en el siglo I d.C. estaba tan asumida por la sociedad como para documentar incluso la existencia de libertos en las ciudades.

7.4.3. Ecos de un mundo perdido: pervivencias indígenas en la Carpetania

Por supuesto el escenario de cambios y transformaciones que hemos expuesto en los puntos anteriores no se impuso con la misma intensidad en todo el territorio. El mismo modelo de organización que requería de ciudades como entes administrativos básicos y que alteró sustancialmente los esquemas de organización de las comunidades prerromanas debió dejar de lado a muchas de éstas para centrarse en los principales ejes de comercio y población que hemos citado anteriormente. Para estas comunidades el cambio debió ser más lento, y relacionado con los ámbitos social y económico antes que con el político. Al abordar el estudio de los posibles territorios que componían la Carpetania romana, se destacó la abundancia de gentilidades en dos zonas: las estribaciones del Sistema Central y los Montes de Toledo, algo que fue interpretado como una vinculación con el mundo vetón que individualizaba estos territorios respecto del área central del valle medio del Tajo. A estas dos áreas se une el conjunto de gentilidades descubiertas en torno a Segóbriga, que es coherente con las influencias celtíberas que se aprecian en toda esa zona.

La presencia de estas gentilidades – dejando de lado la discusión sobre el tipo de organización social que traslucen – ha sido interpretada como un ejemplo de la perduración de modelos de organización social prerromanos en la región, y en este sentido, parece lógico que muchos de las gentilidades aparezcan cerca de zonas montañosas, con una economía menos intensiva que la desarrollada las áreas más fértiles del valle y por tanto menos afectados por los procesos de aculturación. Sin embargo, es necesario establecer un matiz en esta interpretación: la generalización de epigrafía con genitivos indígenas lleva dentro de sí una contradicción, ya que para reivindicar una genealogía indígena se está utilizando un soporte y un medio de expresión latino. Es decir, el aumento de epígrafes – incluso con adscripciones indígenas – implica una mayor romanización y una creciente descomposición del mundo prerromano (Abascal, J. M. y

González-Conde, M. P. 2007: 298). Por tanto, lo que las gentilidades mostrarían sería el último paso antes de la romanización definitiva de las poblaciones indígenas.

El análisis de los nombres y de las vinculaciones que muestran la epigrafía permite acercarse hasta cierto punto a esta pérdida de identidad indígena. El trabajo de González – Conde sobre las ciudades de *Toletum*, *Consabura* y *Complutum* (1987) evidencia cómo en el siglo I d.C. esta identidad se encontraba muy diluida. Además de los gentilicios, se observan algunas tendencias interesantes en la evolución de los nombres de algunos habitantes de la zona. Así, alguno de ellos, ciudadanos de pleno derecho, mantienen en su *tria nomina* su filiación indígena (1987: 75), mientras que otros transforman su nombre indígena en cognomen, para adoptar un nomen romano (1987: 120), relegando así su filiación indígena a un segundo plano. En algunos casos, estas transformaciones se aprecian como cambios generacionales: es el caso de un individuo llamado *Q. Domitius Macer*, ciudadano romano, cuya dedicatoria está realizada por su padre – con nombre indígena – y en la que se hace referencia a su filiación gentilicia, ya en el siglo II d.C. (González-Conde, M. P. 1987: 76).

Estos datos apuntan a que fue a lo largo del siglo I d.C. cuando se produjo la disolución definitiva de las estructuras indígenas que aún permanecían arraigadas en la población, de manera más testimonial que efectiva. En estas fechas, son familias con nombres latinos – *Valerius*, *Pompeius*, *Licinius*, etc. – de origen foráneo las que parecen concentrar el poder en las ciudades y en su territorio cercano, y dado que es poco probable que los miembros de estas familias fuesen romanos de origen, parece claro que en muchos casos debió tratarse de indígenas admitidos dentro de ellas a través de procesos clientelares o de su manumisión como los detectados en Complutum (González-Conde, M. P. 1987: 123). Estas élites locales estarían situadas en la mejor posición posible para, una vez concedido el estatuto de municipio, consolidar sus privilegios a través del acceso a las magistraturas que gobernaban las ciudades (González-Conde, M. P. 1987: 123).

Dejando de lado la epigrafía romana, en el valle medio del Tajo hay muy pocos elementos para valorar la pervivencia de cultura indígena. En uno de los aspectos más importantes, el de la lengua, ni siquiera sabemos cuál era el idioma hablado en la región o su familia lingüística. La toponimia de la región muestra un cierto predominio de nombres de tipo céltico, aun con bastantes precauciones (García, J. L. 2007: 101-102), y también la epigrafía y la onomástica apuntan en esa dirección, aunque también aparecen topónimos de origen más antiguo o indeterminado. Por supuesto, el grupo es completado por topónimos ibéricos, lo que sitúa el problema de la lengua hablada en la región como poco menos que irresoluble. Dejando de los documentos epigráficos a los que ya hemos hecho referencia y que están realizados en latín, tan sólo contamos con dos testimonios de alfabetos paleohispánicos en la región, los dos grafitos realizados sobre cerámicas. Uno de ellos, localizado en el yacimiento de Casas de la Jerónima (Yuncos, Toledo) se reduce a la letra *Co* ibérica y presenta una cronología aproximada entre el cambio de era y el siglo I d.C. (Martín, A. 2010: 203). El otro ya fue citado en el capítulo anterior, es un grafito localizado cerca de Aranjuez (Urbina, D. 2002), escrito también en alfabeto ibérico y realizado sobre un fragmento de Terra Sigillata, lo que implica una cronología altoimperial. No ha sido transcrito, por lo que desconocemos tanto la lengua como el sentido del mismo. Estas evidencias, aun muy limitadas, son muy interesantes porque demuestran la pervivencia de algo tan enraizado en la identidad como es la lengua en un momento tan tardío como el siglo I d.C.

7.5. Conclusiones

Durante más de doscientos años, las comunidades indígenas del valle medio del Tajo sufrieron cuatro episodios armados de gran intensidad y el desmantelamiento de su sistema de relaciones intercomunitarias basadas en acuerdos entre grupos de parentesco relativamente igualitarios. Este sistema fue sustituido por una estructura estatal basada en núcleos urbanos fuertemente jerarquizados insertos en una red de control territorial mucho más amplia, cuyos criterios de disposición no respondían a pautas locales y que alteraron de manera radical la vida de muchas de las comunidades que quedaron aisladas de los nuevos ejes de comunicación y de los núcleos comerciales. Sus estrategias económicas centradas en el autoabastecimiento fueron forzadas a adaptarse a un sistema de explotación mucho más intensivo, y a producir excedentes de manera sistemática para hacer frente al pago de impuestos. La paulatina introducción del dinero deshizo poco a poco el entramado de relaciones personales entre comunidades, sustituyéndolo por un modelo más impersonal. Los criterios en que se basaban sus relaciones sociales y sobre todo las estrategias que permitían obtener el prestigio necesario para dirigir de manera corporativa la vida de la comunidad dejaron progresivamente de tener importancia en un mundo mucho más jerarquizado y ordenado, donde el control del poder económico pesaba mucho más que cualquier capital simbólico adquirido a través de las capacidades de los individuos o familias.

En realidad, si algo debió crear la conquista romana de la Carpetania fue un enorme sentimiento de inseguridad existencial derivado de la destrucción del sistema de valores que daba sentido a la existencia de estas comunidades. La sensación de indefensión frente a una situación que no tenían posibilidad de controlar y frente a la que habían fracasado todas sus estructuras – militares, políticas, sociales, económicas – debió ser mucho más traumática que la imposición de determinados impuestos, levas o acuerdos. Y en esta crisis es donde se hizo posible una renegociación de las posiciones tradicionales del mundo indígena, en las que la clave fue la adquisición de capital simbólico a través de la aproximación progresiva a la órbita cultural e ideológica romana. Esto fue posible, en realidad, porque la propia forma de concebir el poder de los romanos permitió la aceptación de las poblaciones indígenas – y, especialmente, sus élites – una vez realizada la conquista.

Este proceso de redefinición del mundo indígena tuvo diferentes ritmos dependiendo de la zona y del momento cronológico. Ya nos hemos referido a cómo a partir de las guerras sertorianas parece producirse una intensificación de la transformación del mundo prerromano, que a comienzos del siglo I d.C. parece tener ya una presencia residual en la zona. En cuanto a la velocidad relativa de los procesos de romanización dependiendo del contexto territorial, se asume generalmente un proceso de aculturación mucho más rápido en los núcleos urbanos y unas pervivencias indígenas más fuertes en las áreas rurales (Romero, R. M. P. 1988: 111). Nosotros, además, consideramos que existe otro criterio de diferenciación en función de las diferentes zonas del valle medio del Tajo. Si en el capítulo anterior defendimos que la Carpetania no era un ente uniforme – de hecho, no existía antes de la presencia cartaginesa y romana – es lógico pensar que no todas las zonas reaccionaron igual a la romanización, y que ésta no constituyó un barniz uniformizador sobre un territorio que presentaba diferencias sustanciales en su grado de jerarquización y en sus parámetros sociales y culturales.

En este sentido, podríamos definir dos grandes criterios respecto a los que valorar la interacción entre indígenas y romanos y la mayor o menor resistencia a la romanización: el grado de jerarquización social alcanzado antes de la llegada de los conquistadores y el mayor o menor grado de identidad supracomunitaria de los diferentes territorios que componían la Carpetania. Respecto del primer caso, parece que aquellos grupos con mayor jerarquización ofrecieron una resistencia menos eficaz ante la presión cartaginesa y romana. Es el caso de los olcades, a los que la combinación de ataques militares, destrucción de ciudades, reclutamientos forzosos y traslados de población destruye como grupo étnico incluso antes de la llegada de los romanos. Incluso si no aceptáramos nuestra propuesta de vincular el horizonte de necrópolis tumulares con el ámbito olcade, el episodio de *Aebura* en el 181 a.C. parece apuntar a una pacificación muy temprana de esta zona donde por otra parte no se han encontrado evidencias epigráficas relativas a gentilidades (a excepción de en la propia ciudad de Consuegra) y donde las influencias romanas fueron tan fuertes que en las guerras sertorianas se optó por la oposición al bando que parecía favorecer a los indígenas.

En las zonas de piedemonte del Sistema Central y los Montes de Toledo la dinámica parece haber sido distinta, con una fuerte concentración de gentilidades que nos hablan de una pervivencia de las estructuras indígenas mucho mayor, al menos hasta el siglo I d.C. En parte, esta concentración podría explicarse por su alejamiento de las zonas más urbanizadas y con mayor potencial agrícola de la región, y por las características del territorio, más abrupto y cerrado a las influencias de Roma. Esto es cierto tan sólo parcialmente, ya que en el caso de los Montes de Toledo muchos de los epígrafes aparecen en torno a Toledo y a lo largo de la vía que unía Toledo y Caesaróbriga, uno de los dos ejes principales que organizaban el territorio. En el caso del Sistema Central, es cierto que se trata de una zona más alejada del eje central de comunicaciones, pero por otra parte en esta zona se localizan asentamientos como la Dehesa de la Oliva y que, más al sur, asentamientos grandes como Cerro Almoerón han proporcionado materiales romanos (Liesau, C. y Escobar, M. 1990).

En nuestra opinión, estas pervivencias tienen que ver también con un mayor sentimiento de identidad étnica de las comunidades que habitaban estas regiones relacionadas cultural, política y socialmente con el mundo vetón que como vimos presenta expresiones culturales bastante más marcadas que nuestro difuso mundo del valle medio del Tajo. Por supuesto, ya expusimos que no pretendíamos calificar a los habitantes de estas regiones de vetones, simplemente nos parece evidente su fuerte relación cultural con este grupo, que debió crear un sentimiento de identidad híbrido pero lo suficientemente fuerte como para perdurar tres siglos después de la conquista. De hecho, nos parece significativo que la otra gran concentración de epígrafes con gentilidades se documente en la región de Segóbriga, que como hemos señalado arriba parece tener un fuerte componente celtíbero – otro grupo con una identidad étnica bien definida – en su población. En este caso, además, es imposible achacar este hecho a la presencia de un fuerte sustrato rural en la región, puesto que Segóbriga no sólo es una de las ciudades más importantes de la región, sino que además es una de las primeras en recibir el estatuto de municipalidad.

En la zona central, donde no existía ni una jerarquización tan marcada como en el sudeste ni una mínima identidad étnica y que además concentraba las principales vías de comunicación, algunos de los asentamientos más estratégicos y probablemente la mayor población de la zona, el proceso de conquista dismanteló de manera relativamente fácil el sistema de organización

político y social previo, caracterizado por una gran volatilidad. Incapaces de oponer una resistencia política, social o militar al control romano, y sin una identidad étnica que sirviera de nexo de unión, las comunidades de la región no tuvieron un punto de referencia sobre el que mantener algunos de los parámetros vitales previos a la conquista.

Precisamente uno de esos parámetros, el de las relaciones entre familias/ grupos de parentesco fue el que perdió más rápidamente gran parte de su sentido, abriendo definitivamente las puertas a otro sistema mucho más desigual basado en el control económico. La presencia romana dismanteló los mecanismos que posibilitaban la resistencia frente a la concentración excesiva de poder a través de alianzas políticas y sociales muy complejas que se contrarrestaban unas a otras y de la sanción social a la consolidación de poder económico. El proceso de romanización tuvo como una de sus muchas consecuencias la progresiva indefensión de la comunidad frente a las élites. Y por los datos de que disponemos, estas élites locales se adaptaron rápidamente a una situación que las favorecía y que les proporcionaba una posición de poder impensable en periodos anteriores, aun a costa de renunciar a su independencia. El cambio debió ser lento, pero estuvo claramente basado en el acercamiento a los valores y símbolos de prestigio romanos y a un alejamiento consciente de un mundo indígena que cada vez tenía menos valor. En este sentido, podría apuntarse una primera fase hasta mediados del siglo I a.C. en la que la aproximación se realizó a través del uso de la cultura material romana como elemento de prestigio, mientras que a partir de los cambios de mediados del siglo I a.C. la asimilación al mundo romano debió adquirir un mayor componente cultural e incluso identitario. El final del proceso no se da hasta el siglo I d.C., cuando la probable concesión de los estatutos de municipalidad confirma legalmente el poder de estas élites y asegura jurídicamente su estatus privilegiado en un grado desconocido hasta entonces en la historia de la región.

Una vez conquistada la región las familias con mayor influencia actuaron en gran medida como una quinta columna dentro de la sociedad indígena, colaborando inconscientemente a su disolución y transformación en un sistema mucho más jerarquizado en el que se veían claramente favorecidas. No es de extrañar que en los núcleos urbanos, nuevos ejes de poder, se produzca una asociación reiterada a tribus romanas como mecanismo de promoción y de integración dentro de las estructuras sociales y jurídicas romanas. De los dos posibles mecanismos de resistencia ante el poder romano, el sociopolítico fue desarticulado durante la conquista y reordenación del territorio, y el étnico no existió jamás en el área nuclear del valle medio del Tajo. La conquista romana abrió por tanto las puertas y proporcionó la estructura económica y política para la aparición de una verdadera jerarquización social en la región, una oportunidad que las élites locales estuvieron más que dispuestas a aceptar.

Conclusiones

La Edad del Hierro en el valle medio del Tajo: historia de un proceso atípico

Como dijimos en la introducción, esta tesis perseguía un doble objetivo: tratar de ordenar, integrar y sistematizar el registro arqueológico de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo, e interpretarlo desde una perspectiva de análisis de la complejidad social de los grupos que habitaron la región a lo largo de más de ocho siglos de historia. El objetivo final era tratar de construir un discurso histórico para la historia de la Edad del Hierro en la región, coherente con la base material de que disponemos pero capaz de interpretar los parámetros sociales en los que se desarrollaron estas comunidades. Desde este punto de vista, realizar una valoración sobre los resultados obtenidos en nuestro trabajo sobre la cultura material nos parece mucho menos importante que ofrecer una visión de recapitulación sobre cuál fue la evolución histórica del valle medio del Tajo en el primer milenio a.C. No pretendemos quitarle importancia a la vertiente material de nuestro trabajo, simplemente, pensamos que la cultura material no deja de ser la expresión de prácticas y comportamientos que nos permiten aproximarnos a las categorías de valor de una sociedad concreta, y esta aproximación es, como dijimos al exponer nuestra postura teórica, lo que hacemos en última instancia los arqueólogos.

Con este punto de partida, no podemos olvidar que el mundo de la Edad del Hierro que estudiamos tiene su origen en la disgregación de otro mundo, el de Cogotas I, y que los cambios materiales que se observan – en la cultura material, en las estrategias de subsistencia, en los patrones de organización social – son, en definitiva, el reflejo de una forma diferente de entender la realidad. La sedentarización que tiene lugar a lo largo de los siglos IX – VIII a.C. abrió las puertas a modificaciones radicales en la visión de dos aspectos fundamentales en la identidad de estos grupos: la relación con la tierra y con los miembros de la propia comunidad. En el primer caso, el control progresivo sobre los recursos naturales y la consiguiente desacralización de la tierra favorecieron una concepción del territorio más reducida, vinculada directamente al esfuerzo diferido que conlleva la agricultura y a la disminución de la movilidad que se percibe desde comienzos del primer milenio a.C. En el segundo aspecto la sedentarización introdujo una restricción progresiva de la reciprocidad, que cada vez se fue limitando más a los vecinos más inmediatos mientras que las relaciones más amplias características de la Edad del Bronce fueron olvidadas en un mundo cada vez más localista. La "disgregación del horizonte de Cogotas I" y su sustitución por las denominadas facies regionales como Pico Buitre o Ríosalido no son más que la consecuencia de un mundo cada vez más estático y, en muchos aspectos, más restringido.

Esta nueva forma de afrontar la explotación del medio y las relaciones intra e intergrupales no se limitó a una nueva manera de entender la realidad, sino que sentó las bases para unos cambios radicales en la sociedad de la Edad del Hierro, impensables hasta ese momento. Por una parte, la ruptura de la reciprocidad generalizada asociada a la sedentarización y a la adopción de la

agricultura comenzó a erosionar la mentalidad igualitaria que en gran medida todavía predominaba entre los grupos de la región. Por otra parte, la sensación de control sobre la tierra legitimó un intensificación de la producción agrícola muy alejada de los criterios de explotación del medio característicos de cazadores – recolectores, horticultores o ganaderos móviles. Ambas tendencias abrieron la puerta – al menos potencialmente – a la aparición de desigualdades sociales dentro de las comunidades.

Los cambios que hemos repasado aquí no empiezan a hacerse patentes hasta un momento relativamente avanzado de la Primera Edad del Hierro, mostrando el proceso paulatino de asimilación de unas nuevas condiciones sociales, económicas e identitarias. A finales del siglo VII a.C., sin embargo, las evidencias de cambios internos en estas comunidades se hicieron cada vez más obvias, evidenciando relaciones cada vez más restringidas y centradas en ámbitos familiares. Las transformaciones de los espacios internos de los asentamientos, las modificaciones observadas en la cerámica y sobre todo la reivindicación de los espacios familiares y del rango adscrito que se hacen en los espacios funerarios demuestran que, un siglo y medio después de la sedentarización el nuevo marco de existencia había sido plenamente interiorizado por las poblaciones del valle medio del Tajo.

Es en este nuevo marco donde pudieron plantearse dinámicas de concentración de poder y consolidación de la desigualdad, pero para que éstas tuvieran éxito debió darse, por una parte, el desmantelamiento del sistema anterior basado en conductas igualitarias apoyadas en la comunidad, y su sustitución por otro modelo en el que se aceptase la existencia de desigualdades apoyadas en los grupos de parentesco. Asimismo, fue necesario redefinir las estrategias, las reglas y los escenarios en los que se planteaba esta competición inherente a los intentos de ascenso social. Algunos de estos criterios, como el uso de bienes de prestigio o de las capacidades personales como herramientas de manipulación social eran antiguos y siguieron siendo utilizados durante la Edad del Hierro, mientras que otros como la compartimentación del espacio doméstico comenzaron a aparecer en ese momento. Sin embargo, son las necrópolis las que representan de manera más completa este cambio, siendo a la vez el escenario donde se planteó la competición social, las estrategias a través de las que ésta se ejerció y las limitaciones a las que fue sometida.

En primer lugar, las necrópolis explicitan la nueva relación – de posesión – con la tierra, y su justificación a través del paso del tiempo y la sanción de los antepasados. Por otra, evidencian cómo progresivamente se introducen criterios de ordenación familiar (y especialmente, el impulso dado al rango adscrito) de manera paralela a los observados en los asentamientos. Finalmente, las necrópolis constituyen el marco en el que se hicieron más evidentes las diferencias de riqueza a través de la deposición de objetos de ajuar en las fosas, del esfuerzo dedicado a la cremación de los difuntos y de los rituales que acompañan el tratamiento del cadáver. Es por tanto en las necrópolis donde primero se plasmó una competición social encaminada a consolidar las posiciones de poder de unos grupos de parentesco frente a otros. Es difícil valorar por qué fue en el mundo funerario donde se produjo esta "revolución" en los modos de comportamiento social que no se observa en el resto del registro, pero podría deberse a que puesto que la aparición de las necrópolis supone un cambio completamente novedoso, sería también el sitio donde aplicar unas formas también nuevas de relaciones sociales.

Por otra parte y como hemos defendido en su momento, las características de las necrópolis y de los ajuares y rituales a ellas asociados implican, en nuestra opinión, que su función como escenario de competición interna y obtención de capital simbólico estuvo sometidas a un estricto control comunitario que permitió cierta exhibición de riqueza y de desigualdades internas sin que esta exhibición fuera permanente, haciéndola por tanto más llevadera para el grupo. Las diferencias en el gasto de combustible empleado en la cremación, la mayor o menos calidad de los ajuares, el conjunto de rituales asociados, etc. quedaban ocultos, una vez depositada la urna, tras una apariencia de uniformidad que escondía las diferencias sociales que comenzaban a aparecer y que limitaba su expresión y las tensiones internas que ésta acarrearía.

La uniformidad formal de los enterramientos podría ser tanto la expresión de la resistencia de una comunidad con fuertes rasgos de igualitarismo a la ruptura del mismo como una estrategia de los individuos o familias más poderosos para disimular su ascenso a través de la adopción de comportamientos formalmente igualitarios, al estilo de lo que Boehm ha definido como "*reverse dominance hierarchy*" (1993). Aunque la fuerza de las restricciones impuestas a la exhibición de riqueza en estas comunidades es en nuestra opinión evidente, más difícil es valorar cuál era la base donde se apoyaba esta resistencia y sus mecanismos de regulación. Por supuesto, la clave de esta actitud reside en la actitud conservadora de las sociedades campesinas y preindustriales, refractarias al cambio y con un fuerte componente de rechazo al enriquecimiento personal y a las actitudes individualistas. En este contexto, dos características del valle medio del Tajo debieron reforzar el comportamiento igualitario de las comunidades de la región, previniendo la acumulación fuera de los límites marcados por el grupo. Por una parte, las malas condiciones ambientales de la región, con un alto grado de incertidumbre debieron actuar como un mecanismo inhibitorio de actitudes egoístas enfocadas a la acumulación de excedentes. Por otra, la pobreza de recursos de la zona, especialmente minerales metalíferos, probablemente limitó las posibilidades de enriquecimiento en estas poblaciones.

En cualquier caso, hay que dejar claro que si bien existió una resistencia a la exhibición de riqueza y una fuerte restricción de la misma al contexto funerario, no es menos cierto que esta resistencia presenta dentro de sí misma una contradicción, ya que la respuesta dada por la comunidad no fue la represión absoluta de este tipo de comportamientos, sino su limitación a ámbitos concretos. Además, el análisis de los ajuares depositados en las tumbas evidencia que gran parte de la sociedad participó en esta nueva dinámica. Las comunidades de la región tuvieron de este modo una actitud ambigua en un proceso al que todos parecieron querer apuntarse tratando a la vez que el *ethos* igualitario previo no fuese afectado. De nuevo carecemos de razones para explicar esta relajación en los mecanismos de control social. Nuestra hipótesis es que la mejora climática que se produjo una vez superado el evento 0'85 K y las mayores posibilidades de intensificación productiva asociadas a la plena adopción de la agricultura debieron construir un escenario en el que disminuyó la incertidumbre y se toleraron acumulaciones desconocidas en etapas anteriores. Esta actitud es muy común en sociedades igualitarias, y como vimos al establecer nuestra metodología de análisis social, está en la base de las teorías que defienden que el punto de partida de la aparición de desigualdades sociales está en contextos de bonanza económica y no de crisis (Hayden, B. 1995: 29). Con todo, esta relajación tuvo una línea roja muy clara en el caso del valle medio del Tajo, ya que no se contagió a otros ámbitos como el económico en los que no se aprecia ningún tipo de desigualdades.

Las necrópolis representan por tanto una solución de compromiso entre el peso de la tradición igualitaria y la tentación de pugnar por un ascenso social en un contexto relativamente confortable. En el fondo, no deja de ser un sistema social similar al desarrollado por Pierre Bourdieu para sociedades precapitalistas (Bourdieu, P. 2008) donde el poder debe ser disimulado y disfrazado de igualdad. Este compromiso restringió las tensiones y negociaciones asociadas a la lucha por consolidar posiciones de poder y autoridad dentro del grupo, pero creó una dinámica de competición interna que se aprecia en los procesos de emulación de objetos considerados de prestigio, en la creciente demanda de objetos de origen foráneo valorados por su exotismo y en la potenciación cada vez más acusada de los grupos de parentesco como eje de la sociedad. El modelo desarrollado durante el siglo VI a.C. fue sin duda eficaz, ya que durante dos siglos fue capaz de limitar gran parte de las tensiones sociales al ámbito concreto del mundo funerario, pero llevaba latente el potencial de una mayor desigualdad que se hace explícita cuando el equilibrio del sistema se ve afectado por cambios definitivos en la economía y la complejidad social de estas comunidades.

A partir del siglo V a.C. y especialmente a finales del mismo se observan de manera generalizada cambios en las dinámicas socioeconómicas de las poblaciones del valle. Estos cambios apuntan a dos tendencias muy relacionadas entre sí: el aumento de la complejidad social y la confirmación de un crecimiento de la actividad económica que ya se intuía de manera muy leve a finales de la Primera Edad del Hierro. La aparición de especialistas dedicados a actividades como la alfarería o la producción textil (aunque probablemente lo fueran a tiempo parcial), los cambios en las cabañas ganaderas, las evidencias cada vez más abundantes de almacenaje y el aumento de objetos de importación procedentes del área mediterránea evidencian la existencia – quizá por primera vez en la región – de excedentes de producción estables susceptibles de ser invertidos en objetos, bienes o actividades que supongan un aumento del prestigio de individuos o grupos de parentesco.

No sabemos a ciencia cierta por qué se produce esta consolidación de una economía excedentaria en la región, pero es muy probable que obedezca a una convergencia de factores, algunos de ellos provocados conscientemente por la acción humana, como las mejoras en el utillaje agrícola o la introducción de nuevos cultígenos, y otros fruto de una coyuntura económica favorable. Es posible que la gestión del medio ambiente fuese cada vez más eficaz, como parece deducirse de algunos cambios en la composición de las cabañas ganaderas o en algunas innovaciones en la industria textil dando como resultado excedentes continuados y no limitados a episodios excepcionales. La introducción de algunas tecnologías como el torno debió ayudar, haciendo más accesibles las cerámicas y favoreciendo circuitos locales de intercambio. Desde otra perspectiva, es muy probable que las dinámicas de competición social que se fueron consolidando a lo largo de los siglos VI y V a.C. provocaran un incremento de la producción destinado a adquirir objetos de importación que cada vez comienzan a hacerse más habituales en la región, desde las primeras cerámicas a torno a cuentas de pasta vítrea, fíbulas o cerámicas áticas. En este sentido, parece muy claro el aumento de los intercambios con otras regiones – especialmente con el sudeste de la Península ibérica – que implica una demanda continua de objetos sustentada en unos excedentes habituales y concebidos no sólo para contrarrestar problemas esporádicos de carestía sino para la obtención de objetos de importación.

Más aún, las evidencias de intercambios implican la existencia de redes de intercambio bien estructuradas en las que se asegure el tránsito de mercancías y personas. Estas redes estarían sustentadas en alianzas entre comunidades o grupos de parentesco, que asegurarían la llegada de objetos y tratarían de controlar el acceso a los mismos. El mundo del valle medio del Tajo parece mostrar así una creciente cohesión interna, cuyo aspecto más visible sería la cerámica jaspeada característica de la región y que se expande rápidamente por toda la zona central del valle. Sin embargo, no parece que existiera un monopolio de los intercambios ni restricciones en el acceso a algunos objetos y en general la cultura material del siglo V a.C. muestra un alto grado de continuidad con el siglo precedente – más allá de cambios estrictamente materiales como la extensión y consolidación de la arquitectura en duro. También se observa un alto grado de homogeneidad en los asentamientos y en su cultura material, aunque estructuralmente son muy similares a los del siglo VI a.C.

Por último, todos estos cambios abrieron la puerta a un mundo con muchas más oportunidades de interacción en las relaciones económicas y sociales, desde los ámbitos relacionados con los intercambios a la gestión de actividades cada vez más especializadas. La manipulación de estas relaciones ha sido tradicionalmente una de las principales herramientas de promoción de individuos que buscan reforzar su autoridad, y es bastante plausible que un mundo cada vez más complejo e interconectado ofreciera nuevas vías de adquisición de prestigio y de afirmación del poder personal frente al de la comunidad. Sin embargo no hay nada en el registro arqueológico de la región que apunte a que todos estos cambios y las necesidades crecientes de organización y gestión tuvieran éxito al consolidar posiciones privilegiadas dentro de las comunidades del valle medio del Tajo. Tan sólo en las necrópolis del sudeste del valle comienzan a documentarse, a finales del siglo V a.C., algunos indicios de que el equilibrio social conseguido durante la etapa anterior comenzaba a ser puesto verdaderamente a prueba, con la aparición de tumbas que rompen la uniformidad característica de los enterramientos de la región y que comienzan a diferenciarse visualmente del resto de las tumbas, confirmando de cara al exterior las diferencias que ya existían en el interior de las mismas.

Sin embargo, el hecho de que no se aprecien indicios de desigualdades económicas no puede ocultar el hecho de que las condiciones socioeconómicas de la región habían variado sustancialmente. El hecho de que los mecanismos de expresión de la desigualdad siguieran siendo básicamente los mismos apunta a una contradicción social interna en la que se trata de seguir regulando las conductas individuales y familiares con un sistema creado para un contexto muy diferente al existente en el siglo IV a.C. No tenemos demasiada información acerca de cómo se gestionó esa contradicción, pero sí sabemos que al final estalló, cuando los mecanismos de sanción comunitaria fueron incapaces de adaptarse a una realidad mucho más rica y compleja o de contrarrestar estrategias de ascenso social que se desarrollan a partir del siglo V a.C.

La ruptura del sistema fundado en la Primera Edad del Hierro se explicita a mediados del siglo IV a.C. y adquiere expresiones diferentes dependiendo de la región del valle. En la zona sudeste se da un claro paso hacia la jerarquización social patente en las necrópolis, con la aparición de estructuras tumulares, mensajes muy explícitos de exaltación del rango adscrito y de los linajes familiares y cierta restricción en algunos objetos de importación. En la zona central del valle las evidencias de jerarquización son mucho más débiles, pero se rompe la aparente estabilidad del poblamiento que duraba desde el comienzo de la Edad del Hierro siendo sustituida por un clima

de tensión generalizada cuya expresión más evidente son los poblados fortificados que se convierten en el rasgo característico del periodo. En realidad, ambas dinámicas – jerarquización y conflicto armado – son la expresión de tensiones internas previas, mucho más complejas que la simple competitividad social observada en las necrópolis y que habían quedado encerradas a presión en el modelo social construido durante la Primera Edad del Hierro.

¿Por qué una misma dinámica desemboca en procesos diferentes dentro de la región? En el caso de la zona de la Mancha toledana, el sesgo de la información hacia las necrópolis complica la interpretación, pero las evidencias apuntan a que en esta región se habían adelantado algunos procesos que luego se reproducen en la zona nuclear del valle, como la concentración del poblamiento, el ascenso de los grupos de parentesco o la llegada de influencias de la región del Sudeste de la Península ibérica. Asimismo, desde el siglo V a.C. se estaban produciendo en el ámbito funerario "ataques" que cuestionaban la uniformidad previa, como se aprecia en las necrópolis de Palomar de Pintado o El Vado. Por otra parte, la cercanía a grupos mucho más jerarquizados como los asentados en Ciudad Real o Albacete y la posición de la zona como puerta de acceso de productos de importación al valle medio del Tajo debió proporcionar estrategias de control social mucho más fuertes que permitieron romper la apariencia de igualdad anterior y mostrar una posición de privilegio que hasta entonces había estado disimulada. Por desgracia, no poseemos información acerca de poblados de este periodo en la región, por lo que no sabemos si esta jerarquización que se aprecia en el contexto de las necrópolis tiene su equivalencia en un control económico de la población. Nuestra hipótesis es que sí, ya que es poco probable que sin ese control económico se hubiese tolerado una exhibición de desigualdad tan flagrante. Otra cosa bien distinta es el alcance y los límites de ese control.

En la zona nuclear del valle, por el contrario, los procesos de intensificación económica, aumento de la complejidad social y creciente interacción entre comunidades no provocaron la aparición de jerarquías, sino una especie de estallido generalizado de conflictividad que modificó las pautas de poblamiento de la región. La generalización del conflicto armado fue a la vez una expresión de las tensiones internas que daban el salto al ámbito económico y político y probablemente una construcción artificial de los aspirantes a élites que pretendían utilizar la guerra como mecanismo de promoción social para consolidar su autoridad. Esta manipulación de la guerra es muy común en sociedades en las que empiezan a evidenciarse desigualdades sociales (Hayden, B. 1995: 31-32) y en el caso del valle medio del Tajo presentó al menos dos facetas principales: la construcción y gestión de los asentamientos fortificados y la promoción de la figura del héroe/ guerrero, desconocida hasta este momento en la zona y que comienza a hacerse visible en las necrópolis de la región. Una tercera vía, la asociada a la gestión de alianzas, fin de hostilidades o compensaciones debió ser también una importante fuente de prestigio para aquellos individuos que persiguieran posiciones de poder dentro de la comunidad, aunque sus evidencias en el registro arqueológico son nulas para ese periodo.

Aunque las expresiones de la dialéctica entre jerarquización y poder comunitario son diferentes en las dos zonas, muchas de las estrategias básicas de subversión del *ethos* igualitario son similares: el apoyo del poder en los linajes o grupos de parentesco, la búsqueda de sanción pretérita a las reclamaciones de poder o la manipulación de objetos exóticos como mecanismo de obtención de prestigio. También lo es la contestación del resto de la sociedad, que siguiendo

la tendencia elegida en la Primera Edad del Hierro optó por asumir esa competición como forma de constreñir el poder individual, en vez de reprimir este tipo de actitudes. Esta opción que se mostró eficaz durante los siglos VI y V a.C. demostró ser una mala elección a partir del siglo IV a.C., cuando las nuevas condiciones económicas, políticas y sociales hicieron que muchos miembros de la comunidad quedaron progresivamente descolgados de esta competición y sujetos a posiciones subordinadas.

Con todo, es necesario recordar que en ninguna de las dos zonas para las que disponemos de datos se alcanzó una jerarquización definitiva de la sociedad, y esto es lo que hace de la Edad del Hierro del valle medio del Tajo un proceso atípico si observamos las características de grupos vecinos a nuestra zona de estudio como los celtíberos, vetones, oretanos o bastetanos. Si aceptamos que la jerarquización conlleva la apropiación por las élites de parte de los recursos de la comunidad y la existencia de grupos privilegiados por nacimiento, podemos defender que este tipo de estructura social no se documenta en el valle medio del Tajo, donde el derecho de las élites a serlo fue siempre contestado. Ni siquiera en la zona de la Mancha toledana parece haberse alcanzado un control económico significativo sobre la población, ni se ha documentado la presencia de élites cuyo poder se haya consolidado en todos los ámbitos de la vida, y la riqueza de muchas tumbas que no son estructuras tumulares evidencia que la competición por los puestos de preeminencia social no había terminado. Por supuesto, es evidente que existían desigualdades dentro de los grupos de la Segunda Edad del Hierro, pero – y esta distinción es clave – nuestra conclusión es que éstas nunca llegaron a tener una base económica fuerte y, por tanto, pudieron ser renegociadas y contestadas de manera relativamente eficaz por el resto de la población. Desde el punto de vista de la terminología tradicional, las comunidades del valle medio del Tajo nunca fueron jefaturas.

Las herramientas y estrategias sobre las que se construyó el discurso de poder en la región estuvieron basadas esencialmente en elementos de tipo social, en la adquisición de capital simbólico basado en las aptitudes y capacidades personales, en el prestigio del grupo de parentesco o en la exhibición de riqueza. Por supuesto que existió una base económica debajo de este discurso y diferencias en la capacidad adquisitiva de los individuos y de las familias. Sin embargo, las inversiones realizadas con esta base económica se dirigieron a la esfera del prestigio y de la autoridad social, y no llegaron a detraer de manera coercitiva recursos de otros individuos sobre los que aumentar el grado de control social. El mundo de la Segunda Edad del Hierro fue un mundo construido sobre relaciones sociales, en el que los pactos, las alianzas, la manipulación y el poder de convicción estuvieron influidos pero no coaccionados por el control económico. Los pasos que se dieron hacia la jerarquización social y que alcanzaron sus objetivos, como la consolidación del rango adscrito o el triunfo de los grupos de parentesco frente a la comunidad lo hicieron desde dentro de este sistema, utilizando y manipulando su capital simbólico.

¿Por qué las comunidades del valle medio del Tajo fueron capaces de resistirse a un proceso de jerarquización y avance de las desigualdades sociales generalizado en toda la Edad del Hierro europea? En nuestra opinión, debieron existir al menos tres razones que favorecieron el mantenimiento de las conductas igualitarias dentro del valle. La primera fue la dureza ambiental de la región, que hizo de los apoyos comunitarios un elemento clave para contrarrestar la incertidumbre pero también sancionó las conductas más individualistas. Por otra parte y al

menos hasta el siglo V a.C. la presión relativamente escasa sobre los recursos, que dejaba amplias zonas del territorio sin explotar, hizo que cualquier intento de imposición basado en el control económico pudiera ser contrarrestado fácilmente a través de la escisión del grupo. Más adelante, cuando la inversión diferida fue demasiado grande, la autonomía de las unidades familiares permitió la intensificación de la producción como herramienta para diluir esos intentos de control. Finalmente, la posición interna del valle medio del Tajo redujo las posibilidades de interacción con sociedades con diferencias sociales más consolidadas que en otros casos favorecen la aparición de dinámicas de ascenso social, y en este sentido no es raro que La Mancha Toledana, en contacto con la región del Sudeste de la Península ibérica, sea la que presente los rasgos de jerarquización más avanzados. Por supuesto, es muy probable que la clave de la menor jerarquización de la zona obedezca a otras muchas razones, pero consideramos que estas tres son fundamentales para comprender el porqué del "fracaso" de las élites del valle medio del Tajo en avanzar en un proceso de control económico que se documenta en toda Europa.

Por otra parte, habría que valorar si ese proceso de jerarquización fue efectivamente generalizado. Cada vez más a menudo, los estudios sobre las sociedades de la Edad del Hierro están evidenciando la enorme variabilidad de situaciones sociales, políticas o económicas de estas poblaciones, redefiniendo un mapa en el que hasta ahora sólo existían jefaturas y se asumía para estas sociedades una jerarquización que en algunos casos debería llevar a la existencia de proto-estados. Las reflexiones sobre la interpretación de las sociedades de la Edad del Hierro europea de J.D. Hill (Hill, J. D. 1992, 1995; 2005; Hill, J. D. y Cumberpatch, C. G. 1993) abrieron una reflexión sobre la necesidad de abordar desde perspectivas más amplias el estudio de este tema, y muchas de las aproximaciones que se han realizado en la última década evidencian esa búsqueda de modelos teóricos que sirvan para interpretar el registro arqueológico de la Edad del Hierro.

En la Península ibérica, estas iniciativas se han aplicado especialmente en el Noroeste, donde los modelos de sociedades de casa propuesta por Alfredo González (2006), de sociedad germánica o sociedades campesinas segmentarias defendidas por César Parcero (2003) e Inés Sastre (2002), respectivamente han propuesto modelos diferentes al de jefaturas, y en esta misma dirección puede situarse la propuesta de comunidades *deep rural* desarrollada por Carlos Marín en la zona del centro – occidente cantábrico (2011). En realidad, todas estas propuestas son la reacción a un modelo excesivamente simplista, que tan sólo buscaba etiquetar grupos étnicos con escasa preocupación por sus dinámicas internas, las herramientas de construcción del poder o las soluciones dadas a la dialéctica entre comunidad y familia/ individuo. El resultado de estos trabajos ha sido una creciente visibilidad de la complejidad de las sociedades de la Edad del Hierro en la Península ibérica.

Esta variedad de situaciones también se observa en el valle medio del Tajo, donde un territorio que hasta hace poco era considerado uniforme ha evidenciado diferentes realidades de organización social. Las dos zonas para las que disponemos de suficientes datos podrían encuadrarse dentro de la definición de sociedades transigualitarias de Brian Hayden (1995), a medio camino entre las sociedades segmentarias y las jefaturas. Sin embargo, mientras que el modelo del Sudeste podría estar construido en torno a figuras tipo *big man* o *head man*, en el caso de la zona nuclear del valle las comunidades parecen haber mantenido un mayor carácter

igualitario, construido sobre los conceptos de grupo de parentesco y asentamiento/ comunidad. Este patrón estaría caracterizado por una red de relaciones heterárquicas fluida y apoyada en alianzas, matrimonios, vinculaciones familiares, territoriales o económicas. En ambos casos, el poder y la desigualdad se construyeron sobre herramientas sociales y simbólicas –aunque debajo de ellas subyaciera una clara base económica – sin dar el paso hacia un control explícito de los medios de producción de la comunidad. La diferencia relativa entre ambas zonas reside, en nuestra opinión, a la mayor relación de la zona del Sudeste del valle con el mundo altamente jerarquizado de la región de Albacete y Ciudad Real, que debió promocionar la aparición de interlocutores de un nivel similar para la realización de pactos, intercambios, matrimonios o acuerdos económicos. Asimismo, la posición de esta región como puerta de entrada de la gran mayoría de objetos de importación debió ofrecer una excelente posibilidad de control social y económico que permitió el ascenso de algunas de las familias a un nivel claramente superior al del resto, pero incluso en ese momento el control estuvo basado en el capital simbólico, no en los medios de producción.

Otra de los aspectos donde se aprecia la complejidad del valle medio del Tajo es en la aproximación a la etnicidad de sus habitantes. La propuesta de Dionisio Urbina en la que desmonta la existencia de una Carpetania concebida como un territorio étnico (Urbina, D. 1998), que luego ha sido asumida por la mayoría de los investigadores (Carrobles, J. 2007; Pereira, J. y Carrobles, J. 2007) no niega la posible existencia de otro tipo de identidades étnicas menores dentro del territorio. Aunque los datos son muy imprecisos, algunas zonas cercanas a los ámbitos vetón y olcade quizá pudieron compartir rasgos de estos grupos étnicos, aunque con la información actual es imposible saber si esta afinidad era simplemente cultural o si tenía algún componente de etnicidad común. Lo que sí parece claro es que el único rasgo considerado tradicionalmente étnico en el valle medio del Tajo, la cerámica jaspeada, pudo tener algún significado de tipo cultural pero en ningún caso étnico. De hecho, es interesante contrastar que éste tipo de cerámicas aparecen en contextos socioeconómicos bien diferenciados, señalando muy bien las complejas relaciones entre etnicidad, estructura sociopolítica y cultura material. En este sentido, parece apreciarse una cierta relación entre la aparición de identidades étnicas en el valle medio del Tajo y un aumento de las desigualdades sociales, visible especialmente en la zona de La Mancha Toledana pero quizá extrapolable a las zonas en contacto con el mundo vetón, más jerarquizado que nuestra zona de estudio. La zona nuclear del valle, sin embargo, parece haber carecido de identidad étnica común durante toda la Edad del Hierro. Por supuesto, las poblaciones de la región tuvieron una identidad clara, pero probablemente ésta se estructuró en torno a los grupos de parentesco, los asentamientos y los valles o tramos de los mismos, antes que en torno a una etnicidad común. Las similitudes en la cultura material serían por tanto las lógicas debido a una adaptación a un medio similar y a la cercanía entre los diferentes asentamientos.

Las dinámicas de conflicto iniciadas en el siglo IV a.C. – interno en el caso del sudeste, externo en la zona nuclear – no parecen resolverse con el paso del tiempo, y la situación en el siglo III a.C. es esencialmente similar a la existente en etapas anteriores. Hay algunos indicios que apuntan a que en el valle medio del Tajo aumentaron los intentos de construcción de linajes, de la mano de exhibiciones de riqueza o reclamaciones simbólicas de orígenes heroicos (el relieve de Illescas es el caso más patente). Por los datos de que disponemos, estos intentos no llegaron a alcanzar sus objetivos. En los momentos inmediatamente anteriores a la llegada de cartagineses y romanos,

los grupos del valle medio del Tajo mantenían abierto el conflicto entre las conductas igualitarias de la comunidad y las aspiraciones de dominación de algunos de sus miembros.

Esta situación hizo muy difícil la oposición a las potencias mediterráneas, no tanto por la evidente desproporción militar entre los antagonistas sino porque en realidad la conquista de la región no debe plantearse desde una dialéctica entre indígenas y conquistadores, sino entre indígenas, sus élites y los romanos. Se superponen así dos conflictos, el interno que venía arrastrándose al menos desde el siglo IV a.C. y el externo que supone el choque con los imperios romano y cartaginés. La oposición a Cartago y especialmente a Roma no fue una respuesta unitaria, no por la falta de unidad política de las comunidades del valle medio del Tajo, sino por su falta de cohesión social. Los aspirantes a élites no sólo no se vieron implicados en la defensa de sus privilegios – que aún estaban siendo contestados – sino que probablemente vieron en la llegada de los romanos la posibilidad de doblegar definitivamente esa resistencia igualitaria – ya debilitada, es cierto – que se les ofrecía dentro de sus propias comunidades. El hecho de que la principal resistencia a la conquista romana se ejerciera en la mitad sur del valle, donde los procesos de jerarquización estaban más avanzados, indica claramente hasta qué punto los intereses de las élites debieron pesar en la actitud ofrecida frente al invasor.

Por supuesto, ésta no fue la única causa de la escasa oposición a la conquista romana, pero sí es probablemente la que menos reflexión ha merecido por los estudiosos de la conquista y romanización de la Península ibérica. Tradicionalmente, ésta es analizada como un proceso uniforme e inevitable en el que las sociedades indígenas tienen muy poco o nada que decir, más allá del mayor o menor grado de resistencia militar a la ocupación. En nuestra opinión, no se trata simplemente de una imposición que se aplica sobre unos indígenas pasivos, sino que éstos participan resistiéndose, pero también favoreciendo o condicionando la dirección, velocidad o características del proceso. En nuestro caso y si atendemos a la escasa resistencia de la región y a la rápida toma de partido de las poblaciones por el bando romano, los conquistadores no debieron ser percibidos – al menos, no simplemente – como una amenaza, sino probablemente también como una oportunidad.

Sea cual fuere la posición o posiciones de los indígenas del valle medio del Tajo frente a los romanos, lo cierto es que la entrada de la región en el ámbito de control imperial implicó unos cambios estructurales en sus criterios de organización económica, social y política tan radicales como los que dieron comienzo a la Edad del Hierro. La pacificación y unificación de un territorio que hasta entonces no había tenido unidad política y la estabilización del mismo favorecieron la circulación de personas, bienes e influencias, pero desmontaron gran parte de las estrategias tradicionales utilizadas como métodos de ascenso social en la región. Con la autoridad romana imponiendo la paz y asegurando el comercio, gran parte de los papeles desempeñados por las élites incipientes de la Carpetania perdieron su sentido y dejaron de ser fuente de prestigio, desmantelando un sistema de promoción familiar e individual existente desde el siglo VI a.C. A cambio, este sistema fue sustituido por otro – el romano – en el que cobraba cada vez más importancia el poder económico, necesario para acceder a las diferentes magistraturas en las que ahora se concentra el poder. El paso definitivo hacia una jerarquización efectiva de la región se produjo por tanto no dentro de las dinámicas internas de sus comunidades, sino de la mano de su inserción en la estructura estatal del Imperio romano.

Durante los siglos II y I a.C., desaparecidos los mecanismos tradicionales para la promoción social y sin haberse implantado definitivamente las estructuras sociales romanas, las comunidades indígenas tuvieron que renegociar su identidad en un mundo que todavía estaba reformándose. En esta renegociación identitaria la dialéctica se construye en torno a un pasado que está muy cercano y que hasta entonces había sido fuente de prestigio y seguridad y un presente construido sobre la base de una dominación militar que trajo aparejada un descrédito de las estructuras indígenas y un prestigio cultural vinculado a su posición dominante. La respuesta de las poblaciones del valle medio del Tajo fue diferente dependiendo de la zona, pero también de la posición social de sus miembros. Así, para las élites se observa una aproximación clara al mundo romano, que ahora es el que detenta el prestigio y el lugar en torno al que pueden construirse discursos de poder. Se aprecia por tanto una asimilación rápida de la cultura material – dentro de parámetros indígenas – y una clara alineación política en contra de movimientos como el de Sertorio que representaban los últimos intentos de reafirmación indígena frente a Roma. En el resto de la sociedad la respuesta parece haber sido más difusa, basada en una continua renegociación entre la identidad indígena y la nueva realidad romana, una renegociación especialmente larga en el caso de las regiones rurales más cercanas al mundo vetón en las estribaciones del Sistema Central y los Montes de Toledo.

Paralelamente a este proceso de redefinición social, la presencia romana desencadenó otro tipo de procesos que modificaron progresivamente a la forma en que las comunidades indígenas concebían su realidad, dando pasos hacia un mundo más estratificado y con un peso creciente de la economía como eje rector de las relaciones personales. El principal de ellos fue, sin duda, la progresiva sustitución de la economía de trueque por una economía monetaria que desdibujó las diferentes esferas de intercambios existentes y que objetivó y desdibujó las relaciones personales asociadas a los mismos. Es probable que existiera algún patrón premonetal (Arévalo, A. 2008) en la región antes del siglo I a.C., como parecen apuntar algunas evidencias de recortes de monedas y de piezas de plata. En cualquier caso, esta adopción debió darse a una escala reducida y en un momento tardío, probablemente a partir el siglo III a.C., aunque desconocemos si se utilizó otro patrón del que no nos han llegado noticias de uso más difundido.

En cualquier caso, los efectos de este proceso acentuaron la perspectiva económica con la que las autoridades romanas afrontaron la ocupación del territorio, y comenzaron la progresiva transformación de la mentalidad previa a través de mecanismos como el pago de tributos y de salarios, la reordenación territorial de la región, la promoción de centros urbanos o el establecimiento de cargos públicos. Aunque el proceso fue lento y tan sólo parece haber sido intencionado a partir del final de las guerras sertorianas, es evidente que contribuyó a la pérdida de identidad comunitaria de las poblaciones establecidas en la región. Asimismo, contribuyó a construir una nueva dicotomía, ya no entre las actitudes comunitaria e individualista características del mundo prerromano, sino entre un mundo urbano, con economía de mercado – hasta donde es esto cierto en el mundo antiguo – y romanizado y un mundo rural con muchas estructuras socioeconómicas similares a las de periodos anteriores pero con una cada vez menor identidad indígena, que a partir del siglo I d.C. tan sólo se observa en las gentilidades y en la escasa teonimia de la región, como último símbolo de un mundo casi completamente desaparecido.

En definitiva, la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo se sitúa entre dos modelos antagónicos de construcción de la realidad, el fuertemente igualitario de las sociedades de Cogotas I y el estatal y jerarquizado del mundo romano. Más allá de cronologías, son estas dos grandes transformaciones las que nos indican el comienzo y el final de forma muy concreta de ver la realidad. En nuestra opinión y utilizando la terminología de Bourdieu, fueron las transformaciones en el *habitus* de la sociedad del Bronce Final las que provocaron una nueva forma de comportarse, de existir y de construir la realidad en los siglos posteriores. Puesto que este *habitus* por definición reacio a cambiar – ya que constituye la forma "adecuada" de ver la realidad, de estar en el mundo; tuvo que ocurrir un cambio ajeno y radical que obligara a modificar las costumbres, las prácticas sociales interiorizadas durante siglos y sus expresiones materiales. Este cambio fue, en nuestra opinión, la sedentarización, que forzó a construir y a justificar progresivamente una nueva forma de ser dentro de la realidad física y social. La sociedad del Bronce Final se resistió con todas sus fuerzas a este cambio: hasta siglo y medio después de su sedentarización no se hacen explícitas las estructuras más obvias de esta modificación del *habitus*: las necrópolis de incineración.

Porque esta transformación mantiene una concepción básicamente igualitaria de la sociedad, en la que todos los individuos y familias tienen – en teoría – una forma similar de vivir, comportarse y prosperar. La homogeneización de los asentamientos y la uniformidad de la cultura material a partir del siglo V a.C. ejemplifican muy bien esta sanción de una forma igualitaria de vida, reafirmada a partir de la repetición de unas normas canónicas que se plasman en todos los aspectos de la realidad. Sin embargo, la modificación del *habitus* provocada por la sedentarización introdujo un elemento nuevo – la competición a través de la acumulación de capital simbólico – que es interiorizada por la sociedad, asimilada en la mentalidad de estos grupos y que se asume y explicita en el ajuar y ritual funerarios, básicos para la justificación de la posesión de la tierra. Los rituales funerarios que hemos estudiado y las diferentes prácticas a ellos asociadas – desde la defensa del rango adscrito a la exhibición de riqueza previa a su amortización en las tumbas – constituyen un buen ejemplo del lenguaje material en el que se estructuró el *habitus* colectivo de la sociedad del valle medio del Tajo.

Se construye así un modelo con parámetros muy similares a los descritos por Bourdieu para las sociedades precapitalistas, en el que la clave del poder reside en la acumulación de capital simbólico y el ejercicio de una coerción simbólica y soterrada, y en el que la sociedad decide seguir creyéndose asentada en parámetros de solidaridad común y en valores igualitarios mientras poco a poco se consolidan estructuras más explícitas de dominación. Este modelo acabó desembocando en dos tendencias diferentes. En el caso de la zona nuclear del valle, los intentos de acumulación de capital simbólico derivaron en una escalada de conflictos internos entre las comunidades, mientras que en el sudeste este proceso fue consolidándose hasta que la dominación fue cada vez más explícita.

En ambos casos, sin embargo, los criterios y las prácticas en torno a las que se estructuró esta sociedad no variaron sustancialmente entre los siglos VII – II a.C., independientemente del grado de desigualdad real encubierto dentro de las prácticas sociales y económicas. La asunción de un modelo de competición social y adquisición de capital simbólico como uno de los ejes de las relaciones comunitarias fue creando una sociedad cada vez más desigual, pero atrapada en una apariencia de igualdad. Y es que los individuos y las familias que se encontraban en posiciones

de poder fueron incapaces de sustituir el capital simbólico por otro estrictamente económico y la violencia "suave" por la coerción abierta; y de construir un sistema de prácticas y de expresiones simbólicas y culturales que les diferenciara definitivamente del resto de la población. En definitiva, fueron incapaces de romper el círculo vicioso en el que, la única forma de obtener poder era negar que lo persiguieran.

Para romper esta forma de ver la vida y la dinámica a la vez competitiva y uniformizadora que caracterizó el *habitus* de esta sociedad fue necesaria la acción directa de un factor exógeno al mundo indígena: la conquista romana. Esta conquista no sólo fue militar, económica o política. Supuso también la modificación de los esquemas de realidad de los indígenas, de las prácticas sociales y de las escalas de valores, hasta que abrió las puertas a modificaciones en las conductas asumidas como razonables dentro de la racionalidad previa. La presencia romana en la región abre la puerta a la remodelación del *habitus* previo introduciendo la objetivación de la actividad económica, separándola de los lazos sociales en que estaba inmersa. Precisamente, éste es el papel clave que otorga Pierre Bourdieu a griegos y romanos, cuando introducen la distinción entre derecho personal y derecho real, diferenciando la compra y el don, entre el rito y los derechos e intereses, hasta acabar con el sistema económico anterior incompatible con una economía de mercado (Bourdieu, P. 2008: 182).

Ésta fue precisamente la actuación de Roma en la región, y su imposición directa e irresistible de las nuevas prácticas sociales tuvo un efecto fundamental en los modos de relación y dominación anteriores. Al imponer y favorecer una economía basada en la acumulación de capital económico, rompió con el mecanismo de control social y abrió paso al ejercicio de la coerción directa sobre la población, que hasta entonces había estado vedada y disfrazada de violencia simbólica. La diferenciación entre los lazos sociales y los intereses económicos promovió la aparición de unas élites cuyo apoyo a la construcción política, económica y cultural romana fue absoluto, ya que en el fondo les proporcionó el marco en el que pudieron ejercer un poder que nunca más tuvieron que disimular.

La historia del valle medio del Tajo ejemplifica de esta manera el poder de resistencia del *habitus* colectivo de una sociedad frente a cualquier modificación que no entre dentro de las variaciones aceptadas por la estructura general. Para que se modificara la identidad de estas comunidades y su forma de construir la realidad fueron necesarios dos cambios de gran profundidad – sedentarización e inserción en una economía de mercado. La historia de la Edad del Hierro es, por tanto, la de una manera de ver, estar y participar del mundo, y la inmensa mayoría de aspectos de la cultura material, independientemente de sus modificaciones cuantitativas y cualitativas a lo largo del tiempo, son expresiones de un mismo *habitus* que se prolonga hasta que la conquista romana introduce los cambios fundamentales para alterar y deformar un mundo en el que el poder siempre tuvo que ser negociado.

Bibliografía

- Abascal, J. M. (2007): Indigenismo y promoción personal en las ciudades antiguas de la Meseta sur, en Carrasco, G. (ed.) *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*, Almad, Cuenca: 285-305.
- Abascal, J. M. y González - Conde, M. P. (2007): Carpetania: argumentos para una definición del territorio en época romana. *Zona Arqueológica*, 7 (1): 291-301.
- Abascal, J. M. y Ripollès, P. P. (2000): Las monedas de Konterbia Karbika, en Olcina, M. y Soler, J. A. (eds.) *Scripta in honorem Enrique A. Llobregat Conesa*. Instituto Alicantino Juan Gil-Albert, Diputación de Alicante, Alicante: 13-76.
- Agorsah, E. K. (1988): Evaluating spatial behaviour patterns of prehistoric societies. *Journal of Anthropological Archaeology*, 7:3: 231-247.
- Aguilar, A. (1935): Por tierras de la Sagra. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*: 17: 75-92.
- Agustí, E., Morín, J., López, M. y Escolá, M. (2009): La gestión arqueológica y paleontológica en grandes proyectos urbanísticos: el caso de la urbanización U.Z.P. 1.05 Villaverde-Barrio del Butarque. *Actas de las Terceras Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*, Dirección General de Patrimonio Histórico, Madrid: 75-88.
- Agustí, E., Morín, J., Sanabria, P. J., Sánchez, M., Escolá, M., Illán, J. M., González, L., López, G., López, M., López, F. J., Sánchez, C., Yravedra, J. y Fernández, C. (2007): El yacimiento de Las Camas. Nuevos datos para el conocimiento del bronce Final y el Hierro I en el curso bajo del río Manzanares (Madrid). *IV Congreso de Arqueología Peninsular, Faro*: 29-38.
- Agustí, E., Morín, J., Urbina, D. y López, F. J. (2007): El yacimiento de la Primera Edad del Hierro de Las Camas (Villaverde, Madrid). Los complejos habitacionales y productivos. *Zona Arqueológica*, 10(2): 10-25.
- Albadalejo, M. (1998): La Carpetania vista por los autores clásicos. *IV Encuentro de Historiadores del valle del Henares*. Alcalá de Henares: 163-169.
- Albertos, M. L. (1975): Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 40-41: 5-66.
- (1983): Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine. *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II, 29 (2), Berlín: 853-892.
- Alcina, J. (1975): La Arqueología en España: situación actual y perspectivas. *Primera reunión de antropólogos españoles*, Sevilla: 47-62.
- (1991): La Arqueología en España: una revisión crítica de sus planteamientos teóricos. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 13-28.
- Aldana, C. (1984): Primera campaña de excavaciones en el cerro de la Virgen de la Cuesta (Alconchel de la Estrella, Cuenca). *Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 18: 189-194.
- Alekshin, V. A. (1983): Burial customs as an Archaeological source. *Current Anthropology*, 24 (2): 137-149.
- Alfaro, C. (1982): Hallazgos monetarios en "Fosos de Bayona", Villasviejas, Cuenca. *Cuenca*, 19-20: 79-84.
- Alfaro, M. y Martín, A. (1996): Restos celtibéricos en el término municipal de Redueña (Madrid). *Boletín de la Sociedad Española de Amigos de la Arqueología*, 36: 91-106.

- Almagro Basch, M. (1952a): La España de las Invasiones célticas, en Menéndez, R. (ed.) *Historia de España I: España protohistórica*, Espasa-Calpe, Madrid: 3-278.
- Almagro Gorbea, M. (1965): *La necrópolis celtibérica de "Las Madrigueras". Carrascosa del Campo (Cuenca)*: Excavaciones Arqueológicas en España 41.
- (1969): La necrópolis de "Las Madrigueras". Carrascosa del Campo (Cuenca), *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, X Madrid.
- (1976): Informe sobre las excavaciones en el Ecce Homo, Alcalá de Henares (Madrid). *Noticiario arqueológico hispánico*, 5: 293-300.
- (1982): Tres téseras celtibéricas de bronce de la región de Segóbriga. Saelices, Cuenca. *En homenaje a Conchita Fernández Chicarro, directora del museo Arqueológico de Sevilla*. Ministerio de Cultura, Madrid: 197-209.
- (1987): El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro. *130 años de Arqueología madrileña*. Comunidad de Madrid, Madrid: 108-119.
- (1988): Las culturas de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro en Castilla - La Mancha. *I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*. Junta de Castilla – La Mancha, Toledo: 163-180.
- (1993): La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el Período Protoorientalizante. *Complutum*, 4: 81-94.
- (1999): Los íberos en Castilla - La Mancha. *I Jornadas de Arqueología ibérica en Castilla - La Mancha*. Sección de Publicaciones, Consejería de Educación y Cultura, Toledo: 25-48.
- Almagro Gorbea, M. y Benito, J. E. (1993): La prospección arqueológica del valle del Tajuña. Una experiencia teórico - práctica de estudio territorial en la Meseta. *Complutum*, 4: 297-310.
- (1994a): Las secuencias del Ecce Homo (Henares) y del valle del Tajuña: un ensayo de interpretación. *V Encuentro de Historiadores del valle del Henares*, Alcalá de Henares: 17-38.
- (1994b): *Prospección arqueológica de Perales de Tajuña (Madrid)*. *Estudios de Arqueología y Prehistoria Madrileñas*, 9: 99-109.
- (2007): El valle del Tajuña madrileño durante la Edad del Hierro: una aproximación arqueológica. *Zona Arqueológica*, 10(1): 157-181.
- Almagro Gorbea, M., Benito, J. E. y Dávila, A. F. (1989): Ecce Homo. Una cabaña de la Primera Edad del Hierro. *Revista de Arqueología*, 98: 29-38.
- Almagro Gorbea, M. y Dávila, A. F. (1988): Estructura y reconstrucción de la Cabaña "Ecce Homo 86/6". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I: Prehistoria*, 1: 361-374.
- (1995): El área superficial de los oppida en la Hispania Céltica. *Complutum*, 6: 209-233.
- Almagro Gorbea, M. y Fernández-Galiano, D. (1980): *Excavaciones en el Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid)*. Diputación Provincial de Madrid, Madrid.
- Almagro Gorbea, M., López, L., Madrigal, A., Muñoz, K. y Ortiz, J. R. (1996): Antropomorfo sobre cerámica de la I Edad del Hierro de la meseta. *Complutum*, 7: 141-146.
- Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (1992): Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro. *Actas de la I Reunión internacional sobre Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum 2-3: 469-494.
- Almagro Gorbea, M. y Torres, M. (1999): *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*. Institución "Fernando el Católico", Zaragoza.

- Alonso, J. y Muñoz, J. (1985): Clima y confort climático en la región central (Castilla La Mancha y Madrid). *Paralelo 37*: 8-9, 30-60.
- Alonso, M. A. (1976): Necrópolis de "El Cerro de Las Losas" en El Espartal (Madrid). *Noticiario Arqueológico Hispánico 4*, 287-322.
- Alonso, M. A. y Blasco, M. C. (1977): El yacimiento de Cerro Redondo o Cuesta de Almodóvar, en Fuente el Saz del Jarama. *XIV Congreso Nacional de Arqueología Zaragoza*: 615-624.
- Alonso, N. y Rovira, N. (2001): *Las improntas vegetales y las semillas vegetales detectadas en materiales de construcción en tierra del yacimiento de Arroyo Culebro (Leganés)*. Arqueocat. Informe inédito.
- Altuna, J. y Mariezkurrena, K. (1983): Los restos más antiguos de gallo doméstico en el País Vasco. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 11: 381-386.
- Álvarez-Sanchís, J. R. (1999): *Los Vettones*: Real Academia de la Historia, Madrid.
- (2000): The Iron Age in Western Spain (800 BC-AD 50): An overview. *Oxford Journal of Archaeology*, 19 (1): 65-89.
- (2003): *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el Occidente de Iberia*. Akal, Madrid.
- (2007): Castros y aldeas. Los vettones en el valle medio del Tajo, en Pereira (ed.), *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur (Castilla - La Mancha)*. Almud, ediciones de Castilla-La Mancha, Toledo: 199-216.
- Álvarez-Sanchís, J. R. y Ruiz, G. (2001): Cementerios y asentamientos: bases para una demografía arqueológica de la Meseta en la Edad del Hierro, en Berrocal-Rangel, L. y Gardes, P. (eds.), *Entre celtas e íberos. Las poblaciones protohistóricas de Las Galias e Hispania*. Real Academia de la Historia, Casa de Velázquez, Madrid: 61-75.
- (2008): Los Verracos y los vettones. *Zona Arqueológica*, 12: 215-231.
- Amador, R. (1916): *Excavaciones en Toledo. Memoria de los resultados obtenidos en las exploraciones y excavaciones obtenidas en el año 1916. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 10.
- Amela, L. (1998): Las acuñaciones de Toledo y Clounioq. *Gaceta Numismática*, 129: 17-24.
- Ames, K. M. (1995): Chiefly power on the Northwest Coast, en Price, T. D. y Feinman, G. M (eds.), *Foundations of social inequality*, Plenum Press, New York, London: 155-188.
- Anuario de Actuaciones Arqueológicas y Paleontológicas de la Comunidad de Madrid [URL http://www.madrid.org/cs/Satellite?c=CM_Actuaciones_FA&cid=1142302720697&idConsejeria=1109266187218&idListConsj=1109265444710&language=es&pagename=ComunidadMadrid%2FEstructura&sm=1109265843983]. Acceso 27/08/2011.
- Apiano, *Historia Romana*. Traducción de A. Sancho (1985). Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.
- Ardanaz, F. (1986a): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Colmenar de Oreja. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1986b): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Villacanejos. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1991): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Alcobendas. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Arenillas, M. y Sáenz, C. (1987): *Guía física de España. Vol. 3: Los ríos*. Alianza Editorial. Madrid.
- Arévalo, A. (2008): Aprovisionamiento y circulación monetaria en la meseta durante la época romana, en Carrasco, G. (ed.) *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*, Almud, Cuenca: 127-182.

- Argente, J. L. (1989): *Las fíbulas en la Meseta. Su valoración tipológica, cultural y cronológica*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid.
- (1994): *Las fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*. Excavaciones arqueológicas en España, 168, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid.
- Arnanz, A. M. (1998): Análisis carpológicos, en Muñoz, K., *El poblamiento desde el Neolítico Final a la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo*. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid: 670-676.
- Arnold, B. (1995): "Honorary males" or women of substance? Gender, status and power in Iron Age Europe. *Journal of European Archaeology*, 3 (2): 153-168.
- Arnold, J. E. (1995): Social inequality, marginalization, and economic process, en Price, T. D. y Feinman, G. M (eds.), *Foundations of social inequality*, Plenum Press, New York, London: 87-104.
- (1996a): Organizational transformations: power and labor among complex hunter-gatherers and other intermediate societies, en Arnold, J. E. (ed.), *Emergent complexity. The evolution of intermediate societies*: 59-73.
- (1996b): Understanding the dynamics of intermediate societies, en Arnold, J. E. (ed.), *Emergent complexity. The evolution of intermediate societies*: 1-12.
- Arribas, J. G., Millán, A. y Calderón, T. (1991): Caracterización mineralógica de cerámicas del yacimiento arqueológico de San Antonio (Vallecas, Madrid), en Blasco, M^a. C., Alonso, M.^a A. y Lucas, M^a. R. (coord.), excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio. *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2: 175-184.
- ARTRA, S. L. (1996): *Memoria final. Excavación arqueológica Yacimiento Nº 27 Laguna del Campillo, Rivas-Vaciamadrid (Madrid)*. Informe inédito.
- (2001): *Memoria final. Excavación Arqueológica del Yacimiento D Nº 74/ 153. Plan Parcial Nº 5 del PAU Arroyo Culebro, Leganés (Madrid)*. Informe inédito.
- (2009): Estudio histórico y arqueológico en las comarcas de Torrijos y de La Sagra (Toledo), Asociación Castillos del Medio Tajo. [URL: http://www.castillosdeltajo.es/web/castillosdeltajo.es/proyec_inic/finalizados#titulo1]. Acceso 2/09/2011.
- (2010a): *Informe de prospección arqueológica para el proyecto "Actuaciones arqueológicas en el monumento romano de Piedra Escrita". Análisis de Patologías y propuestas de intervención - musealización*. Informe inédito
- (2010b): *Memoria final de la Excavación arqueológica para el proyecto "Refuerzo del abastecimiento a Aranjuez y su zona de influencia desde la conducción Almoguera - Algodor". Tramo 3-2. Yacimiento 4: La Cuadrá*. Informe inédito.
- Asquerino, M. D. y Cabrera, V. (1980): Prospecciones en Mejorada del Campo (Madrid). *Noticiario arqueológico hispánico*, 9: 133-212.
- Ayala, A. (1979): La fotografía aérea a baja altura aplicada a la Arqueología. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*: 11-12.
- Azcárraga, S. (2007): El inicio de la romanización en la región madrileña: nuevas perspectivas para la investigación. *Zona Arqueológica*, 7 (1): 323-341.
- Bádenas, P. (1988): La nomenclatura de los vasos griegos en castellano. Propuestas de uso y normalización. *Archivo Español de Arqueología*, 61(157/158): 61-80.

- Bailey, D. W. (1990): The living house: signifying continuity, en *The social archaeology of houses*: 19-48.
- Balsameda, L. J. y Valiente, S. (1979): Excavaciones en El Cerrón (Illescas, Toledo). *Noticiario arqueológico hispánico*, 7: 153-210.
- (1982): El relieve de Illescas. *Archivo Español de Arqueología*, 54: 215-237.
- Baquadado, E., Contreras, M., Märten, G. y Ruiz, G. (2007): El oppidum carpetano de "El Llano de la Horca" (Santorcaz, Madrid). *Zona Arqueológica*, 10(2): 374-394.
- Baquedano, I., Torija, A. y Cruz, M. (2010): Algunos apuntes sobre las excavaciones en curso del yacimiento de Cerrocuquillo (Villaluenga de la Sagra - Toledo). *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla - La Mancha*. Diputación de Toledo, Toledo: 117-156.
- Barrett, J. C. (1991): Towards an Archaeology of Ritual, en Garwood, P., Jennings, D. Skeates, R. y Toms, J. (eds.), *Sacred and Profane. Proceedings of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion*. Oxford Committee for Archaeology, Monographs 32, Oxford. 1-9.
- Barrio, C. y Maquedano, B. (1996a): El Corralillo de San Miguel, en Sánchez-Palencia, F. (ed.) *Toledo: arqueología en la ciudad*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo: 207-224.
- (1996b): Paseo de la Rosa 64, en Sánchez-Palencia, F. (ed.) *Toledo: arqueología en la ciudad*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo: 243-246.
- Barrio, J. y Blasco, M. C. (1989): Materiales de la II Edad del Hierro procedentes de El Espartal (Madrid). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 16: 233-244.
- Barrios, J. C., Fuentes, M. T. y Ruiz, J. P. (1992): *El saber ecológico de los ganaderos de la sierra de Madrid*, Agencia de Medio Ambiente, Madrid.
- Barroso, R. M^a. (2002): *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Tajo Superio*. Universidad de Alcalá de Henares, Madrid.
- Barroso, R. M^a. (1993): El Bronce Final y la transición a la Edad del Hierro en Guadalajara. *Wad-al-Jayara*, 20: 9-44.
- Bartel, B. (1982): A Historical review of Ethnological and Archaeological analysis of mortuary practice. *Journal of Anthropological Archaeology*, 1: 32-58.
- Beltrán, F. (1986): Un espejismo historiográfico: las "organizaciones gentilicias" hispanas. *Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela: 197-237.
- (1994): Parentesco y sociedad en la Hispania céltica, en Cruz, M. y Santos, J. (eds.) *Revisiones de Historia Antigua: las estructuras sociales indígenas del norte de la Península ibérica*: 73-104.
- Bender, B. (1990): The dynamics of nonhierarchical societies, en Upham, S. (eds.) *The evolution of political systems. Sociopolitics in small-scale sedentary societies*, Cambridge University Press, Cambridge: 247-263.
- Benito, J. E. (1991): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Villamanrique de Tajo. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito
- (1992): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Carabaña. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1994): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Fuentidueña de Tajo. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.

- Benito, J. E. y Almagro, M. (1994): Prospección arqueológica de Perales de Tajuña (Madrid). *Estudios de prehistoria y arqueología madrileñas*, 9: 99-110.
- Berreman, G. D. (1981): Social inequality: a cross-cultural analysis, en Berreman, G. D. (ed.) *Social inequality. Comparative and developmental approaches*. Academic Press, New York: 3-40.
- Béteille, A. (1981): The idea of natural inequality, en Berreman, G. D. (ed.) *Social inequality. Comparative and developmental approaches*. Academic Press, New York: 59-80.
- Binford, L. R. (1971): Mortuary practices: their study and their potential, en Brown, J. A. (ed.) *Approaches to the social dimensions of mortuary practices*. American Antiquity, 36 (3): 6-29.
- Blanco, A. (2008): Tendencias del uso del suelo en el valle Amblés (Ávila, España). Del Neolítico al Hierro inicial. *Zephyrus*, LXII (2): 101-123.
- Blánquez, J. (1988): Los enterramientos de estructura tumular en el mundo ibérico, *Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela: 5-38.
- (1999): Las necrópolis ibéricas en el actual territorio de Castilla - La Mancha, *I Jornadas de Arqueología ibérica en Castilla - La Mancha*. Sección de Publicaciones, Consejería de Educación y Cultura, Toledo: 49-88.
- Blánquez, J. J. (1990): *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta. Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
- (1992): Las necrópolis ibéricas en el sureste de la Meseta. *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*. Universidad Autónoma. Departamento de Prehistoria y Arqueología, Madrid: 235-278.
- Blasco, M. C. (1985): La EHII en la Meseta. La España Celtibérica. *Historia General de España y América Tomo 1-2. De la Protohistoria a la conquista Romana*. Rialp, Madrid: 297-329.
- (1992): Etnogénesis de la Meseta Sur. *Actas de la I Reunión internacional sobre Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum 2-3: 281-297.
- (1992-1993): La metalurgia del cobre y del bronce en la región de Madrid. *Tabona*, VIII(II): 397-416.
- (2002-2003): El Bronce Final en la Península Ibérica: autoctonismo e interacción. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 42: 45-53.
- (2007): El tránsito del Bronce Final al Hierro Antiguo en la cuenca baja del Manzanares. *Zona Arqueológica*, 7(1): 64-87.
- Blasco, M. C. y Alonso, M. A. (1983): Aproximación al Estudio de la Edad del Hierro en la provincia de Madrid. *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, III: 119-134.
- (1985a): Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 143. Ministerio de Cultura, Madrid.
- (1985b): Informe preliminar sobre el yacimiento de Cerro Redondo (Fuente el Saz del Jarama, Madrid). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 20: 9-41.
- (1986-1987): Paralelos arquitectónicos entre la Meseta Norte y el Alto Tajo durante la II Edad del Hierro. *Zephyrus*, 39-40: 159-168.
- Blasco, M. C., Alonso, M. A. y Lucas, M. R. (1985): Nuevo yacimiento prehistórico en la provincia de Madrid: el cerro de San Antonio. *XVII Congreso Nacional de Arqueología*: 267-278.

- (1991): Excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio. *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2: 7-187.
- Blasco, M. C., Alonso, M. A. y Valiente, S. (1980): La Edad del Hierro en la provincia de Madrid. *II Jornadas de Estudios sobre la provincia de Madrid*, Madrid: 47-57.
- Blasco, M. C. y Baena, J. (1989): El yacimiento de La Capellana (Pinto, Madrid). Nuevos datos sobre las relaciones entre las costas meridionales y la Submeseta sur durante la Primera Edad del Hierro. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 16: 211-231.
- (1996): Estudio espacial del Bronce Final-Hierro en el bajo Manzanares apoyado en los SIG. *Arqueología Espacial*, 15: 51-65.
- (1997): Aproximación al estudio de un yacimiento y su entorno. El castro iberorromano del Pontón de la Oliva, en Baena, J. B., M. C.; Quesada, F. (eds.) *Los S.I.G. y el análisis espacial en Arqueología*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 213-226.
- Blasco, M. C., Baena, J. y Caballero, A. (2001): Aplicación de los sistemas de información geográfica a la investigación arqueológica y a la gestión del patrimonio. Un ejemplo a partir de los yacimientos de las edades del Bronce e Hierro en la Mesa de Ocaña. *II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña*. Diputación Provincial de Toledo, Toledo: 177-200.
- Blasco, M. C., Baena, J., Millán, M. A., Beneitez, P., España, E. y Calderón, T. (1993): El Hierro Antiguo en el Alto Tajo. Aproximación cultural y marco cronológico apoyado en cuatro fechas de Termoluminiscencia del yacimiento de La Capellana. *Madrider Mitteilungen*, 34: 48-69.
- Blasco, M. C., Baena, J., Recuero, V., Montero, I., Barrio, J. y Antona, V. (1995): El castro de la Dehesa de la Oliva y su entorno geográfico, en *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los celtíberos*: 203-211.
- Blasco, M. C. y Barrio, J. (1986): Excavaciones de dos nuevos asentamientos prehistóricos en Getafe (Madrid). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27: 77-142.
- (1992): Las necrópolis de la Carpetania. *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*. Universidad Autónoma. Departamento de Prehistoria y Arqueología, Madrid: 279-312.
- (2001-2002): El inicio de las necrópolis de incineración en el ámbito carpetano. *Soliferreum. Studia Emeterio Cuadrado, Anales de Arqueología de la Universidad de Murcia*: 16-17, 263-272.
- Blasco, M. C., Barrio, J. y Pineda, M. P. (2007): La revitalización de los ritos de enterramiento y la implantación de las necrópolis de incineración en la cuenca del Manzanares: la necrópolis de Arroyo Butarque. *Zona Arqueológica*, 10(2): 215-238.
- Blasco, M. C., Blanco, J. F., Liesau, C., Carrión, E., García, J., Baena, J., Quero, S. y Rodríguez de la Esperanza, M. J. (2007): El Bronce Medio y Final en la región de Madrid. El poblado de la Fábrica de Ladrillos. *Estudios de Arqueología y Prehistoria Madrileñas*, 14-15: 1-380.
- Blasco, M. C., Carrión, E. y Planas, M. (1998): Datos para la definición de la Edad del Hierro en el ámbito carpetano: el yacimiento de Arroyo Culebro. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 25-101: 245-281.
- Blasco, M. C. y Lucas, M. R. (1999): El sustrato de la Carpetania y su relación con los orígenes del mundo celtibérico, en Arenas, E. y Palacios, M. V. (eds.) *El origen del mundo celtibérico*. Consejería de Agricultura y Medio Ambiente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Molina de Aragón: 239-252.

- (1999-2000): La Edad del Hierro en la región de Madrid. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 39 – 40: 177-196.
- Blasco, M. C. y Sánchez-Capilla, M. L. (1988): Madrid en el marco de la Primera Edad del Hierro de la Península ibérica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 15: 139-182.
- Blasco, M. C. y Sánchez, E. (1999): Apuntes de Cartografía Carpetana. *Arqueología Espacial*, 21: 117-151.
- Blázquez, J. M. (1962): La expansión celtíbera en Carpetania, Bética, Levante y sus causas (ss. III - II a.C.). *Celticum 3, Actes du Second Colloque International d'Etudes Gauloises, Celtiques et Protoceitiques* Chateaufeillant: 409-428.
- (1983): *Primitivas religiones ibéricas. Tomo II: Religiones prerromanas*. Ediciones Cristiandad, Madrid.
- Blázquez, J. M. y García-Gelabert, M. P. (1992): Relaciones entre la Meseta y Oretania. *Actas de la I Reunión internacional sobre Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum 2-3: 45-55.
- Boast, R. y Evans, C. (1986): The transformation of space: two examples from British Prehistory. *Archaeological Review from Cambridge*, 5(2): 193-205.
- Boehm, C. (1993): Egalitarian behavior and reverse dominance hierarchy. *Current Anthropology*, 34 (3): 227-254.
- Bohannon (1959): The Impact of Money on an African Subsistence Economy. *The Journal of Economic History*, 19(4): 491-503.
- Bonet, H. y Mata, C. (1997): La cerámica ibérica del siglo V a.C. en la Edetania. *Recerques del Museo de Alcoi*, 6: 31-47.
- (2008): Las cerámicas ibéricas. Estado de la cuestión, en Bernal, D. y Ribera, A. (eds.) *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz: 147-170.
- Bosch-Gimpera, P. (2003) (1932): *Etnología de la Península Ibérica*. Urgoiti, Pamplona.
- Bourdieu, P. (2008): *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores Argentina, Salamanca.
- Bowden, M. y McOmish (1987): The required barrier. *Scottish Archaeological review*, 4(2): 76-84.
- Bradley, R. (1988): Status, wealth and the chronological ordering of cemeteries. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 54: 327-329.
- Braun, D. P. (1991): Are there cross-cultural regularities in tribal social practices? en Cregg, S.A. (ed.) *Between bands and states*. Center for Archaeological Investigations, Occasional Papers 9, Southern Illinois University, Carbondale: 423-444.
- Broncano, S. y Blázquez, J. (1985): *El Amarejo (Bonete, Albacete)*. Excavaciones Arqueológicas en España 169, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Brown, F. E. (1990): Comment on Chapman: some cautionary notes on the application of spatial measures to prehistoric settlement, en Samsom, R. (ed.) *The social archaeology of houses*. Edinburgh University Press, Edinburgh: 93-110.
- Brown, J. (1995): On mortuary analysis - with special reference to the Saxe - Binford research program, en Beck, L. A. (ed.) *Regional approaches to mortuary practices*, Plenum Press, New York: 3-26.
- Brown, J. A. (1971): The dimensions of status in the burials at Spiro, en Brown, J.A. (ed.) *Approaches to the social dimensions of mortuary practices*. Society for American Archaeology, Washington: 92-112.

- (1981): The search for rank in prehistoric burials, en Chapman, R., Kinnes, I. y Randsborg, K. (eds.) *The Archaeology of death*. Cambridge University Press, Cambridge: 25-38.
- Brumfield, E. M. (1995): Heterarchy and the analysis of complex societies: comments, en Ehrenreich, R. M., Crumley, C. L. y Levy, J. E. (eds.) *Heterarchy and the analysis of complex societies*, American Anthropological Association, Arlington: 125-131.
- Brun, P. (1995): Oppida and social "complexification", en Hill, J. D. y Cumberpatch, C. G. (eds.) *Different Iron Ages. Studies on the Iron Age in temperate Europe*. Archaeopress, BAR International Series 602, Oxford: 121-128.
- Burillo, F., Cano, M. A. y Sáiz, M. E. (2008): La cerámica celtibérica, en Bernal, D. y Ribera, A. (eds.) *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz: 171-188.
- Buxó, R. (1997): *Arqueología de las plantas: la explotación económica de las semillas y los frutos en el marco mediterráneo de la Península Ibérica*. Crítica, Barcelona.
- Cabello, R. (1991-1992): La cerámica pintada de la Segunda Edad del Hierro en el valle medio del Tajo. *Norba. Revista de Historia*: 11-12, 99-128.
- Cabré, E. y Baquedano, I. (1997): El armamento céltico en la Segunda Edad del Hierro. *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Ministerio de Defensa, Madrid: 240-260.
- Cabrera, P. (1987): Consideraciones en torno a la cerámica ática de fines del siglo V a.C. en Extremadura. *Oretum*, 3: 216-221.
- Cáceres, Y. (1997): Cerámicas y tejidos. Sobre el significado de la decoración geométrica del Bronce Final en la Península Ibérica. *Complutum*, 8: 125-140.
- Calle, J. y Sánchez-Capilla, M. L. (1987): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Getafe. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1996): Diez Años de Arqueología Profesional en Getafe. Resultados. *Reunión de Arqueología Madrileña*. CSIC, Madrid: 194-197.
- Campaña, A., Castillo, R., Elejalde, I., Vara, M. M. y Flores, R. (1991a): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Fuente el Saz del Jarama. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1991b): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Valdetorres del Jarama. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Canto, A. M. (1994): La "Piedra Escrita" de Diana, en Cenicientos (Madrid), y la frontera oriental de Lusitania. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21: 271-296.
- Cardito, L. M. (1990): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Patones. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Cardito, L. M. y Anciones, R. (1992): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Torres de Alameda. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Carrasco, A. (2000): Atribución social del espacio y estructura de la propiedad en las comunidades de la Sierra de Guadarrama a fines del siglo XV. *MADRID, revista de arte, geografía e historia*, 3: 257-286.
- (2006): *La sociedad campesina en la Sierra de Guadarrama a finales de la Edad Media: Al-Mudayna*, Madrid.

- Carrobles, J. (1995): La necrópolis ibérica de Palomar de Pintado, en Blázquez (J. M.) *El mundo ibérico. Una nueva imagen en los albores del año 2000*. Junta de Comunidades de Castilla - La Mancha, Toledo: 251-257.
- (2007): Los Carpetanos, en Pereira, J. (ed.) *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur. Castilla - La Mancha*, Almud Ediciones Castilla – La Mancha, Toledo: 179-198.
- (2009): *Prehistoria de Toledo. El origen de la ciudad*. Ediciones Covarrubias, Toledo.
- Carrobles, J., Pereira, J. y Ruiz, A. (2000): Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo): Un proyecto de formación académica, investigación y revalorización de un yacimiento arqueológico. *Trabajos de Prehistoria*, 57(2): 147-160.
- Carrobles, J. y Ruiz, G. (1990): La necrópolis de la Edad del Hierro de Palomar de Pintado (Villafranca de los caballeros, Toledo). *Actas del primer congreso de arqueología de la provincia de Toledo*, Toledo: 237-258.
- Castañó, A. y Pérez, I. (1986): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Redueña. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Castañón, M., Pan, I. del, Román, P. y Rey, A. (1928): Excavaciones en el circo romano de Toledo. *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* 96.
- Castañón, M. (1906): El Cerro del Bú y la Comisión de Monumentos de Toledo. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 46: 445-449.
- (1916): Nieblas de la primitiva historia de Toledo. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 69: 5-15.
- Castelo, R. (2008): Cerámica ática documentada en el yacimiento de El Cerro de Alvar-Fañez (Huete, Cuenca): Cílica de figuras rojas. Grupo de Viena 116. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 34: 77-103.
- Castón, P. (1996): La sociología de Pierre Bourdieu. *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, 76: 75-98.
- Castro, Z. (1980): Fusayolas Ibéricas, antecedentes y empleo. *Cypsela*, 3: 127-146.
- Catalina, J. (1891): Noticia sobre las cuevas de Perales de Tajuña. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 19: 131-135.
- (1904): Exploraciones arqueológicas en el Cerro del Bú. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 45: 439-444.
- Cerdeño, M. L. (1990): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Santorcaz. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Cerdeño, M. L., Martín, E., Marcos, F. y Ortega, J. (1992): El yacimiento prerromano de Santorcaz (Madrid). *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 3: 131-170.
- Cerrillo, E. (1988): *La Nueva Arqueología, 20 años después*. Universidad de Extremadura, Cáceres.
- Chapa, T. (1988): Perspectivas actuales de la arqueología española. *Revista de Occidente*, 81: 135-142.
- Chapa, T. y Mayoral, V. (2007): *Arqueología del trabajo. El ciclo de la vida en un poblado ibérico*. Akal, Madrid.
- Chapman, J. (1990): *Emerging complexity: the later prehistory of South-East Spain Iberia and the West Mediterranean*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Chapman, R. y Randsborg, K. (1981): Approaches to the archaeology of death, en Chapman, R., Kinnes, I. y Randsborg, K. (eds.) *The Archaeology of death*. Cambridge University Press, Cambridge: 1-24.

- Charro, C. (2008a): Estudio de los verracos del Valle Medio del Tajo. Una aproximación desde el Paisaje. *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la cultura material*, Madrid: 335-341.
- (2008b): Los verracos en la provincia de Toledo. Un estudio de la escultura zoomorfa de la Segunda Edad del Hierro en el valle medio del Tajo. *Memoria de Licenciatura Inédita* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid.
- Chauton, H. (2010): Intervención arqueológica en el yacimiento Fuente la Gota 11, Carrascosa del Campo, Cuenca. Febrero - Junio de 2006. *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha*, Toledo: 369-382.
- Chaves, P., Morales, A., Serrano, L. y Torre, M. A. (1991): Informe faunístico.). En Blasco, M^a. C., Alonso, M. A. y Lucas, M^a. R. (coord.), excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio. *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2: 167-171.
- Chesson, M. S. (2003): Households, houses, neighborhoods and corporate villages: modeling the Early Bronze Age as a House Society. *Journal of Mediterranean Archaeology*, 16(1): 79-102.
- Collis, J. (1994): Reconstructing Iron Age society, en Kristiansen, K. y Jensen, J. (eds.) *Europe in the 1st Millenium B. C.* Sheffield Archaeological Monographs 6, Collis Publications, Sheffield: 31-39.
- (1997): Dynamic, descriptive and dead-end models: views of an ageing revolutionary en Gwilt, A. y Haselgrove, C. (eds.) *Reconstructing Iron Age societies*. Oxbow Monograph 71, Oxford: 296-302.
- (2005): Rethinking the celts. The impact of historiography and archaeology, Guichard, V. (ed) *Celtes et Gaulois. L'Archéologie face à l'histoire. Celtes et Gaulois dans l'Histoire, l'historiographie et l'idéologie moderne*. Centre Archéologique Européen. Glux-en-Glenne, vol. 12/1: 97-110
- (2008): Rethinking Earlier Iron Age settlement in the eastern Paris Basin, en Haselgrove, C. y Pope, R. (eds.) *The Earlier Iron Age in Britain and the near continent*. Oxbow Books, Oxford: 400-428
- Consuegra, S. y Díaz del Río, P. (2007): El yacimiento de La Albareja (Fuenlabrada, Madrid): un ejemplo de poblamiento disperso en la Edad del Hierro. *Zona Arqueológica*, 10(2): 131-152.
- Corchado, M. (1969): Estudio sobre vías romanas entre el Tajo y el Guadalquivir. *Archivo Español de Arqueología*, 42(119/120): 124-158.
- Coudart, A. (1991): Social structure and relationships in Prehistoric small-scale sedentary societies: the Bandkeramik groups in Neolithic Europe, en Cregg, S. A. (ed.) *Between bands and states*. Center for Archaeological Investigations, Occasional Papers 9, Southern Illinois University, Carbondale: 395-420.
- Crespo, M. L. y Arenas, J. A. (1993): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Chiloeches. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1998): Aproximación a la secuencia cultural del Bronce Final y Primer Hierro en las tierras de Guadalajara. *VI Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares: 47-73.
- Crumley, C. L. (1995): Heterarchy and the analysis of complex societies, en Ehrenreich, R. M., Crumley, C. L. y Levy, J. E. (eds.) *Heterarchy and the analysis of complex societies*, American Anthropological Association, Arlington: 1-5.

- (2003): Alternative forms of social order, en Scarborough, V. L., Valdez, F. J. y Dunning, N. (eds.) *Heterarchy, political economy, and the ancient Maya. The Three Rivers Region of the East-Central Yucatán Peninsula*. University of Arizona Press, Tucson: 136-143.
- Crumley, C. L. y Marquardt, W. H. (1987): *Regional Dynamics: Burgundian landscapes in Historical perspective*. Academic Press. Nueva York.
- Cuadrado, E. (1953): El problema ibérico en la cerámica exótica de barniz rojo. *I Congreso de Arqueología del Marruecos Español*. Tetuán: 235-251.
- (1961): El momento actual de la cerámica de barniz rojo. *VI Congreso Nacional de Arqueología*, Oviedo: 177-198.
- (1969): V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona: 257-290.
- (1971): El castro carpetano de Yeles (Toledo). *XII Congreso Nacional de Arqueología*, Jaén: 355-360.
- El Cigarralejo, relaciones con la Meseta. *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses*, 15: 127-144.
- (1987): *La necrópolis ibérica de "El Cigarralejo" (Mula, Murcia)*: CSIC, Madrid.
- (1991a): El castro de la Dehesa de la Oliva. *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2: 191-255.
- (1991b): La cerámica iberocelta de color rojo. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 349-356.
- Cuadrado, F. (1968): Formas Nuevas de la cerámica de barniz rojo. *XI Congreso Nacional de Arqueología*. Mérida: 470-476.
- Cumberpatch, C. G. (1995): Production and society in the later Iron Age of Bohemia and Moravia, en Hill, J. D. y Cumberpatch, C. G. (eds.) *Different Iron Ages. Studies on the Iron Age in temperate Europe*. Archaeopress, BAR International Series 602, Oxford: 67-89.
- Curchin, L. A. (2001): Circulación monetaria en la Carpetania. *Hispania antiqua*, 25: 183-197.
- Dark, P. (2006): Climate deterioration and land-use change in the first millennium BC: perspectives from the British palynological record. *Journal of Archaeological Science*, 33: 1381-1395.
- Dávila, A. F. (2007a): La Edad del Hierro en el bajo valle del río Henares: territorio y asentamientos. *Zona Arqueológica*, 10(1): 88-135.
- (2007b): La Edad del Hierro en la Carpetania: una historia a medio contar. *Zona Arqueológica*, 10 (1): 15-34.
- (2009): Asentamientos y territorio durante la Segunda Edad del Hierro en el Bajo Valle del río Henares. *Actas de las Terceras Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*: 265-280.
- Delibes, G., Romero, F., Sanz, C., Escudero, Z. y San Miguel, L. C. (1995): Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio, en Delibes, G., Romero, F. y Morales, A. (eds.) *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*: 49-148.
- Dent, J. (1982): Cemeteries and settlement patterns of the Iron Age on the Yorkshire Wolds. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 48: 437-457.
- Díaz-Andreu, M. (1998): Ethnicity and Iberians: the archaeological crossroads between perception and material culture. *European Journal of Archaeology*, 1 (2): 199-218.
- Díaz-del-Río, P. (2001): La formación del paisaje agrario: Madrid en el III y II milenios BC. *Arqueología, Paleontología y Etnografía* 9.

- Díaz-del-Río, P., Consuegra, S., Peña, L., Márquez, B., Sampedro, C., Moreno, R., Albertini, D. y Pino, B. (1997): Paisajes agrarios prehistóricos en la Meseta peninsular: el caso de "Las Matillas" (Alcalá de Henares, Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 54(2): 93-111.
- Díaz-del-Río, P., Román, A. L., Ponce, I., Porta, C. y Vara, M. M. (1992): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Aranjuez. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Díaz-del-Río, P., Román, L. y Serrano, E. (1993): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Villalbilla. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Díaz-del-Río, P. y Sánchez, A. L. (1992a): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Fresno de Torote. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1992b): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Ribatejada. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1992c): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Valdeavero. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Díaz, A. J. (1993): *Villaseca de la Sagra. Noticias de su historia*. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos 74. Diputación de Toledo, Toledo.
- Diinhof, S. (1997): The custom of sacrifice in Early Iron Age burial tradition, en Jensen, C. K. y Nielsen, K. H. Aarhus (eds.) *Burial and society. The chronological and social analysis of archaeological data*. Aarhus University Press, Aarhus: 111-116.
- Dobres, M. A. y Robb, J. E. (2000): Agency in archaeology: paradigm or platitude?, en Dobres, M. A. y Robb, J. E. (eds.) *Agency in Archaeology*. Routledge, London; New York: 3-17.
- Domingo, L. A., Magariños, J. M. y Aldecoa, M. A. (2007): Nuevos datos sobre el poblamiento en la Carpetania meridional: el valle medio del Cigüela. *Zona Arqueológica* 10 (1): 218-237.
- (2010): Nuevos datos sobre el poblamiento durante la Edad del Hierro en La Sagra toledana: el yacimiento de Fuentevieja (Numancia De La Sagra), *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla - La Mancha*. Diputación de Toledo, Toledo: 3-23.
- Domínguez, A. J., La colonización y el comercio griego en la Península ibérica, en <http://www.ucm.es/info/antigua/actualiz6.htm>. Acceso 27/09/2011.
- (2001-2002): Cerámica griega en la ciudad ibérica. *Anales de Arqueología de la Universidad de Murcia* 16-17, 189-204.
- Dorado, M., Valdeolmillos, A. y Ruiz, B., 2001: Actividad humana y dinámica de la vegetación en la Sierra de Ávila (Sistema Central Español) desde el Bronce Medio. *Polen*, 11: 39-49.
- Dorado, M., Valdeolmillos, A., Ruiz, M. B., Gil, M. J. y Bustamante, I. (2002): Climatic changes since the Late-glacial/Holocene transition in La Mancha Plain (South-central Iberian Peninsula, Spain) and their incidence on Las Tablas de Daimiel marshlands. *Quaternary international* 93-93: 73-84.
- Dudal, R., Tavernier, R. y Osmond, D. (1967): *Mapa de suelos de Europa*, FAO, Roma.
- Eagleton, T. (1997): *Ideology: an introduction*. Paidós, Barcelona.
- Earle, T. K. (1987): Chiefdoms in archaeological and ethnohistorical perspective. *Annual Review of Anthropology* 16: 279-308.
- (ed.) (1991): *Chiefdoms: power, economy and ideology*. Cambridge University Press, New York.

- (1997): *How chiefs come to power. The political economy in Prehistory*. Stanford University, Stanford.
- Edmonson, J. C. (1992-1993): Creating a provincial landscape: Roman imperialism and rural change in Lusitania. *Studia Historica. Historia Antigua* 9-10: 13-30.
- Elejalde, I., Flores, R., Macarro, J. A., Palomo, C., Silva, F. y Vara, M. M. (1990): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Los Santos de la Humosa. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Elejalde, I., Ponce, I. y Vara, M. M. (1993): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Aldea del Fresno. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Escolá, M., López, M., Morín, J., Pérez-Juez, A., Agustí, E. y Barroso, R. (2005): Recuperando el pasado: arqueología e infraestructuras lineales. *I Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*. Madrid: 119-144.
- Esparcia, R., Moreno, A., Ponce, I., Uria, M. y Vara, M. M. (1990): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Valdemorillo. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Esteban, M. C. y Rodríguez, M. (1997): Yacimientos paleontológicos y arqueológicos en Barajas. *AENA Arte*, 3: 42-5.
- Estrabón, Geografía. Traducción de J. L. García (1996). Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.
- Facundo, J., Dios, J. y Catalina, J. (1894): Hallazgo prehistórico en Ciempozuelos. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 25: 436-450.
- Farnié, C. y Quesada, F. (2005): *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península ibérica*. Consejería de Educación y Cultura, Murcia.
- Feinman, G. M. (1995): The emergence of inequality: a focuss on strategies and processes, en Price, T. D. y Feinman, G. M (eds.), *Foundations of social inequality*. Plenum Press, New York, London: 255-280.
- Feinman, G. M. y Neitzel, J. (1984): Too many types: an overview of sedentary prestate societies in the Americas. *Advances in archaeological method and theory*, 7: 39-102.
- Ferguson, R. B. (1990): Explaining war, en Haas, J. (ed) *The anthropology of war*. School of American Research: 26-55.
- Fernández-Galiano, D. y Garcés, A. (1978): Problemática y estado actual de los yacimientos arqueológicos en el corredor Madrid - Guadalajara. *Wad-al-Hayara* 5: 7-34.
- Fernández-Layos, J. C. (1983): *Historia de Consuegra*. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos. Diputación de Toledo, Madrid.
- Fernández - Posse, M. D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Síntesis, Madrid.
- Fernández, A., Sánchez, M. C. y Galán, E. (1990): Introducción al análisis de los yacimientos prerromanos en el valle del Henares. *Actas del II Encuentro de Historiadores del valle del Henares*. Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares: 17-23.
- Fernández, C., Zarzalejos, M. M., Hevia, P. y Esteban, G. (1994): *Sisapo I. Excavaciones arqueológicas en "La Bienvenida"*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.
- Fernández, D., García, P. y Rus, I., 1989: *Arqueología en Castilla - La Mancha*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.

- Fernández, F. (1972): Objetos de origen exótico en El Raso de Candeleda (Avila). *Trabajos de Prehistoria*, 29: 273-294.
- (1988): El clima de Castilla-La Mancha y sus implicaciones agrícolas. *El espacio rural en Castilla-La Mancha. II Reunión de Estudios Regionales de Castilla-La Mancha*, Diputación de Ciudad Real, Ciudad Real: 61-82.
- Fernández, J. y Barrio, C. (2002): Topografía del Toletum prerromano. *Bolskan*, 19: 359-368.
- Fernández, J. y Sarabia, F. (1998): *Arqueometalurgia del bronce. Introducción a la metodología de Trabajo*. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- Fernández, J. J. (1979): Exvotos ibéricos de la zona de Cuenca. *Cuenca*, 16: 85-90.
- Fernández, L. (1994): *Los pasos históricos de la Sierra de Guadarrama*. Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid.
- Fernández, M. (1987a): *La cerámica de barniz rojo del cerro de Alarcos*. Ayuntamiento de Ciudad Real, Ciudad Real.
- (1987b): La cerámica de barniz rojo en la Meseta: problemas y perspectivas. *Archivo Español de Arqueología*, 60: 3-20.
- (1988b): Estado actual de la investigación de la cerámica de barniz rojo en Castilla - La Mancha. *I Congreso de historia de Castilla - La Mancha*. Toledo: 309-316.
- (2004): La cerámica de barniz rojo en la meseta sur. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Fernández, M., Mangas, J. y Plácido, D. (1990): Indigenismo y romanización en la cuenca media del Tajo. Planteamiento de un programa de trabajo y primeros resultados. *Actas del primer congreso de arqueología de la provincia de Toledo*. Toledo: 15-65.
- Fernández, M. y Pereira, J. (1992): Indigenismo y orientalización en la tierra de Talavera. *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de y sus tierras*. Toledo.
- Fernández, M. A. (2008): *La construcción arqueológica de la etnicida*. Editorial Toxoutos, Noia.
- Fernández, M. J., Cámara, J. de la, Meifrén, M. T., Hernández, E. y Vaquera, F. (1993): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Estremera. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Fernández, V. M. (1988): El asentamiento ibérico del Cerro de las Nieves. (Pedro Muñoz, Ciudad Real). *I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*. Junta de Castilla – La Mancha, Toledo: 359-369.
- (2000): *Teoría y método de la Arqueología: Síntesis*. Madrid.
- (2006): *Una Arqueología crítica: ciencia, ética y política en la construcción del pasado*: Crítica Arqueología, Barcelona.
- Fernández, V. M. y Hornero, E. (1988): Análisis funcional de los recintos domésticos del poblado ibérico del Cerro de las Nieves, Pedro Muñoz, Ciudad Real. *Espacio y organización social. Estudios de Geografía e Historia*. Madrid: 163-178.
- Fernández, V. M., Hornero, E. y Pérez, J. A. (1994): El poblado ibérico del "Cerro de las Nieves" (Pedro Muñoz). Excavaciones 1984-1991. *Jornadas arqueológicas de Ciudad Real en la UAM*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 111-129.
- Ferrel, G. (1995): Space and society. New perspectives on the Iron Age of the North-East England, en Hill, J. D. y Cumberpatch, C. G. (eds.) *Different Iron Ages. Studies on the Iron Age in temperate Europe*. Archeopress, BAR International Series 602, Oxford: 129-139.

- Fitzpatrick, A. P. (1997a): Discusion, en *Archaeological excavations on the route of the A27 Westhampnett Bypass, West Sussex (1992). Volume 2: the cemeteries*. Wessex Archaeological Report No.12, Highways agency, Salisbury.
- (1997b): Everyday life in the Iron Age, en Gwilt, A. y Haselgrove, C. (eds.) *Reconstructing Iron Age societies*. Oxbow Monograph 71, Oxford: 73-86.
- Fletcher, D. (1957): Toneletes cerámicos ibéricos. *Archivo de Prehistoria Levantina*, 6: 113-148.
- Fokkens, H. (1997): The genesis of urnfields: economic crisis or ideological change? *Antiquity*, 14: 360-373.
- Font, I. (1988): *Historia del clima de España. Cambios climáticos y sus causas*. Instituto Nacional de Meteorología, Madrid.
- (2000): *Climatología de España y Portugal*. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.
- Foster, J. (1993): The identification of male and female graves using grave goods, en Struck, M. (ed.) *Römerzeitliche Gräber als Quellen zu Religion, Bevölkerungsstruktur und Sozialgeschichte*. Archäologische Schriften des Instituts für Vor- und Frühgeschichte der Johannes Gutenberg - Universität Mainz, Mainz: 207-212.
- Foster, S. M. (1989): Transformations of social space. The Iron Age of Orkney and Caithness. *Scottish Archaeological review*, 6: 34-54.
- Fowles, S. M. (2002): From social type to social process: placing "tribe" in a historical framework en Parkinson, W. A. (ed.) *The archaeology of tribal societies*: 13-33.
- Frankenstein, S. y Rowlands, M. J. (1978): The internal structure and regional context of Early Iron Age society in south-western Germany. *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 15: 73-112.
- Fried, M. (1967): *The evolution of political society*. Random House, New York.
- Fuentes, A. (1984): La submeseta Norte y sus relaciones con la submeseta Sur. *Al - Basit*, 15: 157-171.
- Fuentes, J. L. (1978): *Apuntes de metereología agrícola*. Ministerio de Agricultura, Madrid.
- Fuidio, F. (1934): *Carpetania Romana*. Reus, Madrid.
- Galán, C. (1980): Memoria de la primera campaña de excavaciones en la necrópolis de El Navazo, La Hinojosa (Cuenca). *Noticiario arqueológico hispánico*, 8: 141-212.
- Galindo, L. y Sánchez, V. M. (2007): El yacimiento carpetano de "La Ribera". *Zona Arqueológica*, 10(2): 269-289.
- Galván, J. (1994): Estudio mineralógico de los materiales y cerámicas procedentes de las excavaciones en "El Cerrón" (Illescas, Toledo), en Valiente, S. *Excavaciones arqueológicas en "El Cerrón" de Illescas (Toledo)*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo: 212-216.
- Galván, J. y Galván, V. (1985): Estudio mineralógico de trece fragmentos de cerámica procedentes del yacimiento celtibérico de Fuente el Saz (Madrid), en Blasco, M. C. y Alonso, M. A. (eds.) *Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama*. Excavaciones Arqueológicas en España, 143. Ministerio de Cultura, Madrid: 353-368.
- Galván, V. (1991): Estudio mineralógico de la cerámica grafitada, en Blasco, M^a. C., Alonso, M^a. A. y Lucas, M^a. R. (coord.), *Excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio. Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2: 185-186.
- Gamazo, M. (1991): Industria lítica, en Blasco, M^a. C., Alonso, M^a. A. y Lucas, M^a. R. (coord.), *Excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio. Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2: 142-146.

- Gamble, L. H., Walker, P. L. y Russell, G. S. (2001): An Integrative approach to mortuary analysis: social and symbolic dimensions of Chumash burial practices. *American Antiquity*, 66 (2): 185-212.
- García-Bellido, M. P. (2007): Numismática y territorios étnicos en la Meseta meridional, en Carrasco, G. (ed.) *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*, Almud, Cuenca: 199-226.
- García-Bellido, M. P. y Blázquez, C. (2001a): *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos. Volumen I: Introducción*. CSIC, Madrid.
- (2001b): *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos. Volumen II: Catálogo de cecas y pueblos*. CSIC, Madrid.
- García-Gelabert, M. P. (1993): Relaciones entre la Meseta y Oretania con anterioridad a la conquista de la Península Ibérica por Roma. *Historia Antiqua* 17: 95-118.
- García, A. (2004): La Carpetania. El mundo romano en Madrid y sus contornos. *Estudios de Arqueología y Prehistoria Madrileñas*, 13: 31-43.
- García, A. A. y Encinas, M. (1987): La necrópolis de la Edad del Hierro de "Las Esperillas", Santa Cruz de la Zarza (Toledo). *Carpetania*, I: 43-68.
- (1988a): Cerámicas incisas del conjunto funerario 44 - 45 de la necrópolis "Las Esperillas" (Santa Cruz de la Zarza, Toledo). *Actas del Congreso sobre necrópolis celtibéricas* Daroca: 317-326.
- 1988b: Necrópolis prerromana en Toledo. *Revista de Arqueología*, 90: 62-63.
- (1989): Necrópolis de la Edad del Hierro en la provincia de Toledo: "Las Esperillas" (Santa Cruz de la Zarza). *XIX Congreso Nacional de Arqueología*. Castellón: 493-496.
- (1990): La necrópolis de "Las Esperillas", Santa Cruz de la Zarza (Toledo). *Actas del primer congreso de arqueología de la provincia de Toledo*. Toledo: 261-273.
- García, F. J. (2002): Carpetania y los carpetanos. *Revista de la Confederación Española de Centros de Estudios Locales (C.E.C.E.L)*, 2: 73- 92.
- García, J. A. y Alonso, P. (1992): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Navalagamella. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- García, J. A., Baquedano, I. y Castaño, A. (1989): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Boadilla del Monte. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- García, J. L. (2007): La toponimia en el territorio de la Carpetania, Carrasco, G. (ed.) *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*, Almud, Cuenca: 67-106.
- García, J. M. y Navarro, A. (2002): La Sierra Oeste de Madrid: recursos turísticos y medioambientales en la comarca de montaña del Alberche madrileño. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, Extra: 243-258.
- García, L. (2005): *Introducción al reconocimiento y análisis arqueológico del territorio*. Ariel, Barcelona.
- García, M. (1999): Estudios arqueométricos sobre materiales cerámicos de la Edad del Hierro. *Boletín de la Sociedad española de Cerámica y Vidrio*, 38(4): 289-295.
- García, M. A. (1994): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Torrelaguna. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- García, N. y Abad, L. M. (1988): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Leganés. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.

- García, P. y Pérez, M. E. (2003): Calidad de suelos de La Mancha: cartografía de unidades salinas mediante imágenes TM. *X Congreso de Teledetección*. Cáceres: 13-16.
- García, R. y Morales, F. J. (1996): La cerámica griega en la meseta sudoccidental, en *Actas del II Congreso de Arqueología peninsular*. Zamora: 335-345.
- García, R., Morales, F. J. y Rodríguez, D. (2004): La cerámica griega del oppidum ibérico de Alarcos (Ciudad Real) en García, I. y Talavera, S. (eds.) *Charisterion, Francisco Martín García oblatum*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca: 115-129.
- García, T., Anciones, R. y Cardito, L. M. (1991): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Chinchón. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- García, T. y Gutiérrez, M. N. (1992): Prospecciones en el cerro de Torrejón (Malpica de Tajo). *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras*. Toledo: 321-333.
- Garrido, R. (2006): Transegalitarian societies: an ethnoarchaeological model for the analysis of Copper Age Bell Beaker using groups in Central Iberia, en Díaz-del-Río, P. y García, L. (eds) *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*. Archaeopress, BAR International Series 1525, Oxford: 81-96.
- Garwood, P. (1991): Ritual tradition and the reconstitution of society, en Garwood, P., Jennings, D., Skeates, R. y Toms, J. (eds.) *Sacred and Profane. Proceedings of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion*. Oxford Committee for Archaeology Oxford: 10-32.
- Gassul, P. (1982): Los soportes del Bajo Guadalquivir. Intento de clasificación. *Madrid Mitteilungen*, 23: 62-95.
- Geanini, A. (1991): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. El Escorial. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (2007): El yacimiento de "Las Fronteras", en *Yacimientos arqueológicos de Pinto. 15 años de intervenciones*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 59-72.
- Gener, M. (2010): Tecnología de la metalurgia del hierro, en Montero, I. (ed.) *Manual de Arqueometalurgia*. Museo arqueológico Regional, Madrid: 191-232.
- Giles, F. J. (1971): Contribución al estudio de la arqueología toledana. Hallazgos hispanorromanos en Consuegra. *Anales Toledanos*, 5: 139-165.
- Gilman, A. (1981): The development of social stratification in Bronze Age Europe. *Current Anthropology*, 22: 1-23.
- (1988): Enfoques teóricos en la Arqueología de los ochenta. *Revista de Occidente*, 81: 47-61.
- (1995): Prehistoric European chiefdoms: rethinking "Germanic" societies, en Price, T. D. y Feinman, G. M (eds.), *Foundations of social inequality*, Plenum Press, New York, London: 235-254.
- (1995): Recent trends in the Archaeology of Spain, en Lillios, K. T. (ed.) *The origins of complex societies in Late Prehistoric Iberia*. International Monographs in Prehistory 8: 1-6.
- Giménez, C. (1991): Transformaciones económicas y sociales en la Sierra Norte de Madrid. *Alfoz. Madrid, territorio, economía y sociedad*, 83. 39-45.
- Gómez-Tabanera, J. M. (1967): Los pueblos antiguos de la Península Ibérica, en Gómez-Tabanera, J. M. (ed.) *Las raíces de España*. Instituto de Antropología, Madrid: 303-349.
- Gómez, A. (1990-1991): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Mejorada del Campo. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.

- Gómez, E. y Martín, D. (2001): Estudio de las urnas de la necrópolis carpetana del PP5 Arroyo Culebro (Leganés). Informe inédito ARTRA, Madrid.
- (2002): Aspectos analíticos de la excavación de las urnas cinerarias, en Penedo, E., Oñate, P., Sanguino, J., Morín, J. (coord.) (2002): *Vida y Muerte en Arroyo Culebro, Leganés (Madrid)*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 257-266.
- Gómez, J. (1995): Buscando a los pastores. *Iº Congreso de Arqueología Peninsular*. Porto: 445-459.
- Gómez, J. M. (2001): *Los celtas en los valles altos del Duero y del Ebro*. Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares.
- (2001): Los primeros celtíberos. Aspectos metodológicos y documentales sobre el carácter celtibérico de los carpetanos. *VII Encuentro de historiadores del valle del Henares* Guadalajara: 35-49.
- (2002): Elementos para la definición del espacio geográfico de los carpetanos. *Revista de la Confederación Española de Centros de Estudios Locales (C.E.C.E.L)* 2: 93-140.
- Gómez, R. y Santos, M. (1991): Esculturas zoomorfas de Talavera y sus comarcas, en Pacheco, C. (ed.) *Homenaje de Talavera y sus tierras a D. Fernando Jiménez de Gregorio*. Ayuntamiento de Talavera, Talavera: 71-95.
- González - Conde, M. P. (1986): Elementos para una delimitación entre Vettones y Carpetanos en la provincia de Toledo. *Lucentum*, 5: 87-93.
- (1987): *Romanización e indigenismo en Carpetania*. Memoria de Licenciatura inédita. Universidad de Alicante.
- (1992): Los pueblos prerromanos de la Meseta Sur. *Actas de la I Reunión Internacional sobre Paleoehtnología de la Península Ibérica*. Complutum 2-3: 299-309.
- González, A. (1998): Etnoarqueología de los abandonos en Galicia. *Complutum*, 9: 167-192.
- (2003): *La experiencia del otro. Una introducción a la Etnoarqueología*: Akal Arqueología, Madrid.
- (2005): El castro de Saceda y la jerarquización territorial de la Segunda Edad del Hierro en el Noroeste ibérico. *Zephyrus*, LVIII: 267-284.
- (2006a): Galaicos: Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. - 50 d.C.) (I). *Brigantium*: 18.
- (2006b): House societies vs. kinship-based societies: an archaeological case from Iron Age Europe. *Journal of Anthropological Archaeology*, 25: 144-173.
- (2007): Galaicos: Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. - 50 d.C.) (II). *Brigantium*: 19.
- González, C. (1999): *Fíbulas en la Carpetania*, Madrid.
- González Wagner, C. (1999): Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica. *Gerión*, 17: 263-294.
- González, E. (1988): El relieve, los suelos y las comarcas agrarias en su relación con el medio natural de Castilla-La Mancha. *El espacio rural en Castilla-La Mancha. II Reunión de Estudios Regionales de Castilla-La Mancha*, Diputación de Ciudad Real, Ciudad Real: 45-60.
- González, F. (1992): Introducción a la ecología del Guadarrama, en Sáenz, A. (ed.) *La Sierra de Guadarrama. Naturaleza, paisaje y aire de Madrid*. Amigos de la Sierra de Guadarrama, Madrid: 95-108.

- González, J. (2001): Villamejor (Aranjuez): un yacimiento de la Edad del Hierro y romano al sur de la Comunidad de Madrid. *Trabajos de Arqueología y Prehistoria Madrileñas*, 11: 97-103.
- González, M. (1934): Excavaciones en Ocaña. *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 13: 26-33.
- Goody, J. (1976): *Production and reproduction. A comparative study of the domestic domain*. Cambridge studies in social anthropology 17, Cambridge University Press, Cambridge.
- (1990): *The Oriental, the ancient and the primitive. Systems of marriage and the family in the preindustrial societies of Eurasia*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Gosden, C. (1997): Iron Age landscapes and cultural biographies, en Gwilt, A. y Haselgrove, C. (eds.) *Reconstructing Iron Age societies*. Oxbow Monograph 71, Oxford: 303-311.
- Gowland, R. (2006): Ageing the past: examining age identity from funerary evidence, en Gowland, R. y Knüsel, C. (eds.) *Social archaeology of funerary remains*. Oxbow Books, Oxford: 143-154.
- Gozalbes, E. (1983): Algunos datos sobre el poblamiento indígena en la Celtiberia meridional (siglos III - I a.C.). *Wad - Al - Hayara*, 26: 5-16.
- (2000): *Caput celtiberiae. La tierra de Cuenca en las fuentes clásicas*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca.
- (2007): En torno a los olcades, en *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*, en Carrasco, G. (ed.) *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*, Almud, Cuenca: 165-184.
- Gras, R., Mena, P. y Velasco, F. (1984): La ciudad de Fosos de Bayona (Cuenca). Inicios de la romanización. *Revista de Arqueología*, 36: 50-57.
- Gras, R., Mena, P., Velasco, F., Cámara, M. E. y Hernández, M. C. (1992): Aplicación de algunos métodos geofísicos (eléctrico, magnético y gravimétrico) en Fosos de Bayona (Huete, Cuenca). *Jornadas sobre teledetección y geofísica aplicadas a la arqueología*. Ministerio de Cultura, Madrid, Mérida: 85-92.
- Grupo de prospección CC24 (1986): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Morata de Tajuña. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Guadán, A. M. de (1969): *Numismática ibérica e ibero-romana*. Cuadernos de Numismática, Madrid.
- Guillén, A. (1989): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Villamanrique de Tajo. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Gutiérrez, E., Muñoz, E., Morlote, J. M. y Montes, R. (2007): El horno de La Alberquilla: un centro productor de cerámica carpetana en Toledo. *Zona Arqueológica*, 10(2): 303-323.
- Gutiérrez, M. (coord.) (1994): *Geomorfología de España*, Editorial Rueda, Alcorcón.
- Gwilt, A. (1997): Popular practices from material culture: a case study of the Iron Age settlement at Wakerley, en Gwilt, A. y Haselgrove, C. (eds.) *Reconstructing Iron Age societies*. Oxbow Monograph 71, Oxford: 153-166.
- Gwilt, A. y Haselgrove, C. (1997): Approaching the Iron Age, en Gwilt, A. y Haselgrove, C. (eds.) *Reconstructing Iron Age societies*. Oxbow Monograph 71, Oxford: 1-8.
- Halstead, P. (1989): The economy has a normal surplus: economic stability and social change among early farming communities of Thessaly, Greece, en Halstead, P. y O'Shea, J. (eds.) *Bad year economics. Cultural responses to risk and uncertainty*. Cambridge University Press, Cambridge: 68-80.

- Halstead, P. y O'Shea, J. (eds.) *Bad year economics. Cultural responses to risk and uncertainty*: Cambridge University Press, Cambridge.
- Halstead, P. y O'Shea, J. (1989): Introduction: cultural responses to risk and uncertainty, en Halstead, P. y O'Shea, J. (eds.) *Bad year economics. Cultural responses to risk and uncertainty*: Cambridge University Press, Cambridge: 1-7.
- Hamilton, S. y Manley, J. (2001): Hillforts, monumentality and place: a chronological and topographic review of first millennium BC hillforts of South-East England. *European Journal of Archaeology*, 4 (1): 7-42.
- Hanson, J. (1998): *Decoding homes and houses*: Cambridge University Press, Cambridge.
- Harding, A. (ed.) (1982): *Climatic change in Later Prehistory*. Edimburgh University Press, Edimburgh.
- Härke, H. (1997a): Final comments: ritual, symbolism, en *Burial and society. The chronological and social analysis of archaeological data*, en Jensen, C. K. y Nielsen, K. H. Aarhus (eds.) *Burial and society. The chronological and social analysis of archaeological data*. Aarhus University Press, Aarhus: 191-196.
- (1997b): The nature of burial data, en *Burial and society. The chronological and social analysis of archaeological data*, en Jensen, C. K. y Nielsen, K. H. Aarhus (eds.) *Burial and society. The chronological and social analysis of archaeological data*. Aarhus University Press, Aarhus: 19-28.
- Haselgrove, C. (1994a): Iron Age in Britain and its European setting, en Collis, J. (ed) *Society and settlement in Iron Age Europe*. Actes du XVIII^e Colloque de L'AFEAF, Winchester: 37-68.
- (1994b): Social organization in Iron Age Wessex, en Fitzpatrick, A. P. y Morris, E. L. (eds.) *The Iron Age in Wessex: recent work*. Association Francaise D'Etude de L'Age du Fer: 1-3.
- Hassan, F. A. (1981): *Demographic Archaeology*. Academic Press, New York.
- Hayden, B. (1995): Pathways to power: principles for creating social inequalities, en Price, T. D. y Feinman, G. M (eds.), *Foundations of social inequality*, Plenum Press, New York, London: 15-86.
- Helliwell, C. (1995): Autonomy as natural equality: inequality in "egalitarian" societies. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 1: 359-375.
- Hendon, J. A. (1996): Archaeological approaches to the organization of domestic labor: household practice and domestic relations. *Annual Review of Anthropology*, 25: 45-61.
- Hernández, J. (1989): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. La Cabrera. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Hernando, A. (1992): Enfoques teóricos en Arqueología. *SPAL*, 1: 11-35.
- (2002): *Arqueología de la Identidad*: Akal Arqueología, Madrid.
- Hevia, P. y Esteban, G. (2003): Cerámica pintada de Villanueva de la Fuente (Ciudad Real), en Benítez, L. (ed.) *Mentesa Oretana (1998-2002)*. Anthropos, Ciudad Real: 55-82.
- (2003): La Cerámica gris a torno de Villanueva de la Fuente (Ciudad Real), en Benítez, L. (ed.) *Mentesa Oretana (1998-2002)*. Anthropos, Ciudad Real: 83-104.
- Hill, J. D. (1992): Can we recognise a different European past? a contrastive archaeology of later prehistoric settlements in Southern England. *European Journal of Archaeology*, 1: 57-75.
- (1994): Why we should not take the data from Iron Age settlements for granted: recent studies of intra-settlement patterning, en Fitzpatrick, A. P. y Morris, E. L. (eds.) *The Iron Age in Wessex: recent work*. Association Francaise D'Etude de L'Age du Fer: 4-8.

- (1995a): How should we understand Iron Age societies and hillforts? A contextual study from Southern Britain, en Hill, J. D. y Cumberpatch, C. G. (eds.) *Different Iron Ages. Studies on the Iron Age in temperate Europe*. Archaeopress, BAR International Series 602, Oxford: 45-66.
- (1995b): The Pre-Roman Iron Age in Britain and Ireland (ca. 800 B.C. to A.D. 100): An overview. *Journal of World Archaeology*, 9(1): 47-98.
- (1996a): Hill-forts and the Iron Age of Wessex, en *The Iron Age in Britain and Ireland: recent trends*. J.R. Collis Publications, Sheffield: 95-116.
- (1996b): Weaving the strands of a new Iron Age. *British Archaeology*, 17 (September): 8-9.
- (1999): Settlement, landscape and regionality: Norfolk and Suffolk in the Pre-Roman Iron Age of Britain and Beyond, en Davies, J. y Williamson, T. (eds.) *Land of the Iceni. The Iron Age in Northern East Anglia*. Centre of East Anglian Studies, Norwich: 185-207.
- (2005): Are we any closer to understanding how later Iron Ages societies worked (or did not work)?, Guichard, V. (ed) *Celtes et Gaulois. L'Archéologie face à l'histoire. Celtes et Gaulois dans l'Histoire, l'historiographie et l'idéologie moderne*. Centre Archéologique Européen. Glux-en-Glenne, vol. 12/1: 169-180.
- Hill, J. D. y Cumberpatch, C. G. (1993): Volviendo a pensar la Edad del Hierro. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 127-137.
- (eds.) (1995): *Different Iron Ages. Studies on the Iron Age in Temperate Europe*. Archaeopress, BAR International Series 602, Oxford.
- Hill, P. H. (1982): Towards a new classification of prehistoric houses. *Scottish Archaeological review*, 1(1): 24-31.
- Hillier, B. y Hanson, J. (1984): *The social logic of space*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Hills, C. (1992): The chronology of the Anglo-Saxon cemetery at Spong Hill, Norfolk. *Prehistoric graves as a source of information*. Kungl. Vitterhets Historie och Antikvitets Akademien, Öland: 41-49.
- Hine, H. M. (1979): Hannibal's battle on the Tagus (Polybius 3.14 and Livv 2 1.5). *Latomus*: 38 (4): 891-901.
- Hingley, R. (1984a): The archaeology of settlement and the social significance of space. *Scottish Archaeological review*, 3(1): 22-26.
- (1984b): Towards social analysis in Archaeology: Celtic society in the Iron Age of the Upper Thames valley (400-0 BC), en Cunliffe, B. y Miles, D. (eds.) *Aspects of the Iron Age in Central Southern Britain*. Oxford University Comitee for Archaeology, Oxford: 72-88.
- (1990): Boundaries surrounding Iron Age and Romano-British settlements. *Scottish Archaeological review*, 7: 96-103.
- Hodder, I. (1979): Economic and social stress and material culture patterning. *American Antiquity*, 44: 446-454.
- (1980): Social structure and cemeteries: a critical appraisal. *Anglo-Saxon cemeteries. The 4th Anglo-Saxon symposium at Oxford*. Oxford: 161-169.
- Hornero, E. (1990): La cerámica gris en la península Ibérica: el Cerro de los Santos, un santuario ibérico con cerámica gris. *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses*, 26: 171-205.
- Hurtado, J. (2000): Castros carpetanos de época romana. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 26: 85-93.
- (2001): La economía del área carpetana en época republicana y altoimperial. *Iberia: Revista de la Antigüedad*, 4: 71-86.

- (2005): Los territorios septentrionales del Conventus Carthaginensis durante el imperio romano: estudio de la romanización de Carpetania. Archaeopress, BAR series 415, Oxford.
- IGME (1973a): Mapa metalogenético de España 1:200.000. Hoja 38. Segovia.
- (1973b): Mapa metalogenético de España 1:200.000. Hoja 52. Talavera de la Reina.
- (1973c): Mapa metalogenético de España 1:200.000. Hoja 53. Toledo.
- (1974): Mapa metalogenético de España 1:200.000. Hoja 45. Madrid.
- Isbell, W. H. (2000): What we should be studying. The "imagined community" and the "natural community", en Canuto, M. A. y Yaeger, J. (eds.) *The Archaeology of Communities. A New World perspective*. Routledge, London: 243-266.
- James, S. (2008): A bloodless past: the pacification of Early Iron Age Britain, en Haselgrove, C. y Pope, R. (eds.) *The Earlier Iron Age in Britain and the near continent*. Oxbow Books, Oxford: 160-173.
- Jensen, C. K. y Nielsen, K. H. (1997): Burial data and correspondance analysis, en Jensen, C. K. y Nielsen, K. H. Aarhus (eds.) *Burial and society. The chronological and social analysis of archaeological data*. Aarhus University Press, Aarhus: 29-62.
- Jiménez, F. (1949): La ciudad de Vascos (Estudio arqueológico) *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 62-62: 153-180.
- (1950): Hallazgos arqueológicos en La Jara. *Archivo Español de Arqueología*, 23(78): 105-117.
- (1952a): Belvís de La Jara. *Noticiario arqueológico hispánico*, I (1-3): 205.
- (1952b): Hallazgos Arqueológicos en La Jara V. *Archivo Español de Arqueología*, 25(85): 150-160.
- (1953): Hallazgos Arqueológicos en La Jara VI. *Archivo Español de Arqueología*, 26(88): 371-379.
- (1958): Hallazgos arqueológicos en La Jara VIII. *Archivo Español de Arqueología*: 31(97/98): 199-204.
- (1961): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Toledo. *Archivo Español de Arqueología*, 34(103/104): 210-218.
- (1962): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Toledo. *Archivo Español de Arqueología*: 35(105/106): 181-188.
- (1963): Hallazgos Arqueológicos en la provincia de Toledo. *Archivo Español de Arqueología*, 36(107/108): 228-233.
- (1965): Hallazgos Arqueológicos en la provincia de Toledo. *Archivo Español de Arqueología*, 38(111/112): 174-187.
- (1992): Aproximación al mapa arqueológico del occidente provincial toledano. *Actas de las I Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras*. Talavera de la Reina: 5-29.
- (1996): *La comarca toledana de la Sisla*. Diputación de Toledo, Toledo.
- (2000): *La Mancha toledana*. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, Toledo.
- (2001): *La comarca histórica toledana de los Montes de Toledo*. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, Toledo.
- Jiménez, J. (2005): Minas y filones: introducción histórica al origen del aprovechamiento mineral en la Prehistoria, en Puche, O. y Ayarzagüena, M. (eds.) *Minería y metalurgia históricas en el Sudoeste europeo*. Sociedad Española para la Defensa del Patrimonio Geológico y Minero, Madrid: 29-44.

- Jiménez, J. y Muñoz, K. (1997): Pasarriendas de bronce en la Protohistoria peninsular: propósito del hallazgo del Soto del Hinojar-Las Esperillas (Aranjuez, Madrid). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 24: 119-158.
- Johnson, A. W. y Earle, T. K. (2003): *La evolución de las sociedades humanas*. Ariel, Barcelona.
- Johnson, M. (2000): *Teoría arqueológica: una introducción*. Ariel, Barcelona
- Jones, R. (1993): Rules for the living and the dead: funerary practices and social organisation, en Struck, M. (ed.) *Römerzeitliche Gräber als Quellen zu Religion, Bevölkerungsstruktur und Sozialgeschichte*. Archäologische Schriften des Instituts für Vor- und Frühgeschichte der Johannes Gutenberg - Universität Mainz, Mainz: 247-254.
- Jones, S. (1997): *The archaeology of ethnicity: constructing identities in the past and present*. Routledge, London, New York.
- Juárez, C. y Ponce, G. (1988): La aridez: factor limitativo de la agricultura en Castilla-La Mancha. *El espacio rural en Castilla-La Mancha. II Reunión de Estudios Regionales de Castilla-La Mancha*. Diputación de Ciudad Real, Ciudad Real: 83-96.
- Keeley, L. H. (1996): *War before civilization. The myth of the peaceful savage*. Oxford University Press, Oxford, New York.
- Knapp, R. C. (1992): *Latin Inscriptions from Central Spain*: University of California Publications, California.
- Kubiëna, W. L. (1952): *Claves sistemáticas de suelos*. CSIC, Madrid.
- Larsen, C. S. (1995): Regional perspectives on Mortuary analysis, en Beck, L. A. (ed.) *Regional approaches to mortuary practices*, Plenum Press, New York: 248-264.
- Leblic, V. y Tormo, P. (1981): *Panorama de una comarca: los Montes de Toledo*: Diputación de Toledo, Toledo.
- Liesau, C. (1998a): Análisis faunísticos de los yacimientos de "Huerta de los Cabreros", "Canera de la Flamenca" y "Puente Largo del Jarama" (Aranjuez, Madrid), en Muñoz, K., *El poblamiento desde el Neolítico Final a la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo*. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid: 617-646.
- (1998b): La fauna del Arroyo Culebro en el marco de la Edad del Hierro en la región de Madrid. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 25(1): 283-294.
- , (2005): Arqueozoología del caballo en la antigua Iberia. *Gladius*, XXV: 187-206.
- Liesau, C. y Escobar, M. (1990): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. San Martín de Valdeiglesias. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Loney, H. L. y Hoaen, A. W. (2005): Landscape, memory and material culture: interpreting diversity in the Iron Age. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 71: 361-378.
- López – Barraón, Z. (2001): Situación actual del mapa arqueológico de la zona septentrional de La Mancha toledana, *II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña*. Volumen 2. Toledo.
- López P. (coord) (1997): *El paisaje vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno Final*. Arqueología, paleontología y etnografía, 5.
- López, G. (2007): El yacimiento de "Las Camas": nuevos datos sobre los repertorios líticos de la Edad del Bronce y Primera Edad del Hierro. *IV Congreso de Arqueología Peninsular* Faro: 39-50.

- López, G. M. y Alonso, G. (2001): Rituales funerarios de la Segunda Edad del Hierro en el límite noroccidental de La Mancha. *II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña*. Volumen 2. Toledo: 111-123.
- López, J. A. (1997): Los bosques, en López P. (coord) *El paisaje vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno Final*. Arqueología, paleontología y etnografía, 5: 35-94.
- López, J. A. y Blanco, A. (2005): La mutación Bronce Final/Primer Hierro en el suroeste de la Cuenca del Duero (provincia de Ávila): ¿cambio ecológico y social?, en Blanco, A., Cancelo, C. y Esparza, A. (eds.), *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Fundación Duque de Soria y Universidad de Salamanca, Salamanca: 229-250.
- López, J. A., Blanco, A., López, L., Ruiz, M. B., Dorado, M., Pérez, S., Valdeolmillos, A. y Burjachs, F. (2009): Landscape and climatic changes during the end of the Late Prehistory in the Amblés valley (Ávila, central Spain), from 1200 to cal 400 BC. *Quaternary international*, 200: 90-101.
- López, J. A., Dorado, M., Burjachs, F., Ruiz, M. B., López, P. y Fabián, J. F. (2003): Paleoambiente y paleoeconomía durante la Prehistoria en el valle Amblés (Ávila). *Polen*, 13: 129-141.
- López, J. A. y Pérez, S., e.p.: Paleoambientes y dinámica antrópica en la Meseta Sur (Madrid) durante la Primera y Segunda Edad del Hierro.
- López, J. L. y Escoriza, T. (1988): Aproximación a la circulación monetaria en la meseta sur durante la Antigüedad. *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*: 115-124.
- López, L., Madrigal, A., Muñoz, K. y Ortiz, J. R. (1999): La transición Bronce Final-Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo: El yacimiento de Camino de las Cárcavas (Aranjuez, Madrid). *II Congreso de Arqueología Peninsular*. Zamora: 141-152.
- López, O. (2005): Paisajes y estructura social en la Protohistoria del área sudoccidental de la Meseta Norte, en Blanco, A., Cancelo, C. y Esparza, A. (eds.), *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Fundación Duque de Soria y Universidad de Salamanca, Salamanca: 336-355.
- López, P., Arnanz, A. M., López-Sáez, J. A., Macías, R., Uzquiano, P., Ruíz, B., Andrade, A., Dorado, M., Gil, M. J., Franco, F. y Pedraza, J. (1997): Conclusiones, en López P. (coord) *El paisaje vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno Final*. Arqueología, paleontología y etnografía, 5: 165-182.
- Lorrio, A. J. (1997): *Los Celtíberos*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- (2007): Historiografía y nuevas interpretaciones: la necrópolis de la Edad del Hierro de Haza del Arca (Uclés, Cuenca). *Cæsaraugusta*, 78: 251-278.
- Losada, E. (1966): La necrópolis de la Edad del Hierro de Buenache de Alarcón (Cuenca). *Trabajos de Prehistoria* 20.
- Lucas, M. R. y Alonso, M. A. (1989): Vaso de la Primera Edad de Hierro pintado con decoración antropomorfa: Cerro de San Antonio, Madrid. *XIX Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: 269-284.
- Luján, E. R. (1991): La onomástica indígena en las inscripciones latinas de Talavera de la Reina, en Pacheco, C. (ed.) *Homenaje de Talavera y sus tierras a D. Fernando Jiménez de Gregorio*. Ayuntamiento de Talavera, Talavera: 97-107.
- Llopis, S. (1950a): La cerámica procedente de la necrópolis celtibérica de Villanueva de Bogas. *Memoria de los Museos Arqueológicos Provinciales*, IX-X (Extractos): 330-333.

- (1950b): Necrópolis celtibérica de Villanueva de Bogas (Toledo). *Archivo Español de Arqueología*, 78: 196-198.
- Madrigal, A. y Muñoz, K. (2007): Entre celtas e iberos: la Carpetania. *Zona Arqueológica*, 10 (1): 256-273.
- Maldonado, L. y Vela, F. (1996): Reconstrucción teórica de la cabaña del yacimiento del cerro del Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid): Una aproximación metodológica al estudio de la prehistoria de la construcción. *Primer Congreso Nacional de Historia de la Construcción*. Madrid: 353-360.
- Mangas, J. y Alvar, J. (1990): La municipalización de Carpetania. *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*. Colegio Universitario de Toledo, Toledo: 83-95.
- Marín, C. (2011): De nómadas a castreños. El primer milenio antes de la era en el sector centro-occidental de la Cordillera cantábrica. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Mariscal, B. (1998): Evolución de la vegetación desde el Calcolítico a la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo, en Muñoz, K., *El poblamiento desde el Neolítico Final a la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo*. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid: 647-669.
- Maroto, M. (1991): *Fuentes documentales para el estudio de la Arqueología en la provincia de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo, Toledo.
- Marqués, I. (2008): *Génesis de la teoría social de Pierre Bourdieu*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- Märtens, G., Contreras, M., Ruiz, G. y Baquedado, E. (2009): El Llano de la Horca (Santorcaz). Un asentamiento carpetano en los albores de la romanización. *Actas de las Terceras Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*. Madrid: 210-222.
- Martín, A. (1989): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Villamanrique de Tajo. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1996): Excavación arqueológica de urgencia en torno al Km. 5,250 de la CN-320. Término municipal de Redueña (Madrid). *Reunión de Arqueología Madrileña*: 216-218.
- (2007a): Espacios domésticos y de almacenaje en la confluencia de los ríos Jarama y Manzanares. *Zona Arqueológica*, 10(2): 26-41.
- (2007b): La necrópolis de El Vado (La Puebla de Almoradiel, Toledo): nuevos datos sobre el mundo funerario en época carpetana. *Zona Arqueológica*, 10(2): 255-268.
- (2010a): El hábitat carpetano y la necrópolis de El Vado (La Puebla de Almoradiel, Toledo), *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla - La Mancha*. Diputación de Toledo, Toledo: 309-342.
- (2010b): Nuevos yacimientos en la comarca de la Sagra: asentamientos de la Edad del Bronce, Edad del Hierro y época romana de El Cerrón/Casas de la Jerónima (Yuncos, Toledo). *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha*. Diputación de Toledo, Toledo: 195-216.
- Martín, A. y Jiménez, C. (1992): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Griñón. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Martín, A. y Virseda, L. (2005): Espacios domésticos y de almacenaje en la confluencia de los ríos Jarama y Manzanares, en Blanco, A., Cancelo, C. y Esparza, A. (eds.), *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Fundación Duque de Soria y Universidad de Salamanca, Salamanca: 181-206.

- Martín, A. y Walid, S. (2007): El yacimiento de El Baldío (Torrejón de Velasco, Madrid): algunos aspectos acerca de la evolución de los espacios de habitación entre los siglos V y I a. C.: de la cabaña al edificio. *Zona Arqueológica*, 10(2): 194-214.
- Martín, M. A. (1984): La fíbula anular hispánica en la Meseta peninsular. *Boletín Informativo de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 20: 35-43.
- Martín, R. (1986-1987): La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización. *Zephyrus*, XXXIX-XL: 59-86.
- Martínez, E. (1977): *Los paisajes naturales de Aegovia, Ávila, Toledo y Cáceres. Estudio geográfico*. Instituto de Estudios de la Administración Local. Madrid.
- Martínez, J. de (1946): *Esquema paleontológico de la Península Ibérica*. Publicaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, Madrid.
- Martínez, M. A. (2000): El enigma de Piedra Escrita. *Historia* 16, 295: 76-85.
- (2008): Cenicientos. Vettonos en el Suroeste del Madrid. *Madrid Histórico*, 8: 81-85.
- Martínez, M. I. (2002): Archaeological thought and practice in Spain (1939-2000), en Blehl, P. F., Gramsch, A. y Marciniak, A. (eds.) *Archäologien Europas/ Archeologies of Europe*. Tübinger Archäologische Taschenbücher, Münster: 361-401.
- Mata, C. y Bonet, H. (1992): La cerámica ibérica. Ensayo de tipología, en Cabanilles, J. J. (coord.) *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla*. Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia: 117-173.
- Mateu y Llopis, F. (1940): Tesorillo de monedas ibéricas y romanas republicanas hallado en Alcalá de Henares. *Ampurias*, II: 178-181.
- Mayoral, V., Bermúdez, J. y Chapa, T. (2007): Paisajes agrarios del curso medio del río Jarama durante la Edad del Hierro. *Zona Arqueológica*, 10(1): 137-154.
- McCulloch, W. S. (1945): A Hierarchy of values determined by the topology of nervous nets. *Bulletin of Mathematical Biophysics* 7: 89-93.
- McGuire, R. H. (1983): Breaking down cultural complexity: inequality and heterogeneity. *Advances in Archaeological Method and Theory*, 6: 91-142.
- McGuire, R. H. y Saitta, D. J. (1996): Although they have petty captains, they obey them badly: the dialectics of prehispanic western pueblo social organization. *American Antiquity*, 61(2): 197-216.
- McIntosh, S. K. (1999): Pathways to complexity: an African perspective, en McIntosh, S. K. (ed.) *Beyond chiefdoms. Pathways to complexity in Africa*. Cambridge University Press, Cambridge: 1-31.
- McKinley, J. I. (1989): Cremations: expectations, methodologies and realities, en Roberts, C. A., Lee, F. y Bintliff, J. (eds.) *Burial Archaeology. Current Research, Methods and Developments*. Archaeopress, BAR British Series 211, Oxford: 65-76.
- (1994): Bone fragment size in British cremation burials and its implications for pyre technology and ritual. *Journal of Archaeological Science*, 21: 339-342.
- (2006): Cremation... the cheap option?, en Gowland, R. y Knüsel, C. (eds.) *Social Archaeology of funerary remains*. Oxbow Books, Oxford. 81-88.
- McOmish, D. S. (1989): Non-hillfort settlement and its implications, en Bowden, M., Mackay, D. y Topping, P. (eds.) *From Cornwall to Caithness. Some aspects of British Field Archaeology*. Archaeopress, BAR British Series 209, Oxford: 99-110.

- Mena, P. (1982): Tipología cerámica de las necrópolis de la Edad del Hierro en la provincia de Cuenca, en *Prehistoria y Arqueología* Madrid: Memoria de Licenciatura inédita. Universidad Autónoma de Madrid.
- (1984): *Catálogo de cerámicas de las necrópolis de la Edad del Hierro del Museo de Cuenca*: Catálogo del Museo de Cuenca. Cuenca.
- (1988): La época republicana en Castilla-La Mancha: inicios de la romanización, *I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*. Junta de Castilla – La Mancha, Toledo: 25-37.
- (1990): Necrópolis de la Edad del Hierro en Cuenca y norte de Albacete. *Necrópolis celtibéricas. II Simposium sobre celtíberos*. Zaragoza: 183-195.
- Mena, P. y Nogales, E. (1987): Primeros datos de la IIª campaña de excavación y prospecciones geofísicas realizadas en la necrópolis de "El Navazo" (La Hinojosa-Cuenca). *XVIII Congreso Nacional de Arqueología* Zaragoza: 595-613.
- Mena, P., Nogueras, E., Cámara, M. E. y Hernández, M. C. (1992): Prospección magnética realizada en la necrópolis de "El Navazo (Cuenca) y resultados arqueológicos. *Jornadas sobre teledetección y geofísica aplicadas a la arqueología*. Ministerio de Cultura, Madrid, Mérida: 93-98.
- Mena, P. y Ruiz, A. (1985): Elementos celtas del oppidum de Alarcos (Ciudad Real). *XVIII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: 635-643.
- Mena, P., Velasco, F. y Gras, R. (1988): La ciudad de Fosos de Bayona (Huete, Cuenca): datos de las dos últimas campañas de excavación. *I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*. Toledo: 183-187.
- Méndez, A. y Rascón, S. (1989-1990): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Alcalá de Henares. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Menéndez, R. (1952): La etimología de Madrid y la antigua Carpetania, en *Toponimia prerrománica hispánica*. Gredos, Madrid: 212-220.
- Menesanch, M. y Presas, M. M. (1993): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Villarejo de Salvanés. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Mezquita, M. A., Vivar, R. y Alonso, A. M. (1988): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Leganés. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Miguel, J. de. (1985): Informe sobre los restos faunísticos recuperados en el yacimiento de "Fuente el Saz" (Madrid), en Blasco, M. C. y Alonso, M. A. (eds.) *Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama*. Excavaciones Arqueológicas en España, 143. Ministerio de Cultura, Madrid: 301-350.
- Miguel, J. de y Morales, A. (1994): Informe sobre los restos faunísticos recuperados en el yacimiento de "El Cerrón", Illescas, (Toledo), en Valiente, S. *Excavaciones arqueológicas en "El Cerrón" de Illescas (Toledo)*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo: 206-211.
- Millán, J. J. (1990): Una necrópolis tumular en Cuenca: Alconchel, en *Necrópolis celtibéricas. II Simposium sobre los celtíberos*. Zaragoza: 197-202.
- (1995): La necrópolis tumular ibérica del Cerro de la Virgen de la Cuesta (Alconchel de la Estrella, Cuenca), en Blázquez, J. y Sanz, R. (com.) *El mundo ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000*. Servicio de Publicaciones, Toledo: 246-250.

- Miranda, J. (1988): Evolución histórica de los puertos naturales de Toledo, en *Homenaje a Fernando Jiménez de Gregorio*. Centro de Estudios de los Montes de Toledo y la Jara, Toledo: 109-125.
- Misiego, J. C. Marcos, G. J., Martín, M. A., Sanz, F. J. y Villanueva, L. A. (2005): Guaya (Berrocalejo de Aragona, Avila): reconstrucción de la vida y economía de un poblado en los albores de la Edad del Hierro, en Blanco, A., Cancelo, C. y Esparza, A. (eds.), *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Fundación Duque de Soria y Universidad de Salamanca, Salamanca: 207-228.
- Mizoguchi, K. (1993): Time in the reproduction of mortuary practices. *World Archaeology*, 25 (2): 223-235.
- Moneo, T. (2003): *Religio iberica: santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.)*. Real Academia de Historia, Madrid.
- Monje, L. (1988): *La vegetación de Castilla - La Mancha*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.
- Montenegro, A. (1972): *Historia de España. Edad Antigua I: España prerromana*. Gredos, Madrid.
- Montero, I. (2001): Estudios sobre metalurgia antigua en la provincia de Toledo: el proyecto arqueometalurgia de la Península Ibérica. *II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña*. Volumen I. Toledo.
- Montero, I., Alcolea, J., Álvarez, Y., Baena, J., García, M. A., Gómez, J. y Ramos, M. L. (2007): Poblamiento prerromano en la Dehesa de la Oliva (Patones, Madrid). *Zona Arqueológica*, 10(2): 121-130.
- Montero, I., Rodríguez, S. y Rojas, J. M. (1990): *Arqueometalurgia de la provincia de Toledo. Minería y recursos minerales de cobre*. Diputación de Toledo, Toledo.
- Montero, I. y Sejas, G. (2003-2004): Metales de la Dehesa de la Oliva (Patones. Madrid). *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 43: 171-179.
- Montero, J. (1990): La Carpetania en Ptolomeo. *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*. Toledo: 98-111.
- (2002): Carpetanos y Vettones en la Geografía de Ptolomeo. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- Montero, M. (1988): Toledo, de la acrópolis a la ciudad: orígenes, constantes y morfología. *Toledo ¿ciudad viva? ¿ciudad muerta?* Toledo: 215-239.
- Moore, T. (2003): Rectangular houses in the British Iron Age? "Squaring the circle", en Humphrey, J. (ed.) *Re-searching the Iron Age*. University of Leicester, Leicester: 47-58.
- (2007): Perceiving communities: exchange, landscapes and social networks in the later Iron Age of Western Britain. *Oxford Journal of Archaeology*, 26 (1): 79-102.
- Morales, F. J., Influjos mediterráneos en la Meseta sudoccidental durante la Protohistoria. [URL http://www.joseluispaniagatebar.es/index2.php?option=com_docman] Acceso 18/09/2011.
- Moreno, F. J. (1989): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. San Fernando de Henares. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Morín, J., Agustí, E., Escolá, M., Pérez-Juez, A. y Urbina, D. (com) (2005): *El cerro de la Gavia. El Madrid que encontraron los romanos*. Museo Arqueológico Regional, Museo de San Isidro, Madrid.
- Morín, J., Escolá, M., Agustí, E., Barroso, R., Pérez-Juez, A. y Urbina, D. (2005): El urbanismo, en Morín, J., Agustí, E., Escolá, M., Pérez-Juez, A. y Urbina, D. (com.): *El cerro de la Gavia. El*

- Madrid que encontraron los romanos*. Museo Arqueológico Regional, Museo de San Isidro, Madrid: 125-146.
- Morín, J., Escolá, M., Pérez-Juez, A. y Agustí, E. (2007): El Cerro de La Gavia (Villa de Vallecas, Madrid capital). Urbanismo y vivienda de la II Edad del Hierro en la Comunidad de Madrid. *IV Congreso de Arqueología Peninsular*. Faro: 69-82.
- Morín, J., Escolá, M., Pérez-Juez, A., Agustí, E., Barroso, R., López, M., Navarro, E., Sánchez, F. y Fernández, C. (2002): El cerro de la Gavia (villa de Vallecas, Madrid capital): urbanismo y vivienda de la II Edad del Hierro en la Comunidad de Madrid. *Bolskan*, 19: 335-343.
- Morín, J. y Pérez-Gil, A. (2003): El Cerro de la Gavia. Un poblado de la II Edad del Hierro, en *Conservar y restaurar. Cuatro años de actuaciones en el Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid*. Dirección General de Patrimonio Histórico, Madrid: 66-67.
- Morín, J., Pérez-Gil, A., Agustí, E., Arenas, G., Barroso, R. (2007): El Cerro de la Gavia. Un poblado de la II Edad del Hierro en Villa de Vallecas (Madrid capital). *Caesaraugusta* 78: 355-370
- Morín, J., Sánchez, M., Sánchez, F., Escolá, M., González, L., Barroso, R., López, M., López, F. J., Urbina, D. y Urquijo, C. (2007): El yacimiento de Pozos de Finisterre. Un asentamiento de la Edad del Hierro y época republicana en Consuegra, Toledo. *IV Congreso de Arqueología Peninsular*. Faro: 133-142.
- Morín, J. y Urbina, D. (2007): La Edad del Hierro en el Centro de la Península Ibérica. Una realidad emergente. *IV Congreso de Arqueología Peninsular*. Faro: 11-14.
- Morín, J., Urbina, D., Agustí, E., Escolá, M. y López, F. J. (2007c): El cerro de La Gavia (Villa de Vallecas, Madrid capital): el urbanismo de un poblado de la II Edad del Hierro en la Comunidad de Madrid. *Zona Arqueológica*, 10(2): 342-373.
- Morín, J., Urbina, D., López, F. J., Escolá, M., Pérez-Juez, A., Agustí, E. y Barroso, R. (2009): El Cerro de la Gavia (Villa de Vallecas, Madrid capital). *Actas de las Terceras Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*. Madrid: 233-251.
- Morris, I. (1987): *Burial and ancient society. The rise of the Greek state*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Muñoz, G. (1974): Excavaciones arqueológicas en el castro de la Dehesa de la Oliva. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 2: 46-48.
- (1980): Yacimiento arqueológico de la Dehesa de la Oliva. *II Jornadas de Estudios de la provincia de Madrid*. Madrid: 57-62.
- (1994): Excavación en el Castro de la Dehesa de la Oliva (Patones, Madrid). *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 34: 39-52.
- Muñoz, J. (1976): *Los Montes de Toledo: estudios de geografía física*. Departamento de Geografía de la Universidad de Oviedo, Oviedo
- Muñoz, J. J. (2003): Cerámica celtibérica procedente de Consuegra. *Anales Toledanos*, XXXIX: 9-35.
- (2005a): Consabura: de oppidum a municipio romano. *Hispania antiqua*, 29: 107-150.
- (2005b): La ciudad romana de Consabura. Fuentes, problemas y nuevas perspectivas. *Actas del IV Encuentro de Jóvenes Investigadores*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 97-113.
- Muñoz, K. (1992): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Aranjuez. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1993): El poblamiento desde el Calcolítico a la Primera Edad del Hierro en el valle medio del río Tajo. *Complutum*, 4: 321-336.

- (1994): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Colmenar de Oreja. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1998): El poblamiento desde el Neolítico Final a la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- (1999a): La Prehistoria reciente en el Tajo central (Cal. V-I milenio a.C). *Complutum*, 10: 91-122.
- (1999b): Mirando al Suroeste de la Celtiberia: nuevos datos sobre la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo, en Arenas, E. y Palacios, M. V. (eds.) *El origen del mundo celtibérico*. Consejería de Agricultura y Medio Ambiente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Molina de Aragón: 221-237.
- (2000): The Tagus Middle Basin (Iberian Peninsula) from the Neolithic to the Iron Age (VI-I Millennium cal. BC). The long way to social complexity. *Oxford Journal of Archaeology*, 19(3): 241-272.
- (2001): Continuidad y cambio en la prehistoria reciente del noreste toledano, en *II Congreso de arqueología de la Provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña*. Volumen I, Toledo: 113-175.
- (2002): Arqueología y caminos prehistóricos en el Tajo central (España). *Actas del V Congreso Internacional de Caminería Hispánica*. Valencia: 251-260.
- Muñoz, K. y Madrigal, A. (1999): Poblamiento y recursos durante la Segunda Edad del Hierro en el valle medio del Tajo. *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía*. Zaragoza: 467-480
- Muñoz, K. y Ortega, J. (1996): La transición Primera - Segunda Edad del Hierro en el Bajo Henares. Las cabañas de "Los Pinos" (Alcalá de Henares, Madrid). *Actas del V Encuentro de historiadores del Valle del Henares*. Guadalajara: 31-41.
- (1997): Elementos de inspiración orientalizante en la cuenca media del río Tajo: el yacimiento de "Puente Largo de Jarama" (Aranjuez, Madrid). *SPAL*, 6: 141-163.
- Needham, S. (2007): 800 BC, the Great Divide, en Haselgrove, C. y Pope, R. (eds.) *The Earlier Iron Age in Britain and the near continent*. Oxbow Books, Oxford: 39-63.
- O'Shea, J. M. y Barker, A. W. (1996): Measuring social complexity and variation. A categorical imperative?, en Arnold, J. E. (ed.) *Emergent complexity. The evolution of intermediate societies*: 13-24.
- O'Shea, J. y Halstead, P. (1989): Conclusions: bad year economics, en Halstead, P. y O'Shea, J. (eds.) *Bad year economics. Cultural responses to risk and uncertainty*: Cambridge University Press, Cambridge: 123-126.
- Ocaña, E. (1996): Tesoro monetario hallado en el casco histórico de Toledo. *Numisma*, 238: 353-401.
- Oñate, P., Sanguino, J., Penedo, E. y Torres, J. de (2007): El Caracol: un yacimiento de transición en la Primera Edad del Hierro madrileña. *Zona Arqueológica*, 10(2): 176-193.
- Orri, E. y Nadal, J. (2001): Estudio de los restos faunísticos recuperados en los yacimientos arqueológicos PP5 PAU Arroyo Culebro (Leganés, Madrid), Informe ARTRA S.L. Inédito.
- Ortiz, J. R., Madrigal, A., López, L. y Muñoz, K. (2007): Camino de las Cárcavas (Aranjuez): desde el Hierro antiguo hasta los carpetanos. *Zona Arqueológica*, 10(2): 42-70.
- Pader, E. J. (1982): *Symbolism, social relations and the interpretation of mortuary remains*. Archaeopress, BAR International Series 130, Oxford.

- Pan, I. del (1920): Hallazgos protohistóricos de la orilla derecha del Tajo en las inmediaciones de Toledo. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 77: 411-420.
- (1922): El yacimiento prehistórico de la Alberquilla. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 81: 136-152.
- (1926): Datos prehistóricos y etnológicos recogidos en algunos pueblos comarcanos de los Montes de Toledo. *Boletín de la Sociedad Española de Antropología, Prehistoria y Etnología*, 45: 43-46.
- (1928): Notas para el estudio de la Prehistoria, Etnología y Folclore de Toledo y su provincia. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo* 34: 6-25.
- (1930): Informe sobre los hallazgos prehistóricos de La Guardia. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 12: 99-102.
- Parcero, C. (2003): Looking forward in anger: social and political transformations in the Iron Age of the north-western Iberian Peninsula. *European Journal of Archaeology*, 6 (3): 267-299.
- Parker, M. (1982): Mortuary practices, society and ideology: an ethnoarchaeological study, en Hodder, I. (ed.) *Symbolic and structural Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge: 99-113.
- (1993): The powerful dead: archaeological relationships between the living and the dead. *Cambridge Archaeological Journal*, 3(2): 203-229.
- (1999): Food, sex and death: cosmologies in the British Iron Age with particular reference to East Yorkshire. *Cambridge Archaeological Journal*: 9-1, 43-69.
- Parkinson, W. A. (2002): Introduction: Archaeology and tribal societies, en Parkinson, W. A. (ed.) *The archaeology of tribal societies*, Archaeological series 15, Ann Arbor, Michigan: 1-12.
- Parry, J. y Bloch, M. (1993): Introduction, en Parry, J. y Bloch, M. (eds.) *Money and the morality of exchange*. Cambridge University Press, Cambridge: 1-32.
- Pastor, F. J. (1986): *Historia del distrito de Hortaleza*: Ayuntamiento de Madrid, Madrid.
- (1989): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Velilla de San Antonio. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1992): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Talamanca del Jarama. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Patiño, M. J. (1988): Estado actual de la investigación sobre la cerámica griega en Castilla - La Mancha. *I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*. Toledo: 301-308.
- Paynter, R. (1989): The archaeology of equality and inequality. *Annual Review of Anthropology*, 18: 369-399.
- Pearce, J. (1997): Death and time: the structure of late Iron Age mortuary ritual, en Gwilt, A. y Haselgrove, C. (eds.) *Reconstructing Iron Age societies*. Oxbow Monograph 71, Oxford: 174-180.
- Pedraza, J. (1992): La naturaleza del Guadarrama, en Sáenz, A. (ed.) *La Sierra de Guadarrama. Naturaleza, paisaje y aire de Madrid*. Amigos de la Sierra de Guadarrama, Madrid: 109-126.
- (1997): El medio físico: geología y morfología, en López P. (coord) *El paisaje vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno Final*. Arqueología, paleontología y etnografía, 5: 13-34
- Peebles, C. S. y Kus, S. M. (1977): Some archaeological correlates of ranked societies. *American Antiquity*, 42 (3): 421-448.

- Penedo, E., Caballero, C. y Sánchez-Hidalgo, F. (2002): La ocupación de la II Edad del Hierro en el Arroyo Culebro (Leganés, Madrid), en Penedo, E., Oñate, P., Sanguino, J. y Morín, J. (coord.) (2002): *Vida y Muerte en Arroyo Culebro, Leganés (Madrid)*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 71-124.
- Penedo, E., Caballero, C., Sánchez, M., Gómez, E., Martín, D., Oñate, P. y Sanguino, J. (2007): Los yacimientos de Arroyo Culebro (Leganés, Madrid). Nuevos aportes para el estudio de la protohistoria madrileña. *Cæsaraugusta*, 78: 279-290.
- Penedo, E., Martínez, A. B. y Vera, A. D., (e.p.): Intervenciones arqueológicas en el yacimiento de piedra Escrita (Cenicientos, Madrid). *VII Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*, Madrid.
- Penedo, E., Oñate, P. y Sanguino, J. (1997): El yacimiento de la "Laguna del Campillo". Un hábitat de la II Edad del Hierro en Rivas Vaciamadrid (Madrid). *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*. Cartagena: 263-273.
- Penedo, E., Oñate, P., Sanguino, J., Morín, J. (coord.) (2002): Vida y Muerte en Arroyo Culebro, Leganés. Museo Arqueológico Regional, Madrid.
- Penedo, E., Oñate, P., Sanguino, J., Pérez, D. y Bueno, M. (2009): El yacimiento carpetano de Laguna del Campillo (Rivas-Vaciamadrid). *Actas de las Terceras Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*. Madrid: 253-264.
- Penedo, E., Orri, E., Nadal, J., Alonso, N., Rovira, N., Allué, E., Font, J., Reyes, M., Enrich, J., Arias, J. S. y Kotalla, L. R. (1999): Análisis físico-químicos, en Penedo, E., Oñate, P., Sanguino, J., Morín, J. (coord.) (2002): *Vida y Muerte en Arroyo Culebro, Leganés (Madrid)*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 295-311.
- Penedo, E., Sánchez, M., Martín, D. y Gómez, E. (2002b): La necrópolis de incineración de la Primera Edad del Hierro, en Penedo, E., Oñate, P., Sanguino, J., Morín, J. (coord.) (2002): *Vida y Muerte en Arroyo Culebro, Leganés (Madrid)*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 45-70.
- Perea, A., García, O. y Fernández, C. (2010): *El proyecto AU: Estudio arqueométrico de la producción de oro en la Península Ibérica*. Instituto de Historia. C.S.I.C. Madrid.
- Perea, A., García, O. y Urbina, D. (2007): La arracada de la necrópolis de Cerro Colorado. Villatobas, Toledo. *IV Congreso de Arqueología Peninsular*. Faro: 51-60.
- Perea, A., Prados, L. y Santos, J. A. (1988): El Cerro del Gollino (Corral de Almaguer, Toledo) en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Toledo: 251- 259.
- Pereira, J. (1982): Toneletes cerámicos procedentes del yacimiento de Pantoja. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 13: 301-311.
- (1987): Los objetos de hierro más antiguos de la provincia de Toledo. *Carpetania*, I: 247-252.
- (1988): La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir (I). Propuesta de clasificación. *Trabajos de Prehistoria*, 45: 143-173.
- (1989): La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir (II). Propuesta de clasificación. *Trabajos de Prehistoria*, 47: 149-159.
- (1990): El mundo funerario durante la Protohistoria en la Península Ibérica, en Vaquerizo, D. (ed.) *Arqueología de la Muerte: metodología y perspectivas actuales*. Diputación de Córdoba, Fuente Obejuna: 115-203.
- (1994): La transición del Bronce Final al Hierro en la Meseta Sur. *Actas del simposio sobre la Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*. Toledo: 35-83.

- (2007): El Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro, en Pereira, J. (ed.) *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur (Castilla - La Mancha)*. Toledo: 127-60.
- Pereira, J. y Álvaro, E. d. (1988): Una tumba de la transición Bronce - Hierro en la Meseta sur: El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo). *I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*. Toledo: 279-289.
- Pereira, J. y Carrobles, J. (2007): Algunas consideraciones en torno a la delimitación del complejo cultural carpetano. *Zona Arqueológica*, 10(1): 274-289.
- Pereira, J., Carrobles, J. y Ruiz, A. (2001): Datos para el estudio del mundo funerario durante la II Edad del Hierro en la Mancha Occidental: la necrópolis de Palomar de Pintado. Villafranca de los Caballeros (Toledo). *II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña 1*, Toledo: 245-274.
- Pereira, J., Ruiz, A. y Carrobles, J. (2003): Aportaciones del C-14 al mundo funerario carpetano: la necrópolis de Palomar de Pintado. *Trabajos de Prehistoria*, 60(2): 153-168.
- Pérez, D. y Bueno, M. (2002): El yacimiento de Santa María. *Historia* 16, 311: 67-77.
- (2007a): El yacimiento arqueológico de Santa María, Villarejo de Salvanés (Madrid). *Zona Arqueológica*, 10(2), 324-241.
- (2007b): El yacimiento arqueológico del Mojón de Valdezarza (Villarejo de Salvanés, Madrid). *Zona Arqueológica*, 10(2): 395-411.
- Pérez, D., Moreno, R. M. y Contreras, M. (1995): *Resumen de los trabajos en el yacimiento arqueológico de Santa María en Villarejo de Salvanés (Madrid)*. Informe inédito.
- Pérez de Barradas, J. (1929): Los yacimientos prehistóricos de los alrededores de Madrid. Estado actual de su investigación. *Boletín del Instituto Geológico y Minero de España*, XI (3): 181-315.
- (1931-1932): Eneolítico de Cantarranas (Ciudad Universitaria de Madrid). *Anuario de Prehistoria Madrileña*, II-III: 63-81.
- (1936a): Fondos de cabaña de la Edad del Hierro del Puente Largo del Jarama, Aranjuez. *Anuario de Prehistoria Madrileña*, IV-V-VI: 187-189.
- (1936b): Nuevos Estudios sobre prehistoria Madrileña. 1. La Colección Bento. *Anuario de Prehistoria Madrileña*, IV-VI: 72-80.
- (1943): Las cuevas artificiales del valle del Tajuña (provincia de Madrid). *Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, IX (XXXI-XXXIII): 16-25.
- Pérez Regodón, J. (1970): *Guía geológica, hidrogeológica y minera de la provincia de Madrid*, Memoria del Instituto Geológico y Minero de España, Madrid.
- Pérez Peces, J. (2001): La espada corta de la colección del padre Santos, de Ocaña. *Anales Toledanos*, 38: 9-24.
- Pérez de Barradas, J. y Fuidio, F. (1928): Descubrimientos arqueológicos en el término municipal de Azaña (Toledo). *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 35: 117 - 129.
- Pericot, L. (1950): *La España primitiva*. Barna, Barcelona.
- Pliego, D. (1991): *Guía didáctica de la Sierra de Madrid*. Ediciones La Librería, Madrid.
- Plinio, Historia Natural. Traducción de Antonio Fontán, Ignacio García Arribas, Encarnación del Barrio y María Luisa Arribas (1995-2003). Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.
- Plog, S. (1995): Equality and hierarchy: holistic approaches to understanding social dynamics in the Pueblo Southwest, en Price, T. D. y Feinman, G. M (eds.), *Foundations of social inequality*, Plenum Press, New York, London: 189-206.

- Plutarco, *Vidas paralelas*. Volumen 6. Traducción de C. Alcalde y M. González (1996). Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.
- Polibio, *Historia*. Traducción de M. Balarch (1983). Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.
- Polizzoti, G. (2002): *Relations of production. Social networks, social change and the organization of agriculture in Late Prehistoric Southern Britain*. Archaeopress, BAR British Series 330, Oxford.
- Ponce, I., Román, L. y Vara, M. M. (1990): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Rivas-Vaciamadrid. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Pope, R. (2008): Ritual and the roundhouse: a critique of recent ideas on the use of domestic space in later British prehistory, en Haselgrove, C. y Pope, R. (eds.) *The Earlier Iron Age in Britain and the near continent*. Oxbow Books, Oxford: 204-28.
- Porres, J. (1988): Evolución histórica del plano de Toledo, en *Toledo ¿ciudad muerta?* Colegio Universitario de Toledo. Toledo: 241-249.
- Poyer, L. (1991): Maintaing egalitarism: social equality on a Micronesian atoll, en Cregg, S.A. (ed.) *Between bands and states*. Center for Archaeological Investigations, Occasional Papers 9, Southern illinois University, Carbondale: 359-375.
- Prados, L., Santos, J. A. y Perea, A. (1990): Indigenismo y romanización de la Carpetania: bases para su estudio. *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*. Colegio Universitario de Toledo, Toledo: 57-63.
- Presas, M. M. y Yañez, G. I. (2010): La excavación arqueológica de urgencia en el yacimiento de "El Cervero" (La Puebla de Almoradiel, Toledo. Resultados provisionales, en *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha*. Toledo: 253-283.
- Price, T. D. (1995): Social inequality at the origins of agriculture, en Price, T. D. y Feinman, G. M (eds.), *Foundations of social inequality*, Plenum Press, New York, London: 129-155.
- Price, T. D. y Feinman, G. M. (1995): Foundations of prehistoric social inequality, en Price, T. D. y Feinman, G. M (eds.), *Foundations of social inequality*, Plenum Press, New York, London: 3-11.
- Priego, C. (1986): Actividades de la Sección Arqueológica del Museo Municipal durante (1984). *Villa de Madrid*, 24(89-90): 115-135.
- Priego, M. C. (1980): El Cerro de la Gavia (Vallecas, Madrid). *II Jornadas de estudios sobre la provincia de Madrid*. Madrid: 93-112.
- Priego, M. C. y Quero, S. (1978): Una obra maestra de la orfebrería prehistórica madrileña: el brazalete de oro de La Torrecilla (Getafe). *Villa de Madrid*, 59: 17-23.
- Priego, M. C., Quero, S., Gamazo, M. y Gálvez, P. (1979): Prehistoria y Edad Antigua en el área de Madrid, en *Madrid hasta (1875). Testimonios de su Historia*. Ayuntamiento de Madrid, Madrid: 46-54.
- Prieto, S. y López, V. M. (2000): Fíbulas argénteas con escena figurada de la Península Ibérica *Complutum*, 11: 41-62.
- Quesada, F. (1989): *Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis de "El Cabecico del Tesoro"* (Murcia, España). Archaeopress, BAR International Series 502, Oxford.
- (1997a): Algo más que una espada: la falcata ibérica, en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Ministerio de Defensa, Madrid: 196-207.

- (1997b): Aspectos de la guerra en el Mediterráneo Antiguo, en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Ministerio de Defensa, Madrid: 33-52.
- (1997c): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura ibérica (siglos VI-I a.C.)*: Éditions Monique Mergoïl, Montagnac.
- (2001): En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos. *Gladius*, XXI: 145-154.
- (2002): La evolución de la panoplia, modos de combate y tácticas de los iberos, en *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI - II a.C.)*, Casa de Velázquez, Madrid: 35-64.
- (2006): Orígenes de la guerra: Iberia antes de Roma, en *Aproximación a la Historia militar de España*. Ministerio de Defensa, Madrid: 21-50.
- (2007): Asedio, sitio, asalto,... aspectos prácticos de la Poliorcética en la Iberia prerromana, en Berrocal-Rangel, L. y Moret, P., (eds.) *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*: 75-99.
- (2009): La guerra en la cultura ibérica, en Almagro, M. (ed.) *Historia militar de España*. Ministerio de Defensa, Madrid: 111-130.
- Quevedo, M. de (2001): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Fresno del Torote. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Rabanal, M. A. y Bragado, J. M. (1990): Fuentes antiguas sobre Carpetania. *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*, Colegio Universitario de Toledo, Toledo: 21-37.
- Raddatz, K. (1957): Prospecciones arqueológicas en el valle del Henares. *Archivo Español de Arqueología*: 30: 229-232.
- Ramón, M. de (2003): *Fauna, Flora y espacios naturales de Castilla - La Mancha*. Ediciones Bremen, Toledo.
- Ramos, J. (1988): Romanización de Castilla - La Mancha, I *Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*, Toledo: 53-78.
- (1990): Datos sobre los restos arqueológicos del poblado de Santa María. *Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*, Toledo: 542-545.
- Recuero, V. (1996): Estudio espacial del Bronce Final - Hierro I en el bajo Manzanares apoyado en los SIG. *Arqueología Espacial*, 15: 51-65.
- Recuero, V. y Ayllón, J. A. (1989): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Pinto. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1990a): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Parla. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1990b): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Valdemoro. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Redman, C. L. (1978): *The rise of Civilization*: W. H. Freeman, San Francisco.
- Renfrew, C. (1974): Beyond a subsistence economy: the evolution of social organization in prehistoric Europe, en Moore, B. (ed.) *Reconstructing complex societies*. Supplement of the Bulletin of the American Schools of Oriental Research, Cambridge: 69-85.
- Revuelta, M. (1980): Los hallazgos de Pantoja en el Museo de Santa Cruz. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*: 10- 38.
- Rincón, C. y Rayón, O. (1990): Prospecciones arqueológicas en Pantoja, Toledo. *Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*. Toledo: 538-541.

- Ripollès, P. P., Cores, G. y Gozalbes, M. (2009): El tesoro de Armuña de Tajuña (Guadalajara). Parte I: las monedas. *XIII Congreso Nacional de Numismática. «Moneda y Arqueología»*. Cádiz: 163-182.
- Rivas-Martínez, S. (1987): *Memoria del mapa de series de vegetación de España*. ICONA, Madrid.
- (1992): La vegetación de la Sierra de Guadarrama, Sáenz, A. (ed) *La Sierra de Guadarrama. Naturaleza, paisaje y aire de Madrid*, Amigos de la Sierra de Guadarrama, Madrid: 167-196.
- Robarchek, C. (1990): Motivations and material causes: on the explanation of conflict and war, en Haas, J. (ed.) *The anthropology of war*. Cambridge University Press, Cambridge: 56-76
- Rodríguez, A. (1984): ¿Qué? ¿dónde? ¿cómo-cuándo? y ¿por qué? en Arqueología. *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos. Aspectos generales y metodológicos*. Teruel: 25-40.
- Rodríguez, J. (2007): Catalifa, el Viso de Catalifa y la repoblación segoviana. *Anales del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid 'Jiménez de Gregorio'*, 7: 295-325.
- Rodríguez, M. (2003): Yacimiento de "El Malecón" (Barajas), en *Conservar y restaurar. Cuatro años de actuaciones en el Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid*. Dirección General de Patrimonio Histórico, Madrid: 70-71.
- (2007): La fase carpetana de "El Malecón" (Madrid). *Zona Arqueológica*, 10(2): 290-302.
- Rodríguez, V. (1983): La Sagra: estudio de Geografía Agraria. Evolución de su estructura agraria. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Rogers, R. J. (1995): Tribes as Heterarchy: a case study of Prehistoric Southeastern United States, en Ehrenreich, R. M., Crumley, C. L. y Levy, J. E. (eds.) *Heterarchy and the analysis of complex societies*, American Anthropological Association, Arlington: 7-16.
- Rojas, J. M., Garrido, G., Gómez, A. J., Guío, A. y Perera, J. (2007): El yacimiento de la I Edad del Hierro de Dehesa de Ahín (Toledo). *Zona Arqueológica*, 10(2): 71-106.
- Rojas, J. M. y Gómez, A. (2010): Intervención arqueológica en la Autovía de los Viñedos Cm-400. Tramo: Consuegra-Tomelloso. (P.K. 0+000 A 74+600). *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha*. Toledo: 1-50.
- Rojas, J. M., Gómez, A. J., Cáceres, Y. y Juan, J. d. (2010): Estructuras de ocupación del Bronce Final orientalizante, Hierro I y II Edad del Hierro localizadas en la Autovía de los Viñedos Cm-400. Tramo: Consuegra-Tomelloso. (P.K. 0+000 A 74+600) Yacimientos de Varas del Palio, Palomar de Doña Leonides, Zona 4 de Lerma y Arrojachicos. *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha* Toledo: 1-40.
- Roldán, J. M. (1998): *Historia de Roma*: Ediciones Universidad, Salamanca.
- Roma, A. (1996): Monedas celtibéricas con la leyenda "Ikesankom/ Kompouto" acuñadas en Alcalá de Henares. *Anales Complutenses*, VIII: 9-16.
- Román, L. (1992a): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Camarna de Esteruelas. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1992b): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Meco. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Romero, R. M. P. (1988): La organización gentilicia en la epigrafía romana de Castilla-La Mancha. *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Toledo: 107-113.
- Rosa, R. de la y Almagro, M. (1991): Prospección arqueológica del Valle del Tajuña: Morata de Tajuña. *Estudios de prehistoria y arqueología madrileñas*, 7: 127-170.

- Rovira, S. (1990): La fíbula de tipo Aucissa: análisis tecnológico de algunos ejemplares hispánicos. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 17: 137-141.
- (1993): La metalurgia de la Edad del Hierro en la Península Ibérica: una síntesis introductoria, en Arana, R., Muñoz, A. M., Ramallo, S. y Ros, M. M. (eds.) *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a. C. Estado actual de la investigación*. Universidad de Murcia, Murcia: 45-70.
- Rovira, S. y Montero, I. (1994): Metalurgia campaniforme y de la Edad del Bronce en la Comunidad de Madrid, en Blasco, M. C. (ed.) *El Horizonte Campaniforme de la región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 137-171.
- Ruano, E. (1995a): Aproximación al estudio del vidrio prerromano: los materiales procedentes de la necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia): composición química de varias cuentas de collar. *Trabajos de Prehistoria*, 52(1): 189-206.
- (1995b): Cuentas policromas prerromanas decoradas con ojos. *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia antigua*, 8: 255-286.
- (1996): *Las cuentas de vidrio prerromanas del museo arqueológico de Ibiza y Formentera*. Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera.
- (2000): Las cuentas de collar. La reconstrucción de los collares, en Ruano, E., Pastor, P. y Castelo, R. (eds.) *Joyas prerromanas de vidrio*. Ministerio de Educación Cultura y Deporte, Madrid: 25-36.
- Rubio, I. y Blasco, M. C. (2000): La Cronología del Hierro Antiguo en el área de Madrid a partir de los datos obtenidos por análisis de Termoluminiscencia, en *Proto-História da Península Ibérica*. ADECAP, Oporto: 225-236.
- Ruiz-Gálvez, M. L. (1990): Propuesta para el estudio e interpretación de las necrópolis sin armas. *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas*. Zaragoza: 343-347.
- (1992): La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península ibérica. *SPAL*, 1, 219-251.
- (1998): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Crítica, Barcelona.
- (2005): Der fliegende mittlemeermann: piratas y héroes en los albores de la Edad del Hierro, en *El periodo orientalizant: Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. CSIC, Mérida: 251-276.
- (2007): Loyal wives or just concubines...? *Treballs d'Arqueologia*, 13: 175-197.
- (2009): ¿Qué hace un micénico como tú en un sitio como éste? Andalucía entre el colapso de los palacios y la presencia semita. *Trabajos de Prehistoria*, 66(2): 93-118.
- Ruiz, A., Carrobles, J. y Pereira, J. (2004): La necrópolis de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo). *Investigaciones arqueológicas en Castilla - La Mancha (1996-2002)*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo: 117-133.
- Ruiz, A. y Molinos, M. (1993): *Los íberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*: Crítica Arqueología.
- Ruiz, B., Andrade, A., Dorado, M., Gil, M. J., Franco, F., López, P., López-Sáez, J. A., Arnanz, A. M. y Uzquiano, P. (1997a): Conclusiones, en López P. (coord) *El paisaje vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno Final*. Arqueología, paleontología y etnografía, 5: 165-183.

- (1997b): Paleobotánica: concepto y métodos, en López P. (coord) *El paisaje vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno Final*. Arqueología, paleontología y etnografía, 5: 95-164.
- Ruiz, B. y Gil, M. J. (2001): *Análisis polínico del yacimiento "El Colegio"*. ARTRA S.L. Informe Inédito.
- Ruiz, D. (1979): El bronce final - fase inicial - en Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas. *Archivo Español de Arqueología*, 52: 3-30.
- Ruiz, G. (1992): El concepto de Celtas en la Prehistoria europea y española, en Almagro Gorbea, M. (ed.) *Los Celtas: Hispania y Europa*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 23-61.
- (2007): Antes del Hierro. Cultura y sociedad en el centro de la meseta (ca. 1200 - 500 a.C.). *Zona Arqueológica*, 10(1): 37-62.
- (2009a): Etnicidad protohistórica y arqueología: límites y posibilidades. *Arqueología Espacial*, 27: 13-27.
- (2009b): La Segunda Edad del Hierro en el centro de la Península Ibérica: un estado de la situación y una agenda para la acción. *Actas de las Terceras Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*. Madrid: 187-232.
- Ruiz, G. y Álvarez - Sanchís, J. R. (2002): Etnicidad y Arqueología: tras la identidad de los Vettones. *SPAL*, 11: 253-275.
- Ruiz, G. y Burillo, F. (1988): Metodología para la investigación en Arqueología territorial. *Munibe*, Suplemento 6: 45-64.
- Ruiz, G. y Carroble, J. (1986): Una necrópolis tumular Ibérica en La Mancha: Villafranca de los Caballeros (Toledo). *Revista de Arqueología*: 66.
- Ruiz, G. y Chapa, T. (1990): La Arqueología de la Muerte: perspectivas teórico – metodológicas. *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas*. Zaragoza: 357-373.
- Ruiz, G. y Lorrio, A. (1988): Elementos e influjos de tradición de "Campos de Urnas" en la Meseta sudoriental. *I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*. Junta de Castilla – La Mancha, Toledo: 257-261.
- Ruiz, M. B., Andrade, A., Dorado, M., Gil, M. J., Franco, F., López, P., López-Sáez, J. A., Arnanz, A. M. y Uzquiano, P. (1997a): Las transformaciones del ecosistema de la Comunidad de Madrid, en López P. (coord) *El paisaje vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno Final*. Arqueología, paleontología y etnografía, 5: 95-165.
- Ruiz, M. B., Andrade, A., Gil, M. J., Dorado, M. y Atienza, M. (1996): Evolución de la vegetación en los últimos 6000 años en los sectores central y oriental del sistema central español. *Revista Española de Paleontología*, Número extraordinario: 288-298.
- Ruiz, M. B., Gil, M. J., Dorado, M., Andrade, A., Martín, T. y Valdeolmillos, A. (1997b): Vegetación y paleoambientes en el sistema Central español. *Cuaternario Ibérico*: 248-260.
- Ruiz, M. B., Gómez, C., Gil, M. J., López-Sáez, J. A., Pérez, A., Baquedano, E. y Arsuaga, J. L., (2007a): El paisaje vegetal holoceno en el valle alto del río Lozoya (Pinilla del Valle, Madrid). *Revista Española de Paleontología*, 22(1): 89-94.
- Ruiz, M. B., Gómez, C., Gil, M. J., Pérez, A., Baquedano, E., Arsuaga, J. L., López, J. A., Bauz, S. y Márquez, B. (2007b): Clima y vegetación durante el Holoceno reciente en el Calvero de la Higuera (Pinilla del Valle, Madrid). Nuevos datos polínicos. *Revista Española de Micropaleontología*, 39(3): 215-226.

- Ruiz, M. B., Gómez, C., López, J. A., Gil, M. J., Santisteban, J., Mediavilla, R., Dorado, M. y Valdeolmillos, A. (2006): Detección de la actividad antrópica durante el Holoceno Reciente a través de la asociación de palinomorfos polínicos y no polínicos en dos depósitos higroturbosos (El Berrueco y Rascafría) en la Sierra de Guadarrama, Madrid. *Revista Española de Micropaleontología*, 38(2-3): 355-366.
- Ruiz, M. B., Gómez, C., López, J. A., Gil, M. J., Vera, M. S. y Santisteban, J. (2007c): Cambios en la vegetación durante el Holoceno Reciente en el valle del Lozoya. *Revista Española de Paleontología*, 22(1): 95-102.
- Rus, I. (1991): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Arganda del Rey. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Sáenz, A. (1992): *La Sierra de Guadarrama: naturaleza, paisaje y aire de Madrid*: Amigos de la Sierra de Guadarrama, Madrid.
- Sáez, B. (1956): Madrid. Inventario Nacional de Sitios Arqueológicos. *Noticiario arqueológico hispánico*, III-IV: 290.
- Sala, F. (2009): Las imitaciones ibéricas de vasos griegos, en Olcina, M. y Ramón, J. J. (eds.) *Huellas griegas en la Contestania ibérica*. Museo Arqueológico de Alicante, Alicante: 53-61.
- Salinas, M. (1988): Indigenismo y romanización de Carpetania. Aspectos socioeconómicos de Castilla-La Mancha en la Antigüedad. *I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*. Junta de Castilla – La Mancha, Toledo: 13-19.
- (2007): Los carpetanos: siglos III a. C. al I a.C., en Carrasco, G. (ed.) *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*, Almud, Cuenca: 37-66.
- (2008): La religión romana en la meseta meridional, en Carrasco, G. (ed.) *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*, Almud, Cuenca: 61-90.
- Sampedro, C. (1989): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Villamanrique de Tajo. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Sampedro, C., Soane, M. y Olmos, A. (1991): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. San Sebastián de los Reyes. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- San Martín, C. (1988): Castilla-La Mancha en las fuentes literarias de la Antigüedad, en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Toledo: 5-11.
- San Román, F., Pan, I. del, Román Martínez, P. y Rey Pastor, A. (1930): Excavaciones en el circo romano de Toledo. *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas* 109.
- San Valero, J. (1945): El tesoro preimperial de plata de Drieves (Guadalajara). *Informes y Memorias de la Comisaria General de Excavaciones Arqueológicas*, 9: 9-91.
- Sánchez-Capilla, M. L. y Calle, J. (1980): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. San Martín de la Vega. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Sánchez – Chiquito, M. S. y Masa, F. (1990): Noticias sobre la excavación de urgencia realizada en “La Horca” (Pantoja, Toledo). *Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*. Toledo: 533-537.
- Sánchez – Moreno, E. (1998): Una mirada al territorio madrileño en la Antigüedad. La Carpetania. Indígenas y romanos en la Meseta Central. *Cuadernos de Estudios*, 9 (10): 201-220.

- (2001): El territorio toledano, un hito en la articulación interna de la meseta prerromana, en *II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña*. Volumen II. Toledo: 125-145.
- Sánchez, A. L. (1990): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Paracuellos del Jarama. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Sánchez, E. (2000): Releyendo la campaña de Aníbal en el Duero (220 a. C.): La apertura de la meseta occidental a los intereses de las potencias mediterráneas. *Gerión*, 18: 109-134.
- Sánchez, R. (2003): *La caza en Toledo y sus montes durante el Antiguo Régimen*. Universidad de Castilla -La Mancha, Ciudad Real.
- Sanguino, J. (1989): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. La Cabrera. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Sanguino, J., Oñate, P., Penedo, E. y Torres, J. de (2007a): "El Colegio" (Valdemoro): cambios materiales y estabilidad socioeconómica a mediados del Primer milenio a.C. *Zona Arqueológica*, 10(2): 154-174.
- (2007b): El yacimiento de la Primera Edad del hierro de "La Cantueña". *Zona Arqueológica*, 2: 108-118.
- Sanguino, J., Oñate, P. y Torres, J. de (2009): "El Colegio" (Valdemoro): evolución de un hábitat protohistórico a mediados del primer milenio a.C. *Actas de las Terceras Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*. Madrid: 223-231.
- Sanmartí, J. y Santacana, J. (1992): Arqueología espacial, en Rodá, I. (ed.) *Ciencias, metodologías y técnicas aplicadas a la Arqueología*. Bellaterra, Barcelona.
- Santos, J. A. (1987-1988): Metodología para el análisis del territorio y aproximación al estudio del poblamiento en la II edad del Hierro en la Carpetania. *Kálathos*, 7-8: 123-134.
- Santos, J. A., Perea, A. y Prados, L. (1990): Primeros resultados de las excavaciones arqueológicas en el Cerro del Gollino (Corral de Almaguer). *Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*. Toledo: 311-320.
- (1998): El hábitat carpetano del Cerro del Gollino (Corral de Almaguer, Toledo). *Iberia. Revista de la Antigüedad*, 1: 53-72.
- Sanz, C. (1988): *El relieve del Guadarrama oriental*. Consejería de Política Territorial, Madrid.
- (1992): El Paisaje del Guadarrama, en Sáenz, A. (ed.): *La Sierra de Guadarrama: naturaleza, paisaje y aire de Madrid*. Amigos de la Sierra de Guadarrama, Madrid: 155-166.
- Sanz, C. y Campano, A. (1987): Hallazgo de cerámica ática en el Valle Medio del Duero. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 53: 178-180.
- Sanz, M., Valiente, S. y Rovira, S. (1985): Exvoto ibérico en La Sagra (Toledo). *Revista de Arqueología*: 34.
- Sanz, M. P. (2004): Las tipologías de la cerámica ibérica del Nordeste peninsular. *Salduie*, 4: 173-190.
- Sastre, I. (2002): Forms of social inequality in the Castro Culture of North Western Iberia. *European Journal of Archaeology*, 5 (2): 213-248.
- Sendarrubia, J. M. (2009): *Guía de los espacios naturales de la Comunidad de Madrid*. La Librería, Madrid.
- Service, E. R. (1962): *Primitive social organization: an evolutionary perspective*. Random House, New York.
- Shanin, T. (1971): *Campesinos y sociedades campesinas*. Fondo de Cultura Económica, México.

- Shanks, M. y Tilley, C. (1987a): *Reconstructing Archaeology: theory and practice*, Cambridge: Cambridge University Press.
- (1987b): *Social Theory and Archaeology*. Polity Press, Cambridge.
- Shennan, S. (1993): After social evolution: a new archaeological agenda? en Yoffee, N. y Sherratt, A. (eds.) *Archaeological theory: who sets the agenda*. Cambridge University Press, Cambridge: 53-59.
- Shepherd, D. J., 1999: *Funerary ritual and symbolism. An interdisciplinary interpretation of burial practices in Late Iron Finland*. Archaeopress, BAR International Series 808, Oxford.
- Sierra, M. (1995): El poblado ibérico de Fuente de Mota (Barchín del Hoyo, Cuenca), en Blázquez, J. y Sanz, R. (com.) *El mundo ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000*. Servicio de Publicaciones, Toledo: 218-222.
- Solana, J. M. (1995): Sertorio y los caracitanos. *Reunión de historiadores del Mundo Antiguo. Homenaje al profesor Presedo*. Sevilla: 757-772.
- Speranza, A., van Geel, B. y van der Plicht, J. (2002): Evidence for solar forcing of climate change at ca. 850 cal BC from a Czech peat sequence. *Global and Planetary Change* 35: 51-65.
- Strato (2008): Trabajos de excavación y limpieza para el acondicionamiento previo a los trabajos de restauración y consolidación del caserío del yacimiento de la Dehesa de la Oliva, en Patones (Madrid). Informe inédito.
- Tainter, J. A. (1978): Mortuary practices and the study of Prehistoric social systems. *Advances in Archaeological Method and Theory*, 1: 105-141.
- Tejero, G. (2005): El utillaje agrícola ibérico como elemento de aproximación al estudio de la agricultura en la Iberia Septentrional, en Blanco, A., Cancelo, C. y Esparza, A. (eds.), *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Fundación Duque de Soria y Universidad de Salamanca, Salamanca: 642-661.
- Terán, M. de, Solé, L. y Valentí, J. (1986): *Geografía general de España*. Ariel, Barcelona.
- Thomas, R. (1997): Land, kinship relations and the rise of enclosed settlement in first millennium B.C. Britain. *Oxford Journal of Archaeology*, 16(2): 211-218.
- Thran, P. y Broekhuizen, S. (1965): *Agro-climatic atlas of Europe*: Centre for Agricultural Publications and Documentation Elsevier Publishing Company. Wageningen, London.
- Tito Livio, *Ab Urbe Condita*, traducción de José Antonio Villar (1994) Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.
- Toledo, V. M. (1993): La racionalidad ecológica de la producción campesina, en E. y González, M. Madrid (eds.) *Ecología, campesinado e historia*. Ediciones la Piqueta, Sevilla: 197-218.
- Torres, J. de (2005): La Carpetania: un análisis historiográfico. *Arqueoweb*, 7(2) http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero7_2/conjunto7_2.htm
- (2006): Buscando el centro. Análisis historiográfico y propuestas de trabajo para la Carpetania. Memoria de licenciatura inédita, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Torres, J. de y Penedo, E. (2009): El lugar de cada uno: la necrópolis de Arroyo Culebro (Leganés) y la organización social de la EHI en la Carpetania. *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica. Dialogando con la cultura material*. Madrid: 365-372.
- Torres, J. F. (2003a): *La economía de los celtas de la Hispania atlántica I: Toxosoutos, Noia*.
- (2003b): *La economía de los celtas de la Hispania atlántica II: Toxosoutos, Noia*
- Treherne, P. (1995): The warrior's beauty: The masculine body and self-identity in Bronze Age. *Journal of European Archaeology*, 3(1): 105-144.

- Trinkaus, K. M. (1995): Mortuary behavior, labor organization and social rank, en Beck, L. A. (ed.) *Regional approaches to mortuary practices*, Plenum Press, New York: 53-7.
- Uller, G. (1956): Casas Buenas (Toledo). *Noticiario arqueológico hispánico*, III-IV (1-3): 304-305.
- Upham, S. (1990): Decoupling the process of social evolution, en Upham, S (ed.) *The evolution of political systems. Sociopolitics in small-scale sedentary societies*. Cambridge University Press, Cambridge: 1-17.
- Urbina, D. (1997): Espacio y cultura material del Hierro II en la Mesa de Ocaña. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- (1998a): La Carpetania romana y los carpetanos indígenas: tribu, etnia nación o el país de los escarpes. *Gerión*, 16, 183-208.
- (1998b): La Segunda Edad del Hierro en la Mesa de Ocaña. Un estudio regional de Arqueología del Paisaje. *Arqueología Espacial*, 19 – 20: 136-151.
- (2000): *La Segunda Edad del Hierro en el centro de la Península Ibérica. Un estudio de arqueología espacial en la mesa de Ocaña (Toledo, España)*: Archaeopress, BAR International Series 855, Oxford.
- (2001): Poblamiento durante la Segunda Edad del Hierro en la Mesa de Ocaña. *II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña*. Volumen I. Toledo: 219-243.
- (2002a): Cuevas artificiales del Hierro II en la cuenca media del Tajo. *Estudios de prehistoria y arqueología madrileñas*, 12: 95-116.
- (2002b): La Edad del Hierro, en Penedo, E., Oñate, P., Sanguino, J., Morín, J. (coord.) (2002): *Vida y Muerte en Arroyo Culebro, Leganés (Madrid)*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 201-210.
- (2005): Recintos fortificados de la Segunda Edad del Hierro en el occidente de la provincia de Toledo. *Espacios fortificados en la provincia de Toledo*. Toledo: 41-68.
- (2007a): Claves de la secuencia del poblamiento de la Edad del Hierro en el centro de la Península. *IV Congreso de Arqueología Peninsular*, Faro: 15-28.
- (2007b): Cuevas artificiales de la Segunda Edad del Hierro en los valles fluviales del centro de la Península. *IV Congreso de Arqueología Peninsular*, Faro: 95-108.
- (2007c): El espacio y el tiempo. Sistemas de asentamiento de la Edad del Hierro en la Mesa de Ocaña. *Zona Arqueológica*, 10 (1): 194-217.
- (2010): Intervención arqueológica en El Castellar (Villarrubia de Santiago, Toledo). *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha*. Toledo. 1-35.
- Urbina, D., García, O. y Urquijo, C. (2007a): La necrópolis de la Edad del Hierro de Cerro Colorado, Villatobas, Toledo. *IV Congreso de Arqueología Peninsular*, Faro: 51-60.
- Urbina, D., García Vuelta, O. y Urquijo, C. (2004): Plaza de Moros (Villatobas, Toledo) y los recintos amurallados de la IIª Edad del Hierro en el valle medio del Tajo. *Trabajos de Prehistoria*, 61, nº 2: 155-166.
- Urbina, D. y Morín de Pablos, J. (2005): El cerro de La Gavia y los recintos amurallados del Hierro II en el centro de la Península, en Morín, J., Agustí, E., Escolá, M., Pérez-Juez, A. y Urbina, D. (com): *El cerro de la Gavia. El Madrid que encontraron los romanos*. Museo Arqueológico Regional, Museo de San Isidro, Madrid: 99-124.
- Urbina, D., Morín, J., Agustí, E., Escolá, M. y López, M. (2007b): Una puerta hacia la comprensión de la Edad del Hierro en el valle del Manzanares: los yacimientos de las Camas y la Gavia

- (Madrid). *Primer Simposio de la Investigación y Difusión Arqueopaleontológica en el Marco de la Iniciativa Privada*. AUDEMA, Guadalajara: 157-194.
- Urbina, D., Morín, J., Escolá, M., Agustí, E., López, L., Villaverde, R. y Moreno, M. (2005a): Las actividades artesanales, en Morín, J., Agustí, E., Escolá, M., Pérez-Juez, A. y Urbina, D. (com): *El cerro de la Gavia. El Madrid que encontraron los romanos*. Museo Arqueológico Regional, Museo de San Isidro, Madrid: 178-214.
- Urbina, D., Morín, J., Escolá, M., Agustí, E. y Yravedra, J. (2005b): La vida cotidiana, en Morín, J., Agustí, E., Escolá, M., Pérez-Juez, A. y Urbina, D. (com): *El cerro de la Gavia. El Madrid que encontraron los romanos*. Museo Arqueológico Regional, Museo de San Isidro, Madrid: 147-176.
- Urbina, D., Morín, J., Ruiz, L. A., Agustí, E. y Montero, I. (2007c): El yacimiento de Las Camas, Villaverde, Madrid Longhouses y elementos orientalizantes al inicio de la Edad del Hierro, en el valle medio del Tajo. *Gerión*, 25(1): 45-82.
- Urbina, D. y Urquijo, C. (2004): El poblado de la Edad del Hierro de Plaza de Moros, Villatobas (Toledo *Investigaciones arqueológicas en Castilla - La Mancha (1996-2002)*). Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo: 75-88.
- (2007): Cerro Colorado, Villatobas, Toledo: una necrópolis de incineración en el Centro de la Península. *Zona Arqueológica*, 10(2): 239-254.
- Urbina, D., Urquijo, C. y García Vuelta, O. (2001): Hoyo de la Serna (Villarrubia de Santiago). El inicio de la Segunda Edad del Hierro en la Mesa de Ocaña. *II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña*. Toledo: 85-109.
- Urbina, D., Urquijo, C., Sánchez, A. y Ortiz, G. (1992): Introducción al estudio de las fuentes de abastecimiento de hierro en el yacimiento prerromano de Arroyo Manzanas. *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras*. Talavera de la Reina: 307-319.
- (1994): Arqueología y yacimientos minerales en el occidente de los Montes de Toledo. *Zephyrus*, 47: 257-272.
- Urquijo, C. y Urbina, D. (2001): Plaza de Moros. Un recinto amurallado de la Segunda Edad del Hierro en la Mesa de Ocaña. *II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña*. Volumen II, Toledo: 63-83.
- (2007): La experiencia arqueológica de Plaza de Moros (Villatobas, Toledo). *IV Congreso de Arqueología Peninsular*. Faro: 109-120.
- Valdés, M. A. (1992): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Torrejón de Velasco. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Valiente, J. (1995): Los Morales" (Jadraque, Guadalajara) y los límites de la Carpetania, en *Actas del III Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Guadalajara: 33-61.
- Valiente, S. (1987a): La cultura de la II Edad del Hierro, en *130 Años de Arqueología Madrileña*, Madrid: 122-133.
- (1987b): La Segunda Edad del Hierro en el valle medio del Tajo. Tesis doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid.
- (1990): Estado actual de las excavaciones en "El Cerrón" (Illescas - Toledo). *Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*. Toledo: 329-349.
- (1992): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Corpa. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.

- (1993a): Cronología sobre el uso del torno y de la metalurgia del hierro en la Submeseta Sur (valle del Tajo), durante la II Edad del Hierro. *Pátina. Homenaje a D. Raúl Amitrano*, 6: 29-41.
- (1993b): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Cadalso de los Vidrios. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1993c): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Cenicientos. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1993d): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Rozas de Puerto Real. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1994): *Excavaciones arqueológicas en "El Cerrón" de Illescas (Toledo)*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.
- (2007): El entorno de zonas salobres y humedales en la Carpetania durante la II Edad del Hierro. *Zona Arqueológica*, 10 (1): 239-254.
- Valiente, S. y Ayarzagüena, M. (2005): Cerámicas a mano utilizadas en la producción de sal en las Salinas de Espartinas (Ciempozuelos, Madrid). *Minería y metalurgia históricas en el Sudoeste europeo*. Sociedad Española para la Defensa del Patrimonio Geológico y Minero, Madrid: 61-70.
- Valiente, S. y Balsameda, L. J. (1982): Illescas, el yacimiento celtibérico y su relieve. *Revista de Arqueología*, 21: 48-55.
- (1983a): El poblado celtibérico de Illescas (Toledo). *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 585-595.
- (1983): El poblado celtibérico de Illescas (Toledo). *XVI Congreso Nacional de Arqueología* Murcia-Cartagena: 585-595.
- (1983b): Hacia una delimitación de la Carpetania en la Edad del Hierro II. *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, III: 135-142.
- (1987): El Cerrón de Illescas. *Historia 16. Conquistas del pasado*, Año XII, nº 130.
- Valiente, S. y López, F. J. (2007): Emplazamientos de la Segunda Edad del Hierro en La Sagra vertebrada por el arroyo Guatén *Zona Arqueológica*, 10 (1): 182-193.
- Valiente, S. y Rubio, I. (1982): Aportaciones al conocimiento de la Arqueología Madrileña: hallazgos arqueológicos de la zona de la Aldehuela-Salmedina (Getafe-Vaciamadrid). *Estudios de Arqueología y Prehistoria Madrileñas*, 1: 57-97.
- (1985): Aportaciones a la carta arqueológica del valle del Tajuña I: Fíbulas. *Estudios de prehistoria y arqueología madrileñas*, 4: 121-130.
- (1989): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Valdilecha. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Vallejo, M. (1998): La imagen del interior de Hispania en la Antigüedad, en Rascón, S (ed.) *Complutum: Roma en el interior de la Península ibérica*. Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares: 39-45.
- van Geel, B. (1998): Solar forcing of abrupt climate change around 850 calendar years BC, en Peiser, B. J., Palmer, T. y Bailey, M. E. (eds.) *Natural catastrophes during Bronze Age civilizations. Archaeological, geological, astronomical and cultural perspectives*. Archaeopress, BAR International Series 728, Oxford: 162-168.
- van Geel, B., Buurman, J. y Waterbolk, H. T. (1996): Archaeological and palaeoecological indications of an abrupt climate change in The Netherlands, and evidence for

- climatological teleconnections around 2650 BP. *Journal of Quaternary Science*, 11: 451-460.
- van Geel, B., Heusser, C. J., Renssen, H. y Schuurmans, C. J. E. (2000): Climatic change in Chile at around 2700 BP and global evidence for solar forcing: a hypothesis. *The Holocene*, 10(5): 659-664.
- van Geel, B., van der plicht, J., Kilian, M. R., Klaver, E. R., Kouwenberg, J. H. M., Renssen, H., Reynaud-Farrera, I. y Waterbolks, H. T., 1998: The sharp rise of $\delta^{14}C$ ca. 800 cal BC: possible causes, related climatic teleconnections and the impact on human environments. *Radiocarbon*, 40(1): 535-550.
- Vaquerizo, D. (1988-1989): Ensayo de sistematización de la cerámica ibérica procedente de las necrópolis de Almedinilla, Córdoba *Lucentum* 7-8: 103-132.
- Vara, I. G. (2010): La “Medusa de Titulcia”, nuevo tesoro arqueológico de la Comunidad de Madrid [URL www.revistadearte.com]. Acceso 17/10/2011
- Vega, J. J., Martín, M. P. y Pérez, D. (2009): El poblado de la Segunda Edad del Hierro del Cerro de la Fuente de la Mora (Leganés, Madrid). *Actas de las Terceras Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*, Madrid: 281-290.
- Vega, J. J. y Martín, P. (2003): Yacimiento de Fuente de la Mora (Leganés), en *Conservar y restaurar. Cuatro años de actuaciones en el Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid*. Dirección General de Patrimonio Histórico, Madrid: 68-69.
- Velasco, F. (1986): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Aranjuez. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1987): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Aranjuez. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1988): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Aranjuez. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1989): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Aranjuez. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1991a): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Aranjuez. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- (1991b): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Colmenar de Oreja. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Vías, J. (2004): *La Sierra de Guadarrama: biografía de un paisaje*. La Librería, Madrid.
- Vicent, J. M. (1982): Las tendencias metodológicas en Prehistoria. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 10-53.
- (1984): Fundamentos para una investigación epistemológica sobre la prehistoria, en *Primeras Jornadas de Metodología en Investigación Prehistórica*. Soria, 71-87.
- (1995): Problemas teóricos de la arqueología de la muerte. Una introducción, en Fábregas, R., Pérez, F. y Fernández, C (eds.) *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*. Concello de Xinxo de Limia, Xinxo de Limia: 15-31.
- Vidal, M. M. (1973): La iconografía del grifo en la Península ibérica. *Pyrenae*, 9: 7-151.
- Viloria, J. (1955): Yacimientos romanos de Madrid y sus alrededores. *Archivo Español de Arqueología* XXVIII (91).
- Villaronga, L. (1979): Numismática antigua de Hispania: iniciación a su estudio. CYMYS, Barcelona.

- Voss, J. A. (1987): Prehistoric tribalization in Northwestern Europe, en Trinkaus, K. M. (ed.) *Politics and partitions. Human Boundaries and the growth of complex societies*. Arizona State University, Arizona: 29-60.
- VV.AA. (1962): Memoria de las actividades arqueológicas llevadas a cabo en el Distrito Universitario de Madrid durante el año de 1962. *Noticiario arqueológico hispánico*, VI (1-3): 358-360.
- (1986): *Coloquio sobre el microespacio - 3. Del Bronce Final a Época Ibérica*: Arqueología espacial 9, Teruel.
- (1988b): *Toledo ¿ciudad viva? ¿ciudad muerta?* Colegio Universitario de Toledo. Toledo.
- (1991a): Aplicaciones informáticas en arqueología. *Complutum* 1
- (1991b): *Guía de los espacios naturales de Castilla - La Mancha*. Servicio de Publicaciones de Castilla-La Mancha, Toledo.
- (1994): *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Mediterrània Nord-occidental*: Cota Zero 10.
- (2003): *Heterarchy, political economy, and the ancient Maya. The Three Rivers Region of the East-Central Yucatán Peninsula*. University of Arizona Press, Tucson.
- (2005): *Actas de las Primeras Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*. Dirección General de Patrimonio Histórico Comunidad de Madrid.
- (2007b): *Geografía de Castilla-La Mancha*. Almud, Toledo.
- (2008a): *El primer milenio a.C. en la Meseta central*: AUDEMA.
- (2008b): *Madrid, de la Prehistoria a la Comunidad Autónoma*: Consejería de Educación, Madrid.
- (2009): *Actas de las Terceras Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*. Dirección General de Patrimonio Histórico Comunidad de Madrid.
- (2010a): *Actas de las Segundas Jornadas de Arqueología de Castilla - La Mancha*. Diputación Provincial de Toledo, Toledo.
- (2010b): *Manual de Arqueometalurgia*: Museo Arqueológico Regional, Madrid.
- Walid, S. y Pulido, J. (2010): El yacimiento de la Edad del Hierro I de "San Antón" (Villaluenga de la Sagra, Toledo). *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha*. Toledo: 219-236.
- Walten, C. G. (ed) (1970): *Climates of central and southern Europe*: Elsevier, Amsterdam.
- Wason, P. K. (1994): *The archaeology of rank*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Webley, L. (2003): Iron Age houses and social space. A case study of the three-aisled longhouses of northern Europe during the pre-Roman and Early Roman Iron Age, en Humphrey, J. (ed.) *Re-searching the Iron Age*. University of Leicester, Leicester: 59-68.
- Weisser, M. R. (1976): *The peasants of the Montes: the roots of rural rebellion in Spain*: University of Chicago, Chicago.
- Welfare, H. (1983): R. Whimster: burial practices in Iron Age Britain. *Scottish Archaeological review*, 2(1): 75-78.
- Wells, P. S. (1980): *Culture contact and culture change: Early Iron Age central Europe and the Mediterranean world*. Cambridge University Press, Cambridge.
- (1995): Identities, material culture and change: "Celts" and "Germans" in Late-Iron Age. *Journal of European Archaeology*, 3 (2): 169-185.
- (1998): Identity and Material culture in the Later Prehistory of Central Europe. *Journal of Archeological Research*, 6 (3): 239-298.

- (2002): The Iron Age, en Milisauskas, S. (ed.) *European Prehistory. A survey*. Plenum Academic Press, New York: 335-383.
- (2008): Boundaries and identity in Early Iron Age, en Haselgrove, C. y Pope, R. (eds.) *The Earlier Iron Age in Britain and the near continent*. Oxbow Books, Oxford: 391-399.
- Weninger, B., Jöris, O. y Danzeglocke, U. (2010): CalPal-2007. Cologne Radiocarbon Calibration & Palaeoclimate Research Package. <http://www.calpal.de> Acceso al programa 17/04/2010.
- Wilk, R. R. (1983): Little house in the jungle: the causes of variation in house size among modern Kekchi Maya. *Journal of Anthropological Archaeology*, 2: 2, 99-116.
- Willis, S. (1997): Settlement, materiality and landscape in the Iron Age of the East Midlands: evidence, interpretation and wider resonance, en Gwilt, A. y Haselgrove, C. (eds.) *Reconstructing Iron Age societies*. Oxbow Monograph 71, Oxford: 205-215.
- Woolf, G. (1993): Rethinking the oppida. *Oxford Journal of Archaeology*, 12(2): 223-234.
- Yravedra, J. (2007): Macromamíferos del yacimiento de la Primera Edad del Hierro de Las Camas (villaverde, Madrid). *Primer Simposio de la Investigación y Difusión Arqueopaleontológica en el Marco de la Iniciativa Privada*. AUDEMA, Madrid: 413-427.
- (2009): Zooarqueología. La fauna en la Primera Edad del Hierro. *Segundo Simposio Audema El Primer milenio a.C. en la Meseta central. De la longhouse al oppidum*. Madrid: 791-805.
- Yravedra, J., Morín, J., Agustí, E., Sanabria, P., López, M., Urbina, D., López, F. J., López, G. y Illán (2009): Implicaciones Metalúrgicas de las marcas de corte en la transición Bronce Final-Hierro en el interior de la Península Ibérica. *Gallaecia*, 28: 76-91.
- Zarzalejos, M. M. y Martínez, J. L. (1987): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. Fuenlabrada. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.
- Zurinaga, S. (1992): Inventario de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. El Molar. Dirección General de Patrimonio Histórico. Informe inédito.

Listado de figuras

Capítulo 1

Página

Figura 1.1: unidades geotécnicas del valle medio del Tajo.-----	9
Figura 1.2: perfil geológico del valle medio del Tajo entre el valle del Lozoya y Colmenar Viejo.-----	10
Figura 1.3: principales sierras del Sistema Central limítrofes con la cuenca media del Tajo-----	12
Figura 1.4: principales río y estructuras geomorfológicas del valle medio del Tajo.-----	14
Figura 1.5: principales río y estructuras geomorfológicas de la zona sudoriental del valle medio del Tajo-----	14
Figura 1.6: regiones climáticas del valle medio del Tajo.-----	16
Figura 1.7: radicación solar global anual del valle medio del Tajo.-----	17
Figura 1.8: insolación anual en el valle medio del Tajo.-----	17
Figura 1.9: precipitaciones medias anuales en el valle medio del Tajo.-----	18
Figura 1.10: diagramas pluviométricos de dos estaciones situadas en pleno valle medio del Tajo y en el Sistema Central-----	19
Figura 1.11: número medio anual de días de nieve en el valle medio del Tajo.-----	19
Figura 1.12: temperatura media anual en el valle medio del Tajo.-----	20
Figura 1.13: media anual de la oscilación térmica diaria en el valle medio del Tajo.-----	21
Figura 1.14: tipos de régimen fluvial en el valle medio del Tajo.-----	22
Figura 1.15: zonas acuíferas en el valle medio del Tajo.-----	23
Figura 1.16: tipos de suelo en el valle medio del Tajo.-----	25
Figura 1.17: distribución de las principales áreas de presencia de materias primas en el valle medio del Tajo.---	26
Figura 1.18: vegetación potencial en el valle medio del Tajo.-----	29
Figura 1.19: relación entre periodos históricos y paleoclimáticos con las características climatológicas en el valle medio del Tajo-----	35
Figura 1.20: diagramas polínicos de El Colegio: ELCO-1 (Primera Edad del Hierro) y ELCO-4 (Bronce Final)-----	37
Figura 1.21: evaporación medieval anual en el valle medio del Tajo.-----	40
Figura 1.22: humedad relativa media anual en el valle medio del Tajo.-----	41
Figura 1.23: esquema interpretativo del territorio del valle medio del Tajo.-----	46

Capítulo 2

Figura 2.1: resultados básicos del análisis de multivariante.-----	61
Figura 2.2: resultados básicos del análisis de multivariante.-----	62
Figura 2.3: Interpretación cronológica del análisis multivariante, con las seis zonas identificadas-----	63
Figura 2.4: zona correspondiente a la Primera Edad del Hierro.-----	65
Figura 2.5: interpretación de las diferentes fases de la Primera Edad del Hierro.-----	66
Figura 2.6: dataciones radiocarbónicas y de termoluminiscencia y anomalías en la parte del análisis correspondiente a la Primera Edad del Hierro.-----	68
Figura 2.7: dataciones radiocarbónicas y de termoluminiscencia de la Primera Edad del Hierro.-----	69
Figura 2.8: interpretación cronológica final de la Primera Edad del Hierro.-----	73

Figura 2.9: zona correspondiente a las necrópolis de la Primera Edad del Hierro-----	74
Figura 2.10: dataciones radiocarbónicas, de termoluminiscencia y anomalías en la parte del análisis correspondiente a las necrópolis de la Primera Edad del Hierro.-----	75
Figura 2.11: dataciones radiocarbónicas y de termoluminiscencia de las necrópolis de la Primera Edad del Hierro.-----	77
Figura 2.12: zona correspondiente a la transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro.-----	80
Figura 2.13: dataciones radiocarbónicas, de termoluminiscencia y anomalías en la parte del análisis correspondiente a la transición entre la Primera y la Segunda edades del Hierro.-----	81
Figura 2.14: dataciones radiocarbónicas y de termoluminiscencia de los asentamientos correspondientes a la transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro.-----	83
Figura 2.15: zona correspondiente a las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro.-----	85
Figura 2.16: dataciones radiocarbónicas y de termoluminiscencia en la parte del análisis correspondiente a las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro.-----	87
Figura 2.17: dataciones radiocarbónicas y de termoluminiscencia de las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro.-----	88
Figura 2.18: interpretación cronológica final de las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro.-----	90
Figura 2.19: zona del análisis multivariante correspondiente a la Segunda Edad del Hierro.-----	91
Figura 2.20: distribución de casos y variables correspondientes a los yacimientos de la Segunda Edad del Hierro.-----	92
Figura 2.21: dataciones radiocarbónicas y de termoluminiscencia y anomalías en la parte del análisis correspondiente a los yacimientos de la Segunda Edad del Hierro.-----	93
Figura 2.22: dataciones radiocarbónicas y de termoluminiscencia correspondientes a los asentamientos de la Segunda Edad del Hierro.-----	94
Figura 2.23: Interpretación cronológica final de los asentamientos de la Segunda Edad del Hierro.-----	96
Figura 2.24: zona correspondiente al final de la Segunda Edad del Hierro.-----	97
Figura 2.25: dataciones radiocarbónicas y anomalías en la parte del análisis correspondiente al final de la Segunda Edad del Hierro.-----	98
Figura 2.26: dataciones radiocarbónicas de los asentamientos del final de la Segunda Edad del Hierro.-----	99
Figura 2.27: distribución del análisis de correspondencias sólo con asentamientos.-----	104
Figura 2.28: interpretación cronológica de la distribución del análisis multivariante una vez corregidos los casos y variables problemáticos.-----	105
Figura 2.29: distribución del análisis de correspondencias utilizando sólo las necrópolis y sus variables asociadas-----	106
Figura 2.30: distribución del análisis de correspondencias utilizando solamente los asentamientos y sus variables asociadas-----	107
Figura 2.31: seriación de la cultura material de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo-----	109
Figura 2.32: principales anomalías detectadas en la seriación.-----	111
Figura 2.33: interpretación cronológica de la seriación-----	112
Figura 2.34: Detalle de la seriación correspondiente a la Primera Edad del Hierro-----	113
Figura 2.35: Detalle de la seriación correspondiente a los comienzos de la transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro.-----	114
Figura 2.36: detalle de la seriación correspondiente al final de la transición entre la Primera y Segunda edades del Hierro-----	114
Figura 2.37: detalle de la seriación correspondiente a la Segunda Edad del Hierro-----	115

Figura 2.38: detalle de la seriación correspondiente al final de la Edad del Hierro-----	115
Figura 2.39: análisis del proceso de introducción de la cerámica a torno a partir de los datos de la seriación -----	117

Capítulo 3

Figura 3.1: adaptación del diagrama sobre sociedades transigularitarias de Hayden (1995: 77)-----	141
Figura 3.2: metodología de inferencia social según P.K. Wason (1994) -----	145
Figura 3.3: asociaciones entre tipos de rangos, calidad del ritual funerario utilizado y posibles inferencias acerca de la desigualdad social. -----	148

Capítulo 4

Figura 4.1: estrategias de reducción de la incertidumbre durante periodos de estrés según (Halstead, P. y O'Shea, J. 1989: 3) -----	163
Figura 4.2: fauna doméstica representada en yacimientos de Cogotas I en el valle medio del Tajo -----	166
Figura 4.3: evolución del poblamiento en el curso medio del río Tajo durante el Bronce Medio y el Bronce Final -----	172
Figura 4.4: patrones de poblamiento en el valle de Amblés en la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro -----	174
Figura 4.5: distribución de los yacimientos del BF y la EHI en el valle del Manzanares -----	175
Figura 4.6: distribución de los yacimientos del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el valle del Tajuña -----	176
Figura 4.7: distribución de los yacimientos del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el valle del Henares -----	176
Figura 4.8: distribución de los yacimientos de la transición entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en la confluencia de los valles del Tajo y el Jarama -----	177
Figura 4.9: planta y reconstrucción del yacimiento de la Deseada. En rojo, estructura interpretada como granero elevado -----	179
Figura 4.10: disminución del número de asentamientos localizados en las márgenes de los ríos Tajo, Jarama y del arroyo Guatén a lo largo de la Primera Edad del Hierro -----	192
Figura 4.11: distribución del poblamiento y densidad demográfica durante la Primera Edad del Hierro en la confluencia entre los ríos Tajo y Jarama (arriba) e interpretación de la jerarquización del poblamiento (abajo) -----	194
Figura 4.12: distribución del poblamiento y densidad demográfica durante la Primera Edad del Hierro en la confluencia entre los ríos Tajo y Jarama (arriba) e interpretación de la jerarquización del poblamiento (abajo) -----	196
Figura 4.13: evolución del número de yacimientos en el valle del Henares a lo largo de la Edad del Hierro -----	197
Figura 4.14: clasificación de los asentamientos de la Edad del Hierro en el valle del Henares -----	198
Figura 4.15: distribución de asentamientos de la transición Bronce Final – Primera Edad del Hierro (arriba) y de la Primera Edad del Hierro (abajo) -----	199
Figura 4.16: esquema de evolución del poblamiento en el eje Henares – Jarama - Tajo-----	200
Figura 4.17: localización de Capanegra y La Deseada -----	201
Figura 4.18: localización de los yacimientos de Dehesa de Ahín y La Cuadrá -----	201
Figura 4.19: localización de los yacimientos de Las Camas y Cerro de San Antonio -----	202

Figura 4.20: localización de los yacimientos de Camino de las Cárcavas y Puente Largo del Jarama -----	202
Figura 4.21: localización de los yacimientos de Ecce Homo y Los Pinos -----	203
Figura 4.22: Localización de los yacimientos de La Cantueña, La Capellana, La Albareja y Sector III de Getafe -----	203
Figura 4.23: localización de los yacimientos de El Colegio y el Caracol-----	204
Figura 4.24: posible expansión del poblamiento de la Primera Edad del Hierro a partir de las vegas de los cauces fluviales principales -----	204
Figura 4.25: estructuras 1 (izquierda) y 5 (derecha) del yacimiento de Capanegra -----	206
Figura 4.26: yacimiento de Las Camas con la localización de las cabañas y resto de estructuras.-----	207
Figura 4.27: planta de la cabaña 1 de Las Camas -----	207
Figura 4.28: planta de la cabaña 2 de Las Camas. -----	208
Figura 4.29: Fase III de Dehesa de Ahín -----	209
Figura 4.30: planta del yacimiento de Cerro de San Antonio -----	210
Figura 4.31: planta de las cabañas de La Albareja -----	211
Figura 4.32: planta de la fase IV de la Dehesa de Ahín -----	212
Figura 4.33: planta de la fase I de la Dehesa de Ahín. -----	213
Figura 4.34: planta y posible interpretación de la primera fase de la Primera Edad del Hierro de El Colegio -----	215
Figura 4.35: planta de La Deseada -----	216
Figura 4.36: planta de El Baldío.-----	217
Figura 4.37: planta de la cabaña del Sector III de Getafe. -----	218
Figura 4.38: planta de la Cabaña 86/6 del yacimiento de Ecce Homo y estructuras asociadas.-----	219
Figura 4.39: planta de La Capellana -----	220
Figura 4.40: planta del yacimiento de Puente Largo del Jarama. -----	220
Figura 4.41: plantas de las cabañas “V” y “M” del yacimiento de Los Pinos. -----	222
Figura 4.42: planta del yacimiento de El Caracol.-----	224
Figura 4.43: planta de la segunda fase de la Primera Edad del Hierro del yacimiento de El Colegio. -----	224
Figura 4.44: distribución de las diferentes estructuras de los asentamientos de la Primera Edad del Hierro según sus dimensiones y área. -----	228
Figura 4.45: materiales de la transición entre las edades del Bronce y del Hierro.-----	233
Figura 4.46: decoraciones características de la transición entre las edades del Bronce y del Hierro documentadas en Camino de las Cárcavas-----	234
Figura 4.47: decoración escobillada. -----	235
Figura 4.48: decoraciones incisas de cuencos carenados característicos del horizonte Cerro de San Antonio. -----	236
Figura 4.49: formas cerámicas características de los comienzos de la Primera Edad del Hierro. -----	237
Figura 4.50: cerámicas con pintura postcocción. -----	238
Figura 4.51: cerámica de engobe rojo. -----	239
Figura 4.52: representaciones antropomorfas de la Primera Edad del Hierro. -----	241
Figura 4.53: objetos metálicos procedentes de Las Camas (y Cerro de San -----	243
Figura 4.54: materiales de La Capellana.-----	246

Figura 4.55: urnas y vasos de ajuar de las necrópolis más antiguas de la Primera Edad del Hierro-----	249
Figura 4.56: urnas de mediados del siglo VI – comienzos del siglo V a.C. -----	250
Figura 4.57: ajuares metálicos de las necrópolis de la Primera Edad del Hierro. -----	250
Figura 4.58: ajuares cerámicos de las necrópolis de mediados del siglo VI a.C. -----	251
Figura 4.59: porcentajes de fauna doméstica y fauna salvaje en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (NR)-----	256
Figura 4.60: distribución de especies domésticas en los yacimientos de las Camas y Cerro de San Antonio (NR) -----	257
Figura 4.61: Distribución de especies domésticas en los yacimientos de La Capellana, Arroyo Culebro A y Arroyo Culebro UAM (NR) -----	258
Figura 4.62: distribución de especies domésticas en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (NR)-----	259
Figura 4.63: distribución de especies domésticas en yacimientos de Las Camas y Cerro de San Antonio (NMI) -----	260
Figura 4.64: distribución de especies domésticas en yacimientos de Arroyo Culebro A y Arroyo Culebro UAM (NMI) -----	261
Figura 4.65: distribución de especies de fauna doméstica en yacimientos de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (NMI). -----	262
Figura 4.66: distribución de restos de bóvido (arriba) y équidos (abajo) según su edad. -----	263
Figura 4.67: distribución de restos de ovicápridos (arriba) y suidos (abajo) según su edad. -----	264
Figura 4.68: distribución de las principales especies salvajes documentadas en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (NR)-----	273
Figura 4.69: distribución de las principales especies salvajes documentadas en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo (NMI)-----	273
Figura 4.70: número de especies diferentes en yacimientos de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo -----	274
Figura 4.71: distribución por edades de ciervo y jabalí en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo -----	275
Figura 4.72: distribución por edades de corzo y conejo en yacimientos de la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo -----	276
Figura 4.73: zonas con materiales metamórficos – granito y gneiss) en la periferia del valle medio del Tajo. ---	280
Figura 4.74: distribución de materias primas en el valle medio del Tajo a partir de los mapas de la figura 1.17 -----	285
Figura 4.75: relación entre posibles necrópolis y sus correspondientes poblados en la confluencia de los valles Jarama y Tajo. -----	295
Figura 4.76: localización de la necrópolis y el poblado de la Primera Edad del Hierro de Arroyo Culebro D. ----	296
Figura 4.77: localización de las necrópolis y poblados de Las Madrigueras (izquierda) y Las Esperillas (derecha). -----	296
Figuras 4.78: cuenco depositado dentro de la urna de la tumba 32 de Arroyo Culebro D-----	298
Figura 4.79: doble foso separado por una piedra hincada de la tumba LII de Las Madrigueras -----	299
Figura 4.80: vaso con ofrenda no cremada de restos de ovicáprido infantil de la tumba 2 de Arroyo Culebro D. -----	299
Figura 4.81: necrópolis de Arroyo Culebro D antes y después de la excavación, indicando una de las posibles líneas de organización de la necrópolis y la posición del <i>ustrinum</i> . -----	300

Figura 4.82: tumba LIX de Las Madrigueras y <i>ustrinum</i> asociado. -----	301
Figura 4.83: análisis multivariante de las tumbas de la necrópolis de Arroyo Culebro D. -----	303
Figura 4.84: interpretación de posibles variables asociadas a los ámbitos masculino y femenino en la necrópolis de Arroyo Culebro D.-----	305
Figura 4.85: interpretación de la necrópolis de Arroyo Culebro D.-----	306
Figura 4.86: distribución de tumbas y ajuares de la Primera Edad del Hierro en la necrópolis de Las Madrigueras. -----	309
Figura 4.87: sección (izquierda) y ajuar (derecha) de la tumba LIV de Las Madrigueras. -----	310
Figura 4.88: croquis de la necrópolis de Arroyo Culebro D, indicando la distribución espacial de algunas de sus variables más importantes.-----	312
Figura 4.89: brazaletes de oro de La Torrecilla. -----	314

Capítulo 5

Figura 5.1: variación de los porcentajes de cerámicas a mano y a torno en yacimientos de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo-----	333
Figura 5.2: distribución de los asentamientos de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo a partir de su proporción entre cerámica a mano y cerámica a torno -----	334
Figura 5.3: dendrograma que representa las agrupaciones de yacimientos en función de la similitud de los porcentajes de cerámicas a torno y a mano -----	336
Figura 5.4: localización de los Grupos I y II de porcentajes de cerámicas a torno en el análisis de correspondencias -----	337
Figura 5.5: expansión de los porcentajes de cerámicas a torno en la región del valle medio del Tajo desde las zonas limítrofes.-----	339
Figura 5.6: cerámicas a mano del yacimiento de El Caracol.-----	341
Figura 5.7: repertorio cerámico de Los Pinos. -----	342
Figura 5.8: primeras cerámicas a torno documentadas en el valle medio del Tajo..-----	343
Figura 5.9: posibles imitaciones a mano de piezas de cerámica gris a torno.-----	345
Figura 5.10: cerámicas a torno con perfil en S y posibles imitaciones a mano. -----	346
Figura 5.11: proceso de introducción de la cerámica a torno en el valle medio del Tajo y posibles consecuencias en los conjuntos cerámicos y sus connotaciones sociales y simbólicas.-----	347
Figura 5.12: cerámica a mano de Arroyo Culebro A.-----	348
Figura 5.13: cerámica a torno de Arroyo Culebro A. -----	349
Figura 5.14: patrones decorativos de las cerámicas de tipo ibérico de Arroyo Culebro A -----	349
Figura 5.15: objetos de metal de Arroyo Culebro A. -----	350
Figura 5.16: áreas con yacimientos de minerales de hierro en la periferia del valle medio del Tajo-----	352
Figura 5.17: principales características de la cultura material a mediados del siglo V a.C. -----	355
Figura 5.18: tumbas de mediados del siglo V a.C. en las Madrigueras y Las Esperillas. -----	356
Figura 5.19: detalle del análisis multivariante en el que se localizan los yacimientos y variables asociadas a los siglos V-IV a.C. -----	360
Figura 5.20: principales yacimientos descritos en el texto y cronologías aproximadas de ocupación -----	361
Figura 5.21: yacimientos de comienzos de la Segunda Edad del Hierro en la Mesa de Ocaña -----	363

Figura 5.22: continuidad y cambios en el poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en la confluencia de los valles del Manzanares y el río Tajo. -----	364
Figura 5.23: continuidad y cambios en el poblamiento en el valle del Henares. Adaptado de (Dávila, A. 2007) -----	365
Figura 5.24: plano general y principales áreas de El Baldío. -----	367
Figura 5.25: detalle del área 5000 del Baldío-----	368
Figura 5.26: esquema de la distribución de las principales estructuras de Arroyo Culebro C. -----	369
Figura 5.27: estructuras de la Segunda Edad del Hierro de El Colegio. -----	370
Figura 5.28: superposiciones de estructuras de la Edad del Hierro en el yacimiento de El Colegio.-----	371
Figura 5.29: plano de Laguna del Campillo (Rivas – Vaciamadrid). -----	372
Figura 5.30: vista general del yacimiento de Las Fronteras y detalles de una de las cabañas antes y después de su excavación -----	372
Figura 5.31: Fase I de Cerro Redondo. -----	374
Figura 5.32: Fase II de Cerro Redondo. -----	375
Figura 5.33: estructuras excavadas en el suelo de La Ribera. -----	376
Figura 5.34: distribución de las dimensiones de las estancias en yacimientos de la Segunda y Primera edades del Hierro-----	378
Figura 5.35: análisis de recorridos y de organización del espacio del área 5000 de El Baldío. -----	379
Figura 5.36: levantamiento isométrico del primer santuario de El Cerrón (Illescas).-----	380
Figura 5.37: planimetría del Cerro de las Nieves (Pedro Muño, Ciudad Real). -----	382
Figura 5.38: distribución de las principales especies domésticas a lo largo del siglo V a.C. y comienzos del IV a.C. Los yacimientos están ordenados cronológicamente de izquierda a derecha -----	384
Figura 5.39: distribución por edades de bóvidos y équidos en yacimientos de la transición entre la Primera y la Segunda edades del Hierro en el valle medio del Tajo. -----	385
Figura 5.40: distribución por edades de óvidos y suidos en yacimientos de la transición entre la Primera y la Segunda edades del Hierro en el valle medio del Tajo. -----	386
Figura 5.41: tipologías de fusayolas del valle medio del Tajo y vástago de huso localizado en Cerro Redondo -----	387
Figura 5.42: pesas de telar localizadas en el valle medio del Tajo -----	388
Figura 5.43: improntas de tallos de cereales (izquierda) y de carióspside de semilla de trigo localizadas en Arroyo Culebro C -----	390
Figura 5.44: detalle de un molino circular con dos agujeros simétricos en una habitación de Arroyo Culebro C -----	390
Figura 5.45: Sector B de Arroyo Culebro C con la localización de los principales fragmentos de molinos circulares. Arriba, molino localizado <i>in situ</i> en una de las habitaciones.-----	391
Figura 5.46: toneletes localizados en yacimientos del siglo IV a.C. en el valle medio del Tajo. -----	392
Figura 5.47: vasijas de almacenaje de finales del siglo V – siglo IV a.C. en valle medio del Tajo (I) -----	392
Figura 5.48: vasijas de almacenaje de finales del siglo V – siglo IV a.C. en valle medio del Tajo (II) -----	393
Figura 5.49: tipos de cerámicas y porcentaje de aparición en el yacimiento de la Alberquilla-----	394
Figura 5.50: cerámica con decoración jaspeada procedente de Palomar de Pintado. -----	396
Figura 5.51: presencia de cerámica jaspeada en las fases de Palomar de Pintado-----	397
Figura 5.52: hornos de El Malecón. -----	398
Figura 5.53: planta del horno de La Alberquilla. -----	399

Figura 5.54: contramarcas en yacimientos de finales del siglo V a.C. - siglo IV a.C. -----	400
Figura 5.55: cerámicas áticas del valle medio del Tajo. -----	402
Figura 5.56: cerámica de barniz rojo del valle medio del Tajo. -----	404
Figura 5.57: principales tipos de cuentas de pasta vítrea. -----	406
Figura 5.58: fíbulas localizadas en el valle medio del Tajo. -----	408
Figura 5.59: distribución de fíbulas localizadas en la Carpetania procedentes de contextos diversos. -----	408
Figura 5.60: objetos de bronce documentados en yacimientos de transición entre la EHI y EHII en valle medio del Tajo. -----	409
Figura 5.61: objetos de hierro documentados en Laguna del Campillo -----	409
Figura 5.62: distribución de objetos de importación y principales rutas naturales de comunicación en el valle medio del Tajo -----	412
Figura 5.63: resumen de características sociales, económicas y arqueológicas de las sociedades de la Primera Edad del Hierro -----	417
Figura 5.64: punta de flecha de bronce recogida en Arroyo Culebro C -----	423
Figura 5.65: fragmento de kernós procedente de Arroyo Culebro C -----	424

Capítulo 6

Figura 6.1: fotografía aérea del yacimiento de Castrejones donde se aprecian perfectamente los fosos que lo protegen. -----	433
Figura 6.2: distribución de asentamientos en la Mesa de Ocaña. -----	434
Figura 6.3: yacimiento de Villapalomas en primer plano, sobre el escarpe. Justo debajo, cuevas artificiales. ----	435
Figura 6.4: Plaza de Moros -----	437
Figura 6.5: distribución del poblamiento en torno a la Mesa de Ocaña -----	442
Figura 6.6: conjunto de cuevas artificiales localizadas en el Arroyo de Castrejones. -----	443
Figura 6.7: muralla de Santa María (Villarejo de Salvanés). -----	444
Figura 6.8: planimetría del yacimiento de Santa María (Villarejo de Salvanés). -----	445
Figura 6.9: pie de ánfora localizado en el yacimiento de La Cuadrá (Villarejo de Salvanés). -----	447
Figura 6.10: grafito en alfabeto ibérico localizda en Arroyo de los Castrejones. -----	448
Figura 6.11: distribución de yacimientos de la segunda Edad del Hierro en el valle del Tajuña -----	450
Figura 6.12: dibujo de una de las cuevas artificiales del valle del río Tajuña realizado por Pérez de Barradas ----	451
Figura 6.13: materiales recogidos en Morata de Tajuña. -----	452
Figura 6.14: fíbulas localizadas en el valle del Tajuña. -----	453
Figura 6.15: yacimientos de la Segunda Edad del Hierro en el cauce bajo y medio del Jarama -----	454
Figura 6.16: fases de la ocupación del cerro de La Gavia. -----	456
Figura 6.17: vista del área de almacenamiento de Fuente de la Mora. -----	457
Figura 6.18: vista aérea del yacimiento de Sotomayor (Aranjuez). -----	458
Figura 6.19: dispersión de asentamientos de la Segunda Edad del Hierro en la confluencia entre los ríos Tajo y Jarama y el arroyo Guatén -----	459
Figura 6.20: interpretación del plano de Toledo en época romana. Las estrellas corresponden a hallazgos de este periodo. -----	460
Figura 6.21: distribución de asentamientos de la Segunda Edad del Hierro en el río Henares -----	462

Figura 6.22: yacimiento de Albardinal (Villanueva de Alcardete). -----	463
Figura 6.23: localización de asentamientos de la Segunda Edad del hierro en el sudeste del valle del Tajo y La Mancha toledana-----	466
Figura 6.24: distribución de las principales especies animales documentadas en asentamientos de los siglos IV – III a.C. -----	472
Figura 6.25: herramientas agrícolas del Cerro de la Gavia. -----	474
Figura 6.26: área de almacenamiento de grano documentada en Fuente de la Mora-----	475
Figura 6.27: broches de cinturón de Santa María y de Cerro Colorado-----	477
Figura 6.28: pátera de oro y plata documentada en Titulcia -----	478
Figura 6.29: cuentas de oro de Palomar de Pintado. -----	479
Figura 6.30: armas del valle medio del Tajo. -----	483
Figura 6.31: Sector 3 de Palomar de Pintado, antes de su ampliación. -----	492
Figura 6.32: 1-3 materiales de la Fase I. -----	495
Figura 6.33: túmulos de las fases III-V de Palomar de Pintado:-----	496
Figura 6.34: ajuares de estructuras tumulares de la fase III de Palomar de Pintado -----	497
Figura 6.35: ajuar de la tumba 3.2 de Palomar de Pintado (Fase IV) -----	498
Figura 6.36: planimetría de la necrópolis de El Vado (Puebla de Almoradiel, Toledo). -----	499
Figura 6.37: necrópolis tumulares conquenses. Cerro de la Virgen de la Cuesta y El Navazo -----	501
Figura 6.38: evolución de la necrópolis de Las Madrigueras a partir del análisis de correspondencias realizado en el Anexo 6. -----	505
Figura 6.39: restos de estructuras u posibles <i>ustrina</i> localizados en el área sur de la necrópolis de Las Madrigueras. -----	507
Figura 6.40: distribución de algunos tipos de piezas significativas y de tumbas con ajuares más ricos que la media en Las Madrigueras -----	510
Figura 6.41: posibles agrupaciones familiares en Las Madrigueras -----	512
Figura 6.42: enterramientos de Las Madrigueras donde se aprecia el aprovechamiento de oquedades en las rocas para depositar los enterramientos. -----	516
Figura 6.43: fotografía de la necrópolis del Cerro del Gato. -----	519
Figura 6.44: urnas y vasos de ajuar a torno de la necrópolis del Cerro del Gato. -----	520
Figura 6.45: urnas y vasos de ajuar realizados a mano de la necrópolis del Cerro del Gato -----	521
Figura 6.46: materiales metálicos de la necrópolis del Cerro del Gato: cuchillo afalcatado, fíbula de La Tène y pinzas de hierro -----	522
Figura 6.47: materiales localizados en la necrópolis de El Espartal. -----	525
Figura 6.48: relieve de Illescas -----	527
Figura 6.49: exvoto de El Cerrón.-----	528
Figura 6.50: representación de <i>Pothnia Híppôn</i> documentada en Santa María (Villarejo de Salvanes) -----	529
Figura 6.51: fíbulas de caballito localizadas en el valle medio del Tajo. -----	529
Figura 6.52: croquis interpretativo de las relaciones de tipo heterárquico en el valle medio del Tajo -----	544
Figura 6.53: dispersión de cerámica jaspeada en el valle medio del Tajo. -----	565
Figura 6.54: cerámicas con decoración jaspeada del valle medio del Tajo-----	566
Figura 6.55: verracos en el entorno de Toledo.-----	569

Figura 6.56: distribución de gentilidades indígenas en el valle medio del Tajo.	572
Figura 6.57: numismática del valle medio del Tajo.	574
Figura 6.58: áreas de análisis en el valle medio del Tajo	578
Figura 6.59: estructuración del área nuclear del Tajo	579
Figura 6.60: Área 2. La Mancha toledana y conquense	581
Figura 6.61: Área 3. Los Montes de Toledo	584
Figura 6.62: estructuración del área del Sistema Central	587
Figura 6.63: territorios e influencias en el valle medio del Tajo	592

Capítulo 7

Figura 7.1: áreas excavadas en la zona superior del castro de la Dehesa de la Oliva.	607
Figura 7.2: manzana M del yacimiento de la Dehesa de la Oliva, con las distintas unidades domésticas detectadas.	608
Figura 7.3: unidades domésticas de Dehesa de la Oliva excavadas en los años 80 y 2007/ 2008.	608
Figura 7.4: llaves romanas recogidas en el yacimiento de la Dehesa de la Oliva.	609
Figura 7.5: curvas de calibración de las muestras de C14 de El Llano de la Horca.	610
Figura 7.6: distribución espacial de las dataciones radiocarbónicas de El Llano de la Horca.	611
Figura 7.7: Sector I de El Llano de la Horca	612
Figura 7.8: Cerro del Gollino.	614
Figura 7.9: plano de Fosos de Bayona.	615
Figura 7.10: tercer recinto de Fosos de Bayona.	616
Figura 7.11: plano de Fuente de la Mora y área 2 de la excavación	617
Figura 7.12: plano de El Cerrón (Illescas)	618
Figura 7.13: curva de calibración radiocarbónica de la última fase de El Cerrón.	619
Figura 7.14: distribución de especies localizadas en la última fase de ocupación de El Cerrón	621
Figura 7.15: instrumental ganadero de El Llano de la Horca y Dehesa de la Oliva.	621
Figura 7.16: piezas de almacenaje de El Llano de la Horca.	623
Figura 7.17: materiales romanos republicanos del valle medio del Tajo.	623
Figura 7.18: monedas perforadas para ser utilizadas como colgantes localizadas en Armuña de Tajuña.	624
Figura 7.19: distribución de cerámica campaniense y otros objetos romanos republicanos en el valle medio del Tajo	625
Figura 7.20: localización de monedas procedentes de cecas carpetanos en la Península ibérica, y principales cecas documentadas en la Carpetania	628
Figura 7.21: principales tipos de fíbulas documentadas en época republicana en el valle medio del Tajo.	631
Figura 7.22: "Vaso de los caballos" con decoración de tipo numantino y placa de bronce decorada con representaciones zoomorfas y soliformes de El Llano de la Horca.	632
Figura 7.23: armas del valle medio del Tajo durante los siglos II-I a.C.	633
Figura 7.24: cerámicas de Fuente de la Mora.	634
Figura 7.25: localización de ciudades nombradas en Tolomeo e identificación propuesta por Montero.	644
Figura 7.26: téseras de hospitalidad localizadas en Segóbriga y sus alrededores.	645

Listado de tablas

	Página
Tabla 4.1: diferencias climáticas entre la Submeseta sur y Centroeuropa. -----	159
Tabla 4.2: resumen de estrategias económicas de los grupos del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro -----	289
Tabla 5.1: porcentajes de cerámicas a mano y a torno en yacimientos del valle medio del Tajo -----	332
Tabla 5.2: continuidad de la ocupación en yacimientos de finales del Siglo V a.C. - siglo IV a.C. excavados en el valle medio del Tajo -----	365
Tabla 5.3: aumento de asentamientos en diferentes zonas del valle medio del Tajo. -----	366
Tabla 6.1: resumen de las características de la necrópolis de Palomar de Pintado-----	494
Tabla 7.1: principales materiales metálicos localizados en los contextos domésticos de Dehesa de la Oliva. -----	632

